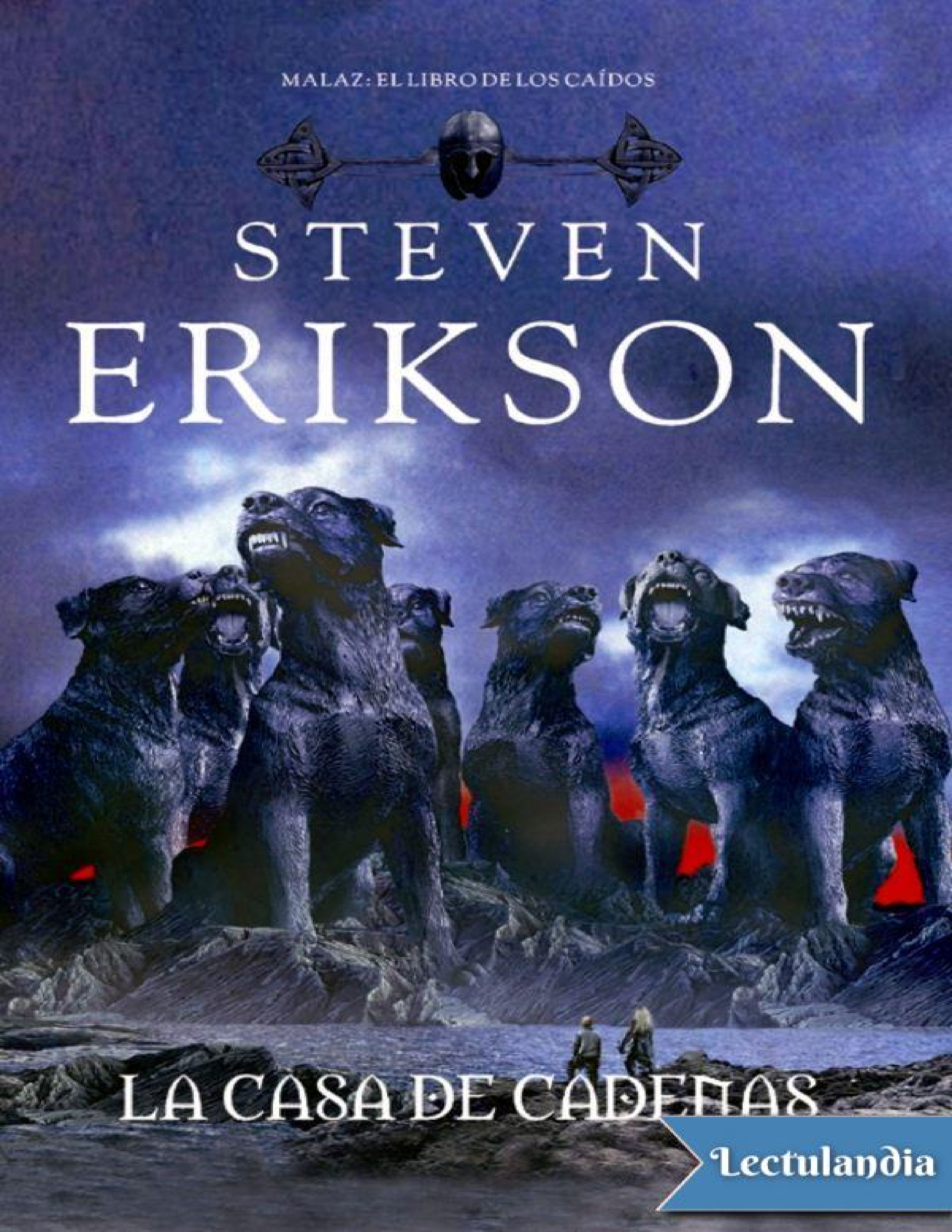

MALAZ: EL LIBRO DE LOS CAÍDOS
STEVEN
ERIKSON
LA CASA DE CADENAS
Lectulandia

En el norte de Genabackis, tres guerreros de una tribu salvaje descienden de las montañas para atacar las tierras del sur. Para uno de esos guerreros, Karsa Orlong, ese día marca el comienzo de lo que resultará ser un destino extraordinario. Pasados unos años, Tavore, la inexperta consejera de la emperatriz, debe enfrentarse a la tarea de adiestrar a doce mil soldados y convertirlos en una fuerza capaz de desafiar a las hordas de la elegida, Sha'ik, que aguardan en el sagrado desierto. Pero la espera nunca es fácil. Los caudillos de la elegida están enzarzados en una lucha de poder que amenaza el alma de la rebelión mientras que Sha'ik está obsesionada por la confrontación con su mayor enemiga: su propia hermana.

Lectulandia

Steven Erikson



La Casa de Cadenas

Malaz: El libro de los Caídos 4

ePUB r1.1
libra 11.11.13

Título original: *House of Chains*
Steve Erikson, 2002
Traducción: Marta García Martínez
Mapas: Neil Gower
Diseño/retoque portada: Steve Stone

Editor digital: libra
Segundo editor: Glokta

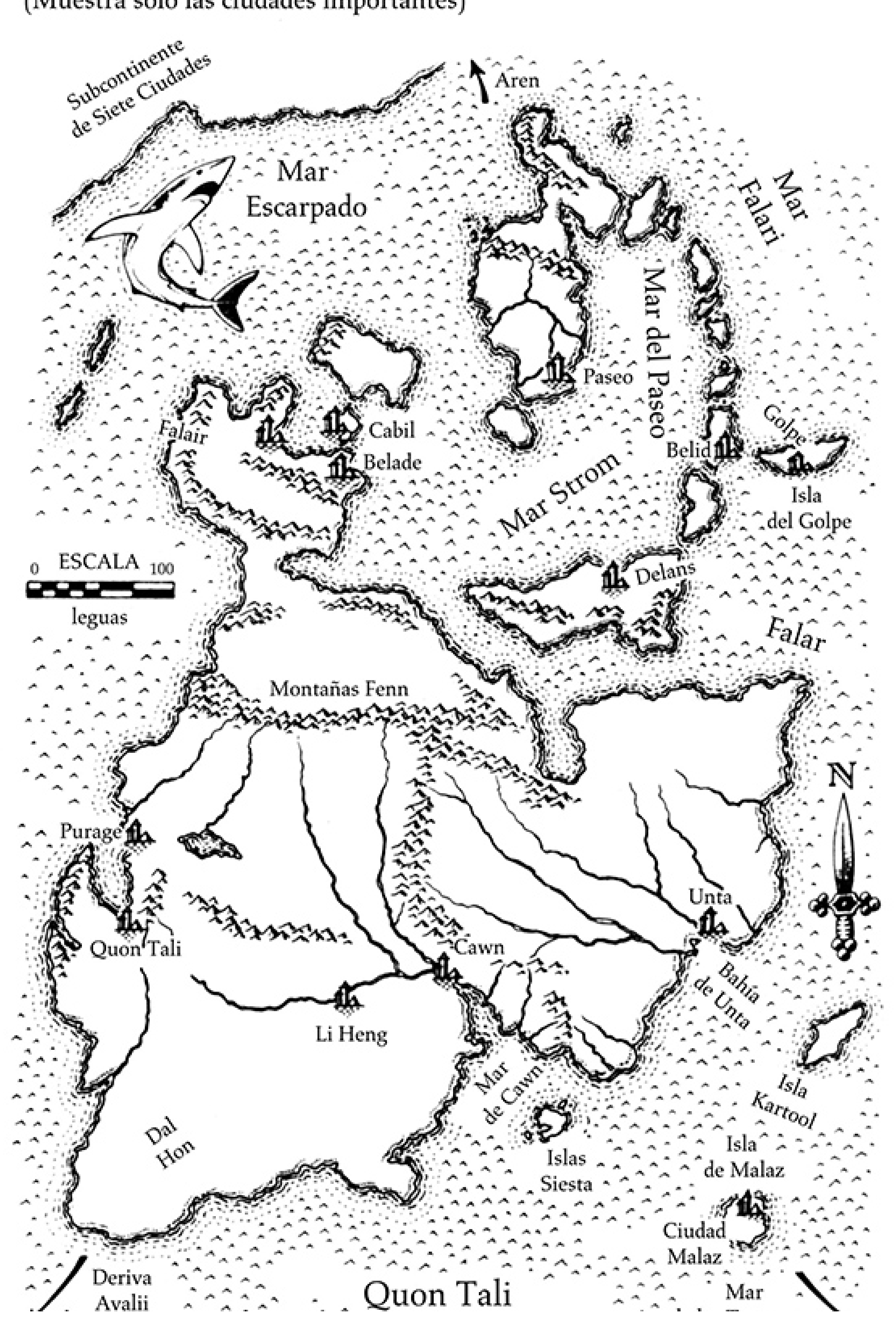
Reporte de erratas: gurney
ePub base r1.0

Para Mark Paxton MacRae, por haberme noqueado.
Este es todo tuyo, amigo mío.

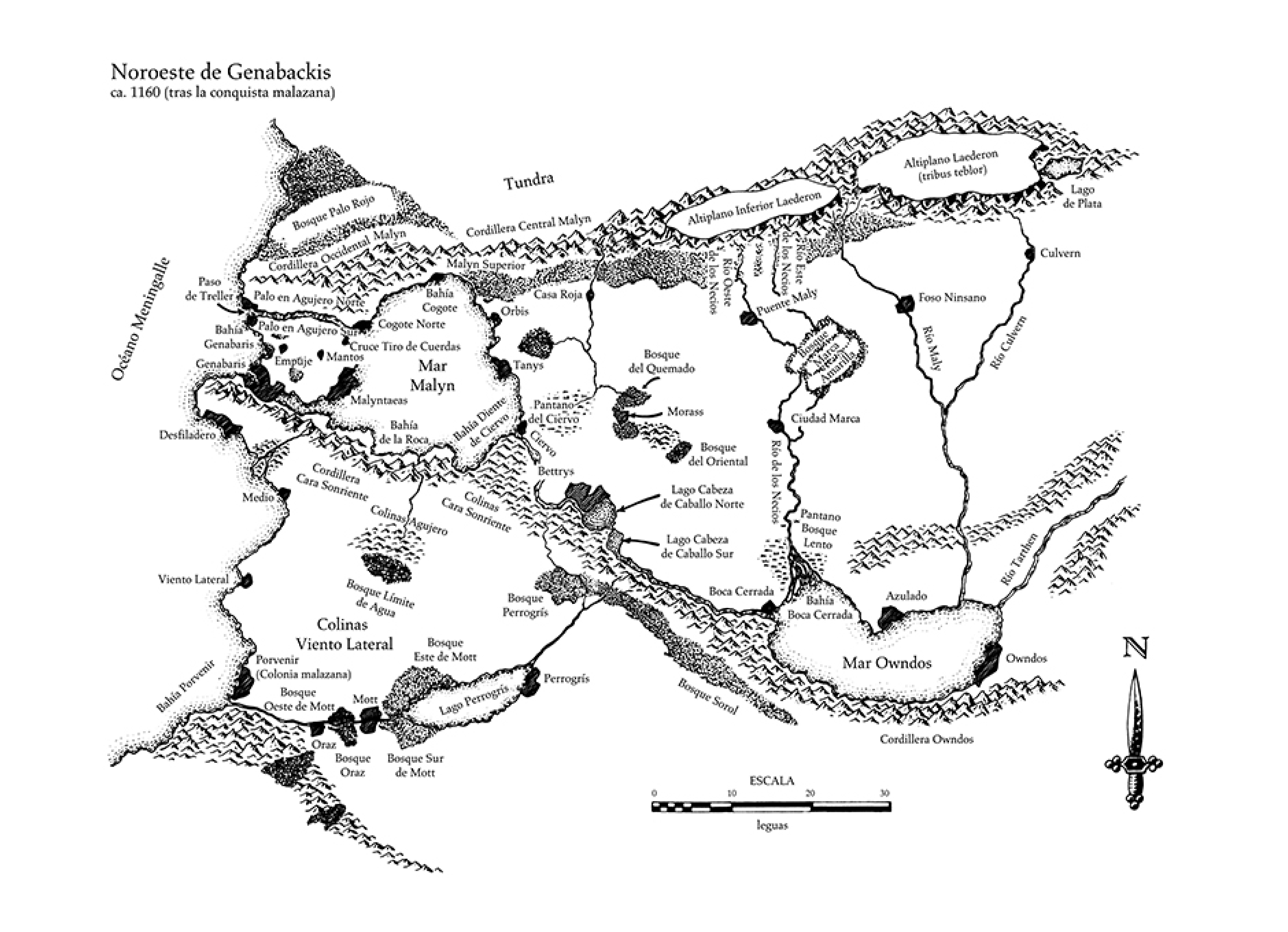
Agradecimientos

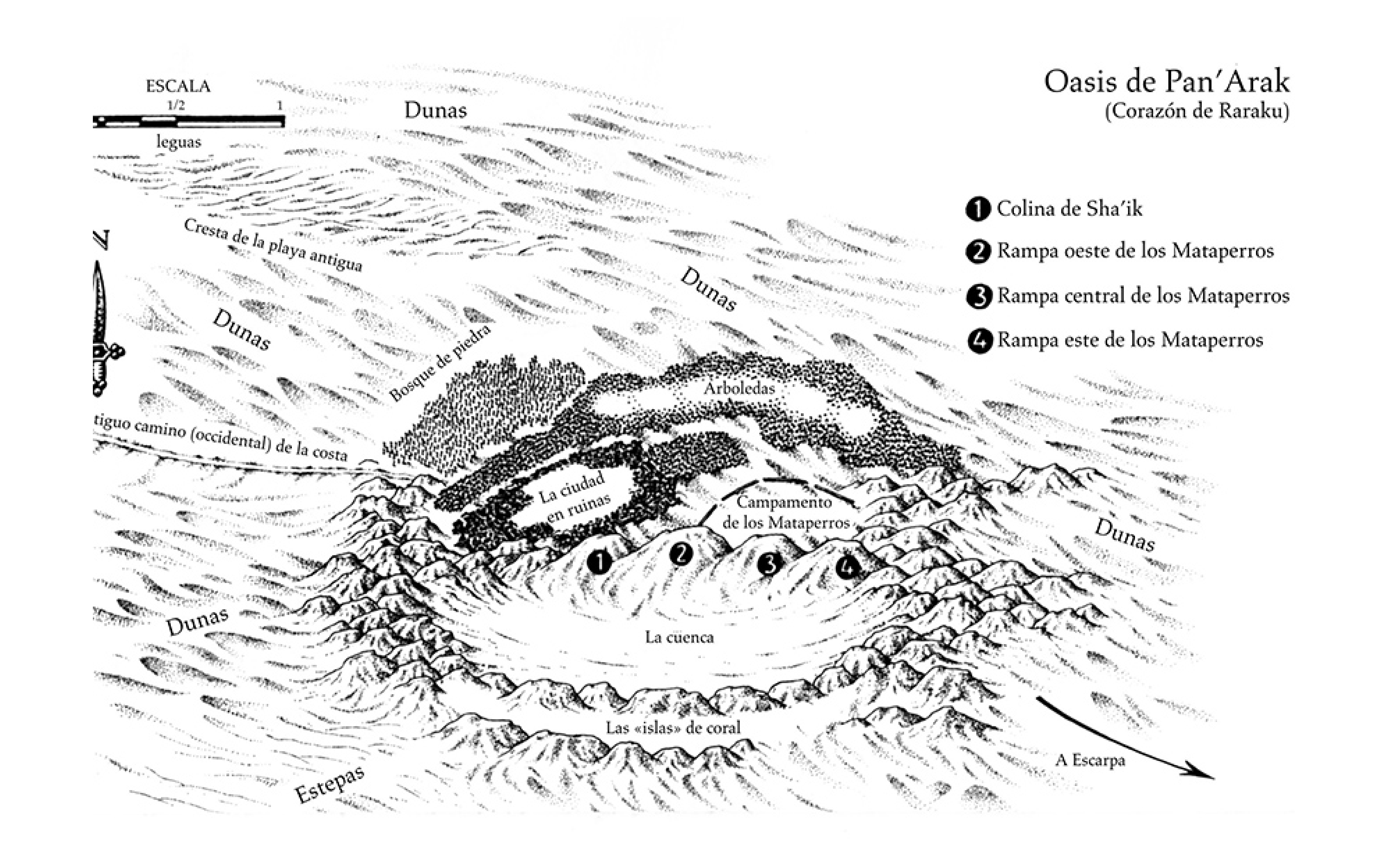
El autor da las gracias a: su equipo de lectores, Chris Porozny, Richard Jones, David Keck y Mark Paxton MacRae. A Clare y Bowen, como siempre. A Simon Taylor y la tropa de Transworld. Y al magnífico (y paciente) personal del Bar Italia de Tony: Erica, Steve, Jesse, Dan, Ron, Orville, Rhimpy, Rhea, Cam, James, Konrad, Darren, Rusty, Phil, Todd, Marnie, Chris, Leah, Ada, Kevin, Jake, Jamie, Graeme y los dos Doms. Gracias también a Darren Nash (pues la levadura siempre sube) y a Peter Crowther.

Centro del Imperio de Malaz
(Muestra solo las ciudades importantes)



Noroeste de Genabackis
ca. 1160 (tras la conquista malazana)




Oasis de Pan'Arak
(Corazón de Raraku)
1 Colina de Sha'ik
2 Rampa oeste de los Mataperros
3 Rampa central de los Mataperros
4 Rampa este de los Mataperros
ESCALA
1/2
1
leguas
Dunas
Cresta de la playa antigua
Dunas
Dunas
Bosque de piedra
Arboledas
tiguo camino (occidental) de la costa
La ciudad en ruinas
Campamento de los Mataperros
Dunas
Dunas
La cuenca
Las «islas» de coral
A Escarpa
Estepas

Dramatis Personae

La tribu Uryd de los teblor

Karsa Orlong: Joven guerrero
Bairoth Gild: Joven guerrero
Delum Thord: Joven guerrero
Dayliss: Mujer joven
Pahlk: Abuelo de Karsa
Synyg: Padre de Karsa

Ejército de la consejera

Consejera Tavore
Puño Gamet / Gimlet
T'amber
Puño Tene Baralta
Puño Blistig
Capitán Keneb
Larva: Su hijo adoptivo
Almirante Nok
Comandante Alardis
Nada: Hechicero wickano
Menos: Hechicera wickana
Temul: Wickano del clan Cuervo (superviviente de la cadena de perros)
Bizco: Soldado de la Guardia de Aren
Perla: Garra
Lostara Yil: Oficial de las Espadas Rojas

Hiel: Caudillo de las Lágrimas Quemadas de los khundryl

Imrahl: Guerrero de las Lágrimas Quemadas de los khundryl

Topper: Comandante de la Garra

Infantes de marina de la compañía novena, octava legión

Teniente Ranal
Sargento Cuerdas
Sargento Gesler
Sargento Borduke
Cabo Chapapote
Cabo Tormenta
Cabo Hubb
Botella: Mago del pelotón
Sonrisas
Koryk: Soldado mestizo seti
Sepia: Zapador
Verdad
Pella
Tavos Estanque
Arenas
Balgrid
Ibb
Quizás
Laúdes

Infantería Pesada Selecta de la compañía novena, octava legión

Sargento Mosel

Sargento Sobelone
Sargento Tirón
Destello de Ingenio
Uru Hela
Tazón
Chato

Infantería Media Selecta de la compañía novena, octava legión

Sargento Bálsamo
Sargento Moak
Sargento Thom Tissy
Cabo Olor a Muerto
Cabo Quemado
Cabo Tulipán
Rebanagaznates
Jarretesgrandes
Galt
Lóbulo
Apilador
Rampa
Capaz

Otros soldados del Imperio de Malaz

Sargento Cordón: Compañía segunda, regimiento Ashok
Ebron: Quinto pelotón, mago
Cojo: Quinto pelotón
Campana: Quinto pelotón
Cabo Casco: Quinto pelotón
Capitán Tierno: Compañía segunda

Teniente Poros: Compañía segunda
Jibb: Guardia ehrlitano
Chorrogaviota: Guardia ehrlitano
Garabato: Guardia ehrlitano
Sargento mayor Diente Bravo: Guarnición de Malaz
Capitán Irriz: Renegado
Gentur
Injurias
Hawl

Nathii

Silgar: Mercader de esclavos
Damisk
Balantis
Astabb
Borrug

Otros en Genabackis

Torvald Nom
Calma
Ganal

Ejército del Apocalipsis de Sha'ik

Sha'ik: Elegida de la diosa del Torbellino (en otro tiempo, Felisin, de la Casa Paran)
Felisin la Menor: Su hija adoptiva
El toblakai
Leoman de los Mayales
L'oric: Mago supremo
Bidithal: Mago supremo

Febryl: Mago supremo
Heboric Manos Fantasmales
Kamist Reole: Mago de Korbolo Dom
Henaras: Hechicera
Fayelle: Hechicera
Mathok: Caudillo de las tribus del desierto
T'morol: Su guardaespaldas
Corabb Bhilan Thenu'alas: Oficial de la compañía de Leoman
Scillara: Seguidora del campamento
Duryl: Mensajero
Ethume: Cabo
Korbolo Dom: Renegado napaniano
Kasanal: Su asesino a sueldo

Otros

Kalam Mekhar: Asesino
Trull Sengar: Tiste edur
Onrack: T'lan imass
Navaja: Asesino (también conocido como **Azafrán**)
Apsalar: Asesina
Rellock: Padre de Apsalar
Cotillion: Patrón de los Asesinos
Viajero
Cruz: Mastín de Sombra
Ciega: Mastín de Sombra
Darist: Tiste andii
Ba'ienrok (Guardián): Ermitaño
Ibra Gholan: Líder de clan t'lan imass
Monok Ochem: Invocahuesos de los logros t'lan imass
Haran Epal: T'lan imass
Olar Shayn: T'lan imass

Ranagrís: Familiar demonio
Apto: Matrona demonio (la aptoriana) de Sombra
Azalan: Demonio de Sombra
Panek: Hijo de Sombra
Mebra: Espía en Ehrlitan
Iskaral Pust: Sacerdote de Sombra
Mogora: Su mujer d'ivers
Cynnigig: Jaghut
Phyrlis: Jaghut
Aramala: Jaghut
Icarium: Jhag
Mappo Runt: Trell
Jorrude: Senescal tiste liosan
Malachar: Tiste liosan
Enias: Tiste liosan
Orenas: Tiste liosan

PRÓLOGO



Margen del Naciente, día 943 de la Búsqueda
Sueño de Ascua

Grises, hinchados y picados de viruelas, los cuerpos se alineaban en la orilla cargada de sedimentos hasta donde alcanzaba la vista. Apilados como maderos a la deriva por las aguas crecientes, meciéndose y rodando por los bordes, la carne putrefacta hervía de cangrejos de diez patas y caparazones negros. Aquellas criaturas del tamaño de una moneda apenas se habían adentrado en el munífico festín tendido ante ellos tras la partición de la senda.

El mar reflejaba el tono del cielo bajo. Peltre remendado y apagado arriba y abajo, roto solo por el ceniciento más profundo de los sedimentos y, a treinta golpes de remo de distancia, por los tonos manchados de ocre de los niveles superiores apenas entrevistos de los edificios inundados de una ciudad. Las tormentas habían pasado y las aguas estaban serenas entre los restos de un mundo ahogado.

Bajos y achaparrados habían sido sus habitantes. De rasgos planos, cabellos claros y siempre largos y sueltos. El suyo había sido un mundo frío, dada la ropa de forros gruesos que llevaban. Pero con la partición todo eso había cambiado, como un cataclismo. El aire era sofocante, húmedo y a esas alturas, apestaba a putrefacción.

El mar había nacido de un río de otro reino, una arteria inmensa, ancha y, con seguridad, dueña de todo un continente, una arteria de agua dulce impregnada por los sedimentos de la llanura. Las profundidades turbias albergaban enormes bagres y arañas del tamaño de ruedas de carretas, los bajíos estaban atestados de aquellos cangrejos de diez patas y conchas negras y plantas carnívoras sin raíces. El río había vertido su torrencial volumen en ese inmenso paisaje llano. Durante días, luego semanas, después meses.

Las tormentas, conjuradas por el volátil choque de corrientes de aire tropicales contra el clima templado de la zona, habían empujado la inundación bajo el aullido de los vientos. Con las aguas crecientes e inexorables llegaron plagas mortales para llevarse a aquellos que no se habían ahogado.

Sin que se supiera cómo, el desgarro se había cerrado en algún momento de la noche anterior. El río de otro reino había regresado a su camino original.

La costa que tenía delante seguramente no se merecía ese nombre, pero a Trull Sengar no se le ocurría nada más mientras lo arrastraban por el margen. La playa no era otra cosa que un montón de sedimentos apilados contra un muro enorme, gigantesco, que parecía extenderse de un horizonte a otro. El muro había soportado la riada, aunque el agua ya corría por el otro lado.

Cadáveres a la izquierda, una caída en picado de una altura de siete, quizás ocho hombres, a la derecha, la parte superior del propio muro de algo menos de treinta pasos de anchura; que aquello contuviera un mar entero hablaba, aunque fuera en susurros, de hechicería. Las losas anchas y planas que pisaban estaban manchadas de barro, un barro ya casi seco bajo el sol. Unos insectos del color del estiércol

bailaban sobre ellas y se apartaban a saltos del camino de Trull Sengar y sus captores.

A Trull seguía costándole bastante comprender esa noción. Captores. Una palabra que no terminaba de entender. Después de todo, eran sus hermanos. Parientes. Rostros que conocía de toda la vida, rostros que había visto sonreír, y reír, y rostros que (a veces) se llenaban de dolor, un dolor que reflejaba el suyo propio. Trull había permanecido a su lado y lo había vivido todo con ellos, los triunfos gloriosos, las pérdidas que destrozaban el alma.

Captores.

Ya no había sonrisas. Ni risas. Las expresiones de quienes lo retenían eran rígidas y frías.

A qué hemos llegado.

La marcha terminó. Unas manos tiraron a Trull Sengar al suelo sin hacer caso de las magulladuras, los cortes y los desgarros que todavía no habían dejado de sangrar. Unos aros inmensos de hierro habían sido instalados, por alguna razón desconocida, por los habitantes ya muertos de ese mundo, en la parte superior del muro, anclados al fondo de los enormes bloques de piedra. Los aros estaban colocados a intervalos regulares por todo el muro, cada quince pasos más o menos, hasta donde Trull alcanzaba a ver.

Y esos aros acababan de encontrar una nueva función.

Unas cadenas envolvieron a Trull Sengar, unos grilletes que le colocaron a martillazos alrededor de las muñecas y los tobillos. Le cincharon dolorosamente un cinturón tachonado alrededor de la cintura, pasaron las cadenas por los aros de hierro y las tensaron para inmovilizarlo junto al anillo de hierro. Le pegaron a la mandíbula una prensa de metal con unos goznes, lo obligaron a abrir la boca, le metieron la placa y se la trabaron sobre la lengua.

A continuación, el pelado. Una daga le grabó un círculo en la frente, seguido por una cuchillada irregular para romper ese mismo círculo, la punta se adentró lo suficiente como para mellarle el hueso. Le frotaron cenizas en las heridas. Le cortaron la única y larga trenza que lucía con tajos toscos que le convirtieron la nuca en un desastre ensangrentado. Después le untaron en el pelo que le quedaba un ungüento, espeso y empalagoso, y lo masajearon hasta que le impregnó el cráneo. En unas pocas horas haría que se le cayera el resto del pelo y lo dejaría calvo para siempre.

El pelado era una medida absoluta, un acto irreversible de ruptura. Se había convertido en un paria. Para sus hermanos, había dejado de existir. Nadie lo lloraría. Sus obras se desvanecerían de todo recuerdo junto con su nombre. Su madre y su padre habrían dado vida a un hijo menos. Aquello era, para su pueblo, el castigo más duro, peor que una ejecución, mucho peor.

Y sin embargo, Trull Sengar no había cometido ningún delito.

Y a esto es a lo que hemos llegado.

Se alzaban sobre él, quizá solo entonces comprendieron lo que habían hecho.

Una voz conocida rompió el silencio.

—Hablaremos de él ahora, y una vez que hayamos dejado este sitio, dejará de ser nuestro hermano.

—Hablaremos de él ahora —entonaron los demás, y luego otro añadió:

—Te traicionó.

La primera voz era fría, no revelaba el regocijo que Trull Sengar sabía que estaría allí.

—Dices que me traicionó.

—Lo hizo, hermano.

—¿Qué prueba tienes?

—Sus propias palabras.

—¿Eres solo tú el que afirma haber oído que se pronunciara tal traición?

—No, yo también lo oí, hermano.

—Y yo.

—¿Y qué os dijo a todos nuestro hermano?

—Dijo que tú habías separado tu sangre de la nuestra.

—Que ahora servías a un amo oculto.

—Que tu ambición nos llevaría a todos a la muerte…

—A todo nuestro pueblo.

—Habló contra mí, entonces.

—Lo hizo.

—Con sus propias palabras, me acusó de traicionar a nuestro pueblo.

—Lo hizo.

—¿Y lo he hecho? Consideremos el cargo que me imputa. Las tierras del sur están en llamas. Los ejércitos del enemigo han huido. El enemigo se arrodilla ahora ante nosotros y nos ruega que lo hagamos nuestro esclavo. De la nada hemos forjado un imperio. Y con todo, nuestra fuerza sigue creciendo. Todavía. Para ser aún más fuertes, ¿qué debéis hacer vosotros, hermanos míos?

—Debemos buscar.

—Sí. ¿Y cuando encontréis lo que ha de buscarse?

—Debemos entregarlo. A ti, hermano.

—¿Veis que es necesario?

—Lo vemos.

—¿Entendéis el sacrificio que hago, por vosotros, por nuestro pueblo, por nuestro futuro?

—Lo entendemos.

—Y sin embargo, mientras vosotros buscabais, este hombre, este que fue nuestro hermano, habló contra mí.

—Lo hizo.

—Peor aún, habló para defender a los nuevos enemigos que habíamos encontrado.

—Lo hizo. Los llamó los parientes puros y dijo que no deberíamos matarlos.

—Y, si hubieran sido en verdad parientes puros, ¿entonces…?

—No habrían muerto con tanta facilidad.

—Así pues…

—Te traicionó, hermano.

—Nos traicionó a todos.

Se hizo el silencio.

Ah, ahora quieres compartir este crimen tuyo. Y ellos dudan.

—Nos traicionó a todos, ¿no es cierto, hermanos?

—Sí. —La palabra surgió ronca, sin aliento, murmurada… un coro de incertidumbre y dudas.

Nadie habló durante largos minutos y después, salvaje, con una ira apenas contenida:

—Así pues, hermanos, ¿no deberíamos acaso cuidarnos de este peligro? ¿De la amenaza de la traición, de este veneno, de esta plaga que pretende desgarrar nuestra familia? ¿Se extenderá? ¿Volveremos aquí una vez más? Debemos permanecer vigilantes, hermanos. De lo que hay en nuestro interior. Unos de otros. Bien, ya hemos hablado de él. Y ahora, se ha ido.

—Se ha ido.

—Nunca existió.

—Nunca existió.

—Abandonemos este lugar, entonces.

—Sí, abandonémoslo.

Trull Sengar escuchó hasta que dejó de oír sus botas sobre las piedras, hasta que dejó de sentir el temblor de sus

pasos menguantes. Estaba solo, incapaz de moverse, solo veía la piedra manchada de barro de la base del aro de hierro.

El mar removía los cadáveres de la orilla. Los cangrejos se escabullían. El agua seguía filtrándose por la argamasa, se insinuaba por el muro gigantesco con la voz de fantasmas que murmuraban, y se deslizaba por el otro lado.

Entre su pueblo era una verdad de siempre conocida, quizá la única verdad, que la naturaleza no libraba más que una guerra eterna. Contra un solo enemigo. Es más, entender eso era entender el mundo. Todos los mundos.

La naturaleza no tiene más que un enemigo.

Y ese enemigo es el desequilibrio.

El muro contenía al mar.

Y hay dos significados en eso. Hermanos míos, ¿es que no veis la verdad que hay en eso? Dos significados. El muro contiene al mar.

Por ahora.

Aquella era una riada que no podría contenerse. La inundación no había hecho más que empezar, algo que sus hermanos no podían entender, algo que quizá nunca llegasen a entender.

El ahogamiento era común entre su pueblo. No temían ahogarse. Y así, Trull Sengar se ahogaría. Pronto.

Y a no mucho tardar, sospechaba, su pueblo entero se uniría a él.

Su hermano había hecho pedazos el equilibrio.

Y la naturaleza no lo consentirá.

Libro Primero



Caras en la Roca

Cuanto más lento es el río, más rojo corre.

Dicho nathii

Capítulo 1



Los hijos de una casa oscura escogen senderos en sombras.

Dicho popular nathii

El perro había destrozado a una mujer, un anciano y un niño antes de que los guerreros lo empujaran a un horno abandonado al borde de la aldea. La bestia jamás había mostrado hasta entonces vacilación alguna en su lealtad. Había protegido las tierras uryd con un celo fiero, uno solo con sus parientes en sus duras, pero justas, obligaciones. No tenía heridas en el cuerpo que pudieran haberse enconado y permitido así que el espíritu de la locura entrara en sus venas. Ni estaba el perro poseído por la enfermedad que hacía espuma. Nadie había desafiado su posición en la manada de la aldea. De hecho, no había nada, nada en absoluto, que diera motivos para aquel repentino giro.

Los guerreros utilizaron lanzas para sujetar al animal contra el muro redondo posterior del horno de arcilla y apuñalar a la bestia, que mordía y chillaba sin descanso, hasta que estuvo muerta. Cuando sacaron las lanzas, vieron los astiles mordidos y resbaladizos de saliva y sangre; vieron el hierro lleno de muescas y marcas.

La locura, bien sabían, podía permanecer escondida, enterrada muy lejos de la superficie, un sabor sutil que

convertía la sangre en algo amargo. Los chamanes examinaron a las tres víctimas, dos ya habían muerto de sus heridas, pero el niño seguía aferrándose a la vida.

En solemne procesión lo llevó su padre a las Caras en la Roca, lo posó en el claro ante los siete dioses de los teblor y lo dejó allí.

El niño murió poco después. Solo en su dolor ante los duros rostros tallados en la cara del acantilado.

No era un destino inesperado. El niño, después de todo, era demasiado pequeño para rezar.

Todo esto, por supuesto, ocurrió siglos ha.

Mucho antes de que los siete dioses abrieran los ojos.

Año de Urugal el Entretejido
1159 del Sueño de Ascua

Eran relatos gloriosos. Granjas en llamas, niños arrastrados por caballos durante leguas enteras. Los trofeos de ese día, acaecido tanto tiempo atrás, atestaban las paredes bajas de la larga casa de su abuelo. Cráneos llenos de marcas, mandíbulas de aspecto frágil. Fragmentos extraños de ropa hecha de un material desconocido, ennegrecida por el humo y hecha jirones. Orejas pequeñas clavadas a cada poste de madera que se alzaba hasta el tejado de paja.

Pruebas de que Lago de Plata era real, que existía de verdad más allá de las montañas cubiertas de bosques, bajando por pasos ocultos, a una semana (quizá dos) de las tierras del clan Uryd. El camino era peligroso, pasaba por territorios propiedad de los clanes Sunyd y Rathyd, un viaje que constituía un relato de proporciones legendarias. Había que moverse en silencio e invisiblemente a través de los

campamentos enemigos, cambiar las piedras de las hogueras para que la injuria fuera más grave, eludir a los cazadores y rastreadores, noche y día, hasta que se alcanzaban las fronteras y luego se cruzaban. Desconocido el panorama que quedaba por delante, sus riquezas ni siquiera soñadas todavía.

Karsa Orlong vivía y respiraba los relatos de su abuelo. Se alzaban como una legión, desafiantes y fieros, ante el legado pálido y vacío de Synyg (hijo de Pahlk y padre de Karsa). Synyg, que no había hecho nada en su vida, que cuidaba caballos en su valle y ni una sola vez se había aventurado por tierras hostiles. Synyg, que era al mismo tiempo la mayor vergüenza tanto de su padre como de su hijo.

Cierto, Synyg había defendido más de una vez a su manada de caballos de asaltantes de otros clanes, y la había defendido bien, con ferocidad, honor y una habilidad admirable. Pero eso solo era lo que se esperaba de alguien por cuyas venas corría sangre uryd. Urugal el Entretejido era la Cara en la Roca del clan y Urugal se contaba entre los más fieros de los siete dioses. Los otros clanes tenían buenas razones para temer a los uryd.

Y Synyg tampoco había mostrado ser menos que magistral a la hora de adiestrar a su hijo en las danzas de guerra. La habilidad de Karsa con la hoja de palosangre era muy superior a lo esperable para sus años. Se le contaba entre los mejores guerreros del clan. Si bien los uryd desdeñaban el uso del arco, sobresalían con la lanza y el átlatl, con el disco dentado y el cabo alquitranado, y Synyg también le había enseñado a su hijo una eficiencia impresionante con esas armas.

No obstante, tal adiestramiento solo era de esperar en cualquier padre del clan Uryd. Karsa no encontraba razón

alguna para enorgullecerse de eso. Las danzas de guerra no eran más que una preparación, después de todo. La gloria se hallaba en lo que venía a continuación, en los concursos, las incursiones, la perpetuación cruel de los feudos.

Karsa no haría lo que había hecho su padre. No haría… nada. No, él seguiría el camino de su abuelo. Un camino más parecido de lo que nadie podría imaginarse. Buena parte, demasiada, de la reputación del clan vivía solo en el pasado. Los uryd se habían dormido en los laureles de su posición de preeminencia entre los teblor.

Pahlk había murmurado la verdad más de una vez, las noches en las que los huesos le dolían por las antiguas heridas y la vergüenza que era su hijo ardía con más fuerza.

Un regreso a los antiguos modos. Y yo, Karsa Orlong, me pondré en cabeza. Delum Thord está conmigo. Al igual que Bairoth Gild. Todos en nuestro primer año de las cicatrices. Hemos relatado éxitos. Hemos asesinado enemigos. Robado caballos. Cambiado las piedras de las hogueras de los kellyd y los buryd.

Y ahora, con la luna nueva y en el año de tu nombre, Urugal, tejeremos nuestro camino hasta Lago de Plata. Para asesinar a los niños que moran allí.

Permaneció de rodillas en el claro, con la cabeza inclinada bajo las Caras en la Roca, sabiendo que el rostro de Urugal, en lo alto de la cara del acantilado, reflejaba su propio deseo salvaje y que los otros dioses, todos con sus propios clanes, salvo 'Siballe, que era la No Hallada, miraban furiosos a Karsa, con odio y envidia. Ninguno de sus hijos se arrodillaba ante ellos, después de todo, para pronunciar votos tan atrevidos.

La complacencia era una plaga en todos los clanes teblor, sospechaba Karsa. El mundo que había tras las montañas no se atrevía a traspasar sus límites, ni lo había intentado en

décadas enteras. No había visitantes que se aventuraran en las tierras de los teblor. Ni tampoco los propios teblor habían mirado más allá de las fronteras con un ansia oscura, como habían hecho con frecuencia generaciones atrás. El último hombre que había encabezado una incursión a territorios foráneos había sido su abuelo. A las orillas de Lago de Plata, donde las granjas crecían como champiñones podridos y los niños corrían como ratones. Por aquel entonces había dos granjas, media docena de cobertizos. Tras tanto tiempo, Karsa creía que habría más. Tres, incluso cuatro granjas. Hasta el día de matanza de Pahlk palidecería ante lo que harían Karsa, Delum y Bairoth.

A eso me comprometo, amado Urugal. Y vendré a ofrecerte un festín de trofeos cuyo igual jamás ha ensombrecido el suelo de este claro. Suficiente, quizá, para liberarte de la propia piedra, para que una vez más camines entre nosotros y repartas la muerte entre todos nuestros enemigos.

Yo, Karsa Orlong, nieto de Pahlk Orlong, te lo juro. Y si dudases, Urugal, has de saber que partimos esta misma noche. El viaje comienza con el descenso de este mismo sol. Y, al igual que el sol de cada día da origen al sol del día siguiente, así contemplará a los tres guerreros del clan Uryd que guiarán a sus destreros por los pasos y descenderán sobre tierras desconocidas. Y Lago de Plata, después de más de cuatro siglos, temblará una vez más ante la llegada de los teblor.

Karsa levantó poco a poco la cabeza y recorrió con los ojos la maltratada cara del acantilado hasta que encontró el rostro duro y bestial de Urugal, allí, entre los suyos. El semblante lleno de marcas parecía clavado en él y Karsa creyó ver un placer ávido en aquellos estanques oscuros. De hecho, estaba convencido y se lo describiría como cierto a

Delum y Bairoth, y a Dayliss, para que ella pronunciara su bendición, pues Karsa deseaba tanto su bendición, sus palabras frías… «Yo, Dayliss, que todavía he de hallar un apellido, te bendigo, Karsa Orlong, en tu funesta incursión. Que asesines a una legión de niños. Que sus gritos alimenten tus sueños. Que su sangre te dé sed de más. Que las llamas acosen el sendero de tu vida. Que regreses a mí, con mil muertes sobre tu alma, y me tomes como esposa.»

Quizá lo bendijera así de verdad. Una primera pero innegable expresión del interés que sentía por él. No por Bairoth (Dayliss no hacía más que jugar con Bairoth como podría hacerlo cualquier joven no casada, para divertirse). El Cuchillo de la Noche de la joven permanecía envainado, por supuesto, pues Bairoth carecía de ambición fría, un defecto que él quizá negase, pero la verdad era obvia, Bairoth nunca guiaba, solo seguía, y Dayliss no se conformaría con eso.

No, Dayliss sería suya, de Karsa, a su regreso, la culminación del triunfo que era la incursión contra Lago de Plata. Para él, y solo para él, Dayliss desenfundaría su Cuchillo de la Noche.

«Que asesines a una legión de niños. Que las llamas acosen el sendero de tu vida.»

Karsa se irguió. No había viento que agitara las hojas de los abedules que rodeaban el claro. El aire era pesado, un aire de tierras bajas que había trepado y se había abierto camino por las montañas, tras el rastro de la marcha del sol, y al desvanecerse la luz se había quedado atrapado en el claro, ante las Caras en la Roca. Como un aliento de los dioses que pronto se filtraría por el suelo medio podrido.

A Karsa no le cabía ninguna duda de que Urugal estaba presente, tan cerca tras la piel de piedra de su cara como siempre. Atraído por el poder del juramento de Karsa, por la promesa de un regreso a la gloria. También rondaban allí los

otros dioses. Beroke Voz Suave, Kahlb el Cazador Silencioso, Thenik el Quebrado, Halad el Portador de Ruina, Imroth el Cruel y 'Siballe la No Hallada, todos despiertos una vez más y ansiosos de sangre.

Y yo no he hecho más que ponerme en camino. Recién llegado a mi octogésimo año de vida, al fin un guerrero de verdad. He oído las palabras más antiguas, los susurros, del Único, que unirá a los teblor, que ligará a todos y cada uno de los clanes y los llevará a las tierras bajas, y así comenzará la Guerra de los Pueblos. Estos susurros, son la voz de la promesa, y esa voz es mía.

Unos pájaros ocultos anunciaron la llegada del atardecer. Era hora de irse. Delum y Bairoth lo aguardaban en la aldea. Y Dayliss, silenciosa pero aferrándose a las palabras que le diría a él.

Bairoth se pondrá furioso.

La bolsa de aire cálido del claro tardó en desaparecer tras la partida de Karsa Orlong. El suelo blando y pantanoso tardó en borrar la huella de sus rodillas, de sus pies envueltos en mocasines, el fulgor profundizado del sol continuó pintando los rasgos duros de los dioses aunque las sombras comenzaran a llenar el claro en sí.

Siete figuras se alzaron del suelo, con la piel arrugada y manchada de marrón oscuro sobre unos músculos marchitos y unos huesos pesados, el cabello rojo como el ocre y chorreando un agua negra y estancada. A algunos les faltaban miembros, otros se apoyaban en piernas partidas, hechas pedazos o mutiladas. A uno le faltaba la mandíbula inferior, mientras que el pómulo y la frente de otro estaban aplastados y ocupaban el espacio de la cuenca del ojo. Cada

uno de los siete roto de algún modo. Imperfectos. Defectuosos.

Tras el muro de roca, en algún lugar, había una cueva sellada que había sido su tumba durante siglos, un encarcelamiento que resultó ser breve. Nadie había esperado su resurrección. Demasiado destrozados para permanecer con los suyos, los habían dejado atrás, como era costumbre entre los de su raza. La condena por el fracaso era el abandono, una eternidad de inmovilidad. Cuando el fracaso era con honor, sus restos sensibles se colocaban bajo el cielo, abiertos a los paisajes y el mundo exterior, para que encontraran paz en la contemplación del paso de los eones. Pero para aquellos siete el fracaso no había sido con honor. Así pues, la oscuridad de una tumba había sido su condena. No habían sentido amargura al saberlo.

Ese regalo oscuro llegó después, no de su prisión sin luz, sino del exterior, y con él, la oportunidad.

Lo único que hacía falta era el incumplimiento de un voto y jurar lealtad a otro. La recompensa: renacimiento y libertad.

Los suyos habían marcado su lugar de enterramiento con caras talladas, cada una con un retrato que se burlaba de las vistas con ojos ciegos y vacíos. Habían pronunciado sus nombres para cerrar el ritual de vinculación, nombres que persistían en aquel lugar con poder suficiente como para retorcer las mentes de los chamanes del pueblo que había encontrado refugio en esas montañas y en la meseta que ostentaba el antiguo nombre de Laederon.

Los Siete guardaban silencio y permanecían inmóviles en el claro bajo el atardecer que iba cayendo. Seis esperaban a que uno hablara, pero ese uno no tenía prisa. La libertad era un júbilo puro y, aunque limitada como estaba a ese claro, la emoción subsistía todavía. Ya no faltaba mucho para que esa

libertad se librara de las últimas cadenas, el truncado campo visual de las cuencas talladas en la roca. El servicio al nuevo amo prometía viajes, un mundo entero que volver a descubrir y un sinfín de muertes que provocar.

Urual, cuyo nombre significaba Hueso Musgoso y al que conocían entre los teblor con el nombre de Urugal, habló al fin.

—Él bastará.

Sin’b’alle (Liquen para Musgo), que era 'Siballe la No Hallada, no ocultó el escepticismo de su voz.

—Pones demasiada fe en estos teblor caídos. Teblor. No saben nada, ni siquiera su verdadero nombre.

—Alégrate de que no lo sepan —dijo Ber’ok, su voz era un chirrido áspero que salía de una garganta aplastada. Con el cuello torcido y la cabeza inclinada hacia un lado, se veía obligado a girar el cuerpo entero para mirar la cara de roca —. En cualquier caso, tú tienes tus propios hijos, Sin’b’alle, que son los portadores de la verdad. Para los otros, para nuestros fines, es mejor que la historia perdida continúe perdida. Su ignorancia es nuestra mejor arma.

—Fresno Muerto está en lo cierto —dijo Urual—. No podríamos haber retorcido así su fe si fueran conocedores de su legado.

Sin’b’alle se encogió de hombros con gesto desdeñoso.

—El llamado Pahlk también… bastaba. En tu opinión, Urual. Un candidato digno para guiar a mis hijos, parecía. Y sin embargo, fracasó.

—Culpa nuestra, no suya —gruñó Haran’alle—. Fuimos impacientes, confiamos demasiado en nuestra eficacia. La ruptura del voto nos arrebató buena parte de nuestro poder.

—¿Pero qué nos ha dado nuestro nuevo amo que fuera de él, Asta del Verano? —preguntó Thek Ist—. Nada, salvo unas simples gotas.

—¿Y qué esperabas? —inquirió Urual en tono tranquilo—. Se recupera de su ordalía como nosotros de la nuestra.

Emroth habló entonces, la voz de mujer era sedosa.

—Así que crees, Hueso Musgoso, que este nieto de Pahlk tallará para nosotros el sendero a la libertad.

—Así lo creo.

—¿Y si nos decepcionan de nuevo?

—Entonces comenzaremos de nuevo. El hijo de Bairoth crece en el vientre de Dayliss.

Emroth siseó.

—¡Otro siglo de espera! ¡Malditos sean estos longevos teblor!

—Un siglo no es nada…

—¡No es nada, pero lo es todo, Hueso Musgoso! Y sabes muy bien a qué me refiero.

Urual estudió a la mujer, a la que le habían dado el acertado nombre de Esqueleto con Colmillos, y recordó su tendencia hacia lo soletaken y el ansia que había llevado con tanta claridad al fracaso de todos tanto tiempo atrás.

—El año de mi nombre ha regresado —dijo—. Entre todos nosotros, ¿quién ha hecho avanzar más que yo por nuestro camino a un clan de los teblor? ¿Tú, Esqueleto con Colmillos? ¿Liquen para Musgo? ¿Pierna de Lanza?

Nadie dijo nada.

Después, al fin, Fresno Muerto emitió un sonido que podría haber sido una carcajada suave.

—Como Musgo Rojo, callamos todos. El camino se abrirá. Así lo ha prometido nuestro nuevo amo, que encuentra su poder. El guerrero escogido de Urual ya posee una veintena de almas en su rastro asesino. Y son, además, almas teblor. Recordad también que Pahlk viajó solo, pero Karsa tendrá a dos guerreros formidables a su lado. Si muriera, siempre quedan Bairoth o Delum.

—Bairoth es demasiado listo —gruñó Emroth—. Se parece al hijo de Pahlk, su tío. Y lo que es peor, su ambición no aspira a nada externo. Finge seguir a Karsa, pero ya ha puesto la mano en la espalda de Karsa.

—Y yo tengo la mía en la suya —murmuró Urual—. Ya casi se nos ha echado encima la noche. Debemos regresar a nuestra tumba. —El antiguo guerrero se giró—. Esqueleto con Colmillos, no te alejes mucho del niño que habita el vientre de Dayliss.

—Ya la estoy alimentando de mi pecho —afirmó Emroth.

—¿Una niña?

—Solo de cuerpo. Lo que hago en su interior no es niña ni cría humana.

—Bien.

Las siete figuras regresaron a la tierra cuando las primeras estrellas de la noche despertaron con un parpadeo en el cielo. Despertaron con un parpadeo y contemplaron desde su altura un claro donde no moraba dios alguno. Donde jamás había morado ningún dios.

La aldea estaba situada en la orilla pedregosa del río Laderii, un torrente alimentado por las montañas de agua gélida que abrían un valle en el bosque de coníferas, de camino a algún mar remoto. Las casas estaban construidas con cimientos de cantos rodados y muros de cedro mal cortado, los tejados eran marañas espesas, abombados y plagados de musgo. A lo largo de la orilla se levantaban marcos enrejados repletos de tiras de pescado puestas a secar. En los bordes de los bosques habían talado algunas zonas para proporcionarles pastos a los caballos.

La luz brumosa de las hogueras parpadeaba entre los árboles cuando Karsa llegó a la casa de su padre tras pasar

junto a la docena de caballos que permanecían quietos y silenciosos en el claro. La única amenaza eran posibles asaltantes, ya que esas bestias eran asesinos natos y los lobos de montaña ya habían aprendido mucho tiempo atrás a evitar a aquellos enormes animales. De vez en cuando, un oso de cuello de color óxido se aventuraba a bajar de su guarida en las montañas, pero por lo general eso coincidía con la temporada de los salmones y las criaturas no mostraban demasiado interés en desafiar a los caballos, los perros de la aldea o sus audaces guerreros.

Synyg estaba en el corral de adiestramiento, almohazando a Estragos, su preciado caballo de guerra. Karsa podía sentir el calor del animal al acercarse, aunque era poco más que una masa negra en la oscuridad.

—Ojo Rojo sigue vagando suelto —gruñó Karsa—. ¿Es que no harás nada por tu hijo?

Su padre continuó almohazando a Estragos.

—Ojo Rojo es demasiado joven para un viaje así, como ya he dicho antes…

—Pero es mío, y por tanto lo montaré.

—No. Carece de independencia y no ha cabalgado todavía con las monturas de Bairoth y Delum. Alojarás una espina en sus nervios.

—¿He de caminar, entonces?

—Te daré a Estragos, hijo mío. Lo han montado sin cansarlo esta noche y todavía lleva puesta la brida. Ve a recoger tu equipo, antes de que se enfríe demasiado.

Karsa no dijo nada. Se había quedado asombrado. Se dio la vuelta y se dirigió a la casa. Su padre había colgado su alforja de un caballete cerca de la puerta para que no se mojara. Su espada de palosangre colgaba de su arnés a su lado, recién lubricada, con el escudo de guerra de los uryd recién pintado en la ancha hoja. Karsa bajó el arma y se ató

el arnés, la empuñadura ambidiestra de la espada, envuelta en cuero, le sobresalía sobre el hombro izquierdo. La alforja la llevaría a lomos de Estragos, acoplada a los cordajes del estribo, aunque las rodillas de Karsa soportarían buena parte del peso.

Los arreos de los teblor no incluían silla de montar, un guerrero cabalgaba directamente sobre el lomo de su montura, con los estribos altos y la mayor parte del peso justo detrás de los hombros del animal. Los trofeos de las tierras bajas incluían sillas que revelaban, cuando se colocaban sobre los caballos más pequeños de los habitantes de las tierras bajas, un cambio claro en el peso, que se desplazaba hacia la espalda. Pero un auténtico destrero necesitaba los cuartos traseros libres de cualquier peso extra para garantizar la rapidez de las coces. Y aún más, un guerrero debe proteger el cuello y la cabeza de su montura con la espada y, si es necesario, con los brazales de los antebrazos.

Karsa regresó adonde esperaban su padre y Estragos.

—Bairoth y Delum te aguardan en el vado —dijo Synyg.

—¿Dayliss?

Karsa no pudo ver la expresión de su padre cuando este le respondió con tono inexpresivo.

—Dayliss le dio su bendición a Bairoth después de que partieras rumbo a las Caras en la Roca.

—¿Bendijo a Bairoth?

—Así es.

—Al parecer, la he juzgado mal —dijo Karsa mientras luchaba contra una contracción poco conocida para él, que le tensaba la voz.

—Cosa fácil, pues es una mujer.

—¿Y tú, padre? ¿Me darás tu bendición?

Synyg le dio a Karsa la única rienda y después se dio la vuelta.

—Pahlk ya lo ha hecho. Date por satisfecho con eso.

—¡Pahlk no es mi padre!

Synyg hizo una pausa en la oscuridad, pareció pensarlo un momento y después contestó.

—No, no lo es.

—¿Entonces, me vas a bendecir tú?

—¿Qué quieres que bendiga, hijo? ¿Los siete dioses, que son una mentira? ¿La gloria, que está vacía? ¿Me complacerá que asesines a niños? ¿Los trofeos que te atarás al cinturón? Mi padre, Pahlk, abrillantaría su propia juventud, pues tiene esa edad. ¿Con qué palabras te bendijo, Karsa? ¿Que superes sus logros? Me imagino que no. Piensa con atención en sus palabras y creo que averiguarás que le servían a él más que a ti.

—«Pahlk, descubridor del sendero que tú vas a seguir, bendice tu viaje.» Tales fueron sus palabras.

Synyg se quedó callado un momento y cuando habló, su hijo pudo oír la sonrisa triste de su boca, aunque no la viera.

—Como he dicho yo.

—Madre me habría bendecido —soltó Karsa de repente.

—Como debe hacer una madre. Pero el corazón le habría pesado. Ve ya, hijo. Tus compañeros te aguardan.

Con un gruñido, Karsa se subió al amplio lomo del caballo de guerra. Estragos agitó la cabeza al sentir un jinete con el que no estaba familiarizado y después resopló.

Synyg habló en medio de la penumbra.

—Le desagrada llevar ira sobre su lomo. Has de calmarte, hijo.

—Un destrero que teme a la ira no sirve de casi nada. Estragos tendrá que aprender quién lo monta ahora. —Y tras eso, Karsa echó una pierna hacia atrás y con un papirotazo

de la única rienda hizo dar la vuelta al caballo de repente. Un tirón con la rienda envió al caballo por el camino.

Cuatro postes de sangre, cada uno de los que conmemoraban a los hermanos sacrificados de Karsa, flanqueaban el sendero que llevaba a la aldea. Al contrario que otros, Synyg había dejado los postes tallados sin adornos; solo se había limitado a labrar los glifos que daban nombre a los tres hijos y la hija entregados a las Caras en la Roca, seguidos por una salpicadura de sangre de familia que no había durado mucho más allá de las primeras lluvias. En lugar de trenzas que trepasen por los postes de la altura de un hombre hasta un tocado de plumas y tripas anudadas en la cumbre, solo unas parras entrelazaban la madera, curtida por los elementos, y la cumbre roma estaba manchada de excrementos de pájaros.

Karsa sabía que la memoria de sus hermanos merecía algo más y resolvió llevar sus nombres cerca de sus labios en el momento del ataque, para poder asesinar con los gritos de sus hermanos hendiendo el aire. Su voz sería la voz de sus hermanos cuando llegara el momento. Ya habían sufrido el descuido de su padre demasiado tiempo.

El sendero se ampliaba, flanqueado por antiguos tocones y enebros bajos. Por delante, el fulgor chillón de los fuegos entre las casas cónicas, oscuras y achaparradas brillaba con luz trémula entre la calima del humo. Cerca de una de esas hogueras esperaban dos figuras montadas. Una tercera forma, a pie, permanecía a un lado, envuelta en pieles. *Dayliss. Bendijo a Bairoth Gild y ahora viene a despedirlo*.

Karsa se acercó a ellos, contenía a Estragos para que no pasara de un ritmo largo y perezoso. El líder era él y pensaba dejarlo bien patente. Bairoth y Delum lo esperaban a él, después de todo, ¿y cuál de los tres había ido a las Caras en la Roca? Dayliss había bendecido a un seguidor.

¿Quizá Karsa se había mantenido demasiado distante? Pero tal era la carga de los que ostentaban el mando. La chica debería haberlo entendido. No tenía ningún sentido.

Karsa detuvo el caballo ante ellos y no dijo nada.

Bairoth era un hombre más pesado, aunque no tan alto como Karsa o, de hecho, Delum. Poseía aire osuno que ya había admitido mucho tiempo atrás y que incluso había terminado por fingir de forma un tanto tímida. Cuando vio a Karsa hizo rodar los hombros, como si los relajara para el viaje, y sonrió.

—Un comienzo atrevido, hermano —bramó—, el robo del caballo de tu padre.

—No lo he robado, Bairoth. Synyg me dio tanto a Estragos como su bendición.

—Una noche llena de milagros, al parecer. ¿Y Urugal también salió de la roca para besarte la frente, Karsa Orlong?

Dayliss bufó al oír eso.

Si se hubiera adentrado en suelo mortal, no habría encontrado más que a uno de los tres ante él. Karsa no contestó a la pulla de Bairoth, se limitó a dirigir la mirada con lentitud a Dayliss.

—¿Has bendecido a Bairoth?

El encogimiento de hombros de la chica fue desdeñoso.

—Lamento mucho —dijo Karsa— que hayas perdido el coraje.

Los ojos femeninos se clavaron en los suyos con una furia repentina.

Con una sonrisa, Karsa se volvió hacia Bairoth y Delum.

—«Las estrellas giran. Cabalguemos.»

Pero Bairoth hizo caso omiso de las palabras y en lugar de pronunciar la respuesta ritual, gruñó otra cosa.

—Una mala elección, desatar tu orgullo herido sobre ella. Dayliss será mi esposa cuando regresemos. Atacarla a ella es atacarme a mí.

Karsa se quedó inmóvil.

—Pero Bairoth —dijo en voz baja y suave—, yo ataco donde quiero. La falta de coraje puede extenderse como una enfermedad, ¿se ha posado su bendición sobre ti como una maldición? Soy caudillo de guerra. Te invito a que me desafíes ahora, antes de abandonar nuestro hogar.

Bairoth encorvó los hombros y se inclinó poco a poco hacia delante.

—No es falta de coraje —dijo entre dientes— lo que detiene mi mano, Karsa Orlong.

—Me complace oírlo. «Las estrellas giran. Cabalguemos.»

Bairoth frunció el ceño ante la interrupción y quiso decir algo más, pero se detuvo. Sonrió y se relajó de nuevo. Miró a Dayliss y asintió, como si reafirmara en silencio un secreto, después entonó:

—«Las estrellas giran. Condúcenos, caudillo, a la gloria.»

Delum, que lo había observado todo en silencio, con el rostro vacío de expresión, habló a su vez.

—«Condúcenos, caudillo, a la gloria.»

Con Karsa por delante, los tres guerreros recorrieron toda la anchura de la aldea. Los ancianos de la tribu se habían pronunciado contra el viaje, así que no salió nadie a verlos partir. Pero Karsa sabía que nadie podría evitar oírlos pasar y sabía también que, algún día, llegarían a lamentar no haber sido testigos de nada más que de los pasos pesados y ahogados de los cascos de los caballos. No obstante, deseó con todas sus fuerzas algún otro testigo que no fuera Dayliss. Ni siquiera Pahlk había aparecido.

Y sin embargo, yo tengo la sensación de que nos están observando en realidad. Quizá sean los Siete. Urugal,

ascendido a la altura de las estrellas, a lomos de la corriente de la rueda de estrellas, nos contempla ahora desde su altura. ¡Óyeme, Urugal! ¡Yo, Karsa Orlong, asesinaré por ti a un millar de niños! ¡Un millar de almas que posar a tus pies!

No muy lejos, un perro gimió en un sueño inquieto, pero no despertó.

En el lado norte del valle que se asomaba a la aldea, al borde mismo de los árboles, veintitrés testigos silenciosos presenciaban la partida de Karsa Orlong, Bairoth Gild y Delum Thord. Fantasmales en la oscuridad que cubría los huecos entre los árboles de hoja ancha, esperaron, inmóviles, hasta mucho tiempo después de que los tres guerreros se perdieran de vista por el camino oriental.

Nacidos uryd. Sacrificados uryd, eran parientes carnales de Karsa, Bairoth y Delum. En su cuarto mes de vida, a cada uno de ellos los habían entregado a las Caras en la Roca, posados por sus madres en el claro al atardecer. Ofrecidos al abrazo de los Siete, se habían desvanecido antes de la salida del sol. Entregados, todos y cada uno, a una nueva madre.

Hijos de 'Siballe, por siempre. 'Siballe, la No Hallada, la única diosa entre los Siete que no tenía tribu propia. Y así la diosa había creado la suya, una tribu secreta entresacada de las otras seis, les había enseñado cuáles eran sus vínculos carnales individuales, para unirlos a sus parientes no sacrificados. Les había enseñado, también, sobre su propósito concreto y especial, el destino que les pertenecía a ellos y a nadie más.

Los llamaba sus Hallados y ese era el nombre por el que se hacían llamar, el nombre de su tribu oculta. Moraban invisibles entre sus parientes, una existencia nunca imaginada por nadie de las seis tribus. Había algunos a los que conocían que quizá sospecharan, pero sospechas eran

lo único que tenían. Hombres como Synyg, el padre de Karsa, que trataba los memoriales de palosangre con indiferencia si no desdén. Tales hombres, por lo general, no suponían ninguna amenaza real, aunque en ocasiones resultaban necesarias medidas más extremas cuando se percibía un riesgo auténtico. Como había ocurrido con la madre de Karsa.

Los veintitrés Hallados que presenciaron el comienzo del viaje de los guerreros, ocultos entre los árboles del costado del valle, eran hermanos y hermanas carnales de Karsa, Bairoth y Delum, pero también eran extraños, aunque en ese momento ese detalle no parecía importar demasiado.

—Uno lo logrará. —Lo dijo el hermano mayor de Bairoth.

La hermana gemela de Delum se encogió de hombros a modo de respuesta antes de hablar.

—Estaremos allí, entonces, cuando regrese ese uno.

—Allí estaremos.

Había otro rasgo que compartían todos los Hallados. 'Siballe había marcado a sus hijos con una cicatriz salvaje, un desgarro de carne y músculo en el lado izquierdo (desde la sien hasta la mandíbula) de cada cara, y con esa destrucción había quedado muy mermada la capacidad de expresar. Los rasgos de la izquierda se habían trabado en una mueca deteriorada, como en permanente consternación. De alguna extraña manera, las lesiones físicas también habían despojado de inflexión a la voz, o quizá la voz apagada de 'Siballe había resultado ser una influencia abrumadora.

Pero, faltas de entonación, las palabras de esperanza tenían un modo propio de sonar falsas a sus oídos, suficiente para silenciar a los que habían hablado.

Uno lo lograría.

Quizá.

Synyg siguió revolviendo el guiso en el fuego cuando se abrió la puerta tras él. Un resuello suave, un pie arrastrado, el estrépito de un bastón contra el marco de la puerta. Y después una pregunta dura y acusatoria.

—¿Bendijiste a tu hijo?

—Le di a Estragos, padre.

De alguna manera, Pahlk consiguió llenar una sola pregunta de desdén, asco y suspicacia, todo a la vez.

—¿Por qué?

Synyg no se volvió mientras escuchaba a su padre acercarse con pasos torturados a la silla que había más cerca del hogar.

—Estragos merecía una última batalla, una batalla que yo sabía que nunca podría darle. Por eso.

—Por eso, como pensaba. —Pahlk se acomodó en la silla con un gemido de dolor—. Por tu caballo, pero no por tu hijo.

—¿Tienes hambre? —preguntó Synyg.

—No te negaré el gesto.

Synyg se permitió una sonrisa débil y amarga y después estiró la mano para coger un segundo cuenco que puso junto al suyo.

—Tu hijo sería capaz de derribar a golpes una montaña —rezongó Pahlk— por verte mover de tus pajas.

—Lo que hace no es por mí, padre, es por ti.

—Percibe que solo la gloria más fiera posible logrará lo que se necesita: la inundación de la vergüenza que eres tú, Synyg. Eres el arbusto desgreñado entre dos árboles encumbrados, hijo de uno y progenitor de otro. Por eso me tendió la mano a mí, me tendió la mano; ¿te preocupas e impacientas ahí, en las sombras, entre Karsa y yo? Una pena, la elección siempre fue tuya.

Synyg llenó los dos cuencos y se irguió para pasarle uno a su padre.

—La cicatriz que rodea una vieja herida no siente nada —dijo.

—No sentir nada no es una virtud.

Synyg se sentó en la otra silla con una sonrisa.

—Cuéntame un cuento, padre, como hiciste una vez. Esos días que siguieron a tu triunfo. Háblame otra vez de los niños que mataste. De las mujeres que derribaste. Háblame de las granjas ardiendo, los gritos del ganado y las ovejas atrapadas en las llamas. Me gustaría ver esos fuegos una vez más, reavivados en tus ojos. Revuelve las cenizas, padre.

—Cuando hablas de esos días, hijo, lo único que yo oigo es a esa maldita mujer.

—Come, padre, no vaya a ser que me insultes a mí y a mi hogar.

—Eso haré.

—Siempre fuiste un invitado considerado.

—Cierto.

No se intercambiaron más palabras hasta que los dos hombres terminaron de comer. Entonces, Synyg posó el cuenco, se levantó y recogió también el cuenco de Pahlk y después, se giró y lo tiró al fuego.

Su padre abrió mucho los ojos.

Synyg se lo quedó mirando desde su altura.

—Ninguno de los dos vivirá para ver el regreso de Karsa. Se han llevado el puente que había entre tú y yo. Vuelve ante mi puerta, padre, y te mato. —Estiró las dos manos, levantó a Pahlk y arrastró al balbuciente anciano hasta la puerta; después, sin más ceremonias, lo echó fuera. Lo siguió el bastón.

Viajaron por el antiguo camino que corría paralelo a la columna de las montañas. Viejos deslizamientos de rocas ocultaban el sendero de vez en cuando y arrastraban abetos y cedros hacia el valle inferior; en esos lugares los arbustos y los árboles de hoja ancha habían encontrado un asidero y dificultaban el paso. Dos días y tres noches más allá se hallaban las tierras de los rathyd y de todas las demás tribus teblor, eran los rathyd con los que los uryd tenían los peores feudos. Ataques y crueles asesinatos entrelazaban a las dos tribus en una madeja de odio que se remontaba a varios siglos atrás.

Pasar desapercibido por los territorios de los rathyd no era lo que Karsa tenía en mente. Pretendía abrirse un camino de sangre por insultos reales e imaginados con una espada vengadora y, en el proceso, sumar una veintena o más de almas teblor a su nombre. Los dos guerreros que cabalgaban tras él, bien lo sabía Karsa, creían que el viaje que les esperaba sería de sigilo y subterfugios. Después de todo, no eran más que tres.

Pero Urugal se halla con nosotros esta estación. Y nos anunciaremos en su nombre, y con sangre. Despertaremos de un golpe a los avispones de su nido y los rathyd llegarán a saber, y temer, el nombre de Karsa Orlong. Al igual que los sunyd, en su momento.

Los destreros se movían con cautela por el pedregal suelto de un deslizamiento reciente. Había nevado mucho el invierno anterior, más de lo que Karsa recordaba en toda su vida. Mucho antes de que las Caras en la Roca despertaran para proclamar ante los ancianos, en sueños y trances, que habían derrotado a los antiguos espíritus teblor y exigían obediencia; mucho antes de que tomar almas enemigas se

convirtiera en la principal de las aspiraciones teblor, los espíritus que habían gobernado la tierra y su pueblo eran los huesos de roca, la carne de tierra, el cabello y el pelo del bosque y la cañada, y su aliento era el viento de cada estación. El invierno llegaba y partía con tormentas violentas en lo alto de las montañas, los esfuerzos salvajes de los espíritus en su guerra eterna y mutua. El verano y el invierno eran iguales: inmóviles y secos, pero el primero revelaba agotamiento mientras que el segundo mostraba una paz gélida y frágil. Por consiguiente, los teblor veían los veranos con simpatía para los espíritus cansados de la batalla, mientras que detestaban los inviernos por la debilidad de los combatientes ascendidos, pues la ilusión de paz no tenía valor alguno.

Menos de una veintena de días quedaban en aquella estación de primavera. Las tormentas de las alturas disminuían ya, tanto en frecuencia como en furia. Aunque las Caras en la Roca habían destruido mucho tiempo atrás a los antiguos espíritus y eran, al parecer, indiferentes al paso de las estaciones, Karsa se veía en secreto, a él y a sus dos compañeros, como heraldos de una última tormenta. Sus espadas de palosangre resonarían con cóleras antiguas entre los confiados rathyd y sunyd.

Dejaron atrás el deslizamiento reciente. El sendero que tenían por delante descendía serpenteando a un valle poco profundo con una pradera alta abierta a la luz brillante del sol vespertino.

Bairoth habló detrás de Karsa.

—Deberíamos acampar al otro lado de este valle, caudillo. Los caballos necesitan descansar.

—Quizá tu caballo necesite descansar, Bairoth —respondió Karsa—. Llevas demasiadas noches de festín en tus huesos. Confío en que este viaje haga un guerrero de ti

una vez más. Tu espalda ha conocido demasiada paja en los últimos tiempos. —*Con Dayliss montándote, además*.

Bairoth se echó a reír, pero no respondió nada.

—Mi caballo también necesita descanso, caudillo —aseguró Delum entonces—. En el claro que tenemos delante deberíamos poder hacer un buen campamento. Hay huellas de conejos por aquí y podría poner mi trampa.

Karsa se encogió de hombros.

—Dos cadenas pesadas me rodean, entonces. Los gritos de guerra de vuestros estómagos me ensordecen. Así sea. Acamparemos.

No podían hacer fuego, por lo que se comieron crudos los conejos que Delum había cogido. En otro tiempo tal alimento habría sido peligroso, pues los conejos trasmitían con frecuencia enfermedades que solo podían matarse cocinándolos, enfermedades que en su mayoría eran letales para los teblor. Pero desde la llegada de las Caras en la Roca, las enfermedades se habían desvanecido entre las tribus. La locura, cierto era, todavía plagaba sus filas, pero eso no tenía nada que ver con lo que se comía o bebía. A veces, les habían explicado los ancianos, las cargas que posaban los Siete sobre un hombre resultaban demasiado potentes. La mente ha de ser fuerte y la fuerza se encontraba en la fe. Para el hombre débil, aquel que conocía la duda, las reglas y los ritos podían convertirse en una jaula y la prisión llevaba a la locura.

Se sentaron alrededor de un pequeño hoyo que Delum había cavado para los huesos del conejo y no hablaron mucho durante la comida. Sobre ellos, el cielo iba perdiendo poco a poco su color y las estrellas dieron comienzo al giro de su rueda. En la oscuridad creciente, Karsa escuchó a

Bairoth sorbiendo un cráneo de conejo. Siempre era el último en terminar pues nunca dejaba nada e incluso roía, al día siguiente, la fina capa de grasa que quedaba bajo la piel. Al fin, Bairoth tiró el cráneo vacío al hoyo y se echó hacia atrás, lamiéndose los dedos.

—He estado pensando —dijo Delum— en el viaje que tenemos por delante. Pasaremos por tierras rathyd y sunyd. No deberíamos tomar caminos que nos hagan destacar sobre el cielo o incluso la roca desnuda. Así pues, hemos de tomar los senderos más bajos. Sin embargo, esos son los senderos que nos acercarán más a los campamentos. Debemos pues, creo, cambiar de táctica y viajar de noche.

—Mejor, entonces —asintió Bairoth—, para relatar después nuestras hazañas. Para girar las piedras del fuego y robar plumas. Quizás unos cuantos guerreros solitarios puedan darnos sus almas.

Karsa habló entonces.

—Si nos ocultamos de día, apenas veremos el humo que nos diga dónde están los campamentos. Por la noche el viento provoca remolinos, así que no nos ayudará a encontrar los fuegos. Ni los rathyd ni los sunyd son tontos. No harán fuego bajo los salientes o contra las rocas, no encontraremos reflejos de luz en la piedra para recibirnos. Además, nuestros caballos ven mejor de día y pisan con más seguridad. Cabalgaremos de día —concluyó.

Ni Bairoth ni Delum dijeron nada durante un momento.

Después, Bairoth se aclaró la garganta.

—Nos encontraremos en una guerra, Karsa.

—Seremos como una flecha de los lanyd en su vuelo por un bosque, cambiando de dirección con cada hoja, cada rama y cada tronco. Reuniremos almas, Bairoth, en medio de una tormenta rugiente. ¿Guerra? Sí. ¿Temes a la guerra, Bairoth Gild?

—Somos tres, caudillo —dijo Delum.

—Sí, somos Karsa Orlong, Bairoth Gild y Delum Thord. Yo me he enfrentado a veinticuatro guerreros y los he asesinado a todos. Bailo sin igual, ¿seríais capaces de negarlo? Hasta los ancianos lo han dicho, asombrados. Y tú, Delum, veo dieciocho lenguas enganchadas en la correa de tu cadera. Sabes leer el rastro de un fantasma y puedes escuchar el rodar de un guijarro a veinte pasos de distancia. Y Bairoth, en los días en los que este guerrero todo lo que llevaba era músculo, tú, Bairoth, ¿acaso no le rompiste la espalda a un buryd solo con las manos? ¿No derribaste a un caballo de guerra? Esa ferocidad no hace más que dormir en tu interior y este viaje la despertará una vez más. Otros tres cualquiera… sí, se deslizan por los caminos oscuros y serpenteantes, hacen girar piedras de hogueras, arrancan plumas y aplastan unas cuantas tráqueas entre enemigos dormidos. Una gloria lo bastante digna para otros tres guerreros cualesquiera. ¿Para nosotros? No. Vuestro caudillo ha hablado.

Bairoth sonrió a Delum.

—Alcemos la mirada y presenciemos la rueda de estrellas, Delum Thord, pues pocas visiones así nos quedan ya.

Karsa se levantó poco a poco.

—Sigues a tu caudillo, Bairoth Gild. No lo cuestionas. Tu vacilante coraje amenaza con envenenarnos a todos. Cree en la victoria, guerrero, o vuelve ya por donde has venido.

Bairoth se encogió de hombros, se echó hacia atrás y estiró las piernas cubiertas por cueros.

—Eres un gran caudillo, Karsa Orlong, pero, por desgracia, ciego a las bromas. Tengo fe en que llegarás a encontrar la gloria que buscas y que Delum y yo brillaremos como lunas menores, aunque brillaremos de todos modos.

Para nosotros, es suficiente. Puedes dejar de cuestionarlo, caudillo. Estamos aquí, contigo…

—¡Desafiando mi sabiduría!

—La sabiduría no es un tema que hayamos discutido todavía —respondió Bairoth—. Somos guerreros, como has dicho, Karsa. Y somos jóvenes. La sabiduría es patrimonio de los viejos.

—Sí, los ancianos —soltó Karsa de repente—. ¡Que no quisieron bendecir nuestro viaje!

Bairoth se echó a reír.

—Esa es nuestra verdad y debemos llevarla con nosotros, inmutable y amarga en nuestros corazones. Pero a nuestro regreso, caudillo, veremos que la verdad ha cambiado en nuestra ausencia. La bendición se habrá concedido, después de todo. Espera y verás.

Karsa abrió mucho los ojos.

—¿Los ancianos mentirán?

—Pues claro que mentirán. Y esperarán que nosotros aceptemos sus nuevas verdades y eso haremos… No, debemos hacerlo, Karsa Orlong. La gloria de nuestro éxito debe servir para unir al pueblo, guardárnoslo no es solo egoísta, sino quizás incluso letal. Piénsalo, caudillo. Regresaremos a la aldea con nuestros propios relatos. Sí, sin duda con unos cuantos trofeos que den fe de nuestra historia, pero si no compartimos esa gloria, entonces los ancianos se ocuparán de que nuestros relatos conozcan el veneno de la incredulidad.

—¿Incredulidad?

—Sí. Creerán, pero solo si pueden participar en nuestra gloria. Nos creerán, pero solo si nosotros, por nuestra parte, los creemos a ellos, su remodelación del pasado, la bendición que no se concedió, ahora concedida, todos los aldeanos que salieron a despedirnos. Estaban todos allí, o

eso te dirán y, al final, ellos también terminarán por creérselo y harán que se labren las escenas en su mente. ¿Todavía te confunde la situación, Karsa? Si es así, entonces será mejor que no hablemos de sabiduría.

—Los teblor no practican juegos de engaño —rezongó Karsa.

Bairoth lo estudió un momento y después asintió.

—Cierto, no lo hacen.

Delum empujó tierra y varias piedras al hoyo.

—Es hora de dormir —dijo, y se levantó para comprobar una vez más el estado de los caballos atados.

Karsa miró a Bairoth. *Su mente es como una flecha lanyd en el bosque, pero ¿le ayudará eso en algo cuando saquemos las espadas de palosangre y resuenen por todas partes los gritos de guerra? Eso es lo que ocurre cuando el músculo se convierte en grasa y la paja se te pega a la espalda. Los duelos con palabras no te granjearán nada, Bairoth Gild, salvo, quizá, que la lengua no se te seque tan pronto colgada del cinturón de un guerrero rathyd*.

—Al menos ocho —murmuró Delum—. Con quizás un joven. Hay, de hecho, dos hogueras. Han cazado el oso gris que mora en las cuevas y llevan un trofeo con ellos.

—Lo que significa que los embarga la arrogancia —asintió Bairoth—. Eso es bueno.

Karsa frunció el ceño y miró a Bairoth.

—¿Por qué?

—La perspectiva de la mente del enemigo, caudillo. Se sentirán invencibles, y eso los hará descuidados. ¿Tienen caballos, Delum?

—No. Los osos grises conocen demasiado bien el sonido de los cascos. Si trajeron perros a la cacería, ninguno

sobrevivió para el viaje de regreso.

—Mejor todavía.

Habían desmontado y estaban agazapados cerca del borde de la línea de árboles. Delum se había deslizado por delante para reconocer el terreno del campamento rathyd. Su paso por las hierbas altas, los tocones que llegaban a la altura de las rodillas y los arbustos de la ladera que había tras los árboles no había agitado ni una sola brizna de hierba, ni una hoja.

El sol estaba en lo alto y el aire seco y cálido no se movía.

—Ocho —dijo Bairoth. Después le sonrió a Karsa—. Y un joven. Habría que tomarlo el primero.

Para que los supervivientes conozcan la vergüenza. Espera que perdamos.

—Dejádmelo a mí —dijo Karsa—. Mi carga será fiera y me llevará al otro lado del campamento. Los guerreros que continúen en pie se volverán para enfrentarse a mí, todos y cada uno. Será entonces cuando cargaréis vosotros dos.

Delum parpadeó.

—¿Quieres que ataquemos por detrás?

—Para igualar los números, sí. Después, cada uno nos encargaremos de nuestros duelos.

—¿Esquivarás y te agacharás en tu pasada? —preguntó Bairoth con los ojos brillantes.

—No, golpearé.

—Te cercarán entonces, caudillo, y no lograrás llegar al otro lado.

—No me cercarán, Bairoth Gild.

—Son nueve.

—Entonces observa cómo bailo.

—¿Por qué no usamos los caballos, caudillo? —preguntó Delum.

—Estoy harto de hablar. Seguidme, pero a paso más lento.

Bairoth y Delum compartieron una mirada ilegible; después, Bairoth se encogió de hombros.

—Seremos tus testigos, entonces.

Karsa se descolgó la espada de palosangre y rodeó con ambas manos la empuñadura envuelta en cuero. La madera de la hoja era de un rojo profundo, casi negro, y el barniz espejado hacía que el blasón de guerra pintado pareciera flotar a un dedo de la superficie. El filo del arma era casi translúcido, donde el aceite de sangre que se había frotado en el grano se había endurecido y había llegado a sustituir a la madera. No había muescas ni mellas por el filo, solo una ligera ondulación de la línea donde el daño se había reparado solo, pues el aceite de sangre se aferraba a su propio recuerdo y no toleraba muescas ni cicatrices. Karsa alzó el arma y después avanzó deslizándose por las hierbas altas y aceleró el ritmo para convertirlo en un baile.

Al llegar a la pista de jabalíes que llevaba al bosque que Delum había señalado, Karsa se agachó todavía más y se deslizó por el camino prensado y aplastado sin perder el paso. La punta de la espada, ancha y ahusada, parecía empujarlo como si abriera ella también su propio camino, silencioso e infalible, entre las sombras y los haces de luz. Karsa aceleró un poco más.

En el centro del campamento rathyd, tres de los ocho guerreros adultos estaban agachados alrededor de un trozo de carne de oso que acababan de sacar de un envoltorio de piel de ciervo. Otros dos estaban sentados cerca con las armas en los muslos, frotando las hojas con el espeso aceite de sangre. Los tres restantes estaban de pie, charlando entre ellos a menos de tres pasos de la entrada de la pista de jabalíes. El joven estaba al otro extremo.

La carrera de Karsa había alcanzado su punto culminante cuando llegó al claro. En distancias de setenta pasos o menos, un teblor podía correr junto a un caballo de guerra al galope. Su llegada fue explosiva. En un momento dado, ocho guerreros y un joven descansaban en un claro, al siguiente, las coronillas de dos de los guerreros que estaban de pie quedaron rebanadas con un único golpe horizontal. Cuero cabelludo y hueso salieron volando, salpicaduras de sangre y sesos, que se estrellaron en la cara del tercer rathyd. Este se echó hacia atrás con un tambaleo y giró a la izquierda para ver el movimiento de regreso de la espada de Karsa, que le barrió por debajo de la barbilla y después se perdió de vista. Los ojos, todavía muy abiertos, observaron la escena inclinarse de golpe antes de que floreciera la oscuridad.

Todavía moviéndose, Karsa saltó por los aires para evitar la cabeza del guerrero cuando cayó con un golpe seco y rodó por el suelo.

Los rathyd que habían estado engrasando sus espadas ya se habían erguido y preparado las armas. Se separaron unos de otros y salieron disparados para enfrentarse a Karsa por ambos lados.

El uryd se echó a reír y giró en redondo para abalanzarse entre los tres guerreros cuyas manos ensangrentadas no sujetaban más que cuchillos de carnicero. Karsa colocó de golpe la espada en posición de guardia y se agachó. Tres pequeñas hojas encontraron su objetivo y rebanaron cuero, piel y luego músculo. El impulso propulsó a Karsa entre la multitud y se llevó los cuchillos con él, giró para atravesar con la espada un par de brazos y luego la levantó para meterla en una axila y desgarrar el hombro, cuya escápula salió con él, una placa curva de hueso morado entrelazada

de venas sujetas por una maraña de ligamentos a un brazo que se crispaba en su vuelo por alcanzar el cielo.

Un cuerpo se hundió en el suelo con un gruñido para envolver con unos brazos fornidos las piernas de Karsa. Todavía riéndose, el caudillo uryd lanzó un golpe bajo con la espada y el pomo aplastó la coronilla del guerrero. Los brazos sufrieron un espasmo y cayeron.

Una espada siseó hacia su cuello por la derecha. Todavía en posición de guardia, Karsa giró para apartar la espada con la suya y el impacto hizo resonar ambas armas con un sonoro repique.

Oyó los pasos de los rathyd que se acercaban por su espalda, sintió el aire que se partía ante la hoja que caía sobre su hombro izquierdo y se lanzó al instante al suelo, a la derecha. Hizo rodar la espada y extendió los brazos al caer. El filo barrió el aire sobre su cabeza y pasó junto al salvaje golpe bajo del guerrero para rebanar un par de gruesas muñecas, después atravesó el abdomen por el ombligo y siguió subiendo, entre las costillas y la cadera, antes de volver a salir.

Sin dejar de girar mientras caía, Karsa renovó el movimiento que había hecho tambalear el hueso y la carne, giró los hombros para seguir la hoja cuando pasó bajo él y después la rodeó hacia el otro lado. La cuchillada salvó el suelo a un nivel que se llevó la pierna izquierda del último rathyd a la altura del tobillo. Después, el suelo chocó contra el hombro izquierdo de Karsa. Se apartó rodando, su espada lo siguió en transversal por su propio cuerpo y consiguió desviar, aunque no derrotar del todo, un golpe bajo (el fuego le desgarró la cadera derecha), al poco había quedado fuera del alcance del guerrero y el hombre chillaba y se retiraba tambaleándose con torpeza.

Karsa rodó por el suelo y con el mismo movimiento se irguió una vez más y se quedó agachado, aquella acción hizo que sangrara la pierna derecha, le envió agudas punzadas también al lado izquierdo, a la espalda bajo el omóplato derecho y al muslo derecho, donde todavía tenía clavados los cuchillos.

Y entonces se encontró delante del joven.

De no más de cuarenta años, todavía no había alcanzado toda su altura, de miembros flacos como solían ser los no preparados. Los ojos llenos de terror.

Karsa guiñó un ojo y después se giró en redondo para abalanzarse sobre el guerrero con un solo pie.

Los chillidos del mutilado se habían hecho frenéticos y Karsa vio que Bairoth y Delum habían llegado hasta él y se habían unido al juego: con las espadas le quitaron el otro pie y las dos manos. El rathyd estaba en el suelo entre los dos, agitaba brazos y piernas y la sangre brotaba a chorros por la hierba pisoteada.

Karsa miró atrás y vio que el joven huía hacia los bosques. El caudillo sonrió.

Bairoth y Delum empezaron a perseguir al guerrero rathyd que se debatía por el suelo y a partirle trozos de los miembros que agitaba.

Karsa sabía que estaban enfadados. No les había dejado nada.

Hizo caso omiso de sus dos compañeros y sus brutales torturas y se arrancó el cuchillo de carnicero del muslo. La sangre se agolpó pero no brotó, lo que le indicó que no había tocado ninguna arteria o vena importante. El cuchillo del lado izquierdo había rozado las costillas y yacía con la hoja plana incrustada bajo la piel y unas cuantas capas de músculo. Karsa sacó el arma y la tiró. El último cuchillo, hundido en la profundidad de la espalda, fue más difícil de

alcanzar y le costaron unos cuantos intentos antes de arreglárselas para asir con fuerza el mango manchado y sacarlo. Una hoja más larga le habría llegado al corazón, pero esa solo sería seguramente la más irritante de las tres heridas menores. La cuchillada de la cadera que le atravesaba parte de una nalga era un poco más grave. Habría que coserla con cuidado y durante un tiempo le resultaría doloroso montar a caballo y caminar.

La pérdida de sangre o un golpe letal habían silenciado al desmembrado rathyd y Karsa oyó acercarse los pasos pesados de Bairoth. Otro chillido anunció el examen que hacía Delum de los otros caídos.

—Caudillo. —La cólera tensaba la voz.

Karsa se dio la vuelta sin prisas.

—Bairoth Gild.

La cara del fornido guerrero era lúgubre.

—Dejaste escapar al joven. Debemos darle caza, ya, y no será fácil pues estas son sus tierras, no las nuestras.

—La intención es que se escape —respondió Karsa.

Bairoth frunció el ceño.

—El listo eres tú —señaló Karsa—, ¿por qué habría de dejarte tan perplejo?

—Llega a su aldea.

—Sí.

—Y cuenta el ataque. Tres guerreros uryd. Hay cólera y preparativos frenéticos. —Bairoth se permitió un pequeño asentimiento cuando continuó—. Se emprende una partida de caza que busca a tres guerreros uryd que van a pie. El joven está seguro de eso. Si los uryd hubieran tenido caballos, los habrían usado, por supuesto. Tres contra ocho, hacer otra cosa es una locura. Así que la cacería nace ya limitada en lo que busca, en su concepción, en todo. Tres guerreros uryd, a pie.

Delum se había unido a ellos y en ese momento miraba a Karsa sin expresión.

—Delum Thord quisiera hablar —dijo Karsa.

—Me gustaría, caudillo. El joven, has colocado una imagen en su mente. Una imagen que se endurecerá, cuyos colores no se desvanecerán sino que se avivarán. El eco de los chillidos resonará con más fuerza en su cráneo. Rostros conocidos, congelados por toda la eternidad en expresiones de dolor. Este joven, Karsa Orlong, se convertirá en adulto. Y no se conformará con seguir, se pondrá en cabeza. Debe ponerse en cabeza, y nadie desafiará su fiereza, la madera resplandeciente de su voluntad, el aceite de su deseo. Karsa Orlong, has creado un enemigo de los uryd, un enemigo que hará palidecer a todos los que hemos conocido hasta ahora.

—Un día —dijo Karsa—, ese caudillo rathyd se arrodillará ante mí. Hago solemne promesa de ello aquí, sobre la sangre de los suyos, lo juro.

El aire se hizo gélido de repente. El silencio se extendió por el claro salvo por el zumbido apagado de las moscas.

Delum había abierto mucho los ojos, en su expresión había miedo.

Bairoth se dio la vuelta.

—Ese voto te destruirá, Karsa Orlong. Ningún rathyd se arrodilla ante un uryd. A menos que apoyes su cadáver inerte en un tocón. Buscas lo imposible y ese es un sendero que conduce a la locura.

—Un voto entre muchos que he hecho —dijo Karsa—. Y serán mantenidos todos y cada uno. Sé testigo de ello, si te atreves.

Bairoth hizo una pausa mientras estudiaba la piel del oso gris y el cráneo despellejado (los trofeos rathyd) y después se volvió para mirar a Karsa.

—¿Acaso tenemos alternativa?

—Si sigues respirando, entonces la respuesta es no, Bairoth Gild.

—Recuérdame que te lo cuente un día, Karsa Orlong.

—¿Contarme qué?

—Cómo es la vida para aquellos que estamos a tu sombra.

Delum se acercó a Karsa.

—Tienes heridas que necesitan atención, caudillo.

—Sí, pero por ahora, solo la cuchillada de la espada. Debemos regresar con los caballos y volver a montar.

—Como una flecha lanyd.

—Sí, eso es, Delum Thord.

—Karsa Orlong —exclamó Bairoth—, recogeré tus trofeos por ti.

—Gracias, Bairoth Gild. También nos llevaremos esa piel y ese cráneo. Delum y tú podéis quedaros con ellos.

Delum se volvió para mirar a Bairoth.

—Cógelos, hermano. El oso gris te sienta mejor a ti que a mí.

Bairoth se lo agradeció con un asentimiento y después señaló al guerrero desmembrado.

—Las orejas y la lengua son tuyas, Delum Thord.

—Así sea, pues.

Entre los teblor, los rathyd eran los que menos caballos criaban; a pesar de eso, había pistas anchas de sobra entre claro y claro por las que Karsa y sus compañeros podían cabalgar. En uno de ellos se habían encontrado con un adulto y dos jóvenes que estaban atendiendo a seis caballos de batalla. Los habían derribado con un destello de las hojas y se habían detenido solo para recoger los trofeos y reunir a los caballos, cada uno cogió a dos por las riendas. Una hora

antes de que cayera la oscuridad, llegaron a una bifurcación en el camino, recorrieron treinta pasos por el inferior, después soltaron las riendas y dejaron libres a los caballos rathyd. Los tres guerreros uryd deslizaron a continuación una única cuerda corta por los cuellos de sus propias monturas, justo por encima de los omóplatos y, con unos tirones suaves y alternantes, los hicieron caminar hacia atrás hasta que alcanzaron la bifurcación otra vez, por donde procedieron a tomar el camino más alto. Cincuenta pasos después, Delum desmontó y volvió sobre sus pasos para ocultar el rastro.

Con la rueda tomando forma en el cielo, se apartaron del camino rocoso, encontraron un pequeño claro y montaron allí el campamento. Bairoth cortó unas rebanadas de carne de oso y comieron. Delum se levantó entonces para ocuparse de los caballos y usó musgo húmedo para limpiarlos. Las bestias estaban cansadas y las dejaron desatadas para que pudieran pasear por el claro y estirar el cuello.

Al examinarse las heridas, Karsa notó que ya habían empezado a cerrarse. Así era siempre entre los teblor. Satisfecho, buscó su frasco de aceite de sangre y se puso a reparar su arma. Delum se reunió con ellos y tanto él como Bairoth siguieron su ejemplo.

—Mañana —dijo Karsa— dejamos esta pista.

—¿Bajamos por las más anchas y fáciles del valle? —preguntó Bairoth.

—Si somos rápidos —dijo Delum—, podemos atravesar la tierra rathyd en un solo día.

—No, llevamos los caballos más arriba, a los caminos de cabras y ovejas —respondió Karsa—. Y regresamos en sentido inverso mientras dure la mañana. Después volvemos

a descender sobre el valle. Bairoth Gild, con la partida de caza fuera, ¿quién quedará en la aldea?

El hombretón extendió su nuevo manto de oso y se envolvió con él antes de responder.

—Jóvenes. Mujeres. Los ancianos y los impedidos.

—¿Perros?

—No, la partida de caza se los habrá llevado. Así pues, caudillo, atacamos la aldea.

—Sí. Y luego buscamos el rastro de la cacería.

Delum respiró hondo y tardó un momento en expulsar el aire.

—Karsa Orlong, la aldea de nuestras víctimas a estas alturas no es la única aldea. Solo en el primer valle ya hay al menos tres más. Se correrá la voz. Todos los guerreros tendrán preparadas las espadas. Soltarán a todos los perros y los enviarán al bosque. Los guerreros puede que no nos encuentren, pero los perros sí.

—Y luego —gruñó Bairoth—, hay tres valles más que cruzar.

—Valles pequeños —señaló Karsa—. Y los cruzamos por el extremo sur, un día o poco más de galope al salir de las entradas del norte y el corazón de las tierras rathyd.

—Nos perseguirá tal impulso de ira, caudillo —dijo Delum —, que nos seguirán hasta los valles de los sunyd.

Karsa le dio la vuelta a la espada sobre los muslos para empezar a trabajar en el otro lado.

—Eso espero, Delum Thord. Respóndeme a esto, ¿cuándo fue la última vez que los sunyd vieron a un uryd?

—Con tu abuelo —dijo Bairoth.

Karsa asintió.

—Y conocemos bien el grito de guerra rathyd, ¿no es cierto?

—¿Quieres hacer estallar una guerra entre los rathyd y los sunyd?

—Sí, Bairoth.

El guerrero sacudió la cabeza poco a poco.

—No hemos terminado todavía con los rathyd, Karsa Orlong. Haces planes con demasiada antelación, caudillo.

—Darás fe de lo que acontezca, Bairoth Gild.

Bairoth cogió el cráneo del oso. La mandíbula inferior todavía colgaba de una única tira de cartílago. La partió y la tiró a un lado. Después sacó un fajo de sobra de correas de cuero y empezó a envolver con tiras apretadas los pómulos y a dejar largos extremos colgando.

Karsa observó esos esfuerzos con curiosidad. El cráneo era demasiado pesado para que ni siquiera Bairoth lo usara como casco. Es más, tendría que partir el hueso por el lado inferior, por donde era más grueso, alrededor del agujero de la médula espinal.

Delum se levantó.

—Yo me voy a dormir —anunció al alejarse.

—Karsa Orlong —dijo Bairoth—, ¿te sobra alguna correa?

—Puedes usarlas como te plazca —respondió Karsa, que también se levantaba—. Asegúrate de dormir esta noche, Bairoth Gild.

—Lo haré.

Durante la primera hora de luz oyeron perros al fondo del valle boscoso. Ruidos que se desvanecieron cuando volvieron sobre sus pasos por el alto sendero del acantilado. Cuando tuvieron el sol justo encima, Delum encontró un camino serpenteante que bajaba y empezaron el descenso.

A media tarde se toparon con claros repletos de tocones y olieron el humo de la aldea. Delum desmontó y se deslizó

por delante.

Regresó unos minutos después.

—Como supusiste, caudillo. Vi once ancianos, el triple de mujeres y trece jóvenes, todos muy jóvenes, me imagino que los mayores están con la partida de caza. No hay caballos, ni perros. —El guerrero volvió a montar.

Los tres guerreros uryd prepararon las espadas. Después, cada uno sacó los frascos de aceite de sangre y roció con unas gotas los ollares de sus destreros. Las cabezas se echaron hacia atrás, los músculos se tensaron.

—Yo tomo el flanco derecho —dijo Bairoth.

—Y yo el centro —anunció Karsa.

—Y por tanto, yo el izquierdo —dijo Delum, después frunció el ceño—. Se dispersarán alejándose de ti, caudillo.

—Hoy me siento generoso, Delum Thord. Esta aldea será tu gloria y la de Bairoth. Asegúrate de que ninguno escapa por el otro lado.

—Ninguno escapará.

—Y si alguna mujer intenta prender fuego a una casa para hacer volver la partida de caza, asesínala.

—No serían tan necias —dijo Bairoth—. Si no se resisten, se quedarán con nuestra semilla, pero vivirán.

Los tres quitaron las riendas de los caballos y se las ataron alrededor de la cintura. Se acoplaron más por los hombros de sus monturas y levantaron las rodillas.

Karsa deslizó la muñeca por la correa de la espada y giró una vez el arma en el aire para apretarla. Los otros hicieron lo mismo. Bajo él, Estragos temblaba.

—Guíanos, caudillo —dijo Delum.

Una ligera presión hizo lanzarse a Estragos hacia delante, tres zancadas y a medio galope, lento y casi perezoso cuando cruzaron el claro repleto de tocones. Un leve giro a la izquierda los llevó hacia el camino principal. Al llegar,

Karsa levantó la espada y la metió en el campo visual del caballo de batalla. La bestia emprendió el galope.

Con siete largas zancadas estaban en la aldea. Los compañeros de Karsa ya se habían separado hacia los lados para aparecer por detrás de las casas y le habían dejado a él la arteria principal. Karsa vio allí figuras, justo delante, cabezas que se volvían. Resonó un chillido en el aire. Los niños se dispersaron.

Las espadas comenzaron a repartir golpes, partían con facilidad los huesos jóvenes. Karsa miró a su derecha y Estragos cambió de dirección, los cascos se extendieron para dar unas coces y atrapar y después pisotear a un anciano. Caballo y jinete se abalanzaron sobre sus víctimas, persiguiendo y masacrando. Al otro extremo de las casas, más allá de las zanjas de desperdicios, resonaron más gritos.

Karsa llegó al otro extremo. Vio a un único joven que había salido disparado hacia los árboles y se lanzó en su persecución. El muchacho llevaba una espada de prácticas. Al oír los golpes secos y pesados de la carga de Estragos que se acercaban a toda prisa (y con la seguridad del bosque todavía demasiado lejos), el chico dio media vuelta.

El golpe de Karsa atravesó la espada de prácticas y después el cuello. Un cabezazo de Estragos envió el cuerpo decapitado del joven al suelo.

Yo perdí un primo de igual manera. Derribado por un rathyd. Se llevaron orejas y lengua. El cuerpo quedó colgado por un pie de una rama. La cabeza apoyada debajo, manchada de excrementos. A ese acto se ha respondido. Respondido.

Estragos fue frenando y después giró en redondo.

Karsa volvió la vista y contempló la aldea. Bairoth y Delum habían hecho su masacre y ya estaban conduciendo

a las mujeres hacia el claro que rodeaba la hoguera de la aldea.

Estragos lo volvió a llevar a la aldea al trote.

—Las mujeres del jefe me pertenecen —anunció Karsa.

Bairoth y Delum asintieron y Karsa vio el júbilo de sus espíritus en la facilidad con la que habían renunciado al privilegio. Bairoth miró a las mujeres y señaló con la espada. Una atractiva mujer de mediana edad se adelantó seguida por una versión más joven, una muchacha quizá de la misma edad que Dayliss. Las dos estudiaron a Karsa con tanta atención como él las estudió a ellas.

—Bairoth Gild y Delum Thord, tomad a vuestras primeras entre las otras. Yo vigilaré.

Los dos guerreros sonrieron, desmontaron y se abalanzaron entre las mujeres para elegir una cada uno. Después se desvanecieron en casas separadas llevando a sus premios de la mano.

Karsa observó con las cejas alzadas.

La mujer del jefe bufó.

—Tus guerreros no fueron ciegos a la impaciencia de esas dos —dijo.

—Sus guerreros, ya sean padre o compañero, no estarán complacidos con tanta impaciencia —comentó Karsa. *Las mujeres uryd jamás*…

—Nunca lo sabrán, caudillo —respondió la mujer del jefe —, a menos que tú se lo digas, ¿y qué probabilidad hay de eso? No te darán tiempo para pullas antes de matarte. Ah, ya casi lo veo —añadió la mujer al tiempo que se acercaba para mirarlo a la cara—. Querías creer que las mujeres uryd son diferentes, y ahora te das cuenta de que no es así. Todos los hombres son unos necios, pero ahora tú quizá lo seas un poco menos cuando la verdad se introduzca sigilosa en tu corazón. ¿Cómo te llamas, caudillo?

—Hablas demasiado —gruñó Karsa, después se irguió un poco más—. Soy Karsa Orlong, nieto de Pahlk…

—¿Pahlk?

—Sí —sonrió Karsa—. Veo que lo recuerdas.

—Yo era una niña, pero sí, es bien conocido entre nosotros.

—Vive todavía y duerme tranquilo a pesar de las maldiciones que habéis depositado sobre su nombre.

La mujer se rio.

—¿Maldiciones? No hay ninguna. Pahlk inclinó la cabeza al rogarnos que le permitiéramos pasar por nuestras tierras…

—¡Mientes!

La mujer lo estudió y después se encogió de hombros.

—Como tú digas.

Una de las mujeres gritó desde una de las casas, un grito más de placer que de dolor.

La mujer del jefe volvió la cabeza.

—¿En cuántas de nosotras depositaréis vuestra semilla, caudillo?

Karsa se acomodó en el caballo.

—Todas vosotras. Once cada uno.

—¿Y cuántos días llevará eso? ¿Quieres que cocinemos también para vosotros?

—¿Días? Piensas como una anciana. Somos jóvenes. Y si fuera necesario, tenemos aceite de sangre.

La mujer abrió mucho los ojos. Tras ella, las otras empezaron a murmurar y susurrar. La mujer del jefe se dio la vuelta y las hizo callar con una sola mirada, después se enfrentó a Karsa una vez más.

—Jamás has usado aceite de sangre de este modo, ¿verdad? Es cierto, sentirás fuego en las ingles. Notarás la dureza durante días enteros. Pero, caudillo, no sabes lo que

nos hará a cada una de nosotras. Yo lo sé, pues yo también fui joven y necia en otro tiempo. Ni siquiera la fuerza de mi marido pudo impedir que le hundiera los dientes en la garganta y todavía conserva las cicatrices. Hay más. Lo que para vosotros durará menos de una semana, a nosotras nos perseguirá durante meses.

—Así pues —respondió Karsa—, si no matamos nosotros a vuestros maridos, lo haréis vosotras a su regreso. Me complace.

—Vosotros tres no sobreviviréis a esta noche.

—Será interesante, ¿no te parece? —sonrió Karsa—, ver quién entre Bairoth, Delum y yo lo va a necesitar primero. —Se dirigió a todas las mujeres—. Os sugiero a todas y cada una que os mostréis impacientes, para no ser las primeras en fallarnos.

Bairoth apareció y le hizo un gesto a Karsa.

La mujer del jefe suspiró e hizo adelantarse a su hija con la mano.

—No —dijo Karsa.

La mujer se detuvo, confusa de repente.

—Pero… ¿no querrás engendrar un hijo? Tu primera es la que llevará más semilla…

—Sí, así es. ¿Acaso ya has dejado atrás la edad de concebir?

Después de un largo instante, la mujer negó con la cabeza.

—Karsa Orlong —susurró—, buscas que mi marido te maldiga, quemará sangre en los labios de piedra de la propia Imroth.

—Sí, es probable. —Karsa desmontó y se acercó a ella—. Y ahora, llévame a tu casa.

La mujer se echó hacia atrás.

—¿La casa de mi marido? Caudillo… no, por favor, escojamos cualquier otra.

—La casa de tu marido —gruñó Karsa—. Yo ya he terminado con la charla, y tú también.

Una hora antes del atardecer, Karsa llevó a la última de sus premios, la hija del jefe, hacia la casa. Bairoth, Delum y él no habían necesitado el aceite de sangre, lo que daba fe, afirmaba Bairoth, de la capacidad uryd, aunque Karsa sospechaba que el verdadero mérito pertenecía al celo y la desesperada creatividad de las mujeres rathyd e incluso así, los últimos para cada uno de los guerreros habían sido precipitados.

Tras llevar a la joven al interior de la oscura casa con su fuego moribundo, Karsa cerró la puerta de golpe y dejó caer el pestillo. La chica se volvió para mirarlo con una inclinación curiosa de la barbilla.

—Madre dijo que eras sorprendentemente dulce.

Karsa la miró. *Es como Dayliss, pero no lo es. No hay veta oscura en esta. Es… diferente*.

—Quítate la ropa.

La muchacha se desprendió a toda prisa de la túnica de piel de una sola pieza.

—Si hubiera sido la primera, Karsa Orlong, habría hecho un hogar para tu semilla. Tal es el día de mi rueda del tiempo.

—¿Habrías estado orgullosa?

La joven hizo una pausa para lanzarle una mirada sorprendida, después sacudió la cabeza.

—Habéis asesinado a todos los niños, a todos los ancianos. Pasarán siglos antes de que nuestra aldea se recupere y es muy posible que no lo haga, pues la cólera de los guerreros puede que los vuelva contra sus iguales y contra nosotras, mujeres, si acaso escaparais.

—¿Escapar? Échate, ahí, donde lo hizo tu madre. A Karsa Orlong no le interesa la huida. —Se adelantó para detenerse sobre ella—. Vuestros guerreros no regresarán. La vida de esta aldea ha terminado, y en el interior de muchas de vosotras yace ya la semilla de los uryd. Id allí, todas vosotras, para vivir entre mi pueblo. Y tú y tu madre, id a la aldea donde yo nací. Aguardadme en ella. Criad a vuestros hijos, mis hijos, como uryd.

—Eres audaz en tus afirmaciones, Karsa Orlong.

El guerrero empezó a quitarse los cueros.

—Más que afirmaciones, ya veo —comentó la joven—. No hay necesidad, entonces, para el aceite de sangre.

—Dejaremos el aceite de sangre, tú y yo, para mi regreso.

La chica abrió mucho los ojos y se echó hacia atrás cuando él descendió sobre ella.

—¿No deseas saber mi nombre? —preguntó con una vocecita.

—No —gruñó él—. Te llamaré Dayliss.

Karsa no vio la vergüenza que embargó aquel rostro joven y hermoso. Ni tampoco percibió la oscuridad que sus palabras clavaron en el alma de aquella mujer.

En su interior, como en el de su madre, la semilla de Karsa Orlong halló su hogar.

Una tormenta tardía había descendido de las montañas y devorado las estrellas. Las copas de los árboles se agitaban a merced de un viento que no hacía esfuerzo alguno por bajar más y creaba un rugido de sonidos en el cielo y una extraña calma entre los troncos. Los rayos parpadeaban, pero la voz del trueno tardaba en llegar.

Atravesaron con los caballos una hora de oscuridad y después encontraron cerca del camino un viejo campamento

que había dejado la partida de caza. Los guerreros rathyd habían sido descuidados en su furia y habían dejado demasiados rastros de su paso. Delum juzgó que había doce adultos y cuatro jóvenes a caballo en ese grupo concreto, quizás un tercio de todas las fuerzas de la aldea. Ya habían soltado a los perros para que se repartieran en jaurías propias y ninguna acompañaba al grupo que perseguían los uryd.

Karsa estaba complacido. Los avispones habían salido del nido, pero volaban a ciegas.

Comieron otra vez la envejecida carne del oso y después Bairoth de nuevo desenvolvió el cráneo del oso y reanudó la tarea de envolver las tiras, esa vez alrededor del morro para después tensarlas con fuerza entre los dientes. Los cabos que quedaban colgando eran largos, de un brazo y medio de longitud. Karsa comprendió entonces lo que estaba elaborando Bairoth. Con frecuencia se empleaban dos o tres cráneos de lobo para esa arma concreta, solo un hombre de la fuerza y el peso de Bairoth podía conseguir lo mismo con el cráneo de un oso gris.

—Bairoth Gild, lo que creas dejará un hilo brillante en la leyenda que estamos tejiendo.

El hombre lanzó un gruñido.

—A mí me dan igual las leyendas, caudillo. Pero pronto nos estaremos enfrentando a rathyd en caballos de batalla.

Karsa sonrió en la oscuridad, pero no dijo nada.

Un viento suave bajó por la ladera.

Delum levantó la cabeza de repente y se levantó en silencio.

—Huelo a pelo mojado —dijo.

Todavía no había llovido.

Karsa se quitó el arnés de la espada y dejó el arma en el suelo.

—Bairoth —susurró—, quédate aquí. Delum, llévate contigo tu juego de cuchillos, deja aquí la espada. —Se levantó e hizo un gesto—. Ve delante.

—Caudillo —murmuró Delum—. Es una manada que la tormenta ha hecho bajar de las tierras altas. No han captado nuestro rastro todavía, pero tienen el oído muy fino.

—¿No te parece —preguntó Karsa— que se habrían puesto a aullar si nos hubieran oído?

Bairoth lanzó un bufido.

—Delum, con tanto estruendo no han oído nada.

Pero Delum sacudió la cabeza.

—Hay sonidos altos y hay sonidos bajos, Bairoth Gild, y cada uno viaja por su propia corriente. —Se giró y miró a Karsa—. Respondo a tu pregunta, caudillo: quizá no, si no están seguros de si somos uryd o rathyd.

Karsa esbozó una gran sonrisa.

—Todavía mejor. Llévame con ellos, Delum Thord. He pensado mucho en este asunto de los perros rathyd, las jaurías sueltas. Llévame con ellos y mantén tus cuchillos de lanzamiento a mano.

Estragos y los otros dos caballos de batalla habían flanqueado sin ruido a los guerreros durante la conversación y en ese momento todos se encaraban hacia la ladera con las orejas aguzadas.

Después de dudarlo un momento, Delum se encogió de hombros, se agachó y se internó en el bosque con Karsa detrás.

La ladera se hacía más escarpada tras una veintena de pasos. No había sendero y los troncos de los árboles caídos hacían que la travesía fuera difícil y lenta, aunque las gruesas ringleras de musgo húmedo favorecían que el paso de los guerreros teblor fuera prácticamente silencioso. Llegaron a un saliente más plano, de unos quince pasos de

anchura y diez de profundidad; enfrente, un risco alto desgarrado por las grietas. Unos cuantos árboles se apoyaban en la roca, grises y muertos. Delum examinó el risco y se dispuso a acercarse a una hendidura estrecha y llena de tierra, cerca del extremo izquierdo del risco que servía de camino para los animales, pero Karsa lo contuvo con la mano y se inclinó sobre él.

—¿A qué distancia están?

—Cincuenta latidos. Todavía tenemos tiempo para trepar por aquí…

—No. Nos colocamos aquí. Ponte en ese saliente de la derecha y prepara los cuchillos.

Con una expresión perpleja, Delum hizo lo que le mandaban. El saliente estaba a medio camino risco arriba. En unos momentos estaba en posición.

Karsa se acercó a la pista de los animales. Un pino muerto había caído desde la ladera y había cogido el mismo camino en su descenso hasta detenerse a medio paso a la izquierda del sendero. Karsa llegó hasta él y le dio al tronco un pequeño empujón. La madera todavía era sólida. Trepó por ella a toda prisa y después, con los pies en las ramas, se giró hasta que quedó mirando la extensión plana del saliente, con la pista de animales casi al alcance de la mano a su izquierda y el tronco y el risco a su espalda.

Después esperó. No podía ver a Delum desde su ubicación, a no ser que se inclinara hacia delante, cosa que bien podría arrancar al árbol del risco y llevárselo a él en una caída estruendosa y quizá dañina. Tendría que confiar, por tanto, en que Delum entendiese cuáles eran sus intenciones y actuara en consecuencia cuando llegara el momento.

Unas piedras resbalaron por la pista.

Los perros habían comenzado el descenso.

Karsa aspiró una bocanada lenta de aire y lo contuvo en los pulmones.

El líder de la jauría no sería el primero. Con toda probabilidad el segundo, a un latido seguro o dos del explorador.

El primer perro pasó gateando junto a la posición de Karsa, entre un revuelo de piedras, ramas y tierra; el impulso lo llevó a adentrarse media docena de pasos en el saliente plano, donde se detuvo, y levantó la nariz para husmear el aire. Se le pusieron los pelos de punta y se movió con cautela hacia el borde del saliente.

Otro perro bajaba por la pista, una bestia más grande que levantaba más desechos a su paso que el primero. Cuando apareció la cabeza llena de marcas y los hombros, Karsa supo que había encontrado al líder de la jauría.

El animal llegó al saliente.

Justo cuando el explorador empezó a volver la cabeza.

Karsa saltó.

Las manos se le dispararon para coger al líder por el cuello y derribarlo, volvió a la bestia de espaldas y le cerró la mano izquierda sobre la garganta, mientras con la derecha le sujetaba las dos patas delanteras que se agitaban y pateaban justo por encima de las garras.

El perro se puso frenético bajo él, pero Karsa se mantuvo firme.

Más perros bajaron precipitándose por la pista y después se desplegaron, alarmados y confundidos de repente.

Los gruñidos del líder se habían convertido en gañidos.

Unos dientes salvajes habían desgarrado la muñeca de Karsa hasta que el guerrero consiguió subir la presa por debajo de la mandíbula del perro y empezar a ahogarlo. El animal se retorcía, pero ya había perdido y los dos lo sabían.

Igual que el resto de la jauría.

Karsa levantó al fin la mirada para estudiar a los perros que lo rodeaban. Cuando el guerrero levantó la cabeza, todos los animales dieron un paso atrás, todos salvo uno. Un macho joven y fornido que se agachó y avanzó con sigilo.

Dos de los cuchillos de Delum se hundieron con un ruido sordo en el animal, uno en la garganta y otro detrás del hombro derecho. El perro cayó al suelo con un gruñido estrangulado y después se quedó muy quieto. Los otros miembros de la jauría retrocedieron todavía más.

El líder se había quedado inmóvil bajo Karsa. El guerrero le enseñó los dientes y fue bajando poco a poco hasta que puso la mejilla junto a la mandíbula del perro. Después le habló al perro al oído.

—¿Has oído ese grito de muerte, amigo? Ese era tu contrincante. Eso debería complacerte, ¿no? Ahora, tu jauría y tú me pertenecéis a mí. —Mientras hablaba con tono suave y tranquilizador iba soltando poco a poco la garganta del perro. Un momento después, Karsa se echó hacia atrás, cambió el peso de lado y retiró el brazo del todo para después soltar las patas delanteras del perro.

La bestia se puso en pie con cierto esfuerzo.

Karsa se irguió, se acercó más al perro y sonrió al ver que bajaba la cola.

Delum abandonó el saliente.

—Caudillo —dijo al acercarse—. Doy fe de lo ocurrido. —Después recuperó sus cuchillos.

—Delum Thord, eres a la vez testigo y participante, pues yo vi tus cuchillos y fueron muy oportunos.

—El rival del líder vio su momento.

—Y tú lo comprendiste.

—Ahora tenemos una jauría que luchará por nosotros.

—Sí, Delum Thord.

—Iré por delante de ti de regreso con Bairoth, entonces. Hará falta calmar a los caballos.

—Te daremos unos momentos.

Al borde del saliente, Delum hizo una pausa y se volvió para mirar a Karsa.

—Ya no temo a los rathyd, Karsa Orlong. Ni a los sunyd. Ahora creo que Urugal camina en verdad contigo en este viaje.

—Entonces has de saber algo, Delum Thord. No me conformo con ser paladín entre los uryd. Un día, todos los teblor se arrodillarán ante mí. Este, nuestro viaje a otras tierras, no es más que una exploración del enemigo al que un día nos enfrentaremos. Nuestro pueblo ha dormido durante demasiado tiempo.

—Karsa Orlong, no dudo de ti.

La sonrisa con la que le respondió Karsa fue fría.

—Y, sin embargo, en otro tiempo lo hiciste.

Ante eso, Delum solo se encogió de hombros, después se dio la vuelta y emprendió la marcha ladera abajo.

Karsa se examinó el mordisco de la muñeca, bajó la cabeza para mirar al perro y se echó a reír.

—Tienes el sabor de mi sangre en la boca, bestia. Urugal se precipita ahora a aferrarse a tu corazón; así pues, tú y yo estamos unidos. Ven, camina a mi lado. Te llamo Mordisco.

Había once perros adultos en la jauría y tres no del todo crecidos. Se pusieron detrás de Karsa y Mordisco, y dejaron a su pariente caído y solo, gobernante sin rival del saliente que había bajo el risco. Hasta que llegaron las moscas.

Hacia mediodía, los tres guerreros uryd y su jauría descendieron al centro de los tres pequeños valles en su travesía al sudeste por tierras rathyd. Era obvio que la partida de caza que rastreaban comenzaba a caer en la desesperación tras haber viajado tanto en su busca. Era

también evidente que los guerreros que los precedían habían evitado el contacto con otras aldeas de la zona. Su prolongado fracaso se había convertido en una vergüenza que los perseguía.

A Karsa eso le decepcionaba un poco, pero se consoló pensando que el relato de sus hazañas viajaría de todos modos, lo suficiente para hacer de su viaje de regreso por territorio rathyd una tarea más letal e interesante.

Delum juzgó que la partida de caza estaba a apenas un tercio de día por delante de ellos. Habían ralentizado el paso y habían enviado exploradores hacia ambos lados en busca de un rastro que no existía todavía. Sin embargo, Karsa no se permitió por ello ni un momento de regocijo, después de todo, había otros dos grupos que habían salido de esa misma aldea rathyd, grupos que seguramente irían a pie, se moverían con cautela y dejarían pocos rastros de su sigiloso paso. En cualquier momento podrán cruzar el rastro uryd.

La jauría de perros no se alejaba del lado por donde soplaba el viento y avanzaban a zancadas, sin esfuerzo, junto al trote de los caballos. Bairoth se había limitado a sacudir la cabeza al oír el relato de Delum de las hazañas de Karsa, aunque de las ambiciones de Karsa, Delum, por curioso que fuera, no dijo nada.

Llegaron al fondo del valle, un lugar de piedras caídas entre abedules, píceas negras, álamos temblones y alisos. Los restos de un río se filtraban por el musgo y los tocones podridos y formaban charcos negros que no daban indicación alguna de su profundidad. Muchos de esos agujeros estaban ocultos entre los cantos rodados y los árboles caídos. Frenaron el paso y fueron adentrándose con cautela en el bosque.

Muy poco después llegaron a la primera de las pasarelas elevadas de madera y cieno prensado que los rathyd de ese

valle habían construido hace mucho tiempo, y que todavía mantenían aunque sin mucho entusiasmo. Las largas hierbas que llenaban las junturas daban fe de la falta de uso de esa en concreto, pero su dirección convenía a los guerreros uryd, así que desmontaron y condujeron a los caballos hasta el camino elevado.

Este crujía y se mecía bajo el peso combinado de caballos, teblor y perros.

—Será mejor que nos repartamos y sigamos a pie —dijo Bairoth.

Karsa se agachó y estudió los troncos mal talados.

—La madera sigue siendo sólida —comentó.

—Pero los pilares están clavados en el barro, caudillo.

—No es barro, Bairoth Gild. Es turba.

—Karsa Orlong tiene razón —dijo Delum mientras volvía a subirse a su destrero—. El camino puede que cabecee, pero los puntales cruzados que hay debajo evitarán que se ladee. Bajamos por el centro en una sola fila.

—No tiene mucho sentido —le dijo Karsa a Bairoth— tomar este sendero si después nos arrastramos por él como caracoles.

—El riesgo, caudillo, es que nos hacemos mucho más visibles.

—Mejor entonces que nos movamos deprisa.

Bairoth hizo una mueca.

—Como digas, Karsa Orlong.

Con Delum por delante, cabalgaron a trote lento por el centro de la pasarela. La jauría los seguía. A ambos lados, los únicos árboles que llegaban al nivel de los ojos de los guerreros montados eran abedules muertos cuyas ramas, negras y sin hojas, estaban envueltas en la telaraña de los nidos de las orugas. Los árboles vivos (álamos temblones, alisos y olmos) no les llegaban más allá del pecho con su

palpitante dosel de polvorientas hojas verdes. A lo lejos se veían píceas negras más altas. En su mayor parte, parecían muertas o moribundas.

—El antiguo río está regresando —comentó Delum—. Este bosque se ahoga poco a poco.

Karsa lanzó un gruñido antes de hablar.

—Este valle se mete en otros y todos llevan al norte, hasta la fisura de los buryd. Pahlk estaba entre los ancianos teblor que se reunieron allí hace sesenta años. El río de hielo que llenaba la fisura había muerto, de repente, y había empezado a fundirse.

Tras Karsa cabalgaba Bairoth, que habló entonces.

—Nunca supimos lo que los ancianos de todas las tribus descubrieron allí arriba, ni si habían encontrado lo que fuera que estuviesen buscando.

—No sabía que estaban buscando algo en concreto —murmuró Delum—. La muerte del río de hielo se oyó en cien valles, incluyendo el nuestro. ¿Es que no viajaron hasta la fisura solo para descubrir lo que había pasado?

Karsa se encogió de hombros.

—Pahlk me habló de una multitud de bestias que habían estado congeladas en el hielo durante innumerables siglos y que quedaron a la vista entre los bloques destrozados. El pelo y la carne se descongelaron, el suelo y el cielo cobraron vida con cuervos y buitres de montaña. Había marfil, pero la mayor parte estaba demasiado aplastado como para que pudiera ser de alguna utilidad. El río tenía un corazón negro, o eso reveló su muerte, y lo que yaciera en el interior de ese corazón había desaparecido o quedado destruido. Incluso así, había signos de una antigua batalla acaecida en ese lugar. Huesos de niños. Armas de piedra, todas rotas.

—Eso es más de lo que yo nunca… —empezó a decir Bairoth, después se detuvo.

La pasarela, que había estado reverberando bajo su paso, había adquirido de repente un bramido más profundo y sincopado. Por delante, la pasarela dibujaba una curva que tenían a cuarenta pasos de distancia, a la izquierda, y desaparecía tras los árboles.

La jauría de perros empezó a hacer chascar las mandíbulas en una advertencia sorda. Karsa se giró y vio a unos doscientos pasos por detrás, en la pasarela, a una docena de guerreros rathyd a pie. Se alzaron armas en una promesa silenciosa.

Y sin embargo el sonido de los cascos… Karsa se volvió de nuevo hacia delante y vio a seis jinetes doblar la curva. Los gritos de guerra resonaron en el aire.

—¡Despejad un trozo! —bramó Bairoth mientras conducía su caballo junto a Karsa y luego Delum. El cráneo de oso saltó por los aires y chasqueó al alcanzar el extremo de las correas. Bairoth empezó a hacer girar el cráneo, atado e inmenso, por encima de su cabeza y la del caballo, usando las dos manos y con las rodillas encima de los hombros del destrero. El cráneo emitía al girar un zumbido profundo. La montura avanzaba a grandes zancadas.

Los jinetes rathyd cargaban a toda velocidad. Cabalgaban en columna de a dos, el borde de la pasarela les quedaba a menos de medio brazo de distancia por ambos lados.

Se habían acercado a escasos veinte pasos de Bairoth cuando el guerrero soltó el cráneo de oso.

Cuando se utilizaban dos o tres cráneos de lobo de este modo, era para atar o romper piernas. Pero el objetivo de Bairoth estaba más alto. El cráneo golpeó al caballo de guerra de la izquierda con una fuerza que hizo pedazos el pecho del animal. La sangre brotó de la nariz y la boca del caballo. Al derrumbarse, se interpuso en el camino de la

bestia que iba a su lado, no más que el simple choque de un casco contra el hombro, pero suficiente para hacerlo girar como loco y lanzarse de la pasarela. Las patas se partieron y el guerrero rathyd salió volando por encima de la cabeza de su cabalgadura.

El jinete del primer caballo aterrizó en la pasarela bajo los cascos del animal de Bairoth con un impacto capaz de romper varios huesos. Los cascos del caballo de guerra aporrearon la cabeza del hombre en tan rápida sucesión que la dejaron destrozada.

La carga perdió fuerza. Cayó otro caballo que tropezó con un chillido con las patas salvajes de la bestia que bloqueaba la pasarela.

Bairoth emitió el grito de guerra uryd y azuzó a su caballo. Con el impulso de un salto salvaron al primer caballo derribado. El guerrero rathyd del otro caballo caído empezaba a subir gateando y tuvo tiempo de levantar la cabeza y ver el filo de la espada de Bairoth que le caía sobre el puente de la nariz.

De repente Delum estaba detrás de su camarada. Dos cuchillos salieron disparados por el aire y pasaron por la derecha de Bairoth. Se oyó un estallido agudo cuando una pesada espada rathyd cortó el aire para bloquear uno de los cuchillos, después un jadeo húmedo cuando el segundo cuchillo encontró la garganta del hombre.

Quedaban dos de los enemigos, uno para Delum y otro para Bairoth, y así los duelos podían empezar.

Karsa, tras ver el efecto del ataque inicial de Bairoth, había hecho girar su montura en redondo. La espada en las manos, la hoja destellando en el campo de visión de Estragos, y los dos bajaron cargando por la pasarela contra la banda que los perseguía.

La jauría de perros se hizo a los lados para esquivar el trueno de los cascos y después salieron como rayos tras jinete y caballo.

Por delante, ocho adultos y cuatro jóvenes.

Una orden ladrada envió a los jóvenes a ambos lados de la pasarela y después al suelo. Los adultos querían espacio y al ver su obvia confianza cuando formaron una uve invertida que ocupaba toda la pasarela, con las armas listas, Karsa se echó a reír.

Los guerreros querían que bajara por el centro de esa uve invertida, una táctica que, si bien mantenía la fiera velocidad de Estragos, también exponía a caballo y jinete a los ataques por los flancos. Las expectativas de los rathyd encajaban bien con la intención del atacante… si el atacante no hubiera sido Karsa Orlong.

—¡Urugal! —bramó al tiempo que se alzaba sobre los hombros de Estragos—. ¡Sé mi testigo! —Levantó la espada, con la punta adelantada, por encima de la cabeza de su destrero y fijó la mirada en el guerrero rathyd del extremo de la izquierda de la uve.

Estragos percibió el cambio de atención y orientó su carga justo momentos antes del contacto, con los cascos aporreando el borde mismo de la pasarela.

El rathyd que tenían justo delante se las arregló para dar un único paso atrás al tiempo que lanzaba un tajo con las dos manos por encima de la cabeza contra el morro de Estragos al pasar.

Karsa cogió esa espada con la suya, giró y echó la pierna derecha hacia delante y la izquierda hacia atrás. Estragos viró bajo él y se lanzó hacia el centro de la pasarela.

La uve se había derrumbado y todos los guerreros rathyd estaban a la izquierda de Karsa.

Estragos cruzó con él la pasarela en diagonal. Con un relincho de felicidad, Karsa lanzó cuchilladas y tajos repetidos, su hoja encontró carne y hueso con tanta frecuencia como encontró arma. Estragos giró en redondo repentinamente antes de llegar al extremo opuesto y lanzó varias coces con las patas traseras. Al menos una acertó y lanzó un cuerpo destrozado por el puente.

Llegó entonces la jauría. Los cuerpos se lanzaron con un gruñido sobre los guerreros rathyd, la mayor parte de los cuales se habían girado al entablar combate con Karsa y por tanto presentaban las espaldas expuestas a los perros enloquecidos. Los chillidos llenaron el aire.

Karsa hizo virar a Estragos y volvieron a abalanzarse sobre la multitud salvaje. Dos de los rathyd se las habían arreglado para abrirse camino entre los perros, la sangre les chorreaba de las espadas cuando empezaron a retirarse por la pasarela.

Karsa bramó un desafío y salió disparado hacia ellos.

Y le escandalizó ver que los dos se tiraban de la pasarela.

—¡Cobardes sin sangre en las venas! ¡Soy testigo de vuestros actos! ¡Vuestros jóvenes son testigos de vuestros actos! ¡Estos malditos perros son testigos de vuestros actos!

Los vio reaparecer, ya sin las armas, arrastrándose y tropezando por el pantano.

Llegaron Delum y Bairoth, que desmontaron para añadir sus espadas al frenesí maníaco de los perros supervivientes, que desgarraban sin cesar a los rathyd caídos.

Karsa apartó a Estragos de allí, con los ojos todavía en los guerreros que huían y a los que se habían unido en ese momento los cuatro jóvenes.

—¡Soy testigo de vuestros actos! ¡Urugal es testigo de vuestros actos!

Mordisco, con el pelo negro y gris apenas visible bajo las salpicaduras de sangre y carne, se acercó jadeando y se colocó junto a Estragos con los músculos palpitando, pero sin ninguna herida a la vista. Karsa echó la vista atrás y comprobó que quedaban cuatro perros más, mientras que un quinto había perdido una pata delantera y cojeaba dibujando un círculo rojo a un lado.

—Delum, venda la pata esa, la cauterizaremos luego.

—¿De qué sirve un perro de caza con tres patas, caudillo? —preguntó Bairoth, que respiraba con dificultad.

—Hasta un perro de tres patas tiene orejas y una nariz, Bairoth Gild. Un día, esa perra se tenderá con el morro gris y bien gorda ante mi fuego, eso lo juro. Y ahora, ¿estáis alguno herido?

—Arañazos. —Bairoth se encogió de hombros y se dio la vuelta.

—Yo he perdido un dedo —dijo Delum mientras sacaba una correa de cuero y se acercaba a la perra herida—, pero no de los importantes.

Karsa miró una vez más a los rathyd que se retiraban. Ya casi habían llegado a un bosquecillo de píceas negras. El caudillo les lanzó una última mirada de desdén y después posó una mano en la frente de Estragos.

—Mi padre estaba en lo cierto, Estragos. Jamás he montado un caballo como tú.

Una oreja se ladeó al oír sus palabras. Karsa se inclinó hacia delante y posó los labios en la frente de la bestia.

—Nos convertiremos, tú y yo —le susurró al animal— en leyenda. Leyenda, Estragos. —Se irguió, estudió el montón de cadáveres tirados en la pasarela y sonrió—. Es la hora de los trofeos, hermanos míos. Bairoth, ¿ha sobrevivido tu cráneo de oso?

—Creo que sí, caudillo.

—Tu hazaña fue nuestra victoria, Bairoth Gild.

El hombretón se volvió y estudió a Karsa con los ojos entrecerrados.

—Siempre me sorprendes, Karsa Orlong.

—Como a mí me sorprende tu fuerza, Bairoth Gild.

El hombre dudó y después asintió.

—Me conformo con seguirte, caudillo.

Siempre te conformaste, Bairoth Gild, y esa es la diferencia que hay entre nosotros.

Capítulo 2



Hay indicios, si se examina el terreno con mirada clara y perspicaz, de que en esta antigua Guerra Jaghut, que para los kron t'lan imass fue su decimoséptima o decimoctava, las cosas salieron muy mal. A los adeptos que acompañaban a nuestra expedición no les cabía duda alguna de que un jaghut continuaba vivo dentro del glaciar Laederon. Con heridas terribles, pero todavía en posesión de una hechicería formidable. Mucho más allá del alcance del río de hielo (un alcance que ha ido disminuyendo con el tiempo), hay restos destrozados de t'lan imass, los huesos con extrañas malformaciones y sobre ellos el sabor de Omtose Phellack, fiera y letal, permanece hasta el presente.

De las armas de piedra hechizadas de los kron, solo quedaban las que se habían roto en el conflicto, lo que nos llevó a suponer que, o bien habían pasado saqueadores por allí, o los t'lan imass supervivientes (suponiendo que hubiera alguno) se las habían llevado con ellos…

La expedición nathii de 1012
Kenemass Trybanos, cronista

—Creo —dijo Delum mientras hacían bajar a los caballos de la pasarela— que el último grupo de la partida de caza se ha dado la vuelta.

—La plaga de la cobardía no deja de extenderse —gruñó Karsa.

—Juzgaron en un principio —dijo Bairoth con voz profunda— que estábamos cruzando sus tierras. Que nuestro primer ataque no fue una simple incursión. Así que

aguardarán nuestro regreso y con toda probabilidad pedirán ayuda a los guerreros de otras aldeas.

—Eso no me preocupa, Bairoth Gild.

—Ya lo sé, Karsa Orlong, pues, ¿qué parte de este viaje no has anticipado ya? Aun así, ante nosotros se abren dos valles rathyd más. Me gustaría saberlo. Habrá aldeas, ¿las rodeamos o recogemos todavía más trofeos?

—Nos habremos cargado de demasiados trofeos cuando lleguemos a las tierras bajas de Lago de Plata —comentó Delum.

Karsa se echó a reír y después lo pensó un momento.

—Bairoth Gild, nos deslizaremos por estos valles como serpientes en la noche, hasta la última aldea de todas. Me gustaría todavía atraer a los cazadores tras nosotros y meterlos en las tierras de los sunyd.

Delum había encontrado un camino que subía por el lado del valle.

Karsa miró a la perra que cojeaba tras ellos. Mordisco caminaba a su lado y se le ocurrió a Karsa que quizá la bestia de tres patas bien podría ser su compañera. Se alegró de haber tomado la decisión de no matar a la criatura herida.

Se notaba un frío en el aire que confirmaba su ascenso gradual a terrenos más elevados. El territorio sunyd ascendía más todavía y llevaba al borde oriental de la escarpa. Pahlk le había dicho a Karsa que no había más que un único paso que atravesaba la escarpa y que estaba marcado por una cascada torrencial que alimentaba el Lago de Plata. El descenso era traicionero. Pahlk lo había llamado el paso de los Huesos.

La pista empezó a serpentear sinuosa entre rocas agrietadas por el invierno y troncos caídos. Podían ver ya la cima, a seiscientos empinados pasos de distancia.

Los guerreros desmontaron. Karsa regresó sobre sus pasos y levantó en brazos a la perra de tres patas, la posó sobre el amplio lomo de Estragos y la ató. El animal no se quejó. Mordisco se colocó junto al flanco del caballo de guerra.

Los guerreros reanudaron el viaje.

El sol bañaba la ladera de una luz dorada brillante para cuando se acercaron a menos de cien pasos de la cima y alcanzaron un amplio saliente que parecía recorrer (tras un bosque ralo de robles dispersos y retorcidos por el viento) todo el lado del valle. Delum examinó el terraplén que tenía a la derecha y lanzó un gruñido antes de hablar.

—Veo una cueva. Allí —señaló—, detrás de esos árboles caídos, donde el saliente se abomba.

Bairoth asintió.

—Parece lo bastante grande para albergar a los caballos. Karsa Orlong, si vamos a empezar a cabalgar de noche…

—De acuerdo —dijo Karsa.

Delum encabezó la marcha por el terraplén. Mordisco lo adelantó con esfuerzo y frenó al acercarse a la entrada de la cueva, después se agachó y avanzó poco a poco.

Los guerreros uryd se detuvieron y esperaron para ver si al perro se le ponía el pelo de punta, señal de la presencia de un oso gris o algún otro habitante en la cueva. Después de un largo minuto, con Mordisco inmóvil y echado casi del todo ante la entrada de la cueva, la bestia al fin se levantó, lanzó una mirada al grupo y después entró trotando en la cueva.

Los árboles caídos habían creado una pantalla natural que ocultaba la cueva del valle inferior. Había habido un saliente de rocas, pero se había derrumbado, quizá bajo el peso de los árboles, y había dejado un tosco montón de escombros que bloqueaban parte de la entrada.

Bairoth empezó a despejar un camino para meter a los caballos. Delum y Karsa siguieron la ruta de Mordisco al interior de la cueva.

Tras el montón de piedras caídas y arena, el terreno se nivelaba bajo un surtido de hojas secas. La luz de la puesta de sol pintaba el muro posterior con trozos de amarillo y revelaba una masa casi sólida de glifos tallados. Un pequeño montículo de piedras apiladas se alzaba en el centro de la cámara abovedada.

No se veía por ninguna parte a Mordisco, pero las huellas del perro cruzaban el suelo y se desvanecían en una zona oscura cerca de la parte de atrás.

Delum se adelantó con los ojos clavados en un único y enorme glifo que había justo enfrente de la entrada.

—Ese signo de sangre no es ni rathyd ni sunyd —dijo.

—Pero las palabras que hay debajo son teblor —aseveró Karsa.

—El estilo es muy… —Delum frunció el ceño— recargado.

Karsa empezó a leer en voz alta.

—«Yo conduje a las familias que sobrevivieron. Bajamos de las tierras altas. Cruzamos las venas rotas que sangraron bajo el sol…» ¿Venas rotas?

—Hielo —dijo Delum.

—Que sangraron bajo el sol, sí. «Éramos tan pocos. Nuestra sangre era turbia y se haría más turbia todavía. Vi la necesidad de destrozar lo que quedaba. Pues los t’lan imass todavía estaban cerca y muy agitados, predispuestos a continuar con su matanza indiscriminada.» —Karsa frunció el ceño—. ¿T’lan imass? No conozco esas dos palabras.

—Yo tampoco —respondió Delum—. Una tribu rival, quizá. Sigue leyendo, Karsa Orlong. Tu ojo es más rápido que el mío.

—«Y así separé al marido de la esposa. Al hijo del padre. Al hermano de la hermana. Formé nuevas familias y después las mandé marchar. Cada una a un lugar diferente. Proclamé las leyes del Aislamiento, como nos las dio Icarium, al que en otro tiempo habíamos brindado refugio y cuyo corazón quedó embargado de dolor al ver lo que había sido de nosotros. Las leyes del Aislamiento serían nuestra salvación, limpiarían nuestra sangre y fortalecerían a nuestros hijos. Ante todos los que nos siguen y ante todos los que leerán estas palabras, esa es mi justificación…»

—Estas palabras me inquietan, Karsa Orlong.

Karsa se dio la vuelta y miró a Delum.

—¿Por qué? No significan nada para nosotros. Son los desvaríos de un anciano. Demasiadas palabras, tallar todas estas letras habría llevado años y solo un loco haría tal cosa. Un loco que estaba enterrado aquí, solo, expulsado por su pueblo…

La mirada de Delum se clavó en Karsa.

—¿Expulsado? Sí, creo que estás en lo cierto, caudillo. Lee más, oigamos su justificación y así juzgaremos por nosotros mismos.

Karsa se encogió de hombros y volvió a mirar el muro de piedra.

—«Para sobrevivir, debemos olvidar. Así nos habló Icarium. Todo a lo que habíamos llegado, todo lo que nos ablandaba. Debemos abandonarlo. Debemos desmantelar nuestro…» No conozco esa palabra, «… y romper en mil pedazos todas y cada una de las piedras, no dejar prueba alguna de lo que habíamos sido. Debemos quemar nuestros…». Otra palabra que no conozco, «… y no dejar más que cenizas. Debemos olvidar nuestra historia y buscar solo las más antiguas de nuestras leyendas. Leyendas que hablaban de un tiempo en el que vivíamos con sencillez. En

los bosques. Cazando, cogiendo peces de los ríos, criando caballos. Cuando nuestras leyes eran las del invasor, el verdugo, cuando todo se medía por el barrido de una espada. Leyendas que hablaban de feudos, de asesinatos y violaciones. Debemos regresar a esos tiempos terribles para aislar nuestros ríos de sangre, para tejer nuevas redes, más pequeñas, de parentesco. Nuevas hebras deben nacer de la violación, pues solo con violencia continuarían siendo sucesos escasos, y aleatorios. Para limpiar nuestra sangre debemos olvidar todo lo que fuimos para encontrar, sin embargo, lo que en otro tiempo habíamos sido…».

—Aquí abajo —dijo Delum mientras se agachaba—. Más abajo. Reconozco palabras. Lee aquí, Karsa Orlong.

—Está oscuro, Delum Thord, pero lo intentaré. Ah, sí. Son… nombres. «Les he dado nombres a estas nuevas tribus, los nombres dados por mi padre a sus hijos.» Y luego una lista. «Baryd, Sanyd, Phalyd, Urad, Gelad, Manad, Rathyd y Lanyd. Estas serán, así pues, las nuevas tribus…». Está demasiado oscuro para seguir leyendo, Delum Thord y tampoco —añadió Karsa, que luchaba contra un repentino escalofrío— deseo hacerlo. Estos pensamientos son picotazos de araña. Retorcidos por la fiebre y convertidos en mentiras.

—Phalyd y Lanyd son…

Karsa se irguió entonces.

—Se acabó, Delum Thord.

—El nombre de Icarium ha continuado viviendo en nuestro…

—¡Basta! —gruñó Karsa—. ¡No hay significado alguno aquí, en estas palabras!

—Como digas, Karsa Orlong.

Mordisco salió de las tinieblas, donde una fisura más oscura se hizo patente ante los dos guerreros teblor.

Delum la señaló con un gesto.

—El cuerpo del que lo grabó yace en su interior.

—Donde sin duda se arrastró para morir —dijo Karsa con desdén—. Regresemos con Bairoth. Los caballos pueden refugiarse aquí. Nosotros dormiremos fuera.

Ambos guerreros se dieron la vuelta y regresaron a la entrada de la cueva. Tras ellos, Mordisco se quedó junto a las piedras un momento más. El sol había dejado el muro y llenado la cueva de sombras. En la oscuridad, los ojos del perro destellaron.

Dos noches después, a lomos de sus caballos, contemplaban desde la ladera el valle de los sunyd. El plan para atraer a los perseguidores rathyd había fracasado, las últimas dos aldeas que se habían encontrado habían sido abandonadas mucho tiempo atrás. Los caminos que las rodeaban habían sido invadidos por la maleza y las lluvias se habían llevado el carbón de las hogueras y dejado solo manchas negras bordeadas de rojo en la tierra.

Y, al llegar, tampoco vieron ni un solo fuego a todo lo largo y ancho del valle sunyd.

—Han huido —murmuró Bairoth.

—Pero no de nosotros —respondió Delum—, si las aldeas sunyd resultan estar igual que aquellas rathyd. Esta es una huida acontecida tiempo ha.

Bairoth lanzó un gruñido.

—¿Dónde se han ido, entonces?

Karsa se encogió de hombros.

—Hay valles sunyd al norte de este —dijo—. Una docena o más. Y también algunos al sur. Quizá haya habido un cisma. A nosotros nos importa poco, salvo que ya no

reuniremos más trofeos hasta que lleguemos a Lago de Plata.

Bairoth hizo rodar los hombros.

—Caudillo, cuando lleguemos a Lago de Plata, ¿se producirá nuestro asalto bajo la rueda del sol? Con el valle que tenemos delante ya vacío, podríamos acampar de noche. Estas pistas nos son desconocidas y nos obligan a ir despacio en la oscuridad.

—Dices bien, Bairoth Gild. Nuestro ataque será de día. Bajemos, pues, al fondo del valle y busquemos un sitio para acampar.

La rueda de estrellas había recorrido una cuarta parte de su trayecto para cuando los guerreros uryd llegaron a la planicie y encontraron un buen lugar para acampar. Delum, con la ayuda de los perros, había matado media docena de liebres de roca durante el descenso, liebres que en ese momento desollaba y espetaba mientras Bairoth encendía un pequeño fuego.

Karsa se ocupó de los caballos y después se reunió con sus dos compañeros junto a la hoguera. Se sentaron y esperaron en silencio a que se cocinara la carne, el aroma dulce y el chisporroteo les resultaba extraño y desconocido después de comer tantas veces carne cruda. Karsa sintió una lasitud que le invadía los músculos y solo entonces se dio cuenta de lo cansado que se encontraba.

Las liebres estaban listas. Los tres guerreros comieron en silencio.

—Delum ha hablado —dijo Bairoth cuando terminaron— de las palabras escritas en la cueva.

Karsa le lanzó a Delum una mirada furiosa.

—Delum Thord habló cuando no debería haberlo hecho. Dentro de la cueva, delirios de un loco, nada más.

—Yo he reflexionado sobre ellas —insistió Bairoth—, y creo que hay alguna verdad oculta en esos delirios, Karsa Orlong.

—Una creencia fútil, Bairoth Gild.

—Creo que no, caudillo. Los nombres de las tribus… Estoy de acuerdo con Delum cuando dice que se hallan, entre ellos, los nombres de nuestras tribus. «Urad» se parece demasiado a uryd para ser una coincidencia, sobre todo cuando tres de los otros nombres no han cambiado. Es cierto, una de esas tribus se ha desvanecido desde entonces, pero incluso nuestras propias leyendas hablan en susurros de un tiempo en el que había más tribus de las que hay ahora. Y esas dos palabras que tú no sabías, Karsa Orlong. «Grandes aldeas» y «corteza amarilla»…

—¡Esas no eran las palabras!

—Cierto, pero eso es lo más parecido que se le ocurrió a Delum. Karsa Orlong, la mano que grabó esas palabras procedía de un lugar y un tiempo sofisticados, un lugar y un tiempo en los que el idioma teblor era, si acaso, más complejo de lo que lo es ahora.

Karsa escupió en el fuego.

—Bairoth Gild, si son verdades, como decís Delum y tú, debo preguntar aún: ¿qué valor tienen para nosotros ahora? ¿Somos un pueblo caído? No es ninguna revelación. Todas nuestras leyendas hablan de una era de gloria acaecida mucho tiempo atrás, cuando cien héroes caminaron entre los teblor, héroes que harían que hasta mi propio abuelo, Pahlk, no pareciera más que un niño entre hombres…

La cara de Delum a la luz del fuego lucía un ceño profundo cuando interrumpió a Karsa.

—Y eso es lo que me inquieta, Karsa Orlong. Esas leyendas y sus relatos de gloria, describen una época no muy diferente de la nuestra. Sí, más héroes, mayores

hazañas, pero, en esencia, la misma, en el modo de vida. De hecho, con frecuencia parece que el propósito de esos relatos es instruir, dar un código de comportamiento, la forma adecuada de ser un teblor.

Bairoth asintió.

—Y ahí, en esas palabras talladas en la cueva, se nos ofrece la explicación.

—Una descripción de cómo seríamos —añadió Delum—. No, de cómo somos.

—Nada de eso importa —rezongó Karsa.

—Éramos un pueblo derrotado —continuó Delum, como si no lo hubiera oído—. Reducidos a un simple puñado roto. —Levantó la cabeza y se encontró con los ojos de Karsa al otro lado del fuego—. ¿Cuántos de nuestros hermanos y hermanas, los que se entregan a las Caras en la Roca, cuántos de ellos nacieron con algún tipo de defecto? Demasiados dedos en las manos y los pies, bocas sin paladares, rostros sin ojos. Hemos visto lo mismo entre nuestros perros y caballos, caudillo. Los defectos provienen de la endogamia. Hay verdad en eso. El anciano de la cueva sabía lo que amenazaba a nuestro pueblo así que halló un modo de separarnos, de limpiar poco a poco nuestra sangre turbia, y fue expulsado como traidor de los teblor. Fuimos testigos, en esa cueva, de un antiguo crimen…

—Somos un pueblo caído —dijo Bairoth, y después se echó a reír.

La mirada de Delum se clavó en él de pronto.

—¿Y qué es lo que te parece tan gracioso, Bairoth Gild?

—Si debo explicarlo, Delum Thord, entonces no tiene sentido.

La risa de Bairoth había dejado helado a Karsa.

—Ninguno de los dos habéis entendido el verdadero significado de todo esto…

—El significado que dijiste que no existía, Karsa Orlong —rezongó Bairoth.

—Los caídos no conocen más que un desafío —continuó Karsa—. Y ese desafío es alzarse una vez más. Los teblor fueron pocos en otro tiempo, un pueblo derrotado. Que así sea. Ya no somos pocos. Y tampoco hemos conocido derrota alguna desde esa época. ¿Quién de las tierras bajas se atreve a aventurarse en nuestros territorios? Yo digo que ha llegado el momento de enfrentarnos a ese reto. Los teblor deben alzarse una vez más.

Bairoth le contestó con desdén.

—¿Y quién nos conducirá? Me pregunto quién unirá las tribus.

—Espera —dijo Delum con voz profunda y los ojos en llamas—. Bairoth Gild, en ti oigo ahora una envidia impropia. Con lo que hemos hecho nosotros tres, con lo que nuestro caudillo ya ha logrado, dime, Bairoth Gild, ¿acaso las sombras de los antiguos héroes todavía nos devoran enteros? Yo digo que no. Karsa Orlong camina ahora entre esos héroes y nosotros caminamos con él.

Bairoth se echó hacia atrás poco a poco y estiró las piernas junto a la hoguera.

—Como bien dices, Delum Thord. —El parpadeo de la luz reveló una gran sonrisa que parecía dirigida a las llamas—: «¿Quién de las tierras bajas se atreve a aventurarse en nuestros territorios?» Karsa Orlong, viajamos por un valle vacío. Vacío de los teblor, sí. ¿Pero qué los ha expulsado de aquí? Es posible que la derrota persiga una vez más a los formidables teblor.

Se alargó el silencio y no habló ninguno de los tres; después, Delum añadió otro tronco al fuego.

—Puede ser —dijo en voz baja— que no haya héroes entre los sunyd.

Bairoth se echó a reír.

—Cierto. Entre todos los teblor, no hay más que tres héroes. ¿Será suficiente, os parece?

—Tres es mejor que dos —soltó Karsa de repente—, pero si fuera necesario, dos bastarán.

—Les ruego a los Siete, Karsa Orlong, que tu mente permanezca siempre libre de dudas.

Karsa se dio cuenta de que sus manos se habían cerrado sobre la empuñadura de la espada.

—Ah, eso es lo que piensas, entonces. El hijo de su padre. ¿Se me está acusando de la debilidad de Synyg?

Bairoth estudió a Karsa y después negó con la cabeza poco a poco.

—Tu padre no es débil, Karsa Orlong. Si hay dudas de las que hablar aquí y ahora, se refieren a Pahlk y su heroico asalto a Lago de Plata.

Karsa se había levantado y tenía la espada de palosangre en las manos.

Bairoth no se movió.

—Tú no ves lo que yo veo —dijo en voz muy baja—. Hay potencial en tu interior, Karsa Orlong, para que llegues a ser hijo de tu padre. Mentí antes cuando dije que rezaba para que permanecieras libre de dudas. Rezo justo por lo contrario, caudillo. Ruego que te invadan las dudas, que te atemperen con su sabiduría. Esos héroes de nuestras leyendas, Karsa Orlong, eran terribles, eran monstruos, pues desconocían la incertidumbre.

—Levántate del suelo, Bairoth Gild, pues no te mataré mientras tu espada permanece a tu lado.

—No haré tal cosa, Karsa Orlong. Tengo la paja a la espalda y tú no eres mi enemigo.

Delum se adelantó con las manos llenas de tierra, tierra que dejó caer en el fuego entre los otros dos hombres.

—Es tarde —murmuró— y puede ser, como sugiere Bairoth, que no estemos tan solos en este valle como creemos. Como mínimo, puede que haya observadores al otro lado. Caudillo, solo ha habido palabras esta noche. Dejemos el derramamiento de sangre para nuestros verdaderos enemigos.

Karsa continuó de pie, mirando furioso a Bairoth Gild desde su altura.

—Palabras —gruñó—. Sí, y por las palabras que ha pronunciado, Bairoth Gild debe disculparse.

—Yo, Bairoth Gild, ruego perdón por mis palabras. Y ahora, Karsa Orlong, ¿querrás apartar tu espada?

—Estás advertido —dijo Karsa—. No se me apaciguará con tanta facilidad la próxima vez.

—Estoy advertido.

Hierbas y arbolillos habían reclamado la aldea sunyd. Los senderos que entraban y salían de ella casi habían desaparecido bajo las zarzas, pero por algunos sitios, entre los cimientos de piedra de las casas circulares, se podían ver señales de fuego y violencia.

Delum desmontó y empezó a hurgar entre las ruinas. Solo tardó unos momentos en encontrar los primeros huesos.

—Un ataque —rezongó Bairoth—. Un ataque que no dejó supervivientes.

Delum se irguió con el astil astillado de una flecha en las manos.

—Habitantes de las tierras bajas. Los sunyd no tienen muchos perros; si los tuvieran, no habrían estado tan mal preparados.

—Lo que ahora asumimos nosotros —dijo Karsa— no es un ataque, es una guerra. Viajamos a Lago de Plata no como

uryd, sino como teblor. Y la venganza será nuestra. —Desmontó y sacó de los fardos de la silla cuatro duras fundas de cuero que empezó a atar a las patas de Estragos para proteger al caballo de las zarzas. Los otros dos guerreros siguieron su ejemplo.

—Guíanos, caudillo —dijo Delum cuando terminó y volvió a subirse a lomos de su destrero.

Karsa cogió a la perra de tres patas y la depositó una vez más tras la cruz de Estragos. Volvió a montar y miró a Bairoth.

El fornido guerrero montó también. Tenía los ojos entornados cuando se encontró con la mirada de Karsa.

—Guíanos, caudillo.

—Cabalgaremos tan deprisa como lo permita el terreno —dijo Karsa al tiempo que se ponía a la perra de tres patas en los muslos—. Una vez que dejemos atrás este valle, nos dirigimos al norte y después al este una vez más. Para mañana por la noche estaremos cerca del paso de los Huesos, el camino del sur que nos conducirá a Lago de Plata.

—¿Y si nos encontramos con habitantes de las tierras bajas por el camino?

—Entonces, Bairoth Guiad, comenzaremos a reunir trofeos. Pero no se debe permitir a ninguno que escape, pues nuestro ataque contra la granja debe ser una sorpresa absoluta, no sea que los niños huyan.

Rodearon la aldea hasta que llegaron a una pista que los llevó al bosque. Bajo los árboles había menos maleza, lo que les permitió cabalgar a un medio galope lento. Después, la pista no tardó en empezar a trepar por la falda del valle. Al atardecer llegaron a la cima. Los caballos humeaban bajo ellos y los tres guerreros los detuvieron.

Habían alcanzado el borde de la escarpa. Al norte y al este, y todavía bañado en una luz dorada, el horizonte era

una línea desigual de montañas con picos coronados de nieve y ríos de espuma que bajaban por sus flancos. Justo delante de ellos, tras una caída en picado de trescientos pasos o más, había una cuenca inmensa y llena de flores.

—No veo fuegos —dijo Delum tras examinar el valle envuelto en sombras.

—Debemos ahora rodear este borde, hacia el norte —dijo Karsa—. No hay pistas que atraviesen la ladera del risco.

—Los caballos necesitan descansar —dijo Delum—. Pero aquí somos muy visibles, caudillo.

—Continuaremos caminando, entonces —dijo Karsa, y desmontó. Cuando dejó a la perra de tres patas en el suelo, Mordisco se acercó a ella. Karsa cogió la única rienda de Estragos. Una pista para animales seguía por la cima del borde del risco otros treinta pasos más antes de bajar un poco, lo suficiente para evitar que destacaran contra el cielo.

Continuaron hasta que la rueda de estrellas hubo completado un quinto de su paso por el cielo, momento en el que encontraron un rincón sin salida y rodeado por altos muros junto a la pista donde pudieron montar el campamento. Delum empezó a preparar la comida mientras Bairoth almohazaba a los caballos.

Karsa se llevó a Mordisco y su compañera con él y salió a explorar el camino que les quedaba por delante. Hasta el momento, los únicos rastros que habían visto eran los de las cabras montesas y las ovejas salvajes. El risco había dado comienzo a un descenso lento y accidentado y supo que, en algún lugar, por allí delante, habría un río que llevaría la escorrentía de la cordillera norte de las montañas y una cascada que abriría un desfiladero en el risco de la escarpa.

Los dos perros se asustaron de repente en la oscuridad y tropezaron con las piernas de Karsa al apartarse de otro rincón sin salida que tenían a la izquierda. El guerrero bajó

una mano para calmar a Mordisco y encontró a la bestia temblando. Karsa sacó la espada. Olisqueó el aire, pero no percibió nada raro, ni tampoco salía sonido alguno de aquel rincón envuelto en la negrura, y eso que Karsa estaba lo bastante cerca como para oír una respiración si hubiera habido alguien escondido dentro.

Avanzó un poco con gran sigilo.

Una losa inmensa dominaba el suelo de piedra y dejaba solo espacio para un antebrazo en los tres lados donde se alzaban las paredes de roca. La superficie de la losa carecía de adornos, pero una leve luz gris parecía emanar de la propia piedra. Karsa se acercó todavía más, después se agachó poco a poco ante la mano, solitaria e inmóvil, que sobresalía del borde más cercano de la losa. Estaba demacrada, pero entera, la piel era de un lechoso tono azul verdoso, las uñas astilladas y melladas, los dedos manchados de polvo blanco.

Todos los espacios que quedaban al alcance de la mano estaban grabados con surcos tallados en el suelo de piedra, tan profundos como podían alcanzar los dedos, con un patrón caótico y sombreado de rayas.

La mano, según vio Karsa, no era teblor ni de las tierras bajas, sino de un tamaño intermedio, con huesos prominentes y los dedos estrechos y muy largos que parecían contener demasiadas articulaciones.

Hubo algo en la presencia de Karsa (su aliento, quizá, cuando se inclinó para estudiarla) que se percibió, porque la mano sufrió un espasmo repentino y se agitó hasta yacer plana en la roca, con los dedos estirados. Karsa vio entonces los indicios inconfundibles de los animales que habían atacado a esa mano en el pasado (lobos de montaña y criaturas más fieras todavía). La habían mordido, arañado y

mordisqueado, aunque, al parecer, nunca la habían roto. Inmóvil una vez más, yacía apretada contra el suelo.

Al oír pasos tras él, Karsa se levantó y se volvió. Delum y Bairoth, empuñando las armas, subían por la pista. Karsa se acercó a recibirlos.

—Tus dos perros regresaron a esconderse con nosotros —gruñó Bairoth.

—¿Qué has encontrado, caudillo? —preguntó Delum con un susurro.

—Un demonio —respondió Karsa—. Atrapado para toda la eternidad bajo esa piedra. Pero vive, todavía.

—El forkassal.

—Aun así. Parece que hay mucho de verdad en nuestras leyendas.

Bairoth pasó junto a él y se acercó a la losa. Se agachó ante la mano y la estudió durante largo tiempo en la oscuridad, después se irguió y regresó con sus compañeros.

—El forkassal. El demonio de las montañas, Aquel Que Buscaba la Paz.

—En la época de las Guerras del Espíritu, cuando nuestros antiguos dioses eran jóvenes —dijo Delum—. Karsa Orlong, ¿qué recuerdas tú de ese relato? Era tan breve, poco más que unos trozos sueltos. Los propios ancianos admitían que la mayor parte se había perdido hace ya mucho tiempo, antes de que los Siete despertaran.

—Trozos —asintió Karsa—. Las Guerras del Espíritu fueron dos, quizá tres invasiones, y tuvieron poco que ver con los teblor. Dioses y demonios extranjeros. Sus batallas agitaron las montañas y después no quedó más que una fuerza…

—En esos relatos —interpuso Delum— se encuentra la única mención de Icarium. Karsa Orlong, es posible que los t’lan imass (de los que se hablaba en la cueva de ese anciano) pertenecieran a las Guerras del Espíritu, y que ellos

fueran los vencedores, que después se fueron para no regresar jamás. Es posible que fueran las Guerras del Espíritu las que destrozaron a nuestro pueblo.

La mirada de Bairoth permanecía clavada en la losa. Habló entonces.

—Se ha de liberar al demonio.

Tanto Karsa como Delum se volvieron hacia él, sorprendidos y silenciados por la declaración.

—No digáis nada —continuó Bairoth— hasta que haya terminado. Se decía que el forkassal había venido al lugar de las Guerras del Espíritu con la intención de buscar la paz entre los contendientes. Ese es uno de los trozos sueltos del relato. Pues el esfuerzo del demonio fue destruido. Ese es otro trozo. Icarium también pretendía poner fin a la guerra, pero llegó demasiado tarde y los vencedores sabían que no podían derrotarlo, así que no lo intentaron siquiera. Un tercer trozo. Delum Thord, las palabras de la cueva también hablaban de Icarium, ¿no?

—Así es, Bairoth Gild. Icarium les dio a los teblor las leyes que garantizaron nuestra supervivencia.

—Sí, si hubieran podido, los t’lan imass también habrían puesto una piedra sobre él. —Después de esas palabras, Bairoth se quedó callado.

Karsa se dio la vuelta y se acercó a la losa. Su luminiscencia era intermitente en ciertos sitios, indicio de la antigüedad de la hechicería, una disolución lenta del poder con el que se había investido. Los ancianos teblor hacían magia, pero solo en muy raras ocasiones. Desde el despertar de las Caras en la Roca, la hechicería llegaba como una visita, atrapada en los confines del sueño o el trance. Las antiguas leyendas hablaban de exhibiciones crueles de magia manifiesta, de armas pavorosas templadas con maldiciones, pero Karsa sospechaba que no eran más que

elaboradas invenciones para tejer los relatos con colores atrevidos. Frunció el ceño.

—No entiendo nada de esta magia —dijo.

Bairoth y Delum se reunieron con él.

La mano permanecía plana en el suelo, inmóvil.

—Me pregunto si el demonio puede oír nuestras palabras —dijo Delum.

Bairoth lanzó un gruñido.

—Aunque pudiera, ¿por qué las iba a entender? Los habitantes de las tierras bajas hablan una lengua diferente. Los demonios también deben de tener la suya.

—Sin embargo, vino a buscar la paz…

—No puede oírnos —afirmó Karsa—. Lo único que hace es percibir la presencia de alguien… de algo.

Bairoth se encogió de hombros y se agachó junto a la losa. Estiró una mano, dudó y después apoyó la palma en la piedra.

—No está ni fría ni caliente. Su magia no es para nosotros.

—No está ahí para proteger, entonces, solo para contener —sugirió Delum.

—Los tres deberíamos ser capaz de levantarla.

Karsa estudió a Bairoth.

—¿Qué es lo que deseas despertar aquí, Bairoth Gild?

El enorme guerrero levantó la cabeza y entrecerró los ojos. Después alzó las cejas y sonrió.

—¿Un portador de paz?

—No hay valor alguno en la paz.

—Debe haber paz entre los teblor, o jamás encontrarán la unidad.

Karsa ladeó la cabeza y pensó en las palabras de Bairoth.

—Este demonio debe de haberse vuelto loco —murmuró Delum—. ¿Cuánto tiempo llevará atrapado bajo esta roca?

—Nosotros somos tres —dijo Bairoth.

—Sin embargo, este demonio es de un tiempo en el que nos habían derrotado, y si fueron esos t'lan imass los que aprisionaron a este demonio, lo hicieron porque no podían matarlo. Bairoth Gild, nosotros tres no seríamos nada para esta criatura.

—Nos habremos ganado su gratitud.

—La fiebre de la locura no conoce amigos.

Los dos guerreros miraron a Karsa.

—No podemos saber lo que piensa un demonio —dijo—. Pero sí podemos ver una cosa, y es cómo todavía intenta protegerse. Esta mano solitaria ha repelido todo tipo de bestias. En eso yo veo alguien que se aferra a un propósito.

—La paciencia de un inmortal —asintió Bairoth—. Yo veo lo mismo que tu, Karsa Orlong.

Karsa se dirigió a Delum.

—Delum Thord, ¿todavía te poseen las dudas?

—Así es, caudillo, pero les prestaré mi fuerza a vuestros esfuerzos, pues veo la decisión en vuestros ojos. Así sea.

Sin otra palabra más, los tres uryd se colocaron en un lado de la losa de piedra. Se agacharon y estiraron las manos para coger el borde.

—Con el cuarto aliento —pidió Karsa.

La piedra se levantó con un chirrido áspero y un remolino de polvo. Un empujón colectivo la mandó al suelo y se agrietó contra el muro de roca.

A la figura la habían atrapado de lado. El peso inmenso de la losa debió de dislocar huesos y aplastar músculos, pero no había sido suficiente para derrotar al demonio, ya que, a lo largo de los milenios, había conseguido abrir un hoyo tosco e irregular para la mitad de su estrecho, largo y extraño cuerpo. La mano atrapada bajo el cuerpo había ido arañando un hueco para sí misma primero y después había

ido cavando surcos para la cadera y el hombro. Los dos pies, que estaban desnudos, habían logrado algo parecido. Las telarañas y el polvo de la piedra del suelo cubrían la figura como una mortaja gris y apagada, y el aire viciado que se alzaba del espacio giró de forma visible en su lánguida huida, impregnado de un hedor peculiar, como de insecto.

Los tres guerreros se quedaron mirando al demonio desde su altura.

Todavía tenía que moverse, pero incluso así vieron lo extraño que era. Miembros alargados, con articulaciones de más, la piel estirada y tensa, pálida como la luna. Una mata de pelo de color negro azulado se extendía por la cabeza, que estaba boca abajo, como finas raíces que formaban un enrejado por el suelo de piedra. El demonio estaba desnudo y era mujer.

Los miembros sufrieron un espasmo.

Bairoth se acercó un poco más y habló con tono bajo y suave.

—Eres libre, demonio. Somos teblor, del clan Uryd. Si quieres, nos gustaría ayudarte. Dinos lo que requieres.

Los miembros habían dejado de sufrir espasmos y ya solo temblaban. Poco a poco, el demonio levantó la cabeza. La mano que había conocido una eternidad de oscuridad se liberó de su hueco bajo el cuerpo y tanteó el suelo plano de piedra. Las puntas de los dedos atravesaron mechones de pelo y esos mechones cayeron convertidos en polvo. La mano se apoyó del mismo modo que su contraria. Los músculos se tensaron en los brazos, el cuello y los hombros, y el demonio se levantó poco a poco, con movimientos agitados e irregulares. Se le cayó el pelo en negras láminas de polvo hasta que quedó al aire el cráneo, blanco y liso.

Bairoth se acercó para cogerla, pero Karsa estiró la mano de repente para detenerlo.

—No, Bairoth Gild, ya ha conocido suficiente presión ajena a ella. No creo que quiera ser tocada, no durante mucho tiempo, quizá nunca más.

La mirada entornada de Bairoth se clavó en Karsa durante un buen rato, después suspiró.

—Karsa Orlong —dijo—, oigo sabiduría en tus palabras. Una y otra vez me sorprendes. No, no pretendía insultarte. Algo me arrastra hacia la admiración, olvida mis crispadas palabras.

Karsa se encogió de hombros y volvió la mirada una vez más hacia el demonio.

—Ahora ya solo podemos esperar. ¿Conoce un demonio la sed? ¿El hambre? La suya es una garganta que no ha bebido agua desde hace generaciones, un estómago que ha olvidado su propósito, unos pulmones que no han tomado un aliento completo desde que colocaron la losa. Por fortuna, también es de noche, pues el sol podría ser como fuego para sus ojos… —Se detuvo entonces, ya que el demonio, que estaba a cuatro patas, había levantado la cabeza y pudieron verle la cara por primera vez.

Piel como mármol pulido, sin una sola tacha, una frente ancha sobre unos ojos enormes del color de la medianoche que parecían secos y planos, como el ónice bajo una capa de polvo. Pómulos altos y encendidos, una boca ancha, marchita e incrustada de cristales finos.

—No hay agua en su interior —dijo Delum—. Nada en absoluto. —Se apartó un poco y después emprendió el camino de regreso al campamento.

La mujer se sentó poco a poco en cuclillas y después luchó por levantarse.

Costaba limitarse a mirar, pero los dos guerreros se contuvieron, listos para cogerla si cayera.

Pareció que la mujer lo notó y un lado de la boca dibujo una ligerísima mueca hacia arriba.

Esa única contracción transformó todo su rostro y, como respuesta, Karsa sintió un martillazo en el pecho. *Se burla de su lamentable estado. Esta, su primera emoción al ser liberada. Vergüenza, pero todavía encuentra humor en la situación. Óyeme, Urugal el Entretejido, haré que los que la encerraron lamenten sus actos, si ellos o sus descendientes todavía vivieran. Estos t'lan imass, me han convertido en su enemigo. Yo, Karsa Orlong, lo juro*.

Delum regresó con un cuero de agua, sus pasos se fueron refrenando al verla de pie.

Estaba chupada, su cuerpo era una colección de planos y ángulos. Tenía los pechos altos y separados, el esternón prominente entre ellos. Parecía poseer demasiadas costillas. En altura, era como un niño teblor.

Vio el cuero de agua en las manos de Delum, pero no hizo gesto alguno por alcanzarlo. En su lugar, se volvió y posó la mirada en el lugar en el que había yacido.

Karsa veía la subida y caída de su aliento, pero, aparte de eso, la mujer continuaba inmóvil.

Habló entonces Bairoth.

—¿Eres la forkassal?

La mujer lo miró y medio sonrió otra vez.

—Somos teblor —continuó Bairoth, ante lo que la sonrisa femenina se ensanchó un poco en lo que para Karsa fue un reconocimiento obvio, aunque con un extraño matiz de diversión.

—Te entiende —comentó Karsa.

Delum se acercó con el cuero de agua. La mujer lo miró y negó con la cabeza. El guerrero se detuvo.

Karsa vio entonces que parte del polvo había desaparecido de sus ojos y que tenía los labios un poco más

llenos.

—Se recupera —dijo.

—La libertad era todo lo que necesitaba —dijo Bairoth.

—Del mismo modo que el liquen endurecido por el sol se ablanda por la noche —dijo Karsa—. Su sed la apaga el aire mismo…

La mujer lo miró de repente y su cuerpo se puso rígido.

—Si he dado motivos para ofender…

Antes de que Karsa pudiera coger otra bocanada de aliento, la tuvo encima. Cinco golpes en el cuerpo que lo conmocionaron y se encontró tirado de espaldas, con el duro suelo de piedra aguijoneándolo como si estuviera echado sobre un nido de hormigas de fuego. No le quedaba aire en los pulmones. La agonía lo atravesaba como un trueno. No podía moverse.

Oyó el grito de guerra de Delum, interrumpido por un gruñido estrangulado, y después el sonido de otro cuerpo golpeando el suelo.

Bairoth gritó desde un lado.

—¡Forkassal! ¡Contente! Déjalo…

Karsa levantó los ojos llenos de lágrimas con un parpadeo cuando la cara de la mujer se cernió sobre él. La mujer acercó la cara más, los ojos le brillaban como estanques negros, los ojos llenos y casi morados bajo la luz de las estrellas.

Con voz ronca le susurró en el idioma de los teblor.

—No te dejarán, ¿verdad? Estos que en otra época fueron enemigos míos. Parece que hacer pedazos sus huesos no fue suficiente. —Algo en sus ojos se ablandó un poco—. Tu especie merece algo mejor. —La cara se fue retirando poco a poco—. Creo que he de esperar. Esperar y ver lo que se hace de ti antes de decidir si voy a entregarte, guerrero, a mi paz eterna.

La voz de Bairoth sonó a una docena de pasos de distancia.

—¡Forkassal!

La mujer se irguió y se volvió con una fluidez extraordinaria.

—Habéis caído mucho para tergiversar de tal modo el nombre de mi especie, por no hablar ya del vuestro. Soy forkrul assail, joven guerrero, no un demonio. Me llamo Calma, Portadora de Paz, y te lo advierto, el deseo de entregaros a ella es muy fuerte en mí en estos momentos, así que quita la mano de esa arma.

—¡Pero te hemos liberado! —exclamó Bairoth—. ¡Y, sin embargo, tú has derribado a Karsa y Delum!

La mujer se echó a reír.

—E Icarium y esos malditos t'lan imass no se pondrán muy contentos con vosotros por haber deshecho su trabajo. Claro que es probable que Icarium no tenga ningún recuerdo de haberlo hecho y los t'lan imass están muy lejos. Bueno, no les daré una segunda oportunidad. Pero sí que conozco la gratitud, guerrero, así que te confesaré algo. El llamado Karsa ha sido elegido. Si acaso te contara aunque fuera lo poco que percibo de su propósito último, intentarías matarlo. Pero debo decirte que no serviría de nada, pues los que lo están utilizando se limitarían a elegir a otro. No. Vigila a este amigo tuyo. Protégelo. Llegará el momento en el que se encontrará en posición de cambiar el mundo. Y cuando sea el momento, yo estaré allí. Pues traigo la paz. Cuando eso llegue, deja de protegerlo. Retírate como has hecho ahora.

Karsa aspiró una bocanada vacilante de aire con los pulmones molidos. Sintió una oleada de náuseas, se giró de lado y vomitó en el suelo granuloso de piedra. Entre jadeos y

toses oyó a la forkrul assail (la mujer llamada Calma) alejarse a grandes zancadas.

Un instante después, Bairoth se arrodilló junto a Karsa.

—Delum está malherido, caudillo —dijo—. Le sale líquido de una grieta en la cabeza, Karsa Orlong. Lamento haber liberado a esta… esta criatura. Delum tenía dudas. Sin embargo fue…

Karsa tosió y escupió, después, luchó contra las oleadas de dolor del pecho magullado y se puso en pie.

—No podías saberlo, Bairoth Gild —murmuró mientras se limpiaba las lágrimas de los ojos.

—Caudillo, no saqué mi arma. No intenté protegerte como hizo Delum Thord…

—Lo que deja sano a uno de nosotros —rezongó Karsa mientras se tambaleaba hasta donde Delum yacía en medio de la pista. Lo había arrojado a cierta distancia, al parecer, de un único golpe. Le cruzaban la frente, sesgadas, cuatro huellas profundas, la piel partida, un líquido amarillento que supuraba del hueso atravesado. *Las puntas de los dedos de la mujer*. Delum tenía los ojos muy abiertos pero nublados por la confusión. Secciones enteras de su rostro se habían quedado inertes como si ningún pensamiento subyacente pudiera hacerlas contener una expresión.

Bairoth se reunió con él.

—¿Ves?, el fluido es transparente. Es la sangre del pensamiento. Delum Thord no regresará del todo con semejante herida.

—No —murmuró Karsa—, no lo hará. Nadie que pierde sangre de pensamiento vuelve jamás.

—Es culpa mía.

—No, el error lo cometió Delum, Bairoth Gild. ¿Me han matado acaso? La forkassal optó por no darme muerte. Delum debería haber hecho como tú, nada.

Bairoth hizo una mueca.

—Te habló a ti, Karsa Orlong. La oí susurrar. ¿Qué dijo?

—Poco que yo pudiera entender, salvo que la paz que trae es la muerte.

—Nuestras leyendas se han tergiversado con el tiempo.

—Así es, Bairoth Gild. Ven, debemos vendar las heridas de Delum. La sangre de pensamiento empapará los lienzos y se secará, y así coagulará los agujeros. Quizá no se escape tanto entonces y Delum pueda regresar un poco con nosotros.

Los dos guerreros emprendieron el regreso al campamento. Cuando llegaron, encontraron a los perros acurrucados todos juntos, sobrecogidos por los escalofríos. Por el centro del claro se veían las huellas de los pies de Calma. Se dirigían al sur.

Un viento gélido aullaba por el borde de la escarpa. Karsa Orlong estaba sentado con la espalda apoyada en el muro de roca observando a Delum Thord, que se movía a gatas entre los perros. Estiraba los brazos y acercaba a las bestias para acariciarlas y arrimarles la cara. Unos canturreos suaves salían de la garganta de Delum Thord y la sonrisa nunca abandonaba la mitad de la cara que todavía le funcionaba.

Los perros eran cazadores. Sufrían los manoseos con expresiones desdichadas que de vez en cuando se hacían fieras, unos gruñidos profundos puntuados por chasquidos de advertencia de las mandíbulas, a todo lo cual Delum Thord parecía indiferente.

Mordisco, tirado a los pies de Karsa, seguía con ojos adormilados los movimientos de Delum, que se arrastraba al azar entre la jauría.

A Delum le había llevado buena parte de un día recuperar la conciencia, un viaje que había dejado atrás a la mayor

parte del guerrero. Había pasado otro día mientras Karsa y Bairoth esperaban por si regresaba algo más de su compañero, lo suficiente para que hubiera un poco de luz en sus ojos, lo bastante para conceder a Delum Thord la habilidad de mirar una vez más a sus compañeros. Pero no había habido ningún cambio. Delum no los veía. Solo veía a los perros.

Bairoth se había ido poco antes a cazar, pero Karsa tenía la sensación, a medida que el día se iba alargando, de que Bairoth Gild había decidido evitar el campamento por otras razones. La liberación del demonio les había arrebatado a Delum y habían sido las palabras de Bairoth las que habían producido aquel amargo resultado. Karsa no entendía muy bien sus sentimientos, esa necesidad de autoinfligirse algún tipo de castigo. El error había sido de Delum, que había sacado la espada contra el demonio. Las costillas doloridas de Karsa daban fe de la pericia marcial de la forkrul assail, lo había atacado a una velocidad impresionante, era más rápida que nada de lo que hubiera visto Karsa jamás, por no hablar ya de nada a lo que se hubiera tenido que enfrentar. Los tres teblor eran como niños para ella. Delum debería haberlo visto al instante, debería haber contenido la mano como había hecho Bairoth.

En lugar de eso, el guerrero había sido un necio y ahora se veía arrastrándose entre los perros. Las Caras en la Roca no tenían piedad con los guerreros necios, así que, ¿por qué debería tenerla Karsa Orlong? Bairoth Gild se complacía en dejarse llevar, convertía el pesar, la lástima y la reprobación en dulces néctares que lo dejaban vagando como un borracho torturado.

A Karsa se le estaba acabando la paciencia a toda prisa. Había que reanudar el viaje. Si había algo que pudiera hacer

volver en sí a Delum Thord era la batalla, la cólera fiera de la sangre que despertaría el alma con su fuego.

Pasos en el camino que subía. Mordisco giró la cabeza, pero la distracción fue solo momentánea.

Bairoth Gild apareció en el camino con el cadáver de una cabra salvaje colgado de un hombro. Hizo una pausa para estudiar a Delum Thord y después dejó caer a la cabra con un crujido y el estrépito de los cascos. Sacó su cuchillo de carnicero y se arrodilló junto al animal.

—Hemos perdido otro día —dijo Karsa.

—La caza escasea —contestó Bairoth mientras abría de un tajo el vientre de la cabra.

Los perros se colocaron en un semicírculo, a la expectativa. Delum los siguió y ocupó su lugar entre ellos. Bairoth atravesó los tejidos que los envolvían y empezó a lanzar órganos empapados en sangre a las bestias. No se movió ninguna.

Karsa le dio un toquecito a Mordisco en el costado y el animal se levantó y se adelantó, seguido por su compañera de tres patas. Mordisco olisqueó los regalos, uno por uno, y se decidió por el hígado de la cabra mientras que su compañera eligió el corazón. Los dos se alejaron trotando con sus premios. Los perros que quedaban rodearon lo que restaba lanzando mordiscos y riñendo entre ellos. Delum saltó y arrancó un pulmón de entre las mandíbulas de uno de los perros, al mismo tiempo que le enseñaba también los dientes a modo de desafío. Después se escabulló a un lado, encorvándose sobre su premio.

Karsa vio que Mordisco se levantaba y trotaba hacia Delum Thord y observó que Delum dejaba caer con un gimoteo el pulmón y después se agazapaba en el suelo con la cabeza gacha, mientras Mordisco lamía el charco de

sangre que rodeaba el órgano por unos momentos y después regresaba sin ruido junto a su propia comida.

—La jauría de Mordisco cuenta con un miembro más —dijo Karsa con un gruñido. No hubo respuesta y cuando miró, descubrió a Bairoth con los ojos clavados en Delum, horrorizado—. ¿Ves cómo sonríe, Bairoth Gild? Delum Thord ha encontrado la felicidad y eso nos dice que no regresará más de él, pues, ¿por qué habría de hacerlo?

Bairoth se quedó contemplando sus manos ensangrentadas y el cuchillo de carnicero rojo que resplandecía bajo la luz moribunda.

—¿Es que no conoces el dolor, caudillo? —preguntó con un susurro.

—No. No está muerto.

—¡Mejor que lo estuviera! —soltó Bairoth de repente.

—Mátalo entonces.

Un odio puro destelló en los ojos de Bairoth.

—Karsa Orlong, ¿qué te dijo la mujer?

Karsa frunció el ceño ante la pregunta inesperada, después se encogió de hombros.

—Me maldijo por mi ignorancia. Palabras que no podían herirme pues fui indiferente a todo lo que profirió.

Bairoth entrecerró los ojos.

—¿Haces de lo que ha ocurrido una broma? Caudillo, ya no eres tú quien me guía. No protegeré tu flanco en esta maldita guerra tuya. Hemos perdido demasiado…

—Hay debilidad en ti, Bairoth Gild. Siempre lo he sabido. Durante años lo he sabido. No eres tan diferente de aquello en lo que se ha convertido Delum, y esa es la verdad que ahora te obsesiona. ¿Creías de veras que regresaríamos todos sin cicatrices de este viaje? ¿Pensabas que éramos inmunes a nuestros enemigos?

—Así que piensas…

La carcajada de Karsa fue dura.

—Eres un necio, Bairoth Gild. ¿Cómo hemos llegado tan lejos? ¿No atravesamos las tierras rathyd y sunyd? ¿No libramos varias batallas? Nuestra victoria no fue ningún don de los Siete. El éxito lo talló nuestra habilidad con la espada y mi liderazgo. Pero todo lo que veías en mí eran bravatas, como las que proferiría un joven recién llegado a los modos del guerrero. Te engañabas y eso te daba consuelo. No eres mejor que yo, Bairoth Gild, en nada.

Bairoth Gild se lo quedó mirando con los ojos muy abiertos y un temblor en las manos de color carmesí.

—Y ahora —gruñó Karsa—, si quieres sobrevivir, sobrevivir a este viaje, sobrevivirme a mí, entonces te sugiero que aprendas de nuevo lo valioso que es saber seguir. Tu vida está en las manos de tu líder. Sígueme a la victoria, Bairoth Gild, o déjate caer a un lado. En cualquier caso, yo haré el relato con palabras verdaderas. Así pues, ¿cómo te gustaría contarlo?

Las emociones revolotearon como la pólvora por el rostro ancho y repentinamente pálido de Bairoth, que aspiró media docena de bocanadas torturadas de aire.

—Yo soy el que manda en esta jauría —dijo Karsa en voz baja—, ningún otro. ¿Me desafías?

Bairoth se acomodó poco a poco en cuclillas y cambió de posición el cuchillo de carnicero, su mirada se posó, serena ya, en los ojos de Karsa.

—Hemos sido amantes durante mucho tiempo, Dayliss y yo. Tú no sabías nada mientras nosotros nos reíamos de tus torpes intentos de cortejarla. Cada día te pavoneabas entre nosotros, con la boca llena de frases audaces, siempre desafiándome, siempre intentando menospreciarme ante sus ojos. Pero por dentro nos reíamos, Dayliss y yo, y pasábamos las noches abrazados. Karsa Orlong, es posible

que seas tú el único que regrese a nuestra aldea; de hecho, creo que te asegurarás de ello, así que mi vida ya casi se puede dar por terminada, pero no es algo que tema. Y cuando regreses a la aldea, caudillo, convertirás a Dayliss en tu esposa. Pero hay una verdad que permanecerá contigo hasta el final de tus días, y es la siguiente: con Dayliss, no fui yo el que siguió a nadie, sino tú. Y no hay nada que puedas hacer para cambiar eso.

Karsa hizo una mueca poco a poco y le enseñó los dientes.

—¿Dayliss? ¿Mi esposa? Creo que no. No, en lugar de eso la denunciaré ante la tribu. Por haber yacido con un hombre que no es su marido. Le raparán el pelo y después la reclamaré… como mi esclava…

Bairoth se abalanzó sobre Karsa con el cuchillo destellando en la oscuridad. Con la espalda apoyada en el muro de piedra, Karsa solo pudo rodar de lado y no le dio tiempo a ponerse de pie antes de tener a Bairoth encima rodeándole el cuello con un brazo y arqueándole la espalda, la hoja dura del cuchillo le hacía pequeños cortes en el pecho y la punta le buscaba la garganta.

Entonces se encontraron con los perros encima, impactos atronadores que les sacudieron los huesos, gruñidos, el choque de los caninos, los dientes perforando el cuero.

Bairoth chilló, se apartó y soltó a Karsa.

Karsa rodó de espaldas y vio al otro guerrero tropezando, con perros colgados de los dos brazos por las mandíbulas; Mordisco había hundido los dientes en la cadera de Bairoth y otras bestias se lanzaban sobre él en busca de algún lugar al que aferrarse. Tropezaban y volvían a caer al suelo.

—¡Fuera! —bramó Karsa.

Los perros se encogieron, se apartaron a toda velocidad y se alejaron un poco sin dejar de enseñar los dientes. A un

lado, vio Karsa mientras se levantaba con cierto esfuerzo, se agazapaba Delum con el rostro crispado en una sonrisa salvaje y los ojos brillantes, las manos colgando hasta el suelo e intentando coger la nada con gestos espasmódicos. Después, la mirada de Karsa se posó más allá de Delum y el guerrero se quedó rígido. Siseó y los perros se callaron por completo.

Bairoth rodó hasta quedarse a gatas y levantó la cabeza.

Karsa hizo un gesto y después señaló.

En la pista, más adelante, se veía el parpadeo de unas teas. Todavía a cien pasos o más de distancia, pero acercándose poco a poco. Dado el modo en el que el sonido quedaba atrapado en el rincón sin salida, no era muy probable que hubieran oído la pelea.

Karsa hizo caso omiso de Bairoth, sacó la espada y se dirigió a la pista. Si eran sunyd, entonces los que se acercaban estaban haciendo gala de una falta de cuidado que el uryd estaba decidido a que les resultara fatal. Era más probable que fueran habitantes de las tierras bajas. Vio entonces, al ir bordeando la pista de sombra en sombra, que había al menos media docena de teas, un grupo considerable, entonces. Oyó entonces voces, la fétida lengua de los habitantes de las tierras bajas.

Bairoth se acercó a su lado. También había sacado la espada. Estaba sangrando por las heridas punzantes que tenía en los brazos y le chorreaba por la cadera. Karsa lo miró con el ceño fruncido y le hizo un gesto para que volviera por donde había venido.

Bairoth hizo una mueca y se retiró.

Los habitantes de las tierras bajas habían llegado al rincón sin salida donde había estado encerrado el demonio. El juego de la luz de las teas bailaba sobre los altos muros

de piedra. Las voces se alzaron, ruidosas, matizadas por un tono de alarma.

Karsa se fue deslizando en silencio hasta que se encontró justo detrás del charco de luz. Vio a nueve habitantes de las tierras bajas, se habían reunido para examinar el pozo ahora vacío que había quedado en el centro del claro. Dos vestían armaduras y cascos y acunaban pesadas ballestas, llevaban espadas largas sujetas a las caderas; se colocaron a la entrada del rincón para observar la pista. A un lado había cuatro varones vestidos con túnicas de tonos color tierra, el cabello trenzado, peinado sobre la cara y atado sobre el esternón; ninguno de ellos llevaba armas.

Los tres restantes tenían aspecto de exploradores, vestían cueros ceñidos e iban armados con arcos cortos y cuchillos de caza. Unos tatuajes que representaban clanes les cubrían la frente. Era uno de estos el que parecía estar al mando, pues fue el que habló con tono duro, como si diera órdenes. Los otros dos exploradores estaban agachados junto al pozo y estudiaban con los ojos el suelo de piedra.

Los dos guardias permanecían bajo la luz de las teas, que los dejaba casi ciegos a la oscuridad de alrededor. Ninguno de los dos parecía demasiado atento.

Karsa cogió bien la espada de palosangre y clavó la mirada en el guardia que tenía más cerca.

Después cargó.

La cabeza voló de los hombros y la sangre manó como de una fuente. El súbito ataque de Karsa lo llevó hasta donde había estado el otro guardia, pero se encontró con que el habitante de las tierras bajas ya no se hallaba allí. El teblor giró con una maldición y se abalanzó sobre los tres exploradores que ya se habían dispersado; las hojas de hierro negro sisearon al salir de las vainas.

Karsa se echó a reír. No quedaba mucho espacio fuera de su alcance en aquel rincón rodeado de muros altos y la única posibilidad de escapar implicaba pasar junto a él.

Uno de los exploradores gritó algo y después salió disparado hacia delante.

La espada de madera de Karsa dio un tajo y se llevó tendones y luego hueso. El habitante de las tierras bajas lanzó un chillido. Karsa pasó junto a la figura derrumbada y liberó su arma de un tirón.

Los dos exploradores que quedaban se habían alejado el uno del otro y en ese momento atacaban por los flancos. Karsa hizo caso omiso de uno (y sintió la hoja ancha del cuchillo de caza atravesar la armadura de cuero y rozarle las costillas), esquivó el ataque del otro y, sin dejar de reírse, aplastó el cráneo del habitante de las tierras bajas con la espada. Una cuchillada del revés entró en contacto con el otro explorador y lo mandó por los aires hasta golpearse contra el muro de piedra.

Las cuatro figuras de las túnicas aguardaban a Karsa; mostraban escaso miedo, unidos en un canturreo bajo.

El aire chispeaba de forma extraña ante ellos, después se desplegó de repente un fuego vivo que se lanzó hacia delante para envolver a Karsa.

El fuego bramó contra él, mil manos con garras que rasgaban, hurgaban y le golpeaban el cuerpo, la cara, los ojos.

Karsa, con los hombros encorvados, lo atravesó caminando.

El fuego estalló en pedazos y las llamas salieron huyendo por el aire nocturno. Karsa se desprendió de los efectos con un encogimiento de hombros y un suave gruñido y después se acercó a los habitantes de las tierras bajas.

Sus expresiones, calmas, serenas, llenas de confianza un momento antes, revelaban en aquel instante una incredulidad que enseguida se transformó en horror cuando la espada de Karsa los desgarró.

Murieron con tanta facilidad como los otros y momentos después el teblor se encontró entre los cuerpos crispados, con la sangre reluciendo oscura en la hoja de su espada. Las antorchas yacían en el suelo de piedra, aquí y allí, arrojando una luz parpadeante y llena de humo que bailaba sobre las paredes del rincón.

Bairoth Gild apareció entonces.

—El segundo guardia escapó pista arriba, caudillo —dijo —. Los perros le dan caza.

Karsa lanzó un gruñido.

—Karsa Orlong, has matado al primer grupo de niños. Los trofeos son tuyos.

Karsa bajó la mano y cerró los dedos de una mano sobre las túnicas de uno de los cuerpos que tenía a sus pies. Se irguió, levantó el cadáver y estudió los frágiles miembros, la cabeza pequeña con las peculiares trenzas. Una cara arrugada, como lo estaría la de un teblor después de siglos y siglos de vida; sin embargo, el rostro que se había quedado mirando tenía la misma escala que el de un recién nacido teblor.

—Chillaron como bebés —dijo Bairoth Gild—. Los relatos son ciertos, entonces. Estos habitantes de las tierras bajas son en verdad como niños.

—Y sin embargo no lo son —dijo Karsa mientras estudiaba el rostro envejecido, caído en la muerte.

—Murieron con facilidad.

—Sí, así es. —Karsa tiró el cuerpo a un lado—. Bairoth Gild, estos son nuestros enemigos. ¿Sigues a tu líder?

—Para esta guerra, lo seguiré —respondió Bairoth—. Karsa Orlong, no hablaremos más de nuestra… aldea. Lo que hay entre nosotros debe aguardar a nuestro eventual regreso.

—De acuerdo.

Dos de los perros de la jauría no regresaron, y no había nada del pavoneo de la victoria en el paso de Mordisco y los demás cuando regresaron sin ruido al campamento al amanecer. Por sorprendente que fuera, el único guardia que quedaba había conseguido escapar. Delum Thord, rodeando con los brazos a la compañera de Mordisco (como había hecho durante toda la noche), gimió al ver regresar a la jauría.

Bairoth sacó las provisiones de su caballo de guerra y el de Karsa y las puso en el de Delum, estaba claro que este había perdido todo conocimiento del arte de la equitación. Correría con los perros.

—Puede ser que el guardia viniera de Lago de Plata —dijo Bairoth mientras se preparaban para salir—. Que les lleve la advertencia de que nos acercamos.

—Lo encontraremos —gruñó Karsa desde donde se había agachado para entrelazar el último de sus trofeos a un cordón de cuero—. Solo pudo eludir a los perros trepando, así que su huida no será muy veloz. Buscaremos señales de su paso. Si ha continuado durante toda la noche, estará cansado. Si no, estará cerca. —Karsa se irguió y sostuvo la cuerda de orejas y lenguas cortadas ante él, estudió aquellos objetos pequeños y mutilados durante un momento más y después se colgó del cuello la colección de trofeos.

Se subió a lomos de Estragos y cogió la única rienda.

La jauría de Mordisco se adelantó a explorar la pista, con Delum entre ellos y la perra de tres patas entre sus brazos.

Emprendieron entonces la marcha.

Poco antes del mediodía, encontraron señales del último habitante de las tierras bajas, treinta pasos más allá de los cadáveres de los dos perros desaparecidos, un cuadrillo de ballesta enterrado en cada uno. Un rastro de armadura de hierro, correas y arreos. El guardia se había desprendido de peso extra.

—El niño es listo —comentó Bairoth Gild—. Nos oirá antes de que podamos verlo y preparará una emboscada. —Los ojos entornados del guerrero se posaron por un instante en Delum—. Morirán más perros.

Karsa sacudió la cabeza al oír las palabras de Bairoth.

—No nos tenderá una emboscada, pues eso sería su muerte y lo sabe. Si lo alcanzáramos, intentará esconderse. La evasión es su única esperanza, subirá por el risco y entonces lo habremos adelantado, así que no conseguirá llegar a Lago de Plata antes que nosotros.

—¿No le damos caza? —preguntó Bairoth, sorprendido.

—No. Nos dirigimos al paso de los Huesos.

—Entonces nos seguirá él. Caudillo, un enemigo suelto a nuestra espalda…

—Un niño. Esos cuadrillos bien pueden matar a un perro, pero para los teblor son simples ramitas. Ya solo la armadura absorberá buena parte de esas pequeñas púas…

—Tiene que tener buena vista, Karsa Orlong, para matar a dos perros en la oscuridad. Apuntará a los sitios donde la armadura no nos cubre.

Karsa se encogió de hombros.

—Entonces debemos dejarlo atrás más allá del paso.

Los guerreros continuaron. La pista se ensanchó al subir, la escarpa entera iba ascendiendo hacia el extremo del

norte. Cabalgando a un trote rápido, cubrieron legua tras legua hasta que, a últimas horas de la tarde, entraron en unas nubes de bruma y oyeron un rugido profundo justo delante.

El sendero cayó de repente.

Karsa tiró de las riendas entre los perros arremolinados y desmontó.

El borde era escarpado. Más allá y a la izquierda, un río había abierto una muesca de mil pasos de profundidad (o incluso una cifra aún mayor) en un lado del risco, hasta lo que debía de haber sido un saliente de algún tipo, que se hundía después otros mil pasos hasta un valle envuelto en brumas. En torno a una docena de cascadas, finas como hebras, sobresalían a ambos lados de la muesca, brotando de fisuras en la roca. La escena entera, comprendió Karsa tras un momento, no tenía ninguna lógica. Habían llegado a la parte más alta de la cumbre de la escarpa. Un río que abriese una ruta natural hasta las tierras bajas no tenía nada que hacer en aquel lugar. Y lo que era más extraño todavía, las cataratas que lo flanqueaban brotaban de grietas rajadas, ni una sola al mismo nivel que las otras, como si las montañas de ambos lados estuvieran llenas de agua.

—¡Karsa Orlong! —Bairoth tuvo que gritar para hacerse oír por encima del rugido que se alzaba del fondo—. Alguien, un dios antiguo quizá, ha roto la montaña en dos. Esa muesca no la talló el agua. No, tiene todo el aspecto de haber sido abierta por un hacha gigante. Y la herida… sangra.

Sin responder a las palabras de Bairoth, Karsa se dio la vuelta. Justo a su derecha, un sendero serpenteante y rocoso bajaba por su lado del risco, un camino escarpado de esquisto y pedregales que resplandecía por la humedad.

—¿Esta es nuestra bajada? —Bairoth adelantó a Karsa y después se giró y miró con gesto incrédulo al caudillo—. ¡No podemos! ¡Se desvanecerá bajo nuestros pies! ¡Bajo los cascos de los caballos! ¡Descenderemos como piedras por un acantilado, sin duda!

Karsa se agachó y arrancó una roca del suelo. La tiró por la pista. Allí donde la piedra golpeó el suelo, el esquisto se movió, tembló y después se deslizó en una ola creciente que siguió a toda prisa a la roca que rebotaba y se desvanecía entre la bruma.

Y reveló unos escalones toscos y amplios.

Hechos por completo de hueso.

—Es como Pahlk dijo —murmuró Karsa antes de volverse hacia Bairoth—. Ven, nuestro sendero nos aguarda.

Bairoth había entornado los ojos.

—En verdad así es, Karsa Orlong. Bajo nuestros pies habrá una verdad.

Karsa frunció el ceño.

—Esta es la pista que nos llevará a descender de las montañas. Nada más, Bairoth Gild.

El guerrero se encogió de hombros.

—Como digas, caudillo.

Con Karsa en cabeza comenzaron el descenso.

Los huesos eran de habitantes de las tierras bajas en tamaño, pero más pesados y gruesos, endurecidos y convertidos en piedra. Por algunos sitios se veían astas y colmillos, así como cascos de hueso tallados con pericia y procedentes de bestias más grandes. Un ejército había sido asesinado y los huesos después dispuestos para formar aquellos intrincados y lúgubres escalones. Las brumas no habían tardado en tender una capa de agua, pero cada escalón era sólido, ancho y con una ligera inclinación hacia atrás; la pendiente reducía el riesgo de resbalar. El paso de

los teblor solo lo ralentizaba el descenso cauteloso de los destreros.

Parecía que el deslizamiento de rocas que había provocado Karsa había despejado el camino hasta el inmenso saliente de piedra en el que se remansaba el río antes de hundirse en el valle inferior. Con la caída rugiente de agua cada vez más cerca, a su izquierda, y las rocas puras y accidentadas a la derecha, los guerreros fueron bajando más de mil pasos, y con cada paso la oscuridad se incrementaba a su alrededor.

Una luz pálida y fantasmal, rota por jirones de brumas más oscuras y opacas, dominaba el saliente que se extendía a ese lado de la catarata. Los huesos formaban una especie de suelo plano que lindaba con el muro de roca de la derecha y que parecía continuar bajo el río que en ese momento rugía, inmenso y monstruoso, a menos de veinte pasos de distancia a su izquierda.

Los caballos necesitaban descansar. Karsa observó a Bairoth dirigirse al río y después miró a Delum, que se había acurrucado entre la jauría de Mordisco, mojado y tembloroso. El fulgor leve que emanaba de los huesos parecía transmitir un aliento frío antinatural. Por todas partes la escena carecía de color, estaba extrañamente muerta. Hasta el inmenso poder del río parecía carecer de vida.

Bairoth se aproximó a él.

—Caudillo, estos huesos que pisamos continúan bajo el río hasta el otro lado. Son profundos, casi de mi altura por donde pude ver. Decenas de miles han muerto para hacer esto. Decenas de decenas. Todo este saliente…

—Bairoth Gild, ya hemos descansado suficiente. Hay piedras que bajan de la cima. O bien es el guardia que desciende o habrá otra avalancha para enterrar lo que

hemos revelado. Debe de haber muchas de tales avalanchas, pues los habitantes de las tierras bajas usaron esto para subir y eso no pudo haber sido hace más que unos cuantos días. Sin embargo, al llegar nosotros lo encontramos enterrado una vez más.

Una inquietud repentina atravesó la expresión de Bairoth y le echó un vistazo a las piedrecitas de esquisto que llegaban rebotando desde el camino de arriba. Había más de las que había habido un momento antes.

Reunieron los caballos de nuevo y se acercaron al borde del saliente. El descenso que tenían por delante era demasiado escarpado para contener una avalancha, los escalones subían y bajaban hasta donde a los teblor les alcanzaba la vista. Los caballos se resistieron al verlo.

—Karsa Orlong, seremos muy vulnerables en ese camino.

—Lo hemos sido todo el tiempo, Bairoth Gild. Ese habitante de las tierras bajas que tenemos detrás ya ha perdido su mejor oportunidad. Por eso creo que lo hemos dejado muy atrás y que las piedras que vemos cayendo de arriba presagian otro corrimiento y nada más.

Y con eso, Karsa convenció a Estragos para que bajara al primer escalón.

Treinta pasos más abajo oyeron un leve rugido arriba, un sonido de timbre más profundo que el del río. Un granizo de piedras pasó sobre ellos, pero a cierta distancia del muro del risco. Una lluvia embarrada lo siguió durante un rato después.

Los guerreros continuaron hasta que el cansancio inundó sus miembros. Las brumas quizá se hubieran aligerado durante un tiempo o simplemente era que sus ojos estaban acostumbrándose a la oscuridad. Las ruedas del sol y las estrellas pasaban invisibles y sin verlas sobre sus cabezas. El único modo de medir el tiempo era a través del hambre y

el agotamiento. No habría paradas hasta haber completado el descenso. Karsa había perdido la cuenta de las subidas y bajadas, lo que él había imaginado que eran mil pasos estaban resultando ser muchos más. Junto a ellos, el río continuaba su caída, nada más que brumas ya, un diluvio gélido de siseos que se extendía para cegarlos hasta el valle que tenían debajo y a los cielos que tenían encima. Su mundo se había reducido al sinfín de huesos que pisaban sus mocasines y el muro escarpado del risco.

Llegaron a otro saliente y los huesos desaparecieron, enterrados bajo el cieno empapado en el que chapoteaban y las matas enmarañadas de hierbas de un vívido color verde. Ramas caídas de los árboles, envueltas en musgo, salpicaban toda la zona. Las brumas ocultaban todo lo demás.

Los caballos agitaron las cabezas cuando los guiaron, al fin, a tierra firme. Delum y los perros se acomodaron en un montón de pelo y piel mojados. Bairoth se acercó a Karsa con un tambaleo.

—Caudillo, estoy alterado.

Karsa frunció el ceño. Le vacilaban las piernas y no podía detener el temblor de sus músculos.

—¿Por qué, Bairoth Gild? Hemos acabado. Hemos descendido el paso de los Huesos.

—Sí —tosió Bairoth, y después dijo—: Y antes de que pase mucho tiempo regresaremos a este lugar… para treparlo.

Karsa asintió poco a poco.

—Lo he estado pensando, Bairoth Gild. Las tierras bajas rodean nuestra meseta. Hay otros pasos, justo al sur de nuestras tierras uryd; tiene que haberlos, de otro modo los habitantes de las tierras bajas jamás habrían aparecido

entre nosotros. Nuestro viaje de regreso nos llevará por el borde, hacia el oeste, y encontraremos esos pasos ocultos.

—¡Por territorios de las tierras bajas todo el camino! ¡No somos más que dos, Karsa Orlong! ¡Un ataque a la granja de Lago de Plata es una cosa, pero librar una guerra contra una tribu entera es una locura! ¡Nos perseguirán y darán caza todo el camino, no se puede hacer!

—¿Darnos caza y perseguirnos? —se rio Karsa—. ¿Y qué tiene eso de nuevo? Vamos, Bairoth Gild, tenemos que encontrar un sitio seco, lejos de este río. Veo copas de árboles, allí a la izquierda. Encenderemos una hoguera y redescubriremos lo que es estar caliente y con la barriga llena.

La suave ladera del saliente los condujo por pedregal cubierto en su mayor parte por musgo, liquen y un suelo oscuro y fértil, tras el que esperaba un bosque de secoyas antiguas y cedros. El cielo revelaba un trozo azul y de vez en cuando se veían haces de luz. Una vez en el bosque, las brumas se reducían a una humedad cerrada que olía a troncos caídos y podridos. Los guerreros continuaron otros cincuenta pasos hasta que encontraron un trozo iluminado por el sol, donde un cedro enfermo se había derrumbado algún tiempo atrás. Las mariposas bailaban en el aire dorado y el crujido suave de la carcoma era una cadencia constante por todas partes. Las enormes raíces erguidas del cedro habían dejado un trozo desnudo de roca allí donde se había alzado el árbol en otro tiempo. La roca estaba seca y bañada por el sol.

Karsa empezó a desatar las provisiones mientras Bairoth partía en busca de leña del cedro caído. Delum encontró un trozo cubierto de musgo calentado por el sol, se acurrucó y se quedó dormido. Karsa se planteó quitarle la ropa empapada, pero luego, al ver que el resto de la jauría se

reunía alrededor de él, se limitó a encogerse de hombros y continuó descargando los caballos.

Poco después, con las ropas colgadas de las raíces más cercanas al fuego, los dos guerreros se sentaron desnudos en la roca mientras el frío iba abandonando poco a poco músculos y huesos.

—Al otro lado de este valle —dijo Karsa— el río se ensancha y forma un remanso antes de alcanzar el lago. El lado en el que estamos ahora se convierte en el lado sur del río. Habrá una roca de espato cerca de la desembocadura que nos tapará la vista a la derecha. Justo detrás, en la costa sudoeste del lago, se encuentra la granja de los habitantes de las tierras bajas. Ya casi hemos llegado, Bairoth Gild.

El guerrero del otro lado del fuego hizo rodar los hombros.

—Dime que atacaremos a la luz del día, caudillo. De repente siento un odio profundo por la oscuridad. El paso de los Huesos me ha encogido el corazón.

—A la luz del día será, Bairoth Gild —respondió Karsa, que optó por hacer caso omiso de la última confesión de Bairoth, pues sus palabras habían hecho temblar algo en su interior y le habían dejado un regusto amargo en la boca—. Los niños estarán trabajando en los campos y no podrán llegar al fuerte de la granja a tiempo. Nos verán bajar a la carga y caer sobre ellos y sabrán lo que es el terror y la desesperación.

—Eso me complace, caudillo.

El bosque de secoyas y cedros cubría el valle entero sin muestra alguna de que se abrieran claros o lugares de tala. No había mucha caza bajo el grueso dosel y pasaron días en una oscuridad difusa, aliviada solo por algún que otro árbol caído. Las provisiones de comida de los teblor se fueron

reduciendo a toda prisa, los caballos cada vez estaban más delgados, sometidos a una dieta de madreselva, musgo cullan y parras amargas, a los perros les dio por comer madera podrida, moras y escarabajos.

A mitad del cuarto día, el valle se estrechó y los obligó a acercarse más al río. Mientras viajaban por las profundidades del bosque, lejos de la pista solitaria que corría junto al río, los teblor se habían asegurado de que no los descubrieran, pero al fin se acercaban ya a Lago de Plata.

Llegaron a la desembocadura del río al atardecer, la rueda de estrellas despertaba en el cielo sobre ellos. La pista que flanqueaba la orilla sembrada de cantos rodados del río había visto el paso reciente de alguien que se dirigía al noroeste, pero no había indicios de que hubiera regresado. El aire era vivificante sobre la corriente de agua. Una amplia extensión de arena y grava formaba una isla plagada de ramas allí donde el río se abría al lago. Las brumas flotaban sobre el agua y envolvían en calima las orillas norte y este del río. Las montañas bajaban sobre esas lejanas orillas y se arrodillaban ante las olas rizadas por la brisa.

Karsa y Bairoth desmontaron y empezaron a preparar el campamento, aunque esa noche no encenderían ningún fuego para cocinar.

—Esos rastros —dijo Bairoth tras un rato— pertenecen a los habitantes de las tierras bajas que mataste. Me pregunto qué pretendían hacer en el lugar donde estaba prisionero el demonio.

El encogimiento de hombros de Karsa fue desdeñoso.

—Quizá planeaban liberarla.

—Creo que no, Karsa Orlong. La hechicería que utilizaron para asaltarte estaba orientada a un dios. Creo que fueron para venerarla, o quizás el alma del demonio se podía sacar del cuerpo, de igual modo que las Caras en la Roca. Es

posible que para los habitantes de las tierras bajas, fuera el hogar de un oráculo, o incluso donde moraba su dios.

Karsa estudió a su compañero durante largo rato antes de hablar.

—Bairoth Gild, hay veneno en tus palabras. Ese demonio no era ningún dios. Era prisionero de la piedra. Las Caras en la Roca son dioses auténticos. No hay comparación posible.

Bairoth alzó las gruesas cejas.

—Karsa Orlong, no hago comparaciones. Los habitantes de las tierras bajas son criaturas necias mientras que los teblor no lo son. Los habitantes de las tierras bajas son niños y por tanto susceptibles al autoengaño. ¿Por qué no habrían de venerar a ese demonio? Dime, ¿percibiste una presencia viva en la hechicería cuando te golpeó?

Karsa lo pensó un momento.

—Había… algo. Algo que arañaba, siseaba y escupía. Lo aparté de un tirón y entonces huyó. Así que no era el poder del demonio.

—No, no lo era porque ya se había ido. Quizá veneraban la piedra que la había mantenido presa. En ella también había magia.

—Pero no magia viva, Bairoth Gild. No comprendo por dónde van tus pensamientos y me canso ya de tantas palabras sin sentido.

—Creo —insistió Bairoth— que los esqueletos del paso de los Huesos pertenecen a las personas que hicieron prisionero al demonio. Y eso es lo que me inquieta, Karsa Orlong, pues esos huesos se parecen mucho a los de los habitantes de las tierras bajas; son más gruesos, sí, pero infantiles todavía. De hecho, es posible que los habitantes de las tierras bajas sean parientes de ese antiguo pueblo.

—¿Y eso qué? —Karsa se levantó—. No quiero oír nada más. Ahora mismo nuestra única tarea es descansar,

después levantarnos con el alba y preparar nuestras armas. Mañana, matamos niños. —Se acercó sin prisas adonde los caballos aguardaban bajo los árboles. Delum se había sentado cerca, entre los perros, con la compañera de tres patas de Mordisco acunada en los brazos. Una mano acariciaba la cabeza de la bestia en una repetición inconsciente. Karsa se quedó mirando a Delum un momento más y después se dio la vuelta para preparar su lecho.

El rumor del río era el único sonido que se oía a medida que la rueda de estrellas iba cruzando poco a poco el cielo. En algún momento de la noche cambió la brisa y llevó con ella el olor a humo y ganado y, una vez, el ladrido apagado de un perro. Despierto en su lecho de musgo, Karsa le rezó a Urugal para que el viento no cambiase con la salida del sol. Siempre había perros en las granjas de las tierras bajas, los tenían por las mismas razones que los teblor tenían perros. Oídos aguzados y olfatos perspicaces, rápidos a la hora de anunciar la presencia de extraños. Pero serían razas de las tierras bajas, más pequeñas que las de los teblor. Mordisco y su jauría terminarían con ellos en un santiamén. Y no habría advertencia… siempre que el viento no cambiase.

Escuchó a Bairoth levantarse y dirigirse hacia donde dormía la jauría.

Karsa echó un vistazo y vio que Bairoth se agachaba junto a Delum. Los perros habían levantado la cabeza con gesto interrogante y observaban a Bairoth, que acariciaba la cara alzada de Delum.

A Karsa le costó un momento comprender lo que estaba presenciando. Bairoth estaba pintando la cara de Delum con la máscara de batalla, negra, gris y blanca, los tonos de los uryd. La máscara de batalla estaba reservada para los guerreros que, a sabiendas, iban en busca de la muerte; era un acto que anunciaba que la espada nunca volvería a su

vaina. Pero era un ritual que pertenecía, por tradición, a los guerreros envejecidos que habían decidido embarcarse en un último asalto y evitar así morir con la paja en la espalda. Karsa se levantó.

Si Bairoth lo oyó acercarse, no lo dio a entender. Las lágrimas corrían por la cara grande y roma del guerrero, mientras que Delum, echado y muy quieto, lo miraba con los ojos muy abiertos y sin parpadear.

—Él no lo entiende —gruñó Karsa—, pero yo sí. Bairoth Gild, deshonras a todos los guerreros uryd que han lucido la máscara de batalla.

—¿Los deshonro, Karsa Orlong? Esos guerreros envejecidos parten para una última batalla, no hay nada glorioso en su hazaña, nada glorioso en su máscara de batalla. Estás ciego si crees otra cosa. La pintura no oculta nada, la desesperación se manifiesta en sus ojos. Llegan al final de su vida y se encuentran con que sus vidas carecían de significado. Es esa certidumbre lo que los saca de la aldea, lo que los empuja a buscar una muerte rápida. —Bairoth terminó con la pintura negra y comenzó entonces con la blanca, que extendió con tres dedos por la amplia frente de Delum—. Mira a los ojos de nuestro amigo, Karsa Orlong. Mira con atención.

—No veo nada —murmuró Karsa, conmocionado por las palabras de Bairoth.

—Delum ve lo mismo, caudillo. Se queda mirando a… nada. Pero al contrario que tú, él no le da la espalda a esa realidad. En su lugar, ve con una comprensión absoluta. Lo ve, y está aterrorizado.

—Dices tonterías, Bairoth Gild.

—No es cierto. Tú y yo somos teblor. Somos guerreros. No podemos ofrecerle a Delum consuelo alguno, así que se aferra a esa perra, la bestia con la desdicha en los ojos. Pues

consuelo es lo que busca ahora. Es, en realidad, lo único que busca. ¿Por qué le concedo la máscara de batalla? Morirá en este día, Karsa Orlong, y quizás eso será consuelo suficiente para Delum Thord. Le ruego a Urugal que así sea.

Karsa miró al cielo.

—La rueda ya casi ha puesto fin a su viaje. Debemos prepararnos.

—Ya casi he terminado, caudillo.

Los caballos se removieron cuando Karsa frotó aceite de sangre en el filo de madera de su espada. Los perros ya se habían levantado y se paseaban inquietos. Bairoth terminó de pintar la cara de Delum y se alejó para ocuparse de sus propias armas. La perra de tres patas se debatía entre los brazos de Delum, pero este se limitaba a sujetar a la bestia con más fuerza, hasta que un suave gruñido de Mordisco hizo que el guerrero la soltase con un gimoteo.

Karsa ató la armadura de cuero hervido al pecho, el cuello y las patas de Estragos. Cuando terminó, se volvió y se encontró con que Bairoth ya se encontraba a lomos de su caballo. El caballo de batalla de Delum también lucía su armadura, pero se alzaba sin riendas. Los animales estaban temblando.

—Caudillo, las descripciones de tu abuelo han sido precisas hasta ahora. Háblame de la disposición de la granja.

—Una casa de troncos del tamaño de dos casas uryd, con un piso superior bajo un tejado escarpado. Contraventanas pesadas con ranuras para flechas, una puerta gruesa que se atranca con rapidez tanto al frente como por detrás. Hay tres cobertizos; el que está más cerca de la casa y comparte un muro con ella alberga el ganado. Otro es una forja, mientras que el último está hecho de terrones y con toda probabilidad fue el primer hogar, antes de que se construyera la casa de troncos. Hay también un embarcadero en la orilla del lago y

postes para amarrar las barcas. Habrá un corral para los pequeños caballos de las tierras bajas.

Bairoth estaba frunciendo el ceño.

—Caudillo, ¿cuántas generaciones de habitantes de las tierras bajas han pasado desde el ataque de Pahlk?

Karsa se subió a lomos de Estragos. Se encogió de hombros para responder a la pregunta de Bairoth.

—Suficientes. ¿Estás listo, Bairoth Gild?

—Guíame, caudillo.

Karsa llevó a Estragos a la pista que había junto al río. Tenía la desembocadura a la izquierda. A la derecha se alzaba una masa alta y tosca de roca con árboles encima que se inclinaban hacia la orilla del lago. Un amplio trozo de playa de cantos rodados serpenteaba entre la cima y el lago.

El viento no había cambiado. El aire olía a humo y estiércol. Los perros de la granja permanecían callados.

Karsa sacó la espada y acercó la hoja reluciente a los ollares de Estragos. El destrero levantó la cabeza. El trote pasó a medio galope. Se metió en la playa de guijarros, el lago a la izquierda, el muro de roca deslizándose a la derecha. Tras él, oyó al caballo de Bairoth, los cascos estrellándose contra las piedras y, más atrás, los perros, Delum y su caballo, este último rezagándose para permanecer junto al que había sido su amo.

Una vez fuera de la cima, virarían a la derecha y en unos momentos caerían sobre los confiados niños de la granja.

El medio galope se transformó en galope.

El muro de roca se desvaneció, campos planos y cultivados.

El galope se convirtió en carga.

La granja, ruinas ennegrecidas por el humo apenas visibles entre los altos tallos de maíz, y justo detrás,

extendido por toda la orilla del lago y terrenos adyacentes hasta llegar al pie de una montaña, un pueblo.

Edificios altos de piedra, embarcaderos de piedra y muelles con planchas de madera, con barcos que atestaban el borde del lago. Un muro de roca encerraba la mayoría de las estructuras en tierra firme, con una altura quizá de un habitante adulto de las tierras bajas. Un camino principal, una verja flanqueada por torres achaparradas y planas por arriba. El humo flotando en una capa sobre los tejados de pizarra.

Figuras en esas torres.

Más habitantes de las tierras bajas (más de los que se podían contar) empezaron a escabullirse por todas partes cuando empezó a sonar una campana. Salían de los campos de maíz y corrían a la verja tras tirar los aperos de labranza.

Bairoth bramaba algo tras Karsa. No era un grito de guerra. Una voz agudizada con un matiz de alarma. Karsa no le hizo caso, ya se abalanzaba sobre el primero de los agricultores. Se llevaría a unos cuantos de pasada, pero no frenaría. Dejaría a esos niños a la jauría. Él quería a los que estaban en el pueblo, encogidos tras la verja que ya se cerraba, tras los frágiles muros.

La espada destelló y arrancó la nuca de la cabeza de un agricultor. Estragos atropelló a otra, pisoteó a la mujer y ahogó sus chillidos con los cascos.

La verja se cerró con un estruendo.

Karsa hizo virar a Estragos a la izquierda, con los ojos clavados en el muro e inclinado hacia delante. Un pernillo de una ballesta pasó volando a su lado y se estrelló contra el suelo rugoso a diez pasos a su derecha. Otro silbó sobre su cabeza.

No había caballo en las tierras bajas que pudiera saltar ese muro, pero Estragos medía veintiséis palmos (casi el

doble en altura y masa que las razas de las tierras bajas) y con los músculos tensos y las patas recogidas, el enorme caballo de batalla dio un salto y voló sobre el muro sin mayor esfuerzo.

Y se estrelló, con los cascos delanteros primero, contra el tejado ladeado de una choza. Las tejas de pizarra estallaron, las vigas de madera se partieron. La pequeña estructura se derrumbó bajo ellos, los pollos se dispersaron cuando Estragos se tambaleó un momento y buscó con las patas un sitio donde apoyarse y después se abalanzó sobre los surcos embarrados de las carretas que había en la calle, detrás.

Otro edificio, este de paredes de piedra, se alzó ante ellos. Estragos torció a la derecha. De repente apareció una figura en la entrada del edificio, una cara redonda, los ojos muy abiertos. El tajo de Karsa partió el cráneo de aquel habitante de las tierras bajas allí mismo, en el umbral de la casa, haciéndolo girar antes de que las piernas cedieran bajo su peso.

Con los cascos retumbando en el suelo, Karsa, a lomos de Estragos, bajó barriendo la calle hacia la puerta del pueblo. Podía oír la masacre en los campos y el camino del exterior, la mayor parte de los trabajadores habían quedado atrapados fuera del pueblo, al parecer. Una docena de guardias había conseguido colocar una barra y habían empezado a desplegarse para tomar posiciones defensivas cuando el caudillo irrumpió entre ellos.

El casco de hierro crujió, el movimiento lo arrancó de la cabeza del niño moribundo como si quisiera morder la hoja al desprenderla de la carne. Una cuchillada del revés separó del cuerpo el brazo y el hombro de otro niño. Tras pisotear a un tercer guardia, Estragos giró y lanzó los cuartos traseros para golpear a un cuarto niño y enviarlo por los aires hasta

chocar contra la puerta del pueblo con la espada girando en dirección contraria.

Una espada larga, la hoja tan endeble como la de un cuchillo largo a los ojos de Karsa, le golpeó la armadura de cuero del muslo y atravesó dos, quizá tres de las capas endurecidas antes de salir rebotando. Karsa hundió el pomo de su espada en la cara del habitante de las tierras bajas y sintió el hueso crujir. Una patada envió al niño tambaleándose hacia atrás. Las figuras se dispersaban, aterradas, apartándose de su camino. Con una carcajada, Karsa azuzó a Estragos.

Derribó a otro guardia mientras los demás bajaban disparados por la calle.

Algo golpeó la espalda del teblor y después, un dolor breve y punzante. Karsa estiró el brazo, se arrancó el cuadrillo de un tirón y lo arrojó al suelo. Se bajó del caballo con los ojos clavados en la puerta bloqueada. Habían trabado la barra con unos cerrojos de metal para sujetar el grueso tablón.

Karsa dio tres zancadas, bajó un hombro y cargó.

Los clavos de hierro que sujetaban los goznes entre los bloques de piedra recubiertos de argamasa se soltaron de golpe con el impacto y la puerta entera se vino abajo hacia fuera. La torre que tenía Karsa a la derecha gimió y se encorvó de repente. Unas voces gritaron en su interior. El muro de piedra empezó a plegarse.

Con una maldición, el teblor regresó como pudo hacia la calle cuando la torre entera se derrumbó con una explosión de polvo.

Entre el torbellino de nube blanca entró Bairoth a caballo, hilos de sangre y tripas colgaban de la espada de palosangre, su montura salvaba de un salto los escombros. Los perros lo seguían y con ellos, Delum y su caballo. La

sangre manchaba la boca de Delum Thord y Karsa se dio cuenta, con una leve oleada de conmoción, de que el guerrero le había arrancado la garganta a algún granjero con sus propios dientes, como haría un perro.

Con los cascos salpicándolo todo de barro, Bairoth tiró de las riendas para detener al caballo.

Karsa volvió a montar a Estragos e hizo girar en redondo al destrero para enfrentarse a la calle.

Una escuadra de piqueros se acercaba al trote, los largos astiles de sus armas oscilaban y las hojas de hierro destellaban bajo la luz de la mañana. Todavía estaban a treinta pasos de distancia.

Un cuadrillo rozó la grupa del caballo de Bairoth, procedente de la ventana del piso alto de un edificio cercano.

Fuera del muro se oyó el galope de unos caballos.

—Dificultarán nuestra retirada, caudillo —gruñó Bairoth.

—¿Retirada? —se rio Karsa. Señaló con la barbilla a los piqueros que avanzaban hacia ellos—. No puede haber más de treinta, y unos niños con lanzas largas siguen siendo niños, Bairoth Gild. ¡Ven, vamos a dispersarlos!

Con una maldición, Bairoth se descolgó las bolas que había hecho con el cráneo de oso.

—Precédeme, entonces, Karsa Orlong, para ocultar mis preparativos.

Karsa esbozó una sonrisa salvaje de placer fiero y azuzó a Estragos. Los perros se desplegaron por ambos lados. Delum se colocó en el extremo derecho del caudillo.

Por delante, las picas fueron bajando poco a poco, se cernían a la altura del pecho cuando la escuadra se detuvo para plantar las armas.

Las ventanas del piso superior que daban a la calle se abrieron y aparecieron unas caras que se pusieron a

observar lo que iba a acontecer.

—¡Urugal! —bramó Karsa al llevar a Estragos a la carga—. ¡Sé testigo de mis actos! —Tras él oyó a Bairoth cabalgar con la misma fuerza y, entre el choque de sonidos, se escuchó el zumbido del cráneo de oso gris que giraba y giraba, una y otra vez.

A diez pasos de las picas listas, Bairoth rugió. Karsa se agachó e hizo girar a Estragos a la izquierda, al mismo tiempo que frenaba la carga salvaje de la bestia.

Algo inmenso pasó como un rayo junto a él con un siseo, Karsa se volvió para ver las inmensas bolas que golpeaban a la escuadra de soldados.

Un caos letal. Tres de las cinco filas en el suelo. Chillidos penetrantes.

Y entonces los perros cayeron sobre ellos, seguidos por el caballo de Delum.

Tras hacer girar al destrero una vez más, Karsa se precipitó hacia la plaza destrozada y llegó a tiempo para entrar junto a Bairoth cuando los dos teblor se metieron entre la multitud. Apartaron de un golpe alguna que otra pica que se debatía y en menos de veinte latidos masacraron a los niños que los perros no habían derribado.

—¡Caudillo!

Karsa arrancó la espada de palosangre de la última víctima y se dio la vuelta al oír el bramido de Bairoth.

Otra escuadra de soldados, esta vez flanqueada por ballesteros. Cincuenta, quizá sesenta en total, al otro extremo de la calle.

Karsa frunció el ceño y se volvió para mirar a la puerta del pueblo. Veinte niños montados y con pesadas armaduras de láminas y cotas de malla surgían poco a poco entre el polvo; había más a pie, algunos armados con arcos cortos y otros con hachas ambidiestras, espadas o jabalinas.

—*¡Guíame, caudillo!*

Karsa miró a Bairoth.

—¡Y eso haré, Bairoth Gild! —Hizo girar a Estragos en redondo—. Por este pasaje lateral, bajamos a la orilla... rodearemos a nuestros perseguidores. Dime, Bairoth Gild, ¿hemos asesinado a suficientes niños para ti?

—Sí, Karsa Orlong.

—Entonces, sígueme.

El pasaje lateral era una calle casi tan ancha como la principal y llevaba directamente al lago. Moradas, establecimientos de comerciantes y almacenes la flanqueaban. Vieron figuras en sombras en las ventanas, en las puertas y en los callejones cuando los asaltantes teblor pasaron como un trueno. La calle terminaba veinte pasos antes de llegar a la orilla del lago. El espacio intermedio, por el que una ancha pasarela de carga, elaborada con tablones de madera, bajaba hasta los muelles y embarcaderos, estaba lleno de fardos de desechos, entre los que dominaba una enorme pila de huesos descoloridos desde los que se alzaban unas estacas sobre cuyas puntas habían colocado unas calaveras.

Calaveras teblor.

En medio de esa extensión llena de basura, llenaban cada espacio vacío chozas escuálidas y tiendas de campaña; de ellas habían salido decenas de niños erizados de armas con ropas toscas engalanadas con amuletos y cueros cabelludos teblor, sus ojos duros observaban aproximarse a los guerreros mientras empezaban a preparar las hachas de mangos largos, los mandobles, las alabardas de astiles gruesos; otros armaban arcos fuertes y curvados y ensartaban unas largas flechas con púas, flechas que empezaron a cargar y a apuntar con rapidez.

El rugido de Bairoth fue en parte horror, en parte cólera cuando cargó con su destrero contra aquellos silenciosos y letales niños.

Las flechas destellaron.

El caballo de Bairoth chilló, tropezó y después se estrelló contra el suelo. Bairoth se tambaleó, su espada salió volando por el aire cuando él chocó y después atravesó una choza de pequeños troncos.

Volaron más flechas.

Karsa hizo virar a Estragos de golpe, vio una flecha que le pasaba junto al muslo con un siseo y después se encontró entre los primeros habitantes de las tierras bajas. La espada de palosangre chocó contra el mango recubierto de bronce de un hacha, el impacto arrancó el arma de las manos del hombre. La mano izquierda de Karsa se disparó para interceptar otra hacha que se precipitaba hacia la cabeza de Estragos. Karsa se la arrancó al hombre y la mandó por los aires, después se abalanzó con la misma mano para coger al habitante de las tierras bajas por el cuello y levantarlo del suelo sin parar su avance. Un único apretón, que hizo crujir los huesos, dejó la cabeza colgando y el cuerpo retorciéndose y derramando orina. Karsa tiró a un lado el cadáver.

La embestida de Estragos se detuvo de repente. El caballo de batalla lanzó un chillido y giró hacia un lado. La sangre le chorreaba de la boca y los ollares, y arrastraba una pesada pica cuya punta de hierro se le había hundido en el pecho.

La bestia tropezó y después, con un tambaleo de borracho, empezó a derrumbarse.

Karsa chilló de furia y se bajó de un salto del caballo moribundo. La punta de una espada se levantó para recibirlo, pero Karsa la apartó de un golpe. Aterrizó sobre al

menos tres cuerpos, que cayeron, y oyó los huesos que se partían bajo él mientras se alejaba rodando.

Y después estaba de nuevo en pie, con la espada de palosangre atravesando la cara de un habitante de las tierras bajas y arrancándole del cráneo la mandíbula cubierta por una barba negra. Un arma afilada le provocó una herida profunda en la espalda. Karsa se giró en redondo y metió la espada bajo los brazos estirados del atacante, lanzó un tajo profundo entre las costillas y tropezó con el esternón.

Dio unos cuantos fieros tirones, arrancó la espada y el cuerpo del hombre moribundo cayó rodando a su lado.

Lo rodearon unas armas pesadas, muchas de ellas lucían fetiches teblor anudados, todas con la pretensión de beber sangre uryd. Se interponían unas en el camino de las otras con demasiada frecuencia, pero a Karsa le estaba costando bloquearlas para abrirse camino luchando. Mató a dos de sus atacantes en el proceso.

En ese instante oyó otra lucha, no muy lejos, por donde Bairoth se había estrellado contra la choza, y por varios sitios más se oían los mordiscos y gruñidos de los perros.

Sus atacantes se habían mantenido en silencio hasta un momento antes, pero ya estaban gritando en su lengua incomprensible con el rostro lleno de alarma cuando Karsa giró en redondo una vez más y, al ver a más de una docena ante él, atacó. Los habitantes de las tierras bajas se diseminaron y revelaron una medialuna de hombres con arcos y ballestas.

Las cuerdas zumbaron.

Un dolor abrasador atravesó el cuello de Karsa, dos golpes en el pecho, otro en el muslo derecho. El caudillo no hizo caso de ninguno y cargó contra la medialuna.

Más gritos, la persecución repentina de los que se habían escabullido, pero ya era demasiado tarde. La espada de Karsa era un contorno borroso que se internó entre los arqueros. Las figuras se volvieron y echaron a correr. Morían, giraban en redondo entre una riada de sangre. Los cráneos se partían en mil pedazos. Karsa se abrió camino a cuchilladas y dejó un rastro de ocho figuras, algunas que se retorcían y otras quietas, todas habían quedado atrás para cuando lo alcanzaron los primeros atacantes. El teblor se giró para recibirlos y se rio al ver la alarma en sus rostros diminutos, arrugados y manchados de tierra, después se abalanzó sobre ellos una vez más.

Se dispersaron. Tiraron las armas, tropezaban y volvían a levantarse, aterrados. Karsa los mató uno tras otro hasta que ya no quedó ninguno al alcance de su espada de palosangre. Solo entonces se irguió.

Donde Bairoth había estado luchando yacían los cuerpos de siete habitantes de las tierras bajas en un tosco círculo, pero del guerrero teblor no había señal alguna. Los chillidos de un perro continuaban calle arriba y Karsa echó a correr guiado por el sonido.

Pasó junto a los cadáveres tachonados de cuadrillos del resto de la jauría, pero no vio a Mordisco entre ellos. Los animales habían matado a un buen número de habitantes de las tierras bajas antes de caer al fin. Al levantar la cabeza vio, treinta pasos calle abajo, a Delum Thord; cerca de él estaba su caballo caído y a quince pasos más de distancia, un grupo de aldeanos.

Delum estaba chillando. Lo había alcanzado una docena o más de cuadrillos y flechas y una jabalina le había atravesado el torso, justo por encima de la cadera izquierda. Había dejado un reguero serpenteante de sangre tras él, pero seguía arrastrándose hacia donde los aldeanos

rodeaban a la perra de tres patas, a la que estaban dando una paliza de muerte con bastones, azadas y palas.

Delum gimoteaba y continuaba gateando, la jabalina arañaba el suelo a su lado y la sangre corría por el astil.

Cuando Karsa se precipitó hacia él, una figura salió corriendo de un callejón y se acercó a Delum por la espalda, a corta distancia, con una pala de mango largo en las manos. Una pala que levantó por el aire.

Karsa gritó una advertencia.

Delum ni siquiera se giró, tenía los ojos clavados en la perra de tres patas, ya muerta, cuando la pala lo golpeó en la nuca.

Se oyó un crujido estrepitoso. La pala se apartó y reveló un trozo plano de hueso destrozado y pelo retorcido.

Delum se derrumbó en el suelo y no se movió.

Su asesino giró al oír la carga de Karsa. Era un hombre viejo cuya boca desdentada se abrió en una mueca de terror repentino.

El tajo que le lanzó Karsa partió al hombre en dos hasta las caderas.

El caudillo sacó de un tirón la espada de palosangre y siguió avanzando hacia la docena aproximada de aldeanos todavía reunidos alrededor del cadáver, reducido a pulpa, de la perra de tres patas. Los aldeanos lo vieron y se desperdigaron.

Diez pasos más allá yacía Mordisco, que dejaba su propio rastro de sangre, arrastraba las patas traseras y continuaba intentando llegar junto al cuerpo de su compañera. Levantó la cabeza al ver a Karsa. Unos ojos suplicantes se clavaron en los del caudillo.

Karsa lanzó un bramido, derribó a dos de los aldeanos y dejó sus cuerpos tirados entre espasmos en la calle embarrada. Vio otro armado con un azadón lleno de marcas

de óxido que salía disparado entre dos casas. El teblor dudó, pero luego, con una maldición, dio la vuelta y un momento después estaba agachado junto a Mordisco.

Una cadera rota.

Karsa miró calle arriba y vio a los soldados de las picas acercándose al trote. Tres jinetes cabalgaban tras ellos gritando órdenes. Una mirada rápida hacia el lago reveló que se iban reuniendo más jinetes que giraban las cabezas en su dirección.

El caudillo levantó a Mordisco del suelo y se metió a la bestia bajo el brazo izquierdo.

Después se lanzó en persecución del aldeano que empuñaba el azadón.

Las verduras podridas atestaban el estrecho pasaje que dejaban las dos casas y, al otro extremo, se abría a un par de corrales vallados. Cuando salió al camino que había entre las dos vallas, Karsa vio al hombre que todavía corría a veinte pasos de él. Tras los corrales había una zanja poco profunda que llevaba desechos hasta el lago. El niño la había cruzado y se precipitaba hacia una maraña de alisos jóvenes, más allá se distinguían varios edificios, ya fueran graneros o almacenes.

Karsa salió corriendo tras él y saltó la zanja con el perro de caza todavía bajo el brazo. Las sacudidas le estaban provocando al animal grandes dolores, el teblor era consciente de ello, y se planteó rebanarle la garganta.

El niño entró en un granero sin soltar el azadón.

Karsa lo siguió, tuvo que agacharse para meterse por la puerta lateral. Oscuridad repentina. No había bestias en los establos; la paja, todavía apilada, parecía vieja y húmeda. Un gran bote de pesca, volcado y colocado sobre unos caballetes de madera, dominaba el amplio pasillo central. Unas puertas correderas dobles a la izquierda, una de ellas

un poco retirada, las cuerdas de la manilla se mecían con suavidad de un lado a otro.

Karsa encontró el último establo, el más oscuro, y posó a Mordisco en la paja.

—Regresaré a por ti, amigo mío —susurró—. En caso contrario, busca un modo de sanar y luego regresa a casa. A tu casa, entre los uryd. —El teblor cortó una tira de cuero de las correas de su armadura. Se arrancó de la bolsa del cinturón un puñado de sigilos de bronce con los signos de la tribu y después pasó la tira por ellos. Ninguno quedaba suelto, así que no harían ruido. Ató el collar improvisado alrededor del grueso y musculoso cuello de Mordisco, después puso una mano con suavidad sobre la cadera destrozada del perro y cerró los ojos—. Le concedo a esta bestia el alma de los teblor, el corazón de los uryd. Urugal, óyeme. Sana a este gran luchador. Y después envíalo a casa. Por ahora, audaz Urugal, ocúltalo.

Quitó la mano y abrió los ojos. La bestia alzó los ojos y lo contempló con calma.

—Haz fiera tu larga vida, Mordisco. Nos encontraremos de nuevo, eso te lo juro por la sangre de todos los niños que he asesinado en este día.

Karsa se cambió la espada de palosangre de mano, se dio la vuelta y salió del establo sin mirar atrás.

Se acercó sin ruido a la puerta corredera y miró fuera.

Enfrente tenía un almacén de techos altos con un pajar de carga bajo el tejado de pizarra. En el interior del edificio se oían los sonidos de cerrojos y barras cayendo. Karsa salió disparado con una sonrisa y cruzó hacia donde las cadenas de carga colgaban de las poleas, los ojos clavados en la plataforma sin puertas del pajar que tenía encima.

Cuando se preparaba para colgarse la espada de un hombro, vio, con un sobresalto, que tenía el cuerpo

festoneado de flechas y cuadrillos y se dio cuenta, por primera vez, que buena parte de la sangre que le cubría el cuerpo era suya. Frunció el ceño y se quitó los dardos a tirones. Había más sangre, sobre todo del muslo derecho y de las dos heridas del pecho. Una larga flecha en la espalda había enterrado la punta repleta de púas en el músculo. Karsa intentó arrancarse la flecha, pero el dolor resultante estuvo a punto de hacer que se desmayara. Se conformó con partir el astil justo por detrás de la punta de hierro, solo ese esfuerzo lo dejó empapado en un sudor frío.

Unos gritos lejanos lo alertaron de que se acercaba un cordón de soldados y civiles, todos en su busca. Karsa rodeó las cadenas con las manos y empezó a trepar. Cada vez que levantaba el brazo izquierdo, sentía un destello de agonía en la espalda. Pero había sido la parte plana de la hoja de un azadón lo que había derribado a Mordisco, un golpe a dos manos por la espalda, el ataque de un cobarde. Y nada más importaba.

Se plantó con un ágil movimiento en las tablas polvorientas del suelo de la plataforma y se apartó sin ruido de la abertura, mientras volvía a sacar la espada.

Podía oír la respiración, dura e irregular, más abajo. Gimoteos bajos entre jadeo y jadeo, una voz que rezaba a los dioses que venerara el niño.

Karsa se dirigió al agujero abierto en el centro de la plataforma, cuidándose mucho de evitar arrastrar los mocasines, no fuera que el serrín se colara entre las tablas del suelo. Se acercó al borde y miró abajo.

Tenía al necio justo debajo de él, agachado y temblando, con el azadón listo mientras miraba las puertas trabadas. Se había ensuciado de puro terror.

Karsa le dio la vuelta con cuidado a la espada, la sostuvo con la punta hacia abajo y después se dejó caer por el

borde.

La punta de la espada entró por la coronilla del hombre y la hoja se hundió en el hueso y el cerebro. Cuando todo el peso de Karsa impactó contra el suelo del almacén, se oyó un crujido inmenso y tanto teblor como víctima se hundieron en las tablas y cayeron a un sótano. Las maderas partidas se estrellaron a su alrededor. El sótano era profundo, casi de la altura de Karsa y, aunque hedía a pescado salado, estaba vacío.

Atontado por la caída, Karsa tanteó con gesto débil en busca de su espada, pero no la encontró. Consiguió levantar un poco la cabeza y vio que le sobresalía algo del pecho, un fragmento rojo de madera astillada. Así que estaba empalado, comprendió con aire divertido. Continuó buscando la espada con la mano, aunque, de otro modo, no podía moverse, pero solo encontró madera y escamas de pescado, estas últimas estaban grasientas por la sal y se le pegaban a los dedos.

Oyó en el piso superior el sonido de unas botas. Karsa parpadeó y se quedó mirando al techo, un círculo de caras con cascos apareció poco a poco a la vista. Después surgió la cara de otro niño, esta sin casco, con la frente marcada por un tatuaje tribal y, debajo, la expresión extrañamente comprensiva. Se habló mucho en esos instantes, conversaciones coléricas, hasta que el niño tatuado hizo un gesto y todo el mundo se calló.

—Si murieras ahí abajo, guerrero, al menos te conservarás en buen estado durante un tiempo —dijo el hombre en el dialecto sunyd de los teblor.

Karsa intentó levantarse una vez más, pero el astil de madera lo sujetaba con fuerza. Enseñó los dientes en una mueca fiera.

—¿Cómo te llamas, teblor? —preguntó el niño.

—Soy Karsa Orlong, nieto de Pahlk…

—¿Pahlk? ¿El uryd que nos visitó hace siglos?

—Para matar decenas y decenas de niños…

El hombre asintió con seriedad cuando lo interrumpió.

—Niños, sí, tiene sentido que los de tu raza nos llaméis así. Pero Pahlk no mató a nadie, al principio no. Bajó del paso, medio muerto de hambre y enfebrecido. Los primeros granjeros que se habían asentado aquí lo acogieron y lo cuidaron hasta que recobró la salud. Fue solo entonces cuando los asesinó a todos y huyó. Bueno, a todos no. Escapó una chica que regresó por la orilla sur del lago hasta Orbes y le contó al destacamento de allí… bueno, les contó todo lo que necesitaban saber sobre los teblor. Desde esa época, por supuesto, los esclavos sunyd nos han contado incluso más. Tú eres uryd. No hemos llegado hasta tu tribu y vosotros no os habéis topado todavía con ningún cazarrecompensas, pero lo haréis. Dentro de un siglo, me atrevería a decir, no habrá más teblor en la espesura del altiplano Laederon. Los únicos teblor serán los que estarán marcados a fuego y encadenados. Los que manejarán las redes de las barcas de pesca, como hacen los sunyd ahora. Dime, Karsa, ¿me reconoces?

—Eres el que escapó de nosotros en el paso. El que llegó demasiado tarde para advertir a los otros niños. El que, ahora lo sé, está lleno de mentiras. Tu vocecita es un insulto para la lengua teblor. Me duelen los oídos.

El hombre sonrió.

—Una pena. Pero deberías pensarlo bien, en cualquier caso, guerrero. Pues soy, para ti, lo único que se interpone entre la vida y la muerte. Suponiendo que no mueras antes de tus heridas. Claro que los teblor sois de una dureza extraordinaria, como acaban de recordar mis compañeros, para su desesperación. No veo sangre que haga espuma en

tus labios, siempre buena señal, y bastante asombrosa, dado que vosotros tenéis cuatro pulmones mientras que nosotros tenemos dos.

Había aparecido otra figura que en ese momento se dirigió al hombre tatuado con tono estentóreo, a lo que el primero se limitó a encogerse de hombros.

—Karsa Orlong, de los uryd —lo llamó—, están a punto de bajar unos soldados para atarte unas cuerdas a brazos y piernas para poder levantarte y sacarte de ahí. Al parecer estás echado encima de lo que queda del comisionado del pueblo, lo que ha mitigado un tanto la ira de los de aquí arriba, pues no era un hombre muy querido. Te sugeriría, si quieres vivir, que no te resistas a los, bueno, a los nerviosos voluntarios del caudillo.

Karsa observó que iban bajando poco a poco a cuatro soldados con unas cuerdas. No hizo esfuerzo alguno por resistirse cuando le ataron con malos modos las muñecas, los tobillos y la parte superior de los brazos, porque lo cierto era que no habría sido capaz.

Izaron a los soldados a toda velocidad y después tensaron las cuerdas que rodeaban a Karsa y lo fueron levantando poco a poco. El teblor observó el astil de madera astillada que iba saliendo poco a poco de su pecho. Había entrado a gran altura, justo por encima del omóplato derecho, había atravesado los músculos y reaparecido justo a la derecha de la clavícula de ese lado. Cuando lo liberaron, el dolor lo embargó por entero.

Una mano le dio entonces unos bofetones para despertarlo. Karsa abrió los ojos. Estaba echado en el suelo del almacén y las caras lo rodeaban por todas partes. Todo el mundo parecía estar hablándole a la vez en su lengua delicada y enfermiza y, aunque no entendía las palabras, un odio puro impregnaba el tono. Karsa supo que lo estaban

maldiciendo en el nombre de decenas de dioses de las tierras bajas, de sus espíritus y sus podridos ancestros. El pensamiento lo complació y sonrió.

Los soldados se encogieron como uno solo.

El habitante de las tierras bajas de los tatuajes, cuya mano lo había despertado, se había agachado junto a Karsa.

—Por el aliento del Embozado —murmuró—. ¿Todos los uryd son como tú? ¿O eres tú aquel del que hablaban los sacerdotes? ¿El que acechaba en sus sueños como el propio caballero del Embozado? Ah, bueno, supongo que da igual; al parecer, sus miedos carecían de fundamento. Mírate. Medio muerto, con un pueblo entero impaciente por verte a ti y a tu compañero desollados vivos. No hay familia por aquí que no esté de luto gracias a ti. ¿Coger al mundo por la garganta? No lo creo, necesitarás toda la suerte de Oponn para sobrevivir una hora siquiera.

El astil roto de la flecha se había hundido todavía más en la espalda de Karsa con la caída y se había clavado en el hueso de la clavícula. La sangre se extendía por las tablas del suelo bajo él.

Se produjo una conmoción cuando llegó un nuevo habitante de las tierras bajas; bastante alto para su especie, delgado y con un rostro severo y curtido por el clima. Iba vestido con ropas que rielaban, de un color azul profundo y ribeteadas con un hilo dorado bordado con intrincados dibujos. El guardia habló con él largo y tendido, aunque el hombre en sí no dijo nada ni cambió tampoco de expresión. Cuando el guardia terminó, el recién llegado asintió, después hizo un gesto con una mano y se dio la vuelta.

El guardia volvió a bajar la cabeza y miró a Karsa.

—Ese era maese Silgar, el hombre para el que trabajo la mayor parte del tiempo. Cree que sobrevivirás a tus heridas,

Karsa Orlong, así que te ha preparado una especie de… lección.

El hombre se irguió y les dijo algo a los soldados. Se produjo una breve discusión que concluyó con un encogimiento de hombros indiferente de uno de los soldados.

Levantaron los miembros de Karsa una vez más, dos habitantes de las tierras bajas para cada uno, los hombres tenían que esforzarse para sujetarlo mientras lo llevaban a las puertas del almacén.

La sangre que manaba de las heridas se iba deteniendo y el dolor se retiraba, sustituido por una lasitud apagada en la mente del teblor. Se quedó mirando el cielo azul mientras los soldados lo llevaban al centro de la calle, con los sonidos de una multitud por todas partes. Lo apoyaron contra una rueda de carro y Karsa vio ante él a Bairoth Gild.

Lo habían atado a una rueda mucho más grande, con varios radios, que a su vez descansaba contra unos soportes. El enorme guerrero era una masa de heridas. Le habían clavado una lanza en la boca que le salía justo por debajo de la oreja izquierda y dejaba la mandíbula inferior destrozada, el hueso resplandecía con un vivo color rojo entre la carne desgarrada. Los cabos de los cuadrillos hundidos en la carne le atestaban el torso.

Pero en sus ojos había una mirada viva cuando se encontraron con los de Karsa.

Los aldeanos llenaban la calle, contenidos por un cordón de soldados. Los gritos de cólera y las maldiciones llenaban el aire, interrumpidos de vez en cuando por gemidos de dolor.

El guardia se colocó entre Karsa y Bairoth con una expresión burlona y pensativa a la vez. Después se volvió hacia Karsa.

—Aquí tu camarada no quiere decirnos nada de los uryd. Nos gustaría saber el número de guerreros, la cantidad y ubicación de las aldeas. Nos gustaría saber más también de los phalyd, de los que se dice que pueden rivalizar con vosotros en ferocidad. Pero no dice nada.

Karsa le enseñó los dientes con una mueca.

—Yo, Karsa Orlong, te invito a que envíes a mil de tus guerreros a librar una guerra contra los uryd. No regresará ninguno, pero los trofeos permanecerán entre nosotros. Envía dos mil. Importa poco.

El guardia sonrió.

—¿Tú contestarás a nuestras preguntas, entonces, Karsa Orlong?

—Lo haré, pues tales palabras no te servirán de nada…

—Excelente. —El guardia hizo un gesto con una mano. Un habitante de las tierras bajas se acercó a Bairoth Gild y sacó su espada.

Bairoth le sonrió con desdén a Karsa. Después gruñó, el sonido fue un rugido mutilado que Karsa entendió de todos modos.

—¡Guíame, caudillo!

La espada lanzó un tajo. Atravesó el cuello de Bairoth Gild. La sangre lo salpicó todo, la cabeza del enorme guerrero saltó hacia atrás y después rodó por un hombro y aterrizó con un golpe seco en el suelo.

Un rugido salvaje y lleno de júbilo estalló entre los aldeanos.

El guardia se acercó a Karsa.

—Es un placer saber que quieres cooperar. Al hacerlo salvas la vida. Maese Silgar te añadirá a su rebaño de esclavos una vez que nos hayas contado todo lo que sabes. No creo que te vayas a unir a los sunyd del lago, sin embargo. Me temo que no te tocará a ti levantar redes, Karsa

Orlong. —El guardia se giró cuando apareció un soldado con una pesada armadura—. Ah, aquí está el capitán malazano. Mala suerte, Karsa Orlong, que hayas tenido que hacer coincidir tu ataque con la llegada de una compañía malazana que va de camino a Bettrys. Bueno, y suponiendo que el capitán no ponga objeciones, ¿te parece que demos comienzo al interrogatorio?

Las dos trincheras de los pozos de esclavos estaban enclavadas bajo el suelo de un gran almacén cerca del lago, al que se accedía por una trampilla y una escalera manchada de moho. Un lado albergaba, de momento, solo media docena de habitantes de las tierras bajas encadenados al tronco que recorría toda la trinchera, pero había más grilletes que aguardaban el regreso de los levantadores de redes sunyd. En la otra trinchera estaban los enfermos y los moribundos. Unas formas demacradas, habitantes de las tierras bajas, se acurrucaban entre su propia suciedad; algunos gemían, otros permanecían en silencio e inmóviles.

Cuando terminó de describir a los uryd y sus tierras, arrastraron a Karsa al almacén y lo encadenaron en la segunda trinchera. Los lados estaban en pendiente y repletos de arcilla húmeda. El tronco del centro recorría el fondo estrecho y plano, medio sumergido en inmundicia empapada de sangre. Llevaron a Karsa al extremo más alejado, lejos del alcance de los otros esclavos, y le pusieron unos grilletes en las dos muñecas y los dos tobillos, mientras que, según vio, con todos los demás un solo grillete bastaba.

Después lo dejaron solo.

Las moscas se arremolinaron sobre él y descendieron sobre su piel fría. Yacía de lado, apoyado en una de las

pendientes. La herida en la que permanecía la punta de flecha amenazaba con cerrarse y eso no lo podía permitir. Cerró los ojos y empezó a concentrarse hasta que pudo sentir cada músculo cortado, desgarrado y supurante, que se ceñía con fuerza alrededor de la punta de hierro. Entonces empezó a trabajarlos, contracciones muy leves para comprobar la posición de la punta de flecha, luchando contra las punzadas de dolor que irradiaban con cada flexión. Después de unos momentos se detuvo, dejó relajarse el cuerpo y respiró hondo hasta que se recuperó de sus esfuerzos. Tenía la hoja de hierro rebordeada apoyada por el lado plano en el omóplato. La punta había abierto una muesca en el hueso. También había púas, dobladas y retorcidas.

Dejar un objeto así en la carne le inmovilizaría el brazo izquierdo. Tenía que sacarlo de algún modo.

Empezó a concentrarse una vez más. Músculos y tejidos desgarrados, un camino interior de carne partida y rebanada.

Lo cubrió una capa de sudor cuando continuó concentrándose, preparándose; la respiración se le ralentizó y él se tranquilizó.

Contrajo los músculos. Se le escapó un grito desgarrado. Otro mar de sangre entre un dolor incesante. Los músculos sufrieron un espasmo, una oleada en cadena. Algo chocó contra la pendiente de arcilla y se deslizó a la alcantarilla.

Karsa, jadeando, temblando, se quedó echado, inmóvil, durante un largo rato. La sangre que le caía por la espalda se ralentizó y después dejó de manar.

¡Guíame, caudillo!

Bairoth Gild había hecho de esas palabras una maldición, de un modo y desde una forma de pensar que Karsa no entendía. Y después, Bairoth Gild había muerto de modo

absurdo. Nada que los habitantes de las tierras bajas pudieran hacer representaba una amenaza para los uryd, pues los uryd no eran como los sunyd. Bairoth había renunciado a su oportunidad de vengarse, un gesto incomprensible que había dejado perplejo a Karsa.

Un fulgor brutal, astuto, en los ojos de Bairoth, clavados solo en Karsa, incluso cuando la espada destelló hacia su cuello. No quiso decirles nada a los habitantes de las tierras bajas, pero fue un desafío sin significado… pero no, sí que significaba algo… *pues Bairoth decidió abandonarme*.

Lo invadió un escalofrío repentino. *¿Urugal, me han traicionado mis hermanos? La huida de Delum Thord, la muerte de Bairoth Gild, ¿he de conocer el abandono una y otra vez? ¿Qué hay de los uryd que aguardan mi regreso? ¿No me seguirán cuando proclame la guerra contra los habitantes de las tierras bajas?*

Quizá no al principio. No, comprendió, habría discusiones, y opiniones, y sentados alrededor de las hogueras del campamento, los ancianos hurgarían en el fuego con palos quemados y sacudirían las cabezas.

Hasta que se corriera la voz de que se acercaban los ejércitos de las tierras bajas.

Y entonces no tendrán alternativa. ¿Querrían huir al regazo de los phalyd? No. No habrá más elección que luchar, y entonces recurrirán a mí, Karsa Orlong, para que guíe a los uryd.

Ese pensamiento lo tranquilizó.

Se dio la vuelta poco a poco y parpadeó en la oscuridad, las moscas se dispersaron alrededor de su cara.

Le llevó unos momentos de tanteo en el fango, pero encontró la punta de flecha y el fragmento astillado y achaparrado de astil. Después se agachó junto al tronco

central para examinar los herrajes que sujetaban las cadenas.

Había dos juegos de cadenas, uno para los brazos y otro para las piernas, cada uno sujeto a una larga barra de hierro que habían introducido en el tronco, después habían aplastado el otro extremo. Los eslabones eran grandes y sólidos, forjados con la fuerza de los teblor en mente. Pero la madera del lado inferior había empezado a pudrirse.

Usó la punta de flecha para empezar a hurgar y excavar la madera reblandecida por los desechos que rodeaban la pestaña.

Bairoth lo había traicionado, había traicionado a los uryd. No había habido coraje alguno en su último desafío. De hecho, había sido justo lo contrario. Habían hallado enemigos de los teblor. Cazadores que recogían trofeos teblor. Esas eran verdades que los guerreros de todas las tribus necesitaban oír, y contar esas verdades se había convertido en la única tarea de Karsa.

Él no era ningún sunyd, como estaban a punto de descubrir los habitantes de las tierras bajas.

La podredumbre había salido por el agujero. Karsa extrajo toda masa empapada y pulposa que le permitió alcanzar la punta de flecha. Después empezó con el segundo herraje. La barra de hierro que sujetaba las cadenas de la pierna sería lo primero que probaría.

No había forma de saber si fuera era de día o de noche. De vez en cuando unas botas pesadas cruzaban el suelo de tablones que tenía encima, demasiado al azar como para indicar un paso concreto del tiempo. Karsa trabajó sin descanso mientras escuchaba las toses y los gemidos de los habitantes de las tierras bajas encadenados en el mismo tronco, más allá. No podía imaginar qué habían hecho esos tristes niños para merecerse tal castigo de sus semejantes.

El destierro era la penitencia más dura que infligían los teblor en aquellos de la tribu cuyas acciones habían puesto en peligro, de forma deliberada, la supervivencia de la tribu, acciones que iban desde la negligencia al asesinato. El destierro conllevaba, por lo general, la muerte, pero a causa de la inanición del espíritu del castigado. La tortura no era una costumbre teblor, ni tampoco el encarcelamiento prolongado.

Claro que, pensó mejor, quizás esos habitantes de las tierras bajas estaban enfermos porque se estaban muriendo sus espíritus. Entre las leyendas había fragmentos que susurraban que los teblor, en otro tiempo, habían tenido esclavos; la palabra, el concepto, le resultaba conocido. La posesión de la vida de otra persona, para hacer con ella lo que se desease. El espíritu de un esclavo no podía hacer más que morirse de hambre.

Karsa no tenía ninguna intención de morirse de hambre. La sombra de Urugal protegía su espíritu.

Se metió la punta de flecha en el cinturón. Apoyó la espalda en la pendiente, plantó los pies contra el tronco, uno a cada lado de los herrajes, y después estiró poco a poco las piernas. La cadena se tensó. En el lado inferior del tronco, la pestaña se fue introduciendo en la madera con un chirrido agudo.

Los grilletes se le clavaron en los tobillos envueltos en pieles.

Empezó a empujar con más fuerza. Se oyó un crujido sólido y después la pestaña ya no entró más. Karsa se relajó poco a poco. Una patada liberó la barra con un golpe seco al otro lado. Descansó unos momentos y después comenzó el proceso otra vez.

Después de una docena de intentos, se las había arreglado para levantar la barra tres dedos enteros de donde

había estado al comienzo. Los bordes de la pestaña estaban doblados, abollados por sus asaltos contra la madera. El esfuerzo había hecho que se rasgasen sus ceñidos pantalones y que la sangre resplandeciese en los grilletes.

Karsa apoyó la cabeza en la arcilla húmeda de la pendiente, le temblaban las piernas.

Más botas produjeron un ruido sordo encima de su cabeza y después se levantó la trampilla. El fulgor de la luz de la tea bajó los escalones y Karsa vio al guardia sin nombre.

—Uryd —lo llamó—. ¿Sigues respirando?

—Acércate más —lo retó Karsa en voz baja— y te demostraré hasta qué punto me he recuperado.

El habitante de las tierras bajas se echó a reír.

—Maese Silgar acertó, al parecer. Sospecho que hará falta cierto esfuerzo para quebrantar tu espíritu. —El guardia continuaba de pie a medio bajar los escalones—. Tus parientes sunyd regresarán en un día o dos.

—No tengo parientes que acepten una vida como esclavos.

—Qué raro; está claro que tú lo has hecho, de otro modo, a estas alturas ya habrías ideado algo para quitarte la vida.

—¿Crees que soy un esclavo porque estoy encadenado? Acércate más, entonces, niño.

—«Niño», sí. Persiste tu extraña afectación, aunque somos los «niños» los que te tenemos a nuestra merced. Bueno, da igual. Las cadenas no son más que el comienzo, Karsa Orlong. Te quebrantaremos, desde luego, y si te hubieran capturado los cazarrecompensas en lo alto de la meseta, para cuando te hubieran entregado en este pueblo, no te habría quedado nada del orgullo teblor, y mucho menos ganas de desafiar a nadie. Los sunyd te venerarán,

Karsa Orlong, por matar a un campamento entero de cazarrecompensas.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Karsa.

—¿Por qué?

El guerrero uryd sonrió en la oscuridad.

—A pesar de todas tus palabras, todavía me temes.

—No creas.

Pero Karsa oyó la tensión en el tono del guardia y su sonrisa se ensanchó.

—Entonces, dime tu nombre.

—Damisk. Me llamo Damisk. Fui rastreador en el ejército de los perrosgrises durante la conquista malazana.

—Conquista. Perdisteis, entonces. ¿Cuál de nuestros espíritus se quebrantó, Damisk Perrogrís? Cuando ataqué a tu grupo en el risco, tú huiste. Dejaste a los que te habían contratado a merced de su destino. Huiste, como haría un cobarde, un hombre roto. Y por eso estás aquí ahora. Porque yo estoy encadenado y tú estás fuera de mi alcance. Vienes, no para contarme cosas, sino porque no puedes evitarlo. Buscas el placer de la complacencia, pero te devoras por dentro y eres incapaz de sentir una verdadera satisfacción. Sí, los dos lo sabemos, volverás otra vez. Y otra.

—Le aconsejaré a mi señor —dijo Damisk con voz ronca— que te entregue a los cazarrecompensas supervivientes, para que hagan contigo lo que les plazca. Y yo estaré mirando…

—Pues claro que sí, Damisk Perrogrís.

El hombre se fue por las escaleras, la luz del farol se agitaba, frenética.

Karsa se echó a reír.

Un momento después la trampilla se cerró de un portazo una vez más y todo quedó sumido en la oscuridad.

El guerrero teblor se quedó callado y después volvió a plantar los pies en el tronco.

Una voz débil al otro lado de la trinchera lo detuvo.

—Gigante.

La lengua era sunyd, la voz, la de un niño.

—No tengo palabras para ti, habitante de las tierras bajas —gruñó Karsa.

—No te pido palabras. Sé que estás trabajando en este árbol del maldito Embozado, lo noto. ¿Conseguirás lo que sea que te propones?

—No estoy haciendo nada.

—De acuerdo, entonces. Debe de ser mi imaginación. Nos estamos muriendo aquí, los demás. De un modo terrible e indigno.

—Debéis de haber hecho un gran mal…

La carcajada con la que le respondieron terminó con una tos áspera.

—Oh, desde luego, gigante. Desde luego. Somos los que no quisimos aceptar el gobierno malazano, así que conservamos nuestras armas y nos ocultamos en las colinas y bosques. Atacamos, organizamos emboscadas, nos convertimos en una molestia. Fue divertido. Hasta que los muy malnacidos nos atraparon.

—Qué descuido.

—¡Tres de los tuyos y un puñado de tus puñeteros perros atacando un pueblo entero! ¿Y me llamas a mí descuidado? Bueno, supongo que los dos lo fuimos, ya que estamos aquí.

Karsa hizo una mueca, lo que el otro decía era verdad.

—¿Qué es lo que quieres, habitante de las tierras bajas?

—Tu fuerza, gigante. Aquí somos cuatro los que seguimos vivos, aunque solo yo continúo consciente… y casi cuerdo. Lo bastante cuerdo, es decir, para comprender lo vil de mi destino.

—Hablas demasiado.

—Durante no mucho más, te lo aseguro. ¿Puedes levantar este tronco, gigante? ¿O hacerlo girar unas cuantas veces?

Karsa se quedó callado un buen rato.

—¿Qué lograría con eso?

—Acortaría las cadenas.

—No tengo deseo alguno de acortar las cadenas.

—De forma temporal.

—¿Por qué?

—Dale vueltas al puñetero tronco, gigante. Para que nuestras cadenas lo envuelvan una y otra vez. Así, con un último giro, nos mandas al fondo a los pobres necios de este extremo. Y nos ahogamos.

—¿Queréis que os mate?

—Aplaudo tu rapidez de comprensión, gigante. Más almas para atestar tu sombra, teblor; así es como lo ven los tuyos, ¿no? Mátame y caminaré con honor bajo tu sombra.

—No me interesa la misericordia, habitante de las tierras bajas.

—¿Qué hay de los trofeos?

—No puedo alcanzaros para recoger trofeos.

—¿Hasta qué punto puedes ver en esta oscuridad? He oído que los teblor…

—Puedo ver. Lo suficiente para saber que tienes el puño derecho apretado. ¿Qué se oculta en su interior?

—Un diente. Se me acaba de caer. El tercero desde que me encadenaron aquí abajo.

—Tíramelo.

—Lo intentaré. Me temo que estoy un tanto… alicaído. ¿Estás listo?

—Tíralo.

El brazo del hombre vaciló cuando lo levantó.

El diente voló por los aires en un amplio arco, pero Karsa levantó el brazo de golpe, la cadena se tensó tras él, y cogió el diente en pleno vuelo. Bajó el brazo para mirarlo más de cerca y después lanzó un gruñido.

—Está podrido.

—Supongo que por eso se cayó. ¿Y bien? Plantéate también lo siguiente. También conseguirás meter agua por el palo, lo que debería ablandar las cosas todavía más. Y no es que hayas estado haciendo nada por ahí abajo.

Karsa asintió poco a poco.

—Me caes bien, habitante de las tierras bajas.

—Bien. Ahora ahógame.

—Lo haré.

Karsa se deslizó al fondo hasta quedar hundido hasta las rodillas en el maloliente fango, las heridas recientes que tenía en los tobillos le escocieron al tocarlo.

—Los vi cuando te bajaron, gigante —dijo el hombre—. Ninguno de los sunyd es tan grande como tú.

—Los sunyd son los más pequeños entre los teblor.

—Debe de ser la sangre de algún habitante de las tierras bajas que hay entre sus ancestros, me imagino.

—Se han rebajado mucho, desde luego. —Karsa bajó los dos brazos y arrastró las cadenas hasta que puso las manos en la parte inferior del tronco.

—Te lo agradezco, teblor.

Karsa levantó el tronco, lo giró y después lo posó en el suelo una vez más con un jadeo.

—Esto no será rápido, habitante de las tierras bajas, y por ello te pido disculpas.

—Lo entiendo. Tómate tu tiempo. Biltar se acaba de hundir, en cualquier caso, y da la impresión de que Alrute será el siguiente. Lo estás haciendo bien.

Karsa levantó el tronco una vez más y lo hizo girar otra media vuelta. Se oyeron chapoteos y borboteos al otro extremo.

Después un jadeo.

—Ya casi estamos, teblor. Soy el último. Una más… Me meteré debajo para que me atrape.

—Entonces mueres aplastado, no ahogado.

—¿En este fango? No te preocupes, teblor. Sentiré el peso, es cierto, pero no me dolerá demasiado.

—Mientes.

—¿Y qué? No son los medios, es el fin lo que importa.

—Todo importa —dijo Karsa mientras se preparaba una vez más—. Esta vez lo giraré del todo, habitante de las tierras bajas. Será más fácil ahora que mis cadenas son más cortas. ¿Estás listo?

—Un momento, por favor —balbuceó el hombre.

Karsa levantó el tronco y gruñó bajo el inmenso peso que le aplastaba los brazos.

—He cambiado de opinión…

—Yo no. —Karsa hizo girar el tronco. Después lo dejó caer.

Algo se agitó como loco al otro extremo, unas cadenas serraron el aire y después unas toses frenéticas.

Sorprendido, Karsa levantó la cabeza. Una figura manchada de marrón sacudía los brazos y las piernas, escupía y daba patadas.

Karsa se echó hacia atrás, poco a poco, a la espera de que el hombre se recuperara. Durante un rato no se oyó más que profundos jadeos al otro lado del tronco.

—Te las arreglaste para darte la vuelta otra vez, y después pasar por debajo y salir. Estoy impresionado, habitante de las tierras bajas. Parece que no eres ningún cobarde, después de todo. Nunca creí que hubiera gente como tú entre los niños.

—Puro valor —dijo el hombre con voz ronca—. Ese soy yo.

—¿De quién era el diente?

—De Alrute. Ahora no le des más vueltas al tronco, si tienes la bondad.

—Lo siento, habitante de las tierras bajas, pero ahora debo darle vueltas en sentido contrario, hasta que el tronco esté como estaba antes de empezar.

—Maldigo tu cruda lógica, teblor.

—¿Cómo te llamas?

—Torvald Nom, aunque mis enemigos malazanos me conocen como Nudillos.

—¿Y cómo es que aprendiste la lengua sunyd?

—En realidad es el antiguo idioma de los mercaderes. Antes de que hubiera cazarrecompensas, había mercaderes nathii. Un comercio de beneficio mutuo entre ellos y los sunyd. La verdad es que tu idioma se parece mucho al nathii.

—Los soldados hablaban un galimatías.

—Como es natural, son soldados. —El hombre hizo una pausa—. De acuerdo, el sentido del humor no es lo tuyo. Como sea. Es probable que esos soldados fueran malazanos.

—He decidido que los malazanos son mis enemigos.

—Algo que compartimos, entonces, teblor.

—No compartimos nada más que este tronco, habitante de las tierras bajas.

—Si lo prefieres. Aunque me siento obligado a corregirte en una cosa. Por odiosos que sean los malazanos, en estos tiempos los nathii no son mejores. No tienes aliados entre los habitantes de las tierras bajas, teblor, puedes estar seguro de eso.

—¿Eres nathii?

—No, soy daru. De una ciudad del sur, lejos de aquí. La Casa Nom es inmensa y ciertas familias de ella son casi

ricas. De hecho, tenemos a un Nom en el Consejo, en Darujhistan. Jamás lo he visto. En fin, las propiedades de mi familia son, bueno, más modestas. De ahí mis extensos viajes y nefarias profesiones…

—Hablas demasiado, Torvald Nom. Estoy listo para hacer girar este tronco una vez más.

—Maldita sea, esperaba que lo hubieras olvidado.

El extremo de la barra de hierro había atravesado más de la mitad del tronco y la pestaña era un trozo de metal romo e informe. Karsa no podía contener el dolor y los temblores de las piernas, a pesar de que los periodos de descanso entre esfuerzo y esfuerzo se alargaban cada vez más. Las heridas más grandes del pecho y la espalda, provocadas por la astilla de madera, se habían reabierto, sangraban sin parar y se mezclaban con el sudor que le empapaba la ropa. Tenía la piel y la carne de los tobillos hechas trizas.

Torvald había sucumbido a su propio agotamiento, poco después de que el tronco hubiera regresado a su posición original, y gemía en sueños mientras Karsa continuaba esforzándose.

De momento, mientras el guerrero uryd descansaba apoyado en la pendiente de arcilla, los únicos sonidos que se oían eran sus propios jadeos roncos, subrayados por la respiración más suave y superficial del otro lado del tronco.

El sonido de unas botas cruzó por encima de su cabeza, primero en una dirección, después volvieron y desaparecieron.

Karsa se incorporó una vez más, la cabeza le daba vueltas.

—Descansa un poco más, teblor.

—No hay tiempo para eso, Torvald Nom…

—Oh, sí que lo hay. Ese mercader de esclavos que es tu dueño ahora se quedará a esperar por aquí un tiempo más, para que él y su séquito puedan viajar en compañía de los soldados malazanos. Al menos hasta Puente Maly. Ha habido mucha actividad en el bosque de los Necios y en Marca Amarilla, de la que admito enorgullecerme de forma personal, puesto que fui yo el que unió a ese variopinto grupo de salteadores y matones. Y ya habrían venido a rescatarme si no fuera por los malazanos.

—Mataré a ese mercader de esclavos —dijo Karsa.

—Cuidado con ese, gigante. Silgar no es un hombre agradable, y está acostumbrado a tratar con guerreros como tú…

—Soy uryd, no sunyd.

—Eso dices siempre, y no me cabe duda de que eres más mezquino; desde luego eres más grande. Lo único que te digo es que tengas cuidado con Silgar.

Karsa se colocó sobre el tronco.

—Hay tiempo de sobra, teblor. No tiene sentido que te sueltes si después no puedes irte. No es la primera vez que estoy encadenado y te hablo por experiencia. Espera el momento, surgirá una oportunidad, si no te marchitas y mueres antes.

—O te ahogas.

—Sin duda, y sí, comprendí lo que querías decir cuando hablaste de valor. Admito haber sentido un momento de desesperación.

—¿Sabes cuánto tiempo llevas encadenado aquí?

—Bueno, había nieve en el suelo y el hielo del lago acababa de romperse.

Karsa miró poco a poco a la figura escuálida y apenas visible del otro lado.

—Torvald Nom, ni siquiera un habitante de las tierras bajas debería sufrir este destino.

La carcajada del hombre fue un estertor.

—Y tú nos llamas niños a nosotros. Los teblor aniquiláis a la gente como si fuerais verdugos, pero entre los de mi raza, la ejecución es un acto de misericordia. Para el cabrón condenado corriente, la tortura prolongada es mucho más probable. Los nathii han hecho de la imposición de sufrimiento un arte, deben de ser los inviernos tan fríos o algo así. En cualquier caso, si no fuera porque Silgar te ha reclamado, y porque los soldados malazanos están en la ciudad, los nativos ya te estarían desollando vivo, tira a tira. Después te encerrarían en una caja para dejarte sanar. Saben que tu especie es inmune a las infecciones, lo que significa que pueden hacerte sufrir mucho, mucho tiempo. Hay un montón de ciudadanos frustrados ahí fuera ahora mismo, me imagino.

Karsa empezó a tirar de la barra una vez más.

Lo interrumpieron unas voces encima de él, después unos golpes secos y pesados, los de una docena o más de recién llegados descalzos; a ese sonido se unieron entonces las cadenas que se deslizaban por el suelo del almacén.

Karsa se acomodó contra la pendiente de la trinchera contraria.

Se abrió la trampilla. Un niño delante con un farol en la mano y luego unos sunyd, desnudos salvo por unas faldas cortas y toscas, que bajaban poco a poco; tenían en los tobillos izquierdos un grillete con una cadena que los enlazaba a todos. El habitante de las tierras bajas del farol descendió por la pasarela que había entre las dos trincheras. Los sunyd, once en total, seis hombres y cinco mujeres, lo siguieron.

Llevaban las cabezas gachas, ninguno quiso encontrarse con la mirada firme y fría de Karsa.

A un gesto del niño, que se había detenido a cuatro largos pasos de la posición de Karsa, los sunyd se giraron y se deslizaron por la pendiente de su trinchera. Habían aparecido tres habitantes más de las tierras bajas y los habían seguido para sujetar los grilletes fijos a los otros tobillos de los teblor. No hubo resistencia alguna entre los sunyd.

Momentos después, los habitantes de las tierras bajas habían vuelto a la pasarela y subían las escaleras. La trampilla rechinó sobre sus goznes y se cerró con un golpe seco que reverberó e hizo volar el polvo en la oscuridad.

—Es cierto entonces. Un uryd. —La voz era un susurro.

Karsa lanzó una risita desdeñosa.

—¿Era esa la voz de un teblor? No, no puede serlo. Los teblor no se convierten en esclavos. Los teblor preferirían morir antes que arrodillarse ante un habitante de las tierras bajas.

—Un uryd… encadenado. Como lo estamos los demás.

—¿Como los sunyd? ¿Quién dejó que esos viles niños se acercaran y pusieran grilletes en sus piernas? No. Soy un prisionero, pero no hay ataduras que me vayan a contener durante mucho tiempo. A los sunyd hay que recordarles lo que significa ser teblor.

Una nueva voz habló entre los sunyd, una mujer.

—Vimos a los muertos, alineados en el suelo ante el campamento de los cazadores. Vimos las carretas, llenas con los muertos malazanos. La gente del pueblo estaba gimiendo. Sin embargo, se dice que no erais más que tres…

—Dos, no tres. Nuestro compañero, Delum Thord, estaba herido en la cabeza y su mente se había desmoronado.

Corría con los perros. Si su mente hubiera estado entera y su espada de palosangre en sus manos…

Hubo un repentino murmullo entre los sunyd, la expresión «espada de palosangre» se pronunciaba en tono admirativo.

Karsa frunció el ceño.

—¿Qué es esta locura? ¿Es que los sunyd han perdido todas las viejas costumbres de los teblor?

La mujer suspiró.

—¿Perdido? Sí, hace mucho tiempo. Nuestros hijos se escapaban por la noche para vagar hacia el sur, a las tierras bajas, impacientes por tocar las malditas monedas de sus habitantes, esos trozos de metal alrededor de los que parece girar la vida misma. Los manipularon, a nuestros hijos; algunos incluso regresaron a nuestros valles como exploradores de los cazadores. Quemaron los sotos secretos de palosangre, asesinaron a nuestros caballos. Que nos traicionaran nuestros propios hijos, uryd, eso fue lo que acabó con los sunyd.

—Habríais debido perseguir a vuestros hijos —dijo Karsa —. Los corazones de vuestros guerreros eran demasiado blandos. Los parientes carnales se expulsan cuando cometen traición. Esos hijos dejaron de ser sunyd. Los mataré yo por vosotros.

—Tendrías problemas para encontrarlos, uryd. Se han dispersado, muchos han caído, otros han sido vendidos y sometidos a la servidumbre para saldar sus deudas. Y algunos han recorrido grandes distancias, hasta las grandes ciudades de Nathilog y Genabaris. Nuestra tribu ya no existe.

—Además, uryd —añadió el primer sunyd que había hablado—, estás encadenado. Ahora eres propiedad de maese Silgar, de quien ningún esclavo ha escapado jamás.

No matarás a nadie, nunca más. Y como a nosotros, te obligarán a arrodillarte. Tus palabras están vacías.

Karsa se puso a horcajadas sobre el tronco una vez más. Cogió las cadenas y se envolvió con ellas las muñecas tantas veces como pudo. Después se echó hacia atrás. Con los músculos tensos, las piernas empujando el tronco y la espalda erguida. Un crujido estrepitoso, repentino, un chirrido de astillas partidas.

Karsa cayó de espaldas sobre la pendiente de arcilla y las cadenas chasquearon a su alrededor. Parpadeó para quitarse el sudor de los ojos y se quedó mirando el tronco.

La madera se había partido en toda su longitud.

Se oyó un siseo profundo al otro extremo, el crujido de unas cadenas al soltarse.

—Que el Embozado me lleve, Karsa Orlong —susurró Torvald—. No te tomas los insultos muy bien, ¿verdad?

Aunque ya no estaba sujeto al tronco, las muñecas y los tobillos de Karsa seguían encadenados a los barrotes de hierro. El guerrero se desenredó las cadenas de los antebrazos magullados y sangrantes, después cogió una de las barras. Apoyó la cadena del tobillo en el tronco y metió el extremo sin pestaña de la barra por uno de los eslabones. Después empezó a hacer girar la barra con las dos manos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó un sunyd—. ¿Qué fue ese ruido?

—La columna del uryd se ha partido —respondió el primero que había hablado con marcado acento.

La carcajada de Torvald fue una risita fría.

—El Señor clama por ti, Ganal, me temo.

—¿Qué quieres decir, Nom?

El eslabón se partió y mandó un trozo saltando por la trinchera hasta estrellarse con un golpe seco contra el muro de tierra.

Karsa se quitó la cadena de los grilletes de los tobillos y después se puso a partir la que le sujetaba las muñecas.

Otro estallido seco y el uryd se liberó los brazos.

—¿Qué está pasando?

Un tercer crujido cuando Karsa arrancó la cadena de la barra de hierro que había estado usando, que era la no dañada, tenía la pestaña intacta, con el borde afilado y dentado. Karsa salió arrastrándose de la zanja.

—¿Dónde está ese tal Ganal? —gruñó.

Todos salvo uno de los sunyd que había tirados en la trinchera de enfrente se encogieron al oírlo.

—Yo soy Ganal —dijo el único guerrero que no se había movido—. Así que no se te partió la columna, después de todo. Bueno, guerrero, pues mátame por el escepticismo de mis palabras.

—Lo haré. —Karsa bajó sin prisas por la pasarela y levantó la barra de hierro.

—Si lo haces —dijo Torvald a toda prisa—, lo más seguro es que los otros alcen la voz en protesta.

Karsa dudó un momento.

Ganal levantó la cabeza y le sonrió.

—Si me perdonas la vida, no habrá alarma alguna, uryd. Es de noche, todavía falta una campanada o más para el amanecer. Podrás huir sin problemas…

—Y por vuestro silencio, todos seréis castigados —dijo Karsa.

—No. Estábamos todos durmiendo.

La mujer habló entonces.

—Trae a los uryd, cuantos seáis. Cuando hayáis asesinado a todos en este pueblo, entonces podréis juzgarnos a los sunyd, como será vuestro derecho.

Karsa dudó, después asintió.

—Ganal, te doy más tiempo de tu miserable vida. Pero volveré, y te recordaré.

—No me cabe duda, uryd —respondió Ganal—. Ya no.

—Karsa —dijo Torvald—, puede que sea un habitante de las tierras bajas y todo eso…

—Te dejaré libre, niño —respondió el uryd al mismo tiempo que le daba la espalda a la trinchera sunyd—. Has mostrado gran valor. —Se deslizó junto al hombre—. Estás demasiado flaco para caminar —comentó—. No puedes correr. ¿Todavía deseas que te libere?

—¿Flaco? No he perdido más de tres kilos, Karsa Orlong. Puedo correr.

—Antes parecías enfermo…

—Cuestión de empatía.

—¿Buscabas la empatía de un uryd?

Los hombros huesudos del hombre se alzaron en un encogimiento de hombros avergonzado.

—Merecía la pena intentarlo.

Karsa arrancó la cadena de un tirón.

Torvald se liberó los brazos.

—Que Beru te bendiga, muchacho.

—Guárdate para ti tus dioses de las tierras bajas.

—Por supuesto. Mis disculpas. Lo que tú digas.

Torvald subió arrastrándose por la pendiente. En la pasarela hizo una pausa.

—¿Qué hay de la trampilla, Karsa Orlong?

—¿Qué pasa con ella? —gruñó el guerrero, que subió a la madera y adelantó al habitante de las tierras bajas.

Torvald se inclinó cuando Karsa pasó junto a él, un brazo escuálido barrió el espacio con gesto elegante.

—Guíame tú, por supuesto.

Karsa se detuvo en el primer escalón y miró al niño.

—Soy un caudillo de guerra —dijo con voz profunda—. ¿Quieres que te guíe yo, habitante de las tierras bajas?

Ganal se dirigió a Torvald desde la otra trinchera.

—Cuidado con tu respuesta, daru. No hay palabras vacías entre los teblor.

—Bueno, esto no era más que una invitación. Para precederme por esas escaleras…

Karsa reanudó la subida.

Justo bajo la trampilla se detuvo a examinar los bordes. Recordó que había un cerrojo de hierro que se bajaba cuando lo pasaban, haciendo que se confundiera con las tablas circundantes. Karsa introdujo la barra de hierro, el extremo por donde se acoplaban las cadenas, en la juntura que quedaba entre el cerrojo y el suelo. Metió la barra cuanto pudo y después empezó a hacer palanca, poniendo todo el peso en incrementos graduales.

Un chasquido agudo y la trampilla dio un pequeño salto. Karsa apoyó los hombros y la levantó.

Los goznes chirriaron.

El guerrero se quedó inmóvil, esperó y después continuó, más despacio esa vez.

Cuando sacó la cabeza por la trampilla, vio el leve fulgor de un farol al otro extremo del almacén y descubrió, sentados alrededor de una pequeña mesa redonda, a tres habitantes de las tierras bajas. No eran soldados, Karsa los había visto antes en compañía del mercader de esclavos, Silgar. Se oía el estrépito apagado de unos huesos en la mesa.

Que no hubieran oído los goznes de la trampilla era, en opinión de Karsa, un acontecimiento extraordinario. Entonces sus oídos captaron un nuevo sonido, un coro de crujidos y gemidos y, fuera, el aullido del viento. Había

llegado una tormenta del lago y la lluvia había empezado a salpicar la pared norte del almacén.

—Urugal —dijo Karsa por lo bajo—, te lo agradezco. Y ahora sé testigo de mis actos…

Con una mano, el guerrero sujetó la trampilla sobre él y se fue deslizando poco a poco hasta el suelo. Se apartó lo suficiente para permitir la salida, igual de silenciosa, de Torvald, y después bajó sin prisas el cerrojo hasta que se acomodó en su sitio. Con un gesto le dijo a Torvald que se quedara donde estaba, y el hombre indicó con un asentimiento ferviente que lo había comprendido. Karsa cambió con cuidado la barra de hierro de la mano izquierda a la derecha y después empezó a avanzar.

Solo uno de los tres guardias podría haberlo visto por el rabillo del ojo, pero estaba muy concentrado en los huesos que resbalaban por la mesa que tenía delante. Los otros dos le daban la espalda a la habitación.

Karsa siguió arrastrándose por el suelo hasta que estuvo a menos de tres pasos de distancia, después, sin ruido, se quedó en cuclillas.

Se abalanzó sobre los hombres y lanzó la barra en un movimiento horizontal que golpeó primero una cabeza sin casco y después una segunda. El tercer guardia se lo quedó mirando con la boca abierta. El movimiento de Karsa terminó con la mano izquierda cogiendo el extremo manchado de rojo de la barra, que después hundió de lado en la garganta del habitante de las tierras bajas. El hombre cayó hacia atrás por encima de la silla, chocó contra las puertas del almacén y se derrumbó hecho un guiñapo.

Karsa dejó la barra en la mesa, se agachó junto a una de las víctimas y empezó a quitarle el cinturón de la espada.

Torvald se acercó a él.

—La pesadilla del Embozado —murmuró—, eso es lo que eres, uryd.

—Coge tú también un arma —le ordenó Karsa al tiempo que se dirigía al siguiente cadáver.

—Claro. Bueno, ¿y hacia dónde huimos, Karsa? Esperarán que sea hacia el noroeste, por donde llegaste tú. Se dirigirán al galope a los pies del paso. Tengo amigos…

—No tengo intención de huir —gruñó el caudillo mientras se colgaba los dos cinturones de un hombro, las espadas largas envainadas parecían minúsculas apoyadas en su espalda. Después recogió la barra doblada una vez más. Se volvió y se encontró a Torvald mirándolo—. Corre con tus amigos, habitante de las tierras bajas. Esta noche los distraeré lo suficiente para que puedas escapar sin problemas. Esta noche, Bairoth Gild y Delum Thord serán vengados.

—Pues no esperes que yo acuda a vengar tu muerte, Karsa. Es una locura… Ya has hecho lo imposible. Te aconsejo que des gracias a la Señora por su empujón y te largues mientras puedas. Por si se te había olvidado, este pueblo está lleno de soldados.

—Ponte en camino ya, niño.

Torvald dudó y después levantó las manos al aire.

—Que así sea. Por mi vida, Karsa Orlong, te doy las gracias. La familia Nom pronunciará tu nombre en sus plegarias.

—Esperaré cincuenta latidos.

Sin otra palabra más, Torvald se dirigió a las puertas correderas del almacén. No habían colocado la barra principal en sus ranuras y un cerrojo más pequeño y suelto era lo único que sujetaba la puerta al marco. El daru lo abrió de un papirotazo, empujó la puerta a un lado, lo suficiente

solo para sacar la cabeza y echar un rápido vistazo. Después la abrió un poco más de un empujón y se deslizó al exterior.

Karsa escuchó sus pasos, el chapoteo de los pies desnudos en el barro, alejándose a toda prisa a la izquierda. Decidió que no esperaría cincuenta latidos. Incluso con la tormenta aferrándose a la oscuridad con fuerza, no faltaba mucho para el amanecer.

El teblor abrió la puerta todavía más y salió. Una pista más estrecha que la calle principal, los edificios de madera de enfrente indistinguibles tras una cortina sesgada de fuerte lluvia. A la derecha y a veinte pasos de distancia, la luz que salía de una única y mugrienta ventana del piso superior de una casa que había junto a un callejón.

Karsa quería su espada de palosangre, pero no tenía ni idea de dónde podría estar. A falta de eso, cualquier arma teblor bastaría. Y sabía dónde podría encontrar alguna.

Karsa cerró la puerta a su espalda. Tiró a la derecha, rodeó el borde de la calle y se dirigió a la orilla del lago.

Con el viento, la lluvia le golpeaba la cara e iba lavando las costras de sangre y suciedad. Los cueros hechos jirones de su camisa aleteaban con furia mientras corría hacia el claro, donde se encontraba el campamento de cazarrecompensas.

Había habido supervivientes. Una negligencia por parte de Karsa, un descuido que corregiría en ese momento. Y además, en las chozas de aquellos niños de ojos fríos habría trofeos teblor. Armas. Armaduras.

Las chozas y cabañas de los caídos ya habían sido despojadas de todo, las puertas colgaban abiertas y había basura por todos lados. La mirada de Karsa se posó en una choza de juncos cercana, era obvio que todavía estaba ocupada. Se acercó sin ruido a ella.

El guerrero hizo caso omiso de la pequeña puerta y lanzó al hombre contra una pared. El panel de juncos cayó al interior y Karsa se precipitó adentro. Se oyó un gruñido en un catre que tenía a la izquierda, una forma vaga que se sentó de golpe. La barra de hierro cayó sobre ella. La sangre y los trozos de hueso salpicaron las paredes. La figura volvió a hundirse.

La única habitación de la choza, muy pequeña, estaba atestada de objetos sunyd, la mayor parte inútiles: amuletos, cinturones y baratijas. Pero también encontró un par de cuchillos de caza sunyd, envainados en piel de ciervo recubierta de cuentas sobre madera. Un altar bajo llamó la atención de Karsa. Un dios de las tierras bajas, representado por una pequeña estatuilla de arcilla: un jabalí levantado sobre las patas de atrás.

El teblor lo tiró al suelo de tierra y lo hizo pedazos con un único taconazo.

Regresó al exterior y se acercó a la siguiente choza habitada.

El viento aullaba procedente del lago, olas de espuma blanca que se estrellaban en la playa de guijarros. El cielo seguía negro y cubierto de nubes, la lluvia era incesante.

Había siete chozas en total y en la sexta (tras matar a los dos hombres, entrelazados en el catre bajo la piel de un oso gris) encontró una vieja espada sunyd de palosangre y una armadura casi completa que, aunque de un estilo que Karsa no había visto jamás, era obviamente de origen teblor, dado su tamaño y los sigilos grabados a fuego en las placas de madera. Fue solo al empezar a ponérsela cuando se dio cuenta de que la madera cenicienta y curtida por los elementos era palosangre, decolorada por siglos de abandono.

En la séptima cabaña encontró un tarro pequeño de aceite de sangre y se tomó un momento para quitarse la armadura y frotar la acre pomada en la madera privada de sustento. Usó lo poco que quedó para aliviar la sed de la espada.

Después besó la hoja resplandeciente y saboreó el aceite amargo.

El efecto fue instantáneo. El corazón empezó a golpearle el pecho, el fuego le atravesó los músculos, la lujuria y la rabia llenaron su mente.

Se encontró de nuevo fuera y se quedó mirando el pueblo que tenía delante a través de una calima roja. El aire estaba viciado por el hedor de los habitantes de las tierras bajas. Echó a andar, aunque ya no sentía las piernas, con la mirada clavada en la puerta adornada con tiras de bronce de una casa grande de madera.

Puerta que de repente voló al interior, Karsa estaba entrando en el vestíbulo de techos bajos que había tras el umbral. Alguien chillaba arriba.

Se encontró en el rellano, cara a cara, con un niño calvo de hombros anchos. Tras él se encogía una mujer de pelo veteado de gris y tras ella (y ya huyendo), media docena de sirvientes.

El niño calvo acababa de descolgar de la pared una espada larga todavía metida en su vaina tachonada de joyas. Le resplandecían los ojos de puro terror, la expresión de incredulidad se le quedó helada en los rasgos cuando la cabeza saltó rebotando de los hombros.

Y después Karsa se encontró en la última habitación del piso superior, agachado para evitar el techo, cuando pasó por encima del último de los sirvientes, la casa silenciosa tras él. Ante este, escondida detrás de una cama con dosel, una joven habitante de las tierras bajas.

El teblor dejó caer la espada. Un momento después la sujetaba delante de él, la mujer intentaba patearle las rodillas. Karsa le sujetó la nuca con la mano derecha y le enterró la cara en el peto manchado de aceite de su armadura.

La mujer se debatió, de repente echó la cabeza hacia atrás y en sus ojos se dibujó una expresión salvaje.

Karsa se echó a reír y la arrojó sobre la cama.

Unos sonidos animales surgían de la boca de la mujer, sus manos de dedos largos intentaban golpearlo cuando se movió sobre ella.

La mujer lo arañaba, arqueaba la espalda con una necesidad desesperada.

Estaba inconsciente antes de que él hubiera terminado con ella y cuando se apartó, había sangre entre los dos. Karsa sabía que la mujer viviría. El aceite de sangre era impaciente con los desgarros.

Se encontró fuera, bajo la lluvia, una vez más, con la espada en las manos. Las nubes comenzaban a iluminarse por el este.

Karsa se dirigió a la siguiente casa.

La conciencia se alejó de él entonces, durante un rato, y cuando la recuperó se encontró en un ático con una ventana al otro extremo por la que entraba la luz brillante del sol. Estaba a gatas, bañado en sangre, y a un lado yacía el cuerpo de un niño, gordo y con unas túnicas rasgadas, los ojos mirando sin ver.

Lo invadieron unos estremecimientos, respiraba con jadeos ásperos que resonaban con tono apagado en el ático cerrado y polvoriento. Oyó gritos fuera y gateó hasta la ventana redonda de gruesos cristales que había al otro extremo.

Debajo tenía la calle principal y se dio cuenta de que estaba cerca de la puerta occidental del pueblo. Unas figuras distorsionadas por el cristal y a lomos de unos caballos inquietos comenzaban a reunirse: soldados malazanos. Mientras miraba y para su gran asombro, los jinetes partieron de repente rumbo a la puerta de las murallas. El tronar de los cascos de los caballos se desvaneció a toda prisa cuando el grupo puso rumbo al oeste.

El guerrero se echó hacia atrás poco a poco. No se oía nada justo debajo de él y supo que no quedaba nadie vivo en la casa. Sabía también que había pasado por al menos una docena de casas parecidas, a veces por la puerta principal, pero con más frecuencia por puertas laterales y traseras escondidas. Y que esos lugares estaban en esos momentos tan silenciosos como la casa en la que se encontraba en ese instante.

Han descubierto la huida. Pero ¿qué hay de los cazarrecompensas? ¿Qué hay de la gente del pueblo que todavía tiene que salir a la calle aunque ya haya transcurrido medio día? ¿A cuántos he matado en realidad?

Abajo se oyeron unas pisadas suaves, cinco, seis juegos, que se dispersaban por la habitación que tenía debajo. Karsa, con los sentidos todavía agudizados por encima de lo normal por el aceite de sangre, olisqueó el aire, pero su aroma todavía tenía que llegar a él. Pero lo sabía de todos modos, eran cazadores, no soldados. Respiró hondo y contuvo el aliento por un momento, después asintió para sí. *Sí, los guerreros del mercader de esclavos. Se consideran más listos que los malazanos y todavía me quieren para su amo*.

Karsa no se movió, cualquier cambio de postura se oiría, bien lo sabía. Giró la cabeza poco a poco y miró la trampilla

del ático. Estaba cerrada, él no recordaba haberlo hecho, así que seguramente había sido el propio peso de la trampilla lo que la había cerrado. ¿Pero cuánto tiempo había pasado? Posó los ojos de repente en el cuerpo del niño. La sangre que brotaba de las heridas abiertas era espesa y lenta. Entonces había pasado algún tiempo.

Oyó hablar a alguien y le costó un momento darse cuenta de que podía entender el idioma.

—Una campanada, señor, quizá más.

—Entonces —preguntó otro—, ¿dónde está el mercader Balantis? Aquí están su mujer, sus dos hijos… cuatro sirvientes, ¿tenía alguno más?

Hubo más movimiento.

—Comprobad los desvanes…

—¿Dónde dormían los sirvientes? Dudo que el gordo y viejo Balantis pudiera haber trepado por esa escalera.

—¡Aquí! —exclamó otra voz desde el interior—. ¡Las escaleras del ático están bajadas!

—De acuerdo, así que el terror del mercader le dio alas. Sube y confirma los lúgubres detalles, Astabb, y hazlo rápido. Tenemos que comprobar la siguiente casa.

—Por el aliento del Embozado, Borrug, estuve a punto de echar el desayuno en el último sitio. Por aquí está todo tranquilo, ¿no podemos dejarlo así? Quién sabe, el muy cabrón podría estar haciendo pedazos a la siguiente familia ahora mismo.

Se hizo el silencio, y después:

—De acuerdo, vamos. Esta vez creo que Silgar se equivoca por completo. El camino de muerte de ese uryd va directamente hacia la puerta del oeste, yo apostaría la columna de un año a que ahora mismo se está dirigiendo al paso T’lan.

—Entonces los malazanos acabarán con él.

—Sí, seguro. Vamos.

Karsa se quedó escuchando cuando los cazadores se reunieron en la puerta principal y después volvieron a salir. El teblor permaneció inmóvil otra docena de latidos. Los hombres de Silgar no encontrarían más masacres en esa calle, al oeste, como pensaban. Eso solo los haría regresar. Cruzó sin ruido el espacio que lo separaba de la trampilla, la levantó y bajó por los escalones de madera manchados de sangre. Había cadáveres tirados por todo el pasillo, el aire viciado con el hedor de la muerte.

Se dirigió a toda prisa a la puerta trasera. El patio exterior era cieno removido y charcos, un montón de losas a un lado que esperaban la llegada de los trabajadores. Más allá había un muro de piedra bajo, recién construido, con un arco en el centro. El cielo estaba cubierto de nubes que un viento rápido empujaba. Las sombras y los trozos de luz se repartían por toda la escena. No había nadie a la vista.

Karsa cruzó el patio a la carrera. Se agachó en el arco. Enfrente de él corría una pista estrecha llena de surcos, paralela a la calle principal y tras ella, una fila de montones irregulares de broza recortada entre altas hierbas amarillas. Las paredes traseras de unas casas se alzaban tras los montones.

Estaba en el lado occidental del pueblo y allí había cazadores. De lo que se deducía, por tanto, que estaría más seguro en la parte oriental. Al mismo tiempo, los soldados malazanos parecían estar acuartelados allí… aunque él había visto al menos a treinta de ellos salir por la puerta del oeste. Lo que dejaba ¿a cuántos?

Karsa había declarado enemigos a los malazanos.

El guerrero se deslizó por la pista y se dirigió al este. Agazapado, corrió a toda velocidad mientras sus ojos examinaban el terreno que tenía por delante en busca de

refugio, esperando en cualquier momento el grito que anunciaría que lo habían descubierto.

Se metió entre las sombras de una gran casa que se inclinaba un poco sobre el callejón. En cinco zancadas más, llegaría a la calle ancha que llevaba a la orilla del lago. Cruzarla sin que nadie lo viera seguramente resultaría todo un desafío. Los cazadores de Silgar continuaban en el pueblo, así como un número desconocido de malazanos. ¿Suficientes para causarle problemas? No había forma de saberlo.

Cinco cautas zancadas y se encontró al borde de la calle. Había una pequeña multitud al otro extremo, junto al lago. Estaban sacando unos cuerpos envueltos de una casa, mientras dos hombres luchaban con una mujer joven y desnuda, toda manchada de sangre. La mujer siseaba e intentaba arrancarles los ojos. Karsa tardó un momento en recordarla. El aceite de sangre todavía ardía en su interior y la multitud se había apartado con gestos de alarma; la atención de todos y cada uno estaba concentrada en la forma femenina que se debatía.

Un vistazo a la derecha. Nadie.

Karsa salió disparado por la calle. No estaba más que a una zancada del callejón de enfrente cuando oyó un grito ronco y después un coro de exclamaciones. El guerrero resbaló por el barro empapado, levantó la espada y posó la mirada de repente en la lejana multitud.

Y vio solo sus espaldas, huían como ciervos aterrados y dejaban los cadáveres envueltos tirados a su paso. La joven, liberada de repente, cayó en el barro chillando, estiró de golpe una mano para aferrarse al tobillo de uno de sus captores. El hombre la arrastró por el barro un cuerpo entero antes de que consiguiera obstruirle el paso y cayera

despatarrado. Después se subió encima de él con un gruñido.

Karsa se metió sin ruido en el callejón.

Una campana empezó a tañer con frenesí.

El guerrero continuó hacia el este, paralelo a la calle principal. El otro extremo, a unos treinta pasos o más, parecía dar a un edificio largo de paredes de piedra y un solo nivel, las ventanas visibles lucían unas contraventanas pesadas. Cuando corrió hacia allí, Karsa vio a tres soldados malazanos que cruzaban a toda velocidad su campo de visión, todos con cascos y las viseras bajadas, y ninguno giró la cabeza.

Karsa fue frenando al acercarse al extremo del callejón. Podía ver algo más del edificio que tenía delante. Parecía por alguna razón diferente de los otros del pueblo, tenía un estilo más severo, pragmático, un estilo que el teblor podía admirar.

Se detuvo a la entrada del callejón. Una mirada a la derecha reveló que el edificio que tenía delante daba a la calle principal, tras la cual había un claro que encajaba con el de la puerta oeste. El borde de la muralla del pueblo era visible justo detrás. A la izquierda del guerrero, y algo más cerca, el edificio terminaba en un corral de madera flanqueado por establos y otras dependencias. Karsa volvió a mirar a la derecha y se asomó un poco más todavía.

No se veía por ninguna parte a los tres soldados malazanos.

La campana seguía sonando a su espalda, sin embargo, el pueblo parecía extrañamente desierto.

Karsa echó una carrera hacia el corral. Llegó sin que sonara ninguna alarma, pasó por encima de la verja y se dirigió por la pared del edificio hacia la puerta.

La habían dejado abierta. La antecámara del interior albergaba ganchos, rejillas y estantes para armas, pero se las habían llevado todas. El aire polvoriento y cerrado guardaba el recuerdo del miedo. Karsa entró despacio. Enfrente había otra puerta, esa cerrada.

Una única patada la mandó al suelo.

Tras ella, una gran habitación con una fila de catres a ambos lados. Vacíos.

Los ecos de la puerta destrozada se fueron desvaneciendo y Karsa agachó la cabeza, se metió por el vano de la puerta y se irguió, miró a su alrededor y olisqueó el aire. El aposento hedía a tensión. Sintió algo parecido a una presencia que todavía estaba allí, pero que de algún modo se las arreglaba para permanecer invisible. El guerrero avanzó un paso con cautela. Escuchó por si se oía respirar a alguien, no oyó nada y dio otro paso.

La soga cayó del techo, le pasó por la cabeza y los hombros. Después un grito salvaje y la cuerda se cerró alrededor de su cuello.

Cuando Karsa levantó la espada para atravesar la cuerda de cáñamo, cuatro figuras descendieron tras él, la cuerda dio un tirón salvaje y levantó al teblor del suelo.

Se oyó un crujido repentino arriba, seguido por una maldición banal, y después la viga se partió y la cuerda se aflojó, aunque el nudo corredizo permaneció tenso alrededor de la garganta de Karsa. Incapaz de coger aire, el guerrero giró en redondo, la espada barrió el aire en un tajo horizontal… que atravesó solo espacio vacío. Los soldados malazanos, según vio, ya se habían dejado caer al suelo y se apartaban rodando.

Karsa se quitó la cuerda del cuello y después avanzó sobre el soldado más cercano que intentaba levantarse.

Una hechicería lo golpeó por detrás, una oleada frenética que envolvió al teblor, que se tambaleó y se desprendió de ella con un rugido.

Balanceó la espada. El malazano que tenía delante dio un salto atrás, pero la punta de la espada lo alcanzó en la rodilla derecha y destrozó el hueso. El hombre lanzó un chillido al caer.

Una red de fuego descendió sobre Karsa, una telaraña de dolor de un peso imposible que lo hizo caer de rodillas. Intentó acuchillarla, pero las hebras intermitentes entorpecieron el avance de su arma. La red comenzó a constreñirle como si tuviera vida propia.

El guerrero se debatió en el interior de aquella red, cada vez más apretada, y en unos momentos quedó indefenso.

Los gritos del soldado herido continuaron hasta que una voz dura lanzó una orden con tono profundo y una luz inquietante destelló en la habitación. Los chillidos se detuvieron de golpe.

Varias figuras rodearon a Karsa y una se agachó junto a su cabeza. Una cara de piel oscura y llena de cicatrices bajo un cráneo calvo y apuntalado con tatuajes. La sonrisa del hombre era una fila de oro brillante.

—Entiendes nathii, supongo. Me alegro. Acabas de hacer que la pierna mala de Cojo se ponga todavía peor, cosa que no le va a hacer mucha gracia. Con todo, que nos cayeras en los brazos seguro que compensa más que de sobra el arresto domiciliario al que nos tienen sometidos en estos momentos…

—Matémosle, sargento…

—Ya está bien, Casco. Campana, ve a buscar al mercader de esclavos. Dile que tenemos su trofeo. Se lo entregaremos, pero no gratis. Ah, y que no te oigan, no quiero al pueblo entero ahí fuera con antorchas y horcas. —El sargento

levantó la cabeza cuando llegó otro soldado—. Buen trabajo, Ebron.

—Casi me meo en los puñeteros pantalones, Cordón —contestó el hombre llamado Ebron—, cuando deshizo sin más lo peor que pude lanzarle.

—Eso para que veas, ¿no? —murmuró Casco.

—¿Para que vea qué? —preguntó Ebron.

—Bueno, solo que el cerebro le gana siempre a lo peor, eso es todo.

El sargento Cordón lanzó un gruñido antes de volver a hablar.

—Ebron, a ver qué puedes hacer por Cojo antes de que recupere el sentido y empiece a chillar otra vez.

—De acuerdo. Para ser un enano, menudos pulmones tiene, no fastidies.

Cordón bajó el brazo y deslizó con cuidado la mano entre las hebras ardiendo para dar unos golpecitos a la espada de palosangre.

—Así que aquí tenemos una de esas famosas espadas de madera. Tan dura que rompe el acero de Aren.

—Mira ese filo —dijo Casco—. Es esa resina que usan lo que hace el filo…

—Y endurece la propia madera, sí. Ebron, esta telaraña tuya, ¿le duele?

La respuesta del hechicero llegó desde más allá del campo de visión de Karsa.

—Si fueras tú el que estuviera ahí dentro, Cordón, estarías aullando hasta hacer morir de vergüenza a los propios mastines. Durante un momento o dos; después estarías muerto y chisporroteando como grasa en una cocina.

Cordón frunció el ceño y miró a Karsa, después sacudió la cabeza poco a poco.

—Pues este ni siquiera está temblando. El Embozado sabrá lo que podríamos hacer con cinco mil de estos cabrones en nuestras filas.

—Quizá hasta consiguiéramos limpiar de una vez el bosque de Mott, ¿eh, sargento?

—Pues igual. —Cordón se levantó y se apartó—. ¿Y por qué tarda tanto Campana?

—Pues porque no podrá encontrar a nadie —respondió Casco—. Jamás he visto a un pueblo entero salir disparado así.

Resonaron unas botas en la antecámara y Karsa escuchó la entrada de, al menos, media docena de recién llegados.

—Gracias, sargento, por recuperar mi propiedad… —dijo una voz suave.

—Ya no es su propiedad —respondió Cordón—. Ahora es un prisionero del Imperio de Malaz. Mató a soldados malazanos, por no hablar de los daños a una propiedad imperial al derribar de una patada esa puerta de ahí.

—No hablará en serio.

—Yo siempre hablo en serio, Silgar —dijo Cordón arrastrando las palabras y sin alzar la voz—. Me imagino lo que tiene en mente para este gigante. Castración, cortarle la lengua, dejarlo cojo. Le pondrá una correa y lo paseará por todos los pueblos del sur para reclutar sustitutos para sus cazarrecompensas. Pero la posición del puño con respecto a sus actividades y esclavos es bien conocida. Ahora esto es territorio ocupado, forma parte del Imperio de Malaz, le guste o no, y nosotros no estamos en guerra con estos supuestos teblor. Oh, lo admito, no nos hace gracia que unos renegados bajen aquí y ataquen y maten a súbditos imperiales y demás. Que es por lo que este cabrón está ahora mismo arrestado, y lo más probable es que lo sentencien al castigo habitual: las minas de otataralita de

mi querida tierra natal. —Cordón fue a acomodarse junto a Karsa una vez más—. Lo que significa que nos veremos mucho, ya que nuestro destacamento vuelve a casa. Hay rumores de rebelión y tal, aunque dudo que al final sea para tanto.

El mercader de esclavos habló tras él.

—Sargento, el dominio que tienen los malazanos sobre sus conquistas de este continente es bastante precario en este momento, ahora que su ejército principal está empantanado ante las murallas de Pale. ¿De veras desea tener un incidente aquí? Burlarse de un modo tan flagrante de nuestras costumbres locales…

—¿Costumbres? —Sin dejar de mirar a Karsa, Cordón hizo una mueca y enseñó los dientes—. La costumbre nathii ha sido correr a esconderse cuando los teblor atacan. Su calculada y deliberada corrupción de los sunyd es única en el mundo, Silgar. La destrucción de esa tribu fue una aventura empresarial por su parte. Y un puñetero éxito, además. La única burla que hay aquí es la suya, se burla usted de la ley malazana. —Levantó la cabeza y se ensanchó su sonrisa—. En el nombre del Embozado, ¿qué cree que está haciendo aquí nuestra compañía, maldito trozo de mierda perfumado?

En un momento la tensión llenó el aire y las manos se posaron en las empuñaduras de las espadas.

—No se precipite, se lo aconsejo —dijo Ebron desde un lado—. Sé que es sacerdote de Mael, Silgar, y que está justo al borde de su senda ahora mismo, pero pienso convertirlo en un charco lleno de bultos si mueve un solo dedo para entrar en ella.

—Haga que se retiren sus matones —dijo Cordón— o este teblor tendrá compañía de camino a las minas.

—No se atrevería.

—¿Ah, no?

—Su capitán se pondría…

—No, no se pondría.

—Ya veo. Muy bien; Damisk, llévate a los hombres fuera por un momento.

Karsa oyó unos pasos que salían.

—Muy bien, sargento —continuó Silgar después de un momento—, ¿cuánto?

—Bueno, admito que me estaba planteando algún tipo de intercambio, pero entonces las campanas del pueblo se detuvieron. Lo que me indica que se le ha acabado el tiempo. Vaya. El capitán ha vuelto; mire, el ruido de caballos que se acercan a toda velocidad. Lo que significa que ya es oficial, Silgar. Claro que quizá he estado embaucándolo todo el tiempo hasta que al fin le ha dado por ofrecerme un soborno. Cosa que, como sabe, es un delito.

La tropa malazana había llegado al corral, como pudo oír Karsa. Unos cuantos gritos, el estampido de unos cascos en el suelo, un breve intercambio de palabras con Damisk y los demás guardias que había fuera, y después unas botas pesadas en los tablones.

Cordón se volvió.

—Capitán…

Una voz profunda lo interrumpió.

—Creí que los había dejado bajo arresto domiciliario; Ebron, no recuerdo haberle dado permiso para volver a armar a estos gamberros borrachos… —Después, el capitán empezó a perder el hilo.

Karsa notó una sonrisa en la cara de Cordón cuando habló.

—El teblor intentó asaltar nuestras posiciones, señor…

—Cosa que sin duda los despejó al instante.

—Desde luego, señor. En consecuencia, aquí nuestro inteligente hechicero decidió devolvernos las armas para que pudiéramos efectuar la captura de este salvaje de tamaño desmedido. Y bueno, capitán, el tema desde entonces se ha complicado un poco más.

El siguiente en hablar fue Silgar.

—Capitán Tierno, vine aquí para solicitar que me devuelvan a mi esclavo y me encontré con una hostilidad patente y las amenazas de aquí el pelotón. Confío en que tan pobre ejemplo no sea indicativo de la sima en la que ha caído todo el ejército malazano…

—Desde luego que no, maese —respondió el capitán Tierno.

—Excelente. Y ahora, si pudiéramos…

—Intentó sobornarme, señor —dijo Cordón con tono inquieto y angustiado.

Se produjo un silencio y después habló el capitán.

—¿Ebron? ¿Es eso verdad?

—Me temo que sí, capitán.

Se oyó una satisfacción fría en la voz de Tierno cuando contestó.

—Qué inoportuno. El soborno es un delito, después de todo…

—Eso mismo estaba diciendo yo, señor —apuntó Cordón.

—¡Se me invitó a hacer una oferta! —siseó Silgar.

—No, de eso nada —respondió Ebron.

—Teniente Poros —dijo el capitán Tierno—, arreste al mercader de esclavos y a sus cazadores. Destaque dos pelotones para que supervisen su encarcelamiento en los calabozos del pueblo. Póngalos en otra celda, separados de ese líder bandido que capturamos al volver, es probable que el infame Nudillos tenga unos cuantos amigos por aquí. Además de esos que ahorcamos junto al camino al este de

aquí, claro. Ah, y traiga a un sanador para Cojo, Ebron parece haber provocado algún tipo de desastre en sus esfuerzos por ayudar al desventurado.

—Bueno —soltó Ebron de repente—, yo no soy Denul, ¿sabe?

—Cuidado con ese tono, mago —le advirtió el capitán con calma.

—Perdón, señor.

—Admito sentir cierta curiosidad, Ebron —continuó Tierno—. ¿Cuál es la naturaleza del hechizo que le ha lanzado al guerrero?

—Oh, un modo de dar forma a Ruse…

—Sí, sé cuál es su senda, Ebron.

—Sí, señor. Bueno, se utiliza para atrapar y aturdir dhenrabis en los mares…

—¿Dhenrabis? ¿Esos gusanos marinos gigantes?

—Sí, señor.

—Bueno, y en el nombre del Embozado, ¿por qué no está muerto este teblor?

—Buena pregunta, capitán. Es un tipo duro, el tío este, vaya que sí.

—Que Beru nos proteja a todos.

—Sí, señor.

—Sargento Cordón.

—¿Señor?

—He decidido retirar los cargos que hay contra usted y su pelotón por ebriedad. El dolor por los compañeros perdidos. Una reacción comprensible, dadas las circunstancias. Por esta vez. La próxima taberna con la que se tropiecen, sin embargo, no se la tomarán como una invitación para permitirse un comportamiento licencioso. ¿Me he expresado con claridad?

—Meridiana, señor.

—Bien. Ebron, informe a los pelotones que dejamos este pintoresco pueblo. En cuanto sea posible. Sargento Cordón, su pelotón se ocupará de cargar las provisiones. Eso es todo, soldados.

—¿Y qué hay de este guerrero? —preguntó Ebron.

—¿Cuánto durará esa red de hechicería?

—Todo el tiempo que guste, señor. Pero el dolor…

—Parece estar soportándolo bien. Déjelo como está, y entretanto, piense en un modo de cargarlo en una carreta.

—Sí, señor. Necesitaremos unas varas largas…

—Lo que sea —murmuró el capitán Tierno mientras se alejaba a grandes zancadas.

Karsa notó que el hechicero se lo había quedado mirando. El dolor ya hacía rato que se había desvanecido, dijera lo que dijera Ebron; de hecho, la tensión y el aflojamiento lento y firme de los músculos del teblor habían empezado a mitigarse.

Ya no falta mucho…

Capítulo 3



Entre las familias fundadoras de Darujhistan está la de Nom.

Las nobles Casas de Darujhistan
Misdry

—Te he echado de menos, Karsa Orlong.

La cara de Torvald Nom estaba moteada de azul y negro y tenía el ojo derecho cerrado por la hinchazón. Lo habían encadenado a la pared delantera de la carreta y estaba encorvado entre paja medio podrida, observando a los soldados malazanos que colocaban al teblor en la carreta usando árboles jóvenes desnudos que habían insertado bajo los miembros del enorme guerrero envuelto en la red. La carreta se movió y gruñó cuando el peso de Karsa se apoyó en ella.

—Lo siento por los puñeteros bueyes —dijo Casco mientras sacaba uno de los palos, le costaba respirar y tenía la cara roja por el esfuerzo.

Una segunda carreta esperaba cerca, justo en el campo de visión de Karsa, que yacía inmóvil en los tablones curtidos por el tiempo. En la parte de atrás se sentaban Silgar, Damisk y otros tres nathii de las tierras bajas. La cara del mercader de esclavos estaba blanca y llena de marcas,

el ribete azul y dorado de sus costosas ropas manchado y arrugado. Al verlo, Karsa se echó a reír.

Silgar volvió la cabeza de golpe y sus ojos oscuros se clavaron como cuchillos en el guerrero uryd.

—¡Traficante de esclavos! —se burló Karsa.

El soldado malazano, Casco, trepó por el costado de la carreta y se inclinó para estudiar a Karsa por un momento, después sacudió la cabeza.

—¡Ebron! —exclamó—. Ven a ver. Esta telaraña no es lo que era.

El hechicero trepó a su lado y entrecerró los ojos.

—Que el Embozado lo lleve —murmuró—. Tráenos unas cadenas, Casco. De las pesadas, y montones de ellas. Díselo también al capitán, y date prisa.

El soldado se dejó caer y se perdió de vista.

Ebron miró a Karsa con el ceño fruncido.

—¿Es que tienes otataralita en las venas? Bien sabe Nerruse que ese hechizo debería de haberte matado hace un buen rato. ¿Cuánto ha pasado, tres días ya? Aparte de eso, el dolor tendría que haberte vuelto loco. Pero no estás más loco de lo que lo estabas hace una semana, ¿verdad? —El ceño se profundizó—. Hay algo en ti… algo…

De repente había soldados trepando a la carreta por todas partes, algunos arrastraban cadenas mientras que otros se mantenían a corta distancia con las ballestas a punto.

—¿Podemos tocar esto? —preguntó uno, que vacilaba sobre Karsa.

—Ahora sí —respondió Ebron, después escupió.

Karsa puso a prueba las restricciones mágicas con una única oleada coordinada que le arrancó un bramido de la garganta. Hubo hebras que se partieron.

Respondieron gritos. Un pánico salvaje.

Cuando el uryd empezó a liberarse con la espada todavía en la mano derecha, le estrellaron algo duro contra un lado de la cabeza.

La negrura lo envolvió.

Despertó tirado de espaldas, con las piernas y los brazos extendidos en el fondo de la carreta, que se mecía y daba sacudidas bajo él. Tenía los brazos y piernas envueltos en pesadas cadenas que habían clavado a las tablas. Otras le cruzaban el pecho y el estómago. La sangre seca formaba una costra en el lado izquierdo de la cara y le sellaba el párpado de ese ojo. Pudo oler el polvo que subía flotando entre las tablas, así como su propia bilis.

Torvald habló desde alguna parte más allá de la cabeza de Karsa.

—Así que estás vivo, después de todo. A pesar de lo que decían los soldados, a mí me parecías bastante muerto. Y a eso es a lo que hueles, la verdad. Bueno, casi. Por si te lo estabas preguntando, amigo mío, han pasado seis días. Ese sargento de los dientes de oro te dio duro. Rompió el mango de la pala.

Karsa sintió un dolor agudo y palpitante en la cabeza en cuanto intentó levantarla de las malolientes tablas. Hizo una mueca y se echó una vez más.

—Demasiadas palabras, habitante de las tierras bajas. Guarda silencio.

—El silencio no está en mi naturaleza, por cierto. Por supuesto, no tienes que escucharme. Claro que puede que no pienses lo mismo, pero deberíamos celebrar nuestra buena fortuna. Somos prisioneros de los malazanos; siempre mejor, por lo menos comparado con ser esclavos de Silgar. Cierto, es posible que terminen ejecutándome como a un delincuente común y corriente, que es, por supuesto, justo lo que soy, pero es más probable que nos manden a los dos

a trabajar en las minas imperiales de Siete Ciudades. Nunca he estado allí pero, incluso así, es un viaje muy largo, por tierra y mar. Podría haber piratas. Tormentas. ¿Quién sabe? Es posible incluso que las minas no estén tan mal como dice la gente. ¿Qué tiene de malo excavar un poco? Estoy deseando que llegue el momento de que te pongan un pico en las manos; ah, ¿no me digas que no te vas a divertir un poco? El futuro promete, ¿no crees?

—Muchas cosas, incluyendo que te corten la lengua.

—¿Sentido del humor? Que el Embozado me lleve, creía que tú no tenías, Karsa Orlong. ¿Algo más que quieras decir? No te reprimas.

—Tengo hambre.

—Esta noche habremos llegado al cruce Culvern, el ritmo ha sido una lenta tortura, gracias a ti, por cierto, porque parece que pesas más de lo que deberías, más incluso que Silgar y sus cuatro matones. Ebron dice que la tuya no es carne normal (igual que los sunyd, por supuesto), pero contigo todavía más. Sangre más pura, supongo. Sangre más mezquina, eso seguro. Recuerdo una vez, en Darujhistan, yo no era más que un chaval, llegaron unos titiriteros con un oso gris, todo encadenado. Lo tenían en una tienda de campaña justo a las afueras de Ciudad Miserias, cobraban una astilla por verlo. El primer día yo ya estaba allí. La multitud era considerable. Todo el mundo creía que los osos grises se habían extinguido siglos antes…

—Entonces sois todos tontos —gruñó Karsa.

—Y lo éramos, porque allí estaba. Con un collar, cadenas, y una mirada de rabia. La multitud entró corriendo, y yo con ella, y ese maldito animal se volvió loco. Se soltó como si esas cadenas estuvieran hechas de hierba trenzada. No te creerías los ataques de pánico. A mí me pisotearon, aunque me las arreglé para salir a gatas de debajo de la tienda con

mi escuálido, pero precioso cuerpecito casi intacto. Ese oso… los cuerpos volaban de su camino. Salió zumbando directamente hacia las colinas Gadrobi y jamás se le volvió a ver. Claro, sigue habiendo rumores que dicen que ese cabronazo sigue por ahí, comiéndose a algún que otro pastor… y rebaño. En cualquier caso, me recuerdas a ese oso gris, uryd. La misma mirada en los ojos. Una mirada que dice: «Las cadenas no me contendrán». Y por eso estoy tan impaciente por ver lo que va a pasar a continuación.

—Yo no voy a ocultarme en las colinas, Torvald Nom.

—Ya, no me lo parecía, tampoco. ¿Sabes cómo te van a meter en el barco prisión? Me lo contó Casco. Quitarán las ruedas de esta carreta. Eso es todo. Vas a viajar en este puto trasto hasta Siete Ciudades.

Las ruedas de la carreta se metieron por unos surcos profundos y rocosos, las sacudidas produjeron oleadas de dolor en la cabeza de Karsa.

—¿Sigues ahí? —preguntó Torvald después de un momento.

Karsa guardó silencio.

—Oh, bueno —suspiró el daru.

Guíame, caudillo.

Guíame.

Ese no era el mundo que se esperaba. Los habitantes de las tierras bajas eran débiles y fuertes a la vez, de modos que a él le costaba bastante entender. Había visto chozas construidas unas sobre otras, había visto embarcaciones del tamaño de casas teblor.

Esperaban una granja y se habían encontrado un pueblo. Habían anticipado la masacre de cobardes que huían y en su lugar se habían topado con oponentes fieros que no cedían terreno.

Y esclavos sunyd. El descubrimiento más aterrador de todos. Teblor con los espíritus quebrados. Jamás había pensado que algo así fuera posible.

Partiré las cadenas que atan a los sunyd. Eso lo juro ante los Siete. Les daré a los sunyd esclavos de las tierras bajas a su vez… No. Sería hacer lo mismo que lo que los habitantes de las tierras bajas han hecho con los sunyd, lo que han hecho, en realidad, con los suyos también. No, la recolección que hacía su espada de almas era una liberación mucho más limpia y pura.

Se preguntó qué pasaba con aquellos malazanos. Eran, eso estaba claro, una tribu muy diferente de los nathii. Conquistadores, al parecer, provenientes de una tierra lejana. Se atenían a leyes estrictas. Sus cautivos no eran esclavos, sino prisioneros, aunque parecía entender que la distinción era de nombre nada más. Lo iban a poner a trabajar.

Pero él no tenía deseo alguno de trabajar. Así pues, era un castigo, se proponían doblegar su espíritu guerrero para (con el tiempo) quebrantarlo. Un destino que podía compararse al de los sunyd.

Pero eso no ocurrirá porque yo soy uryd, no sunyd. Tendrán que matarme, una vez que comprendan que no pueden controlarme. Así pues, tengo la verdad ante mí. Si me apresurara en esa certeza, jamás me veré libre de esta carreta.

Torvald Nom habló de paciencia, el código del prisionero. Urugal, perdóname, pues ahora debo someterme a ese código. Debe parecer que me ablando.

Pero mientras lo pensaba sabía que no funcionaría. Esos malazanos eran demasiado listos. Serían idiotas si confiaran en una pasividad repentina, inexplicable. No, tenía que dar forma a un tipo diferente de ilusión.

Delum Thord. Tú serás mi guía. Tu pérdida es ahora mi regalo. Recorriste el sendero antes que yo y me mostraste los pasos. Despertaré una vez más, pero no será con el espíritu quebrantado, sino con la mente vencida.

En realidad, el sargento malazano lo había golpeado con fuerza. Los músculos del cuello se le habían agarrotado y cerrado firmemente alrededor de la columna. Hasta respirar desencadenaba lanzadas de dolor. Intentó ralentizarlo y alejar sus pensamientos del rugido profundo de sus nervios.

Los teblor habían vivido ciegos durante siglos, sin ser conscientes del número creciente (y la amenaza creciente) de los habitantes de las tierras bajas. Habían abandonado por alguna razón las fronteras, en otro tiempo defendidas con una determinación fiera, y habían quedado abiertas a las influencias venenosas procedentes del sur. Era importante, comprendió Karsa, descubrir la causa de esa debilidad moral. Los sunyd jamás habían estado entre las más fuertes de las tribus, pero eran teblor de todos modos, y lo que les acaecía a ellos podía, con el tiempo, acaecerles a todos los demás. Era una verdad difícil, pero cerrar los ojos a esa verdad sería volver a recorrer el mismo camino otra vez.

A algunos defectos había que enfrentarse. Pahlk, su propio abuelo, no había sido ni mucho menos el guerrero de hazañas gloriosas que fingía ser. Si Pahlk hubiera vuelto a la tribu con relatos reales, entonces las advertencias de esos relatos se habrían escuchado. Una invasión lenta, pero inexorable estaba en marcha, paso a paso. Una guerra contra los teblor que asaltaba su espíritu tanto como sus tierras. Quizás esas advertencias habrían sido suficientes para unir a las tribus.

Lo pensó un momento y la oscuridad se posó sobre sus pensamientos. No. El fallo de Pahlk había sido más profundo; no eran sus mentiras el mayor delito, era su falta de valor,

pues había demostrado ser incapaz de desprenderse de las constricciones que impedían el progreso de los teblor. Las normas de conducta de su pueblo, los confines estrechos y elaborados de las expectativas (su conservadurismo innato que aplastaba la disconformidad con la amenaza del aislamiento mortal), eso era lo que había derrotado el valor de su abuelo.

Pero no, quizás, el de mi padre.

La carreta se sacudió, una vez más, bajo él.

Vi tu desconfianza como debilidad. Tu desgana a la hora de participar en los juegos de nuestra tribu, juegos letales e interminables de orgullo y castigo, lo vi como cobardía. Aun así, ¿qué has hecho tú para desafiar nuestras costumbres? Nada. Tu única respuesta fue ocultarte, y menospreciar todo lo que yo hacía, burlarte de mi celo…

Prepararme para este momento.

Muy bien, padre. Ahora puedo ver el brillo de satisfacción en tus ojos. Pero te voy a decir una cosa, no provocaste nada más que heridas a tu hijo. Y ya estoy harto de heridas.

Urugal estaba con él. Todos los Siete estaban con él. Su poder lo haría inmune a todo lo que asediara su espíritu teblor. Un día regresaría con su pueblo y haría pedazos sus reglas. Uniría a los teblor y marcharían juntos tras él… rumbo a las tierras bajas.

Hasta ese momento, todo lo que ocurriera antes (todo lo que le estaba afligiendo en esos momentos) no era más que una preparación. Él sería el arma que castigase las tierras bajas, y era el propio enemigo el que la estaba afilando.

La ceguera maldice ambos bandos, al parecer. Así pues, se demostrará la verdad de mis palabras.

Esos fueron sus últimos pensamientos antes de que la conciencia se desvaneciera una vez más.

Unas voces emocionadas lo despertaron. Caía la tarde y el aire estaba impregnado por el olor a caballo, el polvo y las comidas picantes. La carreta estaba inmóvil bajo él y Karsa pudo oír, mezclados con las voces, los sonidos de muchas personas y una multitud de actividades, subrayadas por la corriente de un río.

—Ah, despierto una vez más —dijo Torvald Nom.

Karsa abrió los ojos, pero, aparte de eso, no se movió.

—Estamos en el cruce Culvern —continuó el daru—, una tormenta que estalla con las últimas noticias provenientes del sur. De acuerdo, es una tormenta pequeña, dado el tamaño de esta letrina de pueblo. La escoria de los nathii, que ya es decir mucho. Pero la compañía malazana está bastante emocionada. Pale acaba de caer, ¿sabes? Una gran batalla, montones de hechicería y Engendro de Luna se ha retirado, lo más probable es que se dirija a Darujhistan, de hecho. Que Beru me lleve, ojalá estuviera allí ahora mismo, viéndolo cruzar el lago, ¡qué visión! La compañía, por supuesto, piensa que ojalá hubiera estado allí para la batalla. Idiotas, pero ya sabes cómo son los soldados…

—¿Y por qué no? —soltó de repente la voz de Casco, la carreta se meció un poco y apareció el tipo—. El regimiento Ashok se merece algo mejor que estar aquí empantanado, cazando bandidos y negreros.

—El regimiento Ashok sois vosotros, he de suponer —dijo Torvald.

—Sí. Y puñeteros veteranos que somos, todos y cada uno.

—¿Entonces por qué no estáis en el sur, cabo?

Casco hizo una mueca y después se volvió con los ojos entrecerrados.

—Esa no confía en nosotros, por eso —murmuró—. Somos de Siete Ciudades y la muy zorra no confía en nosotros.

—Disculpa —dijo Torvald Nom—, pero si esa (y con «esa» supongo que te refieres a tu emperatriz) no confía en vosotros, ¿por qué os envía a casa? ¿No se supone que Siete Ciudades está al borde de la rebelión? Si hay alguna posibilidad de que os convirtáis en renegados, ¿no preferiría teneros aquí, en Genabackis?

Casco se quedó mirando a Torvald Nom.

—¿Por qué estoy hablando contigo, ladrón? Bien podrías ser uno de sus putos espías. Una garra, por ejemplo.

—Si lo soy, cabo, no me habéis estado tratando muy bien. Un detalle que me aseguraré de poner en mi informe, ese secreto, es decir, el que estoy escribiendo en secreto. Casco, ¿verdad? Como un trozo de vasija roto, ¿no? Y has llamado «zorra» a la emperatriz…

—Cállate de una vez —gruñó el malazano.

—Solo estoy constatando un punto bastante obvio, cabo.

—Eso es lo que tú te crees —se burló Casco al tiempo que se bajaba del lado de la carreta y se perdía de vista.

Torvald Nom no dijo nada durante un largo minuto, después se dirigió al uryd.

—Karsa Orlong, ¿tienes alguna idea de a qué se refería ese hombre con esa última afirmación?

Karsa habló en voz muy baja.

—Torvald Nom, escúchame bien. Un guerrero que me seguía, Delum Thord, sufrió un golpe en la cabeza. Se le quebró el cráneo y perdió sangre de pensamientos. Su mente no pudo regresar de ese camino. Quedó indefenso, inofensivo. A mí también me han golpeado en la cabeza. Tengo el cráneo quebrado y he perdido sangre de pensamientos…

—En realidad eran babas…

—Calla y escucha. Y responde, cuando quieras, con un susurro. He despertado ya, dos veces, y has observado…

Torvald lo interrumpió con un murmullo quedo.

—Que tu mente se ha perdido por el camino o algo así. ¿Es eso lo que he observado? Balbuceas palabras sin sentido, cantas canciones infantiles y cosas parecidas. De acuerdo, está bien. Te seguiré el juego con una condición.

—¿Qué condición?

—Que cuando consigas escapar, me liberes a mí también. Una tontería, podrías pensar, pero te aseguro…

—Muy bien. Yo, Karsa Orlong de los uryd, te doy mi palabra.

—Bien. Me gusta la formalidad de esa promesa. Parece hasta real.

—Lo es. No te burles de mí o te mataré una vez que te libere.

—Ah, ahora veo la cláusula escondida. Vaya, entonces debo arrancarte otro juramento…

El teblor gruñó de impaciencia, después se rindió.

—Yo, Karsa Orlong, no te mataré una vez que te libere a menos que se me den motivos.

—Explica la naturaleza de esos motivos…

—¿Son todos los daru como tú?

—No tiene que ser una lista exhaustiva. Siendo «motivo», digamos, intento de asesinato, traición y burlas, por supuesto. ¿Se te ocurre algún otro?

—Hablar demasiado.

—Bueno, con ese nos estamos metiendo en terreno gris y pantanoso, ¿no te parece? Es una cuestión de distinciones culturales…

—Creo que Darujhistan será la primera ciudad que conquiste…

—Tengo la sensación de que los malazanos llegarán antes, me temo. Claro que mi amada ciudad jamás ha sido conquistada, a pesar de ser demasiado tacaña para contratar un ejército permanente. Los dioses no solo miran a Darujhistan con ojos protectores, seguramente también beben en sus tabernas. En cualquier caso, oh, chitón, viene alguien.

Se acercaban unas botas y luego, mientras Karsa miraba con los ojos entrecerrados, el sargento Cordón trepó a la carreta y se quedó mirando con furia durante un momento a Torvald Nom.

—Desde luego no tienes pinta de ser una garra… —dijo al fin—. Pero quizá de eso se trate.

—Quizá.

La cabeza de Cordón empezó a girar hacia Karsa y el teblor cerró los ojos por completo.

—¿Ya ha recuperado el sentido?

—Dos veces. No hace más que babear y soltar ruidos de animal. Creo que le habéis dañado el cerebro, suponiendo que lo tenga.

Cordón lanzó un gruñido.

—Quizá sea lo mejor, siempre que no se nos muera en las manos. Bueno, ¿por dónde iba?

—Torvald Nom, la garra.

—Eso. Vale. Aun así, vamos a tratarte como si fueras un bandido, hasta que nos demuestres que eres otra cosa, así que te vas a las minas de otataralita con todos los demás. Es decir, si eres una garra, será mejor que lo anuncies antes de dejar Genabaris.

—Suponiendo, por supuesto —sonrió Torvald—, que mi misión no requiera que me disfrace de prisionero en las minas de otataralita.

Cordón frunció el ceño, siseó una maldición y se dejó caer por el costado de la carreta.

Después lo oyeron gritar.

—¡Meted esta maldita carreta en esa embarcación! ¡Ya!

Las ruedas crujieron con un movimiento repentino y los bueyes mugieron.

Torvald Nom suspiró, apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos.

—Juegas a un juego mortal —murmuró Karsa.

El daru abrió un ojo.

—¿Un juego, teblor? Desde luego, pero quizá no el juego que tú piensas.

Karsa gruñó, indignado.

—No desprecies con tanta rapidez…

—Pues lo haré —respondió el guerrero mientras los bueyes arrastraban la carreta por una rampa de tablones de madera—. Mis motivos serán: intento de asesinato, traición, burlas y ser una de esas garras.

—¿Y hablar demasiado?

—Al parecer tendré que sufrir esa maldición.

Torvald ladeó poco a poco la cabeza y después sonrió.

—Acepto.

De un extraño modo, la disciplina de mantener la ilusión de locura resultó ser el mayor aliado de Karsa para permanecer cuerdo. Días y luego semanas de permanecer echado, abierto de brazos y piernas y encadenado al fondo de una carreta era una tortura que no se parecía a nada de lo que los teblor pudieran haber imaginado posible. Los bichos le trepaban por el cuerpo y lo cubrían de picotazos que le escocían de forma incesante. Sabía de animales grandes de las profundidades del bosque a los que habían

vuelto locos los jejenes y los mosquitos, y al fin comprendía el suplicio.

Lo lavaban con cubos de agua helada al final de cada día y lo alimentaba el boyero que guiaba la carreta, un nathii viejo y maloliente que se agachaba junto a su cabeza con una olla de hierro ennegrecida por el humo y llena de una especie de guiso espeso y repleto de semillas. Usaba un cucharón largo de madera para verter el cereal hirviendo con sabor a malta y la carne llena de nervios en la boca de Karsa; el teblor tenía los labios, la lengua y el interior de las mejillas llenos de ampollas, la comida llegaba con demasiada frecuencia como para permitir que se le curaran.

Las comidas se convirtieron en una tortura, que solo se alivió cuando Torvald Nom convenció al boyero para que le permitiera a él encargarse de esa tarea, y la realizaba tras asegurarse de que el guiso se había enfriado lo suficiente para verterlo en la boca de Karsa. Las ampollas desaparecieron en unos pocos días.

El teblor procuraba mantener los músculos en forma a través de sesiones de flexiones, ya de madrugada, pero las articulaciones le dolían a consecuencia de la inmovilidad y contra eso no podía hacer nada.

A veces la disciplina vacilaba y sus pensamientos regresaban con el demonio que habían liberado sus compañeros y él. Esa mujer, la forkassal, se había pasado un periodo de tiempo inimaginable atrapada bajo aquella piedra inmensa. Se las había arreglado para lograr moverse un poco y sin duda se había aferrado a algún sentido prolongado de progreso a medida que arañaba y escarbaba en la piedra. Con todo, Karsa era incapaz de comprender su habilidad para soportar la locura y la muerte final que era su conclusión.

Al pensar en ella recibía una cura de humildad, su espíritu se debilitaba al pensar en su propia y creciente debilidad sometido a aquellas cadenas, tirado en los tablones toscos del fondo de la carreta que le habían dejado la piel en carne viva, con la vergüenza de ensuciarse la ropa constantemente y el simple e insoportable tormento de los piojos y las pulgas.

Torvald cogió la costumbre de hablar con él como lo haría con un niño o una mascota. Palabras tranquilizadoras, tono relajante y la maldición de hablar demasiado se convirtió en algo a lo que Karsa podía agarrarse, cada vez más desesperado por no soltarse.

Las palabras lo alimentaban, evitaban que su espíritu se muriera de hambre. Medían el ciclo de los días y las noches que pasaban, le enseñaban el idioma de los malazanos, le hacían un relato de los lugares que atravesaban. Después del cruce Culvern, llegaron a un pueblo más grande, Foso Ninsano, donde multitudes de chiquillos habían trepado a la carreta y lo habían pinchado y empujado hasta que había llegado Casco para espantarlos. Allí habían cruzado otro río. Continuaron hasta Puente Maly, un pueblo de proporciones parecidas a Foso Ninsano, y después, diecisiete días más tarde, Karsa contempló el arco de piedra de una ciudad (Tanys) que pasaba sobre él y a ambos lados, mientras la carreta bajaba meciéndose por una calle empedrada, edificios enormes de tres o cuatro pisos. Y a su alrededor, por todas partes, los sonidos de personas, más habitantes de las tierras bajas de los que Karsa habría creído posible.

Tanys era un puerto que descansaba sobre unos riscos en gradiente que se alzaban en la costa oriental del mar Malyn, donde el agua era salobre (por la sal, como la que se encontraba en varios manantiales cerca de las fronteras rathyd). Pero el mar Malyn no era un estanque diminuto y

rimbombante, era enorme y el viaje para cruzarlo hasta una ciudad llamada Malyntaeas llevó cuatro días y tres noches.

Para trasladarlo al barco tuvieron que erguir a Karsa (incluso el fondo de la carreta, ya sin ruedas) por primera vez, lo que provocó un nuevo tipo de tortura cuando las cadenas tuvieron que soportar todo su peso. Sus articulaciones chillaron en su interior y le dieron nueva voz cuando los gritos de Karsa llenaron el aire y continuaron sin cesar hasta que alguien le vertió un líquido fuerte y abrasador por la garganta, lo suficiente para llenarle el estómago, después de lo cual, su mente se hundió en las profundidades.

Cuando despertó, se encontró con que la plataforma que lo contenía continuaba erguida, atada a lo que Torvald llamaba «el palo mayor». Al daru lo habían encadenado cerca, tras haber asumido la responsabilidad del cuidado de Karsa.

El sanador del barco había frotado con pomadas las articulaciones hinchadas de Karsa y había aliviado el dolor. Pero había llegado una nueva agonía que le bramaba tras los ojos.

—¿Te duele? —murmuró Torvald Nom—. Eso se llama resaca, amigo mío. Te vertieron por la boca una vejiga entera de ron, cabrón con suerte. Vomitaste la mitad, por supuesto, pero en el intervalo se había deteriorado lo suficiente como para hacer que me contuviera y no lamiera la cubierta, lo que dejó mi dignidad intacta. Ahora los dos vamos a necesitar un poco de sombra o vamos a terminar enfebrecidos y delirando, y créeme, tú ya has delirado bastante por los dos. Por fortuna en tu lengua teblor, que entienden muy pocos de los que se hallan a bordo. Sí, de momento nos hemos separado del capitán Tierno y sus soldados. Ellos están cruzando en otro barco. Por cierto,

¿quién es Dayliss? No, no me lo digas. Has hecho toda una lista de cosas bastante horribles que tienes planeadas para Dayliss, sea quien sea esa persona. En cualquier caso, para cuando atraquemos en Malyntaeas ya deberías haberte acostumbrado al mar, lo que debería prepararte un tanto para los horrores del océano Meningalle, espero.

—¿Tienes hambre?

La tripulación, en su mayor parte malazanos, evitaban pasar junto a Karsa. A los otros prisioneros los habían encerrado abajo, pero el fondo de la carreta había resultado ser demasiado grande para la escotilla de carga y el capitán Tierno había sido muy firme en sus instrucciones: no debían liberar a Karsa bajo ninguna circunstancia, a pesar de su aparente debilidad mental. No era señal de escepticismo, le había explicado Torvald con un susurro, solo la legendaria precaución del capitán, que a decir de todos era extrema, incluso para un soldado. La ilusión parecía haber tenido éxito: a Karsa lo habían convertido de golpe en un buey inofensivo, desprovisto de cualquier destello de inteligencia en sus ojos apagados y su funesta sonrisa interminable que insinuaba una incomprensión permanente. Un gigante, en otro tiempo guerrero, ahora menos que un niño, consolado solo por el bandido encadenado, Torvald Nom, y su incesante parloteo.

—Al final tendrán que desencadenarte de ese fondo de carreta —murmuró el daru en la oscuridad, mientras el barco se iba meciendo rumbo a Malyntaeas—. Pero quizá no hasta que lleguemos a las minas. Tendrás que aguantar, Karsa Orlong, suponiendo que sigas fingiendo que has perdido el juicio y en los últimos tiempos admito que me has convencido hasta a mí. Sigues cuerdo, ¿verdad?

Karsa emitió un gruñido bajo, aunque a veces tampoco él estaba muy seguro. Algunos días se habían perdido por

completo, simples trozos en blanco en su memoria, una sensación más aterradora que cualquier otra cosa que todavía tuviera que experimentar. ¿Aguantar? No sabía si podría.

La ciudad de Malyntaeas tenía todo el aspecto de haber sido tres ciudades distintas en algún momento. Era mediodía cuando el barco entró en el puerto y, desde su posición contra el palo mayor, la vista que se abría ante Karsa carecía casi de obstáculos. Tres enormes fortificaciones de piedra dominaban tres elevaciones distintas del paisaje, el centro de una más apartada de la costa que las otras dos. Cada una poseía su propio y peculiar estilo arquitectónico. El torreón de la izquierda era achaparrado, robusto y poco imaginativo, construido con una piedra caliza dorada, casi naranja, que parecía defectuosa y manchada a la luz del sol. La fortificación del centro, envuelta en calima por el humo que se alzaba del laberinto de calles y casas que llenaban las gradas inferiores que quedaban entre las colinas, parecía más antigua, más decrépita y la habían pintado (muros, cúpulas y torres) con una capa de color rojo desvaído. La fortificación de la derecha estaba levantada justo al borde del acantilado, el mar se agitaba debajo entre rocas caídas y peñascos, el acantilado en sí podrido, repleto de agujeros y marcado por las batallas. Los proyectiles lanzados por los barcos habían azotado los muros inclinados del torreón en algún momento del pasado; unas grietas profundas irradiaban de las heridas y una de las torres cuadradas se había hundido y movido y en esos momentos se inclinaba de forma precaria hacia fuera. Con todo, había una fila de estandartes aleteando tras el muro.

Alrededor de cada torreón, ladera abajo y en los trozos inferiores y planos, los edificios atestaban cada espacio disponible, imitando el estilo concreto de la fortificación en

cuestión. Las fronteras las marcaban unas calles anchas que serpenteaban hacia el interior, donde un estilo se enfrentaba al otro en toda su retorcida extensión.

Tres tribus se habían instalado allí, dedujo Karsa cuando el barco se fue metiendo entre la multitud de barcos de pesca y los barcos de los mercaderes que flotaban en la bahía.

Torvald Nom se levantó entre un murmullo de cadenas y se rascó con vigor la enmarañada barba. Los ojos le brillaron al mirar la ciudad.

—Malyntaeas —suspiró—. Nathii, genabarii y korhivi, unos al lado de los otros. ¿Y qué evita que se tiren a la yugular? Nada, salvo el jefe supremo malazano y tres compañías del regimiento Ashok. ¿Ves ese torreón medio en ruinas de ahí, Karsa? Quedó así tras la guerra entre los nathii y los korhivi. Toda la flota nathii llenó esta bahía y se dedicó a tirar piedras contra los muros, y estaban tan ocupados intentando matarse entre sí que ni siquiera se enteraron cuando llegaron las fuerzas malazanas. Dujek Unbrazo, tres legiones del Segundo, los Abrasapuentes, y dos magos supremos. Eso era todo lo que Dujek tenía, y al final del día la flota nathii estaba en el fondo turbio de la bahía, el linaje real genabarii que se había encerrado en su castillo rojo como la sangre había muerto, todos sus miembros, y el torreón korhivi había capitulado.

El barco se estaba acercando al amarradero de un amplio muelle de piedra y los marineros iban corriendo de un sitio a otro.

Torvald estaba sonriendo.

—Todo santo y bueno, estarás pensando. La imposición por la fuerza de la paz y esas cosas. Solo que el puño de la ciudad está a punto de perder dos de sus tres compañías. Cierto, se supone que viene de camino el reemplazo. ¿Pero

cuándo? ¿De dónde vienen? ¿Cuántos son? ¿Ves lo que pasa, mi querido teblor, cuando tu tribu se hace demasiado grande? De repente, las cosas más sencillas se hacen torpes, difíciles de controlar. La confusión se filtra como una niebla y todo el mundo anda tanteando, ciego y sordo.

Una voz cacareó a la izquierda de Karsa, un poco por detrás. Apareció un oficial calvo, de piernas estevadas y con los ojos clavados en el amarradero que se acercaba, una sonrisa amarga le crispaba la boca. Se dirigió a ellos en nathii.

—El jefe de los bandidos pontifica sobre política, y habla por propia experiencia, sin duda; claro, como ha tenido que manejar a una docena de salteadores revoltosos... ¿Y por qué se lo cuentas a este necio descerebrado, eh? Ah, claro, un público cautivo que no se queja nunca.

—Bueno, siempre está eso —admitió Torvald—. ¿Es usted el primer oficial? Me preguntaba, señor, ¿más o menos cuánto tiempo nos vamos a quedar aquí, en Malyntaeas?

—Así que te lo preguntabas. Muy bien, permíteme explicarte el curso de los acontecimientos durante el próximo día o los próximos dos. Uno, ningún prisionero abandona este barco. Dos, recogemos a seis pelotones de la compañía segunda. Tres, partimos rumbo a Genabaris. Después os bajan a todos del barco y yo me deshago de vosotros.

—Percibo cierta inquietud en su persona, señor —dijo Torvald—. ¿Le preocupa acaso la seguridad en la bella Malyntaeas?

El hombre giró la cabeza poco a poco y miró al daru durante un momento antes de responder con un gruñido.

—Tú eres el que podría ser una garra. Bueno, si lo eres, añade lo siguiente a tu puñetero informe. Hay guardias carmesíes en Malyntaeas y andan soliviantando a los korhivi.

Las sombras no son seguras, y las cosas se están poniendo tan mal que las patrullas ya no van a ninguna parte a menos que haya dos pelotones como mínimo. Y ahora mandan a casa a dos tercios de los soldados. La situación de Malyntaeas está a punto de hacerse muy inestable.

—Sin ninguna duda la emperatriz haría muy mal en desoír la opinión de sus oficiales —respondió Torvald.

El primer oficial entrecerró los ojos.

—Haría mal, sin duda.

Después continuó su camino gritando a un pequeño grupo de marineros que se habían quedado sin nada que hacer.

Torvald se tiró de la barba, miró a Karsa y le guiñó un ojo.

—La Guardia Carmesí. Inquietante desde luego. Es decir, para los malazanos.

Los días desaparecieron. Cuando Karsa recuperó la conciencia una vez más, el fondo de la carreta cabeceaba descontrolada bajo él. Le ardían las articulaciones cuando el peso cambiaba de sitio y las cadenas restallaban y le sacudían brazos y piernas. Lo estaban haciendo girar por el aire, suspendido de una polea bajo un armazón crujiente de vigas de madera. Las maromas lo golpeaban todo y unas voces gritaban desde abajo. En el cielo, las gaviotas se deslizaban sobre los mástiles y las jarcias. Unas figuras se aferraban a esos aparejos y clavaban los ojos en el teblor.

La polea chirrió y Karsa vio que los marineros se iban empequeñeciendo. Unas manos sujetaron los lados del fondo de la carreta para estabilizarlo. El extremo que tenía más cerca de los pies cayó algo más y lo fue irguiendo poco a poco.

Vio ante él la cubierta media y la de proa de un barco enorme, sobre ellas se arremolinaban transportistas y estibadores, marineros y soldados. Estaban apilando provisiones, los fardos se iban metiendo bajo las cubiertas a través de escotillas abiertas.

El borde inferior de los tablones de Karsa arañó la cubierta. Gritos, un torbellino de actividad y el teblor sintió que las tablas se alzaban un poco, se mecían libres una vez más y después lo volvían a bajar, y esa vez Karsa oyó y sintió que el borde superior tropezaba con el palo mayor. Pasaron maromas por las cadenas para sujetar la plataforma en su sitio. Los trabajadores se apartaron y después se quedaron mirando a Karsa, que sonrió.

La voz de Torvald se oyó a un lado.

—Sí, es una sonrisa espeluznante, pero es inofensivo, os lo aseguro. No es necesario preocuparse, a menos, por supuesto, que seáis una panda de supersticiosos…

Se oyó un crujido sólido y el cuerpo de Torvald Nom cayó despatarrado delante de Karsa. Estaba sangrando por la nariz destrozada. El daru parpadeó con gesto estúpido, pero no intentó levantarse. Una figura grande se acercó y se colocó encima de Torvald. No era alto pero sí ancho y tenía la piel de un tono azul oscuro. Se quedó mirando desde su altura al jefe de los bandidos y después estudió el círculo de silenciosos marineros que lo miraban.

—Se llama clavar el cuchillo y retorcer —gruñó en malazano—. Y os lo ha hecho a todos y cada uno de vosotros. —Se volvió y estudió a Torvald Nom una vez más—. Otra puñalada como esa, prisionero, y haré que te corten la lengua y la claven al palo mayor. Y si tú o aquí este gigante me causáis algún problema más, te encadenaré a su lado y tiraré el trasto entero por la borda. Asiente si me entiendes.

Torvald Nom se limpió la sangre de la cara y agitó la cabeza para asentir.

El hombre de la piel azul volvió la dura mirada hacia Karsa.

—Bórrate esa sonrisa de la cara o habrá un cuchillo que te dé un beso —dijo—. Para comer no necesitas labios y a los otros mineros les dará igual una cosa que otra.

La sonrisa vacía de Karsa no vaciló.

La cara del hombre se ensombreció.

—Ya me has oído…

Torvald levantó una mano vacilante.

—Capitán, señor, si me lo permite. No lo entiende, tiene el cerebro huero.

—¡Contramaestre!

—Señor.

—Amordace al cabrón.

—Sí, capitán.

De inmediato rodearon la parte inferior de la cara de Karsa con un trapo incrustado de sal que hizo que le costara respirar.

—Pero no lo asfixiéis, idiotas.

—Sí, señor.

Los nudos se aflojaron y bajaron la tela hasta por debajo de la nariz.

El capitán se dio media vuelta.

—Y ahora, en el nombre de Mael, ¿qué estáis haciendo todos ahí parados?

Cuando los trabajadores se escabulleron y el capitán se alejó con pasos pesados, Torvald se levantó poco a poco.

—Lo siento, Karsa —murmuró con los labios partidos—. Te quitaré eso, te lo prometo. Aunque puede que me lleve un poco de tiempo. Y cuando lo haga, amigo mío, por favor, no sonrías…

«¿Por qué has acudido a mí, Karsa Orlong, hijo de Synyg, nieto de Pahlk?»

Una presencia, y seis. Caras que podrían haber sido talladas en roca, apenas visibles entre un remolino de calima. Uno y seis.

—Estoy ante ti, Urugal —dijo Karsa, una verdad que lo dejaba confuso.

«No lo estás. Solo tu mente, Karsa Orlong. Ha huido de tu prisión mortal.»

—Entonces te he fallado, Urugal.

«Fallado. Sí. Nos has abandonado así que nosotros, del mismo modo, debemos abandonarte a ti. Debemos buscar a otro, alguien con mayor fuerza. Alguien que no acepte la rendición. Alguien que no huya. Nos equivocamos, Karsa Orlong, al depositar nuestra fe en ti.»

La calima se espesó y unos colores apagados destellaron en ella. Se encontró de pie sobre una colina que se movía y crujía bajo él. De sus muñecas salían unas cadenas que bajaban por las laderas de ambos lados. Cientos de cadenas que se adentraban en las brumas del arcoíris y en los extremos invisibles de cada una había movimiento. Karsa miró hacia abajo y vio huesos bajo sus pies. Teblor. Habitantes de las tierras bajas. La colina entera no era más que huesos.

Las cadenas se aflojaron de repente.

Un movimiento entre las brumas que se fue acercando desde todas direcciones.

El terror invadió a Karsa.

Cadáveres, muchos de ellos sin cabeza, aparecieron tambaleándose. Las cadenas que ataban a las horrendas criaturas a Karsa se introducían en sus torsos a través de agujeros abiertos. Unas manos marchitas de uñas largas se

estiraban hacia él. Las apariciones comenzaron a trepar por las laderas, tropezando.

Karsa se debatió e intentó huir, pero estaba rodeado. Los propios huesos que tenía a sus pies lo sujetaban, se aferraban a sus tobillos entre ruidos y tintineos.

Un siseo, un susurro de voz que salía de gargantas podridas. «Guíanos, caudillo.»

Karsa lanzó un chillido.

«Guíanos, caudillo.»

Se acercaron trepando, con los brazos estirados y las uñas arañando el aire…

Una mano se cerró alrededor del tobillo del guerrero.

Karsa echó hacia atrás la cabeza de golpe y chocó contra la madera con un crujido estrepitoso. Tomó una bocanada de aire que se deslizó como arena por su garganta y lo asfixió. Abrió los ojos y vio ante él, mecidas por el suave balanceo de las cubiertas del barco, las figuras que permanecían inmóviles con los ojos clavados en él.

Tosió detrás de la mordaza, cada convulsión era una llamarada de fuego en los pulmones. Sentía la garganta desgarrada y se dio cuenta de que había estado gritando. Lo suficiente para provocarle un espasmo en los músculos, que se le quedaron agarrotados e impidieron el paso del aire por las vías respiratorias.

Se estaba muriendo.

El susurro de una voz en lo más profundo de su cabeza: «Quizá no te abandonemos todavía. Respira, Karsa Orlong. A menos, por supuesto, que desees encontrarte una vez más con tus muertos.»

«Respira.»

Alguien le quitó de un tirón la mordaza de la boca. El aire fresco le inundó los pulmones.

Con los ojos llenos de lágrimas, Karsa se quedó mirando a Torvald Nom. El daru estaba casi irreconocible, tan oscura tenía la piel y la barba tan crecida y enmarañada. Había usado las cadenas que sujetaban a Karsa para trepar hasta alcanzar la mordaza y en ese momento estaba gritando palabras ininteligibles que el teblor apenas oía, palabras que les lanzaba a los aterrados malazanos, que se habían quedado atónitos.

Los ojos de Karsa por fin tomaron nota del cielo que se alzaba tras la proa del barco. Había colores allí, entre nubes que corrían por el cielo, destellos y brotes, torbellinos que se desangraban de lo que parecían enormes heridas abiertas. La tormenta, si eso era aquello, dominaba el cielo entero que tenían delante. Y después vio las cadenas, cadenas que bajaban chasqueando entre las nubes para estrellarse como truenos sobre el horizonte. Cientos de cadenas, de un tamaño enorme, imposible, negras, fustigando el aire con explosiones de polvo rojo, cruzando el cielo mil veces. El horror le llenó el alma.

No había viento. Las velas colgaban inertes. El barco se mecía en unos mares perezosos e inflados. Y tenían la tormenta encima.

Se acercó un marinero con una taza de hojalata llena de agua, se la tendió a Torvald, que la cogió y la llevó a los labios llenos de costras de Karsa. El líquido salobre le entró en la boca y lo quemó como si fuera ácido. Apartó la cabeza de la taza.

Torvald le hablaba en voz baja, palabras que poco a poco se hicieron comprensibles para Karsa.

—Te dábamos por perdido hace tiempo. Solo los latidos del corazón y el pecho, que se alzaba y caía, nos decían que seguías vivo. Han pasado semanas y semanas, amigo mío. Apenas has conseguido conservar nada dentro. Ya casi no

queda nada de ti, se te notan huesos donde no debería haber hueso alguno.

»Y luego esta maldita calma chicha. Día tras día. Ni una sola nube en el cielo… hasta hace tres campanadas. Tres campanadas, cuando te revolviste, Karsa Orlong. Cuando echaste la cabeza hacia atrás y empezaste a gritar tras la mordaza. Toma, más agua, tienes que beber.

»Karsa, dicen que has sido tú el que ha invocado la tormenta. ¿Lo entiendes? Quieren que lo arregles, harán lo que sea, te quitarán las cadenas, te dejarán libre. Lo que sea, amigo mío, cualquier cosa, solo haz que se aleje esa tremenda tormenta. ¿Lo entiendes?

Allí delante, como pudo ver, los mares estaban explotando con cada latigazo de las negras y monstruosas cadenas; se levantaban chorros de agua por los aires cada vez que las cadenas volvían a retirarse hacia el cielo. Las nubes palpitaban, ondeaban, parecían inclinarse sobre el océano y cerrarse sobre ellos.

Karsa vio que el capitán malazano descendía desde la cubierta delantera, la piel azul de su rostro tenía un matiz grisáceo enfermizo.

—Esto no es ninguna tempestad bendecida por Mael, daru; es decir, que no pertenece a este sitio. —Señaló de repente, con una sacudida de un dedo tembloroso, a Karsa—. Dile que se está quedando sin tiempo. Dile que la haga irse. Una vez que lo cumpla, podremos negociar. ¡Díselo, maldito seas!

—¡Se lo he estado diciendo, capitán! —replicó Torvald—. Pero, en el nombre del Embozado, ¿cómo espera que diga que se aleje nada cuando ni siquiera estoy seguro de que sepa dónde está? Y lo que es peor, ¡ni siquiera sabemos con certeza si es el responsable!

—Comprobémoslo, entonces, ¿te parece? —El capitán giró en redondo e hizo un gesto. Una veintena de tripulantes llegó corriendo con hachas en la mano.

Bajaron a Torvald a tirones y lo arrojaron sobre la cubierta.

Las hachas partieron las gruesas maromas que ataban la plataforma al mástil. Después se adelantaron más tripulantes. Montaron una rampa que colocaron en ángulo con la regala de estribor. Colocaron unos rodillos de madera bajo la plataforma y la bajaron a tirones.

—¡Espere! —exclamó Torvald—. No puede…

—Podemos —gruñó el capitán.

—¡Al menos desencadénelo!

—De eso nada, Torvald. —El capitán agarró por el brazo a un marinero que pasaba—. Busca todo lo que poseía este gigante, todo lo que le confiscaron al mercader de esclavos. Se va todo con él. ¡Y date prisa, joder!

Las cadenas desgarraban los mares por todas partes, lo bastante cerca como para bañar de espuma el barco, cada detonación hacía que el casco, los mástiles y las jarcias temblaran.

Karsa se quedó mirando las nubes de tormenta que se desplomaban mientras arrastraban la plataforma por los rodillos y la subían por la rampa.

—¡Esas cadenas lo hundirán! —dijo Torvald.

—Quizá, o quizá no.

—¿Y si aterriza cabeza abajo?

—Entonces se ahoga y Mael puede quedarse con él.

—¡Karsa! ¡Maldito seas! ¡Deja ese juego de hacerte el loco! ¡Di algo!

El guerrero graznó dos sílabas, pero el ruido que le salió de los labios fue ininteligible hasta para él.

—¿Qué ha dicho? —preguntó el capitán.

—No lo sé —chilló Torvald—. ¡Karsa, hay que joderse, prueba otra vez!

Lo hizo, y solo consiguió emitir el mismo ruido gutural. Empezó a repetir las mismas dos sílabas una y otra vez, mientras los marineros empujaban y tiraban de la plataforma para subirla a la regala, hasta que quedó en precario equilibrio, la mitad sobre la cubierta y la otra mitad sobre el mar.

Justo sobre ellos, cuando pronunció las dos sílabas una vez más, Karsa observó el último trozo de cielo despejado que se desvanecía, como si se cerrara la boca de un túnel. Una repentina caída a la oscuridad y Karsa supo que era demasiado tarde aunque, entre el repentino silencio provocado por el miedo, la palabra surgió alta, clara y audible.

—Vete.

En los cielos, las cadenas bajaron con un chasquido, se precipitaron directamente, o eso parecía, hacia el pecho de Karsa.

Un destello cegador, una detonación, el crujido agudo de los mástiles al caerse, las vergas y las jarcias que se desplomaban. El barco entero se estaba deshaciendo bajo Karsa, bajo la plataforma en sí, que se deslizaba a toda velocidad por la regala antes de chocar contra la barandilla de la cubierta delantera, girar y después hundirse en las aguas.

El guerrero se quedó mirando la superficie verde enfermiza, palpitante, del agua.

La plataforma se estremeció completamente en su caída cuando el casco del barco de carga subió y le golpeó el borde.

Karsa le echó un vistazo al revés al barco; la cubierta desgarrada por el impacto de las enormes cadenas, los tres

mástiles desaparecidos, las formas retorcidas de los marineros visibles entre los restos, y después estaba mirando al cielo, una herida inmensa y virulenta que tenía justo encima.

Un impacto feroz y después la oscuridad.

Abrió los ojos a una penumbra suave, el romper esporádico de las olas, las tablas empapadas bajo él, que crujían cada vez que la plataforma se mecía al ritmo de los movimientos de alguien. Golpes sordos, murmullos bajos, jadeantes.

El teblor gimió. Tenía la sensación de que las articulaciones de cada miembro se le habían desgarrado por dentro.

—¿Karsa? —Torvald Nom apareció arrastrándose.

—¿Qué… qué ha pasado?

Los grilletes permanecían en las muñecas del daru, las cadenas sujetas por el otro lado a unos fragmentos rotos de la cubierta, largos como brazos.

—Qué fácil para ti, ¿no? Tú has dormido durante todo el follón —rezongó Torvald mientras se sentaba y se rodeaba las rodillas con los brazos—. Este mar es mucho más frío de lo que crees y estas cadenas tampoco ayudaron mucho. He estado a punto de ahogarme una docena de veces, pero te alegrará saber que ahora tenemos tres barriles de agua y un fardo de algo que podría ser comida, todavía tengo que quitar las ataduras. Ah, y tu espada y tu armadura, que resulta que flotan las dos, por supuesto.

El cielo tenía un aspecto antinatural, de un color gris luminoso entreverado por vetas de un peltre más oscuro, y el agua olía a arcilla y sedimentos.

—¿Dónde estamos?

—Esperaba que tú lo supieras. Yo tengo bastante claro que fuiste tú el que invocaste esa maldita tormenta para

que cayera sobre nosotros. Es la única explicación para lo que pasó…

—Yo no invoqué nada.

—Esas cadenas de relámpagos, Karsa, ni una sola falló el blanco. No quedó en pie ni un solo malazano. El barco se deshacía y tu plataforma había aterrizado boca arriba y se alejaba flotando. Yo seguía intentando liberarme cuando Silgar y tres de sus hombres salieron trepando de la bodega, arrastrando sus cadenas con ellos. El casco se había abierto y se estaba partiendo alrededor de los malnacidos. Solo uno se había ahogado.

—Me sorprende que no nos mataran.

—Tú estabas fuera de su alcance, por lo menos al principio. A mí, a mí me tiraron por la borda. Poco después, cuando había conseguido llegar a esta plataforma, los vi en el único bote de remos superviviente. Estaban rodeando el naufragio y supe que venían a por nosotros. Y entonces, por el otro lado del barco, donde yo no podía verlos, debió de pasar algo porque no volvieron a reaparecer. Se desvanecieron, bote y todo. Después el barco se hundió, aunque hay un montón de cosas que han estado volviendo a la superficie. Así que he estado reabasteciéndonos. He ido recogiendo también cuerdas y madera, todo lo que pude arrastrar hasta aquí. Karsa, tu plataforma se está hundiendo poco a poco. Ninguno de los barriles de agua está lleno, así que eso ha añadido cierta flotabilidad. Yo iré deslizando por debajo más tablones y tablas, que también debería servir de algo. No obstante…

—Rompe mis cadenas, Torvald Nom.

El daru asintió y después se pasó una mano por el pelo enmarañado y chorreante.

—Lo he comprobado, amigo mío. Va a costar bastante.

—¿Hay tierra cerca?

Torvald miró al teblor.

—Karsa, esto no es el océano Meningalle. Estamos en otro sitio. ¿Que si hay tierra cerca? Ninguna a la vista. Oí a Silgar hablar de una senda, que es uno de esos caminos que usan los hechiceros. Dijo que creía que habíamos entrado todos en una. Puede que por aquí no haya tierra. Ninguna en absoluto. Bien sabe el Embozado que no hay viento y no parece que nos movamos en ninguna dirección, los restos del navío siguen rodeándonos. De hecho, hemos estado a punto de hundirnos con él. Además, este mar es de agua dulce, pero no, no me gustaría beberla. Está llena de sedimentos. No hay peces. Ni pájaros. No hay señales de vida por ninguna parte.

—Necesito agua. Comida.

Torvald se arrastró hasta el fardo envuelto que había recuperado.

—Agua tenemos. ¿Comida? No hay garantías. Karsa, ¿invocaste a tus dioses o algo así?

—No.

—¿Qué te hizo empezar a gritar así, entonces?

—Un sueño.

—¿Un sueño?

—Sí. ¿Hay comida?

—Eh, no estoy seguro, es sobre todo relleno… alrededor de una caja pequeña de madera.

Karsa escuchó los sonidos de algo que se rasgaba cuando Torvald arrancó el relleno.

—Hay una marca hecha a fuego. Parece… moranthiana, creo. —Abrió la tapa a la fuerza—. Más relleno y una docena de bolas de arcilla… con tapones de cera encima… Oh, Beru nos libre… —El daru se apartó del paquete—. Por la lengua chorreante del Embozado. Creo que sé lo que son. Jamás he visto ninguno, pero he oído hablar de ellos, ¿y quién no?

Bueno… —Se echó a reír de repente—. Si vuelve a aparecer Silgar y viene a por nosotros, se va a llevar una buena sorpresa. Como cualquier otro que quiera crear problemas. —Se adelantó otra vez un poco y volvió a poner con cuidado el relleno antes de cerrar la tapa.

—¿Qué has encontrado?

—Municiones alquímicas. Armas de guerra. Las arrojas, a ser posible lo más lejos que puedas. La arcilla se casca y los productos químicos del interior explotan. Lo que no quieres que pase es que se te rompa uno en la mano o a los pies. Porque entonces estás muerto. Los malazanos han estado usándolos en la campaña genabackana.

—Agua, por favor.

—Bien. Hay un cucharón por aquí… en alguna parte… lo encontré.

Un momento después Torvald se cernía sobre Karsa y el teblor bebió, poco a poco, todo el agua del cucharón.

—¿Mejor?

—Sí.

—¿Más?

—Todavía no. Suéltame.

—Tengo que volver al agua primero, Karsa. Necesito meter unas tablas bajo esta balsa.

—Muy bien.

No parecía haber día ni noche en aquel extraño lugar; el cielo cambiaba de color de vez en cuando, como si lo sacudieran unos vientos altos y lejanos, las vetas de peltre se retorcían y estiraban, pero, aparte de eso, no había cambio alguno. El aire que rodeaba la balsa permanecía inmóvil, húmedo y frío y de un espesor extraño.

Los rebordes que anclaban las cadenas de Karsa estaban por debajo y lo sujetaban de igual modo a como lo encadenaban en la trinchera de esclavos de Lago de Plata. Los mismos grilletes habían sido soldados para cerrarlos. El único recurso de Torvald era intentar agrandar los agujeros de los tablones por donde pasaban las cadenas usando una hebilla de hierro para hurgar en la madera.

Meses de encarcelamiento lo habían debilitado, obligándolo a tomarse descansos frecuentes, y la hebilla le dejaba un desastre sanguinolento en las manos, pero una vez que empezaba, el daru no se rendía. Karsa medía el paso del tiempo por los crujidos y arañazos rítmicos y observaba que cada pausa para descansar se alargaba más, hasta que la respiración de Torvald le dijo que el daru había caído en un sueño exhausto. Entonces, la única compañía del teblor fue el quebrar hosco del agua que pasaba de un lado a otro por la plataforma.

A pesar de toda la madera que Torvald había colocado debajo, la balsa seguía hundiéndose y Karsa sabía que el daru no podría liberarlo a tiempo.

Hasta entonces jamás había temido a la muerte, pero en ese momento supo que Urugal y las otras Caras en la Roca abandonarían su alma, se la dejarían a la venganza hambrienta de aquellos miles de cadáveres espeluznantes. Supo que su sueño le había revelado un destino que era real, e inevitable. E inexplicable. ¿Quién había lanzado a esas horribles criaturas contra él? Teblor no muertos, habitantes de las tierras bajas también no muertos, guerreros y niños, un ejército de cadáveres, todos encadenados a él. ¿Por qué?

«Guíanos, líder.»

¿Adónde?

Y resultaba que se iba a ahogar. Allí, en ese lugar desconocido, muy lejos de su aldea. Sus reivindicaciones de gloria, sus votos, todo se burlaba de él con un susurro, un coro de crujidos sordos, gemidos suaves…

—Torvald.

—Eh… ¿qué? ¿Qué pasa?

—Oigo otros sonidos…

El daru se sentó de golpe y parpadeó para quitarse la costra de cieno de los ojos. Miró a su alrededor.

—¡Beru nos libre!

—¿Qué ves?

El daru había clavado los ojos en algo que había detrás de la cabeza de Karsa.

—Bueno, al parecer aquí hay corrientes, después de todo, aunque ¿quién se ha movido? Barcos, Karsa, una veintena o más, todos inmóviles en el agua, como nosotros. Naufragios flotantes. No se aprecia nada encima… que yo vea de momento. Da la impresión de que hubo una batalla. Con hechicería de sobra disparada de un lado a otro…

Un movimiento imposible de discernir puso la fantasmal flotilla a la vista de Karsa, una imagen que quedó de lado a su derecha. Había dos estilos distintos de navíos. Unos veinte eran bajos y de líneas puras, la madera pintada sobre todo de negro, aunque allí donde se habían producido impactos, colisiones y daños, se veía el rojo natural del cedro como heridas abiertas. Muchos de esos barcos estaban muy bajos en el agua, unos cuantos con las cubiertas inundadas. Tenían un solo mástil y las velas cuadradas, las velas rasgadas y hechas jirones eran también negras y relucían bajo la luz diáfana. Los seis barcos restantes eran más grandes, de cubiertas altas y con tres mástiles. Los habían construido con una madera que era negra de verdad (no pintada) como lo demostraban los tajos y los tablones

partidos que estropeaban los cascos anchos de vientre grueso. Ni uno solo de estos últimos barcos estaba nivelado sobre el agua, todos se inclinaban hacia un lado u otro y dos de ellos con ángulos muy marcados.

—Deberíamos subir a unos cuantos —dijo Torvald—. Habrá herramientas, quizás incluso armas. Podría acercarme nadando… ahí, a ese corsario. Todavía no está inundado y veo muchos restos.

Karsa notó la vacilación del daru.

—¿Qué pasa? Ponte a nadar.

—Eh, estoy un poco preocupado, amigo mío. Me parece que no me quedan muchas fuerzas y estas cadenas que llevo encima…

El teblor no dijo nada durante un momento, después gruñó.

—Así sea. No se te puede pedir más, Torvald Nom.

El daru se volvió poco a poco y miró a Karsa.

—¿Compasión, Karsa Orlong? ¿Es la indefensión lo que te ha llevado a eso?

—Demasiadas de tus palabras vacías, habitante de las tierras bajas. —El teblor suspiró—. No hay dones que se puedan sacar de ser…

Resonó un suave chapoteo y después alguien que escupía y se debatía, antes de que quien escupía se echara a reír. Torvald, que ya estaba junto a la balsa, se movió para quedar a la vista de Karsa.

—¡Ahora ya sabemos por qué esos barcos están ladeados así! —Y el teblor vio que Torvald estaba de pie y el agua le lamía el cuerpo a la altura del pecho—. Ahora puedo arrastrarnos hasta allí. Esto también nos dice que éramos nosotros los que flotábamos. Y hay otra cosa.

—¿Qué?

El daru había empezado a tirar de la balsa usando las cadenas de Karsa.

—Todos estos barcos quedaron varados durante la batalla, creo que buena parte de los combates cuerpo a cuerpo fueron en realidad entre los barcos, con el agua al pecho.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me rodean cuerpos por todas partes, Karsa Orlong. Los tengo contra las espinillas, rodando por las arenas… Es una sensación muy desagradable, que lo sepas.

—Levanta uno. Veamos a esos combatientes.

—Todo en su momento, teblor. Ya casi hemos llegado. Además, estos cuerpos, están, bueno, más bien blandos. Quizás encontremos algo más reconocible si hay alguno en el barco en sí. Ya está —hubo un topetazo—, aquí al lado. Un momento mientras trepo a bordo.

Karsa escuchó los gruñidos y jadeos del daru, los pies desnudos que resbalaban y revolvían, el crujido de las cadenas, seguido al fin por un golpe ahogado y seco.

Y luego silencio.

—¿Torvald Nom?

Nada.

El extremo de la balsa que tenía Karsa detrás tropezó con el casco del corsario y después empezó a flotar junto a él. El agua fresca bañó las maderas y Karsa se encogió al sentir el contacto, pero no pudo hacer gran cosa, aunque notó que se filtraba por debajo.

—¡Torvald Nom!

Su voz produjo un extraño eco.

No hubo respuesta.

Una carcajada profunda brotó de la garganta de Karsa, un sonido extrañamente desconectado de la voluntad del teblor. En un agua que, si hubiera podido levantarse, seguro

que no le cubría más allá de las caderas, él iba a ahogarse. Suponiendo que hubiera tiempo para eso. Quizá habían asesinado a Torvald Nom (sería una batalla muy extraña si no había habido supervivientes) e incluso en ese momento, sin que él lo viera, alguien estaba observando al teblor y su destino pendía de un hilo.

La balsa se acercó a la proa del barco.

Algo que arrastraba los pies y después:

—¿Pero dónde? Ah.

—¿Torvald Nom?

Pisadas que se alejaban a tropezones de la cubierta del barco.

—Perdona, amigo. Creo que debo de haberme desmayado. ¿Te estabas riendo hace un momento?

—Pues sí. ¿Qué has encontrado?

—No mucho. Todavía. Manchas de sangre, secas. Rastros que las atraviesan. Este barco lo han limpiado a conciencia. Por el Embozado del infierno... ¡te estás hundiendo!

—Y no creo que tú vayas a poder hacer nada, habitante de las tierras bajas. Déjame a mi destino. Coge el agua y mis armas...

Pero Torvald había reaparecido maroma en mano, se había deslizado por la regala junto a la alta proa y había vuelto al agua. Le costaba respirar y estuvo tanteando con la cuerda por un momento antes de conseguir deslizarla bajo las cadenas. Después la estiró y repitió el esfuerzo en el otro lado de la balsa. Una tercera vez junto al pie izquierdo de Karsa y una cuarta vuelta en el lado contrario.

El teblor podía sentir la pesada cuerda mojada que se iba arrastrando por las cadenas.

—¿Qué estás haciendo?

Torvald no respondió. Con la cuerda todavía a rastras, volvió a trepar al barco. Se produjo otro largo silencio y

después Karsa oyó movimientos una vez más y la cuerda se fue tensando poco a poco.

Aparecieron entonces la cabeza y los hombros de Torvald. El habitante de las tierras bajas estaba pálido como un muerto.

—Lo mejor que he podido hacer, amigo mío. Puede que la madera se hunda algo otra vez, pero, con un poco de suerte, no mucho. Vendré a echarte otro vistazo en un ratito. No te preocupes. No dejaré que te ahogues. Ahora voy a explorar un poco, esos cabrones no pueden habérselo llevado todo.

Después desapareció del campo visual de Karsa.

El teblor esperó sacudido por los temblores, el mar iba abrazándolo poco a poco. El agua ya le había alcanzado las orejas y había ahogado todos los sonidos salvo el torbellino inflado del agua. Vio que los cuatro trozos de cuerda se iban tensando poco a poco sobre él.

Le costaba recordar algún momento en el que sus miembros hubieran disfrutado de libertad, de movimientos sin constricción alguna, algún momento en el que sus muñecas, en carne viva y supurantes, no hubieran conocido la presa implacable del hierro de los grilletes, algún momento en el que no hubiera sentido (en lo más profundo de su cuerpo atrofiado) una debilidad inmensa, tanta fragilidad, la sangre que fluía tenue como el agua. Cerró los ojos y sintió que su mente iba desapareciendo.

Alejándose…

Urugal, me encuentro ante ti una vez más. Ante estas Caras en la Roca, ante mis dioses. Urugal…

«Yo no veo ningún teblor de pie ante mí. No veo ningún guerrero abriéndose camino entre sus enemigos, cosechando almas. No veo a los muertos apilados en el suelo, tan numerosos como un rebaño de bhederin arrojados

por un acantilado. ¿Dónde están mis regalos? ¿Quién es este que afirma servirme?»

Urugal, eres un dios sediento de sangre…

«¡Una verdad de la que siempre disfruta un guerrero teblor!»

Como yo disfruté una vez. Pero ahora, Urugal, ya no estoy tan seguro.

«¿Quién se presenta ante nosotros? ¡No es un guerrero teblor! ¡No es un sirviente mío!»

Urugal, ¿qué son esos «bhederin» de los que hablabas? ¿Qué son esos rebaños? ¿Dónde entre las tierras de los teblor…?

—¡Karsa!

Se estremeció y abrió los ojos.

Torvald Nom, con un saco de arpillera al hombro, volvía a bajar trepando. Pisó la balsa y la hundió unos milímetros más. El agua hizo escocer los rabillos de los ojos de Karsa.

El saco resonaba con unos ruidos metálicos cuando el daru lo posó en la balsa y metió la mano dentro.

—¡Herramientas, Karsa! ¡Las herramientas de un carpintero naval! —Sacó un escoplo y un mazo recubierto de hierro.

El teblor sintió que el corazón empezaba a latirle más fuerte en el pecho.

Torvald apoyó el escoplo contra un eslabón de la cadena y después empezó a golpearlo.

Una docena de porrazos, los impactos resonaban con estrépito en el aire quieto y turbio, y la cadena se partió. Su propio peso la arrastró de inmediato por el aro de hierro del grillete que sujetaba la muñeca derecha de Karsa. Después, con un susurro bajo, desapareció bajo la superficie del mar. Un dolor punzante le asaeteó el brazo cuando intentó moverlo. El teblor gruñó y perdió la conciencia.

Despertó con los sonidos de nuevos martillazos junto a su pie derecho y unas oleadas atronadoras de dolor, dolor en medio del que oyó, muy lejos, la voz de Torvald.

—Pesa mucho, Karsa. Tendrás que hacer lo imposible. Tendrás que trepar. Lo que significa darte la vuelta y ponerte a gatas. Ponerte de pie. Caminar… Oh, por el Embozado, llevas razón, voy a tener que pensar en otra cosa. En este maldito barco no hay comida por ninguna parte. —Se oyó un gran crujido y después el siseo de una cadena que se caía—. Ya está, eres libre. No te preocupes, he vuelto a atar las cuerdas a la plataforma en sí, no te vas a hundir. Libre. ¿Qué se siente? Da igual, ya te preguntaré en unos días. Con todo, eres libre, Karsa. Te lo prometí, ¿no? Que no se diga que Torvald Nom no cumple su… Bueno, eh, que no se diga que Torvald Nom no tiene miedo de nuevos comienzos.

—Muchas palabras —murmuró Karsa.

—Sí, demasiadas. Intenta moverte, por lo menos.

—Lo estoy intentando.

—Dobla el brazo derecho.

—Eso intento.

—¿Quieres que lo haga por ti?

—Poco a poco. Si perdiera el sentido, no te pares. Y hazme lo mismo en los restantes miembros.

Sintió que las manos del habitante de las tierras bajas le cogían el brazo derecho, por la muñeca y por encima del codo y después, una vez más, y por suerte, se lo tragó la oscuridad.

Cuando volvió en sí de nuevo, le habían puesto bajo la cabeza unos fardos de ropa empapada y estaba echado de lado, con los miembros encogidos. Sentía un dolor sordo en cada músculo, en cada articulación, pero al mismo tiempo parecía extraño y lejano. Levantó la cabeza lentamente.

Seguía en la plataforma. Las cuerdas que la sujetaban a la proa del barco habían evitado que se hundiera más. A Torvald Nom no se lo veía por ninguna parte.

—Apelo a la sangre de los teblor —susurró Karsa—. Todo lo que hay en mi interior debe usarse ahora para curar, para concederme fuerza. Soy ya libre. No me rendí. El guerrero permanece en mí. Permanece… —Intentó mover los brazos. Punzadas de dolor, agudas pero soportables. Cambió las piernas de postura, ahogó un grito al sentir un fuego agónico en las caderas. Un mareo que amenazó con sumirlo en el olvido una vez más… y que luego pasó.

Intentó ponerse a gatas. Cada movimiento de cada músculo fue una tortura, pero se negó a rendirse. El dolor le bañaba los miembros. Lo invadieron unas oleadas de temblores. Cerró los ojos con fuerza y siguió luchando.

No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado, pero se encontró entonces con que estaba sentado y sintió una conmoción al darse cuenta. Estaba sentado, tenía todo el peso apoyado en las posaderas y el dolor se iba desvaneciendo. Levantó los brazos, sorprendido y un poco asustado por lo flácidos que los tenía, horrorizado por su delgadez.

Mientras descansaba, miró a su alrededor. Los barcos destrozados seguían allí, los detritos se agolpaban en balsas improvisadas entre ellos. Unas velas hechas jirones colgaban en largos sudarios de los pocos mástiles que quedaban. La proa que se cernía junto a él tenía paneles atestados de tallas: figuras enzarzadas en una batalla. Las figuras tenían los miembros largos y se encontraban sobre versiones de los barcos que se parecían mucho a los corsarios de ambos lados. Sin embargo, los enemigos de aquellos relieves no eran, al parecer, los mismos a los que se habían enfrentado los propietarios del barco, pues la nave en la que viajaban

era, si acaso, más pequeña y más baja que la de los corsarios. Los guerreros se parecían mucho a los teblor, de miembros gruesos y grandes músculos, aunque en estatura eran más bajos que sus enemigos.

Un movimiento en el agua, una joroba negra resplandeciente, aletas puntiagudas que se alzaban sobre el agua y luego volvían a desaparecer. Aparecieron más de inmediato y, enseguida, la superficie del agua que quedaba entre los barcos se convirtió en un torbellino. Así que, después de todo, había vida en aquel mar, y acababa de llegar a comer.

La plataforma se sacudió bajo Karsa y lo hizo perder el equilibrio. Estiró de golpe el brazo izquierdo para sujetarse cuando empezó a caer. Un choque fuerte, un dolor insoportable…, pero el brazo aguantó.

Vio un cuerpo hinchado que apareció rodando junto a la balsa, después una forma negra, una boca ancha y sin dientes que se abría mucho, se alzaba, rodeaba el cadáver y lo tragaba entero. Un ojo pequeño y gris detrás de unos bigotes espinosos destelló de repente al pasar el enorme pez. El ojo viró para seguir a Karsa y después la criatura desapareció.

Karsa no había visto el cadáver lo suficiente como para juzgar si podía compararse a él en tamaño o era como el daru, Torvald Nom. Pero el pez podía haberse llevado a Karsa con tanta facilidad como se había llevado el cadáver.

Tenía que ponerse de pie. Y después, trepar.

Y (mientras observaba otra gigantesca forma negra que irrumpía en la superficie junto a otro barco, una forma casi tan larga como el barco en sí) tendría que hacerlo rápido.

Oyó pasos encima de él y después vio a Torvald Nom en la regala, junto a la proa.

—Tenemos que… ¡Oh, que Beru te bendiga, Karsa! ¿Puedes levantarte? No tienes elección, esos bagres son más grandes que tiburones y seguro que igual de cabritos. Ahí hay uno, acaba de pasar detrás de ti, ¡está dibujando círculos, sabe que estás ahí! ¡Levántate, usa las cuerdas!

Karsa asintió y estiró los brazos para coger la cuerda más cercana.

Una explosión de agua tras él. La plataforma se estremeció y la madera se astilló (Torvald chilló una advertencia) y Karsa supo, sin mirar por encima del hombro, que una de las criaturas acababa de levantarse y se había tirado de golpe sobre la balsa, que se había partido en dos.

Tenía la cuerda en la mano. La sujetó con todas sus fuerzas y la superficie que chapoteaba bajo él pareció desvanecerse. Una riada de agua le envolvió las piernas y le subió hasta las caderas. Karsa rodeó la misma cuerda con la otra mano.

—¡Urugal! ¡Sé testigo de mis actos!

Sacó las piernas del agua espumosa y después, poniendo una mano sobre otra, empezó a trepar. La cuerda se desprendió de los trozos de la plataforma y lo lanzó contra el casco del barco. Gruñó al sentir el impacto, pero no se soltó.

—¡Karsa! ¡Las piernas!

El teblor miró abajo y no vio nada salvo una boca inmensa que se abría con un tamaño increíble y se alzaba bajo él.

Unas manos se cerraron sobre sus muñecas, las punzadas en los hombros y las caderas lo hicieron chillar de dolor, pero Karsa se aupó con un único impulso desesperado.

La boca se cerró de golpe entre un chorro de agua lechosa.

Sus rodillas crujieron contra la regala y Karsa se debatió, frenético, durante un momento, después consiguió pasar su

peso sobre la barandilla, arrastró las piernas tras él y cayó con un golpe seco y pesado en la cubierta.

Los chillidos de Torvald continuaron arreciando y obligaron al teblor a darse la vuelta… y ver al daru luchando por aferrarse a lo que parecía una especie de arpón. Los gritos de Torvald, apenas comprensibles, parecían referirse a un sedal. Karsa echó un vistazo a su alrededor y vio que el cabo del arpón sostenía una cuerda muy fina, que llegaba hasta un montón enroscado casi al alcance del teblor. Gateó hasta allí con un gemido. Encontró el extremo y empezó a arrastrarlo hacia la proa.

Se incorporó al lado de la proa, enroscó el sedal una vez a su alrededor, y después otra y otra más. Al momento se oyó una ruidosa maldición de boca de Torvald y el rollo empezó a deshacerse. Karsa le dio una vuelta más y se las arregló para hacer una especie de medio nudo.

No esperaba que aquella fina cuerda aguantase. Se metió debajo cuando el tirón le arrancó de las manos el último trozo del rollo, que quedó tenso y vibrante.

La galera crujió, la proa se dobló de forma visible y después el barco se puso en movimiento con una sacudida y un estremecimiento cuando finalmente se desplazó por el fondo de arena.

Torvald se acercó gateando junto a Karsa.

—Por los dioses del inframundo, no pensé… ¡Esperemos que aguante! —jadeó—. ¡Si aguanta, no pasaremos hambre en mucho tiempo, no, no en mucho tiempo! —Le dio a Karsa una palmada en la espalda y luego se acercó de un tirón a la proa. Su sonrisa salvaje se desvaneció.

—Oh.

Karsa se levantó.

El extremo del arpón era visible justo delante, una uve entre las aguas picadas que se dirigía directamente a uno de

los barcos más grandes de tres mástiles. El rechinamiento cesó de repente bajo el corsario y la nave se lanzó hacia delante.

—¡A popa, Karsa! ¡A popa!

Torvald hizo un breve esfuerzo por arrastrar a Karsa, después se rindió con una maldición y se fue a la carrera a la popa de la galera.

Agitándose, luchando contra oleadas de negrura, el teblor se tambaleó tras el daru.

—¿No podías haber ensartado uno más pequeño?

El impacto los mandó a los dos al suelo, despatarrados. Un crujido terrible reverberó por toda columna de la galera y de inmediato el agua lo inundó todo, subía como espuma por las escotillas, lo barría todo por los lados. Los tablones del casco de ambos lados se separaron como dedos que todo lo tantearan.

Karsa se encontró revolviéndose en un agua que le llegaba a la cintura. Bajo él quedaba algo parecido a una cubierta. Se las arregló para levantarse como pudo. Y meciéndose frenética justo delante de él estaba su espada de palosangre. La cogió de un tirón y sintió que su mano se cerraba alrededor del conocido puño. Lo invadió el júbilo y dejó escapar un grito de guerra uryd.

Torvald apareció chapoteando junto a él.

—Si con eso el diminuto corazón de ese pez no se congeló en el acto, no se congelará con nada. Vamos, tenemos que meternos en ese otro maldito barco. Hay más de esos cabrones cercándonos.

Los dos supervivientes avanzaron como pudieron.

El barco contra el que habían chocado de costado había estado inclinado en la otra dirección. La galera se había estrellado contra su casco y había abierto un agujero inmenso antes de hacerse pedazos, la proa se había partido

con la cuerda del arpón y se había desvanecido en el interior de las cubiertas inferiores del barco.

Estaba claro que el enorme barco estaba bien encallado y la colisión no lo había sacado de la arena.

Cuando se acercaron al agujero abierto, oyeron unos chapoteos salvajes en el interior, en las profundidades de la bodega.

—¡Que el Embozado me lleve! —murmuró Torvald sin poder creérselo—. Ese bicho atravesó primero el casco. Bueno, por lo menos no nos estamos enfrentando a una criatura que tenga el don de la inteligencia. Yo diría que está atrapado ahí. Deberíamos ir de caza…

—Déjamelo a mí —gruñó Karsa.

—¿A ti? Pero si apenas te tienes en pie…

—Aun así, lo mataré.

—Bueno, ¿y no puedo mirar?

—Si insistes.

Había tres cubiertas en el casco del barco, que ellos pudieran ver, la inferior comprendía la bodega en sí y otras dos resultaban de un tamaño que se adaptaba a habitantes de las tierras bajas que fueran altos. La bodega había estado llena a medias de carga, que en ese momento salía rodando por el agua de la corriente creada por el impacto: fardos, balas y barriles.

Karsa se metió hasta la cintura en el agua y se dirigió a los ruidos de algo que se revolvía en las profundidades. Encontró al enorme pez debatiéndose en el segundo nivel, en un agua que resonaba llena de espuma y que al teblor apenas le cubría los tobillos. Unas lanzas de madera partida sobresalían de la enorme cabeza del pez, que estaba sangrando y manchando la espuma de rosa. La criatura había rodado de lado y revelaba un vientre liso y plateado.

Karsa se acercó gateando a la criatura y le hundió la espada en el abdomen. La enorme cola se giró y lo golpeó con la fuerza de la coz de un destrero. De repente se vio volando por los aires y después la pared curva del casco lo golpeó en la espalda.

Aturdido por el impacto, el teblor se hundió en el torbellino de agua. Parpadeó para quitarse las gotas de los ojos y después, sin moverse en la oscuridad, observó la agonía del pez.

Torvald apareció trepando por la bodega.

—Sigues siendo puñeteramente rápido, Karsa, me dejaste atrás. Pero veo que has cumplido con la hazaña. Hay comida entre estas provisiones…

Pero Karsa ya no oyó más, la inconsciencia se lo llevó otra vez.

Despertó con el hedor a carne putrefacta que impregnaba el aire quieto. Bajo la escasa luz, consiguió distinguir apenas el cuerpo del pez muerto enfrente de él, con el vientre abierto y un cadáver pálido que salía rodando. Oyó el sonido lejano de algo que se movía sobre él.

Mucho más allá del pez y a la derecha, se veían unos escalones empinados que subían a alguna parte.

Karsa luchó por evitar las náuseas, recogió la espada y empezó a gatear hacia las escaleras.

Terminó saliendo a la cubierta media. La superficie marcada por la hechicería estaba muy ladeada, lo suficiente para que atravesarla fuera difícil. Alguien había recogido las provisiones y las había apilado contra la barandilla inferior, donde unas cuerdas se arrastraban por el costado. El teblor hizo una pausa junto a la escotilla para recuperar el aliento y miró a su alrededor en busca de Torvald Nom, pero no se veía al daru por ninguna parte.

La magia había abierto surcos profundos en la cubierta. No había cuerpos visibles por ninguna parte ni indicaciones de la naturaleza de los propietarios del barco. La madera negra (que parecía emanar oscuridad) era de una especie que el teblor no reconoció y estaba desprovista de cualquier tipo de adorno, lo que evocaba una simplicidad pragmática. Karsa se sintió extrañamente reconfortado.

Torvald Nom apareció trepando por la barandilla de abajo. Se las había arreglado para quitarse las cadenas que llevaba acopladas a los grilletes y solo le quedaban las bandas de hierro en las muñecas y los tobillos. Le costaba respirar.

Karsa se incorporó y se apoyó en la punta de la espada para levantarse.

—¡Ah, mi gigantesco amigo, con nosotros una vez más!

—Debes de encontrar frustrante mi debilidad —rezongó Karsa.

—Era de esperar, dadas las circunstancias —dijo Torvald, que se movía entre las provisiones—. He encontrado comida. Ven a comer algo, Karsa, mientras te cuento lo que he descubierto.

El teblor bajó con lentitud por la cubierta inclinada.

Torvald sacó una hogaza de pan negro y cuadrada como un ladrillo.

—He encontrado un bote y remos, además de una vela, así que no seguiremos siendo víctimas de esta calma interminable. Tenemos agua para una semana y media si la racionamos y no pasaremos hambre, da igual lo rápido que recuperes el apetito…

Karsa cogió el pan que le ofrecía el daru y empezó a arrancar pequeños trozos. Tenía la sensación de que tenía los dientes un poco sueltos y prefería no intentar nada más allá de unos suaves mordiscos. El pan era suculento y esponjoso, relleno con trocitos de fruta dulce que sabía a

miel. El primer bocado lo dejó luchando por no vomitarlo otra vez. Torvald le pasó una bota llena de agua y después reanudó su monólogo.

—El bote tiene bancos suficientes para unas veinte personas, es espacioso para los habitantes de las tierras bajas, pero tendremos que sacar uno para que tengas sitio para las piernas. Si miras por la regala puedes verlo por ti mismo. He estado muy ocupado cargando lo que vamos a necesitar. Podríamos explorar algunos de los otros barcos, si quieres, aunque tenemos más que suficiente…

—No hace falta —dijo Karsa—. Dejemos este sitio lo antes posible.

Torvald entrecerró los ojos y miró al teblor un momento, después asintió.

—De acuerdo. Karsa, dices que no invocaste la tormenta. Muy bien. Tendré que creer, al menos, que no recuerdas haberlo hecho. Pero me preguntaba, ese culto tuyo, esas Siete Caras en la Roca o como se llamen, ¿reivindican alguna senda propia? ¿Un reino aparte de aquel en el que vivimos tú y yo y donde puedan existir?

Karsa tragó otro bocado de pan.

—Nunca he oído nada de esas sendas de las que hablas, Torvald Nom. Los Siete moran en la roca y en el mundo de los sueños de los teblor…

—Mundo de los sueños… —Torvald agitó una mano—. ¿Hay algo aquí que se parezca a ese mundo de los sueños, Karsa?

—No.

—¿Y si se hubiera… inundado?

Karsa frunció el ceño.

—Me recuerdas a Bairoth Gild. Tus palabras no tienen sentido. El mundo de los sueños teblor es un lugar sin colinas, donde el musgo y los líquenes se aferran a peñascos

medio enterrados, donde la nieve forma dunas bajas esculpidas por vientos fríos. Donde extrañas bestias de pelo castaño corren en manadas a lo lejos…

—¿Entonces tú la has visitado?

Karsa se encogió de hombros.

—Son las descripciones que nos dieron los chamanes. —Dudó un momento y luego dijo—: El lugar que visité… —Se quedó sin palabras y después sacudió la cabeza—. Diferente. Un lugar de… de brumas de colores.

—Brumas de colores. ¿Y tus dioses estaban allí?

—No eres teblor. No tengo que contarte más. Ya he hablado demasiado.

—Muy bien. Solo estaba intentando determinar dónde nos encontramos.

—Estamos en un mar, y no hay tierra.

—Bueno, sí. ¿Pero qué mar? ¿Dónde está el sol? ¿Por qué no hay noche? ¿Ni viento? ¿Qué dirección hemos de escoger?

—La dirección da igual. Cualquier dirección. —Karsa se levantó de donde había estado sentado sobre una bala—. Ya he comido suficiente por ahora. Vamos, terminemos de cargar y después salgamos de aquí.

—Como tú digas, Karsa.

El teblor se sentía más fuerte con cada día que pasaba e iba alargando sus turnos en los remos cada vez que sustituía a Torvald Nom. El mar era poco profundo y más de una vez el bote encalló en algún bajío, aunque por fortuna eran de arena y no dañaron el casco. No habían vuelto a ver a los enormes bagres, ni ninguna otra forma de vida en el agua o en el cielo, aunque ocasionalmente pasaba junto a ellos un trozo de madera a la deriva, desprovista de corteza y hojas.

Cuando Karsa recuperó las fuerzas, las provisiones de comida menguaron a toda velocidad y, aunque ninguno hablaba de ello, la desesperación se había convertido en un pasajero invisible, una tercera presencia que acallaba al teblor y al daru, que les ponía grilletes como sus antiguos captores y cuyas fantasmales cadenas se iban haciendo más pesadas.

Al comienzo habían marcado el paso de los días basándose en el equilibrio de sueño y vigilia, pero el patrón no tardó en derrumbarse cuando Karsa se aficionó a remar durante los periodos de sueño de Torvald además de relevar al cansado daru en otros momentos también. Tampoco tardó en ser evidente que el teblor requería menos descanso mientras que Torvald parecía necesitar más y más.

Los aprovisionamientos habían quedado reducidos al último barril de agua, que contenía solo un tercio de su capacidad. Karsa estaba a los remos y tiraba de los pequeños palos haciendo unos barridos anchos, sin mayor esfuerzo, entre las turbias olas. Torvald yacía acurrucado bajo la vela, sumido en un sueño inquieto.

El dolor de hombros de Karsa ya casi había desaparecido, aunque las molestias continuaban en las caderas y las piernas. Se había sumido en un patrón repetitivo desprovisto de cualquier pensamiento, inconsciente del paso del tiempo, su única preocupación era mantener un rumbo recto, lo mejor que podía al menos, dada la falta de puntos de referencia. Para dirigirlo no tenía más que el propio rastro que dejaba el bote.

Torvald abrió los ojos, inyectados en sangre, enrojecidos. Hacía mucho tiempo que había perdido su locuacidad. Karsa sospechaba que estaba enfermo, no habían sostenido ninguna conversación desde hacía horas. El daru se sentó poco a poco.

Después se puso rígido.

—Tenemos compañía —dijo, y se le quebró la voz.

Karsa metió los remos en la barca y se giró en su asiento. Un gran barco negro de tres mástiles se cernía sobre ellos, dos bancos de remos destellaban, oscuros, sobre el agua lechosa. Más allá, al borde del horizonte, corría una línea oscura y recta. El teblor cogió su espada y después se levantó poco a poco.

—Esa es la costa más extraña que he visto jamás —murmuró Torvald—. Ojalá la hubiéramos alcanzado sin compañía.

—Es un muro —dijo Karsa—. Una muralla recta, delante de ella hay una especie de playa. —Después volvió a mirar al barco que se acercaba—. Es como los que acosaban los corsarios.

—Pues sí, solo que un poco más grande. El buque insignia, diría yo, aunque no distingo bandera ni insignia alguna.

Vieron entonces unas figuras que atestaban el alto castillo de proa. Altos, aunque no tan altos como Karsa y mucho más enjutos.

—No son humanos —murmuró Torvald—. Karsa, no creo que sean muy cordiales. No es más que una sensación, desde luego. Con todo…

—No es la primera vez que veo a uno de esos —respondió el teblor—. La mitad se cayó de la barriga del bagre.

—Esa playa se mece con las olas, Karsa. Son restos. Debe de haber como dos o tres mil pasos de restos. El naufragio de un mundo entero. Como sospechaba, este mar no es de este reino.

—Pero hay barcos.

—Sí, lo que significa que tampoco es este su sitio.

Karsa se encogió con indiferencia ante tal observación.

—¿Tienes algún arma, Torvald Nom?

—Un arpón… y un mazo. ¿No intentarás hablar antes?

Karsa no dijo nada. Las dos hileras de remos se habían levantado del agua y planeaban inmóviles sobre las olas mientras el enorme barco se deslizaba hacia ellos. Los remos se hundieron de repente en el agua, que se agitó al tiempo que el barco reducía su velocidad y después se detenía por completo.

El bote emitió un ruido seco al chocar con el casco por babor, justo detrás de la proa.

Una escala de cuerda bajó serpenteando, pero Karsa, con la espada colgada al hombro, ya estaba trepando por el casco, porque lo que no faltaban eran asideros. Llegó al castillo de proa, se alzó a pulso y saltó. Sus pies encontraron la cubierta y se irguió.

Un círculo de guerreros de piel grisácea lo miraba. Más altos que los habitantes de las tierras bajas, pero todavía una cabeza más bajos que los teblor. Llevaban unos sables curvos envainados en las caderas y buena parte de las ropas estaban hechas de algún tipo de cuero, de una piel de pelo corto, oscuro y reluciente. El largo cabello castaño iba peinado con intrincadas trenzas que les colgaban y enmarcaban unos ojos angulares de múltiples tonos. Tras ellos, más abajo, en medio del barco, había un montón de cabezas cortadas: unos cuantos habitantes de las tierras bajas, pero la mayoría de rasgos parecidos a los guerreros de piel gris, aunque con la piel de color negro.

Un escalofrío gélido trepó por la columna de Karsa cuando vio que un sinfín de ojos entre las cabezas cortadas se giraban hacia él.

Uno de los guerreros de piel cenicienta soltó algo de golpe, su expresión era tan desdeñosa como su tono.

Detrás de Karsa, Torvald llegó a la barandilla.

El que hablaba parecía estar esperando algún tipo de respuesta. Cuando el silencio se prolongó, las caras de ambos lados se transformaron en muecas de desdén. El portavoz ladró una orden y señaló la cubierta.

—Esto, quiere que nos arrodillemos, Karsa —dijo Torvald—. Creo que deberíamos…

—No me arrodillé cuando estaba encadenado —gruñó Karsa—. ¿Por qué iba a hacerlo ahora?

—Porque cuento dieciséis, y quién sabe cuántos más habrá abajo. Y se están enfadando cada vez más…

—Dieciséis o sesenta —lo interrumpió Karsa—. No saben nada de luchar contra los teblor.

—¿Cómo puedes…?

Karsa vio que dos guerreros se llevaban los guanteletes a las empuñaduras de las espadas. La espada de palosangre surgió con un destello y barrió con un tajo horizontal el semicírculo entero de guerreros de piel gris. La sangre salpicó todo. Los cuerpos se tambalearon y cayeron hacia atrás, tropezaron con la barandilla baja y se precipitaron a la cubierta media.

El castillo de proa estaba más apartado de Karsa y, un paso por detrás, Torvald Nom.

Los siete guerreros que habían estado en la cubierta media retrocedieron como uno solo y después, tras desenvainar sus armas, se adelantaron.

—Estaban a mi alcance —dijo Karsa para responder a la pregunta del daru—. Por eso sé que no saben nada de luchar contra los teblor. Y ahora, da fe mientras yo tomo este barco. —Con un bramido y un salto cayó en medio del enemigo.

A los guerreros de piel gris no les faltaba habilidad, pero no les sirvió de nada. Karsa ya sabía lo que era la pérdida de libertad, no iba someterse de nuevo. La exigencia de que se

arrodillara ante aquellas criaturas demacradas y de aspecto enfermizo había disparado en él una furia feroz.

Seis de los siete guerreros estaban en el suelo; el último se había dado la vuelta gritando y corría hacia la puerta del otro extremo de la cubierta media. Se detuvo solo lo suficiente para arrancar un arpón inmenso de una rejilla cercana, girarse y lanzárselo a Karsa.

El teblor lo atrapó con la mano izquierda.

Se acercó al hombre que huía y lo derribó en el umbral de la puerta. Tras agacharse y cambiar de mano las armas (el arpón en la derecha y la espada de palosangre en la izquierda) se precipitó en la oscuridad del pasaje que había tras la puerta.

Dos escalones más abajo se encontró en una amplia cocina con una mesa de madera en el centro. Una segunda puerta en el lado contrario, un pasaje estrecho detrás, flanqueado por literas y después una puerta ornamentada que chirrió cuando Karsa la abrió de un tirón.

Cuatro atacantes, un intercambio furioso de golpes, Karsa bloqueaba con el arpón y contraatacaba con la espada de palosangre. En apenas unos momentos, cuatro cuerpos rotos agonizaban en el suelo de madera resplandeciente del camarote. Una quinta figura, sentada en una silla al otro lado de la habitación con las manos levantadas y la hechicería dibujando un torbellino en el aire.

Karsa se abalanzó con un gruñido fiero. La magia destelló, chisporroteó y después la punta del arpón se metió en el pecho de la figura, lo atravesó y se clavó en el respaldo de madera de la silla. Una mirada de incredulidad se congeló en el rostro ceniciento, los ojos se clavaron en los de Karsa una última vez, antes de que los abandonara la vida.

—¡Urugal! ¡Sé testigo de la ira de un teblor!

El silencio siguió a sus resonantes palabras y después, el lento chapoteo de la sangre que caía de la silla del hechicero a la alfombra. Algo frío invadió a Karsa, el aliento de un desconocido, sin nombre, pero lleno de cólera. El teblor se desprendió de él con un gruñido, encogiéndose de hombros, y después miró a su alrededor. De techos altos para los habitantes de las tierras bajas, el camarote del barco era de la misma madera negra. Unos faroles de aceite resplandecían en los candelabros de la pared. En la mesa había mapas y gráficos, los dibujos que había en ellos eran ilegibles para el teblor.

Un ruido en la puerta.

Karsa se volvió.

Torvald Nom entró y examinó los cadáveres tirados en el suelo, después clavó la mirada en la figura sentada con la lanza todavía empalándola.

—No tienes que preocuparte de los remeros —dijo.

—¿Son esclavos? Entonces los liberaremos.

—¿Esclavos? —Torvald se encogió de hombros—. No creo. No llevan cadenas, Karsa. Claro que tampoco tienen cabeza. Como ya te he dicho, no creo que tengamos que preocuparnos por ellos. —Se acercó sin prisas a examinar los mapas de la mesa—. Algo me dice que estos desventurados cabrones que acabas de matar estaban tan perdidos como nosotros…

—Fueron los ganadores en la batalla de los barcos.

—Para lo que les sirvió…

Karsa sacudió la sangre de la espada y respiró hondo.

—Yo no me arrodillo ante nadie.

—Yo podría haberme arrodillado dos veces y con eso quizá se hubieran dado por satisfechos. Ahora, somos tan ignorantes como antes de ver este barco. Y nosotros dos tampoco podemos manejar un barco de este tamaño.

—Nos habrían hecho a nosotros lo que hicieron con los remeros —afirmó Karsa.

—Es posible. —Miró entonces a uno de los cadáveres que tenía a los pies y se agachó lentamente—. De aspecto bárbaro, estos tipos, bueno, al menos desde el punto de vista daru. Piel de foca (auténticos marinos, entonces) y sartas de garras, dientes y conchas. ¿El de la silla del capitán era mago?

—Sí. Yo no entiendo a estos guerreros. ¿Por qué no usan espadas o lanzas? Su magia es patética, pero parecen muy seguros de ella. Y mira su expresión…

—Sorprendida, sí —murmuró Torvald. Después volvió a mirar a Karsa—. Se sienten seguros porque la hechicería suele funcionar. La mayor parte de los atacantes no sobreviven cuando los golpea la magia. Los desgarra enteros.

Karsa regresó a la puerta. Después de un momento, Torvald lo siguió.

Regresaron a la cubierta de mesana. Karsa empezó a despojar los cadáveres que había por allí tirados y cortó orejas y lenguas antes de arrojar los cadáveres desnudos por la borda.

El daru observó durante un tiempo y después se acercó a las cabezas decapitadas.

—Han estado siguiendo todo lo que haces —le dijo a Karsa— con los ojos. Es insoportable. —Quitó la piel que envolvía un fardo cercano y la dobló alrededor de la cabeza cortada más cercana, después la ató con fuerza—. La oscuridad le sentará mejor, dadas las circunstancias…

Karsa frunció el ceño.

—¿Por qué dices eso, Torvald Nom? ¿Qué preferirías tú, poder ver las cosas que te rodean o la oscuridad?

—Estos son tiste andii, aparte de unos cuantos, y esos cuantos se parecen demasiado a mí.

—¿Quiénes son esos tales tiste andii?

—Solo un pueblo. Hay algunos luchando en Genabackis, en el ejército de liberación de Caladan Brood. Un pueblo antiguo, según se dice. En cualquier caso, veneran la Oscuridad.

Karsa, cansado de repente, se sentó en los escalones que llevaban al castillo de proa.

—Oscuridad —murmuró—. Un lugar donde uno se queda ciego, extraña cosa que venerar.

—Quizás el culto más realista de todos —respondió el daru mientras envolvía otra cabeza cortada—. ¿Cuántos de nosotros nos inclinamos ante un dios con la desesperada esperanza de poder dar forma de algún modo a nuestro destino? Rezarle a esa cara conocida aleja el terror que nos inspira lo desconocido, siendo lo desconocido el futuro. Quién sabe, quizás estos tiste andii sean los únicos entre todos nosotros que ven la verdad, siendo la verdad la nada. —Sin mirarlo en ningún momento, Torvald tapó con cuidado otra cabeza de piel negra y pelo largo—. Menos mal que a estas pobres almas no les quedan gargantas con las que pronunciar sonidos, o nos encontraríamos sosteniendo un debate espeluznante.

—Dudas de tus propias palabras, entonces.

—Siempre, Karsa. En un nivel más mundano, las palabras son como dioses, un modo de mantener el terror a raya. Es muy probable que tenga pesadillas con esto hasta que mi anciano corazón al fin se rinda. Una sucesión interminable de cabezas, con ojos que todo lo ven y lo saben, a las que envolver en piel de foca. Y con cada una que ato, ¡bam!: aparece otra.

—Tus palabras no son más que tonterías.

—Oh, ¿y cuántas almas has entregado tú a la oscuridad, Karsa Orlong?

El teblor entrecerró los ojos.

—Yo no creo que fuera oscuridad lo que encontraron —respondió en voz baja.

Después de un momento apartó la vista, silenciado de golpe al darse cuenta de algo. Un año antes habría matado a alguien por decir lo que Torvald acababa de decir, si hubiera comprendido su intención de herir, cosa que ya en sí no hubiera sido muy probable. Un año antes las palabras habían sido cosas despuntadas y torpes, confinadas a un mundo simple, si bien un poco misterioso. Pero ese defecto había sido solo de Karsa, no una característica de los teblor en general, pues Bairoth Gild había lanzado contra Karsa palabras con múltiples facetas, una fuente constante de diversión para el inteligente guerrero, aunque seguramente mitigada por la ignorancia de Karsa, que jamás captaba su intención.

Las palabras incesantes de Torvald Nom (pero no, algo más que eso), todo lo que Karsa había experimentado desde que había dejado su aldea, le había servido como instrucción sobre la complejidad del mundo. La sutileza había sido una serpiente envenenada que se había deslizado invisible por toda su vida. Había hundido sus colmillos en él muchas veces, pero ni una sola Karsa había sido consciente de su origen y ni una sola había comprendido la fuente del dolor. Su veneno había recorrido todo su organismo y la única respuesta que le había dado (cuando se la daba) era la violencia, con frecuencia hacia donde no debía, un estallido en todas direcciones.

Oscuridad y ciegos vivos. Karsa volvió a mirar al daru arrodillado que envolvía las cabezas cortadas, allí en la cubierta de mesana. *¿Y quién me ha quitado a mí la venda*

de los ojos? ¿Quién ha despertado a Karsa Orlong, hijo de Synyg? ¿Urugal? No, Urugal no. Eso lo sabía con seguridad porque la rabia de otro mundo que había sentido en el camarote, ese aliento gélido que lo había barrido entero, eso le pertenecía a su dios. Un desagrado fiero, ante el que Karsa había sentido una extraña… indiferencia.

Las Siete Caras de la Roca nunca hablaban de libertad. Los teblor eran sus sirvientes. *Sus esclavos*.

—No tienes buen aspecto, Karsa —dijo Torvald, y se acercó—. Siento lo último que dije…

—No es necesario disculparse, Torvald Nom —dijo Karsa mientras se levantaba—. Deberíamos regresar a nuestro…

Se detuvo cuando lo golpearon las primeras gotas de lluvia, y después toda la cubierta. Una lluvia lechosa, cenagosa.

—¡Oh! —gruñó Torvald—. Si esta es la saliva de un dios, no cabe duda de que está enfermo.

El agua olía mal, a podrido. Cubrió de inmediato las cubiertas del barco, las jarcias y las velas raídas, con una grasa espesa y pálida.

El daru maldijo y empezó a recoger alimentos y barriles de agua para cargarlos en el bote. Karsa hizo un último circuito por las cubiertas y examinó las armas y armaduras que les había quitado a los cuerpos de piel gris. Encontró la rejilla de arpones y cogió los seis que quedaban.

El chaparrón se espesó y creó unos muros tenebrosos e impenetrables alrededor del barco. Karsa y Torvald se deslizaron por aquel cieno cada vez más profundo y reabastecieron a toda prisa el bote, después se alejaron de un empujón del casco del barco con el teblor a los remos. En unos momentos perdieron el barco de vista y a su alrededor la lluvia fue amainando. Cinco golpes de remo y la habían dejado atrás por completo, y una vez más, se encontraron en

unos mares que se mecían con suavidad bajo un cielo pálido. Por delante tenían la extraña costa, que se iba acercando poco a poco.

En el castillo de proa del inmenso barco, momentos después de que el bote con sus dos pasajeros se deslizara tras la pantalla de lluvia turbia, siete figuras casi insubstanciales se levantaron del cieno. Huesos destrozados, heridas abiertas que no sangraban, las figuras zigzagueaban con paso inseguro en la oscuridad, como si apenas fueran capaces de comprender la escena en la que habían entrado.

Una de ellas siseó de cólera.

—Cada vez que intentamos apretar el nudo un poco más…

—Él lo corta —terminó otra con tono irónico y amargo.

Una tercera bajó a la cubierta de mesana y le propinó una patada poco entusiasta a una espada desechada.

—El fracaso pertenecía a los tiste edur —aseveró esta con voz ronca—. Si se ha de promulgar un castigo, tendría que ser como respuesta a su arrogancia.

—No nos corresponde a nosotros exigirlo —soltó de repente el primero en hablar—. No somos los amos y señores de esta intriga…

—¡Ni tampoco lo son los tiste edur!

—Con todo, y a cada uno nos dan unas tareas concretas. Karsa Orlong sobrevive aún, y debe ser él nuestra única preocupación…

—Comienza a dudar.

—No obstante, su viaje continúa. Recae sobre nosotros ahora, con el poco poder que podemos ejercer, dirigir su camino y que continúe adelante.

—¡Escaso éxito hemos tenido hasta ahora!

—No es cierto. La senda Hecha Pedazos se despierta una vez más. El corazón roto del Primer Imperio empieza a sangrar, menos de un hilillo de momento, pero pronto se convertirá en una riada. Solo tenemos que poner a nuestro guerrero elegido en el rumbo adecuado…

—¿Y eso está en nuestro poder, limitado como sigue?

—Averigüémoslo. Comenzad los preparativos. Ber'ok, esparce este puñado de polvo de otataralita por el camarote, la senda del hechicero tiste edur continúa abierta y, en este lugar, no tardará en convertirse en una herida… una herida creciente. No ha llegado el momento todavía de tales revelaciones.

El que hablaba levantó entonces la mutilada cabeza y pareció olisquear el aire.

—Debemos trabajar rápido —anunció tras un momento—. Creo que nos persiguen.

Los seis restantes se volvieron para mirar al que hablaba, que asintió para responder a su silenciosa pregunta.

—Sí. Hay parientes tras nuestro rastro.

El naufragio de una tierra entera se había detenido junto al inmenso muro de piedras. Árboles arrancados, troncos toscos, tablones, vigas y trozos de carros y carretas eran visibles entre los detritos. Los márgenes estaban atestados de hierbas apelmazadas y hojas podridas que formaban una amplia planicie que se retorcía, alzaba y caía sobre las olas. El muro apenas era visible en algunos sitios, tan altos llegaban los restos, y el nivel del agua por debajo.

Torvald Nom se había colocado en la proa mientras Karsa remaba.

—No sé cómo vamos a llegar a ese muro —dijo el daru—. Será mejor que saques los remos ya, amigo mío, no vaya a

ser que encallemos en ese desastre; hay bagres por aquí.

Karsa frenó un poco el bote. Quedaron flotando, el casco de su barca rozaba la alfombra de restos. Después de unos momentos fue evidente que había una corriente que tiraba de su barca hacia la orilla.

—Bueno —murmuró Torvald—, pues es la primera vez en este mar. ¿Crees que es una especie de marea?

—No —respondió Karsa, su mirada rastreaba la extraña orilla en la misma dirección que la corriente—. Es una brecha en el muro.

—Oh. ¿Ves dónde?

—Sí, creo que sí.

La corriente los estaba arrastrando más rápido.

—Hay una hendidura en la orilla —continuó Karsa—, y muchos árboles y troncos atascados donde debería estar el muro, ¿no oyes el rugido?

—Sí, ahora sí. —La tensión ribeteaba las palabras del daru. Se irguió en la proa—. Ya la veo. Karsa, sería mejor que...

—Sí, será mejor que lo esquivemos. —El teblor se volvió a colocar a los remos y apartó el bote del borde. El casco tiraba con pereza bajo ellos y después empezó a torcerse. Karsa apoyaba todo el peso en cada golpe de remo mientras luchaba por recuperar el control. El agua dibujó un torbellino a su alrededor.

—¡Karsa! —gritó Torvald—. ¡Hay personas... cerca de la brecha! ¡Veo un bote naufragado!

La brecha estaba a la izquierda del teblor, que tiraba del bote para cruzar la corriente. Miró hacia donde Torvald estaba señalando y, tras un momento, enseñó los dientes.

—El mercader de esclavos y sus hombres.

—Nos están haciendo señas para que nos acerquemos.

Karsa dejó de arrastrar el agua con el remo izquierdo.

—No podemos vencer a la corriente —anunció y le dio la vuelta al bote—. Cuanto más avanzamos, más fuerte se hace.

—Creo que eso es lo que le pasó a la barca de Silgar, se las arreglaron para encallarla justo a este lado de la desembocadura y en el proceso la desfondaron. Deberíamos intentar evitar un destino parecido, Karsa, si podemos, claro.

—Entonces, vigila por si hay troncos sumergidos —recomendó el teblor mientras orientaba el bote hacia la orilla—. Dime también, ¿los habitantes de las tierras bajas están armados?

—No que yo vea —respondió Torvald después de un momento—. Parecen hallarse en, eh, bueno, bastante mal estado. Están encaramados a una pequeña isla de troncos. Silgar, Damisk y otro… Borrug, creo. Dioses, Karsa, están muertos de hambre.

—Coge un arpón —gruñó el teblor—. El hambre bien podría llevarlos a la desesperación.

—Un toque hacia la orilla, ya casi estamos.

Se oyó un suave crujido en el casco y después un movimiento seco, un temblor cuando la corriente intentó arrastrarlos por el borde. Torvald salió de la embarcación con unas cuerdas en una mano y el arpón en la otra. Más allá, vio Karsa cuando se dio la vuelta, se acurrucaban los tres nathii sin hacer nada por ayudar y, si acaso, apartándose todo lo que podían sobre la isla de marañas. El rugido de la brecha seguía siendo un trueno todavía lejano, aunque algo más cerca comenzaban a percibirse unas grietas siniestras, desgarros y ruidos de movimientos, el atasco de troncos estaba disminuyendo.

Torvald aceleró el bote con una madeja de cuerdas atadas a varias ramas y raíces. Karsa saltó a la orilla, sacó la espada de palosangre y posó los ojos en Silgar.

El mercader de esclavos intentó apartarse todavía más.

Cerca de los tres demacrados habitantes de las tierras bajas yacían los restos de un cuarto, con los huesos limpios de toda carne.

—¡Teblor! —le imploró Silgar—. ¡Debes escucharme!

Karsa avanzó poco a poco.

—¡Puedo salvarnos!

Torvald tiró del brazo de Karsa.

—Espera, amigo, oigamos al muy cabrón.

—Dirá cualquier cosa —gruñó Karsa.

—Con todo…

Habló entonces Damisk Perrogrís.

—¡Karsa Orlong, escucha! Esta isla se está desgarrando, todos necesitamos tu barca. Silgar es mago, puede abrir un portal. Pero no si se está ahogando. ¿Entiendes? ¡Puede sacarnos de este reino!

—Karsa —dijo Torvald, el daru vacilaba al moverse los troncos bajo él y se sujetaba con más fuerza al brazo del teblor.

Karsa bajó la cabeza y miró al daru que tenía al lado.

—¿Confías en Silgar?

—Por supuesto que no. Pero no tenemos alternativa, no creo que sobreviviéramos a una caída por esa brecha con el bote. Ni siquiera sabemos qué altura tiene este muro, la caída por el otro lado podría ser interminable. Karsa, nosotros estamos armados y ellos no, además, están demasiado débiles para darnos problemas, eso lo ves, ¿no?

Silgar chilló cuando una gran sección del atasco de troncos se hundió justo tras él.

Karsa frunció el ceño y envainó la espada.

—Empieza a desatar la barca, Torvald. —Les hizo una seña a los habitantes de las tierras bajas—. Venid, pues. Pero has de saber una cosa, mercader de esclavos, cualquier

señal de traición por tu parte y serán tus huesos los que limpien tus amigos.

Damisk, Silgar y Borrug se adelantaron gateando a toda prisa.

La sección entera de restos se estaba apartando, se rompía por los bordes a medida que la corriente se la iba llevando. Era obvio que la brecha se estaba expandiendo, ensanchando bajo la presión de un mar entero.

Silgar entró trepando y se agazapó junto a la proa del bote.

—Abriré un portal —anunció con voz ronca—. No puedo hacerlo más que una vez…

—¿Entonces por qué no os fuisteis hace mucho tiempo? —preguntó Torvald mientras soltaba la última cuerda y volvía a trepar a bordo.

—No había sendero antes, ahí en el mar. Pero ahora, aquí… alguien ha abierto una puerta. Cerca. El tejido está… debilitado. Yo no tengo la habilidad necesaria para abrirlo, pero puedo seguirlo.

El bote se apartó arrastrándose de la isla que se desmoronaba y dibujó un giro frenético en la corriente que los llevaba. Karsa tiró y empujó con los remos para orientar la proa hacia el torrente.

—¿Seguirlo? —repitió Torvald—. ¿Adónde?

A eso Silgar se limitó a sacudir la cabeza.

Karsa abandonó los remos, se dirigió a popa y cogió el timón con las dos manos.

Recorrieron el mar revuelto y agitado del naufragio rumbo a la brecha. Allí donde el muro había cedido se veía una nube ocre de bruma tan inmensa y alta como una tormenta. Detrás, no parecía haber nada en absoluto.

Silgar estaba haciendo gestos con las dos manos, las estiraba como un ciego que buscase el cerrojo de una

puerta. Después señaló con un dedo a la derecha.

—¡Allí! —chilló mientras le lanzaba una mirada salvaje a Karsa—. ¡Allí! ¡Llévanos allí!

El lugar que señalaba Silgar no parecía muy diferente de todos los demás. Justo detrás, el agua se desvanecía sin más, una línea titubeante que era la brecha en sí. Karsa se encogió de hombros y empujó el timón. Adónde fueran, a él le importaba poco. Si Silgar fallaba, se precipitarían, caerían la distancia que fuera y se estrellarían entre un torbellino de espuma que los mataría a todos.

Observó que todos salvo Silgar se agachaban, mudos de terror.

El teblor sonrió.

—¡Urugal! —bramó y se levantó a medias cuando el bote se lanzó hacia el borde.

La oscuridad se los tragó.

Y después se encontraron cayendo.

Un crujido estrepitoso, explosivo. El mango del timón se partió bajo las manos de Karsa y después la popa se estrelló contra él por detrás, lanzando al teblor hacia delante. Chocó contra el agua un momento después, el impacto lo hizo jadear (le entró en la boca un trago de agua salada) antes de precipitarse en una negrura fría.

Se debatió por subir hasta que sacó la cabeza a la superficie, pero no hubo reducción alguna de la oscuridad, como si se hubieran metido en un pozo o hubieran aparecido dentro de una cueva. Cerca, alguien tosía, indefenso, mientras que un poco más allá, otro superviviente agitaba manos y piernas.

Varios restos rozaron a Karsa. El bote se había hecho pedazos aunque el teblor estaba bastante seguro de que la caída no había sido demasiado larga, habían llegado a una altura de quizá dos guerreros adultos combinados. A menos

que el barco hubiera chocado con algo, debería haber sobrevivido.

—¡Karsa!

Todavía tosiendo, Torvald Nom se acercó al teblor. El daru había encontrado el astil de uno de los remos y le había pasado los brazos por encima.

—¿Qué crees tú que ha sucedido, en el nombre del Embozado?

—Atravesamos esa puerta de hechicería —explicó Karsa—. Eso debería ser obvio, ya que estamos en otro sitio.

—No resulta tan sencillo —contestó Torvald—. La pala de este remo, aquí, mira el extremo.

El teblor se encontró con que flotaba con comodidad en aquella agua salada y no le llevó mucho nadar hasta el extremo del astil. Lo habían atravesado, como si lo hubiera golpeado un único tajo de una espada de hierro como las que usaban los habitantes de las tierras bajas. Karsa lanzó un gruñido.

Los sonidos lejanos de alguien que se agitaba se habían acercado más. Desde mucho más lejos se oyó la voz de Damisk, que los llamaba.

—¡Aquí! —le contestó Torvald con un grito.

Una forma apareció a su lado. Era Silgar, aferrado a uno de los barriles de agua.

—¿Dónde estamos? —le preguntó Karsa al mercader de esclavos.

—¿Cómo iba a saberlo yo? —le soltó el nathii—. Yo no elaboré esa puerta, me limité a hacer uso de ella, y la mayor parte se había cerrado, que es por lo que el suelo de la barca no vino con nosotros. Se partió limpiamente. No obstante, creo que estamos en un mar, bajo un cielo cubierto de nubes. Si no hubiera luz ambiental, ahora mismo no podríamos vernos unos a otros. Bueno, no oigo costa alguna,

aunque hay tanta calma que quizá no haya olas que rocen la orilla.

—Lo que significa que podríamos estar a menos de una docena de brazadas y no saberlo.

—Sí. Por fortuna para nosotros, es un mar bastante cálido. Solo hemos de esperar al alba…

—Suponiendo que haya alba —dijo Torvald.

—La hay —afirmó Silgar—. Comprueba las capas del agua. Está más fría más abajo, donde tenemos los pies. Así que un sol ha contemplado este mar, estoy seguro.

Damisk apareció nadando, luchaba por sostener a Borrug, que parecía estar inconsciente. Cuando estiró el brazo para coger el barril de agua, Silgar lo empujó y después se apartó un poco más, pataleando con fuerza.

—¡Maese! —dijo Damisk con un grito ahogado.

—Este barril ya apenas es capaz de sostener mi peso —siseó Silgar—. Está casi lleno de agua potable, que es probable que vayamos a necesitar. ¿Qué le pasa a Borrug?

Torvald se movió para dejarle un sitio a Damisk en el astil del remo. El guardia tatuado intentó pasar los brazos de Borrug también por encima y Torvald se acercó de nuevo para ayudarlo.

—No sé lo que le pasa —dijo Damisk—. Puede que se haya golpeado la cabeza, aunque no encuentro ninguna herida. Al principio balbuceaba y se debatía, después se quedó inconsciente sin más y estuvo a punto de hundirse. Tuve suerte de poder alcanzarlo.

La cabeza de Borrug no hacía más que meterse bajo la superficie.

Karsa estiró un brazo y cogió las muñecas del hombre.

—Yo me ocupo de él —gruñó mientras se giraba y se pasaba los brazos del hombre por el cuello.

—¡Una luz! —gritó de repente Torvald—. He visto una luz… ¡allí!

Los otros se dieron la vuelta.

—Yo no veo nada —rezongó Silgar.

—La vi —insistió Torvald—. Era tenue. Y ya no está. Pero la vi…

—Seguramente tu imaginación crispada —dijo Silgar—. Si tuviera fuerzas, abriría mi senda…

—Sé lo que vi —dijo el daru.

—Guíanos entonces, Torvald Nom —dijo Karsa.

—¡Podríamos ir en la dirección equivocada! —siseó Silgar—. Es más seguro esperar…

—Entonces espera —respondió Karsa.

—Yo tengo el agua fresca, no tú…

—Un buen argumento. Tendré que matarte, entonces, dado que has decidido quedarte aquí. Podríamos necesitar esa agua, después de todo. Tú no porque estarás muerto.

—La lógica de los teblor —se rio Torvald— es maravillosa.

—Muy bien, os seguiré —dijo Silgar.

El daru se puso en marcha a un ritmo lento pero constante, pateaba bajo la superficie y empujaba el astil del remo. Damisk mantenía una mano en el trozo de madera al tiempo que hacía un extraño movimiento con las piernas, como una rana.

Karsa sujetó las muñecas de Borrug con una mano y se movió tras ellos. Llevaba la cabeza del habitante de las tierras bajas inconsciente apoyada en el hombro derecho y las rodillas del hombre tropezaban con los muslos del teblor.

A un lado y agitando los pies, Silgar empujaba el barril de agua. Karsa se dio cuenta de que el barril estaba mucho menos lleno de lo que había dicho el mercader de esclavos, podría haberlos soportado a todos con facilidad.

Aunque al teblor no le hacía falta. No estaba especialmente cansado y al parecer poseía una flotabilidad natural superior a la de los habitantes de las tierras bajas. Cada vez que inspiraba, los hombros, la parte superior de los brazos y la del pecho se alzaban sobre el agua. Y aparte de las rodillas de Borrug, que estorbaban de forma constante las patadas de Karsa, la presencia del habitante de las tierras bajas era insignificante…

Se dio cuenta entonces que había algo raro con esas rodillas. Se detuvo un momento y bajó la mano.

Las dos piernas estaban cortadas limpiamente justo por debajo de las rótulas y el agua estaba caliente a su alrededor.

Torvald echó la mirada atrás.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿Crees que hay bagres en estas aguas?

—Lo dudo —respondió el daru—. Aquella era agua dulce, después de todo.

—Bien —gruñó Karsa mientras volvía a nadar.

No se repitió la luz que había visto Torvald. Continuaron nadando en medio de la oscuridad absoluta, por aguas en perfecta calma.

—Esto es una estupidez —declaró Silgar después de un rato—. Nos estamos agotando sin propósito alguno…

—Karsa, ¿por qué preguntaste por los bagres? —exclamó Torvald.

Algo enorme y de piel áspera se alzó y aterrizó en la espalda de Karsa, un peso inmenso que lo hundió. Algo le arrancó las muñecas de Borrug de las manos, los brazos rebotaron de repente y se desvanecieron. Hundido algo más de la altura de un guerrero bajo la superficie, Karsa se viró. Uno de sus pies, al dar una patada, chocó con un cuerpo

sólido que no cedía. Usó el contacto para alejarse con un impulso y volver a la superficie.

Cuando llegó (con la espada de palosangre en la mano) vio a menos de un cuerpo de distancia un enorme pez gris; la boca de dientes irregulares se cerraba alrededor de lo poco que quedaba visible de Borrug. Una cabeza lacerada, los hombros y los brazos inertes. La gran cabeza del pez se agitaba de un lado a otro, sus extraños ojos, grandes como platos, destellaban como si estuvieran iluminados por dentro.

Se oyó un chillido detrás de Karsa y este se volvió. Tanto Damisk como Silgar pateaban con todas sus fuerzas bajo el agua en un esfuerzo por escapar. Torvald estaba de espaldas, con el remo aferrado entre las manos y las piernas dando fuertes patadas bajo la superficie; él era el único que no hacía ningún ruido aunque tenía la cara crispada de miedo.

Karsa se enfrentó al pez una vez más. El animal parecía tener problemas para tragarse a Borrug, tenía uno de los brazos del hombre atascado de lado. El pez en sí estaba casi de pie en el agua y agitaba la cabeza de un lado a otro.

Karsa lanzó un gruñido y nadó hacia él.

El brazo de Borrug se soltó cuando llegó el teblor y el cadáver desapareció en el buche de la criatura. Karsa respiró hondo y dio varias patadas fuertes, después sacó medio cuerpo del agua con un impulso y su espada de palosangre dibujó un chorro curvado cuando se precipitó contra el morro del pez.

La sangre caliente salpicó los antebrazos de Karsa.

El pez pareció lanzar hacia atrás el cuerpo entero.

Karsa se abalanzó sobre él y rodeó con las piernas el cuerpo de la criatura, justo por debajo de las aletas

laterales. El pez se apartó de golpe al sentir el contacto, pero no pudo liberarse de Karsa.

El teblor invirtió la espada, la hundió en las profundidades de la barriga de la bestia y desgarró la carne hacia abajo.

El agua se calentó de repente con sangre y bilis. El cuerpo del pez se convirtió en un peso muerto que arrastró a Karsa hacia el fondo. El guerrero envainó su espada y después, mientras se hundía con el pez bajo la superficie, metió los brazos en la herida abierta. Rodeó con una mano el muslo de Borrug, una masa destrozada de carne, y los dedos escarbaron un poco para rodear el hueso.

Karsa sacó al habitante de las tierras bajas entre una nube de líquido lechoso que hizo que le escocieran los ojos, después sacó el cuerpo con él y regresó a la superficie.

Torvald estaba gritando. Al volverse, Karsa vio al daru de pie con el agua a la cintura y agitando los dos brazos. Cerca de él, Silgar y Damisk estaban vadeando el agua y se dirigían a una especie de orilla.

Karsa se dirigió hacia allí arrastrando a Borrug con él. Media docena de brazadas y sus pies chocaron y rozaron un fondo arenoso. Se quedó quieto sin soltar una de las piernas de Borrug. Momentos después estaba en la playa.

Los otros estaban sentados o arrodillados en una pálida franja de arena e intentaban recuperar el aliento.

Karsa dejó caer el cuerpo en la playa y se quedó de pie; echó la cabeza hacia atrás y olisqueó el aire cálido y sofocante. Había un follaje pesado y exuberante tras la línea de la marea alta, repleta de conchas de la cala. El zumbido y quejido de los insectos, un susurro leve de algo pequeño que cruzaba algas secas.

Torvald se acercó arrastrándose.

—Karsa, ese hombre está muerto. Estaba muerto cuando se lo llevó el tiburón…

—Así que era un tiburón. Los marineros del barco malazano hablaban de tiburones.

—Karsa, cuando un tiburón se traga a alguien, no vas tras el pobre diablo. Está acabado…

—Estaba a mi cuidado —dijo Karsa con voz profunda—. El tiburón no tenía derecho alguno sobre él, ya estuviera muerto o vivo.

Silgar se había levantado a unos cuantos pasos de distancia. Al oír a Karsa se echó a reír con una carcajada aguda.

—¡Del vientre de un tiburón a las gaviotas y los cangrejos! —dijo—. ¡El patético espíritu de Borrug sin duda te lo agradece, teblor!

—He liberado al hombre de las tierras bajas —replicó Karsa— y ahora lo devuelvo a tu cuidado, mercader de esclavos. Si deseas dejárselo a las gaviotas y los cangrejos, la decisión es tuya. —Miró al mar oscuro una vez más, pero no vio señal alguna del tiburón muerto.

—Nadie me creería —murmuró Torvald.

—¿Creer qué, Torvald Nom?

—Oh, me estaba imaginando a mí mismo cuando sea anciano, dentro de muchos años, sentado en el bar de Quip, en Darujhistan, contando esta historia. Lo he visto con mis propios ojos y hasta a mí me cuesta creerlo. Sacaste medio cuerpo del agua cuando hundiste esa espada, supongo que ayuda tener cuatro pulmones. Con todo… —El daru sacudió la cabeza.

Karsa se encogió de hombros.

—Los bagres eran peores —dijo—. No me gustaban los bagres.

—Sugiero —exclamó Silgar— que durmamos un poco. Llegado el alba, descubriremos lo que haya que descubrir de este sitio. Por ahora, démosle gracias a Mael por seguir vivos.

—Perdona —dijo Torvald—, pero yo preferiría darle las gracias a un obstinado guerrero teblor antes que a cualquier dios marino.

—Entonces tu fe ha perdido por completo su lugar —dijo con desdén el mercader de esclavos antes de darse la vuelta.

Torvald se levantó poco a poco.

—Karsa —murmuró— deberías saber que la bestia marina elegida por Mael es el tiburón. No me cabe duda alguna de que Silgar estaba rezando con todas sus fuerzas mientras estábamos ahí fuera.

—No importa, en realidad —respondió Karsa. Respiró hondo una bocanada de aquel aire perfumado de la selva y la soltó con lentitud—. Estoy en tierra firme, y soy libre; y ahora recorreré esta playa y saborearé algo de esta nueva tierra.

—Te acompaño, entonces, amigo mío, pues creo que la luz que vi estaba a nuestra derecha, un poco por encima de esta playa, y me gustaría investigar.

—Como quieras, Torvald Nom.

Echaron a andar por la cala.

—Karsa, ni Silgar ni Damisk poseen un solo jirón de decencia. Yo, sin embargo, sí. Un jirón muy pequeño, cierto es, pero un jirón de todos modos. Así pues, gracias.

—Nos hemos salvado la vida el uno al otro, Torvald Nom, así que me complace llamarte amigo y pensar en ti como en un guerrero. No un guerrero teblor, por supuesto, pero un guerrero en cualquier caso.

El daru no dijo nada durante un buen rato. Se habían alejado bastante de Silgar y Damisk. El saliente de tierra que tenían a la derecha se alzaba en capas de piedra pálida, el muro esculpido por las olas estaba recubierto de enredaderas del grueso follaje que se aferraba a la roca. Una brecha en las nubes del cielo arrojó sobre ellos la luz tenue de las estrellas, que se reflejó en el agua casi inmóvil de su izquierda. La arena que pisaban iba dando paso a una piedra lisa y ondulada.

Torvald tocó el brazo de Karsa, se detuvo y señaló ladera arriba.

—Allí —susurró.

El teblor lanzó un suave gruñido. Una torre deforme y achaparrada se alzaba sobre la maraña de arbustos. Vagamente cuadrada y con un estrechamiento marcado que terminaba en un tejado plano, la torre se encorvaba sobre la playa, una masa negra llena de nudos. Por arriba, a tres cuartas partes de la pared, en el lado que daba al mar, había una ventana triangular incrustada en las profundidades de la pared. Una luz amarilla mortecina perfilaba las tablillas combadas de las contraventanas.

Se veía con cierta claridad un sendero estrecho que serpenteaba hasta la orilla del agua y cerca (cinco pasos más allá de la marca de la marea) yacían los restos derrumbados de una barca de pesca, las cuadernas sueltas del casco sobresalían por los lados envueltas en algas y recubiertas de guano.

—¿Les hacemos una visita? —preguntó Torvald.

—Sí —respondió Karsa, que se dirigía ya al sendero.

El daru se acercó a toda prisa a su compañero.

—Pero nada de trofeos, ¿de acuerdo?

El teblor se encogió de hombros.

—Eso depende de cómo nos reciban.

—Desconocidos en una playa desolada, uno de ellos un gigante con una espada que es casi tan alta como yo. En plena noche y aporreando la puerta. Si nos reciben con los brazos abiertos, Karsa, será un milagro. Y lo que es peor todavía, no hay muchas probabilidades de que compartamos un idioma común…

—Demasiadas palabras —lo interrumpió Karsa.

Habían llegado a la base de la torre. No había entrada por el lado del mar. El camino rodeaba la estructura, un sendero trillado de polvo de piedra caliza. Enormes losas de aquella roca amarilla yacían amontonadas, muchas de ellas parecían haber sido arrastradas de otros sitios y lucían marcas de cortes y de un cincel. La torre en sí estaba construida con un material idéntico, aunque el aspecto nudoso siguió siendo un misterio hasta que Karsa y Torvald se acercaron más.

El daru estiró el brazo y pasó los dedos por una de las piedras angulares.

—Esta torre está hecha solo de fósiles —murmuró.

—¿Qué son fósiles? —preguntó Karsa mientras estudiaba las extrañas formas incrustadas en la piedra.

—Vida antigua, convertida en piedra. Me imagino que los eruditos tienen una explicación para cómo se produjo tal transformación. Pero, en fin, mi educación fue esporádica y, bueno, mal recibida. Mira, este… es una concha inmensa de algún tipo. Y ahí, esos parecen vertebrados, de una especie de bestia parecida a una serpiente…

—No son más que tallas en la roca —afirmó Karsa.

Una carcajada profunda y sonora los hizo darse la vuelta de golpe. El hombre que había en la curva del camino, a diez pasos de ellos, era enorme según la perspectiva de un habitante de las tierras bajas y tenía la piel tan oscura que parecía negra. No llevaba camisa, solo un chaleco sin mangas de una pesada cota de malla agarrotada por el

óxido. Tenía unos músculos gigantescos, desprovistos de grasa, que hacían que los brazos, los hombros y el torso parecieran hechos con cuerdas tensas. Vestía un taparrabos con cinturón de un material incoloro. Un gorro, que parecía elaborado con los restos arrancados de una capucha, le cubría la cabeza, pero Karsa pudo ver una barba gruesa entreverada de gris que le cubría la mitad inferior de la cara.

No había armas a la vista, ni siquiera un cuchillo. Los dientes destellaron con una sonrisa.

—Chillidos en el mar y ahora un par de fugitivos farfullando en daru en el patio de mi torre. —Levantó un poco la cabeza para mirar a Karsa por un instante—. Al principio pensé que eras fenn, pero no eres fenn, ¿verdad?

—Soy teblor…

—¡Teblor! Bueno, muchacho, estás muy lejos de casa, ¿no?

Torvald se adelantó un paso.

—Señor, su dominio del daru es impresionante, aunque estoy seguro de que detecto cierto acento malazano. Es más, por su color, yo me aventuraría a decir que es usted napaniano. ¿Estamos entonces en Quon Tali?

—¿No lo sabéis?

—Bueno, señor, me temo que no.

El hombre lanzó un gruñido y después se dio la vuelta por el camino otra vez.

—¡Tallas, ja!

Torvald miró a Karsa y después, con un encogimiento de hombros, echó a andar tras el hombre.

Karsa lo siguió.

La puerta estaba en el lado que daba al interior. El sendero se bifurcaba delante, una pista llevaba a la torre y la otra a un camino elevado que corría paralelo a la costa, tras el cual había una franja oscura de bosque.

El hombre empujó la puerta y se metió dentro agachando la cabeza.

Tanto Torvald como Karsa se había detenido sin querer en la bifurcación y se habían quedado mirando el enorme cráneo de piedra que formaba el dintel sobre el bajo umbral. Era tan largo como alto era el teblor y recorría toda la pared a lo ancho. Las filas de dientes afilados como dagas dejaban pequeños hasta los de un oso gris.

El hombre volvió a aparecer.

—Sí, impresionante, ¿verdad? Y además he recogido buena parte del cuerpo del muy cabrón; debería haber adivinado que sería más grande de lo que yo creía en un principio, pero fueron los antebrazos lo que encontré, ya sabéis, y son muy enclenques, así que yo me imaginaba una bestia que no era más alta que tú, teblor, pero con una cabeza de igual tamaño. No me extraña que se extinguieran, me dije. Claro que son errores como estos los que le enseñan a un hombre a ser humilde, y bien sabe el Embozado que este me dio una buena cura de humildad. Entrad, estoy haciendo un poco de té.

Torvald levantó la cabeza y le sonrió a Karsa.

—¿Ves lo que pasa cuando vives solo?

Los dos entraron en la torre.

Y se quedaron perplejos al ver lo que les aguardaba. La torre era hueca, con solo un endeble andamio que sobresalía de la pared que daba al mar, justo por debajo de la única ventana. El suelo era una alfombra gruesa y crujiente de piedrecillas. Unos palos curtidos por el tiempo se alzaban por todos lados, con varios ángulos, unidos por vigas por algunos sitios y festoneados de cuerdas. El armazón de madera rodeaba la mitad inferior de un esqueleto de piedra que se levantaba sobre dos patas de recios huesos que recordaban a las de un pájaro, terminadas en tres dedos y

con unas garras enormes. La cola era una cadena de vértebras que subían serpenteando por una de las paredes.

El hombre estaba sentado cerca de una chimenea de ladrillos, debajo del andamio, revolviendo una de las dos ollas que descansaban sobre los carbones.

—¿Veis el problema que tengo? Levanté la torre pensando que habría sitio de sobra para reconstruir este leviatán, pero no hacía más que descubrir cada vez más de esas puñeteras costillas, maldito sea el Embozado, ni siquiera puedo acoplar los omóplatos, por no hablar ya de los antebrazos, el cuello y la cabeza. Estaba planeando desmantelar la torre al final, en cualquier caso, para poder llegar al cráneo. Pero ahora todo se ha ido al garete y voy a tener que alargar el tejado, cosa complicada. Muy complicada, joder.

Karsa se acercó al fuego y se agachó para olisquear la otra olla, donde burbujeaba un líquido espeso, parecido a una sopa.

—Yo no probaría eso —dijo el hombre—. Es lo que uso para pegar los huesos. Al secarse se endurece más que la propia piedra y soporta mi peso una vez que está curado. —Encontró unas cuantas tazas de arcilla más y sirvió el té de hierbas en ellas—. También vale para hacer loza.

Torvald apartó los ojos, no sin esfuerzo, del enorme esqueleto que se cernía sobre ellos y se acercó a coger su taza.

—Yo me llamo Torvald Nom…

—¿Nom? ¿De la Casa Nom? ¿Darujhistan? Qué raro, me había parecido que eras un bandido, antes de convertirte en esclavo, claro está.

Torvald miró a Karsa e hizo una mueca.

—Son estas putas cicatrices de los grilletes, necesitamos una muda de ropa, algo con manga larga. Y mocasines que

nos lleguen por las rodillas.

—Hay muchos esclavos huidos por aquí —dijo el napaniano con un encogimiento de hombros—. Yo no me preocuparía demasiado por eso.

—¿Dónde estamos?

—Costa norte de Siete Ciudades. El mar aquel es el mar Otataral. El bosque que cubre esta península se llama A’rath. La ciudad más cercana es Ehrlitan, a unos quince días a pie al oeste de aquí.

—¿Y tú cómo te llamas, si me permites la pregunta?

—Bueno, Torvald Nom, no hay una respuesta fácil a esa pregunta. Por aquí me conocen con el nombre de Ba’ienrok, que en ehrlitano es «Guardián». Más allá, en el fiero y desagradable mundo, no se me conoce en absoluto, salvo como alguien que murió hace mucho tiempo, y así es como pienso mantenerlo. Así que, Ba’ienrok o Guardián, escoge tú.

—Guardián, entonces. ¿Qué hay en este té? Hay sabores que no reconozco y para alguien nacido y criado en Darujhistan, ya ese detalle solo es casi imposible.

—Una colección de plantas locales —respondió Guardián—. No sé cómo se llaman, no sé qué propiedades tienen, pero me gusta el sabor. Hace mucho que arranqué las que me ponían enfermo.

—Me alegro de oír eso —dijo Torvald—. Bueno, pareces saber mucho sobre ese fiero y desagradable mundo que hay ahí fuera. Daru, teblor… ¿Ese bote destrozado que se ve ahí abajo, era tuyo?

Guardián se levantó poco a poco.

—Ahora me estás poniendo nervioso, Torvald. No es buena señal que me ponga nervioso.

—Eh, bueno, no haré más preguntas, entonces.

Guardián le dio un pequeño puñetazo al hombro de Torvald, que hizo que el daru se meciera y tuviera que dar un paso atrás.

—Sabia decisión, muchacho. Creo que puedo llevarme bien con vosotros, aunque me sentiría mejor si tu silencioso amigo dijera una cosa o dos.

Torvald se frotó el hombro y se volvió hacia Karsa.

El teblor le enseñó los dientes.

—No tengo nada que decir.

—Me gustan los hombres que no tienen nada que decir —dijo Guardián.

—Por suerte para ti —gruñó Karsa—. Pues no querrías tenerme como enemigo.

Guardián se volvió a llenar la taza.

—Los he tenido peores que tú, teblor, en mis tiempos. Más feos, más grandes y peores. Claro que la mayor parte ya están muertos.

Torvald carraspeó entonces.

—Bueno, la edad nos lleva a todos al final.

—Eso es muy cierto, muchacho —dijo Guardián—. Una pena que ninguno tuviera la oportunidad de verlo por sí mismo. Bueno, supongo que tendréis hambre. Pero para comer mi comida, tenéis que hacer algo para ganárosla antes. Y eso significa ayudarme a desmantelar el tejado. No debería llevarnos más de un día o dos.

Karsa miró a su alrededor.

—No pienso trabajar para ti. Desenterrar huesos y juntarlos es una pérdida de tiempo. Es inútil.

Guardián se quedó muy quieto.

—¿Inútil? —Lo dijo sin apenas aliento.

—Es esa lamentable vena de pragmatismo teblor —se apresuró a decir Torvald—. Eso y la brusquedad propia de un

guerrero, que con frecuencia se confunde sin querer con grosería…

—Demasiadas palabras —lo interrumpió Karsa—. Este hombre desperdicia su vida con tareas estúpidas. Cuando decida que tengo hambre, cogeré comida.

Aunque el teblor anticipaba una reacción violenta por parte de Guardián y aunque Karsa tenía una mano cerca de la empuñadura de la espada de palosangre, fue incapaz de evitar el puño borroso que se disparó y chocó con las costillas inferiores del lado derecho. Crujieron unos huesos. El aire de los pulmones se le escapó con un estallido. Karsa se encorvó y se tambaleó hacia atrás, incapaz de coger aire, una oleada de dolor le oscureció la visión.

Jamás lo habían golpeado con tanta fuerza en toda su vida. Ni siquiera Bairoth Gild se las había arreglado para asestarle tamaño golpe. Al tiempo que iba perdiendo el sentido, le lanzó una mirada de auténtica y perpleja admiración a Guardián. Después se derrumbó.

Cuando despertó, el sol entraba a raudales por la puerta abierta. Se encontró tirado en la gravilla. El aire estaba lleno de polvo de argamasa que descendía del techo. Con un gemido de dolor por las costillas rotas, Karsa se sentó poco a poco. Oyó unas voces que provenían de cerca del techo de la torre.

La espada de palosangre todavía le colgaba de las correas de la espalda. El teblor se apoyó en los huesos de las patas de piedra del esqueleto y se fue poniendo en pie. Levantó la cabeza y vio a Torvald y Guardián allí arriba, manteniendo el equilibrio en el armazón de madera, justo debajo del tejado, que ya había sido desmantelado en parte. El daru miró abajo.

—¡Karsa! Te invitaría a subir, pero sospecho que este andamio no soportaría tu peso. En cualquier caso, hemos

avanzado mucho…

Guardián lo interrumpió.

—Soportará su peso. Yo subí con un torno la columna entera y eso pesa mucho más que un simple teblor. Sube aquí, muchacho, estamos listos para empezar con las paredes.

Karsa se tanteó la magulladura que le cubría las costillas inferiores del lado derecho con una forma que se parecía vagamente a un puño. Le dolía respirar y no estaba muy seguro de si sería capaz de trepar y mucho menos trabajar. Al mismo tiempo, era reacio a mostrar debilidad, sobre todo delante de aquel napaniano musculoso. Hizo una mueca y levantó los brazos hacia la viga más cercana.

La subida fue una agonía lenta y tortuosa. En las alturas, los dos habitantes de las tierras bajas lo contemplaban en silencio. Para cuando Karsa llegó a la pasarela que había bajo el techo y se arrastró hasta Guardián y Torvald, estaba bañado en sudor.

Guardián se lo había quedado mirando.

—Que el Embozado me lleve —murmuró—. Ya me sorprendió que consiguieras levantarte, teblor. Sé que rompí alguna costilla, maldita sea. —Levantó una mano entablillada y envuelta en vendas—. Yo también me rompí unos huesos. Es mi mal genio, ¿sabes? Siempre ha sido un problema. No me tomo muy bien los insultos. Será mejor que te sientes allí, nos las arreglaremos.

Karsa puso una mueca de desdén.

—Soy de la tribu uryd. ¿Crees que un simple golpecito de un habitante de las tierras bajas me preocupa? —Se irguió.

El techo había sido una sola losa de piedra caliza que sobresalía un poco de las paredes. Para quitarlo habían tenido que ir rompiendo con un cincel la argamasa de las junturas y después deslizar la losa hacia un lado hasta que

cayó y se hizo mil pedazos a los pies de la torre. Después habían ido recortando la argamasa que rodeaba los bloques grandes y toscos hasta el borde del andamio. Karsa apoyó el hombro en un lado y empujó.

Los dos hombres cogieron de golpe las correas de la espada de palosangre cuando el teblor cayó hacia delante y una enorme sección de la pared se desvaneció ante él. En el suelo se produjo una conmoción atronadora que sacudió la torre. Hubo un momento en el que pareció que el peso de Karsa iba a arrastrarlos a los tres al vacío; después, Guardián enganchó un poste con la pierna y gruñó cuando las correas se tensaron al final de un brazo. Quedaron los tres colgados durante un segundo y después el napaniano poco a poco dobló el brazo y volvió a atraer a Karsa a la plataforma.

El teblor no pudo hacer nada para ayudar, había estado a punto de desmayarse cuando había tirado las piedras y el dolor le atravesaba el cráneo con un rugido. Cayó de rodillas poco a poco.

Torvald sacó las manos de las correas con un jadeo y se sentó en las tablas combadas con un golpe seco.

Guardián se echó a reír.

—Bueno, no fue tan difícil. Muy bien, los dos os habéis ganado el desayuno.

Torvald tosió y después se dirigió a Karsa.

—Por si te lo estabas preguntando, volví a la playa al amanecer para ir a buscar a Silgar y Damisk. Pero no estaban donde los habíamos dejado. No creo que el mercader de esclavos planeara viajar con nosotros, supongo que temía por su vida en tu compañía, Karsa, y tendrás que admitir que no le falta razón. Seguí sus huellas hasta el camino de la costa. Se habían dirigido al oeste, lo que sugiere que Silgar sabía más sobre dónde estamos de lo que dijo. Quince días hasta Ehrlitan, que es un puerto

importante. Si hubieran ido al este, habrían tardado un mes o más en llegar a la ciudad más cercana.

—Hablas demasiado —dijo Karsa.

—Sí —asintió Guardián—, habla mucho. Vosotros dos habéis hecho todo un viaje, ahora sé más de lo que hubiera querido saber. Pero no hay que preocuparse, teblor. Solo me creí la mitad. Matar un tiburón, bueno, los que frecuentan esta costa son de los más grandes, lo bastante grandes para ser demasiado para los dhenrabi. Y es que a todos los pequeños se los comieron. Todavía tengo que ver uno por esta costa que no mida por lo menos el doble de tu altura, teblor. ¿Partirle a uno la cabeza con un solo golpe? ¿Con una espada de madera? ¿En aguas profundas? ¿Y cuál era la otra? ¿Unos bagres lo bastante gigantescos como para tragarse a un hombre entero? Ja, muy buena.

Torvald se quedó mirando al napaniano.

—Las dos ciertas. ¡Tan ciertas como un mundo inundado y un barco con tiste andii sin cabeza a los remos!

—Bueno, eso me lo creo, Torvald. ¿Pero el tiburón y los bagres? ¿Me tomas por tonto? Venga, vamos a bajar y a hacer algo de comer. Déjame ponerte un arnés, teblor, por si decides quedarte dormido a medio camino. Te seguimos.

Los lenguados que Guardián troceó y echó en un caldo de tubérculos llenos de féculas habían sido ahumados y salados. Para cuando Karsa terminó sus dos raciones, tenía una sed desesperada. Guardián los dirigió a un manantial natural que había cerca de la torre, donde tanto él como Torvald fueron a beber grandes tragos del agua dulce.

El daru se salpicó después la cara y se acomodó con la espalda apoyada en una palmera caída.

—He estado pensando, amigo mío —dijo.

—Deberías hacerlo más en lugar de hablar tanto, Torvald Nom.

—Es una maldición familiar. Mi padre era todavía peor. Pero por extraño que parezca, algunas ramas de la Casa Nom son justo lo contrario, no podrías sacarles una palabra ni siquiera bajo tortura. Tengo un primo, es asesino…

—Creía que habías estado pensando.

—Ah, claro. Pues sí. Ehriltan. Deberíamos ir allí.

—¿Por qué? Yo no vi nada de valor en ninguna de las ciudades por las que pasamos en Genabackis. Apestan, hay mucho ruido y los habitantes de las tierras bajas se escabullen por todas partes como ratones de risco.

—Es un puerto, Karsa. Un puerto malazano. Lo que significa que hay barcos que zarpan de allí con rumbo a Genabackis. ¿No es hora de volver a casa, amigo mío? Podríamos pagarnos el viaje trabajando. Yo, yo estoy listo para volver a los brazos de mi querida familia, el hijo perdido que ha regresado, más sabio, casi reformado. En cuanto a ti, yo diría que tu tribu estaría, bueno, encantada de tenerte de vuelta. Ahora sabes mucho, y conocimiento es lo que ellos necesitan con desesperación, a menos que quieras que lo que les pasó a los sunyd les pase a los uryd.

Karsa frunció el ceño y miró al daru un momento, después apartó la vista.

—Desde luego que regresaré con mi pueblo. Algún día. Pero Urugal sigue guiando mis pasos, lo percibo. Los secretos tienen poder siempre que sigan siendo secretos. Son palabras de Bairoth Gild, a las que no presté mucha atención en su momento. Pero ahora eso ha cambiado. Yo he cambiado, Torvald Nom. La desconfianza ha arraigado en mi alma y cuando encuentro la cara de piedra de Urugal en mi mente, cuando siento que su voluntad lucha con la mía, siento mi propia debilidad. El poder que tiene Urugal sobre

mí se encuentra en lo que no sé, en los secretos, secretos que mi propio dios quiere ocultarme. He dejado de librar esta guerra en mi alma. Urugal me guía y yo lo sigo, pues este viaje es a la verdad.

Torvald estudió al teblor con los ojos entrecerrados.

—Puede que no te guste lo que encuentres, Karsa.

—Sospecho que tienes razón, Torvald Nom.

El daru se quedó mirando durante un momento más, después se puso en pie y se cepilló la arena de la túnica andrajosa.

—Guardián es de la opinión que no se está a salvo contigo. Dice que es como si arrastraras mil cadenas invisibles tras de ti y que sea lo que sea lo que hay al final de cada una, está lleno de veneno.

Karsa sintió que la sangre se le helaba en las venas.

Torvald debió de notar un cambio en la expresión del teblor porque levantó las dos manos.

—¡Espera! Solo hablaba de pasada, en realidad no era nada, amigo mío. Solo me estaba diciendo que tuviera cuidado en tu compañía, como si yo no lo supiera. Eres el imán del Embozado… para tus enemigos, claro. En cualquier caso, Karsa, te aconsejaría que no hicieras enfadar a ese hombre. Libra por libra, es el hombre más fuerte que he conocido jamás, y te incluyo a ti. Además, si bien has recuperado algo de tu antigua fuerza, tienes media docena de costillas rotas…

—Suficientes palabras, Torvald Nom. No es mi intención atacar a Guardián. Su visión me inquieta, eso es todo. Pues la he compartido, en mis sueños. Ahora comprendes por qué he de buscar la verdad.

—Muy bien. —Torvald Nom bajó las manos y después suspiró—. Con todo, yo aconsejaría Ehrlitan. Necesitamos ropa y…

—Guardián estaba en lo cierto cuando dijo que es peligroso estar a mi lado, Torvald Nom. Y es probable que el peligro aumente. Me uniré a ti en el viaje a Ehrlitan. Después, me ocuparé de que encuentres un barco para que puedas regresar con tu familia. Hecho eso, nos separaremos. Conservaré, sin embargo, la sinceridad de tu amistad conmigo.

El daru esbozó una gran sonrisa.

—No hay más que hablar, entonces. Ehrlitan. Anda, volvamos a la torre para poder agradecerle a Guardián su hospitalidad.

Comenzaron a regresar por el camino.

—Puedes descansar tranquilo —continuó Torvald— que yo también conservaré la sinceridad de tu amistad conmigo, aunque no es probable que nadie más se lo crea.

—¿Y eso por qué? —preguntó Karsa.

—Nunca se me dio muy bien hacer amigos. Conocidos, secuaces y demás… eso era fácil. Pero mi bocaza…

—Hace huir a posibles amigos. Sí, lo entiendo. Con claridad.

—Ah, ya veo. Quieres meterme en el primer barco solo para deshacerte de mí.

—Está eso —respondió Karsa.

—Según el patético estado de mi vida, tiene sentido, claro.

Después de un momento, cuando doblaron una curva y apareció la torre a la vista, Karsa frunció el ceño y le contestó.

—Tomarse las palabras a la ligera sigue siendo difícil…

—Toda esa charla sobre la amistad provocó un momento pasajero de incomodidad. Hiciste bien en no dejarte llevar.

—No, pues lo que me gustaría decir es lo siguiente. En el barco, cuando colgaba encadenado del mástil, tú eras lo

único que me ataba a este mundo. Sin ti y tus incesantes palabras, Torvald Nom, la locura que había fingido se habría convertido en una locura real. Yo era un caudillo teblor. Me necesitaban, pero yo no necesitaba nada. Tenía seguidores, pero no aliados, y solo ahora comprendo la diferencia. Y es inmensa. Y con ello he llegado a comprender lo que significa lamentar algo. Bairoth Gild. Delum Thord. Incluso los rathyd, a los que he debilitado tanto. Cuando regrese a mi viejo camino y vuelva a las tierras de los teblor, hay heridas que tendré que curar. Y por tanto, cuando dices que es hora de regresar con tu familia, Torvald Nom, lo comprendo y mi corazón se alegra.

Guardián estaba sentado en un taburete de tres patas junto a la puerta de la torre. Un gran saco con unas correas para los hombros descansaba a sus pies, al lado de dos calabazas con unos tapones que resplandecían con la condensación. Tenía en la mano sana una bolsa pequeña que le tiró a Torvald cuando llegaron los dos hombres.

La bolsa tintineó cuando el daru la atrapó. Torvald levantó las cejas y preguntó:

—¿Qué...?

—Jakatas de plata, en su mayor parte —dijo Guardián—. También algo de moneda local, pero son de un valor muy alto, así que tened cuidado de no enseñarlas. Los rateros de Ehrlitan son legendarios.

—Guardián...

El napaniano agitó una mano.

—Escucha, muchacho. Cuando un hombre dispone su propia muerte, tiene que hacer planes por adelantado. Una vida anónima no resulta tan barata como podrías imaginar. Vacié la mitad del tesoro de Aren un día antes de mi trágico ahogamiento. Bueno, podríais arregláros las para matarme e

intentar encontrarlo, pero sería inútil. Así que dadme las gracias por mi generosidad y poneos ya en camino.

—Un día —dijo Karsa—, regresaré aquí y te lo devolveré.

—¿Los dineros o las costillas rotas?

El teblor se limitó a sonreír.

Guardián se echó a reír, después se levantó y se metió por la puerta. Un momento después lo oyeron trepar por el andamio.

Torvald recogió la alforja, se pasó las correas por los hombros y le dio una de las calabazas a Karsa.

Y los dos emprendieron el camino.

Capítulo 4



«¿Acaso el cuerpo de un ahogado napaniano ha resurgido jamás?»

La emperatriz Laseen al mago supremo Tayschrenn (tras las desapariciones)

Vida de la emperatriz Laseen

Abelard

Había aldeas en el camino de la costa, por lo general en el interior, como si los habitantes no quisieran saber nada del mar. Unas cuantas moradas de adobe, corrales endebles, cabras, perros y figuras de piel oscura ocultas en ropajes hasta los pies de tela decolorada por el sol. Las caras ocultas seguían al teblor y al daru desde las puertas, pero aparte de eso, no se movían.

Al cuarto día, en la quinta de tales aldeas, encontraron la carreta de un mercader detenida en la plaza del mercado casi vacía, y Torvald se las arregló para adquirir, por un puñado de plata, una espada antigua, de empuñadura pesada y una hoja curva pronunciada. El mercader también tenía rollos de tela a la venta, pero nada de ropa ya hecha. La empuñadura de la espada se cayó hecha pedazos poco después.

—Tengo que encontrar un artesano que talle madera —dijo Torvald después de una prolongada y bastante elaborada sarta de maldiciones. Bajaban una vez más por el

camino y el sol caía sobre ellos con fiereza desde un cielo sin nubes. El bosque se había hecho menos denso a ambos lados, era más bajo, disperso y polvoriento, y les permitía contemplar el agua turquesa del mar Otataral a su derecha y los tonos pardos del horizonte ondulado del interior—. Y juraría que ese mercader entendía malazano, a pesar de lo mal que lo hablo. Solo que no quiso admitirlo.

Karsa se encogió de hombros.

—Los soldados malazanos de Genabaris decían que Siete Ciudades se iba a rebelar contra sus ocupantes. Por eso los teblor no hacen conquistas. Mejor que el enemigo se guarde sus tierras, para que podamos atacarlas una y otra vez.

—No es la costumbre imperial —respondió el daru mientras sacudía la cabeza—. Posesión y control son como dos apetitos insaciables para algunas personas. Oh, no cabe duda de que a los malazanos se les ha ocurrido un sinfín de modos para justificar sus guerras de expansión. Es bien sabido que Siete Ciudades era un nido de ratas plagada de feudos y guerras civiles que dejaban a la mayor parte de la población sufriendo y sumida en la miseria, muerta de hambre bajo los tacones de grasientos caudillos y reyes-sacerdotes corruptos. Y que, con la conquista malazana, los matones terminaron ensartados contra las murallas de la ciudad o huidos. Y las tribus más salvajes ya no bajan de las colinas para hacer estragos entre sus parientes más civilizados. Y la tiranía de los sacerdocios quedó hecha añicos, lo que puso fin a los sacrificios humanos y la extorsión. Y, por supuesto, los mercaderes nunca han sido más ricos ni han estado más seguros en estos caminos. Así que, mirándolo bien, esta tierra está lista para rebelarse.

Karsa se quedó mirando a Torvald durante un largo rato.

—Sí —dijo después—, entiendo lo que dices.

El daru sonrió.

—Estás aprendiendo, amigo mío.

—Las lecciones de la civilización.

—Justo. No sirve de mucho intentar encontrar razones para entender por qué la gente hace lo que hace, o siente lo que siente. El odio es una hierba mala y perniciosa, arraiga en cualquier tipo de suelo y se alimenta de sí mismo.

—Con palabras.

—Así es, con palabras. Forma una opinión, exprésala con la frecuencia suficiente y muy pronto todo el mundo te estará dando la razón a ti, y después se convertirá en una convicción, alimentada por una cólera irracional y defendida con las armas del miedo. En ese punto, las palabras se convierten en inútiles y solo te queda una lucha a muerte.

Karsa lanzó un gruñido.

—Una lucha más allá de la muerte, diría yo.

—Cierto. Generación tras generación.

—¿Son todos en Darujhistan como tú, Torvald Nom?

—Más o menos. Unos malnacidos conflictivos. Nos crecemos con las discusiones, lo que significa que nunca pasamos de usar palabras. Nos encantan las palabras, Karsa, tanto como a ti te gusta cortar cabezas y coleccionar orejas y lenguas. Baja por cualquier calle, de cualquier distrito, y todos con los que hables tendrán una opinión diferente, sea cual sea el tema. Incluso sobre la posibilidad de que los conquisten los malazanos. Estaba pensando, hace un momento, en ese tiburón que se asfixiaba con el cuerpo de Borrug. Sospecho que si Darujhistan se convirtiera alguna vez en parte del Imperio de Malaz, el Imperio será como ese tiburón, y Darujhistan como Borrug. Asfixiaremos a la bestia que nos trague.

—Ese tiburón tardó mucho en asfixiase.

—Eso es porque Borrug estaba demasiado muerto para decir nada sobre el tema.

—Una distinción interesante, Torvald Nom.

—Por supuesto. Los daru somos un pueblo sutil.

Se estaban acercando a otra aldea, que se diferenciaba de las anteriores por las que habían pasado porque tenía una muralla baja de piedra que la rodeaba. Tres grandes edificios de piedra caliza se alzaban en el centro. Cerca había un corral repleto de cabras que se quejaban con estrépito del calor.

—Se diría que deberían estar por ahí sueltas —comentó Torvald cuando se acercaron.

—A menos que estén a punto de matarlas.

—¿A todas?

Karsa olisqueó el aire.

—Huelo caballos.

—Yo no veo ninguno.

El camino se estrechaba en la muralla y salvaba una zanja antes de atravesar un arco inclinado y medio derruido. Karsa y Torvald cruzaron el puente, pasaron bajo el arco y salieron a la calle principal de la aldea.

No había nadie a la vista. No del todo inusual, ya que los aldeanos por lo general se metían en sus casas ante la llegada del teblor, aunque en este caso las puertas de las moradas estaban bien cerradas y no había ni una contraventana abierta.

Karsa sacó su espada de palosangre.

—Nos hemos metido en una emboscada —dijo.

Torvald suspiró.

—Creo que tienes razón. —Había envuelto la espiga de la espada en las correas de cuero de sobra que había sacado de la alforja, un esfuerzo temporal y no del todo eficaz para convertir el arma en algo útil. El daru sacó la cimitarra de la vaina de madera agrietada.

Al otro extremo de la calle, tras los edificios grandes, aparecieron unos jinetes. Una docena, después dos y luego tres. Iban cubiertos de la cabeza a los pies en ropajes sueltos de color azul oscuro, con las caras ocultas tras unos pañuelos. Unos arcos cortos y curvos, con las flechas preparadas, apuntaban a Karsa y Torvald.

Detrás de ellos se oyeron los cascos de unos caballos que los hicieron girarse para ver una veintena de jinetes más que pasaban bajo el arco, algunos con arcos, otros con lanzas.

Karsa frunció el ceño.

—¿Son muy eficaces esos arcos diminutos? —le preguntó al daru, que seguía a su lado.

—Lo suficiente para meter las flechas por cotas de malla —respondió Torvald mientras bajaba la espada—. Y, de todos modos, nosotros no llevamos armadura.

Un año antes Karsa habría atacado de todos modos, pero en ese momento se limitó a colgarse la espada del hombro otra vez.

Los jinetes que tenían detrás se acercaron y después desmontaron. Unos cuantos se acercaron con cadenas y grilletes.

—Beru nos libre —murmuró Torvald—, otra vez no.

Karsa se encogió de hombros.

Ninguno de los dos se resistió cuando les colocaron los grilletes en las muñecas y los tobillos. Costó un poco en el caso del teblor; cuando los grilletes se cerraron con un chasquido, los tenía tan apretados que le cortaban la circulación de las manos y los pies.

Torvald, al verlo, habló en malazano.

—Esos habrá que cambiarlos, no vaya a ser que pierda los apéndices…

—No hay ni que considerarlo —dijo una voz conocida desde la entrada de uno de los edificios más grandes. Silgar, seguido por Damisk, salió a la calle polvorienta—. Desde luego que perderás las manos y los pies, Karsa Orlong, cosa que debería poner fin de una vez por todas a la amenaza que representas. Por supuesto, eso hará disminuir mucho tu valor como esclavo, pero estoy dispuesto a aceptar la pérdida.

—¿Así nos pagas haber salvado vuestras miserables vidas? —preguntó Torvald.

—Bueno, sí, así es. Es un pago. Por la pérdida de la mayoría de mis hombres. Por el arresto de los malazanos. Por un sinfín de escarnios más que no me molestaré en apuntar, ya que estos arak, miembros de tan estimada tribu, están bastante lejos de casa y, dado que no son demasiado bienvenidos en este territorio, están impacientes por partir.

Karsa ya no podía sentir las manos ni los pies. Cuando uno de los arak lo empujó, el teblor tropezó y después cayó de rodillas. Un grueso knut lo golpeó en un lado de la cabeza. Una cólera súbita se apoderó del teblor. Disparó el brazo derecho, arrancó la cadena de las manos de un arak y la lanzó con todas sus fuerzas contra la cara de su atacante. El hombre chilló.

Los otros cayeron sobre él empuñando knuts, porras hechas de pelo negro trenzado, hasta que Karsa se derrumbó sin sentido en el suelo.

Cuando por fin recuperó la conciencia había caído la tarde. Lo habían atado a una especie de plataforma hecha con tablones, que en ese momento estaban desenganchando de una reata de caballos delgados de patas largas. La cara de Karsa era una masa de cardenales y tenía los ojos tan hinchados que casi no podía abrirlos, su lengua y el interior de la boca estaban llenos de cortes y

arañazos hechos por sus propios dientes. Bajó la cabeza y se miró las manos. Las tenía azules, con las puntas de los dedos casi negras. Eran pesos muertos en los extremos de los miembros, igual que los pies.

La tribu estaba montando el campamento a corta distancia del camino de la costa. Al oeste, al borde mismo del horizonte, se percibía el fulgor amarillo y sin brillo de una ciudad.

Los arak habían encendido media docena de fuegos pequeños, casi sin humo, usando algún tipo de estiércol como combustible. Karsa vio, a veinte pasos de distancia, al mercader de esclavos y a Damisk sentados entre un grupo de nativos. La hoguera que el teblor tenía más cerca la estaban usando para cocinar unos pinchos colgados en los que habían ensartado tubérculos y carne.

Torvald estaba sentado cerca, trabajando en algo en la oscuridad. Ninguno de los arak parecía estar prestándoles atención alguna a los dos esclavos.

Karsa siseó.

El daru lo miró.

—No sé tú —susurró—, pero yo tengo un calor que me muero. Tengo que quitarme esta ropa. Estoy seguro de que tú también tienes calor. Dentro de un momento me acerco y te ayudo. —Se oyó un leve desgarro de costuras—. ¡Al fin! —murmuró Torvald mientras se arrancaba la túnica. Desnudo, empezó a acercarse poco a poco a Karsa—. No te molestes en intentar decir nada, amigo mío. Me sorprende que puedas respirar siquiera con la paliza que te han dado. En cualquier caso, necesito tu ropa.

Se acercó al teblor, echó una mirada a los arak (ninguno de los cuales lo había visto) y después levantó los brazos y empezó a tirar de la túnica de Karsa. No había más que una

simple costura que ya se había estirado y rasgado por varios sitios. Mientras trabajaba, Torvald continuó susurrando.

—Hogueras pequeñas. Sin humo. Acampan en una cuenca a pesar de los insectos. Hablan en susurros, en voz muy baja. Y las palabras de Silgar, esos estúpidos alardes; si los arak lo hubieran entendido, seguramente lo habrían desollado vivo allí mismo, al muy idiota. Bueno, de su estupidez nació mi brillante idea, como pronto verás. Supongo que me costará la vida, pero te juro que me quedaré aunque sea como fantasma solo para ver lo que pasa. Ah, hecho. Y deja de temblar, así no ayudas.

Le quitó a Karsa la andrajosa túnica y se la llevó a su posición original. Después arrancó puñados de hierba del suelo hasta que tuvo dos grandes montones. Hizo un par de fardos rellenando las dos túnicas con la hierba. Le lanzó una sonrisa a Karsa y gateó hasta la hoguera más cercana arrastrando los fardos.

Los empujó contra los trozos brillantes de estiércol y después se retiró.

Karsa observó que el primero se prendía y después el otro. Las llamas estallaron en el aire y un rugido de chispas y unas briznas de hierba serpentinas se alzaron por el cielo.

Gritos de los arak, figuras que se precipitaban y cogían como podían puñados de tierra, pero no había mucha en aquella cuenca, solo guijarros y arcilla dura secada por el sol. Encontraron algunas mantas de los caballos y las tiraron sobre las vivas llamas.

El pánico que barrió después a la pequeña tribu dejó a los dos esclavos sin casi atención alguna cuando los arak se apresuraron a desmontar el campamento, guardar las provisiones y ensillar los caballos. Y lo que no dejó de oír Karsa fue una única palabra repetida numerosas veces, una palabra llena de miedo: Gral.

«Gral.»

Silgar apareció mientras los arak reunían a los caballos con el rostro encolerizado.

—Por eso, Torvald Nom, acabas de perder la vida…

—No llegarás a Ehrlitan —predijo el daru con una sonrisa dura.

Se acercaban tres nativos arak con unos cuchillos de hoja curva en las manos.

—Disfrutaré viendo cómo te rebanan la garganta —dijo Silgar.

—Los gral llevan mucho tiempo tras estos malnacidos, mercader de esclavos. ¿No te habías dado cuenta? Bueno, yo nunca había oído hablar de los gral, pero todos y cada uno de tus amigos arak se han meado en las hogueras y hasta un daru como yo sabe lo que eso significa: no esperan sobrevivir a esta noche y ni uno solo quiere soltar la vejiga cuando muera. Un tabú de Siete Ciudades, me imagino…

El primer arak llegó junto a Torvald y estiró una mano de repente para coger al daru por el pelo, echó hacia atrás la cabeza de Torvald y levantó el cuchillo.

El risco que había tras los arak se llenó de repente de figuras oscuras que caían sin ruido sobre el campamento.

El silencio de la noche quedó roto por los gritos.

El arak se agachó antes de que Torvald gruñera y atravesó la garganta del daru con el cuchillo. La sangre salpicó la arcilla dura. El nativo se irguió y se dio media vuelta para correr a por su caballo. No pudo dar ni un solo paso porque media docena de figuras salieron de la oscuridad, silenciosos como fantasmas. Se oyó un extraño latigazo y Karsa vio la cabeza del arak rodarle de los hombros. Sus dos compañeros habían caído ya.

Silgar ya había echado a correr. Cuando una figura se alzó ante él, disparó con los brazos. Una oleada de hechicería golpeó a su atacante y tiró al hombre al suelo, donde se retorció por un momento, atenazado por una magia crujiente, antes de que le explotara la carne.

Unos alaridos hendieron el aire. El mismo latigazo resonó en la negrura, por todas partes. Los caballos chillaron.

Karsa apartó la mirada de la escena de la masacre y miró el cuerpo derrumbado de Torvald. Para su asombro, el daru seguía moviéndose, los pies abrían surcos entre los guijarros y se había llevado las dos manos a la garganta.

Silgar regresó junto a Karsa, su rostro delgado brillaba de sudor. Damisk apareció tras él y el mercader de esclavos le hizo un gesto al guardia tatuado para que se adelantara.

Damisk sostenía un cuchillo en la mano y cortó de inmediato las ataduras que sujetaban a Karsa a los travesaños de madera.

—Tú no lo vas a tener tan fácil —siseó el guardia—. Nos vamos. Huimos por una senda y te llevamos con nosotros. Silgar ha decidido convertirte en su juguete. Una vida entera de tortura…

—Deja de farfullar —le soltó Silgar—. ¡Están casi todos muertos! ¡Date prisa!

Damisk cortó la última cuerda.

Karsa se echó a reír y consiguió pronunciar unas palabras.

—¿Qué quieres que haga ahora? ¿Correr?

Silgar se acercó con una mueca de desdén. Hubo una llamarada de luz azul y los tres se hundieron en un agua fétida y cálida.

Incapaz de nadar y con el peso de las cadenas arrastrándolo al fondo, Karsa se hundió en las profundidades

negras. Sintió un tirón en las cadenas y después vio un segundo destello de luz chillona.

La cabeza, después la espalda, chocaron contra un empedrado duro. Aturdido, rodó de lado. Silgar y Damisk, los dos tosiendo, estaban arrodillados cerca. Se encontraban en una calle flanqueada por un lado por unos enormes almacenes y por otro, por malecones de piedra y barcos amarrados. En ese momento no había nadie más a la vista.

Silgar escupió antes de hablar.

—Damisk, quítale esos grilletes, no tiene ninguna marca a fuego que lo identifique como criminal, así que los malazanos no lo verán como un esclavo. No me van a arrestar otra vez, no después de todo esto. Este cabrón es nuestro, pero tenemos que sacarlo de la calle. Tenemos que escondernos.

Karsa vio que Damisk se arrastraba hasta su lado y manoseaba unas llaves. Observó que el nathii abría los grilletes y se los sacaba de las muñecas y después de los tobillos. Un momento después, el dolor lo golpeó cuando la sangre volvió a fluir por la carne casi muerta. El teblor gritó.

Silgar desató la magia una vez más, una oleada que descendió sobre el teblor como una manta… que él se arrancó con una facilidad impensable; sus gritos atravesaron el aire como un cuchillo, reverberaron en los edificios cercanos y resonaron por todo el atestado puerto.

—¡Eh, ahí! —Palabras en malazano, un bramido y después el estrépito metálico de unos soldados con armadura que se acercaban corriendo.

—¡Un esclavo huido, señores! —se apresuró a decir Silgar —. Acabamos de capturarlo otra vez, como pueden ver…

—¿Un esclavo huido? Veamos la marca…

Fueron las últimas palabras de las que Karsa tuvo conciencia antes de que el dolor de las manos y los pies lo

hundiera otra vez en la nada.

Despertó al oír unas palabras malazanas que pronunciaban justo encima de él.

—Extraordinario. Jamás he visto una curación natural parecida. Las manos y los pies… esos grilletes los llevó puestos un largo tiempo, sargento. En un hombre normal se los estarían cortando ahora mismo.

Habló otra voz.

—¿Son todos los fenn como este?

—No que yo sepa. Suponiendo que sea fenn.

—Bueno, ¿y qué otra cosa iba a ser? Es tan alto como dos dalhonesios juntos.

—No sabría decirle, sargento. Antes de que me enviaran aquí, el único sitio que conocía bien eran seis calles llenas de recodos de Li Heng. Hasta los fenn no eran más que un nombre y una descripción vaga que afirmaba que eran gigantes. Gigantes que, además, nadie ha visto desde hace décadas. El caso es que este esclavo estaba en muy mal estado cuando lo trajeron. Le habían dado una buena paliza y alguien le propinó un puñetazo en las costillas con la fuerza suficiente como para romper algún que otro hueso. No me gustaría hacer enfadar al responsable. Con todo, la hinchazón de la cara ya le ha bajado (a pesar de lo que le acabo de hacer yo) y los cardenales casi se están desvaneciendo, los muy puñeteros, delante de nosotros.

Karsa siguió fingiendo que estaba sin sentido y oyó que el que hablaba se retiraba un poco. Después escuchó la pregunta del sargento.

—¿Así que el cabrón no corre peligro de muerte, entonces?

—No que yo vea.

—Es suficiente, sanador. Puede volver al cuartel.

—Sí, señor.

Varios movimientos, botas en las losas, el estrépito metálico de una puerta de barrotes de hierro y aún más tarde, cuando los ecos menguaron, el teblor oyó, más cerca, el sonido de una respiración.

A lo lejos brotaron gritos, vagos y apagados por los muros de piedra que los separaban, pero Karsa creyó reconocer la voz como perteneciente al mercader de esclavos, Silgar. El teblor abrió los ojos. Un techo bajo manchado de humo, no lo bastante alto como para permitirle ponerse en pie. Estaba echado en un suelo grasiento sembrado de paja. No había casi luz, aparte de un fulgor tenue que llegaba de la pasarela situada tras los barrotes de la puerta.

Le dolía la cara, un extraño escozor que le picaba en las mejillas, la frente y a lo largo de la mandíbula.

Karsa se sentó.

Había alguien más en la pequeña celda sin ventanas, acurrucado en una esquina. La figura gruñó y dijo algo en uno de los idiomas de Siete Ciudades.

A Karsa le quedaba un dolor sordo en las manos y los pies. Tenía la boca seca por dentro y le parecía que quemada, como si acabara de tragar arena caliente. Se frotó el hormigueo de la cara.

Un momento después, el hombre probó con el malazano.

—Seguramente me entenderías si fueras fenn.

—Te entiendo, pero no soy uno de esos fenn.

—Dije que da la sensación de que tu amo no está disfrutando mucho de su estancia en el cepo.

—¿Lo han arrestado?

—Por supuesto. A los malazanos les gusta arrestar a la gente. Tú no tenías ninguna marca. En ese momento.

Tenerte como esclavo es, por tanto, ilegal según la ley imperial.

—Entonces deberían soltarme.

—No tendrás esa suerte. Tu amo confesó que te enviaban a las minas de otataralita. Estabas en un barco que salió de Genabaris y que tú maldijiste, dicha maldición provocó después la destrucción del barco y las muertes de la tripulación y de los infantes de marina. La guarnición local solo está convencida a medias de ese relato, pero con eso les basta; vas de camino a la isla. Igual que yo.

Karsa se levantó. El techo bajo lo obligó a mantenerse agachado, y se dirigió, cojeando, a la puerta de barrotes.

—Sí, es muy probable que puedas derribarla —dijo el desconocido—. Pero luego acabarán contigo antes de que des ni tres pasos para salir de esta cárcel. Estamos en medio del complejo de los malazanos. Además, están a punto de sacarnos fuera, en cualquier caso, para que nos unamos a la fila de prisioneros encadenados a un muro. Por la mañana nos harán marchar al malecón imperial y nos meterán en un transporte.

—¿Cuánto tiempo llevo inconsciente?

—La noche que te trajeron, el día después, la noche siguiente. Ahora es mediodía.

—¿Y el mercader de esclavos lleva en el cepo todo ese tiempo?

—Buena parte.

—Bien —gruñó Karsa—. ¿Qué hay de su compañero? ¿Lo mismo?

—Lo mismo.

—¿Y qué delito has cometido tú? —preguntó Karsa.

—Me asocio con disidentes. Por supuesto —añadió—, soy inocente.

—¿Y no puedes demostrarlo?

—¿Demostrar qué?

—Tu inocencia.

—Podría si lo fuera.

El teblor volvió la cabeza y miró a la figura agazapada en la esquina.

—¿Eres de Darujhistan, por casualidad?

—¿Darujhistan? No, ¿por qué lo preguntas?

Karsa se encogió de hombros. Pensó en la muerte de Torvald Nom. Había una frialdad que rodeaba aquel recuerdo, pero también notaba todo lo que mantenía a raya. El momento de rendirse, sin embargo, no había llegado todavía.

La puerta de barrotes estaba incrustada en un marco de hierro y el marco acoplado a los bloques de piedra por medio de grandes tornillos de hierro. El teblor le dio una sacudida. Un polvillo cayó de alrededor de los tornillos y cubrió el suelo.

—Ya veo que eres un hombre que hace caso omiso de los consejos —comentó el desconocido.

—Estos malazanos son descuidados.

—Demasiado confiados, señalaría yo. Claro que quizá no tanto. Han tenido tratos con los fenn, después los trell, los barghastianos, una multitud entera de bárbaros enormes. Son duros y más listos de lo que parecen. Le pusieron un brazalete de otataralita en el tobillo a ese mercader de esclavos; se acabó la magia para él…

Karsa se dio la vuelta.

—¿Qué es esa «otataralita» de la que habla todo el mundo?

—Un veneno para la magia.

—Y hay que extraerla de una mina.

—Sí. Por lo general es un polvo que se encuentra en capas, como la arenisca. Parece óxido.

—Nosotros arrancamos un polvo rojo de la cara de los riscos para hacer nuestro aceite de sangre —murmuró el teblor.

—¿Qué es el aceite de sangre?

—Frotamos con él las espadas y las armaduras. Para provocar la locura de batalla, lo ingerimos.

El desconocido se quedó callado un momento, aunque Karsa podía sentir los ojos del hombre clavados en él.

—¿Y la magia funciona contra vosotros?

—Los que me atacan con hechicería por lo general revelan sorpresa en el rostro… justo antes de que los mate.

—Bueno, eso sí que es interesante. Se cree que la otataralita solo se encuentra en la única isla grande que hay al este de aquí. El Imperio controla su producción. Con mano de hierro. Durante la conquista, sus magos se enteraron de los efectos por las malas, en las batallas, antes de que se implicaran los t'lan imass. Si no hubiera sido por los t'lan imass, la invasión habría fracasado. Tengo un consejo más para ti. No reveles nada de esto a los malazanos. Si descubren que hay otra fuente de otataralita, una fuente que ellos no controlan, bueno, enviarán a tu tierra natal (esté donde esté) todos los regimientos que poseen. Aplastarán a tu pueblo. Por completo.

Karsa se encogió de hombros.

—Los teblor tienen muchos enemigos.

El desconocido se incorporó poco a poco y se sentó.

—¿Teblor? ¿Así es como os llamáis? ¿Teblor? —Después de un momento, volvió a echarse y se rio sin ruido.

—¿Qué te parece tan divertido?

Una puerta exterior se abrió con un estrépito metálico y Karsa se apartó de la puerta de barrotes cuando apareció un pelotón de soldados. Los tres primeros habían desenvainado las espadas mientras que los cuatro de detrás sostenían

grandes ballestas amartilladas. Uno de los espadachines se acercó a la puerta y se detuvo al ver a Karsa.

—Cuidado —les dijo a sus compañeros—, el salvaje ha despertado. —Estudió al teblor y dijo—: No hagas ninguna estupidez, fenn. A nosotros nos da igual si vives o mueres, las minas están lo bastante atestadas como para que no te echen de menos. ¿Me entiendes?

Karsa enseñó los dientes y no dijo nada.

—Eh, tú, el de la esquina, de pie. Es hora de tomar el sol.

El desconocido se levantó sin prisas. Vestía poco más que unos cuantos andrajos. Delgado y de piel oscura, sus ojos eran de un sorprendente color azul claro.

—Exijo un juicio justo, como es mi derecho bajo la ley imperial.

El guardia se echó a reír.

—Déjalo ya. Te han identificado. Sabemos quién eres. Sí, tu organización secreta no es tan impenetrable como podrías pensar. Traicionado por uno de los tuyos, ¿qué se siente? Venga, sal tú primero. Jibb, tú y Chorrogaviota no dejéis de apuntar a ese fenn con las ballestas, no me gusta su sonrisa. Sobre todo ahora —añadió.

—Eh, mira —dijo otro soldado—, has confundido al pobre buey. Apuesto a que ni siquiera sabe que su cara no es más que un gran tatuaje. Que conste que Garabato hizo un buen trabajo. El mejor que he visto en mucho tiempo.

—Ya —farfulló otro—, ¿y cuántos tatuajes de prisioneros huidos has visto tú, Jibb?

—Solo uno, y es una obra de arte.

La fuente del escozor de la cara de Karsa se reveló entonces. Levantó una mano e intentó tocar parte del dibujo, poco a poco empezó a trazar líneas de unas tiras ligeramente elevadas y húmedas de piel en carne viva. No

eran contiguas. No le encontraba ningún sentido a lo que retrataba el tatuaje.

—Hecha pedazos —dijo el otro prisionero cuando se acercó a la puerta, cuyo cerrojo descorrió el primer guardia, que después abrió la puerta de un tirón—. La marca hace que parezca que te han partido la cara en mil pedazos.

Dos guardias escoltaron al hombre al exterior mientras que los otros, sin quitar la mirada nerviosa de encima a Karsa, esperaron a que regresaran. Uno de los ballesteros, cuya frente alta revelaba manchas blancas (lo que llevó al teblor a especular que era el supuesto Chorrogaviota) se apoyó contra la pared contraria.

—No sé —dijo—. Me parece que Garabato lo hizo muy grande; con lo feo que era ya, ahora tiene un aspecto aterrador, maldita sea.

—¿Y qué? —farfulló otro guardia—. Hay un montón de salvajes arrastrándose por las colinas que se destrozan la cara para asustar a canijos como tú, Chorrogaviota. Barghastianos, semk y khundryl, pero todos se estrellan contra las legiones malazanas igual que los demás.

—Bueno, pues yo no veo a ninguno saliendo en desbandada en estos tiempos, ¿no?

—Eso es solo porque el puño está encogido de miedo en su torreón y quiere que todos lo metamos en la camita cada noche. Oficiales nobles, ¿qué esperabas?

—Podría cambiar cuando lleguen los refuerzos —sugirió Chorrogaviota—. El regimiento Ashok conoce esta zona…

—Y ese es el problema —replicó el otro—. Si esta vez hay una rebelión de verdad, ¿quién dice que no se van a convertir en renegados? Podríamos terminar con una sonrisa en la garganta en nuestros propios barracones. Ya están las cosas bastante complicadas con las Espadas Rojas soliviantando las calles…

Entonces regresaron los otros guardias.

—Tú, fenn, ahora te toca a ti. Pónnoslo fácil a nosotros y tú también lo tendrás fácil. Camina. Despacio. No te acerques mucho. Y confía en mí, las minas no están tan mal, dadas las alternativas. De acuerdo, adelántate ahora.

Karsa no vio razones para darles problemas.

Salieron al complejo iluminado por el sol. Unos muros gruesos y altos rodeaban la amplia plaza de armas. Varios edificios achaparrados y de aspecto sólido sobresalían de tres de los cuatro muros, a lo largo del cuarto había una fila de prisioneros sujetos con grilletes a una gruesa cadena que recorría el muro entero y estaba clavada a las piedras angulares a intervalos regulares. Cerca de la puerta fortificada había una fila de cepos, de los que dos estaban ocupados por Silgar y Damisk. En el tobillo derecho del mercader de esclavos relucía un aro de color cobre.

Ninguno de los dos hombres levantó la cabeza cuando apareció Karsa, el teblor se planteó gritar para atraer su atención, pero en lugar de eso se limitó a enseñar los dientes al ver su lamentable estado. Cuando los guardias lo acompañaron a la fila de prisioneros encadenados, Karsa se volvió hacia el que se llamaba Jibb y le habló en malazano.

—¿Qué destino le espera al mercader de esclavos?

El casco del hombre, y su cabeza, se alzaron con una sacudida, sorprendido. Después se encogió de hombros.

—No está decidido todavía. Afirma que es muy rico en Genabackis.

Karsa esbozó una sonrisa desdeñosa.

—Entonces, con ese dinero, puede salir impune de sus crímenes.

—No bajo la ley imperial, si son delitos graves, claro. Puede ser que solo le pongan una multa. Quizá sea un mercader que trafica con carne humana, pero sigue siendo

un mercader. Siempre es mejor desangrarlos por donde más les duele.

—Ya está bien de cháchara, Jibb —gruñó otro guardia.

Se acercaron al final de la fila, donde habían puesto unos grilletes más grandes. Una vez más, Karsa se encontró sujeto por hierros, aunque no eran lo bastante ceñidos como para causarle dolor. El teblor observó que estaba junto al nativo de los ojos azules.

El pelotón comprobó las cadenas y los grilletes una vez más y después se fue con paso marcial.

No había sombra, aunque se habían colocado calderos de agua potable a intervalos regulares por toda la fila. Karsa se quedó de pie un rato, pero al final optó por sentarse con la espalda apoyada en la pared, igual que la mayor parte de los otros prisioneros. No se hablaba mucho y el día iba pasando lentamente. Hacia el final de la tarde, por fin los alcanzó la sombra, aunque el alivio fue solo momentáneo porque también bajaron las moscas a picarlos.

Cuando el cielo se oscureció, el nativo de los ojos azules se movió un poco y después le habló en voz baja.

—Gigante, tengo una propuesta para ti.

—¿Qué? —gruñó Karsa.

—Se dice que los campos de las minas están llenos de corrupción, es decir, que se pueden sacar favores y hacer que la vida sea más fácil. El tipo de sitio donde compensa que alguien te guarde las espaldas. Sugiero una asociación.

Karsa lo pensó y después asintió.

—De acuerdo. Pero si intentas traicionarme, te mato.

—Para mí no habría otra respuesta para la traición —dijo el hombre.

—No tengo más que hablar —dijo Karsa.

—Bien, yo tampoco.

El teblor pensó preguntar el nombre del hombre, pero ya habría tiempo suficiente para eso. De momento se conformó con dejar que se prolongara el silencio, para darles espacio a sus pensamientos. Al parecer Urugal quería que fuera a esas minas de otataralita, después de todo. Karsa hubiera preferido un viaje más directo (y sencillo), como el que habían planeado los malazanos en un primer momento. *Demasiadas digresiones ensangrentadas, Urugal. Ya basta*.

Llegó la noche. Aparecieron un par de soldados con faroles y bajaron por la fila de prisioneros sin prisas para comprobar los grilletes una vez más antes de volver al cuartel. Desde donde estaba desplomado, Karsa podía ver un puñado de soldados apostados en la puerta, mientras que uno al menos patrullaba por la pasarela que recorría cada muro. Otros dos permanecían junto a los escalones del cuartel.

El teblor apoyó la cabeza en el muro de piedra y cerró los ojos.

Un rato después los volvió a abrir. Había dormido. El cielo estaba cubierto, el complejo era un patrón moteado de luz y oscuridad. Algo lo había despertado. Intentó levantarse, pero una mano se lo impidió. Giró la cabeza para mirar al nativo acurrucado e inmóvil que tenía al lado, la cabeza gacha como si todavía durmiera. La mano que sujetaba el brazo del teblor se tensó un momento y después se quitó.

Karsa frunció el ceño y volvió a acomodarse. Y entonces lo vio.

Los guardias de la puerta habían desaparecido, igual que los que había junto al cuartel. En las pasarelas de los muros… nadie.

Y entonces, junto a un edificio cercano, un movimiento, una figura que se deslizaba por las sombras en silencio, seguida por otra que caminaba sin ruido a su lado, pero con

mucho menos sigilo; una mano enguantada se alzaba para sujetar la capa de vez en cuando.

Las dos figuras se dirigían directamente a Karsa.

Envuelta en tela negra, la primera figura se detuvo a pocos pasos del muro. La otra se puso a su lado y después pasó junto a la primera. Se levantaron unas manos, bajaron una capucha negra…

Torvald Nom.

Unas vendas ensangrentadas le rodeaban el cuello, la cara lucía una palidez mortal y brillante de sudor, pero el daru estaba sonriendo.

Se acercó junto a Karsa.

—Hora de irse, amigo mío —susurró mientras levantaba algo que se parecía mucho a la llave de unos grilletes.

—¿Quién está contigo? —preguntó Karsa también en susurros.

—Oh, una colección de lo más variopinta, te lo aseguro. Nativos gral de por aquí que trabajan de soplones, agentes de su socio comercial principal de aquí, de Ehrlitan… —Le brillaron los ojos—. La Casa Nom, nada menos. Oh, sí, la hebra de sangre que nos une es fina como el cabello de una virgen, pero la están honrando, de todos modos. De hecho, la honran con un vigor encantado. Y ahora, ya está bien de palabras, como sueles decir tú, no queremos despertar a nadie más…

—Demasiado tarde —murmuró el hombre encadenado junto a Karsa.

El gral que había detrás de Torvald se adelantó, pero se detuvo al ver la extraña y elaborada serie de gestos que hizo el prisionero.

Torvald lanzó un gruñido.

—Ese puñetero idioma silencioso.

—Es un trato —dijo el prisionero—. Me voy con vosotros.

—Y si no te vinieras, estarías dando la alarma.

El hombre no dijo nada.

Después de un momento Torvald se encogió de hombros.

—Está bien. Con tanta charla me sorprende que no se haya despertado la fila entera.

—Lo estarían, solo que están muertos. —El prisionero que tenía Karsa al lado se levantó poco a poco—. Nadie quiere bien a los delincuentes. Y, al parecer los gral sienten un odio especial por ellos.

Un segundo miembro de esa tribu, que había estado recorriendo la línea, llegó junto a ellos. Tenía en una mano un cuchillo grande y curvo, resbaladizo por la sangre. Más gestos con las manos y el recién llegado envainó su arma.

Torvald se puso a murmurar por lo bajo y se agachó para quitarle los grilletes a Karsa.

—A ti es tan difícil matarte como a un teblor —murmuró Karsa.

—Gracias al Embozado que los arak estaban distraídos en ese momento. Incluso así, si no hubiera sido por los gral, me habría desangrado.

—¿Por qué te salvaron?

—A los gral les gusta pedir rescate por la gente. Claro que si resulta que no valen nada, los matan. La asociación comercial con la Casa Nom tenía prioridad sobre todo eso, por supuesto.

Torvald se puso con el otro prisionero.

Karsa se levantó frotándose las muñecas.

—¿Qué clase de asociación comercial?

El daru lanzó una sonrisa.

—Gestionar los rescates.

Unos momentos después atravesaban la oscuridad hacia la puerta principal rodeando los trozos iluminados. Cerca de

la garita, alguien había apoyado en el muro media docena de cuerpos. El suelo estaba negro y empapado de sangre.

Tres gral más se reunieron con ellos. Uno por uno, el grupo se deslizó por la puerta y salió a la calle. Cruzaron hasta un callejón y bajaron al otro extremo, donde se detuvieron.

Torvald apoyó una mano en el brazo de Karsa.

—Amigo mío, ¿dónde quieres ir ahora? Mi regreso a Genabackis se retrasará un poco. Mis parientes de aquí me han acogido con los brazos abiertos, una experiencia única para mí, y tengo intención de saborearla un tiempo. Bueno, los gral no quieren acogerte, eres demasiado reconocible.

—Se vendrá conmigo —dijo el nativo de los ojos azules—. A un lugar seguro.

Torvald levantó la cabeza y miró a Karsa con las cejas alzadas.

El teblor se encogió de hombros.

—Está claro que no se me puede esconder en esta ciudad; y tampoco deseo que tú o tu familia corráis más riesgos, Torvald Nom. Si al final este hombre no merece confianza, solo tengo que matarlo.

—¿Cuánto tiempo falta para el cambio de guardia del complejo? —preguntó el hombre de los ojos azules.

—Una campanada por lo menos, así que tendréis tiempo de sobra para…

Unas alarmas repentinas, provenientes de la guarnición malazana, rompieron el silencio de la noche Los gral parecieron desvanecerse ante los ojos de Karsa, tal fue la velocidad con la que se dispersaron.

—Torvald Nom, por todo lo que has hecho por mí, te doy las gracias…

El daru se escabulló hasta un montón de basura que había en el callejón. Barrió el montón a un lado y levantó la

espada de palosangre de Karsa.

—Toma, amigo mío. —Tiró la espada a las manos del teblor—. Ven a Darujhistan dentro de unos años.

Un último saludo con la mano y el daru desapareció.

El hombre de los ojos azules (que le había quitado la espada a uno de los guardias muertos) le hizo un gesto.

—No te alejes. Hay formas de salir de Ehrlitan que los malazanos no conocen. Sígueme y no hagas ruido.

Se puso en marcha y Karsa se deslizó tras él.

Su ruta serpenteó por toda la parte baja de la ciudad, por un sinfín de callejones, algunos tan estrechos que el teblor debía avanzar de lado por sus retorcidos tramos. Karsa había pensado que su guía lo llevaría hacia los muelles, o quizás a las murallas exteriores que se asomaban a los yermos del sur; pero en lugar de ello treparon hacia la única e inmensa colina que existía en el corazón de Ehrlitan, y antes de darse cuenta estaban atravesando los cascotes de un sinfín de edificios que se habían derrumbado.

Llegaron a la base dañada de una torre y el nativo no dudó en meterse con la cabeza agachada por el agujero abierto y oscuro de una puerta. Karsa lo siguió y se encontró en una cámara encogida y estrecha, con el suelo desigual por las losas levantadas. Había un segundo portal apenas visible enfrente de la entrada, el hombre hizo una pausa ante el umbral.

—¡Mebra! —siseó.

Hubo un movimiento y luego:

—¿Eres tú? Dryjhna nos proteja, había oído que te habían capturado… ah, las alarmas de ahí abajo… bien hecho…

—Ya es suficiente. ¿Las provisiones siguen en los túneles?

—¡Por supuesto! Siempre. Incluyendo tu propio alijo…

—Bien. Ahora apártate. Viene alguien conmigo.

Tras el portal había una serie de toscos escalones que bajaban a una oscuridad incluso más profunda. Karsa percibió la presencia del tal Mebra al pasar sin correr y oyó la repentina inspiración del hombre.

El hombre de los ojos azules que ya estaba por debajo del teblor se paró de repente.

—Ah, y Mebra, no le digas a nadie que nos has visto, ni siquiera a tus compañeros, los otros servidores de la causa. ¿Comprendido?

—Por supuesto.

Los dos fugitivos continuaron adelante y dejaron a Mebra atrás. Las escaleras seguían bajando hasta que Karsa empezó pensar que se estaban acercando a las entrañas de la tierra. Cuando por fin se allanó el terreno, el aire estaba impregnado de humedad y olía a sal, las piedras que pisaban estaban húmedas y veteadas de cieno. En la boca del túnel había tallados varios nichos en las paredes de piedra caliza y cada uno albergaba alforjas de cuero y equipo de viaje.

Karsa observó que su compañero se dirigía a toda prisa a un nicho concreto. Después de examinarlo un momento, dejó caer la espada malazana que llevaba en la mano y sacó un par de objetos que movió entre los susurros de una cadena.

—Coge las provisiones de comida —le pidió el hombre al mismo tiempo que señalaba con la cabeza un nicho cercano—. Y encontrarás una telaba o dos, ropa, cinturones para armas, arneses… Deja los faroles, el túnel que tenemos por delante es largo, pero no tiene más ramales.

—¿Adónde lleva?

—Fuera —respondió el hombre.

Karsa se quedó callado. No le gustaba que su vida estuviera en las manos de aquel nativo hasta ese extremo,

pero al parecer, y de momento, no había nada que él pudiera hacer. Siete Ciudades era un lugar más extraño todavía que las ciudades genabackianas de Malyntaeas y Genabaris. Los habitantes de las tierras bajas llenaban el mundo como alimañas, había más tribus de las que el teblor habría creído posible, y estaba claro que a ninguna le caían bien las demás. Si bien era un sentimiento que Karsa podía comprender (pues las tribus debían desagradarse entre sí), también era obvio que, entre los habitantes de las tierras bajas, no había ningún sentido de lealtad, del tipo que fuera. Karsa era uryd, pero también era teblor. Los habitantes de las tierras bajas parecían tan obsesionados con sus diferencias que no comprendían lo que los unía.

Un defecto que podría explotarse.

El ritmo impuesto por el guía de Karsa era fiero y aunque buena parte del daño causado al teblor se estaba curando ya, sus reservas de fuerza y vigor no eran lo que habían sido. Después de un tiempo, la distancia entre los dos empezó a alargarse y al final, Karsa se encontró avanzando solo por la impenetrable oscuridad, con una mano en la pared tosca de la derecha y oyendo solo los sonidos de su propio paso. El aire ya no estaba húmedo y pudo notar el sabor del polvo en la boca.

El muro se desvaneció de repente bajo su mano. Karsa tropezó y se detuvo de golpe.

—Lo has hecho bien —dijo el nativo por algún sitio a la izquierda del teblor—. Correr encorvado como has tenido que hacer tú… no es nada fácil. Levanta la cabeza.

Karsa lo hizo y después se irguió poco a poco. Había estrellas en el cielo.

—Estamos en una hondonada —continuó el hombre—. Habrá amanecido antes de que podamos salir de aquí. Después son cinco días, quizá seis, para cruzar el Pan’potsun

Odhan. Los malazanos vendrán detrás de nosotros, por supuesto, así que tendremos que ir con cuidado. Descansa un rato. Bebe un poco de agua, el sol es un demonio y te quitará la vida si puede. Nuestra ruta nos llevará de un lugar con agua a otro, así que no tenemos que sufrir.

—Tú conoces esta tierra —dijo Karsa—. Yo no. —Levantó la espada—. Pero has de saber una cosa, no permitiré que me vuelvan a hacer prisionero.

—Así me gusta —respondió el habitante de las tierras bajas.

—No se trata de gustar.

El hombre se echó a reír.

—Ya lo sé. Si así lo deseas, una vez que salgamos de esta hondonada, puedes ir en la dirección que quieras. Lo que te he ofrecido es la mejor oportunidad de sobrevivir. En esta tierra hemos de preocuparnos por algo más que por que nos capturen los malazanos. Viaja conmigo y aprenderás a sobrevivir. Pero como ya te he dicho, eliges tú. Bueno, ¿nos vamos ya?

El alba llegó a los cielos del mundo antes de que los dos fugitivos alcanzaran el fin de la hondonada. Si bien podían ver el cielo azul y brillante sobre sus cabezas, ellos continuaban caminando entre sombras gélidas. La salida estaba marcada por un pedregal desprendido de unos peñascos, pues una antigua riada había minado una pared lo suficiente como para provocar un derrumbamiento.

Treparon por la pendiente y salieron a una tierra de peñas curtidas por el tiempo y abrasadas por el calor, lechos de ríos llenos de arena, cactus y espinos. El sol los cegaba desde el cielo y hacía que el aire rielara en todas direcciones. No había nadie a la vista, ni había ninguna otra señal que indicara que la zona estaba habitada por ninguna otra cosa que no fueran criaturas salvajes.

El habitante de las tierras bajas condujo a Karsa hacia el sudoeste. Su ruta era tortuosa y utilizaba todos los refugios posibles, evitaban también los riscos y las cimas de las colinas que los harían destacar contra el cielo. Ninguno habló, ahorraban aliento en medio de aquel calor enervador a medida que el día se iba alargando.

A última hora de la tarde, el habitante de las tierras bajas se detuvo de repente y se volvió. Siseó una maldición en su idioma nativo.

—Jinetes —dijo después.

Karsa giró en redondo, pero no vio a nadie en el desolado paisaje que habían dejado atrás.

—Los puedes sentir en el suelo, con los pies —murmuró el hombre—. Así que Mebra se ha pasado al otro bando. Bueno, algún día sabré responder a esa traición.

Fue entonces cuando Karsa pudo sentir a través de las plantas encallecidas de los pies desnudos el temblor de unos cascos lejanos.

—Si sospechabas de ese tal Mebra, ¿por qué no lo mataste?

—Si matara a todos de los que sospecho, tendría escasa compañía. Necesitaba pruebas, y ahora las tengo.

—A menos que se lo dijera a otra persona.

—Entonces es un traidor o un estúpido, las consecuencias son igual de letales en ambos casos. Ven, tenemos que convertir esto en un desafío para los malazanos.

Emprendieron la marcha. El habitante de las tierras bajas era infalible a la hora de elegir senderos que no dejaban huellas ni otras señales de paso. A pesar de todo, el ruido de los jinetes se iba acercando cada vez más.

—Hay un mago entre ellos —murmuró el habitante de las tierras bajas cuando cruzaron corriendo otro tramo de rocas.

—Si podemos esquivarlos hasta la caída de la noche —dijo Karsa—, entonces yo me convertiré en el cazador y ellos serán los cazados.

—Son por lo menos veinte. Será mucho mejor que utilicemos la oscuridad para aumentar la distancia entre nosotros. ¿Ves esas montañas del sudoeste? Ese es nuestro destino. Si podemos llegar a los pasos ocultos, estaremos a salvo.

—No podemos dejar atrás a los caballos —gruñó Karsa—. Cuando llegue la oscuridad, dejaré de correr.

—Entonces puedes atacar solo, porque será tu muerte.

—Solo. Me parece bien. No necesito a ningún habitante de las tierras bajas que me estorbe.

La caída de la noche fue repentina. Justo antes de que desaparecieran las últimas luces, los dos fugitivos, que se habían deslizado por una llanura repleta de enormes cantos rodados, vieron al fin a sus perseguidores. Diecisiete jinetes, tres caballos de refuerzo. Todos, salvo dos de los malazanos, vestían armaduras completas y cascos, e iban armados con lanzas o ballestas. A Karsa no le costó reconocer a los otros dos jinetes. Silgar y Damisk.

Karsa recordó de repente que, la noche que habían huido del complejo, los cepos estaban vacíos. En ese momento no le había dado mayor importancia, había supuesto que a los dos prisioneros los habían llevado dentro para pasar la noche.

Los perseguidores no habían visto a los dos fugitivos, que se refugiaron de inmediato detrás de los peñascos.

—Los he guiado hasta un antiguo campamento —susurró el habitante de las tierras bajas junto a Karsa—. Escucha. Se están instalando. Los dos que no eran soldados…

—Sí. El mercader de esclavos y su guardia.

—Deben de haberle quitado el brazalete de otataralita. Al parecer te tiene muchas ganas.

Karsa se encogió de hombros.

—Y me va a encontrar. Esta noche. Se acabó. Ninguno de esos dos verá el amanecer, lo juro por Urugal.

—No puedes atacar a dos pelotones tú solo.

—Entonces considéralo una distracción y huye de aquí, habitante de las tierras bajas. —Y con eso, el teblor se dio la vuelta y se dirigió al campamento malazano.

No le interesaba esperar a que se instalaran. Los ballesteros llevaban todo el día a caballo con las armas amartilladas. Seguramente estarían sustituyendo las cuerdas deformadas, suponiendo que siguieran la costumbre que Karsa había visto entre los pelotones del regimiento Ashok. Otros estarían quitando las sillas y atendiendo a los caballos, mientras que la mayor parte de los soldados restantes se estarían preparando para hacer la comida y levantar las tiendas. Como mucho, habría dos o tres guardias estableciendo un perímetro alrededor del campamento.

Karsa se detuvo un momento detrás de un peñasco enorme que había un poco más allá de los malazanos. Los oyó montando los puestos para pasar la noche. El teblor cogió un puñado de arena y se secó el sudor de las palmas de las manos, después empuñó la espada de palosangre con la mano derecha y avanzó.

Habían encendido tres fuegos usando estiércol y habían rodeado las hogueras con grandes piedras para disimular la luz arrojada por los parpadeos de las llamas. Los caballos estaban en un corral de cuerdas y tres soldados se movían entre ellos. Cerca se habían sentado media docena de ballesteros con las armas desmontadas en el regazo. Había dos guardias de pie frente a la llanura de peñascos, uno

colocado ligeramente por detrás del otro. El soldado que Karsa tenía más cerca sostenía una espada corta desenvainada y un escudo redondo; su compañero, seis pasos por detrás, un arco corto con la flecha preparada.

Había más guardias en el perímetro de lo que Karsa hubiera preferido, uno visible en cada uno de los flancos del campamento. El arquero estaba situado de tal modo que pudiera contar con un campo de fuego para iluminar cada lado.

Agachados ante una hoguera, próxima al centro del campamento, estaban Silgar, Damisk y un oficial malazano, este último le daba la espalda a Karsa.

El teblor rodeó sin ruido el peñasco. El guardia que tenía más cerca estaba mirando a la izquierda en ese momento. Cinco pasos que podía salvar a la carga. El arquero se había vuelto en su incesante e inquieto examen hacia el guardia que se encontraba al otro extremo del campamento.

Ahora.

El casco se estaba girando de nuevo con el rostro pálido y curtido por el sol bajo el borde.

Y en un momento tuvo a Karsa a su lado. La mano izquierda salió disparada y se cerró alrededor de la garganta del hombre. El cartílago se partió con un chasquido seco.

Suficiente para hacer que el arquero se girara en redondo.

Si su atacante hubiera tenido las piernas cortas de un habitante de las tierras bajas, habría tenido la oportunidad de soltar la flecha. Pero en esas circunstancias apenas tuvo tiempo de apuntar antes de que el teblor lo alcanzara.

El hombre abrió la boca para gritar cuando se tensó para echarse hacia atrás. La espada de Karsa destelló y envió casco y cabeza por los aires. La armadura produjo un estrépito metálico tras él cuando el cadáver cayó al suelo.

Caras que se volvían. Gritos que resonaban en la noche.

En una hoguera que había justo delante del teblor se levantaron tres soldados. Las espadas cortas sisearon al salir de las vainas. Un malazano se arrojó en el camino de Karsa en un esfuerzo por darles a sus compañeros tiempo para coger los escudos. Un gesto valiente y fatal, ya que el alcance de su arma no podía igualar a la espada de palosangre. El hombre chilló cuando perdió los dos antebrazos bajo un despiadado tajo lateral.

Uno de los dos malazanos siguientes se las había arreglado para preparar el escudo redondo y lo había levantado para bloquear el golpe descendente de Karsa. La madera reforzada por franjas de bronce explotó bajo el impacto y el brazo que la sostenía se hizo pedazos bajo ella. Cuando el soldado se derrumbó, el teblor saltó sobre él y derribó a toda prisa al tercer hombre.

Una llamarada de dolor en la parte superior del muslo derecho, cuando una lanza abrió un camino de sangre antes de clavarse con una vibración en el suelo tras él. Se giró en redondo y azotó el aire con la hoja, justo a tiempo de apartar otra lanza que había estado a punto de lancearlo en el pecho.

Pisadas que se precipitaban por detrás de él y a la izquierda (uno de los guardias del perímetro), mientras que justo delante, a tres pasos de distancia, tenía a Silgar, Damisk y el oficial malazano. La cara del mercader de esclavos estaba crispada de terror, la hechicería se alzaba en una oleada que se retorcía delante de él y luego se abalanzó con un rugido hacia Karsa.

La magia lo golpeó en el preciso momento en que llegaba el guardia del perímetro. La hechicería los envolvió a los dos. El grito del malazano desgarró el aire. Karsa gruñó al sentir los zarcillos fantasmales y retorcidos que pretendían

atraparlo, los atravesó con un impulso fiero y se encontró cara a cara con el mercader de esclavos.

Damisk ya había huido. El oficial se había arrojado a un lado y había esquivado con habilidad el movimiento lateral del filo de Karsa.

Silgar levantó las manos.

Karsa se las cortó.

El mercader de esclavos se echó hacia atrás, tambaleándose.

El teblor lanzó un tajo por abajo y amputó el pie derecho de Silgar justo por encima del tobillo. El hombre cayó de espaldas con las piernas hacia arriba. Un cuarto revés envió el pie izquierdo girando al suelo.

Dos soldados se abalanzaron sobre Karsa por su derecha, con un tercero detrás.

Alguien bramó una orden que resonó en la noche y el teblor (con el arma lista) se sorprendió al ver a los tres hombres que salían disparados. Según sus cuentas, había cinco más, además del oficial y Damisk. Se dio la vuelta y miró furioso, pero no había nadie, solo el sonido de las botas que se retiraban en la oscuridad. Dirigió la vista hacia el establo donde habían dejado a los caballos: los animales habían desaparecido.

Una lanza salió disparada hacia él. Karsa esbozó una sonrisa desdeñosa y la desvió con el dorso de la espada de palosangre, que la partió. Se detuvo y después se acercó sin ruido a Silgar. El mercader de esclavos se había encogido en una apretada bola. Sangraba por los cuatro muñones. Karsa lo levantó por el cinturón de seda y lo llevó otra vez hasta la llanura de peñascos.

Cuando se puso a rodear la primera de las inmensas rocas, alguien le habló en voz baja y clara entre las sombras.

—Por aquí.

—Se suponía que habías huido —gruñó el teblor.

—Se reagruparán, pero sin el mago, deberíamos poder eludirlos.

Karsa siguió a su compañero hasta las profundidades de la llanura tachonada de rocas; después, tras unos cincuenta pasos, el hombre se detuvo y se volvió hacia el teblor.

—Claro que, dado que tu presa está dejando un rastro de sangre, no les costará mucho seguirnos. Haz algo con él de una vez.

Karsa dejó caer a Silgar al suelo y le dio una patada para ponerlo boca arriba. El mercader de esclavos estaba inconsciente.

—Terminará desangrándose —dijo el habitante de las tierras bajas—. Ya te has vengado. Déjalo aquí para que se muera.

Pero en lugar de eso, el teblor empezó a cortar tiras de la telaba de Silgar y las ató con fuerza alrededor de los muñones de los brazos y las piernas.

—Seguirá sangrando un poco…

—Cosa con la que tendremos que vivir —rezongó Karsa—. No he terminado todavía con este hombre.

—¿De qué sirve la tortura sin sentido?

Karsa dudó, después suspiró.

—Este hombre esclavizó una tribu entera de teblor. El espíritu de los sunyd está deshecho. El mercader de esclavos no es un soldado, no se ha ganado una muerte rápida. Es un perro loco, al que hay que empujar a una choza y matarlo…

—Entonces mátalo.

—Lo haré… una vez que lo haya vuelto loco.

Karsa levantó a Silgar una vez más y se lo echó al hombro.

—Guíanos, habitante de las tierras bajas.

El hombre siseó por lo bajo y asintió.

Ocho días después llegaron al paso oculto que atravesaba las montañas Pan'potsun. Los malazanos habían reanudado la persecución, pero no los habían vuelto a ver en dos días, lo que indicaba que sus esfuerzos para eludirlos habían dado resultado.

Dedicaron el día entero a ascender por la pista rocosa y escarpada. Silgar seguía vivo, ardía de fiebre y solo era consciente de su estado a ratos. Lo habían amordazado para evitar que hiciera ruido. Karsa lo llevaba al hombro.

Poco antes del atardecer llegaron a la cima y se acercaron al borde del sudoeste. El camino bajaba serpenteando hasta adentrarse en una llanura en sombras. En la cumbre se sentaron para descansar.

—¿Qué hay más allá? —preguntó Karsa cuando dejó caer a Silgar al suelo—. Ahí abajo yo no veo más que un erial de arena.

—Y eso es —respondió su compañero con tono reverente —. Y en su corazón, aquella a la que sirvo. —Miró entonces a Karsa—. Creo que le interesarás… —sonrió—, teblor.

Karsa frunció el ceño.

—¿Por qué te divierte tanto el nombre de mi pueblo?

—¿Divertirme? Dirás que me horroriza. Los fenn habían dejado atrás sus glorias pasadas, pero recordaban lo suficiente para saber cuál era su antiguo nombre. Tú ni siquiera puedes decir eso. Los tuyos caminaban por esta tierra cuando los t'lan imass todavía eran de carne y hueso. De tu sangre salieron los barghastianos y los trell. Sois thelomen toblakai.

—Esos son nombres que yo no conozco —gruñó Karsa—, como tampoco sé el tuyo, habitante de las tierras bajas.

El hombre volvió a mirar las tierras oscuras que aguardaban abajo.

—Me llamo Leoman. Y aquella a la que sirvo, la elegida a la que te entregaré, es Sha’ik.

—Yo no soy sirviente de nadie —dijo Karsa—. Esa tal elegida, ¿vive en el desierto que tenemos ante nosotros?

—En su mismo corazón, toblakai. En el mismísimo corazón de Raraku.

Libro Segundo



Hierro frío

Hay pliegues en esta sombra...
que ocultan mundos enteros.

Llamada a Sombra
Felisin

Capítulo 5



Ay de los caídos
en los callejones de Aren…

Anónimo

Una única patada del fornido soldado que iba en cabeza derrumbó la endeble puerta contra el suelo de la habitación. El soldado desapareció en la oscuridad del lugar seguido por el resto de su pelotón. En el interior se oyeron gritos y el ruido de muebles estrellándose.

Gamet miró al comandante Blistig.

El hombre se encogió de hombros.

—Sí, la puerta estaba sin echar la llave… Es una posada, después de todo, aunque darle un título tan grandilocuente a este miserable agujero es forzar un poco las cosas. Con todo, es cuestión de lograr el efecto adecuado.

—Me ha entendido mal —respondió Gamet—. Es solo que no me puedo creer que sus soldados lo encontraran aquí precisamente.

Un cierto desasosiego cruzó por un instante los rasgos amplios y sólidos de Blistig.

—Sí, bueno, hemos atrapado a otros en sitios peores, puño. Es lo que pasa cuando… —guiñó los ojos y miró calle arriba— tienen el corazón roto.

Puño. El título todavía me remuerde las entrañas como un cuervo muerto de hambre. Gamet frunció el ceño.

—La consejera no tiene tiempo para soldados con el corazón roto, comandante.

—No fue muy realista llegar aquí esperando atizar los fuegos de la venganza. No se pueden atizar las cenizas frías, aunque, no se equivoque, que conste que le deseo toda la suerte de la Señora.

—De usted se espera bastante más que eso —dijo Gamet con tono seco.

Las calles estaban casi desiertas a esa hora del día, el calor de la tarde era asfixiante. Claro que ni siquiera a otras horas Aren era lo que había sido. El comercio del norte había cesado. Aparte de los barcos de guerra, los transportes malazanos y unos cuantos barcos de pesca, el puerto y la desembocadura del río estaban vacíos. Aquel era, meditó Gamet, un pueblo marcado.

El pelotón salía en ese momento de la posada con un anciano, vestido con harapos, que se resistía sin mucho entusiasmo. Estaba manchado de vómitos, el poco pelo que le quedaba le colgaba como cordeles grises, y tenía la piel llena de manchas y era cenicienta de pura suciedad. Los soldados de la Guardia de Aren de Blistig maldecían el hedor y llevaron a toda prisa su carga hacia el carro que los esperaba.

—Ha sido un milagro que lo encontráramos siquiera —dijo el comandante—. De verdad esperaba que el viejo cabrón se hubiera largado y se hubiera ahogado por ahí.

Gamet, que por un instante se olvidó de su nuevo cargo, se dio la vuelta y escupió en el empedrado.

—Esta situación es despreciable, Blistig. Maldita sea, un poco de decoro militar, de control, aunque sea en

apariencia, que el Embozado me lleve, hasta eso debería haber sido posible…

El comandante se puso rígido al oír el tono de Gamet. Los guardias reunidos en la parte posterior de la carreta se volvieron al escuchar sus palabras.

Blistig se acercó más al puño.

—Escúcheme y escúcheme bien —gruñó por lo bajo, un temblor le estremecía las mejillas marcadas y en sus ojos había una expresión dura como el hierro—. Yo me planté en esa maldita muralla y vi lo que pasó. Como lo vieron todos y cada uno de mis soldados. Pormqual corriendo en círculos como un gato castrado, ese historiador y esos dos niños wickanos gimiendo de pena. Vi, lo vimos todos, que acababan con Coltaine y su Séptimo delante de nuestros propios ojos. Y por si eso no fuera suficiente, ¡el puño supremo dio órdenes entonces a su ejército de salir y de que rindieran las armas! Si no hubiera sido porque uno de mis capitanes entregó la información sobre Mallick Rel, que era un agente de Sha'ik, mi Guardia habría muerto con ellos. ¿Decoro militar? ¡Váyase al Embozado con su decoro militar, puño!

Gamet soportó sin moverse la diatriba del comandante. No era la primera vez que servía de blanco al mal genio de aquel hombre. Desde que había llegado con el séquito de la consejera Tavore y le habían dado el papel de enlace, que lo había llevado a la primera línea de los tratos con los supervivientes de la cadena de perros (tanto aquellos que habían entrado con el historiador Duiker como aquellos que los habían aguardado en la ciudad), Gamet se había sentido asediado. La rabia que hervía bajo el manto de respetabilidad estallaba una y otra vez. Aquellos corazones no estaban solo rotos, sino hechos pedazos, desgarrados, pisoteados. Las esperanzas de la consejera de resucitar a los

supervivientes (para usar su experiencia en la zona para compensar la inexperiencia de sus legiones de reclutas novatos) a Gamet le estaban pareciendo menos realistas con cada día que pasaba.

También estaba claro que a Blistig le importaba poco que Gamet le diera informes diarios a la consejera y, por tanto, había motivos para suponer que sus diatribas se habían transmitido a Tavore, hasta el último detalle culpable. El comandante era doblemente afortunado, por tanto, ya que Gamet todavía no le había dicho nada a la consejera, se había mostrado muy breve en sus partes y había mantenido las observaciones personales al mínimo.

Cuando las palabras de Blistig se fueron apagando, Gamet se limitó a suspirar y se acercó al carro para mirar al anciano borracho que estaba echado en el fondo. Los soldados se apartaron un paso, como si el puño pudiera contagiarles algo.

—Bueno —dijo Gamet arrastrando las palabras—, este es Bizco. El hombre que mató a Coltaine…

—Le hizo un favor —soltó de repente uno de los guardias.

—Es obvio que Bizco no piensa lo mismo.

Nadie respondió. Blistig llegó junto al puño.

—De acuerdo —le dijo a su pelotón—, cogedlo, que lo laven, y que lo encierren bajo siete llaves.

—Sí, señor.

Momentos después se estaban llevando el carro.

Gamet miró a Blistig una vez más.

—Su poco sutil plan de hacer que le quiten el rango, le pongan unos grilletes y lo envíen de vuelta a Unta en el primer barco, no va a tener mucho éxito, comandante. Ni a la consejera ni a mí nos importa un bledo su frágil estado. Nos estamos preparando para librar una guerra y lo vamos a

necesitar. A usted y a todos y cada uno de sus descompuestos soldados.

—Mejor nos hubiéramos muerto con el resto…

—Pero no lo hicieron. Tenemos tres legiones de reclutas, comandante. Cándidos y jóvenes, pero listos para derramar sangre de Siete Ciudades. La pregunta es, ¿qué tienen intención de enseñarles usted y sus soldados?

Blistig lo miró furioso.

—La consejera convierte al capitán de la guardia de su casa en puño y se supone que yo…

—Cuarto Ejército —le soltó Gamet—. En la compañía primera desde el comienzo. Las Guerras Wickanas. Veintitrés años de servicio, comandante. Conocí a Coltaine cuando usted todavía estaba jugando en las rodillas de su madre. Me atravesó el pecho una lanza, pero resultó que era demasiado obstinado para morir. Mi comandante tuvo la amabilidad de retirarme a lo que supuse que era un puesto seguro de vuelta en Unta. Sí, capitán de la guardia en la Casa Paran. ¡Pero me lo gané, maldita sea!

Después de un largo instante, una sonrisa irónica crispó la boca de Blistig.

—Así que está tan contento de estar aquí como yo.

Gamet hizo una mueca, pero no respondió.

Los dos malazanos regresaron a sus caballos.

Gamet se subió a la silla antes de hablar.

—Estamos esperando el último transporte de tropas de la isla de Malaz, llegarán hoy, en algún momento. La consejera quiere que todos los comandantes se reúnan en su cámara de consejo a la octava campanada.

—¿Con qué fin? —preguntó Blistig.

Si por mí fuera, para verte ahogado y descuartizado.

—Usted esté allí, comandante.

La inmensa desembocadura del río Menykh era un remolino marrón e hinchado que se metía media legua en la bahía de Aren. Apoyado en la barandilla de estribor del transporte, justo detrás del castillo de proa, Cuerdas estudiaba el agua agitada que tenía debajo, después levantó la mirada y contempló la ciudad que se veía en la orilla norte del río.

Se frotó los pelos que le salían en la larga mandíbula. El tono rojizo de la barba de su juventud había dado paso al gris… que siempre era buena señal, en lo que a él se refería.

La ciudad de Aren no había cambiado mucho en los años transcurridos desde la última vez que él la había visto, aparte de la pobreza de los barcos del puerto. La misma capa de humo que la cubría, el mismo torrente interminable de desechos que trepaban por las corrientes y se metían en el Abismo del Buscador, por el que navegaba aquel transporte perezoso de gran eslora.

La gorra de cuero que le acababan de dar le raspaba la nuca; casi se le había roto el puñetero corazón al tirar la antigua, junto con el sobretodo raído de cuero y el cinturón de la espada que le había quitado a un guardia falah’dano que ya no la necesitaba. De hecho, no había conservado más que una sola posesión de su antigua vida, enterrada en el fondo de sus bártulos, en su litera, bajo cubierta, y no tenía intención de permitir que nadie la descubriera.

Llegó junto a él un hombre que se apoyó con gesto despreocupado en la barandilla y se quedó mirando el agua y la ciudad que se iba acercando.

Cuerdas no lo saludó. El teniente Ranal encarnaba lo peor del mando militar malazano. Aristócrata, nombramiento comprado en la ciudad de Quon, arrogante, inflexible y

recto, y todavía tenía que sacar una espada para luchar. Una sentencia de muerte con patas para sus soldados, y resultaba que Cuerdas tenía que ser uno de esos soldados, qué suerte había tenido, por el mellizo.

El teniente era un hombre alto, su sangre de Quon no podía ser más pura, piel clara, cabello claro, pómulos altos y anchos, nariz recta y larga, labios llenos. Cuerdas lo había odiado nada más verlo.

—Es costumbre saludar a un superior —dijo Ranal con fingida indiferencia.

—Saludar a los oficiales termina matándolos, señor.

—¿Aquí, en un transporte naval?

—Solo me estoy acostumbrando —replicó Cuerdas.

—Ha quedado muy claro desde el comienzo que no es la primera vez que hace esto, soldado. —Ranal hizo una pausa para examinarse los nudillos negros y flexibles de las manos enguantadas—. Bien sabe el Embozado que tiene usted años bastantes como para ser el padre de la mayor parte de esos infantes de marina que se sientan en la cubierta de ahí abajo. La oficial de reclutamiento lo hizo pasar directamente, no se ha adiestrado ni entrenado ni una sola vez, pero aquí lo tengo, y esperan que lo acepte como uno de mis soldados.

Cuerdas se encogió de hombros y no dijo nada.

—Esa oficial de reclutamiento —continuó Ranal después de un momento, con los ojos de color azul pálido clavados en la ciudad— dijo que vio desde el principio lo que usted había estado intentando ocultar. Por extraño que resulte, le pareció (usted le pareció, para ser más precisos) un recurso valioso, hasta el punto incluso de sugerir que lo hiciera sargento. ¿Sabe por qué me parece raro?

—No, señor, pero estoy seguro de que me lo va a decir.

—Porque creo que es un desertor.

Cuerdas se inclinó más en la barandilla y escupió al agua.

—He conocido a unos cuantos, todos cargados de razones, y no hay dos iguales. Pero todos guardan una cosa en común.

—¿Y cuál es?

—Jamás los encontrará en una fila de reclutamiento, teniente. Que disfrute de las vistas, señor. —Se dio la vuelta y regresó sin prisas adonde los demás infantes estaban tirados en la cubierta central. La mayor parte ya hacía tiempo que se había recuperado del mareo, pero su impaciencia por desembarcar era palpable. Cuerdas se sentó y estiró las piernas.

—El teniente quiere tu cabeza en una bandeja de plata —murmuró una voz a su lado.

Cuerdas suspiró y cerró los ojos, después levantó la cabeza hacia el sol vespertino.

—Lo que el teniente quiera y lo que consiga son dos cosas muy diferentes, Koryk.

—Lo que va a conseguir es a la pandilla que estamos aquí —respondió el mestizo seti al tiempo que movía los amplios hombros, los mechones de su largo cabello negro le azotaron la cara de rasgos planos.

—Es costumbre mezclar reclutas con veteranos —dijo Cuerdas—. A pesar de todo lo que has oído, hay supervivientes de la cadena de perros en esa ciudad de ahí. Un barco entero de infantes de marina heridos y wickanos consiguió pasar, según he oído. Y está la Guardia de Aren y las Espadas Rojas. Varios barcos de cabotaje con infantes también se rezagaron. Y por último, está la flota del almirante Nok, aunque me imagino que ese querrá mantener intactas sus fuerzas.

—¿Para qué? —preguntó otra recluta—. Nos dirigimos a una guerra en el desierto, ¿no?

Cuerdas la miró. De una juventud aterradora, la chica le recordó a otra joven que había marchado a su lado un tiempo atrás. Se estremeció un poco y después contestó.

—La consejera tendría que ser tonta para desmontar la flota. Nok está listo para empezar a reconquistar las ciudades costeras, podría haber empezado hace meses. El Imperio necesita puertos seguros. Sin ellos, estamos acabados en este continente.

—Bueno —murmuró la joven—, por lo que yo he oído, esa tal consejera bien podría ser lo que has dicho, viejo. Bien sabe el Embozado que es aristócrata, ¿no?

Cuerdas lanzó un bufido, pero no dijo nada y cerró los ojos otra vez. Le preocupaba que la muchacha tuviera razón. Claro que la tal Tavore era hermana del capitán Paran. Y Paran había demostrado tener agallas en Darujhistan. Como mínimo, tonto no era.

—¿De dónde sacaste el nombre de «Cuerdas», por cierto? —preguntó la joven después de un momento.

Violín sonrió.

—Es una historia muy larga para contarla ahora, muchacha.

Los guanteletes de la mujer cayeron con un golpe seco sobre la mesa y levantaron una nube de polvo. Con un crujido de armadura y el sudor empapando el forro de la prenda que le cubría los pechos, se desató el casco y, cuando la moza llegó con la jarra de cerveza, sacó la desvencijada silla y se sentó.

Un golfillo callejero reconvertido en mensajero. Un mensajero que le había llevado una tira pequeña de seda verde que decía, escrito con buena caligrafía y en malazano:

«Taberna del Danzante, al atardecer». Lostara Yil estaba más irritada que intrigada.

El interior de la taberna del Danzante consistía en una única habitación, las cuatro paredes clamaban haber sido encaladas en otro tiempo y los restos del proceso se aferraban a los ladrillos de adobe en trozos deformes y manchados de vino, como el mapa del paraíso de un borracho. El techo bajo se estaba pudriendo ante los ojos del propietario y de sus parroquianos, el polvo iba cayendo en nubes iluminadas por el sol bajo que arrojaba chorros de luz por las contraventanas de la ventana delantera. La superficie entreverada de espuma de la cerveza de la jarra que tenía delante ya mostraba un brillo apagado.

No había más que otros tres parroquianos, dos inclinados sobre una partida de tabas en la mesa que estaba más cerca de la ventana y un hombre semiinconsciente que murmuraba en soledad, apoyado en la pared junto a la letrina.

Aunque era temprano, la capitana de las Espadas Rojas ya estaba impaciente por ver el final de aquel patético misterio, si es que era un misterio. No había necesitado más que un momento para saber quién había organizado aquella reunión clandestina. Y mientras a una parte de ella le hacía ilusión volver a verlo (a pesar de toda su afectación y los aires que se daba, era un tipo bastante atractivo), ya tenía suficientes responsabilidades con las que pelearse como edecana de Tene Baralta. Hasta el momento, a las Espadas Rojas las estaban tratando como una compañía independiente del ejército punitivo de la consejera, a pesar de que no había muchos soldados disponibles con experiencia real en combate… *y todavía menos con las agallas necesarias para darle uso a esa experiencia*.

La apatía desordenada que reinaba en la Guardia de Aren de Blistig no era algo que compartieran las Espadas Rojas. Habían perdido miembros en la cadena de perros y no iban a dejar las cosas así.

Si…

La consejera era malazana, una desconocida para Lostara y el resto de las Espadas Rojas; hasta Tene Baralta, que la había visto cara a cara en tres ocasiones, seguía siendo incapaz de saber lo que pensaba, de tomarle las medidas. ¿Tavore confiaba en las Espadas Rojas?

Quizá la verdad ya la tenemos delante. Todavía tiene que darle algo a nuestra compañía. ¿Formamos parte de su ejército? ¿Se les permitirá a las Espadas Rojas luchar contra el torbellino?

Preguntas sin respuestas.

Y allí estaba ella, perdiendo el tiempo…

La puerta se abrió de golpe.

Un manto gris reluciente, ropa de cuero teñida de verde, moreno, piel bronceada por el sol, una sonrisa amplia y cordial.

—¡Capitana Lostara Yil! Es un placer volver a verla. —Se acercó sin prisas y despachó a la moza que se acercaba con un gesto despreocupado de una mano enguantada. Se acomodó en la silla que tenía Lostara enfrente, levantó dos copas de cristal que parecieron surgir de la nada y las colocó en la mesa polvorienta. Una botella negra de cuello largo y resplandeciente las siguió—. Le recomiendo encarecidamente que no pruebe la cerveza local de este establecimiento concreto, querida. Esta cosecha es mucho más apropiada para la ocasión. De las laderas empapadas por el sol del sur de Gris, donde cultivan las mejores uvas que ha visto este mundo. ¿Es la mía una opinión informada,

se preguntará? Sin duda alguna, muchacha, ya que poseo unas participaciones mayoritarias en los dichos viñedos…

—¿Qué es lo que quieres de mí, Perla?

El hombre sirvió el vino de tono magenta en las copas, la sonrisa inquebrantable.

—Atormentado como estoy por el sentimentalismo, pensé que podríamos levantar nuestras copas por los viejos tiempos. Cierto, fueron tiempos angustiosos; no obstante, sobrevivimos, ¿no es cierto?

—Oh, sí —replicó Lostara—. Y tú seguiste tu camino, a conseguir mayores glorias, sin duda. Mientras que yo seguí el mío, directamente a una celda.

La garra suspiró.

—Ah, bueno, los asesores del pobre Pormqual le fallaron de un modo horrendo, bien es cierto. Pero ya veo que tú y tus compañeros de las Espadas Rojas sois libres una vez más, os han devuelto las armas, vuestro puesto en el ejército de la consejera está asegurado…

—No del todo.

Perla levantó una elegante ceja.

Lostara cogió la copa y tomó un sorbo, aunque apenas notó el sabor.

—No hemos recibido indicación alguna sobre lo que desea la consejera de nosotros.

—Qué extraño.

La capitana frunció el ceño.

—Ya está bien de juegos —dijo—, seguro que sabes mucho más que nosotros…

—Por todos los cielos, permíteme desengañarte. La nueva consejera me resulta tan insondable como a ti. Mi fallo fue suponer que la dama se apresuraría a reparar el daño hecho a tu ilustre compañía. Dejar sin respuesta la pregunta de la lealtad de las Espadas Rojas… —Perla tomó un sorbo de vino

y después se recostó en la silla—. Os han liberado de la prisión, os han devuelto las armas, ¿os han prohibido que dejarais la ciudad? ¿Os han prohibido la entrada en el cuartel general?

—Solo en su cámara del consejo, Perla.

La expresión de la garra se iluminó.

—Ah, pero en eso no sois los únicos, querida. Por lo que he oído, aparte de los pocos elegidos que la han acompañado desde Unta, la consejera apenas ha hablado con nadie. Creo, sin embargo, que la situación está a punto de cambiar.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, solo a que esta noche se va a celebrar un consejo de guerra, un consejo al que tu comandante, Tene Baralta, sin duda ha sido invitado, así como el comandante Blistig y una multitud más cuya aparición seguro que sorprende a todos. —Se quedó callado, sus ojos verdes sostenían la mirada de la mujer.

Lostara parpadeó poco a poco.

—Si ese es el caso, debo regresar junto a Tene Baralta.

—Una conclusión muy loable, muchacha. Por desgracia, me temo que te equivocas.

—Explícate, Perla.

La garra se inclinó hacia delante una vez más y le rellenó la copa.

—Será un placer. A pesar de lo muy contumaz que se ha mostrado la consejera, el caso es que he tenido ocasión de presentarle una solicitud, solicitud que ha aprobado.

La voz de Lostara careció de inflexiones.

—¿Qué clase de solicitud?

—Bueno, el sentimentalismo es mi maldición, como ya he mencionado. Les tengo cariño a los recuerdos que me han quedado de cuando tú y yo trabajábamos juntos. Tanto

cariño, de hecho, que te solicitado como mi, bueno, mi ayudante. Tu comandante, por supuesto, ha sido informado…

—¡Soy capitán de las Espadas Rojas! —soltó de golpe Lostara—. No una garra, ni un espía, ni un homi… —En la última palabra se mordió la lengua.

Perla abrió mucho los ojos.

—Me ofendes en lo más profundo. Pero me siento lo bastante magnánimo esta noche como para excusar tu ignorancia. Es muy posible que tú no halles distinción alguna entre el noble arte del asesinato y la cruda noción del homicidio, pero te aseguro que existe. Sea como fuere, permíteme calmar tus miedos, la tarea que nos aguarda a ti y a mí no requiere implicarse en el lado más desagradable de mi vocación. En absoluto, muchacha, lo que necesito de ti en esta próxima empresa depende por completo de dos de tus numerosas cualidades. Tus conocimientos como nativa de Siete Ciudades, para empezar. Y la otra (incluso más vital), la lealtad incuestionable que sientes por el Imperio de Malaz. Bueno, si bien no podrías de ninguna de las maneras negar la veracidad de lo primero, está en tus manos reafirmar lo segundo, que tanto reivindicas.

La mujer se lo quedó mirando un buen rato y después asintió poco a poco.

—Ya veo. Muy bien, estoy a tu disposición.

Perla sonrió una vez más.

—Maravilloso. Mi fe en ti era absoluta.

—¿Cuál es esa misión en la que debemos embarcarnos?

—Los detalles nos los darán una vez que tengamos nuestra entrevista personal con la consejera, esta noche.

Lostara se irguió de repente.

—No tienes ni idea, ¿verdad?

La sonrisa de la garra se ensanchó.

—Emocionante, ¿a que sí?

—Así que no sabes si implicará algún asesinato…

—¿Asesinato? ¿Quién sabe? Pero homicidio desde luego que no. Y ahora termínate la copa, muchacha. Debemos dirigirnos al palacio del difunto puño supremo. He oído que la consejera no soporta la falta de puntualidad.

Todo el mundo había llegado temprano. Gamet se encontraba junto a la puerta por la que aparecería la consejera, con la espalda apoyada en la pared y los brazos cruzados. Ante él, apostados en la larga cámara de consejos de techos bajos, estaban los tres comandantes que habían sido convocados para la primera serie de reuniones de la velada. Las siguientes campanadas, con toda la orquestación que las dirigía, prometían ser interesantes. No obstante, el que había sido capitán de la Casa Paran se sentía un tanto intimidado.

Años atrás era un simple soldado, no de los que solía encontrarse en los consejos de guerra. No le prestaba mucho consuelo su recién otorgado manto de puño, ya que sabía que los méritos no tenían nada que ver con la adquisición de ese título. Tavore lo conocía, se había acostumbrado a darle órdenes, a dejarle a él la organización de todo, la disposición de los horarios…, pero en una casa de la aristocracia. Sin embargo, parecía que pretendía utilizarlo de idéntico modo, pero esa vez para todo el Decimocuarto Ejército. Lo que lo convertía en administrador, no en puño. Un hecho que no ignoraba ninguno de los presentes en aquella sala.

No estaba acostumbrado a la vergüenza que sentía y admitió que las baladronadas que desplegaba con frecuencia no eran más que una reacción instintiva a la sensación de incompetencia que lo embargaba. De

momento, sin embargo, no se sentía capaz de dominar ni siquiera la inseguridad, y mucho menos la chulería.

El almirante Nok estaba de pie, a media docena de pasos de distancia, hablando en voz baja con el imponente comandante de las Espadas Rojas, Tene Baralta. Blistig estaba despatarrado en una silla al otro extremo de la mesa de mapas, muy lejos de donde se sentaría la consejera una vez que comenzara la reunión.

El alto almirante atraía la atención de Gamet una y otra vez. Aparte de Dujek Unbrazo, Nok era el último de los comandantes que quedaban de la época del emperador. *El único almirante que no se ahogó*. Con las repentinas muertes de los hermanos napanianos, Urko y Costra, a Nok le habían dado el mando absoluto de las flotas imperiales. La emperatriz lo había enviado a él, y a ciento siete de sus barcos, a Siete Ciudades cuando los rumores sobre la rebelión se habían puesto al rojo vivo. Si el puño supremo de Aren no hubiera incautado a todos los efectos esa flota en el puerto, la cadena de perros de Coltaine podría haberse evitado; de hecho, la rebelión bien podría estar ya zanjada. Pero, de resultas de todo eso, la tarea de la reconquista prometía ser un esfuerzo prolongado y sangriento. Fueran cuales fueran los sentimientos que el almirante pudiera tener con respecto a todo lo que había ocurrido y todo lo que quizás estuviera a punto de pasar, el militar no daba ninguna indicación, su expresión seguía siendo fría e impersonal.

Tene Baralta tenía sus propias quejas. Pormqual había acusado de traición a las Espadas Rojas, al tiempo que una de sus compañías luchaba al mando de Coltaine, luchaba y era aniquilada. La primera orden de Blistig una vez que el puño supremo había abandonado la ciudad había sido que los liberaran. Como con los supervivientes de la cadena de

perros y la Guardia de Aren, la consejera había heredado su presencia. La pregunta sobre lo que iba a hacer con ellos (lo que iba a hacer con todos ellos) estaba a punto de recibir respuesta.

Gamet pensaba que ojalá pudiera despejar las dudas de todos, pero la verdad era que Tavore jamás había compartido con él sus pensamientos. El puño no tenía ni idea de lo que podría acaecer esa velada.

Se abrió la puerta.

Fiel a su estilo, las ropas de Tavore estaban bien cortadas pero eran sencillas y casi sin colores. Hacían juego con sus ojos, con las vetas grises en su cabello rojizo y muy corto, con sus rasgos inflexibles y poco atractivos. Era alta, de caderas más bien anchas y pechos un tanto grandes para su constitución. La espada de otataralita de su cargo la llevaba envainada en el cinturón, la única indicación de su título imperial. Portaba media docena de papiros enrollados bajo el brazo.

—Permanezcan de pie o siéntense, como quieran —fueron sus primeras palabras cuando se acercó sin prisas a la ornamentada silla del puño supremo.

Gamet observó a Nok y Tene Baralta tomar asiento ante la mesa y después siguió su ejemplo.

La consejera se sentó con la espalda muy erguida y dejó los papiros en la mesa.

—El despliegue del Decimocuarto Ejército es el propósito de esta reunión. Permanezca en nuestra compañía, almirante Nok, si tiene la bondad. —Cogió el primer papiro y le quitó los cordeles—. Tres legiones. La octava, la novena y la décima. El puño Gamet se pondrá al mando de la octava. El puño Blistig, de la novena y el puño Tene Baralta de la décima. La elección de oficiales para cada respectivo mando queda a discreción de cada puño. Les aconsejo que escojan

con prudencia y sabiduría. Almirante Nok, destaque a la comandante Alardis de su buque insignia. Ahora está al mando de la Guardia de Aren. —Sin pausa alguna, la consejera cogió un segundo papiro—. En cuanto a los supervivientes de la cadena de perros y varios otros elementos sueltos que tenemos a nuestra disposición, sus unidades han quedado disueltas. Se les ha reasignado y dispersado por las tres legiones. —Tavore levantó la cabeza al fin y si notó la misma conmoción que vio Gamet en todas las caras, una conmoción que él compartía, lo ocultó muy bien—. Dentro de tres días revisaré sus tropas. Eso es todo.

Los cuatro hombres se levantaron poco a poco, sumidos en un silencio aturdido.

La consejera señaló con un gesto los dos papiros que había extendido.

—Puño Blistig, llévese estos dos, por favor. Tene Baralta y usted quizá quieran reunirse en una de las salas laterales para comentar los detalles de sus nuevos mandos. Puño Gamet, puede unirse a ellos más tarde. De momento, quédese aquí conmigo. Almirante Nok, deseo hablar con usted en privado más tarde, esta misma noche. Por favor, asegúrese de permanecer a mi disposición.

El alto y maduro caballero carraspeó un momento.

—Estaré en el comedor, consejera.

—Muy bien.

Gamet observó irse a los tres hombres.

En cuanto se cerraron las puertas, la consejera se levantó de la silla. Se acercó a los antiguos tapices que cubrían entera una de las paredes.

—Un estampado extraordinario, Gamet, ¿no te parece? Una cultura obsesionada con la complejidad. Bueno —dijo cuando lo miró otra vez—, esta parte la hemos concluido con

una facilidad inesperada. Parece que disponemos de unos momentos antes de recibir a nuestros siguientes invitados.

—Creo que estaban todos demasiado conmocionados para responder, consejera. El estilo imperial de mando suele incluir un debate, argumentos, compromisos…

La única respuesta de la mujer fue una breve y pequeña sonrisa, después volvió a contemplar los tejidos.

—¿Qué oficiales elegirá Tene Baralta, en tu opinión?

—Espadas Rojas, consejera. Cómo se tomarán los reclutas malazanos…

—¿Y Blistig?

—Solo uno parecía digno de ese rango, y ahora está en la Guardia de Aren y por tanto Blistig no puede disponer de él —respondió Gamet—. Un capitán, Keneb…

—¿Malazano?

—Sí, aunque estacionado aquí, en Siete Ciudades. Perdió a sus tropas, consejera, a manos del renegado Korbolo Dom. Fue Keneb el que advirtió a Blistig sobre Mallick Rel…

—No me digas. ¿Y aparte del capitán Keneb?

Gamet sacudió la cabeza.

—Lo siento por Blistig en estos momentos.

—¿Lo sientes?

—Bueno, no he dicho lo que sentía, consejera.

La consejera lo miró.

—¿Lástima?

—Algo así —admitió él después de un momento.

—¿Sabes qué es lo que más molesta a Blistig, puño?

—Presenciar la matanza…

—Es muy posible que eso sea lo que afirme y espere que tú te lo creas, pero te equivocas. Blistig desobedeció una orden del puño supremo. Se planta delante de mí, su nuevo comandante, y cree que no tengo fe en él. Y entonces llega a la conclusión de que sería mejor para todos los interesados

si yo lo enviara a Unta, a enfrentarse a la emperatriz. —La consejera volvió a darle la espalda y se quedó callada.

Los pensamientos de Gamet se dispararon, pero al final tuvo que decidir que los pensamientos de Tavore se inclinaban por derroteros demasiado profundos como para que él los pudiera desentrañar.

—¿Qué es lo que desea que le diga?

—¿Crees que quiero que le digas algo de mi parte? Muy bien. Puede contar con el capitán Keneb.

Se abrió una puerta lateral y Gamet se giró para ver entrar a tres wickanos. Dos eran niños, el tercero no mucho mayor. Si bien el puño no los había visto nunca, sabían quiénes debían de ser. *Menos y Nada. La bruja y el hechicero. Y el muchacho que los acompaña es Temul, el mayor de los jóvenes guerreros que Coltaine envió con el historiador*.

Solo Temul parecía contento de haber sido llamado a presencia de la consejera. Nada y Menos estaban los dos desaliñados, con los pies desnudos y casi grises por las capas y capas de suciedad que los cubrían. El largo cabello negro de Menos le caía en grasientos mechones. La túnica de piel de ciervo de Nada estaba llena de marcas y rasgada. Los dos lucían expresiones de desinterés. En contraste, el equipo de guerra de Temul estaba inmaculado, al igual que la máscara de pintura facial de color rojo profundo que indicaba su dolor; sus ojos oscuros brillaban como piedras preciosas cuando se puso en posición de firmes delante de la consejera.

Pero la atención de Tavore era para Nada y Menos.

—Al Decimocuarto Ejército le faltan magos —dijo—. Por tanto, a partir de ahora actuaréis en calidad de tal.

—No, consejera —respondió Menos.

—Este asunto no se va a discutir…

Nada habló entonces.

—Queremos irnos a casa —dijo—. A las llanuras wickanas.

La consejera los estudió un momento y después habló sin que su mirada vacilara un segundo.

—Temul, Coltaine te puso al cargo de los jóvenes wickanos de las tres tribus presentes en la cadena de perros. ¿Qué dotación queda?

—Treinta —respondió el joven.

—¿Y cuántos wickanos había entre los heridos trasladados en barco a Aren?

—Sobrevivieron once.

—Así pues, cuarenta y uno en total. ¿Hay algún hechicero entre los miembros de tu compañía?

—No, consejera.

—Cuando Coltaine os envió con el historiador Duiker, ¿destinó hechiceros a tu compañía en ese momento?

Los ojos de Temul se posaron en Nada y Menos por un momento, después asintió con la cabeza con un movimiento brusco.

—Sí.

—¿Y se ha disuelto tu compañía de forma oficial, Temul?

—No.

—En otras palabras, la última orden que os dio Coltaine sigue en pie. —Se dirigió a Nada y Menos una vez más—. Vuestra solicitud queda denegada. Os necesito a los dos y a los lanceros wickanos del capitán Temul.

—No podemos darte nada —respondió Menos.

—Los espíritus hechiceros de nuestro interior guardan silencio —añadió Nada.

Tavore parpadeó poco a poco y continuó mirándolos. Después les contestó.

—Tendréis que encontrar algún modo de despertarlos otra vez. El día que entablemos batalla con Sha’ik y el

torbellino, espero que empleéis vuestra hechicería para defender a las legiones. Capitán Temul, ¿eres el mayor entre los wickanos de tu compañía?

—No, consejera. Hay cuatro guerreros del clan Perroloco que estaban en el barco que llevaba a los heridos.

—¿Les molesta que estés tú al mando?

El joven se irguió un poco más.

—No les molesta —respondió, después posó la mano derecha en la empuñadura de uno de sus cuchillos largos.

Gamet hizo una mueca y apartó la mirada.

—Podéis iros los tres —dijo la consejera después de un momento.

Temul dudó antes de hablar.

—Consejera, mi compañía desea luchar. ¿Se nos va a destinar junto a las legiones?

Tavore ladeó la cabeza.

—Capitán Temul, ¿cuántos veranos has visto?

—Catorce.

La consejera asintió.

—En estos momentos, capitán, nuestras tropas montadas se limitan a una compañía de voluntarios setis, quinientos en total. En términos militares, son caballería ligera en el mejor de los casos, exploradores y escoltas en el peor. Ninguno ha entrado jamás en batalla y ninguno es mucho mayor que tú. Tu mando consiste en cuarenta wickanos, todos salvo cuatro más jóvenes que tú. Para nuestra marcha al norte, capitán Temul, tu compañía será destinada a mi séquito. Como guardaespaldas. Los jinetes más hábiles entre los setis actuarán como mensajeros y exploradores. Debes entender que no tengo las fuerzas necesarias para organizar una batalla con la caballería. El Decimocuarto Ejército es, sobre todo, infantería.

—Las tácticas de Coltaine…

—Esta ya no es la guerra de Coltaine —lo interrumpió Tavore de repente.

Temul se encogió como si lo hubieran golpeado. Consiguió asentir con gesto rígido y después se dio media vuelta y salió de la cámara. Nada y Menos lo siguieron un momento después.

Gamet dejó escapar un suspiro tembloroso.

—El muchacho quería llevarles buenas noticias a sus wickanos.

—Para acallar las quejas de esos cuatro guerreros de Perroloco —dijo la consejera, su voz todavía contenía un matiz de irritación—. Un nombre muy apropiado, por cierto. Dime, puño, ¿cómo crees que se está produciendo el debate entre Blistig y Tene Baralta en estos momentos?

El viejo veterano lanzó un gruñido.

—Acalorado, diría yo, consejera. Es probable que Tene Baralta espere conservar sus Espadas Rojas como un regimiento independiente. Dudo que tenga mucho interés en ponerse al mando de cuatro mil reclutas malazanos.

—¿Y el almirante que espera abajo, en el comedor?

—Sobre ese no tengo ni idea, consejera. Su taciturnidad es legendaria.

—¿Por qué crees tú que no se limitó a usurpar sin más al puño supremo Pormqual? ¿Por qué permitió la aniquilación de Coltaine y el Séptimo, y después del propio ejército del puño supremo?

Gamet solo pudo sacudir la cabeza.

Tavore lo estudió durante media docena de latidos más y después se dirigió sin prisas a los papiros que tenía en la mesa. Cogió uno y le quitó las ataduras.

—La emperatriz nunca tuvo motivos para cuestionar la lealtad del almirante Nok.

—Ni la de Dujek Unbrazo —murmuró Gamet por lo bajo.

La mujer lo oyó y levantó la cabeza, después esbozó una sonrisa tensa y efímera.

—No, es cierto. Nos queda una reunión. —Se metió el papiro bajo un brazo y se dirigió a una pequeña puerta lateral—. Ven.

La sala que había detrás tenía el techo bajo y las paredes prácticamente cubiertas de tapices. Unas gruesas alfombras silenciaron sus pasos cuando entraron. Una modesta mesa redonda copaba el centro bajo una ornamentada lámpara de aceite, la fuente en exclusiva de luz. Había una segunda puerta enfrente, baja y estrecha. La mesa era el único mueble de la cámara.

Tavore dejó caer el papiro en la estropeada superficie cuando Gamet cerró la puerta tras él. Al darse la vuelta, vio que la consejera lo miraba. Había una repentina vulnerabilidad en sus ojos que hizo que se disparase una ansiedad tal que le encogió las tripas, era algo que no había visto jamás en aquella hija de la Casa Paran.

—¿Consejera?

La mujer interrumpió el contacto, visiblemente recuperada.

—En esta habitación —dijo en voz baja—, la emperatriz no está presente.

Gamet se quedó sin aliento y después asintió con una brusca sacudida.

Se abrió la puerta más pequeña y el puño se volvió y vio que entraba en la cámara un hombre alto, casi afeminado, vestido de color ceniza y con una sonrisa plácida en sus atractivos rasgos. Lo seguía una mujer con armadura, una oficial de las Espadas Rojas. Tenía la piel oscura y tatuada al estilo pardu, los ojos negros y grandes, muy separados sobre los altos pómulos, la nariz estrecha y aguileña. Parecía

cualquier cosa salvo complacida, su mirada se había clavado en la consejera con un aire de calculada arrogancia.

—Cierre la puerta al entrar, capitana —le dijo Tavore a la espada roja.

El hombre de gris estaba mirando a Gamet, su sonrisa se había hecho un poco socarrona.

—Puño Gamet —dijo—, me imagino que piensa que ojalá estuviera todavía en Unta, ese ajetreado corazón del Imperio, discutiendo con tratantes de caballos en nombre de la Casa Paran. En su lugar, aquí está, convertido en soldado una vez más…

Gamet frunció el ceño.

—Me temo que no lo conozco… —dijo.

—Puede llamarme Perla —respondió el hombre, aunque dudó en el nombre, como si revelarlo fuera el núcleo de algún inmenso chiste del que solo él fuera consciente—. Y mi encantadora compañera es la capitana Lostara Yil, antes de las Espadas Rojas, pero ahora, por fortuna, mi segunda. —Se volvió hacia la consejera e hizo una elaborada reverencia—. A su servicio.

Gamet vio que la expresión de Tavore se tensaba durante solo un instante.

—Eso todavía está por ver.

Perla se irguió poco a poco, la burla de su rostro había desaparecido.

—Consejera, ha dispuesto usted esta reunión de forma discreta, muy discreta. Este escenario no tiene público. Si bien soy una garra, los dos sabemos que en… los últimos tiempos… he, digamos, que desagradado a mi señor Topper… y a la emperatriz, lo que ha provocado mi apresurado viaje por la senda Imperial. Una situación temporal, por supuesto, pero la consecuencia es que en

estos momentos soy una especie de cabo suelto que no sabe muy bien qué hacer.

—Entonces se podría concluir —dijo la consejera con cuidado— que está usted disponible, por así decirlo, para emprender una empresa más… privada.

Gamet le lanzó una mirada.

¡Por los dioses del inframundo! ¿De qué trata esto?

—Se podría decir así —respondió Perla con un encogimiento de hombros.

Se produjo un silencio, roto al fin por la espada roja, Lostara Yil.

—Comienza a inquietarme la dirección que está tomando esta conversación —dijo entre dientes—. Como súbdita leal del Imperio…

—Nada de lo que ocurra pondrá en duda su honor, capitana —respondió la consejera, cuya mirada no se había apartado de Perla. No añadió nada más.

La garra esbozó entonces una pequeña sonrisa.

—Ah, ahora ha hecho que me pique la curiosidad. Me encanta ser curioso, ¿lo sabía? Teme que negocie para recuperar el favor de Laseen, pues la misión que nos quiere proponer a la capitana y a mí es, para ser precisos, no en nombre de la emperatriz, ni, de hecho, del Imperio. Una forma extraordinaria de apartarse del papel de consejera imperial. Sin precedentes, de hecho.

Gamet dio un paso adelante.

—Consejera…

Tavore levantó una mano para interrumpirlo.

—Perla, la tarea que me gustaría encomendarles a la capitana y usted bien podría contribuir, en último término, al bienestar del Imperio…

—Oh, bueno —sonrió la garra—, para eso sirve la imaginación, ¿no? Uno siempre hace garabatos en la sangre

por muy seca que esté. Admito que no carezco de habilidad a la hora de atribuir sólidas justificaciones a lo que sea que acabo de hacer. Desde luego, por favor, explíquese.

—¡Todavía no! —soltó de repente Lostara Yil, su exasperación era obvia—. Al servir a la consejera espero servir al Imperio. Ella es la voluntad de la emperatriz. No se le permite ninguna otra consideración…

—Dice bien —afirmó Tavore. Después volvió a mirar a Perla—. Garra, ¿cómo les va a los espolones?

Perla abrió mucho los ojos y estuvo a punto de dar un paso atrás de la impresión.

—Ya no existen —susurró.

La consejera frunció el ceño.

—Qué decepción. Estamos todos, en este momento, en una situación precaria. Si ha de esperar honestidad por mi parte, ¿no puedo, entonces, esperar lo mismo a cambio?

—Siguen ahí —murmuró Perla, a quien el asco le crispaba los rasgos—. Como larvas de tábanos bajo la piel imperial. Cuando sondeamos, se limitan a hundirse un poco más.

—No obstante, cumplen con cierta… función —dijo Tavore —. Por desgracia, no de forma tan competente como yo habría esperado.

—¿Los espolones han encontrado apoyo entre la nobleza? —preguntó Perla, un brillo de sudor se había hecho visible en su alta frente.

El encogimiento de hombros de la consejera fue casi indiferente.

—¿Le sorprende?

Gamet casi pudo ver dispararse los pensamientos de la garra. Corrían como rayos dentro de su cabeza, su expresión se iba haciendo cada vez más perpleja… y consternada.

—Diga el nombre —dijo.

—Baudin.

—Fue asesinado en Quon…

—El padre. No el hijo.

Perla empezó a pasearse de repente por la pequeña cámara.

—Y ese hijo, ¿se parece mucho al malnacido que lo engendró? Baudin el Viejo dejó cadáveres de garras tirados por callejones de toda la ciudad. La cacería duró cuatro noches enteras…

—Tenía razones para creer —dijo Tavore— que era digno del nombre de su padre.

Perla giró la cabeza.

—¿Pero ya no?

—No sabría decir. Considero, sin embargo, que su misión ha fracasado de la peor forma posible.

El nombre se deslizó por los labios de Gamet de forma espontánea, pero con una certeza pesada como un ancla.

—Felisin.

Vio la mueca de dolor en la cara de Tavore antes de que la consejera les diera la espalda a los tres para estudiar uno de los tapices.

Los pensamientos de Perla parecían ir muy por delante.

—¿Cuándo se perdió el contacto, consejera? ¿Y dónde?

—La noche del Levantamiento —le replicó la mujer sin volverse—. El campamento minero llamado Solideo. Pero ya había habido antes una… una pérdida de control, varias semanas antes. —Señaló con un gesto el papiro de la mesa—. Detalles, posibles contactos. Queme el papiro una vez que haya terminado de leerlo y esparza las cenizas por la bahía. —De repente se dio la vuelta y los miró—. Perla. Capitana Lostara Yil. Encuentren a Felisin. Encuentren a mi hermana.

El rugido de la chusma se alzaba y caía en la ciudad tras los muros de la finca. Era la estación de la Podredumbre en Unta y, en las mentes de miles de ciudadanos, se estaba extirpando esa podredumbre. La temida Criba había comenzado.

El capitán Gamet se encontraba junto a la garita, flanqueado por tres nerviosos guardias. Se habían apagado todas las antorchas de la finca y, tras ellos, la casa estaba a oscuras, las ventanas cerradas. Y dentro de aquella inmensa estructura se acurrucaba la última hija de Paran, sus padres desaparecidos desde las detenciones de ese mismo día, su hermano perdido y se suponía que muerto en un continente lejano, su hermana… su hermana… la locura se había apoderado una vez más del Imperio con la furia de una tormenta tropical…

Gamet no tenía más que doce guardias y a tres de ellos los había contratado en los últimos días, cuando la quietud del aire en las calles le había susurrado al capitán que el horror era inminente. No había habido ninguna proclamación, no se había publicado ningún edicto imperial que prendiera la avaricia y el salvajismo de los plebeyos y les diera vida. No eran más que rumores que atravesaban como rayos las calles, callejones y mercados de la ciudad como remolinos de polvo. «La emperatriz está disgustada.» «Tras la putrefacción del mando incompetente del ejército imperial, encontrarás la cara de la aristocracia.» «La adquisición de puestos es una plaga que amenaza al Imperio entero. ¿Es de extrañar, acaso, que la emperatriz esté disgustada?»

Una compañía de Espadas Rojas había llegado de Siete Ciudades. Asesinos crueles, incorruptibles y muy alejados

del veneno de los dineros de los aristócratas. No era difícil imaginar la razón que se ocultaba tras su aparición.

La primera oleada de detenciones había sido precisa, casi comedida. Pelotones en plena noche. No había habido escaramuzas con los guardias de las casas, no se había advertido a ninguna hacienda que ganaran tiempo para levantar barricadas o incluso huir de la ciudad.

Y Gamet creía saber cómo había ocurrido.

Tavore era la nueva consejera de la emperatriz. Tavore conocía bien… a los suyos.

El capitán suspiró y después se acercó a la pequeña puerta incrustada en la verja. Descorrió el pesado cerrojo y dejó caer la barra de hierro con un ruido metálico. Después miró a los tres guardias.

—Vuestros servicios ya no son necesarios. En la buhera encontraréis vuestra paga.

Dos de los tres hombres con armadura intercambiaron una mirada, después, uno de ellos se encogió de hombros y los dos se dirigieron a la puerta. El tercer hombre no se había movido. Gamet recordó que había dicho llamarse Kollen, un nombre quon y tenía acento quon. Lo habían contratado más por su presencia imponente que por cualquier otra cosa, aunque el ojo experto de Gamet había detectado cierta… seguridad en sí mismo; el modo en que aquel hombre vestía la armadura, parecía indiferente a su peso, insinuaba una elegancia marcial que solo podía pertenecer a un soldado profesional. No sabía casi nada del pasado de Kollen, pero corrían tiempos desesperados y, en cualquier caso, a ninguno de los tres recién contratados se les había permitido entrar en la casa en sí.

En la oscuridad que invadía el dintel de la garita, Gamet estudió al inmóvil guardia. Entre la marea de rugidos de la chusma desmandada, que cada vez se acercaba más, se

oían gritos agudos que alzaban en la noche un coro desesperado.

—Pónmelo fácil, Kollen —dijo en voz baja—. Tengo a cuatro de mis hombres detrás de ti, a veinte pasos, con las ballestas preparadas y apuntándote a la espalda.

El enorme hombre ladeó la cabeza.

—Sois nueve. En menos de un cuarto de campanada varios cientos de saqueadores y asesinos van a venir a llamar a la puerta. —Miró a su alrededor poco a poco, como si midiera los muros de la hacienda, las modestas defensas, y después volvió a clavar su mirada firme en Gamet.

El capitán frunció el ceño.

—Y sin duda tú se lo habrías puesto incluso más fácil. Tal y como están las cosas, puede que rompamos unas cuantas narices, suficientes para animarlos a buscar en otra parte.

—No, no lo harán, capitán. Las cosas solo se… complicarán más, así de simple.

—¿Así es como la emperatriz simplifica las cosas, Kollen? Una verja sin cerrar. Guardias leales derribados por detrás. ¿Ya has afilado el cuchillo que me vas a clavar en la espalda?

—No estoy aquí a petición de la emperatriz, capitán.

Gamet entrecerró los ojos.

—No se le va a hacer ningún daño —continuó el hombre tras un momento—. Siempre que pueda contar con su absoluta cooperación. Pero se nos está acabando el tiempo.

—¿Esta es la respuesta de Tavore? ¿Y qué hay de sus padres? No había nada que sugiriera que su destino fuera a ser muy diferente del de tantos otros a los que arrestaron.

—Bueno, las opciones de la consejera son limitadas. Está sometida a cierto… escrutinio.

—¿Qué hay planeado para Felisin, Kollen… o quien seas?

—Una breve estancia en las minas de otataralita…

—¿Qué?

—No estará sola por completo. Un guardián la acompañará. Ha de comprender, capitán, que es esto o la chusma de ahí fuera.

Nueve leales guardianes asesinados, sangre en los suelos y paredes, un puñado de sirvientes arrollados en barricadas endebles junto a la puerta del dormitorio de la niña. Y luego, para la niña… nadie.

—¿Quién es ese tal «guardián», Kollen?

El hombre sonrió.

—Yo, capitán. Y no, mi verdadero nombre no es Kollen.

Gamet se acercó más a él hasta que las caras quedaron a menos de un palmo.

—Si sufre algún daño, te encontraré. Y me da igual que seas una garra…

—No soy una garra, capitán. En cuanto al daño que pueda sufrir Felisin, lamento decir que alguno habrá. Es inevitable. Esperemos que sea una chica resistente… Es uno de los rasgos de los Paran, ¿no?

Después de un largo instante, Gamet dio un paso atrás, resignado de repente.

—¿Nos matas ahora o más tarde?

El hombre alzó las cejas.

—Dudo que pudiera hacerlo, dadas las ballestas que me apuntan por la espalda. No, pero debo pedirle que ahora me acompañe a un piso franco. Debemos impedir a toda costa que la niña caiga en manos de la chusma. ¿Puedo confiar en su ayuda, capitán?

—¿Dónde está ese piso franco?

—En la avenida de las Almas…

Gamet hizo una mueca. *Plaza del Juicio. A las cadenas. Oh, que Beru te proteja, muchacha*. Pasó junto a Kollen sin prisa.

—Iré a despertarla.

Perla se encontraba ante la mesa redonda, apoyado en las dos manos y la cabeza gacha mientras estudiaba el papiro. La consejera había salido media campanada antes con su puño pisándole los talones como una sombra deforme. Lostara esperaba de brazos cruzados, con la espalda apoyada en la puerta por la que se habían ido Tavore y Gamet. Había guardado silencio durante el tiempo que a Perla le había llevado examinar el papiro, su cólera y frustración iban creciendo con cada momento que pasaba.

Y por fin se hartó del todo.

—No pienso formar parte de esto. Devuélveme a las órdenes de Tene Baralta.

Perla no levantó la cabeza.

—Como desees, querida —murmuró, y después añadió—: Por supuesto, tendré que matarte en algún momento, y desde luego antes de que informes a tu comandante. Son las duras reglas de las empresas clandestinas, lamento decir.

—¿Desde cuándo te pones a disposición de la consejera así, Perla?

La garra levantó la cabeza y la miró a los ojos.

—Bueno, desde que reafirmó la lealtad incondicional que sentía por la emperatriz, por supuesto. —Después volvió a examinar el papiro.

Lostara frunció el ceño.

—Perdona, pero creo que me perdí esa parte de la conversación.

—No me extraña —respondió Perla—, puesto que se encontraba entre líneas, entre las palabras que sí se pronunciaron. —El hombre sonrió—. Justo donde debían.

Lostara empezó a pasearse con un siseo, luchaba contra un deseo irracional de emprenderla con un cuchillo contra aquellos estúpidos tapices y sus interminables escenas de glorias pasadas.

—Vas a tener que explicarte, Perla —gruñó.

—¿Y eso aliviará tu conciencia lo suficiente como para devolverte a mi lado? Muy bien. El resurgimiento de la clase aristocrática en las cámaras del poder imperial ha sido extrañamente rápido. De hecho, incluso se podría decir que hasta antinatural. Casi como si estuvieran recibiendo ayuda, pero ¿de quién?, nos preguntábamos. Oh, persistían absurdos rumores sobre el regreso de los espolones. Y de vez en cuando, algún pobre necio que había sido arrestado por algo que no tenía nada que ver en absoluto iba y confesaba que era un espolón, pero eran jóvenes, seducidos por nociones románticas, la atracción de los cultos y todas esas cosas. Quizá se hicieran llamar espolones, pero no se acercaban siquiera a lo que era la organización de verdad, a los sirvientes de Danzante, con los que muchos de la Garra teníamos experiencia de primera mano.

»En cualquier caso, volvamos al asunto que nos ocupa. Tavore es de sangre noble y ahora está claro que un miembro auténtico y encubierto del Espolón ha regresado para atormentarnos y hacer uso de la aristocracia. Ha estado colocando agentes afines en el ejército y la administración, una infiltración que proporciona beneficios a las dos partes. Pero Tavore es ahora la consejera y, como tal, sus antiguos lazos, sus antiguas lealtades, han de ser cortadas de raíz. —Perla se detuvo para dar unos golpecitos con el dedo en el papiro extendido que tenía delante—. Nos ha entregado a los espolones, capitán. Encontraremos a ese tal Baudin el Joven y a partir de él desentrañaremos toda la organización.

Lostara tardó unos minutos en hablar.

—En cierto sentido, entonces —dijo—, nuestra misión no es ajena a los intereses del Imperio, después de todo.

Perla le lanzó una sonrisa.

—Pero si es así —continuó Lostara—, ¿por qué no lo dijo la consejera?

—Oh, creo que podemos dejar esa pregunta sin respuesta de momento.

—¡No, me gustaría que me la contestaran ya!

Perla suspiró.

—Porque, querida, para Tavore la rendición de los espolones es algo secundario, subordinado al hallazgo de Felisin. Y eso es algo ajeno, y no solo ajeno, sino también condenatorio. ¿Crees que la emperatriz vería con buenos ojos esta pequeña e inteligente intriga, esa mentira tras la más que pública demostración de lealtad por parte de la nueva consejera? ¡Enviar a su hermana a las minas de otataralita! ¡Que el Embozado nos lleve, qué mujer tan dura! La emperatriz ha elegido bien, ¿no es cierto?

Lostara hizo una mueca. *Elegido bien… ¿pero basándose en qué?*

—Desde luego que sí.

—Sí, estoy de acuerdo. Es un intercambio justo, en cualquier caso, salvamos a Felisin y nos recompensan con el principal agente de los espolones. No cabe duda de que la emperatriz se preguntará qué estábamos haciendo en la isla Otataral ya en primer lugar…

—Tendrás que mentirle, ¿verdad?

La sonrisa de Perla se ensanchó.

—Le mentiremos los dos, muchacha. Como le mentirían la consejera y el puño Gamet llegado el caso. A menos, por supuesto, que coja lo que me ha ofrecido la consejera. Es decir, lo que me ha ofrecido de modo personal.

Lostara asintió poco a poco.

—Eres un cabo suelto. Sí. Has perdido el favor del patrón de la Garra y de la emperatriz. Estás impaciente por compensar el daño. Una misión independiente; de algún modo te tropezaste con el rumor que hablaba de un espolón auténtico y partiste tras la pista. Así pues, el mérito de desentrañar la organización del Espolón será tuyo y solo tuyo.

—O nuestro —la corrigió Perla—. Si así lo deseas.

La mujer se encogió de hombros.

—Eso lo podemos decidir más tarde. Muy bien, Perla. Bueno —se acercó al lado de su nuevo jefe—, ¿cuáles son esos detalles que la consejera ha tenido la amabilidad de proporcionarnos?

El almirante Nok estaba delante de la chimenea con los ojos clavados en las cenizas frías. Al oír que se abría la puerta, se volvió poco a poco sin inmutarse.

—Gracias —dijo la consejera— por su paciencia.

El almirante no dijo nada, su mirada serena se posó un momento en Gamet.

Los ecos apagados de la campanada de medianoche apenas comenzaban a desvanecerse. El puño estaba agotado, se sentía frágil y mareado, incapaz de mantener la mirada de Nok por mucho tiempo. Esa noche había sido poco más que el animalito de compañía de la consejera o, lo que era peor, un familiar. Unido de forma tácita a los planes que había hecho la consejera dentro de otros planes, pero despojado hasta de la ilusión de tener alternativa. Cuando Tavore lo había metido en su séquito (poco después del arresto de Felisin), Gamet se había planteado por un instante escabullirse, desvanecerse siguiendo la tradición consagrada por el tiempo de los soldados malazanos que se

encontraban en circunstancias desfavorables. Pero no lo había hecho y sus motivos para unirse al núcleo de asesores de la consejera (y no era que los invitaran jamás a asesorar sobre nada) habían resultado ser, tras una implacable reflexión sobre sí mismo, no demasiado loables. Lo había empujado una curiosidad macabra. Tavore había ordenado la detención de sus padres y había enviado a su hermana menor a los horrores de las minas de otataralita. *Y todo por su carrera*. Su hermano, Paran, había quedado deshonrado de algún modo en Genabackis y a continuación había desertado. *Una vergüenza, cierto, pero seguro que no lo suficiente como para merecerse la reacción de Tavore. A menos*… Corrían rumores que decían que el muchacho había sido agente de la consejera Lorn y que la deserción de Paran había provocado, en último término, la muerte de la mujer en Darujhistan. Sin embargo, si eso fuera verdad, ¿entonces por qué había puesto la emperatriz su mirada real sobre otro retoño de la Casa Paran? ¿Por qué convertir a Tavore precisamente en la nueva consejera?

—Puño Gamet.

El soldado parpadeó.

—¿Consejera?

—Siéntese, por favor. Me gustaría tener unas últimas palabras con usted, pero pueden esperar de momento.

Gamet asintió y miró a su alrededor hasta que vio la única silla de respaldo alto apoyada en una de las paredes de la pequeña sala. Parecía cualquier cosa salvo cómoda, pero seguro que eso sería una ventaja, dado su cansancio. Resonaron unos crujidos siniestros cuando se sentó en la silla e hizo una mueca.

—No me extraña que Pormqual no enviara esta con todo lo demás —murmuró.

—Según tengo entendido —dijo Nok— el barco de transporte en cuestión se hundió en el puerto de Ciudad Malaz y se llevó con él el botín del fallecido puño supremo.

Gamet levantó las ásperas cejas.

—Llegó hasta allí… ¿solo para hundirse en el puerto? ¿Qué pasó?

El almirante se encogió de hombros.

—Ningún miembro de la tripulación llegó a la orilla para contar la historia.

¿Ninguno?

Nok pareció notar su escepticismo porque decidió ofrecerle una respuesta un poco más elaborada.

—El puerto de Malaz es muy famoso por sus tiburones. Se encontraron varios botes de remos, todos inundados y vacíos.

La consejera, de forma inusual en ella, había permitido que continuara el intercambio, lo que había llevado a Gamet a preguntarse si Tavore había presentido un significado oculto en la pérdida misteriosa del barco de transporte. La mujer escogió ese momento para hablar.

—Sigue siendo, entonces, una maldición peculiar; barcos que se van a pique de forma inexplicable, botes vacíos, tripulaciones perdidas. Es cierto que al puerto de Malaz le han dado mala fama sus tiburones, sobre todo porque parecen ser los únicos capaces de comerse a sus víctimas enteras, sin dejar ningún tipo de resto.

—Hay tiburones capaces de todo —replicó Nok—. Yo sé de al menos doce barcos hundidos en el fondo cenagoso del puerto en cuestión…

—Incluyendo el *Retorcido* —dijo la consejera con voz cansina—, el buque insignia del viejo emperador, que de forma misteriosa se deshizo de sus amarras una noche

después del magnicidio y de inmediato se hundió en las profundidades llevándose a su demonio residente con él.

—Quizá le guste la compañía —comentó Nok—. Los pescadores de la isla juran que el puerto está embrujado, después de todo. La frecuencia con la que se pierden las redes…

—Almirante —lo interrumpió Tavore, había posado los ojos en la chimenea apagada—, está usted, y otros tres. Los únicos que quedan.

Gamet se irguió poco a poco en la silla. *Otros tres. El mago supremo Tayschrenn, Dujek Unbrazo y Whiskeyjack. Cuatro… dioses, ¿eso es todo? Velajada, Bellurdan, Escalofrío, Duiker… tantos caídos*…

El almirante Nok se limitaba a estudiar a la consejera. Se había enfrentado a la ira de la emperatriz, primero con la desaparición de Cartheron Costra, después con la de Urko y Ameron. Fueran cuales fueran las respuestas que había dado, lo había hecho mucho tiempo atrás.

—No hablo por la emperatriz —dijo Tavore tras un momento—. Ni me interesan los… detalles. Lo que me interesa es… una cuestión de… curiosidad personal. Me gustaría intentar entender, almirante, por qué la abandonaron.

Se hizo un silencio que llenó la habitación y se alargó hasta convertirse en un callejón sin salida. Gamet se echó hacia atrás y cerró los ojos. *Ah, muchacha, haces preguntas sobre… sobre la lealtad, como las haría alguien que jamás la hubiera experimentado. Le revelas a este almirante lo que solo se puede interpretar como un defecto crítico. Estás al mando del Decimocuarto Ejército, consejera; sin embargo, haces tu trabajo aislada, levantando las mismas barricadas que has de derribar si quieres liderarlo de verdad. ¿Qué piensa Nok de esto ahora? Extraña acaso que no*…

—La respuesta a su pregunta —dijo el almirante— se encuentra en lo que era un punto fuerte y a la vez un defecto de la… familia del emperador. La familia que reunió para levantar un imperio. Kellanved empezó con un solo compañero, Danzante. Después, los dos contrataron a un puñado de nativos de Ciudad Malaz y se dispusieron a conquistar al elemento criminal de la ciudad, y debería señalar que casualmente ese elemento criminal gobernaba la isla entera. Su objetivo era Mock, el gobernante no oficial de la isla de Malaz. Un pirata y un asesino desalmado.

—¿Quiénes eran esos primeros mercenarios, almirante?

—Yo mismo, Ameron, Dujek, una mujer llamada Hawl, mi esposa. Yo había sido el primer oficial de un corsario que trabajaba las rutas marítimas que rodeaban las islas napanianas, islas que Unta se acababa de anexionar y que proporcionaban una escala fundamental para la invasión de Kartool que planeaba el rey de Unta. Nos habían dado una paliza y nos habíamos retirado cojeando al puerto de Malaz, solo para que Mock, que estaba negociando un intercambio de prisioneros con Unta, confiscara el barco y arrestara a la tripulación. Solo escapamos Ameron, Hawl y yo. Un muchacho, llamado Dujek, descubrió dónde nos habíamos escondido y nos entregó a sus nuevos jefes, Kellanved y Danzante.

—¿Eso fue antes de que se les permitiera la entrada en la Casa de Muerte? —preguntó Gamet.

—Sí, pero muy poco antes. Cuando nos instalamos en la Casa de Muerte se nos concedieron (como es obvio y evidente) ciertos dones. Longevidad, inmunidad a la mayor parte de las enfermedades, y… otras cosas. La Casa de Muerte también nos proporcionó una base de operaciones inexpugnable. Danzante reforzó más tarde nuestro número al reclutar a varios entre los refugiados napanianos que

habían huido de la conquista: Cartheron Costra y su hermano Urko. Y Torva, Laseen. Tres hombres más iban a seguirnos en breve. Toc el Viejo, Dassem Ultor (que era, al igual que Kellanved, de linaje dalhonesio) y un sumo septarca renegado del culto de D'rek, Tayschrenn. Y por último, Duiker. —Le dedicó una pequeña sonrisa a Tavore—. La familia. Con ella Kellanved conquistó la isla de Malaz. Una conquista rápida, con pérdidas mínimas…

Mínimas…

—Su mujer —dijo Gamet.

—Sí, ella. —Después de un momento, el almirante se encogió de hombros y continuó—. Para responder a su pregunta, consejera. Los demás no lo sabíamos, pero los napanianos que había entre nosotros eran mucho más que simples refugiados. Torva era de linaje real. Costra y Urko habían sido capitanes de la flota napaniana, una flota que con toda probabilidad habría rechazado a los de Unta si una tormenta repentina no la hubiera destruido casi en su totalidad. Resultó que el suyo era un propósito singular: aplastar la hegemonía de Unta, y planeaban utilizar a Kellanved para lograrlo. En cierto sentido, esa fue la primera traición dentro de la familia, la primera fisura. Curada con facilidad, pareció, puesto que Kellanved ya poseía ambiciones imperiales, y, de los dos rivales más importantes del continente, Unta era, con mucho, el más fiero.

—Almirante —dijo Tavore—. Ya veo adónde lleva esto. El asesinato de Kellanved y Danzante por parte de Torva destrozó a la familia de forma irrevocable, pero ahí es precisamente donde no termino de entenderlo. Torva había llevado la causa napaniana a su conclusión casi definitiva. Pero no fue usted, ni Tayschrenn, Duiker, Dassem Ultor o Toc el Viejo los que… desaparecieron. Fueron… los napanianos.

—Aparte de Ameron —señaló Gamet.

El rostro arrugado del almirante se estiró cuando enseñó los dientes en una sonrisa hosca.

—Ameron era medio napaniano.

—¿Así que solo fueron los napanianos los que abandonaron a la nueva emperatriz? —Gamet se quedó mirando a Nok, tan confundido como Tavore—. Pero Torva pertenecía al linaje real napaniano.

Nok no dijo nada durante un buen rato y después suspiró.

—La vergüenza es un veneno fiero y vigoroso. Tener que servir a la nueva emperatriz… complicidad y condenación. Costra, Urko y Ameron no formaron parte de la traición… ¿pero quién los iba a creer? ¿Quién no podría verlos como parte del complot del asesinato? Sin embargo, lo cierto fue —sus ojos se encontraron con los de Tavore— que Torva no nos había incluido a ninguno en su intriga, no podía permitírselo. Tenía a la Garra y eso era todo lo que necesitaba.

—¿Y dónde estaban los espolones en todo esto? —preguntó Gamet, después se maldijo. *Ah, dioses, estoy tan cansado*…

Nok abrió mucho los ojos por primera vez esa noche.

—Tiene usted una magnífica memoria, puño.

Gamet apretó las mandíbulas y sintió la mirada dura de la consejera que se clavaba en él.

El almirante continuó.

—Me temo que no sé responderle. Yo no estaba en Ciudad Malaz esa noche concreta; y tampoco he hecho preguntas entre los que estaban. Los espolones básicamente desaparecieron con la muerte de Danzante. Todo el mundo creyó que la Garra había acabado con ellos siguiendo la senda de los asesinatos de Danzante y el emperador.

El tono de la consejera se hizo brusco de repente.

—Gracias, almirante, por sus palabras de esta noche. No le entretendré más.

El hombre se inclinó y después salió sin prisas de la sala.

Gamet esperó con el aliento contenido, listo para un castigo fiero, pero en lugar de eso, la consejera se limitó a suspirar.

—Tienes mucho trabajo por delante, puño, para reunir a tu legión. Será mejor que te retires ahora.

—Consejera —le agradeció él al tiempo que se levantaba. Dudó un momento y después, con un asentimiento, se dirigió a la puerta.

—Gamet.

Él se volvió.

—¿Sí?

—¿Dónde está T'amber?

—La aguarda en sus aposentos, consejera.

—Muy bien. Buenas noches, puño.

—Lo mismo digo, consejera.

Por el pasillo central empedrado de los establos habían echado cubos de agua salada, lo que tuvo el efecto de mojar el polvo y hacer enloquecer a las moscas que todo lo picaban, además de duplicar el hedor de la orina de caballo. Cuerdas, que acababa de entrar, empezaba a sentir ya el escozor en los senos nasales. Su mirada buscó y encontró cuatro figuras sentadas en fardos atados de paja cerca del otro extremo. El abrasapuentes frunció el ceño, cambió de hombro la mochila y se dirigió allí.

—¿Quién fue el listillo que echaba de menos los viejos olores del hogar? —dijo con voz cansina al acercarse.

El guerrero mestizo seti llamado Koryk lanzó un gruñido y después le contestó.

—Ese sería el teniente Ranal, que después puso una rápida excusa para dejarnos un buen rato. —Había encontrado un colgajo de cuero en alguna parte y estaba cortando largas tiras con un cuchillo de caza de hoja fina. No era la primera vez que Cuerdas veía a tipos como él, obsesionados con atar cosas o, lo que era peor, atarse cosas al cuerpo. No solo fetiches sino también el botín, equipo extra, terrones de hierba o ramas con hojas, dependiendo del camuflaje que se buscara. En ese caso, Cuerdas casi esperaba ver torzales de paja brotándole al hombre por algún sitio.

Durante siglos, los setis habían librado una prolongada guerra contra las ciudades-estado de Quon y Li Heng para defender las tierras apenas habitables que habían sido su hogar tradicional. Superados en número y huyendo a perpetuidad, habían aprendido por las malas el arte de esconderse. Pero las tierras setis ya llevaban sesenta años en paz, casi tres generaciones habían vivido en esa frontera ambivalente y ambigua que era el borde de la civilización. Las diversas tribus se habían disuelto en una única y turbia nación en la que los mestizos habían llegado a dominar la población. Lo que les había acontecido había sido el ímpetu, de hecho, de contribuir a la rebelión de Coltaine y las Guerras Wickanas, pues Coltaine había visto con toda claridad que un destino parecido era lo que aguardaba a su propio pueblo.

No era, como había terminado por creer Cuerdas, una cuestión de la lucha entre el bien y el mal. Algunas culturas solo miraban hacia dentro. Otras eran más agresivas. Las primeras pocas veces eran capaces defenderse de las segundas, al menos no sin metamorfosearse en otra cosa, una cosa deformada por las exigencias de la desesperación y la violencia. Los setis originales ni siquiera sabían montar

a caballo y, sin embargo, habían terminado por ser conocidos como guerreros montados, un tipo de wickano más alto, de piel más oscura y mucho más hosco.

Cuerdas no sabía mucho de la historia personal de Koryk, pero tenía la sensación de que podía adivinarla. Los mestizos no tenían una vida fácil. Que Koryk hubiera decidido emular las antiguas costumbres setis mientras se unía al ejército malazano como infante de marina, en lugar de como guerrero montado, lo decía todo sobre el enfrentamiento que se estaba dando en el alma marcada de aquel hombre.

Cuerdas dejó la mochila en el suelo y se plantó delante de los cuatro reclutas.

—Por mucho que odie confesarlo, ahora soy vuestro sargento. Oficialmente sois el cuarto pelotón, uno de los tres pelotones que están bajo el mando del teniente Ranal. Se supone que los pelotones quinto y sexto están de camino, vienen del campamento de tiendas que hay al oeste de Aren. Estamos todos en la novena compañía, que consiste en tres pelotones de infantería pesada, tres de los infantería de marina y dieciocho pelotones de infantería media. Nuestro comandante es un hombre llamado capitán Keneb, y no, yo no lo conozco y no sé nada de él. Nueve compañías en total que componen la octava legión, nosotros. La octava está bajo el mando del puño Gamet, que según tengo entendido es un veterano que se había retirado a la casa de la consejera antes de que esta lo fuera. —Hizo una pausa y una mueca al ver las caras un tanto achispadas que tenía delante—. Pero todo eso da igual. Estáis en el cuarto pelotón. Falta uno más por llegar, pero, incluso con eso, andamos escasos de personal como pelotón, como todos los demás y antes de que lo preguntéis, no estoy al tanto de las razones. Bueno, ¿alguna cuestión?

Tres hombres y una mujer permanecían sentados en silencio, mirándolo con las cabezas levantadas.

Cuerdas suspiró y señaló al anodino soldado que estaba sentado a la izquierda de Koryk.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

Una mirada desconcertada.

—¿Mi nombre real, sargento, o el que me dio el sargento de instrucción de Ciudad Malaz? —dijo después.

Por el acento y los rasgos pálidos e imperturbables del tipo, Cuerdas supo que era de Li Heng. Si ese era el caso, su nombre real seguramente sería impronunciable: nueve, diez o incluso quince nombres ensartados uno detrás de otro.

—El nuevo, soldado.

—Chapapote.

Koryk habló entonces.

—Si lo hubieras visto en el campo de adiestramiento, lo entenderías. Una vez que planta los pies detrás de ese escudo que tiene, puedes golpearlo con un ariete que no se mueve.

Cuerdas estudió los ojos pálidos y plácidos de Chapapote.

—De acuerdo. Ahora eres el cabo Chapapote.

La mujer, que había estado mordisqueando una paja, se atragantó de repente. Tosió, escupió trozos de paja y se quedó mirando con furia y una expresión de incredulidad a Cuerdas.

—¿Qué? ¿Él? Pero si nunca dice nada, nunca hace nada a menos que se lo digas, nunca…

—Me alegro de oírlo —la interrumpió Cuerdas con tono lacónico—. El cabo perfecto, sobre todo eso de que no habla.

La expresión de la mujer se tensó y después desveló una pequeña mueca de desdén al tiempo que apartaba la mirada con fingido desinterés.

—¿Y tú cómo te llamas, soldado? —le preguntó Cuerdas.

—Mi verdadero nombre…

—Me da igual cómo te llamaras antes. Cómo os llamarais ninguno. La mayor parte recibimos nombres nuevos y así son las cosas.

—Pues yo no —gruñó Koryk.

Cuerdas no le hizo caso y continuó.

—¿Tu nombre, muchacha?

Un desdén amargo al oír la palabra «muchacha».

—El sargento de instrucción la llamó Sonrisas —dijo Koryk.

—¿Sonrisas?

—Sí. Nunca sonríe.

Cuerdas entrecerró los ojos y se volvió hacia el último soldado, un joven bastante normal que vestía ropa de cuero, pero no llevaba armas.

—¿Y tú?

—Botella.

—¿Quién fue vuestro sargento de instrucción? —les preguntó a los cuatro reclutas.

Koryk se echó hacia atrás al responder.

—Diente Bravo…

—¡Diente Bravo! ¿Ese cabrón sigue vivo?

—A veces era difícil saberlo —murmuró Sonrisas.

—Hasta que le salía el genio —añadió Koryk—. Pregúntale ahí al cabo Chapapote. Diente Bravo se pasó casi dos campanadas aporreándolo con una maza. No pudo pasar del escudo.

Cuerdas se quedó mirando a su nuevo cabo.

—¿Dónde aprendiste a hacer eso?

El hombre se encogió de hombros.

—No sé. No me gusta que me golpeen.

—Bueno, ¿alguna vez contraatacas?

Chapapote frunció el ceño.

—Claro. Cuando se cansan.

Cuerdas se quedó callado un rato. Diente Bravo… se había quedado mudo de asombro. El muy cabrón ya peinaba canas por aquel entonces, cuando… cuando había empezado todo aquel asunto de los nombres. Había sido Bravo el que lo había iniciado. Había sido Bravo el que había bautizado a la mayor parte de los Abrasapuentes. Whiskeyjack. Trote, Mazo, Seto, Mezcla, Rapiña, Deditos… El propio Violín había evitado un nombre nuevo durante su adiestramiento básico; había sido Whiskeyjack el que lo había bautizado en aquel primer viaje a través de Raraku. Sacudió la cabeza y miró de reojo a Chapapote.

—Deberías estar en infantería pesada, cabo, con un talento como ese. Se supone que los infantes de marina son rápidos, ágiles, que evitan el cuerpo a cuerpo siempre que es posible, o, si no hay más remedio, hacen que sea rápido.

—Se me dan bien las ballestas —dijo Chapapote con un encogimiento de hombros.

—Y carga muy rápido —añadió Koryk—. Fue eso lo que decidió a Bravo a hacerlo infante de marina.

—¿Y quién bautizó a Diente Bravo, sargento? —dijo Sonrisas.

Fui yo, después de que el muy cabrón me dejara uno clavado en el hombro la noche de la pelea. La pelea que después todos negamos que hubiera pasado. Dioses, hace ya tantos años, y ahora…

—No tengo ni idea —dijo. Después volvió a mirar al hombre llamado Botella—. ¿Dónde está tu espada, soldado?

—Yo no uso de eso.

—Bueno, ¿y qué usas?

El hombre se encogió de hombros.

—Esto y aquello.

—Bueno, Botella, algún día me gustaría oír cómo pasaste por el entrenamiento básico sin coger un arma, pero no ahora, no. Y mañana tampoco, ni siquiera la semana que viene. De momento, solo dime para qué debería usarte.

—Explorar. Trabajo furtivo.

—Por ejemplo, acercarte con sigilo a alguien por la espalda. ¿Y entonces qué haces? ¿Le das un golpecito en el hombro? Da igual. *—A mí este hombre me huele a mago, solo que no quiere anunciarlo a los cuatro vientos. Muy bien, como quieras, ya te lo sacaremos, antes o después*.

—Yo hago el mismo tipo de trabajo —dijo Sonrisas. La mujer apoyó el índice en el pomo de uno de los dos cuchillos de hoja fina que llevaba en el cinturón—. Pero yo termino las cosas con esto.

—¿Así que en esta unidad solo hay dos soldados que sepan luchar cuerpo a cuerpo?

—Dijiste que iba a venir uno más —señaló Koryk.

—Y todos sabemos manejar las ballestas —añadió Sonrisas—. Salvo Botella.

Oyeron voces fuera de los establos requisados y después aparecieron unas figuras en la puerta, seis en total, todos cargados con sus equipos. Se oyó una voz profunda.

—¡La zanja de las letrinas se pone fuera, fuera del cuartel, por el amor del Embozado! ¿Es que los muy cabrones ya no os enseñan nada?

—Cortesía del teniente Ranal —dijo Cuerdas.

El soldado que había hablado llegaba a la cabeza del pelotón que se acercaba.

—Cómo no. Ya lo conozco.

Sí, no hace falta decir más.

—Soy el sargento Cuerdas. Somos el cuarto.

—Bueno, vaya —dijo un segundo soldado que sonreía entre una poblada barba pelirroja—, así que hay alguien que

sabe contar, después de todo. Estos infantes están llenos de sorpresas.

—El quinto —dijo el primer soldado. La piel del hombre tenía un tono extraño, bruñido, que hizo dudar a Cuerdas de su primera impresión (le había parecido falari). Después observó un brillo idéntico en el soldado de la barba pelirroja, así como en un hombre mucho más joven—. Yo soy Gesler —añadió el primer soldado—. Sargento temporal de este pelotón de casi inútiles.

El hombre de la barba pelirroja dejó caer su mochila al suelo.

—Éramos de la guardia costera, yo y Gesler y Verdad. Soy Tormenta. Pero Coltaine nos hizo infantes de marina…

—Coltaine no —lo corrigió Gesler—. Fue el capitán Tregua, que la Reina tenga en su seno su pobre alma.

Cuerdas se limitó a mirar a los dos hombres.

Tormenta frunció el ceño.

—¿Tienes algún problema? —preguntó, su expresión se había oscurecido.

—Ayudante Tormenta —murmuró Cuerdas—. Capitán Gesler. Por el traqueteo de los huesos del Embozado…

—Ya no somos nada de eso —dijo Gesler—. Ya te lo he dicho, ahora soy sargento y Tormenta es mi cabo. Y aquí el resto… Ese es Verdad, Tavos Estanque, Arenas y Pella. Verdad lleva con nosotros desde Hissar y Pella era guardián en las minas de otataralita, solo sobrevivieron un puñado al alzamiento que hubo allí, por lo que yo he oído.

—Cuerdas, ¿no? —Tormenta había entrecerrado los ojos con aire suspicaz. Después le dio un codazo a su sargento—. Eh, Gesler, ¿crees que deberíamos haber hecho lo mismo? Me refiero a cambiarnos los nombres. Este tal Cuerdas es de la vieja guardia, tan seguro como que para mi querido padre yo soy un demonio.

—Que el cabrón se ponga el nombre que quiera —murmuró Gesler—. De acuerdo, pelotón, buscad un sitio para dejar las cosas. El sexto aparecerá en cualquier momento y el teniente también. Según se dice, nos va a reunir para enfrentarnos a los ojos de lagarto de la consejera dentro de un día o dos.

El soldado al que Gesler había llamado Tavos Estanque (un hombre alto, moreno y de bigote que parecía korelri) habló entonces.

—¿Entonces tendríamos que limpiar el equipo, sargento?

—Limpia lo que quieras —respondió el hombre sin poner mucho interés—, pero no en público. En cuanto a la consejera, si no puede lidiar con unos cuantos soldados desastrados, entonces es que no durará mucho. Es un mundo lleno de polvo el que hay ahí fuera y cuanto antes nos confundamos con él, mejor.

Cuerdas suspiró. Ya había recuperado cierta confianza y miró a sus propios soldados.

—Se acabó lo de sentarse en esa paja. Empezad a extenderla para que empape el pis de caballo. —Después se volvió de nuevo hacia Gesler—. ¿Una palabra en privado?

El hombre asintió.

—Vamos fuera.

Momentos después los dos hombres se encontraban en el patio empedrado de la finca que en otro tiempo había albergado a un mercader acomodado y que en esos momentos era donde vivaqueaban de forma temporal los pelotones de Ranal. El teniente se había apoderado de la casa en sí para su uso personal y había dejado a Cuerdas preguntándose qué hacía aquel hombre con tanta habitación vacía.

Los dos soldados no dijeron nada por un momento y después Cuerdas sonrió.

—Ya veo a Whiskeyjack quedándose con la boca abierta el día que le diga que eres otro sargento como yo en la nueva octava legión.

Gesler frunció el ceño.

—Whiskeyjack… A él lo degradaron a sargento antes que a mí, el muy cabrón. Claro que a mí luego me hicieron cabo, así que en eso le gané.

—Salvo que ahora vuelves a ser sargento otra vez. Mientras que Whiskeyjack es un renegado. A ver cómo superas eso.

—Pues podría —murmuró Gesler.

—¿Te preocupa la consejera? —preguntó Cuerdas en voz baja. El patio estaba vacío, pero aun así…

—La conocí, ¿sabes? Oh, es tan fría como la lengua bífida del Embozado. Me requisó el barco.

—¿Tú tenías un barco?

—Por derechos de rescate, sí. Fui yo el que llevó a los heridos de Coltaine a Aren. Y así me lo agradece.

—Siempre podrías darle un puñetazo. Es lo que terminas haciéndoles a tus superiores, antes o después.

—Pues podría. Claro que tendría que pasar primero por Gamet. Pero a lo que yo me refiero es a lo siguiente: esa mujer jamás ha estado al mando de nada más que de una maldita casa noble, y aquí le han dado tres legiones y le han dicho que tiene que reconquistar un subcontinente entero. —Miró de soslayo a Cuerdas—. No hubo muchos falaris que consiguieran entrar en los Abrasapuentes. Mal momento, creo, pero hubo uno.

—Sí, yo.

Después de un momento, Gesler sonrió y le tendió la mano.

—Cuerdas. Violín. Claro.

Se cogieron de las muñecas. A Cuerdas, la mano y el brazo del otro hombre le parecieron hechos de piedra sólida.

—Hay una posada calle abajo —continuó Gesler—. Tenemos que intercambiar historias y te garantizo que las mías van a ser mucho mejores que la tuyas.

—Oh, Gesler —suspiró Cuerdas—. Creo que te vas a llevar una buena sorpresa.

Capítulo 6



Avistamos entonces la isla, nos acercamos lo suficiente para asomarnos a las profundidades de sus bosques, entre los antiguos cedros y abetos. Y parecía que había movimiento en aquella penumbra, como si las sombras de los árboles muertos y caídos mucho tiempo atrás continuaran allí, meciéndose y agitándose bajo vientos fantasmales…

Expedición de exploración del mar Quon de 1127 del sueño de Ascua, Deriva Avalii
Hedoranas

El viaje de vuelta había sido suficiente, aunque solo fuera para regresar una última vez al lugar de los comienzos, a las reminiscencias desmoronadas entre arenas de coral arrojadas por el mar sobre la marca de la marea, al puñado de chozas abandonadas y maltratadas por un sinfín de tormentas hasta dejarlas convertidas en esqueletos marchitos de madera. Las redes yacían enterradas en montones relucientes de un blanco cegador bajo la dura luz del sol. Y el sendero que se había apartado del camino, recubierto ya por hierbas retorcidas por el viento… ningún lugar del pasado sobrevivía incólume, y por allí, por aquella pequeña aldea de pescadores de la costa de Itko Kan, el Embozado había marchado con una deliberación concienzuda y absoluta, sin dejar ni una sola alma a su paso.

Aparte del hombre que acababa de regresar. Y la hija de ese hombre, que en otro tiempo había sido poseída por un dios.

Y en la choza encorvada, que antaño los había albergado a los dos (el tejado de frondas entretejidas desaparecido mucho tiempo atrás), con la amplia barca de pesca de poco calado muy cerca, en esos días no mostraba más que la popa y la proa, el resto había quedado enterrado bajo las arenas de coral, el padre se había tendido en el suelo a dormir.

Azafrán había despertado al oír un llanto suave. Se había sentado y había visto a Apsalar arrodillada junto a la forma inmóvil de su padre. Había huellas de sobra en el suelo de la choza, resultado de las aleatorias exploraciones de la noche anterior, pero Azafrán se fijó en un juego en concreto, unas huellas grandes y muy separadas, pero a la vez demasiado ligeras sobre la arena húmeda. Una llegada silenciosa en la noche que acababan de dejar atrás había cruzado el único aposento y se había plantado sin vacilación alguna junto a Rellock. Donde había ido después no había dejado marcas en la arena.

Un escalofrío atravesó al daru. Una cosa era que un anciano muriera mientras dormía, pero otra muy diferente que el propio Embozado (o uno de sus esbirros) apareciera en persona para recoger el alma del hombre.

El dolor de Apsalar era callado, apenas se oía sobre el siseo de las olas en la playa, el silbido tenue del viento a través de las tablillas combadas de las paredes de la choza. La joven se había arrodillado con la cabeza inclinada y la cara oculta bajo el largo cabello negro que le caía, de forma tan apropiada, como un chal. Había rodeado con las manos la mano derecha de su padre.

Azafrán no intentó acercarse a ella. Durante los meses que llevaban viajando juntos, había llegado, por carente de lógica que fuera, a conocerla cada vez menos. Las profundidades del alma de aquella chica se habían hecho insondables y lo que hubiera en el fondo de ellas era de otro mundo y… no del todo humano.

El dios que la había poseído (Cotillion, la Cuerda, patrón de los Asesinos de la Casa de Sombra) había sido un hombre mortal en otro tiempo, el que se conocía como Danzante, el que había estado al lado del emperador, el que se suponía que había compartido el destino de Kellanved a manos de Laseen. Por supuesto, ninguno de los dos había muerto de verdad. En lugar de ello, habían ascendido. Azafrán no tenía ni idea de cómo podía suceder algo así. La ascendencia no era más que uno de los incontables misterios del mundo, un mundo en el que la incertidumbre lo gobernaba todo (dioses y mortales por igual), y sus reglas eran impenetrables. Pero, en su opinión, ascender era también rendirse. Abrazar lo que, a todos los efectos, podía llamarse inmortalidad, era un presagio, y había comenzado a creer él, por un volver la espalda. ¿No era acaso el destino de un mortal (sabía que destino no era la palabra adecuada, pero no se le ocurría otra), no era entonces el destino de un mortal abrazar la vida en sí, como se abrazaría a un amante? La vida, con toda su tensa y momentánea fragilidad.

¿Y no se podía llamar a la vida la primera amante de un mortal? ¿Una amante cuyo abrazo se rechazaba después en ese abrasador crisol de la ascendencia?

Azafrán se preguntaba hasta qué punto se había internado la joven por ese camino, pues era un camino que con toda seguridad seguía aquella bella mujer, no mucho mayor que él, aquella mujer que se movía en un silencio

aterrador, con la elegancia terrible de un asesino, esta tentadora de la muerte.

Cuanto más distante se mostraba ella, más atraído se sentía Azafrán por el abismo de su interior. La tentación de hundirse en esa oscuridad era a veces abrumadora, podía, en solo un momento, volver loco el latido de su corazón y prender la llama de la sangre de sus venas. Lo que hacía la invitación silenciosa tan aterradora para él era la aparente indiferencia con la que la joven se la ofrecía.

Como si la atracción en sí fuese… evidente. No fuera digna siquiera de reconocerse. ¿Apsalar quería que caminara a su lado por aquel sendero de la ascendencia, si eso era lo que era? ¿Era a Azafrán al que quería, o solo… alguien, quien fuera?

La verdad era muy sencilla: Azafrán había terminado por temer mirarse en sus ojos.

Se levantó del petate y salió sin hacer ruido. Había botes de pesca en los bancos de peces, velas blancas y tensas como enormes aletas de tiburón que surcaban el mar más allá de donde rompían las olas. Los mastines habían arrasado en cierta ocasión aquella zona de la costa y no habían dejado nada salvo cadáveres, pero la gente había vuelto, a un lado y al otro. O quizá los habían obligado a volver. A la tierra en sí no le había costado absorber la sangre derramada, su sed era indiscriminada, fiel a la naturaleza de la tierra en todas partes.

Azafrán se agachó y recogió un puñado de arena blanca. Estudió los guijarros de coral que se deslizaron entre sus dedos. *La tierra también se muere a su manera, después de todo. Y sin embargo, son verdades de las que nos gustaría escapar si siguiéramos por este camino. Me pregunto si el miedo a morir es lo que yace en la raíz de la ascendencia*.

En ese caso, él nunca podría ascender porque, en alguna parte entre todo lo que había ocurrido, todo a lo que había sobrevivido para llegar a esa choza, Azafrán había perdido ese miedo.

Se sentó y apoyó la espalda en el tronco de un cedro inmenso que había sido arrojado a esa playa (con raíces y todo) y sacó los cuchillos. Practicó con ellos unos cambios escalonados en el que cada mano revertía el patrón de la otra y se quedó mirando hasta que las armas (y los dedos) se convirtieron en poco más que un contorno borroso de movimiento. Después levantó la cabeza y miró el mar, las olas que rodaban y rompían a lo lejos, las velas triangulares que se deslizaban tras la línea blanca de espuma. Hizo aleatoria la secuencia que dibujó con la mano derecha. Después hizo lo mismo con la izquierda.

Treinta pasos playa abajo esperaba su velero de un solo mástil, con la vela de color magenta rizada y la pintura roja, dorada y azul del casco convertida en manchas tenues bajo el sol. Era un navío korelri, entregado como pago de una deuda a un corredor de apuestas de Kan, pues a un callejón de Kan había sido adonde los había enviado Tronosombrío, no al camino que corría sobre la aldea, como les había prometido.

El corredor de apuestas les había pagado a su vez a Apsalar y Azafrán por el trabajo de una sola noche, que había resultado ser, para Azafrán, tan brutal como aterradora. Una cosa era practicar pases con las hojas, para dominar la danza mortal contra fantasmas de la imaginación, y otra que aquella noche hubiese matado a dos hombres, si bien es cierto que se trataba de asesinos a sueldo de un hombre que estaba haciendo carrera con la extorsión y el terror. Apsalar no había mostrado escrúpulos a la hora de rebanarle el pescuezo, ni náuseas ante el chorro

de sangre que le manchó las manos enguantadas y los antebrazos.

Se habían llevado a un nativo con ellos, para dar fe de la veracidad del trabajo. Una vez pasado todo, de pie en la puerta, el hombre había clavado los ojos en los tres cadáveres y después había levantado la cabeza y se había encontrado con los ojos de Azafrán. No sabía qué había visto en ellos, pero lo había dejado pálido.

Por la mañana, Azafrán había adquirido un nuevo nombre: Navaja.

Al principio lo había rechazado. El nativo había entendido mal todo lo que habían revelado los ojos del daru esa noche. Nada fiero. La barrera de la conmoción, que se desplomaba a toda prisa y dejaba solo a un hombre que se condenaba a sí mismo.

Asesinar a verdugos seguía siendo asesinato, el acto era como cerrar los grilletes entre todos ellos, dibujar una línea de una longitud infinita, un asesino junto al otro, un desfile del que no había forma de escapar. Su mente había rehuido el nombre, había rehuido todo lo que significaba.

Pero había resultado ser una rectitud efímera. Los dos asesinos habían muerto de verdad, a manos del hombre llamado Navaja. No Azafrán, no el joven daru, el raterillo que se había desvanecido. Que había desaparecido para quizá no volverlo a ver nunca más.

La ilusión ofrecía cierto consuelo, tan cavernoso en el fondo como el abrazo de Apsalar por la noche, pero bienvenido de todos modos.

Navaja caminaría por el mismo sendero que ella.

Sí, el emperador tenía a Danzante, ¿no? Un compañero, pues un compañero era lo que se necesitaba. Lo que se necesita. Ahora, ella tiene a Navaja. Navaja de los Cuchillos, que baila en sus cadenas como si fueran hebras ingrávidas.

Navaja, que, al contrario que el pobre Azafrán, sabe cuál es su lugar, sabe cuál es su tarea singular: protegerla, igualar su precisión fría en las artes letales.

Y ahí se encontraba la verdad definitiva. Cualquiera podía convertirse en asesino. Cualquiera.

La joven salió de la choza. Pálida pero con los ojos secos.

Navaja envainó los cuchillos con un solo y fluido movimiento, se levantó y la miró.

—Sí —dijo ella—. ¿Y ahora qué?

Unas columnas rotas de piedra con argamasa sobresalían en el ondulado paisaje. Entre la media docena que se veía, solo dos se alzaban hasta la altura de un hombre y no había ninguna recta. Las extrañas e incoloras hierbas de la llanura se reunían en terrones alrededor de la base de las columnas, enmarañadas y grasientas bajo el aire gris y granulado.

Cuando Kalam entró a caballo entre ellas, el estruendo apagado de los cascos pareció rebotar en su camino, los ecos se fueron multiplicando hasta que tuvo la sensación de estar avanzando a la cabeza de un ejército montado. Frenó el medio galope de su caballo de guerra y al fin se detuvo junto a una de las estropeadas columnas.

Aquellas silenciosas centinelas parecían una intrusión en la soledad que había estado buscando. Se inclinó en la silla para estudiar la que tenía más cerca. Parecía vieja, vieja del mismo modo que tantas cosas de la senda de Sombra, triste, con un aire de abandono, desafiando cualquier posibilidad que pudiera tener de discernir su función. No había ruinas entre ellas, ni cimientos, ni pozos ni otros hoyos angulares en el suelo. Cada columna se alzaba sola, sin alinear.

Su examen se posó en un aro oxidado incrustado en la piedra cerca de la base, de él salía una cadena de eslabones

trabados que se desvanecía entre los terrones de hierba. Después de un momento, Kalam desmontó. Se agachó y estiró el brazo para rodear la cadena con la mano. Un pequeño tirón hacia arriba. La mano y el brazo desecados de alguna desventurada criatura se levantaron de la hierba. Uñas de la longitud de dagas, cuatro dedos y dos pulgares.

El resto del prisionero había sucumbido a las raíces y estaba medio enterrado bajo un suelo arenoso de color pardo. El cabello, rubio y pálido, estaba enredado entre las briznas de hierba.

La mano se crispó de repente.

Asqueado, Kalam soltó la cadena. El brazo volvió a caer al suelo. Un lamento leve, subterráneo, se alzó de la base de la columna. El asesino se irguió y regresó con su caballo. Columnas, pilares, tocones de árboles, escaleras que llevaban a ninguna parte, y por cada docena había una entre ellas que contenía a un prisionero, ninguno de los cuales parecía capaz de morir. No del todo. Oh, sus mentes habían muerto (la mayor parte) mucho tiempo atrás. Deliraban en lenguas diferentes, murmuraban encantamientos sin sentido, rogaban perdón, ofrecían tratos, aunque ninguno había proclamado todavía (que Kalam hubiera oído) su inocencia.

Como si la piedad pudiera ser un problema sin eso. Azuzó a su caballo para que echara a andar una vez más. No era aquel un reino de su gusto. Aunque, en realidad, tampoco había tenido mucha elección en el asunto. Hacer tratos con los dioses era (para el mortal implicado) un ejercicio de autoengaño. Kalam preferiría dejar que fuera Ben el Rápido el que jugara con los regidores de esa senda. El mago tenía la ventaja de disfrutar del reto, no, era algo más que eso. Ben el Rápido había dejado muchos cuchillos clavados en muchas espaldas, ninguno de ellos fatales, pero

seguro que escocerían cuando se tirara de estos, y era dar tales tirones lo que le encantaba al mago.

El asesino se preguntó dónde estaría su viejo amigo en ese momento. Había habido problemas, *nada nuevo bajo el sol*, y desde entonces, nada salvo silencio. Y luego estaba Violín. ¡El muy idiota se había vuelto a alistar, por el amor del Embozado!

Bueno, por lo menos ellos están haciendo algo. Pero Kalam no, oh no, Kalam no. Mil trescientos niños resucitados por un capricho. Ojos brillantes que seguían todos sus movimientos, que trazaban un mapa de cada uno de sus pasos y memorizaban cada gesto, ¿qué podía enseñarles? ¿El arte de provocar el caos? Como si los niños necesitaran ayuda con eso.

Tenía un risco por delante. Llegó a la base y llevó al caballo a un suave medio galope para subir la ladera.

Además, Minala parecía tenerlo todo bajo control. Una tirana innata, eso era, tanto en público como en privado, entre los petates y la casucha medio en ruinas que compartían. Y, por extraño que pareciera, se había dado cuenta de que no le disgustaba la tiranía. Es decir, en principio. Las cosas tenían una forma de terminar funcionando cuando se hacía cargo alguien capaz e implacable. Y él había tenido experiencia suficiente aceptando órdenes como para no impacientarse al ver que ella tomaba el mando. Entre ella y la aptoriana estaban manteniendo cierto control, estaban inculcando una serie de habilidades vitales… *sigilo, seguir rastros, montar emboscadas, el arte de poner trampas a presas de dos y cuatro patas, montar, escalar paredes, quedarse inmóvil, arrojar cuchillos y un sinfín de habilidades más con las armas, armas donadas por los gobernantes chiflados de la senda, la mitad de ellas malditas, o embrujadas o fabricadas*

para manos en absoluto humanas. Los niños se aplicaban en el adiestramiento con un celo aterrador y el brillo de orgullo en los ojos de Minala… helaba la sangre del asesino.

Un ejército en proceso de fabricación para Tronosombrío. Una perspectiva, como mínimo, alarmante.

Llegó al risco y se detuvo de repente.

Una enorme entrada de piedra coronaba la colina que tenía enfrente, dos columnas unidas por un arco. En su interior, el remolino de un muro gris. A este lado de la puerta, la herbosa cima fluía con una multitud de sombras sin fuente, como si se estuvieran cayendo de algún modo del portal solo para arremolinarse como espectros perdidos alrededor del umbral.

—Cuidado —murmuró una voz junto a Kalam.

Se volvió y vio una figura alta, con una capa y capucha, de pie a pocos pasos de distancia, flanqueada por dos mastines. Cotillion y sus dos favoritos, Cruz y Ciega. Las bestias se habían sentado sobre sus marcadas ancas y con los ojos refulgentes (los que veían y los que no) clavados en el portal.

—¿Por qué debería tener cuidado? —preguntó el asesino.

—Oh, las sombras de la puerta. Han perdido a sus amos…, pero cualquiera les sirve.

—Entonces, ¿esta puerta está sellada?

La cabeza encapuchada se volvió poco a poco.

—Querido Kalam, ¿es esto una huida de nuestro reino? Qué falta de… nobleza.

—No he dicho nada que sugiera…

—Entonces, ¿por qué tu sombra se estira con tanta ansia?

Kalam bajó la cabeza para mirarla y después frunció el ceño.

—¿Cómo iba a saberlo yo? Quizá considere que tiene más posibilidades entre esa turba.

—¿Posibilidades?

—De vivir emociones.

—Ah. Irritado, ¿no? Jamás lo habría supuesto.

—Mentiroso —dijo Kalam—. Minala me ha desterrado. Pero eso ya lo sabías, que es por lo que has venido a buscarme.

—Soy el patrón de los Asesinos —dijo Cotillion—. No arbitro disputas maritales.

—Depende de lo encarnizadas que se hagan, ¿no?

—Entonces, ¿ya estáis listos para mataros entre vosotros?

—No. Solo quería dejar clara una cosa.

—¿Que es…?

—¿Qué estás haciendo aquí, Cotillion?

El dios se quedó callado un largo momento.

—Me he preguntado con frecuencia —dijo al fin— cómo es que tú, un asesino, no obedeces nunca a tu patrón.

Kalam levantó las cejas.

—¿Desde cuándo eso es lo que esperas? Que el Embozado nos lleve, Cotillion. Si eran devotos fanáticos lo que ansiabas, nunca deberías haber posado los ojos en los asesinos. Por nuestra propia naturaleza, somos antitéticos a la noción de sumisión, como si tú no fueras ya consciente de eso. —Su voz se fue apagando y se volvió para estudiar la figura envuelta en sombras que permanecía junto a él—. Claro que tú estuviste al lado de Kellanved hasta el final. Danzante, al parecer, sabía lo que eran la lealtad y la servidumbre…

—¿Servidumbre? —Había una insinuación de sonrisa en el tono.

—¿Simple conveniencia? Parece difícil de creer, dado todo lo que soportasteis los dos. Escúpelo ya, Cotillion, ¿qué es lo que pides?

—¿Estaba pidiendo algo?

—Quieres que… te sirva, como serviría un adepto a su dios. Alguna misión probablemente innoble. Me necesitas para algo, solo que nunca aprendiste a pedir.

Cruz se levantó poco a poco y después se estiró, largo y lánguido. La inmensa cabeza giró entonces y los ojos radiantes se posaron en Kalam.

—Los mastines están inquietos —murmuró Cotillion.

—Se nota —respondió el asesino con tono seco.

—Tengo determinadas tareas por delante —continuó el dios— que consumirán buena parte de mi tiempo en un futuro cercano. Si bien, a la vez, hay que llevar a cabo ciertas… otras empresas. Una cosa es encontrar un súbdito leal y otra muy distinta encontrar a un súbdito ubicado de forma conveniente, por así decirlo, para poder darle un uso práctico…

Kalam lanzó una carcajada.

—Te fuiste a pescar servidores fieles y te encontraste con que tus súbditos no dan la talla.

—Podríamos discutir la interpretación de los términos todo el día —dijo Cotillion con tono cansino.

Había una perceptible ironía en la voz del dios que complació a Kalam. A pesar de su recelo, tuvo que admitir que Cotillion le caía bien. Tío Cotillion, como lo llamaba el pequeño Panek. Desde luego, entre el patrón de los Asesinos y Tronosombrío, solo el primero parecía capaz de algo parecido al examen de conciencia y, por tanto, se le podía dar una lección de humildad. Aunque esa probabilidad era, en realidad, muy remota.

—De acuerdo —respondió Kalam—. Muy bien, Minala no tiene demasiado interés en ver mi cara bonita durante un tiempo. Lo que me deja libre, más o menos…

—Y sin un techo sobre tu cabeza.

—Sin un techo sobre mi cabeza, sí. Por fortuna, parece que en tu reino nunca llueve.

—Ah —murmuró Cotillion—, mi reino.

Kalam estudió a Cruz. La bestia no había dejado ni por un instante de mirarlo fijamente. El asesino se estaba poniendo nervioso bajo una atención tan inquebrantable.

—¿Alguien desafía tus derechos, los tuyos y los de Tronosombrío?

—Difícil de responder —murmuró Cotillion—. Ha habido… temblores. Agitación…

—Como has dicho tú, los mastines están inquietos.

—Así es.

—Quieres saber algo más sobre tu posible enemigo.

—Nos gustaría.

Kalam estudió la puerta, las sombras que giraban en el umbral.

—¿Por dónde quieres que empiece?

—Una confluencia de tus propios deseos, sospecho.

El asesino miró un momento al dios y después asintió poco a poco.

Bajo la luz incierta del atardecer los mares se fueron calmando y las gaviotas dieron media vuelta, abandonaron los bancos de pesca y fueron a posarse en la playa. Navaja había hecho una hoguera con madera de la playa, más por la necesidad de estar haciendo algo que para buscar el calor, pues la costa de Kan era subtropical y la brisa que llegaba de la orilla, suave y cálida. El daru había recogido agua de la fuente cercana a la entrada del camino y en ese momento estaba preparando té. En el cielo, las primeras estrellas de la noche cobraban vida con un parpadeo.

La pregunta que había hecho Apsalar esa misma tarde se había quedado sin respuesta. Navaja no estaba listo todavía para regresar a Darujhistan y no sentía nada de la calma que había esperado que lo invadiera tras completar el trabajo. Rellock y Apsalar al fin habían regresado a su casa, y solo para encontrar el lugar embrujado por la muerte, un embrujo que había filtrado su sabor letal en el alma del anciano y había añadido un fantasma más a aquella cala abandonada. Ya no les quedaba nada allí.

La experiencia de Navaja en el Imperio de Malaz era, bien lo sabía, retorcida e incompleta. Una única noche cruel en Ciudad Malaz seguida por tres tensos días en Kan que se cerraban con más asesinatos todavía. El Imperio era un lugar desconocido, por supuesto, y se podía esperar cierto grado de discordia entre él y aquello a lo que estaba acostumbrado en Darujhistan, pero, si acaso, lo que él había visto de la vida diaria en las ciudades sugería un sentido más fuerte de lo legal, del orden y la calma. Con todo, eran los pequeños detalles lo que más afectaba a su sensibilidad, lo que reforzaba la impresión de que era un extraño.

Sentirse vulnerable no era una debilidad que compartía con Apsalar. Ella parecía poseedora de una calma absoluta, una tranquilidad, daba igual dónde estuviera; la confianza del dios que la poseyó en otro tiempo había dejado algo parecido a una huella permanente en su alma. *No solo confianza en sí misma*. Navaja recordó una vez más la noche en que Apsalar había matado al hombre en Kan. Habilidades letales, y la precisión gélida necesaria cuando se utilizan. Y, recordó con un escalofrío, conservaba muchos de los recuerdos del dios, recuerdos que se remontaban a cuando el dios había sido un hombre mortal, cuando había sido Danzante. Entre ellos, la noche de los magnicidios, cuando

la mujer que se convertiría en emperatriz había acabado con el emperador… y con Danzante.

Eso al menos había revelado, una revelación desprovista de sentimiento, de emoción, pronunciada con la misma despreocupación que un comentario sobre el tiempo. Recuerdos de cuchillos que herían, de sangre recubierta de polvo que rodaba como bolitas por el suelo…

Navaja quitó la cazuela de los carbones y arrojó un puñado de hierbas al agua humeante.

Apsalar había ido a dar un paseo hacia el oeste por la playa blanca. Mientras iba cayendo la tarde, Navaja la había perdido de vista y había empezado a preguntarse si volvería.

Un tronco cambió de posición y lanzó unas chispas. El mar se había ido oscureciendo, era invisible; ni siquiera podía oír el romper de las olas por detrás del chisporroteo del fuego. Un aliento más fresco llegaba con la brisa.

Navaja se levantó poco a poco, y después giró en redondo para mirar hacia el interior, cuando algo se movió en la oscuridad que no iluminaba la luz del fuego.

—¿Apsalar?

No hubo respuesta. Unos golpes leves y secos en el suelo, como si las arenas temblaran al paso de algo enorme… enorme y de cuatro patas.

El daru sacó los cuchillos y se apartó del parpadeo de la luz.

A diez pasos de distancia, a una altura que rivalizaba con la suya, vio dos ojos brillantes, muy separados, dorados y al parecer sin profundidades. La cabeza y el cuerpo bajo ellos eran manchas más oscuras en la noche e insinuaban una masa que daba escalofríos a Navaja.

—Ah —dijo una voz en las sombras, a su izquierda—, el muchacho daru. Ciega te ha encontrado. Bien. Bueno,

¿dónde está tu compañera?

Navaja envainó poco a poco las armas.

—Ese puto mastín me ha dado un buen susto —murmuró —. Y si está ciega, ¿por qué me está mirando directamente?

—Bueno, digamos que su nombre no es del todo apropiado. Ve, pero no como vemos nosotros. —Una figura envuelta en una capa se metió en el círculo de luz de la hoguera—. ¿Me conoces?

—Cotillion —respondió Navaja—. Tronosombrío es mucho más bajo.

—No mucho más, aunque quizás en su afectación exagera ciertos rasgos.

—¿Qué quieres?

—Me gustaría hablar con Apsalar, por supuesto. Aquí hay un olor a muerte… es decir, reciente…

—Rellock. Su padre. Mientras dormía.

—Una pena. —La cabeza encapuchada del dios se volvió como si examinara el entorno, después giró de nuevo para mirar a Navaja—. ¿Ahora soy tu patrón? —preguntó.

Quería responder que no. Quería retroceder, huir de la pregunta y todo lo que significaría su respuesta. Quería desatar vitriolo ante la mera sugerencia.

—Pues creo que bien podrías serlo, Cotillion…

—Me… complace, Azafrán.

—Ahora me llamo Navaja.

—Mucho menos sutil, pero bastante apropiado, supongo. Con todo, había cierta insinuación de un encanto letal en tu viejo nombre daru. ¿Estás seguro de que no quieres replanteártelo?

Navaja se encogió de hombros y luego contestó.

—Azafrán no tenía… dios patrón.

—Por supuesto. Y un día llegará un hombre a Darujhistan. Con nombre malazano. Y nadie lo conocerá, salvo quizá por

su reputación. Y con el tiempo oirá contar historias del joven Azafrán, un muchacho que contribuyó de forma decisiva a salvar la ciudad la noche de la Gran Fiesta, hace tantos años. El inocente y no corrompido Azafrán. Así sea… Navaja. Veo que tenéis un bote.

El cambio de tema lo sorprendió un poco, después asintió.

—Lo tenemos.

—¿Con provisiones suficientes?

—Más o menos. Pero no para un viaje largo.

—No, claro que no. ¿Por qué deberíais tenerlas? ¿Me permites ver tus cuchillos?

Navaja los desenvainó y se los pasó al dios con los pomos por delante.

—Unas hojas decentes —murmuró Cotillion—. Bien equilibrados. En ellos hay ecos de tu habilidad, el sabor de la sangre. ¿Quieres que te los bendiga, Navaja?

—Si la bendición es sin magia —respondió el daru.

—¿No deseas una investidura de hechicería?

—No.

—Ah. Quieres seguir el camino de Rallick Nom.

Navaja entrecerró los ojos. *Ah, sí, lo recordaba. Cuando vio a través de los ojos de Lástima en la taberna del Fénix. O quizá Rallick admitió quién era su patrón… aunque encuentro eso difícil de creer*.

—Creo que tendría problemas para seguir ese camino, Cotillion. Las habilidades de Rallick son… eran…

—Formidables, sí. No creo que necesites usar el pasado cuando hables de Rallick Nom, o de Vorcan, si a eso vamos. No, no tengo noticia alguna… solo una sospecha. —Le devolvió los cuchillos—. Subestimas tus propias habilidades, Navaja, pero quizá sea lo mejor.

—No sé dónde ha ido Apsalar —dijo Navaja—. No sé si va a volver.

—Bueno, al parecer su presencia ha resultado ser menos vital de lo que yo esperaba. Tengo un trabajo para ti, Navaja. ¿Estás dispuesto a proporcionarle un servicio a tu patrón?

—¿No es acaso lo que se espera?

Cotillion se quedó callado un momento, después se echó a reír sin ruido.

—No, no me voy a aprovechar de tu inexperiencia, aunque admito que estoy tentado. ¿Te parece que comencemos como debe ser? Reciprocidad, Navaja. Una relación de intercambio, ¿sí?

—Ojalá le hubieras ofrecido lo mismo a Apsalar. —Después cerró de golpe la boca.

Pero Cotillion se limitó a suspirar.

—Ojalá lo hubiera hecho. Considera este nuevo tacto la consecuencia de una lección difícil.

—Has hablado de reciprocidad. ¿Qué recibiré yo a cambio de proporcionar este servicio?

—Bueno, dado que no quieres aceptar mi bendición ni ninguna otra investidura, admito que no sé muy bien qué hacer. ¿Alguna sugerencia?

—Me gustaría que me respondieras a unas preguntas.

—No me digas.

—Pues sí. Por ejemplo, ¿por qué Tronosombrío y tú intrigasteis para destruir a Laseen y al Imperio? ¿Eran solo deseos de venganza?

El dios pareció encogerse de dolor en sus túnicas y Navaja sintió que los ojos invisibles se endurecían.

—Oh, vaya —dijo Cotillion alargando las palabras—, me obligas a reconsiderar mi oferta.

—Me gustaría saberlo —insistió el daru— para poder entender lo que hiciste… lo que le hiciste a Apsalar.

—¿Exiges que tu dios y patrón justifique sus actos?

—No era una exigencia. Solo una pregunta.

Cotillion no dijo nada durante unos minutos.

El fuego iba muriendo poco a poco, las brasas palpitaban con la brisa. Navaja sintió la presencia de un segundo mastín por alguna parte, en la oscuridad, moviéndose inquieto.

—Necesidad —dijo el dios en voz baja—. Se juega a ciertos juegos y lo que quizá parezca precipitado bien podría ser poco más que una finta. O quizás era la ciudad en sí, Darujhistan, que serviría mejor a nuestros propósitos si continuaba siendo libre, independiente. Hay capas y capas de significado detrás de cada gesto, de cada movimiento. No daré ninguna explicación más, Navaja.

—¿Y… lamentas lo que hiciste?

—Eres una persona muy temeraria, ¿verdad? ¿Lamentar? Sí, lamento muchas, muchas cosas. Un día, quizá, verás por ti mismo que los lamentos no significan nada. Lo que sirve es la respuesta que se da a esos lamentos.

Navaja se volvió poco a poco y se quedó mirando la oscuridad del mar.

—Arrojé la moneda de Oponn al lago —dijo.

—¿Y ahora lo lamentas?

—No estoy seguro. No me gustaba tanta… atención.

—No me sorprende —murmuró Cotillion.

—Tengo una petición más —dijo Navaja y volvió a mirar al dios—. Esta tarea que me vas a encomendar, si me atacan durante ella, ¿puedo acudir a Ciega en busca de ayuda?

—¿El mastín? —El asombro era patente en la voz de Cotillion.

—Sí —respondió Navaja con los ojos posados en la enorme bestia—. Su atención… me consuela.

—Eso te hace más excepcional de lo que podrías imaginar, mortal. Muy bien. Si la necesidad aprieta, llámala y acudirá.

Navaja asintió.

—Bueno, ¿y qué quieres que haga en tu nombre?

El sol había salido por el horizonte cuando volvió Apsalar. Después de dormir unas cuantas horas, Navaja se había levantado para enterrar a Rellock por encima de la línea de la marea. Estaba comprobando el casco del bote una vez más cuando apareció una sombra junto a la suya.

—Has tenido visita —dijo la joven.

Navaja levantó la cabeza y la miró guiñando los ojos, estudió sus ojos oscuros y sin fondo.

—Sí.

—¿Y ahora tienes una respuesta a mi pregunta?

Navaja frunció el ceño, después suspiró y asintió.

—Sí. Nos vamos a explorar una isla.

—¿Una isla? ¿Está lejos?

—No mucho, pero cada vez se aleja más.

—Ah. Por supuesto.

Por supuesto.

En el cielo, las gaviotas gritaban en el aire de la mañana de camino a mar abierto. Más allá de los bajíos, sus motas blancas seguían al viento y viraban al sudoeste.

Navaja apoyó el hombro en la proa y empujó el barco de vuelta al agua. Después trepó a bordo. Apsalar se reunió con él y se puso al timón.

¿Y ahora qué? Un dios le había dado a Navaja la respuesta.

En cinco meses no había habido puesta de sol en el reino que los tiste edur llamaban el Naciente. El cielo era gris, la luz de un tono extraño y difuso. Había habido una inundación y después lluvias, y un mundo había quedado destruido.

Pero incluso entre el naufragio y los restos había vida.

Una veintena de bagres de miembros amplios habían trepado al muro incrustado de cieno, ninguno medía menos de la altura de dos hombres desde la cabeza roma a la cola flácida. Eran criaturas bien alimentadas, sus vientres plateados sobresalían por los lados. La piel se les había secado y había fisuras visibles en una maraña enrejada que les cubría los lomos oscuros. El brillo de los ojitos negros quedaba apagado bajo la capa agrietada de la piel.

Y parecía que esos ojos no eran conscientes del t'lan imass solitario que se alzaba sobre ellos.

Ecos de curiosidad se aferraban todavía al alma raída y desecada de Onrack. Las articulaciones crujieron bajo las cuerdas anudadas de los ligamentos cuando se agachó junto al bagre más cercano. No le parecía que las criaturas estuvieran muertas. Apenas un rato antes aquellos peces no tenían ningún miembro digno de ese nombre. Sospechaba que estaba siendo testigo de una metamorfosis.

Después de un momento se irguió poco a poco. La hechicería que había sostenido el muro a pesar del peso inmenso del nuevo mar todavía aguantaba en aquella sección. Se había derrumbado en otras, donde se habían formado amplias brechas y torrentes espumosos de agua cargada de desechos que se precipitaba por el otro lado. Un mar poco profundo comenzaba a extenderse por la tierra de ese lado. Onrack sospechaba que podría llegar un momento

en el que los fragmentos de ese muro fueran las únicas islas de ese reino.

La llegada torrencial del mar los había cogido desprevenidos y los había dispersado entre las vueltas de un remolino. El t'lan imass sabía que habían sobrevivido más de los suyos, de hecho, algunos habían podido sujetarse a ese muro o a detritos flotantes, lo suficiente como para recuperar sus formas y unirse una vez más, de modo que la caza pudiera reanudarse.

Pero Kurald Emurlahn, fragmentado o no, no estaba al alcance del t'lan imass. Sin un invocahuesos a su lado, Onrack no podía extender sus poderes tellann, no podía llamar a los suyos, no podía informarles de que había sobrevivido. Para la mayor parte de los de su raza, eso solo habría sido motivo suficiente para… rendirse. Las aguas agitadas por las que acababa de arrastrarse para salir le ofrecían un olvido auténtico. La disolución era la única huida posible de ese eterno ritual e incluso entre los logros (los guardianes del mismísimo primer trono) Onrack conocía algunos que habían elegido ese camino. O algo peor…

La reflexión del guerrero sobre si debía elegir poner fin a su existencia fue breve. En realidad, a él lo atormentaba mucho menos su inmortalidad que a la mayoría de los t'lan imass.

Después de todo, siempre había algo más que ver.

Detectó un movimiento bajo la piel del bagre más cercano, vagas insinuaciones de una contracción, de una conciencia que emergía. Onrack sacó su mandoble curvado de obsidiana. La mayor parte de las cosas con las que se tropezaba por lo general había que matarlas. De vez en cuando en legítima defensa, pero con frecuencia solo debido a un odio inmediato y seguramente mutuo. Hacía mucho

tiempo que había dejado de preguntarse por qué habría de ser así.

De sus inmensos hombros colgaba la piel podrida de un enkar'al, guijarrosa e incolora. Era una adquisición reciente hasta cierto punto, menos de mil años antes. Otro ejemplo de una criatura que lo había odiado nada más verlo. Aunque quizá la hoja negra ondulada que le amenazaba la cabeza había empañado su respuesta.

Onrack juzgó que pasaría algún tiempo antes de que la bestia pudiera salir arrastrándose de su piel. Bajó el arma y pasó de lado. El extraordinario muro del Naciente, muro que cruzaba continentes enteros, ya era una curiosidad en sí. Después de un momento, el guerrero decidió recorrerlo entero. O, por lo menos, hasta que el paso quedara bloqueado por una brecha.

Echó a andar, los pies envueltos en pieles arañaban el suelo por el que los arrastraba, la punta de la espada que le colgaba de la mano izquierda abría un surco intermitente en la arcilla seca. Trozos de barro se le aferraban a la raída camisa de piel y a las correas de cuero del arnés de las armas. Un agua turbia y espesa se había colado por las varias cuchilladas y agujeros de su cuerpo y había empezado a escaparse en forma de arroyos con cada pesado paso que daba. En otro tiempo había tenido un casco, un trofeo impresionante de su juventud, pero se había roto en mil pedazos en la batalla final contra la familia jaghut del Jhag Odhan. Un único golpe sesgado se había llevado también una quinta parte de su cráneo, el parietal y el temporal, del lado derecho. Las mujeres jaghut tenían una fuerza engañosa y una ferocidad admirable, sobre todo cuando las arrinconabas.

El cielo tenía un tono enfermizo, pero ya se había acostumbrado a él. Ese fragmento de la senda tiste edur,

fracturada mucho tiempo antes, era con mucho el más grande con el que él se había tropezado, más grande incluso que el que rodeaba Tremorlor, la Casa de Azath odhan. Y este había conocido un periodo de estabilidad suficiente para que surgieran civilizaciones, para que los sabios de la hechicería comenzaran a desentrañar los poderes de Kurald Emurlahn, aunque esos habitantes no habían sido tiste edur.

Onrack se preguntó con aire ocioso si el t'lan imass renegado que él y los suyos perseguían habría provocado de algún modo la herida que había desencadenado la inundación de ese mundo. Parecía probable, dada su obvia eficacia a la hora de ocultar su rastro. O eso o habían regresado los tiste edur para reclamar lo que en otro tiempo había sido suyo.

Podía oler a aquellos edur de piel gris, habían pasado por allí, y en tiempos recientes, procedentes de otra senda. Por supuesto, el término «oler» había adquirido un nuevo significado para los t'lan imass tras el ritual. Los sentidos mundanos se habían marchitado, en su mayor parte, con la carne. A través de las órbitas en sombras de sus ojos, por ejemplo, el mundo era una compleja composición de colores apagados, calor y frío, y con frecuencia se medía por una sensibilidad infalible al movimiento. Las palabras pronunciadas giraban en nubes de mercurio de aliento, es decir, si el hablante estaba vivo. Si no, entonces era el sonido en sí lo que se detectaba, abriéndose camino con un estremecimiento por el aire. Onrack percibía el sonido tanto con la vista como con el oído.

Y así fue consciente de una forma de sangre caliente echada a poca distancia de él, algo más adelante. El muro de esa zona se estaba derrumbando paulatinamente. El agua brotaba a chorros de fisuras que se abría entre las

piedras que sobresalían. No tardaría mucho en ceder por completo.

La forma no se movía. La habían encadenado.

Otros cincuenta pasos y Onrack llegó a su lado.

El hedor de Kurald Emurlahn era apabullante, visible como un estanque que rodeara a la figura tumbada, su superficie se rizaba como si estuviera debajo de una lluvia fina, pero constante. Una profunda cicatriz irregular estropeaba la amplia frente del prisionero, bajo la testa calva, y en la herida resplandecía un brillo hechicero. Una lengua de metal había sujetado la lengua del hombre, pero se le había caído, así como las correas que envolvían la cabeza de la figura.

Unos ojos grises como la pizarra se alzaron sin parpadear y miraron al t'lan imass.

Onrack estudió al tiste edur un momento más, después pasó por encima del hombre y continuó.

Una voz ronca y marchita se alzó tras él.

—Espera.

El guerrero no muerto hizo una pausa y miró hacia atrás.

—Me… gustaría hacer un trato. Por mi libertad.

—No me interesan los tratos —respondió Onrack en el idioma de los edur.

—¿No hay nada que desees, guerrero?

—Nada que tú puedas darme.

—¿Me rehuyes, entonces?

Onrak ladeó la cabeza entre un crujido de tendones.

—Esta sección del muro está a punto de derrumbarse. No tengo deseo alguno de estar aquí cuando ocurra.

—¿Y te imaginas que yo sí?

—Considerar tus sentimientos sobre el tema es un esfuerzo inútil por mi parte, edur. No tengo interés alguno

en imaginarme en tu lugar. ¿Por qué habría de hacerlo? Estás a punto de ahogarte.

—Rompe mis cadenas y podremos continuar esta conversación en un lugar más seguro.

—La calidad de la conversación no se ha hecho merecedora de ese esfuerzo —respondió Onrack.

—Podría mejorarla, si me dan tiempo.

—Eso no parece muy probable. —Onrack se dio la vuelta.

—¡Espera! ¡Puedo hablarte de tus enemigos!

El t'lan imass volvió a girar una vez más, sin prisas.

—¿Mis enemigos? No recuerdo haber dicho que tuviera alguno, edur.

—Oh, pero los tienes. Yo debería saberlo. En otro tiempo fui uno de ellos y por eso me encuentras aquí, porque ya no soy tu enemigo.

—Ahora eres un renegado entre los tuyos —comentó Onrack—. No tengo fe alguna en los traidores.

—Para los míos, t'lan imass, no soy yo el traidor. Ese epíteto pertenece al que me encadenó aquí. En cualquier caso, la cuestión de la fe no se puede responder a través de la negociación.

—¿Deberías haber admitido eso, edur?

El hombre hizo una mueca.

—¿Por qué no? No querría engañarte.

A Onrack le picó entonces la curiosidad.

—¿Por qué no querrías engañarme?

—Por la misma causa por la que me sometí al pelado —respondió el edur—. Me atormenta la necesidad de decir la verdad.

—Esa es una espantosa maldición —dijo el t'lan imass.

—Sí.

Onrack levantó la espada.

—En ese caso, admito poseer yo también una maldición. La curiosidad.

—Lloro por ti.

—No veo ninguna lágrima.

—En mi corazón, t’lan imass.

Un solo golpe hizo pedazos las cadenas. Onrack estiró la mano derecha libre, cogió uno de los tobillos del edur y arrastró al hombre tras él por la cima del muro.

—Te recriminaría la indignidad de esto —dijo el tiste edur mientras tiraban de él, un paso tras otro irritante paso— si tuviera la fuerza suficiente.

Onrack no contestó. Arrastraba al hombre con una mano, la espada con la otra, y continuaba avanzando penosamente. Su marcha lo llevó, al fin, más allá de la zona más débil del muro.

—Ya puedes soltarme —jadeó el tiste edur.

—¿Eres capaz de caminar?

—No, pero…

—Entonces continuaremos así.

—¿Adónde vas que no puedes permitirte esperar a que yo recupere las fuerzas?

—Sigo este muro —respondió el t’lan imass.

El silencio cayó entre ellos durante un rato (aparte de los crujidos de los huesos de Onrack, el roce de sus pies envueltos en cuero y los siseos y los golpes secos del cuerpo del tiste edur y sus miembros sobre las piedras recubiertas de cieno). El mar repleto de detritos continuaba ininterrumpido a su izquierda, un pantanal enconado a la derecha. Pasaron entre otra docena de bagres, y también había a su alrededor; estos no tan grandes, pero con todos los miembros, como el grupo anterior. Tras ellos, el muro continuaba alargándose sin interrupción por el horizonte.

Con una voz llena de dolor, el tiste edur al fin volvió a hablar.

—Si seguimos así, t'lan imass… te encontrarás arrastrando a un cadáver.

Onrack lo consideró un momento, después detuvo sus pasos, soltó el tobillo del hombre y se dio la vuelta lentamente.

El tiste edur rodó de lado con un gemido.

—Imagino —jadeó— que no tienes comida, ni agua potable.

Onrack levantó la mirada y se giró para mirar los bultos lejanos de los bagres.

—Supongo que podría conseguir algo. Es decir, de lo primero.

—¿Puedes abrir un portal, t'lan imass? ¿Puedes sacarnos de este reino?

—No.

El tiste edur bajó la cabeza hasta la arcilla y cerró los ojos.

—Entonces ya se puede decir que estoy muerto. No obstante, te agradezco que rompieras las cadenas. No hace falta que sigas aquí, aunque me gustaría saber el nombre del guerrero que me mostró la compasión que pudo.

—Onrack. Sin clan, de los logros.

—Yo soy Trull Sengar. También sin clan.

Onrack se quedó mirando al tiste edur durante un rato. Después, el t'lan imass pasó por encima del hombre y volvió sobre sus pasos. Llegó entre los bagres. Un único tajo seco le cortó la cabeza al más cercano.

Esa muerte provocó un frenesí entre los otros. La piel se partió y cuerpos lustrosos de cuatro patas se liberaron de repente. Unas cabezas amplias con colmillos como agujas se volvieron hacia el guerrero no muerto que tenían entre ellos,

los ojitos les brillaban. Estruendosos siseos por todas partes. Las bestias se movían sobre patas achaparradas y musculosas, los pies de tres dedos avanzaban y arañaban el suelo a toda prisa. Tenían colas cortas que se extendían en una aleta vertical por las columnas.

Atacaron como lo harían lobos abalanzándose sobre una presa herida.

La hoja de obsidiana destelló. Una sangre fina lo salpicó todo. Cabezas y miembros se dejaron caer.

Una de las criaturas se precipitó por el aire y la boca enorme se cerró sobre el cráneo de Onrack. Al descender con todo el peso, el t'lan imass sintió que las vértebras del cuello crujían y chirriaban. Cayó hacia atrás y dejó que el animal lo arrastrara.

Después se disolvió convertido en polvo.

Y se levantó cinco pasos más allá para reanudar la matanza, vadeando entre los siseos de los supervivientes. Unos momentos después estaban todos muertos.

Onrack cogió uno de los cadáveres por la pata trasera y arrastrándolo regresó con Trull Sengar.

El tiste edur estaba apoyado en un codo con los ojos apagados clavados en el t'lan imass.

—Por un momento —dijo— pensé que estaba teniendo un sueño de lo más extraño. Te vi ahí, a lo lejos, con un enorme sombrero que se retorcía. Y que después te comía entero.

Onrack empujó el cuerpo junto a Trull Sengar.

—No estabas soñando. Toma. Come.

—¿No podríamos cocinarlo?

El t'lan imass se dirigió sin prisas al borde del muro que daba al mar. Entre los restos del naufragio había trozos de un sinfín de árboles de los que sobresalían ramas desnudas. Onrack bajó arrastrándose a los detritos nudosos, los sintió cambiar y mecerse vacilantes bajo él. No tardó ni un

momento en partir una brazada de madera lo bastante seca, madera que volvió a tirar al muro. Después la siguió él.

Sintió los ojos del tiste edur clavados en su persona mientras preparaba la hoguera.

—Nuestros encuentros con los tuyos —dijo Trull después de un momento— fueron siempre muy contados. Y fueron siempre después de vuestro… ritual. Antes de él, tu pueblo huía de nosotros nada más vernos. Aparte de los que atravesaron los océanos con los thelomen toblakai, claro. Esos nos combatieron. Durante siglos, antes de que los expulsáramos del mar.

—Los tiste edur estuvieron en mi mundo —dijo Onrack mientras sacaba sus pedernales— justo tras la llegada de los tiste andii. En otro tiempo numerosos, dejaron señales de su paso en la nieve, en las playas, en los bosques profundos.

—Ahora somos muchos menos —dijo Trull Sengar—. Vinimos aquí, a este sitio, procedentes de la madre Oscuridad, cuyos hijos nos habían desterrado. No creímos que nos perseguirían, pero lo hicieron. Y tras la destrucción de esta senda, huimos una vez más… a vuestro mundo, Onrack, donde prosperamos…

—Hasta que vuestros enemigos os encontraron de nuevo.

—Sí. Los primeros de ellos eran… fanáticos en su odio. Hubo grandes guerras, guerras de las que nadie fue testigo ya que se libraron en la oscuridad, en lugares ocultos en sombras. Al final, matamos a los últimos de esos primeros andii, pero en el esfuerzo nosotros también quedamos malheridos. Así que nos retiramos a lugares remotos, a las espesuras. Después llegaron más andii, solo que estos parecían menos… interesados. Y nosotros también nos habíamos hecho más introvertidos, ya no nos consumía el ansia de expansión.

—Si hubierais intentado calmar esa ansia —dijo Onrack, mientras las primeras volutas de humo se alzaban de los trozos de la corteza y las ramas—, habríamos encontrado en vosotros una nueva causa, edur.

Trull se quedó callado, con la mirada velada.

—Lo habíamos olvidado todo —dijo al fin y se recostó para apoyar la cabeza una vez más en la arcilla—. Todo lo que acabo de contarte. Hasta hace muy poco tiempo mi pueblo, el último bastión, al parecer, de los tiste edur, no sabía casi nada de nuestro pasado. Nuestra larga y torturada historia. Y lo que sabíamos era, en realidad, falso. Ojalá —añadió— hubiéramos seguido sumidos en la ignorancia.

Onrack se volvió poco a poco para mirar al edur.

—Tu pueblo ya ha dejado de ser introvertido.

—Te dije que te hablaría de tus enemigos, t'lan imass.

—Me lo dijiste.

—Los hay como vosotros, Onrack, entre los tiste edur. Dispuestos a llevar a cabo nuestro nuevo propósito.

—¿Y cuál es ese propósito, Trull Sengar?

El hombre apartó la mirada y cerró los ojos.

—Terrible, Onrack. Un propósito terrible.

El guerrero t'lan imass se volvió hacia el cadáver de la criatura a la que había matado y sacó un cuchillo de obsidiana.

—Estoy familiarizado con los propósitos terribles —dijo cuando empezó a cortar la carne.

—Te contaré ahora la historia, como dije que haría. Para que entiendas a qué te enfrentas.

—No, Trull Sengar. No me digas nada más.

—¿Pero por qué?

Porque la verdad sería una carga. Me obligaría a buscar a los míos una vez más. Tu verdad me encadenaría a este

mundo, a mi mundo una vez más. Y no estoy preparado para eso.

—Estoy cansado de oír tu voz, edur —respondió.

La carne de la bestia que chisporroteaba en el fuego olía igual que la carne de foca.

Poco después, mientras Trull Sengar comía, Onrack se acercó al borde del muro que se asomaba al pantano. Las aguas de la riada habían encontrado antiguas cuencas en el paisaje, cuencas de las que se escapaban gases que flotaban en manchas pálidas sobre la superficie gruesa de la que emanaban. Una niebla más espesa oscurecía el horizonte, pero al t'lan imass le pareció notar que se elevaba un cerro, una cordillera de colinas bajas y abultadas.

—Hay cada vez más luz —dijo Trull Sengar desde donde yacía, junto al fuego—. El cielo está brillando por algunos sitios. Ahí… y ahí.

Onrack levantó la cabeza. El cielo había sido un mar continuo de peltre que se oscurecía ocasionalmente para soltar un diluvio, aunque eso resultaba cada vez más infrecuente. Un orbe hinchado de luz amarilla dominaba un horizonte entero, el muro que tenían delante parecía conducir hasta su mismísimo corazón; mientras que justo encima colgaba un círculo más pequeño de fuego borroso, ese bordeado de azul.

—Regresan los soles —murmuró el tiste edur—. Aquí, en el Naciente, los antiguos corazones gemelos de Kurald Emurlahn continúan viviendo. No había forma de saberlo porque no volvimos a descubrir esta senda hasta después de la Brecha. Las aguas de la riada deben de haber provocado el caos en el clima. Y deben de haber destruido la civilización que existía aquí.

Onrack bajó la cabeza.

—¿Eran tiste edur?

El hombre sacudió la cabeza.

—No, más bien como vuestros descendientes, Onrack. Aunque los cadáveres que vimos aquí, por el muro, estaban muy descompuestos. —Trull hizo una mueca—. Son como una plaga, esos humanos vuestros.

—No son míos —respondió Onrack.

—¿No te enorgullece, entonces, su insípido éxito?

El t'lan imass ladeó la cabeza.

—Tienen tendencia a cometer errores, Trull Sengar. Los logros los han matado a miles cuando la necesidad de restablecer el orden lo hacía necesario. Con una frecuencia cada vez mayor se aniquilan ellos mismos, pues el éxito engendra desdén por esas mismas cualidades que les permitieron obtenerlo.

—Parece que has pensado en ello.

Onrack se encogió de hombros entre un estrépito de huesos.

—Más que mi pueblo, quizá; los bordes de la irritación que me inspira la humanidad continúan dentados.

El tiste edur estaba intentando levantarse con movimientos lentos y deliberados.

—El Naciente requería… purificación —dijo con tono amargo— o así se juzgó.

—Vuestros métodos —dijo Onrack— son más extremos que lo que decidirían los logros.

Trull Sengar se las arregló para erguirse tambaleándose y miró al t'lan imass con una sonrisa irónica.

—A veces, amigo mío, lo que se comienza resulta demasiado poderoso para luego contenerlo.

—Tal es la maldición del éxito.

Trull pareció encogerse al oír eso y después se dio la vuelta.

—Debo encontrar agua fresca y limpia.

—¿Cuánto tiempo llevabas encadenado?

El hombre se encogió de hombros.

—Mucho, supongo. La hechicería que contenía el pelado estaba diseñada para prolongar el sufrimiento. Tu espada partió su poder y ahora regresan las exigencias mundanas de la carne.

Los soles ardían entre las nubes, su calor combinado llenaba el aire de humedad. Las nubes se estaban separando, desvaneciéndose ante sus propios ojos. Onrack estudió los orbes en llamas una vez más.

—No ha habido noche —dijo.

—No en verano, no. Los inviernos, según se dice, son otra cosa. Claro que, con el diluvio, sospecho que es inútil predecir el futuro. Personalmente, no tengo deseo alguno de averiguarlo.

—Debemos dejar este muro —dijo el t'lan imass después de un momento.

—Sí, antes de que se derrumbe por completo. Creo que veo colinas a lo lejos.

—Si tienes fuerzas, rodéame con los brazos y sujétate —dio Onrack—, yo puedo bajar trepando. Podemos rodear las cuencas. Si sobrevivió algún animal nativo, estarán en terrenos más altos. ¿Deseas recoger y cocinar más de esta bestia?

—No. No es nada sabrosa.

—Lo cual no es sorprendente, Trull Sengar. Es carnívoro y se ha alimentado durante mucho tiempo de carne podrida.

El suelo estaba empapado bajo sus pies cuando al fin llegaron a la base del muro. Enjambres de insectos se alzaron a su alrededor y se abalanzaron sobre el tiste edur con un hambre frenética. Onrack permitió que su compañero marcara el ritmo mientras se abrían camino entre las cuencas llenas de agua. El aire era lo bastante húmedo

como para empaparles la ropa que llevaban. Aunque no había viento al nivel del suelo, las nubes del cielo se habían estirado hasta convertirse en serpentinas que se precipitaban a adelantarlos y luego continuaban adelante para acumularse contra la cordillera de colinas, donde el cielo se iba oscureciendo más y más.

—Vamos justo hacia una tempestad —observó Onrack—. ¿Eres capaz de aumentar el ritmo?

—No.

—Entonces tendré que llevarte.

—¿Llevarme o arrastrarme?

—¿Tú qué prefieres?

—Que me lleves parece un poco menos humillante.

Onrack devolvió la espada a su lazo del arnés del hombro. Aunque al guerrero se le consideraba alto entre los suyos, el tiste edur era más alto, casi un antebrazo más. El t'lan imass hizo que el hombre se sentara en el suelo con las rodillas levantadas, después Onrack se agachó y pasó un brazo por debajo de las rodillas de Trull y el otro bajo los omóplatos. Con un crujido de tendones, el guerrero se irguió.

—Tienes brechas frescas alrededor de todo el cráneo, o de lo que queda de él, en cualquier caso —comentó el tiste edur.

Onrack no dijo nada. Emprendió la marcha a paso ligero y constante.

Al poco rato llegó el viento que bajaba de las colinas y aumentó con tal fuerza que el t'lan imass tuvo que inclinarse hacia delante, sus pies golpeaban los surcos de grava que quedaban entre los estanques.

Los mosquitos quedaron barridos de inmediato.

Onrack se dio cuenta de que había una extraña regularidad en las colinas que tenían delante. Había siete en total, dispuestas en lo que parecía una línea recta, cada una

de igual altura aunque deformadas de un modo único. Las nubes de tormenta se apilaban tras ellas y dibujaban una espiral en columnas abultadas que apuntaban al cielo sobre una enorme cordillera de montañas.

El viento aullaba contra la cara desecada de Onrack, le golpeaba los mechones del cabello veteado de dorado, vibraba con un zumbido profundo entre las correas de cuero del arnés. Trull Sengar estaba encorvado contra él, con la cabeza agachada y apartada de los chillidos de la tempestad.

Los rayos tendían un puente entre las columnas palpitantes, los truenos tardaban en alcanzarlos.

Las colinas no eran colinas en realidad. Eran edificios, inmensos y pesados, construidos con una piedra negra y lisa y, al parecer, cada uno de una sola pieza. Se alzaban a veinte o más hombres de altura. Bestias parecidas a perros, de cráneos amplios y orejas pequeñas, músculos gruesos, cabezas gachas apuntando hacia los dos viajeros y el muro lejano que dejaban atrás, los pozos inmensos de sus ojos brillaban de forma vaga con un color ámbar profundo y translúcido.

Los pasos de Onrack perdieron fuerza.

Pero no se detuvieron.

Habían dejado atrás las cuencas, el suelo que pisaba estaba resbaladizo por la lluvia que traía el viento, pero no por ello dejaba de ser sólido. El t’lan imass se dirigió hacia el monumento más cercano. Al irse acercando, se fueron metiendo al socaire de la estatua.

Con la desaparición repentina del viento llegó un silencio cavernoso. El viento de ambos lados se había apagado de forma extraña y se oía lejano. Onrack dejó a Trull Sengar en el suelo.

La mirada perpleja del tiste edur encontró el edificio que se levantaba ante ellos. No dijo nada y tardó en levantarse cuando Onrack pasó a su lado.

—Detrás —murmuró Trull en voz muy baja— debería haber una puerta.

Onrack hizo una pausa y se dio la vuelta poco a poco para estudiar a su compañero.

—Esta es tu senda —dijo tras un momento—. ¿Qué percibes de estos… monumentos?

—Nada, pero sé lo que tienen que representar… al igual que tú. Parece que los habitantes de este reino los convirtieron en sus dioses.

A eso Onrack no respondió nada. Miró la inmensa estatua una vez más con la cabeza ladeada y fue levantando la mirada, poco a poco. Hasta alcanzar aquellos ojos relucientes de color ámbar.

—Habrá una puerta —insistió Trull Sengar tras él—. Un modo de dejar este mundo. ¿Por qué dudas, t'lan imass?

—Dudo ante lo que tú no puedes ver —respondió Onrack —. Hay siete, sí. Pero dos están… vivos. —Vaciló un momento y después añadió—. Y este es uno de ellos.

Capítulo 7



Un ejército que espera no tarda en ser un ejército en guerra consigo mismo.

Kellanved

El mundo estaba rodeado de rojo, el tono de la sangre antigua, del hierro que se oxida en un campo de batalla. Se alzaba en un muro como un río ladeado que se estrella, confuso e incierto, contra los riscos escabrosos que se elevaban como dientes rotos alrededor del borde de Raraku. Los guardianes más antiguos del sagrado desierto, esos peñascos de caliza blanqueada que se marchitaban bajo la tormenta incesante del Torbellino, la diosa enfurecida que no soportaba ningún rival en su dominio. Que podía devorar los propios riscos en su furia.

Mientras, la ilusión de calma yacía en su corazón.

El anciano, que había llegado a ser conocido con el nombre de Manos Fantasmales, trepó con lentitud por la ladera. Su piel envejecida era de un color bronce profundo, su rostro tatuado, amplio y franco, estaba arrugado como un canto rodado arañado por el viento. Pequeñas flores amarillas cubrían el risco sobre él, una poco frecuente floración de la pequeña planta del desierto que las tribus nativas llamaban hen'bara. Cuando se secaban, las flores se convertían en una infusión embriagadora, reparadora de

penas, bálsamo contra el dolor de un alma mortal. El anciano se iba abriendo camino ladera arriba, arañándose y rozándose con algo parecido a la desesperación.

No hay sendero de la vida que sea incruento. Derramas la sangre de aquellos que se interponen en tu camino. Derramas la tuya propia. Continúas luchando, vas vadeando el torrente creciente con el frenesí que es el descubrimiento brutal del sentido de la supervivencia. La danza macabra en aquellas corrientes que tironeaban de él no contenían arte alguno y fingir lo contrario era hundirse en el autoengaño.

Ilusiones. Heboric Toque de Luz, en otro tiempo sacerdote de Fener, ya no tenía ninguna ilusión. Las había ahogado una por una con sus propias manos mucho tiempo atrás. Sus manos (sus manos fantasmales) habían resultado ser especialmente capaces de tales tareas. Susurraban poderes invisibles, guiadas por una voluntad misteriosa e implacable. Sabía que no tenía ningún control sobre ellas y por tanto no se hacía ilusiones. ¿Cómo iba a hacérselas?

Tras él, en la inmensa llanura donde decenas de miles de guerreros y sus seguidores habían acampado entre las ruinas de una ciudad, tal perspicacia brillaba por su ausencia. El ejército era las manos fuertes que en ese momento descansaban, pero pronto levantarían las armas, guiadas por una voluntad que era cualquier cosa salvo implacable, una voluntad que se ahogaba en ilusiones. Heboric no era solo diferente de todos los que continuaban allí abajo; era su contrario, un reflejo sórdido en un espejo mutilado.

El don de la hen’bara era un sopor sin sueños por la noche. El solaz del olvido.

Llegó al risco, le costaba respirar tras el ejercicio, y se acomodó entre las flores por un momento, para descansar. Las manos fantasmales eran tan hábiles como las de verdad,

aunque él no las pudiera ver, ni siquiera como el brillo leve y moteado que veían los otros. De hecho, la visión le estaba fallando en todo. Le parecía que era la maldición del viejo, presenciar los horizontes que se iban acercando cada vez más. Con todo, si bien la alfombra amarilla que lo rodeaba era poco más que un contorno borroso para sus ojos, la fragancia picante le llenaba la nariz y le dejaba un sabor palpable en la lengua.

El calor del sol del desierto era abrasador, opresivo. Tenía un poder propio que transformaba al sagrado desierto en una cárcel, dominante y despiadada. Heboric había terminado por despreciar ese calor, por maldecir Siete Ciudades y por cultivar un odio perdurable por su gente. Y resultaba que estaba atrapado entre ellos. La barrera del torbellino era indiscriminada, infranqueable tanto para los que estaban fuera como para los que permanecían dentro, a discreción de la elegida.

Un movimiento a un lado, el contorno borroso de una figura ligera de cabello moreno. Que luego se acomodó a su lado.

Heboric sonrió.

—Creí que estaba solo.

—Estamos solos los dos, Manos Fantasmales.

—Ninguno de los dos, Felisin, necesitamos que nos lo recuerden. —*Felisin la Menor, pero ese es un nombre que no puedo decir en voz alta. La madre que te adoptó, muchacha, tiene sus propios secretos*—. ¿Qué es lo que tienes en las manos?

—Papiros —respondió la chica—. De madre. Al parecer, ha redescubierto el ansia de escribir poesía.

El exsacerdote tatuado lanzó un gruñido.

—Creí que eso era amor, no ansia.

—Tú no eres poeta —dijo ella—. En cualquier caso, hablar claro es un talento auténtico; enterrarse bajo la ofuscación es la vocación del poeta en estos tiempos.

—Eres una crítica brutal, muchacha —comentó Heboric.

—*Llamada a Sombra*, lo ha llamado. O, más bien, continúa un poema que comenzó su propia madre.

—Oh, bueno, Sombra es un reino tenebroso. Es obvio que ha elegido un estilo que está a la altura del tema, quizás incluso a la altura del de su propia madre.

—Demasiado conveniente, Manos Fantasmales. Ahora bien, piensa en el nombre con el que se hace llamar ahora el ejército de Korbolo Dom: los Mataperros. Eso, anciano, sí que es poético. Un nombre cargado de inseguridad detrás de su orgullosa fanfarronada. Un nombre que está a la altura del propio Korbolo Dom, que se alza firme en medio de su terror.

Heboric estiró el brazo y arrancó la primera corola. Se la llevó a la nariz un momento antes de dejarla caer en la bolsa de cuero que llevaba en el cinturón.

—«Firme en medio de su terror.» Una imagen llamativa, muchacha. Pero no veo miedo alguno en el napaniano. El ejército malazano que se está reuniendo en Aren no son más que tres miserables legiones de reclutas bajo el mando de una mujer que carece de cualquier tipo de experiencia relevante. Korbolo Dom no tiene motivos para tener miedo.

La carcajada de la jovencita fue un trino que pareció abrir un sendero gélido en el aire.

—¿Que no tiene motivos, Manos Fantasmales? En realidad tiene muchos motivos. ¿Quieres que haga una lista? Leoman. El toblakai. Bidithal. L’oric. Mathok. Y el que para él es el más aterrador de todos: Sha’ik. Mi madre. El campamento es un nido de serpientes en el que hierve la disidencia. Te has perdido el último frenesí de insultos. Madre ha desterrado a Mallick Rel y Pullyk Alar. Los ha

expulsado. Korbolo Dom pierde dos aliados más en la lucha por el poder…

—No hay ninguna lucha por el poder —gruñó Heboric mientras tiraba de un puñado de flores—. Son idiotas si creen que eso es posible. Sha'ik ha echado a esos dos porque la traición fluye por sus venas. Le es indiferente lo que pueda sentir Korbolo Dom.

—Él no lo cree así y esa convicción es más importante que lo que pueda ser o no verdad. ¿Y cómo responde madre a las consecuencias de sus declaraciones? —Felisin barrió las plantas que tenía ante ella con los papiros—. Con poesía.

—El don del conocimiento —murmuró Heboric—. La diosa del Torbellino le susurra al oído a la elegida. Hay secretos en la senda de Sombra, secretos que contienen verdades que son relevantes para el torbellino en sí.

—¿Qué quieres decir?

Heboric se encogió de hombros. Tenía la bolsa casi llena.

—Bueno, yo tengo mi propia clarividencia. —*Y total, para lo que me sirve*—. Cuando se partió la antigua senda, los fragmentos se esparcieron por todos los reinos. La diosa del Torbellino tiene poder, pero no era suyo, al principio no. Solo un fragmento más, que vagaba perdido y embargado por el dolor. ¿Qué era la diosa, me pregunto, cuando se tropezó con el torbellino? Una deidad menor de alguna tribu del desierto, sospecho. Un espíritu del viento estival, protector de algún manantial con remolinos, quizá. Uno entre muchos, sin duda. Por supuesto, una vez que se apoderó de ese fragmento, no le llevó demasiado tiempo destruir a sus antiguos rivales y ejercer un dominio absoluto y despiadado sobre el sagrado desierto.

—Una teoría pintoresca, Manos Fantasmales —dijo Felisin con voz cansina—. Pero no dice nada de las siete ciudades

sagradas, de los siete libros sagrados, de la profecía de Dryjhna del Apocalipsis.

Heboric lanzó un bufido.

—Los cultos se alimentan unos de otros, muchacha. Se elaboran mitos enteros para alimentar la fe. Siete Ciudades nació con unas tribus nómadas, pero el legado que las precedía era el de una antigua civilización, que, a su vez, reposaba en precario equilibrio sobre los cimientos de un imperio todavía más antiguo: el Primer Imperio de los t'lan imass. Lo que sobrevive en el recuerdo o vacila y se desvanece no es más que casualidad y circunstancias.

—Los poetas puede que conozcan el hambre y el ansia —comentó la chica con un tono seco—, pero los historiadores devoran. Y cuando se devora se asesina el lenguaje, lo conviertes en algo muerto.

—Eso no es delito del historiador, muchacha, sino del crítico.

—¿Para qué discutir por eso? Estudiosos, entonces.

—¿Te estás quejando de que mi explicación destruye los misterios del panteón? Felisin, en este mundo hay más cosas dignas de que te maravilles ante ellas. Deja a los dioses y diosas con sus enfermizas obsesiones.

La carcajada de la joven volvió a atravesar al anciano otra vez.

—¡Oh, eres una compañía muy divertida, anciano! Un sacerdote expulsado por su dios. Un historiador en otro tiempo encarcelado por sus teorías. Un ladrón al que no le queda nada digno de robar. No soy yo la que necesita maravillarse.

El exsacerdote la oyó levantarse.

—En cualquier caso —continuó—, me enviaron a buscarte.

—¿Sí? ¿Sha’ik quiere más consejos de los que sin duda hará caso omiso?

—Esta vez no. Leoman.

Heboric frunció el ceño. *Y allí donde esté Leoman, también estará el toblakai. La única cualidad del asesino es que mantiene su promesa de no volverme a hablar jamás. Con todo, sentiré sus ojos sobre mí. Sus ojos de homicida. Si hay alguien en el campamento al que habría que desterrar*… Se puso en pie poco a poco.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—En el templo del pozo —respondió la chica.

Por supuesto. ¿Y qué estabas haciendo tú, mi querida muchacha, en compañía de Leoman?

—Te llevaría de la mano —añadió Felisin—, pero encuentro su tacto demasiado poético.

La joven caminó a su lado y bajaron juntos la ladera, pasaron entre los dos inmensos corrales que estaban vacíos en ese momento, las cabras y las ovejas habían sido conducidas a los pastos que había al este de las ruinas para pasar el día. Atravesaron una amplia brecha en la muralla de la ciudad muerta que cruzaba una de las avenidas principales que llevaban al revoltijo de edificios inmensos que se extendían por toda la zona y de los que solo quedaban los cimientos y trozos de paredes, un conjunto que había terminado por llamarse el Círculo de los Templos.

Chozas de adobe, yurtas y tiendas de cuero componían una ciudad moderna sobre las ruinas. Mercados de barrio se afanaban bajo amplios toldos que abarcaban toda la calle, llenaban el aire de un sinfín de voces y los aromas fragantes de la cocina. Las tribus nativas, las que seguían a su propio jefe, Mathok (que ostentaba una posición comparable a general bajo el mando de Sha’ik), se mezclaban con los Mataperros, con variopintas bandas de renegados de las

ciudades, con bandidos y criminales liberados de una ingente cantidad de prisiones de guarniciones malazanas. Los seguidores del campamento del ejército eran igual de dispares, una extraña tribu autónoma que parecía vagar en una eterna ronda nómada dentro de la improvisada ciudad, impulsada por ocultos caprichos sin duda de naturaleza política. En ese momento, una derrota invisible los hacía más furtivos de lo habitual, viejas fulanas que encabezaban a decenas de niños delgados y la mayor parte desnudos, herreros, zurcidores de arreos, cocineros, cavadores de letrinas, viudas, esposas, unos cuantos maridos y muy pocos padres y madres… hilos que unían a la mayor parte a los guerreros del ejército de Sha'ik, pero hilos muy tenues en el mejor de los casos, hilos que se partían con facilidad, con frecuencia enmarañados en una red de adulterio e hijos bastardos.

La ciudad era un microcosmos de Siete Ciudades, en opinión de Heboric. Prueba de todos los males que el Imperio de Malaz se había propuesto curar como conquistadores y después ocupantes. No parecía haber muchas virtudes en las libertades de las que el exsacerdote había sido testigo en aquel lugar, pero sospechaba que era el único que albergaba tan traidores pensamientos. *El Imperio me sentenció y me llamó criminal, pero sigo siendo malazano. Un hijo del Imperio, un devoto vuelto a despertar al lema del antiguo emperador: «A la paz por la espada». Así que, mi querida Tavore, trae tu ejército al corazón de la rebelión y párala en seco. No seré yo quien llore su pérdida*.

El Círculo de los Templos estaba prácticamente abandonado si se comparaba con las calles atestadas por las que acababan de pasar los dos. Hogar de antiguos dioses, deidades olvidadas y en otro tiempo veneradas por pueblos igual de olvidados que no habían dejado mucho a su paso,

aparte de las ruinas desmoronadas y los senderos en los que te hundías hasta el tobillo en tiestos polvorientos. Pero algo sagrado todavía persistía para algunos, al parecer, pues era allí donde los más decrépitos de los perdidos encontraban un refugio escaso.

Unos cuantos sanadores menores se movían entre esos pocos indigentes, las viejas viudas que no habían encontrado refugio como tercera o incluso cuarta esposa de un guerrero o mercader, los combatientes que habían perdido algún miembro, los leprosos y otras víctimas enfermas que no podían permitirse los poderes curativos del gran Denul. Antes también había entre ellos niños abandonados, pero Sha'ik se había ocupado de poner fin a eso. Comenzando por Felisin, los había adoptado a todos, su séquito privado, los acólitos del culto del torbellino. Según la última y somera contabilidad de Heboric, una semana antes, su número llegaba a más de tres mil, con edades que iban desde los recién destetados a la edad de Felisin, próxima ya a la edad verdadera de Sha'ik. Para todos ellos, Sha'ik era su madre y así la llamaban.

No había sido un gesto muy popular. Los chulos habían perdido a sus corderitos.

En el centro del Círculo de los Templos había un pozo ancho y octogonal hundido en las profundidades de las capas de caliza, su suelo nunca lo tocaba el sol, lo habían limpiado de sus habituales residentes: serpientes, escorpiones y arañas y lo había ocupado Leoman de los Mayales. Leoman, que había sido el guardaespaldas más probado de Sha'ik la Mayor. Pero la Sha'ik renacida había sondeado el alma del hombre y la había encontrado vacía, despojada de fe, por algún defecto de la naturaleza con tendencia a renegar de todo tipo de certezas. La nueva elegida había decidido que no podía confiar en ese hombre

o, por lo menos, no podía tenerlo a su lado. Lo había convertido en segundo de Mathok, aunque parecía que el cargo implicaba pocas responsabilidades. Si bien el toblakai continuaba siendo el guardián personal de Sha'ik, el gigante del tatuaje partido en la cara no había renunciado a su amistad con Leoman y se le veía con frecuencia en la avinagrada compañía de ese hombre.

Había mucha historia entre los dos guerreros, una historia de la que Heboric estaba convencido de que percibía solo una fracción. En algún momento habían compartido una cadena como prisioneros de los malazanos, según se rumoreaba. Heboric pensaba que ojalá los malazanos hubieran mostrado menos misericordia en el caso del toblakai.

—Te dejo ya —dijo Felisin junto al borde de ladrillos del pozo—. La próxima vez que necesite un choque de opiniones, te buscaré.

Heboric hizo una mueca, asintió y se dirigió a la escalera de mano. El aire que lo rodeaba se iba enfriando capa a capa a medida que descendía a la oscuridad. El olor a durhang era dulce y pesado, una de las afectaciones de Leoman, lo que llevaba al exsacerdote a preguntarse si la joven Felisin no estaría siguiendo el camino de su madre con más fidelidad de lo que él había sospechado.

El suelo de piedra caliza estaba recubierto de alfombras. Muebles ornamentados, los muebles portátiles que usaban los mercaderes ambulantes ricos, hacían que el espacioso aposento pareciera atestado. Pantallas con armazones de madera se apoyaban en las paredes, la tela estirada de los paneles exhibía escenas tejidas con imágenes de mitología tribal. Allí donde las paredes quedaban expuestas, pinturas negras y ocres de algún artista antiguo transformaban la piedra lisa y ondulada en paisajes con múltiples capas:

sabanas por donde vagaban bestias transparentes. Por alguna razón, esas imágenes permanecían claras y vívidas en los ojos de Heboric, recuerdos de movimiento que le susurraban por el rabillo del ojo.

Viejos espíritus se paseaban por aquel pozo, atrapados para toda la eternidad por sus altos y escarpados muros. Heboric odiaba aquel lugar, con todas sus espectrales láminas de fracaso, de mundos extintos mucho tiempo atrás.

El toblakai estaba sentado en un diván sin respaldo, dedicado a frotar con aceite la hoja de su espada de madera; no se molestó en levantar la cabeza cuando Heboric llegó a la base de la escalera. Leoman estaba echado entre cojines cerca de la pared contraria.

—Manos Fantasmales —lo saludó el guerrero del desierto —. ¿Tienes hen’bara? Ven, aquí hay un brasero, y agua…

—Reservo ese té para justo antes de irme a dormir —respondió Heboric al acercarse—. ¿Querías hablar conmigo, Leoman?

—Siempre, amigo mío. ¿Acaso la elegida no nos llamó su triángulo sagrado a nosotros tres, aquí, en este pozo olvidado? ¿O quizá he mezclado las palabras y debería mudar «sagrado» por «olvidado»? Ven, siéntate. Tengo té de hierba, de esos que te despiertan.

Heboric se sentó en un cojín.

—¿Y qué necesidad tenemos de estar bien despiertos?

La sonrisa de Leoman era vaga, lo que le indicó a Heboric que el durhang había barrido de un golpe su habitual reticencia.

—Mi querido Manos Fantasmales —murmuró el guerrero —, es la necesidad de los cazados. Es la gacela con la nariz pegada al suelo la que se merienda el león, después de todo.

El exsacerdote alzó las cejas.

—¿Y quién nos acecha ahora, Leoman?

Leoman se echó hacia atrás antes de responder.

—Bueno, los malazanos, por supuesto, ¿quién si no?

—Vaya, entonces desde luego que debemos hablar —dijo Heboric con burlona impaciencia—. No tenía ni idea, después de todo, que los malazanos tenían intención de hacernos daño. ¿Estás seguro de tu información?

El toblakai se dirigió a Leoman.

—Como ya te he dicho más de una vez, a este viejo habría que matarlo.

Leoman se echó a reír.

—Ah, amigo mío, ahora que eres el único de nosotros al que todavía escucha la elegida… por así decirlo… te sugeriría que renunciaras a ese tema. Lo ha prohibido y punto. Y tampoco me siento inclinado a estar de acuerdo contigo en este caso. Es un antiguo estribillo que hay que enterrar.

—El toblakai me odia porque veo con demasiada claridad lo que atormenta su alma —dijo Heboric—. Y dado el juramento que hizo de no hablarme, sus opciones de diálogo están muy limitadas, por desgracia.

—Aplaudo tu empatía, Manos Fantasmales.

Heboric lanzó un bufido.

—Si ha de haber un tema para esta reunión, Leoman, oigámoslo. O si no, será mejor que regrese al mundo de la luz.

—Ese resultaría ser un viaje muy largo —se rio el guerrero —. Muy bien. Bidithal ha vuelto a sus viejas costumbres.

—¿Bidithal, el mago supremo? ¿Qué «viejas costumbres»?

—Sus costumbres con menores, Heboric. Niñas. Sus desagradables… apetitos. Sha’ik no lo sabe todo, cielos. Oh, conoce las viejas predilecciones de Bidithal, las experimentó de primera mano cuando era Sha’ik la Mayor, después de

todo. Pero ahora hay casi cien mil personas en esta ciudad. Unas cuantas menores que se desvanecen cada semana… puede pasar casi desapercibido. La gente de Mathok, sin embargo, es más observadora por naturaleza.

Heboric frunció el ceño.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—¿Acaso no te interesa?

—Pues claro que sí. Pero no soy más que un hombre, sin voz alguna, como tú dices. En cambio, Bidithal es uno de los tres que han jurado lealtad a Sha’ik, uno de sus magos supremos más poderosos.

Leoman empezó a hacer el té.

—Compartimos cierta lealtad, amigo mío —murmuró—, los tres que estamos aquí, hacia cierta niña. —Entonces levantó la cabeza, se inclinó para poner la olla de agua en la rejilla del brasero y clavó los ojos azules velados en Heboric —. Que ha llamado la atención de Bidithal. Pero esa atención es algo más que simple sexo. Felisin es la heredera elegida de Sha’ik, todos nos damos cuenta, ¿no? Bidithal cree que hay que moldearla de un modo idéntico a su madre, cuando su madre era Sha’ik la Mayor, claro está. La niña debe seguir el camino de su madre, según cree Bidithal. Igual que se rompió a la madre por dentro, también se debe romper a la hija por dentro.

Un horror frío embargó a Heboric al escuchar a Leoman. Después le lanzó una mirada furiosa al toblakai.

—¡Esto se le ha de contar a Sha’ik!

—Se le ha contado —dijo Leoman—. Pero necesita a Bidithal, aunque solo sea para equilibrar las intrigas de Febryl y L’oric. Los tres se desprecian unos a otros, como es natural. Se ha puesto en su conocimiento, Manos Fantasmales y nos ha encargado a los tres, a nuestra vez, que estemos… vigilantes.

—En el nombre del Embozado, ¿cómo se supone que he de estar vigilante? —soltó de repente Heboric—. ¡Estoy casi ciego, maldita sea! ¡Toblakai! ¡Dile a Sha'ik que coja a ese malnacido arrugado y lo despelleje vivo, y que les den a Febryl y L'oric!

El enorme salvaje hizo una mueca y le enseñó los dientes a Leoman.

—Oigo a un lagarto sisear bajo su roca, Leoman de los Mayales. A tanta fanfarronada se pone fin con facilidad con el tacón de una bota.

—Ah —suspiró Leoman mirando a Heboric—, bueno, Bidithal no es el problema. De hecho, puede que resulte ser el salvador de Sha'ik. Febryl trama una traición, amigo mío. ¿Quiénes son sus compañeros de conspiración? No se sabe. L'oric no, eso desde luego; L'oric es, con mucho, el más astuto de los tres y por tanto, de tonto no tiene nada. Pero Febryl necesita aliados entre los poderosos. ¿Se ha aliado Korbolo Dom con ese malnacido? No lo sabemos. ¿Kamist Reloe? ¿Sus dos tenientes, las magas Henaras y Fayelle? Incluso aunque todos estuvieran en la conspiración, Febryl seguiría necesitando a Bidithal, ya sea para que se haga a un lado o para que se una a ella.

—Sin embargo —gruñó el toblakai—, Bidithal es leal.

—A su manera —asintió Leoman—. Y sabe que Febryl está planeando una traición, solo espera a que lo inviten. Momento en el que se lo contará a Sha'ik.

—Y todos los conspiradores morirán entonces —dijo el toblakai.

Heboric negó con la cabeza.

—¿Y si esos conspiradores son los que componen todo su mando?

Leoman se encogió de hombros y después empezó a servir el té.

—Sha'ik tiene al torbellino, amigo mío. ¿Para guiar a los ejércitos? Tiene a Mathok. Y a mí. Y L'oric se quedará, eso es seguro. Que los Siete nos lleven, Korbolo Dom es una carga, en cualquier caso.

Heboric se quedó callado un momento. No se movió cuando, con un gesto, Leoman lo invitó a compartir el té.

—Y así se revela la mentira —murmuró al fin—. El toblakai no le ha dicho nada a Sha'ik. Ni él, ni Mathok, ni tú, Leoman. Este es vuestro modo de recuperar el poder. Aplastar una conspiración y eliminar por tanto a todos vuestros rivales. Y ahora me invitáis a mí a entrar en la mentira.

—No es una gran mentira —respondió Leoman—. Se ha informado a Sha'ik de que Bidithal vuelve a perseguir a menores una vez más…

—Pero no a Felisin en particular.

—La elegida no debe permitir que sus lealtades personales pongan en riesgo toda la rebelión. Actuaría con demasiada precipitación…

—¿Y crees que me importa un higo esa rebelión, Leoman?

El guerrero sonrió cuando volvió a apoyarse en los cojines.

—A ti no te importa nada, Heboric. Ni siquiera tú mismo. Pero no, eso no es cierto, ¿verdad? Está Felisin. Está la niña.

Heboric se puso en pie.

—Yo ya he terminado aquí.

—Ve con salud, amigo mío. Has de saber que tu compañía es siempre bienvenida.

El exsacerdote se dirigió a la escalera y al llegar hizo una pausa.

—Y a mí que me habían hecho creer que las serpientes habían desaparecido de este pozo.

Leoman se echó a reír.

—El aire frío solo las… duerme. Ten cuidado con esa escalera, Manos Fantasmales.

Cuando se hubo ido el anciano, el toblakai envainó su espada y se levantó.

—Irá directamente a hablar con Sha'ik —aseveró.

—¿Tú crees? —preguntó Leoman, después se encogió de hombros—. No, creo que no. No con Sha'ik.

De todos los templos de los cultos nativos de Siete Ciudades, solo los levantados en nombre de un dios concreto mostraban un estilo arquitectónico que reflejaba las antiguas ruinas del Círculo de los Templos. Y por tanto, para Heboric, no había nada accidental en la morada que había elegido Bidithal. Si los cimientos del templo que ocupaba el mago supremo todavía sostuvieran muros elevados y un techo, se vería que era una cúpula baja y extrañamente alargada, sostenida por arcos de medio punto como las costillas de una inmensa criatura marina, o quizás el armazón esquelético de un barco largo. La lona que cubría los restos marchitos y derrumbados estaba sujeta a las pocas alas que permanecían en pie. Esas alas y la planta daban pruebas suficientes del aspecto que había tenido en un principio el templo; y en las siete ciudades sagradas y entre sus parientes menores más pobladas, se podía ver cierto templo que se parecía mucho en estilo a esa ruina.

Y en esas verdades Heboric sospechaba que había un misterio. Bidithal no siempre había sido mago supremo. No sobre el papel, en cualquier caso. En el idioma dhobri lo habían conocido como rashan'ais, el archisacerdote del culto de Rashan, que había existido en Siete Ciudades mucho antes de que se volviera a ocupar el trono de Sombra. En las mentes retorcidas de la humanidad, al parecer, no había

nada objetable en venerar un trono vacío. *No es más extraño que arrodillarse ante el Jabalí del Verano, dios de la Guerra*.

El culto de Rashan no se había tomado muy bien la ascensión de Ammanas (Tronosombrío) y la Cuerda a una posición de poder casi absoluto dentro de la senda de Sombra. Aunque el conocimiento que tenía Heboric de los detalles era fragmentario en el mejor de los casos, parecía que el culto se había desgarrado por dentro. Se había derramado sangre entre los muros del templo y, tras el asesinato profanador, solo aquellos que habían admitido el dominio de los nuevos dioses continuaron entre los devotos. Por el borde del camino, amargados y lamiéndose profundas heridas, los desterrados se escabulleron.

Hombres como Bidithal.

Derrotados, pero Heboric sospechaba que no acabados. *Pues son los templos de Meanas de Siete Ciudades los que más se parecen a esta ruina en estilo arquitectónico... como si fuera un descendiente directo de los primeros cultos de esta tierra*.

Dentro del torbellino, el expulsado rashan'ais había encontrado refugio. Nueva prueba de que creía que el torbellino no era más que un fragmento de una senda hecha pedazos y que esa senda destrozada era Sombra. *Y si ese es en realidad el caso, ¿qué oculto propósito une a Bidithan y Sha'ik? ¿Es leal de verdad a Dryjhna del Apocalipsis, a esta sagrada conflagración en nombre de la libertad?* Las respuestas a esas preguntas tardaban mucho en llegar, si acaso llegaban algún día. El jugador desconocido, la corriente invisible bajo aquella rebelión (bajo el Imperio de Malaz en sí, de hecho) era el nuevo regidor de Sombra y su letal compañero. *Ammanas Tronosombrío, que era Kellanved, emperador de Malaz y conquistador de Siete*

Ciudades. Cotillion, que era Danzante, señor de los espolones y el asesino más letal del Imperio, más letal incluso que Torva. Por los dioses del inframundo, aquí se trama algo… y ahora me pregunto, ¿de quién es esta guerra?

Distraído por tales inquietantes pensamientos mientras se dirigía a la morada de Bidithal, Heboric tardó un momento en darse cuenta de que alguien había pronunciado su nombre. Forzó la mirada y buscó al que había originado la llamada, pero le sobresaltó de repente una mano que se posaba en su hombro.

—Mis disculpas, Manos Fantasmales, si te he asustado.

—Ah, L'oric —respondió Heboric cuando al fin reconoció a la alta figura envuelta en túnicas blancas que tenía junto a él—. Estos no son los lugares por donde sueles acechar, ¿verdad?

Una sonrisa un tanto dolorida.

—Lamento que mi presencia se vea bajo una luz tan poco favorable, a menos, por supuesto, que hayas usado la palabra sin pensar.

—Sin poner atención, quieres decir. Así es. He estado en compañía de Leoman y he respirado sin querer vapores de durhang. Lo que quería decir era que pocas veces te veo por estos pagos, eso es todo.

—Lo cual explica tu expresión inquieta —murmuró L'oric.

¿Será por encontrarme contigo, el durhang o Leoman?

El alto mago (uno de los tres de Sha'ik) no era por naturaleza una persona accesible ni dada al drama. Heboric no tenía ni idea de qué senda empleaba aquel hombre en sus hechicerías. Quizá solo Sha'ik lo supiera.

Después de un momento, el mago supremo continuó.

—Tu ruta sugiere una visita a cierto residente de aquí, del Círculo. Es más, percibo una tormenta de emociones que se

agita a tu alrededor, lo que podría llevar a suponer que el inminente encuentro resultará borrascoso.

—Quieres decir que podríamos discutir Bidithal y yo —gruñó Heboric—. Bueno, sí, es muy probable, maldita sea.

—Yo mismo he dejado su compañía no ha mucho —dijo L'oric—. ¿Quizás una advertencia? Está muy agitado por algo y de un humor nada condescendiente.

—Quizá fue algo que dijiste tú —aventuró Heboric.

—Es muy posible —admitió el mago—. Y si es así, me disculpo.

—Por los colmillos de Fener, L'oric, ¿qué estás haciendo en este maldito ejército de víboras? Una vez más la sonrisa dolorida y después un encogimiento de hombros.

—Las tribus de Mathok tienen entre ellas mujeres y hombres que bailan con víboras de cuello-disparado, como las que a veces se encuentran allí donde las hierbas crecen profundas. Es una danza complicada y, como es obvio, peligrosa, pero al mismo tiempo no carece de cierto encanto. Hay atractivos en un ejercicio así.

—Disfrutas corriendo riesgos, incluso a costa de tu vida.

—Yo podría, a mi vez, preguntarte por qué estás tú aquí, Heboric. ¿Intentas regresar a tu profesión de historiador y asegurarte así de que se cuenta la historia de Sha'ik y el torbellino? ¿O de veras te ha atrapado la lealtad y eres un devoto de la noble causa de la libertad? Por supuesto no puedes decir que eres las dos cosas, ¿verdad?

—Fui un historiador mediocre en el mejor de los casos, L'oric —murmuró Heboric, al que no le apetecía dar explicaciones sobre los motivos que lo impulsaban a quedarse, ninguno de los cuales tenían relevancia alguna real, ya que, en cualquier caso, no era probable que Sha'ik le permitiera marcharse.

—Te impacienta mi presencia. Te dejaré con tus tareas, entonces. —L’oric hizo una pequeña reverencia y se retiró.

Mientras observaba alejarse al hombre, Heboric se quedó inmóvil durante un momento más y después reanudó su camino. ¿Así que Bidithan estaba agitado? ¿Una discusión con L’oric o algo tras el velo? Tenía la morada del mago supremo delante, las paredes de la tienda y el techo puntiagudo desvaídos por el sol y manchados de humo, un borrón polvoriento de color magenta moteado colocado sobre las gruesas piedras de los cimientos. Acurrucado junto a la solapa de la entrada estaba una figura mugrienta y quemada por el sol que murmuraba en un idioma extranjero, la cara oculta bajo largos mechones grasientos de pelo castaño. La figura no tenía manos ni pies y los muñones mostraban viejo tejido cicatrizal que todavía supuraba una secreción de color amarillo lechoso. El hombre estaba usando uno de los muñones de las manos para dibujar amplios patrones en el espeso polvo, se rodeaba de cadenas unidas, una y otra vez, cada pase oscureciendo el que había hecho antes.

Este pertenece al toblakai. Su obra maestra... ¿Sulgar? Silgar. El nathii. Aquel hombre era uno de los muchos habitantes tullidos, enfermos e indigentes del Círculo de los Templos. Heboric se preguntó qué era lo que lo había llevado hasta la tienda de Bidithal.

Llegó a la entrada. Como dictaba la costumbre tribal, la solapa estaba atada a un lado, el habitual gesto social de invitación, el mensaje acostumbrado de candidez. Cuando se agachó para pasar, Silgar se removió y levantó la cabeza de golpe.

—¡Hermano mío! ¡Te he visto antes, sí! ¡Mutilado, somos parientes! —Hablaba en una mezcla de nathii, malazano y ehrlitano. La sonrisa del hombre reveló una fila de dientes

podridos—. Carne y espíritu, ¿sí? ¡Somos, tú y yo, los únicos mortales honestos que hay aquí!

—Si tú lo dices —murmuró Heboric mientras se metía en casa de Bidithal. La carcajada aguda de Silgar lo siguió al interior.

No se había hecho ningún esfuerzo para limpiar la amplia cámara del interior. Ladrillos y escombros yacían esparcidos por un suelo de arena, argamasa rota y cascos varios. En el cavernoso espacio había colocados al azar media docena de muebles. Una cama grande y baja, hecha de tablillas de madera y cubierta de finos colchones. Cuatro sillas plegables de mercader, del tipo local de tres patas, miraban a la cama en una fila desigual, como si Bidithal tuviera por costumbre dirigirse a un público de acólitos o estudiantes. Una docena de pequeñas lámparas de aceite atestaban la superficie de una pequeña mesa cercana.

El mago supremo le daba la espalda a Heboric y a buena parte de la larga cámara. Una antorcha, sujeta a una lanza que se había clavado con la base apuntalada por piedras y cascotes, se alzaba un poco por detrás del hombro izquierdo de Bidithal y arrojaba la sombra del hombre sobre la pared de la tienda.

Un escalofrío atravesó a Heboric, parecía que el mago supremo estaba conversando con un lenguaje de gestos con su propia sombra. *Expulsado solo de nombre, quizá. Todavía impaciente por jugar con Meanas. ¿En nombre del torbellino o en el suyo propio?*

—Mago supremo —lo llamó el exsacerdote.

El anciano y encogido hombre se volvió poco a poco.

—Ven a mí —dijo con voz vacilante—. Me gustaría hacer un experimento.

—No es la invitación más alentadora, Bidithal. —Pero Heboric se aproximó de todos modos.

Bidithal le hizo un gesto impaciente.

—¡Acércate más! Quiero ver si tus manos fantasmales arrojan sombras.

Heboric se detuvo y retrocedió sacudiendo la cabeza.

—No me cabe duda de que te gustaría saberlo, pero a mí no.

—¡Ven!

—No.

La oscura y arrugada cara se crispó en un ceño y los ojos negros brillaron.

—Proteges tus secretos con demasiada impaciencia.

—¿Y tú no?

—Yo sirvo al torbellino. Nada más importa…

—Aparte de tus apetitos.

El mago supremo ladeó la cabeza y después hizo un gesto pequeño, casi femenino con la mano.

—Necesidades mortales. Incluso cuando era rashan'ais no veíamos obligación alguna de darles la espalda a los placeres de la carne. De hecho, el entrelazado de las sombras posee un gran poder.

—Y por tanto violaste a Sha'ik cuando no era más que una niña. Y le arrebataste toda posibilidad futura de disfrutar de esos placeres que ahora promueves. No veo mucha lógica en eso Bidithal, solo enfermedad.

—Mis propósitos están por encima de tu capacidad de comprensión, Manos Fantasmales —dijo el mago supremo con una sonrisita de satisfacción—. No puedes herirme con esfuerzos tan torpes.

—Me habían dado a entender que estabas agitado, desconcertado.

—Ah, L'oric. Otro estúpido. Confundió la emoción con agitación, pero no diré más sobre el tema. A ti no.

—Permíteme ser igual de sucinto, Bidithal. —Heboric se acercó un poco más—. Si se te ocurre mirar siquiera a Felisin, estas manos mías te arrancarán la cabeza del cuello.

—¿Felisin? ¿La más querida de Sha'ik? ¿Crees de veras que es virgen? Antes de que Sha'ik regresara, la niña era una desamparada, una huérfana del campamento. No le importaba un bledo a nadie…

—Nada de lo cual importa —dijo Heboric.

El mago supremo se dio la vuelta.

—Lo que tú digas, Manos Fantasmales. Bien sabe el Embozado que hay muchas otras, de sobra…

—Todas ahora bajo la protección de Sha'ik. ¿Crees acaso que permitirá tales abusos por tu parte?

—Tendrás que preguntárselo a ella —respondió Bidithal —. Ahora déjame. Ya no eres un invitado bienvenido.

Heboric dudó, apenas era capaz de resistir el impulso de matar a aquel hombre allí mismo. *¿Sería siquiera una medida preventiva? ¿Acaso no ha admitido prácticamente sus crímenes?* Pero aquel no era un lugar en el que reinara la justicia malazana, ¿verdad? La única ley que existía allí era la de Sha'ik. *Y tampoco estaré solo en esto. Hasta el toblakai ha jurado proteger a Felisin. Pero ¿y qué hay de las otras niñas? ¿Por qué tolera esto Sha'ik? A menos que sea como ha dicho Leoman. Necesita a Bidithal. Necesita que traicione las maquinaciones de Febryl*.

¿Pero qué me importa a mí todo eso? Esta… criatura no se merece vivir.

—¿Te planteas el asesinato? —murmuró Bidithal, le había dado la espalda una vez más y su sombra bailaba sola en la pared de la tienda—. No serías el primero ni, sospecho, tampoco el último. Debería advertirte, sin embargo, que este templo está recién santificado de nuevo. Da otro paso más hacia mí, Manos Fantasmales, y verás el poder que alberga.

—¿Y crees que Sha'ik te permitirá arrodillarte ante Tronosombrío?

El hombre giró en redondo con el rostro negro de rabia.

—¿Tronosombrío? ¿Ese… forastero? ¡Las raíces de Meanas se hallan en una senda ancestral! En otro tiempo gobernada por… —Cerró la boca de repente y después sonrió y reveló unos dientes oscuros—. No es para ti. Oh, no, no es para ti, exsacerdote. Hay propósitos en el interior del torbellino, tu existencia se tolera, pero poco más que eso. Desafíame, Manos Fantasmales, y conocerás la ira sagrada.

La sonrisa con la que le respondió Heboric fue dura.

—No sería la primera vez, Bidithal. Y, sin embargo, aquí sigo. ¿Propósitos? Quizás el mío sea interponerme en tu camino. Te aconsejaría que pensaras en eso.

Al salir al exterior de nuevo se detuvo un instante y parpadeó bajo la luz intensa del sol. Silgar no estaba por ninguna parte, pero había terminado un elaborado dibujo en el polvo que rodeaba los mocasines de Heboric. Cadenas que rodeaban una figura con muñones en lugar de manos…, pero con pies. El exsacerdote frunció el ceño y le dio una patada a la imagen al emprender la marcha.

Silgar no era ningún artista y Heboric veía muy mal. Quizá solo había visto lo que sus miedos habían querido; después de todo, la primera vez había sido el propio Silgar el que estaba en el círculo de cadenas. En cualquier caso, no era lo bastante importante como para hacerlo volver a echar otro vistazo. Además, sin duda sus propios pasos la habían dejado bastante borrosa.

Nada de lo cual explicaba el escalofrío que no lo abandonaba mientras caminaba bajo el sol abrasador.

Las víboras se estaban retorciendo en su nido y él estaba justo en medio.

Las viejas cicatrices que las ligaduras le habían dejado en los tobillos y las muñecas parecían troncos segmentados, cada ancho pellizco que le rodeaba los miembros le recordaba a aquellos tiempos, a cada grillete que se había cerrado sobre él, cada cadena que lo había aprisionado. En sus sueños, el dolor se alzaba como una criatura viva una vez más, una criatura que se entrelazaba, hipnótica, entre un tumulto de escenas confusas y angustiosas.

El viejo malazano que no tenía manos y sí un tatuaje reluciente, casi sólido, había visto, a pesar de su ceguera, con bastante claridad; había visto los fantasmas que lo seguían, la recua de muertes que gemía al viento y que lo acechaba día y noche, con tales gritos en la mente del toblakai que ahogaban la voz de Urugal, tan cerca que oscurecían el rostro de piedra de su dios y lo ocultaban tras velos y velos de caras mortales, todas y cada una crispadas con la agonía y el miedo que esculpían el momento de morir. Sin embargo, el viejo no había entendido, no del todo. Los niños que había entre esas víctimas (niños en términos de los nacidos en días recientes, tal y como los habitantes de las tierras bajas usaban la palabra) no habían caído todos bajo la espada de palosangre de Karsa Orlong. Eran, todos y cada uno, la progenie que nunca sería, los linajes interrumpidos en la caverna atestada de trofeos de la historia del teblor.

Toblakai. Un nombre de glorias pasadas, de una raza de guerreros que se habían alzado junto a los mortales imass, junto a los jaghut de rostros fríos y los demoníacos forkrul assail. Un nombre con el que se había terminado por conocer a Karsa Orlong, como si él solo fuera el heredero de los dominadores ancestrales de un mundo joven y duro. Años antes, semejante pensamiento le habría llenado el pecho de orgullo, un orgullo fiero y sediento de sangre. Pero

ya solo lo estremecía como la tos del desierto, lo debilitaba en lo más profundo de los huesos. Él veía lo que nadie más veía, que su nuevo nombre era un título de una pulida y cegadora ironía.

Los teblor se habían caído mucho tiempo atrás de los thelomen toblakai. Simples reflejos hechos carne. Arrodillados como tontos ante siete caras de rasgos contundentes talladas en un risco. Habitantes de un valle en el que cada horizonte estaba casi al alcance de la mano. Víctimas de una ignorancia brutal (de la que no se podía culpar a nadie más) entrelazada con falsedad, para la que Karsa Orlong buscaría un relato definitivo.

A él y a su pueblo los había agraviado y el guerrero que en esos momentos caminaba entre los troncos blancos y polvorientos de un huerto muerto mucho tiempo ha, no dejaría las cosas así, algún día respondería.

Pero el enemigo tenía tantas caras…

Incluso solo, como estaba en ese momento, ansiaba soledad. Pero se le negaba. El crujido de las cadenas era incesante, los ecos de los gritos de los asesinados no tenían fin. Ni siquiera el misterioso pero palpable poder de Raraku ofrecía un fin; Raraku en sí, no el torbellino, pues el toblakai sabía que el torbellino era como un niño para la ancestral presencia del sagrado desierto y en nada le afectaba. Raraku había conocido muchas tormentas parecidas, pero las había capeado como lo capeaba todo, con una piel de arena que nada podía atar y la verdad sólida de la piedra. Raraku era su propio secreto, el lecho de roca oculto que sostenía al guerrero. A partir de Raraku, Karsa creía que podría encontrar su propia verdad.

Se había arrodillado ante Sha’ik renacida muchos meses atrás, la joven de acento malazano que había aparecido tropezando y medio llevando a su mascota tatuada y sin

manos. Se había arrodillado, no para servirla, no por una fe resucitada, sino de alivio. Alivio porque la espera había terminado, porque podría al fin sacar a Leoman de aquel lugar de fracaso y muerte. Habían visto a Sha'ik la Mayor asesinada mientras estaba bajo su protección. Una derrota que había reconcomido a Karsa. Pero tampoco se iba a engañar y creer que la nueva elegida era algo más que una víctima desventurada que esa chiflada de la diosa del Torbellino se había limitado a coger de la llanura salvaje, una herramienta mortal que utilizaría con una brutalidad despiadada. Que hubiera resultado ser una participante voluntaria en su propia e inminente destrucción era igual de patético a los ojos de Karsa. Era obvio que aquella joven marcada tenía sus propias razones y parecía impaciente por alcanzar el poder.

Guíanos, caudillo.

Las palabras se reían con amargura entre sus pensamientos mientras paseaba por el bosquecillo, la ciudad casi a una legua de distancia al este; el lugar donde se encontraba eran los restos de las afueras de algún otro pueblo. Los caudillos necesitaban que fuerzas así se reunieran a su alrededor, dispuestas en una defensa desesperada del autoengaño, de una obstinación precipitada. La elegida se parecía más al toblakai de lo que imaginaba, o, más bien, a un toblakai más joven, a un teblor comandando asesinos, un ejército de dos con el que provocar el caos.

Sha'ik la Mayor había sido muy diferente. Había vivido mucho tiempo a través de sus obsesiones, sus visiones del Apocalipsis que habían tirado de sus huesos, los habían agitado e impulsado hacia adelante como si fueran palos atados con cuerdas. Y había visto verdades en el alma de Karsa, le había advertido sobre los horrores que estaban por

llegar (no en términos concretos, pues al igual que todas las videntes, sufría la maldición de la ambigüedad), pero suficiente para despertar en Karsa cierta… vigilancia.

Y, al parecer, en los últimos tiempos no hacía mucho más que «vigilar». A medida que la locura que impregnaba el alma de la diosa del Torbellino se iba filtrando como veneno en la sangre e infectaba a todos los líderes de la rebelión. Rebelión… oh, había bastante verdad en eso. Pero el enemigo no era el Imperio de Malaz. *Es contra la cordura misma contra lo que se rebelan. Orden. Conducta honorable. Las «reglas de lo común», como las llamaba Leoman mientras su conciencia se hundía en los vapores opacos del durhang. Sí, entendería bien su huida, si me creyera lo que quería mostrarnos a todos, las capas vacilantes de humo en su pozo, la mirada adormilada en sus ojos, las palabras arrastradas… ah, pero Leoman, yo jamás te he visto en realidad tomar la droga. Solo sus aparentes consecuencias, las pruebas tiradas alrededor y tú sumiéndote en un sueño que parece calculado a la perfección siempre que quieres terminar una conversación, poner fin a cierto discurso*…

Al igual que él, Karsa sospechaba que Leoman solo estaba esperando el momento adecuado.

Raraku esperaba con ellos. Quizás a ellos. El sagrado desierto poseía un don, pero era un don que pocos habían reconocido jamás y mucho menos aceptado. Un don que llegaba sin que nadie lo viera, que pasaba desapercibido al principio, un don demasiado antiguo para encontrar forma en las palabras, demasiado informe para cogerlo con las manos como se cogería una espada.

El toblakai, en otro tiempo un guerrero en montañas cubiertas de bosques, había terminado por querer a aquel desierto. Los tonos infinitos de fuego pintados en la piedra y

la arena, las plantas de agujas amargas y el sinfín de criaturas que se arrastraban, se deslizaban o escabullían, o que atravesaban el aire nocturno sobre alas silenciosas. Le encantaba la hambrienta ferocidad de esas criaturas, su danza como presas y depredadores era un ciclo perpetuo inscrito en la arena y bajo las rocas. Y el desierto, a su vez, había dado nueva forma a Karsa, había curtido su piel de un color más oscuro, había tensado y adelgazado sus músculos, había reducido sus ojos a meras ranuras.

Leoman le había contado muchas cosas de aquel lugar, secretos que solo conocería un verdadero habitante. El círculo de ciudades en ruinas, todas y cada una, puertos, los antiguos riscos de las playas con sus túmulos naturales que recorrían legua tras legua. Conchas que se habían hecho duras como la piedra y cantaban canciones bajas y tristes al viento, Leoman le había hecho un regalo con ellas, un chaleco de cuero en el que había pegado esas conchas, una armadura que gemía en el viento incesante y siempre seco. Había manantiales ocultos en el yermo, monumentos de piedra y cuevas en las que se había venerado a un antiguo dios marino. Cuencas remotas que cada pocos años quedaban despojadas de arena y revelaban barcos largos, de proas altas, hechos de madera petrificada atestada de tallas, una flota muerta mucho tiempo atrás que se revelaba a la luz de las estrellas y solo para quedar enterrada una vez más al día siguiente. En otros lugares, a menudo detrás de los riscos de las playas, los marineros olvidados habían hecho cementerios usando troncos de cedro huecos para meter a sus parientes muertos, todos convertidos en piedra ya, reclamados por la potencia implacable de Raraku.

Capa tras incontable capa, los secretos quedaban revelados por los vientos. Escollos escarpados que se alzaban como rampas en los que podían contemplarse los

esqueletos fosilizados de criaturas enormes. Los tocones de bosques talados que insinuaban árboles tan grandes como los que Karsa había conocido en su tierra natal. Los pilotes elevados de muelles y amarraderos, anclas de piedra y las cavidades abiertas de minas de estaño, canteras de pedernal y caminos elevados rectos como flechas, árboles que crecían por completo bajo el suelo, una masa de raíces que se extendía a lo largo de leguas enteras y con ella se había tallado el árbol de hierro de la nueva espada de Karsa (su espada de palosangre se había agrietado hacía mucho).

Raraku había conocido el Apocalipsis de primera mano, milenios atrás, y el toblakai se preguntaba si de veras agradecía su regreso. La diosa de Sha'ik se paseaba con paso airado por el desierto, su cólera absurda era el chillido del viento incesante que invadía sus fronteras, pero a Karsa le extrañaba esa manifestación del torbellino, ¿de quién era en realidad? ¿Una rabia fría, desconectada o una discusión salvaje y desenfrenada?

¿Luchaba la diosa con el desierto?

Entretanto, muy lejos, al sur de esa tierra traicionera, el ejército malazano se preparaba para emprender la marcha.

Al acercarse al corazón del bosquecillo, donde un altar bajo de losas ocupaba un pequeño claro, vio a una figura menuda y de cabello largo sentada en el altar como si no fuera más que un banco en un jardín abandonado. Tenía un libro en el regazo, el lomo de piel agrietado le resultaba muy familiar al toblakai.

La figura habló sin volverse.

—He visto tus huellas en este sitio, toblakai.

—Y yo las tuyas, elegida.

—Vengo aquí para reflexionar —dijo ella cuando él apareció y rodeó el altar para ponerse delante de ella.

Como yo.

—¿Adivinas sobre qué reflexiono? —le preguntó ella.

—No.

Los hoyuelos casi desvanecidos de las cicatrices dejadas por las moscas de sangre solo se notaban cuando sonreía.

—El regalo de la diosa… —la sonrisa se hizo forzada— solo ofrece destrucción.

El toblakai apartó la vista y estudió los árboles cercanos.

—Este bosquecillo resistirá como lo hace Raraku —dijo con voz profunda—. Es piedra y la piedra aguanta bien.

—Durante un tiempo —murmuró ella y su sonrisa se desvaneció—. Pero permanece en mi interior algo que exige… creación.

—Ten un bebé.

La carcajada femenina fue casi un gañido.

—Oh, qué bruto, toblakai. Me gustaría contar con tu compañía más a menudo.

¿Entonces por qué optas por no tenerla?

La mujer señaló con un gesto de su pequeña mano el libro que tenía en el regazo.

—Dryjhna era una autora que, por decirlo llanamente, vivía con un talento desnutrido. No hay más que huesos en este tomo, me temo. Obsesionada con quitar la vida, con aniquilar el orden. Pero ni una sola vez ofrece algo en su lugar. No hay renacimiento entre las cenizas de su visión y eso me entristece. ¿A ti te entristece, toblakai?

El hombretón se la quedó mirando durante un momento.

—Ven —dijo después.

La elegida se encogió de hombros, dejó el libro en el altar, se levantó y estiró la sencilla y gastada telaba incolora que le colgaba suelta sobre las curvas de su cuerpo.

El toblakai la llevó hacia la fila de árboles blancos como huesos. Ella lo siguió en silencio.

Treinta pasos y después otro pequeño claro, este rodeado por completo de troncos gruesos y petrificados. Un cofre de marmolista achaparrado y rectangular esperaba bajo la sombra esquelética arrojada por las ramas, que habían permanecido intactas hasta las mismísimas ramitas. El toblakai se hizo a un lado y estudió el rostro de la mujer mientras ella miraba en silencio su trabajo en curso.

Ante ellos, los troncos de dos de los árboles que rodeaban el claro habían sido moldeados con el cincel y el pico. Dos guerreros miraban el vacío con ojos que no veían, uno un poco más bajo que el toblakai, pero mucho más robusto, el otro más alto y más delgado.

Él vio que el aliento de la mujer se había acelerado y se le habían arrebolado las mejillas.

—Tienes talento… tosco pero dinámico —murmuró ella sin apartar los ojos del objeto de su estudio—. ¿Tienes intención de rodear todo el claro de guerreros tan formidables?

—No. Los otros serán… diferentes.

La mujer volvió la cabeza al oír el sonido y se acercó con rapidez a Karsa.

—Una serpiente.

El hombre asintió.

—Habrá más, aparecerán por todas partes. El claro se llenará de serpientes si optamos por quedarnos aquí.

—Cuellos-disparados.

—Y otras. Pero no escupen ni muerden. Nunca lo hacen. Vienen… a mirar.

La elegida le lanzó una mirada inquisitiva y después se estremeció un poco.

—¿Qué poder se manifiesta aquí? No es el del torbellino…

—No. Y tampoco tengo un nombre para él. Quizás el propio sagrado desierto.

La mujer negó con la cabeza lentamente.

—Me parece que te equivocas. El poder, creo, es tuyo.

Karsa se encogió de hombros.

—Ya veremos, cuando los haya hecho todos.

—¿Cuántos?

—¿Además de Bairoth y Delum Thord? Siete.

Ella frunció el ceño.

—¿Uno para cada uno de los protectores sagrados?

No.

—Quizá. No lo he decidido. Estos dos que ves eran mis amigos. Ahora están muertos. —Hizo una pausa y después añadió—. No tenía más que dos amigos.

La mujer pareció encogerse un poco al oír eso.

—¿Qué hay de Leoman? ¿Qué hay de Mathok? ¿Qué hay de… mí?

—No tengo planes para tallar aquí vuestros retratos.

—No me refería a eso.

Lo sé.

Karsa señaló con un gesto a los dos guerreros teblor.

—Creación, elegida.

—Cuando era joven escribía poesía, por el camino que mi madre ya seguía. ¿Lo sabías?

Él sonrió al oír la palabra «joven», pero respondió con toda seriedad.

—No, no lo sabía.

—He… he recuperado la costumbre.

—Que te sirva bien.

La mujer debió de percibir algo en el matiz ensangrentado que subrayó la afirmación del hombretón, porque tensó la expresión.

—Pero ese nunca es su propósito, ¿verdad? Servir. Ni proporcionar satisfacción; me refiero a satisfacción con uno

mismo, dado que el otro tipo no es más que algo que lo acompaña como la onda que regresa en un pozo…

—Y confunde el dibujo.

—Exacto. Es demasiado fácil verte como un bárbaro ceñudo, toblakai. No, el impulso de crear es otra cosa, ¿verdad? ¿Tienes tú la respuesta?

Él se encogió de hombros.

—Si la hay, solo se encontrará en la búsqueda y la búsqueda está en el corazón de la creación, elegida.

La elegida se quedó mirando las estatuas una vez más.

—¿Y tú qué estás buscando? ¿Con estos… viejos amigos?

—No lo sé. Todavía.

—Quizá te lo digan ellos, algún día.

Las serpientes los rodeaban a centenares, se deslizaban sin que advirtieran su presencia sobre sus pies o alrededor de sus tobillos, levantaban la cabeza una y otra vez para sacar la lengua hacia los troncos tallados.

—Gracias, toblakai —murmuró Sha'ik—. Me has dado una lección de humildad… y me siento revivida.

—Hay problemas en tu ciudad, elegida.

La mujer asintió.

—Lo sé.

—¿Eres tú la calma en su corazón?

Una sonrisa amarga crispó los labios de la mujer cuando se dio la vuelta.

—¿Nos permitirán irnos estas serpientes?

—Por supuesto. Pero no andes, arrastra los pies. Poco a poco. Te abrirán un camino.

—Debería alarmarme todo esto —dijo ella mientras comenzaba a regresar con lentitud a su camino.

Pero es la menor de tus preocupaciones, elegida.

—Te mantendré informada de las novedades, si así lo deseas.

—Gracias, sí.

Karsa la observó salir del claro. Había promesas que ceñían con fuerza el alma del toblakai y la iban constriñendo poco a poco. Muy pronto se rompería algo. No sabía qué, pero si Leoman le había enseñado algo, era a tener paciencia.

Cuando la mujer se fue, el guerrero se dio la vuelta y se acercó al cofre de marmolista.

Polvo en las manos, una pátina fantasmal teñida de un suave rosa por la furiosa tormenta roja que rodeaba el mundo.

El calor del día no era más que una ilusión en Raraku. Con el descenso de la oscuridad, los huesos muertos del desierto se desprendían a toda prisa del aliento reluciente y enfebrecido del sol. El viento se enfriaba y las arenas estallaban con una vida que se arrastraba y zumbaba, como sabandijas que surgieran de un cadáver. Los rhizanos mariposeaban en una salvaje caza frenética entre las nubes de poliñeras y garrapatas sobre la ciudad de tiendas de campaña que se extendía por encima de las ruinas. A lo lejos, los lobos del desierto aullaban como si los persiguieran fantasmas.

Heboric vivía en una modesta tienda levantada alrededor de un círculo de piedras que en otro tiempo sirvieron de cimientos para un granero. Su vivienda estaba situada muy lejos del centro del asentamiento y rodeada por las yurtas de una de las tribus del desierto de Mathok. Alfombras viejas cubrían el suelo. A un lado, una mesa pequeña de ladrillos apilados sostenía un brasero, suficiente para cocinar aunque no diera calor. Un barril de agua del pozo permanecía cerca,

sazonada con vino ambarino. Media docena de lámparas de aceite parpadeaban y teñían el interior de luz amarilla.

Estaba sentado solo, el aroma acre del té de hen'bara era dulce en el aire fresco. Fuera, los sonidos de la tribu que se iba acomodando para la noche ofrecían un ruido de fondo reconfortante, lo bastante cercano y caótico para mantener sus pensamientos dispersos y aleatorios. Solo después, cuando el sueño reclamaba a todos los que lo rodeaban, comenzaba el asalto incesante, las visiones vertiginosas de una cara de jade, tan inmensa que desafiaba toda comprensión. Un poder alienígena y terrenal a la vez, como si hubiera nacido de una fuerza natural que nunca debía alterarse. Y sin embargo la habían alterado, le habían dado forma, la habían maldecido con inteligencia. Un gigante enterrado en otataralita, inmovilizado en una prisión eterna.

Un gigante que ya podía tocar el mundo que quedaba fuera, con los fantasmas de dos manos humanas, manos que habían sido reclamadas y luego abandonadas por un dios.

¿Pero fue Fener el que me abandonó a mí, o fui yo el que abandonó a Fener? ¿Cuál de los dos, me pregunto, está más… expuesto?

Ese campamento, esa guerra (ese desierto), todo había conspirado para aliviar la vergüenza de haberse escondido. Pero Heboric sabía que un día tendría que regresar a ese temido yermo de su pasado, a la isla donde esperaba el gigante de piedra. Regresar. *Pero ¿con qué fin?*

Siempre había creído que Fener se había llevado sus manos amputadas para conservarlas, para aguardar a la severa justicia que era el derecho del de los Colmillos. Un destino que Heboric había aceptado lo mejor que había podido. Pero parecía que no tenían fin las traiciones que un único exsacerdote podía cometer contra su dios. A Fener lo habían sacado a rastras de su reino, lo habían dejado

abandonado y atrapado en este mundo. Las manos amputadas de Heboric habían encontrado un nuevo amo, un amo que poseía un poder tan inmenso que podía enfrentarse al propio otataral. Pero aquel no era su sitio. El gigante de jade, creía Heboric, era un intruso enviado allí desde otro reino con algún propósito oculto.

Y, en lugar de llevar a cabo ese propósito, alguien lo había encarcelado.

Tomó un sorbo de té y rezó para que el efecto narcótico fuese suficiente para insensibilizar el sueño que llegaba. Estaba perdiendo su potencia o, más bien, él se estaba haciendo inmune a sus efectos.

La cara de piedra lo llamaba.

La cara que estaba intentando hablar.

Se oyó un arañazo en la solapa de la tienda y después alguien la apartó.

Entró Felisin.

—Ah, todavía despierto. Bien, eso hará las cosas más fáciles. Te busca mi madre.

—¿Ahora?

—Sí. Han ocurrido cosas en el mundo exterior. Consecuencias que hay que discutir. Mi madre quiere contar con tu sabiduría.

Heboric le lanzó una mirada lastimera a la taza de arcilla de humeante té que sostenía en las manos invisibles. Era poco más que agua teñida cuando se quedaba frío.

—No me interesan los acontecimientos del mundo exterior. Si busca sabias palabras en mí, se llevará una decepción.

—Eso argumenté yo —dijo Felisin la Menor con un brillo divertido en los ojos—. Sha’ik insiste.

Lo ayudó a ponerse una capa y lo llevó fuera, una de sus manos ligera como una poliñera en su espalda.

La noche era gélida y sabía a polvo recién posado. Emprendieron la marcha en silencio por los callejones que serpenteaban entre las yurtas.

Pasaron por el estrado alzado desde el que Sha'ik renacida se había dirigido por primera vez a la multitud y luego atravesaron los postes derruidos que llevaban a la enorme tienda de varios aposentos que era el palacio de la elegida. No había guardias que fueran tales, ya que la presencia de la diosa era palpable, una presión en el aire frío.

No hacía mucho calor en la primera sala que había tras la solapa de la tienda, pero con cada cortina sucesiva que apartaban y atravesaban, la temperatura iba subiendo. El palacio era un laberinto de cámaras aislantes como esa, la mayor parte vacías de muebles, casi indistinguibles unas de otras. Un asesino que consiguiera llegar hasta allí, tras haber evitado de algún modo la atención de la diosa, no tardaría en perderse. El acceso a la morada de Sha'ik seguía su propia y serpenteante ruta. Sus aposentos no eran centrales, no estaban en el corazón del palacio, como cabría esperar.

Con su pobre visión y los infinitos giros y recovecos, Heboric se desorientó enseguida; jamás había determinado la ubicación precisa de su destino. Aquello le recordó a la huida de las minas, el arduo viaje a la costa oeste de la isla; Baudin había ido en cabeza, Baudin, cuyo sentido de la orientación había resultado ser infalible, casi asombroso. Sin él, Heboric y Felisin habrían muerto.

Un espolón, nada menos. Ah, Tavore, no te equivocaste al depositar tu fe en él. Fue Felisin la que no quiso cooperar. Y deberías haberlo anticipado. Bueno, hermana, deberías haber anticipado muchas cosas…

Pero no esto.

Entraron en la extensión cuadrada de techos bajos que la elegida (Felisin la Mayor, hija de la Casa Paran) había llamado su salón del trono. Y sí, allí instalaron un estrado, lo que había sido el pedestal de una chimenea, sobre el que había un sillón tapizado de respaldo alto de madera desvaída por el sol. En consejos como ese, Sha'ik se sentaba de forma invariable en ese trono improvisado; no lo dejaba mientras sus asesores estuvieran presentes, ni siquiera para examinar los mapas amarillentos que los comandantes acostumbraban a extender en el suelo cubierto de pieles. Aparte de Felisin la Menor, la elegida era la persona más menuda presente.

Heboric se preguntaba si Sha'ik la Mayor había sufrido inseguridades parecidas. Lo dudaba.

La sala estaba atestada; entre los líderes del ejército y los elegidos de Sha'ik, solo faltaban Leoman y el toblakai. No había más sillas, aunque sí cojines y almohadones apoyados contra la base de tres de las cuatro paredes de la tienda, y era allí donde se sentaban los comandantes. Con Felisin a su lado, Heboric se dirigió al otro extremo, a la izquierda de Sha'ik, y ocupó su lugar a corta distancia del estrado; la jovencita se acomodó junto a él.

Una hechicería permanente iluminaba la cámara, la luz calentaba de algún modo también el aire. Todos los demás estaban en sus lugares asignados, observó Heboric.

Aunque eran poco más que contornos borrosos en sus ojos, los conocía bien a todos. Enfrente del trono, apoyado en la pared, se sentaba el mestizo napaniano, Korbolo Dom, cabeza afeitada y la polvorienta piel azul veteada de cicatrices. A la derecha, el mago supremo Kamist Reloe, demacrado y esquelético, el cabello gris muy corto, apenas un rastrojo, una barba muy rizada que le llegaba a los pómulos prominentes sobre los que brillaban unos ojos

hundidos. A la izquierda de Korbolo se sentaba Henaras, una bruja de una tribu del desierto que, por razones desconocidas, la había desterrado. La hechicería la mantenía joven en apariencia, la languidez pesada de sus ojos oscuros era producto de tralb diluido, un veneno que se sacaba de una serpiente de la zona y que ella consumía para inmunizarse contra los asesinatos. Junto a ella estaba Fayelle, una mujer obesa y siempre nerviosa sobre la que Heboric no sabía mucho.

En la pared que tenía el exsacerdote enfrente estaban L'oric, Bidithal y Febril, este último informe bajo una telaba de seda demasiado grande con la capucha abierta como el cuello de una serpiente del desierto, unos ojitos diminutos brillaban bajo su sombra. Bajo esos ojos relucían dos colmillos de oro que cubrían los caninos superiores. Se decía que contenían emulor, un veneno que se extraía de cierto cactus y que no producía la muerte, sino una demencia permanente.

El último comandante presente estaba a la izquierda de Felisin. Mathok. Adorado por las tribus del desierto, aquel guerrero alto de piel negra poseía una nobleza inherente, pero era de ese tipo que parecía irritar a todos los que lo rodeaban, salvo quizás a Leoman, que al parecer era indiferente a la personalidad áspera del caudillo. No había, de hecho, mucho que diera motivos para provocar el desagrado, pues Mathok era siempre cortés, incluso simpático, de sonrisa rápida, *quizá demasiado rápida, como si el hombre no considerara a nadie digno de ser tomado en serio*. Con la excepción de la elegida, por supuesto.

—¿Estás con nosotros esta noche, Manos Fantasmales? —murmuró Sha'ik cuando Heboric se acomodó.

—En buena medida —respondió él.

Una corriente de tensa emoción atravesaba su voz.

—Más vale que lo estés, anciano. Hemos recibido nuevas… sorprendentes. Catástrofes lejanas han sacudido el Imperio de Malaz…

—¿Cuánto hace? —preguntó Heboric.

Sha'ik frunció el ceño al oír la extraña pregunta, pero Heboric no explicó más.

—Menos de una semana. Las sendas han sufrido una sacudida, todas y cada una, como si hubiera habido un terremoto. En el ejército de Dujek Unbrazo permanecen simpatizantes de la rebelión, nos van dando los detalles. —Señaló con un gesto a L'oric—. No tengo deseo alguno de hablar toda la noche. Explica los acontecimientos, L'oric, para que los oiga Korbolo, Heboric y cualquier otro que no sepa nada de todo lo que ha ocurrido.

El hombre ladeó la cabeza.

—Será un placer, elegida. Aquellos de vosotros que empleéis sendas habréis sentido, sin duda, las repercusiones, la reestructuración brutal del panteón. Pero ¿qué ocurrió en concreto? La primera respuesta, así de sencillo, es una usurpación. Fener, Jabalí del Verano, ha sido expulsado, a todos los efectos, como dios preeminente de la guerra. —Tuvo el buen gusto de no mirar a Heboric—. En su lugar está el que había sido el héroe primero, Treach. El Tigre del Verano…

Expulsado. La culpa es mía y solo mía.

Los ojos de Sha'ik brillaban, clavados en Heboric. Los secretos que compartían se tensaban entre ellos, crujían aunque nadie más los viera.

L'oric habría continuado, pero Korbolo Dom interrumpió al mago supremo.

—¿Y qué significa eso para nosotros? La guerra no necesita dioses, solo combatientes mortales, dos enemigos y las razones que se inventen para justificar el asesinato de

los contrarios. —Hizo una pausa, le sonrió a L'oric y después se encogió de hombros—. Todo lo cual a mí me basta.

Sus palabras habían arrancado la mirada de Sha'ik de Heboric. La mujer alzó una ceja y se dirigió al napaniano.

—¿Y cuáles son tus motivos concretos, Korbolo Dom?

—Me gusta matar a la gente. Es lo único que se me da muy bien.

—¿Y eso sería a la gente en general? —le preguntó Heboric—. O quizá te referías a los enemigos del Apocalipsis.

—Como tú digas, Manos Fantasmales.

Hubo un momento de inquietud general y después L'oric carraspeó antes de hablar.

—La usurpación, Korbolo Dom, es el único detalle que ciertos magos presentes quizá conozcan ya. Me gustaría mostraros a todos, con suavidad, los acontecimientos menos conocidos acaecidos en la lejana Genabackis. Continuemos. El panteón sufrió de nuevo una sacudida, la repentina e inesperada toma del trono de la Bestia por parte de Togg y Fanderay, la pareja de lobos ancestrales que parecían estar condenados por toda la eternidad a no encontrarse jamás, separados a la fuerza por la caída del dios Tullido. Los efectos de este nuevo despertar de la antigua fortaleza de la Bestia todavía se desconocen. Lo único que yo sugeriría, personalmente, a los soletaken y d'ivers que hay entre nosotros es que tengan cuidado con los nuevos ocupantes del trono de la Bestia. Es muy posible que acudan a vosotros, con el tiempo, para exigir que os arrodilléis ante ellos. —Sonrió—. Cielos, todos esos pobres necios que siguieron la senda de Manos. La partida la ganaron muy, muy lejos…

—Nosotros fuimos víctimas —murmuró Fayelle— de un engaño. Por parte de esbirros de Tronosombrío, nada menos, para lo que algún día habrá castigo.

Bidithal sonrió al oír sus palabras, pero no dijo nada.

El encogimiento de hombros de L’oric fingió indiferencia.

—En cuanto a eso, Fayelle, mi relato está lejos de haber acabado. Si tienes la bondad, permíteme cambiar de tema y pasar a acontecimientos más mundanos, aunque acaso más importantes todavía. Se forjó una alianza muy inquietante en Genabackis para lidiar con una amenaza misteriosa llamada el Dominio Painita. La hueste de Unbrazo llegó a un acuerdo con Caladan Brood y Anomander Rake. Abastecidos por la muy acaudalada ciudad de Darujhistan, los ejércitos conjuntos partieron para librar una guerra contra el Dominio. A decir verdad, a corto plazo tal nueva nos alivió, aunque admitimos que, a largo plazo, tal alianza era una catástrofe en potencia para la causa de la rebelión aquí, en Siete Ciudades. La paz en Genabackis liberaría, después de todo, a Dujek y su ejército y nos dejaría con la posible pesadilla de un acercamiento de Tavore por el sur y el desembarco de Dujek y sus diez mil en Ehrlitan, para bajar después desde el norte.

—Un pensamiento desagradable —gruñó Korbolo Dom—. Tavore sola no nos causará muchas dificultades. Pero el puño supremo y sus diez mil… eso es otro asunto. Cierto, la mayor parte de los soldados son de Siete Ciudades, pero yo no apostaría en una partida de tabas por la posibilidad de que cambien de bando. Dujek es su dueño, en cuerpo y alma…

—Aparte de unos cuantos espías —dijo Sha’ik, su voz era extrañamente serena.

—Ninguno de los cuales se habría puesto en contacto con nosotros —dijo L’oric— si las cosas hubieran salido de forma… diferente.

—Un momento, por favor —interpuso la joven Felisin—. Yo creía que Unbrazo y su hueste habían sido declarados en rebeldía por la emperatriz.

—Lo que le permitió forjar la alianza con Brood y Rake —explicó L'oric—, una treta temporal y muy conveniente, muchacha.

—No queremos a Dujek en nuestras costas —dijo Korbolo Dom—. Abrasapuentes. Whiskeyjack, Ben el Rápido, Kalam, moranthianos negros y sus malditas municiones…

—Permíteme calmar tu agitado corazoncito, comandante —murmuró L'oric—. No veremos a Dujek. No a corto plazo, en cualquier caso. La Guerra Painita ha resultado ser… devastadora. Los diez mil perdieron a casi siete mil. Los moranthianos negros sufrieron una mutilación parecida. Oh, ganaron, al final, pero a un coste tremendo. Los Abrasapuentes… han desaparecido. Whiskeyjack… está muerto.

Heboric se irguió poco a poco. La sala se había quedado fría de repente.

—Y el propio Dujek —continuó L'oric— es un hombre destrozado. ¿Son nuevas lo bastante satisfactorias? Y también está lo siguiente: el azote que eran los t'lan imass ya no existe. Han partido, todos y cada uno. Nunca más caerán sus terrores sobre los ciudadanos inocentes de Siete Ciudades. Así pues —concluyó—, ¿qué le queda a la emperatriz? La consejera Tavore. Un año extraordinario para el Imperio: Coltaine y el Séptimo, la legión de Aren, Whiskeyjack, los Abrasapuentes, la hueste de Unbrazo. Nos costará mucho hacerlo mejor.

—¡Pero lo haremos! —rio Korbolo Dom con los dos puños cerrados y los nudillos blancos—. ¡Whiskeyjack! ¡Muerto! ¡Ah, bendito sea el Embozado esta noche! ¡Haré un sacrificio ante su altar! Y Dujek, oh, su espíritu estará destrozado, desde luego. ¡Aplastado!

—Ya está bien de regodearse —gruñó Heboric, que se estaba poniendo enfermo.

Kamist Reloe se inclinó hacia delante.

—L’oric —siseó—. ¿Qué hay de Ben el Rápido?

—Vive, cielos. Kalam no acompañó al ejército, nadie sabe adónde ha ido. No sobrevivió más que un puñado de Abrasapuentes y Dujek los licenció e hizo que los apuntaran como bajas…

—¿Quién sobrevivió? —preguntó Kamist.

L’oric frunció el ceño.

—Un puñado, ya lo he dicho. ¿Tanta importancia tiene?

—¡Sí!

—Muy bien. —L’oric le echó un vistazo a Sha’ik—. Elegida, ¿me permitís entablar contacto una vez más con mi sirviente en el lejano ejército? No tardaré más que unos momentos.

La mujer se encogió de hombros.

—Procede. —Luego, cuando L’oric bajó la cabeza, ella se recostó poco a poco en su sillón—. Bien. Nuestro enemigo se enfrenta a una derrota irreparable. La emperatriz y su querido Imperio se tambalean con una hemorragia definitiva. Recae sobre nosotros, por tanto, la tarea de dar el golpe de gracia.

Heboric sospechaba que era el único presente que había oído lo huecas que eran sus palabras.

La hermana Tavore se alza sola ahora.

Y en soledad es como lo prefiere. En soledad es como más prospera y florece. Ah, muchacha, te gustaría fingir emoción ante estas nuevas, pero solo han logrado lo contrario, ¿no es cierto? Tu miedo a tu hermana Tavore solo se ha profundizado.

Y te ha dejado paralizada.

L’oric empezó a hablar sin levantar la cabeza.

—Mezcla. Deditos. Mazo. Eje. El sargento Azogue. La teniente Rapiña… El capitán Paran.

Se oyó un golpe seco en el sillón de respaldo alto cuando Sha'ik echó de repente la cabeza hacia atrás. Se había quedado muy pálida, el único detalle que Heboric podía detectar con su mala vista, pero sabía la conmoción que estaría escrita en aquellos rasgos. Una conmoción que también lo atravesó a él, aunque no era más que el sobresalto del reconocimiento, no de lo que auguraba para aquella joven sentada en el trono.

Sin ser consciente de ello, L'oric continuó.

—Ben el Rápido ha sido nombrado mago supremo. Se cree que los Abrasapuentes que sobrevivieron se fueron por una senda a Darujhistan, aunque mi espía no tiene certeza de ello. Whiskeyjack y los Abrasapuentes caídos… fueron enterrados… en Engendro de Luna, que ha… ¡por todos los dioses del inframundo! ¡Ha partido! ¡El hijo de Oscuridad ha abandonado Engendro de Luna! —Pareció estremecerse entonces y después levantó la cabeza poco a poco y parpadeó a toda prisa. Una inspiración profunda, soltó después el aire de forma entrecortada—. A Whiskeyjack lo mató uno de los comandantes de Brood. Al parecer, la traición plagaba la alianza.

—Por supuesto que la plagaba —se burló Korbolo Dom.

—Debemos tener en cuenta a Ben el Rápido —dijo Kamist Reloe, que retorcía las manos de forma incesante en el regazo—. ¿Lo enviará Tayschrenn con Tavore? ¿Qué hay de los tres mil restantes de la hueste de Unbrazo? Incluso si Dujek no los encabeza…

—Su espíritu está destrozado —dijo L'oric—. De ahí las almas vacilantes entre ellos que me buscaron.

—¿Y dónde está Kalam Mekhar? —siseó Kamist, que miró sin querer por encima del hombro y después se sobresaltó al ver su propia sombra en la pared.

—Kalam Mekhar no es nada sin Ben el Rápido —dijo con desdén Korbolo Dom—. Y mucho menos ahora que su amado Whiskeyjack está muerto.

Kamist miró de repente a su compañero.

—¿Y si Ben el Rápido se reúne con ese maldito asesino? ¿Entonces qué?

El napaniano se encogió de hombros.

—Nosotros no matamos a Whiskeyjack. En sus mentes solo reinará el ansia de venganza contra el asesino que salió del séquito de Brood. No temas lo que nunca llegará a pasar, viejo amigo.

La voz de Sha'ik resonó espantada por toda la sala.

—¡Todo el mundo fuera salvo Heboric! ¡Ahora mismo!

Miradas perplejas; después, todos se levantaron.

Felisin la Menor dudó.

—¿Madre?

—Tú también, niña. Fuera.

—Está el asunto de la nueva Casa y todo lo que significa, elegida… —dijo L'oric.

—Mañana por la noche. Reanudaremos la conversación entonces. Fuera.

Muy poco después Heboric estaba sentado a solas con Sha'ik. Esta se lo quedó mirando en silencio durante unos minutos, luego se levantó de repente y bajó del estrado. Cayó de rodillas delante de Heboric, lo bastante cerca como para que él pudiera centrarse en su cara. La tenía mojada de lágrimas.

—¡Mi hermano vive! —sollozó.

Y de repente estaba en los brazos del hombre, con la cara apretada contra su hombro mientras los estremecimientos atravesaban su cuerpo pequeño y frágil.

Aturdido, Heboric no dijo nada.

Sha'ik lloró durante mucho, mucho tiempo, y él la abrazó con fuerza, sin moverse, tan sólidamente como pudo. Y cada vez que la visión de su dios caído se alzaba en su imaginación, él la derribaba sin compasión. La niña que tenía en sus brazos (pues era una niña, una vez más) lloraba sumida nada menos que en la emoción de la salvación. Ya no estaba sola, no estaba sola con solo su odiada hermana para empañar la sangre de la familia.

Y por eso, por la necesidad a la que su presencia respondía, la pena de Heboric tendría que esperar.

Capítulo 8



Entre los bisoños reclutas del Decimocuarto Ejército, más de la mitad procedía del continente de Quon Tali, el mismísimo centro del Imperio. Jóvenes e idealistas, pisaron un terreno empapado de sangre, tras la estela de los sacrificios hechos por sus padres y madres, sus abuelos y abuelas. Es el horror de la guerra que, con cada generación recién llegada, la pesadilla se vuelva a repetir con nuevos inocentes.

La rebelión de Sha'ik, ilusiones de victoria
Imrygyn Tallobant

La consejera Tavore se encontraba sola delante de cuatro mil soldados que se empujaban y arremolinaban mientras los oficiales bramaban y chillaban entre la multitud, las voces roncas de desesperación. Las picas vacilaban y lanzaban fulgores cegadores al aire polvoriento de la plaza de armas, como sorprendidos pájaros de acero. El sol era un fuego violento en el cielo.

El puño Gamet se encontraba a veinte pasos de la consejera, detrás de ella, mirándola con lágrimas en los ojos. Un viento pernicioso llevaba la nube de polvo directamente hacia la consejera. En unos momentos quedó envuelta. Y sin embargo, Tavore no se movió, la espalda recta, las manos enguantadas a los lados.

Ningún comandante podría estar más solo de lo que lo estaba ella en ese momento. Sola e impotente. *Y lo que es*

peor. Esta es mi legión. La octava. La primera en reunirse. Que Beru nos proteja a todos.

Pero Tavore le había ordenado que siguiera donde estaba, aunque solo fuera para ahorrarle la humillación de intentar imponer algún tipo de orden en sus tropas. En lugar de esto, había asumido la humillación personalmente. Y Gamet lloraba por ella, incapaz de ocultar su vergüenza y su dolor.

La plaza de armas de Aren era una extensión enorme de tierra prensada, casi blanca. Allí podían formar seis mil soldados con armadura completa, con avenidas suficientes entre las compañías como para que los oficiales pasaran revista. El Decimocuarto Ejército debía reunirse bajo el escrutinio de la consejera Tavore en tres fases, de legión en legión. La octava de Gamet había llegado como una muchedumbre andrajosa y disuelta durante las dos últimas campanadas, olvidada cada lección de cada sargento de instrucción; los pocos oficiales y suboficiales veteranos se enzarzaban en una lucha titánica con una bestia de cuatro mil cabezas que había olvidado lo que era.

Gamet vio al capitán Keneb. Blistig había tenido la gentileza de cedérselo para que comandara la compañía novena; estaba aporreando a los soldados con la parte plana de la espada para obligarlos a formar una línea que se rompía tras él cuando otros soldados los empujaban por detrás. Había algunos viejos soldados en esa primera fila que intentaban clavar los talones, sargentos y cabos, con la cara roja y el sudor chorreándoles bajo los cascos.

Quince pasos por detrás de Gamet esperaban los otros dos puños, así como los exploradores wickanos bajo el mando de Temul. Nada y Menos también estaban allí aunque, por suerte, el almirante Nok no, la flota ya había partido.

Gamet temblaba por los impulsos que batallaban en su interior, quería estar en otra parte, donde fuera, y quería arrastrar a la consejera con él. Y si eso no era posible, quería dar un paso adelante, desafiar su orden directa y ponerse a su lado.

Alguien se acercó a él. Un pesado saco de cuero golpeó el polvo con un ruido seco; Gamet se dio la vuelta y vio a un soldado achaparrado de rasgos francos bajo una gorra de cuero, vestía apenas la mitad de la armadura de reglamento de un infante de marina, una colección azarosa de accesorios de cuero hervido encima de un uniforme raído y manchado, el tinte magenta tan desvaído que era malva. No había ninguna insignia presente. La cara llena de hoyos y cicatrices del hombre se quedó mirando, impasible, la revuelta multitud.

Gamet se giró en redondo y descubrió otra docena más de curtidos hombres y mujeres, cada uno colocado a un brazo de distancia del de delante, con partes de armaduras destrozadas y en las manos una serie de armas, pocas de las cuales eran malazanas.

El puño se dirigió al hombre que iba delante.

—En el nombre del Embozado, ¿se puede saber quiénes son ustedes?

—Siento que llegáramos tarde —gruñó el soldado—. Claro que —añadió— podría estar mintiendo.

—¿Tarde? ¿Qué pelotones? ¿Qué compañías?

El hombre se encogió de hombros.

—Una, otra. Tábamos en la prisión d'Aren. ¿Por qué tábamos allí? Por eto y aquello. Pero ahora tamos aquí, señor. ¿Quiere que esos críos se espabilen?

—Si lo consigue, soldado, le daré mando propio.

—No, de eso na. Maté a un noble untan aquí, en Aren. Se llamaba Lenestro. Le partí el cuello con estas dos manos.

Entre las nubes de polvo que tenían delante, un sargento se había librado como había podido de la multitud y se estaba acercando a la consejera Tavore. Por un momento a Gamet le aterró la posibilidad, por insensata que fuera, de que el hombre la matara allí mismo, pero el militar envainó la espada corta cuando se detuvo frente a ella. Se intercambiaron unas palabras.

El puño tomó una decisión.

—Ven conmigo, soldado.

—Sí, señor. —El hombre estiró el brazo y recogió la bolsa de su equipo.

Gamet lo llevó al punto donde se encontraban Tavore y el sargento. Y entonces pasó algo extraño. Se oyó un gruñido del veterano que iba al lado del puño y al mismo tiempo los ojos del sargento fibroso y de barba roja y gris pasaron como un rayo junto a la consejera y se clavaron en el soldado. Una gran sonrisa repentina y después una rápida sucesión de gestos, una mano levantada como si sujetara una roca o un balón invisible, después la mano daba un papirotazo, el índice describía un círculo, seguido por una sacudida del pulgar hacia el este y concluido todo con un encogimiento de hombros. Como respuesta a todo eso, el soldado de la cárcel le dio una sacudida a su bolsa.

Los ojos azules del sargento se abrieron mucho.

Llegaron junto a la consejera, que le lanzó una mirada de incomprensión a Gamet.

—Disculpe, consejera —dijo el puño y habría añadido más, pero Tavore levantó una mano y fue a decir algo. Solo que no tuvo la oportunidad.

El soldado que estaba junto a Gamet se dirigió al sargento.

—Dibújanos una raya, ¿quies?

—Voy.

El sargento se dio la vuelta y regresó a las filas palpitantes.

Los ojos de Tavore se habían clavado en el soldado, pero no dijo nada porque el hombre había puesto la bolsa en el suelo, había abierto la solapa y estaba revolviendo en el interior.

Cinco pasos por delante de las filas desiguales de la legión, el sargento sacó una vez más la espada y después clavó la punta desafilada en el polvo y se puso a inscribir un profundo surco en el suelo.

Dibújanos una raya, ¿quies?

El soldado agachado sobre la bolsa de equipo levantó la cabeza de repente.

—¿Ustedes dos todavía aquí? Vayan con esos wickanos, y después retrocedan todos otros treinta o cuarenta pasos. Ah, y que los wickanos se bajen de los caballos y cojan bien las riendas, y todos, que todos claven bien los pies en el suelo. Luego, cuando yo dé la señal, tápense los oídos.

Gamet se estremeció cuando el hombre empezó a sacar una sucesión de bolas de arcilla de la bolsa. *La bolsa… que golpeó el suelo a mi lado no hace ni cincuenta latidos. ¡Por el aliento del Embozado!*

—¿Cómo te llamas, soldado? —dijo con voz ronca la consejera Tavore.

—Sepia. Y ahora, más vale que se mueva, muchacha.

Gamet estiró el brazo y la tocó en el hombro.

—Consejera, esos son…

—Sé lo que son —le soltó ella de repente—. Y este hombre puede con toda facilidad matar a cincuenta de mis soldados…

—Pos ahora mismo, señora —rezongó Sepia mientras sacaba una pala plegable—, usté no tie ninguno. Y acepte mi palabra, esa hoja de otataralita que lleva en tan bonita

cadera no le va a ayudar ni una pizca si decide quedarse ahí. Llévelos atrás y déjenos el resto a mí y al sargento.

—Consejera —dijo Gamet, incapaz de evitar el ruego que se le colaba en la voz.

La mujer le lanzó una mirada furiosa, después se dio la vuelta.

—Pues empecemos de una vez, puño.

Él la dejó ponerse delante y se detuvo después de unos pasos para mirar atrás. El sargento había vuelto a reunirse con Sepia, que se las había arreglado para cavar un pequeño hoyo en lo que parecía un periodo de tiempo absurdamente corto.

—¡Ahí abajo hay adoquines! —El sargento asintió—. ¡Perfecto!

—Má o menos lo que me imaginaba —respondió Sepia—. Ladeo estos buscapiés, con el maldito a un palmo d'anchura más hondo…

—Perfecto. Yo habría hecho lo mismo si se me hubiera ocurrido traerme algunos…

—¿Estás aprovisionao?

—No voy mal.

—Lo que tengo aquí en la bolsa es ya lo último.

—Yo puedo arreglar eso, Sepia.

—Pos por eso, Vio…

—Cuerdas.

—Pos por eso, Cuerdas, tas ganao un beso.

—Lo estoy deseando.

Gamet se apartó sacudiendo la cabeza. *Zapadores*.

La explosión fue un golpe seco doble que agitó la tierra, los adoquines se liberaron de la sobrecarga de polvo (que había saltado hacia el cielo) para estrellarse y chocar en

medio de un caos de astillas y lascas. Un tercio completo de la legión terminó por los suelos y se llevó a unos cuantos más con ellos.

Por asombroso que fuera, nadie parecía haber sufrido heridas letales, como si Sepia hubiera dirigido de algún modo la fuerza de la detonación hacia abajo, por debajo de los adoquines.

Cuando los últimos escombros cayeron con un tamborileo, la consejera Tavore y el puño se adelantaron de nuevo.

Sepia se puso delante de la muchedumbre silenciada sosteniendo un fullero en alto con una mano. Con voz atronadora se dirigió a los reclutas.

—El próximo soldado que se mueva, termina con esto a los pies y si creéis que no tengo buena puntería, ¡probad suerte! ¡Y ahora, sargentos y cabos! Os vais levantando despacito, buscáis vuestros pelotones, venís aquí alante, que el sargento Cuerda nos ha dibujao una raya mu bonita, ¿estamos? Bueno, en este preciso instante s'halla un poco destrozada, pero la está dibujando otra vez. Hala, acercarse mu tranquilitos, con las puntas a un dedo de la raya, ¡las botas firmes! Vamos a hacer esto bien o empieza a morir gente.

El sargento Cuerdas se estaba moviendo por la primera fila, asegurándose de que se mantenía la fila y separando a los soldados. Los oficiales estaban gritando otra vez, aunque no tanto como antes, ya que los reclutas guardaban silencio. Poco a poco, la legión empezó a tomar forma.

Los reclutas, desde luego, se mostraban callados y… a la expectativa, notó Gamet cuando la consejera y él regresaron más o menos a su posición original, con el cráter abierto y humeante a un lado. A la expectativa… para ver lo que

hacía el chiflado del fullero en alto. Después de un momento, el puño se acercó a Sepia y se colocó junto a él.

—¿Mató usted a un noble? —preguntó en voz baja mientras estudiaba las filas que se iban reuniendo.

—Sí, puño. Lo maté.

—¿Estaba ese hombre en la cadena de perros?

—Pos sí.

—Como usted, Sepia.

—Hasta que una lanza m’atravesó un hombro. Me fui con los otros en el Silanda. Me perdí la última trifulca, ya ve. Lenestro quedó… el segundo. Yo quería a Pullyk Alar al empezar, pero Alar se largó con Mallick Rel. Quiero a los dos, puño. Quizá crean que la discusión ha terminado, pero no pa mí.

—Me complacería que aceptara la oferta de mando —dijo Gamet.

—No, gracias, señor. Ya se ma asignao a un pelotón. El pelotón del sargento Cuerdas. A mí me parece bien.

—¿De qué lo conoce?

Sepia echó un vistazo con los ojos convertidos en simples ranuras.

Después contestó sin expresión alguna.

—No lo había visto en mi vida, señor. Y ahora, si me disculpa, le debo un beso al tipo.

Menos de un cuarto de campanada después, la octava legión del puño Gamet formaba inmóvil en filas apretadas y uniformes. La consejera Tavore las estudió desde donde estaba al lado de Gamet, pero todavía tenía que hablar. Sepia y el sargento Cuerdas se habían reunido con el cuarto pelotón de la compañía novena.

Tavore pareció tomar una decisión. Un gesto a su espalda hizo adelantarse a los puños Tene Baralta y Blistig. Momentos después se detenían junto a Gamet. Los nada extraordinarios ojos de la consejera se clavaron en Blistig.

—¿Su legión aguarda en la avenida principal de detrás?

El hombre sonrojado asintió.

—Fundiéndose de calor, consejera. Pero ese maldito que explotó los tranquilizó.

La mirada de la mujer se posó entonces en el espada roja.

—¿Puño Baralta?

—Tranquilos, consejera.

—Cuando despida a la octava y salgan de la plaza de armas, sugiero que los restantes soldados entren por compañías. Cada compañía tomará entonces posiciones y cuando esté lista, irá detrás la siguiente. Puede que lleve más tiempo, pero al menos no tendremos una repetición del caos que acabamos de presenciar. Puño Gamet, ¿está satisfecho con la formación de sus tropas?

—Lo suficiente, consejera.

—Como yo. Ya puede…

No dijo más, la atención de los tres hombres que tenía delante se había posado en algún punto sobre su hombro; y entre los cuatro mil soldados que estaban en posición de firmes se produjo un repentino y absoluto silencio, ni un solo crujido de armaduras, ni una tos. Porque la octava entera había respirado hondo a la vez y en ese momento contenía el aliento.

Gamet luchó por mantenerse impasible cuando Tavore lo miró con una ceja levantada. Después, la mujer se volvió poco a poco.

El pequeñín había salido de la nada, sin que nadie lo viera hasta que llegó y se colocó en el mismo punto en el que se había alzado la consejera en un principio. La telaba

demasiado grande y de color rojo oxidado le arrastraba como la cola de un manto real. El pelo rubio era una maraña enredada sobre un rostro de querubín muy bronceado y manchado de tierra. El niño miraba las filas de soldados con un aire calculador e impertérrito.

Una tos estrangulada entre los soldados y después alguien se adelantó.

Al mismo tiempo que el hombre salía de la primera fila, los ojos del chiquillo lo encontraron. Los dos brazos, enterrados en las mangas, se levantaron. Después, una manga se deslizó hacia atrás y reveló la manita, y en esa manita había un hueso. Un hueso largo humano. El hombre se quedó paralizado a medio paso.

El aire que pendía sobre la plaza de armas pareció sisear como una criatura viva con los jadeos de cuatro mil soldados.

Gamet contuvo un escalofrío y después se dirigió al hombre.

—¡Capitán Keneb! —dijo en voz bien alta mientras luchaba por tragarse el miedo que lo desbordaba—. Sugiero que recoja a su muchacho. Ahora, antes de que, bueno, de que empiece a chillar.

Con la cara sonrojada, Keneb lanzó un saludo tembloroso y se adelantó.

—¡Neb! —chilló el pequeño cuando el capitán lo levantó en brazos.

—¡Sígame! —le soltó la consejera Tavore de repente a Gamet, después se acercó al par aquel—. Capitán Keneb, ¿no?

—D-disculpe, consejera. El crío tiene una niñera, pero parece decidido a escaparse de ella a la menor oportunidad; hay un cementerio reventado detrás de…

—¿Es suyo, capitán? —preguntó Tavore con tono brusco.

—Como si lo fuera, consejera. Huérfano de la cadena de perros. El historiador Duiker lo puso a mi cuidado.

—¿Tiene nombre?

—Larva.

—¿Larva?

El encogimiento de hombros de Keneb fue de disculpa.

—De momento, consejera. Le va bien…

—Y a la octava. Sí, ya lo veo. Llévelo con la niñera que ha contratado, capitán. Y después, mañana, despídala y contrate una mejor… o a tres. ¿El niño va a acompañar al ejército?

—No tiene a nadie más consejera. Habrá otras familias entre los seguidores del campamento…

—Soy consciente de ello. Ya puede irse, capitán Keneb.

—Lo… lo siento, consejera…

Pero la mujer ya se estaba dando la vuelta y solo Gamet la oyó suspirar y murmurar:

—Ya es demasiado tarde para eso.

Y tenía razón. Los soldados (incluso los reclutas) sabían reconocer un mal presagio cuando lo veían. *Un niño en las mismísimas huellas de la mujer que va a guiar este ejército. Levantando el hueso de un muslo blanqueado por el sol*.

Por los dioses del inframundo…

—¡Por los huevos del Embozado ensartados en un espetón!

La maldición se pronunció en un gruñido profundo con tono de indignación.

Cuerdas observó a Sepia dejar la bolsa en el suelo y deslizarla bajo la cama baja de listones. El establo que se había transformado en un cuartel improvisado albergaba ya ocho pelotones, los atestados límites hedían a sudor fresco…

y miedo puro. En el agujero de la letrina de la pared posterior se oía a alguien vomitando.

—Mejor vamos fuera, Sepia —dijo Cuerdas tras un momento—. Iré a buscar a Gesler y Borduke.

—Pos yo preferiría ir a emborracharme —murmuró el zapador.

—Más tarde eso será lo que haremos. Pero primero tenemos que celebrar una pequeña reunión.

Con todo, el otro hombre dudó.

Cuerdas se levantó de su catre y se acercó más.

—Sí, es así de importante.

—Vale. Tú delante… Cuerdas.

Resultó que Tormenta se unió también al grupo de veteranos que se abrió camino en silencio entre los reclutas de rostro ceniciento (muchos de ellos con los ojos cerrados y murmurando silenciosas plegarias) y salió al patio.

Estaba desierto. El teniente Ranal (cuya inutilidad había resultado patética durante la formación) había huido a la casa principal en cuanto había llegado la tropa.

Todos los ojos se clavaron en Cuerdas. Este, a su vez, estudió las expresiones lúgubres que lo rodeaban. No había duda alguna entre ellos sobre el significado del presagio, y Cuerdas se inclinaba por estar de acuerdo. *Una niña nos lleva a la muerte. Un hueso de una pierna, que significa la marcha, marchito bajo la maldición del sol del desierto. Todos hemos vivido demasiado tiempo y hemos visto demasiado como para engañarnos sobre esta única y brutal verdad: este ejército de reclutas se ve ya a sí mismo como muerto*.

La cara magullada y la barba pelirroja de Tormenta al fin se crisparon en una expresión que era demasiado amarga para ser irónica.

—Si vas a decirnos que nos queda una esperanza a la hora de luchar contra la marea, por la puerta del Embozado, Cuerdas, es que has perdido la chaveta. Los muchachos y las chicas de ahí dentro no son los únicos, las tres malditas legiones enteras…

—Lo sé —lo interrumpió Cuerdas—. No somos estúpidos ninguno. Bueno, lo único que pido es que me dejéis hablar un momento. Hablo yo. Nada de interrupciones. Ya os avisaré cuando termine. ¿De acuerdo?

Borduke giró la cabeza y escupió.

—Eres un puto abrasapuentes, por el Embozado.

—Lo era. ¿Algún problema?

El sargento del sexto pelotón sonrió.

—Lo que quería decir, Cuerdas, es que si es por ti, yo escucho. Como pides.

—Lo mismo nosotros —murmuró Gesler. Tormenta asintió también junto a él.

Cuerdas miró a Sepia.

—¿Y tú?

—Pero solo porque eres tú y no Seto, Violín. Perdón, Cuerdas.

Los ojos de Borduke se abrieron mucho al reconocer el nombre. Escupió por segunda vez.

—Gracias.

—No nos des las gracias todavía —dijo Sepia, pero rebajó el matiz irritado con una pequeña sonrisa.

—De acuerdo, empezaré con una historia. Tiene que ver con Nok, el almirante, aunque no era almirante por aquel entonces, solo el comandante de seis dromones. Me sorprendería que alguno hubiera oído esta historia, pero si la habéis oído, no digáis nada, aunque su relevancia en este asunto ya se os debería haber ocurrido. Seis dromones. De camino a encontrarse con la flota de Kartool, tres galeras

piratas, bendecidas cada una por los sacerdotes de D'rek que había en la isla. El Gusano del Otoño. Sí, todos sabéis cuál es el otro nombre de D'rek, pero lo he dicho para dar énfasis. En cualquier caso, la flota de Nok se detuvo en las islas napanianas y subió por la desembocadura del río Koolibor para arrastrar los barriles y sacar agua dulce. Lo que hacían todos los barcos cuando se dirigían a Kartool o iban a pasar más allá del Límite. Seis barcos, todos sacando agua y almacenando los barriles bajo la cubierta.

»Medio día después de salir de las islas napanianas, se abrió el primer barril, lo destapó el ayudante de un cocinero, en el buque insignia. Y del agujero salió directamente una serpiente. Una paraltina que subió por el brazo del chaval y le hundió los dos colmillos en el ojo izquierdo. El chico salió a la cubierta corriendo y chillando; la serpiente, con las mandíbulas abiertas, se agarraba con todas sus fuerzas y se retorcía. Bueno, el muchacho consiguió dar dos pasos antes de morir y después cayó, blanco ya como un patio aclarado por el sol. A la serpiente la mataron, pero, como podéis imaginar, ya era demasiado tarde.

»Nok, que era muy joven, se limitó a encogerse de hombros y quitar importancia al tema, y cuando se corrió la voz y los marineros e infantes de marina empezaron a morir de sed (en barcos cargados de barriles de agua dulce que nadie se atrevía a abrir) fue e hizo lo obvio. Hizo subir otro barril y lo abrió con sus propias manos.

Cuerdas hizo una pausa. Vio que nadie más sabía la historia. Comprendió que contaba con toda su atención.

—El maldito barril estaba lleno de serpientes que se desparramaron por la cubierta. Un puñetero milagro que no mordieran a Nok. Estaba empezando la estación seca, ya sabéis. La temporada de las paraltinas en el río estaba terminando. Las aguas se llenan de ellas cuando bajan a la

desembocadura del río de camino al mar. Todos y cada uno de los barriles de esos seis dromones contenían serpientes.

»La flota nunca llegó a entablar batalla con los kartoolianos. Para cuando regresó a Nap, la mitad de la dotación había muerto de sed. Los seis barcos se agujerearon fuera del puerto, repletos de ofrendas a D’rek, el Gusano del Otoño, y se enviaron al fondo. Nok tuvo que esperar hasta el año siguiente para hacer pedazos la miserable flota de Kartool. Dos meses después, conquistaron la isla. —Se quedó callado un momento y después sacudió la cabeza—. No, no he terminado. Esa fue una historia, una historia sobre cómo hacer las cosas mal. No se destruye un mal presagio luchando contra él. No, haces justo lo contrario. Te lo tragas entero.

Expresiones confusas. La de Gesler fue la primera en aclararse y, al ver la sonrisa del hombre (de un color blanco sorprendente en su rostro de tono bronce), Cuerdas se limitó a asentir.

—Si no cogemos este mal presagio con las dos manos —dijo—, no haremos más que portar los féretros de esos reclutas de ahí dentro. De todo el puñetero ejército. Pues bien, ¿no le oí decir al capitán algo sobre un cementerio cercano? Reventado entero, los huesos expuestos a la vista de todos. Sugiero que vayamos en su busca. Ahora mismo. De acuerdo, ya he terminado de hablar.

—Era el jodido hueso de un muslo —rezongó Tormenta.

Gesler se quedó mirando a su cabo.

—Partimos dentro de dos días.

Antes de que ocurra algo más, añadió Gamet en silencio tras el anuncio de la consejera. Le echó un vistazo a Nada y Menos, que estaban sentados uno junto a la otra en el banco

que había apoyado en la pared. Los dos sacudidos por los escalofríos; las secuelas del poder del mal presagio los había dejado acurrucados y pálidos.

Los misterios acechaban al mundo. No era la primera vez que Gamet sentía su aliento gélido, una reverberación de poder que no le pertenecía a ningún dios, pero que existía de todos modos. Tan implacable como las leyes de la naturaleza. Verdades bajo el hueso. En su opinión, el mejor servicio que se le podía prestar a la emperatriz era la disolución inmediata del Decimocuarto Ejército. Una desarticulación deliberada y concienzuda de las unidades y su posterior traslado al resto del Imperio, y luego esperar otro año a que llegara otra oleada de reclutas.

Las siguientes palabras de la consejera Tavore a los reunidos en la cámara parecieron dirigirse directamente a los pensamientos de Gamet.

—No podemos permitírnoslo —dijo mientras, cosa poco propia de ella, se paseaba por la estancia—. El Decimocuarto no puede estar derrotado antes de poner el pie fuera de Aren. Habremos perdido el subcontinente entero de forma irremediable si eso ocurre. Mejor que nos aniquilen en Raraku. Las fuerzas de Sha’ik al menos se habrán reducido.

—Dos días.

—Entretanto, quiero que los puños reúnan a sus oficiales con un rango de teniente para arriba. Infórmenles de que iré a visitar cada compañía en persona, y empezaré esta noche. No den indicación de cuál voy a visitar primero, las quiero alerta a todas. Aparte de los puestos de guardia, todos los soldados quedan confinados en los barracones. Vigilen sobre todo a los veteranos. Querrán emborracharse y seguir borrachos si pueden. Puño Baralta, póngase en contacto con Orto Setral y que reúna una tropa de Espadas Rojas. Deben barrer el asentamiento de los seguidores del campamento y

confiscar todo el alcohol, el durhang y cuanto posean los nativos que ofusque los sentidos. Después establezcan un perímetro alrededor de ese asentamiento. ¿Alguna pregunta? Bien. Pueden irse todos. Gamet, que llamen a T'amber.

—Sí, consejera. —*Poco propio de ella ser tan descuidada. Has ocultado a esa perfumada amante tuya de la vista de todos los presentes salvo de la mía. Lo saben, por supuesto. Con todo*…

Fuera, en el pasillo, Blistig intercambió un asentimiento con Baralta y después cogió a Gamet por encima del codo.

—Con nosotros, si tienes la bondad.

Nada y Menos les lanzaron una mirada y después se fueron a toda prisa.

—Quítame esa maldita mano de encima —dijo Gamet en voz baja—. Puedo seguiros sin necesidad de ayuda, Blistig.

La mano lo soltó.

Encontraron una sala vacía, utilizada en otro tiempo para guardar cosas en ganchos clavados por tres cuartas partes de las cuatro paredes. El aire olía a lanolina.

—Ha llegado el momento —dijo Blistig sin más preámbulos—. No podemos salir dentro de dos días, Gamet, y lo sabes. No podemos salir, punto. Habrá un motín, en el peor de los casos, y en el mejor, una sangría interminable de deserciones. El Decimocuarto está acabado.

El brillo satisfecho de los ojos del hombre disparó una rabia hirviente en Gamet, que luchó por un momento y después consiguió contener sus emociones lo suficiente para mirar a Blistig a los ojos y preguntar:

—¿Amañasteis Keneb y tú la llegada de ese niño?

Blistig se echó atrás como si lo hubieran golpeado, después se le oscureció la cara.

—¿Por quién me tomas…?

—Ahora mismo —soltó Gamet de repente— no estoy muy seguro.

El que había sido el comandante de la guarnición de Aren tiró del lazo que sujetaba la empuñadura de su espada, pero Tene Baralta se metió entre los dos hombres con un estruendo de armadura. Más alto y más grande que cualquiera de los dos malazanos, el guerrero de piel morena estiró los brazos para poner una mano enguantada en cada pecho y después separó a los hombres poco a poco.

—Estamos aquí para llegar a un acuerdo, no para matarnos —dijo con voz profunda—. Además —añadió mirando a Blistig—, la sospecha de Gamet también se me ha ocurrido a mí.

—Keneb jamás haría algo así —dijo Blistig con voz ronca —, incluso aunque vosotros creáis que yo sí.

Una respuesta encomiable.

Gamet se apartó y se alejó sin prisas para quedarse mirando la pared contraria, de espaldas a los otros. Su mente funcionaba a toda velocidad y al final sacudió la cabeza. Les contestó sin darse la vuelta.

—Ha pedido dos días…

—¿Pedido? Yo oí una orden…

—Entonces no estabas escuchando con la suficiente atención, Blistig. La consejera, por joven e inexperta que sea, no es tonta. Ve lo mismo que tú, lo que vemos todos. Pero ha pedido dos días. Cuando llegue el momento de marchar… bueno, en ese momento la decisión definitiva será obvia, en un sentido u otro. Confiad en ella. —Se dio la vuelta—. En esto y solo en esto, si es necesario. Dos días.

Baralta tardó un momento, pero asintió.

—Así sea.

—Muy bien —admitió Blistig.

Beru nos bendiga. Cuando Gamet ya se iba, Tene Baralta lo tocó en el hombro.

—Puño —dijo—, ¿cuál es la situación con esa… esa tal T'amber? ¿Lo sabes? ¿Por qué se está mostrando la consejera tan… reservada? Mujeres que toman a otras mujeres como amantes, el único crimen es la pérdida para los hombres, y así ha sido siempre.

—¿Reservada? No, Tene Baralta. Privada. La consejera es sencillamente una mujer muy privada.

El ex espada roja insistió.

—¿Cómo es esa tal T'amber? ¿Ejerce una influencia indebida sobre nuestra comandante?

—Para responder a tu segunda pregunta, no tengo ni idea. ¿Que cómo es? Fue concubina, creo, en el Gran Templo de la reina de los Sueños, en Unta. Aparte de eso, las únicas palabras que he cruzado con ella han sido a petición de la consejera. Y tampoco es T'amber demasiado locuaz… —*Y me quedo corto de un modo prodigioso. Hermosa, sí, y distante. ¿Ejerce una influencia indebida sobre Tavore? Ojalá lo supiera*—. Y hablando de T'amber, debo dejaros ya.

En la puerta hizo una pausa y volvió a mirar a Blistig.

—Contestaste bien, Blistig. Ya no sospecho de ti.

El hombre se limitó a asentir por toda respuesta.

Lostara Yil colocó los últimos componentes de su equipo de espada roja en el baúl y después bajó la tapa y lo cerró con llave. Se irguió y dio un paso atrás, se sentía desnuda. Había sido un consuelo inmenso pertenecer a aquella temida compañía. Que las Espadas Rojas fueran odiadas por sus compañeros de tribu, insultadas en su propia tierra,

había resultado ser una satisfacción sorprendente. Porque ella los odiaba a todos a su vez.

Nacida niña en lugar del hijo deseado en una familia pardu, había pasado su infancia en las calles de Ehrlitan. Había sido una práctica común entre muchas tribus (antes de que los malazanos llegaran con sus leyes de familia) expulsar a los hijos no deseados una vez que llegaban al quinto año de vida. Los acólitos de numerosos templos (seguidores de cultos misteriosos) capturaban con regularidad a esos niños abandonados. Nadie sabía lo que hacían con ellos. Los más esperanzados entre el tosco círculo de golfillos que Lostara había conocido creían que, entre los cultos, se encontraba una especie de salvación. Estudios, comida, seguridad, todo lo cual les llevaría al final a convertirse en acólitos a su vez. Pero la mayoría de los niños sospechaba otra cosa. Habían oído historias (o ellos mismos lo habían visto) de la ocasional incursión nocturna de figuras embozadas que salían de la puerta de atrás de los templos y serpenteaban por los callejones con carretas cubiertas, de camino a los estanques infestados de cangrejos que dejaba la marea al este de la ciudad, estanques no tan profundos como para que no se pudiera ver el brillo de pequeños huesos limpios de carne en el fondo.

Sobre una cosa todos estaban de acuerdo. El hambre de los templos era insaciable.

Optimistas o pesimistas, los niños de las calles de Ehrlitan hacían todo lo que podían para eludir a los cazadores con sus redes y sus lazos. Se podían ganar la vida a duras penas, conseguir una especie de libertad, por amarga que pudiera ser.

Con siete años y medio, la red de un acólito arrastró a Lostara por los grasientos adoquines. Nadie prestó atención

a sus chillidos, los ciudadanos se apartaron cuando el silencioso sacerdote arrastró a su premio al templo. Ojos impasibles se encontraron con los de la niña de vez en cuando durante ese horrible viaje, y fueron ojos que Lostara nunca olvidaría.

Rashan resultó ser un culto menos sediento de sangre que la mayor parte de los demás cuando se trataba de cazar niños. Lostara se encontró entre un puñado de recién llegados, todos con la tarea de mantener los terrenos del templo, destinados, al parecer, a una vida entera de servidumbre doméstica. Los trabajos pesados continuaron hasta su noveno año, cuando por razones que nunca supo, a Lostara la seleccionaron para adiestrarla en la danza de Sombra. La niña había vislumbrado en muy escasas ocasiones a los bailarines, un grupo oculto y hermético de hombres y mujeres para los que el culto era una danza muy elaborada e intrincada. Su único público eran los sacerdotes y las sacerdotisas, ninguno de los cuales veía a los bailarines en sí, solo sus sombras.

Tú no eres nada, niña. No eres una bailarina. Tu cuerpo está al servicio de Rashan y Rashan es la manifestación de este reino de Sombra, es decir, llevar la oscuridad a la luz. Cuando bailas, no es a ti a quien miran. Es la sombra que pinta tu cuerpo. La sombra es la que baila, Lostara Yil. No tú.

Años de disciplina, de adiestramiento para estirar los miembros que soltaban las articulaciones y estiraban la columna, todo lo que permitiría que el invocador fluyera con un movimiento continuo… y todo para nada.

El mundo había ido cambiando fuera de los altos muros del templo. Acontecimientos desconocidos para Lostara estaban aplastando de forma sistemática toda su civilización. El Imperio de Malaz los había invadido. Caían

ciudades. Barcos extranjeros habían bloqueado el puerto de Ehrlitan.

Al culto de Rashan le ahorraron las purgas de los nuevos y duros amos de Siete Ciudades porque era una religión reconocida. Otros templos no tuvieron tanta suerte. Lostara recordaba ver humo en el cielo, sobre Ehrlitan, y preguntarse por su fuente, y por la noche la despertaban terribles sonidos de caos en las calles.

Lostara era una invocadora mediocre. Su sombra parecía tener voluntad propia y era una compañera renuente y vacilante en el adiestramiento. Lostara no se preguntaba si era feliz o no. El trono vacío de Rashan no atraía su fe como ocurría con los otros estudiantes. Vivía, pero era una vida ciega. Ni circular ni lineal, pues en su mente no había ningún movimiento en absoluto, y la noción del progreso se medía solo en términos de cuándo dominaba los ejercicios que la obligaban a hacer.

La destrucción del culto fue repentina, inesperada, y fue algo interno.

Recordó la noche en la que todo había comenzado. Una gran emoción en el templo. Un sacerdote supremo de otra ciudad estaba de visita. Había venido para hablar con maese Bidithal sobre temas de gran importancia. Habría un baile en honor del desconocido en el que Lostara y sus compañeros proporcionarían una secuencia de ritmos de fondo para complementar a los bailarines de Sombra.

A Lostara todo aquel asunto solo le inspiraba indiferencia y ni siquiera lo había hecho la mitad de bien que los mejores estudiantes en su pequeño papel de la representación. Pero recordaba al desconocido.

Tan diferente del viejo y amargado Bidithal. Alto, delgado, una cara sonriente, unas manos de dedos muy

largos, casi afeminadas, manos que, al verlas, despertaron en ella nuevas emociones.

Emociones que hicieron vacilar su mecánico baile, que hicieron retorcerse su sombra en un ritmo que era el contrapunto de las que arrojaban no solo sus compañeros, sino los propios bailarines de Sombra, como si una tercera variedad se hubiera deslizado en la cámara principal.

Demasiado sorprendente para pasar desapercibida.

El propio Bidithal, con el rostro oscurecido, había estado a punto de levantarse, pero el desconocido habló primero.

—Le ruego que permita que continúe la danza —dijo mientras sus ojos buscaban los de Lostara—. La *Canción de los juncos* jamás se ha interpretado de igual modo. No son suaves brisas esas, ¿eh, Bidithal? Oh, no, una auténtica galerna. Los bailarines son vírgenes, ¿no? —Su carcajada era baja pero profunda—. Pero no hay nada virginal en este baile, ¿verdad? ¡Oh, qué tormenta de deseo!

Y esos ojos todavía sostenían a Lostara, reconocían de forma absoluta el deseo que la había abrumado, que daba forma a las salvajes cabriolas de su baile. Reconocimiento y una cierta… admisión, satisfecha pero fría. Como si se sintiera halagado, pero sin invitar a nada a su vez.

El desconocido tenía otras tareas pendientes esa noche (y en las noches siguientes) o así terminaría Lostara por comprender mucho después. En ese momento, sin embargo, su rostro ardía de vergüenza, interrumpió su baile y huyó a su aposento. Por supuesto, Delat no había ido a robar el corazón de una invocadora. Había ido a destruir Rashan.

Delat, que resultó que era sumo sacerdote y un abrasapuentes; y fuera cual fuera la razón que tenía el emperador para aniquilar el culto, suya fue la mano que dio el golpe de gracia.

Aunque no estaba solo. La noche de los asesinatos, a la campanada de la tercera hora (dos tras la medianoche), tras la Canción de los juncos, había habido otro, oculto en las ropas negras de un asesino.

Lostara sabía más de lo que había ocurrido esa noche en el templo rashan de Ehrlitan que cualquier otro, aparte de los propios protagonistas, porque Lostara había sido la única residente a la que le habían respetado la vida. O eso había creído durante mucho tiempo, hasta que el nombre de Bidithal surgió una vez más, en el ejército del Apocalipsis de Sha'ik.

Ah, e hicieron algo más que respetarme la vida esa noche, ¿verdad?

Las encantadoras manos de dedos largos de Delat...

Al poner el pie en las calles de la ciudad a la mañana siguiente, tras siete años de ausencia, la niña se había enfrentado a la aterradora certeza de que estaba sola, sola de verdad. Lo que había resucitado un antiguo recuerdo de cuando la despertaron a la mañana siguiente de su quinto cumpleaños y la pusieron en manos de un viejo, contratado para llevársela, para dejarla en un barrio extraño al otro lado de la ciudad. Un recuerdo en el que resonaban los gritos de una niña llamando a su madre.

El poco tiempo que transcurrió tras su salida del templo, antes de unirse a las Espadas Rojas (la compañía recién formada de nativos de Siete Ciudades que le habían jurado lealtad al Imperio de Malaz), produjo sus propios recuerdos, recuerdos que la joven había reprimido mucho tiempo atrás. Hambre, denigración, humillaciones y lo que parecía una fatal caída en picado. Pero los reclutadores la habían encontrado, o quizás ella los había encontrado a ellos. Las Espadas Rojas serían un alegato para el emperador, con ellas se marcaría una nueva era en Siete Ciudades. Habría

paz. Nada de eso interesaba a Lostara, sin embargo. Más bien era el extendido rumor que decía que las Espadas Rojas pretendían impartir la justicia malazana.

Lostara no había olvidado aquellos ojos impasibles. Los ciudadanos que se habían mostrado indiferentes a sus ruegos, que habían visto al acólito arrastrarla rumbo a un destino desconocido. No había olvidado a sus propios padres.

A la traición solo se podía responder de una forma y la que había sido la capitana Lostara Yil de las Espadas Rojas se había hecho muy hábil a la hora de dar esa brutal respuesta.

¿Y ahora me están convirtiendo en una traidora?

Le dio la espalda al baúl de madera. Ya no era una espada roja.

Perla no tardaría mucho en llegar y partirían en busca del rastro frío y oculto de la desventurada hermana de Tavore, Felisin. Y por el camino quizás encontraran la oportunidad de clavar una espada en el corazón del Espolón. ¿Pero acaso no pertenecían los espolones al Imperio? Eran los hombres y las mujeres de Danzante, sus espías y asesinos, el arma letal de su voluntad. Entonces, ¿qué era lo que los había convertido a ellos en traidores?

La traición era un misterio. Inexplicable para Lostara. Ella solo sabía que provocaba las heridas más profundas de todas.

Y ya hacía mucho tiempo que había jurado que nunca más sufriría esas heridas.

Cogió el cinturón de su espada del gancho que había encima de la pared, se rodeó las caderas con la gruesa banda de cuero y la abrochó.

Después se quedó paralizada.

La pequeña habitación se había llenado de sombras que bailaban.

Y en medio de ellas, una figura. Una cara pálida de rasgos firmes, convertidos en atractivos por las arrugas que provocaba la sonrisa en las comisuras de los ojos, y los ojos mismos, que, al mirarla, se posaban en ella como pozos sin fondo.

Pozos en los que Lostara sintió, con una oleada repentina, que podía hundirse. Allí mismo, en ese momento, para siempre.

La figura hizo una pequeña reverencia con la cabeza y después habló:

—Lostara Yil. Puede que dudes de mis palabras, pero te recuerdo…

Lostara dio un paso atrás, apretó la espalda contra la pared y sacudió la cabeza.

—No te conozco —susurró.

—Cierto. Pero éramos tres aquella noche, hace tanto tiempo, en Ehrlitan. Fui testigo de tu… inesperada actuación. ¿Sabías que Delat, o más bien el hombre que con el tiempo me enteraría que era Delat, te habría hecho suya? No solo esa noche. Te habrías unido a él en los Abrasapuentes y eso lo habría complacido mucho. O eso creo. No hay forma de saberlo, por cierto, ya que todo salió, aparentemente, tan mal.

—Me acuerdo —dijo ella.

El hombre se encogió de hombros.

—Delat, que tenía un nombre diferente para esa misión y era, además, responsabilidad de mi compañero, Delat dejó escapar a Bidithal. Supongo que pareció una… traición, ¿no? A mi compañero se lo pareció. Desde luego hasta este día, Tronosombrío (que no era Tronosombrío entonces, sino un simple practicante muy ducho y ambicioso de la senda

hermana de Rashan, Meanas), hasta este día, como iba diciendo, Tronosombrío alimenta fuegos eternos de venganza. Pero Delat demostró ser muy hábil a la hora de esconderse… delante de nuestras propias narices. Como Kalam. Otro soldado normal y corriente más en las filas de los Abrasapuentes.

—No sé quién eres.

El hombre sonrió.

—Ah, sí, me estoy adelantando mucho… —Su mirada se posó en las sombras que se alargaban delante de él, aunque le había dado la espalda a una puerta cerrada y oscura, y su sonrisa se ensanchó como si se estuviera replanteando esas palabras—. Soy Cotillion, Lostara Yil. Por aquel entonces era Danzante, y sí, no te costará adivinar la importancia de ese nombre, dado lo que a ti te estaban adiestrando para hacer. Por supuesto, en Siete Ciudades ciertas verdades sobre el culto se habían perdido, en concreto la verdadera naturaleza de la danza de Sombra. Nunca estuvo destinada a representarse, Lostara. Era, de hecho, un arte mucho más marcial: el asesinato.

—No soy seguidora de Sombra; ni de Rashan ni de tu versión…

—Esa no es la lealtad a la que recurriría contigo —respondió Cotillion.

Lostara se quedó callada, luchaba por encontrarle sentido a sus propios pensamientos, a las palabras de él. Cotillion… era Danzante. Tronosombrío… *debía de ser Kellanved, ¡el emperador!* Frunció el ceño.

—Mi lealtad es para el Imperio de Malaz. El Imperio…

—Muy bien —respondió él—. Eso me complace.

—Y ahora estás intentando convencerme de que la emperatriz Laseen no debería ser la verdadera gobernante del Imperio…

—En absoluto. Puede quedarse con él. Pero, bueno, ahora tiene algún que otro problema, ¿no es cierto? No le vendría mal un poco de… ayuda.

—¡Se supone que te asesinó! —siseó Lostara—. ¡A ti y a Kellanved, a los dos! —*Os traicionó*.

Cotillion se limitó encogerse otra vez de hombros.

—Todo el mundo tenía su… papel. Lostara, la partida que se está librando aquí es mucho más grande que cualquier imperio mortal. Pero el Imperio en cuestión, tu Imperio, bueno, su éxito es crucial para lo que pretendemos. Y si conocieras el alcance de ciertos acontecimientos recientes y lejanos, no habría que convencerte de que la emperatriz ahora mismo ocupa un trono que se tambalea.

—Pero incluso tú traicionaste al emper… a Tronosombrío. ¿No acabas de decirme…?

—A veces veo más allá de lo que ve mi querido compañero. En realidad, él sigue obsesionado con el deseo de ver sufrir a Laseen; yo tengo otras ideas y, si bien él puede que las vea como parte de las suyas, no hay una necesidad urgente todavía de desengañarlo. Pero no intentaré engañarte para que creas que yo lo sé todo. Admito que he cometido graves errores, incluso que he conocido el veneno de la sospecha. Ben el Rápido, Kalam, Whiskeyjack, ¿dónde residía de verdad su lealtad? Bueno, al final conseguí la respuesta, pero todavía no he decidido si me complace o me inquieta. Hay un peligro que atormenta a los ascendientes en concreto y es la tendencia a esperar demasiado. Antes de actuar, antes de salir, si quieres decirlo así, de las sombras. —La figura volvió a sonreír—. Me gustaría compensar la vacilación pasada, y a veces letal. Así que aquí me tienes ante ti, Lostara, para pedirte ayuda.

El ceño de la joven se profundizó.

—¿Por qué no debería contarle a Perla todo lo de este… encuentro?

—Podrías hacerlo, pero preferiría que no lo hicieras. Todavía no estoy listo para Perla. Para ti, quedarte callada no constituirá una traición porque, si haces lo que te pido, los dos caminaréis al unísono. No te enfrentarás a conflicto alguno, ocurra lo que ocurra, o lo que puedas descubrir durante tus viajes.

—¿Dónde está ese tal… Delat?

El otro alzó las cejas como si la pregunta lo hubiera cogido desprevenido por un momento, después suspiró y asintió.

—No tengo dominio alguno sobre él en estos tiempos, ya ves. ¿Por qué? Es demasiado poderoso. Demasiado misterioso. Demasiado intrigante. Demasiado listo, maldito sea el Embozado. De hecho, hasta Tronosombrío ha puesto su atención en otra parte. Me encantaría organizar una reunión, pero me temo que no tengo ese poder. —Dudó y después añadió—: A veces, solo hay que confiar en el destino, Lostara. El futuro solo puede prometer una cosa y una cosa nada más: sorpresas. Pero has de saber una cosa, todos queremos salvar el Imperio de Malaz, a nuestra manera. ¿Querrás ayudarme?

—Si lo hiciera, ¿me convertiría eso en miembro del Espolón?

La sonrisa de Cotillion se ensanchó.

—Pero, querida mía, si el Espolón ya no existe.

—Oh, no me digas, Cotillion, ¿querías pedirme ayuda y después tomarme por tonta?

La sonrisa se desvaneció poco a poco.

—Te estoy diciendo que los Espolones ya no existen. Torva los aniquiló a todos. ¿Es que tú sabes algo que podría

sugerir lo contrario? La espada roja se quedó callada un momento y después se dio la vuelta.

—No. Solo… lo supuse.

—No me digas. ¿Me ayudarás, entonces?

—Perla viene de camino —dijo Lostara al tiempo que miraba al dios una vez más.

—Puedo ser muy breve cuando la necesidad aprieta.

—¿Qué es lo que quieres que haga?

Media campanada más tarde se produjo una fugaz llamada a la puerta y entró Perla.

Y se detuvo de inmediato.

—Huelo a hechicería.

Sentada en la cama, Lostara se encogió de hombros y después se levantó para recoger la bolsa con su equipo.

—Hay secuencias en la danza de Sombra —dijo con tono despreocupado— que pueden evocar a Rashan.

—¡Rashan! Sí. —El hombre se acercó más con expresión inquisitiva—. La danza de Sombra. ¿Tú?

—En otro tiempo. Hace muchos años. No venero a ningún dios, Perla. Nunca lo he hecho. Pero he descubierto que la danza me sirve si quiero luchar. Me mantiene flexible y es lo que más necesito cuando estoy nerviosa o triste. —Se echó la bolsa al hombro y esperó.

Perla alzó las cejas.

—¿Nerviosa o triste?

Ella le respondió con una mirada amarga y después se dirigió a la puerta.

—Dijiste que te habías tropezado con una pista…

Perla se reunió con ella.

—Así es. Pero antes una advertencia. Esas secuencias que evocan a Rashan… sería mucho mejor para los dos si en el futuro las evitaras. Con ese tipo de actividades nos arriesgamos a… llamar la atención.

—Muy bien. Y ahora, tú delante.

Un guardia solitario vagueaba junto a la puerta de la finca, al lado de un fardo de paja atado. Unos ojos de color verde pálido siguieron a Lostara y Perla cuando se acercaron desde el otro lado de la calle. El uniforme del hombre y su armadura estaban cubiertos de polvo. Un hueso pequeño de un dedo humano le colgaba de una oreja, de un aro de latón. Tenía una expresión enfermiza y cogió una profunda bocanada de aire antes de hablar.

—¿Sois la avanzadilla? Volved y decidle que no estamos listos.

Lostara parpadeó y miró a Perla.

Su compañero sonreía.

—¿Tenemos pinta de mensajeros, soldado?

Los ojos del guardia se afinaron.

—¿No te he visto bailar encima de una mesa en el bar de Pugroot?

La sonrisa de Perla se ensanchó.

—¿Y tú tienes nombre, soldado?

—Quizás.

—Bueno, ¿cuál es?

—Te lo acabo de decir. Quizás. ¿Quieres que te lo deletree o algo?

—Ah, ¿sabes?

—No. Solo me estaba preguntando si eras estúpido, nada más. Bueno, y si no sois la avanzadilla de la consejera que viene a advertirnos de la inspección sorpresa, ¿qué es lo que queréis?

—Un momento —dijo Perla frunciendo el ceño—. ¿Cómo es posible que una inspección sea sorpresa si se advierte por anticipado?

—Por los pies correosos del Embozado, resulta que sí eres tonto. Así es como se hace…

—Una advertencia, entonces. —Miró a Lostara y le guiñó un ojo mientras añadía—: Parece que me paso el día haciéndolas. Escucha, Quizás, la consejera no va a advertiros de sus inspecciones, y no esperéis que vuestros oficiales os avisen tampoco. La dama tiene sus propias reglas y será mejor que os vayáis acostumbrando.

—Todavía no has dicho lo que quiés.

—Necesito hablar con cierto soldado del quinto pelotón de la compañía novena, y según tengo entendido, está destinado a los barracones temporales que hay aquí.

—Bueno, yo estoy en el sexto, no en el quinto.

—Sí… ¿y?

—Pos está claro, ¿no? Tú no quiés hablar conmigo. Venga, entra, m'haces perder el tiempo. Y apura, no me encuentro mu bien.

El guardia abrió la puerta y los vio entrar sin prisas, sus ojos se posaron durante un buen rato en las caderas de Lostara, que se iban contoneando, antes de cerrar de un portazo la verja reforzada.

A su lado, el fardo de paja rieló de repente y después se volvió a transformar en un joven regordete que estaba sentado con las piernas cruzadas en los adoquines.

Quizás giró la cabeza y suspiró.

—No hagas eso, por lo menos cerca de mí, Balgrid. Con la magia m'entran ganas de devolver.

—No me quedó más remedio que mantener la ilusión —respondió Balgrid al tiempo que se pasaba una manga por la frente cubierta de sudor—. ¡Ese cabrón era una garra!

—¿En serio? Habría jurado que lo vi con ropa de mujer y bailando en el bar de Pug…

—¡Quieres callarte de una vez con eso! ¡Pobre del cabrón al que esté buscando en el quinto!

Quizás sonrió de golpe.

—¡Eh, acabas de engañar a una garra de carne y hueso con esa maldita ilusión! ¡Buen trabajo, tío!

—No eres el único que está revuelto —murmuró Balgrid.

Treinta pasos llevaron a Lostara y Perla al otro lado del complejo, a los establos.

—Tuvo su gracia —dijo el hombre junto a la espada roja.

—¿Y qué sentido tenía?

—Oh, solo verlos sudar un poco.

—¿Verlos, a quiénes?

—Al hombre y al fardo, por supuesto. Bueno, aquí estamos. —Cuando Lostara estiró el brazo para abrir una de las amplias puertas, Perla la cogió por la muñeca—. Un momento. Bueno, en realidad ahí dentro hay más de una persona que tenemos que interrogar. Un par de veteranos, déjamelos a mí. También hay un muchacho, era guardia en un campamento minero. Utiliza tus encantos con él mientras yo charlo con los otros dos.

Lostara se lo quedó mirando.

—Mis encantos —dijo, inexpresiva.

Perla esbozó una gran sonrisa.

—Sí, y si lo dejas cautivado, bueno, considéralo una inversión de futuro por si necesitamos al chaval después.

—Entiendo.

La mujer abrió la puerta y dio un paso atrás para dejar que Perla entrara delante de ella. El aire dentro de los establos era fétido. Orina, sudor, aceite de afilar y paja mojada. Había soldados por todas partes, echados o sentados en camas y otros muebles procedentes de la

ornamentada colección que había salido de la casa principal. No se podía decir que se hablara mucho allí dentro, e incluso ese poco se detuvo cuando empezaron a girarse cabezas hacia los dos desconocidos.

—Gracias —dijo Perla con voz cansina— por vuestra atención. Me gustaría hablar con el sargento Gesler y el cabo Tormenta…

—Yo soy Gesler —dijo un hombre de aspecto fornido y piel de color bronce que estaba tirado en un lujoso sofá—. El que está roncando bajo esas sedas es Tormenta. Y si vienes de parte de Oblat, dile que ya le pagaremos… algún día.

Perla sonrió, le hizo un gesto a Lostara para que siguiera y se acercó sin apresurarse al sargento.

—No estoy aquí para reclamarte las deudas. Más bien me gustaría hablar contigo en privado… sobre tus últimas aventuras.

—No me digas. ¿Y se puede saber quién eres tú, por las pezuñas de Fener?

—Se trata de un asunto imperial —dijo Perla, su mirada se posó en Tormenta—. ¿Quieres despertarlo tú o lo hago yo? Además, a mi compañera le gustaría hablar con el soldado llamado Pella.

La sonrisa de Gresler era fría.

—¿Quieres despertar a mi cabo? Adelante, tú mismo. En cuanto a Pella, ahora no está aquí.

Perla suspiró y se acercó al lado de la cama. La garra estudió durante un momento el montón de costosas sedas que enterraban al cabo y sus ronquidos y después bajó los brazos y arrancó la ropa de cama.

La mano que cogió la espinilla derecha de Perla (a medio camino entre la rodilla y el tobillo) era lo bastante grande como para rodear el miembro casi por completo. El impulso que la siguió dejó a Lostara con la boca abierta.

A las alturas. Chillidos de Perla, que subió al mismo tiempo que Tormenta se levantaba de la cama como un oso sacado a la fuerza de su hibernación, con un rugido que surgió de sus pulmones.

Si la cámara hubiera tenido un techo de altura normal (en lugar de unas cuantas vigas que cruzaban el espacio bajo el techo del establo, ninguna de las cuales estaban, por suerte, justo encima), Perla habría chocado con él, y con fuerza, cuando lo elevó por los aires esa única mano que le rodeaba la espinilla. La mano lo elevó y luego lo arrojó.

La garra hizo una cabriola agitando los brazos, las rodillas saliendo disparadas por encima de la cabeza, las piernas pataleando sin obstáculos cuando lo soltó la mano de Tormenta. Cayó con fuerza sobre un hombro y el aire abandonó sus pulmones con un siseo que más parecía un gruñido. Se quedó tirado, inmóvil, levantando las piernas poco a poco hasta quedarse acurrucado.

El cabo ya se había puesto en pie, despeinado, con la barba pelirroja muy desaliñada, el olvido del sueño desvaneciéndose de sus ojos como agujas de pino en el fuego, un fuego que se estaba avivando a toda prisa hasta convertirse en rabia.

—¡He dicho que no me despierte nadie! —bramó, unas manos enormes se estiraban a ambos lados y agarraban el aire, como si estuvieran impacientes por cerrarse sobre gargantas ofensivas. De repente clavó los brillantes ojos azules en Perla, que solo entonces comenzaba a mover manos y rodillas, la cabeza gacha—. ¿Es este el cabrón? —preguntó Tormenta al tiempo que se acercaba un paso más.

Lostara se interpuso en su camino.

Tormenta se detuvo en seco con un gruñido.

—Déjalos, cabo —dijo Gesler desde el sofá—. Esa cagarruta que acabas de tirar es una garra. Y una mirada un

poco más avispada a la mujer que tienes delante te dirá que es una espada roja, o lo era, y seguramente sabrá defenderse mejor que bien. No hace falta meterse en un jaleo por un poco de sueño perdido.

Perla se estaba poniendo en pie, se masajeaba el hombro y tomaba bocanadas de aire profundas y estremecidas.

Con la mano en el pomo de la espada, Lostara miró con firmeza a Tormenta a los ojos.

—Nos preguntábamos —dijo en tono familiar— cuál de los dos cuenta mejor las historias. A aquí mi compañero le gustaría oír un cuento. Por supuesto, se pagará por el privilegio. Quizás esas deudas que tenéis con Oblat pueden… verse saldadas, como muestra de nuestro aprecio.

Tormenta frunció el ceño y volvió la cabeza para mirar a Gesler.

El sargento se levantó poco a poco del sofá.

—Bueno, muchacha, a aquí el cabo se le dan mejor las de miedo… porque las cuenta tan mal que ya no asustan tanto. Ya que tienes la amabilidad de encargarte de… bueno, nuestro reciente empujón del señor con las tabas, yo y el cabo os contaremos los dos un cuento, si para eso estáis aquí. No somos tímidos, después de todo. ¿Por dónde empezamos? Yo nací…

—No es tanta la historia que buscamos —lo interrumpió Lostara—. Le dejaré el resto a Perla, aunque quizás alguien podría traerle algo de beber para contribuir a su recuperación. Él puede aconsejaros sobre por dónde podéis empezar. Entretanto, ¿dónde está Pella?

—Fuera, ahí atrás —dijo Gesler.

—Gracias.

Cuando se dirigió a la puerta estrecha y larga de la parte trasera de los establos salió otro sargento que se colocó a su lado.

—Te acompaño —dijo.

Otro maldito veterano falari. ¿Y qué pasa con tantos huesos de dedos?

—¿Es que puedo perderme, sargento? —preguntó Lostara mientras abría la puerta de un empujón. Seis pasos más allá estaba el muro trasero de la finca. Contra él habían apilado montones de estiércol de caballo seco por sol. Había un soldado joven sentado encima de uno de ellos. A los pies de un montón cercano dormían dos perros, uno enorme y con terribles cicatrices y el otro diminuto, una maraña de pelo y una nariz chata.

—Es posible —respondió el sargento. Después le tocó un brazo cuando Lostara fue a acercarse a Pella, la mujer lo miró con una expresión inquisitiva—. ¿Estás con una de las otras legiones? —preguntó el sargento.

—No.

—Ah. —El hombre volvió a mirar los establos—. Recién asignada para servir a la Garra.

—¿Servir?

—Sí. Ese hombre necesita… aprender ciertas cosas. Al parecer escogió bien contigo, por lo menos.

—¿Qué es lo que quieres, sargento?

—Da igual. Te dejo ya.

Lostara lo vio entrar otra vez en los establos. Después, con un encogimiento de hombros, se dio la vuelta y se acercó a Pella.

Ninguno de los perros se despertó cuando se acercó.

Dos grandes sacos de arpillera flanqueaban al soldado, el de la derecha lleno casi a reventar, el tercero, en unas tres cuartas partes. El muchacho estaba encorvado y sujetaba una pequeña lezna de cobre que estaba usando para hacer un agujero en un hueso.

Los sacos, comprendió Lostara, contenían cientos de aquellos huesos.

—¿Pella?

El joven levantó la cabeza y parpadeó.

—¿Te conozco?

—No. Pero quizá tengamos algún conocido común.

—Oh. —El muchacho continuó con su trabajo.

—Eras guardia en una de las minas.

—No exactamente —respondió él sin levantar la cabeza—. Mi guarnición estaba en uno de los asentamientos. Solideo. Pero entonces empezó la rebelión. Sobrevivimos quince a la primera noche… ningún oficial. Nos alejamos de los caminos y al final nos dirigimos a Dosin Pali. Nos llevó cuatro noches y las tres primeras podíamos ver la ciudad ardiendo. No quedaba mucho cuando llegamos. Un barco mercante malazano apareció más o menos al mismo tiempo que nosotros y al final nos trajo aquí, a Aren.

—Solideo —dijo Lostara—. Allí había una prisionera. Una chica joven…

—Te refieres a la hermana de Tavore, Felisin.

Lostara se quedó sin aliento.

—Me preguntaba cuándo me vendría a buscar alguien por ese tema. ¿Estoy arrestado, entonces? —El chico alzó la cabeza.

—No. ¿Por qué? ¿Crees que deberías estarlo?

Pella volvió a su trabajo.

—Es probable. Los ayudé a escapar, después de todo. La noche del Levantamiento. Pero no sé si consiguieron salir. Dejé provisiones, lo que pude encontrar. Planeaban dirigirse al norte y luego al oeste… cruzar el desierto. Estoy bastante seguro de que yo no era el único que los ayudaba, pero nunca averigüé quiénes eran los otros.

Lostara se agachó poco a poco hasta que estuvo al mismo nivel que sus ojos.

—No era solo Felisin, entonces. ¿Quién estaba con ella?

—Baudin, un tipo aterrador, maldita sea, pero extrañamente leal a Felisin, aunque… —El chico levantó la cabeza y la miró a los ojos—. Bueno, esa chica no era de las que recompensaba la lealtad, ya sabes a qué me refiero. Pero bueno, Baudin y Heboric.

—¿Heboric? ¿Quién es ese?

—Fue sacerdote de Fener, todo tatuado con el pelaje del Jabalí. No tenía manos, se las habían cortado. En fin, esos tres.

—Querían cruzar el desierto —murmuró Lostara—. Pero la costa oeste de la isla no tiene… nada.

—Bueno, estaban esperando un barco, entonces, ¿no? Estaba planeado, ¿no es eso? Pero bueno, eso es todo lo que puedo contar. Para el resto, pregúntale a mi sargento. O a Tormenta. O a Verdad.

—¿Verdad? ¿Quién es?

—Es el que acaba de aparecer en la puerta detrás de ti… venía a traer más huesos. —Alzó la voz—. No vaciles tanto, Verdad. De hecho, esta mujer tan bonita de aquí tiene unas cuantas preguntas para ti.

Otro con la piel rara. Lostara estudió al joven alto y desgarbado que se acercaba con cautela, llevaba otro abultado saco de arpillera del que se iba cayendo la arena en una nube polvorienta. *Que el Embozado me lleve, un muchacho atractivo… aunque ese aire vulnerable terminaría poniéndome de los nervios*. La ex espada roja se irguió.

—Me gustaría saber más sobre Felisin —dijo poniendo un matiz férreo en su tono. Lo suficiente para llamar la atención de Pella, que le lanzó una mirada perspicaz.

Los dos perros habían despertado con la llegada de Verdad, pero ninguno se levantó de donde estaba, se limitaron a clavar los ojos en el muchacho. Verdad dejó la bolsa en el suelo, de repente adoptó una postura más atenta y se sonrojó. *Mis encantos. No es Pella el que recordará este día. No es Pella el que encontrará a alguien a quien venerar*.

—Háblame de lo que pasó en la costa occidental de la isla Otataral. ¿Se produjo el encuentro como estaba planeado?

—Eso creo —respondió Verdad después de un momento—. Pero nosotros no formábamos parte de ese plan… Resultó que nosotros nos encontramos en el mismo bote que Kulp, y era Kulp el que iba a recogerlos.

—¿Kulp? ¿El mago del Séptimo?

—Sí, ese. Lo había enviado Duiker…

—¿El historiador imperial? —*¡Dioses, qué rastro tan enrevesado es este!*—. ¿Y por qué habría de interesarle a él salvar a Felisin?

—Kulp dijo que era la injusticia —respondió Verdad—. Pero no lo has entendido, no era a Felisin a quien Duiker quería ayudar. Era a Heboric. Pella habló entonces en voz muy baja, una voz muy diferente de la que Lostara le había oído momentos antes.

—Si a Duiker lo van a presentar como una especie de traidor… bueno, muchacha, será mejor que te lo pienses bien. Esto es Aren, después de todo. La ciudad que lo vio todo. Que vio a Duiker llevar a los refugiados a un lugar seguro. Fue el último que entró por la puerta de la ciudad, dicen. —La emoción que embargaba sus palabras era pura—. ¡Y Pormqual hizo que lo arrestaran!

Un escalofrío atravesó a Lostara.

—Lo sé —dijo—. Blistig liberó a las Espadas Rojas de las cárceles. Estábamos en la muralla cuando Pormqual sacó a su ejército ahí fuera, a la llanura. Si Duiker estaba

intentando liberar a Heboric, un estudioso como él, bueno, yo no tengo queja alguna. El rastro que seguimos es el de Felisin.

Verdad asintió al oír eso.

—Os ha enviado Tavore, ¿verdad? A ti y a esa garra de ahí dentro, el que está escuchando a Gesler y Tormenta.

Lostara cerró los ojos por un instante.

—Me temo que yo carezco de la sutileza de Perla. Se suponía que esta misión tenía que ser… secreta.

—Por mí, vale —dijo Pella—. ¿Y por ti, Verdad?

El muchacho alto asintió.

—En realidad tampoco importa mucho. Felisin está muerta. Están muertos todos. Heboric. Kulp. Murieron todos. Gesler estaba ahora mismo contando esa parte.

—Ya veo. No obstante, por favor, no digáis nada a nadie más. Nosotros continuaremos con nuestro trabajo, aunque solo sea para recoger sus huesos. Es decir, los huesos de todos.

—Eso estaría bien —dijo Verdad con un suspiro.

Lostara iba a irse ya, pero Pella hizo un gesto para llamar su atención.

—Toma. —Le tendió el hueso del dedo al que le había estado haciendo un agujero—. Coge esto. Llévalo bien a la vista.

—¿Por qué?

Pella frunció el ceño.

—Nos acabas de pedir un favor…

—Muy bien. —La mujer aceptó el espeluznante objeto.

Perla apareció entonces en la puerta.

—Lostara —exclamó—. ¿Has terminado aquí?

—Sí, ya estoy.

—Hora de irnos, entonces.

Lostara notó por su expresión que a él también le habían contado lo de la muerte de Felisin. Aunque seguramente con más detalles que lo poco que le había dicho a ella Verdad.

Desanduvieron en silencio su ruta a través de los establos, salieron al complejo y después lo atravesaron rumbo a la puerta del muro. La puerta se abrió cuando llegaron y el soldado llamado Quizás los despidió con la mano cuando pasaron. A Lostara le llamó la atención la bala de paja, que parecía vacilar y fundirse de una forma extraña donde estaba puesta, pero Perla se limitó a hacerle un gesto para que continuara.

Cuando dejaron atrás la finca, la garra lanzó una pequeña maldición.

—Necesito un sanador —dijo después.

—Apenas se te nota la cojera —comentó Lostara.

—Años de disciplina, querida. Preferiría estar gritando. La última vez que utilizaron una fuerza parecida contra mí fue con ese demonio semk, ese diosecillo. Esos tres, Gesler, Tormenta y Verdad, hay algo extraño en ellos, algo más que la simple piel.

—¿Alguna teoría?

—Atravesaron una senda de fuego, y de algún modo sobrevivieron, aunque, al parecer, Felisin, Baudin y Heboric no. Si bien se sigue ignorando el destino real que sufrieron. Gesler solo supone que murieron. Pero si algo extraño les pasó a esos guardias costeros en esa senda, ¿por qué no habría de ocurrirles lo mismo a los que cayeron por la borda?

—Lo siento. No me contaron los detalles.

—Debemos hacerle una visita a cierto barco requisado. Te lo explicaré por el camino. Ah, y la próxima vez, no te ofrezcas a pagar las deudas de alguien… hasta que averigües cuánto es el montante.

Y la próxima vez, tú deja esa actitud pomposa a las puertas del establo.

—Muy bien.

—Y deja de ponerte al mando.

Lostara lo miró.

—Me aconsejaste que usara mi encanto, Perla. No es culpa mía si tengo más de esa cualidad que tú.

—¿En serio? Déjame decirte que ese cabo tuvo suerte de que te interpusieras entre los dos.

A la ex espada roja le entraron ganas de reír, pero se contuvo.

—Es obvio que no viste el arma que tenía el hombre bajo la cama.

—¿Arma? Me da igu…

—Era un mandoble de pedernal. El arma de un t'lan imass, Perla. Seguramente pesa tanto como tú.

La garra no dijo nada más hasta que llegaron al Silanda.

El amarradero del barco estaba bien vigilado, pero era obvio que ya habían facilitado un permiso de acceso para Perla y Lostara, porque a los dos les permitieron pasar con un gesto a la maltratada cubierta del viejo dromon, y después los dejaron solos a propósito, todos los demás habían salido del barco.

Lostara examinó la zona central de la embarcación. Marcas de llamas y manchas de barro. Un extraño montículo piramidal rodeaba el mástil principal, envuelto en una lona alquitranada. Habían colocado velas y lonas nuevas, que resultaba obvio que habían sacado de otros navíos.

Al lado de la mujer, la mirada de Perla se posó en el montículo cubierto y lanzó un suave gruñido.

—¿Reconoces este barco? —preguntó.

—Reconozco que es un barco —respondió Lostara.

—Ya. Bueno, es un dromon de Quon, del antiguo estilo previo al Imperio. Pero buena parte de la madera y los accesorios proceden de Deriva Avalii. ¿Sabes algo de Deriva Avalii?

—Es una isla mítica que hay junto a la costa de Quon Tali. Una isla a la deriva, poblada de demonios y espectros.

—Nada de mítica y es cierto que está a la deriva, si bien parece describir una especie de círculo mal hecho. En cuanto a los demonios y espectros… bueno… —Se acercó sin prisas a la lona alquitranada—: Nada tan aterrador, desde luego. —Quitó la cubierta.

Cabezas cortadas, todas ordenadas y todas mirando hacia el exterior, los ojos parpadeando y clavándose en Perla y Lostara. El brillo de la sangre húmeda.

—Si tú lo dices —dijo Lostara con voz ronca al tiempo que daba un paso atrás.

Hasta Perla parecía desconcertado, como si lo que había desvelado no fuera del todo lo que esperaba. Después de unos minutos, estiró un brazo y tocó con la punta de un dedo la sangre encharcada.

—Todavía caliente…

—P-pero eso es imposible.

—¿Más imposible que ver a estas malditas cosas todavía conscientes, o vivas por lo menos? —Se irguió y la miró, después hizo un gesto expansivo con las manos—. Este barco es un imán. Hay capas y capas de hechicería que empapan la mismísima madera, el armazón. Desciende sobre ti con el peso de mil mantos.

—¿Ah, sí? Pues yo no lo siento.

Perla la miró sin comprender y después se enfrentó al montículo de cabezas cortadas una vez más.

—Ni demonios ni espectros, como puedes ver. Tiste andii la mayor parte. Unos cuantos marineros de Quon Tali. Ven,

vamos a examinar el camarote del capitán, la magia sale de esa habitación por oleadas.

—¿Qué clase de magia, Perla?

La garra ya había echado a andar hacia la escotilla. Un gesto de desdén.

—Kurald Galain, Tellann, Kurald Emurlahn, Rashan… —Hizo una pausa de repente y se dio la vuelta en redondo—. Rashan. ¿Y tú no sientes nada?

La mujer se encogió de hombros.

—¿Hay más… cabezas… ahí dentro, Perla? Si es así, creo que preferiría no…

—Sígueme —le soltó él sin más.

En el interior, madera negra, el aire espeso como si lo agitaran recuerdos de violencia. Un cadáver de piel gris y aspecto bárbaro clavado a la silla del capitán con una inmensa lanza. Otros cuerpos tirados por allí como si los hubieran cogido, roto y arrojado a un lado.

Un fulgor apagado, sin fuente alguna, impregnaba aquella habitación baja y atestada. Salvo unos extraños trozos del suelo, manchado por lo que Lostara observó que era polvo de otataralita.

—No son tiste andii —murmuró Perla—. Estos deben de ser tiste edur. Oh, aquí hay misterios de sobra. Gesler me habló sobre la tripulación que manejaba los remos abajo, cuerpos decapitados. Esos pobres tiste andii de la cubierta. Ahora me pregunto quién mató a estos edur…

—¿De qué nos sirve todo esto para seguir el rastro de Felisin, Perla?

—Estuvo aquí, ¿no? Presenció todo esto. Aquí el capitán tenía un silbato colgado del cuello que utilizaba para dirigir a los remeros. Y que ha desaparecido, por cierto.

—Y sin ese silbato, este barco se limita a permanecer aquí.

Perla asintió.

—Una pena, ¿verdad? Imagínate, un barco con una tripulación a la que no tienes que dar de comer, que nunca necesita descansar y que no se amotina jamás.

—Todo para ti —dijo Lostara al tiempo que volvía a la puerta—. Yo odio los barcos. Siempre los he odiado. Y ahora me voy de este.

—No veo razón para no ir contigo —dijo Perla—. Tenemos un buen viaje por delante, después de todo.

—¿Ah, sí? ¿Adónde?

—El Silanda viajó por sendas entre el lugar donde lo encontró Gesler y donde reapareció en este reino. Por lo que he entendido, ese viaje cruzó el continente, desde el norte del mar Otataral hasta la bahía de Aren. Si Felisin, Heboric y Baudin saltaron al agua, bien podrían haber reaparecido en tierra en algún lugar de esa ruta.

—Para encontrarse justo en medio de la rebelión.

—Dado lo que parece haber conducido a esa situación, es muy posible que la hayan considerado una opción mucho menos horrenda.

—Hasta que una banda de asaltantes se tropezara con ellos.

La compañía novena del capitán Keneb fue convocada a revista en tres asambleas sucesivas en la plaza de armas. No se había dado ningún aviso previo, solo la llegada de un oficial que había ordenado a los soldados que procedieran a paso ligero.

Los pelotones primero, segundo y tercero fueron primero. Eran infantería pesada, treinta soldados en total, cargados de armaduras de escamas, brazales y guanteletes de cota de malla, escudos de cometa, espadas largas muy pesadas,

lanzas de apuñalamiento atadas a la espalda, cascos con celadas y barbotes, y con colas de langosta, puñales y cuchillos de caza en los cinturones.

Los infantes de marina fueron los siguientes. Los pelotones cuarto, quinto y sexto de Ranal. Tras ellos iba el grueso de las tropas de la compañía, infantería media, del séptimo pelotón al vigésimo cuarto. Con algunas armas menos que la infantería pesada, se añadían a ellos los soldados especializados en el uso del arco corto, el arco largo y la lanza. Cada compañía tenía la misión de trabajar como unidad independiente, autosuficiente y presta a dar apoyo a las demás.

Cuando se plantó delante de su pelotón, Cuerdas estudió el noveno. La primera vez que formaban como fuerza independiente. Aguardaban la llegada de la consejera en filas precisas, sin apenas hablar y ni uno solo sin uniforme o armas.

El atardecer iba cayendo deprisa y el aire, gracias a los dioses, se iba enfriando poco a poco.

El teniente Ranal llevaba un rato recorriendo el terreno que ocupaban los tres pelotones, atrás y adelante, con pasos lentos y una capa de sudor en las mejillas lisas y bien afeitadas. Cuando al fin se detuvo, fue justo delante de Cuerdas.

—Muy bien, sargento —siseó—. Esto ha sido idea suya, ¿no?

—¿Señor?

—¡Esos malditos huesos de dedos! Aparecieron primero en su escuadrón, como si yo no lo hubiera notado. Y ahora le he oído al capitán que se está extendiendo por cada legión. ¡Están robando tumbas por toda la ciudad! Pues le voy a decir una cosa… —Se acercó todavía más y continuó con un susurro ronco—. Si la consejera pregunta quién es el

responsable de este último escupitajo a la cara que le lanzan por lo ocurrido ayer, no dudaré en dirigirla hacia usted.

—¿Escupitajo a la cara? Teniente, es usted un auténtico imbécil. Mire, acaba de aparecer una pandilla de oficiales en la puerta principal. Le sugiero que ocupe su lugar, señor.

Con el rostro oscurecido de rabia, Ranal dio media vuelta y se colocó ante los tres pelotones.

La consejera encabezaba la marcha y la seguía su séquito.

La esperaba el capitán Keneb. Cuerdas recordaba al tipo de la primera y desastrosa vez que habían formado. Un malazano. Según se decía, había estado estacionado en una guarnición del interior y había luchado lo suyo cuando el enemigo había rebasado sus posiciones. Después, la huida al sur, de regreso a Aren. En todo eso había suficiente como para que Cuerdas se preguntara si el tipo no habría tomado la ruta de los cobardes. En lugar de morir con sus soldados, había sido el primero en poner tierra de por medio. Así era como muchos oficiales sobrevivían a sus pelotones, después de todo. Los oficiales no valían mucho en lo que al sargento se refería.

La consejera estaba hablando en ese momento con el hombre, después el capitán dio un paso atrás e hizo un saludo militar al tiempo que invitaba a Tavore a acercarse a las tropas. Pero en lugar de eso, la mujer se acercó un poco más al capitán, estiró el brazo y tocó algo que colgaba del cuello de Keneb.

Cuerdas abrió los ojos un poco más. *Es el puñetero hueso de un dedo*.

Se cruzaron más palabras entre hombre y mujer, después la consejera asintió y se acercó a los pelotones.

Sola, con pasos lentos y el rostro impasible.

Cuerdas advirtió el destello de reconocimiento cuando examinó los pelotones. Entonces lo vio a él, y después a Sepia. Después de unos minutos, durante los que no hizo ningún caso del teniente Ranal, que permanecía estirado como un palo, la consejera al fin se volvió hacia el hombre.

—Teniente.

—Consejera.

—Parece haber una proliferación de avíos fuera del reglamento entre sus soldados. Más aquí que entre cualquiera de las otras compañías a las que he pasado revista.

—Sí, consejera. En contra de mis órdenes, y sé quién es el hombre responsable…

—No me cabe duda —respondió la mujer—. Pero eso no me interesa. Sugeriría, sin embargo, que se estableciese cierta uniformidad para esas… baratijas. Quizá podrían colgar del cinturón de la cadera, al lado contrario de la vaina. Además, hemos recibido quejas de los ciudadanos de Aren. Como mínimo se debería devolver los hoyos y tumbas saqueadas a su estado original… tanto como sea posible, por supuesto.

La confusión de Ranal era obvia.

—Por supuesto, consejera.

—Y podría observar, también —añadió la consejera con tono seco—, que usted es el único que viste un uniforme que no es el… reglamentario en el Decimocuarto Ejército en estos momentos. Le sugiero que lo corrija en cuanto le sea posible, teniente. Ya puede dar la orden de romper filas a sus pelotones. Y cuando salga, transmita mis instrucciones al capitán Keneb. Puede proceder y hacer formar a la infantería media de la compañía.

—S-sí, consejera. De inmediato. —El militar saludó y se fue.

Cuerdas la vio regresar con su séquito.

Ah, bien hecho, muchacha.

El dolor embargaba el pecho de Gamet mientras estudiaba a la consejera, que regresaba sin prisa adonde esperaban él y los demás. Lo invadía una emoción fiera. No sabía a quién se le había ocurrido la idea, pero se merecía… bueno, un maldito beso, como habría dicho Sepia. *Han revertido el mal presagio. ¡Lo han revertido!*

Y vio el fuego que había vuelto a prenderse en los ojos de Tavore cuando llegó junto a ellos.

—Puño Gamet.

—¿Consejera?

—El Decimocuarto Ejército necesita un estandarte.

—Sí, desde luego que sí.

—Podríamos sacar la inspiración de los propios soldados.

—Bien podríamos hacer eso, consejera.

—¿Se ocupará de ello? ¿A tiempo para la partida de mañana?

—Lo haré.

Llegó por la puerta un mensajero a caballo. Había estado cabalgando a toda velocidad y tiró de las riendas de repente al ver a la consejera.

Gamet vio al hombre desmontar y acercarse. *Dioses, que no sean malas noticias… Ahora no*…

—Informe —exigió la consejera.

—Tres barcos, consejera —jadeó el mensajero—. Acaban de entrar renqueantes en el puerto.

—Continúe.

—¡Voluntarios! ¡Guerreros! ¡Caballos y perros de guerra! ¡Los muelles son un caos!

—¿Cuántos? —preguntó Gamet.

—Trescientos, puño.

—¿De dónde vienen, en el nombre del Embozado?

La mirada del mensajero se apartó de ellos y se posó en donde esperaban Nada y Menos.

—Son wickanos. —Se encontró con los ojos de Tavore una vez más—. ¡Consejera! El clan Cuervo. ¡El Cuervo! ¡Los hombres de Coltaine!

Capítulo 9



Por la noche llegan fantasmas
en ríos de dolor,
para arrancar la arena
bajo los pies de un hombre.

Dicho g’danii

Los dos cuchillos largos estaban suspendidos de un arnés de cuero desvaído bordado con dibujos de remolinos pardus. El arnés colgaba de un clavo en un poste, en una esquina de la tienda, bajo un tocado de plumas muy elaborado de un chamán kherahno. La larga mesa que presidía el puesto recubierto con un toldo estaba atestada de recargados objetos de obsidiana saqueados de alguna tumba, todos y cada uno recién bendecidos en nombre de dioses, espíritus o demonios. A la izquierda, detrás de la mesa y flanqueando al desdentado propietario que se sentaba con las piernas cruzadas sobre un alto taburete, había un armario alto protegido por una pantalla.

El cliente, fornido y de piel oscura, examinó las armas de obsidiana durante un rato antes de que un ligero papirotazo de la muñeca derecha indicase su interés al buhonero.

—¡El aliento de demonios! —exclamó el viejo con voz aguda mientras señalaba con un dedo nudoso varias hojas

de piedra en confusa sucesión—. Y estas, besadas por Mael… ¿ve cómo las aguas las han alisado? Tengo más…

—¿Qué hay en el armario? —dijo el cliente con voz profunda.

—¡Ah, qué buena vista tiene! ¿Es usted lector, por casualidad? ¿Ha podido oler el caos, entonces? ¡Barajas, mi sabio amigo! ¡Barajas! ¡Y, oh, cómo han despertado! Sí, todas de nuevo. Todo está fluyendo…

—La baraja de Dragones siempre está fluyendo…

—¡Ah, pero una nueva Casa! ¡Oh, ya veo que se sorprende al oírlo, amigo mío! Una nueva Casa. Un poder inmenso, se dice. ¡Temblores hasta en la propia raíz del mundo!

El hombre que lo miraba frunció el ceño.

—Conque otra Casa nueva, ¿eh? Algún culto impostor local, sin duda…

Pero el anciano estaba sacudiendo la cabeza, los ojos pasaban disparados junto a su solitario cliente y examinaban con aire suspicaz la clientela del mercado, ínfima como era. Después se inclinó hacia delante.

—Yo no lidio con esas cosas, amigo mío. Oh, soy tan leal a Dryjhna como cualquiera, ¡que nadie diga lo contrario! Pero la baraja no permite parcialidad alguna, ¿verdad? Oh, no, son necesarios ojos sabios y mente equilibrada. Desde luego. Y bien, ¿por qué resuena la verdad en la nueva Casa? Permítame decírselo, amigo mío. Primero, una nueva carta neutral, una carta que denota que un nuevo señor domina ahora la baraja. Un árbitro, ¿sí? Y después, extendiéndose como un fuego incipiente y descontrolado, la nueva Casa. ¿Aprobada? No hay decisión. Pero no rechazada de mano, oh, no, no rechazada. Y los lectores… ¡los patrones! La Casa será aprobada, ¡no hay un solo lector que lo dude!

—¿Y cómo se llama esa Casa? —preguntó el cliente—. ¿Qué trono? ¿Quién afirma gobernarla?

—La Casa de Cadenas, amigo mío. Para sus otros interrogantes, no hay más que confusión en las respuestas. Los ascendientes se la disputan. Pero le diré una cosa: el trono en el que se sentará el rey, el trono, amigo mío, ¡está agrietado!

—¿Está diciendo que esta Casa pertenece al Encadenado?

—Sí. Al dios Tullido.

—Los otros deben de estar atacándola con fiereza —murmuró el hombre con expresión pensativa.

—Eso se diría, pero no es así. ¡En realidad, son los otros los que sufren los ataques! ¿Desea ver las nuevas cartas?

—Puede que vuelva más tarde y eso sea lo que haga —respondió el hombre—. Pero antes déjeme ver esos pobres cuchillos de ese poste.

—¡Pobres cuchillos! ¡Ayyy! ¡Pobres no, oh, no! —El anciano giró en redondo en su asiento, estiró el brazo y cogió el juego de armas. Sonrió y la lengua repleta de venas azules asomó entre las encías rojas—. ¡El último dueño fue un matafantasmas pardu! —Sacó uno de los cuchillos de la vaina. La hoja estaba ennegrecida y grabada con el dibujo de una serpiente de plata.

—Eso no es pardu —rezongó el cliente.

—Dueño, he dicho. Sí que tiene buena vista. Son wickanos. Botín de la cadena de perros.

—Déjeme ver el otro.

El anciano desenvainó la segunda hoja.

Kalam Mekhar abrió más los ojos sin querer. Recuperó a toda prisa la compostura y levantó la cabeza para mirar al propietario, pero el hombre ya lo había visto y estaba asintiendo.

—Sí, amigo. Sí…

La hoja entera, también negra, tenía un dibujo de plumas, el grabado era de plata teñida de ámbar… *Ese tinte ámbar… aleación con otataralita. Clan Cuervo. Pero no es el arma de un humilde guerrero. No, esta pertenecía a alguien importante*.

El anciano volvió a envainar el cuchillo del Cuervo y le dio unos golpecitos al otro con un dedo.

—Investido, este. ¿Cómo se desafía la otataralita? Muy sencillo. Magia ancestral.

—Ancestral. La hechicería wickana no es ancestral.

—Ah, pero este guerrero wickano ahora muerto tenía un amigo. Verá, tome, coja el cuchillo en la mano. Mire con atención esta marca, ahí, en la base, ¿ve? La cola de la serpiente se enrosca a su alrededor…

El peso del cuchillo largo era sorprendente en la mano de Kalam. Los bordes para los dedos de la empuñadura eran demasiado grandes, pero el wickano lo había compensado con unas correas de cuero más gruesas. El sello impreso en el metal, en el centro de la cola enroscada, era intrincado, casi increíble, dado el tamaño de la mano que debía de haberlo grabado. *Fenn. Thelomen toblakai. Desde luego que el wickano tenía un amigo. Y lo que es peor, conozco esta marca. Sé con exactitud quién invistió esta arma. Por los dioses del inframundo, ¿en qué extraños ciclos me estoy metiendo?*

No tenía sentido regatear. Ya había salido demasiado a la luz.

—Ponga su precio —suspiró Kalam.

La sonrisa del anciano se ensanchó.

—Como puede imaginar, es un juego muy apreciado, mi posesión más valiosa.

—Por lo menos hasta que el hijo del guerrero cuervo muerto venga a recogerlo, aunque dudo mucho que le interese pagarle con oro. Yo heredaré al vengativo cazador, así que contenga su codicia y ponga su precio.

—Mil doscientos.

El asesino puso una saquita en la mesa y observó al propietario soltar los cordones y mirar dentro.

—Hay una oscuridad en estos diamantes —dijo el anciano tras un momento.

—Es esa sombra lo que los hace tan valiosos y lo sabe.

—Sí, lo sé. La mitad de lo que hay dentro será suficiente.

—Un buhonero honesto.

—Una rareza, sí. En estos tiempos, la lealtad compensa.

Kalam observó al viejo contar los diamantes.

—La pérdida del comercio imperial ha sido dolorosa, al parecer.

—Mucho. Pero aquí en G'danisban la situación lo es el doble, amigo mío.

—¿Y eso por qué?

—Bueno, pues porque todo el mundo está en B'ridys, por supuesto. El asedio.

—¿B'ridys? ¿La antigua fortaleza de la montaña? ¿Quién se ha encerrado ahí?

—Malazanos. Se batieron en retirada de los baluartes que tenían en Ehrlitan, aquí y en Pan'potsun, y los persiguieron hasta las colinas. Oh, nada tan espectacular como la cadena de perros, pero unos cuantos cientos consiguieron llegar.

—¿Y todavía resisten?

—Sí. B'ridys es así, ya ve. Con todo, apuesto a que ya no falta mucho. Bueno, yo ya he terminado, amigo mío. Esconda bien esa bolsa y que los dioses caminen siempre en su sombra.

Kalam luchó por contener la sonrisa mientras recogía las armas.

—Y con usted, señor. —*Y eso harán amigo mío. Mucho más cerca de lo que quisieras*.

Bajó un poco por la calle del mercado y después hizo una pausa para ajustar los broches del arnés de las armas. El antiguo dueño no tenía el volumen de Kalam. Claro que pocos lo tenían. Cuando terminó, se puso el arnés y después se ciñó el sobretodo de la telaba una vez más. El arma más pesada le sobresalía bajo el brazo izquierdo.

El asesino continuó atravesando las calles casi vacías de G'danisban. Dos cuchillos largos, los dos wickanos. ¿El mismo propietario? No se sabía. Eran complementarios en cierto sentido, cierto, pero la diferencia de peso sería un reto para cualquiera que intentara luchar con los dos al mismo tiempo. En manos de un fenn, el arma más pesada sería poco más que un puñal. El diseño era obviamente wickano, lo que significaba que la investidura había sido un favor, o un pago. *¿Se me ocurre algún wickano que podría haberse ganado eso? Bueno, Coltaine, pero él llevaba un único cuchillo largo, sin dibujo alguno. Si al menos supiera más sobre ese jodido thelomen toblakai*…

Por supuesto, el mago supremo llamado Bellurdan el crujecráneos estaba muerto.

Ciclos, desde luego. Y ahora, esta Casa de Cadenas. El miserable dios Tullido…

Maldito idiota, Cotillion. Tú estabas en el último encadenamiento, ¿no? Deberías haberle clavado un cuchillo al muy cabrón allí mismo.

Me pregunto si Bellurdan también estaba ahí.

Oh, maldita sea, se me olvidó averiguar qué le había pasado a ese matafantasmas pardu…

Los que habían pasado por el camino que salía serpenteando de G'danisban hacia el sur lo habían desgastado hasta dejar al descubierto los adoquines subyacentes. Era obvio que el asedio se había prolongado tanto que la pequeña ciudad que lo alimentaba estaba perdiendo demasiado peso. Los asediados seguramente lo estarían pasando peor. B'ridys había sido tallada en un risco, una antigua tradición de los odhans que rodeaban el sagrado desierto. No había un acceso construido formal (ni siquiera escalones o apoyos tallados en la piedra) y los túneles tras las fortificaciones llegaban muy al fondo. Dentro de esos túneles varios manantiales proporcionan agua. Kalam solo había visto B'ridys por fuera, abandonado mucho tiempo atrás por sus habitantes originales, lo que sugería que los manantiales se habían secado. Y si bien ese tipo de fortalezas contenían inmensas cámaras de almacenamiento, no había muchas posibilidades de que los malazanos que habían huido allí hubieran encontrado esas cámaras aprovisionadas.

Los pobres malnacidos debían de estar muriéndose de hambre.

Kalam bajó por el camino con la caída del sol. No vio a nadie más por el sendero y sospechó que las reatas de aprovisionamiento no saldrían de G'danisban hasta la llegada de la noche, para ahorrarles el calor a los apurados animales. El camino ya había comenzado su ascenso y serpenteaba por las laderas de las colinas.

El asesino había dejado su caballo con Cotillion, en el reino de Sombra. Para las tareas que tenía por delante, el sigilo, no la velocidad, sería su mayor desafío. Además, Raraku era duro con los caballos. La mayor parte de las

fuentes de agua periféricas habrían sido contaminadas mucho tiempo atrás, anticipándose así a la llegada del ejército de la consejera. Pero él sabía de unos cuantos pozos secretos, que, por necesidad, se habrían dejado sin contaminar.

Esa tierra, comprendió Kalam, ya era en sí una tierra asediada, y el enemigo todavía tenía que llegar. Sha'ik había atraído al torbellino, una táctica que al asesino le sugería un cierto elemento de miedo. A menos, por supuesto, que Sha'ik estuviera jugando de forma deliberada contra toda expectativa. Quizá se limitaba a intentar atraer a Tavore a una trampa, al interior de Raraku, donde su poder era más fuerte, donde sus fuerzas conocían el terreno mientras que su enemigo no.

Pero hay al menos un hombre en el ejército de Tavore que conoce Raraku. Y más le valdrá al maldito hablar alto y claro cuando llegue el momento.

Había llegado la noche y las estrellas brillaban en el cielo. Kalam continuó adelante. Cargado con un pesado fardo de comida y botas de agua, siguió sudando mientras el aire se enfriaba. Al llegar a la cima de otra colina más, distinguió el fulgor del campamento de los sitiadores bajo la silueta del horizonte irregular. En el risco en sí no había ninguna luz.

Continuó caminando.

Era media mañana cuando llegó al campamento. Tiendas de campaña, carretas, hogueras rodeadas de piedras, dispuestas de cualquier modo en una especie de semicírculo ante el escarpado risco con su fortaleza ennegrecida por el humo. Montones de basura rodeaban la zona, hoyos de letrinas rebosantes y apestando con el calor. Mientras bajaba por la pista, Kalam estudió la situación. Le pareció

que había unos quinientos sitiadores, muchos de ellos, dado su uniforme, parte en un principio de guarniciones malazanas, pero con sangre nativa. Hacía tiempo que no se producía un asalto. Unas torres de madera improvisadas esperaban a un lado.

Lo habían visto, pero nadie le había dado el alto, ni tampoco se habían interesado mucho por él cuando llegó al filo del campamento. Otro simple guerrero que ha venido a matar malazanos. Lleva su propia comida para asegurarse de que no es una carga para nadie y por tanto su presencia es bienvenida.

Como había sugerido el buhonero de G'danisban, la paciencia de los atacantes había llegado a su fin. Se estaban haciendo preparativos para un empujón final. Quizá no ese día, pero sí al siguiente. Los andamios habían quedado desatendidos durante demasiado tiempo, las cuerdas se habían resecado, las maderas se habían partido. Grupos de trabajo habían comenzado las reparaciones, pero sin prisas, moviéndose con lentitud en aquel irritante calor. Se respiraba un aire de disolución en el campamento que ni siquiera la anticipación podía ocultar.

Aquí se han enfriado los fuegos. Ahora solo están planeando un asalto para terminar con esto de una vez y poder irse a casa.

El asesino observó a un pequeño grupo de soldados cerca del centro del semicírculo de donde parecía que procedían las órdenes. Un hombre en concreto, ataviado con la armadura de un teniente malazano, estaba de pie con las manos en las caderas y muy atareado arengando a media docena de zapadores.

Los trabajadores se alejaron un momento antes de que llegara Kalam y se dirigieron sin muchas ganas hacia las torres.

El teniente lo vio entonces. Unos ojos oscuros se entrecerraron bajo el borde del casco. Había un blasón en la parte superior. Regimiento Ashok.

Apostados en Genabaris hace unos años. Y luego enviados de regreso a… Ehrlitan, creo. Que el Embozado pudra a los muy cabrones, yo hubiera dicho que habrían seguido siendo leales.

—¿Vienes a ver cómo les rebanamos el pescuezo a los últimos? —preguntó el teniente con una sonrisa dura—. Bien. Tienes aspecto de ser un hombre organizado y con experiencia y bien sabe Beru que de esos tengo muy pocos entre esta chusma. ¿Tu nombre?

—Ulfas —respondió Kalam.

—Suena barghastiano.

El asesino se encogió de hombros al tiempo que dejaba la alforja en el suelo.

—No eres el primero que lo piensa.

—Te dirigirás a mí como «señor». Es decir, si quieres formar parte de esta lucha.

—No eres el primero que lo piensa… señor.

—Soy el capitán Irriz.

Capitán… con uniforme de teniente. Te sentías infravalorado en el regimiento, ¿eh?

—¿Cuándo empieza el asalto, señor?

—¿Impaciente? Bien. Mañana al amanecer. Ahí arriba solo queda un puñado. No debería llevarnos mucho una vez que hagamos una brecha en la entrada del balcón.

Kalam levantó la cabeza y miró la fortaleza. El balcón era apenas un saliente que destacaba un poco, la puerta que tenía era más estrecha que los hombros de un hombre.

—Con un puñado les basta —murmuró y después añadió —: señor.

Irriz frunció el ceño.

—¿Acabas de entrar y ya eres un experto?

—Lo siento, señor. Solo era una observación.

—Bueno, tenemos una maga que acaba de llegar. Dice que puede abrir un agujero donde está esa puerta. Un agujero grande. Ah, aquí viene.

La mujer que se acercaba era joven, ligera y pálida. Y malazana. A diez pasos de distancia sus pasos vacilaron y después se detuvo con los ojos de color castaño claro clavados en Kalam.

—Mantén esa arma envainada cuando estés cerca de mí —dijo con voz cansina—. Irriz, que ese malnacido no se acerque a nosotros.

—¿Peccado? ¿Qué problema hay con él?

—¿Problema? Ninguno, supongo. Pero uno de sus cuchillos es un arma de otataralita.

La avaricia repentina que se reflejó en los ojos del capitán cuando estudió a Kalam provocó un ligero escalofrío en el asesino.

—Vaya, vaya. ¿Y de dónde sacaste eso, Ulfas?

—Se lo quité a un wickano que maté. En la cadena de perros.

Se produjo un silencio repentino. Los rostros se volvieron para mirar a Kalam de nuevo.

Una duda cruzó la cara de Irriz.

—¿Estuviste allí?

—Sí. ¿Qué pasa?

A su alrededor todo eran gestos con las manos, plegarias susurradas. El escalofrío de Kalam se hizo de repente más gélido. *Dioses, están pronunciando bendiciones..., pero no me bendicen a mí. Están bendiciendo la cadena de perros. ¿Qué ocurrió en realidad aquí para que haya surgido esto?*

—¿Por qué no estás con Sha'ik entonces? —quiso saber Irriz—. ¿Por qué te habría dejado marchar Korbolo?

—Porque —soltó Peccado de repente— Korbolo Dom es idiota, y Kamist Reloe todavía más. Personalmente, me asombra que no perdiera la mitad de su ejército tras la Ladera. ¿Qué verdadero soldado soportaría lo que pasó allí? Ulfas, ¿no? Desertaste de los Mataperros de Korbolo, ¿verdad?

Kalam se limitó a encogerse de hombros.

—Me fui en busca de una lucha más limpia.

La carcajada de la mujer fue aguda, después giró en una burlona pirueta por el polvo.

—¿Y viniste aquí? ¡Ah, serás necio! ¡Qué gracia tiene! ¡Tiene tanta gracia que me apetece gritar!

La mente de esta mujer está rota.

—Yo no le veo la gracia a matar —respondió Kalam—. Aunque me parece extraño que estés aquí, impaciente, al parecer, por matar malazanos como tú.

La cara de la mujer se oscureció.

—Mis razones son mías, Ulfas. Irriz, me gustaría hablar contigo en privado. Ven.

Kalam se mantuvo impasible cuando el capitán se encogió al oír el tono imperioso. Después, el oficial renegado asintió.

—Me reuniré contigo dentro de un momento, Peccado. —Se volvió hacia el asesino—. Ulfas. Queremos capturar viva a la mayoría, para divertirnos un poco. Un castigo por ser tan obstinados. Quiero sobre todo a su comandante. Se llama Tierno…

—¿Lo conoces, señor?

Irriz sonrió.

—Yo estaba en la compañía tercera del Ashok. Tierno manda la segunda. —Señaló con un gesto la fortaleza—. O lo que queda de ella. Esto es un asunto personal para mí, y por

eso tengo intención de ganar. Y por eso quiero vivos a esos cabrones. Heridos y desarmados.

Peccado esperaba con aire impaciente y alzó la voz en ese momento.

—Tengo una idea. Ulfas, con su cuchillo de otataralita puede inutilizar a su mago.

Irriz sonrió de nuevo.

—El primero en entrar por la brecha, entonces. ¿Te parece aceptable, Ulfas?

El primero en entrar, el último en salir.

—No será mi primera vez, señor.

El capitán se reunió entonces con Peccado y los dos se alejaron.

Kalam se los quedó mirando. *El capitán Tierno. No te conozco, señor, pero durante años se te ha conocido como el oficial más vil de todo el ejército malazano. Y ahora parece que también eres el más tozudo*.

Excelente. No me vendría mal un hombre como ese.

Encontró una tienda vacía en la que meter su equipo, vacía porque el hoyo de la letrina había ido arañando ese lado de la pared incrustada de arena y ya estaba empapando el terreno bajo la única alfombra que cubría el suelo por la parte de atrás. Kalam colocó su bolsa junto a la solapa de entrada, después se estiró cerca de ella y bloqueó el hedor que intentaba impregnar su mente y sus sentidos.

En unos momentos se había quedado dormido.

Despertó con la oscuridad. El campamento estaba en silencio. El asesino se desprendió de su telaba, se incorporó agachado y empezó a envolverse la ropa suelta con unas correas. Cuando terminó, se puso unos guantes de cuero sin dedos y después se rodeó la cabeza con una tela negra

hasta que solo dejó al descubierto los ojos. Salió con sigilo de la tienda.

Unas cuantas hogueras medio apagadas, dos tiendas a la vista que todavía lucían la luz de unas lámparas. Tres guardias sentados en un piquete improvisado que miraba a la fortaleza, a unos veinte pasos de distancia.

Kalam se puso en marcha, rodeó en silencio el pozo de la letrina y se acercó al andamio esquelético de las torres de asedio. Allí no habían apostado ningún guardia. *Irriz ya era seguramente un mal teniente y como capitán es todavía peor*. Se acercó más.

El destello de hechicería en la base de una de las torres lo paralizó al instante. Después de un largo momento sin aliento, un segundo rayo apagado que bailaba alrededor de uno de los soportes.

Kalam se acomodó poco a poco para vigilar.

Peccado iba moviéndose de soporte en soporte. Cuando terminó con la torre más cercana, se dirigió a la siguiente. Había tres en total.

Cuando la vio trabajando en el último soporte de la base de la segunda torre, Kalam se levantó y avanzó con sigilo. Al acercarse a la mujer sacó la hoja de otataralita.

El asesino sonrió al oír la maldición murmurada de la mujer. Después, cuando cayó en la cuenta, la maga giró en redondo.

Kalam levantó una mano para tranquilizarla, subió poco a poco el cuchillo y después volvió a envainarlo una vez más. Tras lo cual se deslizó a su lado sin ruido.

—Muchacha —susurró en malazano—, este es un nido muy feo de serpientes para que juegues en él.

Los ojos de la mujer se abrieron mucho, brillaban como estanques bajo las estrellas.

—No estaba segura de ti —respondió en voz muy baja. Se rodeó con fuerza con los delgados brazos—. Sigo sin estarlo. ¿Quién eres?

—Solo un hombre que se acerca a hurtadillas a las torres… para debilitar todos los soportes. Como has hecho tú. Todos salvo uno, claro. El tercero es el mejor fabricado; malazano, de hecho. Quiero mantener ese intacto.

—Entonces somos aliados —dijo la mujer, todavía abrazándose.

Es una chica muy joven.

—Antes demostraste grandes aptitudes artísticas. Y tienes una habilidad sorprendente como maga para ser alguien tan…

—Solo trucos menores, me temo. Me estaban adiestrando.

—¿Quién era tu instructor?

—Fayelle. Que ahora está con Korbolo Dom. Fayelle, que rebanó con su cuchillo las gargantas de mi padre y mi madre. Que fue también en mi busca. Pero yo me escabullí y no pudo encontrarme ni siquiera con su hechicería.

—¿Y esta va a ser tu venganza?

La sonrisa de la mujer fue un gruñido silencioso.

—Solo acabo de empezar a vengarme, Ulfas. La quiero a ella, pero necesito soldados.

—El capitán Tierno y compañía. Mencionaste un mago en esa fortaleza. ¿Has estado en contacto con él?

La joven sacudió la cabeza.

—No tengo tal habilidad.

—¿Entonces por qué crees que el capitán se unirá a tu causa?

—Porque uno de sus sargentos es mi hermano, bueno, mi hermanastro. Pero no sé si sigue vivo…

Kalam le puso una mano en el hombro sin hacer caso del estremecimiento que le respondió.

—Está bien, muchacha. Trabajaremos juntos en esto. Ya tienes tu primer aliado.

—¿Por qué?

El asesino esbozó una sonrisa invisible tras la tela.

—Fayelle está con Korbolo Dom, ¿no? Bueno, yo tengo una reunión pendiente con Korbolo. Y con Kamist Reloe. Así que trabajaremos juntos para convencer al capitán Tierno. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

El alivio de la voz femenina provocó una punzada de dolor en el pecho del asesino. La joven llevaba sola demasiado tiempo en su letal misión. Necesitada de ayuda…, pero sin nadie alrededor a quien pudiera acudir. Una simple huérfana más en aquella desgraciada rebelión, maldito fuera el Embozado. Recordó la primera vez que había visto a aquellos mil trescientos niños a los que había salvado sin querer tantos meses atrás, la última vez que había cruzado aquella tierra. *Y allí, en aquellas caras, estaba el verdadero horror de la guerra. Esos niños estaban vivos cuando los carroñeros se abalanzaron en busca de sus ojos*… Lo recorrió un estremecimiento.

—¿Qué ocurre? Parecías estar muy lejos.

El asesino la miró a los ojos.

—No, muchacha, mucho más cerca de lo que crees.

—Bueno, yo ya he hecho la mayor parte de mi trabajo esta noche. Irriz y sus guerreros no valdrán mucho llegada la mañana.

—¿Sí? ¿Y qué tenías planeado para mí?

—No estaba segura. Esperaba que, contigo por delante, te mataran rápido. El mago del capitán Tierno no se acercaría a ti, eso lo dejaría para las ballestas de los soldados.

—¿Y qué hay de ese agujero que ibas a reventar en el risco?

—Una ilusión. Llevo días preparándolo. Creo que puedo hacerlo.

Valiente y desesperada.

—Bueno, muchacha, tus esfuerzos parecen haber vencido a los míos en ambición. Yo buscaba provocar un poco de caos y no mucho más. Mencionaste que Irriz y sus hombres no valdrían mucho. ¿A qué te referías con eso?

—Envenené su agua.

Kalam se quedó pálido tras la máscara.

—¿Veneno? ¿De qué tipo?

—Tralb.

El asesino no dijo nada durante unos momentos.

—¿Cuánto? —dijo después.

La joven se encogió de hombros.

—Todo lo que tenía el sanador. Cuatro viales. Una vez dijo que lo utilizaba para aplacar temblores, como los que afligen a los viejos.

Sí. Una gota.

—¿Cuándo?

—No hace mucho.

—Así que no es probable que alguien haya bebido ya.

—Salvo quizás un guardia o dos.

—Espera aquí, muchacha. —Kalam se puso en marcha, en silencio en la oscuridad hasta que tuvo a la vista a los tres guerreros que se encargaban del piquete. Poco antes los había visto sentados. Ya no era el caso. Pero había movimiento. El asesino se acercó más, pegado al suelo.

Las tres figuras sufrían espasmos, se retorcían y sus miembros se agitaban. La espuma les cubría la boca y habían empezado a sangrar por los ojos que les salían por las órbitas. Se habían hecho sus necesidades encima. Una

bota de agua tirada cerca, en un trozo de arena húmeda que estaba desapareciendo a toda prisa bajo una alfombra de poliñeras.

El asesino sacó el cuchillo de caza. Debía tener cuidado, ya que entrar en contacto con la sangre, la saliva o cualquier otro fluido corporal era arriesgarse a sufrir un destino parecido. Los guerreros estaban condenados a sufrir así durante lo que para ellos sería una eternidad, al amanecer todavía estarían sufriendo espasmos y continuarían con ellos hasta que sus corazones se rindieran o bien murieran de deshidratación. Por horrible que fuera, con el tralb lo segundo ocurría con más frecuencia que lo primero.

Kalam llegó junto al primero. Vio el reconocimiento en los ojos anegados del hombre. Kalam levantó el cuchillo. Una expresión de alivio respondió al gesto. El asesino clavó la hoja estrecha en el ojo izquierdo del guardia y la inclinó hacia arriba. El cuerpo se puso rígido y después se sosegó con un suspiro lleno de espuma.

El asesino repitió el espeluznante trabajo con los otros dos.

Después limpió el cuchillo en la arena con gestos meticulosos.

Las poliñeras descendían sobre la escena con un crujido de alas. Los rhizanos que salían a la caza se reunieron con ellas de inmediato. El aire se llenó del crujido de los exoesqueletos.

Kalam miró el campamento. Tendría que desfondar los barriles. Aquellos guerreros quizá fueran enemigos del Imperio, pero merecían una muerte más compasiva.

El ruido suave de alguien deslizándose lo hizo girarse en redondo.

Una cuerda se había descolgado por el risco desde el balcón de piedra. Empezaron a descender unas figuras,

silenciosas y rápidas.

Tenían vigilantes.

El asesino esperó.

Tres en total, ninguno armado con otra cosa que no fueran dagas. Cuando se adelantaron, uno se detuvo cuando todavía estaban a una docena de pasos de distancia.

El que iba delante se detuvo ante el asesino.

—En el nombre del Embozado, ¿se puede saber quién eres tú? —siseó, el oro destellaba en sus dientes.

—Un soldado malazano —fue el susurro de respuesta de Kalam—. ¿Es tu mago el que se queda ahí detrás? Necesito su ayuda.

—Dice que no puede…

—Lo sé. Mi cuchillo largo de otataralita. Pero no hace falta que se acerque… lo único que tiene que hacer es vaciar los barriles de agua de este campamento.

—¿Para qué? Hay un manantial que no está ni a cincuenta pasos por el camino, se limitarán a traer más.

—Tienes aquí a otra aliada —dijo Kalam—. Contaminó el agua con tralb, ¿qué crees que afligía a estos pobres cabrones?

El segundo hombre lanzó un gruñido.

—Nos lo estábamos preguntando. No es muy agradable lo que les pasó. Con todo, nada menos de lo que se merecían. Yo digo que dejemos el agua como está.

—¿Por qué no comentamos el tema con el capitán Tierno? Es él el que toma las decisiones por vosotros, ¿no?

El hombre frunció el ceño.

Su compañero habló entonces.

—No hemos venido por eso, sino para sacarte de aquí a ti. Y si hay otra, nos la llevaremos a ella también.

—¿Para hacer qué? —quiso saber Kalam. Estaba a punto de decir «¿Morirnos de hambre? ¿Morir de sed?», pero

entonces se dio cuenta de que ninguno de los soldados que tenía delante parecía demasiado demacrado ni sediento—. ¿Queréis quedaros encerrados ahí arriba para siempre?

—Por nosotros no hay problema —soltó de golpe el segundo soldado—. Podríamos irnos en cualquier momento. Hay rutas traseras. Pero la pregunta es, ¿y luego qué? ¿Adónde vamos? El territorio entero está a la caza de sangre malazana.

—¿Cuáles son las últimas noticias que habéis oído? —preguntó Kalam.

—No hemos oído na. No desde que salimos de Ehrlitan. Que nosotros veamos, Siete Ciudades ya no forma parte del Imperio de Malaz y no va a venir nadie a buscarnos. Si fueran a venir, ya hace mucho tiempo que habrían llegado.

El asesino miró a los dos soldados durante un instante y después suspiró.

—De acuerdo, tenemos que hablar. Pero aquí no. Dejadme ir a buscar a la muchacha, iremos con vosotros. Con la condición de que el mago me haga el favor que os pedí.

—No es un trato lo bastante justo —dijo el segundo soldado—. Tráenos a Irriz. Queremos sentarnos un ratito con ese correoso cabo.

—¿Cabo? Mira tú, pues ahora es capitán. Así que lo queréis. Muy bien. Que vuestro mago destruya el agua de esos barriles. Yo os enviaré a la muchacha, sed amables con ella. Y os vais todos arriba. Puede que yo tarde un rato.

—Podemos vivir con eso.

Kalam asintió y regresó allí donde había dejado a Peccado.

La joven no había abandonado su posición, aunque en lugar de esconderse estaba bailando bajo una de las torres, giraba en la arena con los brazos flotando y las manos aleteando como alas de poliñeras.

El asesino siseó para advertirla cuando se acercó. Ella se detuvo, lo vio y se fue junto a él con una carrera.

—¡Has tardado demasiado! ¡Creí que estabas muerto!

¿Y por eso bailabas?

—No, pero esos tres guardias sí. Me he puesto en contacto con los soldados de la fortaleza. Nos han invitado a entrar, las condiciones parecen tolerables ahí arriba. He aceptado.

—¿Pero qué hay del ataque de mañana?

—Fracasará. Escucha, Peccado, pueden irse cuando quieran, sin que los vean, podemos ponernos de camino a Raraku en cuanto convenzamos a Tierno. Y ahora sígueme, y no hagas ruido.

Regresaron adonde esperaban los tres soldados imperiales malazanos.

Kalam miró con el ceño fruncido al mago del pelotón, pero este le respondió con una sonrisa.

—Está hecho. Es fácil cuando tú no estás.

—Muy bien. Esta es Peccado, también es maga. Venga, largo, todos.

—Que la suerte de la Señora esté contigo —le dijo uno de los soldados a Kalam. El asesino se dio la vuelta sin responder y regresó al campamento sin hacer ruido.

Volvió a su tienda, entró y se agachó junto a su bolsa. Revolvió en el interior, sacó la saquita de diamantes y escogió uno al azar.

Un momento de cuidadoso estudio, se lo acercó mucho a los ojos en la oscuridad. Unas sombras turbias nadaban en la piedra tallada. *Cuidado con las sombras que traen regalos*. Sacó el brazo, metió en la tienda una de las piedras planas que se usaban para sujetar las paredes de las tiendas y puso el diamante en la superficie polvorienta.

El silbato de hueso que Cotillion le había dado lo llevaba colgado de un cordel alrededor del cuello. Se lo quitó y se lo llevó a los labios. «Sopla con fuerza y los despertarás a todos. Sopla con suavidad y directamente a uno en concreto y solo despertarás a ese». Kalam esperaba que el dios supiese de qué estaba hablando. *Mejor que no fueran los juguetitos de Tronosombrío*… Se inclinó hacia delante hasta que el silbato quedó a solo un palmo del diamante.

Después sopló con suavidad. No se oyó nada. Kalam frunció el ceño, se sacó el silbato de los labios y lo examinó. Lo interrumpió un leve tintineo. El diamante se había deshecho, convertido en polvo reluciente, del que se alzó un torbellino de sombras.

Como me había temido. Un azalan. Procedentes de un territorio del reino de Sombra que limitaba con el de los aptorianos. Vistos pocas veces y siempre de uno en uno. Silenciosos, parecían no tener lenguaje alguno, cómo les transmitía sus órdenes Tronosombrío era un misterio.

La criatura giró, llenó la tienda, se posó sobre sus seis miembros, el risco espinoso de su inmensa y encorvada espalda rozaba la tela a ambos lados del caballete de la tienda. Unos ojos azules y demasiado humanos miraron con un parpadeo a Kalam desde debajo de una frente de piel negra, disparada y echada hacia atrás. Una boca grande, el labio inferior sobresalía de una forma extraña, como en un eterno puchero, dos ranuras por nariz. Una melena de cabello fino y color negro azulado le colgaba en mechones, las puntas rozaban el suelo de la tienda. No había indicación alguna de su género. Un complicado arnés le cruzaba el enorme torso e iba tachonado de una gran variedad de armas, ninguna de las cuales parecía tener un uso práctico.

El azalan no poseía pies como tal, cada apéndice terminaba en una mano ancha, plana y de dedos cortos. El

territorio nativo de estos demonios era un bosque y estas criaturas vivían por lo general en el enmarañado dosel de las alturas, solo se aventuraban en el tenebroso suelo del bosque cuando los llamaban.

Una llamada… y solo para que luego los encerraran en diamantes. Si fuera yo, estaría bastante molesto a estas alturas.

El demonio sonrió de repente.

Kalam apartó la vista, se preguntaba cómo iba a formular su petición. *Coge al capitán Irriz. Vivo, pero que no haga ruido. Reúnete conmigo en la cuerda*. Habría que dar alguna explicación y con una bestia que no poseía lenguaje…

El azalan giró de repente con la nariz crispada. La amplia y achaparrada cabeza se hundió en el cuello largo y muy musculoso. Bajó hasta la base de la pared trasera de la tienda, donde la orina del pozo de la letrina había empapado el terreno.

Un chasquido suave y después el demonio se dio la vuelta y levantó una pata trasera. Aparecieron dos penes entre un pliegue de carne.

Dos chorros se estiraron hasta la alfombra empapada.

Kalam se echó hacia atrás al notar el hedor, se metió de espaldas por la solapa y salió al aire frío de la noche, donde se quedó, arrodillado, soportando las arcadas.

Un momento después salió el demonio. Levantó la cabeza para probar el aire y después se perdió entre las sombras a toda velocidad y desapareció en dirección a la tienda del capitán.

Kalam consiguió aspirar una bocanada de aire purificador y poco a poco empezó a controlar los estremecimientos.

—De acuerdo, cachorrito —jadeó en voz baja—, supongo que me has leído el pensamiento. —Tras un momento se incorporó y se quedó agachado, se estiró hacia atrás con el

aliento contenido para recuperar su bolsa y después se tambaleó hacia el risco.

Una mirada hacia atrás le mostró una oleada de vapor o humo que se alzaba de la entrada de su tienda, un crujido bajo que iba creciendo poco a poco en el interior.

Dioses, ¿quién necesita un frasquito de tralb?

Corrió sin ruido hacia el cabo que todavía colgaba bajo el balcón.

Un chisporroteo y un estallido de llamas donde había estado su tienda. Cosa que, desde luego, no iba a pasar desapercibida. Kalam siseó una maldición y se lanzó hacia la cuerda.

En el campamento empezaron a surgir voces. Luego gritos y después chillidos, que iban terminando todos y cada uno en un extraño quejido mutilado.

El asesino frenó en seco ante el risco, cogió la cuerda con las dos manos y empezó a trepar. Estaba a medio camino del balcón cuando el muro de piedra caliza sufrió una sacudida súbita y escupió polvo. Cayeron unos guijarros. Y de repente tenía una forma grande y pesada a su lado, aferrada a la roca dura y acanalada. Metido bajo un brazo estaba Irriz, inconsciente y con la ropa de dormir. El azalan parecía fluir por la pared, las manos se aferraban a las cintas onduladas de sombras como si fueran escalones de hierro. En unos momentos, el demonio llegó al balcón, se subió al borde y desapareció.

Y el saliente de piedra gimió.

Unas grietas serpentearon por la caliza.

Kalam se quedó mirando hacia arriba y vio el balcón entero combarse y después apartarse de la pared.

Los mocasines le resbalaban constantemente al intentar apartarse como podía. Después vio unas manos largas e

inhumanas que se cerraban sobre el borde del saliente de piedra. Y dejó de combarse.

P-pero en el n-nombre del Embozado, c-cómo…

El asesino se puso a trepar otra vez. Unos momentos después llegó al balcón y se aupó por el borde.

El azalan estaba totalmente estirado sobre él. Sujetaba con dos manos el borde. Otras tres sostenían sombras en el risco, sobre la pequeña puerta. Unas sombras salían del demonio, se desenvolvían como capas de piel y unas formas vagamente humanas se estiraban para sujetar el balcón a la pared, aunque el inmenso esfuerzo las iba desgarrando. Cuando Kalam trepó como pudo a la superficie, se oyó un crujido áspero allí donde el balcón se unía a la pared y cayó un palmo por la juntura.

El asesino se abalanzó hacia la puerta metida en la pared, donde vio una cara en la oscuridad, crispada por el terror. Se trataba del mago del pelotón.

—¡Atrás! —siseó Kalam—. ¡Es un amigo!

El mago estiró el brazo y cogió a Kalam por el antebrazo.

El balcón se hundió bajo el asesino al tiempo que a él lo arrastraban al pasillo.

Los dos hombres cayeron hacia atrás, sobre el cuerpo echado de Irriz.

Todo tembló cuando resonó un tremendo golpe seco en el fondo. Los ecos tardaron en desvanecerse.

El azalan se dio la vuelta hacia ellos bajo el dintel de piedra. Sonriendo.

En el pasillo, a poca distancia, se agazapaba un pelotón de soldados. Peccado rodeaba con un brazo a uno, su hermanastro, supuso Kalam mientras se iba levantando poco a poco.

Uno de los soldados a los que el asesino había conocido en el campamento se adelantó, pasó con algún problema

junto al asesino y (con más dificultad) junto al azalan para volver a salir al borde. Después de un momento se dio la vuelta.

—Todo tranquilo ahí abajo, sargento —exclamó—. Aunque el campamento está hecho un desastre. No veo a nadie…

El otro soldado de antes frunció el ceño.

—¿Nadie, Campana?

—No. Como si hubieran huido todos.

Kalam no dijo ni una palabra, aunque tenía sus sospechas. *Había algo en todas esas sombras en posesión del demonio*…

El mago del pelotón se había desenredado de Irriz y en ese momento se dirigió al asesino.

—Es un puñetero amigo de lo más aterrador lo que tienes ahí. Y no es imperial. ¿Reino de Sombra?

—Un aliado temporal —respondió Kalam con un encogimiento de hombros.

—¿Temporal cómo?

El asesino miró al sargento.

—Ya tienes aquí a Irriz, ¿qué planeas hacer con él?

—No lo he decidido todavía. Aquí la muchacha dice que te llamas Ulfas. ¿Es eso? ¿Un nombre barghastiano genabackano? ¿No había un caudillo que se llamaba así? Lo mataron en Perronegro.

—No iba a decirle a Irriz mi verdadero nombre, sargento. Soy un abrasapuentes. Kalam Mekhar, rango de cabo.

Se produjo un silencio.

Entonces el mago suspiró.

—¿No os declararon en rebeldía?

—Un ardid, una de las estratagemas de la emperatriz. Dujek necesitaba tener carta blanca por un tiempo.

—De acuerdo —dijo el sargento—. Da igual si estás diciendo la verdad o no. Hemos oído hablar de ti. Soy el

sargento Cordón. Aquí el mago de la compañía es Ebron. Ese es Campana y el cabo Casco.

El cabo era el hermanastro de Peccado y en la cara del joven no se advertía expresión alguna, sin duda estaba atontado por la conmoción de la repentina aparición de Peccado.

—¿Dónde está el capitán Tierno?

Cordón hizo una mueca.

—El resto de la compañía, lo que queda, está ahí abajo. Perdimos al capitán y al teniente hace unos días.

—¿Los perdisteis? ¿Cómo?

—Esto, bueno, se cayeron a un pozo. Se ahogaron. O eso averiguó Ebron cuando bajó trepando y examinó la situación más de cerca. Es una corriente muy rápida, un río subterráneo. A los pobres cabrones se los llevó el agua.

—¿Y cómo es que se caen dos personas a un pozo, sargento?

El hombre hizo una mueca de desdén y enseñó los dientes de oro.

—Estarían explorando, me imagino. Bueno, cabo, me parece que mi rango es superior al tuyo. De hecho, soy el único sargento que queda. Y si no eres un renegado es que todavía eres soldado del Imperio. Y como soldado del Imperio…

—Ahí me ganas —murmuró Kalam.

—De momento te incorporarás a mi antiguo pelotón. Tienes más antigüedad que el cabo Casco, así que estarás al mando.

—Muy bien, ¿y cuál es la dotación del pelotón?

—Casco, Campana y Cojo. Ya conoces a Campana. Cojo está abajo. Se rompió la pierna en un deslizamiento de rocas, pero se está curando rápido. Hay cincuenta y un soldados en total. Segunda Compañía, regimiento Ashok.

—Parece que tus sitiadores han desaparecido —comentó Kalam—. El mundo no se ha quedado quieto del todo mientras vosotros estabais encerrados aquí dentro, sargento. Creo que debería contaros lo que sé. Hay alternativas a la opción de esperar aquí, por muy acogedor que sea esto, hasta que nos muramos todos de viejos… o nos ahoguemos por accidente.

—Sí, cabo. Ya harás tu informe. Y si quiero pedir consejo sobre lo que hacer a continuación, serás el primero de la lista. Y ahora se acabaron las opiniones. Hora de bajar, y sugiero que busques una correa para ese maldito demonio. Y dile que deje de sonreír.

—Tendrás que decírselo tú, sargento —dijo Kalam con voz cansina.

—El Imperio de Malaz no necesita aliados del reino de Sombra —soltó Ebron de golpe—, ¡deshazte de él!

El asesino le echó una mirada al mago.

—Como ya he dicho antes, ha habido cambios, mago. Sargento Cordón, si quieres, puedes intentar ponerle un collar aquí al azalan, por mí no hay problema. Pero debería decirte primero (aunque no me estés pidiendo consejo) que aunque esas calabazas raras, las sartenes y los palos nudosos atados a los cinturones de la bestia no parecen armas, este azalan acaba de quitarles la vida a más de quinientos guerreros rebeldes. ¿Y cuánto tiempo le llevó? Unos cincuenta latidos, quizá. ¿Hace lo que yo le pido? Esa sí que es una pregunta que merece la pena plantearse, ¿no te parece?

Cordón estudió a Kalam por un largo instante.

—¿Me estás amenazando?

—Tras haber trabajado solo durante un tiempo, sargento —respondió el asesino en voz baja—, se me ha hecho la piel muy sensible. Me haré cargo de tu pelotón. Incluso seguiré

tus órdenes, a menos que resulten ser del género idiota. Si tienes algún problema con eso, se lo llevas a mi sargento la próxima vez que lo veas. Es Whiskeyjack. Aparte de la propia emperatriz, es el único hombre ante el que respondo. ¿Quieres usarme? Estupendo. Puedes disponer de mis servicios… durante un tiempo.

—Está en una misión secreta —murmuró Ebron—. Para la emperatriz, diría yo. Me imagino que habrá vuelto a las Garras; después de todo, es donde empezó, ¿no?

Cordón lo miró con aire pensativo, después se encogió de hombros y se dio la vuelta.

—Esto me está dando dolor de cabeza. Vamos abajo.

Kalam vio al sargento abrirse camino entre el grupo de soldados que atestaban el pasillo. *Algo me dice que no me lo voy a pasar muy bien aquí*.

Peccado dio un paso de baile.

Una espada borrosa de hierro oscuro se alzó por el horizonte, una inmensa hoja amoratada que parpadeaba y se iba hinchando. El viento había amainado y parecía que la isla que había en el camino de la punta de la espada no se acercaba más. Navaja se acercó al único mástil y empezó a recoger la vela orzada para prepararse para la tormenta.

—Voy a coger un rato los remos —dijo—. ¿Quieres llevar tú el timón?

Apsalar se dirigió a la popa con un encogimiento de hombros.

La tormenta todavía se encontraba detrás de la isla de Deriva Avalii, sobre la que pendía un banco de nubes pesadas, aparentemente permanente e inmóvil. Aparte de una costa que se alzaba escarpada, no parecía haber ningún terreno alto; los bosques de cedros, abetos y secuoyas

parecían impenetrables con los troncos envueltos en una oscuridad eterna.

Navaja se quedó mirando a la isla un momento más, después calculó el ritmo de la tormenta que se acercaba. Se acomodó en el banco junto al mástil y cogió los remos.

—Quizá lo consigamos —dijo al tiempo que dejaba caer las palas en el agua turbia y tiraba.

—La isla la hará pedazos —respondió Apsalar.

Él entrecerró los ojos y la miró. Era la primera vez en varios días que la joven se había aventurado a comentar algo sin una considerable insistencia por su parte.

—Bueno, puede que haya cruzado un puto océano, pero sigo sin entender nada del mar. ¿Por qué iba a romper esa tormenta una isla que no tiene una sola montaña?

—Una isla normal no lo haría —respondió ella.

—Ah, ya veo. —Navaja se quedó callado.

Lo que Apsalar sabía procedía de los recuerdos de Cotillion, que parecían añadir otra capa más a la desdicha de la joven. El dios estaba con ellos de nuevo, una presencia que se interponía entre los dos y los perseguía. Navaja le había contado la espectral visita, las palabras de Cotillion. La angustia de la chica (y su furia apenas constreñida) parecía originarse en el reclutamiento del propio Navaja por parte del dios.

La elección de su nuevo nombre la había desagradado desde el principio y que se hubiera convertido, a todos los efectos, en un esbirro del dios patrón de los Asesinos parecía herirla en lo más profundo. Navaja había sido muy ingenuo, según se veía al mirar las cosas en retrospectiva, al creer que esa novedad los acercaría más.

Apsalar no era feliz con el camino que había escogido ella misma, algo que, al comprenderlo, había conmocionado al daru. La joven no obtenía placer ni satisfacción en su propia

fría y brutal eficacia como asesina. Navaja se había imaginado una vez que la efectividad era un premio en sí mismo, que la habilidad engendraba su propia justificación y creaba su propio apetito, y de ese apetito se derivaba cierto placer. Una persona se sentía atraída por el dominio que tenía de algo; en Darujhistan, después de todo, sus hábitos de ladrón no habían sido producto de la necesidad. Nunca se había muerto de hambre en las calles de la ciudad ni había sido víctima de sus realidades más crueles. Había robado solo por placer y porque se le daba bien. Un futuro como maestro de ladrones parecía por aquel entonces un objetivo digno, la notoriedad indistinguible del respeto.

Pero resultaba que Apsalar estaba intentando decirle que la eficacia no justificaba nada. Que la necesidad exigía su propio camino y no había virtud que se pudiera encontrar en el fondo.

Navaja se había visto de repente librando una guerra sutil con la joven, las armas eran las del silencio y las expresiones veladas.

Les gruñó a los remos. Los mares se estaban picando.

—Bueno, espero que tengas razón —dijo—. No nos vendría mal un refugio… aunque, por lo que dijo la Cuerda, habrá problemas entre los habitantes de Deriva Avalii.

—Tiste andii —dijo Apsalar—. El pueblo de Anomander Rake. Los hizo asentarse allí para proteger el trono.

—¿Recuerdas si Danzante, o Cotillion, hablaron con ellos?

Los ojos oscuros de la joven se posaron en los suyos por un breve instante, después apartó la vista.

—Fue una conversación corta. Estos tiste andii no han conocido otra cosa que el aislamiento desde hace demasiado tiempo. Su señor los dejó allí y jamás ha regresado.

—¿Nunca?

—Hay… complicaciones. La orilla que tenemos delante no ofrece bienvenida alguna, puedes verlo por ti mismo.

Navaja volvió a meter los remos y se giró en el asiento.

La orilla era arenisca gris y apagada, gastada por las olas y convertida en capas y salientes ondulados.

—Bueno, podemos acercarnos sin mayores dificultades, pero ya veo a qué te refieres. No hay sitio para llevar el velero, y si lo atamos, nos arriesgamos a que lo destrocen las olas. ¿Alguna sugerencia?

La tormenta (o la isla) estaba cogiendo aire y tirando de la vela. Se acercaban a toda prisa a la costa rocosa.

También se habían aproximado más los rumores del cielo y Navaja pudo ver que las copas agitadas de los árboles daban fe de la llegada de un viento fuerte y fiero que estiraba las nubes que corrían sobre la isla y las convertía en zarcillos largos y retorcidos.

—No tengo sugerencias —respondió al fin Apsalar—. Hay otra preocupación, las corrientes.

Y Navaja ya las notaba. Era cierto que la isla iba a la deriva, sin amarrar como estaba al fondo del mar. Unos remolinos giraban y se agitaban alrededor de la arenisca. El agua se hundía, el mar volvía a expulsarla y hervía por toda la costa.

—Que Beru nos proteja —murmuró Navaja—. Esto no va a ser fácil. —Se arrastró hasta la proa.

Apsalar hizo girar el velero y lo puso en un rumbo paralelo a la orilla.

—Busca un saliente que esté bajo en el agua —exclamó—. Quizá podamos arrastrar el bote hasta él.

Navaja no dijo nada. Harían falta cuatro hombres fuertes o más para conseguirlo, *pero al menos llegaríamos a la orilla de una pieza*. Las corrientes tiraban del casco y desplazaban

la nave de un lado a otro. Un vistazo a su espalda le mostró a Apsalar luchando por estabilizar el timón.

La apagada arenisca gris reveló, en sus incontables salientes y modulaciones, una historia de niveles del mar en constante cambio. Navaja no entendía cómo podía flotar una isla. Si la responsable era la hechicería, entonces su poder era inmenso y, sin embargo, parecía cualquier cosa salvo perfecto.

—¡Ahí! —gritó Navaja de repente y señaló un punto por delante, donde las ondulaciones de la costa caían convertidas en un trozo plano, apenas un palmo por encima de las aguas agitadas.

—Prepárate —le ordenó Apsalar al tiempo que se medio levantaba de su asiento.

Navaja subió gateando por la proa con un rollo de cuerda en la mano izquierda y se preparó para saltar al saliente. Cuando se acercaron, el joven vio que el saliente de piedra era fino y estaba muy socavado.

Se acercaron a toda prisa y Navaja saltó.

Aterrizó con los dos pies en el suelo, flexionó las rodillas y se agachó.

Se oyó un crujido agudo, después la piedra estaba cayendo bajo sus mocasines. El agua fría le envolvió los tobillos. Perdido el equilibrio, el daru se derrumbó hacia atrás con un gañido. Tras él, el barco se precipitó hacia tierra, sobre la ola que caía tras el rastro del saliente hundido. Navaja se hundió en las aguas profundas y el casco incrustado rodó sobre él.

Las corrientes tiraron del joven hacia el fondo, hacia la oscuridad helada. Su talón izquierdo chocó con la roca de la isla, el impacto suavizado por una gruesa piel de algas.

Más abajo, una caída aterradoramente rápida hacia las profundidades.

Después, el muro de roca desapareció y las corrientes lo arrastraron bajo la isla.

Un rugido le llenó la cabeza, el sonido de la velocidad del agua. La última bocanada de aire se estaba reduciendo a la nada en su pecho. Algo duro lo aporreó en el costado (un trozo del casco del velero, restos de un naufragio arrastrados por las corrientes), el barco de los dos jóvenes había volcado. O bien Apsalar estaba en alguna parte del remolino de agua con él o se las había arreglado para saltar a la arenisca sólida. Navaja esperaba que fuera lo segundo, que no se ahogaran los dos, pues ahogarse era ya lo único que le quedaba.

Lo siento, Cotillion. Confío en que no esperaras mucho de mí...

Chocó con piedra una vez más, rodó por ella y después la corriente tiró de él hacia arriba y de repente lo escupió.

Agitó brazos y piernas, arañó el agua inmóvil, notaba el pulso aporreándole la cabeza. Desorientado, el pánico lo atravesaba como un incendio forestal y estiró los brazos una última vez.

La mano derecha se hundió en el aire frío.

Un momento después, sacó la cabeza a la superficie.

El aire gélido, cortante, le invadió los pulmones, dulce como la miel. No había luz y sus jadeos no arrancaban ecos, parecían desvanecerse en una inmensidad desconocida.

Navaja llamó a Apsalar a gritos, pero no hubo respuesta.

Su cuerpo se estaba entumeciendo a gran velocidad. Escogió una dirección al azar y se puso a nadar.

Y pronto chocó con un muro de piedra, cubierto de una vegetación húmeda y resbaladiza. Levantó los brazos y encontró solo una pared escarpada. Siguió nadando junto a ella, los miembros se le debilitaban, una lasitud mortal lo iba

invadiendo. Navaja siguió luchando aunque sentía que se le escapaba la voluntad.

Entonces, su mano estirada cayó sobre la superficie plana de un saliente. Navaja lanzó los dos brazos sobre la piedra. Las piernas, entumecidas por el frío, tiraban de él. Gimió e intentó salir arrastrándose del agua, pero le fallaron las fuerzas. Los dedos abrieron surcos en el cieno y poco a poco se fue hundiendo.

Un par de manos se cerraron sobre él, una en cada hombro, y cogieron la tela empapada entre unos dedos duros como el hierro. Sintió que lo sacaban del agua y después lo dejaban caer en el saliente.

Navaja permaneció allí tirado, inmóvil, llorando. Los estremecimientos lo sacudían entero.

Al final, un leve crujido lo alcanzó, parecía proceder de todas partes. El aire se hizo más cálido, un fulgor apagado se iba alzando poco a poco.

El daru rodó de lado. Esperaba ver a Apsalar, pero en su lugar, de pie sobre él, estaba un anciano con una altura extraordinaria, el cabello largo, blanco y enmarañado, barba cana, aunque la piel era negra como el ébano, con los ojos de un color ámbar profundo y brillante, la única fuente de luz, comprendió Navaja, conmocionado.

Alrededor de los dos las algas se iban secando, se encogían bajo las oleadas de calor que irradiaba el desconocido. El saliente solo tenía unos cuantos pasos de anchura, un único borde de piedra resbaladiza flanqueada por muros verticales que se extendían a los lados. Navaja estaba recuperando la sensación en las piernas y la ropa le humeaba por el calor. Luchó por incorporarse.

—Gracias —dijo en malazano.

—Tu nave ha contaminado el estanque —respondió el hombre—. Supongo que querrás recuperar algunos de los restos.

Navaja se giró para mirar el agua, pero no avistó nada.

—Tenía una compañera…

—Llegaste solo. Es probable que tu compañera se ahogara. Solo una corriente trae a las víctimas aquí. El resto lleva solo a la muerte. En la isla en sí solo hay un sitio donde atracar y tú no lo encontraste. Pocos cadáveres en los últimos tiempos, por supuesto, dada la distancia que nos separa de las tierras ocupadas. Y el fin del comercio.

Las palabras eran vacilantes, como si pocas veces las usaran, y el hombre se alzaba con aire torpe.

¿Se ha ahogado? Es más probable que consiguiera llegar a la orilla. No para Apsalar el vil fin que casi me lleva a mí. Claro que… Todavía no era inmortal y estaba tan sujeta a la indiferencia cruel del mundo como cualquiera. Navaja apartó el pensamiento por un instante.

—¿Estás recuperado?

Navaja levantó la cabeza.

—¿Cómo me has encontrado?

Un encogimiento de hombros.

—Es mi trabajo. Y ahora, si puedes caminar, es hora de irnos.

El daru se levantó. Ya tenía la ropa casi seca.

—Posees dones inusuales —comentó—. Me llamo… Navaja.

—Puedes llamarme Darist. No debemos demorarnos. Con la sola presencia de vida en este lugar corremos el riesgo de que se despierte.

El antiquísimo tiste andii se giró para mirar el muro de piedra. A un gesto suyo apareció una puerta tras la cual había unos escalones de piedra que subían.

—Lo que sobrevivió al naufragio de tu navío espera arriba, Navaja. Ven.

El daru echó a andar tras el hombre.

—¿Despertar? ¿Quién podría despertarse?

Darist no respondió.

Los escalones estaban gastados y resbaladizos, la ascensión era escarpada y aparentemente interminable. El agua fría le había robado las fuerzas a Navaja y su paso se hacía cada vez más lento. Una y otra vez Darist se detenía a esperarlo, sin decir nada, con la expresión impenetrable.

Salieron al final a un pasillo llano que recorrían, junto a las paredes, columnas de ásperos cedros. El aire olía a humedad y cerrado bajo el aroma picante de la madera. No había nadie más a la vista.

—Darist —preguntó Navaja mientras bajaban por el pasillo—, ¿seguimos todavía bajo el nivel del suelo?

—Así es, pero no subiremos más de momento. La isla está siendo atacada.

—¿Qué? ¿Por quién? ¿Qué hay del trono?

Darist se detuvo y giró en redondo, el brillo de sus ojos se profundizó un poco.

—Una pregunta hecha sin la debida prudencia. ¿Qué te ha traído, humano, a Deriva Avalii?

Navaja dudó. Sabía que las relaciones no era muy buenas entre los actuales regidores de Sombra y los tiste andii. Y Cotillion tampoco había sugerido ni por lo más remoto que entablara contacto con los hijos de Oscuridad. Los habían emplazado allí, después de todo, para que se aseguraran de que el verdadero trono de Sombra permanecía vacío.

—Me envió un mago, un erudito cuyos estudios lo habían llevado a creer que la isla, y todo lo que contenía, estaba en peligro. Intenta descubrir la naturaleza de esa amenaza.

Darist se quedó callado un momento, con el rostro arrugado desprovisto de expresión.

—¿Cómo se llama ese erudito? —dijo después.

—Eh, Baruk. ¿Lo conoces? Vive en Darujhistan…

—Lo que hay en el mundo más allá de esta isla a mí no me concierne —respondió el tiste andii.

Y por eso, anciano, es por lo que te has metido en este lío. Cotillion tenía razón.

—Los tiste edur han vuelto, ¿verdad? Para reclamar el trono de Sombra. Pero fue Anomander Rake el que te dejó aquí, el que te confió…

—Todavía vive, ¿verdad? Si el hijo favorito de madre Oscuridad no está complacido con el modo en que hemos llevado a cabo esta tarea, debe venir y decírnoslo en persona. No fue un mago humano el que te envió aquí, ¿verdad? ¿Te arrodillas ante el que empuña Dragnipur? ¿Vuelve acaso a reclamar la sangre de los tiste andii? ¿Ha renunciado a su sangre draconiana?

—No sabría…

—¿Aparece ahora como un anciano, mucho más anciano que yo? Ah, ya veo en tu rostro la verdad. No lo ha hecho. Bueno, pues puedes regresar con él y decirle…

—¡Espera! ¡Yo no sirvo a Rake! Sí, lo vi en persona y no hace mucho tiempo, y parecía bastante joven. Pero no me arrodillé ante él, ¡bien sabe el Embozado que en ese momento estaba muy ocupado, en cualquier caso! ¡Demasiado ocupado luchando con un demonio para charlar conmigo! Nuestros caminos solo se cruzaron. No sé de qué estás hablando, Darist. Perdona. Y desde luego no estoy en posición de buscarlo y decirle lo que sea que tenga que decirle de tu parte.

El tiste andii estudió a Navaja un momento más, después se dio la vuelta y reanudó su viaje.

El daru lo siguió, en sus pensamientos solo había confusión. Una cosa era aceptar el encargo de un dios, pero cuanto más viajaba por aquel pavoroso camino, más insignificante se sentía. Las discusiones entre Anomander Rake y los tiste andii de Deriva Avalii… bueno, aquello tampoco era asunto suyo. El plan había sido meterse de forma furtiva en la isla y pasar desapercibidos para determinar si los edur habían encontrado de verdad el lugar, aunque cualquiera sabía lo que Cotillion iba a hacer con esa información.

Pero eso es algo que debería plantearme, supongo. ¡Maldita sea, Navaja, Azafrán habría tenido preguntas! Bien sabe Mowri que habría dudado mucho más antes de aceptar el trato de Cotillion. ¡Si es que lo hubiera aceptado siquiera! El nuevo personaje estaba imponiendo cierto sentido de la censura, él había creído que le daría más libertad; pero estaba empezando a tener la sensación de que el auténticamente libre había sido Azafrán.

Aunque tampoco se podía decir que la libertad garantizara la felicidad. De hecho, ser libre era vivir en ausencia. De responsabilidades, de lealtades, de las presiones que imponían las expectativas. *Ah, la miseria ha mancillado mis opiniones. Miseria y la amenaza del dolor auténtico, que cada vez se acerca más, pero no, tiene que estar viva. Ahí arriba, en algún lugar. En una isla que está siendo atacada*…

—Darist, por favor, espera un momento.

La alta figura se detuvo.

—No veo razón para responder a tus preguntas.

—Estoy preocupado… por mi compañera. Si está viva, se encuentra en algún sitio sobre nosotros, en la superficie. Has dicho que os estaban atacando. Temo por ella…

—Percibimos la presencia de desconocidos, Navaja. Sobre nosotros hay tiste edur. Pero nadie más. Esa compañera tuya se ha ahogado. No tiene sentido mantener la esperanza.

El daru se sentó de repente. Se sentía enfermo, el corazón le palpitaba de angustia. Y desesperación.

—La muerte no es un destino cruel —dijo Darist encima de él—. Si era una amiga, echarás de menos su compañía y esa es la verdadera fuente de tu dolor, tu pena es por ti mismo. Mis palabras puede que te desagraden, pero hablo por experiencia. He sentido la muerte de muchos de los míos y lloro los espacios vacíos que dejaron en mi vida. Pero tales pérdidas solo sirven para facilitar mi propio e inminente fallecimiento.

Navaja levantó la cabeza y se quedó mirando al tiste andii.

—Darist, perdóname. Puede que seas viejo, pero también eres un maldito idiota. Y empiezo a entender por qué Rake os dejó aquí y después se olvidó de vosotros. Y ahora hazme el favor de callarte. —Se incorporó, se sentía vacío por dentro, pero estaba decidido a no rendirse a la desesperación que amenazaba con abrumarlo. *Porque rendirse es lo que ha hecho este tiste andii*.

—Tu ira no me produce daño alguno —dijo Darist. Se volvió y señaló con un gesto las puertas dobles que tenían justo delante—. Por aquí encontrarás un lugar para descansar. Tus restos también aguardan ahí.

—¿No me contarás nada de la batalla que se libra arriba?

—¿Qué hay que contarte, Navaja? Hemos perdido.

—¿Perdido? ¿Quién queda entre vosotros?

—Aquí, en la Fortaleza, donde se encuentra el trono, solo estoy yo. Ahora será mejor que descanses. Tendremos compañía muy pronto.

Los aullidos de rabia reverberaban por los huesos de Onrack, aunque sabía que su compañero no oía nada. Eran gritos de los espíritus, dos espíritus atrapados dentro de dos de las enormes y bestiales estatuas que se alzaban en la planicie ante ellos.

El manto de nubes del cielo se había roto y se desvanecía a toda prisa convertido en finos jirones. Tres lunas cabalgaban los cielos y había tres soles. La luz fluía con tonos cambiantes a medida que las lunas se balanceaban en sus ataduras invisibles. Un mundo extraño, inquietante, reflexionó Onrack.

La tormenta se había agotado. Habían esperado al socaire de una pequeña colina mientras se revolvía alrededor de las gigantescas estatuas, el viento pasaba aullando en su salvaje carrera entre las calles salpicadas de escombros de la ciudad en ruinas que había detrás. El aire había comenzado a humear.

—¿Qué ves, t'lan imass? —preguntó Trull desde donde se había sentado en cuclillas, de espaldas a los edificios.

El t'lan imass se encogió de hombros y dejó su prolongado estudio de las estatuas.

—Aquí hay misterios… sobre los que sospecho que tú sabes más que yo.

El tiste edur levantó la mirada con una expresión irónica.

—Eso no parece muy probable. ¿Qué sabes tú de los mastines de Sombra?

—Muy poco. Los logros se cruzaron con ellos solo una vez, hace mucho tiempo, en la época del Primer Imperio. Siete de número. Servían a un amo desconocido, pero estaban empeñados en la destrucción.

Trull esbozó una sonrisa extraña.

—¿El Primer Imperio humano o el vuestro? —preguntó después.

—Sé poco del imperio humano de ese nombre. No se nos atrajo a su corazón más que una vez, Trull Sengar, como respuesta al caos de los soletaken y los d’ivers. Los mastines no hicieron acto de presencia durante esa masacre. —Onrack volvió la cabeza y miró al inmenso mastín de piedra que tenían delante—. Creen —dijo poco a poco— los invocahuesos que hacer un icono de un dios es capturar su esencia en el interior de ese icono. Incluso la disposición de unas piedras prescribe el confinamiento. Igual que una choza puede medir los límites de poder de un mortal, así también hay espíritus y dioses sellados en el interior de un lugar elegido de tierra, piedra o madera… o en un objeto. De este modo, el poder se encadena y se hace manejable. Dime, ¿los tiste edur están de acuerdo con esa noción?

Trull Sengar se puso en pie.

—¿Crees que nosotros levantamos estas gigantescas estatuas, Onrack? ¿Vuestros invocahuesos también creen que el poder comienza como una cosa desprovista de forma y por tanto más allá de todo control? ¿Y que tallar un icono, o hacer un círculo de piedras, impone en realidad un orden a ese poder?

Onrack ladeó la cabeza y se quedó callado un momento.

—Entonces debe de ser que hacemos nuestros propios dioses y espíritus. Que la fe exige forma y la forma da vida al ser. ¿Pero acaso no fueron los tiste edur moldeados por la madre Oscuridad? ¿No fue vuestra diosa la que os creó?

La sonrisa de Trull se ensanchó.

—Me refería a estas estatuas, Onrack. Para responderte, no sé si las manos que les dieron forma fueron tiste edur. En cuanto a la madre Oscuridad, puede ser que al crearnos, se limitara a separar lo que no estaba separado antes.

—¿Sois entonces las sombras de los tiste andii? ¿Liberados por la misericordia de vuestra diosa madre?

—Pero Onrack, a todos nos liberan.

—Dos de los mastines están aquí, Trull Sengar. Sus almas permanecen atrapadas en la piedra. Y una cosa más que señalar: estos retratos no arrojan sombra alguna.

—Como tampoco lo hacen los propios mastines.

—Si no son más que reflejos, entonces debe de haber mastines de Oscuridad, de los que se arrancaron —insistió Onrack—. Sin embargo, no se sabe de tales… —El t’lan imass se quedó callado de repente.

Trull se echó a reír.

—Parece que sabes más del Primer Imperio humano de lo que habías indicado. ¿Cómo se llamaba ese emperador tirano? Da igual. Deberíamos continuar el viaje hacia la puerta…

—Dissembelackis —susurró Onrack—. El fundador del Primer Imperio humano. Desaparecido mucho tiempo antes de que se desatara el ritual de la Bestia. Se creía que había… virado.

—¿D’ivers?

—Sí.

—¿Y el número de las bestias?

—Siete.

Trull levantó la cabeza y se quedó mirando las estatuas, después hizo un gesto.

—Nosotros no construimos esto. No, no estoy seguro, pero en el fondo siento… que no hay empatía. Son siniestros y brutales a mis ojos, t’lan imass. Los mastines de Sombra no son dignos de veneración. Carecen desde luego de ataduras, son salvajes y letales. Para dominarlos de verdad hay que sentarse en el trono de Sombra, como señor del reino. Pero

es más que eso. Hay que reunir primero los fragmentos separados. Hacer de Kurald Emurlahn un todo una vez más.

—Y eso es lo que buscan los tuyos —dijo Onrack con voz profunda—. La posibilidad me inquieta.

El tiste edur estudió al t'lan imass y después se encogió de hombros.

—No compartía tu angustia ante la perspectiva, al principio no. Y, de hecho, si hubiera continuado siendo algo… puro, quizá yo aún estaría junto a mis hermanos. Pero otro poder actúa tras un velo en todo esto, no sé quién o qué, pero le gustaría desgarrar ese velo.

—¿Por qué?

A Trull pareció sorprenderle la pregunta, después se estremeció.

—Porque lo que ha hecho de mi pueblo es una abominación, Onrack.

El t'lan imass emprendió la marcha hacia el hueco que quedaba entre las dos estatuas más cercanas.

Después de un momento, Trull Sengar lo siguió.

—Me imagino que no sabes lo que es ver que los tuyos se van disolviendo, ver el espíritu de un pueblo entero corromperse, luchar sin fin por abrirles los ojos, como ha abierto los tuyos la claridad que te ha concedido el azar.

—Cierto —respondió Onrack, sus pasos resonaban con tono seco en el suelo empapado.

—Y tampoco es simple ingenuidad —continuó el tiste edur, que iba cojeando tras Onrack—. Nuestra negativa es deliberada, nuestra estudiada indiferencia sirve de manera muy conveniente a nuestros más bajos deseos. Somos un pueblo con una larga vida que ahora se arrodilla ante intereses a corto plazo…

—Si eso te parece inusual —murmuró el t'lan imass—, entonces se deduce que el que está tras el velo os necesita

solo a corto plazo, si es cierto que ese poder oculto está manipulando a los tiste edur.

—Una idea interesante. Bien es posible que tengas razón. La pregunta, entonces, es, una vez que se alcance ese objetivo a corto plazo, ¿qué le ocurrirá a mi pueblo?

—Las cosas que sobreviven a su utilidad se desechan —respondió Onrack.

—Se abandonan. Sí…

—A menos, por supuesto —continuó el t'lan imass— que luego supongan una amenaza para aquel que los ha explotado. Si es así, entonces la respuesta sería aniquilarlos una vez que dejaran de ser útiles.

—Hay un desagradable tono de verdad en tus palabras, Onrack.

—Suelo ser desagradable en general, Trull Sengar.

—Lo empiezo a asimilar. Dices que las almas de dos mastines están encerradas en el interior de estas estatuas, ¿y cuáles sostienes que son?

—Caminamos ahora entre ellas.

—Me pregunto qué están haciendo aquí…

—Han dado forma a la piedra para cercarlos, Trull Sengar. Nadie le pregunta al espíritu o al dios, cuando se elabora un icono, si desea el encierro, ¿verdad? La necesidad de hacer las vasijas es una necesidad de los mortales. Poder posar los ojos en lo que se venera es una afirmación del control en el peor de los casos o, en el mejor, la ilusión de que se puede negociar el destino que te espera.

—¿Y tales nociones te parecen, como es de esperar, patéticas, Onrack?

—A mí me parecen patéticas la mayor parte de las nociones, Trull Sengar.

—¿Crees que estas bestias están atrapadas para toda la eternidad? ¿Es aquí adonde vienen cuando las destruyen?

Onrack se encogió de hombros.

—No tengo paciencia para estos juegos. Sabes y sospechas cosas tú también, pero no las expresas. En lugar de eso, pretendes descubrir lo que yo sé y lo que percibo de estos espíritus atrapados. No me importa en absoluto la suerte que puedan correr, en uno u otro sentido, estos mastines de Sombra. De hecho, me parece desafortunado que (si a estos dos los mataron en algún otro reino y por eso han terminado aquí) no queden más que cinco, pues eso reduce mis posibilidades de matar uno yo mismo. Y creo que disfrutaría matando a un mastín de Sombra.

La carcajada del tiste edur fue dura.

—Bueno, no negaré que esa seguridad en ti mismo sirve de mucho. Con todo, Onrack de los logros, no creo que le dieras la espalda a un encuentro violento con un mastín.

El t'lan imass se detuvo y se volvió hacia Trull Sengar.

—Hay piedra y hay piedra.

—Me temo que no entiendo…

A modo de respuesta, Onrack desenvainó su espada de obsidiana y se acercó a la más cercana de las dos estatuas. La zarpa de la criatura ya era en sí más alta que el t'lan imass. Este levantó el arma con las dos manos y después lanzó un golpe contra la piedra oscura e incólume.

Un crujido penetrante hendió el aire.

Onrack se tambaleó y echó hacia atrás la cabeza cuando las fisuras se dispararon por el enorme edificio.

La construcción pareció estremecerse y después explotó en una nube imponente de polvo.

Trull Sengar se echó hacia atrás con un chillido y se alejó gateando cuando la oleada de polvo empezó a extenderse para envolverlo.

La nube siseó alrededor de Onrack. El t'lan imass se irguió y después se puso en posición de combate cuando

apareció una forma más oscura entre el remolino de calima gris.

Atronó una segunda conmoción (esa vez detrás del t'lan imass) cuando explotó la otra estatua. La oscuridad descendió cuando las dos nubes ocultaron los horizontes a no más de una docena de pasos en todas direcciones.

Ya solo hasta el hombro, la bestia que surgió ante Onrack era tan alta como Trull Sengar. Tenía el pelo incoloro y los ojos ardían de color negro. Una cabeza amplia y plana, orejas pequeñas…

Una luz que atravesó la penumbra cenicienta, parte de la luz de los dos soles y la que se reflejaba de las lunas, llegó al suelo y arrojó bajo el mastín una veintena de sombras.

La bestia mostró unos dientes del tamaño de colmillos, los labios se separaban en un gruñido silencioso que revelaba encías rojas como la sangre.

El mastín atacó.

La espada de Onrack era un contorno borroso negro como la noche que destelló para besar el grueso y musculoso cuello de la criatura, pero el golpe solo cortó el aire polvoriento. El t'lan imass sintió unas mandíbulas enormes que se cerraban sobre su pecho. Un tirón lo levantó del suelo. Los huesos se partieron. Una sacudida salvaje que le arrancó la espada de las manos y después se vio volando por la penumbra granulosa…

Para que lo capturara con un chasquido agudo un segundo par de mandíbulas.

Los huesos del brazo izquierdo se partieron en una veintena de pedazos dentro del envoltorio tenso de la piel marchita, y después se lo arrancaron por completo del cuerpo.

Otra sacudida que lo hizo crujir todo y lo lanzó por el aire una vez más… para estrellarse y convertirse en un montón

astillado en el suelo, por donde rodó de nuevo. Después se quedó quieto.

Onrack notó un trueno en el cráneo. Se planteó disolverse en polvo, pero por primera vez no era dueño de la voluntad ni, al parecer, de la capacidad para hacerlo.

Le habían quitado el poder, el voto se había roto, se lo habían arrancado del cuerpo. Era, comprendió, como aquellos de sus parientes caídos, los que habían sufrido tanta destrucción física que habían dejado de ser uno con los t'lan imass.

Se quedó allí echado, inmóvil, y sintió el pesado paso de uno de los mastines que se acercaba sin ruido y permanecía, imponente, sobre él. Un hocico moteado de polvo y fragmentos le dio un pequeño empujón, le presionó las costillas rotas del pecho. Después se alzó. Onrack escuchó su aliento, el sonido, como olas que penetrasen con la marea en unas cuevas, pudo sentir su presencia como una sustancia pesada en el aire húmedo.

Tras un largo instante, Onrack se percató de que la bestia ya no se cernía sobre él. Y tampoco pudo oír las lentas pisadas por la tierra húmeda. Era como si la criatura y su compañero se hubieran desvanecido sin más.

Después el arañazo de unas botas en el suelo, cerca, un par de manos que le daban la vuelta y lo colocaban de espaldas.

Trull Sengar se lo quedó mirando.

—No sé si todavía puedes oírme —murmuró—. Pero si te sirve de consuelo, Onrack de los logros, esos no eran mastines de Sombra. Oh no, desde luego que no. Eran los de verdad. Los mastines de Oscuridad, amigo mío. Me aterra pensar lo que has liberado aquí…

Onrack consiguió elaborar una respuesta, sus palabras fueron un rumor seco y suave.

—Para que luego hablen de gratitud.

Trull Sengar arrastró al destrozado t'lan imass hasta un muro bajo al borde de la ciudad, donde sentó al guerrero y lo apoyó en el muro.

—Ojalá supiera qué más puedo hacer por ti —dijo al dar un paso atrás.

—Si los míos estuvieran presentes —dijo Onrack— completarían los rituales necesarios. Me separarían la cabeza del cuerpo y buscarían para ella un lugar adecuado para que pudiera contemplar la eternidad. Desmembrarían el cuerpo decapitado y esparcirían los miembros. Se llevarían mi arma, para devolverla al lugar de mi nacimiento.

—Oh.

—Por supuesto, tú no puedes hacer tales cosas. Así pues, me veo obligado a continuar a pesar de mi estado actual. —Con eso, Onrack se fue irguiendo poco a poco, con esfuerzo, los huesos rotos chirriaban y crujían, las astillas iban cayendo.

—Podrías haber hecho esto antes de que te arrastrara —rezongó Trull.

—Lamento sobre todo la pérdida del brazo —dijo el t'lan imass mientras estudiaba los músculos desgarrados del hombro izquierdo—. Mi espada es más efectiva cuando se sujeta con dos manos. —Se tambaleó hacia donde yacía el arma en medio del cieno. Parte de su pecho se hundió cuando se inclinó para recogerla. Al erguirse, Onrack miró a Trull Sengar—. Ya no soy capaz de percibir la presencia de las puertas.

—Deberían ser bastante obvias —respondió el tiste edur—. Supongo que cerca del centro de la ciudad. Menudo par estamos hechos, ¿verdad?

—Me pregunto por qué no te mataron los mastines.

—Parecían impacientes por irse. —Trull emprendió la marcha por la calle que tenían justo enfrente, Onrack lo siguió—. Ni siquiera estoy seguro de que me vieran, la nube de polvo era densa. Dime, Onrack, si hubiera otros t'lan imass aquí, ¿habrían hecho todas esas cosas por ti? ¿A pesar de que sigues siendo capaz de… funcionar?

—Como tú, Trull Sengar, ahora estoy expulsado. Del ritual. De mi propio pueblo. Mi existencia carece ahora de significado. La última tarea que me queda es buscar a los otros cazadores, para hacer lo que se ha de hacer.

La calle estaba cubierta de sedimentos húmedos y densos. Los edificios bajos de ambos lados, desgarrados sobre el nivel del suelo, lucían unan capa similar que suavizaba todas las aristas, como si la ciudad se estuviera fundiendo poco a poco. No se veía una arquitectura grandiosa y los escombros de las calles revelaban que eran poco más que ladrillos quemados. No había señal de vida por ninguna parte.

Continuaron adelante, a un paso tortuoso y lento. La calle se fue ensanchando poco a poco y formó una inmensa explanada flanqueada por pedestales que en otro tiempo habían albergado estatuas. Los arbustos y los árboles desarraigados estropeaban el paisaje, todo de un gris uniforme, que iba asumiendo un tono sobrenatural bajo el ya dominante sol azul, que a su vez pintaba una gran luna de color magenta.

Al otro extremo había un puente sobre lo que había sido un río, pero que en esos momentos estaba lleno de sedimentos. Una masa enmarañada de detritos se había encaramado a un lado del puente y había derramado diversos restos sobre la pasarela. Entre la basura se hallaba una cajita.

Trull se inclinó sobre ella cuando llegaron al puente. Después se agachó.

—Parece bien sellada —dijo al tiempo que estiraba el brazo para soltar el cierre y después levantar la tapa—. Qué raro. Parecen tarros de arcilla. Pequeños…

Onrack se acercó junto al tiste edur.

—Son municiones moranthianas, Trull Sengar.

El tiste edur levantó la cabeza.

—Yo no sé nada de tales cosas.

—Armas. Explotan cuando se rompe la arcilla. Por lo general se arrojan. Lo más lejos posible. ¿Has oído hablar del Imperio de Malaz?

—No.

—Humano. De mi reino natal. Estas municiones pertenecen a ese Imperio.

—Bueno, eso sí que es inquietante. ¿Y por qué están aquí?

—No lo sé.

Trull Sengar cerró la tapa y cogió la caja.

—Si bien preferiría una espada, esto tendrá que servir. No me ha complacido permanecer desarmado durante tanto tiempo.

—Hay una estructura allá… un arco.

El tiste edur se irguió y asintió.

—Sí. Es lo que buscamos.

Los dos continuaron.

El arco se alzaba sobre unos pedestales en el centro de una plaza empedrada. Las riadas habían llevado sedimentos hasta la boca, donde se habían secado formando extraños riscos dentados. Cuando los dos viajeros se acercaron, descubrieron que la arcilla era roca dura. Aunque la puerta no se manifestaba de ningún modo discernible, un calor pulsátil irradiaba del espacio que había bajo el arco.

Las columnas de la estructura carecían de adornos. Onrack estudió el edificio.

—¿Qué puedes percibir en esto? —preguntó el t'lan imass tras un momento.

Trull Sengar sacudió la cabeza y después se acercó. Se detuvo cerca del umbral de la puerta.

—No puedo creer que por aquí se pueda pasar, el calor que sale de ahí es abrasador.

—Es posible que sea una guarda —sugirió Onrack.

—Sí. Y no tenemos medio de hacerla pedazos.

—No es cierto.

El tiste edur volvió la cabeza y miró a Onrack, después la bajó y se fijó en la caja que llevaba bajo el brazo.

—No entiendo cómo un explosivo mundano podría destruir una guarda.

—La hechicería depende de patrones, Trull Sengar. Haz pedazos el patrón y la magia falla.

—Muy bien, intentémoslo.

Se apartaron veinte pasos de la puerta. Trull abrió la caja y sacó con cuidado una de las esferas de arcilla. Clavó la mirada en la puerta y después arrojó la munición.

La explosión desencadenó un incendio chispeante en el portal. Fuegos blancos y dorados se propagaron con furia bajo el arco, después la violencia se fue disipando y formó un muro dorado que giraba.

—Esa es la senda en sí —dijo Onrack—. La guarda está rota. Con todo, no la reconozco.

—Yo tampoco —murmuró Trull, que cerró otra vez la caja de las municiones. Entonces levantó la cabeza de golpe—. Se acerca algo.

—Sí. —Onrack se quedó callado entonces durante un largo instante. De repente levantó la espada—. Huye, Trull Sengar, vuelve a cruzar el puente. ¡Huye!

El tiste edur giró en redondo y empezó a correr.

Onrack procedió a retroceder de espaldas de escalón en escalón. Podía sentir el poder de los que estaban al otro lado de la puerta, un poder brutal y ajeno a él. La ruptura de la guarda se había notado y la emoción que atravesaba la barrera era de ultraje indignado.

Una rápida mirada por encima del hombro le mostró que Trull Sengar había cruzado el puente y no se le veía por ninguna parte. Tres pasos más y Onrack llegaría también al puente. Y allí se plantaría para oponer resistencia. Esperaba que lo destruyesen, pero pretendía ganar tiempo para su compañero.

La puerta rieló con una luz brillante y cegadora y después salieron cuatro jinetes a medio galope. Montaban caballos blancos de largas patas con crines salvajes del color del óxido. Con armaduras ornamentadas en esmalte, los guerreros estaban a la altura de sus monturas, altos y pálidos, sus rostros ocultos casi del todo bajo celadas con ranuras y barbera para las mejillas y la barbilla. Cimitarras curvas, que parecían haber sido talladas en marfil, empuñadas en puños protegidos por guanteletes. Cabello largo y plateado que caía bajo los yelmos.

Se dirigieron directamente a Onrack. El medio galope se convirtió en galope. El galope en carga.

El magullado t'lan imass amplió la postura, levantó la espada de obsidiana y se preparó para recibirlos.

Los jinetes solo podían llegar a él a través del estrecho puente, de dos en dos, e incluso entonces estaba claro que solo pretendían que sus caballos derribaran a Onrack. Pero el t'lan imass había luchado al servicio del Imperio de Malaz, en Falar y en Siete Ciudades, y se había enfrentado a guerreros a caballo en muchas batallas. Un momento antes de que los primeros jinetes llegaran a él, Onrack saltó hacia

delante. Entre las dos monturas. Sin hacer caso de la espada que llegaba girando por su izquierda, el t'lan imass lanzó una cuchillada contra la cintura del otro guerrero.

Dos hojas de marfil lo golpearon de forma simultánea, la de la izquierda le aplastó la clavícula y se hundió en el omóplato, después lo atravesó entre un chorro de fragmentos de hueso. La cimitarra de la derecha le hizo un profundo corte en un lado de la cara y se la separó desde la sien hasta la base de la mandíbula.

Onrack sintió que su hoja de obsidiana se hundía en la armadura del guerrero. El esmalte quedó hecho pedazos.

Entonces los dos atacantes lo dejaron atrás y llegaron los dos restantes.

El t'lan imass se agachó de golpe y colocó la espada en horizontal sobre la cabeza. Un par de hojas de marfil cayeron sobre él como martillos y los impactos atravesaron el magullado cuerpo de Onrack como un trueno.

Ya lo habían dejado todos atrás y habían salido a la explanada para darles la vuelta a los caballos, las celadas giradas para contemplar al guerrero solitario que había sobrevivido de algún modo a sus ataques.

Los cascos golpearon los adoquines recubiertos de cieno, los cuatro guerreros tiraron de las riendas y bajaron las armas. Aquel cuya armadura había destrozado la espada de Onrack se inclinaba hacia delante y se apretaba el estómago con un brazo. Varias salpicaduras de sangre manchaban el flanco del caballo.

Onrack se sacudió y varios trozos de hueso destrozado cayeron como granizo en el suelo. Después acomodó su propia arma con la punta hacia abajo y esperó mientras uno de los jinetes adelantaba a su caballo al paso.

Se alzó un guantelete para levantar la celada, que reveló unos rasgos sorprendentemente parecidos a los de Trull

Sengar, aparte de la piel blanca, casi luminosa. Unos ojos de plata fría se clavaron en el t'lan imass con asco.

—¿Hablas, inerte? ¿Entiendes el idioma de la pureza?

—No parece más puro que cualquier otro —respondió Onrack.

El guerrero frunció el ceño.

—No perdonamos la ignorancia. Eres servidor de la muerte. No hay más que una necesidad cuando se trata con alguien como tú, y es la aniquilación. Prepárate.

—Yo no sirvo a nadie —dijo Onrack al tiempo que levantaba la espada una vez más—. Ven, entonces.

Pero el guerrero herido levantó una mano.

—Espera, Enias. Este mundo no es nuestro, ni tampoco es el salvaje sin muerte uno de los intrusos que buscamos. De hecho, como tú mismo debes de percibir, ninguno de ellos está aquí. Este portal no se ha usado en milenios enteros. Hemos de llevar nuestra búsqueda a otro sitio. Pero primero necesito sanación. —El guerrero desmontó con cuidado, sujetándose todavía con un brazo la cintura—. Orenas, asísteme.

—Permíteme destruir esta cosa antes, senescal…

—No. Toleraremos su existencia. Quizá tenga respuestas para nosotros, para guiarnos en nuestra búsqueda. Si eso fracasa, podemos destruirlo más tarde.

El que se llamaba Orenas se bajó del caballo y se acercó al senescal.

Enias acercó el caballo más al t'lan imass, como si todavía pudiera haber un combate. Hizo una mueca que mostró sus dientes.

—No queda mucho de tu persona, inerte. ¿Son esas marcas de colmillos? Tu pecho ha estado en las mandíbulas de una bestia, creo. ¿La misma que te robó el brazo? ¿Por medio de qué hechicería te aferras a la existencia?

—Eres de sangre tiste —comentó Onrack.

La cara del hombre se crispó en una mueca burlona.

—¿Sangre tiste? Solo entre los liosan es la sangre tiste pura. Así que te has cruzado con nuestros primos mancillados. Son poco más que alimañas. No has respondido a mis preguntas.

—Sé de los tiste andii, pero todavía tengo que conocerlos. Nacidos de Oscuridad, fueron los primeros…

—¡Los primeros! Oh, desde luego. Y por tanto trágicamente imperfectos. Despojados de la sangre purificadora del padre Luz. Son una creación sórdida. Toleramos a los edur, pues contienen algo del Padre, pero los andii… Muerte a nuestras manos es la única piedad que se merecen. Pero ya me he cansado de tu grosería, inerte. He respondido a tus preguntas y tú todavía has de contestar a una sola.

—Sí.

—¿Sí? ¿Qué significa eso?

—Estoy de acuerdo, no las he respondido. Ni me siento obligado a hacerlo. Los míos tienen mucha experiencia con criaturas arrogantes. Aunque esa experiencia es singular: respondimos a su arrogancia proclamando una guerra eterna, hasta que dejaran de existir. Siempre he creído que los t'lan imass deberían buscar un nuevo enemigo. Después de todo, no hay escasez de seres arrogantes. Quizá los tiste liosan seáis lo bastante numerosos en vuestro propio reino para divertirnos durante un tiempo.

El guerrero se lo quedó mirando, como si la conmoción le hubiera arrebatado el habla.

Tras él, uno de sus compañeros se echó a reír.

—No sirve de mucho conversar con criaturas inferiores, Enias. Intentarán confundirte con falsedades, alejarte del buen camino.

—Veo ahora —respondió Enias— el veneno sobre el que me has advertido tantas veces, Malachar.

—Habrá más, mi joven hermano, en el camino que debemos seguir. —El guerrero se acercó sin prisa a Onrack—. Te haces llamar t'lan imass, ¿no?

—Soy Onrack, de los logros t'lan imass.

—¿Hay otros de tu raza en este reino en ruinas, Onrack?

—Si no respondí a las preguntas de tu hermano, ¿por qué imaginas que respondería a las tuyas?

El rostro de Malachar se oscureció.

—Puedes jugar a eso con el joven Enias, pero no conmigo…

—He terminado con vosotros, liosan. —Onrack envainó la espada y se dio la vuelta.

—¡Has terminado con nosotros! ¡Senescal Jorrude! Si Orenas ha concluido con sus cuidados, solicito con humildad tu atención. El inerte intenta huir.

—Ya te oigo, Malachar —dijo el senescal con voz profunda al tiempo que se adelantaba a zancadas—. ¡Espera, inerte! No te hemos liberado todavía. Nos dirás lo que queremos saber o se te destruirá aquí y ahora.

Onrack se enfrentó a los liosan una vez más.

—Si eso era una amenaza, el patetismo de vuestra ignorancia resulta ser una divertida distracción. Pero me he cansado de ella, y de vosotros.

Cuatro cimitarras de marfil se alzaron con gesto amenazador.

Onrack sacó la espada una vez más.

Y dudó, atrajo su mirada algo que estaba tras los guerreros. Estos, al presentir algo a su espalda, se volvieron.

Trull Sengar se encontraba a quince pasos de distancia con la caja de municiones a sus pies. Había algo extraño en su sonrisa.

—Esta parece una lucha desigual. Amigo Onrack, ¿necesitas ayuda? Bueno, no hace falta que contestes porque ha llegado. Y por eso, lo siento.

El polvo dibujó un torbellino alrededor del tiste edur. Un momento después, cuatro t'lan imass se alzaban sobre los adoquines embarrados. Tres tenían las armas listas. La cuarta figura se encontraba un paso por detrás y a la derecha de Trull. Esta tenía unos huesos inmensos y unos brazos largos y desproporcionados. La piel de animal que le cubría los hombros era negra y se iba desvaneciendo hacia el color plateado a medida que se alzaba para rodear la cabeza del invocahuesos con una capucha mutilada.

Onrack permitió que la punta de su espada descansara en los adoquines embarrados una vez más. Con el vínculo nacido del ritual roto ya, solo podía comunicarse con esos t'lan imass de viva voz.

—Yo, Onrack, te saludo, invocahuesos y te reconozco como perteneciente a los logros, como yo lo fui una vez. Eres Monok Ochem. Uno de los muchos elegidos para dar caza a los renegados, que, como hicieron aquellos de mi propia partida, siguieron su rastro hasta este reino. Cielos, solo yo de mi partida sobreviví a la riada. —Su mirada se posó entonces en los tres guerreros. El líder del clan, el torso y los miembros ceñidos por la piel exterior de un dhenrabi y una espada de pedernal gris denticulado en las manos, era Ibra Gholan. Los dos restantes, ambos armados con hachas de calcedonia de mango de hueso y hojas dobles, pertenecían al clan de Ibra, pero aparte de eso eran desconocidos para Onrack—. Te saludo a ti también, Ibra Gholan, y me someto a tus órdenes.

El invocahuesos Monok Ochem se adelantó con paso pesado y arrastrando los pies.

—Has fallado al ritual, Onrack —dijo con su característica brusquedad— y, así pues, debes ser destruido.

—Un privilegio que será rebatido —respondió Onrack—. Estos guerreros montados son tiste liosan y querrían apresarme para hacer conmigo lo que les placiere.

Ibra Gholan les hizo un gesto a sus dos guerreros para que se reunieran con él y los tres se acercaron caminando a los liosan.

El senescal habló entonces.

—Liberamos a nuestro prisionero, t'lan imass. Es vuestro. Nuestra disputa con vosotros ha terminado y por tanto nos vamos.

Los t'lan imass se detuvieron y Onrack pudo notar su decepción.

El comandante liosan miró a Trull por un momento.

—Edur —dijo después—, ¿quieres viajar con nosotros? Necesitamos un sirviente. Una simple inclinación responderá al honor de nuestra invitación.

Trull Sengar negó con la cabeza.

—Bueno, es la primera vez que me pasa. Prefiero acompañar al t'lan imass. Pero admito las molestias que os causará a vosotros, así que sugiero que os alternéis en el papel de sirviente de los demás. Soy un firme defensor de las lecciones de humildad, tiste liosan, y presiento que entre vosotros son necesarias.

El senescal esbozó una sonrisa fría.

—Te recordaré, edur. —Se dio media vuelta—. A los caballos, hermanos. Abandonamos ahora este reino.

Monok Ochem habló entonces.

—Es posible que lo encontréis más difícil de lo que imagináis.

—Jamás nos han inquietado tales empresas —respondió el senescal—. ¿Hay barreras ocultas en este lugar?

—Esta senda es un fragmento hecho pedazos de Kurald Emurlahn —dijo el invocahuesos—. Creo que tu raza ha permanecido aislada durante demasiado tiempo. No sabéis nada de los otros reinos, nada de las Puertas Heridas. Nada de los ascendientes y sus guerras…

—No servimos más que a un ascendiente —soltó de repente el senescal—. El hijo del padre Luz. Nuestro señor es Osric.

Monok Ochem ladeó la cabeza.

—¿Y cuándo fue la última vez que Osric caminó entre vosotros?

Los cuatro liosan se estremecieron de forma visible.

En el mismo tono inexpresivo, el invocahuesos continuó.

—Vuestro señor, Osric, el hijo del padre Luz, se encuentra entre los contendientes de los otros reinos. No ha regresado con vosotros, liosan, porque no puede hacerlo. De hecho, no es mucho lo que puede hacer en estos momentos.

El senescal dio un paso adelante.

—¿Qué aflige a nuestro señor?

Monok Ochem se encogió de hombros.

—Un destino bastante común. Está perdido.

—¿Perdido?

—Sugiero que trabajemos juntos para urdir un ritual —dijo el invocahuesos— y dar forma así a una puerta. Para ello necesitaremos a Tellann, vuestra senda, liosan, y la sangre de este tiste edur. Onrack, llevaremos a cabo tu destrucción una vez que hayamos regresado a nuestro propio reino.

—Parece lo más oportuno —respondió Onrack. Trull había abierto mucho los ojos y se había quedado mirando al invocahuesos.

—¿Has dicho mi sangre?

—No toda, edur… si todo va según lo planeado.

Capítulo 10



Todo lo que se rompe
se debe desechar,
igual que el trueno
de la fe devuelve
siempre debilitados
ecos.

Preludio a Anomandaris
Pescador

El día que las Caras en la Roca se despertaron se celebró entre los teblor con una canción. Los recuerdos de su pueblo eran, Karsa Orlong al fin lo sabía, entes retorcidos. Rendidos al olvido cuando eran desagradables, floreciendo en una violenta llamarada de gloria cuando eran heroicos. La derrota se había devanado y convertido en victoria al tejerse cada historia.

Ojalá Bairoth siguiera vivo, ojalá su sagaz compañero hiciera algo más que rondar sus sueños o plantarse ante él como un objeto de piedra toscamente tallada en el que una cicatriz casual del cincel había arrojado una expresión burlona, casi desdeñosa.

Bairoth podría haberle contado buena parte de lo que necesitaba saber en ese momento. Si bien la familiaridad de Karsa con el claro sagrado de su tierra natal era mucho mayor que la de Bairoth o Delum Thord, y por tanto

garantizaba que el parecido poseía cierta exactitud, el guerrero presentía que faltaba algo esencial en las siete caras que había tallado en los árboles de piedra. Quizá lo había traicionado su falta de talento, aunque ese no parecía haber sido el caso al tallar a Bairoth y Delum. La energía de sus vidas parecía emanar de sus estatuas, como si se fundieran con el propio recuerdo del bosque petrificado. Como con el bosque entero, en el que reinaba la sensación de que los árboles no hacían más que esperar la llegada de la primavera, el renacimiento bajo la rueda de las estrellas, parecía que los dos guerreros teblor no estaban más que esperando el cambio de estación.

Pero Raraku desafiaba cada estación. Raraku en sí era eterno en su trascendencia, y aguardaba el renacimiento a perpetuidad. Paciencia en la piedra, en las inquietas y siempre murmuradoras arenas.

El sagrado desierto le parecía a Karsa un lugar perfecto para los siete dioses de los teblor. Era posible, meditaba mientras paseaba con lentitud ante las caras que había tallado en los troncos, que parte de ese sentimiento sardónico hubiera envenenado sus manos. Si era así, el defecto no era visible para él. Había poco en las caras de los dioses que pudiera permitir expresión o porte alguno, sus recuerdos eran de piel estirada sobre huesos amplios y robustos, de frentes que sobresalían como riscos y arrojaban sobre los ojos profundas sombras. Pómulos amplios y planos, una mandíbula pesada sin barbilla… una bestialidad muy diferente a los rasgos de los teblor.

Karsa frunció el ceño e hizo una pausa al detenerse delante de Urugal, al que, como los otros seis, había tallado a la altura de sus ojos. Las serpientes se deslizaban por sus pies, desnudos y polvorientos, su única compañía en el

claro. El sol había comenzado a caer, aunque el calor continuaba siendo fiero.

Después de un largo momento de contemplación, Karsa habló en voz alta.

—Bairoth Gild, mira conmigo a nuestro dios. Dime lo que está mal. ¿Dónde he errado? Ese era tu mayor talento, ¿no es cierto? Ver con toda claridad cada mal paso que yo daba. Podrías preguntar: ¿qué buscaba yo lograr con estas tallas? Eso sería lo que preguntarías pues es la única pregunta que merece la pena contestar. Pero no tengo respuesta alguna para ti; ah, sí, casi puedo oír cómo te ríes de mi patética respuesta. —*No tengo respuesta*—. Quizá, Bairoth, imaginé que deseabais su compañía. Los grandes dioses teblor, que un día despertaron.

En las mentes de los chamanes. Despertaron en sus sueños. Allí y solo allí. Pero ahora ya conozco el sabor de esos sueños y no se parece en nada a la canción. Nada en absoluto.

Había encontrado ese claro cuando buscaba soledad y había sido la soledad la que había inspirado sus creaciones artísticas. Pero una vez que había terminado, ya no se sentía solo. Había llevado su propia vida a ese lugar, el legado de sus obras. Había dejado de ser un refugio y la necesidad de visitarlo nacía del señuelo de sus esfuerzos, que lo hacían regresar una y otra vez. Para caminar entre las serpientes que salían a recibirlo, para escuchar el siseo de arenas que se deslizaban con los gemidos del viento del desierto, las arenas que llegaban al claro para acariciar los árboles y las caras de piedra con su roce exangüe.

Raraku proporcionaba la ilusión de que el tiempo se detenía, que el universo contenía el aliento. Una presunción engañosa. Tras el furioso muro del torbellino, los relojes de arena seguían girados. Los ejércitos se reunían y

emprendían la marcha, el sonido de sus botas, escudos y equipo componía un estruendo y un rugido letal. Y, en un continente lejano, los teblor eran un pueblo asediado.

Karsa continuó mirando la cara de piedra de Urugal. *No eres teblor. Sin embargo, afirmas ser nuestro dios. Despertaste, allí, en el risco, hace tanto tiempo. Pero ¿y antes de ese tiempo? ¿Dónde estabas entonces, Urugal? ¿Tú y tus seis terribles compañeros?*

Una risita suave desde el otro lado del claro hizo darse la vuelta a Karsa.

—¿Y cuál de tus incontables secretos es este, amigo mío?

—Leoman —dijo Karsa con voz profunda—, ha pasado mucho tiempo desde la última vez que dejaste tu pozo.

El guerrero del desierto se acercó poco a poco y bajó la cabeza para mirar a las serpientes.

—Ansiaba tener compañía. Al contrario que tú, por lo que veo. —Señaló con un gesto los troncos tallados—. ¿Son tuyos? Veo dos toblakai… Se encuentran en esos árboles como si estuvieran vivos y a punto de echar a andar. Me inquieta que me recuerden que hay más como tú. ¿Y qué hay de estos otros?

—Mis dioses. —Observó la expresión sobresaltada de Leoman y se explicó un poco más—. Las Caras en la Roca. En mi tierra natal, adornan un risco que se asoma a un claro no muy distinto de este.

—Toblakai…

—Todavía me llaman —continuó Karsa, que se volvió para estudiar el rostro bestial de Urugal una vez más—. Cuando duermo. Es como dice Manos Fantasmales, soy un hombre acosado.

—¿Acosado por qué? ¿Qué es lo que tus… dioses… te exigen?

Karsa le lanzó a Leoman una mirada y después se encogió de hombros.

—¿Para qué me has buscado?

Leoman iba a decir una cosa, pero después optó por otra.

—Porque mi paciencia ha llegado a su fin. Ha habido nuevas de acontecimientos que conciernen a los malazanos. Derrotas lejanas. Sha’ik y sus pocos elegidos están muy emocionados…, pero nada logran. Aquí aguardamos a las legiones de la consejera. En una cosa Korbolo Dom tiene razón, la marcha de esas legiones debería encontrar obstáculos. Pero no los que él querría. No batallas encarnizadas. Nada tan dramático ni precipitado. En cualquier caso, toblakai, Mathok me ha dado licencia para salir a caballo con una compañía de jinetes, y Sha’ik se ha dignado a permitirnos ir más allá del torbellino.

Karsa sonrió.

—Vaya. ¿Y eres libre de acosar a la consejera? Ah, eso pensaba. Has de explorar, pero no ir más allá de las colinas que hay tras el torbellino. No te permitirá viajar al sur. Pero al menos estarás haciendo algo y por eso me alegro por ti, Leoman.

El guerrero de ojos azules se acercó un poco más.

—Una vez más allá del torbellino, toblakai…

—Ella lo sabrá, no obstante —respondió Karsa.

—Así que incurriré en su desagrado. —Leoman lanzó un bufido burlón—. Nada nuevo hay en eso. ¿Y qué hay de ti, amigo mío? Te llama su guardaespaldas, ¿pero cuándo fue la última vez que te permitió estar en su presencia? ¿En esa maldita tienda que tiene? Ha renacido, desde luego, pues no es lo que una vez fue…

—Es malazana —dijo el toblakai.

—¿Qué?

—Antes de convertirse en Sha'ik. Lo sabes tan bien como yo…

—¡Renació! Se convirtió en la voluntad de la diosa, toblakai. Todo lo que era antes de ese momento carece de significado…

—Eso se dice —dijo Karsa con voz profunda—. Pero sus recuerdos permanecen. Y son esos recuerdos los que la encadenan. Está atrapada por el miedo y ese miedo nace de un secreto que no quiere compartir. La única persona, aparte de ella, que conoce ese secreto es Manos Fantasmales.

Leoman se quedó mirando a Karsa durante un largo instante, después se agachó poco a poco. Los dos hombres estaban rodeados de serpientes, el sonido que producían al deslizarse por la arena era un rumor profundo y apagado. Leoman bajó una mano y observó a una cuello-disparado que comenzó a enroscarse en su brazo.

—Tus palabras, toblakai, hablan en susurros de derrotas.

Karsa se encogió de hombros y se dirigió sin prisas hasta su juego de herramientas, que esperaba en la base de un árbol.

—Estos años me han servido bien. Tu compañía, Leoman. Sha'ik la Mayor. Una vez juré que los malazanos eran mis enemigos. Sin embargo, por lo que he visto del mundo desde esos días, ahora entiendo que no son más crueles que cualquier otro pueblo de las tierras bajas. De hecho, solamente ellos parecen poseer cierto sentido de la justicia. El pueblo de Siete Ciudades, que tanto los desprecia y desea que desaparezcan, no busca nada más que el poder que les arrebataron los malazanos. Poder que ellos usaban para atemorizar a su propia gente. Leoman, tú y los tuyos hacéis la guerra contra la justicia, y esa no es mi guerra.

—¿Justicia? —Leoman le enseñó los dientes—. ¿Esperas que desafíe tus palabras, toblakai? No lo haré. Sha'ik

renacida dice que no hay lealtad en mi interior. Quizá tenga razón. He visto demasiado. Y, sin embargo, aquí sigo, ¿te has preguntado alguna vez por qué?

Karsa sacó un cincel y un mazo.

—La luz se va y eso hace que las sombras sean más profundas. Es la luz, ahora me doy cuenta. Eso es lo que los hace diferentes.

—El Apocalipsis, toblakai. Desintegración. Aniquilación. Todo. Todo humano… todo habitante de las tierras bajas. Con nuestros retorcidos horrores, todo los que hacemos caer unos sobre otros. Los expolios, las crueldades. Por cada gesto de amabilidad y compasión, hay diez mil actos de crueldad. ¿Lealtad? Sí, carezco de ella. No para con los míos, y cuanto antes nos hagamos desaparecer, mejor será este mundo.

—La luz —dijo Karsa— hace que parezcan casi humanos.

Distraído como estaba, el toblakai no notó que Leoman entrecerraba los ojos, ni la lucha que mantenía por guardar silencio.

Uno no se interpone entre un hombre y sus dioses.

La serpiente levantó la cabeza delante de la cara de Leoman y la dejó allí, metiendo y sacando la lengua.

—La Casa de Cadenas —murmuró Heboric, su expresión se hizo amarga al pronunciar las palabras.

Bidithal se estremeció, aunque era difícil saber si era de miedo o de placer.

—El Saqueador. La Consorte. Los Desencadenados… Son interesantes, ¿no? Cualquiera diría que están como hechos pedazos…

—¿De dónde salieron estas imágenes? —quiso saber Heboric. Solo con mirar las cartas de madera con las

pinturas lacadas (por borrosas que fueran) la garganta del exsacerdote se estaba llenando de bilis. *Percibo… defectos. En todas y cada una. Y no es casualidad, no es un fallo de la mano que les dio ser con un pincel*.

—No cabe duda —dijo L’oric en respuesta a su pregunta— de su veracidad. El poder que emana de ellas tiene un hedor hechicero. Jamás había presenciado un nacimiento tan vigoroso dentro de la baraja. Ni siquiera Sombra sintió…

—¡Sombra! —soltó Bidithal de repente—. ¡Esos embusteros jamás podrían revelar el verdadero poder del reino! No, aquí, en esta nueva Casa, el tema es puro. Se celebra la imperfección, el giro de la casualidad caótica estropea a todos, uno por uno…

—¡Silencio! —siseó Sha’ik rodeándose el cuerpo con fuerza—. Debemos reflexionar. Que nadie hable. Dejadme pensar.

Heboric la estudió por un momento, guiñaba los ojos para poder verla bien, aunque la tenía sentada al lado. Las cartas de la nueva Casa habían llegado el mismo día que las noticias sobre la derrota malazana en Genabackis. Y el tiempo transcurrido desde entonces había sido de discordia hirviente entre los comandantes de Sha’ik, lo suficiente para empañar el placer que sentía al saber que su hermano Ganoes Paran había sobrevivido y sumirla en una distracción muy poco propia de ella.

La Casa de Cadenas estaba entrelazada en sus destinos. Una intrusión insidiosa, una infección contra la que no habían tenido oportunidad de prepararse. ¿Pero era un enemigo o una fuente potencial de fuerza renovada? Parecía que Bidithal estaba muy ocupado convenciéndose a sí mismo de que era lo último, llevado sin duda en esa dirección por el creciente descontento con Sha’ik renacida. L’oric, por otro lado, parecía más inclinado a compartir los

recelos de Heboric, mientras que Febryl era el único que había permanecido en silencio todo el rato.

El aire dentro de la tienda estaba cargado, agriado por el sudor humano. Heboric lo único que quería era irse, escapar de todo aquello, pero presentía que Sha'ik se aferraba a él, una necesidad espiritual más desesperada que nunca.

—Mostrad una vez más al nuevo neutral.

Sí. Por milésima vez.

Bidithal frunció el ceño y buscó en la baraja, después sacó la carta, que dejó en el centro de la alfombra de pelo de cabra.

—Si alguno de los recién llegados es dudoso —se burló el anciano—, es este. ¿Señor de la Baraja? Absurdo. ¿Cómo se puede controlar lo incontrolable?

Se produjo un silencio.

¿Lo incontrolable? ¿Por ejemplo, el torbellino en sí?

Era obvio que Sha'ik no había captado la insinuación.

—Manos Fantasmales, me gustaría que cogieras esa carta, que la sientas, que intentes percibir en ella lo que puedas.

—No hacéis más que pedirme lo mismo, elegida —suspiró Heboric—. Pero os digo que no hay vínculo alguno entre el poder de mis manos y la baraja de Dragones. No soy de utilidad para vos…

—Entonces escucha con atención y te la describiré. Olvídate de las manos, ahora te pregunto como antiguo sacerdote, como erudito. Escucha. La cara está oscurecida, sin embargo insinúa…

—Está oscurecida —la interrumpió Bidithal con tono desdeñoso— porque la carta no es más que la proyección de las ilusiones de alguien.

—Interrúmpeme otra vez y lo lamentarás, Bidithal —dijo Sha'ik—. Ya te he oído suficiente sobre este tema. Si vuelves

a abrir la boca, te arrancaré la lengua. Manos Fantasmales, continuaré. La figura es un poco más alta que la media. Se ve la veta carmesí de una cicatriz, o sangre quizás, en un lado de la cara, una herida, ¿de acuerdo? Él… sí estoy segura de que es un hombre, no una mujer, se encuentra en un puente.

De piedra, plagado de grietas. El horizonte está lleno de llamas. Parece que el puente y él están rodeados, como si fueran seguidores, o sirvientes…

—O guardianes —añadió L’oric—. Disculpadme, elegida.

—Guardianes. Sí, una buena posibilidad. Tienen aspecto de soldados, ¿no es cierto?

—¿Sobre qué —preguntó Heboric— se encuentran esos guardianes? ¿Veis el suelo que pisan?

—Huesos, los detalles son muy elaborados, Manos Fantasmales. ¿Cómo lo sabías?

—Describid esos huesos, por favor.

—No son humanos. Muy grandes. Hay visible parte de un cráneo, morro largo, unos colmillos terribles. Luce los restos de un casco de algún tipo…

—¿Un casco? ¿En el cráneo?

—Sí.

Heboric se quedó callado. Empezó a mecerse, pero no era del todo consciente del movimiento. Había un lamento agudo que no sabía de dónde había salido y que crecía en su cabeza, un grito de dolor, de angustia.

—El señor de la Baraja —dijo Sha’ik, le temblaba la voz— tiene una postura extraña. Los brazos estirados, doblados por los codos de modo que las manos cuelgan, alejadas del cuerpo; es la postura más extraña…

—¿Tiene los pies juntos?

—De una forma casi imposible.

Como si formaran una punta. Con voz apagada y lejana a sus propios oídos, Heboric hizo otra pregunta.

—¿Y qué lleva puesto?

—Sedas ceñidas, por el modo en que relucen. Negras.

—¿Algo más?

—Hay una cadena. Le cruza el torso, del hombro izquierdo a la cadera derecha. Es una cadena robusta, hierro forjado negro. Hay discos de madera en sus hombros, como charreteras, pero grandes, de un palmo cada una…

—¿Cuántas en total?

—Cuatro. Ya sabes algo, Manos Fantasmales. ¡Dímelo!

—Sí —murmuró L'oric—, se te ha ocurrido algo…

—Miente —rezongó Bidithal—. Lo ha olvidado todo el mundo, hasta su dios, y ahora intenta darse importancia con invenciones.

Febryl habló con un tono ronco y burlón.

—Bidithal, hombre necio. Es un hombre que toca lo que no podemos sentir y ve aquello a lo que nosotros somos ciegos. Continúa, Manos Fantasmales. ¿Por qué se alza así este señor de la Baraja?

—Porque —dijo Heboric— es una espada.

Pero no cualquier espada. Es una espada, sobre todo, y corta en frío. Esa espada es como la propia naturaleza de este hombre. Forjará su propio camino. Nadie le guiará. Se alza ahora en mi mente. Lo veo. Veo su cara. Oh, Sha'ik…

—Un señor de la Baraja —dijo L'oric, después suspiró—. Un imán del orden… en oposición a la Casa de Cadenas, y sin embargo se encuentra solo, haya guardianes o no, mientras que los sirvientes de la Casa son muchos.

Heboric sonrió.

—¿Solo? Siempre lo ha estado.

—¿Entonces por qué tu sonrisa es la de un hombre destrozado, Manos Fantasmales?

Lloro por la humanidad. Esta familia, tan en guerra consigo misma.

—A eso, L’oric, no responderé.

—Quiero hablar ahora a solas con Manos Fantasmales —declaró Sha’ik.

Pero Heboric negó con la cabeza.

—Ya he terminado de hablar, por ahora, incluso con vos, elegida. Diré una cosa y nada más: tened fe en el señor de la Baraja. Él responderá a la Casa de Cadenas. Responderá.

Heboric, que se sentía mucho más viejo de lo que dictaba el calendario, se puso en pie. Hubo una conmoción de movimiento a su lado y después la mano de la joven Felisin se posó en su antebrazo. El anciano dejó que la chica lo sacara de la cámara.

En el exterior había caído la tarde, marcada por los gritos de las cabras a las que conducían a los corrales. Al sur, a las afueras de la ciudad, se oía el sonido profundo de los cascos de los caballos. Kamist Reloe y Korbolo Dom se había ausentado de la reunión para supervisar los ejercicios de las tropas. Adiestramiento realizado al estilo malazano, que Heboric tenía que admitir que era la única expresión de brillantez del puño renegado hasta el momento. Por primera vez, un ejército malazano se encontraría a un igual en todo, salvo las municiones moranthianas. La táctica y la disposición de las fuerzas serían idénticas, lo que garantizaría que solo el número decidiría el día. A la amenaza de las municiones se respondería con hechicería, pues el ejército del Torbellino poseía un cuadro completo de magos supremos mientras que Tavore no tenía ninguno, al menos que ellos supieran. Los espías de Aren habían observado la presencia de los dos niños wickanos, Nada y Menos, pero ambos, según se afirmaba, habían quedado muy afectados por la muerte de Coltaine.

¿Pero para qué necesitaría magos? Lleva una espada de otataralita, después de todo. Aun así, su influencia anuladora no se puede extender sobre todo su ejército. Mi querida Sha'ik, quizá hasta puedas derrotar a tu hermana, después de todo.

—¿Adónde te gustaría ir, Manos Fantasmales? —preguntó Felisin.

—A mi casa, muchacha.

—No es eso a lo que me refería.

El hombre ladeó la cabeza.

—No sé…

—Si es cierto que no sabes, entonces yo he visto tu camino antes que tú y eso me cuesta creerlo. Debes irte de aquí, Manos Fantasmales. Debes desandar tus pasos, o lo que te persigue te matará…

—¿Y eso importa? Muchacha…

—¡Mira más allá de ti por un momento, viejo! Hay algo dentro de ti. Atrapado en tu carne mortal. ¿Qué pasará cuando tu carne se derrumbe? —El antiguo sacerdote se quedó callado un largo instante.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —preguntó después—. Mi muerte podría limitarse a anular el riesgo de huida… Podría cerrar el portal, dejarlo tan sellado como estaba antes…

—Porque no hay vuelta atrás. Está aquí, el poder que hay detrás de esas manos fantasmales tuyas, no la otataralita, que se está desvaneciendo, siempre desvaneciéndose…

—¿Desvaneciéndose?

—¡Sí, desvaneciéndose! ¿No han empeorado tus sueños y visiones? ¿No te has dado cuenta de por qué? Sí, mi madre me lo ha contado; en la isla Otataral, en el desierto, esa estatua. Heboric, se creó una isla entera de otataralita para contener esa estatua, para mantenerla prisionera. Pero tú le

has dado un medio para escapar; con eso, a través de tus manos. ¡Debes regresar!

—¡Basta! —gruñó él al tiempo que apartaba la mano femenina de un tirón—. Dime, ¿también te habló de ella misma durante ese viaje?

—Lo que era antes ya no importa…

—¡Oh, pero es que importa, muchacha! ¡Importa!

La tentación estuvo a punto de abrumarlo. *¡Porque ella es malazana! ¡Porque es la hermana de Tavore! Porque esta guerra ya no es la del torbellino, se la han arrebatado, la ha tergiversado algo más poderoso, ¡los lazos de sangre que nos unen a todos en las cadenas más ceñidas y duras de todas! ¿Qué posibilidad tiene una diosa rabiosa contra eso?*

Pero en lugar de todo eso, el hombre no dijo nada.

—Debes emprender el viaje —dijo Felisin en voz baja—. Pero lo sé, no lo puedes hacer solo. No, yo iré contigo…

El exsacerdote se apartó tambaleándose de sus palabras y negó con la cabeza. Era una idea horrible, una idea aterradora. Y, sin embargo, de una perfección brutal, una pesadilla de sincronización.

—¡Escucha! No tenemos que ser solo tú y yo, buscaré a alguien más. Un guerrero, un protector leal…

—¡Basta! ¡Se acabó! —*Y sin embargo eso se la llevará de aquí, lejos de Bidithal y sus espeluznantes deseos. Se la llevará de aquí… lejos de la tormenta que se avecina*—. ¿Con quién más has hablado de esto? —le preguntó.

—Con nadie, pero pensé… Leoman. Él podría elegir para nosotros a alguien del pueblo de Mathok…

—Ni una palabra, muchacha. Ahora no. Todavía no.

La mano de la joven se aferró al brazo del antiguo sacerdote una vez más.

—No podemos esperar demasiado, Manos Fantasmales.

—Todavía no, Felisin. Ahora, llévame a casa, por favor.

—¿Vendrás conmigo, toblakai?

Karsa apartó la mirada de la cara de piedra de Urugal. El sol se había puesto con su brusquedad característica y las estrellas brillaban en el cielo. Las serpientes habían empezado a dispersarse, empujadas al interior del silencio misterioso del bosque en busca de comida.

—¿Quieres que corra a tu lado y junto a tus enclenques caballos, Leoman? No hay monturas teblor en esta tierra. Nada que iguale mi tamaño…

—¿Monturas teblor? En realidad, amigo mío, en eso te equivocas. Bueno, aquí no, es cierto, como dices. Pero al oeste, en el Jhag Odhan, hay caballos salvajes que están a tu altura. Salvajes ahora, en cualquier caso. Son caballos jhag, criados hace mucho tiempo por los jaghut. Bien podría ser que tus monturas teblor sean de la misma raza, había jaghut en Genabackis, después de todo.

—¿Por qué no me has contado esto antes?

Leoman bajó la mano derecha al suelo y observó a la cuello-disparado que se desenroscaba de su brazo.

—En realidad esta es la primera vez que mencionas que los teblor poseíais caballos. Toblakai, no sé prácticamente nada de tu pasado. Aquí nadie lo sabe. No eres un hombre muy locuaz. Tú y yo, siempre hemos viajado a pie, ¿no es cierto?

—El Jhag Odhan. Eso está más allá de Raraku.

—Sí. Gira al oeste al atravesar el torbellino y llegarás a los acantilados, a la costa accidentada del antiguo mar que en otro tiempo llenó este desierto. Continúa adelante hasta que llegues a una pequeña ciudad, Lato Revae. Justo al oeste se encuentra la punta de las montañas Thalas. Rodea el borde sur, siempre rumbo al oeste, hasta que llegues al río

Ugarat. Hay un vado al sur de Y'Ghatan. Una vez al otro lado, ve al oeste, al sur y al oeste, durante dos semanas o más, y te encontrarás en el Jhag Odhan. Oh, tiene cierta gracia, en otro tiempo hubo bandas nómadas de jaghut allí. De ahí el nombre. Pero esos jaghut eran seres perdidos. Los habían perseguido durante tanto tiempo que eran poco más que salvajes.

—¿Y todavía están allí?

—No. Los logros t'lan imass los masacraron. No hace mucho tiempo.

Karsa hizo una mueca y enseñó los dientes.

—T'lan imass. Un nombre del pasado teblor.

—No tan antiguo, en realidad —murmuró Leoman, después se irguió—. Pide permiso a Sha'ik para viajar a Jhag Odhan. Serías un espectáculo impresionante en el campo de batalla, a lomos de un caballo jhag. ¿Los tuyos luchaban a caballo o se limitaban a usarlo como transporte?

Karsa sonrió en la oscuridad.

—Haré como dices, Leoman. Pero el viaje llevará mucho tiempo, no me esperes. Si tú y tus exploradores seguís más allá del torbellino cuando regrese, saldré con mi caballo a buscarte.

—De acuerdo.

—¿Qué hay de Felisin?

Leoman se quedó callado por un momento antes de contestar.

—Manos Fantasmales ha sido alertado de la… amenaza.

Karsa lanzó un gruñido burlón.

—¿Y eso de qué servirá? Debería matar a Bidithal y acabar de una vez.

—Toblakai, es algo más que tú lo que inquieta a Manos Fantasmales. No creo que vaya a permanecer en el

campamento mucho tiempo más. Y cuando se vaya, se llevará a la niña con él.

—¿Y esa es una opción mejor? No será otra cosa que su enfermera.

—Durante un tiempo, quizá. Enviaré a alguien con ellos, por supuesto. Si Sha'ik no te necesitara, o al menos eso cree, te lo pediría a ti.

—Una locura, Leoman. Ya he viajado una vez con Manos Fantasmales. No lo haré otra vez.

—Tiene verdades que te interesan, toblakai. Un día, tendrás que buscarlo. Podrías incluso necesitar su ayuda.

—¿Ayuda? No necesito la ayuda de nadie. Dices cosas desagradables. No quiero oírlas más.

La sonrisa de Leoman fue visible en la oscuridad.

—Eres como siempre has sido, amigo mío. ¿Cuándo harás tu viaje al Jhag Odhan, entonces?

—Partiré mañana.

—Entonces será mejor que envíe recado a Sha'ik. Quién sabe, quizá hasta se digne a verme en persona, con lo que hasta bien podría conseguir poner fin a su distracción con esa tal Casa de Cadenas.

—¿Esa qué?

Leoman hizo un gesto despectivo con la mano.

—La Casa de Cadenas. Un nuevo poder en la baraja de Dragones. Es de lo único que hablan estos días.

—Cadenas —murmuró Karsa al tiempo que se volvía para mirar a Urugal—. Me desagradan tanto las cadenas…

—¿Te veré por la mañana, toblakai? ¿Antes de que partas?

—Me verás.

Karsa escuchó irse al hombre. Su mente era un caos. Cadenas. Lo perseguían, lo habían perseguido desde que Bairoth, Delum y él habían salido de la aldea. Quizá desde

antes incluso. Las tribus elaboraban sus propias cadenas, después de todo. Como lo hacían los parentescos familiares, los compañeros, los relatos con sus lecciones sobre el honor y el sacrificio. *Y cadenas también entre los teblor y sus siete dioses. Entre mis dioses y yo. Cadenas de nuevo, ahí, en mis visiones; los muertos que he asesinado, las almas que Manos Fantasmales dice que arrastro tras de mí. A lo que soy, todo lo que soy, le han dado forma todas esas cadenas*.

Esta nueva Casa… ¿es la mía?

El aire del claro se hizo de repente frío, gélido incluso. Una ráfaga final, una sacudida cuando huyeron las últimas serpientes. Karsa parpadeó para concentrarse y vio el rostro endurecido de Urugal… que se despertaba.

Una presencia, allí en los agujeros oscuros de los ojos de la cara.

Karsa oyó el aullido de un viento que llenaba su mente. Mil almas gimiendo, el trueno cortante de unas cadenas. Se preparó con un gruñido para el ataque y clavó la mirada en la cara crispada de su dios.

—Karsa Orlong. Hemos esperado mucho tiempo para esto. Tres años, la construcción de este lugar sagrado. Desperdiciaste tanto tiempo en los dos desconocidos, tus amigos caídos, los que fracasaron allí donde tú no lo hiciste. Este templo no ha de santificarlo el sentimentalismo. Su presencia nos ofende. Destrúyelos esta noche.

Las siete caras estaban ya todas despiertas y Karsa podía sentir el peso de su mirada, una presión letal bajo la que acechaba algo… ávido, oscuro y lleno de júbilo.

—Por mi mano —le dijo Karsa a Urugal— os he traído a este lugar. Por mi mano se os ha liberado de vuestra prisión de roca en las tierras de los teblor; sí, no soy el tonto que creéis que soy. Me habéis guiado y ahora habéis venido. ¿Vuestras primeras palabras son de castigo? Cuidado,

Urugal. Cualquiera de estas tallas puede hacerla pedazos mi mano, si así lo decidiera.

Karsa sintió la rabia de los Siete que lo golpeaba, que intentaba hacerlo encogerse bajo su arremetida, pero se plantó ante ella sin moverse ni conmoverse. El guerrero teblor que temblaba ante sus dioses había dejado de existir.

—Nos has acercado más —dijo al fin Urugal con la voz ronca—. Lo bastante como para percibir la ubicación exacta de lo que deseamos. Y allí debes ir ahora, Karsa Orlong. Has retrasado el viaje durante tanto tiempo, tu viaje a nosotros y al camino que te hemos trazado. Te has ocultado demasiado tiempo con un espíritu mezquino que no hace mucho más que escupir arena.

—Este camino, este viaje, ¿con qué fin? ¿Qué es lo que buscáis?

—Como tú, guerrero, buscamos la libertad.

Karsa se quedó callado.

Ávidos, en realidad.

Después habló.

—He de viajar al oeste. Al Jhag Odhan.

Percibió la conmoción y emoción de los dioses, después el coro de suspicacia que brotó de los siete dioses.

—¡Al oeste! Así es, Karsa Orlong. Pero ¿cómo lo sabes?

Porque, al fin, soy el hijo de mi padre.

—Partiré con el amanecer, Urugal. Y encontraré para vosotros lo que deseáis. —Notó que la presencia de los dioses se desvanecía y supo por instinto que esos dioses no estaban tan cerca de la libertad como querían que creyera. Ni eran tan poderosos.

Urugal había llamado templo a aquel claro, pero era un templo disputado y en ese momento, cuando los Siete se retiraron y desaparecieron de repente, Karsa volvió la espalda poco a poco a las caras de los dioses y contempló

las de aquellos a los que en realidad se había consagrado aquel lugar. Con las propias manos de Karsa. En el nombre de esas cadenas que un mortal podía llevar con orgullo.

—Mi lealtad —dijo el guerrero teblor en voz baja— estaba confundida. Yo servía solo a la gloria. Palabras, amigos míos. Y las palabras pueden revestirse de falsa nobleza. Disfrazar verdades brutales. Las palabras del pasado que vistieron a los teblor con galas de héroe, a eso servía yo. Mientras que la verdadera gloria estaba delante de mí. A mi lado. Tú, Delum Thord. Y tú, Bairoth Gild.

De la estatua de piedra de Bairoth surgió una voz lejana y cansada.

—Guíanos, caudillo.

Karsa se estremeció. *¿Lo estoy soñando?* Después se irguió.

—He atraído vuestros espíritus hasta este lugar. ¿Habéis viajado en la estela de los Siete?

—Hemos viajado por tierras vacías —respondió Bairoth Gild—. Vacías, pero no estábamos solos. Desconocidos nos aguardan a todos, Karsa Orlong. Esa es la verdad que querían ocultarte. Nos han llamado. Aquí estamos.

—Nadie —dijo la voz de Delum Thord desde la otra estatua— puede derrotarte en este viaje. Tú guías al enemigo en círculos, desafías toda predicción y haces tu voluntad. Quisimos seguirte, pero no pudimos.

—¿Quién, caudillo —preguntó Bairoth, su voz más audaz — es nuestro enemigo ahora?

Karsa se irguió ante los dos guerreros uryd.

—Sed testigos de mi respuesta, amigos míos. Sed testigos.

Delum habló entonces.

—Te fallamos, Karsa Orlong. Y sin embargo nos invitas a caminar contigo una vez más. Karsa contuvo la necesidad de

chillar, de desatar un grito de guerra, como si desafiando a la oscuridad que se acercaba pudiera obligarla a retroceder. No comprendía sus propios impulsos, el torrente de emociones que amenazaban con envolverlo. Se quedó mirando el retrato tallado de su alto amigo, la expresión alerta de aquellos rasgos perfectos, Delum Thord antes de que la forkassal, la forkrul assail llamada Calma lo hubiera destruido con un golpe despreocupado en un camino de montaña de un continente muy lejano.

Bairoth Gild habló entonces.

—Te fallamos. ¿Ahora nos pides que caminemos contigo?

—Delum Thord. Bairoth Gild. —La voz de Karsa era ronca —. Fui yo el que os falló a vosotros. Me gustaría ser vuestro caudillo una vez más, si me lo permitís.

Un largo momento de silencio, después respondió Bairoth.

—Al fin, algo que ansiar.

Karsa casi cayó de rodillas entonces. Dolor al fin desahogado. Su soledad había llegado a su fin. Su penitencia había terminado. El viaje iba a comenzar de nuevo. *Querido Urugal, serás testigo. Oh, vaya si serás testigo*.

La hoguera era poco más que un puñado de carbones moribundos. Cuando Felisin la Menor se fue, Heboric se sentó inmóvil en la oscuridad. Pasó un rato corto, después cogió una brazada de estiércol seco y preparó el fuego. La noche lo había dejado helado, hasta las manos que no veía las sentía frías, como trozos pesados de hielo al final de las muñecas.

El único viaje que le quedaba por delante era muy corto y debía realizarlo solo. Estaba ciego, pero en eso no más ciego

que los demás. El precipicio de la muerte, ya fuera vislumbrado por primera vez desde lejos o descubierto con el siguiente paso, era siempre una sorpresa. Una promesa del cese repentino de preguntas, pero tampoco había respuestas esperando detrás. El cese tendría que bastar. *Y así debe ser para todos los mortales. Aunque ansiemos una resolución. O un engaño incluso peor: la redención*.

Y, después de tanto tiempo, él comprendía que todos los caminos, al final, de forma inevitable, se reducían a una única línea de pasos. Unos pasos que llevaban hasta el mismo borde. Y luego… adiós. Así pues, solo se estaba enfrentando a lo que todo mortal se enfrentaba. La soledad de la muerte y el regalo final del olvido que era la indiferencia.

Los dioses podían si querían disputarse su alma, reñir y pelearse por el ínfimo festín. Y si los mortales lloraban por él, era solo porque al morir les había quitado la ilusión de unidad que consuela en el viaje de la vida. Uno menos en el camino.

Un arañazo en la solapa de entrada, después alguien apartó la piel y entró.

—¿Quieres hacer de tu casa una pira, Manos Fantasmales? —La voz era la de L’oric.

Las palabras del mago supremo sobresaltaron a Heboric, que de repente se dio cuenta del sudor que le corría por la cara y de las ráfagas de calor fiero que surgían de lo que se había convertido en un fuego violento. Sin darse cuenta había alimentado las llamas con trozo tras trozo de estiércol.

—Vi el brillo, difícil no verlo, viejo. Mejor será dejarlo ya, que vaya muriendo solo.

—¿Qué quieres, L’oric?

—Admito tu reticencia a hablar de lo que sabes. No sirve de nada, después de todo, regalarles a Bidithal y Febryl los

detalles. Y por tanto no te exigiré que expliques lo que has percibido respecto a ese señor de la Baraja. En lugar de eso, te propongo un intercambio, y todo lo que digamos quedará entre los dos. Nadie más sabrá nada.

—¿Por qué habría de confiar en ti? Te ocultas, incluso de Sha'ik. No das razón alguna de por qué estás aquí. En su cuadro, en esta guerra.

—Solo por eso ya deberías saber que no soy como los otros —le respondió L'oric.

Heboric emitió un gruñido burlón.

—Con eso te granjeas mi confianza menos de lo que creerías. No puede haber intercambio porque no hay nada que puedas contarme que a mí me interese oír. ¿Los ardides de Febryl? Ese hombre es un necio. ¿Las perversiones de Bidithal? Algún día una niña le clavará un cuchillo entre las costillas. ¿Korbolo Dom y Kamist Reloe? Luchan contra un Imperio que está muy lejos de estar muerto. Y tampoco los tratarán con honor cuando al fin los lleven ante la emperatriz. No, son criminales y por eso sus almas se quemarán para toda la eternidad. ¿El Torbellino? Esa diosa tiene todo mi desdén y ese desdén no hace más que crecer. Así pues, ¿qué podrías contarme tú, L'oric, que pudiera tener valor para mí?

—Solo lo único que quizá te interese, Heboric Toque de Luz. Igual que este señor de la Baraja me interesa a mí. No te engañaría con el intercambio. No, te contaría todo lo que sé de la Mano de Jade, la que se alza de las arenas de otataralita, la Mano que tú has tocado y que ahora plaga tus sueños.

—¿Cómo has podido saber tú…? —Se quedó callado. El sudor que le bañaba la frente se había quedado frío.

—¿Y cómo —replicó L'oric— puedes tú percibir tanto en una simple descripción de la carta del señor de la Baraja? No

cuestionemos las cosas o nos veremos atrapados en una conversación que durará más que el propio Raraku. Bueno, Heboric, ¿empiezo yo?

—No. Ahora no. Estoy demasiado fatigado. Mañana, L’oric.

—Un retraso podría resultar… desastroso. —Después de un momento, el mago supremo suspiró—. Muy bien. Ya veo que estás agotado. Permíteme, al menos, hacerte el té.

Aquel gesto de amabilidad fue inesperado y Heboric bajó la cabeza.

—L’oric, prométeme una cosa, que cuando le llegue el último día, tú estarás muy lejos de aquí.

—Una promesa difícil. Permíteme pensarlo. Bueno, ¿dónde está el hen’bara?

—Colgado de una bolsa sobre la cazuela.

—Ah, por supuesto.

Heboric escuchó los sonidos de los preparativos, el crujido de las flores al sacarlas de la bolsa, el chapoteo del agua cuando L’oric llenó la cazuela.

—¿Sabías —murmuró el mago supremo mientras trabajaba— que algunos de los tratados eruditos sobre las sendas hablan de un triunvirato? Rashan, Thyr y Meanas.

Como si las tres tuvieran una relación muy estrecha. Y después, a su vez, se intentara vincularlas a las correspondientes sendas ancestrales.

Heboric lanzó un gruñido y después asintió.

—¿Que todas saben a lo mismo? Diría que estoy de acuerdo. Sendas tiste. Kurald esto y Kurald aquello. Las versiones humanas no pueden evitar superponerse unas a otras, confundirse entre sí. No soy ningún experto, L’oric, y creo que tú sabes más sobre el tema que yo.

—Bueno, desde luego parece que hay una insinuación mutua de temas entre Oscuridad y Sombra y, es de suponer,

Luz. Una confusión entre las tres, sí. El propio Anomander Rake ha hecho valer una reclamación de propiedad sobre el trono de Sombra, después de todo…

El olor del té a medio hacer dio un tirón en la mente de Heboric.

—¿Ah, sí? —murmuró con un interés muy vago.

—Bueno, en cierto modo. Ha puesto a sus parientes a protegerlo, se supone que de los tiste edur. A los mortales nos resulta muy difícil encontrarles sentido a las historias tiste, son un pueblo muy longevo. Como bien sabes, la historia humana siempre está marcada por ciertas personalidades, que se alzan gracias a alguna cualidad o defecto para hacer pedazos el statu quo. Por suerte para nosotros, esos hombres y mujeres son muy contados y con el tiempo mueren o desaparecen. Pero entre los tiste… bueno, esas personalidades nunca se van, o eso parece. Actúan y actúan una vez más. Persisten. Escoge el peor tirano que puedas encontrar en tu conocimiento de la historia humana, Heboric, y luego imagina a esa persona como alguien prácticamente inmortal. Imagina que ese tirano vuelve una y otra vez. Con eso, ¿cómo crees que habría sido nuestra historia?

—Mucho más violenta que la de los tiste, L’oric. Los humanos no son tiste. De hecho, nunca he oído hablar de un tirano tiste…

—Quizá no haya usado el término adecuado. Me refería solo, en un contexto humano, a una personalidad de un poder, o potencial, devastador. Mira este Imperio de Malaz, nacido de la mente de Kellanved, un solo hombre. ¿Y si hubiera sido eterno?

Algo en las reflexiones de L’oric había reanimado a Heboric.

—¿Eterno? —Lanzó una carcajada seca—. Pues quizá lo sea. Hay un detalle que podrías tener en cuenta, quizá más relevante que cualquier otra cosa que se haya dicho aquí. Y es que los tiste ya no son los únicos en sus maquinaciones. Ya hay humanos metidos en sus juegos, humanos que no tienen la paciencia de los tiste ni su legendario distanciamiento. Las sendas de Kurald Galain y Kurald Emurlahn ya no son puras, ya las ha corrompido la presencia humana. ¿Meanas y Rashan? Quizás estén resultando ser las puertas que llevan a Oscuridad y Sombra. O quizás el asunto sea bastante más complicado incluso, ¿cómo podemos pretender de verdad separar los temas de Oscuridad y Luz de Sombra? Son lo que decían esos eruditos, un triunvirato interdependiente. Madre, padre e hijo, una familia que siempre riñe… solo que ahora los parientes políticos y los nietos se están metiendo también.

Heboric esperó la respuesta de L’oric, curioso por saber cómo se habían recibido sus comentarios, pero no se produjo. El exsacerdote levantó la cabeza y se esforzó por concentrarse en el mago supremo…

…Que estaba sentado, inmóvil, con una taza en una mano y el mango de la cazuela del té en la otra. Inmóvil y con los ojos clavados en Heboric.

—¿L’oric? Perdona, pero no puedo discernir tu expresión…

—Me alegro —dijo el mago supremo con voz ronca—. Aquí venía yo, a intentar dar la alarma sobre los tiste que se meten en asuntos humanos y solo para que tú des la alarma en dirección contraria. Como si no fuéramos nosotros los que tenemos que preocuparnos, sino los propios tiste.

Heboric no dijo nada. Una sospecha extraña, un simple susurro, aleteó por su interior por un momento, como si le hubiera dado vida con un cosquilleo algo que había en la

voz de L’oric. Después de un momento, lo desechó. Demasiado atroz, demasiado absurdo para planteárselo siquiera.

L’oric sirvió el té.

Heboric suspiró.

—Parece que se me ha de negar siempre el solaz de ese té. Háblame, pues, del gigante de jade.

—Ah, ¿y a cambio tú hablarás del señor de la Baraja?

—Sobre algunas cosas se me prohíbe elaborar…

—¿Porque se refieren al pasado secreto de Sha’ik?

—¡Por los colmillos de Fener, L’oric! ¿Quién podría estar escuchando ahora mismo nuestra conversación en este nido de ratas? Es una locura hablar…

—No hay nadie escuchando, Heboric. Me he asegurado de eso. Siempre tengo mucho cuidado con los secretos. Sé buena parte de tu historia reciente desde el comienzo…

—¿Cómo?

—Acordamos no comentar las fuentes. El caso es que nadie más sabe que eres malazano, o que eres un fugitivo de las minas de otataralita. Salvo Sha’ik, por supuesto. Puesto que ella se escapó contigo. Así pues, valoro mucho la privacidad (la de mis conocimientos y la de mis pensamientos) y siempre estoy alerta. Oh, ha habido sondeos, indagaciones con hechicería, una colección completa de hechizos que usan habitantes varios para intentar seguir el rastro de los rivales. Como ocurre cada noche.

—Entonces tu ausencia será detectada…

—Duermo tranquilo en mi tienda, Heboric, en lo que a esas indagaciones se refiere. Al igual que tú en tu tienda. Los dos solos. Inofensivos.

—Entonces estás más que a la altura de sus hechicerías. Lo que te convierte en más poderoso que cualquiera de

ellos. —Oyó tanto como vio el encogimiento de hombros de L’oric y tras un momento, el exsacerdote suspiró—. Si deseas detalles sobre Sha’ik y este nuevo señor de la Baraja, entonces debemos reunirnos los tres. Y para que eso ocurra, tendrás que revelarle a la elegida más de tu persona de lo que quizá desees.

—Dime una cosa, al menos. Este nuevo señor, ¿lo crearon tras el desastre malazano en Genabackis? ¿O acaso lo niegas? Ese puente sobre el que se encuentra, revela que era un abrasapuentes, o está relacionado de algún modo con ellos. Y esos guardianes fantasmales son todo lo que queda de los Abrasapuentes, pues los aniquilaron en el Dominio Painita.

—No puedo estar seguro de nada de eso —respondió Heboric—, pero lo que sugieres parece probable.

—Así pues, la influencia malazana no hace más que crecer, no solo en nuestro mundo mundano sino también en las sendas y ahora en la baraja de los Dragones.

—Cometes el error de tantos de los enemigos del Imperio, L’oric. Asumes que todo lo que es malazano está por fuerza unificado, en intenciones y objetivos. Las cosas son mucho más complicadas de lo que imaginas. No creo que este señor de la Baraja sea un simple sirviente de la emperatriz. De hecho, no se arrodilla ante nadie.

—Entonces, ¿para qué los guardianes Abrasapuentes?

Heboric presintió que la pregunta era capciosa, pero decidió seguirle el juego.

—Algunas lealtades desafían al propio Embozado…

—Ah, lo que significa que fue soldado en tan ilustre compañía. Bueno, las cosas están empezando a cobrar sentido.

—¿Ah, sí?

—Dime, ¿has oído hablar de un caminante espiritual llamado Kimloc?

—El nombre me resulta vagamente conocido. Pero no de por aquí. ¿Karakarang? ¿Rutu Jelba?

—Ahora reside en Ehrlitan. Su historia no viene al caso, pero por alguna razón debe de haber entrado hace poco en contacto con un abrasapuentes. No hay otra explicación para lo que ha hecho. Les ha dado una canción, Heboric. Una canción tanno y, ya ves qué curioso, empieza aquí. En Raraku. Raraku, amigo mío, es el lugar de nacimiento de los Abrasapuentes. ¿Sabes la trascendencia que tiene una canción así?

Heboric se dio la vuelta, miró el fuego y su calor seco y no dijo nada.

—Por supuesto —continuó L’oric después de un momento —, esa trascendencia ha disminuido ahora un tanto, ya que los Abrasapuentes ya no existen. No puede haber santificación…

—No, supongo que no —murmuró Heboric.

—Para que la canción se santifique, un abrasapuentes tendría que regresar a Raraku, al lugar donde nació la compañía. Y eso ahora no parece muy probable, ¿verdad?

—¿Por qué es necesario que un abrasapuentes regrese a Raraku?

—La hechicería tanno es… elíptica. La canción tiene que ser como una serpiente que se muerde la cola. La canción de Kimloc sobre los Abrasapuentes ahora mismo no tiene final. Pero se ha cantado, y por tanto vive. —L’oric se encogió de hombros—. Es como un hechizo que continúa activo y aguarda una resolución.

—Háblame del gigante de jade.

El mago supremo asintió. Sirvió el té y puso la taza delante de Heboric.

—El primero se encontró en las profundidades de las minas de otataralita…

—¡El primero!

—Sí. Y el contacto resultó, para aquellos mineros que se aventuraron a acercarse demasiado, fatal. O más bien, los hizo desaparecer. Sin dejar rastro. Se han descubierto secciones de otros dos gigantes, las tres vetas están ahora selladas. Estos gigantes son… intrusos en nuestro mundo. Procedentes de algún otro reino.

—Llegan aquí —murmuró Heboric— y solo para que los envuelvan en cadenas de otataralita.

—Ah, tú tampoco careces de conocimientos, entonces. Así es, parece que su llegada, cada vez, se ha anticipado de algún modo. Alguien, o algo, se está asegurando de que la amenaza que suponen estos gigantes quede anulada…

Pero Heboric negó con la cabeza al oír eso.

—No, creo que te equivocas, L'oric. Es el mismo pasaje, el portal por el que viene cada gigante, el que crea la otataralita.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto que no. Son demasiados los misterios que rodean la naturaleza de la otataralita para tener la certeza de algo. Hubo una erudita, se me ha olvidado el nombre, que sugirió una vez que la otataralita la crea la aniquilación de todo lo que es necesario para que funcione la hechicería. Como la escoria cuando se quema todo el mineral. Lo llamó el drenado absoluto de energía, la energía que existe por derecho en todas las cosas, ya sean animadas o no.

—¿Y tenía esa mujer una teoría sobre cómo podía ocurrir?

—Quizá la magnitud de la hechicería desatada, un conjuro que consume toda la energía de la que se alimenta.

—Pero ni siquiera los dioses podrían blandir semejante magia.

—Cierto, pero creo que es posible… a través de un ritual como el que un cuadro o ejército de hechiceros mortales podría lograr.

—Al modo del ritual de Tellann —asintió L'oric—. Sí.

—O bien —dijo Heboric en voz baja mientras cogía la taza— la invocación del dios Tullido… L'oric se quedó inmóvil y clavó los ojos en el exsacerdote tatuado. No dijo nada durante un buen rato mientras Heboric se tomaba el té de hen'bara. Al fin habló. —Muy bien, hay una última información que te voy a dar; comprendo ahora que es necesario, que es muy necesario que te la dé, aunque… revelará mucho de mi persona.

Heboric se quedó sentado y escuchó, y mientras L'oric continuaba hablando, los confines de su escuálida choza se redujeron a la insignificancia, el calor de la hoguera dejó de envolverlo hasta que la única sensación que le quedaba procedía de las manos fantasmales. Juntas, allí, al final de las muñecas, se convirtieron en el peso del mundo.

El sol naciente lavaba todos los tonos del cielo oriental. Karsa comprobó sus provisiones una última vez, los alimentos y las botas de agua, los objetos adicionales y los avíos necesarios para sobrevivir en una tierra calurosa y árida. Un equipo muy diferente del que había llevado buena parte de su vida. Hasta la espada era diferente, el árbol de hierro era más pesado que la madera de palosangre, el borde más tosco aunque casi igual de duro (pero no tanto). No hendía el aire con la facilidad de su espada de palosangre engrasada. Sin embargo, le había servido bastante bien. Miró al cielo; los colores del amanecer ya casi habían desaparecido y el azul que tenía justo encima se desvanecía tras el polvo suspendido.

Allí, en el corazón de Raraku, la diosa del Torbellino le había robado el color al fuego del sol y había dejado el paisaje pálido y mortal. *¿Sin color, Karsa Orlong?* La voz fantasmal de Bairoth Gild estaba impregnada de un humor irónico. *No tanto. Es plateado, amigo mío. Y el plateado es el color del olvido. Del caos. De color plateado es cuando las últimas gotas de sangre se lavan de la hoja*…

—Se acabaron las palabras —gruñó Karsa.

Leoman habló muy cerca.

—Puesto que acabo de llegar, toblakai, todavía he de hablar. ¿No deseas que me despida?

Karsa se irguió poco a poco y se echó la bolsa al hombro.

—No hace falta decir las palabras en voz alta, amigo mío, para que sean inoportunas. No hacía más que responder a mis propios pensamientos. Que estés aquí me complace. Cuando empecé mi primer viaje, hace mucho tiempo, nadie vino a presenciarlo.

—Le pregunté a Sha'ik —respondió Leoman desde donde se encontraba, a diez pasos de distancia, tras haber atravesado el hueco que dejaba el camino en el muro bajo y medio derruido; Karsa vio que los ladrillos de barro estaban, por el lado en sombra, cubiertos de rhizanos que se aferraban a ellos con las alas plegadas, los colores moteados los hacían casi idénticos al color ocre de los ladrillos—. Pero dijo que no se uniría a mí esta mañana. Y lo que es más extraño, parecía como si ya supiera de tus intenciones y no estuviera más que aguardando mi visita.

Karsa se encogió de hombros y miró a Leoman.

—Con que sea testigo uno basta. Podemos pronunciar ya nuestras palabras de despedida. No te ocultes demasiado tiempo en tu pozo, amigo mío. Y cuando salgas a caballo con tus guerreros, atente a las órdenes de la elegida,

demasiados pinchazos del cuchillo pequeño pueden despertar al oso por muy profundo que sea su sueño.

—Es un oso joven y débil esta vez, toblakai.

Karsa negó con la cabeza.

—He llegado a respetar a los malazanos y temo que los despiertes y vuelvan en sí.

—Tendré en cuenta tus palabras —respondió Leoman—. Y ahora te pido que tengas en cuenta las mías. Cuidado con tus dioses, amigo mío. Si tienes que arrodillarte ante algún poder, primero contémplalo con los ojos despejados. Dime, ¿qué te dirían los tuyos para despedirte?

—«Que puedas matar a mil niños.»

Leoman se quedó pálido.

—Que tengas buen viaje, toblakai.

—Lo tendré.

Karsa sabía que Leoman no podía ver ni sentir a quienes lo flanqueaban en la brecha del muro. Delum Thord a la izquierda, Bairoth Gild a la derecha. Guerreros teblor, pintados con aceite de sangre en tonos carmesíes que ni siquiera el torbellino podía erradicar y que se adelantaron cuando el teblor giró para enfrentarse al camino del oeste.

—*Guíanos. Guía a tus muertos, caudillo*.

La carcajada burlona de Bairoth chasqueaba y crujía como los trozos de arcilla que se rompían bajo los mocasines de Karsa Orlong. El teblor hizo una mueca. Habría que pagar, al parecer, un precio muy alto por el honor.

No obstante, comprendió tras un momento que si tenía que haber fantasmas, era mejor encabezarlos que sufrir su persecución.

—*Si es así como quieres verlo, Karsa Orlong*.

A lo lejos se alzaba el muro giratorio del torbellino. Estaría bien, consideró el teblor, ver otra vez el mundo que

había detrás después de tantos meses. Emprendió la marcha hacia el este al tiempo que nacía el día.

—Se ha ido —dijo Kamist Reloe cuando se acomodó en los cojines.

Korbolo Dom miró al mago, su expresión vacía no traicionaba el desdén que sentía por aquel hombre. El sitio de los hechiceros no era la guerra. Y él lo había demostrado cuando había destruido la cadena de perros. Con todo, había necesidades que plantearse y Reloe era la menor de ellas.

—Eso deja solo a Leoman —afirmó con voz profunda desde donde se encontraba, echado sobre los almohadones y cojines.

—Que parte con sus ratas dentro de unos días.

—¿Hará avanzar Febryl ahora sus planes?

El mago se encogió de hombros.

—Es difícil decirlo, pero esta mañana hay una avidez inconfundible en su mirada.

Avidez. Vaya. Otro mago supremo, otro chiflado que enarbola poderes que es mejor dejar sin explotar.

—Queda uno que quizá nos suponga la mayor amenaza de los tres: Manos Fantasmales.

Kamist Reloe lanzó un gruñido burlón.

—Un necio ciego y chocho. ¿Sabe siquiera que el té de hen’bara es la fuente de la fina tela que separa su mundo y todo aquello de lo que quisiera huir? Antes de que pase mucho tiempo, su mente se desvanecerá por completo en el interior de las pesadillas y no tendremos que preocuparnos más por él.

—Ella tiene secretos —murmuró Korbolo Dom y se inclinó hacia delante para coger un cuenco de higos—. Muchos más de los que le concedió el torbellino. Febryl continúa su camino sin mirar, sin ser consciente de su propia ignorancia. Cuando al fin se entable batalla con el ejército de la

consejera, el éxito o el fracaso lo decidirán los Mataperros, mi ejército. La otataralita de Tavore derrotará al torbellino, estoy convencido. Lo único que os pido a ti, a Febryl y a Bidithal es que no me obstaculicéis cuando me ponga al mando de las fuerzas, cuando dé forma a esa batalla.

—Los dos somos conscientes —gruñó Kamist— de que esta lucha va mucho más allá del torbellino.

—Sí, así es. Más allá de Siete Ciudades, mago. No pierdas de vista nuestro objetivo final, el trono que nos pertenecerá un día.

Kamist Reloe se encogió de hombros.

—Ese es nuestro secreto, amigo mío. Solo tenemos que proceder con cautela y todos los obstáculos muy probablemente se desvanecerán ante nuestros propios ojos. Febryl mata a Sha'ik, Tavore mata a Febryl y nosotros destruimos a Tavore y a su ejército.

—Y entonces nos convertimos en los salvadores de Laseen cuando aplastemos esta rebelión por completo. Dioses, juro que veré toda esta tierra vacía de vida si es necesario. Un regreso triunfal a Unta, una audiencia con la emperatriz, después el cuchillo lleno de impulso. ¿Y quién nos va a detener? Los espolones están listos para acabar con las Garras. Whiskeyjack y los Abrasapuentes ya no existen y Dujek continúa a un continente de distancia. ¿Cómo le va al sacerdote de Jhistal?

—Mallick viaja sin oposición, siempre hacia el sur. Es un hombre listo, un hombre sabio, e interpretará su papel a la perfección.

Korbolo Dom no respondió. Despreciaba a Mallick Rel, pero no podía negar su utilidad. Con todo, no se podía confiar en él… cosa de la que el puño supremo Pormqual podría dar fe si el muy necio siguiera vivo.

—Envía a buscar a Fayelle. Quiero disfrutar de la compañía de una mujer. Déjame, Kamist Reloe.

El mago supremo dudó y Korbolo frunció el ceño.

—Está el asunto de L’oric —susurró Kamist.

—¡Entonces ocúpate de él! —le soltó Korbolo con tono brusco—. ¡Vete ya!

El mago supremo inclinó la cabeza y salió de espaldas de la tienda.

¡Hechiceros! Si pudiera encontrar un modo de destruir la magia, el napaniano no dudaría. La extinción de los poderes que podían masacrar a mil soldados en un instante les devolvería el destino de los mortales a los propios mortales y eso no podía más que ser bueno. La muerte de las sendas, la disolución de los dioses a medida que su recuerdo y el recuerdo de sus intromisiones se fueran desvaneciendo poco a poco, la atrofia de toda la magia… El mundo entonces pertenecería a hombres como el propio Korbolo. Y el imperio al que él daría forma no permitiría ambigüedad ni ambivalencia.

Sin oposición a su voluntad, el napaniano podría terminar, de una vez por todas, con el estruendo disonante que plagaba a la humanidad, en ese momento y a lo largo de toda la historia.

Traeré el orden. Y con esa unidad, conseguiremos que el mundo se deshaga de todas las demás razas, de todos los demás pueblos, derrotaremos y aplastaremos todas las visiones discordantes, pues al final solo puede haber un único camino, un único modo de vivir, de gobernar este reino. Y ese modo me pertenece a mí.

Un buen soldado sabía que el éxito estaba en la planificación cuidadosa, en los pasos graduales.

La oposición tenía una manera especial de apartarse sin que nadie se lo dijera. *Ahora estás a los pies del Embozado,*

Whiskeyjack. Donde siempre he querido tenerte. Tú y tu maldita compañía, alimentando a los gusanos en una tierra extraña. Ya no queda nadie para detenerme...

Capítulo 11



Ese fue un camino que no recorrió con gusto.

La rebelión de Sha'ik
Tursabaal

El aliento de los caballos dibujaba penachos en el aire frío de la mañana. Apenas acababa de amanecer y el aire no insinuaba el calor que traería el inminente día. Envuelto en las pieles de un bhederin, y con el sudor viejo haciendo que el forro de su casco estuviese pegajoso, frío y húmedo como el tacto de un cadáver, el puño Gamet permanecía sentado e inmóvil sobre su montura wickana, con la mirada clavada en la consejera.

La colina que estaba justo al sur de Erougimon, donde había muerto Coltaine, había terminado por conocerse con el nombre de la Ladera. Un sinfín de pequeñas gibas en la cima y las faldas indicaban dónde se habían enterrado los cuerpos, la tierra salpicada de metal ya estaba cubierta de hierbas y flores.

Las hormigas habían colonizado toda esa colina, o eso parecía. El suelo estaba repleto de ellas, de sus cuerpos rojos y negros, cubiertos de polvo pero relucientes, no obstante, que ya emprendían sus tareas diarias.

Gamet, la consejera y Tene Baralta habían salido a caballo de la ciudad antes del amanecer. Junto a las puertas

del oeste, el ejército comenzaba a desperezarse. La marcha se iniciaría ese día. El viaje al norte, a Raraku, a Sha’ik y el torbellino. A la venganza.

Quizá habían sido los rumores lo que había conducido a Tavore a la Ladera, pero Gamet ya lamentaba la decisión de la consejera de llevarlo con ella. Aquel lugar no le enseñaba nada que él quisiera ver. Ni, sospechaba, estaba la consejera muy satisfecha con lo que habían encontrado.

Trenzas manchadas de rojo, entrelazadas para formar cadenas, extendidas por la cima y enroscadas alrededor de los dos cabos de la cruz que en otro tiempo se había levantado allí. Cráneos de perros repletos de jeroglíficos indescifrables se asomaban a la cresta por las cuencas vacías de los ojos. Plumas de cuervo que colgaban de astiles rotos de flecha clavados en la tierra. Estandartes raídos sujetos al suelo sobre los que habían pintado representaciones varias de un cuchillo largo wickano roto. Iconos, fetiches, una masa de detritos para conmemorar la muerte de un único hombre.

Y todo ello era un enjambre entero de arañas. Como guardianes absurdos de aquella tierra que habían hecho santa.

Los tres jinetes permanecían en sus sillas, en silencio.

Al fin, tras un largo rato, habló Tavore.

—Tene Baralta. —Sin inflexión alguna.

—¿Sí, consejera?

—¿Quién… quién es el responsable de… de todo esto? ¿Malazanos de Aren? ¿Sus Espadas Rojas?

Tene Baralta no respondió de inmediato, sino que desmontó y se adelantó unos pasos con los ojos clavados en el suelo. Cerca de uno de los cráneos de perro, se detuvo y se agachó.

—Consejera, estos cráneos… Las runas que hay en ellos son khundryl. —Señaló los tocones de madera—. Las cadenas entretejidas, kherahn dhobri. —Señaló con un gesto la ladera—. Los estandartes… desconocidos, es posible que bhilard. ¿Las plumas de cuervo? Las cuentas en los tallos son semk.

—¡Semk! —Gamet no pudo contener la incredulidad—. ¡Del otro lado del río Vathar! Tene, tienes que estar equivocado…

El gran guerrero se encogió de hombros. Después se irguió y señaló con un gesto las colinas arrugadas que tenían justo al norte.

—Los peregrinos solo vienen de noche, sin que nadie los vea, que es como lo prefieren. Están escondidos ahí fuera, incluso ahora. Esperando a la noche.

Tavore se aclaró la garganta.

—Semk. Bhilard… Esas tribus lucharon contra él. Y ahora vienen a venerarlo. ¿Cómo es posible? Explíquese, por favor, Tene Baralta.

—No puedo, consejera. —El hombre la miró y después añadió—. Pero, por lo que tengo entendido, esto es… modesto, comparado con lo que cubre el camino de Aren.

Cayó el silencio una vez más, aunque Gamet no necesitaba oírla hablar para saber lo que pensaba Tavore.

Ese… ese es el camino que tomaremos nosotros. Debemos recorrer, paso a paso, el legado. ¿Debemos? No. Debe ella. Tavore. Sola. «¡Esta ya no es la guerra de Coltaine!», le dijo a Temul. Pero al parecer es lo que sigue siendo. Y ahora se da cuenta, en el fondo de su alma, de que tendrá que viajar a la sombra de ese hombre… hasta Raraku.

—Me dejarán los dos ahora —dijo la consejera—. Volveré a reunirme con ustedes en el camino de Aren.

Gamet dudó.

—Consejera, el clan Cuervo sigue reclamando su derecho a cabalgar al frente de todos —dijo después—. No aceptarán a Temul como comandante.

—Me ocuparé de su despliegue —respondió Tavore—. Por ahora, váyanse.

El puño observó a Tene Baralta que volvía a montar en su caballo. Los dos hombres intercambiaron una mirada y después los dos hicieron girar sus monturas y las pusieron a medio galope por la pista que llevaba a la puerta oeste.

Gamet examinó el suelo tachonado de rocas que rodaba bajo los cascos de su caballo. Por allí era por donde el historiador Duiker había conducido a los refugiados a la ciudad, por esa misma extensión de terreno vacío. Donde, al final, el anciano había detenido su agotada y leal yegua (la yegua que en ese momento montaba Temul) y había observado al último de sus protegidos cruzar la puerta con ayuda de sus habitantes.

Después de lo cual, según se decía, al fin entró en la ciudad.

Gamet se preguntó qué había pasado por la mente de aquel hombre en aquel momento, sabiendo que Coltaine y los restos del Séptimo seguían allí fuera, librando su desesperada batalla de retaguardia. Sabiendo que habían logrado lo imposible.

Duiker había llevado a los refugiados a sitio seguro.

Y solo para terminar empalado en un árbol. A Gamet le resultaba imposible comprender la profundidad de semejante traición.

Un cuerpo nunca recuperado. Huesos que no habían encontrado descanso.

—Hay tanto —dijo Tene Baralta con voz profunda junto a Gamet.

—¿Tanto?

—Tanto a lo que responder, Gamet. De hecho, te arranca las palabras de la garganta, pero el silencio que deja a su paso, ese silencio grita.

Incómodo por la admisión de Tene, Gamet no dijo nada.

—Por favor, recuérdame —continuó la espada roja— que Tavore está a la altura de esta tarea.

¿Es eso siquiera posible?

—Lo está.

Tiene que estarlo. O si no, estamos perdidos.

—Un día, Gamet, tendrás que contarme qué ha hecho esa mujer para ganarse la lealtad que muestras siempre.

Dioses, ¿qué respuesta se puede dar a eso? Maldito seas, Tene, ¿es que no ves la verdad que tienes delante? No ha hecho… nada. Te lo ruego. Deja a un simple viejo con su fe.

—Tú podrás desear lo que quieras —rezongó Gesler—, pero la fe es para los tontos.

Cuerdas se aclaró el polvo de la garganta y escupió en un lado del camino. El paso que llevaban era lento y tortuoso, los tres pelotones seguían a la carreta cargada con sus provisiones.

—¿Por qué lo dices? —le preguntó al sargento que iba a su lado—. Un soldado no conoce más que una verdad y esa verdad es, sin fe, que ya estás prácticamente muerto. Fe en el soldado que tienes al lado. Pero incluso más importante, y da igual lo engañosa que sea en realidad, es la fe en que no pueden matarte. Esas dos y solo esas dos son las patas que sostienen a todo ejército.

El hombre de piel ambarina lanzó un gruñido y después señaló con un gesto el más cercano de los árboles que flanqueaban el camino de Aren.

—Mira eso y dime lo que ves… no, no esos malditos fetiches, ¡por el Embozado!, sino lo que sigue siendo visible bajo todo ese desastre. Los agujeros de las picas, las manchas oscuras de bilis y sangre. Pregúntale al fantasma del soldado que estaba en ese árbol, pregúntale a ese soldado sobre la fe.

—Una fe traicionada no destruye la noción de la fe en sí —replicó Cuerdas—. De hecho, hace justo lo contrario…

—Quizá para ti, pero hay algunas cosas que no puedes esquivar con palabras y altos ideales, Viol. Y todo se reduce a quién va a la vanguardia, ahí delante. La consejera. Que acaba de perder una discusión con esa manada de añejos wickanos. Tú has tenido suerte, tú tenías a Whiskeyjack y Dujek. ¿Sabes quién fue mi último comandante, antes de que me sentenciaran a la guardia costera? Korbolo Dom. Juraría que ese hombre tenía un altar dedicado a Whiskeyjack en su tienda, pero no al Whiskeyjack que conoces tú. Korbolo lo veía de forma diferente. Potencial sin desarrollar, eso era lo que veía.

Cuerdas le lanzó una mirada a Gesler. Tormenta y Chapapote caminaban juntos tras los dos sargentos, lo bastante cerca para oírlos, aunque ninguno había aventurado comentario u opinión alguna.

—¿Potencial sin desarrollar? En el nombre de Beru, ¿de qué estás hablando?

—Yo no. Korbolo Dom. «Ojalá ese cabrón hubiera sido lo bastante duro», solía decir. «Podría haberse apoderado del maldito trono. Tendría que haberlo hecho.» En lo que a Dom se refiere, Whiskeyjack lo traicionó, nos traicionó a todos, y eso, ese napaniano renegado no lo va a perdonar en su vida.

—Pues lo siento por él —rezongó Cuerdas—, porque hay muchas posibilidades de que la emperatriz nos mande todo

el ejército de Genabackis a tiempo para la batalla final. Dom puede presentarle sus quejas al propio Whiskeyjack.

—Una idea agradable —se rio Gesler—, pero a lo que me refiero es a que tú has tenido comandantes dignos de la fe que pones en ellos. La mayor parte de los demás no hemos tenido ese lujo. Así que no sentimos lo mismo. Ya está, eso es todo lo que intentaba decir.

El camino de Aren pasaba junto a ellos. Transformado en un inmenso templo al aire libre, cada árbol atestado de fetiches, telas trenzadas y convertidas en cadenas, figuras pintadas en la áspera corteza para que se parecieran a los soldados que en otro tiempo se habían retorcido allí, bajo picas clavadas por los guerreros de Korbolo Dom. La mayor parte de los soldados que iban delante y detrás de Cuerdas caminaban en silencio. A pesar de la vasta y vacía extensión de cielo azul que tenían encima, el camino resultaba opresivo.

Se había hablado de talar los árboles, pero una de las primeras órdenes de la consejera al llegar a Aren había sido prohibirlo. Cuerdas se preguntaba si la mujer lamentaría su decisión.

Su mirada fue subiendo hasta posarse en uno de los nuevos estandartes del Decimocuarto, apenas visible entre las nubes de polvo que se agitaban delante. La consejera había entendido muy bien todo aquel asunto de los huesos de los dedos, había comprendido cómo se revertía el mal presagio. El nuevo estandarte daba fe de ello. Una figura mugrienta y de miembros delgados sujetaba un hueso en alto, los detalles en tonos de colores pardos que apenas eran visibles sobre el campo amarillo ocre, el borde era una trenza tejida del magenta imperial y gris oscuro. Una figura desafiante que se alzaba frente a una tormenta de arena. Que el estandarte pudiera aplicarse con igual facilidad al

ejército del Apocalipsis de Sha’ik era una curiosa coincidencia. *Como si Tavore y Sha’ik, los dos ejércitos, las fuerzas en oposición, fueran de algún modo un reflejo de la otra*.

Había muchas… ocurrencias extrañas en todo aquello, cosas que mordisqueaban y se retorcían bajo la piel de Cuerdas como larvas de tábanos y, de hecho, tuvo la sensación de estar extrañamente enfebrecido durante todo el día. Acordes de una canción apenas oída se alzaban de las profundidades de su mente de vez en cuando, una canción que lo atormentaba y le ponía los pelos de punta. Y lo que era más raro todavía, la canción no le sonaba de nada.

Reflejos en un espejo. Quizá no solo Tavore y Sha’ik. ¿Qué hay de Tavore y Coltaine? Aquí estamos, desandando este camino empapado de sangre. Y fue este camino el que demostró la valía de Coltaine a la mayor parte de los que lideraba. ¿Veremos nosotros lo mismo con nuestro viaje? ¿Cómo veremos a Tavore el día que nos encontremos delante del torbellino? ¿Y qué hay de mi propio regreso? A Raraku, el desierto que me vio destruido solo para levantarme una vez más, misteriosamente renovado, una renovación que persiste, dado que para ser un hombre viejo no parezco ni me siento viejo. Y así sigue siendo para los Abrasapuentes, como si Raraku nos robara algo de nuestra mortalidad y lo sustituyera por… por otra cosa.

Volvió la cabeza para ver qué tal le iba a su pelotón. Ninguno se estaba retrasando, lo cual era buena señal. Dudaba que alguno estuviera en la forma requerida para el viaje que acababan de emprender. Los primeros días serían los más difíciles, antes de que marchar con toda la armadura y el armamento se convirtiera en algo que hicieran sin pensar (y no era que algún día fueran a estar cómodos, por mucho que lo hicieran sin pensar); esa tierra era calurosa y

seca, hasta un punto asesino, y el puñado de sanadores menores que había en cada una de las compañías recordaría esa marcha como una pesadilla casi interminable, una pesadilla en la que no cesarían de repeler las postraciones provocadas por el calor y la deshidratación.

Todavía no había forma de saber lo que valía su pelotón. Koryk tenía todo el aspecto, la naturaleza, del puño envuelto en cota de malla que necesitaba todo pelotón. Y la tozudez de los rasgos de Chapapote insinuaba una voluntad que no sería fácil aplastar. Había algo en la chica, Sonrisas, que a Cuerdas le recordaba demasiado a Lástima, la mirada fría y despiadada de sus ojos era la de una asesina, y Cuerdas se preguntó por el pasado de la mujer. Botella tenía el aire cohibido y chulesco de un joven mago, quizás un mago versado en un puñado de hechizos de alguna senda menor. El último soldado de su pelotón, por supuesto, al sargento no le preocupaba en absoluto. Había conocido a hombres como Sepia toda su vida. Una versión más fornida y desdichada de Seto. Tener a Sepia allí era como… volver a casa.

La prueba de fuego llegaría y sería brutal, pero templaría a los que sobreviviesen.

Estaban saliendo del camino de Aren y Gesler señaló el último árbol a la izquierda.

—Ahí fue donde lo encontramos —dijo en voz baja.

—¿A quién?

—A Duiker. No dijimos nada porque el muchacho, Verdad, era muy optimista. Pero la siguiente vez que salimos, el cuerpo del historiador no estaba. Lo habían robado. Has visto los mercados de Aren, los trozos de carne marchita que los buhoneros afirman que pertenecían a Coltaine, o Bult, o Duiker. Los cuchillos largos rotos, los retales de una capa de plumas…

Cuerdas se quedó pensativo por un momento y después suspiró.

—No vi a Duiker más que una vez, y de lejos. Un simple soldado que el emperador decidió que merecía la pena educar.

—Un soldado, desde luego. Se puso en primera línea con todos los demás. Un cabrón viejo y malhumorado con una espada corta y un escudo.

—Es obvio que algo en él llamó la atención de Coltaine; después de todo, Duiker fue el que eligió Coltaine para ponerse al frente de los refugiados.

—Yo diría que no fue la habilidad militar de Duiker lo que decidió a Coltaine, Cuerdas. Fue que era el historiador imperial. Quería que se contara la historia, y que se contara bien.

—Bueno, después resultó que Coltaine contó su propia historia; no necesitaba a ningún historiador, ¿verdad?

Gesler se encogió de hombros.

—Como tú digas. No estuvimos en su compañía mucho tiempo, solo lo suficiente para hacernos cargo de un barco de heridos. Hablé un poco con Duiker, y con el capitán Lull. Y después, Coltaine se rompió la mano al darme un puñetazo en la cara…

—¿Que hizo qué? —se rio Cuerdas—. Seguro que te lo merecías…

Tormenta habló entonces tras ellos.

—Se rompió la mano, sí, Gesler. Y a ti la nariz.

—Mi nariz se ha roto tantas veces que ya se rompe por instinto —respondió el sargento—. El puñetazo no fue para tanto.

Tormenta lanzó un bufido.

—¡Te tiró al suelo como un saco de nabos! Ese puñetazo estuvo a la altura del de Urko la vez que…

—Ni se acercó siquiera —dijo Gesler con voz cansina—. Una vez vi a Urko darle un puñetazo a una casa de ladrillos de barro. Tres golpes, no más de cuatro, en cualquier caso, y el sitio entero se derrumbó entre una nube de polvo. Ese cabrón napaniano sí que sabía pegar.

—¿Y eso es importante para ti? —preguntó Cuerdas.

El asentimiento de Gesler fue serio.

—Es la única forma que tiene un comandante de ganarse mi respeto, Viol.

—¿Tienes intención de poner a prueba a la consejera pronto?

—Quizá. Claro que haré concesiones, por eso de que es aristócrata y demás.

Una vez que dejaron atrás la maltratada puerta del camino de Aren y las ruinas abandonadas de una pequeña aldea, empezaron a ver a los escoltas setis y wickanos en sus flancos, una visión reconfortante para Cuerdas. Los ataques y los disparos podían empezar en cualquier momento una vez que el ejército había dejado atrás las murallas de Aren. La mayor parte de las tribus había olvidado, si los rumores eran ciertos, de forma muy conveniente las treguas que le habían arrancado al Imperio de Malaz. Las viejas costumbres no hacían más que dormir un sueño inquieto bajo la superficie de esos pueblos.

El paisaje que los rodeaba estaba roto y quemado por el sol, un lugar donde hasta las cabras salvajes crecían flacas y apáticas. Los montículos de escombros de cumbres planas que marcaban la presencia de ciudades muertas hace mucho tiempo eran visibles en cada horizonte. Antiguos caminos elevados, la mayor parte ya desmantelados, punteaban las laderas y riscos arrugados.

Cuerdas se secó el sudor de la frente.

—Por novatos que seamos, ya es hora de que esa mujer dé el…

Resonaron cuernos por toda la gigantesca fila. Cesó el movimiento y los gritos de los aguadores se elevaron en el aire polvoriento al dirigirse sin ganas a los barriles. Cuerdas se giró y estudió a su pelotón. Ya estaban todos en el suelo, sentados o echados, las camisas de manga larga oscurecidas por el sudor.

Entre los pelotones de Gesler y Borduke, la reacción al alto había sido idéntica; el mago de Borduke, Balgrid (con cierto sobrepeso y obviamente poco acostumbrado a la armadura que llevaba encima) parecía pálido y tembloroso. El sanador de ese pelotón, un hombre pequeño y callado llamado Laúdes, ya iba hacia él.

—Un verano seti —dijo Koryk, que le dedicaba a Cuerdas una sonrisa carnívora—. Cuando los rebaños convierten las praderas en polvo, cuando la tierra que pisas chasquea como metal que se rompe.

—Que el Embozado te lleve —le soltó Sonrisas—. Esta tierra está llena de cosas muertas por una buena razón.

—Sí —respondió el mestizo seti—, solo los duros sobreviven. Ahí fuera hay tribus de sobra, han dejado señales suficientes de su paso.

—Y tú lo has visto, ¿no? —dijo Cuerdas—. Bien. Ahora eres el explorador del pelotón.

La sonrisa blanca de Koryk se ensanchó.

—Si insistes, sargento.

—A menos que sea de noche —añadió Cuerdas—. Entonces será Sonrisas. Y Botella, suponiendo que su senda sea la adecuada.

Botella frunció el ceño y después asintió.

—De acuerdo, sargento.

—¿Y cuál es el papel de Sepia, entonces? —quiso saber Sonrisas—. ¿Quedarse ahí tirado como una marsopa varada?

¿Marsopa varada? Así que has crecido junto al mar, ¿eh? Cuerdas le echó un vistazo al veterano. El hombre estaba dormido. *Yo solía hacer lo mismo, allá por aquellos tiempos en los que no se esperaba nada de mí, cuando no estaba a cargo de nada, maldita sea. Echo de menos esos tiempos*.

—La tarea de Sepia —respondió Cuerdas— es manteneros al resto vivos cuando yo no ande cerca.

—¿Entonces por qué no es el cabo? —preguntó Sonrisas. Una expresión beligerante se había apoderado de sus diminutos rasgos.

—Porque es zapador y no quieres a un zapador de cabo, muchacha. —*Claro que yo también soy zapador. Pero será mejor que eso me lo guarde para mí*.

Llegaron tres soldados de la infantería de la compañía con botas de agua.

—Bebed despacio —les instruyó Cuerdas. Gesler le hizo una seña con los ojos a unos pasos de distancia, cerca de la carreta, y Cuerdas se dirigió allí. Borduke se reunió con ellos.

—Bueno, qué curioso —murmuró Gesler—. El mago enfermo de Borduke, su senda es Meanas. Y mi mago es Tavos Estanque y es lo mismo. Oye, Cuerdas, tu chico, Botella…

—No estoy seguro todavía.

—También es Meanas —rezongó Borduke mientras se mesaba la barba con un gesto inveterado que Cuerdas sabía que terminaría por irritarlo—. Balgrid lo ha confirmado. Son todos Meanas.

—Como ya he dicho —suspiró Gesler—. Curioso.

—Podría venirnos bien —dijo Cuerdas—. Que se pongan los tres a trabajar en rituales; las ilusiones son muy útiles, diablos, cuando se hacen bien. Ben el Rápido podía crear

unas cuantas, la clave está en los detalles. Deberíamos juntarlos a todos esta noche…

—Ah —dijo una voz tras la carreta y después apareció el teniente Ranal—, todos mis sargentos reunidos en un solo lugar. Qué conveniente.

—¿Ha venido a comer polvo con el resto de nosotros? —preguntó Gesler—. Coño, qué generoso por su parte.

—No crea que no he oído hablar de usted —se burló Ranal—. Si por mí hubiera sido, sería uno de los muchachos que llevan las botas de agua, Gesler.

—Pues pasaría mucha sed si lo fuera —respondió el sargento.

La cara de Ranal se oscureció.

—El capitán Keneb quiere saber si hay algún mago en sus pelotones. La consejera necesita el número de lo que tenemos disponible.

—Ninguno…

—Tres —lo interrumpió Cuerdas sin hacer caso de la mirada furiosa de Gesler—. Todos menores, como era de esperar. Dígale al capitán que servimos para acciones encubiertas.

—Guárdese sus opiniones para usted, Cuerdas. Tres, ha dicho. Muy bien. —Giró en redondo y se fue con paso airado.

Gesler se volvió hacia Cuerdas.

—Podríamos perder esos magos…

—No los perderemos. No se lo pongas difícil a ese teniente, Gesler, al menos de momento. El muchacho no sabe lo que es ser oficial de campo. Imagínate, mira que decirle a los sargentos que se guarden sus opiniones. Con la suerte de Oponn, Keneb terminará explicándole unas cuantas cosas al teniente.

—Suponiendo que Keneb sepa hacerlo mejor —murmuró Borduke. Se peinó la barba—. Según los rumores, fue el

único que sobrevivió de su compañía. Y ya sabéis lo que eso podría significar.

—Ya veremos —aconsejó Cuerdas—. Es un poco pronto para empezar a afilar los cuchillos…

—Afilar los cuchillos —dijo Gesler—, ahora sí que estás hablando mi idioma. Estoy dispuesto a esperar y ver, como sugieres, Viol. Por ahora. De acuerdo, reunamos a los magos esta noche, y si son capaces de llevarse bien sin matarse, entonces puede que nos encontremos un paso o dos por delante.

Resonaron los cuernos para anunciar la reanudación de la marcha. Los soldados resoplaron y maldijeron cuando tuvieron que volver a ponerse en pie.

Terminó el primer día de viaje y Gamet tenía la sensación de que habían recorrido una distancia ínfima, patética, tras salir de Aren. Lo que era de esperar, por supuesto. El ejército estaba muy lejos de encontrarse al nivel adecuado.

Igual que yo. Dolorido por la silla y mareado por el calor, el puño observaba desde una ligera elevación junto a la línea de marcha el campamento que poco a poco iba tomando forma. Bolsas de orden entre un mar caótico de movimiento. Los guerreros montados setis y wickanos continuaban extendiéndose muy por detrás de los piquetes circundantes, pero demasiado escasos en número para ofrecerle al puño demasiado consuelo. *Y esos wickanos, abuelos y abuelas todos y cada uno. Bien sabe el Embozado que es muy posible que haya cruzado la espada con algunos de esos viejos guerreros. Esos ancianos nunca se conformaron con la idea de pertenecer al Imperio*. Estaban allí por una razón muy diferente. Por el recuerdo de Coltaine. Y los niños… bueno, los estaban alimentando con ese

veneno singular de los viejos guerreros amargados, los estaban llenando de relatos de glorias pasadas. *Y así, los que nunca han conocido el terror de la guerra y los que lo han olvidado. Un dúo pavoroso*…

Se estiró para aliviar las punzadas de la columna y después se obligó a moverse. Bajó por el risco, recorrió el borde de la zanja llena de escombros hasta la tienda de mando de la consejera, con su lona prístina y los wickanos de Temul haciendo guardia a su alrededor.

A Temul no se le veía por ninguna parte. Gamet compadecía al muchacho. Ya estaba librando media docena de escaramuzas sin ni siquiera sacar una espada y estaba perdiendo. *Y no hay ni una maldita cosa que podamos hacer*.

Se acercó a la entrada de la tienda, arañó la solapa y esperó.

—Entra, Gamet —exclamó la voz de la consejera desde el interior.

Estaba arrodillada en la antesala ante una larga caja de piedra y estaba volviendo a colocar la tapa en su lugar cuando el puño atravesó la entrada. Un vistazo momentáneo (la espada de otataralita de la consejera) y la tapa quedó encajada en su sitio.

—Hay un poco de cera ablandada… ahí, en ese tarro, encima del brasero. Tráelo, Gamet.

El puño se lo llevó y observó cómo la consejera iba rozando la juntura que quedaba entre la tapa y la base hasta que el receptáculo quedó sellado por completo. Después la mujer se levantó y se limpió la arena que se le había pegado a las rodillas.

—Ya estoy cansada de esta perniciosa arena —murmuró.

La consejera estudió al puño por un momento.

—Hay vino aguado detrás de ti, Gamet —dijo después—. Sírvete un poco.

—¿Parece que lo necesito, consejera?

—Sí. Ah, bien sé que buscabas una vida tranquila cuando entraste en nuestra casa. Y yo te he arrastrado a una guerra.

Gamet sintió que se ofendía y se irguió un poco más.

—Estoy a la altura de la situación, consejera.

—Te creo. No obstante, sírvete un poco de vino. Esperamos noticias.

El puño se dio la vuelta en busca de la jarra de arcilla, la encontró y se acercó.

—¿Noticias, consejera?

La mujer asintió y él vio la preocupación en sus rasgos corrientes, una revelación momentánea a la que él le dio la espalda mientras se servía una copa de vino. *No me muestres brechas, muchacha. Necesito aferrarme a lo único que tengo por cierto*.

—Ven a mi lado —le pidió ella, había una urgencia repentina en su tono.

El puño se reunió con ella y ambos miraron el espacio despejado del centro de la cámara. En él floreció un portal que se fue extendiendo como un líquido que manchase una sábana de gasa, un gris turbio que expulsó un aliento de aire viciado y muerto. Salió una figura alta y vestida de verde. Rasgos extraños, angulares, piel del tono del mármol cubierto de polvo de carbón, la boca amplia del hombre daba la sensación de exhibir una medio sonrisa perpetua, pero en ese momento no estaba sonriendo.

Hizo una pausa para limpiarse el polvo ceniciento del manto y los pantalones ceñidos y después levantó la cabeza para encontrarse con la mirada de Tavore.

—Consejera, saludos de la emperatriz. Y míos también, por supuesto.

—Topper. Presiento que la misión que le trae aquí será desagradable. Puño Gamet, ¿tendría la amabilidad de servirle a nuestro invitado un poco de vino?

—Por supuesto. —*Por los dioses del inframundo, el maldito patrón de la Garra*. Bajó la cabeza para mirar su propia copa y después se la ofreció a Topper—. Todavía no he tomado ni un sorbo. Tenga.

El hombre alto ladeó la cabeza para dar las gracias y aceptó la copa.

Gamet fue adonde seguía esperando la jarra.

—¿Ha venido directamente de ver a la emperatriz? —le preguntó Tavore al patrón de la Garra.

—Así es, y antes de eso, crucé el océano… cuando salí de Genabackis, donde pasé una velada muy triste en compañía del mago supremo Tayschrenn. ¿Le escandalizaría saber que él y yo nos emborrachamos esa noche?

Gamet giró la cabeza al oír eso. Dibujaba una imagen tan poco probable en su mente que lo escandalizó de verdad.

La consejera parecía igual de sorprendida, después se preparó para lo peor de forma visible.

—¿Qué noticias tiene que contarme?

Topper se tomó un largo trago de vino y después frunció el ceño.

—Aguado. Ah, bueno. Pérdidas, consejera. En Genabackis. Pérdidas terribles…

Echado e inmóvil en una depresión cubierta de hierba a unos treinta pasos de la hoguera del pelotón, Botella cerró los ojos. Oyó que lo llamaban por su nombre. Cuerdas (al que Gesler llamaba Viol) lo buscaba, pero el mago no estaba listo. Todavía no. Tenía una conversación diferente que escuchar y lograrlo (sin que lo detectaran) no era tarea fácil.

Su abuela, la de Ciudad Malaz, habría estado orgullosa de él. «*Qué mas dan esas malditas sendas, hijo, la magia profunda es mucho más antigua. Recuerda, busca las raíces y los zarcillos, raíces y zarcillos. Los senderos que recorren el terreno, la red invisible tejida de criatura a criatura. Todas las criaturas (sobre la tierra, dentro de la tierra, en el aire, en el agua) todas se hallan vinculadas. Y está en tu interior, si has sido despertado, ¡y por los espíritus del inframundo, tú has sido despertado, niño! En tu interior, entonces, has de cabalgar esos zarcillos*.»

Y cabalgarlos fue lo que hizo, aunque no renunciaría a su fascinación privada por las sendas, por Meanas en especial. Ilusiones… que jugaban con esos zarcillos, con esas raíces del ser, retorciéndolas y atándolas para convertirlas en nudos falaces que engañaban al ojo, al tacto, que traicionaban todos los sentidos, ese sí que era un juego que merecía la pena jugar…

Pero de momento se había sumergido en las antiguas costumbres, las costumbres indetectables, si se tenía cuidado, claro. Cabalgar las chispas de vida de las poliñeras, de los rhizanos, de los grillos, las garrapatas y las moscas de sangre errantes. Criaturas no pensantes que bailaban en la pared de la tienda, que escuchaban, pero no comprendían los sonidos temblorosos de las palabras que salían del otro lado de la pared de la tienda.

Comprender era trabajo de Botella, así que escuchaba. Cuando habló el recién llegado sin que lo interrumpieran ni la consejera ni el puño Gamet, escuchó y comprendió.

Cuerdas se quedó mirando a los dos magos sentados.

—¿No podéis percibirlo?

El encogimiento de hombros de Balgrid denotaba vergüenza.

—Está ahí fuera, oculto en la oscuridad, por alguna parte.

—Y está tramando algo —añadió Tavos Estanque—. Pero no sabemos qué.

—Es raro —murmuró Balgrid.

Cuerdas lanzó un bufido y regresó junto a Gesler y Borduke. Los otros miembros del pelotón estaban haciendo té en la pequeña hoguera que habían encendido a un lado del sendero. Los fuertes ronquidos de Sepia se oían en la tienda que había detrás.

—El muy cabrón se ha desvanecido —dijo Cuerdas.

Gesler lanzó un gruñido.

—Quizá haya desertado y si ese es el caso, los wickanos darán con él y volverán con su cabeza clavada en una lanza. No habrá…

—¡Está aquí!

Se volvieron y vieron a Botella poniéndose cómodo junto al fuego. Cuerdas se acercó con grandes zancadas furiosas.

—En el nombre del Embozado, ¿se puede saber dónde has estado? —le preguntó.

Botella levantó la cabeza y alzó poco a poco las cejas.

—¿Nadie más lo notó? —Miró a Balgrid y Tavos Estanque, que se estaban acercando al fuego—. ¿El portal? ¿El que se abrió en la tienda de la consejera? —Frunció el ceño al ver las caras de los otros dos magos, que lo miraban sin entender, después preguntó con voz inexpresiva—: ¿Vosotros dos ya domináis el arte de esconder guijarros? ¿De hacer desaparecer monedas?

Cuerdas se agachó enfrente de Botella.

—¿Qué era eso de un portal?

—Malas noticias, sargento —respondió el joven—. Se fue todo a la mierda en Genabackis. El ejército de Dujek casi

borrado del mapa. Los Abrasapuentes aniquilados. Whiskeyjack muerto…

—¡Muerto!

—¡Que el Embozado nos lleve!

—¿Whiskeyjack? ¡Por los dioses del inframundo!

Las maldiciones se fueron haciendo más elaboradas, junto con exclamaciones de incredulidad, pero Cuerdas ya no las oía. Tenía la mente paralizada, como si un incendio hubiera arrasado su paisaje interior y hubiera abrasado todo el terreno. Sintió una mano pesada que se posaba en su hombro y oyó de forma vaga a Gesler, que le murmuraba algo, pero después de un momento se desprendió del hombre, se levantó y se adentró en la oscuridad que había más allá del campamento.

No supo cuánto tiempo o hasta dónde anduvo. Daba cada paso sin pensar; el mundo que había fuera de su cuerpo no lo alcanzaba, permanecía fuera de la nada atrofiada de su mente. Solo cuando una debilidad repentina se apoderó de sus piernas se hundió en las hierbas ásperas e incoloras.

El sonido de un llanto salía de algún sitio por delante de él, un sonido de pura desesperación que atravesó la niebla y tamborileó en su pecho. Escuchó los gritos recortados, hizo una mueca al oír que parecían arrancados de una garganta constreñida, como una presa que al fin se rompiera bajo una riada de dolor.

Se sacudió y una vez más comenzó a ser consciente de su entorno. El terreno bajo la fina madeja de hierbas era duro y cálido al contacto con sus piernas hasta las rodillas. Los insectos zumbaban y revoloteaban en la oscuridad. Solo la luz de las estrellas iluminaba la árida inmensidad que se extendía por todos lados. El campamento del ejército podía estar con toda facilidad a mil o más pasos de él.

Cuerdas respiró hondo y después se levantó. Se encaminó con lentitud hacia el llanto.

Un muchacho, delgado (*no, casi escuálido, maldita sea*), se había agachado rodeándose las rodillas con los brazos y con la cabeza hundida. Una única pluma de cuervo pendía de una sencilla cinta de cuero que le rodeaba la cabeza. Unos pasos más allá esperaba una yegua con una silla wickana y un raído pergamino suspendido del cuerno. El caballo, con las riendas colgando, tiraba con placidez de la hierba.

Cuerdas reconoció al jovencito, aunque por un momento fue incapaz de recordar su nombre. Pero Tavore lo había puesto al mando de los wickanos.

Tras un largo momento, el sargento se adelantó sin hacer esfuerzo alguno por pasar desapercibido y se sentó en un peñasco a media docena de pasos del muchacho.

El wickano levantó la cabeza de golpe. La pintura de guerra manchada de lágrimas dibujaba una red retorcida en su estrecho rostro. El veneno llameó en sus ojos oscuros y siseó al tiempo que una mano desenvainaba su cuchillo largo y se levantaba con un tambaleo.

—Relájate —murmuró Cuerdas—, esta noche yo también lloro en brazos del dolor, aunque supongo que por una razón muy diferente. Ninguno de los dos esperaba compañía, pero aquí estamos.

El wickano dudó, después volvió a enfundar el arma e hizo amago de irse.

—Espera un momento, guerrero montado. No hay necesidad de huir.

El jovencito giró en redondo con la boca crispada en un gruñido de desdén.

—Mírame. Yo seré tu testigo en esta noche y solo nosotros sabremos de ello. Cuéntame tu dolor, wickano, que yo

escucharé. Bien sabe el Embozado que me iría bien ahora mismo.

—Yo no huyo de nadie —dijo el guerrero con voz ronca.

—Lo sé. Solo quería llamar tu atención.

—¿Quién eres?

—Nadie. Y así seguiré si quieres. Tampoco te preguntaré tu nombre…

—Soy Temul.

—Ah, bueno. Entonces tu valentía me pone en mi lugar. Me llamo Violín.

—Dime. —La voz de Temul se hizo de repente dura y se limpió con gesto colérico la cara—. ¿Creías que mi dolor era algo noble? ¿Que lloraba por Coltaine? ¿Por mis parientes caídos? No lloraba por ellos. ¡Mi compasión era por mí mismo! Y ahora ya puedes irte. Proclama mi dolor… He terminado con el mando pues no puedo ni mandarme a mí mismo…

—Tranquilo, hombre, no tengo intención de proclamar nada, Temul. Pero me imagino tus razones. Esos wickanos arrugados del Cuervo, he de suponer. Ellos y los supervivientes que se bajaron del barco de heridos de Gesler. No quieren aceptarte como líder, ¿verdad? Y por tanto, como niños, te quitan autoridad a cada momento. Te desafían, a la cara te muestran una consideración burlona y después susurran a tu espalda. ¿Y dónde te deja eso? No puedes retarlos a todos, a fin de cuentas…

—¡Quizá pueda! ¡Lo haré!

—Bueno, eso será lo que más los complazca. Son tantos que ya solo su número podría derrotar tu habilidad marcial. Así que morirás, antes o después, y ellos habrán ganado.

—No me dices nada que no sepa, Violín.

—Lo sé. Solo te estoy recordando que tienes buenas razones para clamar contra la injusticia, contra la estupidez

de los que debes liderar. Yo tuve un comandante una vez, Temul, que se enfrentó a lo mismo que te estás enfrentando tú. Se encontró al cargo de un montón de niños. Niños muy desagradables, además.

—¿Y qué hizo?

—No mucho, y terminó con un cuchillo clavado en la espalda.

Se produjo un momento de silencio y después Temul lanzó una carcajada.

Violín asintió.

—Sí, no se me dan muy bien los relatos con moraleja, Temul. Mi mente se inclina más hacia las alternativas prácticas.

—¿Por ejemplo?

—Bueno, yo diría que la consejera comparte tu frustración. Quiere que mandes y te ayudaría a mandar, pero no de modo que quedes mal. Es demasiado lista para eso. No, la clave aquí son los rodeos. Dime, ¿dónde tienen los caballos ahora mismo?

Temul frunció el ceño.

—¿Los caballos?

—Sí. Yo diría que los escoltas setis podrían arreglarse sin el clan Cuervo por un día, ¿no te parece? Estoy seguro de que la consejera estaría de acuerdo, esos setis son jóvenes, la gran mayoría, y todavía no se han puesto a prueba. Necesitan espacio para encontrarse a sí mismos. Hay buenas razones, entonces, en el plano militar, para evitar que los wickanos den con sus caballos llegada la mañana. Que caminen con el resto de nosotros. Salvo tu séquito real, por supuesto. Y quién sabe, un día quizá no sea suficiente. Podrían terminar siendo tres, o incluso cuatro.

Temul habló en voz baja, con tono pensativo.

—Para llegar a sus caballos, tendríamos que ir muy callados…

—Otro reto para los setis, o eso estoy seguro que comentaría la consejera. Si los tuyos tienen que ser niños, entonces quítales sus juguetes favoritos, sus caballos. No es tan fácil adoptar una pose imperiosa cuando vas escupiendo polvo detrás de una carreta. En cualquier caso, sería mejor que te dieras prisa, para no despertar a la consejera…

—Puede que ya esté dormida…

—No, no lo está, Temul. Estoy convencido. Pero, antes de que te vayas, contéstame a una pregunta, por favor. Tienes un pergamino colgado de la silla de tu yegua. ¿Por qué? ¿Qué hay escrito en él?

—El caballo pertenecía a Duiker —respondió Temul al tiempo que se volvía hacia el animal—. Era un hombre que sabía leer y escribir. Yo cabalgué con él, Violín. —Después se volvió en redondo con una mirada furiosa—. ¡Yo cabalgué con él!

—¿Y el pergamino?

El joven wickano agitó una mano.

—¡Son cosas que llevaban los hombres como Duiker! De hecho, creo que una vez le perteneció, que estuvo una vez en sus propias manos.

—Y la pluma que llevas… ¿para honrar a Coltaine?

—Para honrar a Coltaine, sí. Pero solo porque debo. Coltaine hizo lo que se esperaba de él. No hizo nada que estuviera más allá de sus habilidades. Le honro, sí, pero Duiker… Duiker era diferente. —Frunció el ceño y sacudió la cabeza—. Era viejo, más viejo que tú. Pero luchó. Cuando ni siquiera se esperaba de él que luchara. Sé que es verdad porque conocí a Coltaine y a Bult y los oí hablar de ello, del historiador. Yo estaba allí cuando Coltaine reunió a los otros, a todos salvo a Duiker. Lull, Bult, Chenned, Picadora. Y todos

dijeron la verdad y estaban convencidos. Duiker guiaría a los refugiados. Coltaine incluso le dio la botella que trajeron los mercaderes…

—¿La botella? ¿Qué botella?

—Una pequeña botella sujeta por una cadena, para que se la pusiera alrededor del cuello. Un objeto salvador, lo llamó Nada. Un atrapa-almas, traído de lejos. Duiker se la puso, aunque no le gustaba, pues estaba hecha para Coltaine, para que no se perdiera. Por supuesto, los wickanos sabíamos que no se perdería. Sabíamos que los cuervos vendrían a por su alma. Los ancianos que han venido, los que me acosan, hablan de un niño nacido en la tribu, un niño antes vacío y luego lleno, pues los cuervos vinieron. Vinieron.

—¿Coltaine ha sido renacido?

—Ha sido renacido.

—Y el cuerpo de Duiker desapareció —murmuró Cuerdas —. Del árbol.

—¡Sí! Así que yo le guardo el caballo, para cuando vuelva. ¡Yo cabalgué con él, Violín!

—Y él recurrió a ti y a tu puñado de guerreros para que protegierais a los refugiados. A ti, Temul, no solo a Nada y Menos.

Los ojos oscuros de Temul se endurecieron mientras estudiaba a Cuerdas, después asintió.

—Me voy a ver a la consejera.

—Que el empujón de la Señora esté contigo, comandante.

Temul dudó antes de hablar.

—Esta noche… has visto…

—No he visto nada —respondió Cuerdas.

Un brusco asentimiento y después el muchacho se estaba subiendo a la yegua, las riendas en una mano de dedos

largos marcada por los cuchillos.

Cuerdas lo observó adentrarse en la oscuridad. Se sentó inmóvil en el peñasco durante un rato y después, poco a poco, bajó la cabeza y la apoyó en las manos.

Los tres se habían sentado bajo la luz del farol de la cámara de la tienda. El relato de Topper había terminado y parecía que lo único que quedaba era el silencio. Gamet se quedó mirando su copa, vio que estaba vacía y estiró el brazo para coger la jarra. Y solo para encontrarse con que también estaba vacía.

A pesar de que el agotamiento lo empujaba, Gamet sabía que no se iría, todavía no. A Tavore le habían hablado, primero, del heroísmo de su hermano, y después de su muerte. *Ni un solo de los Abrasapuentes quedó vivo. El propio Tayschrenn vio sus cuerpos, fue testigo de su enterramiento en Engendro de Luna. Pero, muchacha, Ganoes se redimió, redimió el apellido familiar. Eso pudo hacer, al menos*. Pero ahí era donde el cuchillo más se hundía, probablemente. Tavore había hecho sacrificios terribles, después de todo, para resucitar el honor de su familia. Y sin embargo, durante todo ese tiempo, Ganoes no había sido ningún renegado, ni había sido el responsable de la muerte de Lorn. Como Dujek, como Whiskeyjack, su declaración en rebeldía no había sido más que un engaño. No había habido deshonor alguno. Así pues, el sacrificio de la joven Felisin podría haber resultado, al final… innecesario.

Y había más. Revelaciones inquietantes. La esperanza de la emperatriz, les explicó Topper, había sido hacer atracar la hueste de Unbrazo en la costa norte, a tiempo de asestar un golpe doble al ejército del Apocalipsis. De hecho, la expectativa en todo momento había sido que Dujek

asumiera el mando general. Gamet comprendía la forma de pensar de Laseen, poner el destino de la presencia imperial en Siete Ciudades en manos de una consejera novata, joven y que no había demostrado nada era un acto de fe demasiado extremo.

Aunque Tavore creía que eso era lo que había hecho la emperatriz. Y ahora, encontrarse con que esa medida de confianza es tan escasa… Dioses, esta ha sido una noche maldita por el Embozado, desde luego.

Dujek Unbrazo estaba de camino, sin duda, con los escasos tres mil que quedaban de su hueste, pero llegaría tarde y, según el juicio implacable tanto de Topper como de Tayschrenn, el espíritu del hombre estaba destrozado. La muerte de su amigo más antiguo lo había hundido. Gamet se preguntó qué más había pasado en aquella tierra lejana, en aquel imperio de pesadilla que llamaban Painita.

¿Mereció la pena, emperatriz? ¿Mereció la pena pérdida tan demoledora?

Topper había dicho demasiado, decidió Gamet. Los detalles de los planes de Laseen se deberían haber filtrado a través de un agente más circunspecto, con las emociones menos dañadas. Si la verdad era tan importante, después de todo, entonces deberían habérsela contado a la consejera mucho tiempo atrás, cuando, de hecho, importaba. Decirle a Tavore que la emperatriz no confiaba en ella y tras eso que oyera la brutal aseveración de que era la última esperanza del Imperio para Siete Ciudades… Bueno, pocos eran los hombres o mujeres que no caerían de rodillas al oírlo.

La expresión de la consejera no revelaba nada. Se aclaró la garganta.

—Muy bien, Topper. ¿Hay algo más?

Los extraños ojos del patrón de la Garra se abrieron mucho por un momento, después negó con la cabeza y se

levantó.

—No. ¿Desea que le transmita algún mensaje a la emperatriz?

Tavore frunció el ceño.

—¿Un mensaje? No, no hay ningún mensaje. Hemos emprendido la marcha hacia el sagrado desierto. No es necesario decir nada más.

Gamet vio que Topper dudaba.

—Hay una cosa más, consejera —dijo después el patrón de la Garra—. Es probable que haya devotos de Fener en su ejército. No creo que la verdad de la… caída… del dios… se pueda ocultar. Parece que el Tigre del Verano es ahora el señor de la guerra. A un ejército no le hace mucho bien llorar una pérdida; de hecho, el dolor es una abominación para el ejército, como bien sabemos todos. Puede que se produzca un periodo difícil de adaptación; sería conveniente anticiparse y prepararse para posibles deserciones…

—No habrá deserciones —dijo Tavore, la tajante afirmación silenció a Topper—. El portal se debilita, señor de la Garra, ni siquiera una caja de basalto puede bloquear por completo los efectos de mi espada. Si quiere irse esta noche, sugiero que lo haga ahora.

Topper se la quedó mirando desde su altura.

—Estamos muy malheridos, consejera. Y el dolor es grande. La emperatriz espera que ejerza la debida cautela y no se precipite. No tolere ninguna distracción en su marcha a Raraku; habrá intentos de apartarla del camino, de agotarla con escaramuzas y persecuciones…

—Usted es patrón de la Garra —dijo Tavore, en la voz un súbito tono férreo—. El consejo de Dujek lo escucharé, pues es soldado, y comandante. Hasta que él llegue, seguiré mis propios instintos. Si la emperatriz no está satisfecha, puede sustituirme. Y eso es todo. Adiós, Topper.

El patrón de la Garra frunció el ceño, se dio la vuelta y se metió sin más cumplidos en la senda Imperial. La puerta se derrumbó tras él y dejó solo a su paso un olor acre a polvo.

Gamet dejó escapar un largo suspiro y se levantó con cuidado de la desvencijada silla plegable.

—Mi más sentido pésame, consejera, por la pérdida de su hermano.

—Gracias, Gamet. Ahora vete a dormir un poco. Y pásate…

—Por la tienda de T'amber, sí, consejera.

La mujer arqueó una ceja.

—¿Es desaprobación lo que oigo?

—Lo es. No soy el único que necesita dormir. Que el Embozado nos lleve, ni siquiera hemos cenado.

—Hasta mañana, puño.

El hombre asintió.

—Sí. Buenas noches, consejera.

No había más que una figura sentada junto al fuego agonizante cuando regresó Cuerdas.

—¿Qué estás haces levantado, Sepia?

—Yo ya he dormío. Tú vas a estar arrastrando los pies mañana, sargento.

—No creo que llegue a descansar esta noche —murmuró Cuerdas al tiempo que se sentaba con las piernas cruzadas enfrente del fornido zapador.

—Está to muy lejos —dijo Sepia con voz profunda, después tiró un último trozo de estiércol a las llamas.

—Pero parece muy cerca.

—Al menos no'stás siguiendo los pasos de tus compañeros caídos, Violín. Pero, aun así, está to muy lejos.

—Bueno, no estoy muy seguro de a qué te refieres, pero te creo.

—Gracias por las municiones, por cierto.

Cuerdas lanzó un gruñido.

—Es lo de siempre, maldita sea, Sepia. Siempre encontramos más, y son para usarlas, pero en lugar de eso las vamos acumulando, no le decimos a nadie que las tenemos, por si nos ordenan que las usemos…

—Los mu cabrones.

—Sí, los muy cabrones.

—Usaré las que me has dao —prometió Sepia—. Una vez que m’haya arrastrao bajo los pies de Korbolo Dom. Y tampoco m’importa irme con el Embozado al mismo tiempo.

—Algo me dice que eso fue lo que hizo Seto, en sus últimos momentos. Siempre las tiraba demasiado cerca, ese hombre tenía tantos trozos de arcilla encima que podrías haber hecho una fila de tarros con sus entrañas. —Sacudió poco a poco la cabeza con los ojos clavados en el fuego moribundo—. Ojalá pudiera haber estado allí. Eso es todo. Whiskeyjack, Trote, Mazo, Rapiña, Ben el Rápido…

—El Rápido no’stá muerto —dijo Sepia—. Dijo más cuando te fuiste, lo oí desde mi tienda. Tayschrenn ha hecho mago supremo a tu mago.

—Bueno, eso no me sorprende, en realidad. Que sobreviviera de algún modo. Me pregunto si Paran seguía siendo el capitán de la compañía…

—Lo era. Murió con ellos.

—El hermano de la consejera. Me pregunto si lo llora esta noche.

—Preguntarse es una pérdida de tiempo, Violín. Tenemos muchachos y muchachas de los que cuidar, aquí mismo. Los guerreros de Korbolo Dom saben luchar. Yo creo que nos van a dar una paliza y nos enviarán a casita con el rabo entre las

piernas, y será otra cadena cuando regresemos a rastras a Aren, solo questa vez ni acercarnos podremos.

—Vaya, qué predicción tan alegre, Sepia.

—Da igual. Siempre y cuando mate a ese traidor napaniano, y a su mago también, a ser posible.

—¿Y si no puedes aproximarte a ellos?

—Entonces me llevaré a tantos conmigo como pueda. No pienso volver caminando otra vez, Viol, de eso na.

—Lo recordaré si llega el momento. ¿Pero qué hay de cuidar de estos reclutas nuestros, Sepia?

—Bueno, pa eso es el camino, ¿no? Esta marcha. Los llevamos hasta esa batalla, por lo menos llegamos, si podemos. Y entonces vemos qué clase de hierro tien entre manos.

—Hierro —Cuerdas sonrió—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que oí ese dicho. Dado que estamos buscando venganza, lo querrás caliente, supongo.

—Supones mal. Mira a Tavore, no saldrá calor alguno de ella. En eso es como Coltaine. Ta claro, Violín. El hierro tiene que estar frío. Frío. Si conseguimos enfriarlo lo suficiente, quién sabe, puede que hasta nos hagamos un nombre.

Cuerdas estiró el brazo por encima del fuego y dio un golpecito en el hueso que colgaba del cinturón de Sepia.

—Pues ya tenemos un comienzo, creo.

—Podríamos tenerlo, sargento. Eso y los estandartes. Un comienzo. Esa mujer sabe lo que tie dentro, eso hay que reconocérselo. Sabe lo que tie dentro.

—Y nos toca a nosotros sacarlo a la luz.

—Sí, Viol, de'so se trata. Y ahora vete. Estas son las horas que me paso solo.

El sargento asintió y se puso en pie.

—Al parecer voy a ser capaz de dormir, después de todo.

—Es mi chispeante conversación, que ha acabao contigo.

—Eso habrá sido.

Cuando Cuerdas se dirigió a su pequeña tienda, recordó unas palabras de Sepia. *Hierro. Hierro frío. Sí, está en su interior. Y ahora será mejor que yo busque y busque bien… para encontrarlo en el mío*.

Libro Tercero



Algo respira

El arte de Rashan se encuentra en la tensión que une los juegos de luz, pero su orientación es de disipación: la creación de sombras y de oscuridad, aunque en este caso la oscuridad no es absoluta, como ocurre en la orientación de la senda ancestral, Kurald Galain. No, esta oscuridad es especial, pues existe no a través de una ausencia de luz, sino debido a que se ve.

Los misterios de Rashan, discurso de un loco
Untural de Lato Revae

Capítulo 12



Luz, sombra y oscuridad…
Esta es una guerra sin final.

Pescador

De plata reluciente, la armadura se encontraba sobre un perchero con forma de te. El aceite había ido chorreando por las borlas raídas que llegaban a las rodillas y había formado un charco en las losas del suelo. Las mangas no eran sueltas, sino que parecían diseñadas para llevarlas ceñidas casi como una segunda piel. Había visto muchos días de uso y donde los habían arreglado, los eslabones parecían hechos de un hierro más oscuro, manchado de carbón.

A su lado, en un armazón de hierro independiente con unos ganchos horizontales, esperaba un mandoble, la vaina en paralelo justo debajo de la espada, sobre otro par de ganchos. La espada era extraordinariamente delgada, con una punta larga y ahusada, bordes a ambos lados, los dos estriados. La superficie era de un extraño color azul, magenta y plateado, grasiento y moteado. La empuñadura era redonda en lugar de plana, envuelta en tripa, y el pomo, una única esfera grande y oblonga de hematita. La vaina era de madera negra, con bandas de plata en la punta y en la boca, pero carente de otros adornos. El cinturón acoplado a

ella estaba elaborado con unos eslabones negros muy pequeños, casi delicados.

Unos guanteletes de cota de malla esperaban en un estante de madera en la pared, detrás de la armadura. El yelmo de hierro mate que tenían al lado era poco más que un solideo dentro de una jaula de barrotes tachonados, los barrotes bajaban como una mano inmensa y los dedos nudosos se curvaban para abarcar nariz, mejillas y mandíbula. Una cola de langosta de eslabones pendía del borde del cuello, un poco acampanado.

De pie junto a la entrada de la modesta habitación de techo bajo, Navaja observaba a Darist, que comenzaba los preparativos para ponerse sus aparejos marciales. Al joven daru le estaba costando bastante convencerse de que unas armas y una armadura tan bellas (que era obvio que habían visto décadas, incluso siglos, de uso) pudieran pertenecer a aquel hombre canoso que se movía como un erudito olvidadizo, cuyos ojos ambarinos parecían albergar una mirada perpetua de distracción confusa bajo el brillo reluciente. Que se movía con lentitud, como si protegiera unos huesos frágiles…

Y, sin embargo, he experimentado la fuerza de este anciano tiste andii. Y cada uno de sus movimientos es muy cuidadoso, una atención que yo debería saber reconocer, pues la última vez que lo vi fue en otro tiste andii, a un océano de distancia. ¿Una característica racial? Quizá, pero susurra como una canción repleta de amenazas en lo más profundo de la médula de mis huesos.

Darist se plantó delante de la armadura, como si se hubiera quedado paralizado en una contemplación sorprendida, como si hubiera olvidado cómo ponérsela.

—Esos tiste edur, Darist —dijo Navaja—. ¿Cuántos hay?

—¿Sobreviviremos al ataque inminente, es tu pregunta? No es muy probable, es mi respuesta. Al menos cinco barcos sobrevivieron a la tormenta. Dos han alcanzado nuestra orilla y han conseguido desembarcar. Habría habido más, pero tuvieron que enfrentarse a una flota malazana con la que se toparon por casualidad. Presenciamos el choque desde los acantilados de Purahl… —El tiste andii volvió la vista con lentitud y miró a Navaja—. Tus parientes humanos lo hicieron bien, mucho mejor de lo que los edur anticipaban, sin duda.

—¿Una batalla naval entre los malazanos y los tiste edur? ¿Cuándo fue eso?

—Hace una semana, quizá. No había más que tres dromones de guerra malazanos; sin embargo, cada uno se las arregló para encontrar compañía antes de hundirse en las profundidades. Había un mago experto entre los humanos, el intercambio de hechicería fue impresionante…

—¿Tú y los tuyos lo visteis? ¿Por qué no ayudasteis? ¡Teníais que saber que los edur estaban buscando esta isla!

Darist se acercó a la armadura y la levantó del armazón aparentemente sin esfuerzo.

—Ya no dejamos nunca esta isla. Desde hace ya muchas décadas nos atenemos a nuestra decisión de permanecer aislados.

—¿Por qué?

El tiste andii no respondió. Se deslizó la cota de malla por los hombros. El sonido que hizo al resbalar fue como el de un líquido. Después estiró la mano para coger la espada.

—Eso da la sensación de que podría partirse con el primer bloqueo de un arma más pesada.

—No se partirá. Hay muchos nombres para esta espada en concreto. —Darist la sacó de los ganchos—. Su creador la

llamó Venganza. «T’an Aros» en nuestro idioma. Pero yo la llamo «K’orladis».

—¿Que significa?

—Dolor.

Un escalofrío atravesó entero a Navaja.

—¿Quién fue su creador?

—Mi hermano. —Darist envainó la espada y metió los brazos por el arnés de eslabones. Después estiró los brazos para coger los guanteletes—. Antes de encontrar una… mejor adaptada a su naturaleza. —Darist se volvió y recorrió con la mirada a Navaja, de la cabeza a los pies, y vuelta a empezar—. ¿Eres hábil con esos cuchillos que ocultas en tu persona?

—Un poco, pero no me complace en absoluto derramar sangre de otros.

—¿Y para qué otra cosa son? —preguntó el tiste andii mientras se ponía el yelmo.

Navaja se encogió de hombros, ojalá tuviera una respuesta a esa pregunta.

—¿Tienes intención de luchar contra los edur?

—Dado que parece que vienen en busca del trono, sí.

Darist ladeó poco a poco la cabeza.

—Pero esta no es tu batalla. ¿Por qué ibas a optar por tomar prestada esta causa?

—En Genabackis, mi tierra, Anomander Rake y sus seguidores decidieron luchar contra el Imperio de Malaz. No era su batalla, pero ahora la han hecho suya.

Le sorprendió ver una sonrisa irónica que arrugaba los rasgos curtidos del tiste andii bajo los retorcidos dedos de hierro del barbote.

—Qué interesante. Muy bien, Navaja, ven conmigo, aunque ya te digo ahora que resultará ser tu última lucha.

—Espero que no.

Darist lo llevó fuera de la habitación; salieron a un amplio pasillo una vez más y después atravesaron un arco estrecho con armazón de granadillo. El pasaje del interior parecía un túnel que atravesaba una única pieza de madera, como el núcleo hueco de un inmenso tronco caído. Se adentraba en la penumbra y se inclinaba un poco hacia arriba.

Navaja caminaba detrás del tiste andii, el sonido de la armadura del hombre era suave como el siseo de la lluvia en una playa. El túnel terminó de repente con un giro hacia arriba y el techo se abrió y reveló un pozo vertical. Una tosca escalera de raíces trepaba hacia un disco pequeño y pálido de luz.

El ascenso de Darist era lento y contenido; Navaja se impacientaba en los escalones inferiores hasta que se le ocurrió que pronto podría morir, momento en el que una lasitud embotada le embargó los músculos y empezó a costarle seguir el ritmo del anciano tiste andii.

Al final salieron a un suelo de losas cubierto de hojas. El sol atravesaba los rayos de polvo que entraban por las ventanas estiradas y por los agujeros del tejado, la tormenta parecía haber perdonado ese lugar. Una pared se había derrumbado casi por completo y fue allí hacia donde se dirigió Darist.

Navaja lo siguió.

—Un poco de mantenimiento bien podría haber hecho defendible este sitio —murmuró.

—Las estructuras de estas superficies no son andii, son edur, y ya estaban en ruinas cuando llegamos aquí.

—¿Están muy cerca?

—Se han repartido por el bosque y se abren camino hacia el interior. Con cautela. Saben que no están solos.

—¿Cuántos percibes?

—El primer grupo alcanza quizá la veintena. Nos encontraremos con ellos en el patio, así tendremos espacio suficiente para manejar la espada; también nos ofrece una pared en la que apoyar la espalda en los últimos momentos.

—Por el aliento del Embozado, Darist, si los repelemos, es muy probable que te mueras de la impresión.

El tiste andii se dio la vuelta y miró al daru, después le hizo un gesto.

—Sígueme.

Atravesaron media docena de aposentos parecidos y en ruinas antes de llegar al patio. Las paredes recubiertas de parras se alzaban al doble de la altura de un humano, coronadas por superficies desiguales. Bajo el exceso de follaje se insinuaban frescos desvaídos. Enfrente de la entrada interior por la que pasaron sin prisas, había una puerta arqueada, tras la cual una pista de agujas de pino, raíces serpenteantes y rocas cubiertas de musgo se adentraba en las sombras de árboles enormes.

Navaja calculó que el patio tenía veinte pasos de ancho por veinticinco de profundidad.

—Aquí hay demasiado espacio, Darist —dijo—. Nos van a flanquear.

—Yo dominaré el centro. Tú quédate detrás, por si alguno intenta de verdad pasar.

Navaja recordó la batalla de Anomander Rake con el demonio en la calle de Darujhistan. El estilo de lucha a dos manos que había empleado el hijo de Oscuridad exigía sitio de sobra, y al parecer Darist lucharía de modo parecido, pero la hoja de la espada a Navaja le parecía demasiado fina para golpes y giros tan fieros.

—¿Esa hoja tuya está investida de hechicería? —preguntó.

—No tal y como se conoce por lo general una investidura —respondió el tiste andii mientras extraía el arma y colocaba ambas manos en el puño, una la situaba alta, bajo la empuñadura, la otra justo encima del pomo—. El poder de Dolor se halla en el propósito concentrado de su creación. La espada exige una voluntad concreta en el que la empuña. Con esa voluntad, no hay quien la derrote.

—¿Y tienes tú esa voluntad concreta?

Darist bajó poco a poco la punta hacia el suelo.

—Si la tuviera, humano, este no sería tu último día a este lado de la puerta del Embozado. Ahora te sugiero que prepares tus armas. Los edur han descubierto el sendero y se están acercando.

Navaja notó que le temblaban las manos cuando sacó los cuchillos principales. Portaba otros cuatro, dos debajo de cada brazo, con vainas de cuero y sujetos por correas, que en ese momento soltó. Esos cuatro tenían el peso ideal para lanzar. Una vez hecho eso, empuñó con fuerza los cuchillos que tenía en las manos, después tuvo que secarse las palmas de las manos y repetir el movimiento.

Un suave susurro lo hizo levantar la cabeza y vio que Darist se había colocado en posición de lucha, aunque la punta de la espada todavía descansaba en las losas.

Y Navaja también vio otra cosa. El revoltijo de hojas y los detritos de las losas estaban en movimiento, se arrastraban como si los empujara un viento invisible, se iba reuniendo hacia el fondo de la verja del patio y salía para amontonarse contra las paredes de ambos lados.

—Mantén los ojos bien guiñados —dijo Darist en voz baja.

¿Guiñados?

Se notó un movimiento en la penumbra, tras la verja, algo furtivo, y después aparecieron tres figuras bajo el arco.

Tan altos como Darist, tenían la piel de una palidez oscura. Cabello castaño, largo, lleno de nudos y entreverado de fetiches. Collares de garras y caninos competían con la barbarie de su armadura de cuero mal curtido, estaba cosida con tiras de bronce articulado. Los escudos, también de bronce, tenían forma de cráneos de oso o lobo.

En ellos no había nada de la majestad natural patente en Darist, o en Anomander Rake. Eran una raza mucho más brutal, esos edur. En las manos llevaban unas cimitarras de puntas pesadas y hojas negras, piel de foca cubría los escudos negros de los antebrazos.

Dudaron ante Darist, entonces el del centro gruñó algo en un idioma que Navaja no entendió.

El canoso tiste andii se encogió de hombros y no dijo nada.

El edur gritó algo que era con toda claridad una exigencia. Después prepararon las armas y colocaron los escudos en posición.

Navaja vio más guerreros salvajes reunidos en el camino, tras la verja.

Los tres se apartaron del arco y se abrieron para formar una pequeña pinza, el edur del centro un paso por delante de los compañeros que lo flanqueaban.

—No saben qué vas a hacer —murmuró Navaja—. Nunca han luchado contra…

Los de los flancos se adelantaron al unísono.

La espada de Darist se alzó de repente y con ese movimiento se levantó una fiera ráfaga de viento en el patio, y el aire alrededor de los tres edur se llenó de repente de hojas y polvo que resonaban.

Navaja observó atacar al tiste andii. La hoja se inclinó en horizontal, la punta amenazaba al edur de la derecha, pero el ataque real fue con el pomo, contra el guerrero de la

izquierda. Se agachó de lado con un movimiento borroso para acercarse y después el pomo golpeó el escudo, levantado como el rayo, al que partió por la mitad. La mano izquierda de Darist se deslizó del pomo y apartó de un tortazo la espada del guerrero, al mismo tiempo el tiste andii se inclinó y bajó el borde de Dolor por la parte frontal de su oponente.

No parecía que hubiera habido contacto alguno, pero la sangre brotó de una hendidura que comenzaba sobre la clavícula izquierda del edur y descendía en línea recta hasta el escroto.

Las cuclillas se convirtieron en un salto hacia atrás que dejó a Darist a dos pasos de distancia, con la hoja ya siseando para repeler a los otros dos guerreros, que retrocedieron de un salto, alarmados.

El edur herido se derrumbó en medio de un charco de su propia sangre y cuando cayó, Navaja vio que Dolor había atravesado la clavícula y todas las costillas del lado izquierdo.

Los guerreros que había tras el arco lanzaron gritos de guerra y se abalanzaron sobre el patio azotado por el viento.

Su única posibilidad de éxito era acercarse a Darist, quedarse al alcance del hombre, rodearlo y bloquear aquella hoja susurrante, y los edur no carecían de valor.

Navaja vio a otro derribado y después un tercero sufrió el golpe del pomo en un lado del casco, el bronce se incrustó en el cráneo a demasiada profundidad, los miembros del guerrero se agitaron con extrañas sacudidas al caer sobre las losas.

Los dos cuchillos principales seguían en la mano izquierda del daru, que estiró la derecha para coger un cuchillo de lanzamiento. Envió el arma a la velocidad del rayo con un tiro del revés y la vio hundirse hasta la

empuñadura en la cuenca del ojo de un edur, y supo que la punta se había partido contra el interior del cráneo del hombre. Lanzó el segundo cuchillo y maldijo cuando se alzó un escudo para repelerlo.

Entre la tormenta de hojas revolucionadas, la espada de Darist parecía estar por todas partes a la vez, bloqueando ataque tras ataque; después, un edur se abalanzó sobre él y se las arregló para rodear con los dos brazos las piernas del tiste andii.

Una cimitarra lanzó una cuchillada. Se vio un chorro de sangre que brotó del hombro derecho de Darist. El pomo de Dolor abolló el yelmo del guerrero que lo sujetaba y el edur se encorvó. Otro golpe se clavó en la cadera del tiste andii, la hoja salió rebotando del hueso y Darist se tambaleó.

Navaja se abalanzó hacia delante cuando los restantes edur se aproximaron. Atravesó las hojas que giraban y se internó en el aire tranquilo del centro. El daru ya había aprendido que un enfrentamiento directo y de cabeza no era la táctica ideal cuando se luchaba con cuchillos. Eligió un edur cuya atención estaba clavada solo en Darist y se encontraba, por tanto, un poco escorado, el guerrero lo vislumbró por el rabillo del ojo y su reacción fue rápida.

Un golpe del revés de la cimitarra seguido por el escudo girando en redondo.

Navaja lanzó el cuchillo izquierdo contra la hoja para interceptarla a un tercio de la punta. Al mismo tiempo, paró en seco el golpe con el otro cuchillo por el centro del antebrazo del otro; la punta de su arma atravesó de súbito el cuero y acuchilló entre los huesos con los dos filos de frente. La empuñadura de su otra arma entró en contacto entonces con la cimitarra y arrancó el arma de una mano entumecida.

El edur gruñó en voz muy alta y maldijo cuando, al tirar del cuchillo, Navaja pasó junto a él. La hoja era reticente a soltarse y arrastró el brazo empalado tras ella. Las piernas del guerrero se enredaron y cayó sobre una rodilla.

Justo cuando el edur levantaba el escudo, el cuchillo libre de Navaja se precipitó como un rayo sobre él y le atravesó la garganta.

El borde del escudo se estrelló con fuerza contra la muñeca estirada del daru y estuvo a punto de hacerle soltar el cuchillo, pero el joven se las arregló para conservar la empuñadura.

Otro tirón y consiguió arrancar el otro cuchillo del antebrazo del edur.

Un escudo lo golpeó en todo el cuerpo por la izquierda y levantó a Navaja, cuyos mocasines abandonaron las losas. Se giró y lanzó una cuchillada contra el atacante, pero no acertó. El impacto del escudo había convertido su lado izquierdo en una masa de dolor vibrante. Cayó al suelo y se hizo una bola.

Algo produjo un golpe seco tras él, rebotó una vez, después dos, y cuando el daru volvió a ponerse en pie, la cabeza decapitada de un edur se estrelló con fuerza contra su espinilla derecha.

La agonía de ese último golpe (absurda en su opinión) superó a todo lo demás hasta el momento. Lanzó una maldición a gritos y se echó hacia atrás saltando a la pata coja.

Un edur se abalanzaba sobre él.

Una grosería mayor salió entre dientes de la boca de Navaja. Lanzó el cuchillo de la mano izquierda. El escudo se alzó de golpe para recibirlo y el guerrero desapareció.

Con una mueca de dolor, Navaja se lanzó tras el arma (mientras el edur estaba ciego) y lanzó una cuchillada por

arriba, por encima del escudo. El cuchillo se hundió tras la clavícula izquierda del hombre e hizo brotar un géiser de sangre cuando lo volvió a sacar.

Empezaban a oírse gritos en el patio, y de repente pareció que la lucha estaba por todas partes, en todos lados. Navaja retrocedió un paso y vio que habían llegado otros tiste andii, y entre ellos, Apsalar.

Tres edur habían quedado en el suelo al paso de la joven, todos retorciéndose entre sangre y bilis.

Los demás, salvo aquellos de su raza que habían caído a manos de Apsalar, Navaja y Darist, se retiraban y regresaban al arco.

Apsalar y sus compañeros tiste andii los persiguieron solo hasta la verja.

Poco a poco los remolinos de viento se fueron reduciendo y los fragmentos de hojas fueron descendiendo como ceniza.

Navaja echó un vistazo y descubrió a Darist todavía de pie, aunque apoyado contra una pared lateral, su largo y flaco cuerpo cubierto de sangre, el yelmo ausente y el cabello apelmazado y colgándole por la cara, chorreando. La espada Dolor continuaba agarrada con dos manos y la punta apoyada una vez más en las losas.

Una de las nuevas tiste andii se acercó a los tres edur que agonizaban ruidosamente y sin más ceremonias les rebanó la garganta. Cuando terminó, levantó la mirada para estudiar a Apsalar durante un largo instante.

Navaja se percató de que todos los parientes de Darist tenían el cabello blanco, aunque ninguno era tan viejo; de hecho, parecían muy jóvenes, de aspecto no mayores que el propio daru. Parecían haber cogido armas y armaduras al azar y ninguno sujetaba las armas con algo parecido a una sensación de comodidad. Lanzaban miradas rápidas y nerviosas a la puerta del patio, y después a Darist.

Apsalar envainó sus cuchillos kethra y se acercó a Navaja.

—Siento que llegáramos tarde.

El joven parpadeó y después se encogió de hombros.

—Creí que te habías ahogado.

—No, llegué a la orilla con bastante facilidad, aunque todo lo demás se fue contigo. Hubo después una búsqueda con hechicería, pero la esquivé. —Señaló con un gesto de la cabeza a los jóvenes—. Los encontré acampados a bastante distancia, en el interior. Estaban… escondidos.

—Escondidos. Pero Darist dijo…

—Ah, así que ese es Darist. Andarist, para ser más concretos. —La mujer se volvió y miró al anciano tiste andii con gesto pensativo—. Fue por orden suya. No los quería aquí… porque me imagino que creía que morirían.

—Y así será —gruñó Darist, que al fin levantó la cabeza para mirarla a los ojos—. Los has condenado a todos, pues los edur ahora intentarán darles caza de verdad; los viejos odios reavivados una vez más.

A Apsalar no parecieron afectarle demasiado sus palabras.

—El trono ha de ser protegido.

Darist le enseñó los dientes manchados de rojo, le brillaban los ojos en la penumbra.

—Si de verdad quiere que se proteja, entonces puede venir él a protegerlo.

Apsalar frunció el ceño.

—¿Quién?

—Su hermano, por supuesto. Anomander Rake —respondió Navaja.

Solo fue una suposición, pero la expresión de Darist fue todo lo que necesitó para confirmarlo. El hermano menor de Anomander Rake. Por sus venas no corría la sangre draconiana del hijo de Oscuridad. Y en sus manos, una espada que su creador había juzgado insuficiente cuando la comparaba con Dragnipur. Pero esa única certeza no era más que un simple susurro; la tormenta oscura y retorcida de todo lo que existía entre los dos hermanos era una epopeya sobre la que ninguno de los dos hombres iba a perorar, o eso sospechaba Navaja.

Y la madeja de amargas quejas resultó incluso más complicada de lo que el daru se había imaginado, pues se reveló entonces que los jóvenes eran, todos y cada uno, parientes cercanos de Anomander: sus nietos. Los padres de todos habían sucumbido al gran defecto de su progenitor, el ansia por vagar, por desvanecerse en las brumas, por dar forma a mundos privados en lugares olvidados y aislados. «La búsqueda de la lealtad y el honor», había dicho Darist con una sonrisa burlona mientras Phaed (la joven que se había mostrado misericordiosa con las víctimas de Apsalar) le vendaba las heridas.

Una tarea que no se podía hacer con prisas. Darist (Andarist) había sufrido al menos una docena de cuchilladas, y cada vez la pesada cimitarra había partido la malla y después la carne hasta el hueso en varios lugares del cuerpo del anciano. Cómo había conseguido mantenerse en pie y, sobre todo, seguir luchando desmentía su anterior afirmación, que su voluntad no tenía pureza suficiente para estar a la altura de la espada, Dolor. Sin embargo, una vez suspendida la escaramuza, la fuerza que había alimentado al viejo guerrero se disipó a toda prisa. Tenía el brazo

derecho incapacitado, la herida de la cadera lo arrastró a las losas y no pudo levantarse otra vez sin ayuda.

Había nueve tiste edur muertos. Su retirada seguramente había sido provocada por un deseo de reagruparse más que por sentirse en apuros.

Y lo que era peor, no eran más que una avanzadilla. Los dos barcos que había junto a la costa eran inmensos, cada uno podía albergar sin dificultades a doscientos guerreros. O eso le pareció a Apsalar tras examinar la ensenada donde habían echado el ancla.

—Hay muchos restos en el agua —añadió— y los dos barcos edur tienen todo el aspecto de haber estado en una pelea…

—Tres dromones de guerra malazanos —dijo Navaja—. Un encuentro casual. Darist dice que los malazanos han causado una gran impresión.

Estaban sentados en unos escombros caídos a una docena de pasos de los tiste andii, observando a los jóvenes rondar y mimar a Darist. A Navaja le dolía el lado izquierdo y aunque no se miró por debajo de la ropa, sabía que los cardenales se estaban extendiendo. Se esforzó por no hacer caso de la incomodidad y continuó mirando a los tiste andii.

—No son lo que esperaba —dijo en voz baja—. Ni siquiera están adiestrados en el arte de la lucha.

—Cierto. El deseo de Darist de protegerlos podría resultar fatal.

—Ahora que los edur saben que existen. Eso no formaba parte del plan de Darist.

Apsalar se encogió de hombros.

—Se les encomendó una tarea.

El joven daru se quedó callado y sopesó tan brusca afirmación. Siempre había creído que una capacidad singular para dar muerte engendraba cierta sabiduría (sobre

la fragilidad del espíritu, sobre su mortalidad), como él había sabido, y experimentado de primera mano, con Rallick Nom, en Darujhistan. Pero Apsalar no mostraba sabiduría; sus palabras eran duras en sus juicios, con frecuencia tajantes y desdeñosas. La joven se había centrado y había convertido ese centro en un arma… *o en un modo de defenderse*.

No había sido su intención que ninguno de los tres edur que había derribado muriera rápido. Y, sin embargo, tampoco parecía que se complaciera en ello, como haría un sádico. *Es más bien como si la hubieran entrenado para hacerlo así… como si la hubieran preparado para torturar. Pero Cotillion (Danzante) no era ningún torturador. Era un asesino. Entonces, ¿de dónde sale esa vena cruel? ¿Pertenece a su propia naturaleza?* Un pensamiento desagradable, inquietante.

Navaja levantó el brazo izquierdo, con cuidado, e hizo una mueca. La próxima pelea no iba a ser muy larga, seguramente, ni siquiera con Apsalar junto a ellos.

—No estás en condiciones de luchar —comentó la joven.

—Ni Darist tampoco —replicó Navaja.

—La espada lo llevará. Pero tú vas a suponer un riesgo. No querría distraerme protegiéndote.

—¿Y qué sugieres? ¿Me mato ahora para no interponerme en tu camino?

La joven negó con la cabeza (como si la sugerencia hubiera sido, en realidad, de lo más razonable, pero no lo que ella tenía en mente) y habló en voz baja.

—Hay otros en esta isla. Bien ocultos, pero no lo suficiente como para que me pasaran desapercibidos. Quiero que vayas a verlos. Quiero que los reclutes para que ayuden.

—¿Quiénes son esos otros?

—Tú mismo los identificaste, Navaja. Malazanos. Supervivientes, diría yo, de los tres dromones de guerra. Hay uno de gran poder entre ellos.

Navaja miró a Darist. Los jóvenes habían movido al anciano de modo que estaba sentado con la espalda apoyada en la pared junto a la puerta interior, enfrente de la verja. Había bajado la cabeza, la barbilla barbuda en el pecho, y solo el leve movimiento del pecho indicaba que seguía vivo.

—De acuerdo. ¿Dónde puedo encontrarlos?

El bosque estaba plagado de ruinas. Desmoronadas, repletas de musgo, con frecuencia poco más que montículos cubiertos de malas hierbas, pero era evidente para Navaja, mientras recorría sin ruido la estrecha y desvaída pista que Apsalar le había descrito, que el bosque se había alzado sobre el corazón de una ciudad muerta, una ciudad enorme, dominada por edificios gigantescos. Había repartidos por todos lados trozos de estatuas, figuras de un tamaño enorme, construidas por secciones y pegadas con una sustancia vidriosa que no reconoció. Aunque se hallaban casi todas cubiertas de musgo, Navaja sospechaba que las figuras eran edur.

Una oscuridad opresiva teñía todo lo que yacía bajo el dosel del bosque. Varios árboles vivos mostraban trozos arrancados de corteza y si bien la corteza era negra, la madera lisa y húmeda que había debajo era de color rojo sangre. Compañeros caídos revelaban que el carmesí fiero se convertía en negro con la muerte. Los árboles heridos que continuaban erguidos le recordaban a Darist, la piel negra del tiste andii y los profundos cortes rojos que la atravesaban.

Se encontró con que estaba temblando bajo el aire húmedo mientras continuaba avanzando. El brazo izquierdo ya estaba inutilizado por completo y aunque había recuperado sus cuchillos, incluido el que tenía la punta partida, dudaba que fuera capaz de resistir mucho tiempo en una pelea si surgiera la necesidad.

Podía distinguir su destino justo delante. Un montículo de escombros, piramidal y especialmente grande, con la cima bañada por el sol. Había árboles en los flancos, pero la mayor parte estaban muertos, estrangulados por las parras. Un agujero abierto de una oscuridad impenetrable bostezaba en el lado más cercano a Navaja.

Fue reduciendo el paso entonces, a veinte pasos de la cueva, después se detuvo. Lo que estaba a punto de hacer iba en contra de todo lo que le dictaba el instinto.

—¡Malazanos! —exclamó, y después se estremeció ante sus propias voces. *Pero los edur se están dirigiendo hacia el trono, no hay nadie cerca para oírme. Espero*—. ¡Sé que estáis dentro! ¡Me gustaría hablar con vosotros!

Aparecieron unas figuras en los bordes de los flancos de la cueva, dos a cada lado con las ballestas preparadas y apuntando a Navaja. Luego, por el centro, salieron tres más, dos mujeres y un hombre. La mujer de la izquierda hizo un gesto antes de hablar.

—Acércate más, con las manos levantadas a los lados.

Navaja dudó y después estiró la mano derecha.

—Me temo que el brazo izquierdo no puedo subirlo.

—Adelántate.

Navaja se acercó.

La que hablaba era alta y musculosa. Tenía el pelo largo, manchado de rojo. Vestía cueros de color pardo. Una espada larga pendía de la vaina que llevaba a la cadera. Su piel era de un profundo tono bronce. Navaja calculó que era diez

años mayor que él, o más, y sintió que lo atravesaba un escalofrío cuando levantó la mirada y se encontró con los ojos entornados de ella, de color dorado.

La otra mujer estaba desarmada y era mayor, el lado derecho entero, cabeza, cara, torso y pierna, había sufrido quemaduras horribles, la carne fundida con jirones de ropa, mutilada y derretida por los estragos de un ataque con hechicería. Era un milagro que siguiera en pie, o siquiera viva.

A un paso por detrás de ellas dos estaba el hombre. A Navaja le pareció dalhonesio, piel muy morena, pelo rizado negro entreverado de gris y muy corto, y unos incongruentes ojos de color azul profundo. Sus rasgos eran bastante regulares, aunque surcados de cicatrices. Lucía un camisote muy gastado, una espada larga corriente en el cinturón y una expresión tan cerrada que podría ser el hermano de Apsalar.

Los infantes de marina que los flanqueaban lucían una armadura completa con yelmo y celada.

—¿Sois los únicos supervivientes? —preguntó Navaja.

La primera mujer frunció el ceño.

—Tengo poco tiempo —continuó el daru—. Necesitamos vuestra ayuda. Los edur nos están atacando…

—¿Edur?

Navaja parpadeó y después asintió.

—Los marinos contra los que luchasteis. Tiste edur. Están buscando algo en esta isla, algo de un poder inmenso, y preferiríamos que no cayera en sus manos. ¿Y por qué deberíais ayudar? Porque si cae en sus manos, es muy probable que el Imperio de Malaz esté acabado. De hecho, igual que toda la humanidad…

La mujer quemada lanzó una carcajada seca, luego sufrió un ataque de tos que le llenó la boca de burbujas rojas.

Después de un largo instante, la mujer se recuperó.

—¡Oh, ser joven otra vez! ¿Así que toda la humanidad? ¿Y por qué no el mundo entero?

—El trono de Sombra se encuentra en esta isla —dijo Navaja.

Al oír eso, el dalhonesio se sobresaltó un poco.

La mujer quemada asentía.

—Sí, sí, sí, palabras muy ciertas. El sentido de las cosas llega… ¡en una riada! Tiste edur, tiste edur, una flota que parte en busca de algo, una flota que viene de muy lejos, y ahora lo ha encontrado. Ammanas y Cotillion están a punto de ser derrocados, ¿y qué? El trono de Sombra… ¿luchamos contra los edur por eso? Oh, qué desperdicio, nuestros barcos, los infantes… mi propia vida, ¿por el trono de Sombra? —Sufrió un espasmo y otro ataque de tos.

—No es nuestra guerra —gruñó la otra mujer—. Ni siquiera estábamos buscando pelea, pero a los muy idiotas no les interesaba hablar, intercambiar emisarios… bien sabe el Embozado que esta no es nuestra isla, no está en el Imperio de Malaz. Busca en otra parte…

—No —dijo con voz profunda el dalhonesio.

La mujer se volvió, sorprendida.

—Fuimos bastante claros, Viajero, cuando te dimos las gracias por salvarnos la vida. Pero no creo que eso te permita asumir el mando…

—El trono no debe ser reclamado por los edur —dijo el hombre llamado Viajero—. No tengo ningún deseo de desafiar tu mando, capitán, pero el muchacho no exagera cuando describe los riesgos… para el Imperio y para toda la humanidad. Nos guste o no, la senda de Sombra está ahora orientada hacia el lado humano… —El hombre esbozó una sonrisa sesgada—. Y encaja bien con nuestra naturaleza. —

La sonrisa se desvaneció—. Esta guerra es nuestra, podemos librarla ahora o podemos librarla más tarde.

—¿Reclamas esta lucha en nombre del Imperio de Malaz? —preguntó la capitana.

—Más de lo que crees —respondió Viajero.

La capitana le hizo un gesto a uno de sus infantes de marina.

—Gentur, trae a los otros aquí, pero deja a Tirabarro con los heridos. Después, que los pelotones cuenten los cuadrillos, quiero saber lo que tenemos.

El infante llamado Gentur preparó su ballesta y después volvió a meterse en la cueva. Unos momentos después salieron más soldados, dieciséis en total si contaban a los que ya habían salido en un principio.

Navaja se acercó a la capitana.

—Hay uno de gran poder entre vosotros —murmuró al tiempo que le echaba una mirada a la mujer quemada, que estaba inclinada hacia delante escupiendo sangre turbia—. ¿Es hechicera?

La capitana siguió su mirada y frunció el ceño.

—Lo es, pero se está muriendo. El poder que…

El aire reverberó con una explosión lejana y Navaja se giró en redondo.

—¡Han atacado otra vez! Esta vez con magia, ¡seguidme! —El daru salió corriendo por la pista sin mirar atrás. Oyó una maldición apagada a su espalda y después la capitana empezó a gritar órdenes.

El sendero llevaba directamente al patio y por el tronar de las detonaciones que azotaban el aire una y otra vez, Navaja supuso que a la tropa no le costaría encontrar el campo de batalla, no iba a esperarlos. Apsalar estaba allí, y Darist y un puñado de jóvenes tiste andii sin ninguna

preparación. No tendrían muchas defensas contra la hechicería.

Pero Navaja creía que él sí.

Atravesó la penumbra a toda velocidad, se sujetaba con la mano derecha el dolorido brazo izquierdo para intentar no moverlo, aunque cada zancada lo agitaba y le provocaba una lanzada de dolor en el pecho.

Apareció entonces el muro del patio. Los colores bailaban una melodía salvaje en el aire y sacudían los árboles hacia todos lados, rojos profundos, magentas y azules, un remolino de caos. Las oleadas de explosiones se sucedían con mayor frecuencia y resonaban dentro del patio.

No había ningún edur fuera del arco, una señal inquietante.

Navaja salió disparado hacia el arco. Le llamó la atención un movimiento a su derecha y vio otra compañía de edur que subía por un camino costero, pero todavía estaba a sesenta pasos de distancia. *Los malazanos tendrán que lidiar con esos... Reina de los Sueños, ayúdalos*. Tenía la verja delante y empezó a vislumbrar lo que estaba pasando en el patio.

Había cuatro edur en fila en el centro, dándole la espalda. Una docena o más de guerreros edur esperaban en cada flanco con las cimitarras preparadas. Oleadas de magia salían de los cuatro, palpitando, haciéndose paulatinamente más fuertes y cada una fluía sobre las losas hasta convertirse en una tormenta desbocada de colores que se estrellaba contra Darist, que se encontraba solo, a sus pies una Apsalar muerta o inconsciente. Tras él, los cuerpos desperdigados de los nietos de Anomander Rake. Con todo, Darist todavía mantenía la espada levantada, aunque era una masa destrozada de sangre, huesos visibles entre los restos del pecho. Se alzaba ante las oleadas fieras, pero no

daba ni un paso atrás, aunque lo estuvieran desgarrando. La espada Dolor estaba al rojo vivo, el metal cantaba una nota terrible, una nota plañidera que se iba haciendo más fuerte y más aguda con cada momento que pasaba.

—Ciega —siseó Navaja al acercarse—, ¡te necesito ahora! Las sombras brotaron a su alrededor y después, cuatro pesadas patas se posaron con un ruido seco en las losas; de repente tenía a su lado la presencia amenazante de la mastín.

Uno de los edur se giró en redondo. Unos ojos inhumanos se abrieron más al ver a Ciega, después, el hechicero soltó algo de golpe con un tono duro e imperioso.

Ciega se había abalanzado sobre él, pero se detuvo en seco resbalando con las uñas sobre las losas.

Y la mastín se encogió, temerosa.

—¡Beru nos proteja! —maldijo Navaja mientras intentaba sacar un cuchillo…

El patio se llenó de repente de sombras, un extraño crujido hendió el aire…

Y una quinta figura se plantó de repente entre los cuatro hechiceros edur, vestida de gris, enguantada, la cara oculta por una capucha tosca. En las manos, una cuerda que parecía retorcerse con vida propia. Navaja la vio dar un latigazo y golpear a un hechicero en un ojo, y cuando la cuerda rebotó hacia atrás, un chorro de sangre y sesos picados la siguió. La magia del hechicero se apagó y el edur cayó hacia delante.

La cuerda era demasiado rápida para seguirla y el que la empuñaba se movía entre los tres restantes magos, pero a su retorcido paso una cabeza cayó de unos hombros, unos intestinos se derramaron de una brecha abierta y lo que fuera que le acaeció al último hechicero ocurrió en un

instante borroso que no dejó ningún resultado obvio, salvo que el edur estaba muerto antes de golpear el suelo.

Se oyeron gritos entre los guerreros edur, que se acercaron desde ambos lados.

Fue entonces cuando comenzaron los chillidos. La cuerda salió disparada de la mano derecha de Cotillion, quien también tenía un cuchillo largo en la izquierda que parecía no hacer mucho más que lamer y tocar a todo el que se acercaba, pero el resultado era devastador. El aire era una bruma de sangre suspendida alrededor del dios patrón de los Asesinos y antes de que Navaja aspirara el cuarto aliento desde el comienzo de la batalla, esta había terminado y alrededor de Cotillion no había más que cadáveres.

Un último tirón de la cuerda azotó sangre contra un muro y después el dios echó hacia atrás la capucha y se giró para mirar a Ciega. Abrió la boca para decir algo y después la volvió a cerrar. Un gesto airado y las sombras se desbocaron para envolver a la temblorosa mastín. Cuando se disiparon un momento después, Ciega había desaparecido.

Se oyeron sonidos de lucha detrás del patio y Navaja se volvió.

—¡Los malazanos necesitan ayuda! —le gritó a Cotillion.

—No, no la necesitan —gruñó el dios.

Los dos se giraron al oír un estruendo metálico y vieron a Darist tendido, inmóvil, junto a Apsalar, la espada estaba tirada cerca y su calor prendía las hojas sobre las que yacía.

La cara de Cotillion se hundió como si lo embargara una pena repentina y profunda.

—Cuando haya terminado ahí fuera —le dijo a Navaja—, llévalo hasta esta espada. Dile sus nombres.

—¿Quién?

Un momento después, tras una última mirada al caos que lo rodeaba, Cotillion desapareció.

Navaja corrió junto a Apsalar y se arrodilló a su lado.

La joven tenía la ropa chamuscada y el humo se alzaba en jirones en el aire ya quieto. El fuego le había cubierto el cabello, pero solo por un momento, al parecer, ya que le quedaba de sobra; tampoco tenía la cara quemada, aunque un largo verdugón rojo, ya algo ampollado, era visible en una cuchillada diagonal en el cuello. Unas leves sacudidas de brazos y piernas (los efectos del ataque hechicero) le demostraron a Navaja que la joven seguía viva.

Intentó despertarla sin éxito. Un momento después, levantó la cabeza y escuchó. Los sonidos de lucha habían cesado y se acercaba un único par de botas con lentitud, crujiendo en el suelo abrasado.

Navaja se levantó lentamente y se volvió hacia el arco.

Apareció en él Viajero. En un guantelete llevaba una espada rota a tres cuartas partes de la punta. Aunque salpicado de sangre, no parecía estar herido. Se detuvo para estudiar la escena del patio.

Navaja supo de algún modo, sin preguntar, que era el último que quedaba vivo; no obstante, fue a asomarse por el arco. Todos los malazanos yacían inmóviles. A su alrededor, un círculo de cadáveres, de medio centenar o más, tiste edur. Otros, tachonados de cuadrillos, yacían en el camino que se acercaba al claro.

Yo acudí a esos malazanos y los traje a morir. Esa capitana… la de los ojos hermosos… Navaja regresó al lugar donde Viajero caminaba entre los tiste andii caídos. Y la pregunta que hizo surgió de una garganta constreñida.

—¿Decías la verdad, Viajero?

El hombre lo miró.

—Esta batalla —le explicó Navaja—. ¿Era en verdad una batalla malazana?

El encogimiento de hombros con el que le respondió Viajero le produjo un escalofrío al daru.

—Algunos de ellos todavía están vivos —dijo señalando con un gesto a los tiste andii.

—Y hay heridos en la cueva —señaló Navaja.

Observó que el hombre se acercaba adonde yacían Apsalar y Darist.

—Ella es una amiga —dijo Navaja.

Viajero lanzó un gruñido, después tiró a un lado su espada rota y pasó por encima de Darist. Estiró el brazo para coger la espada.

—Cuidado…

Pero el hombre rodeó el puño con la mano enguantada y levantó el arma.

Navaja suspiró y cerró los ojos durante un largo instante, después los abrió.

—Se llama Venganza… o Dolor. Puedes elegir el que más te convenga —dijo después.

Viajero se volvió y miró a Navaja a los ojos.

—¿No la quieres para ti?

El daru negó con la cabeza.

—Exige del que la empuña una voluntad singular. Yo no soy para esa espada, ni creo que lo vaya a ser jamás.

Viajero estudió la hoja que tenía en la mano.

—Venganza —murmuró, después asintió y se agachó para quitarle la vaina al cuerpo de Darist—. Este anciano, ¿quién era?

Navaja se encogió de hombros.

—Un guardián. Se llamaba Andarist. Y ahora se ha ido, así que el trono carece de protector…

Viajero se irguió.

—Me quedaré aquí un tiempo. Como has dicho tú, hay heridos que atender… y cadáveres que enterrar.

—Te ayudaré…

—No es necesario. El dios que atravesó este lugar ha visitado los barcos edur, hay barcas pequeñas a bordo, y provisiones. Coge a tu mujer y deja esta isla. Si más edur encuentran por casualidad este lugar, tu presencia solo dificultará mi tarea.

—¿Cuánto tiempo planeas quedarte aquí para cumplir el papel de Andarist?

—El tiempo suficiente para honrarlo.

Se oyó un gemido procedente de Apsalar que llevó a Navaja junto a ella. La joven empezó a agitarse, como si tuviera fiebre.

—Sácala de aquí —dijo Viajero—. Los efectos de la hechicería persisten.

Navaja levantó la cabeza, se encontró con esos ojos y vio pena, la primera emoción que revelaba aquel hombre.

—Querría ayudarte a enterrar…

—No necesito ayuda. No será la primera vez que entierro a compañeros. Vete. Llévatela.

El joven la cogió en brazos. Las sacudidas se detuvieron y la mujer suspiró como si se hundiera en un sueño profundo y tranquilo. Después, Navaja se levantó y estudió a Viajero por un momento.

El hombre le dio la espalda.

—Dale las gracias a tu dios, mortal —gruñó sin mirar a Navaja—, por la espada…

Una masa alargada del suelo de piedra se había derrumbado y había caído al torrente de agua negra del río subterráneo. Atravesaba el agujero abierto un fardo de lanzas, alrededor de las que se había atado una cuerda que bajaba hasta el agua y se quedaba serpenteando cuando la

corriente tiraba de ella. El aire en la tosca cámara era frío y húmedo.

Kalam se agachó junto al borde y estudió el remolino de agua durante un largo instante.

—El pozo —dijo el sargento Cordón desde donde se encontraba, junto al asesino.

Kalam lanzó un gruñido.

—En el nombre del Embozado, —dijo después—, ¿se puede saber cómo se les ocurrió al capitán y al teniente bajar ahí abajo?

—Si miras el tiempo suficiente, con las antorchas fuera de esta habitación, verás un fulgor. Hay algo tirado en el fondo, más o menos al doble de la altura de un hombre en profundidad.

—¿Algo?

—Parece un hombre… con una armadura. Está despatarrado ahí abajo.

—Entonces sacad las antorchas. Quiero verlo.

—¿Has dicho algo, cabo? Tu amigo demonio ha desaparecido, acuérdate, se ha… desvanecido.

Kalam suspiró.

—Es lo que hacen los demonios, y en este caso deberías dar las gracias. Ahora mismo, sargento, soy de la opinión de que todos vosotros lleváis metidos en esta montaña demasiado tiempo. Estoy pensando que quizá hayáis perdido el juicio. Y también he reconsiderado tus palabras sobre mi posición en tu compañía; he llegado a una decisión y es la siguiente. —Volvió la cabeza y clavó los ojos en los de Cordón—. No estoy en tu compañía, Cordón. Soy un abrasapuentes. Tú estás en el regimiento Ashok. Y si eso no te basta, voy a resucitar mi viejo estatus… como garra, líder de la mano. Y como tal, solo me supera en rango en campo

abierto el patrón de la Garra, Topper, la consejera y la propia emperatriz. ¡Y ahora saca esas malditas antorchas de aquí!

Cordón sonrió de repente.

—¿Quieres tomar el mando de esta compañía? Adelante, puedes quedarte con él. Aunque queremos ocuparnos de Irriz nosotros mismos. —Levantó el brazo para coger la primera de las antorchas que chisporroteaban en el muro que tenía detrás.

El repentino cambio de actitud de Cordón sorprendió a Kalam y luego lo llenó de suspicacia. *Hasta que me duerma, claro. Por los dioses del inframundo, estaba mejor solo. Y, por si fuera poco, ¿adónde se ha ido ese puñetero demonio?*

—Y cuando hayas terminado, sargento, vuelve a subir con los demás y empieza los preparativos. Nos vamos de aquí.

—¿Y qué hay del capitán y el teniente?

—¿Qué pasa con ellos? Se los llevó el agua y, o bien se han ahogado o los escupió en algún abrevadero. En cualquier caso, ya no están aquí y dudo mucho que vayan a volver…

—Eso no lo sabes…

—Llevan fuera demasiado tiempo, Cordón. Si no se ahogaron, habrían tenido que alcanzar la superficie en algún sitio, no muy lejos. No se puede contener el aliento tanto tiempo. Y ahora, se acabó la discusión, en marcha.

—Sí… señor.

Con una antorcha en cada mano, Cordón empezó a subir las escaleras.

La oscuridad no tardó en envolver la cámara.

Kalam esperó a que se le acostumbraran los ojos mientras escuchaba desaparecer el ruido de pasos del sargento. Y allí, al fin, muy abajo, la figura reluciente, ondeando bajo el torrente de agua. El asesino cogió la cuerda y la enrolló a un lado. Habían lanzado veinte brazadas, pero el fardo de

lanzas sostenía mucho más. Después arrancó un gran trozo de piedra del borde dentado y ató el extremo empapado y gélido de la cuerda a él. Con la suerte de Oponn, la roca sería lo bastante pesada para hundirse más o menos en línea recta. Kalam comprobó los nudos una vez más y después la tiró por el borde.

La roca se hundió y arrastró el rollo de cuerda con ella. Las lanzas se tensaron con un chasquido y Kalam se asomó. La piedra estaba suspendida de la cuerda estirada entera, una distancia que Kalam, y sin duda el capitán y el teniente, habían calculado que era suficiente para entrar en contacto con la figura. Pero no había sido así, aunque parecía cerca. *Lo que significa que es un cabrón muy grande. De acuerdo… veamos lo grande que es*. Cogió las lanzas y empezó a levantar y dar vueltas al fardo para ir soltando más cuerda.

Una pausa para estudiar el progreso de la piedra y luego siguió soltando cuerda.

Al fin alcanzó la figura, dado el arqueo repentino de la cuerda cuando la corriente se apoderó de ella y la dejó floja. Kalam miró abajo una vez más.

—¡Por el aliento del Embozado!

La roca reposaba en el pecho de la figura… y la distancia había empequeñecido la piedra.

La figura de la armadura era enorme, el triple de alta al menos que un hombre normal. Al capitán y al teniente los había engañado la escala. Seguramente un error fatal.

El asesino entrecerró los ojos y lo miró, le extrañó aquel fulgor raro, después cogió la cuerda para recuperar la piedra…

Y, allí abajo, una mano inmensa salió disparada, se cerró sobre la cuerda… y tiró.

Kalam gritó cuando se vio empujado hacia el torrente.

Cuando se precipitó al agua helada, levantó los brazos en un intento de agarrarse al fardo de lanzas.

Notó un tirón fiero y las lanzas se partieron con un crujido explosivo que resonó directamente sobre él.

El asesino seguía aferrado a la cuerda, aunque la corriente se lo llevaba. Sintió que el agua lo hundía.

El frío era paralizador. Le estallaron los oídos.

Y después lo impulsaron un par de inmensos puños revestidos de cadenas, lo acercaron mucho, cara a cara con la reja ancha del casco de la criatura. Bajo la reja, en el remolino oscuro, el brillo de un rostro podrido, bestial, buena parte de la carne convertida en tiras que aleteaban con la corriente. Dientes desprovistos de labios…

Y la criatura habló en la mente de Kalam.

—*Los otros dos me eludieron…, pero a ti te cogeré. Tengo tanta hambre*…

¿Hambre?, respondió Kalam. *Prueba esto*.

Y hundió los dos cuchillos largos en el pecho de la criatura.

Un bramido atronador y los puños salieron disparados y apartaron a Kalam de un empujón, con más fuerza y más rápido de lo que el asesino habría creído posible. Las dos armas dieron un tirón y estuvieron a punto de arrancarle la empuñadura de las manos, pero él resistió. La corriente no tuvo tiempo de atraparlo cuando Kalam se vio lanzado hacia arriba y volvió a salir disparado por el agujero en medio de la explosión de un géiser de agua. El borde le cogió un pie y le arrancó la bota. Chocó contra el techo bajo de piedra de la cámara y se quedó sin el último aliento de los pulmones, después cayó.

Aterrizó con la mitad del cuerpo en el saliente del pozo y estuvo a punto de volver a caer al río, pero se las arregló para abrir brazos y piernas y arañar el suelo hasta recuperar

el terreno perdido y apartarse del agujero. Después se quedó inmóvil, paralizado, con la bota tirada a su lado, hasta que pudo aspirar una bocanada entrecortada de aire gélido.

Oyó pasos en las escaleras y después Cordón entró en tromba en la cámara y se paró en seco justo ante Kalam. El sargento tenía una espada en una mano y una antorcha encendida en la otra. Se quedó mirando al asesino.

—¿Qué fue ese ruido? ¿Qué pasó? ¿Dónde están las malditas lanzas…?

Kalam rodó de lado y miró por el borde.

El torrente espumoso era impenetrable, de un color rojo opaco por la sangre.

—Dejadlo —jadeó el asesino.

—¿Dejar qué? ¡Mira esa agua! ¿Dejar qué?

—Dejad… de sacar… de este pozo…

Los estremecimientos tardaron mucho en abandonar su cuerpo, y solo para ser sustituidos por un sinfín de dolores por la colisión con el techo de la cámara. Cordón se había ido y después había regresado con el resto de la compañía, además de Peccado, con mantas y más antorchas.

Les costó un poco arrancar los cuchillos largos de las manos de Kalam. La separación reveló que las empuñaduras habían abrasado de algún modo las palmas de las manos y las yemas de los dedos del asesino.

—Frío —murmuró Ebron—, ha sido eso. Quemado por el frío. ¿Qué aspecto dices que tenía esa cosa?

Kalam, acurrucado en las mantas, levantó la cabeza.

—Como algo que debería estar muerto desde hace mucho tiempo, mago. Dime, ¿cuánto sabes de B’ridys… de esta fortaleza?

—Seguramente menos que tú —respondió Ebron—. Yo nací en Karakarang. Era un monasterio, ¿no?

—Sí. Uno de los cultos más antiguos, extinto hace mucho tiempo. —Un sanador del pelotón se agachó a su lado y empezó a aplicar un bálsamo adormecedor a las manos del asesino. Kalam apoyó la cabeza en el muro y suspiró—. ¿Has oído hablar de los sin nombre?

Ebron lanzó un bufido.

—He dicho Karakarang, ¿no? El culto tanno afirma descender directamente del culto de los sin nombre. Los caminantes espirituales dicen que sus poderes, con cánticos y demás, surgieron de los patrones originales que los sin nombre elaboraron en sus rituales, se supone que esos patrones cruzaban el subcontinente entero y su poder permanece hasta la actualidad. ¿Estás diciendo que este monasterio pertenecía a los sin nombre? Sí, pues claro que sí. Pero no eran demonios, ¿no?

—No, pero tenían por costumbre encadenarlos. Me parece que el de ese pozo no está muy contento con su último encuentro, pero tampoco está tan disgustado como se podría creer.

Ebron frunció el ceño y después se puso pálido.

—La sangre… si alguien bebe agua manchada con esa…

Kalam asintió.

—El demonio toma el alma de esa persona… y hace el intercambio. Libertad.

—¡Pero tampoco solo la de una persona! —siseó Ebron—. ¡Animales, pájaros… insectos! ¡Cualquier cosa!

—No, creo que tendrá que ser grande… más grande que un pájaro o un insecto. Y cuando consiga escapar…

—Irá en tu busca —susurró el mago. Se giró de repente y miró a Cordón—. Tenemos que salir de aquí. ¡Ahora! Mejor aún…

—Sí —gruñó Kalam—, alejaos de mí todo lo que podáis. Escuchad, la emperatriz ha enviado a su nueva consejera, con un ejército… habrá una batalla, en Raraku. La consejera cuenta con poco más que reclutas. No le vendría mal vuestra compañía, por magullada que esté.

—¿Salen de Aren?

Kalam asintió.

—Y es muy probable que ya lo hayan hecho. Lo que os da un mes, quizá, de… manteneros con vida y sin meteros en ningún lío…

—Podemos arreglarnos —dijo Cordón entre dientes.

Kalam le echó un vistazo a Peccado.

—Ten cuidado, muchacha.

—Lo tendré. Creo que te echaré de menos, Kalam.

El asesino se dirigió entonces a Cordón.

—Déjame mis provisiones. Me quedaré aquí a descansar un rato más. Para que nuestros caminos no se crucen, yo me dirigiré al oeste al salir de aquí, voy a rodear el borde norte del torbellino… durante un tiempo. Después intentaré atravesarlo y abrirme camino hasta Raraku en sí.

—Que la suerte de la Señora esté contigo —respondió Cordón, después hizo un gesto—. Todos los demás, venga, vamos. —En la escalera el sargento se volvió para mirar al asesino—. Ese demonio… ¿crees que atrapó al capitán y al teniente?

—No. Dijo lo contrario.

—¿Habló contigo?

—En mi mente, sí. Pero fue una conversación muy corta.

Cordón sonrió.

—Algo me dice que, contigo, son todas cortas.

Un momento después Kalam estaba solo, sacudido todavía por oleadas de temblores incontrolados. Por suerte, los soldados habían dejado un par de antorchas. Era una

pena, reflexionó, que el demonio azalan se hubiera desvanecido. *Una auténtica pena*.

Anochecía cuando el asesino salió de la estrecha fisura en la roca, enfrente del risco, que era la ruta de escape secreta del monasterio. El momento era de todo menos agradable. El demonio quizá ya se hubiera liberado y podría estar buscándolo con la forma que el destino hubiera tenido a bien concederle. La noche que tenía por delante no prometía ser demasiado atrayente.

Las señales de la salida de la compañía eran evidentes en el suelo polvoriento, delante de la fisura y Kalam observó que habían partido rumbo al sur y le llevaban una ventaja de cuatro horas o más. Satisfecho, se echó al hombro su bolsa y tras rodear el afloramiento que era la fortaleza, puso rumbo al oeste.

Unos bhok'arala salvajes lo siguieron durante un rato, escabulléndose por las rocas y dando voz a sus extraños y lúgubres ululatos a medida que caía la noche. En el cielo aparecieron estrellas bajo una película borrosa de polvo que apagaba el fulgor ambiental plateado del desierto y lo convertía en algo más parecido al hierro emborronado. Kalam avanzaba sin prisas, evitando las elevaciones que lo harían visible contra el horizonte.

Se quedó paralizado al oír un chillido lejano al norte. Un enkar'al. Bastante escaso, pero de lo más mundano. *A menos que el maldito bicho aterrizara hace poco para beber de un estanque de agua ensangrentada*. Los bhok'arala se habían escabullido al oír el grito y no aparecían por ninguna parte. No había viento que Kalam pudiera detectar, pero sabía que el sonido se transmitía a mucha distancia en noches como aquella y, lo que era peor, los enormes reptiles

alados podían detectar el movimiento desde las alturas… y el asesino sería una comida estupenda.

Kalam maldijo para sí y se giró hacia el sur, hacia donde el muro sólido del remolino de arena del torbellino se alzaba a tres mil quinientos, quizá cuatro mil pasos de distancia. Tensó las correas de la alforja y después estiró las manos con cuidado para coger los cuchillos. Los efectos del bálsamo se estaban desvaneciendo y dos punzadas palpitantes de dolor comenzaban a surgir poco a poco. Se había puesto los guantes y guanteletes sin dedos (a pesar de arriesgarse a coger una infección), pero esas barreras tampoco hicieron mucho por mitigar el dolor abrasador que sintió al rodear las armas con las manos y soltarlas.

Después empezó a bajar la ladera tan rápido como se atrevía. Un centenar de latidos más tarde llegó al fondo ampollado de la cuenca de Raraku. El torbellino era un rugido apagado más adelante que iba arrastrando sin parar un flujo de aire fresco hacia él. El asesino clavó la mirada en ese muro lejano y turbio y después emprendió un trote corto.

Quinientos pasos. Las correas de la alforja le estaban raspando los hombros de la telaba y la iban atravesando hasta la cota de malla ligera que llevaba debajo. Las provisiones lo estaban ralentizando, pero sin ellas sabía que se podía dar por muerto en Raraku. Notó que comenzaba a respirar con dificultad.

Mil pasos. Se le habían roto las ampollas de las palmas de las manos y le habían empapado el interior de los guanteletes, sentía de manera inequívoca los mangos de los cuchillos largos y resbaladizos. Aspiraba el aire nocturno a grandes bocanadas y una sensación de ardor se le había instalado en los muslos y las pantorrillas.

Quedaban dos mil pasos, por lo que calculaba. El rugido era fiero y las capas de arena azotaban el aire a su alrededor desde atrás. Podía sentir la cólera de la diosa en el ambiente.

Quedaban mil quinientos…

Un silencio repentino (como si hubiera entrado en una cueva) y después se encontró dando vueltas por el aire, el contenido de la alforja suelto y volando por el cielo, lejos de los jirones que le quedaban a la espalda. Llenaban sus oídos los ecos de un sonido (un impacto demoledor) que ni siquiera había oído. Después chocó contra el suelo y rodó, los cuchillos se le escaparon de las manos. Tenía la espalda y los hombros empapados, cubiertos de sangre caliente, la cota de malla había quedado hecha jirones por las zarpas del enkar'al.

Un golpe burlón, a la vista de todo el daño infligido. La criatura podría haberle arrancado la cabeza con suma facilidad.

Y entonces una voz conocida entró en su cabeza.

—*Sí, podría haberte matado al momento, pero esto me complace más. Corre, mortal, a ese muro salvador de arena*.

—Te liberé —gruñó Kalam al tiempo que escupía sangre y tierra—, ¿y así lo agradeces?

—*Provocaste dolor. Inaceptable. No soy yo quien siente dolor. Yo solo lo provoco*.

—Bueno —dijo el asesino, entre dientes, mientras se iba poniendo a gatas poco a poco—, me consuela saber en estos, mis últimos momentos, que no vivirás mucho tiempo en este nuevo mundo con esa actitud. Te esperaré al otro lado de la puerta del Embozado, demonio.

Unas garras enormes chasquearon a su alrededor, las puntas atravesaron la cota de malla (una en los riñones, otras tres en el abdomen) y lo levantaron del suelo.

Luego lo arrojaron por los aires una vez más. Esa vez descendió desde una distancia de al menos el triple de su altura y cuando chocó contra el suelo, la negrura explotó en su mente.

Recuperó la conciencia y se encontró despatarrado en la cuenca agrietada, el suelo que tenía debajo estaba cenagoso por su propia sangre. Las estrellas bailaban como locas en el cielo y él era incapaz de moverse. Una profunda reverberación zumbona resonaba en el fondo de su cráneo procedente de la columna.

—*Ah, despierto una vez más. Bien. ¿Reanudamos, entonces, este juego?*

—Como quieras, demonios. Oh, vaya, ya no soy un gran juguete. Me has roto la espalda.

—*Tu error fue aterrizar de cabeza, mortal*.

—Mis disculpas. —Pero el entumecimiento estaba desapareciendo; comenzaba a sentir un cosquilleo que se extendía por brazos y piernas—. Baja y termina el trabajo, demonio.

Sintió que el suelo temblaba cuando el enkar'al se posó en el suelo a su izquierda, por algún sitio. Unos pasos pesados cuando la criatura se acercó.

—*Dime tu nombre, mortal. Es lo menos que puedo hacer, saber el nombre de mi primera presa tras tantos miles de años*.

—Kalam Mekhar.

—*¿Y qué clase de criaturas eres? Pareces imass*…

—Ah, así que te encerraron mucho antes de los sin nombre, entonces.

—*Yo no sé nada de sin nombre, Kalam Mekhar*.

Notaba al enkar'al a su lado, una presencia inmensa que se cernía sobre él, aunque el asesino no abrió los ojos. Después sintió el aliento del carnívoro como una ráfaga por

encima de él y supo que el reptil estaba abriendo la boca todo lo que podía.

Kalam rodó de lado y metió el puño derecho por la garganta de la criatura.

Después soltó el puñado de arena empapada en sangre, gravilla y rocas que había cogido.

Y hundió la daga que llevaba en la otra mano entre los huesos del pecho de la criatura.

La enorme cabeza se echó hacia atrás con una sacudida, el asesino rodó en dirección contraria y se puso en pie. El movimiento le arrebató la sensación de las piernas y se cayó al suelo una vez más, pero entretanto había visto uno de sus cuchillos largos tirado en el suelo, con la punta clavada en la tierra y a unos quince pasos de distancia.

El enkar'al estaba revolviéndose, se ahogaba, y con las zarpas desgarraba la tierra quemada, embargado por el frenesí y el pánico.

Kalam fue recuperando la sensación en las piernas por oleadas y empezó a arrastrarse por el terreno reseco hacia el cuchillo largo. *La hoja de la serpiente. Qué apropiado*.

Todo se estremeció y el asesino se giró para ver que la criatura había dado un salto y había aterrizado con las patas abiertas justo detrás de él, donde estaba hacía apenas un momento. Estaba sangrando por los ojos fríos, por los que cruzó un destello de reconocimiento… antes de que el terror se adueñara de ellos una vez más. Sangre y espuma granulosa brotó entre las mandíbulas serradas de la criatura.

Kalam volvió a arrastrarse y al fin fue capaz de subir las piernas y empezar a gatear.

Y después tenía el cuchillo en la mano derecha. Kalam se giró poco a poco, la cabeza le daba vueltas, pero regresó gateando.

—Tengo algo para ti —jadeó—. Una vieja amiga, que ha venido a decir hola.

El enkar’al cabeceó y se desplomó de lado, en el proceso se partió los huesos de un ala. Sacudía la cola, pateaba, abría y cerraba las zarpas en un espasmo y golpeaba la cabeza repetidamente contra el suelo.

—Recuerda mi nombre, demonio —continuó Kalam mientras se arrastraba hasta la cabeza de la bestia. Subió las rodillas y después levantó el cuchillo con las dos manos. La punta flotó sobre el cuello agitado, se alzó y cayó hasta que aprendió el ritmo de su movimiento—. Kalam Mekhar… el que se te atragantó en la garganta. —Hundió el cuchillo y atravesó la gruesa piel guijarrosa, y la sangre de una yugular seccionada brotó en un chorro.

Kalam se echó hacia atrás, apenas a tiempo de evitar la mortal fuente, y volvió a caer rodando.

Rodó tres veces para terminar al fin tirado de espaldas otra vez. La parálisis lo iba invadiendo de nuevo.

Se quedó mirando las estrellas que giraban en el cielo… hasta que la oscuridad las devoró.

En la antigua fortaleza que en otro tiempo había funcionado como monasterio de los sin nombre, pero que incluso entonces ya era antigua (sus creadores olvidados mucho tiempo atrás), solo había oscuridad. En el nivel más bajo había una única cámara, el suelo agrietado sobre el torrente de un río subterráneo.

En sus gélidas profundidades, encadenado por hechicería ancestral al lecho de roca, yacía un inmenso guerrero con armadura. Thelomen toblakai, puro de sangre, que había conocido la maldición de la posesión demoníaca, una

posesión que había devorado su sentido del yo; el noble guerrero había dejado de existir mucho tiempo atrás.

Y sin embargo, en ese momento, el cuerpo se agitaba en sus mágicas cadenas. El demonio se había ido, había huido al brotar la sangre, sangre que jamás debería haber existido, dado el deteriorado estado de la criatura, pero había existido y el río se la había llevado hacia la libertad. A un abrevadero distante donde un enkar'al macho (una bestia en la flor de la vida) se había agachado para beber.

El enkar'al llevaba solo un tiempo, ni siquiera el rastro de otros de su raza se podía encontrar en las cercanías. Aunque no había percibido el paso del tiempo, en realidad habían pasado décadas desde su último encuentro con alguno de su especie. De hecho, estaba destinado (dado el curso normal de una vida) a no volver a aparearse. Con su muerte, la extinción de los enkar'al al este de Jhag Odhan habría sido un hecho.

Pero en ese momento su alma bramaba en un cuerpo extraño y gélido, sin alas, sin la estampida de corazones, sin olores cargados de presas que aspirar en el aire nocturno del desierto. Algo lo inmovilizaba, y el encarcelamiento estaba resultando ser el camino más rápido a la locura absoluta.

Muy por encima, la fortaleza estaba silenciosa y oscura. El aire estaba quieto una vez más, salvo los tenues suspiros de las corrientes que llegaban de las cámaras exteriores.

Rabia y terror. Sin respuesta, excepto por la promesa de la eternidad.

O así habría continuado.

Si los tronos de la Bestia hubieran seguido vacíos.

Si los dioses lobo recién despertados de nuevo no hubieran sentido una necesidad urgente… de tener un paladín.

Su presencia penetró en el alma de la criatura y la calmó con visiones de un mundo donde había enkar'al en los cielos turbios, donde los machos trababan las mandíbulas en el calor fiero de la época de celo, las hembras ladeándose en círculos muy por encima de ellos. Visiones que llevaron paz al alma atrapada, aunque con ellas llegó una pena profunda, pues el cuerpo que vestía en ese momento no era… el adecuado.

Un servicio a prestar, entonces. La recompensa, reunirse con los de su especie en los cielos de otro reino.

Las bestias no desconocían la esperanza, ni ignoraban cosas como las recompensas.

Además, ese paladín saborearía la sangre… y pronto.

De momento, sin embargo, había una maraña de ataduras hechiceras que deshacer…

Miembros rígidos como la muerte. Pero el corazón continuaba funcionando.

Una sombra que se deslizó por la cara de Kalam lo despertó y abrió los ojos.

El rostro arrugado de un anciano flotaba sobre él, ondeando bajo oleadas de calor. Dalhonesio, sin pelo, orejas sobresalientes, su expresión se arrugó convertida en un ceño.

—¡Te estaba buscando! —lo acusó en malazano—. ¿Dónde has estado? ¿Qué estás haciendo tirado aquí fuera? ¿No sabes que hace calor?

Kalam volvió a cerrar los ojos.

—¿Buscándome? —Negó con la cabeza—. No hay nadie buscándome —continuó, y se obligó a abrir los ojos una vez más, a pesar del brillo cegador que se alzaba del suelo, alrededor de los dos hombres—. Bueno, claro, ya no…

—Idiota. Necio confundido por el calor. Estúpido… ¿pero quizá debería estar canturreando, animando incluso? ¿Eso lo engañará? Muy probable. Un cambio de táctica, sí. ¡Tú! ¿Has matado tú a este enkar'al? ¡Impresionante! ¡Maravilloso! Pero apesta. Nada peor que un enkar'al pudriéndose, salvo porque te lo has hecho todo encima. Por suerte para ti, tu amigo, que tan bien orina, me encontró y me trajo aquí.

Oh, y también ha marcado al enkar'al… ¡qué tufo! ¡Piel que chisporrotea! Pero bueno, mejor que te lleve yo. Sí, de regreso a mi morada embrujada…

—En el nombre del Embozado, ¿se puede saber quién eres? —preguntó Kalam mientras luchaba por levantarse. Aunque la parálisis había desaparecido, estaba cubierto de sangre seca, las heridas punzantes le ardían como carbones encendidos y sentía quebradizos todos y cada uno de los huesos.

—¿Yo? ¿No lo sabes? ¿No reconoces la mismísima famosidad que exudo? ¿Famosidad? Tiene que existir tal palabra. ¡La acabo de usar! El acto de ser famoso. Por supuesto. ¡El más devoto servidor de Sombra! ¡El sumo archisacerdote Iskaral Pust! ¡Dios para los bhok'arala, plaga de arañas, maestro del engaño de los soletaken y d'ivers del mundo entero! ¡Y ahora tu salvador! Siempre que tengas algo para mí, es decir, algo que entregar. ¿Un silbato de hueso? ¿Una bolsita de nada, por casualidad? ¿Entregado a ti en un reino tenebroso por un dios más tenebroso todavía? ¿Una bolsa, imbécil, llena de diamantes oscuros?

—Ah, ¿así que eres tú? —gimió Kalam—. Que los dioses nos ayuden. Sí, tengo los diamantes… —Intentó incorporarse y coger la saquita que llevaba metida bajo el cinturón, y vislumbró por un momento el demonio azalan que flotaba entre las sombras tras el sacerdote, hasta que el olvido lo envolvió.

Cuando se despertó otra vez estaba echado en una plataforma elevada de piedra que se parecía, de forma sospechosa, a un altar. Unas lámparas de aceite parpadeaban en salientes de las paredes. La habitación era pequeña, el aire acre.

Le habían aplicado bálsamos curativos (y era muy probable que hechicería también) que lo habían dejado con una sensación renovada, aunque todavía tenía las articulaciones rígidas, como si llevara un tiempo sin moverse. Le habían quitado la ropa y lo cubría una manta fina, tiesa por la mugre. Le dolía la garganta seca y sentía una sed rabiosa.

El asesino se sentó despacio y se miró los verdugones de color púrpura donde se habían hundido las zarpas del enkar'al. Después casi dio un salto al oír el ruido de algo que se escabullía por el suelo, un bhok'aral, que le echó una única mirada, absurdamente culpable, por encima de un hombro nudoso, un momento antes de salir disparado por la puerta.

Una jarra polvorienta de agua y una copa de arcilla esperaban en una estera de juncos en el suelo. Kalam apartó la manta de un tirón y se acercó al agua.

Un brote de sombras en una esquina del aposento le llamó la atención mientras se servía una copa, así que no le sorprendió ver a Iskaral Pust allí de pie cuando se desvanecieron las sombras.

El sacerdote estaba encorvado y miraba nervioso a la puerta, después se acercó de puntillas al asesino.

—¿Todo mejor ya, sí?

—¿Hay que susurrar? —preguntó Kalam.

El otro se estremeció.

—¡Calla! ¡Mi mujer!

—¿Está durmiendo?

La carita de Iskaral Pust se parecía tanto a la de un bhok’aral que el asesino empezó a preguntarse por el linaje de aquel tipo. *No, Kalam, no seas ridículo*.

—¿Durmiendo? —tartamudeó el sacerdote—. ¡No duerme nunca! No, idiota, ¡esa mujer caza!

—¿Caza? ¿Qué caza?

—No qué. A quién. Me caza a mí, por supuesto. —Le brillaban los ojos cuando miró a Kalam—. ¿Pero me ha encontrado? ¡No! ¡Hace meses que no nos vemos! ¡Je, je! —Sacó un poco más la cabeza—. Es un matrimonio perfecto. Jamás he sido más feliz. Deberías probarlo.

Kalam se sirvió otra copa.

—Necesito comer…

Pero Iskaral Pust había desaparecido.

El asesino miró a su alrededor con aire divertido.

Se acercaban unas sandalias por el pasillo y después una anciana de cabello asilvestrado entró de un salto. Dalhonesia, cosa nada sorprendente. Estaba cubierta de telarañas y miró furiosa por la habitación.

—¿Dónde está? Estaba aquí, ¿verdad? ¡Lo huelo! ¡Ese cabrón estaba aquí!

Kalam se encogió de hombros.

—Mira, tengo hambre…

—¿Te parezco apetitosa? —le soltó ella de golpe. Una mirada rápida recorrió de arriba abajo a Kalam—. ¡Bueno, tú sí! —La mujer empezó a buscar por la pequeña habitación, olisqueó los rincones, se agachó para mirar en la jarra—. Conozco cada habitación, cada escondite —murmuró mientras sacudía la cabeza—. ¿Y por qué no? Cuando cambiaba, estaba por todas partes…

—¿Eres soletaken? Ah, arañas…

—¡Ah, mira que eres listo! ¡Y largo!

—¿Por qué no te transformas otra vez? Entonces podrías buscar…

—Si me transformara, ¡sería yo la cazada! Oh, no, la vieja Mogora no es tonta, ¡no caerá en eso! ¡Lo encontraré! ¡Ya lo verás!

Y se escabulló de la habitación.

Kalam suspiró. Con algo de suerte, su estancia con aquellos dos no sería muy larga.

La voz de Iskaral Pust le susurró al oído.

—¡Por poco!

Los pómulos y el hueso orbital estaban hechos pedazos, los trozos que quedaban se encontraban sujetos por tiras de músculo y tendones consumidos. Si Onrack hubiera poseído algo más que una especie de ojo encogido y momificado, se lo habría arrancado la cimitarra de marfil del tiste liosan.

Lo cual no tenía, por supuesto, efecto alguno sobre su visión, pues sus sentidos existían en el fuego fantasmal del ritual Tellann, el aura invisible que flotaba alrededor de su cuerpo mutilado, que ardía con recuerdos de su ser completo y vigoroso. Con todo, la amputación del brazo izquierdo creaba una sensación extraña, nauseabunda, de conflicto, como si la herida sangrara a la vez en el mundo de la forma fantasmal ritual y en el mundo físico. Una filtración de poder que se escapaba, una filtración de su propio yo que dejaba al guerrero t’lan imass con pensamientos vagos y confusos, un malestar de efímera… delgadez.

Permaneció inmóvil, observando a los suyos prepararse para el ritual. Estaba apartado de ellos, ya no podía aunar su espíritu con el de ellos. De ese hecho discordante estaba surgiendo, en la mente de Onrack, un extraño cambio de

perspectiva. Veía ya solo su cuerpo físico, las formas fantasmales eran invisibles para su visión.

Cadáveres consumidos. Espeluznantes. Desprovistos de majestad, una burla de todo aquello que en otro tiempo fue noble. El deber y el valor habían cobrado vida y eso era todo lo que eran los t'lan imass, lo que habían sido durante cientos de miles de años. Sin embargo, sin elección, virtudes como el deber y el valor se transformaban en palabras vacías, inútiles. Sin la mortalidad, que flotaba encima como una espada invisible, el significado carecía de relevancia, fuera cual fuera la naturaleza (o incluso la motivación) de un acto. Cualquier acto.

Onrack creía que al fin veía, cuando clavaba la mirada en los que habían sido sus parientes, lo que veían todos aquellos que no eran t'lan imass cuando posaban los ojos sobre aquellos horrendos guerreros no muertos.

Un pasado extinto que se negaba a convertirse en polvo. Recordatorios brutales de rectitud e inteligencia, de un juramento elevado al nivel de la locura.

Y así es como me han visto a mí. Como quizá todavía me vean. Como me ve Trull Sengar. Como me ven estos tiste liosan. Pues bien. ¿Cómo, entonces, me he de sentir? ¿Qué se supone que debo sentir? ¿Y cuándo fue la última vez que importaron siquiera los sentimientos?

Trull Sengar habló a su lado.

—Si fueras otro cualquiera, me arriesgaría a leer en ti que eres una persona meditabunda, Onrack.

Estaba sentado en un muro bajo, con la caja de municiones moranthianas a los pies. Los tiste liosan habían acampado cerca, un piquete medido a pasos a corta distancia y baluartes construidos con escombros, tres pasos entre cada tienda unipersonal, los caballos dentro de un

corral de cuerdas y estacas… En general, precisión y diligencia que bordeaban la obsesión.

—Y a la inversa —continuó Trull tras un momento, sin apartar los ojos de los liosan—, quizá tu raza sea en realidad de grandes pensadores. Gentes que solucionan todos los grandes misterios. Poseedores de todas las respuestas acertadas… solo con que yo pudiera hacer las preguntas oportunas. Por agradecido que esté por tu compañía, Onrack, admito que te encuentro de lo más frustrante.

—Frustrante. Sí. Lo somos.

—Y tus compañeros tienen intención de desmantelar lo que queda de ti una vez que regresemos a nuestro reino natal. Si estuviera en tu lugar, echaría a correr hacia el horizonte ahora mismo.

—¿Huir? —Onrack consideró la idea y después asintió—. Sí, eso fue lo que los renegados, a los que damos caza, hicieron. Y sí, ahora los entiendo.

—Hicieron algo más que limitarse a huir —dijo Trull—. Encontraron a alguien o algo más a quien servir, a quien jurarle lealtad… mientras que, de momento al menos, no es una opción que tú tengas disponible. A menos, por supuesto, que elijas a esos liosan.

—O a ti.

Trull le lanzó una mirada sorprendida, después sonrió.

—Muy divertido.

—Por supuesto —añadió Onrack—. Para Monok Ochem tal cosa sería un crimen, no muy diferente del que han cometido los renegados.

Los t’lan imass ya casi habían terminado sus preparativos. El invocahuesos había dibujado un círculo de veinte pasos de diámetro en el barro seco con una costilla de bhederin afilada, después había esparcido semillas y nubes de polvo de esporas dentro del círculo. Ibra Gholan y

sus dos guerreros habían levantado el equivalente de una piedra de observación (un trozo alargado de ladrillos cocidos cubiertos de argamasa que habían sacado de un muro derribado) a una docena de pasos del círculo y estaban haciendo ajustes constantes bajo el confuso juego de luces de los dos soles, siguiendo las instrucciones de Monok Ochem.

—Eso no será fácil —comentó Trull mientras observaba a los t'lan imass, que estaban cambiando de posición la piedra erguida—, así que supongo que voy a poder guardarme mi sangre un rato más.

Onrak giró poco a poco la cabeza deformada para estudiar al tiste edur.

—Eres tú el que deberías estar huyendo, Trull Sengar.

—Tu invocahuesos explicó que solo necesitaban una gota o dos.

Mi invocahuesos… ya no.

—Cierto, si todo va bien.

—¿Por qué no iba a ir?

—Los tiste liosan. Kurald Thyrllan, ese es el nombre que le dan a su senda. El senescal Jorrude no es hechicero. Es un guerrero-sacerdote.

Trull frunció el ceño.

—Es lo mismo para los tiste edur, para mi pueblo, Onrack…

—Y como tal, el senescal debe arrodillarse ante su poder. Mientras que un hechicero domina el poder. Tu enfoque es defectuoso, Trull Sengar. Tú asumes que un espíritu benigno te da ese poder. Si alguien usurpa ese espíritu, puede que ni siquiera te enteres. Y entonces te conviertes en víctima, en una herramienta manipulada para servir a intereses desconocidos.

Onrack se quedó callado y observó al tiste edur… mientras una palidez mortal robaba la vida de los ojos de Trull y la expresión se transformaba en una mirada de revelación horrorizada. *Y así doy respuesta a una pregunta que todavía tenías que hacer. Cielos, eso no me convierte en el que lo sabe todo*.

—El espíritu que le concede al senescal su poder puede estar corrompido. No hay forma de saberlo… hasta que se desata. E incluso entonces, los espíritus malignos son muy hábiles a la hora de ocultarse. El que se llama Osseric está… perdido. Osric, como lo conocen los humanos. No, no sé cuál es la fuente del poder de Monok Ochem en este asunto. Así pues, la mano que se oculta tras el poder del senescal seguramente no será la de Osseric, sino la de alguna otra entidad oculta tras el disfraz y el nombre de Osseric. Sin embargo, estos tiste liosan proceden sin ser conscientes de ello.

Era obvio que Trull Sengar era, de momento, incapaz de ofrecer comentario alguno, o de plantear preguntas, así que Onrack se limitó a continuar (mientras se preguntaba sobre la repentina extinción de su propia reserva).

—El senescal habló de su propia cacería. En busca de intrusos que cruzaron su abrasadora senda. Pero esos intrusos no son los renegados que buscamos nosotros. Kurald Thyrllan no es una senda sellada. De hecho, se encuentra cerca de nuestra propia Tellann, pues Tellann se nutre de ella. El fuego es vida y la vida es fuego. El fuego es la guerra contra el frío, el asesino del hielo. Es nuestra salvación. Los invocahuesos han hecho uso de Kurald Thyrllan. Es probable que otros también. Que tales incursiones sean motivo de enemistad entre los liosan nunca se planteó. Puesto que parecía que no había tiste liosan.

»Monok Ochem se lo plantea ahora. No puede evitar planteárselo. ¿De dónde son estos liosan? ¿A qué distancia, a qué remota distancia, está su hogar? ¿Por qué han despertado ahora al resentimiento? ¿Qué busca ahora el que se oculta bajo el disfraz de Osseric? ¿Dónde…?

—¡Para! ¡Por favor, Onrack, para! Necesito pensar… necesito… —Trull se levantó de repente, le dedicó un gesto desdeñoso al t'lan imass y se alejó a grandes zancadas.

—Creo —dijo Onrack en voz baja para sí mientras veía al tiste edur marcharse encolerizado— que recuperaré mi reserva habitual.

Habían colocado un trozo pequeño de ladrillo cubierto de argamasa en el centro del círculo; la parte superior grabada por el invocahuesos con tajos y surcos; Onrack se dio cuenta de que Monok Ochem ya había discernido los patrones celestiales de los dos soles y las numerosas lunas que rodaban por el cielo.

Los colores jugaban de forma constante sobre aquel paisaje de plomizos tonos sangrientos, de vez en cuando vencidos por los azules profundos que lo pintaban todo con un brillo frío, casi metálico. En ese momento dominaba el magenta, un tono estridente, como el del reflejo de un incendio. Sin embargo, el aire permanecía quieto y húmedo, eternamente pensativo.

Un mundo envuelto en sombras. Los mastines que Onrack había liberado sin querer de sus prisiones de piedra habían arrojado cientos de ellas. El magullado guerrero se preguntaba adónde se habrían ido las dos bestias. Estaba bastante seguro de que ya no estaban en ese reino, en ese lugar conocido como el Naciente.

Sombra y espíritu reunidos… las bestias poseían algo… inusual. Como si cada una estuviera compuesta por dos poderes distintos, dos orientaciones encadenadas. Onrack

había desatado a esos mastines, sin embargo, mirándolo bien, quizá no los había liberado. *Sombra de Oscuridad. Lo que es arrojado… de aquello que lo ha arrojado*. El guerrero bajó los ojos para estudiar sus propias sombras múltiples. ¿Había tensión entre ellas y él? Era obvio que había una vinculación. Pero él era el amo y ellas las esclavas.

O eso parecía… *Silenciosos parientes míos. Me precedéis. Me seguís. Lucháis en mis flancos. Os acurrucáis debajo de mí. Vuestro mundo encuentra su forma en mi carne y mis huesos. Sin embargo, vuestra anchura y largura pertenecen a la Luz. Sois el puente entre los mundos, pero no se os puede recorrer*. No hay sustancia, entonces. Solo percepción.

—Onrack, estás cerrado a nosotros.

El t'lan imass levantó la mirada. Monok Ochem se encontraba ante él.

—Sí, invocahuesos. Estoy cerrado a vosotros. ¿Acaso dudas de mí?

—Me gustaría saber lo que piensas.

—Nada de… importancia.

Monok Ochem ladeó la cabeza.

—No obstante.

Onrack se quedó callado durante un largo instante.

—Invocahuesos. Permanezco atado a vuestro camino.

—Sin embargo, estás separado.

—Hay que encontrar a los compañeros renegados. Son nuestras… sombras. Yo ahora me encuentro entre vosotros y ellos, y por tanto puedo guiaros. Ahora sé dónde mirar, las señales que se han de buscar. Destrúyeme y perderás una ventaja en tu cacería.

—¿Regateas para… persistir?

—Sí, invocahuesos.

—Dinos, entonces, el camino que han tomado los renegados.

—Lo haré… cuando sea relevante.

—Ahora.

—No.

Monok Ochem se quedó mirando al guerrero desde su altura, después dio media vuelta y regresó al círculo.

Tellann dominaba el lugar en ese momento. Flores de la tundra habían surgido en el barro, junto con líquenes y musgos. Los jejenes se arracimaban alrededor de los tobillos. Una docena de pasos más allá se encontraban los cuatro tiste liosan, sus armaduras esmaltadas relucían bajo la extraña luz magenta.

Trull Sengar observaba desde una posición a quince pasos a la izquierda de Onrack, con los brazos cruzados con fuerza y una expresión angustiada en la delgada cara.

Monok Ochem se acercó al senescal.

—Estamos listos, liosan.

Jorrude asintió.

—Entonces daré comienzo a mis plegarias, sacerdote no muerto. Y se demostrará que nuestro señor, Osric, está lejos de estar perdido para nosotros. Conocerás su poder.

El invocahuesos no dijo nada.

—¿Y cuándo —preguntó Trull— empiezo yo a salpicarlo todo de sangre? ¿Cuál de vosotros tendrá el placer de herirme?

—La elección es tuya —respondió Monok Ochem.

—Bien. Elijo a Onrack, es el único aquí en el que estoy dispuesto a confiar. Disculpadme aquellos que podrían ofenderse.

—La tarea debería recaer sobre mí —dijo el senescal Jorrude—. La sangre está en el corazón del poder de Osric.

Onrack fue el único que notó el leve sobresalto del invocahuesos al oír eso, y el guerrero asintió para sí. A mucho se respondía con esas palabras.

—Y de hecho —continuó Jorrude—, yo también tendré que derramar algo de la mía.

Pero Trull Sengar negó con la cabeza.

—No. Onrack… o nadie.

Y después descruzó los brazos y reveló una bola de arcilla en cada mano.

Se oyó un bufido en labios de Jorrude y el liosan llamado Enias lanzó un gruñido.

—Concédeme permiso para matarlo, senescal. Me aseguraré de que no haya escasez de sangre edur.

—Hazlo y garantizo la misma falta de escasez —respondió Trull— de sangre liosan. Invocahuesos, ¿reconoces estas municiones?

—Entre los malazanos se conocen como malditos —respondió Ibra Gholan, el líder de clan—. Uno bastará, dada la proximidad de todos.

Trull le sonrió al guerrero t'lan imass.

—Ni siquiera esa piel de dhenrabi que llevas en los hombros será de mucha ayuda, ¿verdad?

—Cierto —respondió Ibra Gholan—. Si bien la armadura no es del todo fútil, su servicio siempre adolece de algo.

Monok Ochem se volvió hacia el senescal.

—Acepta la estipulación —dijo—. Comienza tus plegarias, liosan.

—Tales órdenes no eres tú quien debe darlas —gruñó Jorrude. Después miró, furioso, a Trull—. Tú, edur, tienes mucho que aprender. Crearemos esta puerta y después ya ajustaremos cuentas.

Trull Sengar se encogió de hombros.

—Como quieras.

El senescal se colocó el manto manchado de sangre y entró en el centro del círculo con grandes zancadas. Después se arrodilló, apoyó la barbilla en el pecho y cerró los relucientes ojos plateados.

Los jejenes formaron una nube de zumbidos a su alrededor.

Fuera cual fuera el vínculo que existía entre Jorrude y su dios resultó ser tan fuerte como rápido. El fuego divino cobró vida con un parpadeo aquí y allá tras el trazo de la circunferencia. Los tres tiste liosan restantes regresaron a su campamento y empezaron a hacer el equipaje.

Monok Ochem entró con paso firme en el círculo, seguido por los dos miembros de su clan, Haran Epal y Olar Shayn. El líder del clan miró a Onrack.

—No te alejes mucho de tu compañero, si quieres que sobreviva —le dijo—. No desoigas mi consejo, Onrack. Sea lo que sea lo que presencies.

—No lo haré —respondió Onrack. En lo fundamental, comprendió el guerrero, no necesitaba una vinculación de almas con los suyos… para saber lo que pensaban. Se acercó entonces a Trull Sengar—. Sígueme —le pidió—. Debemos entrar en el círculo.

El tiste edur frunció el ceño y después asintió.

—Coge la caja de municiones, entonces. Yo tengo las manos ocupadas.

Trull le había puesto unas correas a la caja. Onrack la cogió y después llevó a su compañero al círculo.

Los tres liosan habían terminado de desmontar el campamento y en ese momento estaban ensillando sus caballos blancos.

Los fuegos continuaban encendiéndose y apagándose en derredor, ninguno lo bastante grande como para suponer una amenaza. Pero Onrack percibió la proximidad del dios

liosan. O, por lo menos, de las capas más externas de su disfraz. Cauto, desconfiado (no por el senescal, por supuesto), pero para que aquello funcionara, el espíritu oculto tendría que llegar al mismísimo borde de ese reino.

Y cuando Jorrude ofreciera su propia sangre, el puente de poder entre su dios y él estaría completo.

El ruido seco de unos cascos de caballo anunció la llegada de los otros tres liosan, con las cuatro monturas a remolque.

Onrack sacó de debajo de unas pieles podridas un pequeño cuchillo de obsidiana con forma de media luna y un solo filo en la hoja de la curva interior y se lo tendió a Trull.

—Cuando yo te lo pida, Trull Sengar, hazte un corte. Unas cuantas gotas bastarán.

El tiste edur frunció el ceño.

—Creí que estabas…

—Preferiría que no me distrajeran en el momento del cruce…

—¿Distraerte?

—No digas nada. Ocúpate solo de tu tarea.

El ceño de Trull se profundizó y se agachó para devolver los dos malditos a la caja, volvió a colocar la tapa y se colgó el artilugio al hombro; después se irguió y aceptó la hoja de piedra.

Las llamas estaban creciendo, ininterrumpidas tras el círculo dibujado en la tierra. Kurald Thyrllan, pero el ascendiente que lo formaba continuaba sin mostrarse. Onrack se preguntó por su naturaleza. Si aquellos liosan servían de indicativo, encontraba sustento en la pureza, como si algo así fuese siquiera posible. Intransigencia. *Simplicidad*.

La simplicidad de la sangre, un detalle con ecos de antigüedad, de orígenes primitivos. Un espíritu, entonces,

ante el que se habían inclinado antaño un puñado de salvajes. Había habido muchas entidades parecidas, en otro tiempo, nacidas de esa primitiva imposición de significado al objeto, un significado al que habían dado forma símbolos y portentos, garabatos en peñascos y en las profundidades de las cuevas.

No había escasez, pero las tribus se extinguieron, aventadas por los continentes, devoradas por vecinos más poderosos. El lenguaje secreto de los garabatos, de las cuevas con sus imágenes pintadas que cobraban vida con los ritmos de los tambores, esas misteriosas catedrales de truenos… todo perdido, olvidado. Y con esa lenta desaparición de secretos, también los mismos espíritus fueron reduciéndose, por lo general para desaparecer en el olvido.

Que algunos persistieran no le extrañaba a Onrack. Incluso que llegaran a usurpar la fe de una nueva tribu. Lo que era nuevo para el guerrero, lo que se alzaba como un nudo en su desecada garganta, era la sensación de… patetismo.

En el nombre de la pureza, los liosan veneran a su dios. En el nombre de… de la nostalgia, el dios venera lo que era y nunca jamás regresará de nuevo.

El derramamiento de sangre era el más letal de los juegos.

Como está a punto de verse.

Un grito ronco del senescal y las llamas se alzaron convertidas en un muro general que bramaba con un poder desenfrenado. Jorrude se había abierto la palma de la mano izquierda. Dentro del círculo se alzó un remolino de viento impregnado del olor a deshielo, a la primavera en algún clima del norte.

Onrack se volvió hacia Trull.

—Ahora.

El tiste edur se rebanó el borde de la mano izquierda con la hoja de obsidiana y después se quedó mirando el corte sin poder creérselo; un corte preciso, la carne se separaba con suavidad, con una profundidad aterradora.

La sangre brotó un momento después, fue manando, raíces rojas que se precipitaban y bifurcaban por el antebrazo ceniciento.

La puerta pareció abrirse con un desgarro y rodear al grupo del interior del círculo. De ella surgieron túneles que dibujaban espirales, y cada uno parecía llevar a la eternidad. Un rugido de caos en los flancos, fuego gris miasmático en los espacios que quedaban entre los portales. Onrack estiró el brazo para sujetar a un Trull Sengar que se tambaleaba. La sangre le manaba con profusión de la mano izquierda, como si al cuerpo entero del edur lo estuviera estrujando una presión invisible pero implacable.

Onrack echó un vistazo y vio a Monok Ochem de pie, solo, con la cabeza echada hacia atrás, los vientos de Tellann azotaban las pieles coronadas de plata que le rodeaban la cabeza descubierta. Tras el invocahuesos, un vislumbre momentáneo de Ibra Gholan, Olar Shayn y Haran Epal, que se desvanecían por un túnel de fuego.

Los compañeros del senescal habían echado a correr hacia el cuerpo tirado e inconsciente de su señor.

Satisfecho al ver que los otros estaban muy ocupados (mostrándose ajenos a su persona por un momento), Onrack tiró de Trull hacia él hasta que sus cuerpos se tocaron y el t’lan imass se las arregló para abrazarlo con un solo brazo.

—Agárrate a mí —dijo con voz ronca—. Trull Sengar, agárrate a mí, pero deja libre la mano izquierda.

Unos dedos se aferraron al manto raído de Onrack y empezaron a arrastrarse con un peso creciente. El t’lan

imass renunció al abrazo con un solo brazo y sacó la mano de golpe… para cerrarla sobre la de Trull. La sangre corroyó como el ácido una carne que había olvidado el dolor. Onrack estuvo a punto de soltarse de un tirón ante aquella repentina y abrumadora agonía, pero después se aferró con más fuerza y se inclinó sobre el tiste edur.

—¡Escucha! Yo, Onrack, en otro tiempo de los logros, pero ahora ajeno al ritual, juro servir a Trull Sengar de los tiste edur. Me comprometo a defender tu vida. Este voto jamás podrá ser roto. ¡Y ahora sácanos de aquí!

Las manos continuaban trabadas, selladas de momento por una hemorragia que se iba deteniendo. Onrack le fue dando la vuelta a Trull hasta que se encontraron mirando una de las espirales de los túneles. Después se abalanzaron sobre él.

Onrack vio que el invocahuesos se daba la vuelta para mirarlos, pero la distancia era demasiado grande y el ritual ya había comenzado a deshacerse.

Entonces Monok Ochem adoptó su forma soletaken. Un contorno borroso y después una enorme bestia pesada se lanzaba con un bramido en su persecución.

Onrack intentó soltarse de Trull para coger su espada, interponerse ante el soletaken y garantizar así la huida de Trull, pero el edur se había girado, lo había visto y no lo soltaba. Al contrario, tiró con fuerza. Onrack se tambaleó hacia atrás.

Unos nudillos aporreaban el suelo, el simio en el que Monok Ochem se había convertido era, a pesar de estar demacrado por la muerte, enorme. Piel moteada de gris y negro, mechones de pelo oscuro coronado de plata en los amplios hombros y la nuca, una cara arrugada de ojos hundidos, mandíbulas que se abrían para revelar los caninos y dar voz a un rugido profundo y chirriante.

Y entonces Monok Ochem se desvaneció, sin más. Tragado por una oleada de caos.

Onrack tropezó con algo y cayó a un suelo compacto y duro, la gravilla resbaló bajo él. A su lado, de rodillas, estaba Trull Sengar.

La caída los había soltado y el tiste edur se había quedado mirando su mano izquierda, donde solo quedaba una cicatriz fina y blanca.

Un único sol los cegaba desde el cielo, y Onrack supo que habían regresado a su reino nativo.

El t'lan imass se fue poniendo en pie poco a poco.

—Debemos irnos de aquí, Trull Sengar. Los míos nos perseguirán. Quizá solo quede Monok Ochem, pero no se rendirá.

Trull levantó la cabeza.

—¿Quedar? ¿A qué te refieres? ¿Dónde se han ido los otros?

Onrack bajó la cabeza y miró al tiste edur.

—Los liosan se dieron cuenta demasiado tarde. El giro de Tellann consiguió arrebatarle toda conciencia al senescal. No estaban preparados en absoluto. Ibra Gholan, Olar Shayn y Haran Epal entraron en la senda de Kurald Thyrllan.

—¿Entraron? ¿Por qué?

Onrack consiguió encogerse de un solo hombro.

—Fueron, Trull Sengar, a matar al dios liosan.

Poco más que huesos y jirones de armadura: lo que había sido un ejército yacía en la gruesa ceniza que rodeaba un escarpado pozo de algún tipo. No había forma de saber si el ejército miraba hacía fuera (para defender una especie de entrada subterránea) o hacia dentro (en un intento de evitar una huida).

Lostara Yil se encontraba metida hasta los tobillos en las cenizas de la pista. Observaba a Perla caminar con cuidado entre los huesos y agacharse de vez en cuando para sacar algún objeto y mirarlo mejor. Lostara tenía la garganta en carne viva y su odio por la senda Imperial se profundizaba con cada minuto que pasaba.

—El escenario es inmutable —había observado Perla— y, sin embargo, nunca es el mismo. No es la primera vez que recorro este camino, este mismo camino. No había ruinas entonces. Ni montones de huesos o agujeros en el suelo.

Ni vientos que removieran las cenizas.

Pero los huesos y otros objetos grandes siempre terminaban por salir a la superficie, con el tiempo. O eso ocurría en las arenas, ¿por qué iban a ser diferentes las cenizas? No obstante, algunas de las ruinas eran inmensas. Torres altas e inclinadas, como los cabos podridos de unos colmillos. Un puente que no salvaba nada, las piedras colocadas con tanta precisión que la punta de un cuchillo no habría podido deslizarse entre ellas.

Perla se acercó sacudiéndose el polvo de las manos enguantadas.

—Muy curioso, desde luego.

Lostara tosió y expectoró un esputo gris.

—Tú búscanos una puerta y sácanos de aquí —dijo con voz ronca.

—Ah, bueno, en cuanto a eso, querida, los dioses nos sonríen. He encontrado una puerta, y bien animada que es.

La mujer lo miró con el ceño fruncido, sabía que su compañero pretendía de ella la inevitable pregunta, pero Lostara no estaba de humor.

—Por cierto, que sé perfectamente lo que piensas —continuó Perla tras un momento con una rápida sonrisa irónica. Señaló hacia atrás, hacia el pozo—. Por ahí abajo…

por desgracia. Así pues, nos dejan una elección difícil. Continuar adelante, y arriesgarnos a que termines escupiendo hasta los pulmones, en busca de una puerta más fácilmente accesible, o dar el salto, por así decirlo.

—¿Me estás dejando la elección a mí?

—¿Por qué no? Bueno, estoy esperando. ¿Qué va a ser?

Lostara se tapó la boca y la nariz una vez más con el pañuelo, se ajustó las correas de la alforja y después se puso en marcha… hacia el pozo.

Perla ajustó su paso al suyo.

—Coraje e insensatez, la distinción con tanta frecuencia resulta problemática…

—Salvo al mirar atrás. —Lostara se desprendió con una patada de un tórax que se había interpuesto en su camino, y después lanzó una maldición ante las nubes resultantes de ceniza y polvo—. ¿Quiénes eran estos putos soldados? ¿Lo sabes?

—Es posible que posea unos extraordinarios poderes de observación y una inteligencia de una profundidad insondable, muchacha, pero no puedo leer cuando no hay nada que ver. Cadáveres. Humanos, hasta donde yo puedo distinguir. El único detalle que puedo colegir es que libraron esta batalla metidos hasta la rodilla en esta ceniza, lo que significa…

—Que lo que fuera que frió este reino, ya había pasado —lo interrumpió Lostara—. Lo que significa que o bien sobrevivieron al acontecimiento, o eran intrusos… como nosotros.

—Y con toda probabilidad salieron de la misma puerta a la que ahora nos acercamos nosotros.

—¿Para cruzar la espada con quién?

Perla se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Pero manejo unas cuantas teorías.

—Cómo no —le soltó ella, malhumorada—. Como todos los hombres, odias decir que no lo sabes y dejarlo así. Tienes una respuesta para toda pregunta, y si no la tienes, la inventas.

—Una acusación escandalosa, querida. No es una cuestión de inventar respuestas, es más bien un ejercicio en el arte de las conjeturas. Hay una diferencia…

—Eso es lo que tú dices, no lo que yo tenga que escuchar. Todo el tiempo. Palabras sin fin. ¿Existe siquiera un hombre que crea que puede haber demasiadas palabras en este mundo?

—No lo sé —respondió Perla.

Tras un momento, Lostara le lanzó una mirada furibunda, pero su compañero se guardaba muy bien de mirar a otro sitio que no fuera hacia delante.

Llegaron al borde de la ladera y se detuvieron para mirar abajo.

El descenso sería traicionero, una confusión de huesos, espadas con el filo dentado por el deterioro y una profundidad desconocida de cenizas y polvo. El agujero de la base tenía quizás unos diez pasos de anchura y era negro como boca de lobo.

—Hay arañas en el desierto —murmuró Lostara— que se dice que construyen trampas así.

—Algo más pequeñas, seguro.

Lostara se agachó y cogió un hueso de un muslo, por un momento le sorprendió su peso, después lo tiró por la ladera.

Un golpe seco.

Después, la ceniza compacta que pisaban se desvaneció bajo sus botas.

Y abajo fueron, entre explosiones de polvo, cenizas y astillas de hueso. Un siseo salvaje, cegador, asfixiante, y después se encontraron cayendo por un chaparrón seco,

para acabar aterrizando con pesadez en otra ladera más, que los tiró a tropezones por una avalancha de rugidos y ecos.

Fue un descenso entre huesos astillados y trozos de hierro, y parecía interminable.

Lostara era incapaz de respirar, se estaban ahogando en un polvo denso, resbalaban y rodaban, se hundían y volvían a salir de golpe una vez más. Bajaban, bajaban por una oscuridad absoluta. Una colisión repentina, discordante, con algo, quizá madera, y después una superficie marchita y fruncida que parecía azulejada, y siguieron cayendo nuevamente.

Otro golpe seco y una voltereta más.

Después Lostara rodó por las losas, empujada por una ola de cenizas y detritos, para al fin detenerse en seco con un crujido, tirada de espaldas y con una corriente de aire gélido alzándose por su lado izquierdo, hacia donde estiró la mano, tanteó un poco y luego la bajó por donde debería haber estado el suelo. Nada. Se hallaba al borde de un vacío y algo le decía que de haber hecho ese último descenso, solo el Embozado la habría recibido a su conclusión.

Una tos ladera arriba, a poca distancia a su derecha. Un ligero empujón cuando el montón de huesos y cenizas de ese lado se removió.

Otro empujoncito parecido y la iban a tirar por el borde. Lostara giró la cabeza a la izquierda y escupió, después intentó hablar. La palabra le salió entrecortada y ronca.

—Para.

Otra tos y después:

—¿Parar qué?

—De moverte.

—Oh. Eso no suena bien. No es bueno, ¿verdad?

—No es bueno. Otro saliente. Otra caída… y esta creo que para siempre.

—Un uso juicioso de mi senda parece lo más apropiado en este momento, ¿no te parece?

—Sí.

—Un instante, entonces…

Una esfera mate de luz surgió entonces, suspendida sobre ellos, su iluminación luchaba entre el remolino de nubes de polvo.

Se acercó más, se agrandó. Brilló más.

Y reveló todo lo que tenían encima.

Lostara no dijo nada. Se le había contraído el pecho como si se resistiera a coger otra bocanada de aire. El corazón se le había disparado. Madera. Una cruz con forma de X que se inclinaba sobre ellos, tan alta como un edificio de cuatro plantas. El brillo metálico de unas estacas enormes y picadas de hoyos.

Y clavado a aquel madero cruciforme… un dragón.

Con las alas abiertas y clavadas. Las patas traseras empaladas. Le rodeaban el cuello unas cadenas que le levantaban la inmensa cabeza con forma de cuña, como si mirara al cielo… a un mar de estrellas puntuadas aquí y allá por remolinos de bruma reluciente.

—No está en este lugar… —susurró Perla.

—¿Qué? Pero si está justo encima…

—No. Bueno, sí. Pero… mira con atención. Está encerrado en una esfera. Una senda de bolsillo, un reino en sí mismo…

—O la entrada —sugirió Lostara—. Que sella…

—Una puerta. Reina de los Sueños, creo que tienes razón. Con todo, su poder no nos alcanza… gracias a los espíritus, a los dioses, a los demonios, a los ascendientes, a…

—¿Por qué, Perla?

—Porque, muchacha… ese dragón tiene una orientación concreta.

—Creí que todos la tenían.

—Sí. No haces más que interrumpirme, Lostara Yil. Decía que tiene una orientación. Pero no hacia una senda. ¡Dioses! No me explico…

—¡Maldito seas, Perla!

—Otataralita.

—¿Qué?

—Otataralita. ¡La orientación es a la otataralita, mujer! Es un dragón de otataralita.

Ninguno de los dos habló durante un rato. Lostara empezó a apartarse centímetro a centímetro del borde, iba cambiando de postura poco a poco y se quedaba inmóvil cada vez que aumentaba el chorro de polvo que se deslizaba bajo ella.

Al girar la cabeza podía distinguir a Perla. Su compañero había desvelado lo suficiente de su senda como para alzarse y flotaba a poca distancia de la ladera. La mirada de la garra continuaba clavada en el dragón crucificado.

—Un poco de ayuda por aquí abajo… —gruñó Lostara.

Perla se sobresaltó y después la miró.

—Claro. Mis más sentidas disculpas, muchacha. Espera, voy a extender la senda…

Lostara sintió que se alzaba en el aire.

—No te resistas, muchacha. Relájate y verás que subes flotando junto a mí, después gira y ponte derecha.

La mujer se obligó a quedarse quieta, pero el resultado fue más bien de inmovilidad rígida.

Perla lanzó una risita.

—Carece de elegancia, pero servirá.

Media docena de latidos después, la joven estaba a su lado, flotando erguida.

—Intenta relajarte otra vez, Lostara.

La mujer le lanzó una mirada furiosa, pero él había levantado la vista otra vez. De mala gana, Lostara siguió la mirada de la garra.

—Sigue vivo, ¿sabes? —susurró Perla.

—¿Quién podría haber hecho esto?

—Quienquiera que fuera, tenemos mucho que agradecerle al tipo, o a la tipa… o a los tipos. Esta cosa devora magia. Consume sendas.

—Todas las viejas leyendas sobre dragones empiezan diciendo que son la esencia de la hechicería. ¿Cómo entonces podría siquiera existir esta cosa?

—La naturaleza siempre busca el equilibrio. Las fuerzas luchan por alcanzar la simetría. Este dragón responde a todos los demás dragones que existieron jamás, o que existirán algún día.

Lostara tosió y escupió otra vez, después se estremeció.

—La senda Imperial, Perla. ¿Qué era antes de… convertirse en ceniza?

El hombre la miró con los ojos entrecerrados. Se encogió de hombros y empezó a sacudirse el polvo de la ropa.

—No veo de qué puede servir permanecer en este horrendo lugar…

—Dijiste que había una puerta aquí abajo, no será esa, supongo…

—No. Más allá del saliente. Sospecho que la última vez que se usó lo hizo quien fuera o lo que fuera que clavó a ese dragón a la cruz. Por sorprendente que parezca, no sellaron la puerta tras ellos.

—Qué descuido.

—Más bien una seguridad suprema en sí mismos, diría yo. Esta vez haremos un descenso un poco más comedido, ¿de acuerdo? No hace falta ni que te muevas, déjame esto a mí.

—Resulta que desprecio la sugerencia por principios, Perla, pero lo que más odio es que no me queda más remedio.

—¿Es que no te has hartado ya de huesos mondos y lirondos, muchacha? Una simple y dulce sonrisa habría bastado.

La mujer clavó en él unos ojos de acero.

Perla suspiró.

—Buen intento, muchacha. Trabajaremos en ello.

Cuando se apartaron flotando del saliente, Lostara miró hacia arriba una última vez, pero no al dragón, sino a las estrellas que se veían detrás.

—¿Qué te parece ese cielo nocturno, Perla? No reconozco las constelaciones… ni he visto jamás esos remolinos brillantes en ningún cielo nocturno que haya mirado alguna vez.

El hombre lanzó un gruñido.

—Es un cielo ajeno a nosotros, tan ajeno como puede ser un agujero que lleva a reinos foráneos, un sinfín de mundos extraños llenos de criaturas inimaginables…

—La verdad es que no lo sabes, ¿no?

—¡Pues claro que no! —le soltó de repente.

—¿Entonces por qué no lo dices sin más?

—Era más divertido conjeturar de un modo creativo, por supuesto. ¿Cómo puede un hombre convertirse en el objeto de interés de una mujer si se pasa la vida confesando su ignorancia?

—¿Quieres que me interese por ti? ¿Pero por qué no lo has dicho? Ahora estaré pendiente de todas y cada una de

tus palabras, por supuesto. ¿Quieres también que me mire en tus ojos con expresión de adoración?

Perla le lanzó una mirada melancólica.

—Los hombres no tienen posibilidad alguna, ¿verdad?

—Típica presunción haber pensado lo contrario, Perla.

Caían con suavidad por la oscuridad. El globo hechicero de luz los seguía, pero a cierta distancia, borroso y tenue tras el polvo suspendido.

Lostara miró hacia abajo y después levantó la cabeza de golpe y cerró los ojos para intentar contener el vértigo.

—¿Cuánto más crees vamos a tener que seguir hundiéndonos? —preguntó con los dientes apretados.

—No lo sé.

—¡Podrías haber dado mejor respuesta! —Cuando su compañero no respondió, Lostara lo miró con los ojos casi cerrados.

La garra tenía un aspecto de lo más desanimado.

—¿Y bien? —exigió la mujer.

—Si estas son las profundidades de la desesperación, muchacha, ya casi hemos llegado.

Al final resultó que pasaron otro ciento de latidos antes de que alcanzaran el suelo cargado de polvo. La esfera de luz llegó un momento más tarde e iluminó la zona circundante.

El suelo era de roca sólida, irregular y salpicado de más huesos todavía. No había muros a la vista.

La magia que los había bajado se disipó poco a poco. Perla dio dos zancadas y después hizo un gesto y, como si hubiera apartado de un tirón una corriente invisible, los perfiles relucientes de una puerta aparecieron ante ellos. La garra lanzó un gruñido.

—¿Y ahora qué? —preguntó Lostara.

—Thyr. O, para ser más precisos, la senda ancestral de la que se derivó Thyr. No recuerdo su nombre. Kurald algo. Tiste. No edur, ni andii, la otra. Y… —añadió después en voz más baja— los últimos que la usaron dejaron rastro.

Lostara se quedó mirando el umbral. Un tanto oscurecido, pero discernible no obstante. *Dragones*.

—Puedo distinguir por lo menos tres juegos —dijo tras un momento.

—Más bien seis, quizá más. Estos dos juegos —señaló Perla— fueron los últimos en irse. Unos cabrones muy grandes. Bueno, eso responde a la pregunta de quién, o qué, fue capaz de reducir al dragón de otataralita. Otros dragones, por supuesto. Con todo, no pudo haber sido muy fácil.

—Thyr, has dicho. ¿Podemos usarla?

—Oh, me imagino.

—Bueno, ¿y a qué estamos esperando?

Perla se encogió de hombros.

—Sígueme, entonces.

Sin apartarse mucho de él, Lostara lo siguió.

Atravesaron la puerta.

Y cayeron en un reino de fuego dorado.

Tormentas salvajes en todos los horizontes, un cielo enfurecido, cegador.

Se encontraban en un trozo quemado de cristales resplandecientes. El último paso de un calor inmenso había bruñido las piedras afiladas con una miríada de colores. Otros trozos parecidos se distinguían en otros sitios.

Justo delante de ellos se alzaba una columna con forma de pirámide alargada, marchita y cocida, solo la superficie que tenían ellos delante estaba lisa. En ella habían tallado unas palabras en un idioma desconocido.

El aire estaba abrasando los pulmones de Lostara, que también estaba empapada en sudor, aunque, de momento, se podía soportar.

Perla se acercó a la columna.

—¡Tenemos que salir de aquí! —gritó Lostara.

Las tormentas de fuego eran ensordecedoras, pero la mujer estaba segura de que su compañero la había oído y había decidido no hacerle caso.

Lostara pocas veces toleraba que la ignoraran así y salió tras él.

—¡Haz el favor de escucharme!

—¡Nombres! —Perla se giró en redondo hacia ella—. ¡Los nombres! ¡Los que apresaron al dragón de otataralita! ¡Están todos aquí!

Un rugido creciente llamó la atención de Lostara, que se giró hacia la derecha… y vio un muro de llamas rodando hacia ellos.

—¡Perla!

Él miró y se puso visiblemente pálido. Dio un paso hacia atrás, el pie le resbaló en algo y se cayó de golpe sobre el trasero. Tanteó sin ver bajo él y cuando levantó otra vez la mano enguantada, la sacó manchada de sangre.

—¿Te has…?

—¡No! —La garra se levantó como pudo y entonces pudieron ver los dos el rastro de sangre que atravesaba el trozo y se perdía en las llamas del otro lado.

—¡Hay algo que tiene problemas! —dijo Perla.

—¡Como los vamos a tener nosotros si no nos movemos!

La tormenta de fuego ya llenaba medio cielo… el calor…

Perla la cogió por un brazo y se metieron por el otro lado de la columna… en una cueva resplandeciente, donde la sangre lo había salpicado todo, había brotado para pintar

paredes y techo y donde los trozos destrozados de un guerrero desecado yacían casi a sus pies.

Un t'lan imass.

Lostara se lo quedó mirando. Piel de lobo podrida del color del desierto, un hacha rota de doble hoja y mango de hueso, hecha de un pedernal marrón rojizo casi oscurecido por completo bajo un charco de sangre. No sabían a quién o qué había atacado aquel guerrero, pero se había defendido. El pecho del guerrero estaba aplastado. Le habían arrancado los dos brazos de los hombros. Y habían decapitado al t'lan imass. Un breve registro encontró la cabeza tirada a un lado.

—Perla, vámonos de aquí.

Él asintió. Después dudó.

—¿Y ahora qué?

—Tu pregunta favorita —murmuró él. Después se acercó con cierta dificultad para coger la cabeza cortada. Miró a Lostara una vez más—. De acuerdo. Vamos.

La extraña cueva se desdibujó y un instante más tarde se desvaneció.

Y se encontraron de pie en un saliente de roca descolorido por el sol, asomados a una cuenca rocosa que en otro tiempo había visto correr un arroyo.

Perla le dedicó una gran sonrisa a su compañera.

—En casita. —Después levantó la espeluznante cabeza y se dirigió a ella—. Sé que puedes oírme, t'lan imass. Te buscaré el hueco de un árbol para que puedas descansar al fin, siempre y cuando me contestes a unas cuantas preguntas.

La respuesta del guerrero resonó con ecos extraños, la voz pastosa y dubitativa.

—¿Qué es lo que deseas saber?

Perla sonrió.

—Eso está mejor. En primer lugar, tu nombre.

—Olar Shayn, de los logros t'lan imass. Del clan de Ibra Gholan. Nacido en el año de la Serpiente Bicéfala…

—Olar Shayn. En el nombre del Embozado, ¿se puede saber qué estabais haciendo en esa senda? ¿A quién estabais intentando matar?

—No lo intentamos, lo conseguimos. Las heridas infligidas fueron mortales. Morirá, y los míos lo persiguen para presenciarlo.

—¿Morirá? ¿Qué morirá, con exactitud?

—Un dios falso. No sé más que eso. Se me ordenó matarlo. Ahora, búscame un lugar digno para descansar, mortal.

—Lo haré. En cuanto encuentre un árbol.

Lostara se secó el sudor de la frente y después fue a sentarse en una roca.

—No le hace falta un árbol, Perla —dijo ella con un suspiro—. Este saliente debería servir.

La garra giró la cabeza cortada de modo que pudiera contemplar la cuenca y el paisaje que abarcaba.

—¿Es esto lo bastante grato, Olar Shayn?

—Lo es. Dime tu nombre y conocerás mi gratitud eterna.

—¿Eterna? Bueno, supongo que tampoco es una exageración, ¿verdad? En fin, yo soy Perla y mi temible compañera es Lostara Yil. Y ahora busquemos un lugar seguro para ponerte, ¿te parece?

—Tu amabilidad es inesperada, Perla.

—Siempre lo es y siempre lo será —respondió la garra mientras examinaba el saliente.

Lostara se quedó mirando a su compañero, sorprendida de lo mucho que se parecían sus sentimientos a los del t'lan imass.

—Perla, ¿sabes con exactitud dónde estamos?

El hombre se encogió de hombros.

—Lo primero es lo primero, muchacha. Te agradecería que me permitieras saborear mi momento de misericordia. ¡Ah! ¡Ahí está el sitio, Olar Shayn!

Lostara cerró los ojos. De cenizas y polvo… a arena. Al menos estaban en casa. Bueno, lo único que quedaba ya era encontrar el rastro de una muchacha malazana que había desaparecido meses atrás.

—Nada más fácil —susurró.

—¿Has dicho algo, muchacha?

La joven abrió los ojos y lo estudió, Perla se había agachado y estaba encajando piedras alrededor de la cabeza cortada del guerrero no muerto.

—No sabes dónde estamos, ¿verdad?

El hombre sonrió.

—¿Te parece que es un buen momento para hacer alguna conjetura creativa?

A Lostara se le pasaron por la cabeza varios pensamientos asesinos, y no era la primera vez.

Capítulo 13



No es extraño ver las sendas de Meanas y Rashan como parientes muy cercanas. ¿Pues acaso no son los juegos de ilusión y sombras, juegos de luz? En algún momento, por tanto, el concepto de distinción entre estas sendas deja de tener significado. Meanas, Rashan y Thyr. Solo los más fanáticos de los practicantes entre estas sendas pondrían objeciones. La orientación que comparten las tres es la ambivalencia, sus juegos son juegos de ambigüedad. Todo es artificio, todo es engaño. Entre ellas, nada (nada en absoluto) es lo que parece.

Análisis preliminar de las sendas
Konoralandas

Mil quinientos guerreros del desierto se habían reunido en el límite sur de la ciudad en ruinas, sus caballos blancos eran fantasmas entre las nubes de polvo ambarino, el brillo metálico de las cotas de malla y de los camisotes de escamas destellaba apagado de vez en cuando bajo las telabas doradas. Quinientas monturas de reserva acompañaban a los asaltantes.

Korbolo Dom se encontraba cerca de Sha’ik y Manos Fantasmales, sobre una plataforma erosionada por el tiempo que antaño había sido los cimientos de un templo o un algún tipo de edificio público, y que les permitía tener una visión clara de los guerreros reunidos.

El renegado napaniano observaba, inexpresivo, a Leoman de los Mayales, que se acercaba a caballo para una última conversación con la elegida. Él no se molestaría con falsas bendiciones, pues preferiría que Leoman no volviese. Y si tenía que volver, entonces no triunfante, en cualquier caso. Y aunque su cara marcada no revelaba nada, bien sabía que Leoman no se hacía ninguna ilusión sobre los sentimientos de Korbolo.

Eran aliados solo porque ambos servían a Sha'ik. Y hasta eso era mucho menos cierto de lo que podría parecer a primera vista. Tampoco creía el malazano que la elegida se engañara en cuanto al rencor y la enemistad que existía entre sus generales. Su ignorancia era únicamente de los planes que iban, poco a poco, sin prisas, resolviéndose para lograr su fallecimiento. De eso Korbolo estaba convencido.

En caso contrario, la elegida ya habría actuado hace mucho tiempo.

Leoman se detuvo ante la plataforma.

—¡Elegida! Partimos ahora y cuando regresemos os traeremos recado del ejército malazano. Su disposición. Su ritmo de marcha…

—Pero no —lo interrumpió Sha'ik con firmeza— su valía. Nada de combates, Leoman. La primera sangre que derrame su ejército será aquí. A mis manos.

Con la boca apretada en una línea tensa, Leoman asintió.

—Las tribus los habrán atacado más de una vez, elegida —dijo el guerrero después—. Es muy probable que en cuanto se alejaran una legua de las murallas de Aren. Ya habrán derramado sangre…

—No creo que esos intercambios menores puedan tener gran importancia —respondió Sha'ik—. Esas tribus están enviando aquí sus guerreros, llegan cada día. Tus fuerzas serían las más grandes a las que ella habrá tenido que

enfrentarse, y eso no lo toleraré. No discutas este punto conmigo otra vez, Leoman, ¡o tendré que prohibirte que abandones Raraku!

—Como digáis, elegida —dijo Leoman entre dientes. Sus sorprendentes ojos azules se clavaron entonces en Manos Fantasmales—. Si necesitas algo, anciano, busca a Mathok.

Korbolo alzó las cejas.

—Extraño que digas eso —comentó Sha'ik—. Manos Fantasmales está bajo mi protección, después de todo.

—Necesidades menores solo, por supuesto —dijo Leoman —, necesidades que podrían resultar una distracción, elegida. Vos tenéis un ejército que preparar, después de todo…

—Una tarea —lo interrumpió Korbolo— que la elegida me ha confiado a mí, Leoman.

El guerrero del desierto se limitó a sonreír. Después recogió las riendas.

—Que el torbellino os proteja, elegida.

—Y a ti, Leoman.

El hombre regresó con los guerreros montados que lo esperaban.

Que tus huesos se hagan blancos y ligeros como plumas, Leoman de los Mayales. Korbolo se volvió de golpe hacia Sha'ik.

—Os desobedecerá, elegida.

—Por supuesto que lo hará.

El napaniano parpadeó y después entrecerró los ojos.

—Entonces sería una locura cederle a él el muro de arena.

La mujer lo miró con la curiosidad reflejada en la cara.

—¿Es que temes al ejército de la consejera? ¿No me has repetido una y otra vez lo superiores que son nuestras fuerzas gracias a tus servicios? ¿En disciplina, ferocidad? No

es a la hueste de Unbrazo a quien te vas a enfrentar. Es a una masa temblorosa de reclutas, e incluso si hubieran tenido la oportunidad de endurecerse en un combate menor o dos, ¿qué probabilidades tienen contra tus Mataperros? En cuanto a la consejera… déjamela a mí. Así pues, lo que Leoman haga con sus mil quinientos lobos del desierto carece, en realidad, de importancia. ¿O te estás replanteando ahora todas tus opiniones, Korbolo Dom?

—Por supuesto que no, elegida. Pero un lobo como Leoman debería ir con correa.

—¿Correa? La expresión que hubieras querido utilizar es «habría que darle muerte». No es un lobo, sino un perro rabioso. Bueno, no se le dará muerte, y si de verdad es un perro rabioso, ¿qué mejor lugar para enviarlo que contra la consejera?

—Sois más sabia en estas cosas que yo, elegida.

Manos Fantasmales lanzó un bufido al oír eso y hasta Sha’ik sonrió. A Korbolo se le había subido de repente la sangre a la cara.

—Febryl te aguarda en tu tienda —dijo Sha’ik—. Se impacienta con tu tardanza, Korbolo Dom. No es necesario que permanezcas aquí por más tiempo.

Del calor al hielo. El malazano no confiaba en sí mismo lo suficiente para hablar y ante el gesto de despedida de la elegida, estuvo a punto de encogerse. Tras un momento, consiguió recuperar la voz.

—Será mejor que averigüe entonces lo que quiere —dijo.

—Sin duda lo considera importante —murmuró Sha’ik—. Es un defecto entre los hombres ancianos, creo yo, esa quebradiza prepotencia. Te aconsejo que lo tranquilices, Korbolo Dom, y alivies así el martilleo de su corazón.

—Sabio consejo, elegida. —Con un último saludo militar, Korbolo se dirigió a los escalones de la plataforma.

Heboric suspiró cuando los pasos de las botas del napaniano se apagaron tras ellos.

—El pobre malnacido se ha llevado un buen susto. ¿Quieres aterrarlos para que actúen, entonces? ¿Ahora que Leoman se ha ido? ¿Y el toblakai también? ¿En quién confiar entonces, muchacha?

—¿Confiar? ¿Crees que confío en alguien que no sea yo misma, Heboric? Oh, quizá Sha'ik la Mayor podía confiar… en Leoman y en el toblakai. Pero cuando me miran a mí, esos dos ven una impostora; me doy perfecta cuenta de ello, así que no intentes argüir lo contrario.

—¿Y qué hay de mí? —preguntó Heboric.

—Ah, Manos Fantasmales, ahora llegamos a eso, ¿verdad? Muy bien, hablaré claro. No te vayas. No me dejes, Heboric. Ahora no. Lo que te atormenta puede esperar a la conclusión de la batalla inminente. Cuando haya acabado, extenderé el poder del torbellino hasta el mismísimo límite de la isla Otataral. Dentro de esa senda, tu viaje no supondrá casi ningún esfuerzo. En caso contrario, por testarudo que seas, temo que no sobrevivas a tan larga caminata.

Heboric la miró, aunque recompensó el esfuerzo poco más que un contorno borroso donde se alzaba la mujer, envuelta en su telaba blanca.

—¿Hay algo que tú no sepas, muchacha?

—Cielos, demasiadas cosas, sospecho. L'oric, por ejemplo. Un auténtico misterio, ese. Parece capaz de repeler incluso la magia ancestral del torbellino, y esquiva todos mis esfuerzos para discernir su alma. Y sin embargo, a ti te ha revelado mucho, creo.

—En confianza, elegida. Lo siento. Lo único que puedo decirte es una cosa: L'oric no es tu enemigo.

—Bueno, eso significa más para mí de lo que quizá comprendas. No es mi enemigo. ¿Lo convierte eso en mi aliado, entonces?

Heboric no dijo nada.

Tras un momento, Sha’ik suspiró.

—Muy bien. Así que continúa siendo un misterio en el más importante de los detalles. ¿Qué puedes contarme de las exploraciones de Bidithal en su antigua senda? Rashan.

El otro ladeó la cabeza.

—Bueno, la respuesta a eso, elegida, depende en parte de lo que tú misma sepas. Sobre la senda de la diosa, tu fragmento de senda ancestral que es el torbellino.

—Kurald Emurlahn.

El hombre asintió.

—Así es. ¿Y qué sabes de los acontecimientos que la desgarraron?

—Poco, salvo que sus verdaderos gobernantes habían dejado de existir, dejándola así vulnerable. El hecho relevante es el siguiente, sin embargo: el torbellino es el fragmento más grande que hay en este reino. Y su poder está creciendo. Bidithal se vería a sí mismo como su primero (y definitivo) sacerdote supremo. Lo que él no entiende es que no existe tal papel. Yo soy la suma sacerdotisa. Yo soy la elegida. Soy la única manifestación mortal de la diosa del Torbellino. Bidithal envolvería Rashan en el torbellino o, al contrario, usaría el torbellino para purificar el reino de Sombra de sus falsos gobernantes. —Sha’ik hizo una pausa y Heboric notó que la mujer se encogía de hombros—. Esos falsos gobernantes antaño dominaban el Imperio de Malaz. Así pues, aquí estamos todos, preparándonos para un enfrentamiento singular. Sin embargo, lo que cada uno busca en esa batalla está reñido. El reto, entonces, es

convencer motivaciones tan dispares para que se conviertan en un solo efecto mutuamente triunfante.

—Eso —dijo Heboric sin aliento— es todo un reto, muchacha.

—Y por tanto te necesito, Manos Fantasmales. Necesito el secreto que posees…

—De L'oric no puedo decir nada…

—No ese secreto, anciano. No, el secreto que busco se encuentra en tus manos.

El exsacerdote se sobresaltó.

—¿Mis manos?

—El gigante de jade que tocaste está derrotando a la otataralita. La destruye. Necesito descubrir cómo. Necesito una respuesta contra la otataralita, Heboric.

—Pero Kurald Emurlahn es ancestral, Sha'ik; la espada de la consejera…

—Aniquilará la ventaja que poseo con mis magos supremos. ¡Piensa! Sabe que no puede anular el torbellino con su espada… ¡así que ni siquiera lo intentará! No, en lugar de eso, desafiará a mis magos supremos. Los sacará del campo. Intentará aislarme…

—Pero si no puede derrotar al torbellino, ¿qué importa eso?

—¡Porque el torbellino, a su vez, no puede derrotarla a ella!

Heboric se quedó callado. No había oído eso antes, pero tras un momento de reflexión, comenzó a tener sentido. Kurald Emurlahn quizá fuera ancestral, pero también estaba hecha pedazos. Debilitada, desgarrada por Rashan, una senda que era vulnerable a los efectos de la otataralita. El poder de la espada de la consejera y el de la diosa del Torbellino de Sha'ik terminarían por anularse el uno al otro.

Lo que dejaba el resultado en manos de los propios ejércitos. Y ahí, la otataralita sortearía la hechicería de los magos supremos. *Lo que, a su vez, lo dejaría todo en manos de Korbolo Dom. Y Korbolo lo sabe, y tiene sus propias ambiciones. Dioses, muchacha, qué desastre*.

—Cielos, muchacha —murmuró el hombre—, no puedo ayudarte, no sé por qué está fallando la otataralita que hay en mí. Tengo, sin embargo, una advertencia. El poder del gigante de jade no ha de manipularse. Ni tú ni yo hemos de manipularlo. Si la diosa del Torbellino intenta usurparlo, no hará más que sufrir en el intento, y es muy probable que acabe con ella.

—Entonces debemos conseguir información aprovechando cualquier oportunidad.

—En nombre del Embozado, ¿se puede saber cómo te propones lograr eso?

—Me gustaría que fueras tú el que me dieras la respuesta, Heboric.

¿Yo?

—Entonces estamos perdidos. No tengo control sobre ese poder extraño. ¡No lo comprendo en absoluto!

—Quizá todavía no —respondió la mujer con una seguridad escalofriante en la voz—. Pero cada vez te acercas más, Heboric. Cada vez que consumes el té de hen’bara.

¿El té? ¿El que me diste para que pudiera huir de mis pesadillas? «Recurre al conocimiento que tenía Sha’ik la Mayor del desierto», dijiste. Un regalo compasivo, pensé yo. Un regalo… El hombre sintió que algo se derrumbaba en su interior. *Una fortaleza en el desierto de mi corazón, debería haber sabido que sería una fortaleza de arena*.

Se apartó, invadido por la insensatez de capa tras capa de ceguera. Entumecido y alejado del mundo exterior, de lo

que fuera que Sha'ik estuviera diciendo, del calor brutal del sol.

¿Quedarse?

Tenía la sensación de que ya no era capaz de irse.

Cadenas. Ha hecho para mí una casa de cadenas…

Felisin la Menor se acercó al borde del pozo y miró. El sol había abandonado el suelo y no había dejado más que oscuridad allí abajo. No se veía brillo alguno de fuego en el hogar, lo que confirmaba que nadie más se había instalado en la morada de Leoman.

Un ligero chirrido cerca la hizo girarse. El que había sido el amo del toblakai había aparecido arrastrándose tras los cimientos de un muro. Tenía la piel ampollada por el sol embarrada de polvo y excrementos, los muñones de los extremos de los brazos y las piernas supuraban un líquido amarillento y opaco. Los primeros signos de la lepra asomaban en las articulaciones del codo y la rodilla. Unos ojos enrojecidos se clavaron en Felisin y el hombre le ofreció una sonrisa ennegrecida.

—Ah, niña. Ve en mí a tu humilde servidor. El guerrero de Mathok…

—¿Qué sabes tú de eso? —le preguntó ella.

La sonrisa se ensanchó.

—Traigo recado. Ve en mí a tu humilde servidor. El humilde servidor de todo el mundo. He perdido mi nombre, ¿sabías eso? En otro tiempo lo sabía, pero me ha abandonado. Mi mente. Sin embargo, hago lo que me dicen. Traigo recado. El guerrero de Mathok. No puede reunirse contigo aquí. No querría que lo vieran. ¿Entiendes? Allí, al otro lado de la plaza, en la ruina hundida. Allí aguarda.

Bueno, reflexionó la joven, *el secretismo tiene sentido*. Su huida del campamento lo exigía, aunque Heboric Manos Fantasmales fuera con mucho el que más probabilidades tenía de estar bajo vigilancia. Y él se había metido en su tienda días antes y se negaba a recibir visita alguna. Con todo, Felisin agradecía la cautela de Mathok.

Aunque no sabía que el tratante de esclavos que capturó al toblakai formara parte de la conspiración.

—¿El templo hundido?

—Sí, allí. Ve en mí a tu humilde servidor. Has de ir. Él aguarda.

La joven cruzó la plaza enlosada. Cientos de indigentes del campamento se habían instalado allí, bajo refugios hechos con hojas de palma, sin hacer esfuerzo alguno por organizarse; la extensión hedía a orina y heces, arroyos de fetidez que corrían por las piedras. Toses secas, súplicas murmuradas y bendiciones la siguieron cuando se abrió camino hacia las ruinas.

Los muros de los cimientos del templo le llegaban a la cadera; en el interior, un empinado tramo de escaleras bajaba al piso subterráneo. El ángulo del sol se había hundido lo suficiente para dejar la zona inferior en la oscuridad.

Felisin se detuvo en la cima de las escaleras y se asomó para intentar ver algo en la penumbra.

—¿Estás ahí? —exclamó.

Un leve sonido al otro lado. La insinuación de un movimiento.

La joven bajó.

El suelo arenoso seguía caliente. Felisin avanzó a tientas.

A menos de diez pasos de la pared posterior pudo distinguirlo al fin. Estaba sentado con la espalda apoyada en

la piedra. El brillo de un casco, una armadura de escamas en el pecho.

—Deberíamos esperar a la noche —dijo Felisin al acercarse—. Y después dirigirnos a la tienda de Manos Fantasmales. Ha llegado el momento, ya no puede seguir escondiéndose. ¿Cómo te llamas?

No hubo respuesta.

Algo negro y asfixiante se alzó para taparle la boca y la levantaron del suelo. La negrura fluyó como serpientes a su alrededor, le sujetó los brazos y le ató las piernas que agitaba. Un momento después, colgaba inmóvil, suspendida a corta distancia del suelo arenoso.

La yema nudosa de un dedo le rozó la mejilla y la joven abrió mucho los ojos cuando sintió una voz susurrándole al oído.

—Mi dulce niña. El fiero guerrero de Mathok sintió la caricia de Rashan hace solo un rato, por cierto. Ahora estoy solo yo. Solo el humilde Bidithal, que está aquí para recibirte. Aquí para beber todo el placer de tu precioso cuerpo, para no dejar nada salvo amargura, nada salvo muerte en su interior. Es necesario, has de comprender. —Las manos arrugadas la acariciaban, tanteaban, pellizcaban, manoseaban—. No disfruto de indeseable placer en lo que debo hacer. Los hijos del torbellino han de ser desgarrados, han de ser infecundos, niña, para convertirlos en reflejos perfectos de la diosa en sí; oh, pero eso ya lo sabías, ¿verdad? La diosa no puede crear. Solo destruir. La fuente de su furia, sin duda. Y así debe ser con sus hijas. Mi obligación. Mi tarea. No hay nada que puedas hacer ya salvo rendirte.

Rendirse. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que la habían obligado a rendirse, a entregar todo lo que había en su interior. Mucho tiempo desde que había dejado que la oscuridad devorara todo lo que era. Años

antes no había sido consciente de la magnitud de la pérdida, pues no había habido nada que le ofreciera un contraste a la miseria, el hambre y el maltrato.

Pero todo eso había cambiado. Felisin había descubierto bajo el amparo protector de Sha'ik la noción de la inviolabilidad.

Y fue esa noción lo que Bidithal procedió a destruir por completo.

Tirado en el rellano, en la cima de las escaleras, la criatura que en otro tiempo había sido un mercader de esclavos de Genabackis sonrió al oír las palabras de Bidithal, y después la sonrisa creció al oír los gritos ahogados de la joven.

La niña favorita de Karsa Orlong estaba a merced de aquel viejo enfermo. Y todo lo que se le haría a aquella niña jamás se podría deshacer.

El viejo enfermo había sido muy amable con sus ofrecimientos de regalos. No solo la devolución inminente de manos y pies, sino también la promesa de venganza contra el teblor. Recuperaría su nombre una vez más. Sabía que lo haría. Y con él, la confusión desaparecería, las horas de terror ciego ya no lo acosarían y cesarían las palizas a manos de los demás habitantes de la plaza. Tendrían que cesar, pues él sería su amo y señor.

Pagarían por lo que habían hecho. Todo el mundo pagaría. En cuanto averiguara su nombre de nuevo.

Se oyeron llantos entonces. Las mismísimas carcajadas de la desesperación, esas arcadas atroces.

La muchacha ya nunca más lo miraría con asco. ¿Cómo podría? Ya era como él. Una buena lección. Una lección cruel, hasta el mercader de esclavos se daba cuenta de eso,

o al menos podía imaginarlo y estremecerse ante las imágenes que conjuraba en su cabeza. Pero, con todo, una buena lección.

Hora de irse, subían pasos del subterráneo. Regresó deslizándose a la luz del día y el sonido que hacía sobre la gravilla, los cascos de arcilla y la arena recordaba de una forma extraña a unas cadenas. Cadenas que arrastraba a su paso.

Aunque no lo había presenciado nadie, un extraño fulgor había bañado la tienda de L'oric poco después del mediodía. Por un solo instante, después todo volvió a la normalidad.

Y entonces, al comenzar a caer la tarde, una segunda llamarada floreció por un instante y después murió, una vez más sin que nadie la viera.

El mago supremo atravesó con un tambaleo la improvisada puerta momentánea de la senda. Estaba empapado en sangre. Tropezó con su carga por el suelo cubierto de pieles y después cayó de rodillas y arrastró hacia sí a la bestia informe, una única mano roja soltó el cuerpo para acariciar el cabello espeso y apelmazado de la criatura.

Los gimoteos de dolor habían cesado. Y gracias a los dioses, pues con cada suave lamento se rompía un poco más el corazón de L'oric.

El mago supremo bajó poco a poco la cabeza, abrumado al fin por el dolor que se había visto obligado a contener durante los desesperados e inútiles esfuerzos por salvar al antiguo demonio. Lo embargaba un odio feroz por sí mismo y maldecía su propia complacencia. Separados durante demasiado tiempo, procediendo durante demasiado tiempo como si los otros reinos no supusieran ningún peligro para ellos.

Y ahora su familiar estaba muerto, y la mortandad reflejada en su interior parecía inmensa. Y crecía, devoraba

su alma como la enfermedad devora la carne sana. Se quedaba sin fuerzas, pues la rabia había remitido.

Acarició el rostro incrustado de sangre de la bestia y se preguntó de nuevo cómo era posible que aquella fealdad (ya tan quieta y libre de dolor) podía, no obstante, hacer brotar manantiales insondables de amor en él.

—Ah, amigo mío, éramos más parecidos de lo que creíamos cualquiera de los dos. No… tú lo sabías, ¿verdad? De ahí el dolor eterno de tus ojos, que yo veía, pero del que prefería hacer caso omiso cada vez que iba de visita. Estaba tan convencido del engaño, ¿sabes? Tan seguro de que podíamos continuar, sin que nadie lo supiera, manteniendo la ilusión de que nuestro padre seguía con nosotros. Fui… —Se derrumbó entonces y no pudo decir nada más durante un tiempo.

El fracaso había sido suyo y de nadie más. Estaba allí, enredándose en aquellos ínfimos juegos cuando debería haber estado protegiendo a su familiar, como había hecho este siglo tras siglo.

Oh, había sido un combate reñido en cualquier caso, un t'lan imass menos y el resultado podría haber sido muy diferente… *No, ahora te mientes a ti mismo, L'oric. Ese primer golpe de hacha había hecho el daño, había infligido la herida mortal. Todo lo que ocurrió después nació de una rabia agónica. Oh, mi amado no era ningún pelele y el que empuñaba aquella hacha de piedra pagó por su emboscada. Y has de saber algo, amigo mío, dejé al segundo esparcido por todos los fuegos. Solo el líder del clan se me escapó. Pero daré con él y le daré caza. Eso lo juro*.

Pero todavía no. Se obligó a introducir algo de claridad en sus pensamientos mientras el peso del familiar que yacía contra sus muslos iba disminuyendo poco a poco, mientras toda su sustancia iba desvaneciéndose. Kurald Thyrllan

carecía de defensas suficientes. Cómo era posible que los t'lan imass hubieran conseguido introducirse en la senda seguía siendo un misterio, pero lo habían hecho y habían completado la tarea que se habían impuesto con su legendaria y habitual brutalidad.

¿Habrían presentido los liosan la muerte? Quizá solo los senescales, al principio. ¿Les hablarían de ello a los otros? *No si se detienen, aunque solo sea por un momento, a pensarlo*. Claro que habían sido víctimas del engaño en todo momento. Osric se había desvanecido (su dios había desaparecido), y Kurald Thyrllan estaba lista para que la usurparan. Y, con el tiempo, esos senescales se darían cuenta de que, si hubiera estado de verdad Osric tras el poder que respondió a sus plegarias, tres guerreros t'lan imass no habrían sido suficientes, en absoluto. *Mi padre es muchas cosas, pero la debilidad no es uno de sus atributos*.

El ente marchito, del tamaño de un pajarito, que había sido su familiar se deslizó al suelo de la tienda. L'oric se lo quedó mirando y después, poco a poco, se rodeó con sus propios brazos. *Necesito… Necesito ayuda. Los compañeros de padre. ¿Pero cuál? ¿Anomander Rake? No. Compañero, sí, en ocasiones, pero nunca amigo de Osric. ¿Lady Envidia? ¡Dioses, no! Caladan Brood…, pero él tiene sus propias cargas con las que lidiar en estos tiempos. Así pues, no queda más que uno*…

L'oric cerró los ojos y recurrió a la reina de los Sueños.

—Por tu verdadero nombre, T'riss, me gustaría hablar contigo. En el nombre de mi padre, Osric, escucha mi plegaria…

Una escena se formó poco a poco en su mente, un lugar desconocido para él. Un jardín de diseño simétrico, de muros altos, con un estanque circular en el centro. Bancos de mármol aguardaban bajo las sombras de la vegetación

circundante. Las losas que rodeaban el estanque estaban sembradas de una arena fina y blanca.

Se encontró acercándose al estanque y mirando su superficie espejada, donde flotaban unas estrellas en una oscuridad profunda.

—El parecido está ahí.

Se volvió al oír la voz líquida y descubrió una mujer sentada al borde del estanque. No parecía tener más de veinte años, con el cabello de un color dorado cobrizo y muy largo. El rostro con forma de corazón, pálido, los ojos de un color gris claro. No lo miraba, sus lánguidos ojos se habían posado en la superficie inmaculada del estanque.

—Aunque —añadió con una leve sonrisa— has hecho bien en ocultar tus rasgos liosan.

—Somos duchos en tales cosas, reina de los Sueños.

La mujer asintió, sin mirarlo todavía.

—Como todos los tiste. Anomander una vez se pasó casi dos siglos bajo el disfraz de un guardaespaldas real… humano, del mismo modo que has logrado tú.

—Señora —dijo L’oric—, mi padre…

—Duerme. Hace mucho tiempo todos tomamos nuestras propias decisiones, L’oric. A nuestra espalda, nuestros caminos se extienden, largos y muy gastados. Hay un patetismo amargo en la perspectiva de volver sobre ellos. Sin embargo, para aquellos de nosotros que permanecemos… despiertos, parece que no hacemos nada salvo eso. Un camino interminable que desanda el sendero que recorrimos, pero cada paso que damos es hacia delante, pues el sendero ha demostrado ser un círculo. Sin embargo (y ahí está el verdadero patetismo), la certeza de ello nunca ralentiza nuestros pasos.

—«Estúpidos y convencidos», dicen los malazanos.

—Un tanto tosco pero bastante preciso —respondió la dama. Estiró una mano de largos dedos y la metió en el agua. L'oric la vio desvanecerse bajo la superficie, pero fue la escena que los rodeaba lo que pareció despertar, una leve turbulencia, la insinuación de una reacción.

—Reina de los Sueños, Kurald Thyrllan ha perdido a su protector.

—Sí. Tellann y Thyr estuvieron siempre unidas, y ahora más que nunca.

Una extraña afirmación… en la que tendría que pensar más tarde.

—No puedo hacerlo solo…

—No, no puedes. Tu propio camino está a punto de rodearse de peligros, L'oric. Y por eso has recurrido a mí, con la esperanza de que yo encuentre un… protector adecuado.

—Sí.

—Tu desesperación te empuja a confiar… donde nadie se ha ganado confianza alguna…

—¡Eras amiga de mi padre!

—¿Amiga? L'oric, éramos demasiado poderosos para conocer la amistad. Nuestros empeños demasiado fieros. Nuestra guerra era con el caos en sí y, a veces, unos con otros. Batallamos para dar forma a todo lo que seguiría. Y algunos perdimos esa batalla. No me entiendas mal, no le guardo ningún rencor profundo a tu padre. Más bien, él era tan insondable como el resto de nosotros, una confusión que todos compartíamos, quizá lo único que compartíamos.

—¿No vas a ayudar?

—Yo no he dicho eso.

L'oric esperó.

La dama continuó manteniendo la mano bajo la superficie plácida del estanque, pero todavía tenía que levantar la cabeza y mirar a L'oric.

—Esto llevará algún tiempo —murmuró la reina de los Sueños—. Entretanto se mantendrá la actual… vulnerabilidad. Tengo a alguien en mente, pero el proceso de elaboración que llevará a la ocasión propicia continúa lejano. Y tampoco creo que mi elección vaya a complacerte. Mientras…

—¿Sí?

La dama se encogió de hombros.

—Será mejor que esperemos que entidades con algún interés potencial continúen adecuadamente distraídas.

L’oric vio que la expresión de la dama cambiaba de repente y cuando habló otra vez, el tono de la mujer era urgente.

—¡Regresa a tu reino, L’oric! Se ha cerrado otro círculo… se ha cerrado de una forma terrible. —La reina de los Sueños sacó la mano del estanque.

L’oric ahogó un grito.

Estaba cubierta de sangre.

Abrió los ojos de golpe y se encontró arrodillado en su tienda una vez más. Era de noche y los sonidos del exterior llegaban apagados, llenos de paz, una ciudad que se sentaba a cenar. Pero él sabía que había ocurrido algo terrible. Se quedó muy quieto y sondeó el exterior. Sus poderes… tan debilitados, tan trémulos…

—¡Por los dioses del inframundo! —Un remolino de violencia anudado sobre sí mismo que irradiaba oleadas de agonía… una figura pequeña, encogida sobre sí misma, con ropas hechas jirones y empapadas de sangre, que se arrastraba por la oscuridad.

L’oric se levantó dando un bandazo, la cabeza le daba vueltas de angustia.

Y entonces se vio fuera y de repente echó a correr.

Encontró su rastro, una pista manchada entre arena y polvo que salía más allá de las ruinas y se internaba en el bosque petrificado. Hacia, supo L’oric por instinto, el claro sagrado que había creado el toblakai.

Sin embargo, allí ella no encontraría socorro alguno. Otra morada de falsos dioses. Y el toblakai se había ido, se había marchado a enfrentarse con su propio destino.

Pero ella no pensaba con claridad. Era solo dolor, un dolor que se disparaba para alimentar el instinto de huida. Se arrastraba como lo haría cualquier criatura moribunda.

La vio al borde del claro, pequeña, desaliñada, empujándose y avanzando poco a poco, como una tortura.

L’oric llegó a su lado y estiró una mano para posarla en la nuca de la joven, en el cabello enmarañado por el sudor. La chica se apartó con un chillidito, los dedos le arañaron el brazo.

—¡Felisin! ¡Ya se ha ido! ¡Soy L’oric! Estás a salvo conmigo. A salvo ya…

Pero ella seguía intentando escapar.

—Acudiré a Sha’ik…

—¡No! —chilló ella al tiempo que se acurrucaba en la arena—. ¡No! ¡Lo necesita! ¡Todavía lo necesita! —Sus palabras salían despuntadas por unos labios partidos, pero comprensibles de todos modos.

L’oric se hundió en el suelo, enmudecido por el horror. No era una simple criatura herida, entonces. Una mente lo bastante clara para sopesar, calcular, para apartarse…

—Lo sabrá, muchacha… No puede evitar saberlo.

—¡No! No si tú me ayudas. Ayúdame, L’oric. Solo tú, ¡ni siquiera Heboric! ¡Él intentaría matar a Bidithal y eso no puede ser!

—¿Heboric? ¡Soy yo el que quiere matar a Bidithal!

—No debes. No puedes. Tiene poder…

Vio que un estremecimiento recorría a la joven al decir eso.

L’oric dudó antes de hablar.

—Tengo bálsamos curativos, elixires…, pero tendrás que permanecer oculta un tiempo.

—Aquí, en el templo del toblakai. Aquí, L’oric.

—Traeré agua. Una tienda.

—¡Sí!

La rabia que ardía en él se había reducido a un núcleo al rojo vivo. L’oric luchó por controlarla, debilitaban su resolución por momentos algunas dudas, no sabía si estaba haciendo lo que debía. Aquello era… monstruoso. No se podía dejar eso así. Tendría que haber una respuesta.

Pero más monstruoso incluso, se dio cuenta con un escalofrío, era que todos habían sido conscientes del riesgo. *Sabíamos que la deseaba. Y sin embargo, no hicimos nada*.

Heboric yacía inmóvil en la oscuridad. Tenía una leve sensación de hambre, sed, pero era como si siguiera en un lugar remoto. El té de hen’bara, en cantidades suficientes, alejaba las necesidades del mundo exterior. O eso había descubierto él.

Su mente flotaba en un mar agitado que parecía eterno. Estaba esperando, seguía esperando. Sha’ik quería verdades. Las conseguiría. Y entonces él habría terminado, terminado con ella.

Y seguramente también con la vida.

Que así fuera. Había sobrevivido más de lo que jamás había esperado y esas semanas y meses de más habían sido cualquier cosa salvo dignos del esfuerzo. Había sentenciado a su propio dios a la muerte y Fener ya no estaría allí para

recibirlo cuando al fin se liberara de carne y huesos. Tampoco estaría el Embozado, si a eso iba.

No parecía que fuera a despertar de aquello, había bebido mucho más té que nunca, y lo había bebido hirviendo, cuando era más potente. Y en ese momento flotaba en un mar oscuro, un líquido invisible y cálido en su piel que apenas lo sostenía, fluía por sus miembros, por su pecho, le rodeaba la cara.

Agradecía la presencia del gigante de jade. Lo agradecía su alma y lo que quedara de sus días como hombre mortal. Los viejos dones de la visión sobrenatural hacía mucho tiempo que se habían desvanecido, las visiones de secretos ocultos de la mayor parte de los ojos, secretos de la antigüedad, de la historia, habían desaparecido tiempo atrás. Era un hombre viejo. Era un hombre ciego.

Las aguas se deslizaron sobre su cara.

Y sintió que se zambullía hasta el fondo, entre un mar de estrellas que giraban en la negrura, aunque a la vez se mostraban nítidas, con una claridad repentina. En lo que parecía una distancia inmensa, esferas más apagadas flameaban, arremolinándose alrededor de las abrasadoras estrellas, y de repente lo comprendió y se sintió como si recibiese un martillazo. *Las estrellas, son como el sol. Cada estrella. Todas las estrellas. Y esas esferas… son mundos, reinos, todas y cada una diferentes y sin embargo iguales*.

El abismo no estaba tan vacío como él había creído. *Pero… ¿dónde moran los dioses? Estos mundos… ¿son sendas? ¿O son las sendas simples pasajes que los conectan?*

Un nuevo objeto crecía en su campo visual y se iba acercando. Un espejeo de color verde turbio, de miembros rígidos y, sin embargo, al mismo tiempo, sometido a una contorsión extraña, el torso retorcido como si lo hubieran

sorprendido en el momento de girar. Desnudo, daba una voltereta tras otra, la luz de las estrellas jugaba en su superficie de jade como gotas de lluvia.

Y tras él, otro, este roto, una pierna y un brazo partidos en seco, pero acompañando al resto en su silenciosa, casi pacífica, travesía por el vacío.

Y luego otro.

El primer gigante pasó dando vueltas junto a Heboric y este tuvo la sensación de que podía extender una mano y rozar sin más su suave superficie, pero sabía que en realidad estaba demasiado lejos. Apareció entonces la cara del gigante. Excesivamente perfecta para ser humana, los ojos abiertos, una expresión demasiado ambigua para leerla, aunque Heboric creyó detectar resignación en ella.

Había decenas ya, todos salían de lo que parecía un único punto en las negras profundidades. Cada uno desplegaba una postura única, algunos tan maltratados que eran poco más que una serie de fragmentos y pedazos; otros incólumes. Salían navegando de la oscuridad. Un ejército.

Pero desarmados. Desnudos, aparentemente asexuados. Había una perfección en ellos, en sus proporciones, sus superficies inmaculadas, que le sugería al exsacerdote que los gigantes jamás podrían haber estado vivos. Eran constructos, estatuas en realidad, aunque no había ni dos iguales en postura o expresión.

Confundido, los vio pasar girando. Se le ocurrió que podía darse la vuelta, para ver si se limitaban a irse reduciendo hasta otro punto situado muy por detrás de él, como si él no hiciera más que yacer junto a un río eterno de piedra verde.

El movimiento no le supuso esfuerzo alguno.

Al ir girando vio… Y gritó.

Un grito que no emitió sonido.

Una inmensa (de una inmensidad imposible) herida pintada de rojo atravesaba la negrura, supuraba llamas por los bordes dentados. Tormentas grises de caos escapaban dibujando una espiral en zarcillos que salían como lanzas.

Y los gigantes descendían a su buche. Uno tras otro. Para desvanecerse. La revelación llenó su mente.

Así se bajó al dios Tullido a nuestro mundo. A través de esta… esta terrible abertura. Y estos gigantes… lo siguen. Como un ejército tras su comandante.

O como un ejército que lo persigue.

¿Todos los gigantes de jade estaban apareciendo en algún lugar de su propio reino? Eso parecía imposible. Estarían presentes en un sinfín de lugares, si ese fuera el caso. Presentes y visibles de forma ineludible. No, la herida era enorme, los gigantes se iban reduciendo a motas antes de llegar a la nada que los aguardaba. Una herida como aquella podía tragarse miles de mundos. Decenas, cientos de miles.

Quizá todo lo que presenciaba allí no era más que una alucinación, la creación de una fiebre inducida por el hen'bara.

Y sin embargo, la claridad era casi dolorosa, la visión tan brutal… y extraña… que le parecía cierta o, como mínimo, el producto de lo que su mente podía comprender, aquello a lo que podía dar forma: estatuas y heridas, tormentas y hemorragias, un mar eterno de estrellas y mundos…

Un poco de concentración y estaba dándose la vuelta una vez más. Para enfrentarse a aquella progresión interminable.

Y entonces se descubrió moviéndose hacia el gigante más cercano.

No era más que torso y cabeza, los miembros partidos y girando tras él.

La masa se expandió a toda prisa ante él, demasiado rápido, demasiado enorme. Un pánico repentino se apoderó de Heboric. Podía ver en el interior de aquel cuerpo, como si el mundo dentro del jade tuviera la misma escala que el suyo. La prueba de ello era terrible, y horripilante.

Figuras. Cuerpos como el suyo. Humanos, miles y miles, todos atrapados en el interior de la estatua. Atrapados… y chillando, los rostros crispados por el terror.

Una multitud de esas caras se giraron de repente hacia él. Bocas abiertas en gritos silenciosos (de advertencia, de hambre o miedo), no había forma de saberlo. Si gritaban, ningún sonido alcanzaba a Heboric.

Heboric añadió su propio chillido silencioso y deseó con desesperación hacerse a un lado, fuera del camino de la estatua. Pues creyó entender lo que pasaba, eran prisioneros, atrapados dentro de la carne de piedra, encerrados en un tormento desconocido.

Y luego lo dejó atrás, arrojado por los aires en la estela turbulenta del paso del cuerpo roto. Daba vueltas y más vueltas y vislumbró un destello de más jade justo delante de él.

Una mano.

Un dedo, que se hundía como si quisiera aplastarlo.

Heboric chilló cuando lo golpeó.

No sintió el contacto, pero la negrura se limitó a desvanecerse y el mar era de un color verde esmeralda, frío como la muerte.

Y Heboric se encontró de repente entre una multitud de figuras que se retorcían y aullaban.

El sonido era ensordecedor. No había espacio para moverse, tenía brazos y piernas atrapados contra él. No podía respirar.

Estaba prisionero.

Había voces que rugían por su cráneo. Demasiadas, en idiomas que era incapaz de reconocer y mucho menos comprender. Como oleajes que se estrellaban contra una orilla, el sonido lo golpeaba, se alzaba y caía, el ritmo se aceleró cuando un leve destello rojizo comenzó a manchar el verde. No podía girarse, pero tampoco le hacía falta para saber que la herida estaba a unos momentos de tragarlos a todos.

Y entonces una sarta de palabras se metió entre el tumulto, tan cerca que parecía que se las susurraran al oído, y las entendió.

—Tú venías de allí. ¿Qué vamos a encontrar, Sin Manos? ¿Qué hay tras la brecha?

Y luego habló otra voz, más alta, más imperiosa.

—¿Qué dios es ahora el dueño de tus manos, viejo? ¡Dímelo! Ni siquiera sus fantasmas están aquí, ¿quién te está agarrando a ti? ¡Dímelo!

—No hay dioses —interrumpió una tercera voz, esta femenina.

—¡Eso dices tú! —replicó otra más, llena de rencor—. ¡En ese mundo tuyo, vacío, estéril y mísero!

—Los dioses nacen de la fe y la fe está muerta. La asesinamos nosotros con nuestra inmensa inteligencia. Erais demasiado primitivos…

—Matar dioses no es difícil. El asesinato más fácil de todos. Ni tampoco es lo que mide la inteligencia. Ni siquiera la civilización. De hecho, la indiferencia con la que se asestan tales golpes de gracia es su propia forma de ignorancia.

—Más bien olvido. Después de todo, no son los dioses los que importan, es el hecho de salirse de uno mismo lo que le concede al mortal la virtud…

—¿Arrodillarse ante el orden? Qué ciego y necio…

—¿Orden? Yo estaba hablando de compasión.

—¡Bien, entonces adelante! ¡Sal de ti mismo, Leandris! No, mejor todavía, sal sin más.

—Solo el nuevo puede hacer eso, Cassa. Y será mejor que lo haga rápido.

Heboric se retorció y consiguió mirar abajo y vislumbrar por un instante el antebrazo izquierdo, la muñeca, la mano (que no estaba allí). *Un dios. Un dios se los ha llevado. Era ciego, no lo veía… las manos fantasmales de la estatua de jade me cegaron y no lo veía*…

Echó la cabeza hacia atrás cuando los gritos y los chillidos se agudizaron de repente, ensordecedores, paralizantes. El mundo se hizo rojo, el rojo de la sangre…

Algo le tiró de los brazos. Con fuerza. Una vez. Dos.

Oscuridad.

Heboric abrió los ojos. Vio sobre él la lona incolora de su tienda. El aire era frío.

Se le escapó un sonido apenas humano y rodó de lado bajo las mantas hasta acurrucarse hecho una bola. Lo sacudían los temblores.

Un dios. Un dios me ha encontrado.

Pero ¿qué dios?

Era de noche, quizás a solo una campanada del amanecer. Fuera, el campamento estaba en silencio, salvo los aullidos lejanos y doloridos de los lobos del desierto.

Tras un rato, Heboric se agitó una vez más. El fuego de estiércol se había apagado. No había encendido ningún farol. Apartó las mantas y se sentó despacio.

Después se quedó mirando sus manos sin poder creérselo.

Seguían siendo fantasmales, pero la otataralita había desaparecido. El poder del jade permanecía, con un latido apagado. Pero también lo atravesaban unas franjas negras.

Unas púas chillonas (casi líquidas) le envolvían los dorsos de las manos y después iban subiendo y modificaban el ángulo al continuar por los antebrazos.

Sus tatuajes se habían transformado.

Y, en la más profunda oscuridad, lo vio. Con una nitidez inhumana, cada detalle vívido como si fuera de día en el exterior.

Volvió la cabeza de repente al oír un ruido y notar un movimiento, pero solo era un rhizano, que se había posado, ligero como una hoja, en el techo de la tienda.

¿Un rhizano? ¿En el techo de la tienda?

El estómago de Heboric hizo un ruido sordo con un hambre repentina.

El exsacerdote volvió a bajar la cabeza y se miró los tatuajes una vez más. *He encontrado un nuevo dios. No era que lo estuviera buscando. Y sé quién es. Lo que es*.

Lo embargó la amargura.

—¿Te hacía falta un destriant, Treach? Así que te limitaste a… cogerlo. Se lo quitaste a su propia vida. Cierto, como vida no era gran cosa, pero, con todo, era la mía. ¿Es así como reclutas a tus seguidores? ¿A tus sirvientes? Por el abismo, Treach, tienes mucho que aprender sobre los mortales.

La ira se desvaneció. Ciertas cosas eran un regalo, después de todo. Una especie de intercambio. Ya no era ciego. Y lo que resultaba más extraordinario, hasta podía oír los sonidos de los vecinos que dormían en sus tiendas y yurtas.

Y ahí, muy leve en el aire casi inmóvil… el olor a… violencia. Pero era lejano. Se había derramado sangre esa noche, horas antes. Alguna disputa doméstica, con toda probabilidad. Tendría que aprender a filtrar buena parte de lo que le decían sus sentidos recién reavivados.

Heboric gruñó por lo bajo y después frunció el ceño.

—Muy bien, Treach. Al parecer los dos tenemos algo que aprender. Pero antes… algo de comer. Y beber.

Cuando se levantó de la estera donde dormía, el movimiento fue sorprendentemente fluido, aunque a Heboric le llevó un tiempo observar al fin la ausencia de dolores y punzadas, y la palpitación sorda de las articulaciones.

Estaba demasiado ocupado llenándose la barriga.

Olvidados los misterios de los gigantes de jade, las innumerables almas prisioneras en su interior, la herida desigual del abismo.

Olvidado también ese leve temblor con olor a sangre de una violencia lejana…

El florecimiento forzado de unos sentidos arrebataba algo a los otros. Y lo dejaba con la bendición de no ser consciente de esa nueva resolución que había encontrado en su interior. Dos verdades que había sabido desde mucho antes tardaron un tiempo en surgir para inquietarlo.

No había regalo limpio, regalo que no se cobrara algún precio.

Y la naturaleza siempre procuraba encontrar un equilibrio. Pero el equilibrio no era una noción sencilla. La compensación no se hallaba sin más en el mundo físico. Se había producido un equilibrio mucho más lúgubre… entre el pasado y el presente.

Felisin la Menor abrió los ojos con un parpadeo. Había dormido, pero al despertar descubrió que el dolor no había desaparecido y el horror de lo que aquel hombre le había hecho continuaba también, aunque en su mente había alcanzado una extraña frialdad.

En su limitado campo de visión, cerca de la arena, apareció una serpiente deslizándose justo delante de su cara. Entonces se dio cuenta de qué era lo que la había despertado, había más serpientes que rodaban sobre su cuerpo. Decenas de ellas.

El claro del toblakai. Ya se acordaba. Se había arrastrado hasta allí. Y L'oric la había encontrado, solo que para partir una vez más. Para traerle alguna medicina, agua, ropa de cama, una tienda. Y no había regresado todavía.

Aparte del deslizamiento susurrante de las serpientes, el claro estaba en silencio. En ese bosque las ramas no se movían. No había hojas que revolotearan en el suave viento frío. La sangre seca en los pliegues de la piel le escoció cuando se sentó poco a poco. Unas punzadas agudas le llamearon bajo el vientre y la herida abierta donde le había quitado carne (allí, entre las piernas) ardía con fiereza.

«Traeré este ritual a nuestro pueblo, niña, cuando sea el sumo sacerdote del torbellino. Todas las niñas conocerán esta ceremonia en mi mundo recién formado. El dolor pasará. Toda sensación pasará. No has de sentir nada, pues el sitio del placer no es el reino mortal. El placer es el camino más oscuro, porque lleva a la pérdida de control. Y eso no lo podemos consentir. No entre nuestras mujeres. Ahora tú te unirás al resto, a aquellas que ya he corregido.»

Habían aparecido entonces dos de esas chicas con instrumentos cortantes. Le habían murmurado palabras de aliento y de bienvenida. Una y otra vez, en tonos piadosos, habían hablado de las virtudes que traía consigo la herida. Decoro. Lealtad. Una disminución de los apetitos, la fulminación del deseo. Todo ello buenas cosas, aseguraron. Las pasiones eran la maldición del mundo. De hecho, ¿no habían sido las pasiones las que habían tentado y alejado a su propia madre, las responsables de su abandono? El

encanto del placer había apartado a la madre de Felisin… de las obligaciones de la maternidad…

Felisin se inclinó hacia delante y escupió en la arena. Pero el sabor de aquellas palabras no se iba. No era sorprendente que los hombres pudieran pensar semejantes cosas, que pudieran hacer semejantes cosas. Pero que las mujeres también pudieran… eso sí que era amargo de contemplar.

Pero se equivocaban. Seguían el mal camino. Oh, mi madre me abandonó, pero no por el abrazo de algún amante. No, fue el Embozado el que la abrazó.

Bidithal quería ser sumo sacerdote, ¿verdad? Qué necio. Sha’ik encontraría un sitio para él en su templo, o por lo menos un sitio para su cráneo. Una copa de hueso en la que mear, quizá. Y ese momento no tardaría mucho en llegar.

Con todo… demasiado tiempo. Bidithal coge a niñas en sus brazos cada noche. Hace un ejército, una legión de las heridas, las despojadas. Y esas niñas estarán impacientes por compartir su pérdida de placer. Son humanas, después de todo, y está en la naturaleza humana transformar la pérdida en virtud. Para poder vivir con ella, para poder justificarla.

Un destello de luz apagada la distrajo y levantó la cabeza. Las caras talladas en los árboles que la rodeaban estaban brillando. Sangraban con una luz gris, hechicera. Detrás de cada una había… una presencia.

Los dioses del toblakai.

—Bienvenida, desgarrada. —La voz era el sonido de unos peñascos de piedra caliza que se frotaban entre sí—. Me llamo Ber’ok. La venganza se arremolina a tu alrededor con tal poder que nos ha despertado. No nos desagrada la llamada, niña.

—Eres uno de los dioses del toblakai —murmuró ella—. No tienes nada que ver conmigo. Y tampoco te quiero yo.

Vete, Ber'ok. Tú y el resto, fuera.

—Quisiéramos aliviar tu dolor. Haré de ti mi… responsabilidad especial. ¿Buscas venganza? Entonces la tendrás. El que te ha hecho daño quisiera tomar el poder de la diosa del desierto. Le gustaría usurpar el fragmento entero de senda y retorcerlo hasta convertirlo en su propia pesadilla. Oh, niña, aunque es posible que ahora creas otra cosa, la herida carece de importancia. El peligro se encuentra en la ambición de Bidithal. Hay que hundir un cuchillo en su corazón. ¿Te complacería ser ese cuchillo?

Felisin no dijo nada. No había forma de saber cuál de las caras talladas pertenecía a Ber'ok, así que solo podía mirarlos de uno en uno. Un vistazo a los retratos de los dos guerreros toblakai reveló que de ellos no surgía ninguna emanación, estaban grises e inertes en la oscuridad previa al amanecer.

—Sírvenos —murmuró Ber'ok— y nosotros, a nuestra vez, te serviremos a ti. Danos una respuesta, rápido, alguien viene.

La joven vio entonces la luz trémula de un farol en el camino. L'oric.

—¿Cómo? —les preguntó a los dioses—. ¿Cómo me serviréis?

—Nos aseguraremos de que la muerte de Bidithal sea de manera que esté a la altura de sus crímenes, y que resulte… oportuna.

—¿Y cómo voy a ser yo el cuchillo?

—Niña —respondió el dios con calma—, ya lo eres.

Capítulo 14



Ya ha mucho que los teblor se han ganado su reputación como asesinos de niños, carniceros de los indefensos, demonios mortales lanzados sobre los nathii en una maldición que en absoluto se merecían. Cuanto antes se destruya a los teblor y se les borre de la faz de sus espesuras montañosas, antes su recuerdo comenzará al fin a desvanecerse. Hasta que los teblor no sean más que un nombre utilizado para asustar a los niños, vemos nuestra causa como clara y singular.

La cruzada de 1147
Ayed Kourbourn

Los lobos avanzaban a grandes zancadas entre la niebla casi luminiscente, sus ojos destellaban cuando giraban sus inmensas cabezas en su dirección. Como si él fuera un alce que luchara en la nieve profunda, las enormes bestias mantenían el ritmo a ambos lados, como fantasmas, con la paciencia implacable de los depredadores que eran.

No era muy probable que esas bestias de montaña hubieran cazado jamás a un guerrero teblor. Karsa no se esperaba encontrar nieve, sobre todo porque esa ruta lo llevaba por las lomas del norte de la accidentada cordillera; era una suerte saber que no tendría que atravesar ningún paso. A la derecha, a menos de dos leguas de distancia, todavía podía ver las arenas ocres de la cuenca del desierto y sabía de sobra que allí abajo el sol quemaba con fuerza, el

mismo sol que lo miraba a él desde el cielo, una esfera borrosa de fuego frío.

La nieve le llegaba a las pantorrillas y ralentizaba el ritmo constante de su carrera. De algún modo, los lobos se las arreglaban para cruzar corriendo la superficie crujiente y endurecida por el viento, y solo muy de vez en cuando hundían una zarpa. La niebla que envolvía cazadores y presa era en realidad cristales de nieve que resplandecían con una luz brillante y cegadora.

Al oeste, por alguna parte, le habían dicho a Karsa, terminaba la cordillera de montañas. Tendría un mar a su derecha, y un pasaje estrecho y arrugado de colinas delante y a su izquierda. Al otro lado de esas colinas y después al sur habría una ciudad.

Lato Revae. El teblor no tenía ningún interés en visitarla, aunque habría que rodearla. Cuanto antes dejara atrás las tierras civilizadas, mejor. Pero eso todavía quedaba a dos ríos de distancia, con semanas de viaje entre un lugar y otro.

Aunque corría solo por la ladera, podía sentir la presencia de sus dos compañeros. Espíritus fantasmales en el mejor de los casos, pero quizá nada más que partes fracturadas de su propia mente. El escéptico Bairoth Gild. El estólido Delum Thord. Facetas de su propia alma para poder seguir persistiendo en ese diálogo de incertidumbre y desconfianza. O quizá nada más que simple complacencia.

O eso parecería, de no ser por los incontables filos de los comentarios de Bairoth Gild, que siempre sacaban sangre. A veces, Karsa tenía la sensación de que volvía a ser un esclavo, encorvado bajo una flagelación incesante. La idea de que pudiera estar haciéndose eso a sí mismo era impensable.

—*No del todo impensable, caudillo, si te tomaras aunque fuera un momento para reflexionar sobre esos*

pensamientos.

—Ahora no, Bairoth Gild —respondió Karsa—. Ya me estoy quedando sin aliento sin que empieces tú también.

—*Es la altitud, Karsa Orlong* —dijo la voz de Delum Thord —. *Aunque tú no lo sientes, con cada paso al oeste que das, estás descendiendo. Pronto dejarás la nieve atrás. Raraku quizá fuera en otro tiempo un mar interior, pero era un mar inmerso en el regazo de altas montañas. Todo tu viaje hasta el momento, caudillo, ha sido un descenso*.

Karsa solo pudo dedicarle a ese pensamiento un gruñido. Él no había sentido ningún descenso en especial, pero los horizontes jugaban al engaño en esa tierra. El desierto y las montañas siempre mentían, era algo que había descubierto ya hacía mucho tiempo.

—*Cuando la nieve desaparezca* —murmuró Bairoth Gild —, *los lobos atacarán*.

—Lo sé. Y ahora callaos, veo roca desnuda delante.

Al igual que sus perseguidores. Alcanzaban al menos la docena, de lomos más altos que los de la tierra natal de Karsa, y con la piel de tono pardo, gris y moteada de blanco. El teblor observó que cuatro de las bestias se adelantaban a la carrera, dos a cada lado, rumbo a la roca expuesta.

Karsa se descolgó la espada de madera con un gruñido. El aire cortante le había dejado las manos un poco entumecidas. Si el extremo occidental del sagrado desierto contara con alguna fuente de agua, él no habría trepado hasta aquellas alturas, pero no tenía mucho sentido plantearse esa decisión otra vez.

Los jadeos de los lobos eran audibles a ambos lados y detrás de él.

—*Quieren terreno firme, caudillo. Claro que tú también. Ten cuidado con los tres que tienes detrás, serán los*

primeros en atacar, es muy probable que un paso o dos antes de que alcances la roca.

Karsa enseñó los dientes con una mueca al oír el consejo innecesario de Bairoth. Él ya sabía qué harían aquellas bestias, y cuándo.

Unos golpes secos y repentinos de zarpas, ráfagas de nieve saltando por los aires y todos los lobos pasaron corriendo junto a un sorprendido Karsa. Las garras trapalearon sobre la roca desnuda, el agua salpicó en los charcos fundidos por el sol y las bestias se giraron en redondo para formar un semicírculo ante el teblor.

Este frenó un poco y preparó el arma. Por una vez, hasta Bairoth Gild se quedó callado, sin duda tan indeciso como él.

La voz ronca y jadeante de un desconocido siseó por la mente de Karsa.

—*Lo hemos disfrutado, toblakai. Has corrido sin pausa durante tres días y casi cuatro noches. Decir que estamos impresionados sería no hacerte justicia, y eso sería trágico. Jamás hemos visto algo parecido. ¿Ves cómo palpitan nuestros flancos? Nos has agotado. Y mírate, tú respiras hondo y el rojo te rodea los ojos, pero te alzas listo para el combate, sin una sola vacilación en las piernas o en la extraña espada que llevas en las manos. ¿Nos harás ahora daño, guerrero?*

Karsa sacudió la cabeza. El idioma era malazano.

—Sois como un soletaken, entonces. Pero muchos, no uno. Eso sería… ¿d’ivers? He matado soletaken, la piel que llevo en los hombros es prueba de ello, si dudáis de mí. Atacadme si queréis y cuando os haya matado a todos, tendré un manto que hasta los dioses envidiarán.

—*Ya no nos interesa matarte, guerrero. De hecho, te abordamos para advertirte de algo*.

—¿Qué clase de advertencia?

—*Sigues el rastro de alguien*.

Karsa se encogió de hombros.

—Dos hombres, ambos pesados, aunque uno es más alto. Caminan uno junto al otro.

—*Uno junto al otro, sí. ¿Y qué te dice eso?*

—Ninguno es el líder, ninguno lo sigue.

—*El peligro cabalga sobre tus hombros, toblakai. Te rodea un aire de amenaza, otra razón para que no te enojemos. Hay poderes que se disputan tu alma. Demasiados. Demasiado letales. Pero escucha nuestra advertencia: si acaso enojaras a uno de esos viajeros… el mundo terminará por lamentarlo. El mundo, guerrero*.

Karsa se encogió de hombros por segunda vez.

—No me interesa luchar con nadie en este momento, d'ivers. Aunque, si acaso me enojan a mí, no seré yo el que responda por los lamentos que pueda experimentar luego el mundo. Y ahora, he terminado con las palabras. Quitaos de mi camino u os mataré a todos.

Los lobos dudaron.

—*Diles que Ryllandaras intentó disuadirte. Antes de que conviertas tu último acto de vida en algo que termine destruyendo al mundo*.

Karsa los vio darse la vuelta y bajar por la ladera.

La carcajada de Bairoth Gild fue un trueno leve en su mente. Karsa asintió.

—Nadie aceptaría la culpa de lo que todavía no ha ocurrido —murmuró con voz profunda—. Y eso, en sí mismo, constituye una advertencia curiosamente poderosa.

—*Desde luego estás creciendo, Karsa Orlong. ¿Qué vas a hacer?*

Karsa hizo una mueca fiera cuando volvió a colgarse la espada del hombro recubierto de pieles.

—¿Hacer, Bairoth Gild? Bueno, me gustaría conocer a esos nefastos viajeros, por supuesto.

Esa vez Bairoth Gild no se rio.

Arroyuelos de nieve fundida fluían sobre la roca quebradiza bajo los mocasines de Karsa. Por delante, el descenso continuaba y se metía en un laberinto atestado de pequeñas colinas de arenisca, las cimas planas coronadas de hielo y nieve. A pesar del sol brillante de media tarde en el cielo sin nubes, los canales estrechos y retorcidos que surgían entre las colinas continuaban hundidos en profundas sombras.

Pero la nieve del suelo había desaparecido y el teblor ya podía sentir una nueva calidez en el aire. No parecía haber más que un camino para bajar y era tanto un arroyo como una pista. Dada la falta de rastros, el teblor solo pudo asumir que los dos desconocidos de delante habían tomado la misma ruta.

Se movía con más lentitud, las piernas pesadas por el cansancio. La verdad de su agotamiento no había sido algo que hubiera querido revelar a los lobos d'ivers, pero esa amenaza ya había quedado atrás. Estaba a punto de derrumbarse, una situación nada ideal si el enfrentamiento con un demonio destructor de mundos era inminente.

Aun así, sus piernas continuaban arrastrándolo como si contaran con voluntad propia. Como si fuera el destino.

—*Y el destino, Karsa Orlong, transmite su propio impulso*.

—¿Has vuelto al fin para perseguirme una vez más, Bairoth Gild? Como mínimo deberías ofrecerme algún consejo. Este tal Ryllandaras, este d'ivers, palabras portentosas, ¿no?

—*Hasta el absurdo, caudillo. No hay poderes en este mundo, ni en ningún otro, que supongan una amenaza tan absoluta. Pronunciadas entre corrientes frenéticas de miedo,*

es muy posible que de naturaleza personal; quienquiera que camine delante ha tenido tratos con el llamado Ryllandaras y fue el d'ivers el que sufrió con el encuentro.

—Seguro que tienes razón, Bairoth Gild. Delum Thord, llevas callado mucho tiempo. ¿Qué es lo que piensas?

—*Estoy inquieto, caudillo. El d'ivers era un demonio poderoso, después de todo. Tomar tantas formas y sin embargo seguir siendo uno. Hablar en tu mente como haría un dios*…

Karsa hizo una mueca.

—Un dios… o un par de fantasmas. No es un demonio, Delum Thord. Los teblor utilizamos con demasiado descuido esa palabra. Forkrul assail. Soletaken. D'ivers. No son demonios en realidad, pues a ninguno se llamó a este mundo, y ninguno pertenece a ningún otro reino salvo este. No son, en realidad, diferentes de nosotros, los teblor, o de los habitantes de las tierras bajas. No son diferentes de los rhizanos y las poliñeras, de los caballos y los perros. Son todos de este mundo, Delum Thord.

—*Como tú digas, caudillo. Pero los teblor nunca hemos sido simplistas en el uso de la palabra. Demonio se refiere también al comportamiento y en ese sentido todas las cosas pueden ser demoníacas. El llamado Ryllandaras nos persiguió para darnos caza y si no lo hubieras llevado al agotamiento, habría atacado, a pesar de que tú digas lo contrario*.

Karsa lo pensó un momento y después asintió.

—Muy cierto, Delum Thord. Aconsejas cautela. Ese fue siempre tu modo de hacer las cosas, así que no me sorprende. Y no haré caso omiso de tus palabras por ello, sin embargo.

—*Pues claro que lo harás, Karsa Orlong*.

Un último trozo de luz y después el teblor se encontró sumido en las sombras. La escorrentía le rodeó los tobillos cuando se estrechó la pista, el terreno se fue haciendo cada vez más traicionero. Una vez más, pudo verse el aliento.

Una pequeña pendiente a la izquierda recorría un saliente ancho de algún tipo, fuera de las sombras y con aspecto seco. Karsa se apartó de la pista y trepó por el borde erosionado del barranco hasta que pudo subirse a él. Se irguió y vio que no era un saliente natural, después de todo. Un camino que corría paralelo al barranco que ceñía la colina a su izquierda. La pared de la colina en sí parecía haber sido alisada en algún momento, mucho tiempo atrás, y se alzaba al doble de altura que Karsa. En ella se veían unas leves imágenes pictográficas, picadas y descoloridas por el paso de los siglos. Una procesión de figuras, cada una a la escala de un habitante de las tierras bajas, con la cabeza desnuda y sin más ropa que un taparrabos. Alzaban las manos en el aire, por encima de la cabeza y los dedos se estiraban como si pretendieran coger el aire vacío.

El camino en sí lucía un encaje de grietas, maltratado por las rocas incesantes que bajaban rodando por la colina. A pesar de ello, parecía que el camino estaba hecho de un único trozo de piedra, aunque, por supuesto, eso era imposible. Desigual y arrugado, serpenteaba por la curva de la pared de la colina y después se desviaba a una especie de rampa, brumosa a lo lejos, que era de suponer que bajaba hasta la llanura. El horizonte que quedaba justo delante y a la derecha de Karsa se veía interrumpido por unas torres de piedra, aunque él sabía que, tras ellas, se extendían las aguas del mar Longshan.

El cansancio obligó al teblor a acomodarse poco a poco en el camino, quitarse la alforja de los hombros y apoyarse en la pared de roca de la colina. El viaje había sido largo,

pero Karsa era consciente de que todavía quedaba por cubrir la distancia más vasta. Y parecía que siempre lo haría solo. *Pues estos fantasmas siguen siendo solo eso. Quizás, en realidad, no más que conjuras de mi propia mente*. Un pensamiento desagradable.

Echó la cabeza hacia atrás y la apoyó en la piedra tosca y calentada por el sol.

Abrió los ojos con un parpadeo… a la oscuridad.

—*¿Despierto una vez más, caudillo? Nos preguntábamos si tu sueño resultaría ser eterno. Hay sonidos ahí delante, ¿los oyes? Oh, han viajado lejos, pero así son las cosas en esta tierra, ¿no? Con todo… hay movimiento de piedras, creo. Las arrojan. Con demasiada lentitud, con demasiada regularidad para ser un desprendimiento. Los dos desconocidos, se podría concluir*.

Karsa se levantó poco a poco y se estiró para aliviar los músculos fríos y doloridos. Podía oír el rumor constante de las piedras chocando con piedras, pero Bairoth Gild tenía razón, estaban lejos. El guerrero se agachó junto a su bolsa, sacó alimentos y una vejiga de agua procedente de la nieve fundida.

Casi había amanecido. Quienquiera que estuviera trabajando allí delante, había empezado temprano.

Karsa se tomó su tiempo para aliviar su hambre y cuando al fin terminó y estuvo listo para reanudar su viaje, el cielo se había sonrosado por el este. Un último examen del estado de su espada y las condiciones de su armadura y se puso en marcha una vez más.

El estruendo constante de las piedras continuó durante la mitad de la mañana. El camino rodeaba la colina durante un trecho que era mayor de lo que había calculado en un principio, y reveló que la rampa que tenía delante era inmensa, los lados escarpados, la llanura por debajo de un

tercio de legua o más abajo. Justo antes de que el camino se separara de la colina, se abría a una extensión que era como un saliente, y allí, metida en la pared de la mesa, estaba la cara de una ciudad. Unos desprendimientos de roca habían enterrado la mitad completamente y las cumbres esparcidas de desprendimientos secundarios yacían encima del principal.

Ante uno de los desprendimientos menores aguardaban un par de tiendas.

A trescientos pasos de ellas, Karsa se detuvo.

Había una figura en el desprendimiento secundario, estaba quitando rocas con un ritmo constante, casi obsesivo; iba tirando enormes trozos de arenisca a su espalda para que rebotaran y rodaran por la explanada llana. Cerca, sentada en otra roca, había otra figura y donde la primera era alta (mucho más alta que un habitante de las tierras bajas) esta era de una anchura de hombros impresionante, de piel oscura y densa melena. A su lado había un gran saco de cuero y el hombre estaba royendo una pata trasera ahumada; el resto de la pequeña cabra de montaña seguía ensartada en un enorme espetón sobre una hoguera ribeteada de piedras que había cerca de las tiendas.

Karsa estudió la escena durante un rato, después se encogió de hombros y se dirigió hacia las dos figuras.

Estaba a menos de veinte pasos de distancia cuando el enorme bárbaro sentado en la roca giró la cabeza.

E hizo un gesto con la pierna que tenía en la mano.

—Sírvete. El puñetero bicho estuvo a punto de romperme la crisma al caerse del risco, así que me siento obligado a comérmelo. Tiene gracia. Siempre los ves escabulléndose y trepando por ahí arriba, así que, como es natural, crees que nunca dan un mal paso. Bueno, otra ilusión hecha pedazos.

Estaba hablando en un dialecto del desierto, una lengua de las tierras bajas, pero no era ningún habitante de las tierras bajas. Caninos grandes y gruesos, vello en los hombros como las cerdas de un jabalí, cara de huesos grandes, ancha y plana. Ojos del tono de los riscos de piedra caliza que los rodeaban.

Al oírlo hablar, el compañero del desconocido había dejado de tirar rocas y se había erguido, y en ese momento estaba contemplando a Karsa con curiosidad.

El teblor fue igual de franco al devolver la mirada. Casi tan alto como él, aunque más delgado. Piel grisácea, con un tinte verdoso. Los caninos inferiores lo bastante grandes como para ser colmillos. Un arco largo apoyado cerca, junto con un carcaj y un arnés de correas de cuero al que iba sujeta una espada envainada. Las primeras armas que Karsa veía, pues el otro parecía desarmado a excepción del grueso cuchillo de caza que llevaba en el cinturón.

El examen mutuo continuó durante un momento más; después, el guerrero de los colmillos reanudó su excavación y desapareció de la vista al meterse en una cavidad que había despejado en el desprendimiento.

Karsa se quedó mirando al otro hombre.

Que le hizo otro gesto con la pata de cabra.

El teblor se acercó. Posó su alforja cerca de la hoguera y sacó un cuchillo, después cortó una loncha de carne y regresó adonde estaba el otro sentado.

—Hablas la lengua de las tribus —dijo Karsa—, pero jamás he visto a los de tu raza. Ni de la raza de tu compañero.

—Y tú eres una visión igual de escasa, thelomen toblakai. Me llamo Mappo, del pueblo conocido como los trell, que proceden del oeste del Jhag Odhan. Mi resuelto compañero es Icarium, un jhag…

—¿Icarium? ¿Es ese un nombre común, Mappo? Hay una figura en las leyendas de mi tribu que lleva ese nombre.

Los ojos ocres del trell se entrecerraron por un momento.

—¿Común? No del modo que preguntas. Aunque el nombre, desde luego, aparece en los relatos y leyendas de incontables pueblos.

Karsa frunció el ceño al oír la extraña pedantería, si eso era lo que era. Después se agachó enfrente de Mappo y arrancó un bocado de la tierna carne.

—Se me ocurre, de repente —dijo Mappo, la insinuación de una sonrisa cruzó como un destello sus rasgos bestiales —, que este casual encuentro es único… de modos demasiado profusos para enumerar. Un trell, un jhag y un thelomen toblakai… y es muy probable que cada uno seamos el único de nuestras razas respectivas en todo Siete Ciudades. E incluso más extraordinario, creo que te conozco, solo por tu reputación, por supuesto. Sha'ik tiene un guardaespaldas… un thelomen toblakai, con un chaleco blindado hecho de conchas petrificadas y una espada de madera…

Karsa asintió y tragó el último bocado de carne que tenía en la boca antes de contestar.

—Sí, estoy al servicio de Sha'ik. ¿Te convierte eso en mi enemigo?

—No a menos que decidas serlo —respondió Mappo— y no es algo que yo te aconsejaría.

—Como no me lo aconseja nadie —murmuró Karsa al tiempo que volvía a su comida.

—Ah, así que no eres tan ignorante de nuestra existencia como dijiste en un primer momento.

—Una veintena de lobos habló conmigo —explicó Karsa —. Poco se dijo, salvo la advertencia en sí. No sé qué es lo que os hace a los dos tan peligrosos, y tampoco me importa

mucho. Interponeos en mi camino y os mataré. Así de sencillo.

Mappo asintió poco a poco.

—¿Y tenemos motivos para interponernos?

—No, a menos que decidáis tenerlos —respondió Karsa.

El trell sonrió.

—Así pues, será mejor que no sepamos nada unos de otros, entonces.

—Sí, eso sería lo mejor.

—Oh, en fin —suspiró Mappo—, Icarium ya sabe todo lo que necesita saber de ti y en cuanto a sus intenciones, si bien ya están decididas, solo él las sabe.

—Si cree que me conoce —gruñó Karsa—, se engaña.

—Bueno, consideremos el tema. Sobre tus hombros está la piel de un soletaken, uno que resulta que conocemos los dos; mataste a una bestia formidable, desde luego. Por suerte no era amigo nuestro, pero ya se ha tomado la medida de tu capacidad militar. Además te persiguen fantasmas, no solo los dos parientes que ahora mismo planean detrás de ti, sino también los fantasmas de aquellos que has asesinado en tu corta, pero obviamente terrible vida. Su número es aterrador, y el odio que sienten por ti un hambre palpable. ¿Pero quién lleva consigo a sus muertos de ese modo? Solo alguien que ha sido maldecido, creo. Y hablo por larga experiencia; las maldiciones son cosas terribles. Dime, ¿te ha hablado Sha'ik alguna vez de la convergencia?

—No.

—Cuando las maldiciones colisionan, se podría decir. Los defectos y las virtudes, los muchos rostros de la obsesión fatídica, del propósito singular. Los poderes y las voluntades terminan uniéndose, como si por naturaleza unos debiesen buscar la aniquilación de las otras. Así pues, Icarium y tú

estáis aquí ahora y estamos a escasos momentos de una convergencia horrenda, y es mi destino presenciarla. Indefenso contra una locura desesperada. Por fortuna para mí, no es la primera vez que experimento esta sensación.

Karsa no había dejado de comer mientras Mappo hablaba. Examinó el hueso que tenía en las manos y después lo tiró, se limpió las palmas de las manos en la piel blanca de oso de su manto, y se incorporó.

—¿Qué más habéis descubierto Icarium y tú sobre mí, Mappo?

—Unas cuantas cosas más. Ryllandaras te evaluó y llegó a la conclusión de que no tenía ningún deseo de añadir sus pieles a tu colección. Es muy sabio, ese Ryllandaras. ¿Una veintena de lobos, has dicho? Su poder ha crecido, entonces, un misterio tan inquietante como curioso, dado el caos que reina en su corazón. ¿Qué más? Bueno, el resto prefiero no revelarlo.

Karsa lanzó un gruñido. Se desató el manto de oso y lo dejó caer al suelo, después se descolgó la espada y se volvió para mirar el desprendimiento de rocas.

Un peñasco salió volando por la cavidad, de un tamaño y un peso que le costaría mover hasta a Bairoth Gild. El suelo se sacudió cuando chocó, rebotó y rodó hasta detenerse en una nube de polvo.

—¿Ahora me hará esperar? —rezongó Karsa.

Como si quisiera responder, salió Icarium de la cueva limpiándose el polvo de las manos de dedos largos.

—No eres fenn —dijo—. De hecho, creo que eres teblor, un hijo de las tribus caídas de Laederon. Has viajado mucho, guerrero, para encontrar la muerte.

—Si tan impaciente estás —gruñó Karsa—, que cesen ya las palabras.

La expresión del jhag se hizo inquieta.

—¿Impaciente? No. Yo nunca me impaciento. Este es un momento trascendente, creo. La primera vez que he sentido algo así, lo que es extraño. —Se volvió hacia su compañero—. ¿Hemos vivido alguna vez momentos como este, Mappo Runt?

—Sí, amigo mío. Los hemos vivido.

—Oh, bueno, la carga de los recuerdos es tuya nada más.

—Como siempre ha sido, Icarium.

—Lo lamento por ti, amigo.

Mappo asintió.

—Ya lo sé. Ahora, será mejor que desenvaines tu espada, Icarium. Este teblor da muestras de frustración e impaciencia.

El jhag se dirigió a su arma.

—¿Qué saldrá de esto, Mappo?

El trell sacudió la cabeza.

—No lo sé, pero me llena de temor.

—Procuraré entonces ser eficiente, para así reducir la duración de tu malestar.

—Es obvio que eso es imposible —murmuró Karsa—, dado el amor que le tienes a las palabras. —Preparó entonces la espada—. No te detengas más, pues, tengo un caballo que buscar.

Icarium alzó las cejas un instante y después sacó la espada. Un arma inusual, de un solo filo y aspecto muy antiguo. Se acercó.

El ataque del jhag fue un centelleo de movimiento, más rápido que todo lo que Karsa hubiera visto jamás; en cualquier caso, su espada destelló para recibirlo.

Las hojas chocaron.

Se oyó un corte peculiar y Karsa se encontró sujetando nada más que una empuñadura.

La indignación estalló en su interior y se adelantó para estrellar el puño enorme contra la cara de Icarium. El jhag cayó hacia atrás, perdió pie y la espada voló dando vueltas por los aires hasta caer con un tintineo metálico en el desprendimiento. Icarium aterrizó con un golpe seco y pesado y no se movió.

—El malnacido me rompió la espada… —empezó a decir Karsa al tiempo que se volvía hacia Mappo.

Una luz blanca detonó en su cráneo.

Y no supo más.

Mappo se quedó mirando al inmóvil thelomen toblakai y observó la lenta subida y caída del pecho del gigante. Levantó a pulso la maza y después echó un vistazo adonde yacía Icarium, vio una mano que se levantaba poco a poco del suelo, sufría un espasmo y después se posaba de nuevo.

El trell suspiró.

—Mejor de lo que podría haber esperado, creo.

Volvió a meter su arma en el gran saco de cuero y después se puso a levantar el campamento.

Un dolor palpitante y violento tras los ojos, un rugido como el de un río embravecido al pasar por un canal estrecho. Karsa gimió.

Pasó algún tiempo hasta que al fin se incorporó de un tirón y se puso a gatas.

Había amanecido… otra vez.

—No digas nada, Bairoth Gild —murmuró—. Y tú tampoco, Delum Thord. Puedo adivinar lo que pasó. Ese cabrón de trell me golpeó por detrás. Sí, no me mató, pero algún día deseará haberlo hecho.

Una mirada lenta y cauta a su alrededor confirmó que estaba solo. Habían colocado la espada rota a su lado, la

empuñadura y la hoja una junto a otra, con un pequeño ramito de flores del desierto encima.

El golpe en la cabeza le provocaba náuseas y se encontró con que estaba temblando cuando consiguió ponerse en pie. Se desató el yelmo dentado y lo tiró a un lado. La sangre seca le apelmazaba el pelo y le cubría la nuca.

—*Al menos ahora estás bien descansado, Karsa Orlong*.

—Te hace bastante menos gracia de lo que querrías que pensara, Bairoth Gild. El llamado Icarium. Es aquel del que se habla en nuestras leyendas, ¿verdad?

—*Y solo tú entre los teblor vivos has cruzado la espada con él*.

—Me rompió la espada.

No le contestaron. Karsa emprendió los preparativos para reanudar su viaje; se puso el manto de oso y después se colgó la alforja al hombro. Dejó los trozos de la espada de madera y el ramito de flores y se dispuso a emprender el camino que bajaba. Después se detuvo un instante y miró en su lugar la cavidad que Icarium había excavado en el desprendimiento.

Los esfuerzos del jhag habían descubierto parte de una estatua, rota por algunos sitios y lo que quedaba, agrietado pero reconocible, no obstante. Una escultura grotesca, tan alta como Karsa, hecha de piedra negra y granulosa.

Un mastín de siete cabezas.

El desprendimiento lo había enterrado y por tanto no habría habido indicio alguno de su existencia bajo los escombros. Pero Icarium lo había encontrado, aunque sus razones para descubrir la monstruosidad seguían siendo insondables.

—Ha vivido demasiado tiempo, creo —murmuró Karsa.

Volvió a salir sin prisas de la cavidad y después giró hacia el camino.

Seis días después, tras dejar muy atrás la ciudad de Lato Revae, el teblor yacía echado boca abajo a la sombra de un guldindha, al borde de un bosquecillo, y observaba a un par de pastores que conducían su rebaño de cabras hacia un corral polvoriento. Más allá había una pequeña aldea de construcciones bajas con techos de palma, el aire pendía sobre ella envuelto en una calima de polvo y humo de estiércol.

El sol no tardaría en ponerse y él podría reanudar su viaje. Había esperado a que terminara el día sin que nadie lo viera. Las tierras entre Lato Revae y el río Mersin estaban relativamente atestadas, en comparación con todo lo que había visto hasta el momento; le recordaron que sus viajes, desde que desembarcara en Ehrlitan, habían sido en su mayor parte por tierras agrestes y casi inhabitadas. El Pan'potsun Odhan (el propio sagrado desierto) era un mundo casi abandonado por la civilización.

Pero allí las zanjas de riego ribeteaban la llanura. Abundaban los pozos, los bosquecillos y las aldeas, y había más caminos de los que había visto jamás, ni siquiera en las tierras de los nathii. La mayor parte eran pistas polvorientas y serpenteantes a nivel del suelo, por lo general situadas entre zanjas. Hasta el momento, las únicas excepciones eran las pistas imperiales, elevadas, rectas y lo bastante amplias como para permitir que dos carretas se cruzaran y quedara incluso espacio de sobra. Esos caminos malazanos habían sufrido durante el último año, a pesar de su obvio valor. Se habían sacado rocas de la base, se habían arrancado indicadores. Pero las zanjas que corrían a su lado eran profundas y anchas y Karsa había usado esas zanjas para

permanecer oculto de todos a medida que se abría camino hacia el sur.

La aldea que tenía delante se acurrucaba en un cruce de pistas malazanas, una torre chata y cuadrada se alzaba sobre los techos bajos, cerca del centro. Las paredes de caliza estaban manchadas de negro, vetas que se disparaban hacia el cielo de troneras y ventanas. Cuando el sol al fin se puso tras el horizonte, no aparecieron luces en la torre.

Aunque era probable que hubiera soldados rebeldes del Apocalipsis apostados en la aldea, dada su ubicación estratégica en el cruce, Karsa no tenía ningún interés en iniciar un contacto. El suyo era un viaje privado, no existía otra razón, simplemente lo llevaba a cabo porque así lo había decidido. En cualquier caso, parecía que la rebelión no era tan fiera allí; o eso o la desatada sed de sangre había remitido tiempo atrás. No parecía haberse extendido la destrucción de granjas y campos, no había habido matanzas en las calles de la aldea. Karsa se preguntó si había habido tantos mercaderes y terratenientes malazanos tan al oeste, o si habían reclamado a las guarniciones para que regresaran a las ciudades importantes, como Kayhum, Sarpachiya y Ugarat, con los ciudadanos no combatientes acompañándolos. En ese caso, la medida no los había ayudado mucho.

No le hacía gracia ir desarmado, pues únicamente poseía la espada corta malazana que usaba como cuchillo y que llevaba envainada en la cadera. Pero en esa región carecían de la madera adecuada. Se decía que había árboles de hierro en el Jhag Odhan, así que tendría que esperar hasta entonces.

La rápida caída de la noche había terminado. El guerrero teblor se movió, recogió su alforja y después echó a andar

por el borde del bosquecillo de guldhindhas. Uno de los caminos imperiales se alejaba en la dirección que llevaba, con toda probabilidad se trataba de la arteria principal que conectaba Lato Revae con la ciudad sagrada de Ugarat. Si algún puente para cruzar el río Mersin había sobrevivido al levantamiento, sería el construido por los malazanos en ese camino.

Rodeó la aldea por el norte, entre cereales que le llegaban a la rodilla, el suelo blando del riego de la noche anterior. Karsa suponía que el agua procedía del río que estaría más adelante, aunque no imaginaba cómo se regulaba el flujo. La noción de una vida entera pasada trabajando los campos repelía al guerrero teblor. Las satisfacciones parecían territorio exclusivo de los terratenientes aristócratas, mientras que los propios trabajadores solo tenían una existencia mínima, envejecidos de forma prematura y agotados por el trabajo incesante. Y la distinción entre las clases altas y bajas nacía de la agricultura en sí, o eso le parecía a Karsa. La riqueza se medía según el control sobre otras personas y jamás se permitía que se aflojara el dominio de ese control. Extraño, entonces, que la rebelión no hubiera tenido nada que ver con tales injusticias, en realidad había consistido en poco más que una lucha entre aquellos que estaban al mando.

Sin embargo, la mayor parte del sufrimiento había caído sobre las clases bajas, sobre la gente normal. ¿Qué importaba el color de la correa que rodeaba el cuello de un hombre si las cadenas que lo ataban eran idénticas?

Mucho mejor luchar contra la indefensión, en lo que a Karsa se refería. Aquel Apocalipsis ensangrentado no tenía sentido, era una explosión equivocada de furia que, cuando pasara, dejaría el mundo igual.

Rodeó por una zanja, cruzó un lindero estrecho de arbustos poblados y se encontró al borde de un pozo poco profundo. Veinte pasos de diámetro y al menos treinta pasos de ancho. Los desechos del pueblo se acumulaban allí, sin conseguir cubrir del todo la masa de huesos de habitantes de las tierras bajas.

Así que allí estaban los malazanos. Tan mansos y rotos como la tierra en sí. La abundancia de carne, derribada de nuevo. A Karsa no le cabía duda de que eran los rivales en estatus de aquellos caídos los que hacían más ruido al exhortar sus muertes.

—Y así, una vez más, Karsa Orlong, nos entregan las verdades de los habitantes de las tierras bajas. —En la voz fantasmal de Bairoth Gild se palpaba la amargura—. *Por cada virtud que adoptan, un millar de vilezas interesadas desmienten su piedad. Has de conocerlos, caudillo, pues un día serán tu enemigo*.

—No soy idiota, Bairoth Gild. Ni ciego tampoco.

Delum Thord habló entonces.

—Un lugar embrujado espera más adelante, Karsa Orlong. Tan ancestral como nuestra propia sangre. Los que viven aquí lo evitan y siempre lo han evitado.

—No del todo —interpuso Bairoth—. *El miedo los ha inspirado en ocasiones. El lugar está dañado. No obstante, el poder ancestral persiste. El sendero nos llama, ¿querrás recorrerlo, caudillo?*

Karsa rodeó el pozo. Veía algo más adelante terraplenes que se alzaban e interrumpían la lisura de la llanura circundante. Túmulos alargados, las losas de piedra que los formaban eran visibles en ciertos lugares, aunque estaban cubiertos en su mayor parte por arbustos espinosos y terrones de hierbas amarillas. Los montículos formaban un círculo irregular alrededor de una colina más grande y

redonda que tenía la cima plana, aunque un tanto sesgada, como si un lado se hubiera ido asentando con el tiempo. Colocadas en ángulo con respecto a la cima había piedras derechas, una veintena o más.

Las rocas extraídas al despejar los campos de cultivo cercanos las habían tirado en aquel terreno, en otro tiempo sagrado, alrededor de los túmulos, apiladas contra la ladera de la colina central junto con otros detritos: esqueletos marchitos de arados de madera, frondas de palma de los tejados, montones de cascos de arcilla y los huesos de los animales que se habían matado como alimento.

Karsa se deslizó entre dos túmulos y emprendió la subida por la ladera central. La piedra derecha más cercana apenas le llegaba a la cintura. La cubrían unos símbolos negros, la saliva y la pintura de carbón relativamente recientes. El teblor reconoció varios signos, eran como los que habían sido empleados en un idioma secreto y nativo durante la ocupación malazana.

—No se puede decir que sea un lugar temible —murmuró. Más de la mitad de las piedras estaban hechas pedazos o bien caídas, y al observar estas últimas, Karsa notó que eran, en realidad, más altas que él, a tanta profundidad las habían anclado en la colina artificial. La cima en sí estaba llena de hoyos e irregularidades.

—*Oh, estas son las señales del miedo, Karsa Orlong, no lo dudes. Esta profanación. Si careciera este lugar de poder, la respuesta habría sido la indiferencia*.

Karsa lanzó un gruñido, fue pisando con cuidado el terreno traicionero y se acercó al centro simbólico del círculo de piedras. Allí se habían soldado cuatro losas más pequeñas, las hierbas fibrosas se detenían a un paso en todas direcciones y dejaban solo la tierra desnuda moteada por trozos de carbón.

Y fragmentos de hueso, observó Karsa cuando se agachó. Cogió uno y lo estudió a la luz de las estrellas. Pertenecía a un cráneo, del tamaño de un habitante de las tierras bajas aunque un tanto más robusto, el borde exterior de la cuenca de un ojo. Grueso… *como los de mis dioses*…

—Bairoth Gild. Delum Thord. ¿Percibís alguno de los dos la presencia de un espíritu o dios aquí?

—*No* —respondió Delum Thord. Después habló Bairoth.

—*Aquí enterraron a un chamán, caudillo. Le cortaron la cabeza y la dejaron clavada en el vértice de las piedras de los cuatro puntos cardinales. Quien la hiciera pedazos, lo hizo mucho después. Siglos, quizá milenios más tarde. De modo que ya no viera más. Que no observara más*.

—¿Entonces de qué me sirve este lugar a mí?

—*Por el camino que ofrece, caudillo*.

—¿Qué camino, Bairoth Gild?

—*El camino al oeste, al interior de Jhag Odhan. Un sendero al mundo de los sueños. Un viaje de meses se convertirá en uno de simples días, si decidieras recorrerlo. Vive todavía, pues se utilizó no hace mucho tiempo, lo utilizó un ejército*.

—¿Y cómo puedo recorrer este camino?

El que respondió fue Delum Thord.

—*Podemos guiarte, Karsa Orlong. Pues al igual que aquel enterrado aquí, no estamos ni muertos ni vivos. El gran señor Embozado no encuentra nuestros espíritus, pues permanecen aquí, contigo. Nuestra presencia contribuye al odio que te tiene el dios de la muerte, caudillo*.

—¿Odio?

—*Por lo que te has llevado y no quieres darle. Lo que no le darás. ¿Acaso te convertirás en tu propio guardián de almas? Por eso debe temerte. ¿Cuándo fue la última vez que el Embozado conoció rival?*

Karsa frunció el ceño y escupió en el suelo.

—No tengo interés alguno en ser su rival. Quisiera romper estas cadenas. Quisiera liberarte incluso a ti y a Bairoth Gild.

—*Preferiríamos que no lo hicieras, caudillo*.

—Bairoth Gild y tú quizá seáis los únicos que penséis así, Delum Thord.

—*¿Y qué?* —soltó de repente Bairoth.

Karsa no dijo nada, comenzaba a entender la decisión que tendría que tomar en algún momento. *Para deshacerme de mis enemigos... Debo deshacerme también de mis amigos. Y así el Embozado me sigue, y espera. Espera el día que ha de llegar*.

—*Ocultas ahora tus pensamientos, Karsa Orlong. Este nuevo talento no nos complace*.

—Soy el caudillo —gruñó Karsa—. No es mi trabajo complaceros. ¿Lamentáis ahora haberme seguido?

—*No, Karsa Orlong. Todavía no*.

—Llévame a ese sendero que lleva al mundo de los sueños, Delum Thord.

El aire se enfrió de repente, el olor le recordó a Karsa a los claros inclinados de las laderas de las montañas altas cuando llegaba la primavera, el olor de los líquenes y el musgo reavivados y ablandados. Y ante él, donde un momento antes había tierras de cultivo reblandecidas por la noche, se encontró con una tundra bajo un cielo cubierto de nubes.

Un amplio sendero se abría delante de él y se extendía por la tierra ondulada, donde habían aplastado los líquenes, donde habían apartado el musgo a patadas y lo habían pisoteado. Como Bairoth Gild había dicho, un ejército había pasado por allí, aunque por los signos parecía que el viaje había sido apenas un momento antes, Karsa casi esperaba ver la cola de la solemne columna en el horizonte, pero no

había nada. Solo una llanura vacía, sin árboles, que se extendía en todas direcciones.

El teblor echó a andar por la estela dejada por el ejército.

Era un mundo que parecía intemporal, el cielo no cambiaba. De vez en cuando aparecían rebaños, demasiado lejanos para distinguir el tipo de bestias que cruzaban las laderas de las colinas y luego se perdían de vista al bajar a los valles. Los pájaros volaban en formación de punta de flecha, una extraña especie de cuello largo que pasaba muy alta, todos ellos volando de forma sistemática en sentido contrario a Karsa. Aparte del quejido de los insectos que se arremolinaban alrededor del teblor, un silencio extraño e irreal emanaba del paisaje.

Un mundo de sueños, entonces, como el que los ancianos de su tribu acostumbraban a visitar en busca de portentos y presagios. Una escena no muy diferente de la que Karsa había vislumbrado cuando, en su delirio, se había encontrado ante su dios, Urugal.

Continuó caminando.

Con el tiempo el aire se enfrió y la escarcha brilló entre los líquenes y el musgo a ambos lados del amplio sendero. El olor a hielo podrido llenaba la nariz de Karsa. Mil pasos más lo condujeron al primer espacio nevado, tachonado de tierra, que llenaba un valle poco profundo a su derecha. Después, trozos hechos pedazos de hielo medio enterrados en el suelo, como si hubieran caído del cielo, muchos de ellos más grandes que una carreta de las tierras bajas. La tierra en sí estaba más rota, las suaves ondulaciones daban paso a zanjas de drenado de paredes escarpadas y canales, a laderas solevantadas que revelaban franjas de arenisca bajo la gruesa piel congelada de turba. Las fisuras en la piedra resplandecían con un hielo verdoso.

Habló entonces Bairoth Gild.

—*Estamos ahora en la frontera de una nueva senda, caudillo. Una senda hostil al ejército que llegó aquí. Y por tanto, se libró una guerra*.

—¿Qué distancia he recorrido, Bairoth Gild? En mi mundo, ¿me estoy acercando a Ugarat? ¿Sarpachiya?

La risa del fantasma fue como un peñasco que rodara sobre grava.

—*Las has dejado ya atrás, Karsa Orlong. Te acercas a la tierra conocida como el Jhag Odhan*.

Le había parecido no más de medio día de viaje en ese mundo de sueños.

Las señales del paso del ejército iban perdiendo nitidez, el suelo que pisaba estaba congelado y duro como una roca y consistía en su mayor parte en piedras redondeadas. Por delante, una llanura tachonada de enormes losas planas de roca negra.

Momentos después, Karsa se movía entre ellas.

Había cuerpos bajo las piedras. Atrapados.

—*¿Querrás liberarlos, Karsa Orlong?*

—No, Delum Thord, no lo haré. Pasaré por este lugar sin alterar nada.

—*Pero estos no son forkrul assail. Muchos están muertos, pues no tenían el poder que su raza poseía antaño. Mientras que otros continúan vivos y no morirán en mucho tiempo. Cientos, quizá miles de años. Karsa Orlong, ¿ya no crees en la misericordia?*

—Mis creencias son mías, Delum Thord. No desharé lo que no entiendo, y eso es todo.

Continuó viajando y no tardó en abandonar la terrible planicie.

Ante él se extendió entonces un campo de hielo, atravesado por grietas, con estanques de agua que reflejaban el cielo plateado. Había huesos esparcidos por él,

de cientos, quizá miles de figuras. Huesos de un tipo que Karsa no había visto jamás. Algunos todavía envueltos en piel arrugada y músculos. Fragmentos de armas de piedra yacían entre ellos, junto con trozos de piel, cascos con astas y cueros rasgados y podridos.

Los guerreros caídos formaban un inmenso semicírculo alrededor de una torre baja de paredes cuadradas. Las piedras maltratadas estaban cubiertas de hielo acanalado, la puerta abierta de par en par y el interior oscuro.

Karsa se abrió camino por el campo, sus mocasines hacían crujir el hielo y la nieve.

La puerta de la torre era lo bastante alta para permitir que el teblor la atravesara sin agacharse. En el interior había una única habitación. Muebles rotos y trozos de más guerreros caídos atestaban el suelo de piedra. Una escalera de caracol que parecía hecha por completo de hierro se alzaba en el centro.

Los restos le indicaban que el mobiliario estaba a una escala más apropiada para un teblor que para un habitante de las tierras bajas.

Karsa subió por la escalera recubierta de hielo.

Arriba había un único nivel, un aposento de techos altos que en otro tiempo había albergado estantes de madera en las cuatro paredes. Pergaminos rotos, libros encuadernados y desgarrados, viales y tarros de arcilla que contenían varias mezclas de olor acre aplastadas con el pie, una gran mesa partida por la mitad y empujada contra una pared, y en un espacio despejado en el suelo…

Karsa se apartó del rellano de la escalera y bajó la mirada.

—Thelomen toblakai, bienvenido a mi humilde morada.

Karsa frunció el ceño.

—Crucé la espada con uno muy parecido a ti. Se llamaba Icarium. Como tú, pero menos parecido.

—Porque él es mestizo, por supuesto. Mientras que yo no. Jaghut, no jhag.

La mujer yacía despatarrada dentro de un círculo de piedras del tamaño de puños. Una piedra más grande reposaba sobre su pecho, del que se alzaba el calor en oleadas. El aire del aposento era una mezcla agitada de vapor y escarcha suspendida.

—Estás atrapada por la hechicería. El ejército te buscaba, pero no te mataron.

—No pudieron matarte, sería más preciso. No de inmediato, en cualquier caso. Pero con el tiempo, este ritual de Tellann destruirá este núcleo de Omtose Phellack, que a su vez llevará a la muerte del Jhag Odhan; el bosque del norte ya se arrastra con sigilo por las llanuras mientras que desde el sur, el desierto reclama cada vez más el odhan que era mi hogar.

—Tu refugio.

La mujer mostró los colmillos en algo parecido a una sonrisa.

—Entre los jaghut, ahora todo es uno y lo mismo, thelomen toblakai.

Karsa miró a su alrededor y estudió los restos de la torre. No vio arma alguna, y la mujer tampoco vestía armadura.

—Cuando este núcleo de Omtose Phellack muera, también lo harás tú, ¿verdad? Sin embargo, hablas solo del Jhag Odhan. Como si tu propia muerte careciera de importancia frente a la de esta tierra.

—Es que es menos importante. En el Jhag Odhan, el pasado vive todavía. No solo en mis compañeros caídos, los jhag, los pocos que consiguieron escapar de los logros t'lan imass. Hay bestias antiguas que recorren las tierras sin

árboles que hay junto a las capas de hielo. Bestias que se han extinguido en el resto de las tierras, en su mayor parte bajo las lanzas de los t'lan imass. Pero no había t'lan imass en el Jhag Odhan. Como has dicho, un refugio.

—Bestias. ¿Incluyendo caballos jhag?

Karsa vio que la mujer entrecerraba los extraños ojos. Las pupilas eran verticales, rodeadas de un gris nacarado.

—Los caballos que criábamos antaño para montarlos. Sí, se han hecho salvajes en el odhan. Aunque pocos quedan porque los trell vienen del oeste para darles caza. Cada año. Los tiran por los acantilados. Como hacen con muchas de las otras bestias.

—¿Por qué no trataste de detenerlos?

—Porque, mi querido guerrero, estaba escondida.

—Una táctica que fracasó.

—Una avanzadilla de t'lan imass me descubrió. Destruí a la mayor parte, pero escapó uno. Desde ese momento, supe que su ejército terminaría viniendo aquí. Cierto, se tomaron su tiempo para llegar, pero tiempo es lo que les sobra.

—¿Una avanzadilla? ¿A cuántos destruiste?

—A siete.

—¿Y están sus restos entre los que rodean esta torre?

La mujer volvió a sonreír.

—Yo diría que no, thelomen toblakai. Para los t'lan imass, la destrucción es un fracaso. El fracaso se ha de castigar. Sus métodos son… rebuscados.

—¿Entonces qué hay de los guerreros tirados abajo, y los que rodean la torre?

—Caídos, pero no fracasados. Aquí yazgo yo, después de todo.

—Hay que matar a los enemigos —rezongó el teblor—, no apresarlos.

—No seré yo quien te lo discuta —respondió la jaghut.

—No percibo nada maligno en ti.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que oí esa palabra. Ni siquiera en las guerras con los t'lan imass tenía esa palabra lugar alguno.

—No puedo dejar así una injusticia —murmuró él con voz profunda.

—Y responderás.

—La necesidad supera a toda precaución. Delum Thord sonreiría.

—¿Quién es Delum Thord?

Karsa no contestó, se descolgó la alforja, se quitó de un tirón el manto de oso y dio un paso hacia el círculo de piedras.

—¡No te acerques, guerrero! —siseó la jaghut—. Esto es Alto Tellann…

—Y yo soy Karsa Orlong, de los teblor —gruñó el guerrero. Y le dio una patada a las piedras más cercanas.

Una llama abrasadora se alzó y envolvió a Karsa. Este lanzó un gruñido, se abrió camino entre ellas y estiró las dos manos para coger la losa de piedra, que levantó con un bufido del pecho de la mujer. Las llamas lo acorralaron con la intención de arrancarle la carne de los huesos, pero el gruñido del teblor solo se profundizó. Giró y arrojó la enorme losa a un lado. Donde chocó contra una pared y se hizo pedazos.

Las llamas murieron.

Karsa se sacudió y después bajó la vista una vez más.

El círculo estaba roto. La mujer jaghut había abierto mucho los ojos y lo miraba fijamente mientras un movimiento le agitaba brazos y piernas.

—Nunca antes —suspiró, después sacudió la cabeza como si no pudiera creerlo—. Ignorancia, afilada y convertida en arma. Extraordinario, thelomen toblakai.

Karsa se agachó junto a su alforja.

—¿Tienes hambre? ¿Sed?

La mujer tardó en sentarse. Los t'lan imass la habían despojado de todo y la habían dejado desnuda, pero no parecía afectarle el aire gélido que llenaba el aposento. Aunque parecía joven, Karsa sospechaba que no lo era en absoluto. Sintió que los ojos femeninos lo observaban mientras preparaba la comida.

—Cruzaste la espada con Icarium. No ha habido nunca más que una única conclusión a tan malhadada circunstancia, pero que estés aquí es prueba suficiente de que, de algún modo, conseguiste evitar tal conclusión.

Karsa se encogió de hombros.

—No cabe duda de que reanudaremos nuestro desacuerdo la próxima vez que nos veamos.

—¿Cómo has llegado hasta aquí, Karsa Orlong?

—Estoy buscando un caballo, jaghut. El viaje era largo y me dieron a entender que este mundo de sueños lo haría más corto.

—Ah, los guerreros fantasmales que se ciernen tras de ti. Con todo, corriste un grave riesgo al viajar por la senda Tellann. Te debo la vida, Karsa Orlong. —La mujer se fue poniendo en pie con cautela—. ¿Cómo puedo devolverte el favor?

Karsa se irguió para mirarla y le sorprendió (y complació) ver que casi era tan alta como él. Tenía el cabello largo, de un color castaño turbio, atado a la espalda. La estudió durante un momento y después le contestó.

—Encuéntrame un caballo.

Las finas cejas se alzaron un instante.

—¿Eso es todo, Karsa Orlong?

—Quizás una cosa más, ¿cómo te llamas?

—¿Eso es lo que querías pedirme?

—No.

—Aramala.

El teblor asintió y se afanó una vez más en preparar la comida.

—Me gustaría saber todo lo que puedas decirme, Aramala, de los siete que te encontraron los primeros.

—Muy bien. Si me permites preguntar algo a mi vez. Pasaste por un sitio de camino aquí, donde a los jhag los habían… apresado. Liberaré por supuesto a los que hayan sobrevivido…

—Por supuesto.

—Son mestizos.

—Sí, eso me han dicho.

—¿No te preguntas de dónde procede su otra mitad?

Karsa levantó la vista y después frunció el ceño poco a poco.

La mujer sonrió.

—Son muchas las cosas, creo, que debo contarte.

Algún tiempo después Karsa Orlong se alejó de la torre. Siguió andando y regresó a la pista del ejército que empezaba una vez más allá del terreno congelado de Omtose Phellack.

Cuando al fin salió de la senda al calor de las últimas horas de la tarde de su mundo natal, se encontró a la orilla de un risco de colinas maltratadas. Hizo una pausa y miró tras él, y pudo distinguir, al borde mismo del horizonte, una ciudad (seguramente Sarpachiya) y el brillo de un río inmenso.

Las colinas que tenía delante formaban una columna, un rasgo del terreno que el teblor sospechaba que solo aparecía en los mapas de la zona. No había granjas en las tierras

bajas que había delante, ni rebaños en las laderas accidentadas.

Los t'lan imass habían reaparecido en aquel lugar antes que él, aunque el avance de su paso, al adentrarse en aquellas colinas, no había dejado signos, pues habían pasado décadas en ese mundo desde entonces. Estaba al borde del Jhag Odhan.

Había caído la tarde para cuando llegó a las estribaciones y comenzó a ascender por la ladera curtida por el tiempo. La roca expuesta de aquel lugar tenía un aspecto enfermizo, como si la afligiera algún tipo de deterioro antinatural. Los trozos se derrumbaban bajo sus pies al trepar.

La cima era poco más que un risco, de menos de tres pasos de anchura, incrustada de piedras podridas y hierbas muertas. Algo más allá, la tierra caía de repente y formaba un amplio valle marcado por dunas bajas de arenisca en franjas que se alzaban de la base. El lado contrario del valle, a cinco mil o más pasos de distancia, era un risco escarpado de roca de un color oxidado.

Karsa era incapaz de imaginarse las fuerzas naturales que podrían haber creado semejante paisaje. Las dunas del terreno habían nacido de la erosión, como si unas riadas hubieran recorrido el valle entero, o quizás unos vientos fieros rugieran por los canales, algo menos dramático y que exigía periodos de tiempo mucho más prolongados. O el valle entero podría en otro tiempo haberse alzado al mismo nivel que las colinas circundantes, solo para sufrir algún tipo de hundimiento subterráneo. Los afloramientos deteriorados de roca sugerían una especie de proceso de lixiviación que afectaba a la región.

Karsa empezó a bajar por la escarpada ladera.

Y pronto descubrió que era un laberinto de cuevas y pozos. Minas, a juzgar por el pedregal de escombros

calcáreos que salían de ellas. Pero no estaño o cobre. Pedernal.

Vetas inmensas del vítreo material marrón yacían expuestas como heridas en carne viva en la ladera de la colina.

Karsa entornó los ojos y contempló las dunas que tenía delante. Las franjas de arenisca estaban muy sesgadas, y no todas con el mismo ángulo. Las cimas no desplegaban nada de la formación de meseta plana que era de esperar, sino que estaban dentadas y rotas. El fondo del valle, hasta donde él podía ver entre las dunas achaparradas, parecía ser de gravilla afilada. Escamas rotas de las minas.

En este único valle, un ejército entero podría haber fabricado sus armas de piedra…

Y el pedernal de aquel lugar estaba muy lejos de haberse agotado.

La voz de Bairoth Gild invadió su cabeza.

—*Karsa Orlong, dibujas círculos alrededor de las verdades igual que un lobo solitario que rodea a un alce*.

Karsa lanzó un gruñido, su única respuesta. Podía ver, en el acantilado, al otro lado, más cuevas, estas talladas en la roca pura. Cuando llegó al fondo del valle en sombras, se encaminó hacia ellas. La gravilla que pisaba era gruesa y se movía, traicionera; los bordes puntiagudos le atravesaban las suelas de cuero de los mocasines. El aire olía a polvo calcáreo.

Se acercó a la boca de una gran cueva situada a un tercio del camino, risco arriba. Una amplia ladera pedregosa conducía a escasa distancia de la cueva, aunque se movía de forma siniestra bajo los pies del teblor mientras iba trepando. Al fin consiguió encaramarse al suelo desigual.

Con la pared del acantilado mirando al noroeste y el sol ya cabalgando el horizonte, no había luz natural en la

cueva. El teblor posó la alforja y sacó un pequeño farol.

Las paredes eran de caliza calcinada, ennegrecidas por generaciones y generaciones de humo de madera, el techo alto y más o menos abovedado. Diez pasos cueva adentro, el pasaje iba disminuyendo al ir convergiendo techo, paredes y suelo. Karsa se agachó y se metió por el embudo.

Detrás había una cueva inmensa. Apenas vislumbrada en la pared de enfrente, una proyección monolítica de pedernal puro que se alzaba casi hasta el techo. Habían tallado unos huecos muy profundos en las paredes que lo flanqueaban. Una fisura en el centro del techo de la cámara labrada derramaba la luz gris del atardecer del exterior. Justo debajo había un montón de arena y en ese montículo crecía un árbol retorcido y lleno de nudos, un guldindha, que no le llegaba al teblor a la rodilla, con las hojas de un tono verde más profundo de lo habitual.

Que la luz del día pudiera colarse a una profundidad de dos tercios de aquel acantilado ya era en sí mismo un milagro…, *pero este árbol*…

Karsa se acercó a uno de los nichos y subió el farol. Detrás había otra cueva, llena de armas de pedernal. Aunque algunas estaban rotas, la mayor parte se conservaba de una pieza. Espadas, hachas de doble hoja con mangos de hueso, cientos y cientos de armas que cubrían el suelo. El siguiente hueco contenía lo mismo, al igual que el que había después. Veintidós cámaras laterales en total. *Las armas de los muertos. Las armas de los fracasados*. En cada cueva de ese acantilado sabía que encontraría lo mismo.

Pero ninguna de las otras le importaba. Dejó el farol cerca de la columna de pedernal y después se estiró.

—Urugal el Entretejido. Beroke Voz Suave, Kahlb el Cazador Silencioso, Thenik el Quebrado, 'Siballe la No

Hallada, Halad el Gigante, Imroth el Cruel. Caras en la Roca, dioses de los teblor. Yo, Karsa Orlong de la tribu Uryd de los teblor, os he conducido aquí. Estabais rotos. Partidos. Desarmados. He hecho como me ordenasteis. Os he traído a este lugar.

Respondió la voz ronca y entrecortada de Urugal.

—Has encontrado aquello que se nos arrebató, Karsa Orlong. Has liberado a tus dioses.

El teblor observó que el fantasma de Urugal iba tomando forma poco a poco ante él. Un guerrero achaparrado de huesos pesados, más bajo que un habitante de las tierras bajas, pero mucho más ancho. Tenía los huesos de brazos y piernas partidos, lo que Karsa podía ver entre las tensas correas de cuero y piel que los ataban, que lo sostenían. Más correas le cruzaban el pecho.

—Karsa Orlong, has encontrado nuestras armas.

El guerrero se encogió de hombros.

—Si es cierto que están entre los miles que ocupan esas cámaras.

—Están. Ellas no nos fallaron.

—Pero el ritual sí.

Urugal ladeó la cabeza. Sus seis compañeros estaban tomando forma a su alrededor.

—Lo entiendes, entonces.

—Sí.

—Nuestras formas físicas se acercan, Karsa Orlong. Han viajado mucho, despojadas de espíritu, sostenidas solo por nuestras voluntades...

—Y aquel al que ahora servís —rezongó el teblor.

—Sí. Aquel al que ahora servimos. Te hemos guiado a nuestra vez, caudillo. Y ahora recibirás tu recompensa por lo que nos has dado.

La siguiente en hablar fue 'Siballe la No Hallada.

—Hemos reunido un ejército, Karsa Orlong. Todos los niños sacrificados ante las Caras en la Roca. Están vivos, caudillo. Han sido adiestrados. Para ti. Un ejército. Tu pueblo está siendo atacado. Hay que repeler a los habitantes de las tierras bajas, hay que aniquilar sus ejércitos. Bajarás arrasando con tus legiones, te internarás en sus tierras y sembrarás la destrucción entre los habitantes de las tierras bajas.

—Lo haré.

—Los siete dioses de los teblor —dijo Urugal— deben ahora convertirse en ocho.

El llamado Halad (el más grande de los Siete, con diferencia, un hombretón bestial) se adelantó entonces.

—Debes ahora fabricar una espada, Karsa Orlong. De piedra. Las minas del exterior te aguardan… Te guiaremos con nuestros conocimientos…

—No es necesario —dijo Karsa—. He aprendido la esencia de los muchos corazones de la piedra. El conocimiento es mío, y así también la espada será mía. Las que fabricáis vosotros están bien para vuestro pueblo. Pero yo soy teblor. Yo soy thelomen toblakai. —Con eso se dio la vuelta y se dirigió hacia la columna monolítica de pedernal.

—Ese palo te derrotará —dijo Halad a su espalda—. Para sacar una hoja lo bastante larga para una espada, debes golpear desde arriba. Examina esta vena con cuidado y verás que, pura como es, el flujo de la piedra es implacable. Ninguno de los tuyos ha conseguido jamás sacar una escama más larga que tu propia altura. El palo que tienes delante ya no se puede trabajar, de ahí su abandono. Golpéalo y se romperá en mil pedazos. Y ese fracaso manchará tus siguientes esfuerzos y debilitará la hechicería de la creación.

Karsa se plantó ante la columna de pedernal marrón, casi negra.

—Debes encender un fuego en la base —dijo Halad—. Un fuego que arda sin cesar durante un número de días y noches. Hay poca madera en el valle que tenemos abajo, pero en el Jhag Odhan, más allá, los rebaños de bhederin han viajado en multitudes. Fuego, Karsa Orlong, después agua fría...

—No. Se pierde todo el control con ese método, t'lan imass. Vuestro pueblo no es el único que conoce las verdades de la piedra. Esta tarea es mía y mía solo. Y ahora, ya está bien de palabras.

—El nombre que nos has dado —dijo Urugal con voz ronca—, ¿cómo te has enterado de eso?

Karsa se volvió con la cara crispada en una mueca burlona.

—Necios teblor. O eso creíais. Eso os hubiera gustado. Thelomen toblakai caídos, pero el que ha caído puede alzarse una vez más, Urugal. Así, vosotros fuisteis en otro tiempo t'lan imass. Pero ahora sois los Desencadenados. —La mueca burlona se convirtió en un gruñido—. De nómadas a fortaleza. De fortaleza a «casa».

El guerrero trepó por el palo de pedernal. Encaramado a la cima, sacó la espada corta malazana. Examinó por un momento la superficie de la piedra y después se inclinó para estudiar el trozo casi vertical de pedernal perfecto que llegaba al suelo de la cueva. Karsa le dio la vuelta a la espada y empezó a rascar la parte superior de la columna, a un palmo de distancia del borde afilado. Podía ver los rastros de los antiguos golpes; los t'lan imass lo habían intentado, a pesar de las palabras de Halad, pero habían fracasado.

Karsa continuó preparando la superficie donde iba a golpear. Mientras, iba hablando mentalmente. *Bairoth Gild.*

Delum Thord. Escuchadme cuando ningún otro puede. Un día romperé mis cadenas, liberaré las almas que ahora me acosan. No queréis estar entre ellas, o eso habéis dicho. Ni tampoco desearía yo que os envolviera el abrazo del Embozado. He considerado vuestros deseos y he elaborado una alternativa…

—Caudillo, Delum Thord y yo entendemos lo que pretendes. Tu genio nunca deja de asombrarme, Karsa Orlong. Solo con nuestro consentimiento lo lograrás. Así que nos hablas y he aquí que nos encontramos con que fuerzas nuestro camino. El abrazo del Embozado… o lo que tú buscas.

Karsa sacudió la cabeza. *No solo yo, Bairoth Gild, vosotros también. ¿Lo negáis, acaso?*

—No, caudillo. No lo negamos. Así pues, aceptamos lo que ofreces.

Karsa sabía que solo él podía ver los fantasmas de sus amigos en ese momento, cuando parecían disolverse, reducidos a pura voluntad, y después fluían para introducirse en el pedernal. Fluían para encontrar una forma, algún tipo de cohesión…

Esperaban… Karsa barrió el polvo y la grava de la superficie raspada y después rodeó con las dos manos la empuñadura achaparrada de la espada corta. Levantó mucho el arma, clavó la mirada en la plataforma de golpe maltratada y después bajó el pomo con todas sus fuerzas.

Un extraño crujido seco…

Y después Karsa se vio dando un salto, tiró la espada corta a un lado, se abalanzó por los aires y dio una voltereta al caer. Flexionó las rodillas para absorber el impacto al tiempo que levantaba las manos para recuperar la lanza de pedernal que iba cayendo.

Una lanza casi tan alta como el propio teblor.

El arma cayó de la columna, un fragmento plano que se acomodó en sus manos. Un lametazo cálido en las palmas de las manos y de repente le corría sangre por los antebrazos. Karsa se echó hacia atrás a toda prisa y bajó la hoja al suelo. Cuando apartó las manos vio que se las habían cortado hasta el hueso. *Muy listo, Bairoth, beber mi sangre para sellar el trato*.

—En verdad… nos superas —susurró Halad.

Karsa fue hasta su bolsa y sacó un fardo de vendajes de campo y un costurero. No habría infección, por supuesto, y se curaría rápido. Con todo, necesitaría cerrar los cortes antes de plantearse siquiera empezar a trabajar en el filo de la enorme hoja y si quería tallar una especie de empuñadura.

—Investiremos el arma —anunció Urugal a su espalda— para que nadie la pueda romper.

Karsa asintió.

—Te convertiremos en el octavo dios de los teblor.

—No —respondió mientras empezaba a trabajar en la mano izquierda—. No soy como vosotros, Urugal. No soy de los Desencadenados. Tú mismo me rodeaste de cadenas. Con tus propias manos te ocupaste de que las almas de los que he asesinado me persigan para toda la eternidad. Has dado forma a mi obsesión, Urugal. Bajo tal maldición, jamás podré ser uno de los Desencadenados.

—Hay un lugar para ti, no obstante —dijo Urugal—, en la Casa de Cadenas.

—Sí. Caballero de Cadenas, paladín del dios Tullido.

—Has aprendido mucho, Karsa Orlong.

El guerrero se quedó mirando sus manos ensangrentadas.

—Así es, t’lan imass. Como podréis dar fe.

Capítulo 15



¿Cuántas veces, querido viajero, recorrerás el mismo sendero?

Kayessan

Al norte, el polvo del ejército imperial oscurecía las colinas cubiertas de bosques de Vathar. Eran las últimas horas de la tarde, las más calurosas del día, cuando el viento moría y las rocas irradiaban calor como losas en una chimenea. El sargento Cuerdas permanecía inmóvil bajo su manto impermeable de color ocre, tirado en el suelo y estudiando las tierras del sudoeste. El sudor le corría por la cara y le picaba en la barba roja moteada de óxido.

Tras un largo momento estudiando la masa de guerreros montados que habían salido del polvoriento odhan a su espalda, Cuerdas levantó una mano enguantada e hizo un gesto.

El resto de su pelotón se levantó de su escondite y salió poco a poco de la cima. El sargento los observó hasta que encontraron refugio de nuevo y después se dio la vuelta sin ruido y los siguió.

Interminables escaramuzas con asaltantes en las últimas semanas, habían empezado justo a las afueras de Dojal y habían continuado con más enfrentamientos acalorados con tribus kherahn dhobri en Tathimon y Sanimon..., pero nada

parecido al ejército que los seguía. Tres mil guerreros, como mínimo, de una tribu que no habían visto antes. Un número incontable de estandartes bárbaros se alzaban sobre la hueste, lanzas altas coronadas por gallardetes deshilachados, astas, cuernos y cráneos. El brillo de las armaduras de escamas de bronce era visible bajo las telabas y pieles negras, así como (más prolífica) una extraña armadura grisácea que era demasiado flexible para ser otra cosa que cuero. Los yelmos, por lo que Cuerdas podía distinguir desde lejos, parecían sofisticados, muchos de ellos con alas de cuervos, de cuero curtido y bronce.

Cuerdas se deslizó hasta donde esperaba su pelotón. Todavía tenían que entablar combate cuerpo a cuerpo, y su experiencia total en la lucha ascendía a poco más que disparar las ballestas y a defender la línea muy de vez en cuando. *De momento… todo bien*. El sargento miró a Sonrisas.

—De acuerdo, está decidido, súbete a ese desdichado caballo de ahí abajo, muchacha, y acércate a ver al teniente. Parece que tenemos una lucha en puertas.

El sudor había abierto canales por el polvo que cubría la cara de la mujer. La soldado asintió y después se escabulló.

—Botella, ve a la posición de Gesler y que le dé el recado a Borduke. Quiero una reunión. Rápido, antes de que sus exploradores lleguen aquí.

—Sí, sargento.

Tras un momento, Cuerdas sacó la bota de agua y se la pasó al cabo Chapapote, después le dio unos golpecitos a Sepia en el hombro y los dos se dirigieron al risco.

Se acomodaron uno junto al otro para continuar estudiando el ejército que tenían abajo.

—Estos podrían acabar con nosotros —murmuró el sargento—. Claro que cabalgan tan juntos que me

pregunto…

Sepia lanzó un gruñido con los ojos casi cerrados.

—Aquí hay algo que no me encaja, Viol. Saben que estamos cerca, pero no van en formación de batalla. Deberían haberse contenido hasta la noche y después atacarnos por toda la formación. ¿Y, además, dónde están sus exploradores?

—Bueno, esos escoltas…

—Demasiado cerca. Las tribus de por aquí no hacen esas cosas…

Un pequeño desprendimiento de piedras repentino y Cuerdas y Sepia se dieron la vuelta… y vieron a unos jinetes llegando a la cima del risco a ambos lados de ellos y a otros apareciendo a medio galope en la ladera de atrás, a punto de caer sobre su pelotón.

—¡Que el Embozado nos lleve! ¿Por dónde…?

Resonaron gritos de guerra agudos y aparecieron armas agitándose en el aire, pero los guerreros montados tiraron luego de las riendas, se levantaron en los estribos y rodearon al pelotón.

Cuerdas frunció el ceño y se puso en pie. Una mirada al ejército de abajo le mostró a la vanguardia subiendo la ladera a medio galope. El sargento miró a Sepia a los ojos y se encogió de hombros.

El zapador le respondió con una mueca.

Escoltados por los jinetes del risco, los dos soldados bajaron hasta donde se encontraban Chapapote y Koryk. Los dos tenían las ballestas cargadas, aunque ya no apuntaban a los nativos que hacían girar sus monturas dibujando un círculo de cabriolas a su alrededor. Algo más abajo, Cuerdas vio aparecer a Gesler y su pelotón, junto con Botella; y su propia compañía de guerreros montados.

—Sepia —murmuró el sargento—, ¿chocasteis con estos al norte del río Vathar?

—No. Pero creo que sé quiénes son.

Ninguno de los exploradores llevaba una armadura de bronce. Con el cuero gris bajo los mantos y las pieles del color del desierto tenían un extraño aspecto de reptil. Se habían pegado alas de cuervo a los antebrazos, como aletas echadas hacia atrás. Tenían la cara muy pálida para los estándares de la zona, con barbas y largos bigotes poco habituales por allí. Unos tatuajes de lágrimas negras les cubrían las mejillas curtidas por el tiempo.

Aparte de las lanzas, unas vainas de madera cubiertas de pelo les colgaban de la espalda con unos talwares de hojas pesadas. Todos tenían pendientes de patas de cuervo colgándoles bajo los yelmos.

La vanguardia de la tribu alcanzó la cima sobre ellos y se detuvo al tiempo que, en el lado contrario, aparecía una compañía de oficiales wickanos, setis y malazanos.

Que Beru nos proteja, está con ellos la mismísima consejera. Y también el puño Gamet, Nada, Menos y Temul, así como el capitán Keneb y el teniente Ranal.

Las dos fuerzas montadas se miraron desde ambos lados del barranco ensombrecido y Cuerdas vio que Temul se sobresaltaba de forma visible y luego se inclinaba para hablar con la consejera. Un momento después, Tavore, Gamet y Temul se adelantaban.

Desde la vanguardia de la tribu, un único jinete comenzó a descender por la ladera trasera. Un cacique, supuso Cuerdas. El hombre era enorme, llevaba dos talwares atados a un arnés que le cruzaba el pecho, uno de ellos roto justo por encima de la empuñadura. Las lágrimas negras tatuadas en sus amplias mejillas parecían haber sido excavadas en la

propia carne. Se acercó con el caballo casi hasta donde se encontraban Cuerdas y Sepia y se detuvo a su lado.

Señaló con un gesto de la cabeza al grupo que se acercaba y preguntó en un tosco malazano:

—¿Esta es la mujer corriente que os lidera?

Cuerdas hizo una mueca y después contestó.

—La consejera Tavore, sí.

—Nos hemos encontrado a los kherahn dhobri —dijo el cacique, después sonrió—. No os hostigarán más, malazanos.

Llegaron entonces Tavore y sus oficiales y se detuvieron a cinco pasos de distancia.

—Bienvenido seas —dijo la consejera—, caudillo de los khundryl. Soy la consejera Tavore Paran, comandante del Decimocuarto Ejército del Imperio de Malaz.

—Soy Hiel y somos las Lágrimas Quemadas de los khundryl.

—¿Las Lágrimas Quemadas?

El hombre hizo un gesto de dolor.

—Ala Negra, líder de los wickanos. Hablé con él. Mis guerreros querían desafiarlos, ver quiénes eran los más grandes guerreros de todos. Luchamos con ganas, pero nos dieron una lección de humildad. Ala Negra está muerto, su clan destruido y los Mataperros de Korbolo Dom bailan sobre su nombre. No dejaremos eso así y por eso hemos venido. Tres mil, todos los que lucharon por Ala Negra la primera vez. Hemos cambiado, consejera. Ya no somos lo que fuimos. Lloramos nuestra propia pérdida y por tanto permaneceremos perdidos, para toda la eternidad.

—Tus palabras me entristecen, Hiel —respondió Tavore con voz temblorosa.

Mucho cuidado, muchacha…

—Nos gustaría unirnos a ti —dijo con voz ronca el caudillo khundryl—, pues no tenemos otro sitio al que ir. Las paredes de nuestras yurtas nos son extrañas. Las caras de nuestras esposas, maridos, hijos (todos aquellos a los que una vez amamos y que una vez nos amaron) nos son desconocidas ahora. Como el propio Ala Negra, somos como fantasmas en este mundo, en esta tierra que en otro tiempo fue nuestro hogar.

—¿Os gustaría uniros a nosotros para luchar bajo mi mando, Hiel?

—Nos gustaría.

—Queréis vengaros de Korbolo Dom.

El hombre negó con la cabeza.

—Eso llegará, sí. Pero queremos remediar el fracaso.

La consejera frunció el ceño bajo el yelmo.

—¿Remediar? Según el relato de Temul, luchasteis con valentía y bien. Sin vuestra intercesión, la cadena de perros habría caído en Sanimon. Los refugiados habrían sido masacrados…

—Pero después nos fuimos, regresamos a nuestras tierras, consejera. Pensamos solo en lamer nuestras propias heridas. Mientras la cadena continuaba su marcha. Rumbo a nuevas batallas. A su última batalla. —El hombre lloraba ya de forma abierta, y un siniestro sonido agudo se alzó de las gargantas de los otros guerreros montados presentes—. Deberíamos haber estado allí. Eso es todo.

La consejera no dijo nada durante un largo momento.

Cuerdas se quitó el casco y se secó el sudor de la frente. Volvió a mirar ladera arriba y vio una línea sólida de khundryl en el risco. Silenciosos. A la espera. Tavore

carraspeó. —Hiel, caudillo de las Lágrimas Quemadas… el Decimocuarto Ejército te da la bienvenida.

El rugido de respuesta hizo temblar el suelo bajo sus pies. Cuerdas se volvió y miró a Sepia a los ojos. *Tres mil veteranos de este condenado desierto, por el Embozado. Reina de los Sueños, tenemos una oportunidad. Por fin parece que tenemos una oportunidad*. No necesitó decirlo en voz alta para saber que Sepia lo había entendido, porque el hombre asintió poco a poco.

Pero Hiel no había terminado. Ya se diera cuenta o no de todo lo que significó su siguiente gesto (y no, al final Cuerdas llegaría a la conclusión que no podía saberlo), con todo… El caudillo recogió las riendas y avanzó un poco más, pasó junto a la consejera y detuvo el caballo delante de Temul, después desmontó.

Tres zancadas. Bajo la mirada de más de trescientos wickanos y quinientos setis, el fornido khundryl (con los ojos grises clavados en Temul) se detuvo. Después se descolgó el talwar roto y se lo ofreció al joven wickano.

Temul estaba pálido cuando bajó las manos para aceptarlo.

Hiel dio un paso atrás y poco a poco hincó una rodilla en tierra.

—No somos wickanos —dijo el caudillo entre dientes—, pero lo juro, haremos todo lo posible por serlo. —Y bajó la cabeza.

Temul continuó sentado, inmóvil, luchando de forma visible con un torrente de emociones y Cuerdas se dio cuenta de repente que el muchacho no sabía cómo responder, no sabía qué hacer.

El sargento dio un paso y después levantó el casco como si fuera a ponérselo otra vez. Temul captó el destello de

movimiento, parecía a punto de desmontar y se quedó paralizado al encontrarse con la mirada de Cuerdas.

Una ligera sacudida de la cabeza. *¡No te muevas de esa silla, Temul!* El sargento levantó una mano y se tocó la boca. *Habla. ¡Responde con palabras, muchacho!*

El comandante se acomodó poco a poco otra vez en la silla y después se irguió.

—Hiel de las Lágrimas Quemadas —dijo con apenas un temblor en la voz—. Ala Negra ve a través de los ojos de cada wickano presente. Lo ve y responde. Levántate. En nombre de Ala Negra, yo, Temul del clan Cuervo, os acepto… Lágrimas Quemadas… del clan Cuervo, de los wickanos. —Después cogió el lazo de cuero al que estaba atado el talwar roto y se lo colgó de los hombros.

Con el sonido de una ola subiendo por una franja de playa de una legua, se desenvainaron armas por todo el risco, un saludo militar expresado solo con el hierro.

Un escalofrío atravesó a Cuerdas.

—Por el aliento del Embozado —murmuró Sepia por lo bajo—. Eso da más miedo que los gritos de guerra.

Sí, y tan siniestro como la sonrisa del Embozado. Volvió a mirar a Temul y vio que el wickano lo observaba. El sargento se puso el casco una vez más y después sonrió y asintió. *Perfecto, muchacho. Yo no lo habría hecho mejor*.

Temul ya no estaba solo y rodeado por irritables lobos artríticos que se empeñaban en no aceptar su mando. No, el muchacho tenía a Hiel y a tres mil guerreros sangrientos que respaldaban sus órdenes. *Y ya se ha dicho la última palabra. Hiel, si fuera un hombre religioso, quemaría un ala de cuervo en tu nombre esta noche. Que el Embozado me lleve, puede que lo haga de todos modos*.

—Hiel de las Lágrimas Quemadas —anunció la consejera—. Por favor, reúnete con nosotros en nuestro cuartel

general. Podemos comentar la disposición de tus fuerzas con una comida… aunque sea una comida modesta…

El khundryl se irguió al fin y miró a la consejera.

—¿Modesta? No. Hemos traído nuestra propia comida y esta noche habrá un festín, ¡ni un solo soldado se quedará sin al menos un bocado de bhederin o jabalí! —Se dio la vuelta y examinó a su séquito hasta que dio con el que buscaba—. ¡Imrahl! ¡Arrastra ese corpachón de regreso a las carretas y tráelas aquí! ¡Y busca a los doscientos cocineros, a ver si ya se han despejado! ¡Y si siguen borrachos, quiero sus cabezas!

El guerrero llamado Imrahl, una figura anciana y escuálida que parecía nadar bajo una arcaica armadura de bronce, respondió con una amplia y espeluznante sonrisa, después hizo girar el caballo en redondo y lo espoleó para subir a medio galope por la ladera.

Hiel se giró y levantó las dos manos hacia el cielo, las alas de cuervo que llevaba sujetas a los antebrazos parecieron abrirse de golpe bajo ellos.

—¡Que los Mataperros tiemblen! —rugió—. ¡Las Lágrimas Quemadas han dado comienzo a la cacería!

Sepia se acercó a Cuerdas.

—Problema resuelto, el muchacho wickano por fin pisa terreno firme. Una herida cerrada y solo pa ver cómo se abre otra.

—¿Otra? *—Oh. Sí, cierto. El fantasma de ese puño wickano no hace más que levantarse, una y otra vez. Pobre chica*.

—Como si la herencia de Coltaine no estuviera ya pisándole los talones como un perro… y perdona el juego de palabras —continuó el zapador—. Aunque, vaya, la chica está poniendo al mal tiempo buena cara…

Qué remedio. Cuerdas miró a su pelotón.

—Recoged el equipo, soldados. Tenemos piquetes que levantar… antes de comer. —Cuando los oyó gemir frunció el ceño—. Y os podéis considerar afortunados, que se os escaparan esos exploradores no dice mucho de nuestras habilidades, ¿verdad?

Los observó reunir el equipo. Gesler y Borduke se acercaban con sus propios pelotones. Sepia rezongó junto al sargento.

—Por si se te ha olvidado, Viol —dijo en voz muy baja—, nosotros tampoco vimos a los muy cabrones.

—Tienes razón —respondió Cuerdas—, se me ha olvidado por completo. Oh, allá va otra vez. Olvidado.

Sepia se rascó el rastrojo de la pesada quijada.

—Qué raro, ¿de qué estábamos hablando?

—De bhederin y jabalí. Carne fresca.

—Eso. Se me hace la boca agua con solo pensarlo.

Gamet se detuvo junto a la tienda de mando. La jarana continuaba en pleno apogeo y los khundryl recorrían el campamento rugiendo sus barbáricas canciones. Habían abierto jarras de leche fermentada y el puño tenía la lúgubre certeza de que más de una barriga de carne, medio cruda medio quemada, había regresado a la tierra de forma prematura más allá de las hogueras, o volvería en el corto espacio de tiempo que quedaba para el amanecer.

La marcha del día siguiente se había reducido a la mitad por orden de la consejera, aunque hasta cinco campanadas de camino seguramente iban a hacer que la mayor parte de los soldados lamentaran los excesos de esa noche.

O quizá no.

Observó a un infante de marina de su propia legión pasar junto a él dando tropezones, una mujer khundryl lo

cabalgaba rodeándole la cintura con las piernas y el cuello con los brazos. La mujer estaba desnuda y el infante casi. La pareja se desvaneció zigzagueando en la oscuridad.

Gamet suspiró, se ciñó mejor el manto y después se dio la vuelta y se acercó a los dos wickanos que hacían guardia junto a la tienda de la consejera.

Eran del Cuervo, cabello gris y aspecto desdichado. Al reconocer al puño, se apartaron a ambos lados de la entrada. Gamet pasó entre los dos y se agachó para meterse entre las solapas.

Todos los demás oficiales se habían ido, solo habían quedado la consejera y Hiel, este último despatarrado en un inmenso sillón de madera y aspecto antiguo que había llegado en las carretas khundryl. El caudillo se había quitado el yelmo y revelado una mata de cabello rizado, largo y negro, reluciente de grasa. El tono oscuro como la noche era tinte, sospechaba Gamet, pues el hombre había visto al menos cincuenta veranos. Las puntas del bigote le descansaban en el pecho y parecía medio dormido, una jarra sujeta por el mango de arcilla con una mano enorme. La consejera se encontraba cerca, de pie, con los ojos bajos y clavados en un brasero, como si estuviera sumida en sus pensamientos.

Si fuera artista, pintaría esta escena. Este momento preciso, y dejaría que el espectador se preguntara qué era. Se acercó a la mesa de mapas, donde esperaba otra jarra de vino.

—Nuestro ejército está borracho, consejera —murmuró mientras se llenaba una copa.

—Como nosotros —dijo Hiel con voz profunda—, vuestro ejército está perdido.

Gamet observó a Tavore, pero no hubo reacción que pudiera medir. Respiró hondo y después miró al khundryl.

—Todavía hemos de librar una batalla importante, caudillo. Así pues, aún no sabemos lo que valemos. Eso es todo. No estamos perdidos…

—Solo que no os habéis encontrado todavía —terminó Hiel enseñándole los dientes. Echó un buen trago de su jarra.

—¿Lamentas la decisión de unirte a nosotros, entonces? —preguntó Gamet.

—En absoluto, puño. Mis chamanes han leído las arenas. Se han enterado de muchas cosas sobre vuestro futuro. El Decimocuarto Ejército tendrá una larga vida, pero será una vida agitada. Estáis condenados a buscar, destinados a ir por siempre a la caza… de lo que ni siquiera vosotros sabéis, ni, quizá, sabréis jamás. Como las arenas mismas, vagaréis por toda la eternidad.

Gamet había fruncido el ceño.

—No es mi deseo ofender, caudillo, pero no tengo mucha fe en la adivinación. Ningún mortal, ni dios, puede decir a qué estamos condenados o destinados. El futuro sigue siendo una incógnita, lo único en lo que no podemos forzar patrón alguno.

El khundryl lanzó un gruñido.

—Patrones, el sustento de los chamanes. Pero no solo de ellos, ¿no? La baraja de los Dragones, ¿no se utiliza para adivinaciones?

Gamet se encogió de hombros.

—Los hay que tienen en gran estima la baraja, pero yo no soy uno de ellos.

—¿No ves acaso patrones en la historia, puño? ¿Estás ciego a los ciclos que todos sufrimos? Contempla este desierto, estos yermos que cruzas. El tuyo no es el primer imperio que quiere reclamarlo. ¿Y qué hay de las tribus? Antes de los khundryl, antes de los kherahn dhobri y los

tregyn, estaban los sanid, y los oruth, y antes que ellos estaban otros cuyos nombres se han desvanecido. Contempla las ciudades en ruinas, los viejos caminos. El pasado está compuesto por patrones y esos patrones permanecen bajo nuestros pies; las estrellas del cielo revelan sus propios patrones, pues las estrellas que contemplamos cada noche no son más que una ilusión del pasado. —Volvió a levantar la jarra y la estudió un momento —. Así pues, el pasado se encuentra por debajo y por encima del presente, puño. Esa es la verdad que abrazan mis chamanes, los huesos a los que el futuro se aferra como un músculo.

La consejera se volvió poco a poco para estudiar al caudillo.

—Llegaremos al cruce de Vathar mañana, Hiel. ¿Qué vamos a encontrar?

Los ojos del khundryl destellaron.

—Eso eres tú la que debes decidirlo, Tavore Paran. Es un lugar de muerte y a ti te dedicará sus palabras, palabras que el resto de nosotros no oiremos.

—¿Has estado allí? —preguntó la mujer.

El caudillo asintió, pero no añadió nada más.

Gamet tomó un buen sorbo de vino. Había algo extraño esa noche, allí, en ese momento, en la tienda de la consejera, que le ponía la piel de gallina. Se sentía fuera de lugar, como un simplón que se encontrara de repente en compañía de eruditos. La parranda del campamento se estaba agotando y, llegado el alba, sabía que reinaría el silencio. El sopor del borracho siempre era una pequeña muerte. El Embozado caminaba allí donde el yo se había alzado y el paso de la estela del dios enfermaba después la carne mortal.

Dejó la copa en la mesa de mapas.

—Si me perdonan —murmuró—, el aire aquí dentro está demasiado… cargado.

Ninguno respondió cuando regresó a la solapa.

Fuera, en la calle, más allá de los dos guardias wickanos inmóviles, Gamet hizo una pausa y levantó la cabeza. *Conque luz antigua, ¿eh? Si es así, entonces los patrones que yo veo… puede que hayan muerto hace mucho tiempo. No, eso sería insoportable. Es una de esas verdades que no sirven de nada, pues no ofrece nada salvo trastornos*.

Y él no necesitaba combustible para ese fuego frío. Era demasiado viejo para aquella guerra. *Bien sabe el Embozado que tampoco lo disfruté mucho la primera vez*. La venganza les pertenecía a los jóvenes, después de todo. Esa época en la que las emociones arden con más calor, cuando la vida era lo bastante afilada como para cortar lo que fuera, lo bastante fiera como para abrasar el alma.

Lo sobresaltó el paso de un gran perro pastor. La cabeza grande, los músculos ondulándose bajo una piel moteada y literalmente cosida con un sinfín de cicatrices, la silenciosa bestia descendió sin ruido por el pasillo que quedaba entre las filas de tiendas. Un momento después, desapareció en la oscuridad.

—Me ha dado por seguirlo —dijo una voz tras él.

Gamet se dio la vuelta.

—Capitán Keneb. Me sorprende encontrarlo todavía despierto.

El soldado se encogió de hombros.

—El jabalí no me ha sentado demasiado bien, señor.

—Más bien esa leche fermentada que han traído los khundryl, ¿cómo dicen que se llama?

—Urtathan. Pero no, no es la primera vez que experimento con ese brebaje, así que preferí evitarlo.

Llegada la mañana, sospecho que tres cuartas partes del ejército habrán alcanzado una sabiduría parecida.

—¿Y la cuarta parte restante?

—Muertos. —Sonrió al ver la expresión de Gamet—. Disculpe, señor, no hablaba del todo en serio. El puño le hizo un gesto al capitán para que lo acompañara y echaron a andar.

—¿Por qué sigue a ese perro, Keneb?

—Porque conozco su historia, señor. Sobrevivió a la cadena de perros. Desde Hissar a la Ladera, a las afueras de Aren. Lo vi caer casi a los pies de Coltaine. Empalado por lanzas. No debería haber sobrevivido.

—¿Y cómo lo hizo?

—Gesler.

Gamet frunció el ceño.

—¿El sargento de los infantes de marina de nuestra legión?

—Sí, señor. Lo encontró, así como a otro perro. Lo que pasó después yo no lo sé, pero la dos bestias se recuperaron de lo que deberían haber sido heridas mortales.

—Quizás un sanador…

Keneb asintió.

—Quizá, pero ninguno de la Guardia de Blistig… He hecho averiguaciones. No, hay un misterio por resolver ahí. No solo los perros, sino el propio Gesler, y su cabo, Tormenta, y un tercer soldado, ¿no ha observado el extraño tono de su piel? Son falari, pero los falari son un pueblo de tez pálida y el moreno del desierto no tiene ese aspecto. Es curioso también, porque fue Gesler el que trajo el Silanda.

—¿Cree que han hecho algún pacto con un dios, capitán? Ese tipo de culto está prohibido en el ejército imperial.

—No puedo responder a eso, señor. Ni tengo pruebas suficientes para acusarlos de algo así. Hasta el momento he

mantenido al pelotón de Gesler y a unos cuantos más en la retaguardia de la columna.

El puño gruñó.

—Esa noticia es inquietante, capitán. No confía en sus propios soldados. Y es la primera vez que me lo comenta. ¿Se ha planteado enfrentarse al sargento directamente?

Habían llegado al límite del campamento. Ante ellos se extendía una línea irregular de colinas y, a la derecha, el bosque oscuro de Vathar.

Ante las preguntas de Gamet, Keneb suspiró y asintió.

—Ellos tampoco confían en mí, puño. Corre un rumor por mi compañía… Que abandoné a mis últimos soldados en el momento del levantamiento.

¿Y los abandonaste, Keneb? Gamet no dijo nada.

Pero pareció que el capitán había oído la tácita pregunta de todos modos.

—No los abandoné, aunque no negaré que algunas de las decisiones que tomé por aquel entonces podrían dar motivos para cuestionar mi lealtad al Imperio.

—Será mejor que explique eso —dijo Gamet en voz baja.

—Tenía familia conmigo. Intentaba salvarlos y durante un tiempo no importó nada más. Señor, compañías enteras se entregaron a los rebeldes. No se sabía en quién se podía confiar. Y resultó que mi comandante…

—No hace falta que diga más, capitán. He cambiado de opinión. No quiero saberlo. ¿Y su familia? ¿Consiguió salvarlos?

—Sí, señor. Con un poco de ayuda muy oportuna de un abrasapuentes declarado en rebeldía…

—¿Un qué? ¿Quién, en el nombre del Embozado?

—El cabo Kalam, señor.

—¿Está aquí? ¿En Siete Ciudades?

—Lo estaba. De camino, creo, a ver a la emperatriz. Por lo que entendí, tenía unos asuntos que quería, bueno, plantearle. En persona.

—¿Quién más sabe todo esto?

—Nadie, señor. He oído la historia, que a los Abrasapuentes los borraron de la faz de la tierra. Pero puedo decirle que Kalam no se encontraba entre ellos. Estaba aquí, señor. En cuanto al lugar donde está ahora, quizá solo lo sepa la emperatriz.

Hubo una mancha de movimiento en las hierbas, a unos veinte pasos de distancia. *Ese perro. El Embozado sabrá lo que está tramando*.

—De acuerdo, capitán. Mantenga a Gesler en la retaguardia por ahora. Pero en algún momento, antes de la batalla, tendremos que ponerlo a prueba. Necesito saber si es de fiar.

—Sí, señor.

—Su bestia anda vagando por ahí fuera.

—Lo sé. Cada noche. Como si buscara algo. Creo que podría ser… a Coltaine. Busca a Coltaine. Y me rompe el corazón, señor.

—Bueno, si es verdad, capitán, que ese perro está buscando a Coltaine, admito que me sorprende.

—¿A qué se refiere, señor?

—A que el muy cabrón está aquí. Habría que ser ciego, tonto y sordo para no darse cuenta, capitán. Buenas noches. —Se dio la vuelta y se alejó a zancadas, le apetecía lanzar un buen escupitajo, pero sabía que el sabor amargo que tenía en la boca no lo abandonaría con tanta facilidad.

El fuego se había apagado hacía ya un buen rato. Envuelto en su manto, Cuerdas, sentado ante él, miraba,

pero no veía los ladrillos estratificados de cenizas que era todo lo que quedaba de los trozos de estiércol. A su lado estaba echado el escuálido perro faldero hengese que Verdad decía que se llamaba Cucaracha. El hueso que mordía la criatura era más grande que él, y si ese hueso hubiera tenido dientes y hambre, sería él el que se estaría comiendo al perrito.

Compañía satisfecha, así pues, para burlarse de esa noche miserable. Las formas tapadas de su pelotón yacían inmóviles por todos lados. Tras levantar los piquetes y hacer después la primera guardia estaban demasiado agotados para emborracharse, y las barrigas llenas no habían tardado en sumirlos en el sueño. Muy bien, caviló Cuerdas, estarían entre los pocos que se salvarían de los estragos de la resaca en unas cuantas campanadas. Hasta Sepia tenía que despertar todavía, como era su costumbre, o quizá tenía los ojos abiertos, allí tirado, dándole la espalda a la hoguera.

No importaba. La soledad que sufría Cuerdas no podía aliviarse con compañía, no con la compañía que podría encontrar allí, en cualquier caso. Ni tampoco eran sus pensamientos de los que querría compartir de buena gana.

Llevaban escupiendo polvo casi desde que comenzara la marcha. No era sitio para los infantes de marina, a menos que una persecución masiva amenazara la retaguardia de la columna, lo que no era el caso. No, Keneb los estaba castigando y Cuerdas no tenía ni idea de por qué. Ni siquiera el teniente, que de algún modo se las había arreglado para evitar estar presente para comandar a los pelotones, sabía muy bien cuáles podían ser los motivos del capitán. *Aunque no está disgustado, por supuesto. Claro que, ¿cómo espera Ranal adquirir una reputación estelar con sus soldados tosiendo detrás del polvo de todo el Decimocuarto?*

¿Y por qué a estas alturas no me importa ya un bledo?

El aire nocturno hedía a bilis, como si la mismísima Poliel acechara el campamento. La repentina adquisición de tres mil veteranos había contribuido mucho a levantar el ánimo del Decimocuarto; Cuerdas esperaba que no hubiera ningún mal presagio en las consecuencias.

De acuerdo, entonces, vamos a plantearnos el tema que tenemos entre manos. Este ejército ahora tiene una oportunidad. No necesita a cabrones como yo. Y además, ¿por qué iba a querer yo volver a Raraku? Lo odié ya la primera vez. Ya no soy ese necio joven y bocazas, no soy lo que fui en otro tiempo. ¿De veras pensaba que podía recuperar algo en ese desierto sagrado? ¿Qué, con exactitud? ¿Años perdidos? ¿Ese impulso de energía que pertenece a la juventud? A soldados como Sonrisas, Koryk, Botella y Chapapote. Me alisté en busca de venganza, pero ya no me llena la barriga como antes, bien sabe el Embozado que ya nada lo hace. Ni la venganza. Ni la lealtad. Ni siquiera la amistad. Maldito seas, Kalam, deberías haberme disuadido. Allí mismo, en Ciudad Malaz. Deberías haberme llamado imbécil a la cara.

El perro pastor de Gesler apareció caminando sin ruido.

Cucaracha lanzó un gruñido y la bestia más grande se detuvo, olisqueó el aire y después se acomodó a unos pasos de distancia. El perrito faldero regresó a su hueso.

—Acércate, pues, Gesler —murmuró Cuerdas.

Apareció el sargento con una jarra en una mano. Se sentó enfrente y estudió la jarra por un momento, después hizo un ruido de asco y la tiró a un lado.

—Ya no puedo emborracharme —dijo—. Ni yo, ni Tormenta ni Verdad. Estamos malditos.

—Se me ocurren maldiciones peores —murmuró Cuerdas.

—Bueno, a mí también, pero, con todo, el verdadero problema es que no puedo dormir. No podemos ninguno.

Estuvimos en el cruce de Vathar, allí fue donde llevamos el Silanda para esperar a la cadena de perros. Donde me dieron un buen palizón también. Maldita sea, eso sí que me sorprendió. Pero bueno, que no estoy deseando verlo otra vez. No después de lo que pasó allí.

—Siempre que no se hayan llevado el puente —replicó Cuerdas.

Gesler lanzó un gruñido.

Ninguno de los dos habló durante un rato, y luego:

—Estás pensando en huir, ¿verdad, Viol?

El otro frunció el ceño.

Gesler asintió poco a poco.

—Se pasa mal cuando los pierdes. A los amigos, quiero decir. Te hace preguntarte por qué sigues aquí, por qué este maldito saco de sangre, músculos y huesos sigue en marcha. Así que echas a correr. ¿Y luego qué? Nada. No estás aquí, pero estés donde estés, sigues allí.

Cuerdas hizo una mueca.

—¿Se supone que tengo que encontrarle sentido a eso? Escucha, no es solo lo que les pasó a los Abrasapuentes. Es también lo de ser soldado. Lo de hacer todo esto otra vez. Me he dado cuenta de que ni siquiera me gustó mucho la primera vez. Tiene que llegar un punto, Gesler, en el que ya no es el sitio donde se debe estar, ni lo que se tiene que hacer.

—Puede, pero yo no lo he visto todavía. Todo se reduce a lo que se te da bien. Nada más, Viol. Tú ya no quieres ser soldado. Estupendo, ¿pero qué vas a hacer entonces?

—Fui aprendiz de cantero una vez…

—Y los aprendices tienen diez años, Violín. No son viejos cascarrabias a los que les crujen los huesos como es tu caso. Mira, solo hay una cosa que pueda hacer un soldado, y es ser soldado. ¿Quieres que acabe? Muy bien, tenemos una

batalla encima. Debería darte oportunidades de sobra. Tírate encima de una espada y ya está. —Gesler hizo una pausa y señaló a Cuerdas con un dedo—. Pero ese no es el problema, ¿verdad? Es porque ahora tienes un pelotón y eres responsable de ellos. Eso es lo que no te gusta, y por eso estás pensando en echar a correr.

Cuerdas se levantó.

—Vete a acariciar a tu perro, Gesler. —Después se perdió en la oscuridad.

La hierba que pisaba estaba húmeda mientras se dirigía hacia los piquetes. Le dieron el alto con voz ahogada y él respondió, poco después se encontraba más allá del campamento. En el cielo, las estrellas habían empezado a retirarse y el cielo se iba iluminando. Las poliñeras volaban en remolinos de nubes hacia las colinas boscosas de Vathar, algún que otro rhizano se precipitaba entre ellas, lo que provocaba una explosión entre los insectos, que salían disparados solo para recuperar el grupo una vez pasado el peligro.

En el risco, a trescientos pasos de distancia del sargento, se encontraban media docena de lobos del desierto. Ya habían terminado con sus aullidos nocturnos y en ese momento se rezagaban por pura curiosidad, o quizá solo aguardaban la partida del ejército para poder descender sobre la cuenca y repartirse los restos.

Cuerdas se detuvo al oír un leve canturreo, bajo, triste y discordante, que parecía emanar de una depresión justo a ese lado del risco. Lo había oído otras noches, siempre más allá del campamento, pero nunca había sentido la inclinación de investigar. No había nada invitador en aquella música aflautada y atonal.

Pero en ese momento sintió que lo llamaba. Con voces conocidas. Con el corazón dolorido de repente, se acercó un

poco más.

La depresión estaba repleta de hierbas amarillentas, pero habían aplanado un círculo en el centro. Los dos niños wickanos, Nada y Menos, estaban sentados allí, uno enfrente del otro, con el espacio entre ellos ocupado por un amplio cuenco de bronce.

Fuera lo que fuera lo que lo llenaba, estaba atrayendo mariposas, una veintena en ese momento, pero se iban reuniendo más.

Cuerdas dudó y después se dispuso a irse.

—¡Acércate más! —exclamó Nada con su voz aflautada—. ¡Rápido, ya sale el sol!

El sargento se acercó con el ceño fruncido. Cuando llegó al borde de la depresión, se detuvo, alarmado de repente. Lo rodeó un enjambre de mariposas, un frenesí de color amarillo pálido le llenó los ojos, rozaban el aire contra su piel como un millar de alientos. Giró allí mismo, pero no vio nada tras la masa de alas palpitantes.

—¡Más cerca! ¡Te quiere aquí! —La voz aguda y chillona de Menos.

Pero Cuerdas no podía dar ni un paso más. Estaba envuelto y dentro de aquel sudario amarillo había una… presencia.

Una presencia que habló.

—*Abrasapuentes. Raraku te aguarda. No le des la espalda ahora*.

—¿Quién eres? —preguntó Cuerdas—. ¿Quién habla?

—*Soy de esta tierra ahora. Lo que era antes no importa. He despertado. Hemos* despertado. Ve a reunirte con los tuyos. En Raraku, donde te encontrará. Juntos debéis matar a la diosa. Debéis librar a Raraku de la mancha que lo invade.

—¿A los míos? ¿A quién encontraré allí?

—*La canción vaga, abrasapuentes. Busca un hogar. No te des la vuelta*.

Y de repente la presencia se desvaneció. Las mariposas se alzaron al cielo, girando y revoloteando bajo la luz del sol. Cada vez más y más altas…

Unas manitas se aferraron a él y bajó los ojos. Menos se lo había quedado mirando con la carita aterrada. Dos pasos por detrás se encontraba Nada, que se abrazaba a sí mismo y tenía los ojos llenos de lágrimas.

Menos estaba chillando.

—¿Por qué tú? ¡Hemos llamado y llamado! ¿Por qué tú?

Cuerdas sacudió la cabeza y la apartó.

—¡N-no lo sé!

—¿Qué dijo? ¡Dínoslo! Tenía un mensaje para nosotros, ¿verdad? ¿Qué dijo?

—¿Para vosotros? Nada, muchacha… ¿Por qué? En el nombre del Embozado, ¿quién creéis que era?

—¡Sormo E'nath!

—¿El hechicero? Pero si… —Cuerdas se tambaleó un paso más hacia atrás—. ¡Dejad ya esa maldita canción!

Los wickanos se lo quedaron mirando.

Y Cuerdas se percató de que ninguno de los dos estaba cantando, ninguno de los dos podría haber estado haciéndolo, pues continuaba llenando su cabeza.

—¿Qué canción, soldado? —preguntó Menos.

Cuerdas sacudió la cabeza, se dio la vuelta y regresó al campamento. Sormo no tenía nada que decirles. Y él tampoco. Y tampoco quería ver sus caras, su desesperación indefensa, su anhelo de un dios que se había ido, desaparecido para siempre. *Ese no era Sormo E'nath. Eso era otra cosa, el Embozado sabrá qué. «Hemos despertado.» ¿Qué significa eso? ¿Y quién me está esperando en Raraku? Los míos… Yo no tengo a nadie, salvo*

a los Abrasapuentes... ¡por los dioses del inframundo! ¿Ben el Rápido? ¿Kalam? ¿Uno o los dos? Le apetecía chillar, aunque solo fuera para silenciar la canción que susurraba en su cabeza, esa música pavorosa, dolorosamente incompleta que reconcomía su cordura.

Raraku, al parecer, no había terminado todavía con él. Cuerdas despotricó en silencio. *¡Maldito sea todo esto!*

Al norte, entre los jirones de humo del campamento, las colinas cubiertas de Vathar parecían desplegar la luz dorada del sol. En el risco, tras él, los lobos empezaron a aullar.

Gamet se acomodó en la silla cuando su caballo empezó a descender hacia el río. No había pasado el tiempo suficiente para que la tierra se tragara por completo a las víctimas de la masacre que se había producido allí. Huesos blanqueados resplandecían en el cieno arenoso de la orilla. Fragmentos de tela, trozos de cuero, de hierro. Y el vado en sí apenas era reconocible. Restos de un puente flotante se amontonaban sobre él corriente arriba y en esa barrera se habían acumulado más detritos. Carretas hundidas y encharcadas, árboles, hierbas, juncos, anclados por sedimentos, una voluminosa masa encorvada que había formado una especie de puente. Al puño le parecía que todo aquello estaba a punto de soltarse de un momento a otro.

Los exploradores lo habían cruzado a pie. Gamet vio una veintena de setis embarrados al otro lado, abriéndose camino por la escarpada ladera.

Los bosques de ambos lados del río eran una masa de colores, las ramas festoneadas con tiras de tela, con trenzas y huesos humanos pintados que se retorcían al viento.

Mesh'arn tho'ledann: «el día de Pura Sangre». Corriente arriba, en ambas orillas hasta donde alcanzaba la vista,

habían clavado largas pértigas en el barro formando ángulos, de modo que colgaran sobre las agitadas aguas. De ellas pendían cadáveres de ovejas y cabras. De algunos todavía chorreaba sangre, mientras que otros ya estaban medio podridos, cubiertos de moscas, poliñeras y aves carroñeras. Pequeñas motas blancas caían de los animales sacrificados, hacia ellas se precipitaban los peces, y Gamet tardó un momento en darse cuenta lo que eran esas motas: gusanos, que caían al río.

El capitán Keneb llevó su caballo junto al de Gamet y se acercaron a la orilla.

—No es barro lo que mantiene unidos esos restos, ¿verdad? Oh, algún sedimento y arena, pero sobre todo…

—Sangre, sí —murmuró Gamet.

Iban siguiendo a la consejera, que estaba flanqueada por Nada y Menos. Los tres llegaron a la orilla del agua y detuvieron sus monturas. Tras Gamet y Keneb, las compañías de vanguardia de la décima legión estaban en la ladera, a la vista del río y del accidentando puente.

—Esos sacrificios, ¿cree que los hicieron para darnos la bienvenida, puño? No me imagino que semejante matanza sea continua, acabarían con los rebaños en muy poco tiempo.

—Algunos llevan aquí un tiempo —comentó Gamet—. Pero debe de tener razón, capitán.

—Así que cruzaríamos un río de sangre. Si esas malditas tribus consideran honorable ese gesto, entonces la Reina les ha arrebatado la cordura. Esa idea de ver en el mundo una eterna metáfora siempre me ha vuelto loco. El nativo de Siete Ciudades lo ve todo diferente. Para ellos, el paisaje está animado; no solo la vieja idea de los espíritus, sino de alguna otra forma mucho más complicada.

Gamet miró al hombre.

—¿Merece la pena hacer un estudio de todo ello, capitán?

Keneb se sobresaltó y después esbozó una media sonrisa y añadió un extraño encogimiento de hombros descorazonado.

—Ese diálogo concreto habló de la rebelión y solo la rebelión, durante meses y meses antes de que al fin ocurriera. Si nos hubiéramos molestado en leer las señales, puño, podríamos haber estado mejor preparados.

Se habían detenido detrás de la consejera y los dos wickanos. Al oír las palabras de Keneb, Tavore le dio la vuelta al caballo y miró al capitán.

—A veces —dijo—, el conocimiento no basta.

—Disculpe, consejera —dijo Keneb.

Tavore clavó la mirada firme en Gamet.

—Traiga aquí a los infantes, puño. Necesitaremos zapadores y municiones. Cruzaremos un vado, no un puente de detritos sostenido por sangre.

—Sí, consejera. Capitán, si quiere unirse a mí…

Los dos hombre les dieron la vuelta a sus caballos y regresaron colina arriba. Gamet miró a Keneb y vio que el hombre estaba sonriendo.

—¿Qué le divierte, capitán?

—Municiones, señor. Los zapadores van a llorar.

—Siempre que no destruyan el vado en sí, para mí será un placer consolarles con un abrazo.

—Yo no les dejaría oír una promesa como esa, señor.

—No, supongo que tiene razón.

Llegaron a las primeras filas de la décima legión y Gamet hizo un gesto a una mensajera para que se acercase. Cuando se aproximó el jinete, el puño Tene Baralta se reunió con la mujer y llegaron los dos juntos.

—¿Zapadores? —preguntó el espada roja.

Gamet asintió.

—Sí.

Tene Baralta asintió y se dirigió a la mensajera.

—Llévales recado a los tenientes de los infantes de marina. La consejera requiere un trabajo de demolición. De inmediato.

—Sí, señor —respondió la mujer al tiempo que hacía girar su caballo.

La observaron volver a medio galope por la línea y después el espada roja miró a Gamet.

—Lo verán como un insulto. Este puente de sangre pretende ser una bendición.

—La consejera lo sabe, Tene Baralta —respondió Gamet —. Pero el terreno es demasiado traicionero. Eso debería ser obvio, incluso para nuestros observadores ocultos.

El hombretón se encogió de hombros y la armadura emitió un sonido metálico con el movimiento.

—Quizás unas palabras discretas con Hiel, de los khundryl; un jinete enviado a buscar a esos observadores, solo para asegurarnos de que no se produce ningún malentendido.

—Una buena sugerencia —respondió Gamet.

—Me ocuparé de eso, entonces.

El espada roja se alejó a caballo.

—Disculpe si soy demasiado osado, puño —murmuró Keneb—, pero lo que acaba de ocurrir me parece a mí que es justo lo que más desagradaría a la consejera.

—¿Cree que le desagrada la iniciativa entre sus oficiales, capitán?

—No se me ocurriría presumir…

—Acaba de hacerlo.

—Ah, bueno, ya entiendo lo que dice. Mis disculpas, puño.

—No se disculpe cuando tiene razón, Keneb. Espere aquí a los pelotones. —Partió hacia donde la consejera continuaba sentada a lomos de su caballo, en la orilla.

Nada y Menos habían desmontado y en ese momento estaban arrodillados, con las cabezas inclinadas, en el agua cenagosa.

Gamet vio, al llegar, la cólera contenida de Tavore. *Sí, se aferran todavía a las cadenas y parece que soltarlas es lo último que harían… dada la alternativa. Bueno, fui yo el que mencionó la iniciativa*.

—Veo que los niños están jugando en el barro, consejera.

La mujer giró la cabeza de golpe y entrecerró los ojos.

Gamet continuó.

—Le aconsejo que les asignemos una niñera, no vayan a hacerse daño con su exuberancia. Después de todo, consejera, dudo que la emperatriz pretendiera que usted les hiciera de «madre», ¿no?

—No, claro —dijo la mujer con tono cansino tras un momento—. Debían ser mis magos.

—Ah, entonces me pregunto si les ha pedido que se comuniquen con los fantasmas. ¿Intentan apaciguar a los espíritus del río?

—No, de nuevo, puño. A decir verdad, no tengo ni idea de lo que están haciendo.

—En mi opinión está resultando ser usted una madre demasiado permisiva, consejera.

—¿No me diga? Entonces le doy permiso para actuar en mi lugar, puño.

No había forma de que Nada y Menos no se hubieran enterado de la conversación que se producía a su espalda, pero ninguno de los dos alteró su posición. Con un ruidoso suspiro, Gamet desmontó y se acercó a la orilla cenagosa.

Después estiró los brazos, cogió las camisas de cuero justo por detrás del cuello y levantó de un tirón a los dos wickanos.

Chillidos agudos y después una furia siseante cuando el puño los sacudió a los dos por un momento y luego les dio la vuelta para que miraran a la consejera.

—Esto es lo que una abuela wickana habría hecho. Ya lo sé, algo más duro que el estilo habitual de los padres malazanos. Claro que estos dos niños no son malazanos, ¿verdad? —Después los puso en el suelo.

—Quizá ya sea demasiado tarde, puño —dijo Tavore—, pero me gustaría recordarle que estos dos niños son también hechiceros.

—Yo no he visto indicio alguno todavía, consejera. Pero si me quieren maldecir, adelante.

De momento, sin embargo, ninguno de los dos niños parecía muy predispuesto a maldecir a nadie. La rabia había dado paso a algo que se parecía mucho a un gesto enfurruñado.

Tavore se aclaró la garganta.

—Nada, Menos, creo que será necesario que unos representantes de nuestro ejército busquen a las tribus nativas de este bosque y les aseguren que somos muy conscientes de lo que significa su gesto. No obstante, debemos garantizar un cruce seguro de este vado.

—Consejera, el puño Tene Baralta ha sugerido algo parecido, pero usando a los khundryl.

—Quizá representantes de ambos, entonces. —Y dirigiéndose a los wickanos—: Presentaos al puño Tene Baralta.

Gamet vio que los niños intercambiaban una mirada, después Nada se dirigió a la consejera.

—Como desees.

Menos le lanzó una mirada venenosa de despedida a Gamet cuando se fueron.

—Reza para no tener que pagar por eso —dijo Tavore cuando ya no los podía oír nadie.

Gamet se encogió de hombros.

—Y la próxima vez, que Tene Baralta me traiga sus sugerencias en persona.

—Sí, consejera.

Sepia y Cuerdas regresaron gateando de la orilla. Empapados y cubiertos de cieno incrustado de sangre, no obstante no podían quitarse las sonrisas de la cara. Un placer doble porque las municiones habían salido de las reservas del Decimocuarto, no de las suyas propias. Doce buscapiés que conducirían las explosiones al plano horizontal, tres malditos colocados a poca profundidad entre los detritos para soltar los escombros.

Y apenas un puñado de latidos antes de que todo saltara por los aires.

El resto del ejército se había retirado a la cima de la colina; los exploradores setis del lado contrario no se veían por ninguna parte. Lo que dejaba solo a los dos zapadores… corriendo como locos.

Una explosión atronadora los mandó a los dos volando por el cielo. Arena, barro, agua, seguido todo por una lluvia de desechos.

Con las manos sobre la cabeza se quedaron inmóviles durante un minuto largo, el único sonido que les llegaba era el torrente de agua que barría el vado despejado. Después, Cuerdas le echó un vistazo a Sepia y lo encontró mirando atrás.

Quizá con dos malditos habría sido suficiente.

Intercambiaron unos asentimientos y después se pusieron en pie con cierto esfuerzo.

El vado estaba despejado. El agua hervía de restos y se abría camino rumbo al mar Dojal Hading.

Cuerdas se limpió el barro de la cara.

—¿Crees que hemos hecho algún agujero, Sepia?

—Na que vaya a ahogar a nadie, diría yo. Menos mal que no echaste a correr —añadió Sepia con un murmullo, al mismo tiempo que los jinetes iban bajando la ladera a su espalda.

Cuerdas le lanzó una mirada al otro.

—¿Qué es lo que no oyes?

—No es una pregunta que pueda contestar, ¿verdad, Viol?

Llegó el primer jinete, su compañero zapador, Quizás, del sexto pelotón.

—Plano y limpio —dijo—, pero dejasteis muy poco margen; ¿qué sentido tiene provocar una gran explosión si vais a tener la cara metida en la tierra cuando estalla?

—¿Algún otro brillante comentario, Quizás? —rezongó Sepia al tiempo que se limpiaba, un gesto que era obvio que no tenía la menor oportunidad de conseguir ningún resultado perceptible—. En caso contrario, ten la amabilidad de salir ahí con el caballo y comprobar si hay agujeros.

—Sin prisas —añadió Cuerdas—. Deja que el caballo marque el ritmo.

Quizás levantó las cejas.

—¿De veras? —Después azuzó a su montura con un golpecito.

Cuerdas se quedó mirando al soldado que se alejaba.

—Odio a los cabrones irónicos como él.

—Los wickanos lo desollarán vivo si le rompe las patas a ese caballo.

—Eso parece un feudo a punto de surgir.

Sepia hizo una pausa en sus infructuosos esfuerzos por limpiarse y después frunció el ceño.

—¿Qué?

—Da igual.

Ranal y Keneb se acercaron a caballo.

—Bonito trabajo —dijo el capitán—. Creo.

—No debería haber problemas —respondió Cuerdas—. Siempre que no empiecen a dispararnos flechas.

—Ya nos hemos ocupado de eso, sargento. Bueno, su pelotón tiene el privilegio de cruzar el primero.

—Sí, señor.

Debería de sentirse satisfecho, el placer de un trabajo bien hecho, pero Cuerdas no sentía nada más allá de la emoción inicial que había seguido de inmediato a la explosión. La canción entrecortada susurrada sin cesar en su mente, un canto fúnebre que se ocultaba tras cada pensamiento.

—El camino parece despejao —murmuró Sepia.

Sí. Lo que no significa que tenga que gustarme.

La tierra se alzaba escarpada en el lado norte del río Vathar, con un terromontero sin árboles que se elevaba sobre la pista, hacia el oeste. El ejército continuó cruzando mientras la consejera y Gamet trepaban a pie por el camino de cabras hacia la cima del collado. El sol estaba bajo en el cielo (su segundo día entero en el vado) y el río parecía fundido por los chillones chorros de luz que tenían a la izquierda, aunque ese lado de la prominencia de roca estaba sumido en profundas sombras.

El barro que cubría las piernas envueltas en cuero de Gamet se estaba secando y convirtiendo en una piel rígida repleta de grietas que iban derramando polvo al trepar en

pos de Tavore. Le costaba respirar y tenía las prendas interiores empapadas de sudor.

Llegaron a la cima y salieron una vez más a la luz del sol. Un viento vivo y cálido barría la roca desnuda y plana. Un círculo de piedras en un saliente más bajo, en lo que pasaba por el lado de sotavento, marcaba el sitio donde habían construido una hoguera de vigilancia, quizás en la época de la cadena de perros.

La consejera se limpió el polvo de los guantes y después se acercó al borde norte. Tras un momento, Gamet la siguió.

La ciudad de Ubaryd era visible, de color pardo y envuelta en humo, al nordeste. Tras ella resplandecía el mar de Dojal Hading. El puerto de la ciudad estaba atestado de barcos.

—El almirante Nok —dijo la consejera.

—Ha vuelto a tomar Ubaryd, entonces.

—Donde nos reabasteceremos, sí. —Después la mujer señaló al norte—. Allí, Gamet. ¿Lo ves?

El puño guiñó los ojos y se preguntó qué se suponía que tenía que ver al otro lado de los inmensos yermos que eran el Ubaryd Odhan. Después expulsó el aliento siseando entre dientes.

Un muro rojo y fiero en el horizonte, como si se estuviera poniendo un segundo sol.

—El torbellino —dijo Tavore.

De repente, el viento era mucho más frío y empujaba con fuerza a Gamet en aquella cima.

—Tras él —continuó la consejera— espera nuestro enemigo. Dime, ¿crees que Sha'ik responderá ante nuestro acercamiento?

—Sería tonta si no lo hiciera —respondió el puño.

—¿Estás seguro de eso? ¿No preferiría enfrentarse a reclutas sin experiencia?

—Es una apuesta enorme, consejera. La marcha sola habrá endurecido al Decimocuarto. Si yo fuera ella, preferiría enfrentarme a un enemigo magullado y agotado por las batallas. Un enemigo cargado de heridos, con escasez de flechas, caballos y demás. Y para cuando llegara el encuentro definitivo, también habría aprendido algo sobre usted, consejera. Sus tácticas. Tal y como están las cosas, Sha'ik no tiene modo de tomarle la medida.

—Sí. Es curioso, ¿verdad? O bien le soy indiferente o tiene la sensación de que ya me ha tomado la medida, cosa que, por supuesto, es imposible. Incluso suponiendo que tenga espías en nuestro ejército, hasta ahora no he hecho mucho más que asegurarme de que avanzamos de modo organizado.

¿Espías? ¡Por los dioses del inframundo, yo ni siquiera me había planteado eso!

Ninguno de los dos habló durante un rato, cada uno perdido en sus propios pensamientos mientras miraban al norte.

El sol se iba desvaneciendo a su izquierda.

Pero el torbellino conservaba su propio fuego.

Capítulo 16



El poder tiene voz, y esa voz es la canción del caminante espiritual tanno.

Kimloc

Despertó con algo tenue y húmedo que le hociqueaba el costado, abrió los ojos poco a poco, bajó la cabeza y vio a un cachorrito de bhok'aral, moteado por algún tipo de infección de la piel, que se había acurrucado contra su estómago.

Kalam se sentó de golpe y contuvo el impulso de agarrar a la criatura por el cuello y lanzarla contra un muro. La compasión no fue el factor fundamental, por supuesto. Más bien lo fue que ese templo subterráneo albergaba cientos, quizás incluso miles de bhok'arala y las criaturas poseían una compleja estructura social; si le hacía daño a ese cachorrito, Kalam podría encontrarse bajo un enjambre de machos. Y a pesar de lo pequeñas que eran aquellas bestezuelas, sus caninos no tenían nada que envidiar a los de los jabalíes. Con todo, luchó por contener la repulsión cuando apartó con suavidad a la veteada cría.

Esta maulló con aire patético, levantó la cabeza y lo miró con unos ojos enormes y líquidos.

—Ni lo intentes siquiera —murmuró el asesino, que se deslizó de entre las pieles y se levantó. Copos de piel mohosa le cubrían la cintura y tenía la fina camisa de lana

empapada de la nariz llorosa del cachorro. Kalam se quitó la camisa y la lanzó a una esquina del pequeño aposento.

Hacía más de una semana que no veía a Iskaral Pust. Aparte de algún que otro cosquilleo en las puntas de los dedos de las manos y los pies, estaba más o menos recuperado del ataque del demonio enkar'al. Kalam había entregado los diamantes y estaba impaciente por irse.

Un leve canturreo levantó ecos en el pasillo. El asesino sacudió la cabeza. *Quizás algún día Mogora termine acertando, pero entretanto... dioses del inframundo, ¡chirría!* Se acercó sin prisas a su raída mochila y revolvió en el interior hasta que encontró otra camisa.

En el exterior de la puerta resonaron unos golpes secos repentinos, Kalam se volvió y la vio abrirse de par en par. Mogora se plantó enmarcada por el umbral con un cubo de madera en una mano y una fregona en la otra.

—¿Estaba aquí? ¿Ahora mismo? ¡Dímelo!

—Hace días que no lo veo —respondió Kalam.

—¡Tiene que limpiar la cocina!

—¿Es lo único que haces, Mogora? ¿Perseguir la sombra de Iskaral Pust?

—¡Lo único! —La palabra fue un chillido. La mujer se fue a por él enfurecida y la fregona empuñada como un arma—. ¿Es que soy yo la única que usa la cocina? ¡No!

Kalam dio unos pasos atrás y se limpió saliva de la cara, pero la mujer dalhonesia siguió avanzando.

—¡Y tú! ¿Tú te crees que tus comidas llegan aquí solas? ¿Te crees que los dioses de las sombras las conjuran de la nada? ¿Es que te invité yo aquí? ¿Eres mi invitado? ¿Soy tu moza de servicio?

—Los dioses nos libren...

—¡Cállate! ¡Estoy hablando yo, no tú! —Puso la fregona y el cubo en manos de Kalam y después, al ver al cachorro de

bhok'aral acurrucado en el catre, se agachó, adoptó una postura depredadora y se fue acercando poco a poco con los dedos engarfiados—. Ahí estás —murmuró—. Vas dejando piel por todas partes, ¿eh? ¡No mucho más tiempo!

Kalam se interpuso en su camino.

—Ya está bien, Mogora. Sal de aquí.

—No sin mi animalito.

—¿Animalito? ¡Pero si quieres retorcerle el pescuezo, Mogora!

—¿Y?

El asesino dejó la fregona y el cubo en el suelo. *No me lo puedo creer. Estoy defendiendo a un bhok'aral sarnoso... de una bruja d'ivers*.

Hubo un movimiento en la puerta y Kalam hizo un gesto.

—Mira detrás de ti, Mogora. Hazle daño a este cachorro y tendrás que enfrentarse a ellos.

La mujer giró y después siseó.

—¡Escoria! Engendros de Iskaral, ¡siempre espiando! Así se esconde, ¡los utiliza a ellos!

Con unos chillidos ululantes la mujer cargó contra la puerta. Los bhok'arala que se habían concentrado allí respondieron con chillidos y se dispersaron, aunque Kalam vio a uno pasar disparado entre las piernas de la mujer y saltar al catre. Cogió a la cría bajo un brazo y salió como un rayo por el pasillo.

Mogora salió tras ellos y sus gemidos fueron menguando.

—Je, je.

Kalam se volvió.

Iskaral Pust salió de las sombras en la esquina del otro lado. Estaba cubierto de polvo y llevaba un saco que le cubría un hombro huesudo.

El asesino frunció el ceño.

—Ya he esperado tiempo suficiente en esta casa de locos, sacerdote.

—Desde luego que sí. —El hombre ladeó la cabeza y se tiró de uno de los pocos mechones de cabello que le quedaban en la testa—. Yo he terminado y él puede irse, ¿no? Debería ser amable, abierto, esparcir polvo dorado para marcar el camino que lo lleve al mundo que lo aguarda. No sospechará nada. Creerá que se va por propia voluntad. Tal y como debería ser. —Iskaral Pust sonrió de repente y después le tendió el saco—. Toma, unos cuantos diamantes para ti. Gástalos por ahí, ¡gástalos por todas partes! Pero recuerda, debes irrumpir en el torbellino y entrar en el corazón de Raraku, ¿sí?

—Esa es mi intención —rezongó Kalam, cogió el saco y lo metió en su mochila—. No hablamos de cosas distintas, sacerdote, aunque me doy cuenta de que preferirías que lo hiciéramos, dada tu mente perversa. Con todo… irrumpir en el torbellino… sin que nadie se percate. ¿Cómo me las voy a arreglar?

—Con la ayuda del mortal elegido por Tronosombrío. ¡Iskaral Pust, sumo sacerdote y maestro de Rashan, Meanas y Thyr! El torbellino es una diosa y no puede tener los ojos en todas partes. Y ahora, recoge tus cosas, deprisa. ¡Debemos irnos! ¡Esa mujer está a punto de volver y yo he vuelto a dejar la cocina hecha un desastre! ¡Corre!

Salieron de la senda de sombra bajo un gran afloramiento de rocas, a pleno día y a menos de cien pasos del furioso muro del torbellino. Después de tres zancadas, Kalam estiró una mano, cogió al sacerdote por el brazo y le dio la vuelta.

—¿Ese canturreo? ¿De dónde sale ese canturreo, Iskaral, en el nombre del Embozado? Lo oí en el monasterio y creí

que era Mogora…

—¡Mogora no sabe cantar, idiota! ¡Yo no oigo nada, nada salvo los vientos salvajes y el siseo de las arenas! ¡Estás loco! ¿Está loco? Sí, es posible. No, probable. El sol le asó el cerebro en ese grueso cráneo que tiene. Una disolución gradual…, pero por supuesto que no, por supuesto que no. Es la canción tanno, eso es lo que es. Con todo, seguro que también está loco. Dos temas completamente diferentes. La canción y su locura. Distintos, sin relación, ambos confunden de igual modo todo lo que mis amos planean. O en potencia. En potencia. No hay certeza alguna, no en esta maldita tierra, sobre todo no aquí. Inquieto Raraku. ¡Inquieto!

Con un gruñido, Kalam apartó al hombre y empezó a caminar hacia el muro del Torbellino. Tras un momento, Iskaral Pust lo siguió.

—Dime cómo vamos a hacerlo, sacerdote.

—Es muy sencillo, en realidad. Ella lo notará cuando irrumpamos. Como una cuchillada. Es inevitable. Así pues, ¡confusión! ¡Y no hay nadie mejor a la hora de confundir que Iskaral Pust!

Llegaron a menos de veinte pasos del hirviente muro de arena. Remolinos de nubes de polvo los envolvieron. Iskaral Pust se acercó mucho y reveló una sonrisa llena de arenilla.

—¡Sujétate, Kalam Mekhar! —Después se desvaneció.

Una forma inmensa se cernió sobre el asesino, que de repente se vio levantado en un enjambre de brazos.

El azalan.

A la carrera, fluyendo más rápido que cualquier caballo por el borde del muro del Torbellino. El demonio colocó a Kalam junto a su torso y después tomó impulso.

Un rugido atronador llenó los oídos del asesino, la arena le azotaba la piel. Cerró los ojos y los apretó.

Varios golpes secos y el azalan cruzó a toda velocidad la arena compacta. Por delante tenían las ruinas de una ciudad.

Estalló el fuego bajo el demonio, un camino de llamas que lo devoraba todo bajo él.

La meseta de la ciudad muerta se alzó ante ellos. El azalan no frenó siquiera sino que trepó a toda prisa por el muro recortado. Surgió una fisura, no lo bastante grande para el demonio, pero suficiente para Kalam.

El asesino se vio lanzado a la grieta mientras el azalan fluía sobre ella. Aterrizó con pesadez entre escombros y trozos de loza. En lo más profundo de la sombra de la fisura.

Un trueno repentino en el cielo que sacudió la roca. Y luego, una y otra vez, ruidos que parecían puntuar un camino de regreso al muro de arena. Las detonaciones cesaron al poco y solo quedó el rugido del torbellino.

Creo que consiguió volver a salir. Un cabrón muy rápido.

El asesino se quedó inmóvil un rato, se preguntaba si la treta había dado resultado. En cualquier caso, esperaría a la noche antes de aventurarse a salir.

Ya no oía la canción. *Algo que agradecer*.

Las paredes de la fisura revelaban capa tras capa de trozos de arcilla en un lado, al otro, una sección hundida y levantada de una calle enlosada, y en el último, el flanco del muro interior de un edificio (el yeso levantado y lleno de marcas). Bajo él, los escombros estaban sueltos y parecían profundos.

Kalam comprobó sus armas y se puso cómodo para esperar.

Con Apsalar en brazos, Navaja salió por la puerta. El peso de la mujer le provocaba oleadas de dolor en el hombro

magullado y no le parecía que fuera a ser capaz de llevarla en brazos mucho tiempo.

Treinta pasos más allá, al borde del claro donde convergían dos senderos, yacían decenas de cuerpos. Y en medio de todos se encontraba Cotillion.

Navaja se acercó al dios de Sombra. Los tiste edur yacían amontonados en un círculo alrededor de un espacio despejado a la izquierda, pero la atención de Cotillion aparentemente se concentraba en un cuerpo completo que yacía a sus pies. Cuando se acercó el daru, el dios se agachó poco a poco y estiró una mano para apartarle el pelo de la cara al cadáver.

Navaja vio que era la vieja bruja, la que estaba quemada. *La que creí que era la fuente de poder en el grupo malazano. Pero no era ella. Era Viajero*. Se paró en seco a unos pasos de ellos, lo detuvo la expresión de Cotillion, la mirada estragada que lo hacía parecer de repente veinte años mayor. La mano enguantada que había apartado el pelo acarició entonces la cara abrasada de la mujer.

—¿La conocías? —preguntó Navaja.

—Hawl —respondió el otro tras un momento—. Creía que Torva había acabado con todos. Que no quedaba nadie de la jefatura del Espolón. Creí que estaba muerta.

—Lo está. —Después cerró la boca de repente. *Un comentario miserable, maldita sea*…

—Les enseñé bien, sabían esconderse —continuó Cotillion con los ojos todavía clavados en la mujer que yacía en la hierba ensangrentada, pisoteada—. Sabían lo suficiente como para esconderse hasta de mí, al parecer.

—¿Qué piensas que hacía aquí?

Cotillion sufrió un leve estremecimiento.

—Esa no es la pregunta, Navaja. Más bien, ¿por qué estaba con Viajero? ¿Qué trama el espolón? Y Viajero…

dioses, ¿sabía quién era ella? Por supuesto que sí, oh, ha envejecido, y no muy bien, pero a pesar de todo…

—Podrías preguntárselo, sin más —murmuró Navaja con un gruñido al tiempo que cambiaba de postura el peso de Apsalar—. Después de todo, está en el patio, detrás de nosotros.

Cotillion bajó la mano hasta el cuello de la mujer y levantó algo colgado de un cordel. Un espolón de algún tipo manchado de amarillo. Lo soltó del cordel, lo estudió por un momento, después se giró y se lo lanzó a Navaja.

Lo alcanzó en el pecho y cayó en el regazo de Apsalar.

El daru se lo quedó mirando un momento, después levantó la cabeza y miró al dios a los ojos.

—Ve al barco edur, Navaja. Voy a enviaros a los dos a otro… agente nuestro.

—¿Para hacer qué?

—Para esperar. Por si se os necesita.

—¿Para qué?

—Para ayudar a otros a derribar al patrón del Espolón.

—¿Sabes dónde está esa persona?

El otro levantó a Hawl en brazos y se irguió.

—Tengo cierta sospecha. Ahora, al fin, una sospecha para aclarar todo esto. —Se volvió con la frágil figura sujeta sin esfuerzo en los brazos y estudió a Navaja durante un momento. Una sonrisa lánguida, momentánea—. Míranos a los dos —dijo, después se volvió y echó a andar hacia la pista del bosque.

Navaja se lo quedó mirando.

Después se puso a gritar.

—¡No es lo mismo! ¡No lo es! Nosotros no…

Las sombras del bosque se tragaron al dios.

Navaja siseó una maldición y después se volvió hacia el camino que llevaba a la orilla.

El dios Cotillion continuó caminando hasta que llegó a un pequeño claro que había a un lado del camino. Transportó su carga hasta el centro y la posó con suavidad en el suelo.

Una hueste de sombras cobró vida con un giro enfrente de él hasta que la forma vaga e insustancial de Tronosombrío se fue resolviendo poco a poco. Para variar, el dios no dijo nada durante un buen rato.

Cotillion se arrodilló junto al cuerpo de Hawl.

—Viajero está aquí, Ammanas. En las ruinas edur.

Ammanas lanzó un gruñido suave y después se encogió de hombros.

—No tendrá interés alguno en responder a nuestras preguntas. Nunca lo tuvo. Tozudo como todos los dalhonesios.

—Tú eres dalhonesio —comentó Cotillion.

—Por eso. —Ammanas se deslizó sin ruido hasta que se encontró al otro lado del cadáver—. Es ella, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cuántas veces tienen que morir nuestros seguidores, Cotillion? —preguntó el dios, después suspiró—. Claro que es obvio que ella dejó de ser una seguidora hace ya algún tiempo.

—Pensó que nos habíamos ido, Ammanas. El emperador y Danzante. Desaparecidos. Muertos.

—Y en cierto modo tenía razón.

—En cierto modo, sí. Pero no del modo más importante.

—¿Que es?

Cotillion levantó la cabeza y después hizo una mueca.

—Era una amiga.

—Ah, ese modo más importante. —Ammanas se quedó callado durante un momento y después preguntó—.

¿Continuarás con esto?

—No veo muchas alternativas. El Espolón está tramando algo. Tenemos que detenerlos…

—No, amigo mío. Tenemos que asegurarnos de que fracasan. ¿Has encontrado algún… modo?

—Algo más que eso. Me he dado cuenta de quién está dirigiendo todo el asunto.

La cabeza encapuchada de Tronosombrío se ladeó un poco.

—¿Y allí es donde van ahora Navaja y Apsalar?

—Sí.

—¿Son suficientes?

Cotillion sacudió la cabeza.

—Tengo otros agentes disponibles. Pero me gustaría que Apsalar estuviera relativamente cerca por si algo va mal.

Ammanas asintió.

—Bueno, ¿adónde?

—Raraku.

Aunque no podía verlo, Cotillion sabía que la cara de su compañero se estaba abriendo en una gran sonrisa.

—Ah, querido Cuerda, ha llegado el momento, creo, de que te cuente algo más de mis propios esfuerzos…

—¿Los diamantes que le di a Kalam? Me lo estaba preguntando.

Ammanas señaló con un gesto el cadáver de Hawl.

—Vamos a llevarla a casa… es decir, a nuestra casa. Y después debemos hablar… largo y tendido.

Cotillion asintió.

—Además —añadió Tronosombrío al erguirse—, tener a Viajero tan cerca me pone nervioso.

Un momento después el claro estaba vacío salvo unas cuantas sombras sin fuente que se fueron reduciendo a toda prisa hasta perderse en la nada.

Navaja llegó a la orilla de arena. Cuatro veleros se habían acercado al saliente de roca plano y granulado. Anclados en la bahía, algo más atrás, había dos grandes dromones, ambos muy dañados.

Alrededor de los veleros se veía esparcido bastante equipo y se habían derribado dos enormes árboles que luego habían acercado a rastras, con la probable intención de sustituir los mástiles partidos. Se habían abierto barriles que contenían pescado salado mientras que otros toneles permanecían cerca, en fila, llenos de agua dulce.

Navaja puso a Apsalar en el suelo y después se acercó a uno de los veleros. Medía unos quince pasos de la proa a la popa, ancho de manga con un mástil desmontado y un timón lateral. Había dos escálamos a los lados. Las regalas estaban cubiertas de tallas desordenadas.

Un repentino ataque de tos de Apsalar hizo a Navaja darse la vuelta.

La joven se levantó de golpe, escupió para aclararse la garganta y después se rodeó con los brazos cuando la atravesó un escalofrío.

Navaja corrió a su lado.

—¿D-Darist?

—Muerto. Pero también lo están todos los edur. Había uno entre los malazanos…

—El que tenía poder. Lo sentí. ¡Tanta… rabia!

Navaja se acercó al barril de agua más cercano y encontró un cucharón. Lo llenó y regresó con la joven.

—Se hacía llamar Viajero.

—Lo conozco —susurró Apsalar, después se estremeció—. No de mis recuerdos. De los de Danzante. Danzante lo conocía. Lo conocía bien. Eran… tres. Nunca fueron solo ellos dos, ¿lo sabías? Nunca fueron solo Danzante y

Kellanved. No, él estaba allí. Casi desde el principio. Antes de Tayschrenn, antes de Dujek, antes incluso de Torva.

—Bueno, ahora ya no importa, Apsalar —dijo Navaja—. Tenemos que dejar esta maldita isla. Por lo que a mí respecta, Viajero se puede quedar con ella. ¿Estás lo bastante recuperada para ayudarme a meter uno de esos veleros en el agua? Tenemos también abundancia de provisiones…

—¿Adónde vamos?

Navaja dudó.

Los ojos oscuros de la mujer se apagaron.

—Cotillion.

—Otra tarea para nosotros, sí.

—No vayas por este camino, Azafrán.

El joven frunció el ceño.

—Creí que agradecerías la compañía. —Y le ofreció el cucharón.

Apsalar estudió a su compañero durante un largo minuto y después aceptó el cucharón.

—Las colinas Pan'potsun.

—Lo sé —dijo Lostara con voz cansina.

Perla sonrió.

—Pues claro que lo sabes. Y ahora, por fin, descubres la razón para que te pidiera que me acompañaras.

—Espera un momento. No podías saber adónde llevaría este camino…

—Bueno, cierto, pero tengo fe en la predilección de la naturaleza ciega por los ciclos. En cualquier caso, ¿hay una ciudad enterrada cerca?

—¿Cerca? ¿Te refieres a alguna otra aparte de la ciudad que tenemos debajo? —A Lostara le complació ver que lo

había dejado con la boca abierta—. ¿Qué creías que eran todas esas colinas planas, garra?

El hombre se aflojó el manto.

—Claro que este sitio servirá a la perfección.

—¿Para qué?

La garra le lanzó una mirada burlona.

—Bueno, querida, un ritual. Tenemos que encontrar un camino, un camino hechizado, y muy antiguo. ¿Imaginabas que nos dedicaríamos a vagar sin rumbo por estos yermos con la esperanza de encontrar algo?

—Qué raro, creía que eso era lo que llevábamos días haciendo.

—Solo estábamos poniendo un poco de distancia entre nosotros y esa maldita cabeza imass —respondió él al tiempo que se acercaba a un trozo plano de piedra, donde empezó a quitar los escombros a patadas—. Podía sentir sus ojos inhumanos clavados en nosotros mientras cruzábamos todo ese valle.

—Los de él y los de los buitres, sí. —Lostara levantó su cabeza y estudió el cielo sin nubes—. Que siguen con nosotros, de hecho. Esos malditos pajarracos. Pero no me extraña. Casi nos hemos quedado sin agua y tenemos menos comida todavía. En un día o dos tendremos un problema grave.

—Te dejo a ti preocupaciones tan mundanas, Lostara.

—Lo que significa que si falla todo lo demás, siempre puedes matarme y engullirme, ¿no? Pero ¿y si decido matarte yo a ti primero? Obsesionada como estoy con preocupaciones mundanas…

La garra se sentó y cruzó las piernas.

—Hace bastante más fresco ahora, ¿no te parece? Un fenómeno localizado, sospecho. Aunque yo diría que cierto

éxito en el ritual que estoy a punto de llevar a cabo debería calentar las cosas un poco.

—Aunque solo sea por la emoción de la incredulidad —murmuró Lostara, que se acercó al borde de la meseta y miró al sudoeste, al rojo muro del Torbellino, que abría una brecha curva en el desierto. Tras ella oyó las palabras murmuradas, pronunciadas en un lenguaje que desconocía. *Seguramente un galimatías. He visto suficientes magos trabajando para saber que no necesitan palabras… no a menos que estén actuando*. Eso era lo que Perla estaba haciendo, seguro. A ese hombre le gustaban las poses, aunque fingiera indiferencia hacia todo su público de una sola persona. *Un hombre que quiere grabar su nombre en los anales. Algún papel crucial sobre el que pueda girar el destino del Imperio*.

Lostara se volvió cuando Perla se limpiaba el polvo de las manos y lo vio levantarse con un ceño inquieto en aquel rostro demasiado atractivo.

—No has tardado mucho —comentó la mujer.

—No. —Hasta él parecía sorprendido—. Tuve mucha suerte. Asesinaron a un espíritu terrenal de esta zona… por aquí cerca. Debido a una confluencia de destinos nefastos, una baja casual. Su fantasma permanece, como un niño en busca de sus padres perdidos; ansía hablar con todos y cada uno de los desconocidos que pasan por aquí, siempre que el desconocido en cuestión esté dispuesto a escuchar.

Lostara lanzó un gruñido.

—De acuerdo, ¿y qué tenía que decir?

—Un terrible incidente, bueno el terrible incidente, el que mató al espíritu, cuyos detalles me llevan a la conclusión de que hay alguna conex…

—Bien —lo interrumpió ella—. Tú delante, estamos perdiendo el tiempo.

Perla se quedó callado y le lanzó una mirada herida que bien podría ser sincera. *Le hice una pregunta, al menos debería dejar que la contestara*.

Un gesto y la garra empezaba a bajar por el lado escarpado de la meseta.

Lostara se echó el fardo al hombro y lo siguió.

Al llegar a la base, la garra la llevó por el flanco de la meseta y directamente hacia el sur, a través de una planicie de piedra. La luz rebotaba en la superficie blanqueada con un fulgor fiero, cegador. Aparte de unas cuantas arañas que se escabullían bajo sus pies, no había signo alguno de vida en aquella extensión marchita de terreno. Había pequeñas piedras en racimos alargados, como si describieran las orillas de un lago moribundo, un lago que se había reducido a unos cuantos estanques dispersos y después no había dejado más que unas costras de sal.

Continuaron caminando durante toda la tarde hasta que vislumbraron una cordillera de colinas al sudoeste, con otra inmensa duna alzándose a su izquierda. La planicie empezó a formar una cuenca discernible que parecía continuar entre las dos formaciones. Con el atardecer a punto de caer, llegaron a la base plana de la elevación, la duna se cernía por la izquierda y la colina accidentada por delante y a la derecha.

Hacia el centro de la planicie se veían los restos de la carreta de un mercader, rodeados por terreno abrasado donde unas cenizas blancas giraban en pequeños remolinos que parecían incapaces de ir a ninguna parte.

Con Perla a la cabeza, se metieron en el extraño círculo quemado.

Las cenizas estaban llenas de huesos diminutos, quemados, blancos y grises, producto de un calor intenso, y

resultaban crujientes bajo los pies. Perpleja, Lostara se agachó para estudiarlos.

—¿Pájaros? —se preguntó en voz alta.

La mirada de Perla se había posado en la carreta o, quizás, en algo justo detrás. Al oír la pregunta de su compañera, la garra sacudió la cabeza.

—No, muchacha. Ratas.

La joven vio un cráneo diminuto tirado a sus pies que confirmaba las palabras del hombre.

—Hay ratas de algún tipo, en las zonas rocosas…

Perla la miró.

—Estas son… eran… d'ivers. Un individuo especialmente desagradable llamado Gryllen.

—¿Lo mataron aquí?

—Creo que no. Malherido, quizá. —Perla se acercó a un montón más grande de ceniza y se agachó para barrerlo.

Lostara se arrimó a él.

La garra estaba destapando un cadáver, nada salvo huesos, y todos los huesos muy mordisqueados.

—Pobre cabrón.

Perla no dijo nada. Metió la mano en el esqueleto deshecho y levantó un trocito de metal.

—Fundido —murmuró tras un momento—, pero yo diría que es un sigilo malazano. Cuadro de magos.

Había otros cuatro montones parecidos al que había ocultado los huesos roídos. Lostara se dirigió al más cercano y empezó a apartar las cenizas a patadas.

—¡Este está entero! —siseó al ver la carne ennegrecida por el fuego.

Perla se acercó y juntos limpiaron el cadáver de las caderas para arriba. La ropa se le había quemado en su mayor parte y el fuego se había disparado por toda la piel,

pero al parecer no había podido hacer mucho más que abrasar la superficie.

Cuando la garra barrió las últimas cenizas de la cara del cadáver, los ojos se abrieron.

Lostara dio un salto atrás, acompañado de una maldición, y con una mano sacó la espada de la vaina de un solo tirón.

—No pasa nada —dijo Perla—, esta cosa no se va a ningún sitio, muchacha.

Tras los párpados derrumbados y arrugados del cadáver, solo había unos pozos abiertos. Los labios se habían ido abriendo con la desecación y lo habían dejado con una sonrisa ennegrecida, espeluznante.

—¿Qué queda? —le preguntó Perla—. ¿Todavía puedes hablar?

Unos sonidos leves salieron roncos de la boca, lo que obligó a Perla a inclinarse más sobre él.

—¿Qué ha dicho? —quiso saber Lostara.

La garra la miró.

—Dijo: «Me llamo Almeja, y tuve una muerte horripilante».

—Eso no hay quien se lo discuta.

—Y después se convirtió en un porteador no muerto.

—¿Para Gryllen?

—Sí.

Lostara envainó el talwar.

—Parece una profesión especialmente desagradable tras la muerte.

Perla alzó las cejas y después sonrió.

—Bueno, no vamos a sacarle mucho más al bueno de Almeja. Ni a los otros. La hechicería que los mantiene animados se está desvaneciendo. Lo que significa que Gryllen o bien está muerto o muy lejos. En cualquier caso,

acuérdate de la senda de fuego; se desató en este sitio, de un modo extraño. Y nos dejó un rastro.

—Está demasiado oscuro, Perla. Deberíamos acampar.

—¿Aquí?

La joven lo pensó mejor y después frunció el ceño en la oscuridad.

—Quizá no aquí, pero yo estoy cansada y si estamos buscando señales, vamos a necesitar luz, en cualquier caso.

Perla se apartó del círculo de cenizas. Un gesto, y una esfera de luz se fue formando poco a poco en el aire, sobre él.

—El camino no lleva lejos, creo. Una última tarea, Lostara. Después podemos buscar algún lugar para acampar.

—Oh, está bien. Tú delante, Perla.

Fueran cuales fueran los signos que seguían, no eran visibles para Lostara. Y lo que era más extraño, parecía tratarse de un camino que zigzagueaba y vagaba sin rumbo, un detalle que tenía a la garra frunciendo el ceño, los pasos vacilantes, cautos. Pronto dejó casi de moverse, iba avanzando centímetro a centímetro. Y su compañera observó que tenía la cara perlada de sudor.

La antigua espada roja se contuvo y no preguntó nada, pero sacó la espada poco a poco una vez más.

Después, al fin, encontraron otro cadáver.

El aliento brotó de Perla en forma de suspiro y la garra cayó de rodillas delante del gran cuerpo quemado.

Lostara esperó a que se fuera tranquilizando la respiración de la garra, después carraspeó.

—¿Qué acaba de pasar, Perla?

—El Embozado estuvo aquí —susurró.

—Sí, de eso ya me doy cuenta…

—No, no lo entiendes. —Perla estiró el brazo hacia el cadáver, cerró el puño sobre el amplio pecho y después lo

descargó sobre él.

El cuerpo era una simple cáscara. Se derrumbó con un crujido polvoriento bajo el golpe.

Perla la miró con expresión furiosa.

—El Embozado estuvo aquí. El mismísimo dios, Lostara. Vino a llevarse este hombre, no solo su alma, sino también la carne, todo lo que había infectado la senda de fuego, la senda de luz, para ser más precisos. Dioses, qué daría por una baraja de los Dragones ahora mismo. Ha habido un cambio en… la casa del Embozado.

—¿Y eso qué significa? —preguntó ella—. Creía que estábamos buscando a Felisin.

—No estás pensando con claridad, muchacha. Recuerda la historia de Tormenta. Y la de Verdad. Felisin, Heboric, Kulp y Baudin. Encontramos lo que quedaba de Kulp ahí atrás, en la carreta de Gryllen. Y esto —arguyó con gesto fiero— es Baudin. El puñetero espolón, aunque no lleva la prueba alrededor del cuello, por cierto. ¿Te acuerdas de su extraña piel? ¿Gesler, Tormenta y Verdad? A Baudin le pasó lo mismo.

—Tú lo llamaste infección.

—Bueno, no sé lo que es. La senda los cambió. No hay forma de saber cómo.

—Así que nos quedan Felisin y Heboric Toque de Luz.

La garra asintió.

—Entonces creo que debería decirte algo —continuó Lostara—. Puede que no sea relevante…

—Continúa, mujer.

Esta se volvió para mirar las colinas del sudoeste.

—Cuando perseguimos a ese agente de Sha’ik… y nos metimos en esas colinas…

—Kalam Mekhar.

—Sí. Le tendimos una emboscada a Sha'ik ahí arriba, en el viejo templo de la cima, en el camino que llevaba a Raraku…

—Como has descrito.

Lostara hizo caso omiso de la impaciencia de su compañero.

—Habríamos visto todo esto. Por tanto, los acontecimientos con los que te acabas de tropezar ocurrieron después de nuestra emboscada.

—Bueno, sí.

Ella suspiró y se cruzó de brazos.

—Felisin y Heboric están con el ejército del Apocalipsis, Perla. En Raraku.

—¿Por qué te muestras tan segura?

Lostara se encogió de hombros.

—¿En qué otro sitio podrían estar? Piénsalo, hombre. El odio de Felisin por el Imperio de Malaz debe de ser feroz. Y no creo que Heboric tuviera en gran aprecio al Imperio que lo encarceló y condenó. Estaban desesperados tras el ataque de Gryllen. Tras la muerte de Baudin y Kulp. Desesperados y es muy probable que doloridos.

La garra asintió poco a poco y se incorporó.

—Una cosa que nunca me has explicado, Lostara. ¿Por qué fracasó vuestra emboscada?

—No fracasó. Matamos a Sha'ik, podría jurarlo. Un cuadrillo en la frente. No pudimos recuperar su cuerpo por culpa de sus guardias, que resultaron ser demasiado para nuestra compañía, pero la matamos, Perla.

—Entonces, en el nombre del Embozado, ¿quién comanda ahora el Apocalipsis?

—No lo sé.

—¿Puedes enseñarme el sitio de la emboscada?

—Por la mañana, sí. Puedo llevarte allí sin problemas.

La garra se limitó a quedarse mirándola mientras la esfera de luz comenzaba a parpadear sobre ellos y por fin se desvanecía con un leve suspiro.

Sus recuerdos habían despertado. Lo que había yacido en el interior del t’lan imass, estratificado, endurecido por el sinfín de siglos, era un paisaje que Onrack podía leer una vez más. Y así, lo que vio ante él en ese momento… habían desaparecido las dunas del horizonte, las torres de arenisca esculpidas por la corriente, las llanuras de arena arrojada por el viento y las cintas blancas de corales de tierra. Habían desaparecido los barrancos, los arroyos y los lechos muertos de los ríos, los campos plantados y las zanjas de riego. Hasta la ciudad del norte, al borde mismo del horizonte, que se aferraba como un tumor al inmenso río serpenteante, se hacía insustancial, efímera en su imaginación.

Y todo lo que veía era lo que había sido… tanto tiempo atrás.

Las olas nubladas del mar interior, rodando como promesas de eternidad, junto a una orilla de grava que se extendía hacia el norte, ininterrumpida hasta las montañas que un día se llamarían las Thalas, y al sur, bajaban para abarcar los restos que se conocían con el nombre de mar Clatar. Los arrecifes de coral revelaban sus columnas minadas a un sexto de legua de la playa, sobre la que giraban gaviotas y pájaros de picos largos extinguidos desde hacía ya mucho tiempo.

Había figuras caminando por la playa. El clan de Renig Obar, que había ido a comerciar con el marfil de ballena y el aceite de dhenrabi de sus tundras natales, y parecía que se habían traído los vientos fríos con ellos… o quizás el tiempo desagradable que había llegado a esos climas cálidos

insinuaba algo más oscuro. Un jaghut, oculto en alguna espesura, que agitaba la caldera de Omtose Phellack. Mucho más frío y los corales morirían, y con ellos todas las criaturas que dependían de ellos.

Un suspiro de inquietud atravesó con un aleteo al Onrack de carne y hueso. Pero él se había apartado. Ya no era invocahuesos de su clan; Absin Tholai era muy superior a él en las artes ocultas, después de todo, y más inclinado a sentir la ávida ambición necesaria entre los que seguían el camino de Tellann. Onrack se distraía con demasiada frecuencia con otras cosas.

Con la belleza pura, como la que veía ante él en ese momento. No era él de los que luchaban, de los que se inclinaban por rituales de destrucción. Siempre se mostraba reticente a bailar en los huecos más profundos de las cuevas, donde los tambores resonaban y los ecos cubrían carne y hueso como si estuviera a merced de una estampida de ranag, un rebaño como el que Onrack había soplado en las paredes de las cuevas que los rodeaban. La boca amarga por la saliva, el carbón y el ocre, los dorsos de las manos manchados allí donde habían bloqueado el chorro de los labios para definir las formas en la piedra. El arte se hacía en soledad, las imágenes se elaboraban sin luz, en paredes invisibles, cuando el resto del clan dormía en las cuevas exteriores. Y era una simple verdad que Onrack había ido adquiriendo cada vez más habilidad en la hechicería de la pintura por ese deseo de alejarse, de estar solo.

En un pueblo en el que la soledad era lo más parecido a un crimen. Donde separar era equivalente a debilitar. Donde el acto de separar la visión en sus componentes (de pasar de ver a observar, de resucitar un recuerdo y darle un nuevo aspecto más allá del alcance del ojo en las paredes de

piedra) exigía una propensión muy fina, potencialmente letal.

Un mal invocahuesos. Onrack, nunca fuiste lo que estabas destinado a ser. Y cuando rompiste ese pacto no escrito y pintaste una imagen realista de una imass mortal, cuando atrapaste en el tiempo a esa hermosa mujer morena, allí, en esa cueva que nadie debía encontrar… ah, entonces fuiste presa de la ira de los tuyos. Del propio Logros, y de la primera espada.

Pero recordó la expresión del rostro joven de Onos T'oolan la primera vez que había visto la pintura de su hermana. Maravilla y asombro, y un resurgimiento de un amor perdurable… Onrack estaba seguro de que eso era lo que había visto en la cara de la primera espada y también de que otros lo habían visto, aunque, por supuesto, nadie habló de ello. Había quebrantado la ley y no lo podían dejar así, la respuesta sería severa.

Nunca supo si Kilava había ido a ver la pintura; nunca averiguó si se había enfadado o había visto lo suficiente para comprender la sangre de su corazón que había nutrido esa imagen.

Pero ese es el último recuerdo que ahora recupero.

—Tus silencios —murmuró Trull Sengar—, siempre me dan escalofríos, t'lan imass.

—La noche antes del ritual —respondió Onrack—. No lejos de este lugar donde ahora nos encontramos. Me iban a desterrar de mi tribu. Había cometido un crimen para el que no había ninguna otra respuesta. En su lugar, los acontecimientos ensombrecieron la intención de los clanes. Cuatro tiranos jaghut se habían alzado y formado un pacto. Pretendían destruir esta tierra… como así han hecho.

El tiste edur no dijo nada, quizá se preguntaba qué era lo que se había destruido, con exactitud. A lo largo del río

había zanjas de riego y franjas de suntuosos cultivos verdes que aguardaban el cambio de estación. Caminos y granjas, algún que otro templo y solo al sudoeste, por ese horizonte, la cordillera interrumpida de riscos sin árboles estropeaba la escena.

—Yo estaba en la cueva, en el lugar del delito —continuó Onrack tras un momento—. A oscuras, por supuesto. Mi última noche, pensaba, entre los míos. Aunque en realidad ya estaba solo, apartado del campamento, empujado a ese último lugar de soledad. Y entonces vino alguien. Un roce. Un cuerpo, cálido. De una suavidad increíble; no, no era mi mujer, ella había estado entre los primeros en rechazarme por lo que había hecho, por la traición que había significado. No, una mujer desconocida para mí en la oscuridad…

¿Era ella? Nunca lo sabré. Por la mañana se había ido, se había alejado de todos nosotros al tiempo que se proclamaba el ritual y se reunían los clanes. Desafió la llamada; no, fue más horrible todavía, había matado a su propia familia, a todos salvo al propio Onos. Este había conseguido repelerla, la verdadera medida de su extraordinaria pericia marcial.

¿Era ella? ¿Había sangre que no vi en sus manos? Ese polvo seco y desmenuzado que encontré en mi piel y pensé que procedía del cuenco de pintura volcado. Huyó de Onos… vino a mí, en mi cueva de la vergüenza.

¿Y a quién oí en el pasaje que había detrás? Mientras hacíamos el amor, ¿se topó alguien con nosotros y vio lo que yo no pude?

—No hace falta que digas más, Onrack —dijo Trull en voz baja.

Cierto. Y si yo fuera de carne mortal, me verías llorar, y dirías lo que acabas de decir. Por tanto, mi dolor no pasa

desapercibido a tus ojos, Trull Sengar. Y sin embargo, todavía me preguntas por qué proclamé mi voto…

—El rastro de los renegados está… fresco —dijo Onrack tras un momento.

Trull esbozó una media sonrisa.

—Y tú disfrutas matando.

—El arte encuentra nuevas formas, edur. Desafía al silencio que le imponen. —El t'lan imass se volvió lentamente para mirarlo—. Por supuesto, ha habido cambios. Ya no soy libre de dedicarme a esa caza… a menos que tú desees lo mismo.

Trull hizo una mueca y examinó las tierras que quedaban al sudoeste.

—Bueno, no es una perspectiva tan tentadora como lo fue en otro tiempo, eso lo admito. Pero, Onrack, esos renegados son agentes en la traición de mi pueblo y tengo intención de descubrir todo lo que pueda sobre su papel. Así pues, debemos encontrarlos.

—Y hablar con ellos.

—Hablar con ellos primero, sí, y después puedes matarlos.

—No creo que sea ya capaz, Trull Sengar. Estoy demasiado deteriorado. Con todo, nos persiguen Monok Ochem e Ibra Gholan. Ellos bastarán.

El tiste edur giró la cabeza al oírlo.

—¿Solo ellos dos? ¿Estás seguro?

—Mis poderes se han reducido, pero sí, eso creo.

—¿Están muy cerca?

—Eso no importa. Contuvieron sus deseos de venganza… para que yo los guíe hasta aquellos a los que persiguen desde el comienzo.

—Sospechan que te unirás a los renegados, ¿verdad?

—Parientes destrozados. Sí, eso sospechan.

—¿Y lo harás?

Onrack estudió al tiste edur por un momento.

—Solo si tú lo haces, Trull Sengar.

Estaban justo al borde de la tierra cultivada así que era relativamente fácil evitar el contacto con cualquiera de los habitantes de la zona. El solitario camino que cruzaban estaba vacío de seres vivos en ambas direcciones hasta donde alcanzaba la vista. Tras los campos irrigados, el tosco paisaje natural se reafirmaba. Terrones de hierbas, extensiones de gravilla alisada por el agua que permanecía en los barrancos y las quebradas secas, algún que otro guldindha.

Las colinas que tenían por delante eran dentadas, el lado de enfrente arañaba los acantilados cercanos.

Esas colinas eran donde los t'lan imass habían roto las capas de hielo, la primera línea de resistencia. Para proteger los lugares sagrados, las cuevas ocultas, las canteras de pedernal. Donde, en esos momentos, se situaban las armas de los caídos.

Armas que a estos renegados les gustaría reclamar.

No había forma de ubicar la hechicería que investía esas hojas de piedra, al menos con respecto a Tellann. Esas piedras alimentarían a los que las empuñaran, siempre que fueran familia de los creadores o creadas por esas mismas manos mucho tiempo atrás. Imass, entonces, ya que el arte entre los pueblos mortales se había perdido hace siglos. Además, el hallazgo de esas armas les proporcionaría a los renegados la libertad definitiva, pues romperían el poder de Tellann que apresaba sus cuerpos.

—Hablaste de una traición a tu clan —dijo Trull Sengar cuando se acercaban a las colinas—. Parecen antiguos

recuerdos, Onrack.

—Quizás estemos destinados a repetir nuestros crímenes, Trull Sengar. He recuperado recuerdos, todo lo que había creído perdido. No sé por qué.

—¿La fractura del ritual?

—Es posible.

—¿Cuál fue tu delito?

—Atrapé a una mujer en el tiempo. O eso parecía. Pinté su retrato en una cueva sagrada. Creo ahora que, al hacerlo, fui responsable de los terribles asesinatos que se sucedieron, que fui el responsable de que ella dejara el clan. No podía unirse al ritual que nos convertía en inmortales ya que, por mi mano, ella ya lo era. ¿Lo sabía? ¿Por eso desafió a Logros y a la primera espada? No hay forma de responder a eso. ¿Qué locura le arrebató la razón para que quisiera matar a sus parientes más cercanos, para que, de hecho, intentara matar a la propia primera espada, su propio hermano?

—Una mujer que no era tu compañera, entonces.

—No. Era invocahuesos. Una soletaken.

—Pero tú la amabas.

Un encogimiento de hombros sesgado.

—La obsesión es su propio veneno, Trull Sengar.

Un estrecho camino de cabras se internaba en la cordillera, escarpado y zigzagueante en su ascenso. Empezaron a subir.

—Me gustaría oponerme —dijo el tiste edur— a esa noción de que estamos condenados a repetir nuestros errores, Onrack. ¿Acaso no se aprende la lección? ¿La experiencia no lleva a la sabiduría?

—Trull Sengar. Acabo de traicionar a Monok Ochem y a Ibra Gholan. He traicionado a los t’lan imass pues decidí no aceptar mi destino. Así pues, el mismo delito que cometí

hace tanto tiempo. Siempre he ansiado la soledad, estar lejos de los míos. En el reino del Naciente estaba contento. Como lo estaba en las cuevas sagradas que esperan más adelante.

—¿Contento? ¿Y ahora, en este momento?

Onrack se quedó callado un instante.

—Cuando los recuerdos regresan, Trull Sengar, la soledad es una ilusión, pues en cada silencio rebosa una búsqueda clamorosa de significado.

—Pareces más… mortal con cada día que pasa, amigo mío.

—Defectuoso, quieres decir.

El tiste edur lanzó un gruñido.

—Incluso así. Pero mira lo que estás haciendo ahora mismo, Onrack.

—¿A qué te refieres?

Trull Sengar se detuvo en el camino y miró al t'lan imass. Lucía una sonrisa triste.

—Estás volviendo a casa.

A poca distancia estaban acampados los tiste liosan. Magullados pero vivos. Lo que, reflexionó Malachar, al menos era algo.

Unas estrellas extrañas destellaban en el cielo, la luz vacilaba como si se desbordaran las lágrimas. El paisaje que se extendía bajo ellas parecía un terreno yermo y sin vida de roca y arena curtidas por el tiempo.

La hoguera que habían hecho, al socaire de una duna encorvada, había atraído a unas raras polillas del tamaño de pequeños pájaros, así como a una serie de otras criaturas voladoras, incluyendo unos lagartos con alas. Un enjambre de moscas había descendido sobre ellos poco antes y los

habían picado con saña antes de desvanecerse tan rápido como habían llegado. Y esas picaduras parecían agitarse, como si los insectos hubieran dejado algo a su paso.

Había, o eso le parecía a Malachar, un ambiente… desagradable en aquel reino. Se rascó uno de los bultos del brazo y siseó cuando sintió algo que se retorcía bajo la piel caliente. Se volvió de nuevo hacia el fuego y estudió a su senescal.

Jorrude estaba arrodillado junto a la hoguera con la cabeza baja (una postura que no había cambiado en cierto tiempo) y la preocupación de Malachar se profundizó. Enias se había agachado cerca del senescal, listo para moverse si otro ataque de angustia se apoderaba de su señor, pero esas inquietantes sesiones se daban cada vez con menos frecuencia. Orenas continuaba vigilando a los caballos y Malachar sabía que estaba con la espada lista en la oscuridad, más allá de la luz del fuego.

Algún día habría un ajuste de cuentas con el t'lan imass, lo sabía. Los tiste liosan habían llevado a cabo el ritual de buena fe. Se habían mostrado demasiado abiertos. *Nunca confíes en un cadáver*. Malachar no sabía si la advertencia se encontraba en el texto sagrado de las *Visiones de Osric*. Si no era así, ya se encargaría él de que se añadiera a la sabiduría colectiva de los tiste liosan. *Cuando regresemos. Si regresamos*.

Jorrude se irguió poco a poco. El dolor había hecho estragos en su rostro.

—El guardián está muerto —anunció—. Nuestro reino ha sido atacado, pero nuestros hermanos y hermanas han sido advertidos y en estos momentos acuden a las puertas. Los tiste liosan resistirán. Hasta el regreso de Osric, resistiremos. —Se dio la vuelta con lentitud para mirarlos de uno en uno, incluyendo a Orenas, que había salido de las sombras sin

hacer ruido—. Para nosotros, otra tarea. La que nos asignaron y hemos de completar. En este reino, en alguna parte, daremos con los intrusos. Los ladrones del fuego. He buscado y nunca han estado más cerca de mis sentidos. Se hallan en este mundo y los encontraremos.

Malachar esperó, pues sabía que había más.

Jorrude sonrió entonces.

—Hermanos míos. No sabemos nada de este lugar. Un inconveniente solo temporal pues también he percibido la presencia de un viejo amigo de los tiste liosan. No muy lejos. Lo buscaremos, nuestra primera tarea, y le pediremos que nos ponga al corriente de los rigores de esta tierra.

—¿Quién es ese viejo amigo, senescal? —preguntó Enias.

—El Hacedor del Tiempo, hermano Enias.

Malachar asintió poco a poco. *Un amigo de los tiste liosan, desde luego. Asesino de los diez mil. Icarium*.

—Orenas —dijo Jorrude—, prepara los caballos.

Capítulo 17



Siete Caras en la Roca.
Seis rostros vueltos hacia los teblor.
Una permanece No Hallada,
madre de la tribu de fantasmas…
A los niños teblor
se nos dijo
que nos apartáramos.

Plegaria de la Donación de la Madre
entre los teblor

Karsa Orlong conocía bien la piedra. Cobre puro arrancado de afloramientos de rocas, estaño y su unión, que era el bronce, todos esos materiales tenían su sitio. Pero la madera y la piedra eran las palabras de las manos, la configuración sagrada de la voluntad.

Escamas paralelas, largas y finas, astillas translúcidas arrancadas de la hoja que dejaban ondas que lo atravesaban todo, desde el borde a la ondulada columna. Escamas más pequeñas sacadas de los dos filos, primero un lado, después le daba la vuelta a la hoja entre golpe y golpe, de un extremo a otro, en toda su longitud.

Luchar con esa arma exigiría cambios en el estilo que mejor conocía Karsa. La madera se doblaba, se deslizaba con facilidad por encima de los bordes de los escudos y saltaba sin esfuerzo entre las estocadas de las hojas de las espadas. Los bordes serrados de esa espada de pedernal se

comportarían de modo diferente y él tendría que esforzarse por acostumbrarse, sobre todo dado su inmenso peso y longitud.

El mango resultó ser el mayor desafío. El pedernal no recibía de buen grado la redondez y cuanto menos angular se hacía el mango, menos estables eran las plataformas de golpe. Para el puño trabajó la piedra en forma de diamante, muy grande y escalonado; las fracturas escalonadas en ángulo derecho por lo general se veían como defectos peligrosos, un foco para energías capaces de romperlo todo, pero los dioses habían prometido hacer irrompible esa espada, así que Karsa desechó la preocupación instintiva. Esperaría hasta que encontrara materiales adecuados para una empuñadura.

No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado durante la creación de la espada. Todas las demás consideraciones se desvanecieron de su mente, no sentía hambre, ni sed, ni notó que las paredes de la cueva se iban cubriendo de condensación a medida que la temperatura aumentaba, hasta que tanto él como la piedra quedaron empapados de sudor. Tampoco prestaba atención al fuego de la hoguera revestida de cantos rodados que ardía sin cesar, sin alimento alguno, con llamas que parpadeaban con extraños colores.

La espada lo dominaba todo. La sensación de sus compañeros fantasmas resonaba en la hoja y pasaba a las puntas de sus dedos y luego se transmitía por todos los huesos y músculos de su cuerpo. Bairoth Gild, cuya ironía cortante parecía haber infundido de algún modo el arma, al igual que la lealtad fiera de Delum Thord; regalos inesperados, una misteriosa contorsión de temas, de orientaciones, que imbuían a la espada de personalidad.

Entre las leyendas había canciones que celebraban armas muy queridas y a los héroes teblor que las empuñaban. Karsa siempre había sostenido que la idea de que las armas poseían voluntad propia era poco más que una presunción de poeta. Y esos héroes que habían traicionado a sus filos y habían sufrido por tanto finales trágicos, bueno, en cada historia a Karsa no le costaba citar otros defectos en sus acciones, bastante más obvios, suficientes para explicar la desaparición del héroe.

Los teblor nunca transmitían armas a sus herederos, todas las posesiones acompañaban al fallecido, pues, ¿qué valor tenía un fantasma despojado de todo lo que había adquirido en su vida mortal?

La espada de pedernal que encontró forma en las manos de Karsa era, por tanto, muy diferente a todo lo que había conocido (o de lo que había oído hablar) hasta entonces. Descansaba en el suelo, ante él, extrañamente desnuda a pesar del cuero con que había envuelto el mango. Sin empuñadura, sin vaina. Inmensa y brutal pero hermosa en su simetría, a pesar de las vetas de sangre dejadas por sus manos laceradas.

Fue entonces consciente del calor abrasador en la cueva y levantó la cabeza despacio.

Los siete dioses estaban allí, mirándolo, en una media luna aplanada, las llamas de la hoguera parpadeaban en sus cuerpos magullados y rotos. Sostenían armas que podían rivalizar con la que reposaba en el suelo ante él, aunque más reducidas para adaptarse a sus formas achaparradas.

—Habéis venido en verdad —comentó Karsa.

El que él conocía como Urugal respondió.

—Así es. Ahora somos libres de las ataduras del ritual. Las cadenas, Karsa Orlong, están rotas.

Otro habló en voz baja y ronca.

—La senda de Tellann ha encontrado tu espada, Karsa Orlong. —El dios tenía el cuello aplastado, roto, la cabeza caída sobre un hombro y apenas sujeta por músculos y tendones—. Nunca se hará pedazos.

Karsa lanzó un gruñido.

—Hay armas rotas en esas cuevas de ahí.

—Hechicería ancestral —respondió Urugal—. Sendas hostiles. Nuestro pueblo ha librado muchas guerras.

—Los t'lan imass habéis luchado mucho, desde luego —dijo el guerrero teblor—. Caminé por escaleras hechas de vuestra gente. He visto a los vuestros caídos en tal número que desafiaba toda comprensión. —Examinó a las siete criaturas que tenía frente a él—. ¿Qué batalla os arrebató a vosotros la vida?

Urugal se encogió de hombros.

—Carece de importancia, Karsa Orlong. Una lucha de hace mucho tiempo, un enemigo que ahora es polvo, un fracaso que es mejor olvidar. Hemos conocido guerras incontables, ¿y qué han logrado? Los jaghut estaban condenados a extinguirse, nosotros no hicimos más que precipitar lo inevitable. Otros enemigos se anunciaron y se interpusieron en nuestro camino. Éramos indiferentes a sus causas, ninguna de las cuales era suficiente para apartarnos. Y, así pues, los masacramos. Una y otra vez. Guerras sin significado, guerras que, prácticamente, no cambiaban nada. Vivir es sufrir. Existir, incluso como nosotros lo hacemos, es resistir.

—Eso es todo lo que se aprendió, Karsa Orlong —dijo la mujer t'lan imass conocida como 'Siballe—. En su totalidad. Piedra, mar, bosque, ciudad, así como cada criatura que haya vivido jamás, todos comparten la misma lucha. El ser se resiste al no ser. El orden lucha contra el caos de la disolución, del desorden. Karsa Orlong, esta es la única

verdad digna de atención, la mayor de todas las verdades. ¿Qué veneran los propios dioses si no la perfección? La victoria inalcanzable sobre la naturaleza, sobre la incertidumbre de la naturaleza. Existen muchas palabras para este combate. Orden contra caos, estructura contra disolución, luz contra oscuridad, vida contra muerte. Pero todas significan lo mismo.

El t'lan imass del cuello roto habló en un susurro, sus palabras eran un canturreo monótono.

—El ranag ha caído y está cojo. Se distancia del rebaño. Pero continúa caminando en pos de los suyos. Busca la protección del rebaño. El tiempo lo sanará. O lo debilitará. Dos posibilidades. Pero el ranag cojo no conoce más que una esperanza obstinada. Pues esa es su naturaleza. Los ay lo han visto y se acercan. La presa sigue siendo fuerte. Pero está sola. Los ay conocen la debilidad. Como un olor en el viento frío. Corren con el ranag que avanza a tropezones. Y lo apartan todavía más del rebaño. Con todo, está la esperanza obstinada. Lo hace levantarse. La cabeza baja, cuernos listos para aplastar costillas, para enviar al enemigo por los aires. Pero los ay son listos. Rodean y atacan y después se van de un salto. Una y otra vez. El hambre lucha contra la esperanza obstinada. Hasta que el ranag se agota. Sangra. Se tambalea. Entonces todos los ay atacan a la vez. La nuca. Las patas. La garganta. Hasta que arrastran al ranag al suelo. Y la esperanza obstinada cede, Karsa Orlong. Da paso, como siempre, a una inevitabilidad muda.

El teblor hizo una mueca y les enseñó los dientes.

—Pero vuestro nuevo amo daría abrigo a la bestia coja. Le ofrecería un refugio.

—Cruzas el puente antes de que lo hayamos construido, Karsa Orlong —dijo Urugal—. Parece que Bairoth Gild te

enseñó a pensar, antes de fracasar y morir. Sin duda eres digno del título de caudillo.

—La perfección es una ilusión —dijo 'Siballe—. Así pues, mortales e inmortales luchan igualmente por lo que no se puede lograr. Nuestro nuevo amo pretende alterar el paradigma, Karsa Orlong. Una tercera fuerza para cambiar de forma irreversible la guerra eterna entre el orden y la disolución.

—Un amo que exige que se venere la imperfección —gruñó el teblor.

La cabeza de 'Siballe crujió con un asentimiento.

—Sí.

Karsa se dio cuenta de que tenía sed, se acercó a su alforja y sacó una bota de agua. Tomó un buen trago y después volvió a su espada. Cerró las dos manos alrededor del mango y la levantó para estudiar toda su longitud ondulada.

—Una creación extraordinaria —dijo Urugal—. Si las armas imass pudieran tener un dios…

Karsa sonrió al t’lan imass ante el que antaño se había arrodillado en un claro remoto, en la época de juventud, cuando el mundo que veía era a la vez simple y… perfecto.

—Vosotros no sois dioses.

—Lo somos —respondió Urugal—. Ser dios significa tener devotos.

—Para guiarlos —añadió 'Siballe.

—Os equivocáis, los dos —dijo Karsa—. Ser dios significa conocer la carga de los creyentes. ¿Protegisteis acaso? No lo hicisteis. ¿Ofrecisteis consuelo, solaz? ¿Os poseyó la compasión? ¿La piedad incluso? Para los teblor, t’lan imass, fuisteis tratantes de esclavos, impacientes y ávidos, impusisteis exigencias duras y esperabais sacrificios crueles, todo para alimentar vuestros propios deseos. Erais las

cadenas invisibles de los teblor. —Posó los ojos en 'Siballe—. Y tú, mujer, 'Siballe la No Hallada, eras la que te llevabas a los niños.

—Niños imperfectos, Karsa Orlong, que de otro modo habrían muerto. Y ellos no lamentan mis regalos.

—No, me imagino que no. El pesar permanece con las madres y padres que los entregaron. Por breve que sea la vida de un niño, el amor de unos padres es un poder que no debería negarse. Y has de saber algo, 'Siballe, es inmune a la imperfección. —Su propia voz le parecía dura, salía rechinando de un nudo en la garganta—. «Adorad la imperfección», dijisteis. Una metáfora que hicisteis realidad al exigir el sacrificio de esos niños. Sin embargo, ignorabais entonces y seguís sin conocer, el don más crucial que procede de la veneración. No comprendéis lo que es aliviar la carga de los que os veneran. Pero ni siquiera ese es vuestro peor crimen. No. Después nos disteis vuestras propias cargas. —Desvió la mirada—. Dime, Urugal, ¿qué han hecho los teblor para merecer eso?

—Tu propio pueblo ha olvidado…

—Dímelo.

Urugal se encogió de hombros.

—Fracasasteis.

Karsa se quedó mirando al magullado dios, incapaz de hablar. La espada le temblaba en las manos. La había mantenido levantada durante todo ese tiempo y al fin su peso amenazaba con hacerle caer los brazos. Clavó los ojos en el arma y poco a poco bajó la punta para que descansara en el suelo de piedra.

—Nosotros también fracasamos, una vez, hace mucho tiempo —dijo 'Siballe—. Son cosas que no se pueden deshacer. Por lo tanto, puedes rendirte a ello y sufrir bajo su tormento eterno o puedes elegir liberarte de la carga. Karsa

Orlong, la respuesta que te damos es muy simple: fracasar es revelar un defecto. Enfréntate a esa revelación, no le des la espalda, no hagas votos vacíos diciendo que nunca repetirás los mismos errores. Está hecho. ¡Celébralo! Esa es nuestra respuesta y en verdad es la respuesta que nos mostró el dios Tullido.

La tensión desapareció de los hombros de Karsa, que respiró hondo y soltó el aire poco a poco.

—Muy bien. A vosotros y al dios Tullido doy ahora mi respuesta.

La piedra ondulada no pasó en silencio por el aire. Sino que rugió, como agujas de pino que explotaran en llamas. Arriba, sobre la cabeza de Karsa, girando en un círculo deslizante que luego bajó haciendo un barrido del espacio.

El filo golpeó a 'Siballe entre el hombro izquierdo y el cuello. Los huesos se partieron cuando la inmensa hoja se enterró en ellos, en diagonal, cruzando el pecho, partiendo la columna, bajando y atravesando el torso, saliendo justo por encima de la cadera derecha.

La t'lan imass había levantado su propia espada para interceptar el golpe en algún punto y esta se había roto en mil pedazos que hicieron saltar fragmentos y astillas por los aires, Karsa ni siquiera había notado el impacto.

Dibujó con la enorme hoja un arco curvo, brusco, para continuar el golpe, y la levantó para equilibrarla, inmóvil de repente, sobre su cabeza.

La forma destrozada que era 'Siballe se derrumbó entre un estruendo de trozos en el suelo de piedra. Había partido a la t'lan imass por la mitad.

Los seis restantes habían levantado sus armas, pero ninguno se movió para atacar.

Karsa se burló con un gruñido.

—Adelante, entonces.

—¿Nos destruirás ahora a los demás? —preguntó Urugal.

—Su ejército de expósitos me seguirá —gruñó el teblor mientras miraba con desprecio la forma caída de ‘Siballe. Después levantó los ojos furiosos una vez más—. Vosotros dejaréis a mi pueblo, abandonaréis el claro. Habéis terminado con nosotros, t’lan imass. Os he traído aquí. Os he liberado. Si volvéis a aparecer jamás ante mí, os destruiré. Entrad en los sueños de los ancianos de la tribu, y vendré a por vosotros. Y no descansaré. Yo, Karsa Orlong, de los uryd, de los teblor thelomen toblakai, lo juro. —Dio un paso adelante y los seis t’lan imass se estremecieron—. Nos utilizasteis. Me utilizasteis. Y como recompensa, ¿qué acabáis de ofrecerme?

—Queríamos…

—Me ofrecéis un nuevo juego de cadenas. Ahora, abandonad este lugar. Tenéis todo lo que deseabais. Largo de aquí.

Los seis t’lan imass se dirigieron a la boca de la cueva. Una momentánea oclusión del sol que se derramaba por la parte delantera de la cueva y después desaparecieron.

Karsa bajó la espada. Después miró a 'Siballe, que seguía en el suelo.

—Inesperado —dijo la mujer.

El guerrero rezongó.

—Había oído que los t’lan imass erais difíciles de matar.

—Imposible, Karsa Orlong. Nosotros… persistimos. ¿Me vas a dejar aquí?

—¿No será la nada para ti?

—Una vez, hace mucho tiempo, un mar rodeaba estas colinas. Un mar así me liberaría, me entregaría a la nada de la que hablas. Me devuelves a un destino (y un castigo) del que me he pasado milenios intentando escapar. Supongo que es lo más atinado.

—¿Qué hay de tu nuevo amo, ese tal dios Tullido?

—Me ha abandonado. Al parecer hay niveles aceptables de imperfección y niveles inaceptables de imperfección. Yo he dejado de ser útil.

—Otro dios que no entiende nada de lo que es ser dios —murmuró Karsa con voz profunda mientras se acercaba a su alforja.

—¿Qué harás ahora, Karsa Orlong?

—Voy en busca de un caballo.

—Ah, un caballo jhag. Sí, los hay al sudoeste de aquí, en el odhan. Escasos. Puede que estés buscando mucho tiempo.

El teblor se encogió de hombros. Soltó los cordones que cerraban la alforja y se acercó a los pedazos que era 'Siballe. Levantó la parte de la mujer que contenía la cabeza y el hombro y brazo derechos.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Necesitas el descanso?

—No. ¿Qué...?

Karsa metió la cabeza, hombro y brazo en la alforja y después tiró de los cordones una vez más. Necesitaría un arnés y una vaina para la espada, pero eso tendría que esperar. Se metió las correas de la alforja por los hombros, después se irguió y apoyó la espada en el hombro derecho.

Una última mirada a su alrededor.

La hoguera todavía ardía con un fuego hechicero, aunque había empezado a parpadear más rápido, como si estuvieran agotando los restos del combustible invisible. Pensó en echarle gravilla encima con un par de patadas para apagarla, pero después se encogió de hombros y se encaminó a la boca de la cueva.

Cuando llegó a la entrada, dos figuras se alzaron de repente ante él y bloquearon la luz.

La espada de Karsa atravesó el camino con un latigazo, la parte plana de la hoja tronó contra las dos figuras y las mandó volando por el saliente.

—Fuera de mi camino —rezongó el guerrero al tiempo que salía a la luz del sol.

No les dedicó a los intrusos ni una mirada más cuando emprendió el camino que viraba al sudoeste.

Trull Sengar gimió y después abrió los ojos. Levantó la cabeza y recibió con una mueca las incontables punzadas que le atenazaban la espalda. Esa espada de pedernal lo había arrojado por un pedregal de piedrecillas… aunque había sido el desventurado Onrack el que se había llevado la peor parte del golpe. Con todo, le dolía el pecho y mucho se temía tener magulladas las costillas, si no rotas.

El t’lan imass se estaba poniendo en pie con torpeza a una docena de pasos de distancia.

Trull escupió antes de hablar.

—Si hubiera sabido que la puerta estaba atrancada, habría llamado primero. Eso era un maldito thelomen toblakai.

El tiste edur vio que la cabeza de Onrack giraba de repente para quedarse mirando otra vez la cueva.

—¿Qué pasa? —preguntó Trull—. ¿Es que baja a terminar el trabajo?

—No —respondió el t’lan imass—. En esa cueva… persiste la senda de Tellann…

—¿Y qué?

Onrack empezó a trepar por la cuesta rocosa hacia la boca de la cueva.

Trull siseó de frustración, se levantó como pudo y lo siguió lentamente, deteniéndose cada pocos pasos hasta que pudo recuperar el aliento una vez más.

Cuando entró en la cueva lanzó un grito de alarma. Onrack estaba de pie, dentro de un fuego, las llamas de los colores del arcoíris lo envolvían. Y el t'lan imass sostenía en la mano derecha los restos destrozados de otro de su especie.

Trull se adelantó, pero entonces resbaló y cayó con dureza sobre un lecho de afiladas lascas de pedernal. Se le disparó el dolor de las costillas y tardó un rato en poder respirar una vez más. Maldijo, rodó de lado (con mucha cautela) y después se levantó con cuidado. El aire era caluroso como en una forja.

Y entonces la cueva se quedó de repente a oscuras, el extraño fuego se había apagado.

Un par de manos se cerraron sobre los hombros de Trull.

—Los renegados han huido —dijo Onrack—. Pero están cerca. Ven.

—De acuerdo, tú delante, amigo.

Un momento antes de que salieran a la luz del sol, una conmoción repentina atravesó a Trull Sengar.

Un par de manos.

Karsa rodeó el valle y se abrió camino por lo que pasaba por sendero. Un sinfín de deslizamientos de rocas lo habían enterrado cada diez pasos aproximadamente, lo que lo obligaba a salvar gravilla inestable y movediza que levantaba nubes de polvo a su paso.

Al pensarlo mejor, se dio cuenta de que uno de los dos desconocidos que le habían bloqueado la salida de la cueva era t'lan imass. Cosa nada sorprendente, ya que el valle entero, con todas sus canteras, minas y tumbas era un lugar sagrado para ellos… suponiendo que pudiera haber algo sagrado para unas criaturas que estaban no muertas. Y el

otro… *de humano no tenía nada. Pero me resultaba familiar, no obstante. Ah, como los del barco. Los de piel gris que maté*.

Quizá debería volver sobre sus pasos. Su espada todavía tenía que beber sangre de verdad. Aparte de la suya, por supuesto.

Más adelante, el camino viraba hacia arriba con brusquedad y salía del valle. La idea de tener que repetir aquella polvorienta y traicionera ruta lo decidió. Reservaría el ensangrentamiento de su espada para enemigos más dignos. Empezó a subir.

Era obvio que los seis t'lan imass no habían tomado esa ruta. Por suerte para ellos. Había perdido la paciencia con sus incesantes palabras, sobre todo cuando las obras hablaban más alto que los hechos, lo suficiente como para aplastar sus patéticas justificaciones. Llegó a la cumbre y se encaramó al terreno plano. El paisaje que se extendía al sudoeste era lo más agreste que Karsa había visto en Siete Ciudades. No había signo aparente de civilización, ninguna prueba de que alguien hubiera pisado jamás aquella tierra. Praderas de hierbas altas que se mecían con el viento cálido y cubrían colinas bajas y onduladas que continuaban hasta el horizonte. Grupos de árboles bajos y poblados llenaban las cuencas y vacilaban con un color polvoriento verde y gris cuando el viento agitaba sus hojas.

El Jhag Odhan. Supo, de repente, que esa tierra capturaría su corazón con su canto de sirena primitivo. Su magnitud… igualaba la de Karsa, de modos que no conseguía definir. *Los thelomen toblakai han conocido este lugar, lo han recorrido antes que yo*. Y así era; aunque le resultaba imposible explicar cómo lo sabía, pero lo sabía.

Levantó la espada.

—Bairoth Delum, así te llamo. Sé testigo. El Jhag Odhan. Tan diferente de las espesuras de nuestras montañas. A este viento le doy tu nombre, mira cómo sale disparado para rozar las hierbas, para rodar contra la colina y atravesar los árboles. Le doy a esta tierra tu nombre, Bairoth Delum.

El viento cálido cantó contra la hoja ondulada de la espada con una cadencia de gemidos.

Un destello de movimiento en las hierbas, a mil pasos de distancia. Lobos, con el pelo del color de la miel, de miembros largos, más altos que cualquiera de los que había visto hasta entonces. Karsa sonrió.

Reemprendió la marcha.

Las hierbas le llegaban justo por debajo del pecho, el terreno que pisaba era compacto entre las raíces nudosas. Pequeñas criaturas se escabullían sin cesar a su paso, entre crujidos, y sobresaltó a algún que otro ciervo, una raza pequeña que no le llegaba casi ni a las rodillas y que en su huida siseaba como una flecha entre los tallos.

Uno resultó no ser lo bastante rápido para evitar la hoja que segó su vida, Karsa comería bien esa noche. Así pues, la sed virgen de su espada nació de la necesidad, no de la ira de la batalla. Se preguntó si a los fantasmas les habría desagradado un comienzo tan innoble. Habían renunciado a su capacidad de comunicarse con él al entrar en la espada, aunque a la imaginación de Karsa no le costaba encontrar el comentario sarcástico de Bairoth con solo buscarlo. La sabiduría comedida de Delum era más difícil, pero por ello mucho más valiosa.

El sol dibujó su arco uniforme por el cielo sin nubes mientras él continuaba avanzando. Hacia el atardecer descubrió rebaños de bhederin al oeste y, dos mil pasos por delante, un rebaño de antílopes rayados coronaron la cima

de una colina para observarlo un rato antes de darse la vuelta, como uno solo, y desaparecer.

Al oeste, el horizonte era una conflagración fiera cuando llegó al lugar donde los había visto.

Donde una figura lo esperaba.

Habían aplastado las hierbas en un modesto círculo. Un brasero de tres patas se levantaba, achaparrado, en el centro, lleno de unos trozos de estiércol de bhederin de color naranja resplandeciente que no provocaba humo alguno. Sentado tras él había un jaghut. Encorvado y flaco hasta el punto de la demacración, vestía pieles y cueros raídos, el cabello largo y gris le colgaba en mechones que le caían sobre una frente arrugada y llena de manchas, los ojos del color de la hierba circundante.

El jaghut levantó la mirada cuando se acercó Karsa y le dedicó al teblor algo que estaba entre una mueca y una sonrisa en la que resplandecían los colmillos amarillentos.

—Mira cómo has dejado esa piel de ciervo, toblakai. La aceptaré, no obstante, a cambio de esta hoguera para cocinar.

—De acuerdo —respondió Karsa mientras dejaba caer al animal junto al brasero.

—Aramala se puso en contacto conmigo, así que he venido a recibirte. Le has hecho un noble servicio, toblakai.

Karsa dejó la alforja en el suelo y se agachó ante el brasero.

—No les guardo lealtad alguna a los t'lan imass.

El jaghut estiró el brazo y recogió el ciervo. Un cuchillo pequeño destelló en su mano y empezó a cortar justo por encima de las pequeñas pezuñas del animal.

—Una expresión de su gratitud, después de que ella luchara junto a ellos contra los tiranos. Como luché yo, aunque yo fui lo bastante afortunado como para escapar con

poco más que una columna rota. Mañana te llevaré a ver a alguien mucho menos afortunado que Aramala o yo.

—Busco un caballo jhag, no que me presentes a tus amigos —rezongó Karsa.

El anciano jaghut lanzó una carcajada aguda.

—Bruscas palabras. Thelomen toblakai sin ninguna duda. Lo había olvidado y había perdido por tanto la capacidad de apreciarlo. La persona con la que te llevaré llamará a los caballos salvajes y ellos vendrán.

—Una habilidad singular.

—Sí, y suya solo, pues fue, sin lugar a dudas, por mano y voluntad de esa mujer por lo que esos caballos comenzaron a existir.

—Una criadora, entonces.

—Algo así —asintió el jaghut con tono amistoso. Empezó a desollar al ciervo—. Los pocos de mis parientes caídos que siguen vivos agradecerán mucho esta piel, a pesar del daño infligido por tu horrenda espada de piedra. Los ciervos aras son veloces y listos. Nunca usan el mismo camino, ¡ja, ni siquiera hacen caminos! Así que uno no puede ponerse en un sitio a esperarlos. Ni las trampas sirven de nada tampoco. Y cuando los persiguen, ¿adónde van? Pues se meten en los rebaños de bhederin, bajo las mismísimas bestias. Listos, como he dicho. Muy listos.

—Soy Karsa Orlong, de los uryd…

—Sí, sí, ya lo sé. De la lejana Genabackis. No muy distinto de mis parientes caídos, los jhag. Ignorante de tu gran y noble historia…

—Menos ignorante de lo que era en otro tiempo.

—Bien. Yo me llamo Cynnigig y ahora eres incluso menos ignorante.

Karsa se encogió de hombros.

—Ese nombre no significa nada para mí.

—Pues claro que no, es el mío. ¿Fui alguna vez célebre por mi infamia? No, aunque en otro tiempo aspiraba a serlo. Bueno, durante un momento o dos. Pero después cambié de opinión. Tú, Karsa Orlong, tú estás destinado a ser célebre por tu infamia. Quizá, de hecho, ya hayas logrado esa celebridad en tu tierra natal.

—No creo. Sin duda me consideran muerto y nada de lo que he hecho lo sabe mi familia o mi tribu.

Cynnigig cortó una pata y la lanzó a las llamas. Una nube de humo se alzó del fuego entre siseos y chisporroteos.

—Puede que eso sea lo que pienses, pero yo me atrevería a decir lo contrario. Los rumores viajan, sean cuales sean las barreras. El día que regreses, lo verás.

—No me importa la fama —dijo Karsa—. Me importó una vez…

—¿Y luego?

—Cambié de opinión.

Cynnigig se echó a reír de nuevo, más alto esta vez.

—He traído vino, mi joven amigo. En aquel baúl de acullá, sí, ahí.

Karsa se incorporó y se acercó al baúl. Era inmenso, remachado en hierro y de tablones gruesos, lo bastante robusto como para desafiar incluso a Karsa, si este decidiera levantarlo.

—Esto debería tener ruedas y una yunta de bueyes —murmuró el teblor cuando se agachó ante él—. ¿Cómo lo has traído contigo?

—No lo traje yo. Me trajo él.

Juegos de palabras.

Karsa frunció el ceño y levantó la tapa.

Una única jarra de cristal se alzaba en el centro, flanqueada por un par de vasos de arcilla desportillada. El profundo color rojo del vino resplandecía tras el cristal

transparente y bañaba el, de otro modo, vacío interior del baúl con un tono cálido de atardecer. Karsa se lo quedó mirando un momento antes de volver a rezongar.

—Sí, ya veo que te serviría, siempre que te acurrucaras. Tú, el vino y el brasero…

—¡El brasero! ¡Ese sería un viaje muy caluroso!

El ceño del teblor se profundizó.

—Apagado, por supuesto.

—Ah, sí, por supuesto. Deja de mirarlo con la boca abierta y sirve un poco de vino. Estoy a punto de darle la vuelta a la carne.

Karsa estiró la mano y después la retiró de golpe.

—¡Hace frío ahí dentro!

—Yo prefiero mi vino frío, incluso el tinto. De hecho, lo prefiero todo frío.

El teblor hizo una mueca y cogió la jarra y los dos vasos.

—Entonces, alguien tiene que haberte traído aquí.

—Solo si te crees todo lo que te digo. Y todo lo que ves, Karsa Orlong. Un ejército de t’lan imass pasó por aquí no hace tanto tiempo. ¿Me encontraron? No. ¿Por qué? Estaba escondido en mi baúl, por supuesto. ¿Encontraron el baúl? No, porque era una roca. ¿Observaron la roca? Quizá. Pero, claro, solo era una roca. Sé lo que estás pensando y estarías en lo cierto. La hechicería de la que hablo no es Omtose Phellack. ¿Por qué iba yo a utilizar Omtose Phellack cuando ese es el olor que buscaban los t’lan imass? Oh, no. ¿Hay alguna ley cósmica que dicte que los jaghut solo pueden usar Omtose Phellack? He leído cientos de miles de cielos nocturnos y todavía tengo que verlo escrito allí; oh, hay muchas otras leyes, de sobra, pero ninguna que se acerque a esa, ni en detalle ni en intención. Así pues, nos ahorra el sangriento recurso de buscar un forkrul assail para adjudicársela y, créeme, tal adjudicación es siempre

sangrienta. Pocas veces, de hecho, queda alguien satisfecho. Y menos veces aún queda alguien vivo. ¿Hay justicia en eso, te pregunto? Oh, sí, quizá la justicia más pura de todas. Un día cualquiera, el ofendido y el ofensor podrían ponerse las ropas del otro. Nunca es cuestión de lo que está bien o está mal, solo hay que decidir quién se equivoca menos. ¿Percibes…?

—Lo que percibo —lo interrumpió Karsa— es el olor a carne quemada.

—Ah, sí. Escasos son mis momentos de discurso…

—No tenía ni idea.

—Cosa que no se puede decir de esta abundante carne. Por supuesto, tú no podrías saberlo, dado que nos acabamos de conocer. Pero te lo aseguro, tengo pocas oportunidades de hablar…

—Ahí, en tu baúl.

Cynnigig sonrió.

—Precisamente. Has captado lo esencial. Precisamente. Thelomen toblakai, sin ninguna duda.

Karsa le tendió al jaghut un vaso lleno de vino.

—Vaya, mi mano lo ha calentado un poco.

—Soportará la degradación, gracias. Toma, sírvete un poco de ciervo. La carne carbonizada es buena para la salud, ¿lo sabías? Purifica el tracto digestivo, confunde a los gusanos, convierte en negros tus excrementos. Negros como los de un oso del bosque. Recomendado si te están persiguiendo, pues engaña a la mayoría, salvo a los que han hecho un estudio de los excrementos, por supuesto.

—¿Y existen personas así?

—No tengo ni idea. Pocas veces salgo. ¿Qué engreídos imperios se han alzado solo para después caer más allá del Jhag Odhan? Pomposidad que se ahoga en el polvo, son ciclos sin fin entre las criaturas efímeras. No lamento mi

ignorancia. ¿Por qué habría de hacerlo? No saber lo que me he perdido significa que no echo de menos lo que no sé. ¿Cómo podría echarlo de menos? ¿Lo ves? Aramala siempre estaba buscando tal conocimiento sin sentido y mira lo que le pasó. Lo mismo con Phyrlis, a quien conocerás mañana. Jamás ve más allá de las hojas que tiene delante, aunque nunca cesa de intentarlo, como si el inmenso panorama ofreciese algo que no sea el avance lento del insecto del tiempo. Imperios, tronos, tiranos y libertadores, cien mil volúmenes llenos de versiones de las mismas preguntas, planteadas una y otra vez. ¿Ofrecerán las respuestas el prometido solaz? No lo creo. Toma, asa un poco más, Karsa Orlong, y bebe un poco más de vino; ya ves que la jarra nunca se vacía. Inteligente, ¿verdad? Bueno, ¿por dónde iba?

—Pocas veces sales.

—Así es. ¿Qué engreídos imperios se han alzado solo para después caer más allá del Jhag Odhan? Pomposidad que se ahoga…

Karsa entrecerró los ojos para mirar el Jhag Odhan y después estiró la mano para coger el vino.

Un único árbol se levantaba en el terreno que era la cima de una colina que, a su vez, lindaba con una colina más grande. Protegido de los vientos predominantes, se había hecho enorme, la corteza era fina y se desprendía como una piel incapaz de contener la anchura muscular que había debajo. Las ramas eran tan gruesas como el muslo de Karsa y salían del inmenso tronco lleno de nudos. El tercio superior lucía un denso manto de hojas que formaban amplios y aplanados doseles de verde polvoriento.

—Parece antiguo, ¿verdad? —dijo Cynnigig mientras subían hacia él, el jaghut caminaba con un paso sesgado y vacilante—. Pues no tienes ni idea de lo antiguo que es, mi

joven amigo. Ni idea. No me atrevo a revelarte la verdad de su antigüedad. ¿Habías visto alguna vez algo parecido? Creo que no. Quizá te recuerde al guldindha, como los que se pueden encontrar por todo el odhan. Te lo recuerda, como un ranag te recuerda a una cabra. Así que una simple cuestión de altura. No, en realidad es una cuestión de antigüedad. Una especie ancestral, este árbol. Un arbolito joven cuando un mar interior siseaba con suspiros salados sobre esta tierra. ¿Decenas de miles de años, te preguntas? No. Cientos de miles. Antaño, Karsa Orlong, estos eran los árboles predominantes en buena parte del mundo. Todas las cosas tienen su momento, y cuando ese momento pasa, se desvanecen…

—Pero este no.

—No se podría hacer una observación más perspicaz. ¿Y por qué preguntas?

—No me molesto, porque sé que me lo dirás en cualquier caso.

—Pues claro que te lo diré, porque soy un tipo servicial, una propensión natural en mí. La razón, mi joven amigo, pronto quedará patente.

Treparon los últimos metros de la elevación y llegaron al terreno plano, bajo las sombras eternas del dosel y por tanto libre de hierbas. Al árbol y todas sus ramas, vio Karsa entonces, lo envolvían telarañas que de algún modo permanecían translúcidas, por muy densas que las hubieran tejido; revelaban solo un leve reflejo vacilante. Y bajo ese reluciente sudario, la cara de un jaghut lo contemplaba.

—Phyrlis —dijo Cynnigig—, este es aquel con el que habló Aramala, el que busca un caballo digno de tal nombre.

El cuerpo de la mujer jaghut permanecía visible por algunos sitios, lo que revelaba que el árbol había crecido a su alrededor. Pero un único astil de madera surgía justo

detrás de su clavícula derecha y se reunía con el tronco principal por un lado de la cabeza.

—¿Le cuento tu historia, Phyrlis? Por supuesto, he de hacerlo, aunque solo sea porque es de lo más notable.

La voz de la mujer no salía de su boca sino que sonó, fluida y suave, dentro de la cabeza de Karsa.

—*Pues claro que debes, Cynnigig. Es tu naturaleza no dejar nada sin decir*.

Karsa sonrió porque había demasiado afecto en el tono como para darle un matiz irritado a las palabras.

—Amigo mío thelomen toblakai, un relato extraordinario, para el que las auténticas explicaciones permanecen fuera de nuestro alcance —empezó Cynnigig al mismo tiempo que se acomodaba con las piernas cruzadas en el suelo de piedra —. Nuestra querida Phyrlis era una niña (no, un bebé, todavía mamaba del pecho de su madre) cuando una banda de t'lan imass las alcanzó. Su destino fue el habitual. La madre fue asesinada y de Phyrlis se ocuparon también del modo habitual, la empalaron en una lanza y anclaron la lanza en la tierra. Nadie podría haber predicho lo que ocurrió después, ni jaghut ni t'lan imass, pues carecía de precedentes. Esa lanza, tallada de una madera nativa, tomó lo que pudo del espíritu vital de Phyrlis y renació. Las raíces se extendieron y se aferraron al lecho de roca, salieron ramas y hojas de nuevo y, a cambio, el espíritu vital de la madera recompensó a la niña. Juntos, entonces, crecieron y escaparon de sus destinos relativos. Phyrlis renueva al árbol, el árbol renueva a Phyrlis.

Karsa apoyó la punta de la espada en el suelo y se apoyó en ella.

—Sin embargo, ella fue la hacedora de los caballos jhag.

—*Un pequeño papel, Karsa Orlong. De mi sangre sacaron su longevidad. Los caballos jhag se reproducen con poca*

frecuencia, insuficiente para aumentar, o siquiera mantener, su número, si no tuvieran una vida tan larga.

—Lo sé, pues los teblor, mi pueblo, que mora en las montañas del norte de Genabackis, crían rebaños de lo que deben de ser caballos jhag.

—*Si es así, entonces me complace. Aquí, en el Jhag Odhan, van a extinguirse por culpa de la caza*.

—¿Los cazan? ¿Quién?

—*Parientes lejanos tuyos, thelomen toblakai. Trell*.

Karsa se quedó callado un momento y después frunció el ceño.

—¿Como el conocido con el nombre de Mappo?

—*Sí, así es. Mappo Runt, que viaja con Icarium. Icarium, que lleva flechas hechas de mis ramas. Que, cada vez que me visita, no recuerda nada del encuentro previo. Que pregunta, una y otra vez, por la madera de mi núcleo, para poder elaborar con ella un mecanismo para medir el tiempo, pues solo la madera de mi núcleo puede sobrevivir a todos los demás constructos*.

—¿Y se la das? —preguntó Karsa.

—*No, pues me mataría. En lugar de eso, negocio. Un astil fuerte para hacer un arco. Ramas para las flechas*.

—¿No tienes medios de defenderte, entonces?

—*Contra Icarium nadie los tiene, Karsa Orlong*.

El guerrero teblor lanzó un gruñido.

—Tuve una discusión con Icarium que ninguno de los dos ganó. —Dio unos golpecitos en su espada de piedra—. Mi arma era de madera, pero ahora empuño esta. La próxima vez que nos encontremos, ni siquiera la traición de Mappo el trell salvará a Icarium.

Los dos jaghut se quedaron callados durante un largo instante y Karsa se dio cuenta de que Phyrlis estaba hablando con Cynnigig porque vio que su expresión se

crispaba, alarmada. Los ojos de color ocre se alzaron por un momento hacia el teblor y después se apartaron otra vez.

Al fin, Cynnigig lanzó un largo suspiro antes de hablar.

—Karsa Orlong, está llamando ahora al rebaño más cercano; el único rebaño que conoce se ha acercado a esta zona para responder a su primera llamada. Ella esperaba más, prueba, quizá, de los pocos caballos jhag que quedan.

—¿Cuántas cabezas en este rebaño?

—*No sé decir, Karsa Orlong. Por lo general su número no supera la docena. Los que ahora se acercan son quizá los últimos que quedan en el Jhag Odhan*.

Karsa levantó la mirada de repente cuando resonó el ruido de cascos por el suelo, bajo ellos.

—Más de una docena, creo yo —murmuró.

Cynnigig se puso en pie con una mueca por el esfuerzo.

Movimiento en el valle inferior. Karsa se dio la vuelta.

El suelo estaba temblando, un trueno que lo invadía todo. El árbol que tenía detrás tembló como si lo golpeara una galerna repentina. En su mente, el teblor oyó gritar a Phyrlis.

Los caballos llegaron por cientos. Grises como el hierro, más grandes incluso que los que había criado la tribu de Karsa. Crines negras que agitaban al viento. Sementales, que echaban las cabezas hacia atrás y corcoveaban para despejar un espacio a su alrededor. Yeguas de lomos anchos, potros que corrían junto a ellas.

Cientos que se convertían en miles.

El aire se llenó de polvo, se alzaba con el viento y formaba remolinos que subían al cielo como si quisieran retar al propio torbellino.

Más caballos salvajes coronaron la colina sobre ellos, y el trueno se desvaneció de repente cuando las bestias se detuvieron y formaron un inmenso círculo de hierro que

miraba hacia el interior. Silencio, la nube de polvo rodó y se fue deshaciendo con el viento.

Karsa miró al árbol una vez más.

—Parece que no hace falta que te preocupes por su posible extinción, Phyrlis. Jamás he visto tantos potros y caballos de un año en un rebaño. Ni tampoco he visto jamás un rebaño de este tamaño. Debe de haber diez mil, quince mil cabezas, y ni siquiera podemos verlos a todos.

Phyrlis parecía incapaz de responder. Las ramas del árbol seguían temblando, traqueteando en el aire cálido.

—Lo que dices es cierto, Karsa Orlong —dijo con voz ronca Cynnigig, su mirada clavada con aire sorprendido en el thelomen toblakai—. Los rebaños se han reunido y algunos han venido desde muy lejos para responder a la llamada. Pero no a la de Phyrlis. No, no para responder a su llamada. Sino para responder a la tuya, Karsa Orlong. Y para eso, no tenemos respuesta. Pero ahora debes escoger.

El teblor asintió y se volvió para estudiar a los caballos.

—*Karsa Orlong, hablaste antes de un arma de madera. ¿Qué clase de madera?*

—Árbol de hierro, la única opción que me quedaba. En mi tierra natal, usamos palosangre.

—*¿Y aceite de sangre?*

—Sí.

—*Frotado en la madera. Aceite de sangre que mancha tus manos. Pueden olerlo, Karsa Orlong*…

—Pero no tengo ninguno.

—*No sobre ti. En ti. Corre por tus venas, Karsa Orlong. Hace decenas de miles de* años que no hay madera de palosangre en el Jhag Odhan. Pero estos caballos la recuerdan. Ahora debes elegir.

—Madera de palosangre y aceite de sangre —dijo Cynnigig—. Esa es una explicación insuficiente, Phyrlis.

—*Sí, así es. Pero es todo lo que tengo*.

Karsa los dejó con su discusión y, tras abandonar la espada clavada en el suelo, bajó hasta los caballos que lo esperaban. Los sementales agitaron las cabezas cuando se acercó y el teblor sonrió, con cuidado de no mostrar los dientes, sabía que lo veían como un depredador y ellos sus presas. *Aunque podrían matarme con toda facilidad. Entre un número como este no tendría ninguna posibilidad*. Vio un semental que era obvio que dominaba entre todos los demás, dado el amplio espacio que lo rodeaba, su porte desafiante y cómo pateaba el suelo. Karsa pasó a su lado murmurando: «Tú no, orgulloso. El rebaño te necesita más que yo». Descubrió otro semental, uno que acababa de entrar en la edad adulta, y se dirigió a él. Poco a poco, se acercó dibujando un ángulo para que el caballo pudiera verlo.

Crines y cola blancas, no negras. Patas largas, músculos ondulándose bajo el pelo lustroso. Ojos grises.

Karsa se detuvo a solo un paso de distancia. Estiró poco a poco la mano derecha hasta que posó las puntas de los dedos en la testuz temblorosa de la bestia. Empezó a aplicar presión. El semental se resistió, dio un paso atrás. Karsa le bajó la cabeza un poco más para poner a prueba la flexibilidad del cuello. Todavía más, con el cuello inclinado, hasta que la barbilla del caballo descansó casi en el espacio que quedaba entre los huesos del pecho.

Después retiró la presión, pero mantuvo el contacto mientras el semental alzaba despacio el cuello.

—Te llamo Estragos —susurró.

Bajó la mano hasta que las puntas de los dedos descansaron, con la palma hacia arriba, bajo la barbilla del animal, y después fue caminando hacia atrás lentamente para sacar al semental del rebaño.

El semental dominante chilló entonces y el rebaño se puso en movimiento con una explosión, una vez más. Se dieron la vuelta y se dispersaron en grupos más pequeños que atravesaron como truenos las altas hierbas. Rodearon las dos colinas, al oeste y el sur, y salieron nuevamente al corazón del Jhag Odhan.

El temblor de Estragos se había desvanecido. La bestia caminaba al paso de Karsa cuando este regresó colina arriba caminando de espaldas.

Cuando se acercó a la cima, Cynnigig habló tras él.

—Ni siquiera un jaghut podría calmar a un caballo jhag, Karsa Orlong, como has hecho tú. Thelomen toblakai, sí, los teblor lo sois sin duda alguna, pero también sois únicos entre los de vuestra raza. Guerreros montados thelomen toblakai. No creía que tal cosa fuera posible. Karsa Orlong, ¿cómo es que los teblor no han conquistado todo Genabackis?

Karsa giró la cabeza y miró al jaghut.

—Algún día, Cynnigig, lo haremos.

—¿Y eres tú el que los encabezará a todos?

—Lo soy.

—Hemos sido testigos, entonces, del nacimiento de la infamia.

Karsa se movía junto a Estragos, recorría con la mano el cuello tenso del animal.

¿Testigos? Sí, sois testigos. Con todo, lo que yo, Karsa Orlong, crearé, no podéis ni imaginarlo. Nadie puede.

Cynnigig se había sentado a la sombra del árbol que contenía a Phyrlis y tarareaba en voz baja. Estaba cayendo la tarde. El thelomen toblakai se había ido con el caballo que había elegido. Se había subido de un salto a su grupa y se

había alejado sin necesidad de silla o riendas siquiera. Los rebaños se habían desvanecido y habían dejado el paisaje tan vacío como antes.

El encorvado jaghut sacó un trozo envuelto del ciervo aras asado la noche anterior y empezó a cortarlo en pequeños trozos.

—Un regalo para ti, querida hermana.

—*Ya veo* —respondió ella—. *¿Lo mató la espada de piedra?*

—Sí.

—*Un botín, entonces, para alimentar mi espíritu*.

Cynnigig asintió. Hizo una pausa para señalar con gesto despreocupado con el cuchillo.

—Has hecho un buen trabajo al disfrazar los restos.

—*Los cimientos sobreviven, por supuesto. Las paredes de la Casa. Las piedras angulares en las esquinas del patio, todo bajo mi manto de tierra*.

—Necios, ignorantes t'lan imass, mira que clavar una lanza en los terrenos de una Casa de Azath.

—*¿Qué sabían ellos de casas, Cynnigig? Criaturas de cuevas y tiendas de piel. Además, ya se estaba muriendo y llevaba años así. Una herida fatal. Oh, Icarium estaba de rodillas para cuando al fin asestó el golpe mortal, delirando por la locura. Y si su compañero toblakai no hubiera aprovechado la oportunidad para golpearlo y dejarlo inconsciente*…

—Habría liberado a su padre. —Cynnigig asintió con la boca llena de carne. Se levantó y se acercó al árbol—. Toma, hermana —dijo al tiempo que le ofrecía una loncha.

—*Está quemada*.

—Dudo que tú lo hubieras hecho mejor.

—*Cierto. Vamos, empújala, no te voy a morder*.

—No puedes morder, querida. Y por cierto, sé apreciar la ironía; el padre de Icarium no tenía deseo alguno de que lo salvaran. Y así la Casa murió y debilitó el tejido…

—*Lo suficiente para que la senda se desgarrara. Más, por favor, tú estás comiendo más que yo*.

—Zorra codiciosa. Bueno, Karsa Orlong nos ha… sorprendido.

—*Dudo que seamos las primeras víctimas de la confusión en lo que a ese joven guerrero se refiere, hermano*.

—Cierto. Y sospecho que tampoco seremos los últimos en sufrir tal conmoción.

—*¿Percibiste a los seis espíritus t'lan imass, Cynnigig? ¿Los que se cernían por allí, tras los muros ocultos del patio?*

—Oh, sí. Sirvientes del dios Tullido ahora, los pobrecitos. Querrían decirle algo, creo…

—*¿Decirle a quién? ¿Al dios Tullido?*

—No. A Karsa Orlong. Poseen conocimientos con los que pretenden guiar al thelomen toblakai, pero no se atrevían a acercarse. La presencia de la Casa, sospecho, los llenó de temor.

—*No, está muerta, todo lo que sobrevivió de su espíritu vital se introdujo en la lanza. No era la Casa, hermano, sino el propio Karsa Orlong, era a él a quien temían*.

—Ah. —Cynnigig sonrió mientras deslizaba otra loncha de carne en la boca de madera de Phyrlis, donde desapareció de la vista y cayó en la cavidad hueca del interior. Para pudrirse allí, para regalarle al árbol sus nutrientes—. Entonces esos imass no son tan tontos, después de todo.

Libro Cuarto



La Casa de Cadenas

Has atrancado las puertas,
bloqueado con barrotes las ventanas,
cada portal sellado
al mundo exterior,
y ahora te encuentras
con lo que más temías:
hay asesinos
y están en la Casa.

Casa
Talanbal

Capítulo 18



La rabia de la diosa del Torbellino
era un infierno batido en la forja
del sagrado Raraku.

Las legiones que marchaban bajo el polvo
de sangre quemada por el ojo del sol
eran hierro frío.

Allí, en el puerto seco de la ciudad muerta,
donde los ejércitos se unieron para librar batalla,
el Embozado caminaba por el terreno condenado.

donde ya había caminado muchas veces antes.

El corazón dividido
Pescador

Se había ido arrastrando por las piedras labradas y cuidadosamente apiladas, hasta el borde de la trinchera (sabía que su madre se pondría furiosa al ver cómo había destrozado su ropa nueva), pero al fin apareció su hermana ante su vista.

Tavore había reclamado los soldados de juguete de hueso y asta de su hermano y entre los escombros de la muralla rota de la finca, donde habían emprendido los arreglos los trabajadores de la hacienda, había dispuesto una batalla en miniatura.

Solo más tarde se enteraría Felisin que su hermana de nueve años estaba, de hecho, recreando una batalla concreta, extraída de relatos históricos sobre un choque de un siglo de antigüedad entre un ejército real de Unta y la Casa rebelde de K’azz D’Avore. Una batalla que había supuesto la aniquilación de la familia D’Avore. Y que, tras asumir el papel de duque Kenussen D’Avore, su hermana estaba examinando todas las posibles secuencias de tácticas para lograr una victoria. Atrapados por una serie de desgraciadas circunstancias en un valle de lados escarpados, y superados totalmente en número, el consenso unánime entre los eruditos militares era que la victoria era imposible.

Felisin nunca llegó a saber si su hermana había triunfado allí donde Kenussen D’Avore (un genio militar, según decían) había fracasado. Espiar a su hermana se había convertido en una costumbre; su fascinación por la dura y distante Tavore, una obsesión. A Felisin le parecía que su hermana jamás había sido niña, jamás había conocido un momento de simple juego. Se había metido en la sombra del hermano de ambas y pretendido solo permanecer allí, y cuando a Ganoes lo habían enviado fuera a estudiar, Tavore había sufrido una sutil transformación. Ya no estaba a la sombra de Ganoes, era como si se hubiera transformado en la sombra de su hermano, rota y embrujada.

Ninguno de esos pensamientos estaban presentes en la mente de Felisin después de tantos años. La obsesión por Tavore existía, pero sus fuentes carecían de forma, como solo podía ocurrir con un niño.

El estigma del significado siempre aparece más tarde, como cuando se quita el polvo y se revelan las figuras en la piedra.

Al borde mismo de las ruinas de la ciudad, en el lado sur, la tierra se precipitaba por lo que en otro tiempo habían sido bajadas clásticas de arcilla, impregnada de sedimentos, que se iban extendiendo hasta el viejo lecho del puerto. Siglos de sol abrasador habían endurecido esas extensiones transformándolas en rampas anchas y sólidas.

Sha’ik se encontraba en la entrada del más grande de esos antiguos abanicos nacidos de un mar moribundo milenios atrás, intentaba ver la cuenca plana que tenía ante ella como un campo de batalla. A cuatro mil pasos de distancia, enfrente, se alzaban los restos dentados de unas islas de coral sobre las que rugía el torbellino, esa tormenta embrujada que les había arrebatado a aquellas islas el formidable manto de arena que las había cubierto. Lo que quedaba no ofrecía gran cosa a modo de risco seguro sobre el que reunir y preparar las legiones. El terreno sería traicionero, imposible formar las tropas. Las islas dibujaban un arco inmenso que atravesaba el acceso del sur. Al este había una escarpa, una falla que veía caer la tierra de forma brusca, una altura de ochenta brazadas o más que se arrojaban a una llanura salina, lo que había sido el lecho más profundo del mar interior. La falla era una brecha que se ensanchaba en el punto más al sudoeste, justo al otro lado del arrecife de islas, y formaba la cuenca aparentemente interminable que eran las tierras del sur de Raraku. Al oeste se encontraban las dunas, arena profunda y suave, esculpida por el viento y repleta de pozos.

Reuniría sus fuerzas en ese mismo punto, situadas para defender las siete rampas importantes. Los arqueros montados de Mathok en las alas, la nueva infantería pesada de Korbolo Dom (el núcleo de élite de sus Mataperros) a la

cabeza de cada una de las rampas. Lanceros montados y guerreros a caballo contenidos como pantallas para cuando los malazanos se alejaran tambaleándose de los escarpados accesos y se diera la orden de avanzar.

O eso le había explicado Korbolo Dom, ella no estaba del todo segura de la secuencia. Pero parecía que el napaniano pretendía adoptar una postura inicial defensiva, a pesar de su superioridad numérica. Estaba impaciente por poner a prueba la infantería pesada y las fuerzas de choque contra los equivalentes malazanos. Dado que Tavore había emprendido la marcha para encontrarse con ellos, lo más oportuno era extender la invitación hasta el amargo final en esas rampas. La ventaja estaba, en su totalidad, del lado del ejército del Apocalipsis.

Tavore era, una vez más, el duque Kenussen D'Avore en la garganta Ibilar.

Sha'ik se ciñó mejor el manto de piel de oveja, tenía frío de repente, a pesar del calor. Miró hacia donde Mathok y la docena de guardaespaldas esperaban, a una distancia discreta, pero lo bastante cerca como para llegar a su lado en dos o tres latidos. La mujer no tenía ni idea de por qué el taciturno caudillo temía tanto que la asesinaran, pero no hacía ningún daño complacer al guerrero. Con el toblakai lejos y Leoman en algún lugar del sur, Mathok había asumido el papel de protector de su persona. Muy bien, aunque Sha'ik no creía probable que Tavore intentara enviar asesinos, no se podía atravesar a la diosa del Torbellino y pasar desapercibido. Ni siquiera una mano de la Garra podría pasar inadvertida por su multitud de barreras, daba igual la senda que intentaran utilizar.

Porque la barrera en sí define una senda. La senda que se extiende como una piel invisible sobre el desierto sagrado. Este fragmento usurpado ya no es un fragmento,

sino un todo en sí mismo. Y su poder crece. Hasta que un día, pronto, exigirá su propio lugar en la baraja de los Dragones. Como con la Casa de Cadenas. Una nueva Casa, la del torbellino.

Alimentada por la sangre derramada de un ejército asesinado.

Y cuando ella se arrodille ante mí… ¿entonces qué? Querida hermana, rota y encorvada, manchada de polvo y vetas mucho más oscuras, sus legiones en ruinas tras ella, festín para las poliñeras y los buitres, ¿me habré de quitar entonces el yelmo de guerra? ¿Revelarle en ese momento, mi rostro?

Nos hemos apoderado de esta guerra. Se la hemos arrebatado a los rebeldes, a la emperatriz y al Imperio de Malaz. Se la hemos arrebatado incluso a la propia diosa del Torbellino. Hemos suplantado, tú y yo, Tavore, a Dryjhna y el libro del Apocalipsis, lo hemos sustituido por nuestro propio apocalipsis privado. La sangre de la familia y nada más. Y el mundo, entonces, Tavore, (cuando me muestre ante ti y vea el reconocimiento en tus ojos), el mundo, tu mundo, se derrumbará bajo tus pies.

Y en ese momento, querida hermana, lo comprenderás. Lo que ha ocurrido. Lo que he hecho. Y por qué lo he hecho.

¿Y ellos? No lo sabía. Una simple ejecución era, en realidad, demasiado fácil, una trampa. El castigo les pertenecía a los vivos, después de todo. La sentencia era sobrevivir, tambalearse bajo las cadenas del conocimiento. La pena no solo de vivir, sino de vivir con eso, esa era la única respuesta a… todo.

Oyó botas que hacían crujir trozos de loza tras ella y se volvió. No había sonrisa de bienvenida para aquel, esa vez no.

—L’oric. Me alegro mucho de que te hayas dignado a acusar recibo de mi solicitud, pareces haber perdido la costumbre en los últimos tiempos.

Oh, cómo se esconde de mí, los secretos que ahora lo acechan, mira cómo evita mirarme a los ojos, percibo una lucha en su interior. Cosas que le gustaría decirme. Pero no dirá nada. Con todos los poderes de la diosa a mi disposición y todavía soy incapaz de atrapar a este esquivo hombre, no puedo arrancarle la verdad. Eso solo ya me advierte de que no es lo que parece. No es un simple mortal…

—He estado indispuesto, elegida. Incluso este corto trayecto desde el campamento me ha dejado exhausto.

—Lamento mucho tu sacrificio, L’oric. Y por tanto, sin más demora diré lo que era mi intención. Heboric ha reforzado su lugar de residencia, no ha salido desde hace tiempo ni permite visitas, y ya han pasado semanas.

No había nada falso en la mueca de dolor del hombre.

—Nos impide la entrada a todos, señora.

Sha’ik ladeó la cabeza.

—Sin embargo, tú fuiste el último en hablar con él. Largo y tendido, los dos solos en su tienda.

—¿Fui yo? ¿Esa fue la última vez?

No era la reacción que ella había anticipado. *Muy bien, entonces sea cual sea el secreto que posee, no tiene nada que ver con Manos Fantasmales*.

—Así es. ¿Se mostró angustiado durante la conversación?

—Señora, Heboric lleva mucho tiempo angustiado.

—¿Por qué?

Los ojos del hombre se posaron por un breve instante en los de ella, más abiertos de lo habitual, y después los volvió a desviar.

—Él… lamenta vuestro sacrificio, elegida.

Sha'ik parpadeó.

—L'oric, no tenía ni idea que mi sarcasmo pudiera ofenderte tanto.

—Al contrario que vos —respondió él con tono grave—, no pretendía decir nada jocoso, señora. Heboric lamenta…

—Mis sacrificios. Bueno, eso es muy raro, desde luego, ya que no tenía gran opinión de mí antes de mi… renacimiento. ¿Qué pérdida en concreto destaca más?

—No sabría deciros, me temo tendréis que preguntárselo a él.

—Vuestra amistad no ha progresado hasta el punto de intercambiar confesiones, entonces.

L'oric no contestó. *Bueno, no, no podía. Porque eso sería admitir que tiene algo que confesar*.

Apartó la mirada del hombre y se volvió una vez más a mirar el campo potencial de batalla. *Puedo imaginarme los ejércitos dispuestos, sí. ¿Pero luego qué? ¿Cómo se mueven? ¿Qué es posible y qué es imposible? Diosa, tú no tienes respuesta a esas preguntas. Son indignas de ti. Tu poder es tu voluntad y solo eso. Pero, querida diosa, a veces la voluntad no basta*.

—Korbolo Dom está satisfecho con esta inminente… palestra.

—No me sorprende, señora.

Sha'ik se volvió para mirarlo.

—¿Por qué?

El hombre se encogió de hombros y ella lo vio buscar una respuesta alternativa a lo que había estado a punto de decir.

—A Korbolo Dom le gustaría que Tavore hiciera justo lo que él quiere que haga. Que disponga sus fuerzas aquí, o allí, y en ningún otro sitio. Que lo abordara de un modo concreto. Que contendiera allí donde él querría que contendiera. Espera que el ejército malazano marche hasta

aquí para ser masacrado, como si solo porque así lo quiere pudiera convertir a Tavore en tonta o estúpida. —L'oric señaló con un gesto la inmensa cuenca—. Quiere que luche aquí. Espera que lo haga. Pero ¿por qué habría de hacerlo la consejera?

Sha'ik se estremeció bajo el manto cuando el frío se profundizó. *Sí, ¿por qué habría de hacerlo? La certeza de Korbolo... ¿no es nada más que una simple bravata? ¿Él también exige que algo sea así solo porque así es como él lo quiere?* Claro que, ¿eran los demás diferentes, acaso? ¿Kamist Reloe y sus cachorritos que lo siguen a todas partes, Fayelle y Henaras? ¿Y Febryl y Bidithal? *Leoman... que mantuvo esa irritante media sonrisa a lo largo de todas las descripciones que hizo Korbolo de la batalla inminente. Como si supiera algo... como si él solo fuera diferente. Claro que esa media sonrisa... el muy idiota está hundido en un pozo de durhang, después de todo. No debería esperar nada de él, sobre todo no genio militar. Además, Korbolo Dom tiene algo que demostrar...*

—Es peligroso —murmuró L'oric— confiar en un comandante que lucha con la intención de masacrar.

—¿En lugar de qué?

Las cejas masculinas se alzaron una fracción.

—Bueno, de alcanzar la victoria.

—¿La masacre del enemigo no logra la victoria, L'oric?

—Pero ahí está el fallo del razonamiento de Korbolo, elegida. Como Leoman señaló una vez, hace ya meses, el fallo está en la secuencia. Señora, la victoria precede a la masacre. No al revés.

Sha'ik se lo quedó mirando.

—¿Por qué, entonces, no expresasteis ni tú ni Leoman esa crítica cuando debatíamos las tácticas de Korbolo Dom?

—¿Debatíamos? —L'oric sonrió—. No hubo debate, elegida. Korbolo Dom no es un hombre que guste de debates.

—Y tampoco Tavore —soltó ella de repente.

—Eso no es relevante —respondió L'oric.

—¿A qué te refieres?

—Doctrina militar malazana, algo que Coltaine comprendía bien, pero también algo que el puño supremo Pormqual era obvio que había perdido de vista. Las tácticas son consensuadas. La doctrina original de Dassem Ultor, cuando al fin fue nombrado primera espada del Imperio de Malaz. «La estrategia pertenece al comandante, pero las tácticas son el primer campo de batalla, y se encuentra en la tienda de mando.» Cita textual de Dassem. Por supuesto, un sistema así dependía mucho de la existencia de oficiales capacitados. Los oficiales incompetentes, como los que con posterioridad se infiltraron en la cadena de…

—Te refieres a oficiales aristócratas.

—Grosso modo, sí. La adquisición de nombramientos, Dassem jamás lo habría permitido y por lo que tengo entendido, la emperatriz tampoco lo tolera. Ya no, en cualquier caso. Hubo una matanza…

—Sí, lo sé, L'oric. Según tu razonamiento, entonces, la personalidad de Tavore no tiene relevancia…

—No del todo, señora. La tiene, ya que la táctica es la hija de la estrategia. Y la verdad de la naturaleza de Tavore dará forma a esa estrategia. Los soldados veteranos hablan de hierro caliente y hierro frío. Coltaine era hierro frío. Dujek Unbrazo también es hierro frío, aunque no siempre; es único en el sentido de que es capaz de cambiar según surja la necesidad. ¿Pero Tavore? Lo desconocemos.

—Explica ese «hierro frío», L'oric.

—Señora, no soy experto en este tema…

—Pues a mí, desde luego, podrías haberme engañado. Explícate. Ahora.

—Muy bien, tal y como yo lo entiendo…

—Déjate de evasivas.

L’oric carraspeó, después se volvió y llamó a alguien.

—Mathok. Ten la bondad de unirte a nosotros, por favor.

Sha’ik frunció el ceño ante la presunción que ocultaba la invitación, pero después se ablandó. *Después de todo, es importante. Lo presiento. El núcleo de todo lo que está a punto de ocurrir*.

—Reúnete con nosotros, Mathok —dijo.

El hombre desmontó y se acercó.

L’oric se dirigió a él.

—Me han pedido que explique la expresión «hierro frío», caudillo, y para eso necesito ayuda.

El guerrero del desierto enseñó los dientes en una mueca.

—Hierro frío, Coltaine. Dassem Ultor, si la leyenda es cierta. Dujek Unbrazo. El almirante Nok. K’azz D’Avore de la Guardia Carmesí. Inish Gran, que en otro tiempo dirigió el Gral. Hierro frío, elegida. Duro. Afilado. Lo sostienes ante ti, y por tanto alcanzas. —Se cruzó de brazos.

—Alcanzas —asintió L’oric—. Sí, eso es. Alcanzas. Y te quedas bien clavado.

—Hierro frío —gruñó Mathok—. El alma del caudillo o bien arde con el fuego de la vida o está frío, invadido por la muerte. Elegida, Korbolo Dom es hierro caliente, como lo soy yo. Como lo sois vos. Somos como los fuegos del sol, como el calor del desierto, como el aliento de la propia diosa del Torbellino.

—El ejército del Apocalipsis es hierro caliente.

—Sí, elegida. Y por tanto, debemos rogar para que la forja del corazón de Tavore se inflame de venganza.

—¿Que ella también sea hierro caliente? ¿Por qué?

—Porque entonces no perderemos.

A Sha'ik de repente se le doblaron las rodillas y estuvo a punto de tambalearse. L'oric se acercó para sostenerla con la alarma dibujada en el rostro.

—¿Señora?

—Estoy… estoy bien. Un momento… —Clavó la mirada en Mathok una vez más y vio la breve expresión calculadora en sus ojos, que después desapareció de inmediato tras el porte impasible—. Caudillo, ¿y si Tavore es hierro frío?

—El choque más letal de todos, elegida. ¿Cuál se partirá primero?

—Las historias militares revelan, señora —dijo L'oric—, que el hierro frío derrota al hierro caliente las más de las veces. En una proporción de tres o cuatro a uno.

—¿Pero Coltaine no cayó ante Korbolo Dom?

Observó que los ojos de L'oric se encontraban con los de Mathok por un momento.

—¿Y bien? —preguntó.

—Elegida —murmuró Mathok con voz profunda—. Korbolo Dom y Coltaine libraron nueve combates importantes, nueve batallas, en la cadena de perros, De estos, Korbolo fue claro vencedor en uno y solo uno. En la Ladera. A las afueras de las murallas de Aren. Y para eso necesitó a Kamist Reloe y el poder de Mael, tal y como se canalizó a través del sacerdote jhistal, Mallick Rel.

A Sha'ik la cabeza le daba vueltas, la invadía el pánico y sabía que L'oric la notaba temblar.

—Sha'ik —le susurró el hombre al oído—, vos conocéis a Tavore, ¿verdad? La conocéis y es hierro frío, ¿no es cierto?

Muda, Sha'ik asintió. No sabía cómo lo sabía, pues ni Mathok ni L'oric parecían capaces de dar una definición concreta, lo que le sugería que la noción se derivaba de una

sensación visceral, un instinto primitivo. Y por tanto, ella lo sabía.

L’oric había levantado la cabeza.

—Mathok.

—¿Mago supremo?

—¿Quién, entre nosotros, es hierro frío? ¿Hay alguien?

—Hay dos, mago supremo. Y uno de ellos es capaz de ambas cosas: el toblakai.

—¿Y el otro?

—Leoman de los Mayales.

Corabb Bhilan Thenu’alas estaba echado bajo una capa de arena. El sudor le había empapado la telaba bajo él y había apisonado la huella moldeada de su cuerpo, después se había enfriado, de modo que no podía dejar de temblar. Sexto hijo de un jefe depuesto de los pardus, se había pasado la mayor parte de su vida adulta vagando por las tierras baldías. Vagabundo, mercader y cosas peores. Cuando Leoman lo encontró, tres guerreros gral habían estado antes arrastrándolo tras sus caballos la mayor parte de la mañana.

El precio de compra había sido patético, dado que las arenas ardientes le habían desollado la piel y habían dejado solo una masa ensangrentada en carne viva. Pero Leoman lo había llevado a una sanadora, una anciana de una tribu de la que no había oído hablar ni antes ni después y esta, a su vez, lo había llevado al estanque de un manantial, donde él había yacido inmerso, delirando por la fiebre, durante un tiempo indeterminado mientras la mujer elaboraba un ritual de sanación y apelaba a los antiguos espíritus del agua. Y así se había recuperado.

Corabb nunca había sabido la razón de la clemencia de Leoman y, como ya lo conocía bien (tan bien como cualquiera que hubiera jurado lealtad al hombre), sabía que era mejor no preguntar. Era uno con su naturaleza opuesta, sus cualidades insondables que no se podían desvelar más que una vez en una vida entera. Pero Corabb sabía una cosa: por Leoman de los Mayales, él sería capaz de dar la vida.

Habían permanecido uno junto al otro, silenciosos e inmóviles, durante todo el día y llegada la tarde, vieron aparecer a los primeros jinetes de la avanzadilla a lo lejos, se iban distribuyendo con cautela a medida que se aventuraban por la llanura de sales agrietadas y arcilla.

Corabb al fin se agitó.

—Wickanos —siseó.

—Y setis —respondió Leoman con voz profunda.

—Esos de las armaduras grises tienen un aspecto… diferente.

El hombre que tenía al lado lanzó un gruñido y después una maldición.

—Khundryl, del sur del río Vathar. Esperaba… En fin, esa armadura arcana parece pesada. Los Siete sabrán qué tumbas ancestrales saquearían para coger eso. Los khundryl tardaron en empezar a montar a caballo, y no es de extrañar con esa armadura, ¿verdad?

Corabb guiñó los ojos para mirar la inmensa nube de polvo que había detrás de la avanzadilla.

—La vanguardia no va muy lejos de los exploradores.

—Sí. Algo habrá que hacer.

Sin una palabra más, los dos guerreros fueron alejándose poco a poco de la cima, fuera de la vista de la avanzadilla; hicieron una pequeña pausa para echarse hacia atrás y borrar con arena las huellas de donde habían estado sus

cuerpos y luego regresaron al barranco a buscar sus caballos.

—Esta noche —dijo Leoman mientras recogía las riendas de su montura y se subía a la silla.

Corabb hizo lo mismo y después asintió. Sha'ik sabría, por supuesto, que la habían desafiado. Pues la diosa del Torbellino tenía los ojos puestos en todos sus hijos. Pero esa era su tierra, ¿no? No podían dejar que los invasores la atravesaran sin oposición. No, las arenas beberían su sangre, darían voz esa noche a la promesa oscura de la Segadora Amortajada.

L'oric se encontraba cerca del camino que llevaba al claro del toblakai. Una mirada casual y después el más leve de los gestos de una mano marcó una cuidadosa revelación de hechicería… que se desvaneció casi en cuanto llegó. Satisfecho, emprendió el camino sendero abajo.

Ella quizás estuviera distraída, pero su diosa no. Poco a poco L'oric iba percibiendo un sondeo dirigido hacia él, zarcillos embrujados que se estiraban en un esfuerzo por encontrarlo, por rastrear sus movimientos. Y cada vez se estaba haciendo más difícil eludir esos sondeos, sobre todo porque estaban empezando a provenir de más de una única fuente.

Febryl se estaba poniendo cada vez más nervioso, al igual que Kamist Reloe. Mientras que la paranoia de Bidithal no necesitaba combustible alguno, *ni debería necesitarlo*. Bastaban, entonces, todas esas señales de inquietud creciente, para convencer a L'oric de que fueran cuales fueran los planes que había, pronto buscarían resolución. De un modo u otro.

No esperaba descubrir a Sha'ik tan… mal preparada. Cierto, la mujer había transmitido una insinuación no demasiado sutil de que era consciente de un modo

sobrenatural de todo lo que ocurría en el campamento, incluyendo una habilidad alarmante para las guardas de simulación que L'oric utilizaba para enmascarar sus viajes. Con todo, había cosas que, si ella las hubiera sabido (o siquiera sospechado) habrían provocado una respuesta mortal ya mucho tiempo atrás. *Algunos lugares deben permanecer cerrados para ella. Esperaba que hoy me hiciera preguntas mucho más peligrosas. ¿Dónde está Felisin? Claro que quizá no preguntó porque ya lo sabía*. Un pensamiento escalofriante, no solo por insinuar la amplitud de sus conocimientos, sino por lo que sugería sobre la propia Sha'ik. *Que sabe lo que Bidithal le hizo a Felisin… y no le importa*.

Al atardecer siempre parecía impaciente por llegar en el bosque de árboles de piedra. Las huellas que dejaba en el camino polvoriento revelaban, para su gran alivio, que seguía siendo el único que recorría aquella pista en esos días.

No era que la diosa necesitara caminos. Pero había algo extraño en el claro del toblakai, algo que insinuaba una especie de investidura, como si el claro hubiera sufrido una santificación de algún tipo. Y si eso había ocurrido, entonces quizás existiera como un punto ciego a los ojos de la «diosa» del Torbellino.

Pero nada de eso explicaba por qué Sha'ik no preguntaba por Felisin. *Ah, L'oric, el ciego eres tú. La obsesión de Sha'ik es Tavore. Con cada día que nos abandona y va acercando los dos ejércitos, su obsesión crece. Cómo crecen sus dudas y, quizá, su miedo. Es malazana, después de todo, yo tenía razón en eso. Y en su interior aguarda otro secreto, uno enterrado en lo más profundo de todo. Conoce a Tavore*.

Y ese conocimiento había guiado todas y cada una de las acciones de Sha'ik desde su renacimiento. Había hecho

retirarse al ejército del Apocalipsis cuando casi estaban a la vista de las murallas de la ciudad sagrada. Se habían retirado al corazón de Raraku… *Dioses, ¿fue todo eso una huida aterrorizada?*

Una noción que era insoportable plantearse.

El claro apareció ante él, el círculo de árboles con sus ojos fríos e inhumanos que contemplaban desde su altura la tienda pequeña y desaliñada, y a la joven acurrucada ante la hoguera rodeada de piedras que había a pocos pasos de ella.

La joven no levantó la cabeza cuando él se acercó.

—L'oric, me preguntaba cómo se puede distinguir el culto de asesinos de Bidithal del de Korbolo Dom. El campamento está atestado estos días, me alegro de estar escondida aquí y, a la vez, me encuentro compadeciéndote. ¿Has hablado con ella al fin hoy?

L'oric suspiró y se sentó enfrente de ella, se quitó la alforja que llevaba al hombro y sacó algo de comida.

—Sí.

—¿Y?

—La preocupación por el choque inminente está… abrumándola…

—Mi madre no preguntó por mí —lo interrumpió Felisin con una ligera sonrisa.

L'oric apartó la mirada.

—No —admitió con un susurro.

—Lo sabe, entonces. Y ha resuelto lo mismo que yo: Bidithal está a punto de desenmascarar a los conspiradores. Lo necesitan, después de todo, o bien para que se una a la conspiración o para que se aparte. Esa es una verdad que no ha cambiado. Y ya se acerca la noche, la noche de la traición. Y por tanto, madre necesita que cumpla con su papel.

—No estoy seguro de eso, Felisin —empezó a decir L’oric, después se calló.

Pero ella ya había entendido y su terrible sonrisa se ensanchó.

—Entonces la diosa del Torbellino le ha robado el amor del alma. Oh, bueno, lleva mucho tiempo bajo asedio, después de todo. En cualquier caso, no era mi madre de verdad, solo era un título que asumió porque le divertía…

—No es cierto, Felisin. Sha’ik vio tu grave situación…

—Yo fui la primera en verla, cuando regresó, renacida. Una casualidad, que yo estuviera fuera, recogiendo hen’bara ese día. Antes de ese día, Sha’ik nunca se había fijado en mí, ¿por qué habría de hacerlo? Al fin y al cabo, yo era una más entre un millar de huérfanos. Pero entonces ella llegaba… renacida.

—Regresaba al mundo de los vivos también, quizá…

Felisin se echó a reír.

—Oh, L’oric, siempre te esfuerzas, ¿verdad? Yo sabía entonces, como tú debes de saber a estas alturas, que Sha’ik renacida no es la misma mujer que Sha’ik la Mayor.

—Eso importa poco, muchacha. La diosa del Torbellino la eligió…

—Porque Sha’ik la Mayor murió, o la mataron. Tú no viste la verdad como la vi yo, en las caras de Leoman y el toblakai. Vi su incertidumbre, no sabían si su ardid daría resultado. Y que lo diera, más o menos, significaba tanto para mí como para cualquiera de ellos. La diosa del Torbellino la eligió por necesidad, L’oric.

—Como ya he dicho, Felisin, no importa.

—No para ti, quizá. No, no lo entiendes. Vi a Sha’ik la Mayor de cerca, una vez. Su mirada pasó junto a mí sin verme, esa mirada no veía a nadie, y, en ese momento, a

pesar de lo niña que era, supe la verdad sobre ella. Sobre ella y sobre su diosa.

L'oric destapó la jarra que había seguido a la comida y la levantó para humedecerse una boca que de repente se le había quedado seca.

—¿Y qué verdad era esa? —susurró, incapaz de mirarla a los ojos. En lugar de ello, bebió un profundo trago del vino que no se había rebajado con agua.

—Oh, que todos y cada uno no somos más que esclavos. Somos las herramientas que usará ella para lograr sus deseos. Aparte de eso, nuestras vidas no significan nada para la diosa. Pero con Sha'ik renacida, creí ver… algo diferente.

L'oric la vio encogerse de hombros por el rabillo del ojo.

—Pero —continuó la joven— la diosa es demasiado fuerte. Su voluntad demasiado absoluta. El veneno que es la indiferencia… y conozco bien su sabor, L'oric. Pregúntale a cualquier huérfano, da igual la edad que tenga ahora, y te dirán lo mismo. Todos mamamos de esa misma teta amarga.

El mago sabía que las lágrimas le brotaban de los ojos y le corrían por las mejillas, pero no podía hacer nada por detenerlas.

—Y ahora, L'oric —siguió ella tras un momento—, hemos quedado todos al descubierto. Todos y cada uno de los que estamos aquí. Somos todos huérfanos. Piénsalo. Bidithal, que perdió su templo, su culto entero. Lo mismo ocurrió con Heboric. Korbolo Dom, que en otro tiempo igualó en rango a grandes soldados como Whiskeyjack y Coltaine. Febryl, ¿sabías que asesinó a sus propios padres? El toblakai, que ha perdido a su pueblo. Y todos los demás que estamos aquí, L'oric, fuimos hijos del Imperio de Malaz una vez. ¿Y qué hemos hecho? Repudiamos a la emperatriz a cambio de una

diosa perturbada que solo sueña con la destrucción, que pretende alimentarse de un mar de sangre…

—Y —preguntó él en voz baja—, ¿yo también soy huérfano?

A Felisin no le hacía falta contestar porque los dos oyeron la verdad en las palabras doloridas del hombre.

Osric…

—Lo que… solo deja a Leoman de los Mayales. —Felisin le quitó el vino de las manos—. Ah, Leoman. Nuestro diamante defectuoso. Me pregunto si puede salvarnos a todos. ¿Tendrá la oportunidad? Entre nosotros, solo él continúa… libre de cadenas. No cabe duda de que la diosa lo reclama, pero es una reclamación vacía; te das cuenta, ¿verdad?

El hombre asintió y se secó los ojos.

—Y creo que he hecho que Sha’ik se dé cuenta también de ello.

—¿Sabe, entonces, que Leoman es nuestra última esperanza?

El suspiro de L’oric fue entrecortado.

—Creo que sí…

Se quedaron callados un rato. Había caído la noche y el fuego estaba muerto, convertido en cenizas, solo la luz de las estrellas iluminaba el claro.

Pareció, entonces, que los ojos de piedra iban cobrando vida poco a poco, una medialuna de miradas que se clavaban en ellos dos. Ojos que los contemplaban ávidos, relucientes de hambre. L’oric levantó la cabeza de repente. Se quedó mirando las caras fantasmales y después a las dos figuras toblakai, luego se acomodó una vez más, temblando.

Felisin lanzó una risita.

—Sí, son espeluznantes, ¿verdad?

L’oric lanzó un gruñido.

—Un misterio este, las creaciones del toblakai. Esas caras… son t’lan imass. Sin embargo…

—Él creía que eran sus dioses, sí. Eso fue lo que me dijo Leoman una vez, bajo el influjo de los vapores del durhang. Después me advirtió que no le dijera nada al toblakai. —Se echó a reír de nuevo, más alto esa vez—. Como si se lo fuera a decir. Una idiota desde luego, si pretendía meterme entre el toblakai y sus dioses.

—No hay nada simple en ese simple guerrero —murmuró L’oric.

—Igual que tú no eres un simple mago supremo —dijo la joven—. Tienes que actuar pronto, lo sabes. Tienes decisiones que tomar. Duda demasiado y las tomarán por ti, para pesar tuyo.

—Bien podría decirte a ti lo mismo.

—Bueno, entonces parece que todavía tenemos más que debatir esta noche. Pero primero, comamos, antes de que el vino nos emborrache.

Sha’ik retrocedió y dio un paso tambaleante hacia atrás. Emitió un siseo con una bocanada de alarma, y de dolor. Una hueste de guardas giraba alrededor de la morada de Heboric, todavía parpadeando con la agitación que su choque había desencadenado.

Contuvo la indignación y bajó la voz todo lo que pudo.

—Sabes quién es la que ha venido, Heboric. Déjame pasar. Desafíame y haré caer la ira de la diosa aquí y ahora. Un momento de silencio y después:

—Entrad.

Sha’ik se adelantó. Hubo un momento de presión y después pasó con un tropezón que frenó el muro de cimientos medio derruido. Una repentina… ausencia. Una

ausencia aterradora que estallaba como la luz más clara donde todo había sido, apenas un momento antes, una oscuridad impenetrable. Despojada… *pero libre, Dioses, libre… la luz*…

—Manos Fantasmales —jadeó—. ¿Qué has hecho?

—La diosa de vuestro interior, Sha’ik —fueron las palabras de Heboric—, no es bienvenida en mi templo.

¿Templo? El rugido del caos iba creciendo en su interior, los lugares inmensos de su mente donde había estado la diosa del Torbellino de repente se habían quedado vacíos y se llenaban con el regreso oscuro y precipitado de… *de todo lo que yo era*. Una furia amarga crecía como un incendio forestal a medida que los recuerdos se alzaban con una ferocidad demoníaca para asaltarla. *Beneth. Cabrón. Rodeaste con las manos a una niña, pero a lo que le diste forma era cualquier cosa salvo una mujer. Un juguete. Una esclava para ti y tu mundo brutal y retorcido*.

Solía contemplar ese cuchillo que tenías en las manos, los juegos de destellos que eran tus hábitos ociosos. Y eso fue lo que me enseñaste, ¿verdad? Cortar para divertirte y ver la sangre. Y oh, cómo corté yo. Baudin. Kulp. Heboric…

Una presencia física a su lado, la sensación sólida de unas manos (verde jade, barrotes negros), una figura, achaparrada, ancha, y parecía que a la sombra de frondas, no, tatuajes. *Heboric*…

—Dentro, muchacha. Te he… despojado de todo. Una consecuencia no anticipada de expulsar a la diosa de tu alma. Ven.

Y después la estaba guiando al interior de los confines de la tienda. El aire frío y húmedo, una única lámpara de aceite pequeña que luchaba contra la oscuridad, una llama que se movió de repente cuando Heboric levantó la lámpara y la acercó a un brasero, donde usó el aceite ardiente para

encender los ladrillos de estiércol. Y, mientras trabajaba, hablaba.

—No hay mucha necesidad de luz… el paso del tiempo… antes de que me encomendaran la aprobación de un templo improvisado… Pero ¿qué sé yo de Treach, de todos modos?

Sha'ik estaba sentada en unos cojines, con las manos temblorosas delante de las llamas crecientes del brasero, envuelta en unas pieles. Al oír el nombre de Treach, se sobresaltó y levantó la cabeza.

Y vio a Heboric agachado ante ella. *Como se había agachado aquel día, hace tanto tiempo ya, en la plaza del Juicio. Cuando los duendes del Embozado habían acudido a él… para presagiar la expulsión de Fener. Las moscas no querían tocar sus tatuajes en espiral. Recuerdo eso. En todas las demás partes se enjambraban como locas*. Esos mismos tatuajes habían sufrido una transformación.

—Treach.

Los ojos del hombre se entrecerraron clavados en ella, *ahora son ojos de gato… ¡puede ver!*

—Ascendido a la divinidad, Sha'ik.

—No me llames así. Soy Felisin Paran de la Casa Paran. —La mujer se abrazó de repente—. Sha'ik me espera… ahí fuera, tras los confines de esta tienda, tras tus guardas.

—¿Y quieres regresar a ese abrazo, muchacha?

La mujer estudió el fuego del brasero.

—No hay alternativa, Heboric —susurró.

—No, supongo que no.

Una conmoción atronadora la hizo incorporarse de golpe.

—¡Felisin!

—¿Qué?

—¡Felisin la Menor! ¡No… no la he visto! ¿En días? ¿Semanas? ¿Dónde… dónde está?

El movimiento de Heboric fue felino cuando se incorporó, fluido y preciso.

—La diosa debe de saberlo, muchacha…

—¡Si lo sabe, a mí no me lo ha dicho!

—Pero ¿por qué no iba…?

La mujer vio en los ojos masculinos lo que él sabía y sintió otra punzada de miedo.

—Heboric, ¿qué sabes…?

Y entonces él la estaba guiando a la solapa de la tienda, hablando mientras la llevaba de regreso, paso a paso.

—Hablamos, tú y yo, y todo va bien. Nada de lo que debas preocuparte. La consejera y sus legiones vienen de camino y hay mucho que hacer. Y también están los planes secretos de Febryl, que hay que mantener vigilados, y para eso debes confiar en Bidithal…

—¡Heboric! —Se resistió contra él, pero el hombre no cedió. Llegaron a la solapa y él la empujó fuera—. ¿Qué estás…? —Un fuerte empujón y la mujer dio un tropezón hacia atrás.

Y atravesó una llamarada de guardas.

Sha’ik se incorporó poco a poco. Debía de haber tropezado. *Ah, sí, una conversación con Manos Fantasmales. Todo va bien. Es un alivio, ya que me permite pensar en cosas más importantes. Mi nido de traidores, por ejemplo. Debo tener unas palabritas con Bidithal otra vez esta noche. Sí*…

Le dio la espalda a la tienda del exsacerdote y regresó al palacio.

En el cielo, las estrellas del desierto rielaban, como hacían con frecuencia cuando la diosa se había acercado… Sha’ik se preguntó qué la habría atraído esa vez. Quizá nada más que echarle un ojo protector a su elegida…

La mujer no advirtió, como tampoco advirtió su diosa, la forma apenas visible que se deslizó por la entrada de la tienda de Heboric y fluyó desdibujada para introducirse en las sombras más cercanas. No advirtió, tampoco, el olor que esa forma con púas seguía.

Hacia el oeste, al borde de la ciudad y después por el camino, recorriendo sin ruido el sendero entre los árboles de piedra, rumbo a un claro distante.

Bidithal estaba sentado entre las sombras hirvientes, solo una vez más, aunque la sonrisa permanecía clavada en su rostro arrugado. Febryl tenía sus juegos, pero también los tenía el antiguo sacerdote supremo del culto de Sombra. Hasta a los traidores los podía traicionar, después de todo, un giro repentino del cuchillo que llevaba en la mano.

Y las arenas se plegarían una vez más, como lo hacían cuando el aire respiraba hondo, entraba, salía, de un lado a otro, agitando y removiendo los granos como lo harían las olas contra una playa, para posar una capa sobre otra en finas costuras de color. No había límites al número de capas, y eso Febryl y sus compañeros de conspiración no tardarían en descubrirlo, muy a su pesar.

Buscaban la senda para quedársela. A Bidithal le había llevado mucho tiempo descubrir esa verdad, esa motivación enterrada en las profundidades, pues había permanecido en el silencio oculto entre cada palabra pronunciada. Esa no era una simple y mundana lucha de poder. No. Era usurpación. Expropiación, un detalle que en sí mismo hablaba en susurros de secretos todavía más profundos. Querían la senda… pero ¿por qué? Una pregunta que todavía carecía de respuesta, pero esa respuesta la encontraría, y pronto.

En eso sabía que la elegida confiaba en él y que él no le fallaría. *En la medida que espera de mí, sí, cumpliré. Por supuesto, hay otros temas que van más allá de Sha'ik, esta diosa y la senda del Torbellino que querría gobernar. La forma del panteón mismo está en juego… mi venganza tanto tiempo retrasada contra esos pretendientes foráneos al trono de Sombra*.

Incluso en ese momento, si escuchaba con mucha, mucha atención, podía oírlos. Y se estaban acercando. Cada vez más.

Un temblor de miedo se apoderó de sus miembros y las sombras se escabulleron de su lado por un momento y solo regresaron cuando se tranquilizó una vez más. *Rashan… y Meanas. Meanas y Thyr. Thyr y Rashan. Los tres hijos de las sendas ancestrales. Galain, Emurlahn y Thyrllan. ¿Qué tiene de extraño que se enfrenten una vez más? ¿Pues acaso no heredamos siempre los rencores de nuestros padres?*

Pero persistía un espectro de ese miedo. Él no los había llamado, después de todo. No había comprendido la verdad de lo que se ocultaba bajo la senda del Torbellino, la razón por la que la senda permanecía retenida en ese único lugar y en ningún otro más. No había entendido que las viejas batallas nunca morían, sino solo dormían, cada hueso en la arena se intranquilizaba con cada recuerdo.

Bidithal levantó las manos y el ejército de sombras que atestaba su templo se acercó un poco más.

—Prole mía —susurró al dar comienzo al cántico de cierre.

—*Padre*…

—¿Recordáis?

—*Recordamos*.

—¿Recordáis la Oscuridad?

—*Recordamos la Oscuridad, padre*.

—Preguntad y cerrad este momento, mi pequeña prole.

—*¿Recordáis la Oscuridad?*

La sonrisa del sacerdote se ensanchó. Una simple pregunta, una pregunta que podría hacerse a cualquiera, a cualquiera en absoluto. Y quizá la entenderían. Pero seguramente no. *Pero yo la entiendo. ¿Recordáis la Oscuridad?*

—La recuerdo.

Cuando, entre suspiros, las sombras se dispersaron, Bidithal se puso rígido una vez más al percibir aquella llamada casi inaudible. Volvió a estremecerse. Se estaban acercando cada vez más.

Y se preguntó qué harían cuando al fin llegaran.

Había once en total. Sus elegidos.

Korbolo Dom se apoyó en sus cojines con los ojos velados mientras estudiaba la fila de figuras silenciosas y cubiertas que tenía ante él. El napaniano sostenía una copa de cristal tallado en la mano derecha, en ella giraba un vino poco común de los valles grisianos de Quon Tali. La mujer que lo había mantenido entretenido durante las horas previas de la noche estaba dormida y había apoyado la cabeza en su muslo derecho. Le había suministrado durhang suficiente como para garantizar el olvido durante la siguiente docena de campanadas, aunque fue la conveniencia de la seguridad (más que cualquier deseo insípido por parte de Korbolo) por lo que había recurrido a tales medidas.

Sacados de entre sus Mataperros, los once asesinos tenían una habilidad portentosa. Cinco de ellos habían sido asesinos personales del Santo Falah'dan en los tiempos anteriores al Imperio, los habían recompensado con regalos producto de la alquimia y la hechicería para mantener su apariencia y vigor juveniles.

Tres de los seis restantes eran malazanos, hombres de Korbolo Dom, creados tiempo atrás, cuando se había percatado de que tenía motivos para preocuparse por la Garra. *Motivos… bueno, esa es una simplificación casi pintoresca en su timidez. Una multitud de momentos en los que caí en la cuenta de muchos asuntos, descubrimientos repentinos, cosas de las que nunca había esperado enterarme sobre… cuestiones que yo creía muertas y enterradas desde hacía mucho*. En otro tiempo habían sido diez esos guardaespaldas. La prueba de que hacían falta se encontraba ante él en ese momento. Quedaban tres, resultado de un proceso brutal de eliminación que había dejado solo a los que contaban con la mayor habilidad y la alianza más casual con la suerte de Oponn, dos cualidades que se alimentaban entre sí.

Los tres asesinos restantes procedían de varias tribus, y cada uno de ellos había probado su valía durante la cadena de perros. La flecha de uno había asesinado a Sormo E'nath, a una distancia de setenta pasos, el día de Pura Sangre. Había habido otras flechas que habían dado en el blanco, pero había sido la que había atravesado el cuello del hechicero (la del asesino) la que había llenado de sangre los pulmones del muchacho y había ahogado hasta su último aliento, de modo que no había podido acudir a sus malditos espíritus para que lo sanaran…

Korbolo tomó un sorbo de vino y se lamió poco a poco los labios.

—Kamist Reloe ha elegido entre vosotros —dijo con voz profunda tras un momento— para la singular tarea que desencadenará todo lo que ha de ser. Y yo estoy satisfecho con los que ha elegido. Pero no creáis que eso reduce la importancia de los demás. Habrá tareas (tareas esenciales) esa noche. Aquí, en este mismo campamento. Os lo aseguro,

no dormiréis nada esa noche, así que debéis estar preparados. También, dos de vosotros permaneceréis conmigo en todo momento, pues puedo garantizaros que buscarán mi muerte antes de que llegue esa fatídica alba.

Espero de vosotros que muráis en mi lugar. Por supuesto. Es lo que habéis jurado hacer, si surgiera la necesidad.

—Dejadme ahora —dijo agitando la mano libre.

Los once asesinos se inclinaron al unísono y después fueron saliendo en silencio de la tienda.

Korbolo levantó la cabeza de la mujer de su muslo, la había cogido por el pelo (observó que la mujer permanecía insensible al maltrato), se levantó de los cojines y dejó que la cabeza de ella cayera de golpe. Se detuvo a tomar un trago de vino, después se bajó del modesto estrado y se acercó a un lado del aposento que quedaba separado por unas colgaduras de seda.

Dentro de la habitación privada, Kamist Reloe se paseaba sin descanso. Se retorcía las manos, con los hombros tensos y el cuello rígido.

Korbolo se apoyó en un poste de la tienda y crispó la boca en una ligera mueca burlona al ver el desasosiego del mago supremo.

—¿Cuál de tus muchos miedo te invade ahora, Kamist? Oh, no me respondas. Admito que ya he dejado de preocuparme.

—Necia complacencia por tu parte, entonces —soltó de golpe el mago supremo—. ¿Crees que somos las únicas personas listas que hay?

—¿En el mundo? No. Aquí, en Raraku, bueno, eso es otra cosa. ¿A quién deberíamos temer, Kamist Reloe? ¿A Sha'ik? Su diosa devora su agudeza día a día, la muchacha es cada vez menos consciente de lo que ocurre a su alrededor. Y esa diosa apenas toma nota de nosotros; oh, sospecha, quizá,

pero eso es todo. Bien. ¿Quién más? ¿L’oric? He conocido a muchos hombres como él (de los que crean un misterio a su alrededor) y he descubierto que lo que suelen ocultar es un recipiente vacío. Ese es todo pose y nada más.

—Me temo que ahí te equivocas, pero no, no me preocupa L’oric.

—¿Quién más? ¿Manos Fantasmales? Ese hombre se ha desvanecido en su propio pozo de hen’bara. ¿Leoman? No está aquí y tengo planes para cuando regrese. ¿El toblakai? Creo que a ese ya no lo veremos más. ¿Quién queda? Vaya, nada menos que Bidithal. Pero Febryl jura que casi lo tiene metido en nuestro redil, es solo una cuestión de descubrir lo que desea de verdad ese cabrón. Algo vil y asqueroso, sin duda. Es esclavo de sus vicios, ese Bidithal. Ofrécele diez mil niñas huérfanas y la sonrisa jamás abandonará su feo rostro.

Kamist Reloe se rodeó con los brazos mientras continuaba paseándose.

—No es quien sabemos que está entre nosotros la fuente de mis preocupaciones, Korbolo Dom, es quien está entre nosotros que nosotros no conocemos.

El napaniano frunció el ceño.

—¿Y cuántos cientos de espías tenemos en este campamento? ¿Y qué hay de la propia diosa del Torbellino? ¿Crees que permitirá que se infiltren unos desconocidos?

—Tu defecto, Korbolo Dom, es que piensas de un modo estrictamente lineal. Haz otra vez esa pregunta, solo que, esta vez, hazla en el contexto de la diosa albergando sospechas sobre nosotros.

El mago supremo estaba demasiado distraído para notar el pequeño paso que dio el napaniano con una mano levantada. Pero el golpe de Korbolo Dom murió en ese mismo momento, cuando comprendió la trascendencia del

desafío de Kamist Reloe. Abrió poco a poco los ojos mucho más. Después sacudió la cabeza.

—No, eso sería correr un riesgo demasiado grande. Una garra suelta en este campamento pondría en peligro a todo el mundo, no habría forma de predecir sus objetivos…

—¿Habría necesidad siquiera?

—¿A qué te refieres?

—Somos mataperros, Korbolo Dom. Los asesinos de Coltaine, del Séptimo y de las legiones de Aren. Es más, también poseemos el cuadro de magos del ejército del Apocalipsis. Por último, ¿quién se pondrá al mando de ese ejército el día de la batalla? ¿Cuántas razones necesita la Garra para golpearnos, y golpearnos a nosotros en concreto? ¿Qué posibilidades tendría Sha'ik si estuviéramos todos muertos? ¿Para qué matar a Sha'ik? Podemos librar esta guerra sin ella y sin su maldita diosa, ya lo hemos hecho antes. Y estamos a punto de…

—Ya basta, Kamist Reloe. Ya veo a qué te refieres. Así que temes que la diosa permita que se infiltre una garra… para que se ocupe de nosotros. De ti, de Febryl y de mí. Una posibilidad interesante, pero me sigue pareciendo lejana. La diosa es demasiado torpe, está atrapada por las emociones para pensar con semejante claridad, tan enrevesada e insidiosa.

—Ella no tiene que iniciar el ardid, Korbolo Dom. Solo tiene que comprender el ofrecimiento y luego decidir si quiere consentir o no. No es su claridad lo que importa, sino la de la Garra de Laseen. ¿Y dudas acaso de la inteligencia de Topper?

Korbolo Dom rezongó por lo bajo y apartó la vista por un momento.

—No —admitió al fin—. Pero sí que confío en que la diosa no esté por la labor de aceptar mensajes de la emperatriz,

de Topper, o de cualquiera que se niegue a arrodillarse ante su voluntad. Te has metido tú solo en una pesadilla, Kamist Reloe, y ahora me invitas a que me reúna contigo. Declino el ofrecimiento, mago supremo. Estamos bien protegidos y hemos avanzado demasiado en nuestros esfuerzos para inquietarnos tanto.

—He sobrevivido todo este tiempo, Korbolo Dom, porque tengo talento para anticipar lo que pueden intentar mis enemigos. Los soldados dicen que no hay plan de batalla que sobreviva al contacto con el enemigo. Pero el juego del subterfugio es justo lo contrario. Los planes se derivan del contacto insistente con el enemigo. Así pues, procede tú en tus términos, que yo procederé en los míos.

—Como quieras. Ahora déjame. Es tarde y me gustaría dormir.

El mago supremo concluyó su paseo y por un instante clavó en el napaniano una mirada impenetrable, después se dio media vuelta y salió de la cámara.

Korbolo escuchó hasta que oyó la solapa de la habitación exterior abrirse con un siseo y después cerrarse. Siguió escuchando y le satisfizo oír que uno de los guardaespaldas ubicados justo a la entrada ataba los cordones.

Se tomó los últimos tragos de vino, *muy caro maldita sea, pero no sabe mejor que la bazofia del puerto que abundaba en la Isla*… Lanzó la copa al suelo y se dirigió con paso firme a la masa de cojines del otro extremo. *Camas en todas las habitaciones. Me pregunto qué dice eso de mi personalidad. Claro que esas otras no son para dormir, la verdad. No, solo esta*…

En la habitación delantera, al otro lado del tabique de seda, la mujer yacía sin moverse en su propio montón de

cojines, donde Korbolo la había dejado hacía un rato.

El consumo continuo y abrumador de durhang (como de cualquier otro intoxicante) creaba un proceso de mitigación de sus efectos. Hasta que, si bien persistía una capa de entumecimiento insensible (una barrera muy útil contra cosas como que le levantaran la cabeza con un tirón del pelo y luego la dejaran caer sin más), también subyacía una conciencia serena.

Igualmente ventajosos los rituales que su amo le había infligido, rituales que habían eliminado la debilidad del placer. No podía haber pérdida de control, ya no, pues su mente ya no tenía que enfrentarse a los sentimientos, puesto que no le quedaban. Una rendición fácil, había averiguado encantada, ya que no había habido mucho en su vida antes de su iniciación para plantar recuerdos cálidos de la niñez.

Y por tanto era la más apropiada para aquellos menesteres. Profería los sonidos indicativos de placer adecuados para disfrazar la indiferencia que le inspiraban todas las peculiares preferencias de Korbolo Dom. Y yacía inmóvil, sin importarle siquiera una garganta que se iba llenando poco a poco de flemas del humo casi líquido del durhang durante todo el tiempo que fuera necesario antes de que las sutiles e insípidas gotas que había añadido al vino de su amo hicieran efecto.

Cuando oyó la respiración lenta y profunda que le indicó que no sería fácil despertarlo, rodó de lado y se rindió al fin a un ataque de tos. Cuando hubo pasado, se detuvo de nuevo un instante, solo para estar segura que el napaniano seguía dormido. Satisfecha, se puso de pie y se bamboleó hasta la solapa de la tienda.

Manoseó las ataduras hasta que una voz bronca, justo detrás, se dirigió a ella.

—Scillara, ¿a las letrinas otra vez?

Y otra voz lanzó una suave carcajada.

—Es un milagro que le quede carne a esa mujer —añadió la segunda voz—, tal y como vomita noche tras noche.

—Es la roya y las bayas amargas trituradas que le añade al durhang —respondió el otro al tiempo que sus manos asumían la tarea de soltar los cordones y apartar la solapa.

Scillara salió tambaleándose y se metió entre los dos guardias con paso vacilante.

Las manos que se extendieron para sostenerla siempre encontraban lugares inusuales para posarse, y apretar.

La mujer lo habría aguantado en otro tiempo, de una forma un tanto ofendida e irritada, pero que, no obstante, cosquilleaba de placer. Pero ya solo era una lujuria torpe que había que soportar.

Como todo lo demás en el mundo que había que soportar, mientras esperaba su recompensa definitiva: el dichoso nuevo mundo después de la muerte. «La mano izquierda de la vida, que sostiene toda miseria. Y la mano derecha, (sí, la que tiene la hoja resplandeciente, querida), la mano derecha de la muerte, que sostiene, como sostiene, la recompensa que le ofrecerías a otros y después coges para ti. En el momento que tú decidas.»

Las palabras de su amo tenían sentido, como siempre. El equilibrio era el corazón de todas las cosas, después de todo. Y la vida, ese tiempo de dolor y angustia, no era más que un lado de la balanza. «El más duro, el más desdichado; cuanto más terrible y asquerosa es tu vida, niña, mayor es la recompensa después de la muerte…» Así pues, como ella bien sabía, todo tenía sentido.

No había necesidad, entonces, de luchar. La aceptación era el único camino que tomar.

Salvo este. Zigzagueó entre las filas de tiendas. El campamento de los Mataperros era preciso y ordenado, al modo malazano, un detalle que ella conocía bien de su infancia, cuando su madre seguía a la recua del regimiento Ashok. Antes de que ese regimiento cruzara el mar y dejara cientos de indigentes, amantes y prole, sirvientes y gorrones. Su madre se había puesto enferma después y había muerto. Tenía un padre, por supuesto, uno de los soldados. Que podría estar vivo o muerto, pero a quien la niña que había dejado atrás le era indiferente por completo.

Equilibrio.

Difícil con la cabeza llena de durhang, aunque ya se hubiera insensibilizado a él.

Pero estaban las letrinas, bajando por esa pendiente y después subiéndose a las pasarelas de madera que salvaban la zanja. Ollas manchadas que ardían sin fuego para tapar parte del hedor y alejar a las moscas. Cubos junto a los asientos agujereados, llenos de haces de hierba del tamaño de una mano. Barriles más grandes y abiertos llenos de agua, colocados por encima de la zanja y clavados a las pasarelas.

Con las manos extendidas a ambos lados, Scillara cruzó con mucho cuidado uno de los estrechos puentes.

Las zanjas de un campamento como ese, levantado para durar, albergaban algo más que desechos humanos. Los soldados y los que no eran soldados tiraban allí con regularidad la basura, o lo que pasaba por basura entre ellos. Pero para los huérfanos de aquella vil ciudad parte de esos desechos eran tesoros. Un caudal que se podía limpiar, reparar y vender.

Y por tanto las figuras se enjambraban en la oscuridad inferior.

Scillara llegó al otro lado, sus pies desnudos se hundían en el barro provocado por salpicaduras que habían llegado al borde.

—¡Recuerdo la Oscuridad! —canturreó con la voz ronca, tras años de inhalar humo de durhang.

Se oyó algo revolviendo en la trinchera y una niña pequeña, cubierta de excrementos, trepó hasta la mujer, los dientes eran un destello blanco.

—Yo también, hermana.

Scillara sacó una bolsita de monedas de la faja de su vestido. El amo de ambas no veía con buenos ojos esos gestos, de hecho, eran contrarios a sus enseñanzas, pero no pudo evitarlo. La metió en las manos de la niña.

—Para comida.

—Se disgustará, hermana…

—Y de nosotras dos, solo yo sufriré un momento de tormento. Que así sea. Ahora tengo palabras de esta noche que han de llegar a oídos de nuestro amo…

Siempre había caminado con un paso que cabeceaba y se hundía casi hasta el suelo, lo suficiente para granjearle toda una serie de apodos poco halagadores. Sapo, patas de cangrejo… los nombres que los niños se daban unos a otros, algunos de los cuales persistían hasta la edad adulta. Pero Heboric había trabajado duro de joven (mucho antes de su primera y fatídica visita a un templo de Fener) para desprenderse de esos apelativos y ganarse con el tiempo el nombre de Toque de Luz, como respuesta a ciertas habilidades que había adquirido en las calles. Sin embargo, de nuevo su paso furtivo había sufrido una transformación y se había rendido a un deseo instintivo de agacharse todavía más, incluso de usar las manos para propulsarse.

Si se lo hubiera planteado, habría llegado a la amarga conclusión de que se movía menos como un gato que como un simio, como los que se hallaban en las junglas de Dal Hon. Desagradable a la vista, quizá, pero eficaz de todos modos.

Ralentizó el paso al acercarse al claro del toblakai. Un leve olor a humo, el brillo apagado de un fuego que se enfriaba a toda prisa, el murmullo de unas voces.

Heboric se deslizó a un lado, entre los árboles de piedra, y después se hundió sin dejar de mirar a los dos sentados ante la hoguera.

Demasiado larga su obsesión (los esfuerzos aparentemente interminables para crear su templo), comenzaba a parecerle una extraña clase de nidificación neurótica; había hecho caso omiso del mundo que había tras sus paredes durante demasiado tiempo. Había sufrido, comprendió con una oleada de cólera amarga, una serie de alteraciones sutiles de su personalidad, concomitantes con los dones físicos que había recibido. Había dejado de tener presentes las cosas. Y eso, comprendió mientras estudiaba a las dos figuras del claro, había permitido que ocurriera un terrible crimen.

Ha sanado bien…, pero no lo bastante bien para disfrazar la verdad de lo que ha pasado. ¿Debería revelar mi presencia? No. Ninguno de los dos ha hecho nada por desenmascarar a Bidithal, de otro modo no estarían escondiéndose aquí. Eso significa que intentarían disuadirme para que no haga lo que hay que hacer.

Pero advertí a Bidithal. Le advertí y a él… le hizo gracia. Bueno, creo que está a punto de dejar de hacérsela.

Fue retrocediendo poco a poco.

Después, en la profundidad de las sombras, Heboric dudó. No había choque alguno entre sus instintos nuevos y

los viejos en ese asunto. Los dos exigían sangre. Y esa misma noche. De inmediato. Pero algo del antiguo Heboric se estaba reafirmando. Era nuevo en ese papel de destriant. Más que eso, el propio Treach era un dios recién llegado. Y si bien Heboric no creía que Bidithal tuviera ningún cargo (ya no) dentro del reino de Sombra, su templo estaba dedicado a alguien.

Un ataque atraería a sus respectivas fuentes de poder y no había forma de saber a qué velocidad y hasta qué punto incontrolable podría escalar ese choque.

Mejor que hubiera seguido siendo el viejo Heboric. Con manos de otataralita entrelazadas con el poder inconmensurable de un ser desconocido... Entonces podría haberlo despedazado trozo a trozo.

Se dio cuenta de que, en realidad, no podía hacer nada. Esa noche no, en cualquier caso. Debía esperar, buscar una oportunidad, un momento de distracción. Pero para lograr eso tendría que permanecer oculto, invisible, Bidithal no podía descubrir su repentino ascenso. No podía enterarse que se había convertido en destriant de Treach, el nuevo dios de la Guerra.

La rabia regresó de repente y tuvo que luchar por contenerla.

Tras un momento se le ralentizó la respiración. Se dio la vuelta y regresó sin ruido al camino. Necesitaba reflexión. Una reflexión medida. *Maldito seas, Treach. Tú conociste el disfraz de un tigre. Concédeme parte de tu astucia, la habilidad del cazador, la del asesino*...

Se acercó a la entrada del camino y se detuvo al oír un leve ruido. Un canto. Apagado, el de un niño, que procedía de las ruinas de lo que en otro tiempo había sido un edificio modesto de algún tipo. Indiferente a la oscuridad, sus ojos

percibieron movimientos y se clavaron con fuerza en ese punto, hasta que se resolvió una silueta.

Una niña con andrajos que sostenía un palo con las dos manos. Alrededor de una docena de rhizanos muertos le colgaban del cinturón por la cola. Mientras Heboric miraba, la vio dar un salto y blandir el palo, que golpeó algo y la niña se lanzó en su persecución y se precipitó para atrapar una forma diminuta que se retorcía en el suelo. Un momento después la niña levantó el rhizano. Un rápido retorcimiento de cuello y otro cuerpo diminuto quedó atado a su cinturón. La niña se agachó y recogió el palo. Después empezó a cantar otra vez.

Heboric hizo una pausa. Le costaría pasar a su lado sin que lo percibiera. *Pero no era imposible*.

Quizá fuera una precaución innecesaria. Con todo, se mantuvo en las sombras y fue avanzando poco a poco, moviéndose solo cuando la niña le daba la espalda, los ojos masculinos no abandonaban la figura de la niña ni por un momento.

Muy poco tiempo después la había dejado atrás.

Pronto amanecería, el campamento estaba a escasos minutos de empezar a moverse. Heboric aceleró el paso y al final llegó a su tienda y se deslizó en el interior.

Aparte de la niña, no había visto a nadie.

Y cuando le pareció que al fin se había ido, la niña se dio la vuelta sin prisas y su canción se fue desvaneciendo mientras se asomaba a la oscuridad.

—Un hombre raro —susurró—, ¿recuerdas la Oscuridad?

Un sexto de campanada antes del amanecer, Leoman y doscientos de sus guerreros del desierto golpearon el campamento malazano. La infantería ubicada en los

piquetes estaba al final del turno, reunidos sus soldados en grupos cansados que esperaban la salida del sol, un fallo de disciplina que ofrecía blancos fáciles a los arqueros que, a pie, se habían acercado a menos de treinta pasos del perímetro. Un revoloteo de susurros de flechas, todas disparadas al mismo tiempo, y los soldados malazanos cayeron.

Al menos la mitad de los treinta soldados no habían muerto al momento y sus gritos de dolor y miedo rompieron la quietud de la noche. Los arqueros ya habían posado los arcos en el suelo y habían salido disparados con los cuchillos kethra para dar el golpe de gracia a los centinelas heridos, pero no habían recorrido ni diez pasos antes de que Leoman y sus guerreros montados los rodearan como un trueno y golpearan con dureza por la brecha abierta.

Y entraran en el campamento.

Corabb Bhilan Thenu'alas cabalgaba junto a su comandante y en la mano derecha, un arma de mango largo que era mitad espada, mitad hacha. Leoman era el centro de una extensa curva de atacantes que protegía un nudo de guerreros montados adicionales desde el que se alzaba un constante zumbido. Corabb sabía lo que significaba el sonido, su comandante había inventado su propia respuesta a las municiones moranthianas empleando un par de bolas de arcilla llenas de aceite y conectadas por una fina cadena. Encendidas como lámparas, se blandían y arrojaban como bolas.

Los guerreros del desierto ya se encontraban entre las enormes carretas de suministros y Corabb oyó la primera de las bolas que salía despedida como un latigazo, el sonido seguido por un rugido sibilante de fuego. La oscuridad se desvaneció en una llamarada roja.

Y después Corabb vio una figura que se apartaba corriendo del camino de su caballo. Blandió el hacha de mango largo. El impacto, al golpear la parte posterior del casco del malazano que huía, estuvo a punto de dislocar el hombro de Corabb. Un chorro de sangre le salpicó con fuerza el antebrazo cuando liberó el arma, de repente pesaba más, y al mirar se percató de que el filo se había llevado el casco con él tras haberlo partido casi por la mitad. Sesos, trocitos de hueso y cuero cabelludo que se derramaban del cuenco de bronce.

Con un juramento frenó un poco la carga salvaje de su montura e intentó sacudir el hacha para desprender el casco. Había combates por todas partes, y llamas enloquecidas que envolvían al menos una docena de carretas, y tiendas de pelotones. Y soldados que aparecían, cada vez más. Pudo oír órdenes que se ladraban en lengua malazana y los cuadrillos de ballesta habían empezado a revolotear por los aires hacia los guerreros montados.

Resonó un cuerno, agudo y vacilante. Sus maldiciones se hicieron cada vez más fieras y Corabb hizo volverse en redondo al caballo. Ya había perdido contacto con Leoman, aunque tenía a la vista a unos cuantos de sus camaradas. Todos ellos respondiendo a la llamada de retirarse. Como él también debía hacer.

El hacha le tiraba del hombro dolorido, todavía cargada con el maldito yelmo. Condujo a su caballo de vuelta por el amplio camino que corría entre las tiendas comedor. El humo empezaba a envolverlo todo y ocultaba el camino; a tropezones, le picaban los ojos y le costaba respirar.

Una repentina agonía ardiente le atravesó la mejilla y le hizo girar la cabeza bruscamente. Un cuadrillo se estrelló contra el suelo quince pasos más allá, a un lado. Corabb se agachó y se volvió en busca del lugar de donde había salido.

Y descubrió un pelotón de malazanos, todos con ballestas y todas, salvo una, amartilladas y apuntando al guerrero del desierto, con un sargento que reñía al soldado que había disparado antes de tiempo. Una escena que abarcó completa entre latido y latido. Los cabrones estaban a menos de diez pasos de distancia.

Corabb tiró el hacha. Con un grito, hizo virar el caballo de lado y lo estrelló directamente contra la pared de una de las tiendas comedor. Las cuerdas se tensaron, las pesadas estacas saltaron por los aires, los postes se partieron. Entre el caos, el guerrero oyó que disparaban las ballestas (pero su montura estaba cayendo de costado) y Corabb ya estaba saltando de la silla, los mocasines se desprendían de los estribos cuando se arrojaba al suelo.

Metido en la pared de la tienda que se derrumbaba un momento antes de que su caballo, que rodaba con un grito, lo siguiera.

La presión de la tela encerada se desvaneció de súbito y Corabb se vio dando una voltereta, dos, después se puso en pie con un resbalón, empezó a girar… a tiempo de observar que su caballo seguía rodando hasta ponerse de pie.

Corabb se colocó de un brinco junto a su cabalgadura, saltó a la silla y salieron a toda velocidad.

Y en la mente del guerrero del desierto, incredulidad entumecida.

Al otro lado de la avenida, siete infantes de marina malazanos, levantados o agachados y con las ballestas ya descargadas, se quedaron mirando al jinete que había salido disparado y se perdía entre el humo.

—¿Has visto eso? —preguntó uno.

Otro momento de parálisis, hecho pedazos al fin cuando el soldado llamado Laúdes arrojó su arma al suelo, asqueado.

—Recoge eso —gruñó el sargento Borduke.

—Si Quizás no hubiera disparado antes de tiempo…

—¡No estaba seguro! —respondió Quizás.

—Cargad, idiotas… Puede que queden unos cuantos.

—Eh, sargento, es posible que ese caballo haya matado al cocinero.

Borduke escupió en el suelo.

—¿Los dioses nos sonríen esta noche, Hubb?

—Bueno…

—Exacto. La verdad sigue siendo la misma, entonces. Tendremos que matarlo nosotros mismos. Antes de que él nos mate a nosotros. Pero eso da igual de momento. Hay que moverse…

El sol acababa de salir cuando Leoman tiró de las riendas y detuvo a sus asaltantes. Corabb llegó más tarde, entre los últimos, de hecho, y eso le granjeó un asentimiento satisfecho de su comandante. Como si hubiera supuesto que Corabb había asumido la retaguardia por un sentido del deber. No notó que su teniente había perdido su arma principal.

Tras ellos vieron las columnas de humo que se alzaban al cielo iluminado por el sol y los alcanzó el sonido lejano de gritos, seguido momentos más tarde por el atronar de los cascos de caballos.

Leoman enseñó los dientes con una mueca.

—Y aquí viene el verdadero objetivo de nuestro ataque. Bien hecho hasta ahora, mis soldados. ¿Oís esos caballos? Setis, wickanos y khundryl, y ese será el orden exacto de la persecución. Los khundryl, con quienes debemos tener cuidado, tendrán que soportar la carga de su armadura. Los wickanos se distribuirán con cautela. Pero los setis, una vez

que nos vean, se lanzarán de cabeza a la persecución. —Entonces levantó el mayal que llevaba en la mano derecha y todos pudieron ver el pelo ensangrentado y apelmazado en la bola de la pica—. ¿Y adónde los conduciremos?

—¡A la muerte! —fue el rugido de respuesta.

El sol naciente había vuelto dorado el muro distante de arena que giraba y se arremolinaba, un color agradable para los ojos ancianos y llorosos de Febryl. Se sentó mirando al este, con las piernas cruzadas sobre lo que había sido una garita, pero ya no era más que un montón informe de escombros suavizados por la arena que traía el viento.

La ciudad renacida se encontraba a su espalda y tardaba en despertar ese día por razones de las que solo unos pocos eran conscientes, y Febryl era uno de esos pocos. La diosa devoraba. Consumía las fuerzas vitales, absorbía la voluntad furiosa de sobrevivir de sus desventurados y errados sirvientes mortales.

El efecto era gradual, pero día a día, momento a momento, iba embotándolos. A menos que se fuera consciente de esa avidez, por supuesto. Y se pudiera entonces tomar medidas preventivas para eludir sus incesantes exigencias.

Mucho tiempo atrás, Sha'ik renacida había afirmado conocerlo, haber extraído todos y cada uno de sus secretos, haber discernido el color de su alma. Y cierto era que la mujer había mostrado una alarmante habilidad para hablar en su mente, casi como si siempre hubiera estado presente y solo hablara para recordarle de vez en cuando esa aterradora verdad. Pero tales momentos se habían hecho cada vez menos frecuentes (quizá como resultado de los renovados esfuerzos de Febryl para ocultarse), hasta que al

fin el mago tuvo la certeza de que Sha'ik ya no podía penetrar en sus defensas.

Quizá, sin embargo, la verdad era mucho menos halagadora para sus habilidades. Quizá la influencia de la diosa había hecho caer a Sha'ik renacida en la… indiferencia. *Sí, es posible que ya esté muerto y todavía no lo sé. Que todo lo que he planeado lo sabe tanto la mujer como la diosa. ¿Soy acaso el único que tiene espías? No. Korbolo ha insinuado que tiene sus propios agentes y, de hecho, nada de lo que busco se hará realidad sin los esfuerzos del cuadro secreto de asesinos del napaniano*.

Era, reflexionó con humor amargo, la naturaleza de todos los implicados en aquel juego ocultar todo lo posible de sí mismos a los demás, a los aliados además de a los enemigos, dado que tales apelativos tenían la costumbre de cambiar sin avisar.

No obstante, Febryl confiaba en Kamist Reloe. El mago supremo tenía todos los motivos para permanecer leal a la intriga general (la intriga que era la traición más prodigiosa), dado que el camino que ofrecía era el único que garantizaba la supervivencia de Reloe en lo que se iba a producir. Y en cuanto a los matices más sutiles concernientes al propio Febryl, bueno, esos no eran asunto de Kamist Reloe.

¿Verdad?

Incluso si su fruto resultase fatal… para todos salvo para mí.

Todos se creían demasiado listos, y ese era un defecto que invitaba a explotarlo.

¿Y qué hay de mí? ¿Eh, querido Febryl? ¿Te crees muy listo? Le sonrió a la lejana pared de arena. Ser listo no era esencial, siempre que se insistiese en mantener las cosas lo más simples posible. La complejidad llamaba al error, como

una puta a un soldado de permiso. La atracción de las recompensas viscerales que nunca resultaba tan sencilla como uno se había imaginado desde el principio. *Pero yo evitaré esa trampa. No sufriré lapsus letales, como le ha ocurrido a Bidithal, ya que producen complicaciones, aunque sus defectos lo conducirán a mis manos, así que supongo que no debería quejarme demasiado*.

—La luz del sol se pliega sobre la oscuridad.

Febryl se sobresaltó y se dio la vuelta.

—¡Elegida!

—Respira hondo, anciano, eso aliviará las palpitaciones de tu corazón. Puedo esperar un momento, soy paciente.

La mujer se encontraba casi a su lado y él no había visto ninguna sombra porque tenía el sol delante. Pero ¿cómo se había acercado sin hacer ningún ruido? ¿Cuánto tiempo llevaba allí de pie?

—Elegida, ¿habéis venido a recibir conmigo el alba?

—¿Es eso lo que haces cuando vienes aquí al comienzo de cada día? Me lo preguntaba.

—Soy un hombre de costumbres humildes, señora.

—Cierto. Una cierta franqueza que finge la cualidad de la simplicidad. Como si adhiriéndote a costumbres sencillas en carne y hueso, tu mente fuera, a su vez, a procurarse la misma perfección.

El otro no dijo nada, aunque su corazón había hecho de todo salvo ralentizar su ritmo atronador.

Sha'ik suspiró entonces.

—¿He dicho perfección? Quizá debería contarte algo, entonces, para ayudarte en tu búsqueda.

—Por favor —dijo él sin aliento.

—El muro del Torbellino es casi opaco, salvo por esa difusa luz del sol. Y por tanto me temo que debo corregirte, Febryl. Estás mirando al nordeste. —Sha'ik señaló—. El sol,

de hecho, está por allí, mago supremo. No te apures tanto, al menos has sido coherente. Oh, y hay otro asunto que creo que habría que clarificar. Pocos discutirían que mi diosa está consumida por la ira y que también consume a su vez. Pero lo que tú podrías ver como la pérdida de muchos para alimentar un apetito singular es, en realidad, digno de una analogía completamente diferente.

—¿Oh?

—Sí. La diosa no se alimenta de las energías de sus seguidores en el sentido estricto; más bien les proporciona cierto foco. No muy diferente, en realidad, de ese muro del Torbellino que hay ahí fuera que, si bien parece difuminar la luz del sol, en realidad la atrapa. ¿Has intentado alguna vez atravesar ese muro, Febryl? ¿En especial al atardecer, cuando el calor del día ha sido absorbido casi por completo? Te quemaría hasta los huesos, mago supremo, en un instante. ¿Te das cuenta, entonces, de que algo que parece una cosa es, en realidad, justo lo contrario? Carbonizado por completo, una imagen horrible, ¿verdad? Habría que haber nacido en el desierto, o poseer una hechicería muy potente, para desafiar eso. O poseer quizá sombras muy profundas…

Una vida sencilla, se planteó Febryl con cierto retraso, no debería ser sinónimo de ver las cosas de forma simple, dado que lo primero era noble y loable, mientras que lo último era un defecto letal. Un error, un descuido, y, cielos, él lo había cometido.

Y en ese instante llegó a la conclusión de que ya era demasiado tarde.

Y en cuanto a alterar los planes, oh, para eso también era ya demasiado tarde.

Por alguna razón, el día recién llegado había perdido todo su encanto.

Capítulo 19



Se decía que el hijo adoptado del capitán (al que en esos tiempos se conocía por el desafortunado nombre de Larva) rechazó la carreta durante la marcha. Que hizo a pie todo el camino, incluso cuando, durante la primera semana, bajo el sol más caluroso del año, soldados sanos y robustos tropezaban y caían.
Quizá sea una invención, pues, a decir de todos, por aquel entonces no tenía más de cinco años. Y el capitán mismo, en cuyos diarios, donde buena parte de ese viaje y del enfrentamiento en el que culminó se relatan con detalle, escribe muy poco sobre Larva, más preocupado como estaba por los rigores del mando. Como resultado, de la futura primera espada del periodo más tardío del Imperio, se conocen escasos detalles, aparte de los legendarios y seguramente ficticios.

Vidas de las tres
Moragalle

El sonido de las moscas y avispas era un zumbido sólido en el aire caliente del barranco y el hedor ya se había hecho penetrante. El puño Gamet soltó el cierre de la hebilla y se levantó el baqueteado yelmo de hierro. El forro de fieltro estaba empapado de sudor y le picaba el cuero cabelludo, pero como lo envolvían las moscas, no se lo quitó.

Siguió observando desde la ligera elevación del extremo sur del barranco; la consejera atravesaba a caballo la carnicería del valle inferior.

Trescientos setis y más de cien caballos yacían muertos, la mayor parte de flechazos, en el escarpado barranco en los que los habían metido. No podía haber llevado mucho tiempo, ni siquiera incluyendo la tarea de reunir y llevarse a las monturas supervivientes. Había transcurrido menos de una campanada entre el avance de los jinetes setis y los khundryl y si Temul no hubiera ordenado a sus wickanos que regresaran para cubrir al ejército principal… *bueno, también los habríamos perdido a ellos*.

En cualquier caso, los wickanos habían evitado otro ataque contra la recua de aprovisionamiento; con su sola presencia había sido suficiente para desencadenar una retirada repentina del enemigo sin que se derramara una sola gota de sangre. El caudillo que comandaba a los guerreros montados del desierto actuaba con demasiada cautela como para ver a sus fuerzas atrapadas en una batalla campal.

Mucho mejor fiarse de… errores de criterio. Los setis no asignados como jinetes de flanco de la vanguardia habían desafiado las órdenes y, como resultado, habían muerto. *Y lo único que el cabrón necesita de nosotros es más errores estúpidos*.

Algo en la escena de allí abajo le estaba poniendo de punta el vello de la nuca. La consejera cabalgaba sola entre la masacre, con la espalda recta, sin ser consciente del progreso inquieto de su caballo.

Nunca son las moscas el problema, sino las avispas. Un picotazo y esa bestia de pura raza perderá la cabeza. Podría encabritarse y tirarla, se rompería el cuello. O podría salir disparada barranco abajo y después probar a subir por uno de los lados escarpados… como intentaron hacer algunos de esos caballos setis.

Sin embargo, el caballo se limitó a continuar abriéndose paso sobre los cuerpos y las nubes de avispas hicieron poco más que alzarse y después apartarse de su camino, girando para posarse de nuevo en su festín en cuanto pasaban montura y jinete.

Un viejo soldado que estaba al lado del puño tosió y escupió y después, al ver la mirada de Gamet, murmuró una disculpa.

—No hace falta… capitán. Es una visión horripilante, y estamos todos demasiado cerca…

—No es eso, señor. Solo… —Hizo una pausa, después sacudió poco a poco la cabeza—. No importa, señor. Solo un viejo recuerdo, nada más.

Gamet asintió.

—Yo también tengo alguno. Bueno, el puño Tene Baralta quiere saber si debe enviar a sus sanadores. La respuesta que puede llevarle yace ante usted.

—Sí, señor.

Observó al canoso y viejo soldado que hacía retroceder el caballo y luego le daba la vuelta y se alejaba. Después, Gamet fijó su atención una vez más en la consejera.

Había llegado al extremo más lejano, donde yacía la mayor parte de los cuerpos, amontonados contra paredes de piedra salpicadas de sangre y, tras un largo momento, durante el que la mujer examinó la escena completa, la consejera tiró de las riendas y empezó a desandar el camino.

Gamet se colocó bien el yelmo una vez más y cerró el broche.

La consejera llegó a la ladera y subió cabalgando hasta detenerse a su lado.

Él jamás le había visto la expresión tan severa. *Una mujer con pocos de los encantos de una mujer, como dicen de ella en un tono que se parece mucho a la pena*.

—Consejera.

—Dejó a muchos de ellos heridos —dijo—. Anticipaba, quizá, que llegaríamos junto a ellos a tiempo. Los malazanos heridos son mejores que los muertos, después de todo.

—Suponiendo que el caudillo quiera demorarnos, sí.

—Es lo que quiere. Incluso con las líneas de aprovisionamiento khundryl, nuestros recursos ya van forzados tal y como están las cosas. La pérdida de carretas de anoche la sentirá todo el mundo.

—¿Entonces por qué no envió Sha’ik a este caudillo contra nosotros en cuanto cruzamos el río Vathar? Estamos a una semana o menos del muro del Torbellino. Podría haber ganado otro mes o más y estaríamos en mucho peores condiciones cuando al fin llegáramos.

—Tienes razón, puño. Y yo no tengo la respuesta. Temul ha calculado que las fuerzas de este grupo de asalto eran de algo menos de dos mil hombres; estaba bastante seguro de que el contacto a mediodía con el flanco reveló la fuerza total del enemigo, dado que vio caballos de aprovisionamiento así como los arrebatados a los setis. Así pues, un ejército de asalto bastante grande.

Gamet lo rumió durante un rato, después rezongó.

—Es casi como si nos estuviéramos enfrentando a una oposición confusa, reñida consigo misma.

—A mí se me ha ocurrido lo mismo. De momento, sin embargo, debemos preocuparnos de ese caudillo, o nos va a desangrar vivos.

Gamet le dio la vuelta a su caballo.

—Hay que hablar con Hiel, entonces —dijo con una mueca—. Si podemos sacarlos de las armaduras de sus bisabuelos, puede que hasta consigan subir una colina sin reventar a los caballos.

—Quiero que los infantes de marina salgan esta noche, puño.

El hombre entrecerró los ojos.

—¿Los infantes, consejera? ¿A pie? ¿Quiere que se refuercen los piquetes?

La mujer respiró hondo.

—En 1147, Dassem Ultor se enfrentó a una situación parecida con un ejército mucho más pequeño y tres naciones tribales enteras vapuleándolo casi cada noche.

Tras un momento Gamet asintió.

—Conozco el contexto, consejera, y recuerdo su respuesta. Sacaremos a los infantes esta noche.

—Asegúrate de que comprenden lo que se espera de ellos, puño Gamet.

—Hay unos cuantos veteranos entre estos —respondió él—. Y, en cualquier caso, tengo intención de ponerme al mando de la operación en persona.

—Eso no será…

—Sí lo será, consejera. Mis disculpas. Pero… sí, lo será.

—Que así sea.

Una cosa era dudar de la valía de su comandante, otra muy diferente dudar de la suya propia.

Había tres tipos de escorpiones comunes en el odhan, ninguno de los cuales se mostraba demasiado tolerante con los otros. A principios de la segunda semana, Cuerdas había llevado a un lado a los otros dos sargentos para desvelarles su estratagema. Tanto Gesler como Borduke se habían mostrado de acuerdo, sobre todo ante la oferta de dividir los beneficios en tres partes iguales. Borduke fue el primero en sacar la piedra de color diferente y eligió de inmediato el cabrón de lomo rojo, en apariencia el más vil de los tres tipos

de escorpiones. Lo había seguido Gesler, que había elegido el dentro-fuera ámbar, llamado así por el exoesqueleto transparente a través del que, si se deseaba mirar con cuidado, se podían ver venenos varios corriendo bajo el caparazón.

Los dos sargentos habían mirado después con compasión a su desventurado compañero. La suerte del Señor había querido que al hombre de la idea le quedara el escorpión caca de pájaro, endeble, plano y negro, con todo el aspecto que su tocaya. Por supuesto, cuando se trataba de la división a partes iguales de los beneficios principales, nada de eso importaba en realidad. Solo en las apuestas privadas entre los tres sargentos saldría Cuerdas desfavorecido.

Pero Cuerdas había fingido solo una leve desilusión al ver que le quedaba el caca de pájaro y no había respondido más que con un ligero encogimiento de hombros mientras recogía el puñado de guijarros que habían utilizado para decidir el orden de selección. Y ni Gesler ni Borduke observaron la sonrisita del viejo zapador cuando se dio la vuelta, ni su aparentemente casual mirada hacia donde estaba sentado Sepia, a la sombra de un peñasco, una mirada que recibió la respuesta del más ligero de los asentimientos.

A los pelotones se les impuso entonces la tarea de buscar a sus respectivos campeones durante la marcha y, cuando eso falló, al atardecer, cuando las horrendas criaturitas acostumbraban a salir escabulléndose de sus escondites en busca de algo que matar, pronto se corrió la voz y no tardaron en empezar a llegar las apuestas. El soldado de Borduke, Quizás, fue elegido como corredor de apuestas, dada su extraordinaria capacidad para retener hechos. Se eligió un titular en cada pelotón que, a su vez, escogió luego a un entrenador.

La tarde que siguió al asalto y la matanza de los setis, Cuerdas ralentizó el paso durante la marcha hasta que quedó a la altura de Botella y Chapapote. A pesar de su expresión despreocupada, la bilis le revolvía el estómago con un sabor amargo. El Decimocuarto había encontrado a su propio escorpión, allí fuera, en los yermos, y este acababa de dar su primer picotazo. El humor de los soldados era sombrío y la incertidumbre les reconcomía la confianza. Era obvio que ninguno había creído que la primera sangre que saborearan fuera a ser la suya propia. *Hay que distraerlos*.

—¿Cómo le va a la pequeña Dichosa, Botella?

El mago se encogió de hombros.

—Tan hambrienta y desagradable como siempre, sargento.

Cuerdas asintió.

—¿Y cómo va el entrenamiento, cabo?

Chapapote frunció el ceño bajo el borde del yelmo.

—Bien, supongo. En cuanto averigüe qué clase de entrenamiento necesita, me pondré a ello.

—Bien, la situación parece ideal. Haced correr la voz. El primer combate esta noche, una campanada después de montar el campamento.

Los dos soldados giraron la cabeza al oír eso.

—¿Esta noche? —preguntó Botella—. ¿Después de lo que acaba…?

—Ya me habéis oído. Gesler y Borduke están dejando a punto a sus bellezas, igual que nosotros. Estamos listos, muchachos.

—Va a atraer a toda una multitud —dijo el cabo Chapapote sacudiendo la cabeza—. El teniente no podrá evitar preguntarse…

—No solo el teniente, diría yo —respondió Cuerdas—. Pero no habrá una gran multitud. Usaremos el viejo sistema

de la cuerda de palabras. Haremos correr el comentario por todo el campamento.

—A Dichosa la van a abrasar viva —murmuró Botella, su expresión se iba apenando—. Y yo aquí, dándole de comer cada noche. Poliñeras grandes y jugosas… se abalanza tan bien, y luego se pone a engullir hasta que no queda nada salvo un par de alas y una bola toda mascada. Después se pasa la mitad de la noche limpiándose las pinzas y lamiéndose los labios…

—¿Labios? —preguntó Sonrisas desde detrás de los tres hombres—. ¿Qué labios? Los escorpiones no tienen labios…

—¿Y tú qué sabes? —le soltó de repente Botella—. Pero si tú ni siquiera te acercas…

—Cuando me acerco a un escorpión, lo mato. Que es lo que haría cualquier persona en su sano juicio.

—¿Sano juicio? —replicó el mago—. ¡Tú los coges y empiezas a arrancarles cosas! La cola, las pinzas, las patas… ¡no he visto nada más cruel en mi vida!

—Bueno, ¿no se parece eso a ver si tiene labios?

—Me pregunto adónde va todo —murmuró Chapapote.

Botella asintió.

—Lo sé, es asombroso. Es tan diminuta…

—Ese es nuestro secreto —dijo Cuerdas en voz baja.

—¿Cuál?

—La razón por la que elegí un caca de pájaro, soldados.

—Pero si tú no elegiste…

Ante el silencio suspicaz que siguió, Cuerdas se limitó a sonreír. Después se encogió de hombros.

—Cazar es una cosa. Eso es fácil. Los caca de pájaro no necesitan nada… elaborado para matar a una poliñera lisiada. Es cuando tienen que luchar. Para proteger el territorio o a sus crías. Ahí es cuando dan la sorpresa. ¿Crees que Dichosa va a perder esta noche, Botella? ¿Piensas que

te va a romper el corazón? Relájate, muchacho, aquí el viejo Cuerdas siempre tiene presentes tus tiernos sentimientos…

—Puedes dejarte de lo de «Cuerdas», sargento —dijo Botella tras un momento—. Todos sabemos quién eres. Todos sabemos tu nombre auténtico.

—Bueno, pues qué mala suerte, maldita sea. Si llega a oídos del mando…

—Oh, no llegará, Violín.

—Puede que a propósito no, pero ¿y en el calor de la batalla?

—¿Quién va a escuchar nuestros gritos de pánico en una batalla, sargento?

Violín le lanzó al joven una mirada que lo midió y después sonrió.

—En eso tienes razón. Con todo, ten cuidado con lo que dices y cuándo lo dices.

—Sí, sargento. ¿Y ahora podrías explicar esa sorpresa de la que hablabas?

—No. Esperad a ver.

Cuerdas se quedó callado al observar a un pequeño grupo de jinetes que bajaban por la línea de marcha.

—Pónganse firmes, soldados. Se acercan oficiales.

El sargento advirtió que el puño Gamet parecía viejo y cansado. Él sabía que nunca era bueno que te sacasen del retiro, porque lo primero que un viejo soldado guardaba era el valor y eso era difícil, o imposible, de recuperar. El hecho de apartarse, por supuesto, ya marcaba un tipo de retiro concreto, un tipo que un soldado cauto por lo general evitaba. Abandonar el estilo de vida era una cosa, pero renunciar al instinto letal otra muy diferente. Al estudiar al puño mientras el hombre se acercaba a caballo, Violín sintió un temblor de inquietud.

Acompañaban a Gamet el capitán Keneb y el teniente, este último con una expresión tan lúgubre que era casi cómica. *Su máscara de oficial, con la que intenta parecer mayor y por tanto más profesional. Pero, en lugar de eso, es el ceño de un hombre estreñido. Alguien debería decírselo*…

El trío fue frenando para poner los caballos al paso junto al pelotón de Violín, cosa que inquietó un tanto al sargento, aunque los saludó con un gesto de la cabeza. Los ojos de Keneb, observó, se habían posado en Sepia.

Pero fue Ranal el que habló primero.

—¿Sargento Cuerdas?

—¿Sí, señor?

—Usted y Sepia, por favor, a un lado para sostener una conversación privada. —Después alzó la voz para dirigirse al pelotón que marchaba por delante—. Sargento Gesler y cabo Tormenta, vengan con nosotros, a paso rápido.

—Cuatro deberían bastar —murmuró el puño con voz profunda— para ocuparse de que las instrucciones se transmitan como es debido a los otros pelotones.

—Sí, señor —dijo Ranal, que había estado a punto de llamar a Borduke.

Cuando los cuatro infantes de marina se reunieron, el puño Gamet se aclaró la garganta y después empezó.

—Está claro que son todos veteranos. Y el capitán Keneb me informa de que no es la primera vez que marchan por estas tierras… No, no necesito más detalles. Mi confianza se basa en esa misma experiencia, sin embargo. La consejera desea que los infantes de marina respondan a los asaltantes del desierto esta noche.

Después se quedó callado.

Y nadie habló durante un rato, como si la trascendencia de las palabras del puño se fuera filtrando poco a poco por la mente de los cuatro infantes.

Al fin, el que habló fue el capitán Keneb.

—Sí, la respuesta de Dassem, hace ya tantos años. Es una suerte, entonces, que hayan planeado utilizar la cadena de palabras esta noche. Será muy sencillo mantenerla en marcha una vez termine el combate a tres bandas. —Se inclinó hacia delante en la silla y le dijo a Violín—: ¿Usted tiene el caca de pájaro, sargento? ¿Cómo van las apuestas?

—Quizás dice que están más o menos cuarenta a uno —respondió Violín sin cambiar de expresión.

—Incluso mejor de lo que me esperaba —respondió Keneb mientras se incorporaba otra vez—. Pero debería añadir, sargento, que he convencido al puño para que respalde también a su caca de pájaro.

—Diez jakatas —dijo Gamet— y en esto me fío de la… experiencia del capitán. Y de la suya, sargento… Cuerdas.

—Eh… Haremos todo lo que podamos, señor.

Gesler se volvió hacia Tormenta.

—¿Hueles algo, cabo?

El enorme falari de la espada de pedernal a la espalda frunció el ceño.

—No hay escorpiones en las costas, maldita sea. Sí, sargento, algo me estoy oliendo.

—Pues acostúmbrate —le aconsejó Sepia.

Ranal parecía confuso, pero tuvo el acierto de no decir nada… de momento.

—Usen la cadena de palabras —dijo Keneb al reanudar las instrucciones—, y recuerden, asegúrense de que sean los pelotones más duros los que lleguen sonriendo.

—Sí, capitán —respondió Violín, que se preguntaba si debería replantearse la opinión que tenía de Keneb.

—Una última cosa —añadió el hombre—. El puño Gamet será el que esté al mando de la operación esta noche. Por

tanto, quiero que sus dos pelotones y el de Borduke doblen sus turnos esta noche.

Oh, por los huevos del Embozado bajo una gran roca.

—Comprendido, capitán.

Los soldados del Decimocuarto Ejército se distribuyeron de forma extraña por todo el campamento una vez que se levantaron las tiendas y se prendieron las hogueras para cocinar; parecían sentados de modo casual en una alineación que, si se contemplaba desde arriba, se habría asemejado a una inmensa cuerda llena de nudos. Y tras la comida, las actividades parecieron cesar por completo, salvo la reticente partida de los soldados que tenían el primer turno en el perímetro.

En un lugar concreto, centrado en los infantes de marina de la compañía novena de la octava legión, surgió una reunión un tanto diferente de soldados: un círculo pequeño y exclusivo que rodeaba a un círculo todavía más pequeño de dagas clavadas en el suelo, con el filo hacia dentro y separadas por intervalos de dos dedos. De momento, el círculo interior estaba vacío, la arena alisada y libre de guijarros.

Quizás fue el último soldado que se reunió con los otros que esperaban con impaciencia alrededor del modesto ruedo; no decía nada aunque movía los labios en un silencioso recital de números y nombres. Al ver los ojos de los otros clavados en él, asintió una vez con la cabeza.

Violín se giró y se dirigió a Botella.

—Saca a Dichosa Unión, muchacho.

Borduke y Gesler dieron instrucciones parecidas para sus respectivos combatientes. El pelotón de Borduke había llamado al cabrón de lomo rojo Mangonel, mientras que

Gesler y compañía habían bautizado a su dentro-fuera ámbar con el nombre de Patrón de la Garra.

Trajeron las tres cajas y Violín se dirigió a sus compañeros.

—De acuerdo, aquí y ahora debemos inspeccionar a nuestras bellezas y jurar que no se les ha hecho ninguna alteración, ya sea por medio de la hechicería o la alquimia, ni ningún otro medio. Son naturales como el día que los encontramos. Sin cambios.

Cada uno de nosotros examinará a cada uno de los tres escorpiones, con tanta atención como prefiramos, incluyendo la ayuda de un mago si así se desea, y luego juraremos en voz alta, por los dioses por los que normalmente juramos, y haremos una declaración de lo que vemos tan precisa como podamos. Bien, empiezo yo.

Hizo un gesto y las tres cajas se colocaron fuera del círculo de cuchillos. Al primer recipiente de madera (el de Borduke) le quitaron la tapa y Violín se inclinó sobre él. Se quedó callado durante un largo rato y después asintió.

—Yo, el sargento Cuerdas del cuarto pelotón de la compañía novena de la octava legión, juro por los fantasmas de la Casa de Muerte y todas y cada una de las repugnantes pesadillas que me acosan, que la criatura que tengo ante mí es un escorpión cabrón de lomo rojo natural, sin alteraciones.

El sargento se dirigió entonces al campeón de Gesler y tras un largo examen, suspiró, asintió y repitió el juramento en nombre del escorpión dentro-fuera que rebullía en la pequeña caja de madera.

Después concluyó con su propio Dichosa Unión.

Gesler siguió el procedimiento y pidió las opiniones añadidas tanto de Tavos Estanque como de Arenas durante su prolongado examen de Dichosa Unión, mientras Violín se

echaba hacia atrás con una ligera sonrisa en la cara barbuda y esperaba con paciencia hasta que, con una mueca de desdén, Gesler hizo su juramento.

—Yo, el sargento Gesler del quinto pelotón de la compañía novena de la octava legión, juro por los dos señores del Verano, Fener y Treach, que la criatura que tengo ante mí es un escorpión caca de pájaro natural y sin alteraciones, aunque sé que hay algo en él que yo no veo y estoy a punto de perder los ahorros de toda mi vida con la apuesta del sargento.

La sonrisa de Violín se ensanchó por un instante.

Borduke se arrastró hasta Dichosa Unión y se acercó tanto como era posible sin que lo picara, con la cara casi metida en la cajita. Dado que eso envolvía a la criatura inmóvil en sombras, maldijo, y se echó un poco hacia atrás.

—Yo debería saber algo de escorpiones, ¿no? Pero lo único que hago es pisarlos, como haría cualquier hombre en su sano juicio. Es verdad, una vez conocí a una puta que tenía uno en una correa alrededor del cuello, tan dorado como la piel de sus pechos… pezones sensibles, ya sabéis, y no le gustaba que se los maltrataran…

—Vete al grano —le soltó Gesler con tono brusco.

—No me metas prisa. No me gusta que me metan prisa.

—De acuerdo, no te meteré prisa. Pero haz el puñetero juramento antes de que se me salga el corazón y me llene los calzones.

—Yo, Borduke del sexto pelotón de la compañía novena de la octava legión, juro por el vientre suave de la reina de los Sueños que la criatura que tengo ante mí es un escorpión caca de pájaro natural y sin alteraciones, y que el fantasma de mi padre no salga de su tumba, dado que la herencia era mía para perderla, en cualquier caso, ¿no? Muerto significa que ya te da igual, ¿no? Y más vale, porque

si no, entonces estoy condenado a la persecución paterna durante el resto de mis días.

—El peor tipo —murmuró Laúdes.

—Otra palabra más, soldado —rezongó Borduke mientras regresaba al círculo— y haré que seas el único que sonría esta noche.

—Además —dijo Balgrid—, eso no es lo peor. La persecución materna, eso sí que te mata. ¿Cuánto tiempo puede soportar un hombre tener siete años?

—¿Queréis callaros los dos? —gruñó Borduke, que estaba agarrotando los dedos de grandes nudillos como si apretara unas gargantas invisibles.

—¿Estamos listos? —preguntó Violín en voz baja.

—Se va a esconder, ¿verdad? —quiso saber Gesler—. ¡Esperará hasta que los otros dos se hayan descuartizado y acuchillado entre sí antes de abalanzarse sobre el superviviente mutilado! Es eso, ¿no? Sus sesos gelatinosos son más puros que los de los otros, más puros y más listos, ¿a que sí?

Violín se encogió de hombros.

—¿Cómo quieres que lo sepa, Gesler? ¿Has terminado?

El infante de piel de color bronce se aposentó y apretó los músculos de la mandíbula.

—¿Cómo va la cadena de palabras, Sepia?

—Han estado repitiendo cada palabra desde que nos colocamos, Viol —respondió el zapador.

—Y así nacieron las leyendas —murmuró Koryk con voz profunda y tono jocoso y agorero.

—A la palestra, entonces —ordenó Violín.

Levantaron las cajas con cuidado y las sostuvieron sobre el cerco.

—¿Equidistantes? Bien. Volcadlas, muchachos.

Mangonel fue el primero en aterrizar, con la cola arqueada y las pinzas sacadas se escabulló hacia la barrera de cuchillos, y al llegar, a solo un pelo de distancia de las hojas de hierro, se detuvo y después retrocedió, con el caparazón rojo como un tomate con su característica rabia sin sentido. Patrón de la Garra fue el siguiente, pareció saltar al cerco listo para la guerra, con los fluidos disparados bajo la concha de tono ámbar.

Dichosa Unión fue el último, lento y comedido, tan hundido en la arena que parecía encontrarse panza arriba. Las pinzas encogidas, la cola enrollada a babor e inactiva. Empequeñecido por los otros dos escorpiones, con la concha negra entre brillante y apagada. Se adelantó un poco sobre sus múltiples patas y después se quedó inmóvil.

Gesler lanzó un siseo.

—Si arranca un par de cuchillos del círculo y los usa, te mato, Viol.

—No hace falta —respondió Violín, con la atención dividida entre lo que estaba pasando en la arena y el comentario en vivo y en directo de Ibb, la voz del hombre endurecida por la tensión, debía ponerse creativo para describir lo que, hasta el momento, no había sido nada digno de comentario.

Y todo cambió de repente cuando ocurrieron tres cosas casi de forma simultánea. Dichosa Unión se metió de repente en medio del cerco. La colección de armas naturales de Mangonel se amartilló al unísono y la concha se volvió de un color rojo fiero. El Patrón de la Garra se dio la vuelta en redondo y salió disparado hacia la pared de hojas más cercanas y se detuvo un instante antes del impacto, agitando las pinzas como loco.

—Al parecer quiere a su mamá, Hubb —comentó Koryk con sequedad.

El titular de Patrón de la Garra gimió en voz baja a modo de respuesta.

Y después, tras un momento en el que los tres escorpiones se quedaron paralizados, Dichosa Unión al fin levantó la cola.

Momento en el que todos, todos salvo Violín, se lo quedaron mirando sin poder creérselo, Dichosa Unión pareció... partirse. En horizontal. En dos escorpiones idénticos, pero más delgados y planos. Que después salieron disparados, uno hacia Mangonel y el otro al Patrón de la Garra, cada uno como un perro callejero cargando contra un bhederin macho, así de extremos eran sus tamaños en comparación.

Los dos, el cabrón de lomo rojo y el dentro-fuera, hicieron cuanto pudieron, pero los dos caca de pájaro no tenían rival en velocidad ni ferocidad: las pinzas diminutas empezaron a dar tijeretazos (de forma más que audible) y partir las patas, la cola, las articulaciones y luego, con la gran criatura inmóvil e indefensa, la punzada casual, casi delicada, del aguijón.

Con la concha translúcida del dentro-fuera, el horrible verde brillante del veneno quedaba visible (descrito en espeluznante detalle por Ibb) y se fue extendiendo desde la perforación hasta que lo que había sido el hermoso color ámbar de Patrón de la Garra desapareció, sustituido por un verde enfermizo que se profundizó delante de todos hasta convertirse en un negro turbio.

—Muerto como la mierda —gimió Hubb—. Patrón de la Garra...

Mangonel sufrió un destino idéntico.

Con sus enemigos derrotados, los dos escorpiones caca de pájaro se apresuraron a lanzarse uno en brazos del otro y en un abrir y cerrar de ojos volvieron a ser uno solo.

—¡Tramposo! —bramó Tormenta mientras se ponía de pie y manoseaba la vaina para sacar la espada de pedernal.

Gesler se levantó de un salto y, junto con Verdad, luchó por contener a su furioso compañero.

—¡Los revisamos, Tormenta! —chilló Gesler—. ¡Buscamos lo que fuera y después juramos! ¡Yo juré! ¡Por Fener y Treach, maldita sea! ¿Cómo íbamos a saber nosotros que Dichosa Unión era algo más que un nombre gracioso?

Violín levantó la cabeza y se encontró con la mirada firme de Sepia. El zapador vocalizó sin ruido: «Somos ricos, cabrón».

El sargento, tras una última mirada a Gesler y Verdad, que se estaban llevando a un Tormenta que todavía lanzaba espumarajos por la boca, se fue a agachar junto a Ibb.

—De acuerdo, muchacho, lo que sigue es solo para los infantes de marina y sobre todo los sargentos. Estamos a punto de convertirnos en nuestra propia Dichosa Unión ante el gran y malo Mangonel de esta noche. Explicaré lo que ha ordenado la consejera, repite lo que yo diga, Ibb, palabra por palabra, ¿entendido?

Habían pasado tres campanadas desde la caída del sol. El polvo del muro del Torbellino oscurecía las estrellas y hacía casi impenetrable la oscuridad que reinaba más allá de las hogueras. Los pelotones de la infantería salieron en tropel para relevar a los apostados en los piquetes. En el campamento khundryl, los guerreros se quitaron las pesadas armaduras y empezaron a acomodarse para pasar la noche. Por las trincheras exteriores del campamento del ejército patrullaban los guerreros montados wickanos y setis.

Ante la hoguera del cuarto pelotón, Violín regresó de las carretas de la compañía con su bolsa de equipo. La posó en

el suelo y desató los cordones.

Cerca estaba despatarrado Sepia, las llamas se reflejaban en sus ojos brillantes, y observaba al sargento, que había empezado a sacar objetos de varios tamaños y envueltos en piel. Unos momentos más tarde había reunido una docena de esos objetos, que después comenzó a desenvolver para revelar el brillo de la madera pulida y el hierro ennegrecido.

Los otros miembros del pelotón estaban muy ocupados comprobando sus armas y armaduras por última vez, sin decir nada. La tensión iba creciendo entre el pequeño grupo de soldados.

—Ya hacía tiempo que no veía uno d’esos —murmuró Sepia cuando Violín fue disponiendo los objetos—. He visto imitaciones, algunas casi tan buenas como los originales.

Violín lanzó un gruñido.

—Hay unos cuantos por ahí. Es en el retroceso donde está el mayor peligro, porque si es muy fuerte, el maldito trasto explota al soltarlo. Yo y Seto hicimos este diseño nosotros mismos, después encontramos una joyera mare en Ciudad Malaz… Lo que estuviera haciendo allí, no tengo ni idea…

—¿Una joyera? ¿No un armero?

—Sí. —Empezó a montar la ballesta—. Y un tallador de madera para los topes y los tapones, esos hay que sustituirlos cada veinte disparos o así…

—Cuando están hechos pulpa.

—O cuando se parten, sí. Son las varillas, cuando saltan hacia atrás, eso es lo que empuja la onda de choque hacia delante. Al contrario que una ballesta normal, donde el cuadrillo sale de la ranura a velocidad suficiente como para escapar de la vibración. Aquí, el cuadrillo es un cerdo, pesado y cargado por el extremo delantero, nunca deja la ranura tan rápido como quisieras, así que necesitas algo que

absorba el retroceso antes de que llegue al astil del cuadrillo.

—Y la bola de arcilla acoplada a él. Una solución mu inteligente, Viol.

—Hasta ahora ha funcionado.

—Y si falla…

Violín levantó la cabeza y sonrió.

—No seré yo el que respire para quejarme. —El último accesorio encajó con un chasquido y el sargento dejó la voluminosa arma en el suelo, después se volvió hacia los cuadrillos envueltos uno por uno.

Sepia se irguió poco a poco.

—Esos no tien fulleros.

—Por el Embozado, no. Los fulleros puedo arrojarlos yo.

—¿Y esa ballesta pue lanzar malditos lo bastante lejos? Cuesta creerlo.

—Bueno, la idea es apuntar y disparar, y después morder un trozo de polvo.

—Bueno, tie su lógica, Viol. Pero tú avísanos cuando empieces a disparar, ¿vale?

—Alto y claro, sí.

—¿Y qué palabra deberíamos estar esperando?

Violín notó que el resto del pelotón había dejado los preparativos y aguardaba a que respondiera. Se encogió de hombros.

—Al suelo. O a veces lo que usaba Seto.

—¿Que era?

—Un chillido de terror. —Se puso en pie—. De acuerdo, soldados, es la hora.

Cuando los últimos granos fueron cayendo, la consejera dio la espalda al reloj de arena y le hizo un gesto a Gamet

con la cabeza.

—¿Cuándo se unirá a sus compañías, puño?

—En unos momentos, consejera. Aunque, dado que tengo intención de permanecer en mi caballo, no saldré a reunirme con ellos hasta que empiece la lucha.

La vio fruncir el ceño al oír eso, pero la consejera no hizo ningún comentario; a cambio, se concentró en los dos jóvenes wickanos que permanecían cerca de la entrada de la tienda.

—¿Habéis completado vuestros rituales?

El muchacho, Nada, se encogió de hombros.

—Hemos hablado con los espíritus, como ordenaste.

—¿Hablado? ¿Eso es todo?

—Una vez, quizá, podríamos haber… obligado. Pero como ya te advertimos en Aren hace mucho tiempo, nuestro poder no es el que era.

Menos asintió.

—Los espíritus de esta tierra están agitados, se distraen con facilidad. Algo más está pasando. Hemos hecho todo lo que hemos podido, consejera. Al menos, si los atacantes del desierto tienen un chamán entre ellos, no habrá muchas posibilidades de que desvelen el secreto.

—Está pasando algo más, habéis dicho. ¿Qué es, en concreto?

Antes de que la niña pudiera contestar, Gamet intervino.

—Disculpe, consejera. Con su permiso, me voy ya.

—Por supuesto.

El puño los dejó para que reanudaran su conversación. En su mente se había asentado una niebla en los momentos antes de un combate, cuando la incertidumbre engendraba inquietud y confusión. Había oído hablar de la aflicción que se apoderaba de otros comandantes, pero no había pensado que pudiera ocurrirle a él. El flujo acelerado de su propia

sangre había creado un muro de sonido que había hecho enmudecer el mundo exterior. Y parecía que los demás sentidos también se habían entumecido.

Mientras se dirigía a su caballo (que tenía preparado un soldado) sacudió la cabeza para intentar despejarse. Si el soldado le dijo algo cuando cogió las riendas y se montó en la silla, él no lo oyó.

A la consejera le había disgustado su decisión de entrar en la batalla a caballo. Pero, en opinión de Gamet, merecía la pena correr el riesgo por la movilidad añadida. Emprendió la marcha a través del campamento a un medio galope lento. Los soldados habían permitido que las hogueras muriesen y las escenas que lo rodeaban eran extrañamente etéreas. Pasó junto a figuras encorvadas alrededor de los carbones y les envidió su libertad. La vida era mucho más sencilla cuando era un simple soldado. Gamet había empezado a dudar de su habilidad para mandar.

La edad no supone una adquisición instantánea de sabiduría. Pero es algo más que eso, ¿verdad? Puede que me haya convertido en puño y me hayan dado una legión. Y bien puede ser que los soldados se pongan firmes cuando pasen a mi lado, aunque no aquí, en territorio enemigo, gracias al Embozado. No, todos son jaeces y boato que no son garantía alguna de mi competencia.

Esta noche será mi primera prueba. Dioses, debería haber seguido retirado. Debería haber rechazado su insistencia, maldita sea, su asunción… de que me limitaría a aceptar sus deseos.

Había terminado por creer que en el fondo era débil. Un idiota quizá lo llamara virtud, esa… flexible ecuanimidad. Pero él sabía que era mucho más que eso.

Siguió cabalgando, la niebla de su mente se iba espesando cada vez más.

Ochocientos guerreros se agazaparon inmóviles, fantasmales, entre los peñascos de la llanura. Vestían armaduras sin brillo y telabas del color del terreno que los rodeaba, eran prácticamente invisibles, y Corabb Bhilan Thenu'alas sintió una oleada de orgullo oscuro, al tiempo que otra parte de su mente se preguntaba por la excesiva… vacilación de Leoman.

Su caudillo estaba tirado boca abajo en la cima de la pendiente, a diez pasos de distancia. No se había movido en cierto tiempo. A pesar del frío, el sudor chorreaba bajo la armadura de Corabb y cambió de posición una vez más el talwar desconocido que llevaba en la mano derecha. Él siempre había preferido armas parecidas a las hachas, algo con un mango que pudiera, si se daba la necesidad, coger con la otra mano. No le gustaba el filo de la hoja que llegaba hasta la empuñadura y deseaba haber tenido tiempo para limarlo y despuntarlo hasta la mitad.

Soy un guerrero que no puede tolerar filos muy cortantes cerca del cuerpo. ¿A qué espíritus se les ocurrió convertirme en semejante encarnación de ironía confusa? Los maldigo a todos.

Ya no pudo esperar más y se fue arrastrando lentamente hasta llegar a Leoman de los Mayales.

Tras la cresta se extendía otra cuenca, esta repleta de montecillos y plagada de arbustos espinosos. Flanqueaba el campamento del ejército malazano por ese lado y medía entre sesenta y setenta pasos de anchura.

—Una tontería —murmuró Corabb— haber elegido parar aquí. Creo que no tenemos nada que temer de esta consejera.

El aliento siseó poco a poco entre los dientes de Leoman.

—Sí, refugio de sobra para nuestro avance.

—¿Entonces, por qué esperamos, caudillo?

—Me preguntaba algo, Corabb.

—¿Te preguntabas?

—Sobre la emperatriz. Fue señora de la Garra. Fue ella la que dio forma a su fiera potencia y todos hemos aprendido a temer a esos magos asesinos. Un origen bastante ominoso, ¿no? Y después, como emperatriz, tuvo a su disposición a los grandes líderes de su ejército imperial: Dujek Unbrazo, el almirante Nok, Coltaine, Melena Gris.

—Pero aquí, esta noche, caudillo, no nos enfrentamos a ninguno de ellos.

—Cierto. Nos enfrentamos a la consejera Tavore, que fue elegida personalmente por la emperatriz. Para actuar como el puño de su venganza.

Corabb frunció el ceño y después se encogió de hombros.

—¿No eligió la emperatriz también al puño supremo Pormqual? ¿A Korbolo Dom? ¿No degradó a Whiskeyjack, el más fiero malazano al que se hayan enfrentado nuestras tribus? Y, si las historias son ciertas, también fue responsable del asesinato de Dassem Ultor.

—Dices bien, Corabb. No es inmune a… graves errores de criterio. Bueno, pues entonces hagámosle pagar por ellos. —Se giró y les hizo un gesto a los guerreros para que avanzaran.

Corabb Bhilan Thenu'alas esbozó una gran sonrisa. Quizá los espíritus le sonrieran esa noche. *Por favor, que encuentre un hacha o una maza dignas entre el sinfín de soldados malazanos muertos*.

El pelotón de Borduke había encontrado una pequeña colina para posicionarse, y juraban y maldecían mientras se

iban abriendo camino a rastras hasta la modesta cima; después empezaron a excavar hoyos y recolocar rocas.

Su colina era con toda probabilidad un viejo túmulo redondo, los montecillos de esa cuenca eran demasiado regulares para ser naturales. A veinte pasos de distancia, Violín escuchó a los infantes del sexto pelotón que murmuraban y arrastraban los pies por su baluarte, sus esfuerzos puntuados de vez en cuando por el gruñido de impaciencia de Borduke. A cincuenta pasos al oeste, otro pelotón estaba cavando en otra colina, y el sargento empezó a preguntarse si lo habrían aplazado todo demasiado tiempo. Los túmulos tendían a ser grandes montones de rocas bajo el manto de suelo arenoso, después de todo, y hacer hoyos en ellos nunca era fácil. Podía oír las rocas que estaban soltando los soldados, las palas de hierro que arañaban el granito pesado y unas cuantas piedras que caían a toda velocidad por las laderas, entre los densos y quebradizos arbustos.

¡Por el aliento del Embozado, no podíais ser más torpes, idiotas!

Cuando Corabb estaba a punto de moverse hacia el siguiente refugio, la mano enguantada de Leoman se estiró y lo asió por el hombro. El guerrero se quedó inmóvil.

Y entonces lo oyó. Había soldados en la cuenca.

Leoman subió hasta ponerse a su altura.

—Están instalando trincheras —murmuró por lo bajo—. En esos túmulos. Parece que la Señora nos ha enviado un regalo, después de todo —añadió el caudillo con una gran sonrisa—. Escucha cómo tropiezan, han esperado demasiado tiempo y ahora la oscuridad los desorienta.

No era difícil ubicar las posiciones enemigas, habían seleccionado todos los túmulos sin excepción y estaban haciendo mucho ruido para excavarlos. Y, comprendió

Corabb, se habían separado demasiado como para poder apoyarse mutuamente. Cada posición se podía aislar con facilidad, podían rodearla y masacrar hasta al último soldado. Mucho antes de que llegara cualquier alivio del campamento principal.

Era probable, reflexionó Corabb mientras se deslizaba por la oscuridad hacia la posición enemiga más cercana, que los malazanos anticiparan un ataque antes del amanecer, idéntico al primero. Y, por tanto, la consejera había ordenado los emplazamientos como medida preventiva. Pero como Leoman le había explicado una vez, cada elemento de un ejército en campo abierto tenía que seguir las reglas del apoyo mutuo, incluso los piquetes donde se produciría el primer contacto. Era obvio que la consejera no había aplicado ese principio tan básico.

Añadido a su incapacidad para controlar a sus guerreros setis, esa era otra prueba, en opinión de Corabb, de la incompetencia de Tavore.

Cogió bien el mango del talwar y se detuvo a quince pasos del fuerte más cercano. Incluso podía ver los yelmos de al menos dos de los soldados malazanos, que asomaban por los agujeros que habían cavado. Corabb se concentró en ralentizar su respiración y esperó la señal.

Gamet tiró de las riendas al borde del ya desocupado campamento de los infantes de marina. La silenciosa llamada habría recorrido el resto del ejército y habría despertado a los físicos y sanadores. Simple precaución, por supuesto, ya que no había forma de predecir si los asaltantes los atacarían desde el acceso que la consejera había dispuesto. Dado que todos los demás ángulos contenían obstáculos naturales o posiciones defendibles con facilidad, el caudillo del desierto bien podría ser reacio a aceptar una invitación tan obvia. Mientras esperaba, el puño

empezó a pensar que no saldría nada de esa maniobra, al menos por esa noche. ¿Y qué posibilidades había de que la marcha de un día llevara al ejército a otra combinación ideal de terreno y oportunidad?

Se acomodó en la silla, la lasitud extraña y empalagosa que invadía su mente se fue profundizando. La noche se había hecho, si acaso, más oscura, las estrellas luchaban por penetrar en el velo de polvo suspendido.

Una poliñera revoloteó enfrente de su cara y disparó un estremecimiento involuntario. *¿Un presagio?* Sacudió la cabeza y se irguió una vez más. Quedaban tres campanadas para el amanecer. Pero no podían tocar retirada, así que los infantes se turnarían en las carretas durante la marcha del día siguiente. *Y será mejor que yo haga lo mismo, si queremos repetir esto*…

El aullido vacilante de un lobo rompió la quietud de la noche. Aunque Corabb lo había estado esperando, se sobresaltó de todos modos y por un instante se quedó inmóvil. A ambos lados se levantaron guerreros, que salieron disparados hacia el túmulo. Las flechas susurraron, golpearon los yelmos visibles con crujidos sólidos. Vio que uno de los cascos de bronce salía volando por los aires y se dio cuenta de que no había estado cubriendo la cabeza de un soldado.

Un destello de inquietud…

Los gritos de guerra llenaron el aire. El brillo de figuras con armaduras completas que salían de los túmulos y empuñaban ballestas. Objetos más pequeños que salían volando y uno de ellos chocaba contra el suelo a cinco pasos a la derecha de Corabb.

Una detonación que le acuchilló los oídos. La explosión lo tiró a un lado, tropezó y después cayó sobre un arbusto de espinos.

Múltiples explosiones, llamas que se disparaban para iluminar la escena…

Cuando oyó el aullido del lobo, Violín se aplastó todavía más bajo el manto de arena y broza, y lo hizo justo a tiempo porque en ese momento le pisaba la espalda el mocasín de un asaltante que pasó corriendo por encima de él.

Los túmulos habían hecho su trabajo, atraer a los atacantes hacia lo que, a todos los efectos, parecían posiciones aisladas. Un pelotón de cada tres se había dejado ver por el enemigo; los dos restantes los habían precedido una campanada o más antes para ponerse a cubierto entre los túmulos.

Y había llegado el momento de hacer saltar la trampa.

El sargento levantó la cabeza y vio una docena de espaldas entre él y el baluarte de Borduke. Su carga se ralentizó cuando tres de ellos se hundieron de repente en el suelo, con cuadrillos enterrados en la carne.

—¡Arriba, maldita sea! —siseó Violín.

Sus soldados se levantaron a su alrededor, les caía por todo el cuerpo arena polvorienta y ramas.

Muy agachado, y con la ballesta cargada de malditos acunada en los brazos, el sargento se puso en marcha y se alejó de la posición de Borduke. Los infantes de marina de Gesler eran más que suficientes para dar apoyo al pelotón de ese túmulo. Violín había visto una masa de atacantes que se movía por el risco que había tras la cuenca (con facilidad, doscientos en total) y sospechaba que estaban intentando flanquear la emboscada. Los aguardaba el más estrecho de los pasillos, pero si dejaban atrás al piquete de infantería apostado allí, podrían después golpear el corazón del campamento de aprovisionamiento.

Sonrió al oír el crujido cortante de los fulleros que explotaban tras él, junto con el silbido letal de los incendiarios que llenaban la cuenca con el destello de una luz roja. Habían detenido el ataque en seco y la confusión se había apoderado de los asaltantes. Violín y los cinco infantes que llevaba detrás iban lo bastante agachados como para evitar que las llamas iluminaran sus siluetas por detrás al llegar a la base de la pendiente.

Habían subido hasta la mitad del risco cuando Violín levantó un puño.

Sepia se acercó gateando a su lado.

—Ni siquiera tendremos que agacharnos para este —gruñó.

El sargento levantó la ballesta, apuntó muy por encima de la línea de la cresta y acomodó la culata de metal en el hombro. Cogió aire, lo contuvo y apretó poco a poco el disparador.

Las varillas de hierro dieron un tirón seco y el cuadrillo con el maldito saltó y describió un elegante arco por encima del risco. Después se hundió y se perdió de vista.

Los cuerpos saltaron por los aires con la explosión y los gritos lo llenaron todo.

—Ballestas preparadas —soltó Sepia— por si vienen rodando por el…

En la cresta que tenían encima, el horizonte se llenó de repente de guerreros.

—¡Retroceded! —gritó Violín mientras continuaba cargando—. ¡Retroceded!

Después de arrojarse al arbusto de espinos, Corabb salió arrastrándose y escupiendo maldiciones antes de ponerse de pie como pudo. Los cuerpos de sus camaradas yacían por todas partes, derribados por pesados cuadrillos de ballesta o por esas terribles municiones moranthianas. Había habido

más infantes de marina ocultos entre los túmulos y también empezaba a oír caballos tras ellos que llegaban haciendo un barrido para tomar el risco, en manos de los khundryl, pero los muy cabrones solo llevaban armadura ligera y habían estado preparados y esperándolos.

Buscó a Leoman con los ojos, pero no lo vio entre los guerreros que dejaban a la vista las llamaradas dejadas por las granadas de fuego de los malazanos, y de entre esos guerreros, pocos seguían todavía en pie. Había llegado el momento, decidió, de retirarse.

Recogió el talwar de donde había caído, giró en redondo y echó a correr hacia el risco.

Y se topó de bruces con un pelotón de infantes de marina.

Gritos repentinos.

Un soldado enorme que llevaba todos los arreos de un seti estrelló un escudo envuelto en piel contra la cara de Corabb. El guerrero del desierto cayó hacia atrás tambaleándose, con la nariz y la boca chorreándole sangre, y lanzó un golpe a lo loco. La pesada hoja del talwar crujió con fuerza contra algo, y se partió en dos justo por encima de la empuñadura.

Corabb se derrumbó de golpe en el suelo.

Un soldado pasó cerca y le dejó algo en el regazo.

En alguna parte, justo sobre el risco, otra explosión atravesó la noche, muchísimo más ruidosa que todas las demás hasta el momento.

Atontado, con los ojos llenos de lágrimas, Corabb se sentó y vio una pequeña bola redonda de arcilla que rodaba hasta terminar delante de su escroto.

Salía humo de la bola, un ácido que chisporroteaba y hacía espuma, solo una gota que iba comiéndose el material.

Corabb rodó de lado con un gimoteo y se topó con un casco que alguien había tirado. Lo cogió y se precipitó sobre el fullero, después cubrió el explosivo de golpe con el casco de bronce.

Y cerró los ojos.

Mientras el pelotón continuaba la retirada (la ladera que tenía detrás era una masa de cuerpos reventados tras el segundo maldito de Violín, con el clan khundryl de las Lágrimas Quemadas que penetraban en tromba en el flanco de los atacantes que quedaban), Sepia cogió al sargento por el hombro y le dio la vuelta.

—Ese cabrón que derribó Koryk tá a punto de llevarse una sorpresa, Viol.

Violín clavó la mirada en la figura que empezaba a incorporarse.

—Le acabo de dejar un fullero humeante en el regazo —añadió Sepia.

Los dos zapadores se pararon a mirar.

—Cuatro…

El guerrero hizo el horrible descubrimiento y se lanzó a un lado.

—Tres…

Después volvió a rodar justo sobre el fullero.

—Dos…

Y le puso de golpe un casco encima.

—Uno…

La explosión levantó al desventurado por los aires envuelto en una columna de fuego de la altura de un hombre.

Sin embargo, se las había arreglado para aferrarse al casco, que lo hizo subir todavía más y le dio una vuelta. Con

los pies segando el aire con gesto frenético, el hombre volvió a caer a plomo y al aterrizar levantó una nube de polvo y humo.

—Bueno, eso sí que…

Pero Sepia no dijo nada más y los dos zapadores se limitaron a quedarse mirando sin poder creérselo cuando el guerrero se levantó como pudo, miró a su alrededor, recogió una lanza desechada y después salió disparado ladera arriba.

Gamet clavó los talones en los flancos del caballo. La montura bajó a galope tendido hacia la cuenca, por el oeste, enfrente de la posición de la que habían salido los khundryl.

Tres grupos de guerreros del desierto habían conseguido capear el fuego de ballestas y las municiones para asaltar uno de los baluartes. Habían empujado también al túmulo a los dos pelotones ocultos y el puño vio que sus infantes de marina arrastraban camaradas heridos para meterlos en las trincheras. Menos de diez soldados entre los tres pelotones seguían luchando y conteniendo con desesperación a los asaltantes que gritaban.

Gamet sacó la espada y azuzó al caballo para que se dirigiera directamente a la posición asediada. Al acercarse, avistó a dos infantes que caían ante la avalancha de uno de los grupos atacantes, y el túmulo quedó invadido de repente.

La fuga que se había apoderado de sus sentidos pareció redoblarse y empezó a tirar de las riendas, confuso y desconcertado por el rugido de sonidos que lo rodeaba.

—¡Puño!

Levantó la espada al tiempo que su caballo se desviaba, como si fuera por voluntad propia, hacia el túmulo.

—¡Puño Gamet! ¡Salga de ahí!

Demasiadas voces. Gritos de los moribundos. Las llamas, se están apagando. La oscuridad nos envuelve. Mis soldados están muriendo. Por todas partes. Ha fracasado, el plan entero ha fracasado…

Una docena de asaltantes se precipitaban hacia él (y más movimiento allí, a su derecha), otro pelotón de infantes de marina que se acercaba a toda velocidad, como si fueran de camino a relevar a los soldados del fuerte, pero en ese momento iban disparados en su dirección.

No lo entiendo. Aquí no, por el otro lado. Id allí, id a mis soldados…

Vio algo grande que salía volando de las manos de uno de los infantes y se hundía en medio de los guerreros que lo atacaban.

—¡Puño!

Dos lanzas salieron como un latigazo, en su busca.

Y entonces la noche explotó.

Sintió que el caballo se alzaba debajo de él y lo empujaba por encima de la parte trasera de la silla. La cabeza del animal se levantó de golpe, en una posición imposible, mientras continuaba arqueándose para caer con un golpe seco entre los muslos de Gamet un momento antes de que este se viera propulsado, las botas abandonando los estribos, por encima de la grupa del caballo.

Se derrumbó entre una bruma de sangre y gravilla.

Abrió los ojos con un parpadeo y se encontró tirado en un barro empapado, entre cuerpos y partes de cuerpos, en la base de un cráter. Le había desaparecido el casco. No tenía la espada en la mano.

Estaba… Estaba en un caballo…

Alguien se deslizó para estrellarse contra su lado. Intentó apartarse gateando, pero lo volvieron a tumbar.

—¡Puño Gamet, señor! Soy el sargento Gesler, compañía novena del capitán Keneb, ¿me oye?

—S-sí… creí que estaban…

—Sí, puño. Pero los dejamos y ahora el resto de mi pelotón y el de Borduke están socorriendo a los infantes de marina de la compañía tercera. Tenemos que llevarlo a un sanador, señor.

—No, no pasa nada. —Luchó por sentarse, pero le pasaba algo en las piernas, se mostraban indiferentes a sus órdenes —. Atienda a los hombres del túmulo, sargento…

—Ya lo estamos haciendo, señor. ¡Pella! Aquí abajo, ayúdame con el puño.

Llegó otro infante, ese mucho más joven, *oh, no, demasiado joven. Le pediré a la consejera que lo mande a casa. Con su madre y su padre, sí. No debería tener que morir*…

—No deberías tener que morir.

—¿Señor?

—Solo su caballo entre él y la explosión de un maldito — dijo Gesler—. Está desorientado, Pella. Ahora cógelo por los brazos.

¿Desorientado? No, mi mente está muy clara. Perfectamente clara. Al fin. Son todos demasiado jóvenes para esto. Es la guerra de Laseen, que la libre ella. Tavore… fue niña, una vez. Pero luego la emperatriz asesinó a esa niña. La asesinó. Debo decírselo a la consejera…

Violín se sentó con gesto cansado junto a una hoguera ya muerta. Dejó la ballesta en el suelo y se limpió el sudor y la suciedad de los ojos. Sepia se acomodó a su lado.

—A Koryk todavía le duele la cabeza —murmuró el zapador—, pero no parece que haya nada roto que no

estuviera roto ya.

—Salvo su casco —respondió Violín.

—Sí, salvo eso. La única baja real de la noche para nuestro pelotón, aparte de unas cuantas docenas de cuadrillos sueltos. Y ni siquiera matamos al muy cabrón.

—Te hiciste el listo, Sepia.

El hombre suspiró.

—Sí, eso fue. Debo de estar haciéndome viejo.

—Eso fue lo que yo pensé. La próxima vez, limítate a clavarle un cuchillo al cabrón.

—Me sorprende que sobreviviera, en cualquier caso.

La persecución por parte de los khundryl había llevado a las Lágrimas Quemadas mucho más allá del risco y lo que había empezado como un asalto contra el ejército malazano se había convertido en una guerra tribal. Quedaban dos campanadas para el amanecer. La infantería había salido a la cuenca para recoger a los heridos, recuperar cuadrillos, desnudar los cadáveres malazanos, y no dejar nada que pudiera usar el enemigo. La fea y lúgubre conclusión de cada batalla, la única bendición era que se hacía a cubierto de la oscuridad.

El sargento Gesler apareció entre las sombras y se reunió con ellos junto a la hoguera sin vida. Se quitó los guanteletes y los dejó caer en el polvo, después se frotó la cara.

—Oí que invadieron una posición —dijo Sepia.

—Sí. La teníamos controlada, al menos para empezar. Se acercaban rápido. La mayor parte de los pobres cabrones podrían haber salido andando de ese túmulo. Tal y como fueron las cosas, solo salieron cuatro.

Violín levantó la cabeza.

—¿De los tres pelotones?

Gesler asintió y después escupió en las cenizas.

Silencio.

Después fue Sepia el que rezongó.

—Siempre sale algo mal.

Gesler suspiró, recogió los guanteletes y se levantó.

—Podría haber sido peor.

Violín y Sepia vieron alejarse sin prisa al hombre.

—¿Qué crees tú que pasó?

Violín se encogió de hombros.

—Supongo que no tardaremos en averiguarlo. Ahora vete a buscar al cabo Chapapote y que reúna al resto. Tengo que explicar todo lo que hicimos mal esta noche.

—¿Empezando por ti al hacernos subir esa ladera?

Violín hizo una mueca.

—Empezando por eso, sí.

—Claro que si no lo hubieras hecho —reflexionó Sepia—, más de esos asaltantes podrían haber seguido bajando hasta el túmulo invadido a través de la brecha. El maldito que lanzaste hizo su trabajo, los distrajo. El tiempo suficiente para que llegaran los khundryl y los mantuvieran ocupados.

—Aun así —admitió el sargento—. Pero si hubiéramos estado junto a Gesler, quizá hubiéramos podido salvar a unos cuantos infantes de marina más.

—O lo hubiéramos empeorado más, Viol. Sabes perfectamente que es mejor no pensar en eso.

—Supongo que tienes razón. Ahora vete a reunirlos.

—Sí, señor.

Gamet levantó la cabeza cuando la consejera entró en la tienda del físico. Estaba pálida (por la falta de sueño, sin duda), se había quitado el casco y revelaba el cabello corto y de color gris.

—No me voy a quejar —dijo Gamet cuando el sanador se alejó al fin.

—¿Sobre qué? —preguntó la consejera, que giró la cabeza para examinar los otros catres en los que yacían soldados heridos.

—Cuando me quite el mando —contestó el puño.

La mirada femenina se clavó en él una vez más.

—Fue usted muy descuidado, puño, al correr semejante riesgo. Lo que no creo que sea motivo para quitarle el rango.

—Mi presencia desvió a los infantes que se precipitaban en ayuda de sus compañeros, consejera. Mi presencia provocó pérdida de vidas.

La consejera no dijo nada por un momento, después se acercó más.

—Todo combate cuesta vidas, Gamet. Esa es la carga del mando. ¿Creías que esta guerra se iba a ganar sin derramar sangre?

El puño apartó la mirada e hizo una mueca contra las oleadas de dolor sordo que provocaba la sanación forzosa. Los físicos le habían sacado una docena de fragmentos de arcilla de las piernas. Los músculos habían quedado hechos trizas. Con todo, el puño sabía que la suerte de la Señora había estado con él esa noche. No se podía decir lo mismo de su desventurado caballo.

—Fui soldado una vez, consejera —dijo con voz ronca—. Ya no lo soy. Eso es lo que descubrí esta noche. En cuanto a ser puño, bueno, estar al mando de guardias domésticos era una representación justa de mi nivel de competencia. ¿Una legión entera? No. Lo siento, consejera.

La mujer lo estudió y después asintió.

—Pasará algún tiempo hasta que esté recuperado por completo de sus heridas. ¿A cuál de sus capitanes recomendaría para un ascenso de campo temporal?

Sí, así es como debe hacerse. Bien.

—El capitán Keneb, consejera.

—Estoy de acuerdo. Y ahora debo dejarlo. Los khundryl están regresando.

—Con trofeos, espero.

La mujer asintió.

Gamet consiguió esbozar una sonrisa.

—Eso está bien.

El sol se iba aproximando a su cenit cuando Corabb Bhilan Thenu'alas detuvo su caballo cubierto de espuma junto a Leoman. Otros guerreros rezagados iban llegando sin parar, pero podrían pasar días hasta que los elementos dispersos de la compañía se reunieran al fin. Con armadura ligera, los khundryl habían sido capaces de mantener un contacto persistente con los guerreros montados del desierto y habían demostrado ser luchadores fieros y capaces.

Se habían vuelto las tortas de la emboscada, el mensaje se había entregado con una precisión sucinta. Habían subestimado a la consejera.

—Tus primeras sospechas estaban en lo cierto —gruñó Corabb cuando se asentó en la silla, el caballo temblando bajo él—. La emperatriz eligió bien.

La mejilla derecha de Leoman había sufrido el arañazo de un cuadrillo de ballesta que había dejado una costra marrón que resplandecía en algunos sitios a través de la capa de polvo. Al oír la observación de Corabb, Leoman hizo una mueca, se inclinó a un lado y escupió.

—Que el Embozado maldiga a esos condenados infantes de marina —continuó Corabb—. Si no hubiera sido por sus granadas y esas ballestas de asalto, habríamos acabado con

todos. Ojalá hubiera encontrado una de esas ballestas… El mecanismo de carga debe de ser…

—Calla, Corabb —murmuró Leoman—. Tengo órdenes para ti. Escoge a un buen mensajero y que se lleve tres caballos de reserva, que regrese junto a Sha'ik tan rápido como pueda. Debe decirle que yo continuaré con mis asaltos en busca del patrón de respuesta de esta consejera, me reuniré con la elegida tres días antes de que llegue el ejército malazano. También, que ya no tengo ninguna fe en la estrategia de Korbolo Dom para el día de la batalla, ni en sus tácticas; sí, Corabb, eso no querrá escucharlo, pero ha de decirse ante testigos. ¿Comprendes?

—Comprendo, Leoman de los Mayales, y escogeré al mejor jinete que hay entre nosotros.

—Ve, entonces.

Capítulo 20



Sombra sufre un asedio continuo, pues esa es su naturaleza. Mientras que la oscuridad devora y la luz roba. Y así uno siempre ve que la sombra se esconde en lugares ocultos, solo para regresar al paso de la guerra entre la oscuridad y la luz.

Observaciones de las sendas
Insallan Enura

Cuerda había visitado los barcos edur, había cadáveres por todas partes, pudriéndose ya en la cubierta, bajo los chillidos y peleas de gaviotas y cuervos. Navaja se encontraba cerca de la proa y observaba en silencio a Apsalar, que caminaba entre los cuerpos y se detenía de vez en cuando para examinar algún detalle con una mesura y una serenidad que provocaba escalofríos en el daru.

Habían acercado el esbelto velero y Navaja lo oía golpear con regularidad el casco mientras la brisa matinal continuaba refrescándolos. A pesar del tiempo vivificante, la lasitud se había apoderado de los dos. Debían irse con el velero, pero el destino concreto no lo había especificado el dios patrón de los Asesinos. Otro sirviente de Sombra los aguardaba… en alguna parte.

El joven probó el brazo izquierdo una vez más, lo levantó y lo apartó del cuerpo un poco. El hombro le palpitaba, pero no tanto como el día anterior. Luchar con cuchillos estaba

muy bien, hasta que uno tenía que enfrentarse a un contrincante con armadura que empuñaba una espada, entonces los inconvenientes de los puñales de hoja corta con los que había que luchar cuerpo a cuerpo quedaban patentes.

Necesitaba, concluyó, aprender a utilizar el arco. Y después, una vez que hubiera adquirido cierta habilidad, quizás un cuchillo largo; un arma de Siete Ciudades que combinara las ventajas de un cuchillo con el alcance de una espada de tres cuartos. Por alguna razón, la idea de utilizar una espada larga de verdad no le atraía mucho. Quizá porque era el arma de un soldado, que era mejor usar en conjunción con un escudo o un broquel. Un desperdicio de la mano izquierda, dadas sus habilidades. Navaja suspiró, miró la cubierta y luchó contra el asco, después examinó los cadáveres que había bajo aquellos pájaros que se empujaban entre sí.

Y vio un arco. La cuerda se había partido y las flechas yacían esparcidas, habían caído de un carcaj todavía atado a la cadera de un edur. Navaja se acercó y se agachó. El arco resultaba más pesado de lo que parecía, con una curva pronunciada y reforzado por cuerno. La longitud estaba entre la de un arco largo y el arco de un guerrero montado, seguramente era un simple arco corto para esos edur. Sin la cuerda, a Navaja le llegaba a los hombros.

Empezó a recoger las flechas y después, tras alejar a manotazos las gaviotas y los cuervos, apartó a rastras el cadáver del arquero y le quitó el carcaj con el cinturón. Encontró una pequeña saquita de cuero atada cerca que contenía media docena de cuerdas enceradas, material de reserva para reparar las flechas, unas cuantas pepitas de savia de pino dura, una fina hoja de hierro y tres puntas de flecha de reserva armadas con lengüetas.

Navaja seleccionó una de las cuerdas y se irguió. Deslizó uno de los extremos envueltos en cordón por la muesca de la base del arco, después ancló el arma contra la parte exterior de su pie derecho y apretó con fuerza la varilla superior.

Más duro de lo que esperaba. El arco tembló cuando se esforzó por deslizar el lazo por la muesca. Cuando al fin lo consiguió, Navaja levantó el arco para echarle una mirada más atenta y después lo estiró. El aliento le siseaba entre los dientes al intentar mantener el arma tensa. En el momento en el que al fin relajó la cuerda se percató de que aquello iba a ser una especie de desafío.

Sintió unos ojos sobre él y se volvió.

Apsalar se encontraba cerca del mástil principal. Motas y glóbulos de sangre seca le cubrían los antebrazos.

—¿Qué has estado haciendo? —le preguntó él.

La joven se encogió de hombros.

—Mirar por ahí.

¿Dentro del pecho de alguien?

—Deberíamos irnos.

—¿Ya has decidido adónde?

—Estoy seguro de que tendremos una respuesta muy pronto —dijo Navaja mientras se agachaba para recoger las flechas y el cinturón con el carcaj y la bolsita del equipo.

—La hechicería de aquí es… extraña.

Él levantó la cabeza de repente.

—¿A qué te refieres?

—No estoy segura. Mi familiaridad con las sendas es solo por referencias.

Lo sé.

—Pero —continuó— si esto es Kurald Emurlahn, entonces está manchada. En el plano nigromántico. Magia de la vida y la muerte, tallada directamente en la madera de este barco.

Como si hechiceros y cargadoras hubieran hecho la consagración.

Navaja frunció el ceño.

—Consagración. Lo dices como si este barco fuera un templo.

—Lo era. Lo es. El derramamiento de sangre no lo ha profanado, que es justo a lo que me refiero. Quizá hasta las sendas pueden hundirse en la barbarie.

—Lo que significa que los que empuñan una senda pueden afectar a su naturaleza. A mi difunto tío le habría parecido una noción fascinante. No es profanación, entonces, sino denigración.

Apsalar miró poco a poco a su alrededor.

—Rashan. Meanas. Thyr.

Él comprendió la idea.

—Tú crees que todas las sendas accesibles para los humanos son, de hecho, denigraciones de las sendas ancestrales.

La joven levantó entonces las manos.

—Hasta la sangre se deteriora y pudre.

El ceño de Navaja se profundizó. No estaba seguro de a qué se refería su compañera y se dio cuenta de que no estaba por la labor de preguntar. Era más fácil y seguro limitarse a gruñir y dirigirse a la regala.

—Deberíamos utilizar esta brisa. Suponiendo que hayas acabado aquí.

Por toda respuesta, Apsalar se acercó al costado del barco y se subió a la baranda.

Navaja la observó bajar trepando al velero y ocupar su lugar al timón. Él se detuvo un momento para echar un último vistazo y se quedó rígido.

En la playa lejana de Deriva Avalii se alzaba una figura solitaria apoyada en un mandoble.

Viajero.

Y Navaja vio entonces que había otros, agachados o sentados a su alrededor. Media docena de soldados malazanos. En los árboles que tenían detrás había tiste andii, de cabello plateado y fantasmal. La imagen pareció grabarse a fuego en su mente, como si fuese el roce de algo tan frío que quemaba. Se estremeció, apartó los ojos con un esfuerzo y se reunió a toda prisa con Apsalar en el velero llevándose la amarra con él.

Puso los remos en sus topes y apartó la pequeña nave del casco negro del barco.

—Creo que tienen intención de ponerse al mando de este dromon edur —dijo Apsalar.

—¿Y qué hay de proteger el trono?

—Ahora hay demonios de Sombra en la isla. Es obvio que tu dios patrón ha decidido adoptar un papel más activo en la defensa del secreto.

«*Tu dios patrón». Pues muchas gracias, Apsalar. ¿Y quién era el que sostenía tu alma en sus manos? Las manos de un asesino*.

—¿Y por qué no se limitan a llevárselo al reino de Sombra?

—Seguro que si pudiera, lo haría —respondió ella—. Pero cuando Anomander Rake trajo aquí a sus parientes para protegerlo, también fraguó una hechicería alrededor del trono. No lo puede mover.

Navaja metió los remos en el barco y empezó a preparar la vela.

—Entonces, Tronosombrío solo tiene que venir aquí y plantar en él su escuálido trasero, ¿no?

A Navaja no le gustó la sonrisa con la que le respondió la joven.

—Asegurándose así que nadie más pueda reclamar su poder o el puesto de rey de la Gran Casa de Sombra. A menos, por supuesto, que mataran a Tronosombrío primero. Un dios de gran valor y poder inexpugnable bien podría plantar su escuálido trasero en ese trono para terminar con la discusión de una vez por todas. Pero eso fue justo lo que hizo Tronosombrío ya una vez, como el emperador Kellanved.

—¿Lo hizo?

—Reclamó el primer trono. El trono de los t'lan imass.

Oh.

—Por suerte —continuó Apsalar—, ya como Tronosombrío, no ha mostrado mucho interés en utilizar su papel como emperador de los t'lan imass.

—Bueno, ¿para qué molestarse? Así anula la posibilidad de que alguien lo descubra y tome ese trono, mientras que al evitar usarlo él, garantiza que nadie más se entere de que lo tiene ya en primer lugar… ¡Dioses, estoy empezando a hablar como Kruppe! En cualquier caso, me parece una posición inteligente, no cobarde.

Apsalar lo estudió durante un buen rato.

—No había pensado en eso. Tienes razón, por supuesto. Cuando se desvela un poder se induce a la convergencia, después de todo. Parece que Tronosombrío ha absorbido bien su temprana residencia en la Casa de Muerte. Más incluso, quizá, que Cotillion.

—Sí, es una táctica azath, ¿verdad? La negación sirve para desarmar. Dada la oportunidad, es probable que se plantase en todos los tronos que hubiera a la vista y después, con todo el poder acumulado, no haría nada con él. Nada en absoluto.

Apsalar abrió mucho los ojos.

Su compañero frunció el ceño al ver su expresión. Entonces el corazón empezó a palpitarle con fuerza. *No. Yo solo estaba de broma. Eso no es solo ambición, es una locura. Jamás podría conseguirlo… pero ¿y si lo consiguiera?*

—Todos los juegos de los dioses…

—Quedarían seriamente… restringidos. Azafrán, ¿te has tropezado con la verdad? ¿Acabas de articular la vasta intriga de Tronosombrío? ¿Su prodigioso gambito para lograr un dominio absoluto?

—Solo si está loco de verdad, Apsalar —respondió el daru sacudiendo la cabeza—. Es imposible. Jamás lo conseguiría. Ni siquiera se acercaría.

Apsalar se acomodó junto al timón, las velas se inflaron y el velero saltó en el agua.

—Durante dos años —dijo—, Danzante y el emperador estuvieron desaparecidos. Dejaron que el Imperio lo gobernara Torva. Mis recuerdos robados de esa época son vagos, pero lo que sí sé es que ambos hombres cambiaron, de forma irrevocable, por todo lo que les pasó durante esos dos años. No solo la partida por el reino de Sombra, que no cabe duda de que era fundamental para sus deseos. Ocurrieron otras cosas… verdades reveladas, misterios descubiertos. Si algo sé con certeza, Azafrán, es que, durante la mayor parte de esos dos años, Danzante y Kellanved no estaban en este reino.

—¿Entonces dónde estaban, en el nombre del Embozado?

La joven sacudió la cabeza.

—No puedo responder a esa pregunta. Pero tengo la sensación de que estaban siguiendo una pista, una pista que serpenteaba por todas las sendas y hasta reinos a los que ni siquiera llegan las sendas conocidas.

—¿Qué clase de pista? ¿De quién?

—Sospechas… la pista tenía algo que ver con, bueno, con las Casas de los Azath.

Misterios descubiertos, sin duda. Los Azath… el misterio más profundo de todos.

—Deberías saber, Azafrán —continuó Apsalar— que sabían que Torva los estaba esperando. Sabían lo que había planeado. Pero regresaron de todos modos.

—Pero eso no tiene sentido.

—A menos que procediera a hacer justo lo que ellos querían que hiciera. Después de todo, los dos sabemos que los asesinatos fracasaron, no mataron a ninguno de los dos. La pregunta es entonces: ¿qué lograron con todo ese jaleo?

—¿Una pregunta retórica?

La chica ladeó la cabeza.

—No. —Sorprendida.

Navaja se frotó el rastrojo de barba de la mandíbula y después se encogió de hombros.

—De acuerdo. Deja a Torva en el trono malazano. Nace la emperatriz Laseen. Lo que despoja a Kellanved de su sede secular de poder. Hmm. Hagamos la pregunta de otro modo. ¿Y si Kellanved y Danzante hubieran regresado y reclamado con éxito el trono imperial? Pero, al mismo tiempo, habían tomado el poder del reino de Sombra. Así pues, habría un imperio que abarcaría dos sendas, un imperio de Sombra. —Navaja hizo una pausa y después asintió poco a poco—. No lo habrían consentido, me refiero a los dioses. Ascendientes de todo tipo habrían convergido en el Imperio de Malaz. Habrían machacado al Imperio y a los dos hombres que lo gobernaban y los habrían reducido a polvo.

—Es posible. Y ni Kellanved ni Danzante estaban en situación de montar una resistencia eficaz para enfrentarse a un ataque tan prolongado. Todavía tenían que consolidar su reivindicación del reino de Sombra.

—Exacto, así que orquestaron sus propias muertes y mantuvieron en secreto su identidad como nuevos gobernantes de Sombra durante todo el tiempo que pudieron mientras disponían el trabajo preliminar para reanudar sus grandiosas intrigas. Bueno, todo eso está muy bien, aunque es bastante diabólico. Pero ¿cómo nos ayuda eso a nosotros a responder a la pregunta de qué están tramando ahora mismo? Si acaso, estoy más confundido que nunca.

—¿Por qué habrías de estarlo? Cotillion te reclutó para ocuparte del verdadero trono de Sombra en Deriva Avalii; el resultado no podría haber resultado más ventajoso para él y Tronosombrío. Darist muerto y la espada Venganza fuera de juego y en manos de un vagabundo de destino oscuro. La expedición edur borrada del mapa; el secreto, por tanto, resucitado y es más que probable que se mantenga inviolado durante algún tiempo más. Es cierto que terminó exigiendo la intervención más directa y personal de Cotillion, cosa que él hubiera preferido evitar, sin duda.

—Bueno, no creo que se hubiese molestado si el mastín no se hubiera asustado.

—¿Qué?

—Apelé a Ciega, tú ya habías caído. Y uno de los magos edur hizo acobardarse al mastín con una sola palabra.

—Ah. Entonces Cotillion se ha enterado de otro hecho vital: no puede depender de los mastines cuando lidie con los tiste edur, porque los mastines recuerdan a sus amos originales.

—Supongo. No me extraña que se enfadara con Ciega.

Habrían continuado, con Navaja aprovechándose del declive temporal de la taciturnidad de Apsalar, si el cielo no se hubiera oscurecido de repente, si las sombras no se

hubieran alzado por todas partes para encerrarlos y tragárselos…

Un estallido atronador…

La enorme tortuga era el único objeto que interrumpía la llana planicie, atravesaba el lecho marino con la pesadez y la paciencia infinita de los tontos auténticos. Dos sombras crecieron y la flanquearon.

—Es una pena que no haya dos —dijo Trull Sengar—, entonces podríamos viajar por todo lo alto.

—Yo diría —respondió Onrack al tiempo que ralentizaban el paso para adaptarlo al de la tortuga— que la sensación es la misma.

—De ahí este magnífico viaje… De hecho, una noble búsqueda, en la que yo hallo cierta simpatía.

—Entonces echas de menos a los tuyos, ¿verdad, Trull Sengar?

—Una afirmación muy generalizada.

—Ah, las necesidades de la procreación.

—En absoluto. Mis necesidades no tienen nada que ver con engendrar cachorros con mis entradas, ni, los dioses nos libren, mis orejas. —Estiró la mano y dio unos golpecitos en la concha polvorienta de la tortuga—. Al igual que esta de aquí, no hay tiempo de pensar en los huevos que ni siquiera pondrá. Un propósito singular, desconectado del tiempo, de esas sucias consecuencias inevitables, aunque solo sea para afligir a la tortuguita hembra sobre la que aquí nuestro obstinado amigo resulta que se abalance.

—No acostumbran a abalanzarse, Trull Sengar. De hecho, el acto es una empresa mucho más torpe…

—¿No lo son todos?

—Según mis recuerdos…

—Ya basta, Onrack. ¿Crees que quiero oír hablar de tu capacidad y agilidad? Te hago saber que yo todavía he de yacer con mujer. Así pues, no me queda más que mi imaginación escasamente sembrada. Te ruego que no me obligues a escuchar detalles suculentos.

El t'lan imass volvió la cabeza poco a poco.

—¿Es costumbre de tu pueblo aplazar tales actividades hasta el matrimonio?

—Así es. ¿No lo era entre los imass?

—Bueno, sí, lo era. Pero la costumbre se incumplía a cada oportunidad. En cualquier caso, como ya te he explicado, yo tenía una compañera.

—A la que renunciaste porque te enamoraste de otra mujer.

—¿Renunciar, Trull Sengar? No. La perdí. No fue esa pérdida la única. Nunca lo son. Por todo lo que has dicho, he de suponer, entonces, que eres bastante joven.

El tiste edur se encogió de hombros.

—Supongo que sí, sobre todo en la compañía actual.

—Entonces dejemos atrás a esta criatura, para ahorrarte el recordatorio.

Trull Sengar le lanzó al t'lan imass una mirada y después esbozó una gran sonrisa.

—Buena idea.

Aceleraron el paso y en unas cuantas zancadas habían dejado atrás a la tortuga. Trull Sengar miró atrás de repente y dio un grito.

Onrack se detuvo y se giró.

La tortuga se estaba dando la vuelta, las cortas y achaparradas patas la llevaban en un amplio círculo.

—¿Qué está haciendo?

—Por fin nos ha visto —respondió Onrack—, y por tanto huye corriendo.

—Ah, así que nada de juegos y diversión esta noche, entonces. Pobre bestia.

—Con el tiempo le parecerá seguro reanudar su viaje, Trull Sengar. No hemos supuesto más que un obstáculo momentáneo.

—Un humilde recordatorio, entonces.

—Como quieras.

El día carecía de nubes y el calor se alzaba del viejo lecho marino en oleadas que rielaban en el aire. Las estepas cubiertas de hierba del odhan se reanudaban a unos cuantos miles de pasos de distancia. El suelo incrustado de sal resistía a los signos de paso, aunque Onrack podía detectar las sutiles indicaciones que habían dejado los seis t'lan imass renegados, un arañazo aquí, un roce allá. Uno de los seis arrastraba una pierna al caminar, mientras que otro apoyaba más peso en un lado que en el otro. No cabía duda de que todos estaban gravemente dañados. El ritual, a pesar del cese del voto en sí, había dejado poderes residuales, pero también había algo más, una vaga insinuación de caos, de sendas desconocidas, o quizá familiares retorcidas hasta quedar irreconocibles. Onrack sospechaba que había un invocahuesos entre los seis.

Olar Ethil, Kilava Onas, Monok Ochem, Hentos Ilm, Tem Benasto, Ulpan Donost, Tenag Ilbaie, Ay Estos, Absin Tholai… los invocahuesos de los logros t'lan imass. ¿Quién de ellos está perdido? Kilava, por supuesto, pero así ha sido siempre. Hentos Ilm y Monok Ochem han tomado parte los dos a su vez de la cacería. Olar Ethil busca a los otros ejércitos de los t'lan imass, pues la llamada fue oída por todos. Benasto y Ulpan permanecen con Logros. Ay Estos se perdió aquí, en el Jhag Odhan, en la última guerra. No sé nada del destino de Absin Tholai. Lo que deja a Tenag Ilbaie, a quien Logros

envió al Kron, a ayudar en las Guerras de Laederon. Absin Tholai, Tenag Ilbaie o Ay Estos.

Por supuesto, no había razón para asumir que los renegados pertenecían a los logros, aunque su presencia allí, en ese continente, era lo que sugería, dado que las cuevas y los alijos de armas no eran los únicos que existían, se podían encontrar lugares secretos parecidos en todos los demás continentes. Con todo, esos renegados habían ido a Siete Ciudades, el lugar donde había nacido el Primer Imperio, para recuperar sus armas. Y eran los logros a quien se había encomendado la tarea de defender su tierra natal.

—¿Trull Sengar?

—¿Sí?

—¿Qué sabes del culto de los sin nombre?

—Solo que tienen mucho éxito.

El t'lan imass ladeó la cabeza.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, para mí su existencia ha permanecido oculta. Jamás había oído hablar de ellos.

Ah.

—Logros ordenó que sacasen el primer trono de esta tierra porque los sin nombre estaban cada vez más cerca de descubrir su ubicación. Se habían dado cuenta de que se podía reclamar el poder de ese trono, que se podía obligar a los t'lan imass a inclinarse al servicio del primer mortal que se sentase sobre él.

—Y Logros no quería que uno de esos sin nombre fuese ese mortal. ¿Por qué? ¿Qué terrible propósito los empuja? Y antes de que respondas, Onrack, debería decirte que, en lo que a mí respecta, «terrible propósito» supone una medida bastante funesta, dadas quienes son tanto tu raza como la mía.

—Comprendo, Trull Sengar, y es un argumento muy válido por tu parte. Los sin nombre sirven a las Casas de los Azath. Logros creía que, si un sacerdote de ese culto ocupaba el primer trono, la primera y única orden que se daría a los t'lan imass sería que aceptaran de forma voluntaria una prisión eterna. Nos habrían eliminado de este mundo.

—Así que se trasladó el trono.

—Sí, a un continente al sur de Siete Ciudades. Donde lo encontró un mago, Kellanved, el emperador del Imperio de Malaz.

—¿Que ahora rige a todos los t'lan imass? No me extraña que el Imperio de Malaz sea tan poderoso como parece; claro que a estas alturas debería haber conquistado ya el mundo entero, podría haber apelado a todos los t'lan imass para que libraran sus guerras por él.

—La explotación que hizo el emperador de nuestras habilidades fue… modesta. Sorprendentemente contenida. Después lo asesinaron. La nueva emperatriz no nos manda.

—¿Y por qué no se sentó ella en el primer trono?

—Lo haría, si pudiera encontrarlo.

—Ah, así que sois libres una vez más.

—Eso parece —respondió Onrack tras un momento—. Hay otros… intereses, Trull Sengar. Kellanved residió en una Casa de Azath por un tiempo…

Llegaron a la pendiente que había tras la llanura de sal y empezaron a subir.

—Esos son asuntos de los que sé muy poco —dijo el tiste edur—. Temes que el emperador fuera uno de esos sin nombre o bien que tuviera contacto con ellos. Si es así, ¿entonces por qué no dio esa única orden que tanto temíais?

—No lo sabemos.

—¿Cómo se las arregló para encontrar el primer trono ya en primer lugar?

—No lo sabemos.

—De acuerdo. Bueno, ¿y qué tiene todo esto que ver con lo que estamos tramando nosotros ahora mismo?

—Una sospecha, Trull Sengar, sobre el destino al que se dirigen esos seis renegados t'lan imass.

—Bueno, hacia el sur, parece. Ah, ya veo.

—Si hay entre ellos parientes de Logros, entonces saben dónde se puede hallar el primer trono.

—Pero ¿hay alguna razón para creer que eres único entre los t'lan imass? ¿No crees que puede haber otros de tu especie que quizá hayan llegado a la misma conclusión?

—No estoy seguro. Yo comparto con los renegados algo que ellos no comparten, Trull Sengar. Como ellos, yo carezco de cargas. Estoy libre del voto del ritual. Lo que ha dado como resultado cierta… liberación de pensamiento. Monok Ochem e Ibra Gholan persiguen a una presa, y la mente del cazador siempre está consumida por esa presa.

Llegaron a la primera elevación y se detuvieron. Onrack sacó la espada y la clavó en el suelo, a tanta profundidad que permaneció erguida cuando su dueño se alejó de ella. Dio diez pasos antes de detenerse otra vez.

—¿Qué estás haciendo?

—Si no tienes objeciones, Trull Sengar, me gustaría esperar a Monok Ochem e Ibra Gholan. Ellos, y Logros en su momento, deben estar informados de mis sospechas.

—¿Y das por sentado que Monok nos concederá el tiempo necesario para hablar? Los últimos momentos que pasamos juntos no fueron muy agradables, según recuerdo. Me sentiría mejor si no te hubieras alejado tanto de tu espada. —El tiste edur encontró una roca cercana en la que sentarse y miró a Onrack durante un buen rato antes de continuar—.

¿Y qué hay de lo que hiciste en la cueva, donde ese ritual tellann estaba activo? —Señaló con un gesto el brazo izquierdo nuevo de Onrack y las variopintas añadiduras a los otros sitios donde había sufrido daños—. Es… obvio. Ese brazo es más corto que el tuyo, sabes. De forma más que perceptible. Algo me dice que se supone que no debías hacer… lo que hiciste.

—Tienes razón… o la tendrías si todavía estuviera vinculado por el voto.

—Entiendo. ¿Y Monok Ochem mostrará una ecuanimidad parecida cuando observe tu proceder?

—No lo creo.

—¿No proclamaste y juraste que me servirías, Onrack?

El t’lan imass levantó la cabeza.

—Sí.

—¿Y si no quiero que tú corras (y me hagas correr a mí, podría añadir) semejante riesgo?

—Tu argumento es muy válido, Trull Sengar, un argumento que yo no había considerado. Sin embargo, déjame preguntarte algo. Esos renegados sirven al mismo amo que tus parientes. Si llevaran a uno de tus parientes mortales a tomar el primer trono y pudiera así dominar a todos los t’lan imass, ¿crees que serán tan comedidos a la hora de usar esos ejércitos como lo fue el emperador Kellanved?

El tiste edur no dijo nada durante un rato, después suspiró.

—De acuerdo. Pero me haces preguntarme algo, si el primer trono es tan vulnerable, ¿por qué no habéis sentado en él a alguien de vuestra elección?

—Para dominar el primer trono hay que ser mortal. ¿A qué mortal podemos confiarle semejante responsabilidad? Ni siquiera elegimos a Kellanved, su explotación fue

oportunista. Es más, el tema puede que pronto sea irrelevante. Han llamado a los t’lan imass, y la llamada la oyen todos, ya estén vinculados al voto o liberados de él. Ha surgido un nuevo invocahuesos mortal en una tierra lejana.

—Y queréis que ese invocahuesos tome el primer trono.

—No. Queremos que el invocador nos libere a todos.

—¿Del voto?

—No. De la existencia, Trull Sengar. —Onrack se encogió de hombros con un gesto pesado—. O eso es lo que espero que pidan los vinculados, o lo que quizá ya han pedido. Por extraño que parezca, resulta que yo ya no comparto ese sentimiento.

—Ni lo compartiría ningún otro que haya escapado del voto. Yo diría, entonces, que ese nuevo invocahuesos mortal corre un grave peligro.

—Y, en consecuencia, se le protege.

—¿Eres capaz de resistirte a la llamada de ese invocahuesos?

—Soy… libre de elegir.

El tiste edur ladeó la cabeza.

—Se diría, Onrack, que ya eres libre. Quizá no del modo que ese invocahuesos podría ofrecerte, pero, con todo…

—Sí. Pero la alternativa que yo represento no está a disposición de los que todavía están vinculados por el voto.

—Esperemos que Monok Ochem no esté demasiado resentido.

Onrack se volvió poco a poco.

—Veremos.

El polvo se levantó en un remolino entre las hierbas que había al borde de la cresta, dos columnas que se convirtieron en el invocahuesos Monok Ochem y el líder de clan Ibra Gholan. Este último levantó la espada y se dirigió directamente hacia Onrack.

Trull Sengar se interpuso en el camino del guerrero.

—Espera, Ibra Gholan. Onrack tiene información que querréis oír. Invocahuesos Monok Ochem, tú sobre todo, así que llama al líder de clan. Escuchad primero, después decidid si Onrack se ha ganado el indulto.

Ibra Gholan se detuvo, después dio un solo paso hacia atrás y bajó la espada.

Onrack estudió a Monok Ochem. Aunque las cadenas espirituales que en otro tiempo los habían unido ya se habían partido, la enemistad del invocahuesos (la furia de Monok) era palpable. Onrack sabía que su lista de delitos, de ultrajes, se había hecho muy larga, y aquel último robo de las partes del cuerpo de otro t'lan imass era la abominación mayor, la tergiversación más nefasta de los poderes de Tellann hasta el momento.

—Monok Ochem. Los renegados quieren llevar a su nuevo amo hasta el primer trono. Se desplazan por los caminos del caos. Es su intención, creo, poner a un tiste edur mortal en ese trono. Un gobernante así de los t'lan imass comandaría, a su vez, al nuevo invocahuesos mortal, el que ha pronunciado la llamada.

Ibra Gholan se giró poco a poco para mirar a Monok Ochem, y Onrack pudo percibir la consternación de ambos.

Onrack continuó.

—Informad a Logros que yo, Onrack, y aquel al que ahora estoy vinculado, el tiste edur Trull Sengar, compartimos vuestra desolación. Nos gustaría trabajar de común acuerdo con vosotros.

—Logros te oye —dijo Monok Ochem con voz ronca— y acepta.

La rapidez del proceso sorprendió a Onrack, que ladeó la cabeza. Lo pensó un momento antes de contestar.

—¿Cuántos guardianes protegen el primer trono?

—Ninguno.

Trull Sengar se irguió.

—¿Ninguno?

—¿Permanece algún t'lan imass en el continente de Quon Tali? —preguntó Onrack.

—No, Onrack el Fracturado —respondió Monok Ochem—. La intención que describes nadie la… anticipó. El ejército de Logros está reunido aquí, en Siete Ciudades.

Onrack jamás había experimentado semejante agitación, una sensación que lo sacudía entero, e identificó la emoción, con retraso, como conmoción.

—Monok Ochem, ¿por qué no ha partido Logros a responder a la llamada?

—Se enviaron representantes —respondió el invocahuesos—. Logros mantiene a su ejército aquí en previsión de una necesidad inminente.

¿Necesidad?

—¿Y no se puede prescindir de ninguno?

—No, Onrack el Fracturado. No se puede prescindir de nadie. En cualquier caso, nosotros somos los que más cerca estamos de los renegados.

—Hay, creo, seis renegados —dijo Onrack—. Y uno entre ellos es un invocahuesos. Monok Ochem, si bien es muy posible que consigamos interceptarlos, somos muy pocos…

—Al menos dejadme buscar un arma digna —murmuró Trull Sengar—. Puede que termine enfrentándome a los de mi propia raza, después de todo.

Ibra Gholan habló entonces.

—Tiste edur, ¿qué arma escogerías?

—Una lanza. También se me da bien el arco, pero para el combate… la lanza.

—Obtendré una para ti —dijo el líder de clan—. Y también un arco. Pero siento curiosidad, había lanzas entre el alijo

que habéis dejado hace muy poco. ¿Por qué no te hiciste con un arma en ese momento?

Trull Sengar respondió en voz baja y fría.

—No soy ningún ladrón.

El líder de clan miró a Onrack antes de hablar.

—Elegiste bien, Onrack el Fracturado.

Lo sé.

—Monok Ochem, ¿tiene Logros alguna idea sobre quién podría ser el invocahuesos renegado?

—Tenag Ilbaie —respondió de inmediato Monok Ochem—. Es probable que haya elegido un nuevo nombre.

—¿Y Logros está seguro?

—De todos los demás se conoce su paradero, salvo de Kilava Onas.

Que permanece en carne mortal y, por tanto, no puede estar entre los renegados.

—Nacido en el clan de Ban Raile, un soletaken tenag. Antes de que lo eligieran como invocahuesos del clan, se le conocía como Haran 'Alle, nacido como nació en el verano de la Gran Muerte entre los caribúes. Era un invocahuesos leal…

—Hasta que fracasó contra los forkrul assail en las Guerras de Laederon —interpuso Monok Ochem.

—Como nosotros fracasamos a nuestra vez —dijo Onrack con voz ronca.

—¿A qué te refieres? —preguntó Monok Ochem—. ¿De qué modo hemos fracasado?

—Decidimos ver el fracaso como deslealtad, invocahuesos. Pero al juzgar con dureza a nuestros parientes caídos, cometimos nuestro propio acto de deslealtad. Tenag Ilbaie luchó por triunfar en su tarea. Su derrota no fue por elección. Dime, ¿cuándo hemos triunfado alguna vez en un choque con los forkrul assail? Así pues, Tenag Ilbaie estaba

condenado desde el principio. Sin embargo, aceptó lo que se le ordenaba. Sabía muy bien que sería destruido y, por tanto, condenado. He aprendido lo siguiente, Monok Ochem, y así se lo dirás a Logros y todos los t'lan imass: a esos renegados los hemos hecho nosotros así.

—Entonces recae sobre nosotros la tarea de ocuparnos de ellos —gruñó Ibra Gholan.

—¿Y si fracasáramos? —preguntó Onrack.

A eso, ninguno de los dos t'lan imass dio respuesta.

Trull Sengar suspiró.

—Si hemos de interceptar a esos renegados, deberíamos ponernos en marcha.

—Viajaremos por la senda de Tellann —dijo Monok Ochem —. Logros ha dado permiso para que puedas acompañarnos por ese camino.

—Qué generoso por su parte —murmuró Trull Sengar.

Monok Ochem se preparó para abrir la senda, pero hizo una pausa y volvió a mirar a Onrack una vez más.

—Cuando te… reparaste, Onrack el Fracturado… ¿dónde estaba el resto del cuerpo?

—No lo sé. Se lo habían… llevado.

—¿Y quién lo destruyó ya en primer lugar?

Una pregunta inquietante, sin duda.

—No lo sé, Monok Ochem. Hay otro detalle que me incomodó.

—¿Y cuál es?

—Al renegado lo partieron por la mitad con un solo golpe.

La pista serpenteante que subía por la ladera sembrada de peñascos le resultaba demasiado conocida y Lostara Yil podía sentir el ceño que se le estaba asentando en la cara. Perla permanecía unos pasos por detrás de ella y

murmuraba cada vez que las botas de la mujer arrancaban una piedra que caía rodando. Lostara lo oyó maldecir cuando una de esas rocas se estrelló contra una pantorrilla y sintió que el ceño se convertía en una sonrisa salvaje.

La superficie serena del muy cabrón se estaba desgastando y comenzaba a revelar trozos más feos que a ella le parecían motivo de mofa, y también suscitaban una extraña e insípida atracción. Demasiado mayor para soñar con la perfección, quizá, la mujer había descubierto en su lugar cierto atractivo delicioso en los defectos. Y Perla, de esos, tenía de sobra.

A la garra le molestaba sobre todo tener que ceder el liderato, pero ese terreno pertenecía a Lostara, a sus recuerdos. El antiguo y expuesto suelo del templo se encontraba justo delante, el lugar donde ella había metido un cuadrillo en la frente de Sha'ik. Y si no hubiera sido por aquellos dos guardaespaldas (el toblakai, sobre todo) ese día habría terminado en un triunfo todavía mayor cuando las Espadas Rojas hubieran regresado a G'danisban con la cabeza de Sha'ik clavada en una lanza. Así habrían terminado con la rebelión antes de que comenzara.

Tantas vidas salvadas, si hubiera ocurrido eso, si la realidad hubiera resultado ser tan impecable como la escena que tenía en mente. Pero al final el destino de un subcontinente entero había caído de cabeza y de forma irrevocable en aquella situación sórdida y empapada en sangre.

Ese maldito toblakai. Con esa maldita espada de madera. Si no hubiera sido por él, ¿cómo sería este día? Seguramente no estaríamos aquí, para empezar. A Felisin Paran no le habría hecho falta cruzar todo Siete Ciudades para intentar evitar que la asesinaran unos rebeldes enloquecidos. Coltaine estaría vivo, cerrando el puño

imperial alrededor de todas y cada una de las ascuas encendidas antes de que estallara la conflagración. Y al puño supremo Pormqual lo habrían enviado a ver a la emperatriz para que diera cuenta de su incompetencia y corrupción. Todo si no hubiera sido por ese odioso toblakai…

Pasó junto a los grandes peñascos tras los que se habían escondido, después junto al que había utilizado ella para acercarse lo suficiente y garantizar un disparo letal. Y allí, a diez pasos del suelo del templo, los restos esparcidos de la última espada roja que había caído durante la retirada.

Lostara subió al suelo de losas y se detuvo.

Perla llegó a su lado y miró a su alrededor con curiosidad.

Lostara señaló un punto.

—Estaba sentada allí.

—Esos guardaespaldas no se molestaron en enterrar a las Espadas Rojas —comentó él.

—No, ¿por qué habrían de hacerlo?

—Ni —continuó la garra—, según parece, se molestaron tampoco con Sha'ik. —Se acercó a un punto en sombras entre las dos columnas de una antigua puerta arqueada.

Lostara lo siguió, el corazón de repente le palpitaba vehementemente en el pecho.

La forma era diminuta, envuelta en la tela de una tienda desgastada por el viento. El pelo negro había crecido, y seguido creciendo, mucho después de la muerte, y el efecto (después de que Perla se agachara y apartara con un tirón la lona para revelar la cara desecada y el cuero cabelludo) era horrendo. El agujero que el cuadrillo había abierto en la frente de la mujer revelaba un cráneo lleno de arena que había llevado el viento. Más de los finos granos se habían acumulado en las cuencas de los ojos del cadáver, en la nariz y en la boca abierta.

—Raraku reclama a los suyos —murmuró Perla tras un momento—. ¿Y estás segura que esta era Sha’ik, mujer?

Lostara asintió.

—Le estaban entregando el libro de Dryjhna, como ya expliqué. Directamente a sus manos. Tras lo cual, según se profetizó, se produciría un renacimiento, y eso, a su vez, desencadenaría el torbellino, el Apocalipsis… la rebelión.

—Descríbeme otra vez a esos guardaespaldas.

—Un toblakai y el que se conoce con el nombre de Leoman de los Mayales. Los guardaespaldas más personales de Sha’ik.

—Sin embargo, da la impresión de que la rebelión no necesitaba a Sha’ik, ni al torbellino. Ya estaba en pleno apogeo para cuando Felisin llegó aquí. Entonces, ¿qué ocurrió durante ese tiempo? ¿Estás sugiriendo que los guardaespaldas se limitaron a… esperar? ¿Aquí? ¿A esperar qué?

Lostara se encogió de hombros.

—Al renacimiento, quizá. Lo más bonito de las profecías es que están convenientemente abiertas a un sinfín de reinterpretaciones, según sea la demanda. Los idiotas esperaron, y esperaron…

Perla frunció el ceño, se irguió y miró a su alrededor.

—Pero el renacimiento sí que ocurrió. El torbellino se alzó para dar un foco (para proporcionar un corazón furioso) a la rebelión. Todo sucedió tal y como se había profetizado. Me pregunto…

Lostara lo observó bajo los párpados entrecerrados. Una cierta elegancia de movimientos, admitió. Una distinción que habría sido femenina en un hombre menos letal. Era como una serpiente cuello-disparado, sereno y autosuficiente… hasta que lo provocaran.

—Pero mírala —dijo Lostara—. No hubo renacimiento. Estamos perdiendo el tiempo, Perla. Bueno, quizá llegó Felisin y se tropezó con esto, antes de continuar adelante.

—Te estás mostrando obtusa de forma deliberada, querida —murmuró Perla, y a la mujer le decepcionó que su compañero no hubiera picado el anzuelo.

—¿Ah, sí?

La irritación femenina se profundizó al ver la sonrisa que le dedicó la garra.

—Tienes mucha razón, Lostara, al observar que nada en absoluto podría haber renacido de este cadáver. Así pues, solo se puede sacar una conclusión. La Sha'ik que está viva y en perfecto estado de salud en el corazón de Raraku no es la misma Sha'ik. Esos guardaespaldas encontraron una… sustituta. Una impostora, alguien a quien podían hacer encajar con facilidad en el papel, la flexibilidad de las profecías que comentaste hace un momento les habría servido a la perfección. Renacida. Muy bien, más joven en apariencia, ¿no? Una anciana no puede guiar a un ejército a una nueva guerra, después de todo. Y es más, a una anciana no le resultaría nada fácil convencer a alguien de que había renacido.

—Perla.

—¿Qué?

—Me niego a creer en esa posibilidad, sí, ya sé lo que estás pensando, pero es imposible.

—¿Por qué? Nada más encaja…

—¡Me da igual lo bien que encaje! ¿Eso es todo lo que somos los mortales? ¿Víctimas de una ironía torturada para divertir a una bandada chiflada de dioses?

—Una bandada de cuervos, una bandada de dioses, eso me gusta, muchacha. En cuanto a la torturada ironía, más bien exquisita ironía. ¿No crees que Felisin aprovecharía la

oportunidad que se le daba de convertirse en un instrumento directo de venganza contra su hermana? ¿Contra el Imperio que la envió a las minas? Es muy posible que el destino se presente, pero, en definitiva, la oportunidad hay que abrazarla, con intención e impaciencia. En todo esto no fue tanto el azar o las casualidades, más bien una oportuna convergencia de deseos y necesidades.

—Debemos volver con la consejera —declaró Lostara.

—Bueno, el torbellino se interpone en nuestro camino. No puedo utilizar sendas para acelerar nuestro viaje dentro de esa esfera de poder. Y nos llevaría demasiado tiempo rodearlo. No temas, procuraremos llegar a Tavore a tiempo para entregarle nuestras espeluznantes revelaciones. Pero tendremos que atravesar el torbellino, y el propio Raraku, y con discreción y mucho cuidado. Si nos descubren, podría resultar letal.

—Estás encantado con esto, ¿verdad?

El hombre abrió mucho los ojos, una expresión con la que Lostara se había encariñado demasiado, comprendió la joven con una oleada de irritación.

—No es justo, mi querida Lostara Yil. Estoy satisfecho de haber resuelto el misterio, de haber puesto fin a nuestra tarea de determinar el destino que corrió Felisin. Por lo menos hasta donde podemos llevarlo de momento, claro está.

—¿Y qué hay de tu cacería del líder del Espolón?

—Oh, creo que también encontraré pronto satisfacción en ese tema. De hecho, todo está convergiendo a la perfección.

—¡Ves, sabía que estabas complacido!

La garra extendió las manos.

—¿Preferirías que me flagelara y lacerara mi cuerpo? —Al ver que la mujer levantaba una ceja, Perla entornó los ojos con gesto suspicaz por un instante, después cogió una

bocanada de aire y continuó—: Ya casi hemos acabado con esta misión, mujer. Y pronto podremos sentarnos en una tienda fresca, con copas de vino frío en la mano y reflexionar a placer sobre los incontables descubrimientos que hemos hecho.

—Lo estoy deseando —comentó ella con sequedad al tiempo que se cruzaba de brazos.

La garra se giró y miró al torbellino. El remolino que rugía y chillaba dominaba el cielo y expulsaba una lluvia incesante de polvo.

—Por supuesto, primero tendremos que penetrar en las defensas de la diosa sin que nos vean. Tú eres de sangre pardu, así que no te prestará la menor atención. Yo, por otro lado, soy un cuarto tiste andii…

Lostara se sobresaltó y se quedó sin aliento.

—¿Lo eres?

Él volvió la cabeza, sorprendido.

—¿No lo sabías? Mi madre era de Deriva Avalii, una belleza mestiza de cabello blanco, o eso me han dicho, ya que yo no guardo recuerdos claros porque me dejó con mi padre en cuanto me destetó.

La imaginación de Lostara conjuró una imagen de Perla mamando del pecho de su madre y la escena le pareció alarmante.

—¿Entonces tú naciste vivo?

La espada roja sonrió ante el silencio ofendido de su compañero.

Bajaron por el camino hasta la cuenca, donde la fiera tormenta del torbellino rugía sin cesar y se alzaba para encumbrarse sobre ellos a medida que se iban acercando. Ya casi había caído la tarde. Les escaseaba la comida, aunque tenían agua de sobra, habían repuesto sus provisiones en el manantial que había cerca del templo en ruinas. A Lostara

las botas se le caían a pedazos alrededor de los pies y los mocasines de Perla eran, en su mayor parte, trapos envueltos. Las costuras de la ropa se habían deshilachado y vuelto quebradizas bajo el sol implacable. El cuero se había resquebrajado y el hierro se había llenado de muescas y cubierto de pátinas y manchas de óxido tras el espeluznante paso por la senda Thyrllan.

Lostara se sentía rendida y desgastada; sabía que parecía diez años mayor de lo que era en realidad. Razón de más para que alternara entre la furia y la desesperación al ver la cara sana y tersa de Perla, y sus ojos de extraña forma tan claros y brillantes. La agilidad del paso masculino hacía que a la espada roja le apeteciera romperle la crisma con la parte plana de la espada.

—¿Cómo piensas evitar que el torbellino note tu presencia, Perla? —preguntó cuando se acercaron más.

Él se encogió de hombros.

—Tengo un plan, que puede que funcione o no.

—Igual que todos tus planes. Dime pues, ¿qué precario papel tienes en mente entonces para mí?

—Rashan, Thyr y Meanas —respondió la garra—. La guerra perpetua. Ni la propia diosa comprende del todo el fragmento de senda que tenemos delante. Lo que no es de extrañar, ya que seguramente ella era poco más que un espíritu céfiro ya para empezar. Yo, sin embargo, sí que lo comprendo… bueno, mejor que ella, en cualquier caso.

—¿Eres incapaz de contestar de forma sucinta? «¿Te duelen los pies?» «Oh, las sendas de Mockra, Rashan y Omtose Phellack, de las que surgen todos los males bajo las rodillas…»

—Está bien. De acuerdo. Tengo intención de esconderme en tu sombra.

—Bueno, a eso ya estoy acostumbrada, Perla. Pero debería señalar que el muro del Torbellino está tapando el atardecer bastante a conciencia.

—Cierto, pero ahí está, de todos modos. Solo tendré que andar con cuidado. Siempre que, por supuesto, tú no hagas ningún movimiento brusco e inesperado.

—En tu compañía, Perla, la idea todavía tiene que ocurrírseme.

—Ah, eso está bien. Yo, a mi vez, creo que debería señalar, sin embargo, que tú insistes en fomentar cierta tensión entre los dos. Una tensión que es cualquier cosa salvo, bueno, profesional. Es extraño, pero parece aumentar con cada insulto que me lanzas. Un coqueteo peculiar…

—¿Coqueteo? Maldito idiota. Sería mucho más feliz viéndote caer de morros y observando cómo esa maldita diosa te da una paliza, aunque solo sea por la satisfacción que recibiría…

—Justo lo que yo decía, querida.

—¿En serio? Así que si te arrojara aceite hirviendo por encima, me estarías diciendo, entre grito y grito de dolor, que sacara la cabeza de entre tus… —La joven cerró la boca con un audible chasquido.

Perla tuvo el buen sentido de no hacer ningún comentario.

¿Con la parte plana de la espada? No, con la hoja.

—Quiero matarte, Perla.

—Lo sé.

—Pero de momento, me conformaré con tenerte en mi sombra.

—Gracias. Y ahora limítate a caminar delante, a un paso regular, si no te importa. Métete directamente en ese muro de arena. Y no te olvides de guiñar los ojos y mirar abajo, no querría que se dañaran esas gloriosas ventanas de fuego…

Lostara había esperado encontrar resistencia, pero el viaje resultó muy fluido. Seis pasos por un mundo ocre y apagado y después salieron a la llanura abrasada de Raraku, parpadeando bajo la luz brumosa del atardecer. Cuatro pasos más, que los sacaron a un pedregal limpio de arena, y Lostara giró en redondo.

Con una sonrisa, Perla alzó las dos manos con las palmas hacia arriba. Estaba un paso detrás de ella.

Lostara salvó esa distancia, levantó una mano enguantada para cogerlo por la nuca y la otra la bajó mucho más, mientras envolvía la boca masculina con la suya.

Momentos después se estaban arrancando la ropa.

Ninguna resistencia en absoluto.

A menos de cuatro leguas de distancia al sudoeste, a medida que iba descendiendo la oscuridad, Kalam Mekhar se despertó de repente envuelto en sudor. El tormento de sus sueños todavía levantaba ecos, aunque su sustancia lo eludía. *Esa canción otra vez… creo. Se alza hasta transformarse en un rugido que parecía atenazar la garganta del mundo*… Se sentó poco a poco e hizo una mueca al notar los varios dolores que le agarrotaban los músculos y las articulaciones. Que te encajaran en una fisura estrecha y oscura no solía conducir a un sueño reparador.

Y las voces de la canción… extrañas pero familiares. Como amigos… que nunca cantaron ni una sola palabra en su vida. Nada que se sobrepusiera al espíritu. No, esas voces dan música a la guerra…

Cogió su bota de cuero y tomó un gran trago para quitarse el sabor a polvo de la boca, después dedicó unos momentos a comprobar las armas y el equipo. Para cuando

terminó, el ritmo de su corazón se había regularizado y las manos habían dejado de temblarle.

No le parecía probable que la diosa del Torbellino pudiera detectar su presencia, siempre que viajara entre las sombras a cada oportunidad. Y, en cierto sentido, como bien sabía él, la noche en sí no era más que una sombra. Mientras se escondiera bien durante el día, esperaba ser capaz de llegar al campamento de Sha'ik sin que detectaran su presencia.

Se echó la alforja al hombro y se puso en marcha. Las estrellas del cielo apenas eran visibles entre el polvo en suspensión. En Raraku, a pesar de su apariencia salvaje y abrasada, había un laberinto de pistas entrecruzadas sin fin. Muchas llevaban a manantiales falsos o emponzoñados; otras, a una muerte igual de segura en los yermos de arena. Y bajo la madeja de veredas y viejos montones de piedras tribales, los restos de caminos costeros serpenteaban sobre los riscos y unían lo que antaño habrían sido islas en una inmensa bahía de aguas poco profundas.

Kalam se abrió camino con paso ligero y constante por una depresión sembrada de piedras, donde media docena de barcos (la madera petrificada y con el aspecto de huesos grises en la oscuridad) habían esparcido sus restos en la arcilla prensada. El torbellino había levantado el manto de arenas y revelado la prehistoria de Raraku, las civilizaciones perdidas tiempo atrás que solo habían conocido oscuridad durante milenios enteros. La escena era vagamente inquietante, como si le hablara en susurros a las pesadillas que habían plagado el sueño de Kalam.

Y esa maldita canción.

El asesino continuó, los huesos de las criaturas marinas crujían bajo sus pies. No había viento, el aire era casi sobrenatural en su quietud. Doscientos pasos más adelante, la tierra se alzaba una vez más y trepaba hasta una antigua

calzada en ruinas. Al levantar la mirada, lo que vio en el risco hizo detenerse a Kalam en seco. Se agachó y cerró las manos alrededor de los mangos de sus cuchillos largos.

Una columna de soldados caminaba por la calzada. Las cabezas protegidas por los cascos bajadas, iban cargados con camaradas heridos, las picas vacilantes y lanzando destellos en la oscuridad granulosa.

Kalam calculó que el número se acercaba a los seiscientos. En la columna, a un tercio del camino, se alzaba un estandarte. Colgado de la punta del mástil había un torso humano, las costillas sujetas por tiras de cuero en las que habían colocado dos cráneos. Unas astas bajaban por todo el astil hasta las manos pálidas del portador.

Los soldados marchaban en silencio.

Por el aliento del Embozado. Son fantasmas.

El asesino se irguió poco a poco. Se adelantó. Subió por la ladera hasta que se quedó allí parado, como alguien expulsado fuera del camino por el avance del ejército, mientras los soldados pasaban arrastrando los pies, los de su lado que estaban lo bastante cerca como para extender la mano y tocarlos, eran de carne y hueso.

—Sube caminando del mar.

Kalam se sobresaltó. Un lenguaje desconocido, pero lo entendía. Una mirada atrás y la depresión que acababa de cruzar estaba llena de agua reluciente. Cinco barcos navegaban medio hundidos en las aguas, a cien golpes de remo de la costa; tres de ellos en llamas, iban soltando cenizas y restos en su deriva. De los dos restantes, uno se hundía a toda prisa mientras que el último parecía sin vida, se veían cuerpos en la cubierta y las jarcias.

—Un soldado.

—Un asesino.

—Demasiados espectros en este camino, amigos. ¿Es que no nos persiguen ya suficientes?

—Sí, Dessimbelackis nos lanza legiones interminables y da igual a cuántos masacremos, el primer emperador siempre encuentra más.

—No es cierto, Kullsan. Cinco de los Siete Protectores ya no existen. ¿Es que eso no significa nada? Y el sexto no se recuperará, ahora que hemos desterrado a la bestia negra en sí.

—Me pregunto si de verdad la hemos expulsado de este reino.

—Si los sin nombre dicen la verdad, entonces sí…

—Tu pregunta, Kullsan, me confunde. ¿Acaso no estamos saliendo de la ciudad? ¿Acaso no acabamos de vencer?

La conversación había empezado a desvanecerse con el avance de los soldados que estaban hablando, pero Kalam oyó la vacilante respuesta de Kullsan.

—Entonces, ¿por qué está el camino que seguimos lleno de fantasmas, Erethal?

Y lo que es más importante, añadió Kalam para sí, *¿por qué lo está el mío?*

Esperó hasta que el último de los soldados pasó junto a él y después se adelantó para cruzar el antiguo camino.

Y vio, en el otro lado, una figura alta y demacrada con una túnica de color naranja desvaído. Pozos negros por ojos. Una mano descarnada sujetaba un bastón de marfil tallado en espiral, en el que la aparición se apoyaba como si fuera lo único que lo mantenía en pie.

—Escúchalos ahora, espíritu del futuro —dijo con voz ronca, ladeando la cabeza.

Y en ese momento Kalam lo oyó. Los soldados fantasmales habían empezado a cantar.

La piel del color de la medianoche del asesino empezó a sudar de repente. *Yo ya he oído antes esa canción… o no, algo muy parecido. Una variación*…

—Por el abismo, ¿pero qué…? Tú, caminante espiritual tanno, explica esto.

—¿Caminante espiritual? ¿Es ese el nombre que voy a adquirir? ¿Es un título honorífico? ¿O con él se reconoce una maldición?

—¿A qué te refieres, sacerdote?

—No soy ningún sacerdote. Soy Tanno, el undécimo y último senescal de Yaraghatan, desterrado por el primer emperador por mi traicionera alianza con los sin nombre. ¿Sabías lo que iba a hacer él? ¿Lo habría adivinado cualquiera de nosotros? Siete Protectores, sí, pero mucho más que eso, oh sí, mucho más… —Con pasos vacilantes, el espectro subió al camino y empezó a arrastrarse en pos de la columna—. Les di una canción para celebrar lo que era su última batalla —dijo con voz ronca—. Al menos les di eso…

Kalam se quedó observando las figuras que desaparecían en la oscuridad. Se volvió. El mar había desaparecido, los huesos de la cuenca revelados una vez más. Se estremeció. *¿Por qué soy testigo de estas cosas? Tengo la razonable certeza de no estar muerto… aunque pronto podría estarlo, supongo. ¿Son estas visiones de muerte?* Había oído hablar de ello, pero nunca había hecho mucho caso. El abrazo del Embozado era demasiado aleatorio para verse anudado en la maraña del destino… hasta que ya había ocurrido, por lo menos en la experiencia del asesino.

Sacudió la cabeza, cruzó el camino y se deslizó por el margen derrumbado hasta la llanura salpicada de peñascos. Ese trozo no había sido nada más que dunas, antes de que se alzara el torbellino. Su elevación era más alta (quizás el doble de la altura de un hombre) que el antiguo lecho

marino que acababa de cruzar y allí, más allá de las piedras caídas, yacían los cimientos del plano de una ciudad. La atravesaban profundos canales y hasta pudo distinguir dónde habían construido puentes para salvarlos. Pocos de los muros superaban las pantorrillas del asesino, pero algunos de los edificios parecían haber sido grandes, capaces de rivalizar con cualquiera de los encontrados en Unta o Ciudad Malaz. Pozos profundos marcaban los lugares donde se habían construido cisternas, donde se podía recoger el agua de mar del otro lado de la calzada, despojada de sal por las arenas intermedias. Los restos de terrazas indicaban una proliferación de jardines públicos.

Echó a andar y no tardó en encontrarse caminando por lo que una vez había sido la avenida principal que iba de norte a sur. El suelo que pisaba era una alfombra sólida y densa de fragmentos de loza, restregados y blanqueados por la arena y la sal. *Y ahora soy como un fantasma, el último que camina por estas avenidas en las que cada muro es transparente, en las que cada secreto queda revelado*.

Fue entonces cuando oyó los caballos.

Kalam echó una carrera hasta el refugio más cercano, un tramo de escaleras hundidas que antaño llevaban al nivel subterráneo de un gran edificio. Los golpes secos de los cascos de los caballos se acercaron, procedían de una de las calles laterales, en el lado contrario de la avenida principal. El asesino se agachó más cuando apareció el primer jinete.

Pardu.

Tiró de las riendas, cauto, armas en la mano. Después un gesto. Aparecieron otros cuatro guerreros del desierto, seguidos por un quinto pardu, este último un chamán, dedujo Kalam, dado el cabello revuelto del hombre, los fetiches y la andrajosa capa de piel de cabra. El chamán miró a su alrededor furioso, le brillaban los ojos como si

ardiera en ellos un fuego interno, sacó un hueso largo y empezó a agitarlo y dibujar círculos sobre la cabeza. Después levantó la cabeza y olisqueó el aire con grandes aspavientos.

Kalam sacó poco a poco sus cuchillos largos de las vainas.

El chamán gruñó unas cuantas palabras, después giró sobre la alta silla pardu y se deslizó hasta el suelo. Plantó mal, se lastimó un tobillo y se pasó los siguientes momentos cojeando, maldiciendo y escupiendo. Sus guerreros se bajaron de sus caballos con algo más de elegancia y Kalam captó el destello de la sonrisa que uno de ellos ocultó con rapidez.

El chamán empezó a dar patadas en el suelo, a murmurar por lo bajo mientras levantaba la mano libre para tirarse de vez en cuando del pelo enredado. Y en sus movimientos, Kalam intuyó los comienzos de un ritual.

Algo le dijo al asesino que aquellos pardus no pertenecían al ejército del Apocalipsis de Sha’ik. Eran demasiado furtivos. Envainó poco a poco el cuchillo largo de otataralita y se acomodó en la sombra profunda del hueco para esperar y mirar.

Los murmullos del chamán habían adoptado una cadencia rítmica, metió la mano en una bolsa de pieles cosidas que llevaba en el cinturón y sacó un puñado de objetos pequeños que empezó a esparcir al tiempo que dibujaba un círculo interminable. Negros y relucientes, los objetos crujían y estallaban en el suelo como si los acabara de sacar de un fuego. Un hedor acre flotaba en el círculo del ritual.

Kalam nunca descubrió si lo que ocurrió a continuación fue deliberado, sin duda la conclusión no lo fue. La oscuridad que flotaba con pesadez en la calle pareció estallar con una convulsión, y después los gritos partieron el

aire. Habían llegado dos bestias inmensas que, de inmediato, atacaron a los guerreros pardus. Como si la propia oscuridad hubiera tomado forma, solo el brillo de sus pieles lustrosas traicionaba su presencia, y se movían a una velocidad borrosa entre chorros de sangre y huesos que se partían. El chamán lanzó un chillido cuando una de las descomunales bestias se acercó. Una enorme cabeza negra se balanceó hacia un lado, las mandíbulas se abrieron y la cabeza del chamán se desvaneció dentro del buche. Un crujido húmedo cuando las mandíbulas se cerraron de golpe.

El mastín, pues eso es lo que era, comprendió Kalam, se apartó y el cuerpo decapitado del chamán se tambaleó hacia atrás y después se sentó con un golpe seco.

El otro mastín había empezado a alimentarse de los cuerpos de los guerreros pardus y continuaba el sonido enfermizo de los huesos al romperse.

No eran, como bien pudo ver Kalam, mastines de Sombra. Resultaban más grandes, más pesados, parecían más un oso que un perro. Sin embargo, mientras se llenaban la barriga con carne humana cruda, se movían con una elegancia salvaje, primitiva y letal. Desprovistos de miedo y dueños de una confianza suprema, como si aquel extraño lugar al que habían llegado les fuera tan conocido como sus propios terrenos de caza.

Con solo verlos, al asesino ya se le puso la piel de gallina. Inmóvil, había dejado casi de respirar y después había ralentizado el ritmo de su corazón. No le quedaban más alternativas, al menos hasta que se fueran los mastines.

Pero las bestias no parecían tener prisa, ambos se sentaron para partir los últimos huesos largos y roer las articulaciones.

Tienen hambre, los muy cabrones. Me pregunto de dónde han salido… y qué van a hacer ahora.

Entonces uno levantó la cabeza y se puso rígido. Se levantó con un profundo gruñido. El otro siguió mordiendo una rodilla humana, al parecer indiferente a la súbita tensión de su compañero.

Incluso cuando la bestia se volvió para quedarse mirando el lugar donde se había agazapado Kalam.

Fue a por él, rápido.

Kalam subió de un salto las gastadas escaleras mientras metía una mano en los pliegues de la telaba. Giró de repente y echó a correr al mismo tiempo que lanzaba el último puñado de diamantes ahumados (su propio alijo, no el de Iskaral Pust) a su espalda.

Unas garras resbalaron por el suelo justo detrás de él, que se lanzó hacia un lado, y rodó sobre un hombro cuando el mastín atravesó el sitio en el que él había estado un momento antes. El asesino continuó rodando hasta ponerse en pie una vez más, mientras tiraba con desesperación del silbato que llevaba alrededor del cuello.

El mastín resbaló por las losas polvorientas, las patas giraban como locas bajo él al darse la vuelta.

Una mirada le mostró que el otro mastín no hacía ningún caso y seguía royendo los huesos en la otra calle.

Entonces Kalam se metió el silbato entre los dientes. Dibujó como pudo un semicírculo para interponer los diamantes entre él y el mastín que lo atacaba.

Y sopló por el tubo de hueso tan fuerte como pudo.

Cinco demonios azalan se alzaron del antiguo suelo de piedra. No pareció haber ni un solo momento de desorientación entre ellos, porque tres de los cinco se abalanzaron al instante sobre el mastín más cercano mientras que los dos restantes flanquearon a Kalam y fueron trepando, en un contorno borroso de miembros, hacia el mastín de la calle. Que al fin levantó la cabeza.

Por mucha curiosidad que sintiera por presenciar el choque de unos gigantes, Kalam no perdió tiempo en quedarse mirando. Echó a correr, se desvió hacia el sur y saltó sobre los muros, rodeó los pozos de fondos negros y clavó la mirada en el terreno elevado que tenía a mil quinientos pasos de distancia.

Chasquidos, gruñidos y el choque y los chirridos de piedras que caían eran la prueba de la batalla que se estaba produciendo en la calle principal, a su espalda. *Mis disculpas, Tronosombrío…, pero al menos uno de tus demonios debería sobrevivir el tiempo suficiente para escapar. En cuyo caso, se te informará de una nueva amenaza desatada sobre este mundo. Y plantéatelo así, si hay dos de esas bestias, seguramente habrá más*.

Siguió corriendo toda la noche, hasta que se desvanecieron los sonidos a su espalda.

Una velada llena de sorpresas. En el puesto de un vendedor de joyas de G'danisban. En una cena suntuosa e indolente que compartían un mercader kaleffa y una de las muy estimadas esposas de un cliente igual de apreciado. Y en Ehrlitan, en una feroz reunión de tratantes de blancas y asesinos que maquinaban traicionar a un colaborador malazano que había enviado una invitación secreta a la flota vengadora del almirante Nok (que en esos momentos estaba doblando el mar Otataral de camino a un inquietante encuentro con once transportes procedentes de Genabackis), colaborador que, según resultaría, despertaría a la mañana siguiente no solo sano y salvo, sino también sin tener que enfrentarse a un asesinato inminente. Y en el camino costero de caravanas, a veinte leguas al oeste de Ehrlitan, la quietud de la noche quedaría rota por unos

chillidos horrorizados, altos y persistentes, suficientes para despertar a un viejo de puños destrozados que vivía solo en una torre con vistas al mar Otataral, aunque solo fuera por un momento, antes de darse la vuelta y caer una vez más en un sopor tranquilo y sin sueños.

Al oír el lejano y casi inaudible silbato, un sinfín de diamantes ahumados (vendidos por un comerciante en el mercado de G’danisban) se derrumbaron convertidos en polvo, ya estuvieran guardados a buen recaudo en baúles cerrados con llave, usados como anillos o colgantes, o residentes en el tesoro del comerciante. Y de ese polvo se alzaron demonios azalan, que despertaron mucho antes del momento previsto para ellos. Pero a ellos les pareció bien.

Teníán, todos y cada uno, tareas señaladas que exigían cierta soledad, al menos en un principio. Lo que hacía necesario silenciar a toda prisa a los testigos, cosa que a los azalan les complació hacer. De forma competente y concisa.

Para los que habían aparecido en las ruinas de una ciudad de Raraku, sin embargo, encontrar a dos criaturas cuya existencia ya casi se había perdido en la memoria racial de los demonios, los momentos inmediatos a su llegada resultaron ser un tanto más problemáticos. Pues no tardó en resultar evidente que los mastines no estaban por la labor de renunciar a su territorio, por poco que valiera.

La lucha fue fiera y prolongada, y concluyó de forma insatisfactoria para los cinco azalan, a los que al final expulsaron, magullados, sangrando e impacientes por buscar sombras profundas en las que esconderse del día inminente. Para esconderse y lamerse las heridas.

Y en el reino conocido como Sombra, cierto dios permanecía sentado, inmóvil, en su trono insustancial. Recuperado ya de la conmoción, su mente se había disparado.

A toda velocidad.

Madera que crujía y se astillaba, el mástil partiéndose en las alturas para arrastrar los cordajes al suelo, una fuerte conmoción que reverberó por todo el navío, y después solo el sonido del agua cayendo en un suelo de piedra.

Navaja se levantó con un gruñido sordo.

—¿Apsalar?

—Estoy aquí.

Las voces levantaban ecos. Las paredes y el techo estaban cerca, el velero había aterrizado en una cámara.

—Para que luego hablen de sutileza —murmuró el daru mientras buscaba su bolsa entre los restos—. Tengo un farol. Dame un momento.

—No me voy a ninguna parte —respondió la mujer desde algún sitio cerca de la popa.

Las palabras de Apsalar le dieron escalofríos, por la tristeza que evidenciaban. Tanteó con las manos hasta que encontró la bolsa y la arrastró hacia sí. Revolvió dentro hasta que encontró y sacó primero el pequeño farol y después la caja de yesca.

El equipo para hacer fuego era de Darujhistan y consistía en pedernal y una barra de hierro, mechas, polvo para encender, el revestimiento interior fibroso de la corteza de un árbol y un gel de ardido prolongado que los alquimistas de la ciudad sacaban de las cuevas llenas de gas que había bajo la ciudad. Las chispas destellaron tres veces antes de que se prendiera el polvo con un siseo y surgiera la llama. Lo siguió el revestimiento de corteza y después, Navaja empapó una mecha en el gel y la encendió. A continuación, transfirió la llama al farol.

Una esfera de luz floreció en la cámara y reveló los restos aplastados del velero, paredes de piedra tosca y un techo abovedado. Apsalar seguía sentada cerca del astil partido del timón, apenas iluminada por la luz del farol. Más como una aparición que como una persona de carne y hueso.

—Veo una puerta más allá —dijo.

Navaja se dio la vuelta y levantó el farol.

—De acuerdo, al menos no estamos en una tumba, entonces. Más bien una especie de almacén.

—Huelo a polvo… y arena.

El joven asintió poco a poco, después frunció el ceño con una sospecha repentina.

—Vamos a explorar un poco —dijo entre dientes, y empezó a recoger su equipo, incluido el arco. Se paró en seco al oír unos chirridos en la puerta, levantó la cabeza y vio una veintena de ojos que brillaban bajo la luz reflejada del farol. Muy juntos, pero enmarcando la puerta por todos lados, incluyendo el arco donde Navaja sospechaba que estaban colgando cabeza abajo.

—Bhok'arala —dijo Apsalar—. Hemos vuelto a Siete Ciudades.

—Lo sé —dijo el daru, al que le apetecía escupir—. Estuvimos buena parte del año pasado cruzando a duras penas ese maldito yermo y ahora hemos vuelto al punto de partida.

—Eso parece. Bueno, Azafrán, ¿disfrutas siendo el juguete de un dios?

Al joven no le pareció que mereciera la pena contestar y, por el contrario, prefirió bajar hasta el suelo lleno de charcos y acercarse a la puerta.

Los bhok'arala se escabulleron con pequeños chillidos y se desvanecieron en la oscuridad del pasillo al que llevaba

la puerta. Navaja hizo una pausa en el umbral y miró hacia atrás.

—¿Vienes?

Apsalar se encogió de hombros en la oscuridad y después se adelantó.

El pasillo era recto y llano a lo largo de veinte pasos y después giraba a la derecha, el suelo formaba una rampa irregular y acanalada que subía al piso siguiente. No había cámaras laterales ni pasadizos hasta que llegaron a una habitación circular, donde las puertas selladas que cubrían la circunferencia insinuaban entradas a unas tumbas. En una pared curva, entre dos de esas puertas, había un nicho en el que se veían unas escaleras.

Y agazapada en la base de esas escaleras había una figura conocida cuyos dientes brillaban con una amplia sonrisa.

—¡Iskaral Pust!

—Me has echado de menos, ¿verdad, muchacho? —Se adelantó como un cangrejo y después ladeó la cabeza—. Debería tranquilizarlo ahora; a los dos, sí. Palabras de bienvenida, un gran abrazo, viejos amigos, sí, reunidos por una gran causa otra vez. Qué importan los extremos que se nos exigirán a lo largo de los días y noches venideras. Como si yo necesitara ayuda, Iskaral Pust no requiere la ayuda de nadie. Oh, ella podría ser útil, pero no parece muy predispuesta, ¿verdad? El conocimiento hace desdichada a mi querida muchacha. —Se irguió y consiguió adoptar algo que estaba entre una postura erguida y una agachada. Su sonrisa se ensanchó de repente—. ¡Bienvenidos, amigos míos!

Navaja avanzó hacia él.

—No tengo tiempo para esto, maldita comadreja…

—¿No tienes tiempo? ¡Por supuesto que lo tienes, muchacho! ¡Hay mucho que hacer y mucho tiempo para hacerlo! ¿No es todo un cambio? ¿Prisas? Nosotros no. ¡No, podemos entretenernos! ¿No es maravilloso?

—¿Qué quiere Cotillion de nosotros? —preguntó Navaja mientras se obligaba a abrir los puños.

—¿Me estás preguntando a mí lo que quiere Cotillion de vosotros? ¿Cómo iba a saberlo yo? —Se agachó—. ¿Me cree?

—No.

—¿No qué? ¿Has perdido la cabeza, muchacho? ¡Pues aquí no la encontrarás! Aunque mi mujer puede que sí, siempre está limpiando y recogiendo; o, por lo menos, eso creo. Aunque se niega a tocar las ofrendas, mis pequeñuelos bhok'arala las dejan por todas partes por donde voy, por supuesto. Yo ya me he acostumbrado al olor. Bueno, ¿por dónde iba? Ah, sí, mi queridísima Apsalar, ¿deberíamos coquetear tú y yo? ¡Cómo hará eso escupir y sisear a la bruja! ¡Je, je!

—Preferiría coquetear con un bhok'aral —contestó ella.

—Eso también, te aliviará oír que no soy celoso, muchacha. Tienes de sobra para elegir, en cualquier caso. Bueno, ¿tenéis hambre? ¿Sed? Espero que hayáis traído vuestras propias provisiones. Solo tenéis que subir por estas escaleras y cuando ella os pregunte, no me habéis visto.

Iskaral Pust dio un paso atrás y se desvaneció.

Apsalar suspiró.

—Quizá su… mujer resulte ser una anfitriona más razonable.

Navaja giró la cabeza y la miró.

Por alguna razón, lo dudo.

Capítulo 21



No hay muerte en la luz.

Anarmann,
sumo sacerdote de Osserc

—Mezlas, todos y cada uno —murmuró Febryl mientras cojeaba por el camino gastado y polvoriento, cada vez le costaba más respirar.

Poco había en aquel mundo que le complaciera ya. Los malazanos. Su cuerpo, débil y frágil. La locura ciega de poder que se evidenciaba con tanta brutalidad en la diosa del Torbellino. En su mente, el mundo se estaba hundiendo en el caos y todo lo que había sido (todo lo que él había sido) estaba atrapado en el pasado.

Pero el pasado no estaba muerto. Solo dormía. La resurrección perfecta y medida de los viejos patrones podría lograr un renacimiento. No un renacimiento como el de Sha'ik, eso no había sido más que deshacerse de un recipiente muy gastado que había cambiado por otro no tan maltratado. No, el renacimiento que Febryl imaginaba era mucho más profundo.

En otro tiempo había servido al sagrado Falah'd Enqura. La sagrada ciudad de Ugarat y su multitud de ciudades tributarias habían disfrutado de una época de renacimiento. Once grandes centros de estudios prosperaban en Ugarat.

Se redescubrían conocimientos perdidos largo tiempo atrás. La flor de una gran civilización se volvía para mirar al sol y comenzaba a abrirse.

Los mezlas y sus implacables legiones lo habían destruido… todo. Ugarat había caído bajo Dassem Ultor. Los soldados asaltaron las escuelas, solo para descubrir, furiosos, que sus muchas riquezas y textos habían desaparecido, junto con filósofos y académicos. Enqura había comprendido la sed mezla de conocimientos, la codicia del emperador, siempre en busca de los secretos extranjeros, y el sagrado protector de la ciudad no estaba dispuesto a darles nada. En lugar de eso, le había ordenado a Febryl, una semana antes de la llegada de los ejércitos malazanos, que cerrara las escuelas, que confiscara los cien mil pergaminos y volúmenes encuadernados, las antiguas reliquias del Primer Imperio, y a los propios profesores y eruditos. Por decreto del protector, el coliseo de Ugarat se convirtió en el espacio idóneo para un inmenso incendio y todo quedó destruido. Los eruditos fueron crucificados (los que no se arrojaron a la pira en un ataque de locura y dolor) y sus cuerpos tirados a los pozos que contenían las reliquias aplastadas, a las afueras de la muralla de la ciudad.

Febryl había hecho lo que le habían ordenado. Su último gesto de lealtad, de valor puro e inmaculado. El terrible acto era necesario. La negativa de Enqura fue quizás el mayor desafío de toda la guerra. Un desafío por el que el protector sagrado pagó con su vida, cuando el horror que según se dijo golpeó a Dassem Ultor al oír lo que había hecho se transformó en rabia.

La pérdida de fe de Febryl se había producido en el intervalo y lo había dejado destrozado. Había seguido las órdenes de Enqura y eso había hecho enfurecer de tal modo a su madre y a su padre, ambos nobles eruditos por derecho

propio, que lo habían repudiado a la cara. Y Febryl perdió la cabeza esa noche, recuperó la cordura cuando el alba manchaba el horizonte y se encontró con que había asesinado a sus padres. Y a los sirvientes de estos. Que había desatado una hechicería que había desollado la carne de los guardias. Que había manado tal poder de él que lo había hecho envejecer muchos años en pocas horas, arrugado y marchito, los huesos quebradizos y encorvados.

El anciano que salió cojeando por las puertas de la ciudad ese día no era digno de la atención de nadie. Enqura lo buscó, pero Febryl consiguió eludir al protector sagrado y dejar al hombre con su destino.

Imperdonable.

Una palabra dura, una verdad más dura que la piedra. Pero Febryl nunca pudo decidir a qué crimen se aplicaba. ¿Tres traiciones o dos? ¿Fue la destrucción de todo aquel conocimiento, el asesinato de todos aquellos eruditos y profesores, fue, como los mezlas y otros falad'han declararon después, la obra más vil de todas? ¿Más vil incluso que el levantamiento de los t'lan imass para masacrar a los ciudadanos de Aren? ¿Hasta el punto de que el nombre de Enqura se convirtió en una maldición para mezlas y nativos de Siete Ciudades por igual? ¿Tres y no dos?

Y la zorra lo sabía. Sabía todos y cada uno de sus secretos. No había sido suficiente que se cambiara de nombre; ¿no había bastado que tuviera la apariencia de un viejo, cuando el mago supremo Iltara, el sirviente de más confianza de Enqura, había sido joven, alto y deseado tanto por hombres como por mujeres? No, aquella mujer había barrido, al parecer sin esfuerzo, todas sus barreras y había saqueado los pozos de su alma.

Imperdonable.

A ningún poseedor de sus secretos se le podía permitir vivir. Se negaba a ser tan… vulnerable. Ante nadie. Ni siquiera ante Sha’ik. Sobre todo ante Sha’ik.

Y por tanto hay que eliminarla. Incluso si eso significa tener que tratar con mezlas. No se hacía ilusiones con Korbolo Dom. Las ambiciones del napaniano (fuera lo que fuera lo que afirmara en esos momentos) iban mucho más allá de esa rebelión. No, sus ambiciones eran imperiales. En algún lugar del sur, Mallick Rel, el sacerdote jhistal de Mael ancestral, se encaminaba a Aren para rendirse. A su vez, lo llevarían ante la propia emperatriz.

¿Y entonces qué? Esa serpiente de sacerdote anunciaría un extraordinario cambio de fortuna en Siete Ciudades. Korbolo Dom había estado trabajando por los intereses de la emperatriz todo el tiempo. O alguna tontería parecida. Febryl estaba seguro de sus sospechas. Korbolo Dom quería un regreso triunfante al redil imperial. Seguramente también el título de puño supremo de Siete Ciudades. Mallick Rel habría tergiversado su papel en los acontecimientos de la Ladera y justo después, el muerto, Pormqual, se convertiría en el foco único de la debacle de la muerte de Coltaine y la masacre del ejército del puño supremo. El jhistal se escabulliría de algún modo o, si todo se torcía, conseguiría escapar por algún sitio. Febryl creía que Korbolo Dom tenía agentes en el palacio de Unta; lo que estaba acaeciendo allí, en Raraku, no era más que un temblor en una red mucho más inmensa.

Pero lo derrotaré al final. Incluso si debe parecer que ahora mismo consiento. Ha aceptado mis condiciones, después de todo (una mentira, por supuesto), y yo, a mi vez, acepto las suyas (otra mentira, como es natural).

Febryl había atravesado las afueras de la ciudad y se encontraba en la región más agreste del oasis. La pista tenía

todo el aspecto de haber caído en desuso, cubierta de frondas crujientes y secas y cáscaras de calabazas; Febryl sabía que su descuidado paso estaba destruyendo la ilusión, pero le daba igual. Los asesinos de Korbolo arreglarían el desastre, después de todo. Nutría sus autoengaños con bastante eficiencia.

Dobló una curva del sendero y entró en un claro rodeado de piedras bajas. Antaño allí había un pozo, pero ya hacía mucho tiempo que las arenas lo habían llenado. Kamist Reloe se encontraba cerca del centro, encapuchado y con aspecto lobuno, con cuatro de los asesinos de Korbolo formando un semicírculo tras él.

—Llegas tarde —siseó Kamist Reloe.

Febryl se encogió de hombros.

—¿Te parezco un potro capaz de hacer cabriolas? Bueno, ¿has empezado los preparativos?

—El que sabe aquí eres tú, Febryl, no yo.

Febryl siseó y después agitó una mano que era como una garra.

—No importa. Todavía hay tiempo. Tus palabras solo me recuerdan que debo sufrir a los necios…

—No eres el único —dijo con voz cansina Kamist Reloe.

Febryl se adelantó cojeando.

—El sendero que tus… sirvientes querrían tomar es un sendero largo. No lo han pisado mortales desde el Primer Imperio. Es probable que ahora sea terreno traicionero…

—Ya basta de advertencias, Febryl —soltó de repente Kamist Reloe, se le empezaba a notar el miedo—. Tú solo tienes que abrir el camino. Eso es lo único que te pedimos, lo único que te hemos pedido jamás.

—Necesitas más que eso, Kamist Reloe —dijo Febryl con una sonrisa—. ¿Quieres que estos necios caminen a ciegas? La diosa era antaño un espíritu…

—Eso no es ningún secreto.

—Quizá, pero ¿qué clase de espíritu? Un espíritu que cabalgaba en los vientos del desierto, podrías pensar. Pero te equivocas. ¿Un espíritu de piedra? ¿De arena? No, nada de eso. —Agitó una mano—. Mira a tu alrededor. Raraku contiene los huesos de incontables civilizaciones que se remontan hasta el Primer Imperio, el imperio de Dessimbelackis. Y todavía más atrás, sí, indicios que ya están casi borrados, pero algunos todavía permanecen, si se tienen ojos para verlos… y comprenderlos. —Cojeó hasta una de las piedras bajas que rodeaban el claro, luchaba por ocultar la mueca del dolor que sentía en los desgastados huesos—. Si excavaras en esta arena, Kamist Reloe, descubrirías que estas rocas son en realidad menhires, piedras más altas que cualquiera de los que estamos aquí. Y sus flancos lucen las muescas y surcos de extraños dibujos…

Kamist fue dibujando un lento círculo y estudió las rocas que sobresalían con los ojos entrecerrados.

—¿T’lan imass?

Febryl asintió.

—El Primer Imperio de Dessimbelackis, Kamist Reloe, no fue el primero. Ese pertenecía a los t’lan imass. Había poco, bien es cierto, que tú o yo llamaríamos… imperial. No había ciudades. No se roturaba el suelo para plantar cultivos o irrigar. Y sus ejércitos eran de no muertos. Había un trono, por supuesto, sobre el que debía sentarse un mortal, la raza progenie de los t’lan imass. Un humano. Cielos, los humanos veían el imperio de forma… diferente. Y su visión no incluía a los t’lan imass. Y por tanto, una traición. Y después, la guerra. Un combate desigual, pero los t’lan imass eran reacios a aniquilar a sus hijos mortales. Y por tanto se fueron…

—Solo para regresar al hacerse pedazos la senda —murmuró Kamist Reloe, asintiendo—. Cuando estalló el caos con el ritual de soletaken y d'ivers. —Miró a Febryl una vez más—. ¿El espíritu de la diosa es… era… t'lan imass?

Febryl se encogió de hombros.

—En otro tiempo hubo textos (inscritos en arcilla cocida) de un culto del Primer Imperio; copias de esos textos sobrevivieron hasta la caída de Ugarat. A los pocos t'lan imass que los humanos consiguieron destruir cuando se rebelaron los fueron enterrando en lugares sagrados. Lugares como este, Kamist Reloe.

Pero el otro mago sacudió la cabeza.

—Es una criatura embargada por la rabia. Semejante furia no tiene sitio entre los t'lan imass…

—A menos que tuviera razones. Recuerdos de una traición, quizás en su vida mortal. Una herida demasiado profunda para que la erradicara el ritual de Tellann. —Febryl se encogió de hombros—. No importa. El espíritu es t'lan imass.

—Un poco tarde para ese tipo de revelaciones, sacerdote —rezongó Kamist Reloe mientras volvía la cabeza para escupir—. ¿Todavía está vinculada por el ritual de Tellann?

—No. Rompió esas cadenas ya hace mucho tiempo y ha recuperado su alma; los dones secretos de Raraku son los de la vida y la muerte, tan primarios como la existencia en sí. Volvió a ella todo lo que había perdido, quizás incluso el renacimiento de su rabia. Raraku, Kamist Reloe, sigue siendo el misterio más profundo de todos, pues contiene sus propios recuerdos… del mar, de las propias aguas de la vida. Y los recuerdos son poder.

Kamist Reloe se ciñó mejor el manto alrededor de su demacrada forma.

—Abre el camino.

Y cuando lo haya hecho por ti y tus amigos mezlas, mago supremo, estarás en deuda conmigo y mis deseos. Siete Ciudades será liberada. El Imperio de Malaz retirará todos sus intereses y nuestra civilización florecerá una vez más…

Se adentró en el centro del círculo de piedras y levantó las manos.

Se acercaba algo. Bestial, salvaje y poderoso. Y con cada momento que pasaba, a medida que se iba acercando, el miedo de L'oric iba creciendo. *Guerras antiguas… esa es la sensación que da, como una enemistad renacida, un odio que desafía a los milenios*. Y aunque presentía que ningún mortal de la ciudad del oasis era el sujeto de esa ira, la verdad seguía siendo que… *todos estamos en medio*.

Tenía que saber más. Pero no tenía ni idea de qué camino tomar. Siete Ciudades era una tierra que gemía bajo cargas invisibles. Su piel estaba cubierta de capas, duras y curtidas. No era fácil arrancarle sus secretos, sobre todo en Raraku.

Se sentó con las piernas cruzadas en el suelo de la tienda, con la cabeza baja y los pensamientos disparados. La cólera del torbellino jamás había sido tan fiera, lo que lo llevaba a sospechar que el ejército malazano se estaba acercando, que el choque final de voluntades era inminente. Era, en realidad, una convergencia y las corrientes habían atrapado otros poderes y los arrastraban con una fuerza despiadada.

Y tras todo ello, los susurros de una canción…

Debería huir de aquel lugar. Llevarse con él a Felisin, y quizás a Heboric también. Y pronto. Pero la curiosidad lo retenía allí, al menos de momento. Las capas se estaban partiendo y comenzarían a revelarse verdades, y él las conocería. *Vine a Raraku porque percibí la presencia de mi padre… por alguna parte, cerca*. Quizá ya no estuviera allí,

pero lo había estado, no hacía mucho tiempo. La posibilidad de encontrar su rastro…

La reina de los Sueños había dicho que Osric se había perdido. ¿Qué significaba eso? ¿Cómo? Ansiaba encontrar las respuestas a esas preguntas.

Kurald Thyrllan había nacido de la violencia, al romperse en mil pedazos la Oscuridad. La senda ancestral se había bifurcado desde entonces en muchas direcciones y se había extendido hasta el alcance de humanos mortales como Thyr. Y antes de eso, bajo el disfraz de fuego dador de vida, Tellann.

Tellann era una presencia poderosa en Siete Ciudades, oscura y enterrada en las profundidades, quizá, pero generalizada de todos modos. Mientras que Kurald Thyrllan había quedado retorcida y repleta de peligros tras deshacerse su senda hermana. No había ninguna forma fácil de penetrar en los pasajes de Thyrllan, como él bien sabía.

Muy bien, entonces. Lo intentaré con Tellann.

Suspiró y se puso en pie sin prisas. Los riesgos eran muchos, por supuesto. Recogió la telaba blanqueada en el hueco de un brazo y se acercó al baúl que tenía junto al catre. Se agachó y pasó una mano sobre él para disipar de forma temporal las guardas, después levantó la tapa.

Armadura liosan, el esmalte blanco excavado y lleno de marcas. Un casco con celada del mismo material, el forro de cuero cubría los ojos y las mejillas con una malla de hierro negro. Una espada larga ligera, de hoja estrecha, la punta larga y ahusada, envainada en una madera pálida.

Se puso la armadura, incluyendo el yelmo, y después vistió la telaba encima y se subió también la capucha. La siguieron los guanteletes de cuero, la espada y el cinturón.

Después hizo una pausa.

Despreciaba la lucha. Al contrario que sus parientes liosan, era reacio a hacer juicios apresurados, le repugnaba la afirmación de una visión del mundo delineada por la brutalidad que no toleraba ambigüedad alguna. No creía que el filo de una espada pudiera dar forma al orden. A algo definitivo sí, pero algo definitivo manchado por el fracaso.

La necesidad era un sabor muy amargo, pero él no veía alternativa y por tanto tendría que sufrir el sabor.

Una vez más tendría que aventurarse, atravesar el campamento y hacer un uso muy cuidadoso de sus poderes para permanecer invisible a los ojos de los mortales, pero sin llegar a ser digno de la atención de la diosa. La ferocidad de la cólera de la diosa era su mejor aliada y era en lo que L'oric tendría que confiar.

Se puso en marcha.

El sol era un fulgor carmesí detrás de un velo de arena suspendida, a todavía una campanada de ponerse, cuando L'oric llegó al claro del toblakai. Encontró a Felisin dormida bajo la sombra que habían improvisado entre tres palos, enfrente de los árboles tallados, y decidió que la dejaría descansar. En lugar de despertarla, les lanzó una única mirada a las dos estatuas teblor y se acercó con un par de zancadas a las Siete Caras en la Roca.

Sus espíritus ya hacía tiempo que se habían ido, si alguna vez habían estado presentes. Esos misteriosos t'lan imass que eran los dioses del toblakai. Y la santificación se la habían arrebatado a aquellos dioses, lo que había dejado aquel lugar sagrado dedicado a alguna otra cosa. Pero persistía una fisura, el rastro quizá, de una breve visita. Suficiente, esperaba, para que pudiera abrir una brecha en la senda de Tellann.

Desveló el poder y forzó la fisura con su voluntad, la ensanchó hasta que fue capaz de pasar…

Y entrar en una playa embarrada al borde de un lago inmenso. Las botas se hundieron en el lodo hasta los tobillos. Nubes de insectos se alzaron revoloteando de la orilla y se enjambraron a su alrededor. L'oric se detuvo y se quedó mirando el cielo encapotado. El aire era sofocante con los últimos días de primavera.

Estoy en el lugar equivocado… o en el momento equivocado. Este es el recuerdo más antiguo de Raraku.

Miró hacia el interior. Una llanura pantanosa que se extendía otros veinte pasos. Los juncos se mecían bajo el suave viento y después el terreno se alzaba con suavidad hacia una sabana. Un risco bajo de colinas más oscuras marcaba el horizonte. Unos cuantos árboles majestuosos se alzaban en las praderas, llenos de chillones pájaros de alas blancas.

Un destello de movimiento en los juncos le llamó la atención y echó mano de la empuñadura de la espada cuando apareció una cabeza bestial, seguida por unos hombros encorvados. Una hiena, como las que se podían encontrar al oeste de Aren y, con bastante menos frecuencia, en Karashimesh; pero aquella era grande como un oso. Levantó la cabeza ancha y achaparrada, olisqueó el aire y pareció guiñar los ojos.

La hiena dio un paso adelante.

L'oric sacó la espada de la vaina.

Al oír el siseo de la hoja, la bestia levantó las patas delanteras, se echó hacia la izquierda y se metió disparada en los juncos.

Pudo observar su huida por los tallos que se mecían, después apareció una vez más, subiendo a toda velocidad la ladera.

L’oric volvió a envainar el arma. Se alejó de la orilla embarrada con la intención de seguir el rastro que había abierto la hiena entre los juncos; tras cuatro pasos se encontró con los restos mordisqueados de un cadáver. Muy deteriorado ya, con los miembros dispersos por las veces que los carroñeros se habían alimentado de él, pasó un momento hasta que el mago supremo pudo encontrarle sentido a la forma. Humanoide, concluyó. Tan alto como un hombre normal, pero lo que quedaba de piel revelaba un pellejo de fino vello oscuro. Las aguas habían hinchado la carne, lo que sugería que la criatura se había ahogado. Buscó por un momento y encontró la cabeza.

Se agachó sobre ella y se quedó inmóvil un tiempo.

Frente huidiza, una mandíbula sólida y sin barbilla, el caballete del ceño tan pronunciado que formaba un saliente contiguo sobre las cuencas hundidas de los ojos. El cabello que todavía se aferraba a unos fragmentos del cuero cabelludo era un poco más largo que el que había cubierto el cuerpo, de color castaño oscuro y ondulado.

Más parecido a un simio que a un t’lan imass… el cráneo que hay tras la cara es más pequeño, también. Pero era mucho más alto, más humano en proporción. ¿Qué clase de hombre era este?

No había rastro alguno de ropa, ni ningún adorno. La criatura (un varón) había muerto desnuda.

L’oric se incorporó. Podía ver la ruta que había seguido la hiena entre los juncos y se dispuso a seguirla.

Las nubes que encapotaban el cielo se estaban quemando y el aire era cada vez más caluroso y, si acaso, estaba más cargado. Llegó a la hierba y pisó suelo seco por primera vez. La hiena no estaba por ninguna parte y L’oric se preguntó si el animal seguía corriendo. Una reacción

extraña, caviló, para la que no pudo hallar ninguna explicación satisfactoria.

No tenía ningún destino en mente, ni siquiera estaba seguro de que lo que buscaba lo encontraría allí. Aquello no era, después de todo, Tellann. Si acaso, había salido a lo que yacía bajo Tellann, como si los imass, al elegir sus sitios sagrados, hubieran estado, a su vez, respondiendo a una sensibilidad que reaccionaba ante un poder más antiguo todavía. Comprendió entonces que el claro del toblakai no era un lugar recién santificado por el guerrero gigante, ni siquiera por los t'lan imass que había venerado como dioses. Desde el principio había pertenecido a Raraku, al poder natural que poseía la tierra. Y él se había metido en un lugar de comienzos. *¿Pero me metí yo o me trajeron aquí?*

Un rebaño de bestias enormes coronó una elevación lejana a su derecha, el suelo tembló cuando cogieron velocidad y provocaron una estampida aterrada.

L'oric dudó. No estaban corriendo hacia él, pero sabía de sobra que las estampidas como esas podían virar en cualquier momento. Sin embargo, los animales giraron de repente en dirección contraria y se dieron la vuelta como una única masa. Lo bastante cerca como para que él distinguiera las formas. Parecidos a ganado salvaje, aunque más grandes y con unos cuernos o astas achaparradas. Tenían el pelo moteado de blanco y pardo y las largas crines eran negras.

Se preguntó qué era lo que los había aterrado y volvió la mirada de nuevo hacia el lugar por donde había aparecido el rebaño.

L'oric se agachó de repente con el corazón palpitándole con fuerza en el pecho.

Siete mastines, negros como la medianoche, de un tamaño capaz de desafiar a los astados salvajes, se movían

con una arrogancia despreocupada por el risco. Y a los lados, como chacales que flanquearan una manada de leones, una veintena o más de criaturas semihumanas, como la que él había descubierto a la orilla del lago. Resultaba obvio que eran serviles, en el papel de carroñeros de los depredadores. Sin duda había algún beneficio mutuo en aquella asociación, aunque L'oric no imaginaba qué amenaza real pudiera haber en ese mundo para esos mastines oscuros.

Tampoco le cabía duda alguna de que aquel no era el sitio de aquellos mastines.

Intrusos. Ajenos a este reino, contra los que no hay nada en este reino que pueda lastimarlos. Son los dominantes… y lo saben.

En ese momento vio que otros observadores estaban siguiendo a las terribles bestias. K'chain che'malle, tres de ellos, las pesadas hojas que tenían en el extremo de los brazos revelaban que eran cazadores k'ell, caminaban sin ruido por un rumbo paralelo, a unos cientos de pasos de los mastines. Llevaban las cabezas giradas, las miradas clavadas en los intrusos, que, a su vez, hacían caso omiso de ellos.

Tampoco de este mundo, si las consideraciones de mi padre sobre este tema son acertadas. Él fue invitado de Rake durante meses en Engendro de Luna y profundizó en sus misterios. Pero las ciudades de los k'chain che'malle se encuentran en continentes lejanos. Quizás acaben de llegar hace muy poco en busca de nuevos lugares para sus colonias… y solo para encontrarse con que desafían su dominio.

Si los mastines vieron a L'oric, no dieron señal de ello. Ni tampoco los semihumanos.

El mago supremo los observó continuar su camino hasta que al fin se hundieron en la cuenca y desaparecieron.

Los cazadores k’ell se detuvieron y después se repartieron con cautela, fueron acercándose poco a poco al lugar por donde habían desaparecido los mastines.

Un error fatal.

Contornos borrosos de oscuridad se alzaron de repente en la cuenca. Los cazadores k’ell, rodeados de repente, blandieron sus enormes espadas. Aun así, a pesar de lo rápidos que eran, en el espacio de un solo latido, dos de los tres fueron derribados, con las gargantas y los vientres abiertos. El tercero había dado un gran salto y había volado veinte pasos para aterrizar con un golpe seco antes de emprender la carrera.

Los mastines no lo persiguieron, se reunieron para olisquear los cadáveres de los k’chain che’malle mientras los semihumanos llegaban entre ululatos y ladridos. Unos cuantos varones se subieron a las criaturas muertas y empezaron a dar saltos y agitar los brazos.

L’oric creyó comprender entonces por qué los k’chain che’malle no habían establecido nunca colonias en ese continente.

Observó a los mastines y a los semihumanos arremolinarse en el sitio de la matanza durante un rato más, después el mago supremo emprendió una cautelosa retirada hacia el lago. Se estaba acercando al borde de la ladera que conducía a los juncos, cuando una última mirada por encima del hombro reveló que las siete bestias habían levantado las cabezas y miraban en su dirección.

Entonces dos comenzaron a acercarse a grandes zancadas, pero sin prisa. Un momento después, los cinco restantes se repartieron y los siguieron.

Oh…

Cayó sobre él una calma repentina. Sabía que ya estaba prácticamente muerto. No habría tiempo para abrir la senda

que lo llevara de vuelta a su propio mundo, ni lo haría él, en cualquier caso, porque les daría a los mastines un sendero que seguir, *y no permitiré que su llegada al oasis sea un crimen que manche mi alma. Mejor morir aquí y ahora. Justo castigo por mi curiosidad obsesiva*.

Los mastines no mostraban la velocidad que habían desvelado contra los cazadores k'ell, como si percibieran la debilidad comparativa de L'oric.

Este oyó un torrente de agua que se precipitaba tras él y giró la cabeza.

Un dragón llenó su campo de visión, volaba a ras de la superficie del agua (tan rápido que levantaba una ola de espuma a su paso), con las garras bien abiertas, las zarpas enormes extendidas.

L'oric se cubrió la cara y la cabeza con los brazos cuando los enormes dedos cubiertos de escamas se cerraron como una jaula a su alrededor y después se lo llevaron hacia el cielo.

Vislumbró por un breve e inconexo instante a los mastines, que se dispersaban y alejaban de la sombra del dragón (el sonido distante de los gañidos y chillidos de los semihumanos), y luego nada ante sus ojos, salvo el vientre blanco y reluciente del dragón, visto entre dos garras encogidas.

Lo llevó muy lejos, a mar abierto y después hacia una isla donde se levantaba una torre achaparrada, el tejado plano lo bastante ancho y sólido como para que el dragón, con las alas extendidas para tronar contra el aire, pudiese posarse.

Las garras se abrieron y dejaron caer a L'oric sobre las piedras llenas de huecos y arañazos. El mago rodó hasta topar con el muro bajo de la plataforma y después se levantó poco a poco.

Y se quedó mirando un momento al enorme dragón dorado y blanco cuyos ojos radiantes lo miraban con fijeza, con, L’oric lo supo por instinto, un reproche. El mago supremo consiguió encogerse de hombros.

—Padre —dijo—. Te estaba buscando.

Osric no era alguien muy dado al mobiliario y la decoración. El aposento que había bajo la plataforma estaba desnudo, el suelo plagado de los detritos dejados por las golondrinas que anidaban allí, y en el aire el olor acre del guano.

L’oric se apoyó en una pared con los brazos cruzados y observó pasearse a su padre.

Era puro liosan en apariencia, alto y pálido como la nieve, con el cabello largo y ondulado de color plateado y veteado de dorado. Sus ojos parecían llamear con un fuego interno, en tonos que hacían juego con el pelo, plateados con una veta dorada. Vestía sencillas ropas de cuero gris, la espada que llevaba en el cinturón era casi idéntica a la que tenía L’oric.

—Padre. La reina de los Sueños te cree perdido —dijo tras un largo momento.

—Lo estoy. O, más bien, lo estaba. Es más, me gustaría seguir estándolo.

—¿No confías en ella?

El hombre hizo una pausa y estudió por un momento a su hijo antes de hablar.

—Por supuesto que confío en ella. Y a mi confianza la hace más pura su ignorancia. ¿Qué estás haciendo aquí?

A veces el anhelo ha de preferirse a la realidad.

L’oric suspiró.

—Ni siquiera estoy seguro de dónde es aquí. Estaba… buscando verdades.

Osric lanzó un gruñido y empezó a pasearse una vez más.

—Dijiste antes que me estabas buscando. ¿Cómo descubriste mi rastro?

—No lo descubrí. El hecho de buscarte era más bien una… bueno, algo general. Esta excursión de ahora era una cacería muy diferente.

—Que ha estado a punto de costarte la vida.

L’oric asintió, después miró el aposento.

—¿Vives aquí?

Su padre hizo una mueca.

—Un punto de observación. A las fortalezas aéreas de los k’chain che’malle uno siempre se aproxima por el norte, por encima del agua.

—Fortalezas aéreas… ¿como Engendro de Luna?

Una mirada velada, después un asentimiento.

—Sí.

—Y fue en la ciudadela flotante de Rake donde te embarcaste por primera vez en el camino que te trajo aquí. ¿Qué descubriste tú que no pudo descubrir el señor de la Oscuridad tiste andii?

Osric lanzó un bufido.

—Solo lo que estaba justo a sus pies. En Engendro de Luna había signos de daño, de algo que había entrado. Después una matanza. No obstante, sobrevivieron unos pocos, al menos el tiempo suficiente para encaminarla en su regreso a casa. Hacia el norte, sobre los campos helados. Por supuesto, nunca consiguió pasar de esos campos helados. ¿Sabías que el glaciar que albergaba Engendro de Luna había viajado mil leguas con su presa? Mil leguas, L’oric,

antes de que Rake y yo nos lo tropezáramos al norte del altiplano de Laederon.

—¿Estás diciendo que Engendro de Luna era una de esas fortalezas aéreas que llegaron aquí?

—Así es. Han llegado tres desde que estoy aquí. Ninguna sobrevivió a los deragoth.

—¿A los qué?

Osric se detuvo y miró a su hijo una vez más.

—Los mastines de Oscuridad. Las siete bestias con las que Dessimbelackis hizo un pacto, y, oh, cómo les conmocionó a los sin nombre esa impía alianza. Las siete bestias, L'oric, que dieron nombre a Siete Ciudades, aunque no queda recuerdo de esa verdad concreta. Las siete ciudades sagradas de nuestro tiempo no son las originales, claro está. Solo ha sobrevivido el número.

L'oric cerró los ojos y apoyó la cabeza en el muro húmedo de piedra.

—Deragoth. ¿Qué les pasó? ¿Por qué están aquí y no allí?

—No lo sé. Seguramente tuvo algo que ver con el derrumbamiento violento del Primer Imperio.

—¿Qué senda es esta?

—No es una senda, L'oric. Un recuerdo. Que pronto terminará, creo, ya que se está… encogiendo. Vuela al norte y al final del día verás ante ti un muro de nada, de olvido.

—Un recuerdo. ¿El recuerdo de quién?

Osric se encogió de hombros.

—De Raraku.

—Lo dices como si ese desierto estuviera vivo, como si fuera una entidad.

—¿Y no lo es?

—¿Estás diciendo que lo es?

—No, no estoy diciendo eso. Te lo estaba preguntando, ¿no acabas de llegar de allí?

L’oric abrió los ojos y miró a su padre. *Eres un hombre frustrante. No me extraña que Anomander Rake perdiera los estribos*.

—¿Qué hay de esos semihumanos que corrían con los deragoth?

—Una inversión de papeles pintoresca, ¿no te parece? El único acto de domesticación de los deragoth. La mayor parte de los estudiosos, en su arrogancia de especie, creen que los humanos domesticaron a los perros, pero bien podría haber sido al revés, al menos para empezar. ¿Quién corría con quién?

—Pero esas criaturas no son humanas. Ni siquiera son imass.

—No, pero lo serán, un día. He visto otras, escabulléndose en los márgenes de las manadas de lobos. Al erguirse tienen una visión mejor, un activo valioso que complementa el oído superior de los lobos y su sentido del olfato. Una combinación formidable, pero los lobos son los que están al mando. Eso cambiará con el tiempo…, pero no para los que sirvan a los deragoth, sospecho.

—¿Por qué?

—Porque está a punto de ocurrir algo. Aquí, en este recuerdo atrapado. Solo espero tener el privilegio de presenciarlo antes de que este mundo se desvanezca por completo.

—Llamaste a los deragoth «mastines de Oscuridad». ¿Son, entonces, hijos de la madre Oscuridad?

—No son hijos de nadie —rezongó Osric, después sacudió la cabeza—. Los rodea ese hedor, pero en realidad no tengo ni idea. Solo me parecía un nombre apropiado. «Deragoth» en lengua tiste andii.

—Bueno —murmuró L’oric—, de hecho, sería dera’tin’jeragoth.

Osric estudió a su hijo.

—Digno hijo de tu madre —suspiró—. ¿Y es de extrañar que no pudiéramos soportar la compañía del otro? El tercer día, siempre al tercer día. Podíamos hacer toda una vida de esos tres días. Exaltación, después comodidad y, luego desdén mutuo. Uno, dos, tres.

L'oric apartó la mirada.

—¿Y para tu único hijo?

—Más bien como tres campanadas —rezongó Osric.

L'oric se puso en pie y se limpió el polvo de las manos.

—Muy bien. Puede que necesite tu ayuda para volver a abrir el camino a Raraku. Pero quizá quieras saber algo de los liosan y de Kurald Thyrllan. Tu pueblo y su reino han perdido a su protector. Rezan por tu regreso, padre.

—¿Qué hay de tu familiar?

—Asesinado. Por los t'lan imass.

—Bueno —dijo Osric—, búscate otro.

L'oric se estremeció y después frunció el ceño.

—¡No es tan fácil! En cualquier caso, ¿es que no te sientes responsable de los liosan? ¡Te veneran, maldita sea!

—Los liosan se veneran a sí mismos, L'oric. Resulta que yo solo soy un mascarón conveniente. Kurald Thyrllan puede que parezca vulnerable, pero no lo es.

—¿Y si esos deragoth son sirvientes de Oscuridad de verdad? ¿Seguirás diciendo lo mismo, padre?

Se quedó callado, después se dirigió a la entrada abierta.

—Es todo culpa de ella —murmuró al pasar.

L'oric siguió a su padre fuera.

—Esta… torre de observación. ¿Es jaghut?

—Sí.

—Bueno, ¿y dónde están?

—Al oeste. Al sur. Al este. Pero no aquí, no he visto ninguno.

—No sabes dónde están, ¿verdad?

—No están en este recuerdo, L'oric. Y ya está. Y ahora, échate hacia atrás.

El mago supremo se quedó cerca de la torre y observó a su padre transformarse en dragón. El aire se impregnó de repente de un aroma dulce y picante, una forma borrosa ante los ojos de L'oric. Al igual que Anomander Rake, Osric era más dragón que otra cosa. Eran parientes de sangre, si no en personalidad. *Ojalá pudiera entender a este hombre, a este padre mío. Que la Reina me lleve, ojalá me cayera bien siquiera*. Se adelantó.

El dragón levantó una pata delantera y abrió las garras.

L'oric frunció el ceño.

—Preferiría cabalgar sobre tus hombros, padre…

Pero la mano de reptil se extendió y se cerró a su alrededor.

L'oric decidió soportar la indignidad en silencio.

Osric voló hacia el oeste siguiendo la línea de la costa. En poco tiempo apareció el bosque y la tierra giró hacia el norte. El aire que azotaba entre los dedos cubiertos de escamas del dragón se hizo frío y después gélido. El suelo, al fondo, muy lejos de ellos, empezó a ascender, los bosques que flanqueaban las laderas de las montañas se convirtieron en coníferas. Entonces L'oric vio nieve que se extendía, como ríos congelados, por grietas y simas.

No recordaba ninguna montaña del futuro que se ajustara a aquella antigua escena. *Quizás este recuerdo, como muchos otros, tiene fallos*.

Osric empezó a descender y L'oric vio de repente un vacío inmenso y blanco, como si hubieran cortado casi por la

mitad la montaña que se alzaba ante ellos. Se estaban acercando a ese borde.

Una extensión vagamente nivelada e incrustada de nieve era el destino del dragón. El lado sur estaba marcado por un acantilado cortado a pico. Al norte… la nada opaca.

Con las alas azotando el aire y levantando nubes de blanco polvoriento, Osric quedó flotando por un momento y después soltó a L'oric.

El mago supremo aterrizó en una nieve que le llegaba por la cintura. Maldijo y se abrió camino a patadas hasta terreno más firme, al mismo tiempo que el enorme dragón se posaba con un crujido estremecido a un lado.

Osric adoptó de inmediato la forma liosan, con el viento agitándole el cabello, y se acercó.

Había… cosas cerca del borde desvaído del recuerdo. Algunas se movían sin fuerzas. Osric se dirigió a ellas atravesando con fuertes zancadas la gruesa capa de nieve sin dejar de hablar por el camino.

—Hay criaturas que tropiezan y caen. Las encontrarás por todo el borde. La mayor parte muere rápido, pero algunas tardan más.

—¿Qué son?

—Demonios, en su mayor parte.

Osric viró un poco y se acercó a una de esas criaturas, de la que salía vapor. Se le movían los cuatro miembros, las garras arañaban el fango que lo rodeaba.

Padre e hijo se detuvieron delante de ella.

Del tamaño de un perro y aspecto de reptil, con cuatro manos parecidas a las de un simio. Una cabeza ancha y plana con una boca grande, dos ranuras por nariz y cuatro ojos líquidos y un tanto saltones dispuestos en forma de diamante, las pupilas verticales y, bajo el fulgor duro de la nieve y el cielo, sorprendentemente abiertas.

—Este podría convenirle a Kurald Thyrllan —dijo Osric.

—¿Qué clase de demonio es? —preguntó L'oric, que se había quedado mirando a la criatura.

—No tengo ni idea —respondió Osric—. Dirígete a él. A ver si es cordial.

—Suponiendo que tenga mente —murmuró L'oric mientras se agachaba.

¿Me oyes? ¿Me comprendes?

Los cuatro ojos parpadearon y se alzaron hacia él. Y respondió.

—*Hechicero. Declaración. Reconocimiento. Nos dijeron que vendrías, ¿pero tan pronto? Retórica*.

No soy de este lugar, explicó L'oric. *Te estás muriendo, creo*.

—*¿Eso es lo que es? Confuso. Me gustaría ofrecerte una alternativa. ¿Tienes nombre?*

—*¿Nombre? Lo requieres. Observación. Por supuesto. Comprensión. Una asociación, una alianza de espíritus. Poder que surge de ti, poder que surge de mí. A cambio de mi vida. Trato desigual. Posición desprovista de influencia. No, te salvaré de todos modos. Regresaremos a mi mundo… a un lugar más cálido*.

—*¿Calidez? Pensando. Ah, aire que no me roba las fuerzas. Considerando. Sálvame, hechicero y después hablaremos más de esa alianza*.

L'oric asintió.

—Muy bien.

—¿Está hecho? —preguntó Osric.

Su hijo se irguió.

—No, pero se viene con nosotros.

—Sin la vinculación no tendrás ningún control sobre el demonio, L'oric. Podría volverse contra ti en cuanto regreséis

a Raraku. Mejor reanudamos nuestra búsqueda, encontraremos una criatura más tratable.

—No. Me arriesgaré con esta.

Osric se encogió de hombros.

—Como quieras, entonces. Debemos dirigirnos ahora al lago, donde apareciste tú.

L'oric observó alejarse un poco a su padre, que después se detuvo y adoptó su forma de dragón.

—*¡Eleint!* —exclamó el demonio en la mente del mago supremo—. *Maravilla. ¡Tienes a un eleint por compañero!*

Mi padre.

—*¡Tu padre! ¡Placer emocionado! Impaciente. Me llamo Ranagrís, nacido en la nidada del Estanque de Lodo en la vigésima estación de Oscuridad. Con orgullo. He engendrado treinta y una nidadas propias*...

Y, dime, Ranagrís, ¿cómo es que has venido a parar aquí?

—*Malhumor repentino. Un salto de más*.

El dragón se acercó.

Ranagrís se arrastró hasta la arena cálida. L'oric se dio la vuelta, pero la puerta ya se estaba cerrando. Bueno, había encontrado a su padre y la despedida había sido tan brusca como el encuentro. No se podía decir que fuera indiferencia. Más bien… distracción. Los intereses de Osric se centraban en Osric. Sus propios afanes.

Solo que en ese momento se plantearon mil preguntas más en los pensamientos de L'oric, preguntas que debería haber hecho.

—*¿Pesar?*

L'oric bajó la cabeza y miró al demonio.

—¿Recuperándote, Ranagrís? Yo me llamo L’oric. ¿Discutimos ahora nuestra asociación?

—*Huelo a carne cruda. Tengo hambre. Comer. Luego hablar. En firme*.

—Como quieras. En cuanto a la carne cruda… Te buscaré algo que sea apropiado. Hay reglas en lo que respecta a lo que puedes y no puedes matar.

—*Explícamelas. Cauto. No desear ofender. Pero con hambre*.

—Te lo explicaré…

La venganza era lo que la había sostenido durante tanto tiempo, y en unos días se encontraría cara a cara con su hermana en la última partida del juego. Un juego cruel, pero un juego de todos modos. Sha’ik sabía que prácticamente todas las ventajas concebibles estaban de su parte. Las legiones de Tavore eran novatas, el territorio era el de Sha’ik, su ejército del Apocalipsis estaba compuesto por veteranos de la rebelión y eran superiores en número. La diosa del Torbellino extraía su poder de una senda ancestral (comprendía ya), quizá no pura, pero o bien era inmune o muy resistente a los efectos de la otataralita. Los magos de Tavore se reducían a dos hechiceros wickanos, ambos con el espíritu destrozado, mientras que el cuadro de Sha’ik incluía a cuatro magos supremos y una veintena de chamanes, brujas y hechiceros, incluyendo a Fayelle y Henaras. En resumen, la derrota parecía imposible.

Y, sin embargo, Sha’ik estaba aterrada.

Estaba sentada, sola, en el aposento central de la inmensa tienda con múltiples salas que era su palacio. Los braseros que había cerca del trono se estaban apagando poco a poco y las sombras lo iban invadiendo todo. Le

apetecía echar a correr. El juego era demasiado duro, demasiado plagado de peligros. La promesa final era fría, más fría de lo que había imaginado jamás. *La venganza es una emoción desperdiciada, pero he dejado que me consumiera. Se la ofrendé a la diosa*.

Fragmentos de claridad, estaban disminuyendo, marchitándose como flores en invierno, al tiempo que la presa de la diosa del Torbellino se ceñía alrededor de su alma. *Mi hermana me entregó a cambio de la fe de la emperatriz, para convencer a Laseen de la lealtad de Tavore. Todo para servir a su ambición. Y su recompensa fue el puesto de consejera. Esos son los hechos, la fría verdad. Y yo, a mi vez, he entregado mi libertad por el poder de la diosa del Torbellino, para poder vengarme de mi hermana*.

¿Somos, entonces, tan diferentes?

Fragmentos de claridad, pero no llevaban a ninguna parte. Podía hacer preguntas, pero parecía incapaz de buscar respuestas. Podía hacer declaraciones, pero parecían extrañamente hueras, desprovistas de significado. Le estaban impidiendo pensar.

¿Por qué?

Otra pregunta que sabía que no respondería, que ni siquiera haría un esfuerzo por responder. *La diosa no quiere que piense*. Bueno, al menos eso era una especie de reconocimiento.

Percibió que alguien se acercaba y envió una orden silenciosa a sus guardias (los guerreros elegidos por Mathok) para que permitieran al visitante pasar al interior. Las cortinas que cubrían la entrada de la cámara se separaron.

—Horas tardías para alguien tan anciano como tú, Bidithal —dijo Sha'ik—. Deberías estar descansando, para prepararte para la batalla.

—Hay muchas batallas, elegida, y algunas ya han empezado. —Se apoyó con pesadez en su bastón y miró a su alrededor con una sonrisa ligera en los arrugados labios—. Los carbones se están apagando —murmuró.

—Habría dicho que las sombras crecientes te complacerían.

La sonrisa del hombre se tensó, después se encogió de hombros.

—No son mías, elegida.

—¿No lo son?

La sonrisa se hizo más forzada todavía.

—Nunca fui sacerdote de Meanas.

—No, aquí era Rashan, hijo fantasma de Kurald Galain…, pero la senda que reclamaba era, no obstante, de Sombra. Los dos somos conscientes de que las distinciones disminuyen cuanto más profundiza uno en los misterios del triunvirato más antiguo. Sombra, después de todo, nació del choque entre Luz y Oscuridad. Y Meanas se extrae, en esencia, de las sendas de Thyrllan y Galain, Thyr y Rashan. Es, si quieres, una disciplina híbrida.

—La mayor parte de las artes hechiceras de las que disponen los mortales humanos lo son, elegida. Pero me temo que no comprendo qué es lo que deseáis argumentar.

Sha’ik se encogió de hombros.

—Solo que envías aquí a tus sirvientes sombríos a espiarme, Bidithal. ¿Qué es lo que esperas presenciar? Soy como me ves.

El sacerdote extendió las manos, el bastón quedó apoyado en un hombro.

—Quizá no son espías, entonces, sino protectores.

—¿Y tengo una necesidad tan alarmante de protección, Bidithal? ¿Son tus temores… concretos? ¿Es eso lo que has venido a decirme?

—Estoy a punto de descubrir la naturaleza precisa de la amenaza, elegida. Pronto podré entregar mis revelaciones. Mis preocupaciones actuales, sin embargo, se refieren al mago supremo L’oric y quizás, a Manos Fantasmales.

—Supongo que no sospecharás que alguno de ellos forma parte de la conspiración.

—No, pero estoy empezando a creer que aquí hay otras fuerzas en juego. Estamos en el corazón de la convergencia, elegida, y no solo entre nosotros y los malazanos.

—¿Es eso cierto?

—Manos Fantasmales no es lo que era. Es sacerdote una vez más.

Sha’ik levantó las cejas en una mueca de franca incredulidad.

—Fener ya no está, Bidithal…

—No de Fener. Pero considerad lo siguiente. El dios de la Guerra ha sido destronado. Y otro se ha alzado en su lugar, como exigía la necesidad. El Tigre del Verano, que antaño era el héroe primero, Treach. Un soletaken del Primer Imperio… ahora convertido en dios. Su necesidad será grande, elegida, querrá paladines mortales y avatares que lo ayuden a establecer el papel que quiere asumir. Una espada mortal, un yunque del escudo, un destriant… todos los antiguos títulos… y los poderes con los que el dios los reviste.

—Manos Fantasmales jamás aceptaría un dios distinto a Fener —afirmó Sha’ik—. Ni me imagino que un dios fuera a ser lo bastante tonto como para abrazarlo a él a su vez. Ha cometido… crímenes…

—No obstante, elegida. El Tigre del Verano ha hecho su elección.

—¿Cómo qué?

Bidithal se encogió de hombros.

—¿Qué otra cosa podría ser salvo destriant?

—¿Qué pruebas tienes de esa extraordinaria transformación?

—Se oculta bien…, pero no lo suficiente, elegida.

Sha’ik se quedó callada durante un largo instante, después respondió con un encogimiento de hombros propio.

—Destriant del nuevo dios de la Guerra. ¿Por qué no podría estar aquí? Estamos en guerra, después de todo. Pensaré en esta… novedad, Bidithal. De momento, sin embargo, no veo (suponiendo que sea verdad) qué relevancia podría tener.

—Quizás, elegida, la relevancia más significativa es también la más sencilla: Manos Fantasmales ya no es el hombre destrozado e inútil que era antaño. Y dada su… ambivalencia hacia nuestra causa, puede representar una amenaza en potencia…

—Creo que no —dijo Sha’ik—. Pero, como ya he dicho, lo pensaré. ¿Y ahora tu inmensa red de sospechas también ha atrapado a L’oric? ¿Por qué?

—En los últimos días se ha mostrado más esquivo de lo habitual, elegida. Sus esfuerzos para disimular sus idas y venidas se han hecho un tanto extremos.

—Quizá se haya cansado de tu incesante espionaje, Bidithal.

—Quizás, aunque estoy seguro de que sigue sin ser consciente de que quien no ha dejado ni por un momento de mantener sus actividades vigiladas soy en realidad yo. Febryl y el napaniano tienen sus propios espías, después de todo. No soy el único que cuida sus intereses. Temen a L’oric porque ha rechazado todos sus acercamientos…

—Me complace oír eso, Bidithal. Retira a tus sombras en lo que a L’oric respecta. Y es una orden. Servirás mejor a los

intereses del torbellino si te concentras en Febryl, Korbolo Dom y Kamist Reloe.

El mago hizo una ligera inclinación.

—Muy bien, elegida.

Sha'ik estudió al anciano.

—Ten cuidado, Bidithal.

Lo vio palidecer un poco y después asentir.

—Siempre lo tengo, elegida.

Un pequeño gesto de la mano femenina lo despidió.

Bidithal se inclinó una vez más, después se aferró a su bastón y abandonó el aposento cojeando. Atravesó los aposentos intermedios, pasó junto a una docena de los silenciosos guerreros del desierto de Mathok y después salió al fin al aire frío de la noche.

¿Retirar a mis sombras, elegida? Orden o no, no soy tan tonto como para hacer eso.

Las sombras se fueron reuniendo a su alrededor mientras bajaba por los estrechos callejones que quedaban entre tiendas y chozas. *¿Recuerdas la Oscuridad?*

Bidithal sonrió para sí. Pronto ese fragmento de senda hecha pedazos se convertiría en un reino en sí mismo. Y la diosa del Torbellino vería la necesidad de contar con un clero, una estructura de poder en el reino mortal. Y en tal organización no habría lugar para Sha'ik, salvo quizás un santuario menor para honrar su memoria.

Pero de momento, por supuesto, había que ocuparse del Imperio de Malaz, de forma sumaria, y para eso necesitarían a Sha'ik, vasija que contenía el poder del torbellino. Ese sendero concreto de sombras era muy estrecho, desde luego. Bidithal sospechaba que la alianza de Febryl con el napaniano y Kamist Reloe no era más que temporal. El viejo y loco cabrón no soportaba a los malazanos. Lo más probable era que sus planes contuvieran una última y oculta

traición, una que concluyera con la aniquilación mutua de todos los intereses salvo los suyos propios.

Y yo no puedo penetrar esa verdad, un fracaso por mi parte que me obliga a actuar. Debo tomar medidas... preventivas. Debo ponerme del lado de Sha'ik, pues será su mano la que aplaste a los conspiradores.

Un siseo de voces espectrales y Bidithal se detuvo, sacado de súbito de sus lóbregas cavilaciones.

Y encontró a Febryl de pie frente a él.

—¿Fue fructífera tu audiencia con la elegida, Bidithal?

—Como siempre, Febryl —sonrió Bidithal mientras se preguntaba cómo conseguía el anciano mago supremo acercarse sin que lo detectaran sus guardianes secretos—. ¿Qué deseas de mí? Es tarde.

—Ha llegado el momento —dijo Febryl en voz baja y ronca—. Debes elegir. Únete a nosotros o hazte a un lado.

Bidithal alzó las cejas.

—¿No hay una tercera opción?

—Si te refieres a que quieres enfrentarte a nosotros, la respuesta es, por desgracia, no. Te sugiero, sin embargo, que aplacemos ese debate de momento. A cambio, escucha la gratificación que te espera, que se te concederá ya te unas a nosotros o te limites a apartarte de nuestro camino.

—¿Gratificación? Estoy escuchando, Febryl.

—Ella desaparecerá, así como el Imperio de Malaz. Siete Ciudades será libre, como lo era antaño. Pero la senda del Torbellino permanecerá, volverá a Dryjhna, al culto del Apocalipsis que está y siempre ha estado en el corazón de la rebelión. Ese culto necesita alguien que lo domine, un sumo sacerdote, instalado en un templo inmenso y suntuoso, honrado por todos como es debido. ¿Qué forma le darías a ese culto? —Febryl sonrió—. Parece que ya has empezado, Bidithal. Oh, sí, lo sabemos todo sobre tus... niñas

especiales. Imagínate, entonces, toda Siete Ciudades a tu disposición. Toda Siete Ciudades, para la que sería un honor entregarte a sus hijas no deseadas.

Bidithal se lamió los labios y apartó los ojos.

—Debo pensar en ello…

—Ya no queda tiempo. Únete a nosotros o apártate.

—¿Cuándo comenzáis?

—Bueno, Bidithal, ya hemos empezado. La consejera y sus legiones están apenas a unos días de distancia. Ya hemos movido a nuestros agentes, se encuentran todos en su lugar, listos para completar sus tareas asignadas. El momento de la indecisión ya ha pasado. Decídete. Ya.

—Muy bien. Tenéis el camino despejado, Febryl. Acepto tu oferta. Pero mi culto debe seguir siendo mío, para que yo le dé forma como desee. Nada de interferencias…

—Ninguna. Es una promesa…

—¿De quién?

—Mía.

—¿Y qué hay de Korbolo Dom y Kamist Reloe?

La sonrisa de Febryl se ensanchó.

—¿De qué sirven sus juramentos, Bidithal? La emperatriz tuvo el de Korbolo Dom una vez. Sha'ik también…

Como tuvo también el tuyo, Febryl.

—Entonces, nosotros, tú y yo, nos entendemos.

—Desde luego que sí.

Bidithal vio alejarse al mago supremo a grandes zancadas. *Sabía que mis espíritus de sombra me rodeaban, pero los desdeñó. No había tercera opción. Si hubiera optado por desafiarle, ahora estaría muerto. Lo sé. Puedo sentir el aliento frío del Embozado, aquí, en este callejón. Mis poderes están… comprometidos. ¿Cómo?* Necesitaba descubrir la fuente de la confianza de Febryl. Antes de poder

hacer nada, antes de dar un solo paso. *¿Y qué paso será ese? La oferta de Febryl me… atrae*.

Pero Febryl había prometido que no habría interferencias, al tiempo que revelaba una indiferencia arrogante al poder que Bidithal ya había conseguido. Una indiferencia que indicaba un conocimiento íntimo. *No se desdeña algo de lo que no sabes nada, después de todo. No en esta fase*.

Bidithal reanudó su regreso al templo. Se sentía… vulnerable. Una sensación desconocida que le provocó un temblor en los miembros.

Un leve picotazo y un escozor, después el entumecimiento se extendía desde los pulmones al resto del cuerpo. Scillara echó la cabeza hacia atrás, no quería exhalar, durante solo un instante creyó que había desaparecido la necesidad de respirar. Después explotó con un ataque de tos.

—Calla —gruñó con desdén Korbolo Dom al tiempo que hacía rodar una botella tapada por las mantas en su dirección—. Bebe esto, mujer. Después abre las cortinas, apenas puedo ver con todo lo que me lloran los ojos.

Escuchó las botas del hombre que se movían por las esteras y salían a una de las cámaras traseras. La tos se le había pasado. Sentía el pecho lleno de un líquido espeso y empalagoso. La cabeza le daba vueltas y luchó por recordar lo que había pasado solo unos momentos antes. Febryl había llegado. Emocionado, le había parecido. Algo sobre su amo, Bidithal. La culminación de un triunfo aguardado durante mucho tiempo. Los dos habían entrado en las habitaciones interiores.

Había habido un tiempo, una vez, estaba bastante segura, en el que podía pensar con claridad, aunque,

sospechaba, buena parte de esos pensamientos eran desagradables. Así que no había muchas razones para echar de menos esos días. Salvo por la claridad en sí, esa agudeza que convertía en natural el acto de recordar. Ella deseaba tanto servir a su amo, y servirlo bien. Con distinción suficiente para ganarse sus nuevas responsabilidades, para asumir nuevos papeles, papeles que no incluyeran, quizás, entregar su cuerpo a los hombres. Un día, Bidithal no sería capaz de ocuparse de todas las chicas nuevas como hacía en esos momentos, habría demasiadas, incluso para él. Scillara estaba segura que podría arreglárselas con las heridas, con la eliminación del placer.

No agradecerían esa libertad, por supuesto. Al principio no. Pero podía ayudarlas con eso. Palabras amables y durhang de sobra para mitigar el dolor físico… y la indignación.

¿Había sentido ella indignación? ¿De dónde había salido esa palabra que había llegado de forma tan repentina e inesperada a sus pensamientos?

Se incorporó y se apartó vacilando de los cojines para acercarse a los pesados cortinajes que bloqueaban el aire nocturno del exterior. Estaba desnuda, pero no le importaba el frío. Una ligera incomodidad en la pesadez de sus pechos descubiertos. Había estado embarazada dos veces, pero Bidithal se había ocupado de eso, le había dado infusiones amargas que habían roto las raíces de la semilla y la habían expulsado de su cuerpo. Había sentido esa misma pesadez aquellas veces y se preguntó si otra más de las semillas del napaniano había prendido en su interior.

Scillara manoseó los cordones hasta que uno de los cortinajes se plegó y pudo asomarse a la calle oscura.

Los dos guardias eran visibles cerca de la entrada situada a unos pasos a la izquierda. Los hombres echaron un vistazo,

con los rostros ocultos por los cascos y las capuchas de las telabas. Y le pareció que seguían mirándola con fijeza, aunque sin ofrecer saludo o comentario alguno.

Había una extraña monotonía en el aire nocturno, como si el humo que llenaba la cámara de la tienda se hubiera posado con una capa permanente sobre sus ojos que oscureciera todo lo que miraba. Se quedó allí de pie durante un momento más, vacilante, y después se acercó a la entrada.

Febryl había dejado las solapas desatadas. Las apartó y salió entre los dos guardas.

—¿Ya se llenó de ti esta noche, Scillara? —preguntó uno.

—Quiero caminar. Cuesta respirar. Creo que me estoy ahogando.

—Ahogando en el desierto, sí —rezongó el otro, después se rio.

Ella pasó junto a él tambaleándose, y escogió una dirección al azar.

Pesada. Llena. Ahogándome en el desierto.

—Esta noche no, muchacha.

Tropezó al darse la vuelta, extendió los dos brazos para no caerse y miró con los ojos guiñados al guardia que la había seguido.

—¿Qué?

—Febryl se ha cansado de que espíes. Quiere a Bidithal ciego y sordo en este campamento. Me aflige, Scillara. De veras. —La cogió por un brazo, el guantelete la ciñó con fuerza—. Es un favor, creo, y lo haré tan indoloro como sea posible. Porque me gustaste una vez. Siempre estabas sonriendo, aunque, por supuesto, era sobre todo el durhang. —La iba alejando mientras hablaba, se apartaban de la avenida principal y penetraban en los callejones sembrados de basura que había entre los muros de las tiendas—. Estoy

tentado a buscar el placer contigo antes. Mejor un hijo del desierto que un napaniano de piernas arqueadas para que sea tu último recuerdo del amor, ¿no?

—¿Vas a matarme? —Le estaba costando comprender aquella idea, cualquier idea.

—Me temo que debo hacerlo, muchacha. No puedo desafiar a mi amo, sobre todo en esto. Con todo, debería ser un alivio para ti que sea yo y no algún desconocido. Porque no seré cruel, como ya te he dicho. Aquí, en estas ruinas, Scillara, han barrido y limpiado el suelo, no es la primera vez que lo usan, pero si se eliminan todos los indicios de inmediato, no hay pruebas que encontrar, ¿verdad? Hay un viejo pozo en el jardín para los cuerpos.

—¿Vas a arrojarme al pozo?

—A ti no, solo tu cuerpo. Tu alma habrá atravesado la puerta del Embozado para entonces, muchacha. Me aseguraré de eso. Ahora échate aquí, sobre mi manto. Durante mucho tiempo he contemplado tu precioso cuerpo sin poder tocarlo. También he soñado con besar esos labios.

Scillara estaba echada sobre el manto y contemplaba las estrellas borrosas y tenues mientras el guardia se desabrochaba el cinturón de la espada y después empezaba a quitarse la armadura. Lo vio sacar un cuchillo, la hoja negra y reluciente, y ponerlo en un lado del suelo de losas.

Después las manos masculinas le estaban abriendo los muslos.

No hay placer. Ha desaparecido. Es un hombre atractivo. El marido de una mujer. Prefiere el placer antes del trabajo, como yo lo preferí una vez. Creo. Pero ahora no sé nada de placeres.

Lo que no dejaba nada más que el trabajo.

El manto se arrugaba bajo ella al tiempo que los gruñidos del hombre le llenaban los oídos. Scillara estiró el brazo y

cerró la mano alrededor de la empuñadura del cuchillo. Lo levantó y la otra mano se unió a él por encima del guardia.

Después le clavó el cuchillo en la parte inferior de la espalda, el filo de la hoja se incrustó entre dos vértebras y partió la médula, la punta continuó avanzando con un movimiento entrecortado, rasgó membranas y traspasó los intestinos de la parte media e inferior de la tripa del guardia.

Este se derramó en ella en el momento de la muerte, sus estremecimientos se convirtieron en espasmos, el aliento siseó al salir de una boca de repente sin fuerzas y la frente chocó contra el suelo de piedra junto a la oreja izquierda de la mujer.

Scillara dejó el cuchillo hundido hasta la mitad (hasta donde sus fuerzas lo habían empujado) de la espalda del hombre y empujó el cuerpo inerte hasta que rodó a un lado.

Una mujer del desierto fue tu último recuerdo del amor.

Scillara se sentó, quería toser, pero tragó hasta que pasó la necesidad. Pesada y más pesada todavía.

Soy un recipiente lleno a rebosar, pero siempre hay espacio para más. Más durhang. Más hombres y sus semillas. Mi amo encontró el centro de mi placer y lo eliminó. Siempre llena, pero nunca hasta arriba. No hay base en este recipiente. Eso es lo que ha hecho.

Lo que nos ha hecho a todas.

Se levantó vacilante y se quedó mirando el cadáver del guardia, las manchas húmedas que se extendían bajo él.

Un sonido tras ella. Scillara se volvió.

—Zorra asesina.

La mujer frunció el ceño al ver al segundo guardia que avanzaba hacia ella sacando una daga.

—El muy necio te quería a solas durante un rato. Eso es lo que pasa por no hacer caso de las órdenes de Febryl, se lo advertí…

Scillara se había quedado mirando la mano que sujetaba la daga, así que la cogió desprevenida el movimiento brusco de la otra mano, los nudillos que se estrellaron con dureza contra su mandíbula.

Parpadeó y abrió los ojos a una sacudida, un movimiento que la mareaba. La estaban arrastrando entre la basura, tiraban de ella por un brazo. De algún sitio más adelante surgía el hedor de la trinchera de las letrinas, espeso como la niebla, una bocanada de aire cálido y emponzoñado. Tenía los labios rotos y el sabor de la sangre en la boca. El hombro del brazo que tenía agarrado el guardia le palpitaba.

El hombre estaba murmurando.

—Muy bonita, sin duda. No creo. Cuando se esté ahogando en suciedad. El muy idiota, y ahora está muerto. Era un trabajo sencillo, después de todo. No hay escasez de putas en este maldito campamento. Qué… quién…

Se había detenido.

Con la cabeza bamboleándose, Scillara captó el contorno borroso de una figura achaparrada que surgía de la oscuridad.

El guardia le soltó la muñeca y le cayó el brazo con un golpe seco en el barro húmedo y sucio. Lo vio echar mano de la espada.

Entonces la cabeza masculina se levantó con un golpe seco y el sonido de dientes partidos, seguido por un chorro caliente que salpicó los muslos de Scillara. Sangre.

La mujer creyó ver un extraño fulgor de color esmeralda que salía de una mano del asesino del guardia, una mano con garras como las de un gato enorme.

La figura pasó por encima de la forma derrumbada del guardia, que había dejado de moverse, y se agachó sin prisas junto a Scillara.

—Te he estado buscando —gruñó el hombre—. O de eso me acabo de dar cuenta. Es extraordinario cómo simples vidas pueden mezclarse en todo el jaleo, una y otra vez, todas atrapadas en el gran remolino. Dan vueltas y más vueltas y nunca dejan de descender, al parecer. Siempre van hacia abajo. Necios, todos nosotros, si pensamos que podemos alejarnos nadando de esa corriente.

Las sombras tenían un aspecto extraño en él. Como si se encontrara bajo palmeras y hierbas altas, pero no, solo estaba el cielo nocturno sobre aquel hombre achaparrado de hombros anchos. Estaba tatuado, comprendió Scillara, con las púas de un tigre.

—Muertes de sobra en los últimos tiempos —murmuró el hombre mientras la miraba con unos ojos de color ámbar—. Todos esos cabos sueltos que se están atando, supongo.

La mujer lo vio estirar aquella mano resplandeciente y con garras. Se posó, con la palma hacia abajo, cálida entre sus pechos. Las puntas de las garras le pellizcaron la piel y la mujer sintió que la atravesaba un estremecimiento.

Una sensación que se extendió, una corriente caliente que le corrió por las venas. El calor se hizo de repente fiero, por la garganta, los pulmones, entre las piernas.

El hombre lanzó un gruñido.

—Creí que era tisis, esos pitidos al respirar. Pero no, solo es un exceso de durhang. En cuanto al resto, bueno, es algo extraño, lo del placer. Algo que Bidithal querría que no conocieras jamás. El enemigo del placer no es el dolor. No, el dolor no es más que el camino que lleva a la indiferencia. Y la indiferencia destruye el alma. Por supuesto, a Bidithal le gustan las almas destruidas… almas que reflejen la suya propia.

Si el hombre continuó hablando después de eso, ella no lo oyó, porque las sensaciones largo tiempo perdidas la

inundaron, solo un tanto amortiguadas por la persistente y satisfactoria bruma del durhang. Se sintió maltratada entre las piernas, pero sabía que esa sensación pasaría.

—Indignación.

El hombre la estaba cogiendo en brazos, pero se detuvo un instante.

—¿Has hablado?

Indignación. Sí. Eso.

—¿Adónde me llevas? —La pregunta salió entre tos y tos y ella le apartó los brazos para inclinarse y escupir las flemas mientras él respondía.

—A mi templo. No temas, es seguro. Ni Febryl ni Bidithal te encontrarán allí. Se te ha curado a la fuerza, muchacha, y necesitarás dormir un poco.

—¿Qué quieres de mí?

—No estoy seguro todavía. Creo que voy a necesitar tu ayuda, y pronto. Pero la decisión es tuya. Tampoco tendrás que entregar… nada que no quieras. Y si decides alejarte sin más, eso también me parecerá bien. Te daré dinero y provisiones, y quizás incluso te busque un caballo. Podemos discutirlo mañana. ¿Cómo te llamas?

El hombre bajó los brazos una vez más y la levantó sin esfuerzo.

—Scillara.

—Yo soy Heboric, destriant de Treach, el Tigre del Verano y dios de la Guerra.

Scillara se lo quedó mirando cuando el hombre echó a andar por el sendero con ella en brazos.

—Me temo que te voy a decepcionar, Heboric. Creo que ya estoy harta de sacerdotes.

Lo sintió encogerse de hombros y después lo vio esbozar una sonrisa cansada cuando bajó la cabeza para mirarla.

—No pasa nada. Yo también.

Felisin despertó poco después de que L'oric regresara con un cordero recién matado para su familiar demonio, Ranagrís. Seguramente, reflexionó el mago supremo cuando la joven se removió bajo la lona alquitranada, la había despertado el sonido del crujido de los huesos.

El apetito del demonio era voraz y L'oric admiró su acercamiento resuelto, si bien no el enfoque desastrado que le daba al acto de comer.

Felisin salió envuelta en sus mantas y se acercó a L'oric. Estaba muy callada, el cabello despeinado alrededor de su rostro joven y bronceado mientras observaba al demonio consumir los últimos restos del cordero con bocados estrepitosos y violentos.

—Ranagrís —murmuró L'oric—. Mi nuevo familiar.

—¿Tu familiar? ¿Estás seguro de que no es al revés? Esa cosa podría comernos a los dos.

—*Observadora. Tiene razón, compañero L'oric. Sensiblero. Anadearía por ahí. Cielos. Vulnerabilidad aletargada. Afligido. Muy solo*.

—De acuerdo —sonrió L'oric—. Una alianza es un término mejor para nuestra asociación.

—Tienes barro en las botas y trozos enganchados de juncos y de hierba.

—He viajado esta noche, Felisin.

—¿En busca de aliados?

—No a propósito. No, lo que buscaba eran respuestas.

—¿Y has encontrado alguna?

L'oric dudó y después suspiró.

—Algunas. Menos de lo que esperaba. Pero regreso sabiendo una cosa segura. Y es que debes irte. Tan pronto como sea posible.

La mirada de la joven era inquisitiva.

—¿Y qué hay de ti?

—Te seguiré tan pronto como pueda.

—¿He de irme sola?

—No. Tendrás a Ranagrís contigo. Y a alguien más… espero.

La joven asintió.

—Me encuentro preparada. Estoy harta de este sitio. Ya no sueño con vengarme de Bidithal. Solo quiero irme. ¿Es muy cobarde por mi parte?

L'oric sacudió la cabeza poco a poco.

—De Bidithal nos ocuparemos, muchacha, de un modo acorde con sus crímenes.

—Si tienes intención de asesinarlo, entonces te aconsejaría que no enviaras a Ranagrís conmigo. Bidithal es poderoso, quizá más de lo que imaginas, y yo puedo viajar sola, nadie vendrá a perseguirme, después de todo.

—No. Por mucho que me apetezca matar a Bidithal en persona, no morirá por mi mano.

—Hay algo siniestro en lo que estás diciendo, o quizás, en lo que no estás diciendo, L'oric.

—Habrá una convergencia, Felisin. Con unos… invitados inesperados. Y no creo que aquí sobreviva nadie a su compañía durante mucho tiempo. Habrá una… inmensa matanza.

—Entonces, ¿por qué te quedas?

—Para presenciarlo, muchacha. Durante todo el tiempo que pueda.

—¿Por qué?

Él hizo una mueca.

—Como ya he dicho, sigo buscando respuestas.

—¿Y son lo bastante importantes como para arriesgar la vida?

—Lo son. Y ahora, he de dejarte aquí, te confío a Ranagrís por un rato. Estás a salvo y cuando regrese será con las

provisiones y monturas necesarias.

Felisin le echó un vistazo a la criatura cubierta de escamas y aspecto de mono con cuatro ojos.

—A salvo, has dicho. Al menos hasta que le entre el hambre.

—Admirado. Protegeré a esta. Pero no tardes mucho tiempo. Ja, ja.

El alba comenzaba a iluminar el cielo del este cuando Heboric se hizo a un lado para aguardar a su visitante. El destriant permaneció envuelto en la oscuridad tanto como pudo, no para ocultarse de L'oric, al que en ese momento observaba aparecer y acercarse, sino para ocultarse de cualquier otro observador. Quizá pudieran discernir una figura, agazapada allí, en la puerta de la tienda, pero poco más que eso. Se había envuelto en un pesado manto, se había subido la capucha para taparse la cabeza y ocultaba las manos bajo los pliegues.

Los pasos de L'oric se ralentizaron al irse acercando. No habría forma de ocultarle la verdad a aquel hombre y Heboric sonrió cuando vio que el mago supremo abría mucho los ojos.

—Sí —murmuró Heboric—. Yo era reacio, pero está hecho y lo he asumido.

—¿Y qué interés trae a Treach aquí? —preguntó L'oric después de un largo e incómodo momento.

—Habrá una batalla —respondió Heboric con un encogimiento de hombros—. Más allá de eso… bueno, no estoy seguro. Veremos, espero.

L'oric parecía cansado.

—Esperaba convencerte para que te fueras. Para que te llevaras a Felisin de aquí.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—Aleja su campamento una legua, más allá del límite nordeste del oasis. Tres caballos ensillados, tres caballos más de carga. Comida y agua suficientes para tres, para que podamos llegar hasta G’danisban.

—¿Tres?

Heboric sonrió.

—Tú no eres consciente de ello, pero hay cierta… poesía en que seamos tres.

—Muy bien. ¿Y cuánto tiempo debería tener que esperar ella?

—El tiempo que considere aceptable, L’oric. Al igual que tú, tengo intención de permanecer aquí todavía unos días más.

Los ojos se le velaron.

—La convergencia.

Heboric asintió.

L’oric suspiró.

—Somos tontos, tú y yo.

—Es probable.

—En otro tiempo tuve la esperanza, Manos Fantasmales, de que hubiera una alianza entre nosotros.

—Existe, más o menos, L’oric. Suficiente para garantizar la seguridad de Felisin. No es que nos las hayamos arreglado muy bien con esa responsabilidad hasta ahora. Yo podría haber ayudado —rezongó Heboric.

—Me sorprende, si sabes lo que le hizo Bidithal, que no hayas buscado venganza.

—¿Venganza? ¿Qué sentido tiene? No, L’oric, tengo una respuesta mejor para las carnicerías de Bidithal. Deja a Bidithal en manos de su destino…

El mago supremo se sobresaltó y después sonrió.

—Qué extraño, hace solo un rato le dije palabras parecidas a Felisin.

Heboric observó irse al hombre. Tras un momento, el destriant dio la vuelta y volvió a entrar en su templo.

—Hay algo… inexorable en ellos…

Estaban en el camino de las lejanas legiones y veían el destello del hierro vacilando como metal fundido bajo una columna de polvo que, desde ese ángulo, parecía alzarse recta y extenderse en una mancha brumosa con los fuertes vientos del desierto. Al oír a Leoman, Corabb Bhilan Thenu’alas se estremeció. El polvo se colaba por los pliegues de su andrajosa telaba; el aire, tan cerca del muro del Torbellino, estaba impregnado de arena suspendida y le llenaba la boca de tierra.

Leoman se giró en la silla para estudiar a sus guerreros.

Corabb ancló la lanza astillada en el estribo y se acomodó en la silla. Se hallaba agotado. Habían intentado hacer incursiones casi cada noche y, aunque su compañía no había estado envuelta directamente en la lucha, se habían producido retiradas que cubrir, contraataques que mitigar y luego la huida. Siempre la huida. Si Sha’ik le hubiera dado a Leoman cinco mil guerreros, la consejera y su ejército serían los que tendrían que retirarse. Hasta el mismísimo Aren, vapuleados y cojeando.

Leoman había hecho lo que había podido con lo que tenía, sin embargo, y habían ganado (con sangre) un puñado de valiosísimos días. Es más, habían medido las tácticas de la consejera y el ánimo de los soldados. En alguna ocasión, la presión concertada sobre la infantería regular los había hecho combarse y si Leoman hubiera contado con el número necesario, podría haber seguido

presionando y haberlos aplastado. En su lugar, llegaban las Lágrimas Quemadas, o los wickanos o esos malditos infantes de marina y los guerreros del desierto eran los que huían. Adentrándose en la noche, perseguidos por guerreros montados tan hábiles y tenaces como los de Leoman.

Quedaban unos setecientos, habían tenido que dejar a muchos heridos por el camino, encontrados y masacrados por las Lágrimas Quemadas de los khundryl, con varias partes del cuerpo recogidas como trofeos.

Leoman se volvió a girar en la silla otra vez.

—Hemos terminado.

Corabb asintió. El ejército malazano llegaría al muro del Torbellino antes del atardecer.

—Quizá su otataralita fracase —sugirió—. Quizá la diosa los destruya a todos esta misma noche.

Las líneas que rodeaban los ojos azules de Leoman se profundizaron al entrecerrarlos para contemplar las legiones que avanzaban.

—No creo. No hay nada puro en la hechicería del torbellino, Corabb. No, habrá una batalla, al borde mismo del oasis. Korbolo Dom estará al mando del ejército del Apocalipsis. Y tú y yo, y es probable que Mathok, nos buscaremos una atalaya adecuada… para mirar.

Corabb se inclinó hacia un lado y escupió.

—Nuestra guerra está acabada —terminó Leoman mientras recogía las riendas.

—Korbolo Dom nos necesitará —aseveró Corabb.

—Si se da el caso, es que habremos perdido.

Azuzaron a los cansados caballos y atravesaron el muro del Torbellino.

Podía cabalgar a medio galope durante medio día, dejar que el caballo jhag cayera en un paso largo con la cabeza gacha por espacio de una campanada y después reanudar el medio galope hasta el atardecer. Estragos era una bestia como no había conocido ninguna otra, incluyendo a su tocayo. Había cabalgado lo bastante cerca del lado norte de Ugarat como para ver vigías en la muralla y, de hecho, habían enviado una veintena de guerreros montados para impedirle que cruzara el amplio puente de piedra que salvaba el río, jinetes que deberían haber llegado al puente mucho antes que él.

Pero Estragos lo había comprendido todo y el medio galope se había convertido en un galope tendido, con el cuello muy estirado; habían llegado cincuenta zancadas por delante de los guerreros que los perseguían. El tráfico en el puente se dispersó a su paso y el espacio era lo bastante ancho como para permitirle rodear con comodidad las carretas y los carromatos. A pesar de lo ancho que era el río Ugarat, alcanzaron el otro lado en menos de una docena de latidos, el atronar de los cascos de Estragos cambió de timbre al pasar de la piedra a la tierra prensada cuando se adentraron en el odhan de Ugarat.

La distancia pareció perder importancia para Karsa Orlong. Estragos lo llevaba sin esfuerzo. No había necesidad de silla y la única rienda que rodeaba el cuello del semental era cuanto necesitaba para guiar a la bestia. El teblor tampoco ató las patas del caballo al llegar la noche, sino que lo dejó libre para que pastara por las inmensas extensiones de hierba que se abrían por todas partes.

El norte del odhan de Ugarat se había estrechado entre el bucle interior de los dos ríos principales (el Ugarat y el otro

que Karsa recordaba que se llamaba Mersin o Thalas). Una cordillera de colinas recorría el terreno de norte a sur y separaba los dos ríos, sus cimas y laderas de tierra prensada por las migraciones estacionales de los bhederin a lo largo de miles de años. Esos rebaños habían desaparecido, aunque sus huesos permanecían allí donde depredadores y cazadores los habían derribado y los terrenos se utilizaban como pastos ocasionales, apenas poblados, y eso solo en la estación de lluvias.

Durante la semana que le llevó cruzar esas colinas, Karsa no vio más que indicios de campamentos de pastores y montones de piedras que señalaban linderos, y las únicas criaturas que pastaban eran antílopes y una especie de ciervos grandes que se alimentaban solo de noche y pasaban los días acostados en zonas bajas repletas de hierbas altas y amarillas. Era fácil sacarlos y luego derribarlos para proporcionarle a Karsa algún que otro festín.

El río Mersin era poco profundo y apenas llevaba agua ya tan avanzada la estación seca. Karsa lo había vadeado y después había cabalgado hacia el nordeste, había recorrido las pistas que rodeaban los flancos del sur de las montañas Thalas y después había virado al este, hasta la ciudad de Lato Revae, al borde mismo del sagrado desierto.

Atravesó el camino del sur de las murallas de la ciudad por la noche, para evitar todo contacto, y alcanzó el paso que llevaba a Raraku al amanecer del día siguiente.

Una urgencia generalizada lo empujaba. Era incapaz de explicar el deseo que lo invadía, pero no lo cuestionaba. Había pasado fuera mucho tiempo y creía que la batalla de Raraku no se había producido, pero presentía que era inminente.

Y Karsa quería estar allí. No para matar malazanos, sino para proteger a Leoman. Pero había una verdad más oscura,

lo sabía bien. La batalla sería un día de caos y Karsa Orlong quería contribuir a ese caos. *Con Sha'ik o sin Sha'ik, los hay en su campamento que se merecen solo la muerte. Y se la daré yo*. No se molestó en conjurar una lista de razones, de insultos lanzados, de desdén desvelado, de crímenes cometidos. Se había mostrado indiferente durante mucho tiempo, indiferente a tantas cosas. Había refrenado los puntos más fuertes de su espíritu, entre ellos la necesidad de pronunciarse y actuar en consecuencia y con decisión, como un auténtico teblor.

He tolerado los engaños y la malicia durante tiempo más que suficiente. Mi espada les dará ahora respuesta.

Al guerrero toblakai le interesaba incluso menos crear una lista de nombres, ya que los nombres inducían a juramentos y él ya estaba harto de juramentos. No, mataría según le llevaran sus apetencias.

Estaba deseando regresar a casa.

Siempre que llegara a tiempo.

Al descender las laderas que bajaban al sagrado desierto, fue un alivio ver, a mucha distancia al norte y el este, la cresta roja de furia que era el muro del Torbellino. Ya solo faltaban unos días.

Le sonrió a aquella cólera lejana, porque la entendía. Constreñida, encadenada durante tanto tiempo, la diosa pronto desataría su ira. Karsa percibió su hambre, tan palpable como la de las dos almas que albergaba su espada. La sangre de ciervo era demasiado clara.

Detuvo a Estragos en un antiguo campamento cerca del borde de una salina. Las laderas que tenía detrás le proporcionarían la última oportunidad de conseguir forraje y agua para el caballo en ese lado del muro del Torbellino, así que pasaría tiempo allí para hacer fardos de hierba para el

viaje y para rellenar las botas de agua en el manantial que había a diez pasos del campamento.

Hizo un fuego usando los últimos trozos de estiércol de bhederin del Jhag Odhan (algo que hacía muy pocas veces) y, tras comer, abrió el paquete que contenía la t'lan imass destrozada y sacó los restos por primera vez.

—¿Estás impaciente por deshacerte de mí? —preguntó 'Siballe con voz seca y ronca.

Karsa gruñó mientras miraba a la criatura desde su altura.

—Hemos viajado hasta muy lejos, No Hallada. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que te contemplé.

—¿Entonces por qué has decidido contemplarme ahora, Karsa Orlong?

—No lo sé. Ya lo lamento.

—He visto la luz del sol a través del tejido de la tela. Preferible a la oscuridad.

—¿Por qué debería interesarme lo que prefieres?

—Porque, Karsa Orlong, estamos dentro de la misma Casa. La Casa de Cadenas. Nuestro señor…

—Yo no tengo señor —gruñó el teblor.

—Como él querría —respondió 'Siballe—. El dios Tullido no espera que te arrodilles. No le da órdenes a su espada mortal, a su caballero de Cadenas, pues eso es lo que eres, el papel para el que te han ido dando forma desde el principio.

—Yo no estoy en esa Casa de Cadenas, t'lan imass. Ni aceptaré otro dios falso.

—No es falso, Karsa Orlong.

—Tan falso como tú —dijo el guerrero enseñando los dientes—. Que se alce ante mí y mi espada hablará por mí. Dices que me han dado forma. Entonces hay mucho de lo que debe responder.

—Los dioses lo encadenaron.

—¿Qué quieres decir?

—Lo encadenaron, Karsa Orlong, al suelo muerto. Está destrozado. Inmerso en un dolor eterno. Lo ha crispado y retorcido el cautiverio y ahora solo conoce el sufrimiento.

—Entonces romperé sus cadenas…

—Me complace…

—Y luego lo mataré.

Karsa cogió a la destrozada t'lan imass por el único brazo que tenía y la volvió a meter en el fardo. Después se levantó.

Grandes tareas le esperaban. Una idea muy satisfactoria.

Una Casa es solo otra prisión más. Y yo ya estoy harto de prisiones. Alza muros a mi alrededor y los derribaré todos.

Duda de mis palabras, dios Tullido, y lo lamentarás…

Capítulo 22



La otataralita, creo, nació de la hechicería. Si sostenemos que la magia se alimenta de energías ocultas, se deduce entonces que hay límites para esas energías. Un desvelamiento de poder suficiente que, con posterioridad, pierda el control, bien podría secar esas fuerzas vitales.
Además, se dice que las sendas ancestrales se resisten al efecto amortiguador de la otataralita, lo que sugiere que los niveles de energía del mundo tienen múltiples capas a un nivel profundo. Solo hay que contemplar la energía vital de la carne corpórea y compararla con la energía innegable que existe dentro de un objeto inanimado, como una roca. Un examen descuidado quizá sugiera que la primera está viva mientras que la última no. De este modo, quizá la otataralita no sea tan anuladora como podría parecer en un primer momento...

Reflexiones sobre las propiedades físicas del mundo
Tryrssan de Mott

A los pelotones noveno, undécimo y duodécimo, infantería media, los habían agregado a los infantes de marina de la compañía novena. También corrían rumores sobre los pelotones primero, segundo y tercero (la infantería pesada con sus descomunales músculos y el ceño fruncido), que pronto se unirían a ellos para formar una unidad de lucha independiente.

Ninguno de los pelotones recién llegados era totalmente desconocido para Cuerdas. Se había empeñado en

aprenderse nombres y memorizar caras de toda la compañía novena.

Con los pies doloridos y cansados tras tantas noches interrumpidas, el sargento y su pelotón estaban despatarrados alrededor de una de las hogueras, adormecidos por el rugido incesante del muro del Torbellino, que estaba a mil pasos al norte del ejército acampado. Hasta la ira podía entumecer, según parecía.

El sargento Bálsamo, del noveno pelotón, se acercó tras dirigir a sus soldados hacia su nuevo campamento. Alto y de hombros anchos, el dalhonesio había impresionado a Cuerdas con su fría indiferencia a la presión. El pelotón de Bálsamo ya había luchado lo suyo y los nombres del cabo Olor a Muerto, Rebanagaznates, Jarretesgrandes, Galt y Lóbulo ya formaban parte de las historias que corrían de boca en boca por toda la legión. Ocurría lo mismo con algunos de los otros dos pelotones. Moak, Quemado y Apilador. Thom Tissy, Tulipán, Rampa y Capaz.

La infantería pesada todavía tenía que estrenar la espada, pero a Cuerdas le había impresionado su disciplina (*es más fácil con los ceños fruncidos, claro. Diles que se pongan firmes y echan raíces en las rocas*). Unos cuantos de ellos se estaban acercando sin prisas, observó. Destello de Ingenio, Tazón, Chato y Uru-Hela. Todos y cada uno con una pinta aterradora.

El sargento Bálsamo se agachó a su lado.

—Tú eres el que se llama Cuerdas, ¿no? Tengo entendido que no es tu verdadero nombre.

Cuerdas alzó las cejas.

—¿Y «Bálsamo» lo es?

El joven de piel oscura frunció el ceño, las pesadas cejas se unieron con el gesto.

—Bueno, pues sí, lo es.

Cuerdas le echó un vistazo a otro soldado del noveno pelotón, un hombre que andaba por allí con toda la pinta de querer matar algo.

—¿Y qué hay de ese? ¿Cómo dices que se llama? ¿Rebanagaznates? ¿Tú crees que su mamá decidió ponerle así a su pequeñín?

—No sé decirte —respondió Bálsamo—. Dale a un crío pequeño un cuchillo y quién sabe lo que pasa.

Cuerdas estudió al hombre por un momento y después rezongó:

—¿Querías verme por algo?

Bálsamo se encogió de hombros.

—La verdad es que no. Más o menos. ¿Qué piensas de las nuevas unidades del capitán? Parece un poco tarde para hacer cambios…

—No es nada tan nuevo, en realidad. Las legiones de Melena Gris a veces se distribuyen así. En cualquier caso, nuestro nuevo puño lo ha aprobado.

—Keneb. No estoy muy seguro de él.

—¿Y lo estás de nuestro lozano capitán?

—Sí, lo estoy. Es aristócrata, ese Ranal. Eso lo dice todo.

—¿Lo que significa?

Bálsamo apartó la mirada y empezó a rastrear un pájaro lejano en pleno vuelo.

—Oh, solo que es muy probable que consiga que nos maten a todos.

Ah.

—Habla más alto, no todo el mundo ha oído tu opinión.

—Ni falta que hace, Cuerdas. La comparten.

—Compartirla no es lo mismo que decirla.

Gesler, Borduke y los sargentos del undécimo y duodécimo pelotón se acercaron y se hicieron las debidas presentaciones entre murmullos. Moak, del undécimo, era

falari, de cabello cobrizo y con barba, como Cuerdas. Había recibido un lanzazo en la espalda que lo había atravesado del hombro al trasero y, a pesar de todos los esfuerzos del sanador, era obvio que luchaba con unos músculos mal curados. El sargento del duodécimo, Thom Tissy, era un hombre achaparrado, con una cara que podría resultarle atractiva a la hembra de algún sapo, las mejillas picadas de viruelas y el dorso de las manos cubierto de verrugas. Carecía casi de pelo, como vieron los otros cuando se quitó el casco.

Moak miró a Cuerdas con los ojos entornados durante un largo instante, como si intentara conjurar su identidad, después sacó una espina de pescado de la saquita del cinturón y empezó a limpiarse los dientes.

—¿Alguien más ha oído hablar del soldado asesino? Infantería pesada, no sé qué compañía, ni siquiera estoy seguro de qué legión. Se llama Neffarias Bredd. He oído que mató a dieciocho asaltantes en una sola noche.

Cuerdas levantó la mirada para encontrarse con la de Gesler, pero la expresión de ninguno de los dos hombres cambió.

—Yo oí que fueron dieciocho una noche, trece la siguiente —dijo Thom Tissy—. Tendremos que preguntarles a los ceños fruncidos cuando aparezcan.

—Bueno —señaló Cuerdas—, hay uno allí. —Levantó la voz—. ¡Destello de Ingenio! Ven a unirte a nosotros por un momento, si no te importa.

El grupo pareció temblar al acercarse la mujer. Era napaniana y Cuerdas se preguntó si sabía que era mujer. Los músculos de sus brazos eran más grandes que los muslos de Cuerdas. Se había rapado todo el pelo y el rostro redondo carecía de todo adorno salvo por un aro de bronce en la

nariz. Sin embargo, tenía unos ojos de una belleza sorprendente, de color verde esmeralda.

—¿Has oído hablar de otro de los pesados, Destello de Ingenio? ¿Neffarias Bredd?

Aquellos ojos extraordinarios se abrieron mucho.

—Mató a cincuenta asaltantes, según dicen.

—¿Qué legión? —preguntó Moak.

La mujer se encogió de hombros.

—No sé.

—Pero no la nuestra.

—No estoy segura.

—Bueno —soltó Moak de repente—, ¿y qué es lo que sabes?

—Mató a cincuenta asaltantes. ¿Puedo irme ya? Tengo que mear.

Todos la observaron alejarse.

—¿De pie, creéis? —preguntó Thom Tissy a los demás.

Moak lanzó un bufido.

—¿Por qué no vas a preguntárselo?

—No tengo tantas ganas de que me maten. ¿Por qué no vas tú, Moak?

—Aquí vienen los sargentos de los pesados —comentó Bálsamo.

Mosel, Sobelone y Tirón podrían haber sido hermanos. Todos procedían de Ciudad Malaz, productos típicos de la raza mestiza que prevalecía en la isla, y el aire amenazante que los rodeaba tenía menos que ver con el tamaño que con la actitud.

Sobelone era la mayor de los tres, una mujer de aspecto severo con vetas grises en el cabello largo y los ojos del color del cielo. Mosel era flaco, los pliegues epicánticos de los ojos indicaban que había sangre kanesiana en su linaje. Llevaba el pelo trenzado y cortado a un dedo de longitud, al

modo de los piratas jakatakanos. Tirón era el más grande de los tres, armado con un hacha corta de un solo filo. El escudo que llevaba atado a la espalda era enorme, de madera noble, recubierto de estaño y ribeteado de bronce.

—¿Cuál de vosotros es Cuerdas? —preguntó Mosel.

—Yo, ¿por qué?

El hombre se encogió de hombros.

—Nada. Solo por saberlo. Y tú —señaló con la cabeza a Gesler—, eres el infante de marina Gesler.

—Pues sí. ¿Qué pasa?

—Nada.

Hubo un momento de silencio incómodo, después habló Tirón, la voz aflautada salía de lo que Cuerdas sospechaba que era una laringe lesionada.

—Hemos oído que la consejera iba a ir al muro mañana. Con esa espada. ¿Y luego qué? ¿Lo apuñala? Es una tormenta de arena, no hay nada que apuñalar. ¿Y no estamos ya en Raraku? ¿El sagrado desierto? Pues no se nota nada, no parece diferente, tampoco. ¿Por qué no nos limitamos a esperarlos sin más? ¿O dejamos que se queden y se pudran ahí, dentro de ese puñetero erial? Si Sha'ik quiere un imperio de arena, que se quede con él.

Era doloroso escuchar aquella voz fracturada y Cuerdas tuvo la sensación de que Tirón no iba a parar nunca.

—Esas son muchas preguntas —dijo en cuanto el hombre hizo una pausa para aspirar una sibilante bocanada de aire —. No se puede dejar aquí ese imperio de arena, Tirón, porque está podrido y la podredumbre se extenderá, perderíamos Siete Ciudades, y se derramó demasiada sangre para conquistar aquello como para dejarlo ir sin más. Y, si bien estamos en Raraku, permanecemos justo en el borde. Puede que sea un sagrado desierto, pero tiene el mismo aspecto que cualquier otro. Si posee algún poder,

entonces está en lo que te hace después de un tiempo. Quizá no en lo que haga, sino en lo que te da. No es fácil explicarlo. —Después se encogió de hombros y tosió.

Gesler se aclaró la garganta.

—El muro del Torbellino es hechicería, Tirón. La espada de la consejera es de otataralita. Habrá un choque entre los dos. Si la espada de la consejera falla, entonces nos vamos todos a casa… o regresamos a Aren…

—No es eso lo que he oído —dijo Moak, después hizo una pausa para escupir antes de continuar—: Viramos al este y luego al norte si no podemos atravesar el muro. A G'danisban o quizás Ehrlitan. Para esperar a Dujek Unbrazo y al mago supremo Tayschrenn. He oído incluso que podrían sacar a Melena Gris de la campaña de Korelri.

Cuerdas se quedó mirando al hombre.

—¿En qué sombras te has metido tú, Moak?

—Bueno, tiene sentido, ¿no?

Cuerdas se incorporó con un suspiro.

—Es todo una pérdida de aliento, soldados. Antes o después nos veremos todos marchando como auténticos estúpidos.

Luego se acercó adonde su pelotón había montado las tiendas.

Sus soldados, Sepia incluido, estaban reunidos alrededor de Botella, que estaba sentado con las piernas cruzadas y parecía estar jugando con palos y ramitas.

Cuerdas se detuvo en seco, un escalofrío extraño lo atravesó entero. *Por los dioses del inframundo, por un momento pensé que estaba viendo a Ben el Rápido, con el pelotón de Whiskeyjack arremolinado alrededor de uno de esos puñeteros rituales peliagudos*… Podía oír unos tenues cánticos en algún lugar del desierto, más allá del campamento, una canción que atravesaba como el filo de

una espada el rugido del muro del Torbellino. El sargento sacudió la cabeza y se acercó.

—¿Qué estás haciendo, Botella?

El joven levantó la cabeza con aire culpable.

—Eh, no mucho, sargento…

—Probando una adivinación —gruñó Sepia—, y por lo que yo veo, no está llegando a ninguna parte.

Cuerdas se agachó lentamente en el círculo, enfrente de Botella.

—Un estilo interesante, muchacho. Palos y ramitas. ¿Dónde aprendiste eso?

—De mi abuela —murmuró el otro.

—¿Era bruja?

—Más o menos. Y mi madre también.

—¿Y tu padre? ¿Qué era tu padre?

—No sé. Había rumores… —El chico agachó la cabeza, claramente incómodo.

—No importa —dijo Cuerdas—. Eso está orientado a la tierra, el patrón que tienes ahí. Necesitas algo más que solo lo que ancla el poder…

Todos los demás se habían quedado mirando a Cuerdas.

Botella asintió y después sacó un muñequito hecho de hierbas entrelazadas, una variedad oscura de hojas violetas. Estaba envuelto en tiras de tela negra.

El sargento abrió mucho los ojos.

—En el nombre del Embozado, ¿quién se supone que es ese?

—Bueno, la mano de la muerte, algo así, o eso quería que fuera. Ya sabes, con esa dirección… Pero no está cooperando.

—¿Estás extrayendo de la senda del Embozado?

—Un poco…

Vaya, hay más en este muchacho de lo que yo pensaba.

—No te preocupes por el Embozado. Puede que ronde, pero no se va a adelantar hasta después de lo que sea e, incluso entonces, es un cabrón indiscriminado. Para esa figura que has hecho, prueba con el patrón de los Asesinos.

Botella se estremeció.

—¿La Cuerda? Pero está demasiado, eh, cerca…

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Sonrisas—. Dijiste que conocías Meanas. Y ahora resulta que también conoces al Embozado. Y brujería. Estoy empezando a pensar que te lo estás inventando todo.

El mago frunció el ceño.

—Está bien, de acuerdo. Y ahora deja de mover los labios. Tengo que concentrarme.

El pelotón se tranquilizó una vez más. Cuerdas clavó la mirada en los varios palos y ramitas que habían clavado en la arena delante de Botella. Tras un largo momento, el mago puso con calma el muñeco en medio, clavando sus piernas en la arena hasta que la figurita se quedó de pie; después retiró la mano con cuidado.

Los palos de uno de los lados estaban colocados en fila. Cuerdas supuso que eso era el muro del Torbellino, ya que los palos empezaron a mecerse como juncos al viento.

Botella estaba murmurando por lo bajo, con una nota creciente de urgencia y después de frustración. Tras un momento, expulsó una bocanada de aire, se echó hacia atrás y abrió los ojos con un parpadeo.

—No sirve de nada…

Los palos habían dejado de moverse.

—¿Se puede meter la mano ahí sin peligro? —preguntó Cuerdas.

—Sí, sargento.

Cuerdas introdujo la mano y cogió el muñeco. Después lo volvió a dejar otra vez en el suelo… al otro lado del muro del

Torbellino.

—Prueba ahora.

Botella se lo quedó mirando un momento, después se inclinó hacia delante y cerró los ojos otra vez.

El muro del Torbellino empezó a oscilar de nuevo. Después, varios de los palitos de esa fila se derrumbaron.

Un grito ahogado surgió del círculo, pero el ceño de Botella se profundizó.

—No se mueve. El muñeco. Puedo sentir a la Cuerda… cerca, demasiado cerca. Hay poder, un poder que entra a borbotones, o quizá sale, de ese muñeco, solo que no se mueve…

—Tienes razón —dijo Cuerdas, una gran sonrisa se iba extendiendo poco a poco por sus rasgos—. Él no se desplaza. Pero su sombra sí…

Sepia lanzó un gruñido.

—Que la Reina me lleve, tiene razón. Es una cosa muy rara, puñeta… Yo ha he visto suficiente. —Se levantó de repente con aspecto nervioso y agitado—. La magia me pone los pelos de punta. Me voy a la cama.

La adivinación terminó de repente. Botella abrió los ojos y miró a su alrededor, a los otros. La cara le brillaba de sudor.

—¿Por qué no se movió él? ¿Por qué solo su sombra?

Cuerdas se puso en pie.

—Porque, muchacho, todavía no está listo.

Sonrisas levantó la cabeza y se quedó mirando, furiosa, al sargento.

—Bueno, ¿y quién es? ¿La propia Cuerda?

—No —respondió Botella—. No, de eso estoy seguro.

Cuerdas se alejó del círculo sin decir nada. *No, no es la Cuerda. Alguien incluso mejor, en lo que a mí se refiere. En lo que a todos los malazanos se refiere, si a eso vamos. Está*

aquí. Y está al otro lado del muro del Torbellino. Y sé con toda precisión para quién ha afilado sus cuchillos.

Ahora, con que parase ese maldito cántico...

Se encontraba en plena oscuridad, asediado. Las voces lo asaltaban desde todas partes y le martilleaban el cráneo. No era suficiente que hubiera sido responsable de la muerte de los soldados, encima no lo iban a dejar en paz. Sus espíritus le gritaban, unas manos fantasmales salían por la puerta del Embozado y los dedos le atravesaban el cerebro.

Gamet quería morir. Había sido peor que inútil. Había sido una carga, otro más de la multitud de comandantes incompetentes que habían dejado un río de sangre a su paso, otro nombre en esa historia mancillada y degradante que alimentaba los peores temores del soldado común.

Y lo había vuelto loco. Al fin lo entendía. Las voces, la incertidumbre que lo paralizaba, el modo en que siempre tenía frío y temblaba por muy cálido que fuese el sol diurno o por muy altas que llegaran las hogueras nocturnas. Y la debilidad que se le colaba en los miembros y le diluía la sangre en las venas hasta darle la sensación de que lo que el corazón bombeaba era agua sucia. *Me han destrozado. Le fallé a la consejera con mi primera muestra de valor*.

A Keneb le iría bien. Keneb era una buena elección como nuevo puño de la legión. No era demasiado mayor y tenía familia, personas por las que luchar y a quien regresar, personas que le importaban. Esas eran las cosas importantes. Una presión necesaria, fuego para la sangre. Nada de lo cual existía en la vida de Gamet.

Desde luego ella nunca me ha necesitado, ¿verdad? La familia se desgarró entera y no hubo nada que yo pudiera hacer. Yo solo era el castellano, un guardián de la casa con

ínfulas de grandeza. El que aceptaba las órdenes. Incluso cuando una sola palabra mía podría haber cambiado el destino de Felisin, me limité a saludar y decir: «Sí, señora».

Pero siempre había sabido que era pobre de espíritu. No habían faltado oportunidades para demostrar sus defectos, sus fracasos. No habían faltado nunca, aunque ella viera esos momentos como simples pruebas de lealtad, como una aceptación disciplinada de órdenes por muy horrendo que fuera el resultado.

—Ruido.

Una nueva voz. Parpadeó y escudriñó a su alrededor, luego miró abajo y vio al cachorro adoptado de Keneb, Larva. Medio desnudo, la piel bronceada manchada de tierra, el pelo una maraña salvaje, los ojos resplandeciendo bajo las estrellas.

—Ruido.

—Sí, hacen mucho ruido. —Aquel niño estaba asilvestrado. Era tarde, quizá ya a punto de amanecer. ¿Qué estaba haciendo levantado? ¿Qué estaba haciendo allí fuera, más allá de los piquetes del campamento, casi pidiendo que un asaltante del desierto lo masacrara?

—Ellos no. Eso.

Gamet lo miró y frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué hace ruido?

—*Yo lo único que oigo son voces, tú no puedes oírlas. Por supuesto que no*.

—La tormenta de arena. Ruge. ¡Muy… muy… muy muy muy alto!

¿La tormenta? Gamet se limpió la tierra de los ojos, observó a su alrededor, y seencontró a menos de cincuenta pasos del muro del Torbellino. Y el sonido de la arena, que se precipitaba entre las rocas por el suelo, que se alzaba al cielo siseando en bucles salvajes que daban brincos, los

guijarros traqueteando por todas partes, el viento en sí dibujando un remolino entre los pliegues esculpidos de la caliza… el sonido era como… como voces. Voces que gritan, coléricas.

—No estoy loco.

—Yo tampoco. Estoy contento. Padre tiene un nuevo aro brillante. Alrededor del brazo. Está todo tallado. Se supone que tiene que dar más órdenes, pero da menos. Pero yo sigo contento. Brilla mucho. ¿A ti te gustan las cosas que brillan? A mí sí, aunque me duelen los ojos. Quizás es precisamente porque me duelen los ojos. ¿Tú qué piensas?

—Yo ya no pienso mucho sobre nada, muchacho.

—Yo creo que piensas demasiado.

—Ah, ¿de verdad?

—Padre cree lo mismo. Piensas en cosas en las que carece de sentido pensar. Si da igual. Pero yo sé por qué piensas.

—¿Lo sabes?

El niño asintió.

—Por la misma razón por la que a mí me gustan las cosas que brillan. Padre te está buscando. Voy a decirle que te he encontrado.

Larva se fue sin prisas y no tardó en desaparecer en la oscuridad.

Gamet se volvió y se quedó mirando el muro del Torbellino. Su cólera lo golpeaba. El remolino de arena le arañaba los ojos y lo dejaba sin aliento. Aquel ente tenía hambre, siempre había tenido hambre, pero algo nuevo había llegado y alterado su timbre agudo. *¿Qué es?* Una urgencia, un tono impregnado de… algo.

¿Qué estoy haciendo aquí?

Entonces lo recordó. Había ido en busca de la muerte. El filo de un asaltante que le rebanara la garganta. Rápido y repentino, aunque no del todo aleatorio.

Un final para todos esos pensamientos... que hacen que me duelan tanto los ojos.

El trueno creciente de los cascos de unos caballos lo despertó una vez más y se volvió para ver a dos jinetes que salían de la oscuridad y traían de las riendas a un tercer caballo.

—Llevamos la mitad de la noche buscando —dijo el puño Keneb cuando se detuvieron—. Temul tiene a un tercio de sus wickanos fuera, todos están buscándolo, señor.

¿Señor? Qué impropio.

—A su hijo no le costó nada encontrarme.

Keneb frunció el ceño bajo el borde del casco.

—¿Larva? ¿Vino aquí?

—Dijo que se iba a decirle que me había encontrado.

El hombre lanzó un bufido.

—Poco probable. Todavía no me ha dirigido ni una sola palabra. Ni siquiera en Aren. He oído que habla con otros, cuando le apetece, y no suele ser con frecuencia. Pero no conmigo. Y no, no sé por qué. En cualquier caso, le hemos traído el caballo. La consejera está lista.

—¿Lista para qué?

—Para desenvainar la espada, señor. Para atravesar el muro del Torbellino.

—No hace falta que me espere para eso, puño.

—Cierto, pero ha decidido hacerlo, no obstante.

Yo no quiero.

—Lo ha ordenado, señor.

Gamet suspiró y se acercó al caballo. Estaba tan débil que tuvo problemas para subirse a la silla. Los otros esperaron con una paciencia enloquecedora. Con el rostro en llamas tanto por el esfuerzo como por la vergüenza, Gamet trepó al fin al caballo y pasó un momento buscando los estribos, después cogió las riendas de manos de Temul.

—Usted delante —le gruñó a Keneb.

Cabalgaron paralelos al muro de arena rugiente, hacia el este, manteniendo una distancia respetable. Doscientos pasos después llegaron a un grupo de cinco personas inmóviles a lomos de sus caballos. La consejera, Tene Baralta, Blistig, Nada y Menos.

Un miedo repentino se apoderó de Gamet.

—¡Consejera! ¡Podrían estar esperando mil guerreros al otro lado! Necesitamos al ejército reunido. Necesitamos la infantería pesada en los flancos. Escoltas, arqueros, infantes…

—Ya es suficiente, Gamet. Avanzamos ahora, el sol ilumina ya el muro. Además, ¿es que no lo oye? En su chillido hay miedo. Un sonido nuevo. Un sonido grato.

El hombre se quedó mirando el remolino de la barrera de arena. *Sí, eso era lo que presentía antes*.

—Entonces sabe que su barrera va a fallar.

—La diosa lo sabe —asintió Menos.

Gamet se quedó mirando a los dos wickanos. Parecían muy desdichados, un estado en apariencia casi permanente en los dos jovencitos durante los últimos días.

—¿Qué pasará cuando caiga el torbellino?

La jovencita sacudió la cabeza, pero fue su hermano el que respondió.

—El muro del Torbellino encierra una senda. Destruye el muro y puedes penetrar en la senda, lo que deja a la diosa en una posición vulnerable. Si tuviéramos un batallón de garras y media docena de magos supremos, podríamos darle caza y matarla. Pero no podemos lograr tal cosa. —El chico levantó las manos en un gesto extraño—. El ejército del Apocalipsis continuará reforzado por el poder de la diosa. Esos soldados nunca se derrumbarán, continuarán luchando

hasta el amargo final. Sobre todo, dado que lo más probable es que sea el final para nosotros, no para ellos.

—Tus predicciones de desastre no ayudan mucho, Nada —murmuró la consejera—. Acompañadme, todos, hasta que yo diga lo contrario.

Se fueron acercando al muro del Torbellino y se echaron hacia delante para hacer frente al viento fiero y a la arena que los golpeaban. A quince pasos del borde la consejera levantó una mano. Después desmontó, una mano enguantada se cerró alrededor de la empuñadura de la espada y comenzó a avanzar.

La hoja de otataralita de tono oxidado estaba a medio sacar de la vaina cuando descendió un silencio repentino y ante ellos murió la violencia estentórea del muro del Torbellino, que se derramó en nubes de arena y polvo. El siseo de la arena tamizada se alzó bajo el paso mudo de la tormenta. Un susurro. Una luz que surgía. Y después, el silencio.

La consejera se dio media vuelta, con la conmoción escrita en los rasgos.

—¡Se ha retirado! —gritó Nada, que se echó hacia delante con un tropezón—. ¡Tenemos el camino despejado!

Tavore alzó una mano para detener al wickano.

—¿En respuesta a mi espada, hechicero? ¿O es algún tipo de estratagema?

—Ambas cosas, creo. No aceptaría tal herida de forma voluntaria, me parece. Ahora tendrá que depender de su ejército mortal.

El polvo caía como lluvia, en oleadas doradas por el sol naciente. Y el centro del sagrado desierto se iba haciendo visible poco a poco entre las brechas de la tormenta moribunda. Ninguna horda aguardaba, comprobó Gamet, embargado por el alivio. Nada salvo más yermos, con algo

parecido a una escarpa en el horizonte del nordeste que iba cayendo a medida que avanzaba hacia el oeste, donde unas extrañas colinas rotas levantaban una barrera natural.

La consejera volvió a subirse a su caballo.

—Temul. Quiero que se adelanten unos exploradores. No creo que vaya a haber más incursiones. Ahora nos esperan en un lugar que han elegido ellos. Recae sobre nosotros la responsabilidad de encontrarlo.

Y entonces se producirá la batalla. La muerte de cientos, quizá miles de soldados. La consejera, como el puño de la emperatriz. Y Sha'ik, sirvienta elegida de la diosa. Un choque de voluntades, nada más. Sin embargo, decidirá el futuro de cientos de miles.

No quiero tener nada que ver con esto.

Tene Baralta había llevado su caballo junto a Gamet.

—Lo necesitamos ahora más que nunca —murmuró la espada roja mientras la consejera, con energía renovada, continuaba dando órdenes a los oficiales que llegaban desde el campamento principal.

—No me necesitan en absoluto —respondió Gamet.

—Se equivoca. Ella necesita una voz cauta…

—La voz de un cobarde, esa es la verdad, y no, no la necesita para nada.

—Hay una niebla que llega en la batalla…

—Lo sé. Fui soldado, una vez. Y no lo hice mal. Aceptaba órdenes, no daba órdenes a nadie salvo a mí mismo. De vez en cuando a un puñado, pero no miles. Estaba en mi nivel justo de competencia, tantos años atrás.

—Muy bien, entonces, Gamet. Conviértase en soldado una vez más. Un soldado que resulta que está destinado al séquito de la consejera. Dele la perspectiva del soldado corriente. Sea cual sea la debilidad que siente, no es única,

comprenda que la comparten cientos, o incluso miles, en nuestras legiones.

Blistig se había acercado por el otro lado y también añadió algo.

—Sigue mostrándose muy distante con nosotros, Gamet. No dispone de nuestro consejo porque no tenemos oportunidad de darlo. Y lo que es peor, desconocemos su estrategia…

—Suponiendo que tenga alguna —murmuró Tene Baralta.

—Ni sus tácticas para la batalla inminente —continuó Blistig—. Es peligroso, va contra la doctrina militar malazana. Ha hecho de esta guerra algo personal, Gamet.

Gamet estudió a la consejera, que se había adelantado a caballo flanqueada por Nada y Menos y parecía estudiar las colinas rotas tras las cuales, todos lo sabían, esperaba Sha'ik y su ejército del Apocalipsis. *¿Personal? Sí, es lo que haría ella. Porque es lo que siempre ha hecho*.

—Así es como es. La emperatriz no desconocía su carácter.

—Nos estaremos adentrando en una trampa construida con mucho cuidado —gruñó Tene Baralta—. Korbolo Dom se ocupará de eso. Será el que tenga en su poder todos los terrenos altos, el que domine cada acceso. Para eso, que pinte un gran punto rojo en el suelo, en el sitio donde quiere que nos pongamos mientras nos mata.

—La consejera es consciente de todo ello —dijo Gamet. *Déjame en paz, Tene Baralta. Tú también, Blistig. Ya no somos tres. Somos dos y uno. Habla con Keneb, no conmigo. Él puede respaldar tus expectativas. Yo no*—. Debemos avanzar para encontrarnos con ellos. ¿Qué otra cosa querrían que hiciera la consejera?

—Escucharnos, eso —respondió Blistig—. Tenemos que buscar otro acceso. Subir desde el sur, quizá…

—¿Y pasar más semanas en esta marcha? ¿No crees que Korbolo habría pensado lo mismo? Todos los pozos y manantiales de agua estarán emponzoñados. Vagaríamos hasta que Raraku nos matara a todos, sin que se levantara contra nosotros ni una sola espada.

Sorprendió la mirada que se cruzaron por un instante Blistig y Tene Baralta. Gamet frunció el ceño.

—Conversaciones como esta no arreglarán lo que está roto, señores. Ahórrense el aliento. No me cabe duda de que la consejera convocará un consejo de guerra en el momento oportuno.

—Más le vale —soltó de repente Tene Baralta al tiempo que recogía las riendas y le daba la vuelta al caballo.

Mientras se alejaba a medio galope, Blistig se inclinó hacia delante y escupió.

—Gamet, cuando se convoque ese consejo, esté allí.

—¿Y si no estoy?

—Ya tenemos bastante equipaje en esta recua, con todos esos oficiales de noble cuna y sus listas interminables de quejas. Los soldados que ascienden desde la tropa son muy escasos en este ejército, demasiado escasos para ver a uno siquiera malgastado. Cierto, no tenía una gran opinión de usted al principio. Era el niño bonito de la consejera. Pero dirigió su legión bastante bien…

—Hasta la primera noche que luchamos contra el enemigo.

—Cuando un maldito mató a su caballo y estuvo a punto de arrancarle la cabeza.

—Ya estaba desorientado antes de eso, Blistig.

—Solo porque se metió en la escaramuza. Cosa que un puño no debería hacer. Se queda atrás, rodeado de mensajeros y guardias. Puede que se encuentre con que no da ni una sola orden, pero sigue siendo el núcleo de todo; el

núcleo inmovible. Solo con estar allí es suficiente. Pueden mandarle recado, usted puede mandarles recado a ellos. Puede reforzar, relevar unidades y responder a los acontecimientos. Es lo que hace un oficial de alto rango. Si se encuentra en medio de un combate, es inútil, una carga para los soldados que lo rodean porque están obligados a salvarle el pellejo. Y lo que es peor, usted no ve nada, sus mensajeros no lo encuentran. Ha perdido perspectiva. Si el núcleo vacila o desaparece, la legión cae.

Gamet consideró las palabras de Blistig por un largo instante, después suspiró y se encogió de hombros.

—Eso ya no importa. Yo ya no soy puño. Lo es Keneb y él sabe lo que hay que hacer…

—Es puño en funciones. La consejera lo dejó claro. Es temporal. Y ahora recae sobre usted la responsabilidad de asumir de nuevo el cargo, y el mando.

—No lo haré.

—Tiene que hacerlo, cabrón obstinado. Keneb es un capitán muy bueno, joder. Ahora hay un aristócrata en ese papel, el que lo sustituye. Ese hombre es un maldito imbécil. Mientras estaba bajo el tacón de Keneb no había problema. Tiene que devolver las cosas a su debido orden, Gamet. Y tiene que hacerlo hoy mismo.

—¿Cómo sabe lo de ese capitán nuevo? Ni siquiera está en su legión.

—Me lo dijo Keneb. Él preferiría haber ascendido a uno de los sargentos, hay unos cuantos con más experiencia que nadie en todo este ejército. Pretenden pasar desapercibidos, pero se nota, de todos modos. El cuerpo de oficiales del que tuvo que tirar la consejera estaba lleno de aristócratas, el sistema entero era una empresa privada, exclusivista y corrupta. A pesar de la matanza de la Criba, persiste, justo aquí, en este ejército.

—Además —añadió Gamet—, esos sargentos son mucho más útiles justo donde están.

—Sí. Así que deje de enfurruñarse como un egoísta, viejo, y vuelva al trabajo.

El dorso de la mano enguantada de Gamet golpeó la cara de Blistig con la fuerza suficiente para romperle la nariz y tirarlo del caballo de espaldas.

Oyó que otro caballo se detenía cerca y se volvió para ver a la consejera, una nube de polvo se alzaba bajo los cascos de su montura, que pateaban el suelo. La mujer lo miraba con fijeza.

Blistig escupió sangre y se fue poniendo en pie poco a poco.

Gamet hizo una mueca y se acercó con el caballo al paso adonde esperaba la consejera.

—Estoy listo —dijo— para regresar a mis obligaciones, consejera.

Una ceja se arqueó ligeramente.

—Muy bien. Creo necesario aconsejarle, sin embargo, que en el futuro desahogue sus desacuerdos con los otros puños en algún lugar más privado.

Gamet echó la vista atrás. Blistig estaba muy ocupado quitándose el polvo, pero había una sonrisa triste en su rostro ensangrentado.

Qué cabrón. Con todo, podrá darme una gratis cuando quiera. Se la debo, ¿no?

—Informe a Keneb —dijo la consejera.

Gamet asintió.

—Con su permiso, consejera, me gustaría hablar de nuevo con el puño Blistig.

—Una conversación menos dramática que la última, espero, puño Gamet.

—Veremos, consejera.

—¿Y eso?

—Depende de lo paciente que sea él, supongo.

—Vaya ya, entonces, puño.

—Sí, consejera.

Cuerdas y unos cuantos sargentos más se habían subido a una colina (todos los demás estaban muy ocupados desmontando el campamento y preparándose para la marcha), para tener una visión más clara del derrumbado muro del Torbellino. Las capas de polvo todavía caían en cascada, aunque el viento refrescante las estaba desgarrando a toda prisa.

—Ni siquiera un gemido —suspiró Gesler tras él.

—La diosa se retiró, diría yo —dijo Cuerdas—. Apostaría a que la consejera ni siquiera sacó la espada.

—¿Entonces para qué levantas el muro ya para empezar? —se preguntó Borduke.

Cuerdas se encogió de hombros.

—¿Quién puede decirlo? Aquí en Raraku están pasando otras cosas, cosas de las que no sabemos nada. El mundo no se paró durante los meses que nos hemos pasado marchando hasta aquí.

—Estaba ahí para mantener a la Garra fuera —declaró Gesler—. Tanto Sha’ik como su diosa quieren que se produzca esta batalla. La quieren limpia. Soldado contra soldado, mago contra mago, comandante contra comandante.

—Pues lo siento por ellos —murmuró Cuerdas.

—Eso has estado insinuando. Escúpelo ya, Viol.

—Solo una corazonada, Gesler. Las tengo, a veces. Tienen infiltrados. Eso es lo que vi en la adivinación de Botella. La noche antes de la batalla, las cosas se pondrán peliagudas en ese oasis. Ojalá pudiera estar allí para verlo. Maldita sea, ojalá pudiera estar allí para ayudar.

—Ya nos tocará a nosotros estar ocupados, creo —murmuró Gesler.

El último sargento que los había acompañado suspiró y después habló con voz ronca.

—Moak piensa que no vamos a estar muy ocupados. A menos que el nuevo capitán haga alguna estupidez. La consejera va a hacer algo inesperado. Puede que ni siquiera tengamos que luchar.

Cuerdas tosió.

—¿De dónde saca Moak todo eso, Tirón?

—De la letrina cuando se agacha, diría yo —rezongó Borduke, después escupió.

El sargento de infantería pesada se encogió de hombros.

—Moak sabe cosas, eso es todo.

—¿Y cuántas veces se equivoca? —preguntó Gesler tras carraspear.

—Es difícil decirlo. Dice tantas cosas que no las recuerdo todas. Ha tenido razón muchas veces, creo. Estoy seguro, de hecho. Casi seguro. —Tirón miró a Cuerdas—. Dice que tú estuviste en la hueste de Unbrazo. Y la emperatriz quiere tu cabeza en una pica porque estás declarado en rebeldía. —El hombre se volvió luego hacia Gesler—. Y dice que tú y tu cabo, Tormenta, sois de la vieja guardia. Infantes de marina menores de edad al servicio de Dassem Ultor, o quizá Cartheron Costra o su hermano Urko. Que fuisteis vosotros los que trajisteis ese viejo dromon quon al puerto de Aren con todos los heridos de la cadena de perros. Y tú, Borduke, tú arrojaste una vez a un oficial aristócrata por un risco, cerca de Karashimesh, solo que no pudieron demostrarlo, claro.

Los otros tres hombres se quedaron mirando a Tirón sin decir nada. Tirón se frotó el cuello.

—Bueno, eso es lo que él dice, por lo menos.

—Es asombroso lo mucho que se equivoca —dijo Gesler con sequedad.

—¿Y supongo que ha ido contando todo eso por ahí? —preguntó Cuerdas.

—Oh, no. Solo a mí y a Sobelone. Nos dijo que no abriéramos la boca. —Tirón parpadeó y después añadió—. Pero no con vosotros, como es obvio, porque vosotros ya lo sabéis. Solo era por charlar de algo. Por ser cordial. Es asombroso que el muro del Torbellino se derrumbara sin más, ¿verdad?

Unos cuernos sonaron a lo lejos.

—Hora de marchar —murmuró Gesler—, loado sea el Embozado y los demás…

Keneb cabalgaba junto a Gamet. Habían apostado su legión como retaguardia para ese día de viaje y el polvo impregnaba el aire caluroso.

—Estoy empezando a dudar que el muro del Torbellino se haya desvanecido —dijo Keneb.

—Sí, estamos levantando menos de lo que sigue cayendo —respondió Gamet. Dudó y después dijo—: Mis disculpas, capitán…

—No es necesario, señor. Es un alivio, y no me malinterprete. Es un alivio no solo de la presión de ser puño, sino también porque rescindió el ascenso de Ranal. Fue todo un placer informarle. ¿Sabía usted que había reestructurado las unidades? ¿Que utilizó las disposiciones de Melena Gris? Claro que Melena Gris estaba librando una guerra prolongada sobre un territorio inmenso sin un frente definido. Necesitaba unidades independientes, listas para cualquier contingencia. Y lo que es más irritante, omitió informar a los demás.

—¿Está devolviendo a los pelotones a su ubicación original, capitán?

—Todavía no, señor. Esperaba su orden.

Gamet lo pensó un momento.

—Informaré a la consejera de la nueva estructura de nuestra legión.

—¿Señor?

—Podría resultar útil. Nosotros nos encontraremos en la retaguardia de la batalla, en medio de un paisaje destrozado. La decisión de Ranal, aunque sin duda se tomó en la ignorancia, es la más adecuada.

Keneb suspiró, pero no dijo nada y Gamet lo entendió. *Puede que haya vuelto como puño con la confirmación de la consejera, pero su decisión sobre nuestro posicionamiento ha dejado claro que he perdido su confianza*.

Cabalgaron en silencio, en un incómodo silencio.

Capítulo 23



¿A quién en el panteón despreciaría y temería más el Caído? Consideren el último encadenamiento, aquel en el que participaron el Embozado, Fener, la reina de los Sueños, Osserc y Oponn, además de Anomander Rake, Caladan Brood y una multitud de ascendientes más. No es de extrañar, entonces, que el dios Tullido no pudiera haber anticipado que su enemigo más letal no se encontraba entre los mencionados…

Los encadenamientos
Istan Hela

—Solo porque sea una mujer, todo mujer, no significa que sepa cocinar.

Navaja le lanzó una mirada a Apsalar antes de contestar.

—No, no, está muy bueno, en serio…

Pero Mogora no había terminado, agitaba un cucharón de madera cubierto de hierbas enredadas y se paseaba a zancadas de un sitio a otro.

—¡No hay despensa, nada en absoluto! ¡E invitados! ¡Un sinfín de invitados! ¿Y anda por aquí para ir a buscarnos algo de comida? ¡Nunca! Creo que está muerto…

—No está muerto —la interrumpió Apsalar, que sostenía la cuchara inmóvil sobre el cuenco—. Nosotros lo vimos hace solo un rato.

—Eso dices tú, con tu pelo brillante y tus morritos… y esos pechos…, pero espera a que empieces a parir

cachorros; un día los tendrás por los tobillos, así de grandes, no los cachorros, los pechos. Con los cachorros te tirarás de los pelos, no, no ese pelo tan brillante que tienes en la cabeza, bueno, sí, ese pelo, pero solo es una forma de hablar. ¿Qué estaba diciendo? Ah, sí. Tengo que salir todos los días, subir y bajar por esa escalera de cuerda, ir a por comida donde sea (sí, esa hierba es comestible, solo tenéis que masticar y tragar). Masticar y masticar. Todos los días, brazadas de hierbas, tubérculos, rhizanos, cucarachas y moscas de sangre…

Tanto Navaja como Apsalar dejaron las cucharas en el cuenco.

—… Y yo tropezándome con las tetas. ¡Y entonces! —Agitó el cucharón y lanzó la hierba húmeda contra la pared—. Esos malditos bhok’arala se meten en mis provisiones y me roban todos mis bocaditos más suculentos ¡hasta la última cucaracha y mosca de sangre! ¿No lo habéis notado? ¡No hay ningún bicho en estas ruinas! Ni un ratón, ni un insecto, ¿qué van a hacer mil arañas?

Con cautela, los dos invitados volvieron a comer, los sorbos precedidos por atentos exámenes del líquido turbio que cogían en las cucharas.

—¿Y cuánto tiempo pensáis quedaros? ¿Qué es esto, una pensión? ¿Cómo suponéis que vamos a volver mi marido y yo a la normalidad doméstica? ¡Si no sois vosotros, son dioses, demonios y asesinos ensuciando las habitaciones! ¿Tendré algún día un poco de paz? —Y con eso salió a grandes zancadas de la habitación.

Tras un momento, Navaja parpadeó y se sentó muy erguido.

—¿Asesinos?

—Kalam Mekhar —respondió Apsalar—. Dejó señales, una vieja costumbre de los Abrasapuentes.

—¿Ha vuelto? ¿Qué pasó?

La chica se encogió de hombros.

—Tronosombrío y Cotillion, al parecer, han encontrado un modo de utilizarnos a todos. Si tuviera que adivinar, Kalam planea matar a tantos oficiales de Sha'ik como pueda.

—Bueno, Mogora ha planteado una cuestión interesante. Cotillion nos quería aquí, pero ¿por qué? ¿Y ahora qué?

—No sé qué decirte, Azafrán. Se diría que a Cotillion le interesas tú bastante más que yo. Lo que tampoco es de extrañar.

—¿Ah, no? Pues a mí me extraña. ¿Por qué dices eso?

Apsalar lo estudió un momento y después apartó la mirada.

—Porque a mí no me interesa convertirme en su servidora. Poseo demasiados de sus recuerdos, incluyendo su vida mortal como Danzante, para que se pueda fiar de mí.

—Esa no es una afirmación muy alentadora, Apsalar…

Una nueva voz siseó entre las sombras.

—¿Hace falta aliento? Sencillo, fácil, no merece preocupación alguna… ¿Por qué no se me ocurre una solución? Algo estúpido que pueda decir, no debería costarme ningún esfuerzo, ¿verdad? —Tras un momento, Iskaral Pust fue saliendo de entre las sombras y olisqueó el aire—. Ha estado… ¡cocinando! —Sus ojos se posaron entonces en los cuencos que había sobre la mesa—. ¡Y vosotros lo habéis estado comiendo! ¿Estáis locos? ¿Por qué creéis que llevo escondiéndome todos estos meses? ¿Por qué creéis que hago que mis bhok'arala examinen con todo cuidado su provisión de cosas comestibles? ¡Dioses, qué tontos! Oh, sí, buena comida… ¡si sois antílopes!

—Nos apañamos —dijo Navaja—. ¿Hay algo que quieras de nosotros? Si no, estoy con Mogora en una cosa: cuanto menos te vea, mejor…

—¡Ella quiere verme, daru idiota! ¿Por qué crees que no hace más que buscarme?

—Sí, disimula muy bien, ¿verdad? Pero seamos realistas, Pust, ella es más feliz sin tenerte constantemente delante. No te quiere. No te necesita. De hecho, Pust, eres un auténtico inútil.

El sumo sacerdote abrió mucho los ojos, después gruñó y volvió disparado a la esquina de la habitación, donde desapareció entre las sombras.

Navaja sonrió y se echó hacia atrás en la silla.

—Vaya, funcionó mejor de lo que esperaba.

—Te has metido entre marido y mujer, Azafrán. No es una decisión muy inteligente.

El joven la observó con los ojos entrecerrados.

—¿Adónde quieres ir cuando nos marchemos, Apsalar?

Ella no quiso mirarlo a la cara.

—Todavía no lo he decidido.

Pero Navaja sabía que sí lo había hecho.

La lanza era de madera pesada, pero de una flexibilidad sorprendente para lo sólida que parecía. En vertical, la punta de calcedonia estriada llegaba a la palma de la mano de Trull Sengar cuando este se ponía en pie con la mano levantada.

—Bastante corta para mi estilo de lucha, pero me las arreglaré. Gracias, Ibra Gholan.

El t’lan imass se dio media vuelta y se acercó adonde esperaba Monok Ochem.

Onrack observó a Trull Sengar, que se sopló en las manos y luego se las frotó en los raídos pantalones ceñidos de ante. Dobló el astil de la lanza una vez más, después se la apoyó en un hombro y se volvió hacia Onrack.

—Estoy listo. Aunque no me vendrían mal unas pieles, esta senda es fría y el viento apesta a hielo, tendremos nieve antes del anochecer.

—Nos dirigimos el sur —dijo Onrack—. En poco tiempo llegaremos a la línea de árboles y la nieve se convertirá en lluvia.

—Eso suena incluso más deprimente.

—Nuestro viaje, Trull Sengar, será de menos de un puñado de días y noches. Y en ese tiempo pasaremos de la tundra a la sabana y la selva.

—¿Crees que alcanzaremos el primer trono antes que los renegados?

Onrack se encogió de hombros.

—Es probable. En el sendero de Tellann no habrá obstáculos en nuestro camino, mientras que el del caos ralentizará a nuestros enemigos, pues su camino nunca es recto.

—Nunca recto, sí. Esa idea me pone nervioso.

Ah. Así que eso es lo que siento.

—Un motivo de inquietud, cierto, Trull Sengar. No obstante, nos enfrentamos a una preocupación más alarmante, pues cuando lleguemos al primer trono, debemos defenderlo.

Ibra Gholan encabezó la marcha, Monok Ochem esperó hasta que Onrack y el tiste edur pasaron junto a él antes de sumarse.

—No confían en nosotros —murmuró Trull Sengar.

—Es cierto —asintió Onrack—. No obstante, nos necesitan.

—La menos satisfactoria de las alianzas.

—Pero quizá la más segura, hasta que la necesidad desaparezca. Debemos tenerlo siempre presente, Trull Sengar.

El tiste edur asintió con un gruñido.

Quedaron en silencio entonces, a medida que cada paso los iba llevando más al sur.

Como ocurre con tantas vías de Tellann, las cicatrices de Omtose Phellack permanecían visibles y palpables para los sentidos de Onrack. Los ríos de hielo habían excavado el paisaje y se podía rastrear la historia de los avances y, al fin, las retiradas que habían dejado a su paso tramos fluviales de sedimentos, rocas y peñascos en pedregales, explanadas y deslizamientos de tierras, y en amplios valles con cuencas gastadas hasta dejar solo lechos de montículos lisos. Con el tiempo, el permagel daba paso a la turba empapada y los pantanales, en donde las píceas negras atrofiadas se alzaban en grupos nudosos o en islas formadas por los restos putrefactos de árboles ancestrales. Unos estanques de agua negra rodeaban esas islas, recubiertos de brumas y las burbujas de los gases de la descomposición.

Los insectos plagaban el aire, pero no encontraban nada de su gusto entre los t’lan imass y el único mortal, aunque los rodeaban en espesas y zumbonas nubes de todos modos. En poco tiempo los pantanos dieron paso a cúpulas erguidas de rocas. El suelo bajo que había entre ellas tenía los lados escarpados y enmarañados de matorrales y pinos muertos. Las cúpulas luego se fundían y creaban un puente serpenteante de suelo alto por el que los cuatro avanzaron con más facilidad que antes.

Empezó a llover, una llovizna pertinaz que ennegreció el lecho de roca basáltica y la hizo resbaladiza.

Onrack oía la respiración entrecortada de Trull Sengar y percibía el cansancio de su compañero. Pero no salió ninguna súplica de labios del tiste edur para que descansaran, aunque, a medida que continuaban avanzando, cada vez utilizaba más la lanza como bastón.

El bosque pronto sustituyó a la roca expuesta y poco a poco fue cambiando de coníferas a hoja caduca y las colinas se convirtieron en terreno más llano. La presencia de árboles fue menguando y, de repente, tras una línea de plantas muertas y marañas, vieron extenderse ante ellos las llanuras y la lluvia había desaparecido. Onrack levantó una mano.

—Nos detendremos aquí.

Ibra Gholan, diez pasos por delante, se paró y se giró.

—¿Por qué?

—Comida y descanso, Ibra Gholan. Puede que hayas olvidado cuáles son las necesidades de los mortales.

—No lo he olvidado, Onrack el Fracturado.

Trull Sengar se acomodó en la hierba con una sonrisa irónica en los labios.

—Se llama indiferencia, Onrack. Yo soy, después de todo, el miembro menos valioso de esta partida de guerra.

—Los renegados no harán pausa alguna en su marcha —dijo Ibra Gholan—. Ni deberíamos hacerla nosotros.

—Entonces continúa adelante —sugirió Onrack.

—No —ordenó Monok Ochem—. Caminamos juntos. Ibra Gholan, un breve descanso no será una gran molestia. De hecho, me gustaría que el tiste edur nos hablara.

—¿Sobre qué, invocahuesos?

—Tu pueblo, Trull Sengar. ¿Qué los ha hecho arrodillarse ante el Encadenado?

—No hay una respuesta fácil para esa pregunta, Monok Ochem.

Ibra Gholan regresó con paso airado con los otros.

—Iré a cazar algo —dijo el guerrero, y después se desvaneció en medio de un remolino de polvo.

El tiste edur estudió por un momento la punta de lanza acanalada de su nueva arma, después posó la lanza en el suelo y suspiró.

—Es una larga historia, por cierto. Y en realidad yo ya no soy la mejor elección para relatarla de un modo que encontréis útil.

—¿Por qué?

—Porque, Monok Ochem, fui expulsado. Ya no existo. Para mis hermanos y mi pueblo, nunca existí.

—Afirmaciones que carecen de sentido ante la verdad —dijo Onrack—. Estás aquí, delante de nosotros. Existes. Del mismo modo que existen tus recuerdos.

—Ha habido imass que han sufrido el exilio —dijo con voz ronca Monok Ochem—. Pero todavía hablamos de ellos. Debemos hablar de ellos para advertir a otros. ¿Qué valor tiene una historia si no es instructiva?

—Una perspectiva ilustrada la tuya, invocahuesos. Pero el mío no es un pueblo ilustrado. No nos importa nada la instrucción. Ni, en realidad, la verdad. Nuestros relatos existen para dar grandeza a lo mundano. O para darles a momentos de gran drama y trascendencia un aire de inevitabilidad. Quizá se podría llamar a eso «instrucción», pero no es tal su propósito. Toda derrota justifica una victoria futura. Toda victoria es propicia. Los tiste edur nunca dan un mal paso, pues nuestra danza es la del destino.

—Y tú ya no estás en esa danza.

—Exacto, Onrack. De hecho, nunca lo estuve.

—Tu exilio te obliga a mentirte incluso a ti mismo, entonces —comentó Onrack.

—En cierta forma, sí. Me veo obligado, por tanto, a remodelar el relato, y no es fácil. Hubo muchas cosas de aquel tiempo que no entendí al principio, y desde luego no cuando ocurrieron. Buena parte de lo que sé no lo averigüé hasta mucho después…

—Después de que te pelaran y expulsaran.

Los ojos almendrados de Trull Sengar se entrecerraron al mirar a Onrack y después asintió.

—Sí.

Como el conocimiento que fluyó en mi mente después de que se hiciera pedazos el ritual de Tellann. Muy bien, eso lo entiendo.

—Prepárate para relatar tu historia, Trull Sengar. Si se puede hallar algo instructivo en ella, reconocerlo es responsabilidad de aquellos a los que se relata la historia. Estás absuelto de esa necesidad.

Monok Ochem lanzó un gruñido antes de hablar.

—Palabras espurias. Todas las historias instruyen. Puedes hacer caso omiso de esa verdad, pero lo haces por tu cuenta y riesgo. Elimina tu papel de la historia que quieres transmitir si es lo que debes hacer, Trull Sengar. La única lección que se extrae de ello es de humildad.

Trull Sengar levantó la cabeza y le sonrió al invocahuesos.

—No temas, mi papel nunca fue fundamental entre los actores. En cuanto a eliminarlo, bueno, eso ya ha ocurrido y, por tanto, me gustaría contar la historia de los tiste edur que moraban al norte de Lether como ellos mismos la contarían. Con una excepción (que admito que ha resultado ser para mí de lo más problemática), y es que no habrá engrandecimiento en el relato. No se hará alarde de momentos gloriosos, no se invocará el destino o la inevitabilidad. Procuraré, entonces, ser alguien diferente al tiste edur que parezco ser, arrancarme mi identidad cultural y limpiar así el relato…

—La carne no miente —dijo Monok Ochem—. Así pues, no nos engañas.

—Quizá la carne no mienta, pero el espíritu puede hacerlo, invocahuesos. Toma lecciones de ceguera e

indiferencia, yo, a mi vez, pretendo intentar lo mismo.

—¿Cuándo comenzarás tu relato?

—En el primer trono, Monok Ochem. Mientras aguardamos la llegada de los renegados… y sus aliados tiste edur.

Ibra Gholan volvió a aparecer con una liebre con el cuello roto, que desolló con un solo gesto y luego lanzó el cuerpo manchado de sangre al suelo, junto a Trull Sengar.

—Come —ordenó el guerrero al tiempo que lanzaba la piel a un lado.

Onrack se apartó mientras el tiste edur hacía los preparativos necesarios para encender un fuego. Le inquietaban, reflexionó, las palabras de Trull Sengar. La ceremonia del pelado (y la expulsión) daba mucha importancia a la eliminación de los rasgos físicos que identificarían a Trull Sengar como tiste edur. La cabeza calva, la frente marcada. Pero esas alteraciones físicas no eran nada, al parecer, en comparación con las impuestas al espíritu del hombre. Onrack se dio cuenta de que se había acostumbrado a la compañía de Trull Sengar, arrullado, quizá, por la actitud serena del edur, su tranquilidad ante la dureza y los extremos. Una comodidad engañosa, según parecía. La calma de Trull Sengar nacía de las cicatrices, de una curación que te dejaba insensible. Su corazón estaba incompleto. *Es como un t'lan imass, pero revestido de carne mortal. Le pedimos que resucite sus recuerdos de la vida y después nos extraña que le cueste satisfacer nuestras exigencias. El fallo es nuestro, no suyo*.

Hablamos de los que hemos enviado al exilio, pero no para advertir, como afirma Monok Ochem. No, nada tan noble. Hablamos de ellos para reafirmar nuestro criterio. Pero es nuestra intransigencia la que se encuentra librando

la guerra más fiera contra el tiempo en sí, contra el mundo que cambia a nuestro alrededor.

—A modo de prólogo de mi historia —decía Trull Sengar mientras asaba la liebre desollada—, haré una observación que admito que es aleccionadora.

—Haz esa observación —dijo Monok Ochem.

—Lo haré, invocahuesos. Se refiere a la naturaleza… y la exigencia de mantener un equilibrio.

Si hubiera poseído alma, Onrack habría sentido que se le quedaba fría como el hielo. Al no tenerla, el guerrero se volvió poco a poco al oír a Trull Sengar.

—Las presiones y las fuerzas están siempre en oposición —decía el edur mientras hacía rotar la liebre ensartada sobre las llamas—. Y los esfuerzos conducen siempre a un equilibrio. Es algo que está por encima de los dioses, por supuesto, ya que es la corriente de la existencia, pero no, está por encima incluso de eso, pues a la existencia misma se opone la nada. Es una lucha que lo abarca todo, que define cada isla del abismo. O eso creo ahora. A la vida le responde la muerte. A la oscuridad, la luz. Al éxito abrumador, el fracaso catastrófico. A la maldición horrenda, una bendición que te deja sin aliento. Parece que todos tendemos a perder de vista esa verdad, sobre todo cuando nos ciega un triunfo tras otro. Podéis ver ante mí, si tenéis la bondad, este pequeño fuego. Una victoria modesta…, pero si lo alimento, responde a mi impaciente deleite hasta que toda la llanura estalla en llamas, después el bosque, y después el propio mundo. Así pues, un apunte de sabiduría aquí… cuando apague estas llamas una vez que se cocine la carne. Después de todo, prender fuego a este mundo, también matará a cuanto hay en él, si no entre las llamas, sí en la hambruna consiguiente. ¿Comprendes lo que quiero decir, Monok Ochem?

—No lo comprendo, Trull Sengar. Eso no es prólogo de nada.

Onrack habló entonces.

—Te equivocas, Monok Ochem. Es prólogo… de todo.

Trull Sengar lo miró y le respondió con una sonrisa.

De una tristeza abrumadora. De una… desesperación absoluta.

Y el guerrero no muerto sufrió una conmoción.

Una sucesión de riscos engalanaba el paisaje y parecían irse fundiendo poco a poco a medida que la arena iba cayendo del cielo.

—Muy pronto —murmuró Perla— esos riscos costeros volverán a desaparecer una vez más bajo las dunas.

Lostara se encogió de hombros.

—Estamos perdiendo el tiempo —declaró, y después se puso en marcha hacia el primer risco. El aire estaba impregnado de polvo y arena, les escocían los ojos y les resecaba la garganta. Sin embargo, la calima servía para acercar los horizontes, para hacer que fuera cada vez más difícil que los descubrieran. La repentina desaparición del muro del Torbellino sugería que la consejera y su ejército habían llegado a Raraku y en esos momentos marchaban sobre el oasis. La joven sospechaba que habría pocos exploradores, si es que había alguno, patrullando por los accesos del nordeste.

Perla había anunciado que ya era seguro viajar de día. La diosa se había metido en sí y concentraba su poder para lo que quizá fuese un último estallido de liberación. Para el choque con la consejera. Una singularidad de propósito encerrada en la rabia, un defecto que se podía explotar.

Lostara se permitió una sonrisa privada al pensar en ello. *Defectos. No hay falta de ellos por estos pagos, ¿verdad?* El momento de pasión salvaje había pasado, en lo que a ella se refería, el desahogo de energías largo tiempo contenidas. Una vez hecho, ya podían concentrarse en otras cosas. Cosas más importantes. Parecía, sin embargo, que Perla lo veía de forma diferente. Incluso había intentado cogerla de la mano esa mañana, un gesto que ella había rechazado con decisión a pesar de su patetismo. El asesino letal estaba a punto de transformarse en un cachorrito baboso y el asco amenazaba con embargar a Lostara, así que optó por llevar sus pensamientos por otro camino.

Se estaban quedando sin tiempo, por no mencionar comida y agua. Raraku era una tierra hostil, rechazaba la presencia de cualquier vida que se atreviera a explotarla. *No tiene nada de sagrado, más bien maldito. Devora los sueños, destruye las ambiciones. ¿Y por qué no? Es un maldito desierto*.

Treparon por los adoquines y piedras y llegaron al primer risco.

—Estamos cerca —dijo Perla, que miraba hacia delante con los ojos entrecerrados—. Tras ese terraplén más alto deberíamos tener a la vista el oasis.

—¿Y luego, qué? —preguntó ella mientras se limpiaba el polvo de las ropas raídas.

—Bueno, sería negligente por mi parte no aprovechar nuestra posición. Debería poder infiltrarme en el campamento y agitar un poco las cosas. Además —añadió—, una de las pistas que sigo lleva al corazón de ese ejército rebelde.

El Espolón. El señor de ese culto revivido.

—¿Estás seguro de eso?

La garra asintió y después se encogió de hombros a medias.

—Bastante. He terminado por creer que la rebelión está comprometida desde hace mucho tiempo, quizá desde el principio. Que la independencia de Siete Ciudades no era un objetivo tan prioritario como debería haber sido y, de hecho, que esos motivos ocultos están a punto de desvelarse.

—Y te parece inconcebible que tales descubrimientos se puedan producir sin que tú metas la mano.

Perla la miró.

—Querida mía, olvidas que soy agente del Imperio de Malaz. Tengo ciertas responsabilidades…

Los ojos de Lostara se posaron en un objeto que yacía entre los adoquines, un objeto que reconoció, un destello momentáneo y después su mirada se apartó a toda prisa. Estudió el cielo turbio.

—¿No se te ha ocurrido que tu llegada bien podría comprometer misiones que ya están en marcha en el campamento rebelde? La emperatriz no sabe que estás aquí. De hecho, es probable que hasta la consejera crea que estamos muy lejos de este lugar.

—No me incomoda hacer un papel secundario…

Lostara lanzó un bufido.

—Bueno —se corrigió él—, es un papel que no es del todo censurable. Puedo vivir con ello.

Mentiroso. Lostara apoyó una rodilla en el suelo para ajustarse las grebas que llevaba atadas a las pantorrillas recubiertas de cuero.

—Deberíamos poder llegar a ese terraplén antes de que se ponga el sol.

—De acuerdo.

La mujer se irguió.

Bajaron por la ladera tachonada de rocas. El suelo estaba sembrado de los cuerpos diminutos y marchitos de un sinfín de criaturas del desierto que el torbellino había barrido a su paso y que habían muerto en esa tormenta interminable; habían permanecido suspendidos en ella hasta que, con la extinción repentina del viento, habían caído a tierra una vez más. Habían llovido durante un día entero, los cascarones zumbaban y crujían por todas partes, tamborileaban sobre el casco de Lostara y le resbalaban por los hombros. Rhizanos, poliñeras y otras criaturas minúsculas, en su mayor parte, aunque de vez en cuando caía al suelo algo más grande. Lostara agradecía que hubiera terminado el chaparrón.

—El torbellino no se ha portado muy bien con Raraku —comentó Perla al tiempo que apartaba de una patada el cadáver de un bhok'aral recién nacido.

—Suponiendo que al desierto le importe en uno u otro sentido, que no es el caso, dudo que tenga mucha trascendencia a la larga. La vida de una tierra es muchísimo más larga que cualquier cosa con la que estemos familiarizados nosotros; mucho más, con diferencia, que la esperanza de vida de estas desventuradas criaturas. Además, Raraku ya está muerto, en su mayoría.

—Las apariencias engañan. Hay espíritus profundos en este sagrado desierto, mujer. Enterrados en la roca…

—Y la vida que habita sobre esas rocas, como las arenas —aseveró Lostara—, no significa nada para esos espíritus. Eres un necio si crees otra cosa, Perla.

—Soy un necio al pensar muchas cosas —murmuró él.

—No esperes que ponga yo ninguna objeción a ese comentario.

—Nunca se me pasó por la cabeza que lo hicieses, Lostara Yil. En cualquier caso, te aconsejaría, no obstante, que cultivaras un sano respeto por los misterios de Raraku. Es

demasiado fácil dejarse cegar en este desierto aparentemente vacío y sin vida.

—Como ya hemos descubierto.

Perla frunció el ceño y después suspiró.

—Lamento que lo veas… de ese modo y solo puedo deducir que sacas una satisfacción peculiar de la discordia, y cuando no existe, o más bien, cuando no tiene razón de existir, intentas inventártela.

—Piensas demasiado, Perla. Es tu defecto más irritante y, seamos honestos, dada la gravedad y volumen de tus defectos, ya es mucho decir. Puesto que este parece un momento dedicado a consejos, te sugiero que dejes de pensar del todo.

—¿Y cómo lo iba a lograr? ¿Siguiendo tu ejemplo, quizá?

—Yo no pienso ni en demasía ni demasiado poco. El mío es un equilibrio perfecto, eso es lo que tú encuentras tan atractivo. Igual que a una poliñera la atrae el fuego.

—¿Así que corro el riesgo de quemarme?

—Hasta carbonizarte y convertirte en una corteza ennegrecida.

—Por tanto, me estás alejando por mi propio bien. Un gesto compasivo, entonces.

—Los fuegos ni empujan ni atraen. Se limitan a existir, sin compasión, indiferentes a los impulsos suicidas de los insectos que revolotean a su alrededor. Ese es otro de tus defectos, Perla. Atribuir emociones donde no hay ninguna.

—Pues habría jurado que había emoción, hace dos noches…

—Oh, el fuego arde con entusiasmo cuando abunda el combustible…

—Y por la mañana no quedan nada más que cenizas frías.

—Ahora estás empezando a entenderlo. Por supuesto, tú lo verás como un estímulo y te esforzarás por entenderlo

mejor. Pero eso sería una pérdida de tiempo, así que te sugiero que abandones el esfuerzo. Confórmate con la luz trémula, Perla.

—Ya veo… más o menos. Muy bien, aceptaré tu lista de consejos.

—¿La aceptas? La simpleza es un defecto muy poco atractivo, Perla.

Lostara creyó que el hombre se iba a poner a gritar y le impresionó el dominio repentino de su ira. La garra liberó el aire que contenía como el vapor bajo la tapa de una olla, hasta que la presión murió.

Se acercaban al ascenso al último risco, Lostara, más satisfecha que nunca ese día y Perla, con toda probabilidad, sintiendo algo muy diferente.

Cuando llegaban a la cima, la garra habló otra vez.

—¿Qué fue lo que cogiste en ese último risco, muchacha?

¿Así que lo viste, eh?

—Una roca brillante. Me llamó la atención. Ya la he tirado.

—¿Ah, sí? ¿Entonces ya no se oculta en esa saquita de tu cinturón?

Lostara se arrancó la bolsita de cuero del cinturón con una mueca desdeñosa y la tiró al suelo, después se quitó los guanteletes con el dorso cubierto de una cota de malla.

—Puedes verlo por ti mismo, si quieres.

El hombre le lanzó una mirada sobresaltada y después se agachó para coger la saquita.

Cuando se irguió, Lostara se adelantó.

Los guanteletes crujieron con fuerza contra la sien de Perla.

El hombre se derrumbó con un gemido, inconsciente.

—Idiota —murmuró ella mientras recuperaba la saquita.

Se puso los guanteletes y después, con un gruñido, levantó al hombre y se lo echó al hombro.

Menos de doscientos pasos más adelante se encontraba el oasis, el aire que lo cubría estaba impregnado de polvo y del humo de un sinfín de fuegos. Se veían rebaños de cabras en los límites, a la sombra de los árboles. Los restos de una muralla que rodeaba el espacio dibujaban una curva tosca que se alejaba en ambas direcciones.

Lostara cargó con Perla y bajó la pendiente.

Se estaba acercando a la base cuando oyó caballos a su derecha. Se agachó y dejó caer a Perla en el suelo con un golpe seco a su lado, después observó a una docena de guerreros del desierto que aparecían por el noroeste. Los animales parecían medio muertos de hambre, con las cabezas gachas, y Lostara vio entre ellos a dos prisioneros.

A pesar del polvo que los cubría y la oscuridad que caía con el crepúsculo, Lostara reconoció los restos de los uniformes de los dos prisioneros. *Malazanos. Regimiento Ashok. Creía que los habían borrado del mapa*.

Los guerreros cabalgaban sin avanzadilla y no detuvieron el medio galope constante hasta que llegaron al oasis, cuando se desvanecieron bajo las ramas de hojas correosas de los árboles.

Lostara miró a su alrededor y decidió que era un entorno ideal para quedarse a pasar la noche. Una cuenca poco profunda al socaire de la ladera. Tirados en el suelo no serían visibles desde ninguna parte salvo el risco en sí, e incluso eso era poco probable con la noche cayendo a toda prisa. Comprobó el estado de Perla y frunció el ceño al ver el bulto ribeteado de violeta que tenía en la sien. Pero su respiración era regular y el latido del corazón era tranquilo y uniforme. La mujer extendió su manto e hizo rodar al hombre hasta tenderlo en él, después lo ató y amordazó.

La oscuridad fue cubriendo la cuenca y Lostara se acomodó a esperar.

Un tiempo después salió una figura de las sombras y se quedó inmóvil por un instante antes de avanzar a zancadas silenciosas hasta detenerse justo sobre Perla.

Lostara oyó un gruñido apagado.

—Has estado a punto de abrirle la cabeza.

—Es más dura de lo que crees —respondió ella.

—¿Era del todo necesario?

—Eso me pareció. Si no tienes fe, ¿entonces por qué me reclutaste en primer lugar?

Cotillion suspiró.

—No es un mal hombre, ¿sabes? Leal al Imperio. Has abusado mucho de su ecuanimidad.

—Estaba a punto de interferir. De forma impredecible. Supuse que querrías el camino despejado.

—En un principio, sí. Pero preveo que su presencia podría ser útil una vez que las cosas comiencen a… acaecer. Asegúrate de despertarlo en algún momento de mañana por la noche, si no se ha espabilado ya él solo.

—Muy bien, ya que insistes. Aunque ya he cogido un profundo cariño a mis recientemente halladas paz y soledad.

Cotillion pareció estudiarla un momento.

—Te dejo ya, entonces —dijo el dios después—, pues tengo otras tareas de las que ocuparme esta noche.

Lostara metió la mano en la saquita y le tiró un objeto pequeño.

El dios lo cogió con una mano y bajó la cabeza para estudiarlo.

—Me imaginé que era tuyo —dijo Lostara.

—No, pero sé de quién es. Y me alegro. ¿Me permites quedármelo?

La mujer se encogió de hombros.

—A mí me importa poco.

—Ni debería, Lostara Yil.

La joven oyó un regocijo seco en esas palabras y dedujo que había cometido un error al permitirle guardarse el objeto; eso sí que le importaba, aunque de momento no sabía por qué. Volvió a encogerse de hombros. *Demasiado tarde, supongo*.

—¿No decías que te ibas?

La mujer sintió que el dios se ofendía; después, se desvaneció entre un remolino de sombras.

Lostara se echó en el suelo de piedra y cerró los ojos con expresión satisfecha.

La brisa nocturna era sorprendentemente cálida. Apsalar se encontraba ante la pequeña ventana que se asomaba al barranco. Ni Mogora ni Iskaral Pust frecuentaban esas alturas demasiado, salvo cuando la necesidad los obligaba a emprender una excursión en busca de comida, así que su única compañía era media docena de viejos bhok'arala de bigotes grises que gruñían y bufaban mientras se movían con rigidez por el suelo lleno de basura de la cámara. La cantidad de huesos esparcidos sugería que el nivel superior de la torre era adonde las pequeñas criaturas iban a morir.

Mientras los bhok'arala se paseaban arrastrándose por detrás de ella, Apsalar miraba los terrenos baldíos. La arena y los salientes de caliza eran plateados a la luz de las estrellas. En los toscos muros de la torre que rodeaban la ventana estaban aterrizando rhizanos con leves bofetones a la piedra; habían acabado de comer y entre susurros de garras empezaban a meterse en las grietas para ocultarse del día inminente.

Azafrán dormía abajo, por alguna parte, mientras el matrimonio residente se acechaba entre sí por los pasillos oscuros y los aposentos cerrados y húmedos del monasterio.

Jamás se había sentido tan sola ni, comprendió, tan cómoda con esa soledad. Había cambiado. Las capas endurecidas que envolvían su alma se habían suavizado, habían encontrado una nueva manera de responder a las presiones invisibles que llegaban del interior.

Lo más extraño de todo era que, con el tiempo, había terminado por despreciar su propia competencia, sus habilidades letales. Se las habían impuesto, se las habían metido a la fuerza en huesos y músculos. La habían aprisionado en una armadura gélida que la cegaba. Y por tanto, a pesar de la ausencia del dios, seguía sintiéndose como si fuera dos mujeres, no una.

Lo que la llevaba a preguntarse de qué mujer se había enamorado Azafrán.

Pero no, aquello no era ningún misterio. El joven había asumido el disfraz de asesino, ¿no? El joven e ingenuo ladrón de Darujhistan había hecho una dura reflexión, no sobre Apsalar la pescadora, sino sobre Apsalar la asesina, la mujer que mataba a sangre fría. En la creencia de que el parecido forjaría el vínculo más profundo de todos. Quizá lo habría conseguido si a ella le hubiera gustado su profesión, si no la hubiera encontrado sórdida y censurable. Si no hubiera tenido la sensación de que eran unas cadenas que le ceñían el alma.

No la consolaba tener compañía en su prisión. Azafrán amaba a la mujer equivocada, a la Apsalar que no debía. Y ella amaba a Azafrán, no a Navaja. Y por tanto estaban juntos, pero separados, eran íntimos pero desconocidos, y al parecer no podían hacer nada para arreglarlo.

La asesina de su interior prefería la soledad y la pescadora había llegado, por un camino muy diferente, a un consuelo parecido. La primera no podía permitirse amar. La

segunda sabía que nunca la había amado. Al igual que Azafrán, se encontraba a la sombra de un asesino.

No tenía sentido clamar contra eso. La pescadora no tenía unas habilidades vitales que pudieran desafiar la voluntad implacable de la asesina. Era muy probable que Azafrán hubiera sucumbido de forma parecida a Navaja.

Presintió una presencia cerca y murmuró:

—Ojalá te lo hubieras llevado todo contigo cuando te fuiste.

—¿Preferirías que te hubiera dejado despojada de todo?

—¿Despojada, Cotillion? No. Inocente.

—La inocencia es solo una virtud, muchacha, cuando es temporal. Debes dejarla atrás para poder volver la vista y reconocer su pureza inmaculada. Seguir siendo inocente es retorcerse bajo fuerzas invisibles e insondables toda tu vida, hasta que un día te das cuenta de que ya no te reconoces y comprendes que la inocencia era una maldición que te había puesto unos grilletes y había derrotado toda señal de vida.

Apsalar sonrió en la oscuridad.

—Pero, Cotillion, es el conocimiento lo que lo hace a uno consciente de sus propias cadenas.

—El conocimiento solo hace que los ojos vean lo que siempre ha estado allí, Apsalar. Tú eres dueña de unas habilidades formidables. Es un regalo de poder, una verdad que no tiene mucho sentido negar. No puedes deshacer lo que eres.

—Pero puedo dejar de caminar por este camino concreto.

—Puedes —admitió él tras un momento—. Puedes elegir otros, pero hasta el privilegio de elegir lo adquiriste en virtud de lo que eras.

—De lo que eras tú.

—Algo que tampoco se puede cambiar. Caminé en tus huesos, en tu carne, Apsalar. La pequeña pescadora que se

convirtió en mujer, cada uno nos alzamos en la sombra del otro.

—¿Y lo disfrutaste, Cotillion?

—No de forma especial. Era difícil no perder de vista mi propósito. Disfrutamos de compañía encomiable la mayor parte de ese tiempo: Whiskeyjack, Mazo, Violín, Kalam… un pelotón que, si le hubieran dado a elegir, te habría acogido con los brazos abiertos. Pero se lo impedí. Era necesario pero no justo, ni para ti ni para ellos. —El dios suspiró y después continuó—. Podría lamentarme sin parar, muchacha, pero veo que el alba va robando la oscuridad y debo saber la decisión que has tomado.

—¿Mi decisión? ¿Sobre qué?

—Navaja.

Apsalar estudió el desierto y se encontró conteniendo las lágrimas.

—Me gustaría quitártelo, Cotillion. Quisiera evitar que le hicieras a él lo que me hiciste a mí.

—¿Tan importante es para ti?

—Sí. No para la asesina que hay en mí, sino para la pequeña pescadora… a la que él no ama.

—¿No la ama?

—Ama a la asesina y, por tanto, decide ser como ella.

—Ahora comprendo la lucha que hay en tu interior.

—¿Lo entiendes? Entonces debes de entender por qué te permitiré que te quedes con él.

—Pero es que te equivocas, Apsalar. Navaja no ama a la asesina que hay en ti. Le atrae, sin duda, porque eso es lo que hace el poder… nos atrae a todos. Y tú tienes poder y eso, de forma implícita, incluye la opción de no usarlo. Todo muy tentador, incitante. Se siente atraído y quiere emular lo que ve como tu libertad, ganada con tanto esfuerzo. ¿Pero su amor? Resucita vuestros recuerdos compartidos,

muchacha. De Darujhistan, de nuestro primer roce con el ladrón, Azafrán. Vio que habíamos cometido un asesinato y sabía que esa revelación hacía que para nosotros su vida no valiera nada. ¿Te amaba entonces? No, eso llegó más tarde, en las colinas, al este de la ciudad, cuando yo ya no te poseía.

—El amor cambia con el tiempo.

—Sí, es cierto, pero no como una poliñera que va revoloteando de cadáver en cadáver por un campo de batalla. —El dios se aclaró la garganta—. De acuerdo, una analogía muy poco oportuna. El amor cambia, sí, en el sentido de que crece para abarcar todo lo posible de su sujeto. Virtudes, defectos, limitaciones, todo; el amor lo acaricia todo, con una fascinación infantil.

La joven se había rodeado fuertemente con los brazos al oír las palabras del dios.

—Hay dos mujeres en mi interior…

—¿Dos? Hay multitudes, muchacha, y Navaja las quiere a todas.

—¡No quiero que muera!

—¿Es esa tu decisión?

Apsalar asintió, no confiaba en sí misma lo suficiente para hablar. El cielo se estaba iluminando y se transformaba en un espacio inmenso y vacío sobre un paisaje muerto y maltratado. La joven vio pájaros que trepaban por los vientos y se adentraban en su inmensidad.

—¿Sabes, entonces, lo que debes hacer? —insistió Cotillion.

Una vez más, Apsalar asintió.

—Me… complace.

Ella volvió la cabeza de repente y se lo quedó mirando a la cara, y por primera vez lo vio de verdad. Las arrugas que rodeaban los ojos serenos y suaves, los rasgos regulares, el

extraño sombreado de cicatrices que tenía bajo el ojo derecho.

—¿Te complace? —susurró mientras lo estudiaba—. ¿Por qué?

—Porque —respondió él con una leve sonrisa— a mí también me gusta el muchacho.

—¿Tan valiente crees que soy?

—Tan valiente como sea necesario.

—Otra vez.

—Sí. Otra vez.

—No te pareces mucho a un dios, Cotillion.

—No soy un dios en el sentido tradicional, soy un patrón. Los patrones tienen responsabilidades. Es cierto, pocas veces tengo la oportunidad de ejercerlas.

—Lo que significa que todavía no son una carga.

La sonrisa del dios se ensanchó, y era una sonrisa encantadora.

—Vales mucho más por tu falta de inocencia, Apsalar. Te veré pronto otra vez. —Dio un paso atrás y se metió en las sombras de la cámara.

—Cotillion.

Él hizo una pausa, con los brazos a medio levantar.

—¿Sí?

—Gracias. Y cuida a Navaja, por favor.

—Lo haré, como si fuera mi propio hijo, Apsalar. Lo haré.

Ella asintió y después el dios desapareció.

Y, muy poco tiempo después, ella también.

Había serpientes en aquel bosque de piedra. Por fortuna para Kalam Mekhar, parecían carecer de la beligerancia natural de su especie. Estaba echado en las sombras, entre los fragmentos polvorientos y destrozados de un árbol caído,

inmóvil mientras las serpientes se deslizaban a su alrededor y por encima de él. La piedra estaba perdiendo el frío de la noche pasada, un viento caliente entraba del desierto.

No había visto señal alguna de patrullas y apenas indicios de pistas frecuentadas. No obstante, percibía una presencia en aquel bosque petrificado que insinuaba un poder que no pertenecía a ese mundo. Aunque no podía estar seguro, presentía algo demoníaco en ese poder.

Motivo suficiente para inquietarse. Sha'ik bien podría haber puesto guardianes y él tendría que pasar de algún modo.

El asesino levantó una cuello-disparado y la dejó a un lado, después sacó los dos cuchillos largos. Examinó las empuñaduras y se aseguró de que las cintas de cuero que las envolvían estaban ceñidas. Comprobó los accesorios de los puños y los pomos. El filo de la hoja del cuchillo largo de otataralita estaba un poco áspero, la otataralita no era el metal ideal para las armas. Hacía cortes irregulares y había que afilarlo de forma constante, incluso cuando no se utilizaba, y el hierro tenía tendencia a hacerse quebradizo con el tiempo. Antes de la conquista malazana, los aristócratas de Siete Ciudades utilizaban la otataralita en sus armaduras, sobre todo. Su disponibilidad estaba sometida a regulaciones muy rígidas, aunque menos que bajo el control imperial.

Pocos sabían el alcance total de sus propiedades. Cuando se absorbía a través de la piel o se respiraba y llegaba a los pulmones durante largos periodos de tiempo, sus efectos eran variados e impredecibles. Con frecuencia fallaba ante la magia ancestral y había otra característica de la que Kalam sospechaba que no había mucha conciencia, un descubrimiento hecho por pura casualidad durante una batalla a las afueras de Y'Ghatan. Solo un puñado de

testigos sobrevivió al incidente, Kalam y Ben el Rápido entre ellos, y todos habían acordado después que sus informes a sus superiores serían deliberadamente vagos, se respondería a las preguntas con encogimientos de hombros y sacudidas de cabeza.

La otataralita, al parecer, no combinaba bien con las municiones moranthianas, en especial con los incendiarios y los fogosos. *O, por decirlo de otro modo, no le gusta el calor*. Kalam sabía que las armas se metían en polvo de otataralita en una de las últimas etapas de la forja. Cuando el hierro había perdido el brillo, de hecho. Lo más probable era que los herreros hubieran llegado a la misma conclusión por las malas. Pero ni siquiera eso era todo el secreto. *Es lo que le pasa a la otataralita caliente… cuando le lanzas magia*.

Volvió a envainar el arma poco a poco y después se concentró en la otra. En esa el filo era suave, un tanto ondulado, como ocurría con frecuencia con las hojas recubiertas por varias capas. El grabado al agua era apenas visible en la reluciente superficie negra, las incrustaciones de plata tan finas como hilos. Entre los dos cuchillos largos, Kalam prefería ese, por su peso y equilibrio.

Algo chocó contra el suelo a su lado y rebotó con un silbido contra un trozo del tronco de un árbol, después se detuvo con un traqueteo junto a su rodilla derecha.

Kalam se quedó mirando el pequeño objeto por un momento. Después levantó la cabeza y miró el árbol que se cernía sobre él. Sonrió.

—Ah, un roble —murmuró—. Que no se diga que no sé apreciar la gracia del gesto. —Se incorporó y estiró el brazo para recoger la bellota. Después se echó hacia atrás una vez más—. Como en los viejos tiempos… me alegro, como siempre, que ya no hagamos este tipo de cosas…

De las llanuras a la sabana y, al fin, la selva. Habían llegado en la estación de lluvias y la mañana sufría bajo un diluvio torrencial antes de que, justo después del mediodía, el sol abrasara el aire para cargarlo de vapor mientras los tres t'lan imass y el tiste edur atravesaban con paso pesado la maleza cerrada y espesa.

Animales invisibles salían huyendo a su paso, agitando con fuerza los matorrales por todos lados. Al final se tropezaron con una pista abierta por los animales, que iba en la dirección que buscaban, y pudieron acelerar el paso.

—Este no es vuestro territorio natural, ¿verdad, Onrack? —preguntó Trull Sengar entre jadeo y jadeo, bajo aquel aire húmedo y maloliente—. Dadas todas las pieles que llevan los tuyos…

—Cierto —respondió el t'lan imass—. Somos un pueblo de clima frío. Pero esta región existe en nuestros recuerdos. Antes de los imass había otro pueblo, más antiguo, más salvaje. Moraban donde hacía calor y eran altos, con la piel morena cubierta de un vello fino. A estos los conocemos con el nombre de eres. Sus enclaves sobrevivieron hasta nuestro tiempo… el tiempo capturado en esta senda.

—¿Y vivían en selvas como esta?

—En sus límites, de vez en cuando, pero con más frecuencia en las sabanas que las rodeaban. Trabajaban la piedra, pero con menos habilidad que nosotros.

—¿Había invocahuesos entre ellos?

Monok Ochem respondió a su espalda.

—Todos los eres eran invocahuesos, Trull Sengar, pues fueron los primeros en albergar una chispa de conciencia, los primeros a los que los espíritus les dieron ese don.

—¿Y ahora han desaparecido, Monok Ochem?

—Así es.

Onrack no añadió nada. Después de todo, si Monok Ochem tenía razones para engañar, Onrack no encontró ninguna para contradecir al invocahuesos. No importaba, en cualquier caso. No se había descubierto jamás ningún eres en la senda de Tellann.

—¿Estamos cerca, Onrack? —preguntó Trull Sengar tras un momento.

—Así es.

—¿Y después regresaremos a nuestro mundo?

—Sí. El primer trono se encuentra en la base de una grieta, bajo una ciudad…

—El tiste edur —lo interrumpió Monok Ochem— no tiene por qué saber el nombre de esa ciudad, Onrack el Fracturado. Ya sabe demasiado de nuestro pueblo.

—Lo que sé de vosotros, los t’lan imass, no creo que puedan llamarse secretos —dijo Trull Sengar—. Preferís matar a negociar. No dudáis en asesinar a dioses cuando surge la oportunidad. Y preferís poner remedio vosotros con vuestras chapuzas; muy encomiable, esto último. Por desgracia, esta chapuza concreta es demasiado grande, aunque sospecho que seguís siendo demasiado orgullosos para admitirlo. En cuanto al primer trono, no me interesa descubrir su ubicación exacta. Además, no es muy probable que sobreviva al choque con vuestros parientes renegados.

—Eso es cierto —asintió Monok Ochem.

—Y me parece que tú te vas a asegurar de ello —añadió Trull Sengar.

El invocahuesos no dijo nada.

No hacía falta, reflexionó Onrack. *Pero yo lo defenderé. Quizá Monok e Ibra lo entiendan y me golpeen primero. Es lo que yo haría si estuviera en su lugar. Cosa que, por extraño que parezca, es el caso*.

La pista se abría de repente a un claro lleno de huesos. Leopardos o hienas, dedujo Onrack, habían arrastrado por allí un número incontable de bestias de la selva y la sabana. Observó que los huesos largos estaban todos roídos y partidos, abiertos por mandíbulas poderosas. El aire hedía a carne podrida y las moscas se enjambraban por millares.

—Los eres no creaban sitios sagrados propios —dijo Monok Ochem—, pero comprendían que había lugares donde la muerte se reunía, donde la vida no era más que recuerdos que vagaban perdidos y confusos. Y a esos lugares llevaban con frecuencia a sus propios muertos. El poder se reúne en capas, este es el lugar donde nace lo sagrado.

—Así que vosotros lo habéis transformado en una puerta —dijo Trull Sengar.

—Sí —respondió el invocahuesos.

—Estás demasiado ansioso por atribuirle el mérito a los imass, Monok Ochem —dijo Onrack. Después se volvió hacia el tiste edur—. Los sitios sagrados eres quemaron las barreras de Tellann. Son demasiado antiguos para que se les pueda presentar resistencia.

—Has dicho que su santidad nació de la muerte. ¿Pertenecen al Embozado, entonces?

—No. El Embozado no existía cuando se crearon, Trull Sengar. Ni tan poco están orientados estrictamente a la muerte. Su poder procede, como ha dicho Monok Ochem, de las capas. Piedra a la que se ha dado forma y transformado en herramientas y armas. Aire al que han dado forma gargantas. Mentes que descubrían, leves como fuegos que parpadean en el cielo, el reconocimiento de la nada, de un fin… a la vida, al amor. Ojos que presenciaron la lucha por sobrevivir y vieron, asombrados, su inevitable fracaso. Saber y comprender que todos debemos morir, Trull Sengar, no es

venerar la muerte. Saber y comprender es, en sí mismo, magia, pues nos ha hecho a todos erguirnos con orgullo.

—Parece, entonces —murmuró Trull Sengar— que los imass habéis quebrantado la ley más antigua de todas, con vuestro voto.

—Ni Monok Ochem ni Ibra Gholan responderán a esa verdad —dijo Onrack—. Pero tienes razón. Somos los primeros infractores y que hayamos sobrevivido todo este tiempo es un castigo adecuado. Y, por tanto, albergamos la esperanza de que el invocador nos conceda la absolución.

—La fe es peligrosa —suspiró Trull Sengar—. Bueno, ¿hacemos uso, entonces, de esta puerta?

Monok Ochem realizó un gesto, la escena que los rodeaba se desdibujó y la luz comenzó a desvanecerse.

Un momento antes de que la oscuridad fuera absoluta, un leve grito del tiste edur llamó la atención de Onrack. El guerrero se volvió a tiempo de ver una figura a una docena de pasos de distancia. Alta, de músculos ágiles, cubierta con una piel delicada de tono ambarino y el cabello largo y greñudo que le caía por debajo de los hombros. Una mujer. Tenía los pechos grandes y colgantes, las caderas amplias y llenas. Pómulos prominentes y marcados, una boca grande de labios carnosos. Todo eso lo registró en un instante, mientras los ojos de color castaño oscuro de la mujer, ensombrecidos por una frente sólida, examinaban a los tres t'lan imass antes de clavarse en Trull Sengar.

La mujer dio un paso hacia el tiste edur, sus movimientos eran elegantes, como los de un ciervo…

Después la luz se desvaneció por completo.

Onrack oyó otro grito sorprendido de Trull Sengar. El t'lan imass se encaminó hacia el sonido, pero después se detuvo, sus pensamientos de repente se dispersaron, un destello de imágenes que cayeron en cascada por la mente del

guerrero. El tiempo que se plegaba sobre sí mismo, se hundía, después se alzaba una vez más…

Las chispas bailaron a ras de suelo, prendió la yesca, las llamas parpadearon.

Estaban en la grieta, de pie sobre el suelo cubierto de restos. Onrack buscó a Trull Sengar y encontró al tiste edur tirado en la roca húmeda, a media docena de pasos de distancia.

El t'lan imass se acercó.

El mortal estaba inconsciente. Había sangre manchándole el regazo, sangre que se acumulaba bajo la entrepierna y Onrack vio que se enfriaba, lo que sugería que no pertenecía a Trull Sengar, sino a la mujer eres que se había llevado… su semilla.

Su primera semilla. Pero no había habido nada en la apariencia de la mujer que sugiriera virginidad. Sus pechos se habían henchido llenos de leche en el pasado; sus pezones habían conocido la presión del hambre de una cría. La sangre, así pues, no tenía ningún sentido.

Onrack se agachó junto a Trull Sengar.

Y vio la herida fresca de la escarificación bajo el ombligo de su compañero. Tres cortes paralelos, hechos en diagonal, y las huellas grabadas de tres más, con toda probabilidad los que la mujer se había hecho en su propio vientre, que corrían en dirección contraria.

—La bruja eres le ha robado su semilla —dijo Monok Ochem a dos pasos de distancia.

—¿Por qué? —preguntó Onrack.

—No lo sé, Onrack el Fracturado. Los eres tienen mentes de bestias…

—No con exclusión de todo lo demás —respondió Onrack—, como tú bien sabes.

—Quizá.

—Es obvio que esta tenía un propósito.

Monok Ochem asintió.

—Eso parecería. ¿Por qué sigue inconsciente el tiste edur?

—Su mente está en otra parte…

El invocahuesos ladeó la cabeza.

—Sí, esa es la definición de inconsciente…

—No, es que está en otra parte. Cuando me acerqué, entré en contacto con una hechicería. La que proyectó la eres. A falta de otro término, era una senda apenas formada, al borde mismo de la nada. Era… —Onrack hizo una pausa, después continuó— como los propios eres. Un destello de luz tras los ojos.

Ibra Gholan sacó de repente su arma.

Onrack se irguió.

Oyeron sonidos más allá de la luz del fuego y el t'lan imass vislumbró el fulgor de cuerpos de carne y hueso, una docena, después una veintena. Algo más se aproximaba, las pisadas irregulares y arrastradas.

Un momento después, se cernió sobre la luz una aptoriana, un demonio cuya forma se desplegaba como seda negra. Y sobre su encorvado y singular lomo, cabalgaba un joven. El cuerpo era humano, pero la cara tenía los rasgos de la aptoriana: un único ojo inmenso que brillaba y ostentaba el dibujo de un panal, una boca grande y abierta que revelaba unos colmillos finos como agujas, que parecían capaces de retraerse y desaparecer enteros, salvo las puntas. El jinete vestía una armadura de cuero negro, como de escamas superpuestas. Un arnés en el pecho soportaba al menos una docena de armas que iban desde cuchillos largos a dardos. Sujetas al cinturón del joven había dos ballestas que se manejaban con una sola mano, las empuñaduras elaboradas con las bases de unas astas.

El jinete se inclinó hacia delante sobre el espinoso hombro encorvado. Después habló en voz baja y ronca.

—¿Es esto todo lo que Logros puede ofrecer?

—Vosotros —dijo Monok Ochem— no sois bienvenidos aquí.

—Una pena, invocahuesos, porque aquí estamos. Para proteger el primer trono.

—¿Quiénes sois y quién os ha enviado aquí? —preguntó Onrack.

—Soy Panek, hijo de Apt. No soy quien para responder a tu otra pregunta, t'lan imass. No hago más que proteger la guarda exterior. La cámara que alberga el primer trono posee un guardián interno, que imparte las órdenes. Quizás ella pueda responderte. Quizás incluso te responda.

Onrack levantó a Trull Sengar.

—Nos gustaría hablar con ella, entonces.

Panek sonrió y al hacerlo, reveló la fila poblada de caninos.

—Como ya he dicho, en el salón del trono. No me cabe duda —dijo con una sonrisa mayor— de que conocéis el camino.

Capítulo 24



En los textos más antiguos y fragmentarios se encontrarán menciones crípticas de los eres'al, un nombre que parece referirse a esos antiquísimos espíritus que son la esencia del mundo físico. No hay, por supuesto, forma empírica de determinar si la atribución de significado (el poder inherente al establecimiento de símbolos de lo inanimado) era causativa, en esencia la fuerza creativa que había tras los eres'al, o si algún otro poder misterioso estaba implicado, lo que indujo a que formas de vida inteligente les concedieran un mayor significado y trascendencia en una fecha posterior.
En cualquier caso, lo que no se puede negar es el poder, pocas veces admitido, pero formidable, que existe como capas subterráneas en ciertos rasgos notables de la tierra; ni que ese poder se manifiesta con una eficacia sutil pero profunda, incluso hasta el punto de torcer el rumbo de los dioses; de hecho, en ocasiones basta incluso para derribarlos de un modo definitivo...

Prólogo al compendio de mapas
Kellarstellis de Li Heng

Los inmensos salientes y riscos de coral se habían ido desgastando hasta quedar convertidos en islas planas creadas por milenios de vientos y arenas flotando en el aire.

Tenían los flancos mellados y deteriorados, repletos de agujeros y recortados, el suelo bajo que había entre ellas lo formaban pasillos estrechos y serpenteantes, repletos de escombros de bordes afilados. En opinión de Gamet, los dioses no podrían haber encontrado un lugar menos

adecuado para acampar un ejército. Pero no parecía haber demasiada alternativa. Ningún otro sitio ofrecía acceso al campo de batalla y, como pronto quedó patente, la posición, una vez tomada, era tan defendible como la fortaleza de montaña más remota, lo único que lo salvaba.

Tavore se precipitaba de cabeza hacia el buche del enemigo, al campo de batalla que ellos habían elegido y eso era, sospechaba el puño, la principal fuente de inquietud y vaga confusión que afligía a las legiones. Vigilaba el proceder de los soldados en unidades compuestas por cien hombres, de camino a tomar y defender varias islas de coral con vistas a la cuenca. Una vez en sus puestos, los soldados construirían barreras defensivas y muros bajos con los cascotes, seguidos por rampas en los lados del sur.

El capitán Keneb cambiaba de postura con aire nervioso sobre su caballo, junto al puño. Observaban a los primeros pelotones de sus legiones partir hacia una isla grande y blanca como un hueso que había en el borde más occidental de la cuenca.

—No intentarán sacarnos de esas islas —dijo—. ¿Para qué molestarse si es obvio que la consejera tiene intención de hacernos marchar hasta que caigamos en sus brazos?

Gamet no era sordo a las críticas y dudas que ocultaban las palabras de Keneb, ojalá pudiera decir algo para alentar al hombre, para reforzar la fe en la capacidad de Tavore a la hora de formular y desarrollar unas tácticas sólidas. Pero ni siquiera el puño estaba seguro. No había habido ninguna revelación repentina de genio durante la marcha desde Aren. En realidad se habían dirigido rectos como una lanza hacia el norte. *¿Lo que sugiere qué, con exactitud? ¿Una firmeza digna de imitarse o una falta absoluta de imaginación? ¿Son las dos cosas tan diferentes o simples acercamientos alternativos a lo mismo?* Y en ese momento

se estaban disponiendo, impasibles como siempre, a avanzar (seguramente al amanecer del día siguiente) hacia el enemigo y sus fortificaciones atrincheradas. Un enemigo lo bastante listo como para crear accesos singulares y difíciles a sus posiciones.

—Esas rampas nos van a matar a todos —murmuró Keneb—. Korbolo Dom está preparado, como lo estaría cualquier comandante competente adiestrado por los malazanos. Nos quiere amontonados y luchando por subir bajo una lluvia incesante de flechas, cuadrillos y balistas, por no hablar de la hechicería. Mire lo lisas que ha hecho las superficies de esas rampas, puño. Los adoquines, cuando estén resbaladizos por la sangre que caiga, serán como grasa bajo los pies. No habrá forma de agarrarse…

—No estoy ciego —gruñó Gamet— ni lo está la consejera, debemos suponer.

Keneb le lanzó al hombre maduro una mirada.

—Sobre ese punto, ayudaría que algo nos tranquilizara, puño.

—Habrá una reunión de oficiales esta noche —respondió Gamet—. Y de nuevo una campanada antes del amanecer.

—Ya ha decidido la disposición de nuestra legión —gruñó Keneb entre dientes, mientras se inclinaba en la silla y escupía, según la costumbre local.

—Sí, así es, capitán. —Debían vigilar las avenidas de retirada, no para sus propias fuerzas, sino para las que el enemigo podría emplear. Se daba por sentada, de forma prematura, una victoria que solo podía indicar locura. El enemigo los superaba en número. Todo estaba a favor de Sha’ik, pero casi un tercio del ejército de la consejera no iba a participar en la batalla—. Y la consejera espera que cumplamos con profesionalidad —añadió Gamet.

—Como la señora ordene —gruñó Keneb.

El polvo se iba levantando a medida que los zapadores e ingenieros trabajaban en las fortificaciones y rampas. El día era abrasador y el viento apenas un aliento poco entusiasta. Los guerreros montados khundryl, setis y wickanos permanecían al sur de las islas de coral, esperando a que se construyera un camino que les diera salida a la cuenca. Incluso entonces, no habría mucho espacio para maniobrar. Gamet sospechaba que Tavore mantendría a la mayoría en la retaguardia, la cuenca no era lo bastante grande para cargas masivas de caballería, para ninguno de los bandos. Los guerreros del desierto de Sha'ik con toda probabilidad se mantendrían en la reserva, una fuerza descansada para perseguir a los malazanos si rompían filas. *Y, a su vez los khundryl pueden cubrir esa retirada... o desbandada*. Una conclusión bastante innoble, los restos del ejército malazano cabalgando de a dos en los caballos khundryl, el puño hizo una mueca al pensar en la imagen y se deshizo de ella con aire colérico.

—La consejera sabe lo que hace —afirmó.

Keneb no dijo nada.

Se acercó un mensajero a pie.

—¡Puño Gamet! —exclamó el hombre—, la consejera solicita su presencia.

—Yo le echaré un ojo a la legión —dijo Keneb.

Gamet asintió y obligó a su caballo a girar. El movimiento provocó que la cabeza le diera vueltas por un instante (seguía despertándose con dolores de cabeza), después se tranquilizó, respiró hondo y le hizo un gesto al mensajero con la cabeza.

Se abrieron camino con lentitud entre la caótica disposición de tropas que iban de un lado a otro bajo las órdenes que ladraban los oficiales, rumbo a la colina baja que estaba más cerca de la cuenca. Gamet podía ver a la

consejera a lomos de su caballo en esa colina, junto con Nada y Menos, que iban a pie.

—Ya los diviso —le dijo Gamet al mensajero.

—Sí, señor, le dejaré entonces.

Gamet salió de entre la multitud, puso a su caballo a medio galope y en unos momentos se detenía junto a la consejera.

La posición les proporcionaba una vista clara de los emplazamientos enemigos y, al tiempo que observaban, ellos también eran observados por un pequeño grupo de figuras que había sobre la rampa central.

—¿Tiene usted buena vista, puño? —preguntó la consejera.

—No lo suficiente —respondió él.

—Korbolo Dom. Kamist Reloe. Seis oficiales. Kamist ha tanteado en nuestra dirección en busca de señales de magos. Magos supremos, para ser exactos. Por supuesto, dado que Nada y Menos están conmigo, las hechicerías de Kamist Reloe no pueden encontrarlos. Dígame, puño Gamet, ¿hasta qué punto cree que Korbolo Dom está seguro de sus fuerzas?

Gamet la estudió por un momento. Lucía la armadura, con la celada del yelmo levantada y los ojos entornados para protegerse del fulgor brillante que se reflejaba en la arcilla prensada y agrietada de la cuenca.

—Yo diría, consejera —respondió él poco a poco—, que su confianza se está debilitando.

La consejera lo miró.

—¿Debilitándose? ¿Por qué?

—Porque todo parece demasiado fácil. Todo está a su favor, de una forma abrumadora, consejera.

La mujer se quedó callada y volvió a mirar al lejano enemigo.

¿Para esto me quería? ¿Para hacerme esa única pregunta?

Gamet miró entonces a los dos wickanos. Nada había crecido durante la marcha, lo que hizo sospechar a Gamet que sería un hombre alto en solo unos años. Vestía un simple taparrabos y tenía un aspecto salvaje con el pelo revuelto y destrenzado y la pintura verde y negra del cuerpo.

Menos, notó el puño con cierta sorpresa, había redondeado sus formas bajo las pieles de ciervo, unas curvas que eran comunes en las niñas antes de entrar en la edad adulta. La severidad de su expresión ya era casi constante y transformaba lo que debería haber sido una cara bonita en un semblante intimidante y amargado. Llevaba el cabello negro muy corto que anunciaba un voto de dolor.

—El tanteo de Kamist ha terminado —anunció de repente la consejera—. Ahora necesitará descansar. —Se volvió en la silla y tras una señal acordada previamente, dos guerreros wickanos subieron corriendo la ladera. Tavore se desabrochó el cinturón de la espada y se lo pasó. Los guerreros se retiraron a toda prisa con el arma de otataralita.

De mala gana, Nada y Menos se acomodaron con las piernas cruzadas sobre el suelo de piedra.

—Puño Gamet —dijo la consejera—, si tiene la bondad, saque su daga y derrame unas gotas de su palma derecha.

Sin una sola palabra, el hombre se quitó el guantelete, extrajo la daga de la vaina y se cortó con el borde la parte carnosa de la mano. Brotó sangre de la herida. Gamet estiró la mano y observó la sangre que se derramaba en el suelo.

Lo golpeó un mareo y se tambaleó en la silla un momento antes de recuperar el equilibrio.

Menos emitió un siseo de sorpresa.

Gamet bajó la cabeza y la miró. La chica tenía los ojos cerrados y las dos manos apretadas contra el suelo arenoso. Nada había asumido la misma postura y en su rostro revoloteaba una secuencia salvaje de emociones que al fin se decantó por el miedo.

El puño seguía mareado, un leve rugido le llenaba el cráneo.

—Aquí hay espíritus —gruñó Nada—. Se alzan encolerizados…

—Una canción —interrumpió Menos—. De guerra, y guerreros…

—Nueva y antigua —dijo su hermano—. Tan nueva… y tan antigua. Batalla y muerte, una y otra vez…

—La tierra recuerda cada lucha que se dio en su superficie, en todas sus superficies, desde el comienzo. —Menos hizo una mueca, después se estremeció con los ojos cerrados con fuerza—. La diosa no es nada para este poder, pero le gustaría… ¡robar!

La voz de la consejera era aguda.

—¿Robar?

—La senda —respondió Nada—. Quiere reclamar este fragmento y posarse en esta tierra como un parásito. Raíces de sombra que se van deslizando para sacar sustento, para alimentarse de los recuerdos de la tierra.

—Y los espíritus no lo consentirán —susurró Menos.

—¿Se están resistiendo? —preguntó la consejera.

Los dos wickanos asintieron, después Nada enseñó los dientes.

—Los fantasmas no arrojan sombras —dijo—. Tenías razón, consejera. ¡Dioses, cuánta razón tenías!

¿Tenía razón?, se preguntó Gamet. *¿Razón sobre qué?*

—¿Y bastarán? —preguntó Tavore.

Nada sacudió la cabeza.

—No lo sé. Solo si el patrón del Espolón hace lo que crees que hará, consejera.

—Suponiendo —añadió Menos— que Sha’ik no sea consciente de la víbora que acoge en su seno.

—Si lo hubiera sabido —dijo Tavore— ya hace tiempo que le habría separado la cabeza de los hombros.

—Quizá —respondió Menos, y Gamet percibió el escepticismo en su tono—. A no ser que la diosa y ella decidieran esperar hasta tener a todos sus enemigos reunidos.

La consejera volvió a posar la mirada en los oficiales lejanos.

—Veamos entonces, ¿os parece?

Los dos wickanos se levantaron y después compartieron una mirada que no vio Tavore.

Gamet se pasó la mano ilesa por la frente, bajo el borde del casco, y sacó los dedos empapados de sudor. Algo lo había utilizado, comprendió, tembloroso. A través de su sangre. Podía oír una música lejana, una canción de voces e instrumentos irreconocibles. Empezaba a sentir una presión en el cráneo.

—Si ya ha terminado conmigo, consejera… —dijo con tono brusco.

La mujer asintió sin volverse.

—Regrese con su legión, puño. Transmítales a sus oficiales, por favor, lo siguiente. Es posible que aparezcan unidades durante la batalla, por la mañana, unidades que no reconocerán. Es posible que pidan órdenes y deben darlas como si estuvieran bajo su mando.

—Comprendido, consejera.

—Que un físico le cure la mano, puño Gamet, y gracias. Pídales también a los guardias que me devuelvan mi espada.

—Sí, señora. —Le dio la vuelta al caballo y bajó con él la ladera al paso.

El dolor de cabeza no disminuía y la canción misma parecía haber envenenado sus venas, una música de carne y hueso que insinuaba locura. *Dejadme en paz, maldita sea. No soy más que un simple soldado. Un soldado*…

Cuerdas se sentó en la roca con la cabeza en las manos. Había arrojado el casco al suelo, pero no tenía recuerdo de haberlo hecho y allí estaba, a sus pies, desdibujado y temblando bajo las oleadas de dolor que se alzaban y caían como un mar agitado por una tormenta. Había voces hablando a su alrededor, intentando llegar a él, pero el soldado no le encontraba ningún sentido a lo que decían. La canción había surgido, repentina y fiera, en su cráneo, y fluía por sus miembros como fuego.

Una mano lo cogió por el hombro y sintió un sondeo de hechicería que se filtraba por sus venas, tentativo al principio y que después se estremeció y apartó por completo, solo para volver con más fuerza, y con él, un silencio que se extendía. Una paz bendita, fresca y serena.

Al fin, el sargento pudo levantar la cabeza.

Encontró a su pelotón reunido a su alrededor. La mano que se había posado en su hombro era la de Botella y la cara del muchacho estaba pálida y perlada de sudor. Los ojos de ambos se encontraron y después Botella asintió y quitó la mano poco a poco.

—¿Me oyes, sargento?

—Algo, como si estuvieras a treinta pasos de distancia.

—¿Ha desaparecido el dolor?

—Sí… ¿qué has hecho?

Botella apartó la mirada.

Cuerdas frunció el ceño.

—Todos los demás, volved al trabajo —dijo después—. Quédate aquí, Botella.

Sepia le dio una colleja a Chapapote y el cabo se irguió y murmuró:

—Vamos, soldados. Hay pozos que cavar.

El sargento y Botella observaron irse a los otros, que recuperaron los picos y las palas de camino. El pelotón estaba apostado en el islote más al sudoeste, con vistas a las dunas que llegaban hasta el horizonte. Un único pasillo lo bastante ancho se abría justo hacia el norte; el enemigo (si se derrumbaba y huía) tendría que atravesar ese pasillo para dejar la cuenca. Justo detrás se encontraba una modesta meseta plana en la que se habían ocultado una compañía de guerreros del desierto montados, la cresta estaba salpicada de exploradores que vigilaban a los malazanos.

—Muy bien, Botella —dijo Cuerdas—, escúpelo ya.

—Espíritus, sargento. Están… despertando.

—¿Y eso que tiene que ver conmigo, por el Embozado?

—Sangre mortal, creo. Tiene su propia canción. La recuerdan. Vinieron a ti, sargento, impacientes por añadir sus voces a ella. A… eh… a ti.

—¿Por qué yo?

—No lo sé.

Cuerdas estudió al joven mago durante un momento y meditó sobre el sabor de aquella mentira, después hizo una mueca.

—Crees que es porque estoy destinado a morir aquí, en esta batalla —dijo.

Botella apartó la mirada una vez más.

—No estoy seguro, sargento. Está fuera de mi alcance… esta tierra. Y sus espíritus. Y lo que tiene que ver contigo.

—Soy un abrasapuentes, muchacho. Los Abrasapuentes nacieron aquí. En el crisol de Raraku.

Los ojos de Botella se entrecerraron mientras estudiaba el desierto hacia el oeste.

—Pero… los han aniquilado.

—Sí, así es.

Ninguno de los dos habló durante un rato. Koryk había roto su pala con una roca y estaba ensartando una lista admirable de maldiciones setis. Los otros habían parado para escuchar. En el borde norte de la isla, el pelotón de Gesler estaba muy ocupado construyendo un muro de escombros, que no tardó en derrumbarse y sus peñascos se desplomaron por el borde contrario. Silbidos y aullidos distantes resonaron en la meseta que tenían enfrente.

—No va a ser una batalla al uso, ¿verdad? —preguntó Botella.

Cuerdas se encogió de hombros.

—Eso no existe, muchacho. No hay nada al uso en matar y morir, en el dolor y el terror.

—No era a eso a lo que me refería…

—Ya sé que no, Botella. Pero en estos tiempos las guerras están plagadas de hechicería y municiones, así que terminas por esperar sorpresas.

Los dos perros de Gesler pasaron trotando, el enorme perro pastor siguiendo a la Cucaracha hengese, como si el peludo perrito faldero llevara su propia correa.

—Este sitio es… complicado —suspiró Botella. Estiró el brazo y cogió una gran roca con forma de disco—. Eres'al —dijo—. Un hacha de mano, esa cuenca de ahí está repleta de ellas. Alisadas por el lago que la llenaba en otro tiempo. Llevaba días hacer una de estas, después ni siquiera las usaban, se limitaban a tirarlas al lago. No tiene sentido,

¿verdad? ¿Para qué haces una herramienta que luego no usas?

Cuerdas se quedó mirando al mago.

—¿De qué estás hablando, Botella? ¿Quiénes son los eres’al?

—Eran, sargento. Desaparecieron hace mucho tiempo.

—¿Los espíritus?

—No, esos son de todos los tiempos, de todas las edades que ha conocido esta tierra. Mi abuela hablaba de los eres. Los moradores que vivieron en la época que precedió a los imass, los primeros creadores de herramientas, los que primero le dieron forma a su mundo. —Sacudió la cabeza y contuvo un estremecimiento—. Nunca pensé que me encontraría con uno, estaba allí, la mujer estaba allí, en esa canción de tu interior.

—¿Y fue ella la que te habló de esas herramientas?

—No directamente. Más bien lo compartí, bueno, compartí su mente. Fue ella la que te regaló el silencio. No fui yo, yo no tengo ese poder, pero se lo pedí y ella se apiadó. Al menos —el chico miró a Cuerdas—, creo que fue un favor.

—Sí, muchacho, lo fue. ¿Todavía puedes… hablar con esa eres?

—No. Lo único que yo quería hacer era salir de ahí, de esa sangre…

—Mi sangre.

—Bueno, la mayor parte es tu sangre, sargento.

—¿Y el resto?

—Pertenece a la canción. La canción de…, esto, los Abrasapuentes.

Cuerdas cerró los ojos y apoyó la cabeza en el peñasco que tenía detrás. *Kimloc, ese maldito caminante espiritual tanno de Ehrlitan. Dije que no, pero lo hizo de todos modos.*

Robó mi historia, no solo la mía sino la de los Abrasapuentes, y la convirtió en una canción. El muy cabrón ha ido y nos ha devuelto a Raraku...

—Ve a ayudar a los otros, Botella.

—Sí, sargento.

—Y… gracias.

—Lo transmitiré la próxima vez que vea a la bruja eres.

Cuerdas se quedó mirando al mago. *Así que habrá una próxima vez, ¿no? ¿Qué fue lo que no me contaste, muchacho?* Se preguntó si la mañana siguiente sería testigo de verdad de su última batalla. No era un pensamiento muy agradable, pero quizá fuera necesario. Quizá lo estaban llamando para que se reuniera con los Abrasapuentes caídos. *No es para tanto, entonces. No podría pedir compañía más desdichada. Maldita sea, pero los echo de menos. Los echo de menos a todos. Incluso a Seto*.

El sargento abrió los ojos y se puso en pie, después recogió y se puso el casco. Se volvió para contemplar la cuenca, hacia el nordeste, los emplazamientos enemigos y el polvo y el humo de la ciudad oculta en el oasis. *Tú también, Kalam Mekhar. Me pregunto si sabes por qué estás aquí*...

El chamán estaba frenético, se retorcía y siseaba, se escabullía como un cangrejo en círculos polvorientos alrededor del trozo plano de hueso que se iba quemando en la hoguera. Corabb, con la boca llena de media docena de conchas de escarabajos que llevaba colgadas alrededor del cuello para espantar el mal, se estremeció cuando con el castañeteo de los dientes aplastó un caparazón y se le llenó la boca de un sabor amargo. Se sacó el collar de la boca y empezó a escupir trozos de concha.

Leoman se acercó al chamán y cogió al escuálido hombrecito por la telaba, lo levantó del suelo y después lo agitó. Una ráfaga de tela, pelo y saliva voladora, después Leoman puso al chamán en el suelo una vez más.

—¿Qué has visto? —le gruñó.

—¡Ejércitos! —chilló el anciano, que se tiraba de la nariz como si se la acabaran de poner en la cara. Leoman frunció el ceño.

—Sí, esos también los podemos ver nosotros, maldito faquir…

—¡No! ¡Más ejércitos! —Se escabulló junto al guerrero y corrió a la cima del sur de la meseta, donde empezó a dar saltos y señalar a los malazanos que se atrincheraban en la isla de enfrente del viejo canal de drenaje.

Leoman no intentó seguirlo. Se acercó adonde Corabb y otros tres guerreros se habían agachado detrás de un muro bajo.

—Corabb, envía otro jinete a Sha'ik, no, pensándolo mejor, ve tú mismo. Aunque ella no se moleste en reconocer nuestra llegada, quiero saber cómo se van a disponer las tribus de Mathok cuando amanezca. Averígualo una vez que hayas hablado con Sha'ik… Y, Corabb, asegúrate de hablar con ella en persona. Después vuelve aquí.

—Lo haré como ordenas —anunció Corabb mientras se erguía.

A veinte pasos de distancia, el chamán se dio media vuelta y lanzó un chillido.

—¡Están aquí! ¡Los perros, Leoman! ¡Los perros! ¡Los perros wickanos!

Leoman frunció el ceño.

—El idiota se ha vuelto loco…

Corabb se acercó a su caballo a la carrera. No pensaba perder tiempo ensillando al animal, sobre todo si eso

significaba tener que oír más de las chifladuras del chamán. Se subió de un salto a la bestia, apretó las correas que sujetaban la lanza de lado a la espalda, después recogió las riendas y azuzó al animal.

La ruta hasta el oasis era serpenteante y complicada, se metía entre arena profunda y salientes dentados, lo que lo obligaba a ralentizar el paso de su montura y dejar que se abriera camino a su modo por la pista.

El día estaba cayendo y las sombras se profundizaban por donde el sendero zigzagueaba y se adentraba en los barrancos de altas paredes que se acercaban al borde más sudoeste del oasis. Cuando el caballo salvó con cierto esfuerzo unos escombros y dobló una curva marcada, el hedor repentino a putrefacción llegó a hombre y animal a la vez.

El sendero estaba bloqueado. Un caballo muerto y, justo detrás, un cadáver.

Con el corazón disparado, Corabb se bajó de la montura y se adelantó con cautela.

El mensajero de Leoman, el que había enviado en cuanto había llegado la tropa. Un cuadrillo de ballesta se le había clavado en la sien, había atravesado el hueso y después había explotado y lo había destrozado todo al otro lado.

Corabb examinó los muros irregulares de ambos lados. Si hubiera habido asesinos apostados allí, él ya estaría muerto, razonó. Lo más probable, entonces, era que no estuvieran esperando ningún mensajero más.

Regresó con su caballo. Le costó convencer a la criatura para que pasara por encima de los cuerpos, pero al final consiguió apartar a la bestia de ellos y saltó al lomo una vez más. Con los ojos recorriéndolo todo sin cesar, continuó adelante.

Sesenta pasos más tarde la pista se abría a la ladera de arena, tras la cual se podían ver los mantos polvorientos de los árboles guldindha.

Corabb dio un suspiro de alivio y azuzó al caballo.

Dos martillazos en la espalda lo tiraron hacia delante. Sin estribos ni pomo de silla a la que agarrarse, Corabb echó los brazos alrededor del cuello de su cabalgadura, al tiempo que el animal chillaba de dolor y salía disparado. El movimiento estuvo a punto de hacer que el aterrado jinete soltara al animal. La rodilla derecha del caballo sacudía con fuerza, una y otra vez, el casco del hombre, hasta que se cayó y la nudosa articulación golpeó repetidamente la cabeza de su jinete.

Corabb siguió aferrándose, a pesar de que continuaba deslizándose hacia abajo y después alrededor del cuerpo de su montura, hasta que su propio cuerpo empezó a recibir los golpes de las dos patas delanteras. El estorbo resultó ser suficiente para ralentizar al corcel cuando llegó a la ladera y Corabb, con una pierna colgando y el talón rebotando en el suelo duro, consiguió auparse por debajo de la cabeza del caballo.

Otro cuadrillo crujió en el suelo y se fue resbalando por la izquierda.

El cuadrúpedo se detuvo a medio subir la ladera.

Corabb bajó la otra pierna y después giró hacia el otro lado y de nuevo se subió al animal de un salto. Había perdido las riendas, pero se aferró con los dedos a las crines del caballo y hundió los talones en los flancos.

Otro cuadrillo más rebotó en las rocas y después los cascos caían con golpes secos en la arena y la luz del sol los bañó de repente.

Justo delante estaba el oasis y el refugio de los árboles.

Corabb se inclinó sobre el cuello de la montura y la espoleó para que fuera más rápido.

Se abalanzaron sobre una pista que se abría entre los guldindhas. Al mirar atrás, el guerrero vio un profundo desgarrón que recorría el flanco izquierdo de su caballo y que estaba sangrando. Y entonces vislumbró su lanza, que le colgaba suelta de la espalda. Había dos cuadrillos incrustados en el astil. Cada uno se había clavado en ángulos diferentes y el impacto debía de haber sido casi simultáneo, porque las hendiduras habían chocado entre sí y habían detenido el impulso de ambos cuadrillos.

Corabb se quitó el arma destrozada y la arrojó lejos de sí.

Cabalgó a toda velocidad por la pista.

—Las púas de un tigre —murmuró ella con los ojos velados tras el humo de la roya— pintadas sobre un sapo. Por alguna razón te hace parecer incluso más peligroso.

—Sí, muchacha. Soy veneno puro —murmuró Heboric mientras la estudiaba en la oscuridad. Había vida en la mirada de la joven una vez más, una perspicacia que iba más allá del ocasional comentario cortante y que insinuaba la existencia de una mente en la que al fin se había despejado la niebla entorpecedora del durhang. La chica seguía tosiendo como si tuviera los pulmones llenos de líquido, aunque la salvia mezclada con la roya la había aliviado un tanto.

La chica le devolvía la mirada con una expresión inquisitiva (aunque un poco dura), sin dejar de aspirar de la boquilla del narguile y con el humo cayéndole por las ventanas de la nariz.

—Si pudiera verte —murmuró Heboric—, llegaría a la conclusión de que has mejorado un poco.

—Sí, destriant de Treach, aunque yo hubiera dicho que esos ojos felinos que tienes podían penetrar cualquier velo.

Él lanzó un gruñido.

—Es más bien que ya no arrastras las palabras, Scillara.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó ella tras un momento.

—El atardecer no tardará en llegar. Me gustaría salir en busca de L'oric y querría que me acompañaras.

—¿Y después?

—Después te llevaré junto a Felisin la Menor.

—La hija adoptada de Sha'ik.

—Sí.

Scillara apartó la mirada y pareció meditar mientras aspiraba una profunda bocanada de la roya.

—¿Cuántos años tienes, muchacha?

Ella se encogió de hombros.

—Los que necesito. Si he de acatar las órdenes de Felisin la Menor, que así sea. El resentimiento no tiene sentido.

Una conversación incómoda que avanzaba a saltos y dejaba a Heboric sin demasiadas salidas. Sha'ik era muy parecida. Quizá, reflexionó el destriant con una mueca, ese talento para las intuiciones era cosa solo de mujeres, él tenía que admitir que no tenía mucha experiencia a la que echar mano, a pesar de sus muchos años. El templo de Fener estaba dominado sobre todo por varones, cuando se trataba de la orden sagrada en sí, y la vida de Heboric como ladrón solo había incluido, y por necesidad, un puñado de relaciones cercanas. Estaba, una vez más, metiéndose en honduras.

—Felisin la Menor no tiene, según creo, demasiado interés en dar órdenes a nadie. Esto no es un intercambio de un culto por otro, Scillara, no del modo que a ti te parece, en cualquier caso. Nadie intentará manipularte aquí.

—Como tú has explicado, destriant. —La mujer lanzó un profundo suspiro y se sentó más erguida, después posó la boquilla del narguile—. Muy bien, llévame a la oscuridad.

El destriant la miró con los ojos entrecerrados.

—Lo haré… en cuanto llegue.

Las sombras se estaban alargando, lo suficiente para tragarse toda la cuenca bajo su posición. Sha'ik se encontraba en la cima de la rampa más al norte, estudiando las masas lejanas de soldadesca malazana que seguían excavando en las distantes elevaciones. Siempre metódica, así era su hermana.

Miró a su izquierda y examinó las posiciones de Korbolo Dom. Todo estaba listo para la batalla del día siguiente, podía ver al comandante napaniano rodeado de ayudantes y guardias, de pie al borde de la rampa central, haciendo lo que también estaba haciendo ella: observar al ejército de Tavore.

Ya estamos todos colocados. De repente, todo aquel asunto parecía carecer de sentido. Ese juego de tiranos asesinos, que empujaban a sus ejércitos hacia un choque inevitable, y que contemplaban con fría indiferencia las vidas que se perderían en el aplacamiento de sus brutales deseos. *¿Qué valor tiene esta ansia absurda por gobernar? ¿Qué quieres de nosotros, emperatriz Laseen? Siete Ciudades jamás reposará tranquila bajo tu yugo. Tendrás que esclavizar, ¿y qué se gana con eso?* ¿Y qué había de su propia diosa? ¿Tan diferente era de Laseen? Con todas las garras estiradas, impacientes por sujetar, por desagarrar por empapar la arena de rojo con las entrañas de los contendientes.

Pero Raraku no te pertenece, querida Dryjhna, por muy feroces que sean tus reclamaciones. Ahora lo entiendo. Este desierto es sagrado en sí mismo. Y ahora clama contra todo, ¡siéntelo, diosa! ¡Clama! Contra uno y contra todo.

Junto a ella, Mathok estudiaba las posiciones malazanas en silencio. Entonces habló.

—La consejera ha hecho su aparición, elegida.

Sha'ik apartó la mirada de Korbolo Dom y miró hacia donde señalaba el caudillo del desierto.

A lomos de un caballo de los establos Paran. *Por supuesto*. Dos wickanos a pie, muy cerca. Su hermana lucía armadura completa, el yelmo resplandecía de color carmesí bajo la luz moribunda.

Los ojos de Sha'ik volvieron de repente a la posición de Korbolo.

—Ha llegado Kamist Reloe… ha abierto su senda y ahora hace un sondeo del enemigo. Pero la espada de otataralita de Tavore lo desafía… así que la rodea y se adentra en el ejército en sí. En busca de magos supremos… aliados insospechados… —Tras un momento, Sha'ik suspiró—. Y no encuentra ninguno salvo unos cuantos chamanes y magos de pelotón.

Mathok habló con voz profunda.

—Esos dos wickanos que están con la consejera. Son los conocidos con el nombre de Nada y Menos.

—Sí. Se dice que tienen el espíritu destrozado, no cuentan con nada del poder que sus clanes les concedieron antaño, porque esos clanes han sido aniquilados.

—Con todo, elegida —murmuró Mathok—, que los albergue en la niebla de otataralita sugiere que no son tan débiles como quisiéramos creer.

—O que Tavore no quiere que se revele su debilidad.

—¿Para qué molestarse si ya nos es conocido ese fracaso?

—Para profundizar nuestras dudas, Mathok —respondió ella.

El hombre hizo un gesto brusco y añadió un gruñido frustrado.

—Este fango no tiene superficie, elegida…

—¡Espera! —Sha'ik se quedó mirando una vez más a Tavore—. Ha hecho que se lleven su arma; Kamist Reloe ha retirado el sondeo y ahora… ¡Ah! —La última palabra fue un grito sorprendido cuando, al desvelarse el poder de Nada y Menos, percibió una sensación sorda, un poder mucho mayor de lo que tenía derecho a ser.

Sha'ik ahogó entonces una exclamación cuando la diosa se encogió en su interior (como si la pincharan) y liberó un chillido que le llenó el cráneo. Pues Raraku estaba respondiendo a la llamada, una multitud de voces que se alzaban en una canción, que se alzaban con un deseo puro, implacable, el sonido, comprendió Sha'ik de un sinfín de almas que luchaban contra las cadenas que las ataban.

Cadenas de sombra. Cadenas como raíces. De este fragmento desgarrado y extraño de senda. Este trozo de sombra que se ha alzado para encadenar sus almas y alimentarse de su fuerza vital.

—Mathok, ¿dónde está Leoman? —

Necesitamos a Leoman.

—No lo sé, elegida.

La mujer se volvió de nuevo y estudió a Korbolo Dom. El guerrero era una figura destacada en la rampa, la postura firme, los pulgares enganchados en el cinturón de la espada, estudiaba al enemigo con un aire de seguridad suprema que hizo que a Sha'ik le apeteciera gritar.

Nada, nada era lo que parecía.

Al oeste, el sol había convertido el horizonte en una conflagración carmesí. El día se ahogaba en un mar de

llamas y vio las sombras que atravesaban la tierra mientras a ella se le enfriaba el corazón.

El callejón que había fuera de la tienda de Heboric estaba vacío en ambas direcciones. El descenso repentino del sol parecía hacer caer un extraño silencio junto con la oscuridad. El polvo flotaba inmóvil en el aire.

El destriant de Treach se detuvo un momento en el corredor.

—¿Dónde está todo el mundo? —dijo Scillara tras él.

Él se estaba preguntando lo mismo. Después, lentamente, se le erizó el vello de la nuca.

—¿Oyes eso, muchacha?

—Solo el viento…

Pero no había viento.

—No, no es el viento —murmuró Scillara—. Una canción. De muy lejos… ¿el ejército malazano, tú crees?

El destriant sacudió la cabeza, pero no dijo nada.

Tras un momento, Heboric le hizo un gesto a Scillara para que lo siguiera y echó a andar por el callejón. La canción parecía suspendida en el propio aire y alzaba una calima de polvo que parecía temblar ante sus ojos. Le corría el sudor por brazos y piernas. *Miedo. El miedo ha sacado a toda esta ciudad de las calles. Esas voces son el sonido de la guerra*.

—Debería haber niños —dijo Scillara—. Niñas…

—¿Por qué niñas en particular, muchacha?

—Las espías de Bidithal. Sus sirvientas escogidas.

El hombre volvió la cabeza y la miró.

—¿A las que él… marca?

—Sí. Deberían estar… por todas partes. Sin ellas…

—Bidithal está ciego. Bien podría ser que las haya mandado a otro sitio, o incluso que las haya retirado por

completo. Habrá… acontecimientos esta noche, Scillara. Derramamiento de sangre. Los actores están ya, sin duda, colocándose en posición.

—Él habló de esta noche —se sinceró la chica—. Las horas de oscuridad antes de la batalla. Dijo que el mundo cambiaría esta noche.

Heboric enseñó los dientes con una mueca.

—El imbécil se ha hundido en el fondo del abismo y ahora agita el barro negro.

—Sueña con la Oscuridad auténtica que se despliega, destriant. Sombra no es más que un comienzo, un reino nacido de un compromiso y lleno de impostores. Los fragmentos han de devolverse a la Primera Madre.

—No solo es imbécil, entonces, sino que también está loco. Hablar de la más antigua de las batallas, como si él mismo fuera una fuerza digna de ello… Bidithal ha perdido la cabeza.

—Dice que hay algo que se acerca —dijo Scillara con un encogimiento de hombros—. Algo que nadie sospecha y solo el propio Bidithal tiene alguna esperanza de controlar, pues únicamente él recuerda la Oscuridad.

Heboric se detuvo.

—Que el Embozado se lleve su alma. Debo verlo. Ahora.

—Lo encontraremos…

—En su maldito templo, sí. Vamos.

Dieron media vuelta.

Al mismo tiempo, dos figuras surgían de la oscuridad de la boca de un callejón y unas hojas destellaban.

Heboric se abalanzó sobre ellas con un gruñido de desdén. Se dispararon unas manos con garras que desgarraron y penetraron en el cuello de un asesino, después se alzaron de golpe y arrancaron la cabeza de los hombros con limpieza.

El otro asesino se lanzó con la punta del cuchillo que se abalanzaba a por el ojo izquierdo de Heboric. El destriant cogió la muñeca del hombre y le aplastó los huesos. Una cuchillada de la otra mano derramó las entrañas del asesino por la calle polvorienta.

Heboric arrojó el cuerpo a un lado y miró furioso a su alrededor. Scillara se encontraba unos pasos más atrás, con los ojos muy abiertos. El destriant no le hizo caso y se agachó sobre el cadáver más cercano.

—Uno de los de Korbolo Dom. Demasiado impaciente…

Tres cuadrillos lo golpearon a la vez. Uno se le hundió en la cadera y destrozó el hueso. Otro se le clavó bajo el omóplato derecho y se detuvo a menos de un dedo de la columna. El tercero, que llegó desde el lado contrario, lo golpeó en el hombro izquierdo con la fuerza suficiente como para darle la vuelta, de modo que cayó de espaldas sobre el cadáver.

Scillara se arrastró a su lado.

—¿Viejo? ¿Estás vivo?

—Cabrones —gruñó él—. Eso duele.

—Ahí vienen…

—Para acabar conmigo, sí. Huye, muchacha. Al bosque de piedra. ¡Vete!

El destriant sintió que la chica lo dejaba y oyó sus pasos ligeros alejarse casi sin ruido.

Heboric intentó levantarse, pero un dolor punzante le abrasó la cadera rota y lo dejó jadeando y ciego.

Pisadas que se acercaban, tres juegos distintos, con mocasines, dos por la derecha y uno por la izquierda. Cuchillos que salían con un susurro de las vainas. Que se cerraban sobre él… luego silencio.

Alguien se alzaba sobre Heboric. Con su visión borrosa el destriant distinguió unas botas manchadas de polvo y de

ellas salía un hedor, como a muerte mohosa y seca. Otro juego de botas rozaba el suelo más allá de los pies del destriant.

—Fuera de aquí, espectros —siseó una voz a media docena de pasos de distancia.

—Demasiado tarde para eso, asesino —murmuró la figura que se alzaba sobre Heboric—. Además, acabamos de llegar.

—En el nombre del Embozado, El Que Acumula las Almas, yo os destierro de este reino.

Una suave carcajada respondió a la orden del asesino.

—Conque te arrodillas ante el Embozado, ¿eh? Oh, sí, sentí el poder en tus palabras. Vaya, el Embozado se ha metido en honduras con esto. ¿No tengo razón, muchacha?

Un gruñido profundo de asentimiento de la figura que tenía Heboric a los pies.

—Última advertencia —gruñó el asesino—. Nuestras hojas están sancionadas, desangrarán vuestras almas…

—No me cabe duda. Suponiendo que nos alcancen en algún momento.

—Vosotros no sois más que dos… y nosotros tres.

—¿Dos?

Ruidos de pies que se arrastraban y después, vívido y muy cerca, el chorro de sangre en el suelo. Cuerpos que caían con un golpe seco, largas y húmedas bocanadas de aire que se exhalaban.

—Deberíamos haber dejado uno vivo —dijo la voz de otra mujer.

—¿Por qué?

—Para poder mandarlo junto a ese cabrón viejo y gastado de napaniano con una promesa para mañana por la mañana.

—Mejor así, muchacha. Ya nadie sabe apreciar una buena sorpresa, ese es el problema que tiene este mundo, en mi opinión.

—Bueno, pues no te la estábamos pidiendo. ¿Crees que este viejo va a vivir?

Un gruñido.

—Dudo que Treach vaya a renunciar a su nuevo destriant con un simple maullido. Además, ahí regresa esa belleza de dulces pulmones.

—Hora de irnos, entonces.

—Sí.

—Y de ahora en adelante, no sorprendemos a nadie hasta que empiece a amanecer. ¿Estamos?

—La tentación fue más fuerte que nosotros. No volverá a pasar.

Silencio, después pasos una vez más. Una mano pequeña se posó en la frente del destriant.

—¿Scillara?

—Sí, soy yo. Había soldados aquí, creo. No tenían muy buena pinta…

—Eso da igual. Sácame los cuadrillos. La carne quiere curarse, el hueso soldarse. Sácalos, muchacha.

—¿Y después?

—Arrástrame de vuelta a mi templo…, si puedes.

—De acuerdo.

Sintió una mano que se cerraba sobre el cuadrillo que tenía enterrado en el hombro izquierdo. Un destello de dolor, después nada.

La armadura de Sha’ik la Mayor estaba expuesta en la mesa. Uno de los guerreros de Mathok había sustituido las correas y ajustes gastados y después había pulido las placas de bronce y el yelmo completo, con su celada. La espada larga estaba engrasada, los bordes bien afilados. El escudo

ribeteado de hierro y cubierto de piel aguardaba apoyado en una pata de la mesa.

La mujer se encontraba de pie, sola en la cámara, observando los avíos dejados por su predecesora. Esta había tenido la reputación de ser muy hábil con la espada. El yelmo parecía extrañamente grande, el barbote abierto por las mejillas salía disparado y era largo, unido por unas bisagras a la pesada banda de la frente. Una cadena ligera y ennegrecida colgaba como una telaraña de las ranuras para los ojos. Un cuello largo, con la forma de una amplia cola de langosta, surgía del borde posterior.

Se acercó al forro acolchado. Era pesado y estaba manchado de sudor, los encajes se extendían bajo los brazos y recorrían los lados. Placas de cuero hervido cubrían la parte superior de los muslos, los hombros, los brazos y las muñecas. Trabajó con gestos metódicos y se ciñó cada encaje y cada tira, cambiando de postura para repartir el peso de modo uniforme antes de volverse hacia la armadura en sí.

Todavía quedaba buena parte de la noche, se extendía ante ella como el camino oscuro de la infinitud, pero quería sentir la armadura encerrándola, quería notar su peso inmenso y, por tanto, se puso las grebas de las piernas, los escarpes en los pies y los brazales en la muñeca, después se encogió y se metió el peto. La hechicería había aligerado el bronce y el sonido al deslizarse era como el de hojalata fina. El diseño le permitía ceñirse las correas ella misma, y unos momentos después cogió la espada y la deslizó en su vaina, después se rodeó la cintura con el pesado cinturón y abrochó los ganchos que lo sujetaban a la coraza para que el peso no le cayera sobre las caderas.

Lo único que quedaba era el par de guanteletes, la cota del yelmo y el propio yelmo. Dudó. *¿Tengo elección acaso?*

La diosa seguía siendo una presencia imponente en su mente, arraigada en cada músculo y en cada fibra, su voz le susurraba en el flujo de sangre que corría por sus venas y arterias. El poder ascendiente estaba al alcance de Sha'ik y sabía que lo usaría cuando llegara el momento. O, más bien, que el poder la usaría a ella.

Para matar a mi hermana.

Sintió que se acercaba alguien y volvió la cabeza hacia la entrada.

—Puedes entrar, L'oric.

El mago supremo apareció entonces ante ella.

Sha'ik parpadeó. El mago vestía armadura. Blanca, de esmalte, con marcas y manchada por el uso. Una espada larga de hoja fina le colgaba de la cadera. Tras un momento, la mujer suspiró.

—Así que todos nos estamos preparando…

—Como ya habéis observado, Mathok tiene más de trescientos guerreros protegiendo este palacio, elegida. Protegiéndoos… a vos.

—Exagera el riesgo. Los malazanos están demasiado ocupados…

—El peligro que anticipa, elegida, no proviene de los malazanos.

Sha'ik lo estudió.

—Pareces agotado, L'oric. Te sugiero que regreses a tu tienda y descanses un poco. Te necesitaré por la mañana.

—¿No querréis escuchar mi advertencia?

—La diosa me protege. No tengo nada que temer. Además —la joven sonrió—, Mathok tiene a trescientos de sus guardias predilectos protegiendo este palacio.

—Sha'ik, podría haber una convergencia esta noche. Tenéis lectores de la baraja entre vuestros consejeros. Ordenad que alineen sus cartas y todo lo que digo quedará

confirmado. Se están reuniendo poderes ascendientes. El hedor de la traición impregna el aire.

La mujer agitó una mano.

—Nada de eso importa, L’oric. Nadie me puede tocar. Ni tampoco tolerará la diosa rechazo alguno.

El hombre se acercó más con los ojos muy abiertos.

—¡Elegida! ¡Raraku se está despertando!

—¿De qué estás hablando?

—¿Es que no lo oís?

—La rabia de la diosa lo consume todo, L’oric. Si puedes oír la voz del sagrado desierto, entonces es el grito de muerte de Raraku. El torbellino lo devorará esta noche. Y cualquier poder ascendiente lo bastante necio como para acercarse será aniquilado. La diosa, L’oric, no tolerará ningún rechazo.

L’oric se la quedó mirando durante un momento más, después pareció hundirse bajo la armadura. Se pasó una mano por los ojos como si buscara arrancarse alguna visión de pesadilla. Después, con un asentimiento, se dio la vuelta y se encaminó a la puerta.

—¡Espera! —Sha’ik pasó junto a él y se detuvo.

Resonaron voces tras los muros de lona.

—¡Dejadlo pasar! —exclamó la elegida.

Dos guardias entraron con un tropezón, arrastrando a un hombre entre los dos. Manchado de polvo y sudor, el hombre era incapaz siquiera de tenerse en pie, tan agotado y magullado estaba.

—Es Corabb Bhilan Thenu’alas —ladró uno de los guardias—. Uno de los oficiales de Leoman.

—¡Elegida! —jadeó el hombre—. ¡Soy el tercer jinete que Leoman os ha enviado! ¡He encontrado los cuerpos de los otros, los asesinos me persiguieron casi hasta vuestro mismísimo palacio!

El rostro de Sha'ik se oscureció de furia.

—Trae a Mathok —le soltó a uno de los guardias—. L'oric, concédele a este hombre algo de sanación para contribuir a su recuperación.

El mago supremo se adelantó y posó una mano en el hombro de Corabb.

La respiración del guerrero del desierto se tranquilizó y se fue irguiendo poco a poco.

—Leoman envía sus saludos, elegida. Desea ser informado sobre el despliegue de Mathok…

—Corabb —lo interrumpió Sha'ik—. Regresarás con Leoman… con una escolta. Las órdenes que le envío son las siguientes, ¿me estás escuchando?

El hombre asintió.

—Leoman debe regresar de inmediato. Ha de tomar el mando de mis ejércitos.

Corabb parpadeó.

—¿Elegida?

—Leoman de los Mayales ha de tomar el mando de mis ejércitos. Antes del amanecer. L'oric, ve a ver a Korbolo Dom y transmítele mis deseos. Debe venir a verme de inmediato.

L'oric dudó, pero después asintió.

—Como ordenéis, elegida. Con vuestro permiso.

Salió de la cámara, atravesó las salas y los pasillos intermedios, dejó atrás a un guardia tras otro, vio armas que se sacaban y sintió miradas duras sobre él. Korbolo Dom sería idiota si intentara llegar a ella con sus asesinos. Con todo, había caído la noche y en el oasis que había detrás, la luz de las estrellas ya jugaba sobre las hojas desenvainadas.

Al salir a la explanada que había ante el palacio, L'oric hizo una pausa. Su senda estaba al descubierto y lo dejó patente con una penumbra repleta de chispas que rodeaban su persona. No quería que nadie cometiera un error fatal.

Con todo, se sentía extrañamente expuesto cuando emprendió la marcha hacia la tienda de mando de Korbolo Dom.

Los Mataperros estaban listos en sus trincheras de reserva, un crujido incesante de armas y armaduras, conversaciones apagadas que caían todavía más cuando él pasaba a su lado, solo para alzarse de nuevo a su espalda. Esos soldados, como bien sabía L'oric, se habían convertido por elección y circunstancias en una fuerza independiente. *Marcados por la carnicería de sus obras. Por el foco de la indignación malazana. Saben que no les darán cuartel*. La inseguridad traicionaba sus bravatas, su supuesta ferocidad veteada en ese momento por destellos de miedo. Y sus vidas estaban en las manos manchadas de Korbolo Dom. Por completo. *No dormirán esta noche*.

Se preguntó qué pasaría cuando Leoman le arrebatara el mando al renegado napaniano. ¿Habría un motín? Era muy posible. Por supuesto, Sha'ik poseía la aprobación de la diosa del Torbellino y no dudaría en ejercer ese poder si se cuestionara el cargo de Leoman. Aun así, esa no era la forma de preparar un ejército la noche antes de la batalla.

Ha esperado demasiado tiempo. Claro que quizá la intención era esta. Diseñada para hacer caer a Korbolo, para no darle tiempo a preparar ningún contraataque. Si es así, entonces es el riesgo más osado en esta, la más complicada de las noches.

Subió por el escarpado camino hasta la tienda de mando del napaniano. Dos centinelas salieron de cerca de la entrada para interponerse en su camino.

—Informad a Korbolo Dom que le traigo recado de Sha'ik.

Observó a los dos soldados intercambiar una mirada y después uno asintió y entró en la tienda.

Unos momentos después, la hechicera, Henaras, salió de la entrada con el rostro crispado en un ceño.

—Mago supremo L'oric. Tendrás que renunciar a tu senda para pedir audiencia con el comandante supremo del Apocalipsis.

El mago alzó una ceja ante tan elevado título, pero se encogió de hombros y bajó las defensas mágicas.

—Estoy bajo tu protección entonces —dijo.

La mujer ladeó la cabeza.

—¿Contra quién te proteges, mago supremo? Los malazanos están al otro lado de la cuenca.

L'oric sonrió.

Henaras hizo un gesto y se dio la vuelta para entrar en la tienda de mando. L'oric la siguió.

La espaciosa cámara del interior estaba dominada por un estrado elevado, en el extremo contrario a la puerta, sobre el que reposaba un inmenso sillón de madera. El alto cabezal tenía tallados símbolos arcanos que L'oric reconoció, conmocionado, como hengeses, de la antigua ciudad de Li Heng, en el corazón del Imperio malazano. Dominaban las tallas una interpretación estilizada de las garras estiradas de un ave raptora que se cernían justo encima del napaniano sentado, que se había repantigado con los ojos entornados clavados en el mago supremo.

—L'oric —dijo arrastrando las palabras—. Qué necio. Estás a punto de descubrir lo que les pasa a las almas demasiado confiadas. Cierto —añadió con una sonrisa—, quizá hayas supuesto que éramos aliados. Después de todo, ya hace algún tiempo que compartimos el mismo oasis, ¿no es verdad?

—Sha'ik exige que vayas a verla, Korbolo Dom. De inmediato.

—Para relevarme del mando, sí. Según la mal informada creencia de que mis Mataperros aceptarán a Leoman de los Mayales, ¿los has examinado de camino a esta tienda, L'oric? ¿Has sido testigo de lo preparados que están? Mi ejército, mago supremo, está rodeado de enemigos. ¿Comprendes? Leoman puede, si quiere, intentar acercarse, con todos los guerreros del desierto que Mathok y él deseen reunir…

—¿Serías capaz de traicionar al Apocalipsis? ¿Volverte contra tus aliados y ganar la batalla para la consejera, Korbolo Dom? ¿Todo para conservar tu precioso cargo?

—Si Sha'ik insiste…

—Cielos, Sha'ik no es el problema —dijo L'oric—. La diosa del Torbellino, sin embargo, sí, y creo que está a punto de dejar de tolerar tu presencia, Korbolo Dom.

—¿Eso crees, L'oric? ¿Aceptará también la destrucción de los Mataperros? Pues deberá destruirlos si quiere arrebatarme el control. La aniquilación de su tan cacareado ejército del Apocalipsis. En verdad, ¿crees que eso será lo que haga la diosa?

L'oric ladeó despacio la cabeza y después suspiró con lentitud.

—Ah, ya veo dónde está el fallo. Has enfocado esto de forma táctica, como lo haría cualquier soldado. Pero lo que es obvio que no entiendes es que la diosa del Torbellino es indiferente a las tácticas, a las grandes estrategias. Confías en su sentido común, pero, Korbolo, no lo tiene. ¿La batalla de mañana? ¿Victoria o derrota? A la diosa le da exactamente igual. Ella solo desea la destrucción. Los malazanos masacrados en el campo de batalla, los Mataperros asesinados en sus trincheras, una escalada de magia para transformar las arenas de Raraku en una ruina roja. Eso es lo que desea la diosa del Torbellino.

—¿Y qué? —dijo el napaniano con voz ronca, y L’oric vio el sudor que perlaba la frente marcada del hombre—. Ni siquiera la diosa puede alcanzarme, aquí no, no en este lugar santificado…

—¿Y me llamas a mí necio? La diosa te verá asesinado esta noche, pero eres demasiado insignificante como para que ella actúe directamente y te aplaste con el pulgar.

Korbolo Dom se echó hacia delante de repente en la silla.

—¿Entonces quién? —chilló—. ¿Tú, L’oric?

El mago supremo extendió las manos y negó con la cabeza.

—Soy menos que un mensajero en esto, Korbolo Dom. Soy, si acaso, solo la voz del… sentido común. No se trata de a quién enviará ella contra ti, comandante supremo. Se trata, creo, de a quién le permitirá traspasar sus defensas. ¿No te parece?

Korbolo se quedó mirando al mago supremo desde su elevada posición, después lanzó un gruñido e hizo un gesto.

El cuchillo que se hundió en la espalda del mago no tuvo oportunidad de provocar una herida fatal. Las ceñidas defensas de L’oric, sus capas internas de Kurald Thyrllan, desafiaron la sed del hierro. Con todo, el golpe hizo caer de rodillas al mago supremo. Después se precipitó sobre las gruesas alfombras, casi ante las botas del napaniano.

Y al instante dejaron de hacerle caso, allí tirado, sangrando sobre el tejido, cuando Korbolo se levantó y empezó a bramar órdenes. Y nadie estaba lo bastante cerca para oír murmurar al mago supremo.

—La sangre es el camino, necio. Y ese camino lo has abierto tú. Ah, pobre cabrón…

—*Lúgubre aseveración. Ranagrís debe dejar tu deliciosa compañía*.

Felisin miró entonces al demonio. Los cuatro ojos le brillaban de repente, ávidos con un apetito palpable.

—¿Qué ha pasado?

—*Inquietante. Una invitación de mi hermano*.

—¿Tiene L’oric algún problema?

—*Hay oscuridad esta noche, pero la cara de la Madre se ha vuelto hacia el otro lado. Lo que viene no se puede encadenar. Advertencia. Cautela. Quédate aquí, encantadora niña. Mi hermano no puede sufrir más daño, pero mi camino ha quedado despejado. Regocijo. Comeré humanos esta noche*.

La joven se ciñó mejor la telaba y contuvo un estremecimiento.

—Me, eh, alegro por ti, Ranagrís.

—*Incierta advertencia. Las sombras están plagadas de peligros... ningún camino está del todo despejado, ni siquiera el de la sangre. He de moverme y serpentear, saltar de un lado a otro, quedarme inmóvil bajo miradas hoscas, y esperar que todo salga bien*.

—¿Cuánto tiempo debería esperarte, Ranagrís?

—*No dejes este claro hasta que salga el sol, mi más querida con quien querría* casarme, a pesar de la improbabilidad de camadas adecuadas. Cautivado. De repente impaciente por irme.

—Ve, entonces.

—*Alguien se acerca. Aliado en potencia. Sé amable*.

Y con eso, el demonio desapareció entre las sombras.

¿Un aliado potencial? ¿Quién podría ser?

Podía oír ya a la persona en el sendero, pies desnudos que parecían arrastrarse de agotamiento y un momento después entró en el claro una mujer que se tambaleaba y que se detuvo en la oscuridad para mirar a su alrededor.

—Aquí —murmuró Felisin al salir del refugio.

—¿Felisin la Menor?

—Ah, no hay más que una persona que me llama así. ¿Te ha enviado Heboric?

—Sí. —La mujer se acercó y Felisin vio que estaba manchada de sangre y que un gran cardenal le marcaba la mandíbula—. Intentaron matarlo. Había fantasmas. Que lo defendieron contra los asesinos…

—Espera, espera. Recupera el aliento. Aquí estás a salvo. ¿Heboric está todavía vivo?

La mujer asintió.

—Se cura… en su templo. Se cura…

—Respira más despacio, por favor. Toma, tengo vino. No digas nada de momento. Cuando estés lista, cuéntame tu historia.

Huecos repletos de sombras hacían ondular las colinas que marcaban el acceso del noroeste al oasis. Una calima de polvo amortiguaba la luz de las estrellas. La noche había caído con rapidez sobre Raraku, como siempre, y el calor del día se iba disipando a toda prisa. Esa noche habría escarcha.

Cuatro jinetes permanecían muy quietos sobre caballos inmóviles en uno de esos huecos, el vapor se alzaba de sus bestias cubiertas de espuma. Las armaduras destellaban pálidas como huesos, la piel de los rostros expuestos era de un gris descolorido y mortal.

Habían avistado al guerrero montado que se acercaba ya desde lejos, a distancia suficiente para permitirles esa silenciosa retirada sin que nadie los viera, pues el jinete solitario no era su presa y, si bien nadie lo dijo en voz alta, todos se alegraron.

Era enorme, ese desconocido. A lomos de un caballo parecido. Y mil almas destrozadas lo seguían, atadas por

cadenas etéreas que él arrastraba como si fuera indiferente a su peso. Una espada de piedra le colgaba de la espalda, una espada poseída por dos espíritus que rabiaban con sed de sangre.

En general, una aparición de pesadilla.

Escucharon los cascos pesados que pasaron golpeando el suelo y esperaron hasta que el trueno fue desapareciendo por el bosque de piedra del borde del oasis.

Entonces Jorrude se aclaró la garganta.

—Tenemos el camino ya despejado, hermanos. Los intrusos están acampados cerca, entre el ejército que ha marchado para entablar batalla con los moradores de este oasis. Los golpearemos con el amanecer.

—Hermano Jorrude —dijo Enias con voz profunda—, ¿qué aparición acaba de cruzar nuestro camino?

—Lo desconozco, hermano Enias, pero era una promesa de muerte.

—Cierto —gruñó Malachar.

—Nuestros caballos han descansado lo suficiente —anunció Jorrude.

Los cuatro tiste liosan subieron al risco por la ladera, después hicieron girar sus monturas hacia el sur. Jorrude lanzó una última mirada por encima del hombro para asegurarse de que el desconocido no había dado marcha atrás en su ruta y no los había vislumbrado ocultos en el hueco. *Ocultos, esa es la verdad, tan innoble como la verdad con frecuencia resulta ser*. Contuvo un escalofrío y guiñó los ojos para mirar la oscuridad que cubría el borde del bosque de piedra.

Pero la aparición no salió.

—En el nombre de Osric, Señor del Cielo —entonó Jorrude por lo bajo mientras conducía a sus hermanos por el risco—, gracias…

Al borde del claro, Karsa Orlong se quedó mirando a los lejanos jinetes. Los había visto mucho antes de que ellos lo vieran a él y había sonreído al notar su cautelosa retirada de su camino.

Muy bien, había enemigos de sobra esperándolo en el oasis y no había noche que durara para siempre.

Desde luego que no.

Capítulo 25



Óyelas vibrar.
Estas cadenas de vida,
ligadas a cada momento pasado,
hasta que el naufragio clama
en un velatorio ensordecedor
y cada paso arrastra
un canto fúnebre de lo perdido.

Casa de Cadenas
Pescador Kel'Tath

Estaba sentado con las piernas cruzadas en la oscuridad, encaramado en su sitio habitual del risco más oriental, los ojos cerrados, una pequeña sonrisa en la cara marchita. Había descubierto su senda en el patrón más sutil, una telaraña invisible que se extendía por todo el oasis. Pronto la rasgarían, lo sabía, pero de momento podía sentir cada paso, cada temblor. Los poderes estaban convergiendo, sin duda, y la promesa de sangre y destrucción susurraba en la noche.

Febryl estaba complacido. Sha'ik había quedado aislada, por completo. El ejército de asesinos del napaniano estaba saliendo a borbotones de sus escondites y el pánico cerraba las manos alrededor de la garganta de Korbolo Dom. Kamist Reloe regresaba de su viaje secreto por las sendas. Y, al otro lado de la cuenca, el ejército malazano se atrincheraba, la

consejera afilaba su espada de otataralita para prepararse para la batalla de la mañana.

Pero había un detalle inquietante. Una canción extraña, casi imperceptible pero creciente. La voz del propio Raraku. Se preguntó qué llevaría a esa noche fatídica. El Embozado estaba cerca (*sí, el propio dios*) y eso contribuía a enmascarar otras… presencias. Pero las arenas se estaban agitando, despertadas quizá por la llegada del señor de Muerte. Espíritus y fantasmas, llegados sin duda a presenciar las muchas muertes prometidas en las horas venideras. Era curioso, pero no estaba especialmente preocupado.

Habrá una masacre. Otro apocalipsis más en las arenas inquietas de Raraku. Hágase su voluntad.

Según todas las apariencias, L'oric estaba muerto. Lo habían arrastrado de malos modos hasta una pared de la tienda de mando y lo habían dejado allí. Le habían arrancado el cuchillo de la espalda y en ese momento yacía con la cara vuelta hacia la tela tosca de la pared, los ojos abiertos y supuestamente sin ver.

Tras él estaba hablando el comandante supremo del Apocalipsis.

—Suéltalos a todos, Henaras, salvo a mis guardaespaldas. Quiero que den caza y maten a todas esas espías tan monas de Bidithal. Y busca a Scillara. Esa zorra ha jugado su última partida.

»Tú, Duryl, coge otro y acude a ver a la consejera. Entrégale mi misiva y asegúrate de que no te ve nadie. Mathok ha sacado a sus guerreros. Fayelle hará su hechicería para ayudarte. Y subráyale a Tavore la necesidad de retirar a sus asesinos, no vaya a ser que le hagan el trabajo a la diosa del Torbellino.

—Comandante supremo —dijo una voz—, ¿qué hay de Leoman de los Mayales?

—La compañía cuarta y Fayelle se irán sin ruido con la próxima campanada. Leoman no se va a acercar a nosotros ni al ejército. Cabo Ethume, quiero a Febryl al alcance de tu ballesta, el muy cabrón está escondido en su sitio habitual. Bien, ¿me he saltado algo?

—Mi miedo se profundiza —murmuró Henaras—. Está pasando algo… en el desierto sagrado. Y lo que es peor, siento que se acercan terribles poderes…

—Que es por lo que necesitamos a la consejera y su maldita espada. ¿Estamos aquí a salvo, Henaras?

—Eso creo, las guardas que Kamist, Fayelle y yo hemos entretejido alrededor de esta tienda podrían confundir a un dios.

—Algo quizá desafíe esa aseveración —rezongó Korbolo Dom.

Añadió algo más, pero un extraño borboteo salido de justo detrás de la pared de la tienda que tenía L’oric delante oscureció la voz del napaniano. Una mancha de humedad que salpicaba el lado contrario, después un suspiro, audible para L’oric solo porque estaba muy cerca. Unas garras desgarraron la base de la pared y redujeron la tela a simples hilachas. Una cara de cuatro ojos y de una fealdad inconmensurable se asomó por la brecha.

—*Hermano, no tienes buen aspecto*.

Las apariencias engañan, Ranagrís. Por ejemplo, tú jamás has estado tan guapo.

El demonio metió la mano y cogió a L’oric por un brazo. Después empezó a arrastrarlo a tirones por el desgarro de la tela.

—*Con seguridad. Están demasiado ocupados. Desilusionado. No he comido más que dos guardias, las*

guardas duermen y tenemos el camino de retirada despejado. Llegan cosas. Siniestras, como debe ser. Con franqueza. Admito el miedo y aconsejo que… nos escondamos.

Durante un tiempo, sí, haremos eso. Búscanos un sitio, Ranagrís.

—*Ten la seguridad. Eso haré*.

Entonces déjame aquí y regresa con Felisin. Han salido asesinos a cazar…

—*Un placer*.

Kasanal había sido chamán semk, pero en esos momentos asesinaba a las órdenes de su nuevo amo. Y disfrutaba de ello, aunque tenía que admitir que prefería matar malazanos antes que nativos. Al menos sus víctimas de esa noche no serían semk, tener que matar a personas de su misma tribu sería algo difícil de aceptar. Pero no parecía muy probable. Korbolo Dom prácticamente había adoptado a los últimos supervivientes de los clanes que habían luchado por él y Kamist Reloe en la cadena de perros.

Y esas dos eran simples mujeres, ambas sirvientas de ese carnicero, Bidithal.

En ese instante yacía inmóvil al borde del claro, observando a las dos. Una era Scillara, y Kasanal sabía que su amo estaría complacido cuando regresara con su cabeza cortada. La otra también le resultaba conocida, la había visto en compañía de Sha'ik, y de Leoman.

También estaba claro que se estaban escondiendo y por tanto era probable que fueran agentes principales en lo que estuviera planeando Bidithal.

Levantó poco a poco la mano derecha y dos rápidos gestos enviaron a sus cuatro seguidores a los flancos, después se detuvieron entre los árboles para rodear la posición de las dos mujeres. Por lo bajo empezó a murmurar

un encantamiento, un tejido de antiguas palabras que amortiguaban el sonido, que introducía lasitud en las víctimas y embotaba todos sus sentidos. Y sonrió cuando advirtió que las cabezas se iban bajando poco a poco.

Kasanal se levantó del lugar donde se ocultaba. La necesidad de esconderse había pasado. Se introdujo en el claro. Sus cuatro compañeros semk siguieron su ejemplo.

Sacaron los cuchillos y se acercaron más.

Kasanal no vio la enorme hoja que lo partió por la mitad, entró por el lado izquierdo del cuello y salió justo por encima de la cadera derecha. Tuvo una sensación momentánea de caerse en dos direcciones y luego se lo tragó la nada, así que no oyó los gritos de sus cuatro primos cuando el que empuñaba la espada de piedra se metió entre todos ellos.

Cuando Kasanal al fin abrió los ojos etéreos y se encontró dirigiéndose a la puerta del Embozado, le complació encontrarse a sus cuatro parientes con él.

Karsa Orlong limpió la sangre de la espada y se volvió para mirar a las dos mujeres.

—Felisin —gruñó—, tus cicatrices brillan con fuerza en tu alma. Bidithal decidió hacer caso omiso de mi advertencia. Así sea. ¿Dónde está?

Todavía bajo los efectos de los restos del extraño aturdimiento que le había robado los sentidos, Felisin solo pudo sacudir la cabeza.

Karsa la miró con el ceño fruncido, después su mirada se posó en la otra mujer.

—¿La noche también te ha robado a ti la lengua?

—No. Sí. No, está claro que no. Creo que caímos bajo el influjo de un ataque hechicero. Pero ahora nos estamos recuperando, toblakai. Has estado fuera mucho tiempo.

—Y ahora he regresado. ¿Dónde está Leoman? ¿Bidithal? ¿Febryl? ¿Korbolo Dom? ¿Kamist Reloe? ¿Heboric Manos

Fantasmales?

—Una lista impresionante, tienes una noche muy atareada por delante, al parecer. Búscalos por donde quieras, toblakai, la noche te aguarda.

Felisin tomó una bocanada de aire temblorosa, se abrazó a sí misma, levantó la cabeza y se quedó mirando al temible guerrero. Acababa de matar a cinco asesinos con cinco barridos casi poéticos de aquella enorme espada. La facilidad con la que lo había hecho la horrorizaba. Cierto, los asesinos habían pretendido hacer lo mismo con ella y Scillara.

Karsa aflojó los hombros con un encogimiento, después se dirigió al sendero que llevaba a la ciudad. En unos momentos había desaparecido.

Scillara se acercó más a Felisin y le posó una mano en el hombro.

—La muerte es siempre una conmoción —dijo—. El entumecimiento pasará, te lo prometo.

Pero Felisin negó con la cabeza.

—Salvo para Leoman —susurró.

—¿Qué?

—A los que nombró. Va a matarlos a todos. Excepto a Leoman.

Scillara se volvió poco a poco para mirar el camino, una expresión fría y especulativa le cruzó el rostro.

Los últimos dos habían acabado con cuatro guerreros y se habían acercado a treinta pasos de su tienda antes de caer al fin. Mathok frunció el ceño y se quedó mirando los cadáveres tachonados de flechas y desgarrados por las espadas. Seis intentos de asesinato solo esa noche, y la primera campanada todavía tenía que sonar.

Basta.

—T’morol, reúne a mi clan.

El fornido guerrero asintió con un gruñido y se alejó a grandes zancadas. Mathok se ciñó mejor las pieles y aproximó a su tienda.

En sus modestos confines hizo una larga pausa, sumido en sus pensamientos. Después se sacudió y se aproximó a un baúl recubierto de piel que tenía cerca del catre. Se agachó, apartó la cubierta y levantó la ornamentada tapa.

El libro de Dryjhna residía en su interior.

Sha’ik se lo había confiado a él para que lo guardara.

Para su salvaguarda.

Cerró la tapa y le echó la llave, después cogió el baúl y salió de la tienda. Oía a sus guerreros levantando el campamento en la oscuridad.

—T’morol.

—Caudillo.

—Vamos a unirnos a Leoman de los Mayales. Los clanes restantes deben proteger a Sha’ik, aunque estoy seguro de que no corre ningún riesgo, pero puede que los necesite por la mañana.

Los ojos oscuros de T’morol se clavaron en Mathok, fríos e insensibles a la sorpresa.

—¿Hemos de alejarnos de esta batalla, caudillo?

—Para preservar el libro sagrado quizá sea necesario huir, viejo amigo. Llegado el amanecer, nos cernemos… sobre la misma cúspide.

—Para calibrar el viento.

—Sí, T’morol, para calibrar el viento.

El barbudo guerrero asintió.

—Están ensillando los caballos. Apresuraré los preparativos.

Heboric escuchó el silencio. Solo sus huesos podían sentir el zumbido y el cosquilleo de una red hechicera que cubría el oasis entero y la ciudad en ruinas, las tensas vibraciones que se alzaban y caían a medida que fuerzas independientes comenzaban a cruzarla y luego, con una indiferencia brutal, la rasgaban.

Se removió en el catre y gruñó al sentir las punzadas de las heridas curadas a la fuerza, después se levantó, tembloroso. Los carbones habían muerto en sus braseros. La oscuridad parecía sólida, reticente, sin ganas de rendirse cuando se dirigió a la puerta. Heboric enseñó los dientes. Las garras de las manos se crisparon.

Los fantasmas acechaban la ciudad muerta. Hasta los dioses parecían andar cerca, atraídos y dispuestos a presenciar todo lo que iba a acontecer. *Para ser testigos o para aprovechar el momento y actuar directamente. Un empujoncito aquí, un tirón por allá, aunque solo sea para aplacar sus egos… aunque solo sea para ver qué pasa*. Esos eran los juegos que despreciaba, fuente de sus desafíos más fieros tantos años atrás. La forma de su crimen, si es que crimen era.

Y por eso se llevaron mis manos.

Hasta que otro dios se las devolvió.

Se dio cuenta de que era indiferente a Treach. Un destriant reticente para el nuevo dios de la Guerra, a pesar de los dones. Y tampoco habían cambiado sus deseos. *La isla de Otataral y el gigante de jade, eso es lo que me aguarda. El regreso del poder*. Al tiempo que esas últimas palabras atravesaban su mente, sabía que el engaño cabalgaba entre ellas. Un secreto que conocía, pero al que no daría forma.

Todavía no, quizá no hasta que se encontrara de pie en el terreno baldío, bajo la sombra de esa aguja torcida.

Pero primero debo enfrentarme a un desafío más inmediato, salir vivo de este campamento.

Dudó otro momento en la puerta y sondeó la oscuridad con todos sus sentidos. Al encontrar el camino despejado (las siguientes veinte zancadas al menos), salió disparado.

Hizo rodar la bellota en los dedos una última vez, se la metió en un pliegue de la faja y salió deslizándose como una serpiente de la grieta.

—Oh, por las manos despiadadas del Embozado…

La canción era un trueno lejano que temblaba por sus huesos y no le hacía ninguna gracia. Lo que era peor, había poderes que habían despertado en el oasis que tenía delante que hasta él, que no practicaba la hechicería, podía sentir como fuego en la sangre.

Kalam Mekhar comprobó otra vez los cuchillos largos y después los volvió a envainar. La tentación era grande, le apetecía mantener fuera el arma de otataralita y anular así cualquier magia que le enviaran. *Pero eso es un camino de dos direcciones, ¿no?*

Estudió el sendero que tenía por delante. La luz de las estrellas parecía extrañamente apagada. Intentó recordar, lo mejor que pudo, lo que había visto desde su escondite durante el día. Palmeras, los troncos espectrales al alzarse sobre ladrillos de barro caídos y piedra labrada. Los restos de corrales, rediles y chozas de pastores. Extensiones de terrenos arenosos repletos de frondas quebradizas y cascarones. No había siluetas que lo aguardaran.

Kalam se puso en marcha.

Podía ver las líneas angulares de los edificios por delante, bajos hasta el suelo, lo que sugería poco más que cimientos de ladrillos de barro sobre los que se levantaban paredes de lona, mimbre y juncos. Residencias ocupadas, entonces.

Más lejos, a la diestra de Kalam, estaba la mancha gris de ese extraño bosque de árboles. Se había planteado acercarse atravesándolo, pero había algo siniestro y amenazador en ese sitio y el asesino sospechaba que no estaba tan vacío como aparentaba.

Al acercarse a lo que parecía una avenida muy pisada entre chozas, captó un destello de movimiento que salía disparado de izquierda a derecha, por el corredor. Kalam se agachó y se quedó inmóvil. Una segunda figura siguió a aquella primera, después una tercera, una cuarta y una quinta.

Se trata de una mano. Bien, en este campamento, ¿quién organizaría a sus asesinos en manos? Esperó otra media docena de latidos y después reanudó la marcha. Llegó ante la ruta que habían tomado los asesinos y se deslizó tras ellos. Los cinco se estaban moviendo con siete pasos de distancia, dos pasos más de los que daría una garra. *Maldición, ¿lo sospechaba Cotillion? ¿Es esto lo que quería que confirmara? Estos son espolones*.

Siete o cinco, a Kalam le daba igual.

Llegó a la vista del último asesino. La figura lucía prendas investidas por magia que le desdibujaban la figura y la hacían vacilar. Vestía ropas ceñidas de color marengo, mocasines, guantes y capucha. Unas dagas ennegrecidas le brillaban en las manos.

No solo patrullaban, entonces; iban de caza.

Kalam se acercó sin ruido a menos de cinco pasos del hombre y después salió disparado hacia delante.

Rodeó la cabeza del hombre con la mano derecha para taparle con fuerza la boca y sujetarle la mandíbula, la izquierda se cerró a la vez sobre la cabeza por el lado contrario. Un giro salvaje partió el cuello del asesino.

Un chorro de vómito salpicó la palma de la mano de Kalam, envuelta en cuero, pero él no soltó a su presa y guio el cadáver hasta el suelo. Se puso a horcajadas sobre el cuerpo, lo soltó y se secó la mano en la camisa gris, después continuó.

Doscientos latidos más tarde ya no quedaban más que dos. Su ruta los había llevado, dando un rodeo serpenteante, hacia un distrito marcado por las ruinas de lo que antaño habían sido magníficos templos. Se habían detenido al borde de una amplia explanada, a la espera de sus camaradas, sin duda.

Kalam se acercó a ellos como lo haría el tercer cazador de la fila. Ninguno de los otros prestaba atención, habían clavado la mirada en un edificio que había al otro lado de la explanada. En el último momento, Kalam sacó los dos cuchillos largos y los hundió en las espaldas de los dos asesinos.

Unos suaves gruñidos y los dos hombres se hundieron en las losas polvorientas. El golpe al líder de aquella mano de espolones fue fatal al instante, pero Kalam había torcido un poco la otra puñalada y en ese momento se agachaba junto al moribundo.

—Si tus amos están escuchando —murmuró—, y deberían estarlo, saludos de la Garra. Hasta luego…

Sacó los dos cuchillos, limpió las hojas y las envainó.

El objetivo de los cazadores, supuso, estaba en el interior del edificio en ruinas que era el único foco de su atención. Muy bien, Kalam no tenía amigos en ese maldito campamento.

Echó a andar por el borde de la explanada.

En la boca de otro callejón encontró tres cadáveres, todos niñas. La sangre y las cuchilladas indicaban que todas se habían resistido con fiereza y dos rastros de salpicaduras se alejaban en dirección al templo.

Kalam siguió el rastro hasta que estuvo seguro de que atravesaba la puerta abierta de la estructura medio en ruinas y después se detuvo.

El hedor amargo a hechicería salía flotando por la amplia entrada. *Maldita sea, acaban de santificar este sitio*.

No se oía nada en el interior. Fue adelantándose milímetro a milímetro hasta que llegó a un lado de la puerta.

Había un cuerpo tirado justo dentro, envuelto en gris e inmóvil en una contorsión de miembros, lo que indicaba que había muerto bajo una oleada de magia. Las sombras fluían en la oscuridad que había más allá.

Kalam extrajo el cuchillo largo de otataralita y se coló por la puerta.

Los espectros envueltos en sombras se encogieron.

El suelo se había derrumbado mucho tiempo atrás y había dejado un pozo inmenso. Cinco pasos más adelante, en la base de una rampa cubierta de escombros, había una niña sentada entre la sangre y las entrañas de tres cadáveres más. Estaba manchada de tripas y los ojos iluminados por una veta oscura cuando levantó la cabeza para mirar a Kalam.

—¿Recuerdas la Oscuridad? —preguntó.

El asesino no hizo caso de la pregunta y pasó a su lado a una distancia segura.

—No hagas ningún movimiento, muchacha, y sobrevivirás a mi visita.

Una voz aflautada lanzó una risita desde la oscuridad al otro extremo del pozo.

—Su mente se ha ido, garra. No hubo tiempo, cielos, para endurecer del todo a mis sujetos para los horrores de la vida moderna, por mucho que lo intentara. En cualquier caso, deberías saber que no soy tu enemigo. De hecho, el que intenta matarme esta noche no es otro que el renegado malazano, Korbolo Dom. Y, por supuesto, Kamist Reloe. ¿Quieres que te dé indicaciones para llegar a su morada?

—Lo encontraré a su debido tiempo —murmuró Kalam.

—¿Crees que tu hoja de otataralita es suficiente, garra? ¿Aquí, en mi templo? ¿Entiendes la naturaleza de este sitio? Me imagino que eso crees, pero me temo que cometes un error. Maese, ofrécele a nuestro invitado un poco de vino de esa jarra.

Una figura deforme se arrastró hacia el asesino, iba dejando manchas húmedas por los escombros a la izquierda de Kalam. No tenía manos ni pies. Una masa de llagas supurantes y la podredumbre mutilada de la lepra. En un gesto absurdo y horrible, alguien había atado una bandeja de plata a la espalda de la criatura, sobre la que reposaba una jarra achaparrada de arcilla cocida.

—Me temo que es bastante lento. Pero te aseguro que el vino es tan exquisito que estarás de acuerdo en que la espera merece la pena. Asesino, estás en presencia de Bidithal, archisacerdote de todo lo que está partido, roto, herido y sufriente. Mi propio… despertar resultó ser tan largo como tortuoso, lo admito. Ya había elaborado en mi propia mente todos los detalles del culto que dirigiría. Sin ser consciente en ningún momento de que esa creación la estaban… guiando.

»Ceguera testaruda y, desde luego, malintencionada. Incluso cuando la condenada Casa nueva se presentó ante mí, ni entonces comprendí la verdad. Este fragmento destrozado de Kurald Emurlahn, garra, no será el juguete de

una diosa del desierto. Ni de la emperatriz. Ninguno de vosotros os quedaréis con él, pues se convertirá en el corazón de la nueva Casa de Cadenas. Dile a tu emperatriz que se aparte, asesino. Nos es indiferente quién gobierne la tierra que hay más allá del sagrado desierto. Se puede quedar con ella.

—¿Y Sha'ik?

—Toda vuestra también. Que la devuelvan encadenada a Unta; mucho más poético de lo que jamás comprenderás.

Los espectros de sombras (almas arrancadas de Kurald Emurlahn) iban aproximándose cada vez más a Kalam, y este se dio cuenta, con un escalofrío, de que su largo cuchillo de otataralita quizá no hiciera efecto.

—Una oferta interesante —murmuró con voz profunda—. Pero algo me dice que hay más mentiras que verdades en ella, Bidithal.

—Supongo que tienes razón —suspiró el archisacerdote—. Necesito a Sha'ik para esta noche y la mañana, por lo menos. Hay que frustrar los planes de Febryl y Korbolo Dom, pero te aseguro que tú y yo podemos trabajar juntos para alcanzar ese fin, dado que nos beneficia a los dos. Korbolo Dom se hace llamar patrón del Espolón. Sí, querría regresar al seno de Laseen, más o menos, y utilizar a Sha'ik para hacer un trato sobre su posición. En cuanto a Febryl, bueno, te garantizo que no aguarda a nadie, pero está lo bastante loco como para tener deseos.

—¿Por qué te molestas con todo esto, Bidithal? No tienes ninguna intención de dejarme salir de aquí vivo. Y hay otra cosa. Vienen un par de bestias, mastines, no de Sombra, sino de otra cosa. ¿Los has invocado tú, Bidithal? ¿Tú o tu dios Tullido creéis de verdad que podéis controlarlos? Si es así, entonces los que estáis locos sois vosotros dos.

Bidithal se inclinó hacia delante.

—¡Buscan un amo! —siseó.

Ah, así que Cotillion tenía razón sobre el Encadenado.

—Un amo digno —respondió Kalam—. En otras palabras, un amo que sea más vil y más duro que ellos. Y en este oasis no van a encontrar a un individuo así. Así que me temo que matarán a todo el mundo.

—No sabes nada de esto, asesino —murmuró Bidithal al tiempo que se echaba hacia atrás—. Ni sobre el poder que ahora poseo. En cuanto a no permitirte que salgas de aquí vivo… es cierto, supongo. Has revelado saber demasiado y estás resultando mucho menos entusiasta con mis propuestas de lo que cabría esperar. Una revelación desafortunada, pero ya no importa. Mis sirvientas estaban repartidas por ahí, ya ves, defendiendo todos los accesos; requirió cierto tiempo hacerlas regresar y disponerlas entre los dos. Ah, el mercader de esclavos ha llegado. Por supuesto, toma un poco de vino. Estoy dispuesto a entretenerme aquí para que puedas disfrutarlo. Una vez que acabes, sin embargo, deberé abandonarte. Le he hecho una promesa a Sha'ik, después de todo, y pretendo mantenerla. Si por algún extraño milagro escaparas de aquí vivo, has de saber que no me opondré a tus esfuerzos contra Korbolo Dom y sus oficiales. Te habrás ganado eso, al menos.

—Será mejor que te vayas ya, Bidithal. No tengo ningún interés en probar el vino esta noche.

—Como desees.

La oscuridad lo barrió todo y envolvió al archisacerdote. Kalam se estremeció al percibir la siniestra familiaridad de aquella despedida hechicera.

Los espectros atacaron.

Los dos cuchillos se dispararon y unos gritos sobrenaturales llenaron el aposento. Resultó que, después

de todo, el arma de otataralita le bastó. Eso y la oportuna llegada de un dios.

Korbolo Dom parecía haber desatado un ejército contra sus propios aliados esa noche. Una y otra vez, Karsa Orlong se encontró con que se interponían en su camino asesinos impacientes. A su paso quedaban esparcidos sus cadáveres. Había sufrido unas cuantas heridas leves de cuchillos investidos con hechicería, pero la mayor parte de la sangre que chorreaba del gigantesco guerrero pertenecía a sus víctimas.

Avanzaba con la espada en las dos manos, la punta bajada y hacia un lado. Había habido cuatro asesinos ocultos fuera de la morada de Heboric Manos Fantasmales. Tras matarlos, Karsa abrió de una cuchillada una nueva puerta en la pared de la tienda y entró, solo para encontrar el aposento vacío. Frustrado, partió rumbo a la plaza de los templos. El pozo de Leoman tampoco estaba ocupado y parecía llevar vacío un tiempo.

Al acercarse al templo de Bidithal, Karsa ralentizó sus pasos cuando oyó una lucha fiera en el interior. Resonaban unos chillidos agudos. El toblakai levantó el arma y se adelantó poco a poco.

Una figura salía por la puerta arrastrándose boca abajo, balbuceando para sí. Un momento después, Karsa reconoció al hombre. Esperó hasta que los esfuerzos desesperados del mercader de esclavos lo llevaron a los pies del toblakai. Un rostro desfigurado por la enfermedad apareció entonces, crispado.

—¡Lucha como un demonio! —dijo con voz ronca Silgar—. ¡Las dos hojas atraviesan los espectros y los dejan retorciéndose y hechos pedazos! Un dios actúa junto a él. ¡Mátalos, teblor! ¡Mátalos a los dos!

Karsa lanzó una risita burlona.

—No acato tus órdenes, mercader de esclavos, ¿o es que ya se te ha olvidado?

—¡Idiota! —escupió Silgar—. Ahora somos hermanos en la Casa, tú y yo. Tú eres el Caballero de Cadenas y yo soy el Leproso. ¡El dios Tullido nos ha elegido! Y Bidithal se ha convertido en el Mago…

—Sí, Bidithal. ¿Se esconde dentro?

—No, tuvo la inteligencia de huir, como estoy haciendo yo. La Garra y su dios patrón están ahora mismo matando a las últimas de sus sirvientas de sombras. Tú eres el Caballero, posees tu propio patrón, Karsa Orlong de los teblor. Mata al enemigo, es lo que debes hacer…

Karsa sonrió.

—Y eso haré. —Le dio la vuelta a la empuñadura de su espada y hundió la punta entre los omóplatos de Silgar, partió la columna y después atravesó el esternón para enterrarse un palmo entero entre dos losas.

Fluidos repugnantes brotaron del mercader de esclavos. La cabeza cayó con un crujido sobre la piedra y su vida acabó allí. *Leoman tenía razón hace tanto tiempo, una muerte rápida habría sido la mejor alternativa*.

Karsa liberó la espada de un tirón.

—Yo no sigo a ningún dios patrón —rezongó.

Le dio la espalda a la entrada del templo. Bidithal habría utilizado hechicería para escapar, se habría rodeado de sombras en un esfuerzo por permanecer invisible. Pero su paso habría dejado huellas en el polvo.

El toblakai pasó junto al cuerpo de Silgar, el hombre que en otro tiempo había intentando esclavizarlo, y empezó a buscar.

Veinte de los guerreros del clan de Mathok acompañaban a Corabb Bhilan Thenu'alas en su regreso al campamento de Leoman. Su viaje no encontró obstáculos, aunque Corabb estaba seguro de que ojos ocultos seguían su avance.

Subieron cabalgando la ladera hasta la cima de la colina y les dieron el alto los centinelas. Corabb no se imaginaba un sonido más agradable. Voces conocidas, guerreros junto a los que había luchado contra los malazanos.

—¡Es Corabb! —Le habían entregado una espada de hoja curva que habían sacado del arsenal de la elegida y la alzó en el aire a modo de saludo cuando los guardias del piquete salieron de sus escondites—. ¡Debo hablar con Leoman! ¿Dónde está?

—Dormido —gruñó uno de los centinelas—. Si tienes suerte, Bhilan, tu llegada, ruidosa como ha sido, lo ha despertado. Cabalga hasta el centro de la cima, pero deja a tu escolta aquí.

Eso hizo a Corabb parar en seco.

—Son los hombres de Mathok…

—Órdenes de Leoman. No se permite la entrada en nuestro campamento a nadie del oasis.

Corabb frunció el ceño, pero asintió y les pidió con un gesto a los otros jinetes que se apartaran.

—No os ofendáis, amigos —exclamó—. Os lo ruego. —Sin esperar a medir su reacción, desmontó y se apresuró hacia la tienda de Leoman.

El caudillo estaba de pie junto a la solapa, bebiendo grandes tragos de una bota de agua. Se había quitado la armadura y vestía solo una fina camisa de lino manchada de sudor.

Corabb se detuvo ante él.

—Hay mucho que contarte, Leoman de los Mayales.

—Escúpelo ya, entonces —respondió Leoman cuando terminó de beber.

—Yo fui el único mensajero que sobrevivió para llegar a Sha’ik. Esta ha cambiado de parecer, ahora ordena que seas tú el que dirija el ejército del Apocalipsis llegada la mañana. Le gustaría que fueras tú y no Korbolo Dom el que nos guíe a la victoria.

—No me digas —dijo el otro con voz cansina, después entrecerró los ojos y apartó la mirada—. ¿El napaniano ha interpuesto a sus asesinos entre nosotros y Sha’ik?

—Sí, pero no desafiarán a toda nuestra fuerza, estarían locos si lo intentaran.

—Cierto. Y Korbolo Dom lo sabe…

—Todavía no ha sido informado del cambio en el mando, al menos no lo habían informado cuando me fui. Aunque Sha’ik había dado la orden de que acudiera a su presencia…

—Orden de la que él no hará caso. En cuanto al resto, el napaniano lo sabe. Dime, Corabb, ¿crees que sus Mataperros seguirán a algún otro comandante?

—¡No tendrán alternativa! ¡Son órdenes de la elegida!

Leoman asintió lentamente. Después se volvió hacia su tienda.

—Que desmonten el campamento. Regresamos con Sha’ik.

El júbilo llenó el pecho de Corabb. El día siguiente pertenecería a Leoman de los Mayales.

—Como debe ser —susurró.

Kalam salió al fin. Tenía la ropa hecha jirones, pero estaba entero. Aunque bastante conmocionado, la verdad. Siempre se había considerado uno de los asesinos más hábiles del

oficio y a lo largo de los años había desenvainado la hoja contra una auténtica multitud de enemigos hostiles y letales. Pero Cotillion lo había dejado en evidencia.

No me extraña que el muy cabrón sea dios. Por el aliento del Embozado, jamás he visto semejante habilidad. ¡Y esa maldita cuerda!

Kalam respiró hondo. Había hecho lo que el patrón de los Asesinos le había pedido. Había encontrado la fuente del reino de Sombra. *O al menos había confirmado un buen sinfín de sospechas. Este fragmento de Kurald Emurlahn será el camino que lleve a la usurpación... por parte nada menos que del dios Tullido*. La Casa de Cadenas había entrado en el juego y el mundo se había plagado de todo tipo de peligros.

Se sacudió un poco. Mejor dejar eso a Cotillion y Ammanas. Él tenía otras tareas más inmediatas de las que ocuparse esa noche. Y el patrón de los Asesinos había tenido la amabilidad de llevarle a Kalam un par de sus armas favoritas...

Sus ojos se posaron en el cadáver leproso que yacía a media docena de pasos, después los entornó. Kalam se acercó más. *Por los dioses del inframundo, menuda herida. Si no supiera que es imposible, diría que es de la espada de un t'lan imass*. La sangre se estaba coagulando y empapaba el polvo de las losas.

Kalam hizo una pausa para pensar. Korbolo Dom no establecería el campamento de su ejército entre las ruinas de esa ciudad. Ni en el bosque de piedra del oeste. El napaniano querría una zona despejada y llana, con espacio suficiente para terraplenes y trincheras, y un campo de visión abierto.

Al este, entonces, lo que antaño eran los campos de regadío de la ciudad.

Giró en esa dirección y se puso en marcha.

De una mancha de oscuridad a la siguiente, enfilando calles y callejones extrañamente vacíos. Capas pesadas de hechicería se habían posado en ese oasis y parecían fluir a chorros, algunos de ellos tan gruesos que Kalam se encontró inclinándose hacia delante para abrirse camino. Un miasma de corrientes mezcladas e irreconocibles, y ninguna de ellas de su gusto. Le dolían los huesos, la cabeza y sentía los ojos como si alguien estuviera removiendo arena caliente tras ellos.

Encontró un camino muy trillado que se dirigía al este y lo siguió, se mantenía a un lado, donde las sombras eran profundas. Después vio, doscientos pasos más adelante, un terraplén fortificado.

Trazado malazano. Eso, napaniano, ha sido un error.

Estaba a punto de acercarse más cuando vio la vanguardia de una compañía que salía por la puerta. La seguían soldados a pie flanqueados por lanceros.

Kalam se metió agachado en un callejón.

La tropa pasó a su lado a paso ligero, con las armas enfundadas y los cascos de los caballos envueltos en cuero. Curioso, pero cuantos menos soldados hubiera en el campamento, mejor, al menos en lo que a él concernía. Era probable que todas, salvo las compañías de reserva, se hubieran escondido en sus posiciones, asomadas al campo de batalla. Por supuesto, Korbolo Dom tendría buen cuidado a la hora de protegerse.

Se hace llamar patrón de los Espolones, después de todo. Y no es que Cotillion, que era Danzante, sepa una mierda sobre ellos. Le ha dedicado a la revelación una simple sonrisa burlona.

El último de los soldados pasó junto a él. Kalam esperó otros cincuenta latidos y después echó a andar hacia el

campamento de los Mataperros.

El terraplén estaba precedido por una trinchera escarpada. Obstáculo suficiente para un ejército a la carga, pero solo un inconveniente menor para un asesino solitario. Bajó trepando, cruzó y después subió por el otro lado y se detuvo debajo de la cima.

Habría piquetes. La puerta la tenía a treinta pasos a su izquierda, iluminada por faroles. Se movió hasta justo detrás del alcance de la luz y después fue encaramándose poco a poco hasta la escarpa. Distinguió un guardia que patrullaba a su derecha, no lo bastante cerca como para descubrir al asesino que se arrastraba por la tierra del otro lado, prensada y abrasada por el sol.

Otra trinchera, esa menos profunda, y tras ella las filas ordenadas de tiendas, el centro mismo de la cuadrícula dominado por una tienda de mando más grande.

Kalam se adentró en el campamento.

Como sospechaba, la mayor parte de las tiendas estaban vacías; en unos momentos se encontraba agachado enfrente de la amplia calle que rodeaba la tienda de mando.

Había guardias desplegados por cada lado, a intervalos de cinco pasos, ballestas de asalto amartilladas y acunadas en los brazos. Había antorchas que ardían en estacas cada diez pasos y bañaban la calle con una luz parpadeante. Tres figuras más bloqueaban la puerta, vestidos de gris y sin ningún arma visible.

Un cordón de carne y hueso... y después guardas de hechicería. Bueno, cada cosa a su tiempo.

Sacó su par de ballestas sin varillas. Un utensilio de la Garra, torques atornillados, el metal ennegrecido. Colocó los cuadrillos en las ranuras y amartilló con cuidado las dos armas. Después se acomodó para plantearse la situación con cuidado.

Mientras observaba se percató de que el aire dibujaba un remolino ante la entrada de la tienda de mando y se abrió un portal. Una luz blanca cegadora, la llamarada de fuego y después salió Kamist Reloe. El portal se contrajo tras él y se apagó con un parpadeo.

El mago parecía agotado, pero extrañamente triunfante. Les hizo un gesto a los guardias y después entró en la tienda. Los tres asesinos de ropas grises siguieron al mago al interior.

Una mano ligera como una hoja se posó en el hombro de Kalam y una voz le habló con un timbre ronco.

—Ojos al frente, soldado.

Conocía esa voz, desde hacía más años de los que le hubiera gustado. *Pero ese cabrón está muerto. Muerto antes de que Torva ocupara el trono*.

—Cierto —continuó la voz y Kalam supo que la cara, salpicada de ácido, estaba sonriendo—, la compañía que comparto y yo no nos soportamos… otra vez. Creía que ya no iba a ver nunca más a ninguno de esos malditos… ni a ti. Bueno, ya da igual. Hay que entrar ahí, ¿no? Entonces será mejor que montemos una distracción. Danos cincuenta latidos… al menos hasta ahí sabes contar, cabo.

La mano se alzó.

Kalam Mekhar respiró hondo una bocanada de aire temblorosa. *Por el Embozado, ¿qué demonios está pasando aquí? Ese maldito capitán se hizo renegado. Encontraron su cuerpo en Ciudad Malaz la mañana posterior a los magnicidios… o algo parecido a su cuerpo*.

Se concentró de nuevo en la tienda de mando.

Tras ella un grito rompió la noche y después el destello inconfundible y los golpes secos que hacían temblar la tierra de las municiones moranthianas.

De repente, los guardias echaron a correr.

Kalam se guardó una de las ballestas en el cinturón y sacó el cuchillo largo de otataralita. Esperó hasta que solo se veían dos mataperros, los dos a la derecha de la entrada y mirando hacia el ataque (donde los gritos hendían el aire, nacidos tanto del horror como del dolor de las heridas), después se abalanzó.

Levantó la ballesta en la mano izquierda. El culatazo le hizo vibrar los huesos del brazo. El cuadrillo se enterró en la espalda del guardia más adelantado. La cuchillada se hundió en el hombre más cercano, la punta traspasó el cuero entre las placas de bronce y perforó la carne antes de deslizarse entre las costillas para apuñalar el corazón.

La sangre salpicó cuando tiró del arma para liberarla y se metió disparado por la puerta de la tienda.

Las guardas se derrumbaron a su alrededor.

Nada más cruzar el umbral, recargó la ballesta y se la colocó en el brazal de la muñeca, bajo las voluminosas mangas. Después hizo lo mismo con la otra en la muñeca izquierda.

El aposento principal que tenía ante él no contenía más que un único ocupante, un asesino vestido de gris que se giró al llegar Kalam, un par de ganchudos cuchillos kethra destellaron al ponerse el hombre en guardia. La cara que se veía bajo la capucha carecía de expresión, un rostro estrecho, bronceado por el sol y tatuado al estilo pardu, las imágenes giraban interrumpidas por un sigilo mucho más pesado, marcado con hierro en la frente del hombre: un espolón.

El asesino vestido de color ceniza sonrió de repente.

—Kalam Mekhar. Supongo que no te acuerdas de mí.

Kalam respondió sacando el segundo cuchillo largo y atacando.

Las chispas mordieron el aire cuando las hojas chocaron y susurraron, el pardu tuvo que retroceder dos pasos hasta que, con un revés que barrió el espacio, saltó a la derecha y giró con una finta para ganar más espacio. Kalam sostuvo la presión, las armas destellaban, salían disparadas de un sitio a otro para mantener al espolón a la defensiva.

Era hábil con esos pesados cuchillos kethra, además de rápido y fuerte. Las hojas de Kalam recibían golpes de bloqueo que le hacían reverberar los huesos de los brazos. Era obvio que el pardu estaba intentando romper las armas más delgadas y, a pesar de lo bien hechas que estaban, los ataques estaban dejando muescas y cortes en los bordes.

Además, Kalam sabía que se estaba quedando sin tiempo. La distracción continuaba, pero junto con el crujido de los fulleros que hendían el aire habían empezado a retumbar oleadas de hechicería en un contraataque ensordecedor. Fuera cual fuera la naturaleza de los pelotones que atacaban a los mataperros, los magos ya estaban respondiendo.

Y lo que es peor, este espolón no entró aquí solo.

Kalam cambió de repente de postura, extendió el cuchillo de la mano izquierda y echó la mano derecha hacia atrás para ponerse en posición de defensa. Atacaba con la punta, esquivaba los golpes de defensa e iba retrayendo poco a poco el brazo izquierdo, empezando por el hombro. El giro más leve de las caderas para echar la pierna delantera atrás…

Y el pardu salvó la distancia con un solo paso.

La mano derecha de Kalam salió disparada y apartó las dos hojas kathra, al tiempo que arremetía con un golpe alto de la mano izquierda.

El pardu lanzó hacia arriba las dos armas para esquivar el golpe y atrapar la estocada.

Y Kalam se acercó todavía más, se abalanzó con un golpe sesgado del cuchillo largo de la mano derecha, y hundió la punta en el bajo vientre del hombre.

Un chorro de fluidos, el borde abriendo un camino por la columna, la punta saliendo luego por el otro lado.

El movimiento con el que el otro había intentando eludir y atrapar el cuchillo largo se lo arrancó de la mano izquierda y lo arrojó a un lado.

Pero el espolón ya se estaba hundiendo, doblándose sobre la herida del vientre y el arma que lo empalaba.

Kalam se inclinó sobre él.

—No —rezongó—. No me acuerdo.

Le dio un tirón al cuchillo para liberarlo y dejó que el moribundo cayera sobre las varias alfombras que cubrían el suelo de la tienda.

—Una puñetera vergüenza —caviló una voz cerca de la pared trasera.

Kalam se volvió despacio.

—Kamist Reloe. Te estaba buscando.

El mago supremo sonrió. Estaba flanqueado por los otros dos espolones, uno de los cuales sostenía el segundo cuchillo largo de Kalam y lo estaba examinando con curiosidad.

—Esperábamos un golpe de la Garra —dijo Kamist Reloe —. Aunque un ataque de fantasmas largo tiempo muertos admito que no se hallaba entre nuestras expectativas. Es Raraku, ya sabes. Esta maldita tierra se está… despertando. Bueno, eso da igual. Pronto habrá… silencio.

—Tiene un arma de otataralita —dijo el asesino que estaba a la derecha de Kamist.

Kalam bajó la cabeza y le echó un vistazo al cuchillo largo manchado de sangre que sujetaba en la mano derecha.

—Ah, bueno, eso.

—Entonces —suspiró el mago supremo— vosotros dos tendréis que encargaros de él al, bueno, modo mundano. ¿Bastaréis los dos?

El que sostenía el cuchillo largo lo tiró tras él y asintió.

—Hemos observado. Tiene… patrones, y habilidad. Cualquiera de los dos, por separado, nos plantearía problemas. ¿Pero contra los dos?

Kalam tenía que admitir que la valoración del hombre era acertada. Dio un paso atrás y envainó el arma.

—Supongo que lleva razón —murmuró con voz profunda. Con la otra mano sacó la bellota y la tiró al suelo. Los tres hombres retrocedieron con un estremecimiento cuando la bellota rebotó y después rodó hacia ellos. El inofensivo objeto se detuvo en un instante.

Uno de los espolones lanzó un bufido y la apartó de una patada.

Después, los dos asesinos avanzaron entre el destello de los cuchillos.

Kalam levantó los dos brazos, giró las muñecas hacia fuera y después las flexionó con fuerza.

Los dos espolones gruñeron y se tambalearon hacia atrás, cada uno empalado por un cuadrillo.

—Qué descuido por vuestra parte —murmuró Kalam.

Kamist chilló y desveló su senda.

La oleada de hechicería que golpeó al mago supremo, proveniente de uno de los lados, lo cogió completamente por sorpresa. La magia de muerte se cerró a su alrededor con una telaraña furiosa y sofocante de fuego negro.

El chillido fue subiendo de volumen. Después, Kamist Reloe se quedó tirado en el suelo, la hechicería todavía destellaba sobre su cuerpo quemado, en el que aún se percibían espasmos.

Una figura salió poco a poco de donde el espolón había lanzado la bellota momentos antes y se agachó junto a Kamist Reloe.

—Es la deslealtad lo que más nos molesta —le dijo al mago supremo moribundo—. Siempre respondemos a ella. Siempre lo hemos hecho. Siempre lo haremos.

Kalam recuperó el segundo cuchillo largo con los ojos clavados en las solapas cerradas de la pared trasera de la cámara.

—Está por ahí —dijo, después hizo una pausa y sonrió—. Me alegro de verte, Ben.

Ben el Rápido miró por encima del hombro y asintió.

Kalam advirtió que el mago parecía mayor de lo que era. Agotado. *Cicatrices que no se grabaron en su piel sino en su alma. Sospecho que no tendrá nada bueno que contarme cuando todo esto haya acabado*.

—¿Has tenido algo que ver con la distracción? —le preguntó a Ben el Rápido.

—No. Ni tampoco el Embozado, aunque el viejo cabrón ya anda por aquí. Es todo Raraku.

—Eso dijo Kamist, aunque no es que os entienda a ninguno de los dos.

—Ya te lo explicaré más tarde, amigo mío —dijo Ben el Rápido al tiempo que se levantaba. Miró la solapa trasera—. Tiene a esa bruja, Henaras, con él, creo. Es la que está detrás de unas guardas fieras que alzó Kamist Reloe.

Kalam se acercó a la puerta.

—Déjame esas a mí —rezongó y desenvainó el cuchillo largo de otataralita.

La habitación que había justo detrás era pequeña, dominada por una mesa de mapas sobre la que estaba despatarrado el cadáver de Henaras. La sangre seguía chorreando en pequeños torrentes por los lados de la mesa.

Kalam volvió el rostro, miró a Ben el Rápido y levantó las cejas.

El mago sacudió la cabeza.

El asesino se acercó con cuidado y sus ojos captaron algo de color plateado que brillaba sobre el pecho de la mujer.

Una perla.

—Parece que el camino está despejado —susurró Kalam.

Otra solapa rasgaba la pared de enfrente.

Kalam usó las puntas de los cuchillos para abrirla.

Un gran sillón de respaldo alto llenaba el siguiente aposento, sobre él estaba sentado Korbolo Dom.

Tenía la piel azul de un cadavérico color gris y le temblaban las manos donde descansaban, sobre los ornamentados brazos del sillón. Cuando habló, su voz era aguda y tensa, atemorizada.

—Mandé un emisario a la consejera. Una invitación. Estoy preparado para atacar a Sha'ik y sus tribus con mis Mataperros.

Kalam lanzó un gruñido.

—Si crees que hemos venido con su respuesta, te equivocas, Korbolo.

Los ojos del napaniano salieron disparados hacia Ben el Rápido.

—Creíamos que estabas muerto como el resto de los Abrasapuentes o todavía en Genabackis.

El mago se encogió de hombros.

—Tayschrenn me envió por delante. Con todo, ha traído la flota impulsada por vientos provocados por los magos. Dujek Unbrazo y sus legiones llegaron a Ehrlitan hace una semana…

—Lo que queda de esas legiones, querrás decir…

—Más que suficientes para completar las fuerzas de la consejera, diría yo.

Kalam se quedó mirando primero a uno y luego a otro. *Los Abrasapuentes… ¿muertos? ¿Whiskeyjack? La hueste de Unbrazo… por los dioses del inframundo, ¿qué pasó en esas tierras?*

—Todavía podemos salvar algo —dijo Korbolo Dom al tiempo que se inclinaba hacia delante—. Todo Siete Ciudades devuelto al Imperio. Sha'ik llevada ante la emperatriz, encadenada…

—¿Y para ti y tus soldados el perdón? —preguntó Ben el Rápido—. Korbolo Dom, has perdido la cabeza de verdad…

—¡Entonces, muere! —chilló el napaniano, que se lanzó hacia delante con las manos estiradas para apresar la garganta del mago.

Kalam se interpuso y, con el cuchillo al revés, golpeó a Korbolo Dom con fuerza en la sien.

El napaniano se tambaleó.

Un segundo puñetazo le destrozó la nariz y lo tiró despatarrado.

Ben el Rápido se quedó mirando al hombre del suelo.

—Átalo, Kalam. La distracción ha terminado, a juzgar por el silencio de fuera; buscaré una salida.

Kalam empezó a atar las manos del hombre inconsciente.

—¿Adónde lo llevamos?

—Tengo una idea.

El asesino levantó la cabeza y miró a su amigo.

—Ben, ¿los Abrasapuentes? ¿Whiskeyjack?

Los duros ojos oscuros se suavizaron.

—Muertos. Salvo Rapiña y un puñado más. Hay una historia que prometo contarte entera… más tarde.

Kalam se quedó observando a Korbolo Dom.

—Me apetece ponerme a rebanar gargantas —dijo con voz ronca.

—A él no. Ahora no.

Conserva esos sentimientos, Kalam Mekhar. Consérvalos todos. Ben tiene razón. En su momento. En su momento…

Oh, Whiskeyjack…

Había tiempo para… todo. Esa noche y el día venidero, Bidithal necesitaba a Sha’ik. Y a la diosa del Torbellino. Y quizá, si todo iba bien, habría una oportunidad para negociar. *Una vez que la ira de la diosa se haya enfriado, templada y embellecida por la victoria, todavía podemos lograrlo*.

Pero ya sé lo que ha hecho Febryl. Sé lo que Korbolo Dom y Kamist Reloe planean para el amanecer.

Se les podía parar. Se podían volver los cuchillos.

Cojeó tan rápido como pudo hacia el palacio de Sha’ik. Los fantasmas revoloteaban en los márgenes de su visión, pero sus sombras lo protegían. A lo lejos oyó gritos, detonaciones y hechicería, que procedía, comprendió, del campamento de los Mataperros. *Ah, así que la Garra ha llegado hasta allí, ¿eh? Buena cosa e… inquietante a la vez. Bueno, como mínimo mantendrá a Kamist ocupado*…

Por supuesto, todavía existía el peligro que suponían los asesinos sueltos, aunque se iba reduciendo cuanto más se acercaba a la morada de Sha’ik.

Con todo, las calles y los callejones estaban inquietantemente desiertos.

Llegó casi hasta el extenso palacio y vio con alivio los charcos de luz de las antorchas que lo rodeaban.

Contrarresta la maniobra del napaniano, despierta a la diosa a la amenaza que la aguarda. Después da caza a ese nudoso bhok’aral de Febryl y mira cómo le arrancan la piel de la carne retorcida. Hasta la diosa, sí, hasta la diosa

tendrá que reconocerme. Mi poder. Cuando me flanquean mis nuevas mascotitas…

Una mano salió disparada de la oscuridad y se cerró alrededor del cuello de Bidithal. Lo levantó en el aire (agitaba brazos y piernas) y luego lo tiró con fuerza al suelo. Cegado. Ahogándose.

Sus sirvientas de sombras acudieron a defenderlo.

Un gruñido, el movimiento y el siseo de algo inmenso que barría todo el espacio, y de repente los espectros habían desaparecido.

Poco a poco, los ojos casi fuera de las órbitas de Bidithal distinguieron la figura agachada sobre él.

El toblakai…

—Deberías haberla dejado en paz —dijo Karsa Orlong en voz baja con un tono desprovisto de inflexiones. Alrededor y detrás del gigante se iban reuniendo fantasmas, almas encadenadas.

¡Los dos somos sirvientes del mismo dios! ¡Idiota! ¡Déjame hablar! ¡Quería salvar a Sha'ik!

—Pero no lo hiciste. Sé, Bidithal, de dónde salen tus enfermizos deseos. Sé dónde se ocultan tus placeres, el placer que les arrebatas a otros. Sé testigo de mis actos.

Karsa Orlong dejó en el suelo la espada de piedra y después metió la mano entre las piernas de Bidithal.

Una mano que se cerró, indiscriminada, alrededor de cuanto encontró.

Y que tiró con fuerza.

Hasta que, con un desgarro de tendones y jirones de músculo, entre un torrente de sangre y otros fluidos, la mano salió con su mutilado premio.

El dolor era insoportable. El dolor era un desgarro del alma. Lo devoraba.

Y la sangre brotaba caliente como el fuego, al mismo tiempo que un frío mortal iba colándose por su piel y se filtraba por sus miembros.

La escena que tenía sobre él se cubrió de negro hasta que solo quedó la cara impasible y magullada del toblakai, que observaba, impávido, la muerte de Bidithal.

¿Muerte? Sí. Idiota, toblakai…

La mano que le rodeaba el cuello se relajó y se apartó.

Bidithal tomó sin querer una bocanada agónica de aire e intentó gritar…

Le metieron algo suave y ensangrentado en la boca.

—Para ti, Bidithal. Por cada niña sin nombre que destruiste. Toma. Ahógate con tu placer.

Y se ahogó. Hasta que la puerta del Embozado se abrió con un bostezo…

Y allí, reunidos por el señor de Muerte, esperaban demonios que eran de naturaleza parecida al propio Bidithal y que rodearon llenos de júbilo a su nueva víctima.

Una vida entera de placer vicioso. Una eternidad de dolor como respuesta.

Pues hasta el Embozado comprendía la necesidad de equilibrio.

Lostara Yil salió con cautela del agujero y entrecerró los ojos en un esfuerzo por penetrar en la oscuridad. Una mirada a su espalda reveló un desierto iluminado por las estrellas, luminoso y resplandeciente. Sin embargo, más adelante, la oscuridad bañaba el oasis y la ciudad en ruinas de su interior. Poco antes había oído golpes secos y lejanos, gritos débiles, pero el silencio ya había vuelto.

El aire se había tornado gélido. Lostara frunció el ceño, comprobó sus armas y se dispuso a irse.

—No te muevas —murmuró una voz a un paso o dos a su derecha.

La mujer giró la cabeza de golpe y después se profundizó su ceño.

—Si estás aquí para mirar, Cotillion, no hay mucho que ver. Desperté a Perla y casi ni maldijo, a pesar del dolor de cabeza. Está por ahí dentro, en alguna parte…

—Sí, así es, muchacha. Pero ya está volviendo… porque percibe lo que está a punto de ocurrir.

—Lo que está a punto de ocurrir. ¿Suficiente para hacer que te escondas aquí a mi lado?

El dios envuelto en sombras pareció encogerse de hombros.

—Hay momentos en los que es aconsejable retroceder un paso… y esperar. El propio sagrado desierto percibe que se acerca un antiguo enemigo y se alzará en respuesta, si es necesario. Incluso más precario, el fragmento de Kurald Emurlahn que la diosa del Torbellino quiere reclamar se está manifestando. La diosa está elaborando un portal, una puerta, una lo bastante inmensa como para tragarse todo este oasis. Pues ella también pretende quedarse con el corazón inmortal de Raraku. La ironía es que a ella también la está manipulando un dios mucho más listo que quiere quedarse con este fragmento y llamarlo su Casa de Cadenas. Así que ya ves, Lostara, bailarina de Sombra, será mejor que nos quedemos donde estamos. Pues esta noche, en este lugar, los mundos están en guerra.

—Eso no tiene nada que ver con Perla y conmigo —insistió ella mientras apretaba los ojos con fuerza en la oscuridad—. Estamos aquí por Felisin…

—Y la has encontrado, pero sigue fuera de tu alcance. Fuera del alcance de Perla también. De momento…

—Entonces solo hemos de aguardar a que se despeje el camino.

—Sí. Como he aconsejado, paciencia.

Las sombras giraron, sisearon sobre la arena, después el dios desapareció.

Lostara lanzó un gruñido.

—Adiós a ti también —murmuró, después se ciñó mejor el manto y se acomodó a esperar.

Asesinos armados con ballestas se habían ido acercando a él por detrás, con sigilo. Febryl los había matado, uno tras otro, en cuanto llegaban, con una multitud de hechizos de lo más dolorosos. Después, su red hechicera le dijo que ya no había más. De hecho, a Korbolo Dom y Kamist Reloe los habían desafiado en sus cubiles. Fantasmas y cosas peores… agentes del Imperio de Malaz.

Caminos anchos y ensangrentados se habían abierto de mala manera por toda su red, dejándolo ciego en donde estaba, pero ninguno se aproximaba a su posición por ninguna parte… de momento. Y pronto el oasis que tenía tras él se convertiría en una pesadilla que se despertaría a una realidad horrible, y el propio Febryl se desvanecería de la mente de sus enemigos ante la presencia de amenazas más inmediatas.

Para el amanecer no faltaban más que dos campanadas. Mientras que, tras él, la oscuridad había devorado el oasis, el cielo que tenía encima y al este relucía en comparación con el brillo de las estrellas. De hecho, todo iba a la perfección.

La luz de las estrellas también resultó ser suficiente para que Febryl detectara las sombras que se desbocaron sobre él.

—Nunca me caíste demasiado bien —dijo una voz profunda sobre él.

Febryl lanzó un chillidito e intentó lanzarse hacia delante y esconderse.

Pero lo cogieron sin esfuerzo y lo levantaron por los aires.

Y lo rompieron.

El chasquido seco de su columna fue como madera quebradiza en el aire frío de la noche.

Karsa Orlong tiró a un lado el cuerpo de Febryl. Después miró furioso las estrellas un momento, metió una profunda bocanada de aire en los pulmones e intentó despejar su mente.

La voz atrofiada de Urugal chillaba en su cráneo. Había sido esa voz, y esa voluntad, la que lo había empujado a alejarse paso a paso del oasis.

El dios falso de la tribu Uryd quería a Karsa Orlong… fuera.

Lo estaban empujando con fuerza… lejos de lo que se acercaba, de lo que estaba a punto de pasar en el oasis.

Pero a Karsa no le gustaba que lo empujaran.

Sacó la espada de los aros del arnés y rodeó la empuñadura con las dos manos, después bajó la punta hasta que se cernió justo por encima del suelo y luego se obligó a darse la vuelta y mirar el oasis.

Un millar de cadenas fantasmales se estiraron con fuerza tras él, después empezaron a tirar.

El teblor gruñó por lo bajo y se inclinó hacia delante. *Yo soy el amo y señor de estas cadenas. Yo, Karsa Orlong, no cedo ante nadie. Ni dioses ni las almas de los que he asesinado. Avanzaré y, o bien se pondrá fin a la resistencia, o las cadenas se partirán*.

Además, he dejado mi caballo atado en el bosque de piedra.

Dos aullidos desgarraron el aire de la noche sobre el oasis, repentinos y fieros como relámpagos.

Karsa Orlong sonrió. *Ah, ya han llegado*.

Levantó un poco más la punta de la espada y después se echó hacia delante de un tirón.

Resultó que no servía que se rompieran las cadenas. La tensión se desvaneció de repente y, por esa noche al menos, se había puesto fin a toda resistencia a la voluntad de toblakai.

Dejó el risco y descendió por la ladera para adentrarse una vez más en la oscuridad.

El puño Gamet estaba echado en su catre, luchando por respirar contra un nudo que le aprisionaba la garganta. Un trueno le llenaba la cabeza, oleadas vibrantes de dolor que irradiaban de un punto concreto, justo por encima y por detrás del ojo izquierdo.

Dolor como no había sentido jamás y que lo obligaba a ponerse de lado, el catre crujía y cabeceaba, las náuseas lo atormentaban, el vómito salpicaba el suelo. Pero haber vaciado el estómago no le ofrecía alivio de la agonía del cráneo.

Tenía los ojos abiertos, pero estaba ciego.

Había habido dolores de cabeza. Cada día, desde la caída del caballo. Pero nada parecido a aquel.

La cuchillada apenas curada de la palma de la mano se le había reabierto con las contorsiones y se había manchado la cara y la frente de sangre pegajosa al intentar arrancarse el dolor de la cabeza; sentía un fuego en la herida, como si le ardiera y le abrasara las venas.

Gimió, se levantó de costado del catre y después se detuvo, a gatas, con la cabeza colgando, sufriendo las oleadas de temblores que lo atravesaban entero.

Necesito moverme. Necesito actuar. Algo. Lo que sea.

Necesito…

Un momento de negrura, después se encontró de pie cerca de la solapa de la tienda. Con el peso de la armadura, los guanteletes cubriéndole las manos, el yelmo en la cabeza. El dolor se estaba desvaneciendo, un vacío frío se alzaba a su paso.

Necesitaba irse. Necesitaba su caballo.

Gamet salió sin prisas de la tienda. Una guardia lo abordó, pero el puño la despidió con un gesto y se apresuró hacia los corrales.

Monta. Sal con el caballo. Es la hora.

Al momento estaba ensillando al corcel y ajustando las cinchas, esperó a que la bestia soltara el aire y después las apretó una muesca más. Un caballo muy listo. De los establos Paran, por supuesto. Rápido y con una resistencia casi legendaria. Impaciente con los incompetentes, siempre poniendo a prueba al jinete que afirmaba estar al mando, pero eso era de esperar de un animal de pura raza.

Gamet se subió a la silla. Era un placer montar de nuevo. En marcha, el suelo susurraba bajo él mientras descendía por la rampa trasera y rodeaba la isla irregular rumbo a la cuenca.

Vio tres figuras por delante, de pie en el risco y no le extrañó su presencia. *Son lo que ha de ocurrir. Esos tres*.

Nada. Menos. El muchachito, Larva.

Este último se volvió cuando Gamet frenó a su lado. Y asintió.

—Los wickanos y malazanos están en los flancos, puño. Pero su asalto será por la rampa principal de los Mataperros.

—Y señaló.

Soldados de infantería y caballería se estaban reuniendo en la cuenca, atravesando la densa oscuridad. Gamet podía oír el susurro de las armaduras, sentir el golpeteo de un sinfín de cascos de caballos. Vio banderas y estandartes que colgaban inertes y deshilachados.

—Ve con ellos, puño —dijo Larva.

Y el puño le hizo un saludo militar al niño e hincó los talones en los flancos de su montura.

Armadura negra y de color rojo óxido, yelmos con celadas y ornamentados barbotes, jabalinas cortas de lanzamiento y escudos como cometas, el bramido sordo de innumerables botas, cabalgaba junto a una columna y lanzaba una mirada apreciativa a las compañías de infantería.

Después, un ala de caballería lo rodeó para envolverlo. Un jinete se acercó a él. Un yelmo con alas de dragón se giró para mirarlo.

—¿Cabalgas con nosotros, soldado?

—No puedo —respondió Gamet—. Soy el puño. Debo ponerme al mando.

—Esta noche no —respondió el guerrero—. Lucha a nuestro lado, como soldado que eres. ¿Recuerdas las antiguas batallas? Cuando lo único que hacía falta era la protección de los compañeros que te flanqueaban. Así será esta noche. Deja el mando para los grandes señores. Cabalga con nosotros, libre. Y glorioso.

Una oleada de euforia atravesó a Gamet. El dolor de cabeza había desaparecido. Podía sentir la sangre que se aceleraba como una llamarada por sus músculos. Era lo que quería. Sí, eso era justo lo que quería.

Gamet desenvainó la espada, el sonido fue un eco ronco en el aire frío.

Su compañero del casco se echó a reír.

—¿Estás con nosotros, soldado?

—Lo estoy, amigo.

Llegaron a la base de la rampa de adoquines y ralentizaron el paso para consolidar la formación. Una cuña amplia que después empezó a asaltar la ladera, los cascos levantaban chispas en las piedras.

Los Mataperros todavía tenían que dar la alarma.

Idiotas. No se han despertado en ningún momento. O quizá la hechicería ha amortiguado los sonidos de nuestros preparativos. Ah, sí. Nada y Menos. Siguen allí, en el risco, al otro lado de la cuenca.

El portaestandartes de la compañía estaba a solo unos caballos a la izquierda de Gamet. Levantó la cabeza y guiñó los ojos para mirar la bandera y se preguntó por qué no lo había visto antes. Había algo de khundryl en su diseño, rasgado y deshilachado como estaba. Un clan de las Lágrimas Quemadas entonces, lo que tenía sentido dada la arcaica armadura que lucían sus camaradas. Arcaica y medio podrida, de hecho. *Demasiado tiempo almacenada en baúles; polillas y otros insectos la han asaltado, pero el bronce parece sólido, aunque deslustrado y lleno de agujeros. Unas palabras con los comandantes más tarde, creo*…

Pensamientos fríos, medidos, su orgulloso caballo cabalgaba como un trueno junto a los otros. Gamet levantó la mirada furiosa y vio la cima justo delante. Levantó la espada por los aires y dejó escapar un chillido salvaje.

La cuña se derramó por la cima y barrió las filas desprevenidas de los Mataperros, todavía acurrucados en sus trincheras.

Gritos por todos lados, extrañamente apagados, casi desvaídos. Sonidos de batalla, pero parecía a una legua de distancia, como si los transmitiera el viento. Gamet hizo

oscilar la espada, sus ojos se encontraron con los de los Mataperros y vieron el horror escritos en ellos. Vio bocas que se abrían para chillar, pero apenas salía sonido alguno, como si las arenas se lo estuvieran tragando todo, absorbiendo el sonido con tanta avidez como absorbían la sangre y la bilis.

Las masas se abalanzaron sobre las trincheras, espadas ennegrecidas que se movían y caían en cortes secos. Los wickanos habían invadido la rampa del este. Gamet vio los estandartes que ondeaban y sonrió. *Cuervo. Perroloco. Comadreja*.

Del impenetrable cielo negro descendieron mariposas, enjambres de ellas, que revoloteaban sobre la carnicería de las trincheras.

En la rampa, al este, se vio el destello de las municiones moranthianas, que enviaron lúgubres reverberaciones por la tierra. Gamet pudo observar la masacre que se estaba produciendo allí, una escena panorámica y apagada, como si estuviera contemplando un mural, un cuadro en el que los antiguos guerreros libraban una batalla eterna.

Habían ido en busca de los Mataperros. En busca de los carniceros de los malazanos desarmados, soldados y civiles, los obstinados y los que huían, los desesperados y los indefensos. Los Mataperros, que habían entregado sus almas a la traición.

La lucha continuaba con furia, pero se inclinaba de forma abrumadora de un lado. Era extraño, pero el enemigo parecía incapaz de montar ningún tipo de defensa. Se limitaban a morir en las trincheras, o, al intentar retirarse, los derribaban tras unas cuantas zancadas. Ensartados por lanzas y jabalinas. Pisoteados bajo los cascos que los hacían pedazos.

Gamet comprendía su horror, veía con cierta satisfacción el terror en sus rostros cuando él y sus camaradas les

llevaban la muerte.

Oyó entonces la canción de la batalla, alzándose y cayendo como olas en una playa de guijarros, pero incrementándose hacia un clímax que todavía había de llegar, todavía había de llegar, aunque lo haría pronto. *Pronto. Sí, necesitábamos una canción. Hemos esperado mucho tiempo por una canción así. Para honrar nuestras obras, nuestras luchas. Nuestras vidas y nuestras muertes. Necesitábamos nuestra propia voz para que nuestros espíritus pudieran marchar, marchar siempre hacia delante*.

A la batalla.

A la guerra.

Para dominar estas murallas de ladrillo derruido y arena. Para defender los puertos secos como el hueso y las ciudades muertas que antaño ardían con sueños antiguos, que antaño hacían parpadear el reflejo de la vida en el mar cálido y poco profundo.

Hasta los recuerdos había que defenderlos.

Hasta los recuerdos.

Siguió luchando, codo con codo con sus oscuros compañeros guerreros, y por tanto llegó a quererlos, a esos camaradas leales, y cuando al fin el guerrero montado del yelmo de dragón llegó cabalgando y se detuvo a su lado, Gamet hizo girar la espada a modo de saludo.

El jinete se echó a reír otra vez. Levantó un guantelete salpicado de sangre y se subió la celada, y reveló la cara de una mujer de piel morena, los ojos de un asombroso color azul entre una red de arrugas del desierto.

—¡Hay más! —gritó Gamet, aunque incluso a sus propios oídos, su voz le sonaba muy lejana—. ¡Más enemigos! ¡Debemos cabalgar!

Los dientes de la mujer destellaron, blancos, cuando se rio de nuevo.

—¡No estas tribus, amigo mío! Son familia. Esta batalla se ha acabado, otros derramarán su sangre llegada la mañana. Marchamos rumbo a las costas, soldado, ¿te unes a nosotros?

Él vio algo más que interés profesional en los ojos femeninos.

—Me uno.

—¿Dejarías a tus amigos, Gamet Ul'Paran?

—Por ti, sí.

La sonrisa y la risa consiguiente le robaron al anciano el corazón.

Una última mirada a las otras rampas no descubrió movimiento alguno. Los wickanos del este habían continuado adelante, aunque un cuervo solitario dibujaba círculos en el cielo. Los malazanos del oeste se habían retirado. Y las mariposas se habían desvanecido. En las trincheras de los Mataperros, una hora antes del amanecer, solo quedaban los muertos.

Venganza. Estará complacida. Lo entenderá y estará complacida.

Como lo estoy yo.

Adiós, consejera Tavore.

Koryk se acomodó poco a poco a su lado y se quedó mirando al noroeste como si intentara descubrir que era lo que tanto llamaba la atención del hombre.

—¿Qué pasa? —preguntó tras un rato—. ¿Qué estás mirando, sargento?

Violín se secó los ojos.

—Nada… o nada que tenga sentido.

—No vamos a entrar en combate por la mañana, ¿verdad?

El otro giró la cabeza, estudió los rasgos duros del joven seti, quería ver algo en ellos, aunque no estaba muy seguro de qué. Tras un momento, suspiró y se encogió de hombros.

—La gloria de la batalla, Koryk, se halla solo en la voz del bardo, en las palabras que teje el narrador. La gloria pertenece a fantasmas y poetas. Lo que oyes y sueñas no es lo mismo que lo que vives, si enturbias la distinción, es por tu cuenta y riesgo, muchacho.

—Tú has sido soldado toda tu vida, sargento. Si no alivia una sed en tu interior, ¿por qué estás aquí?

—No sé responderte —admitió Violín—. Creo, quizá, que me llamaron aquí.

—¿Esa canción que Botella decía que oías?

—Sí.

—¿Qué significa la canción?

—Ben el Rápido sabría responderte mejor, creo. Pero a mí las tripas me están susurrando una cosa una y otra vez. Los Abrasapuentes, muchacho, han ascendido.

Koryk hizo una señal para protegerse y se apartó un poco de su sargento.

—O, por lo menos, los muertos han ascendido. El resto, estamos solo… fingiendo que vivimos. Aquí, en el reino mortal.

—¿Esperas morir pronto, entonces?

Violín lanzó un gruñido.

—No entraba dentro de mis planes.

—Me alegro, porque nos gusta nuestro sargento como está.

El seti se alejó y Violín volvió a contemplar el oasis lejano. *Te lo agradezco, muchacho*. Entrecerró los ojos, pero la oscuridad lo desafiaba. Allí estaba pasando algo. *Da la sensación de que… como si hubiera amigos luchando. Casi puedo oír los sonidos de una batalla. Casi*.

De repente, dos aullidos estallaron en la noche.

Violín se puso en pie.

—¡Por el aliento del Embozado!

La voz de Sonrisas.

—Dioses, ¿qué ha sido eso?

No. No podía haber sido. Pero…

Y entonces, la oscuridad que había sobre el oasis empezó a cambiar.

La fila de guerreros montados se acercó entre un remolino de polvo, los caballos dando patadas y agitando las cabezas, inquietos y atemorizados.

A su lado, Leoman de los Mayales levantó una mano para detener a su compañía, después le hizo un gesto a Corabb para que lo siguiera y se acercaron a los recién llegados al trote.

Mathok saludó con un asentimiento.

—Te hemos echado de menos, Leoman…

—Mi chamán ha caído inconsciente —lo interrumpió Leoman—. Escogió la nada antes que el terror. ¿Qué está pasando en el oasis, Mathok?

El caudillo hizo una señal de protección.

—Raraku ha despertado. Se han alzado fantasmas, los mismísimos recuerdos del sagrado desierto.

—¿Y quién es su enemigo?

Mathok sacudió la cabeza.

—Traición tras traición, Leoman. He retirado mis guerreros del oasis y los he hecho acampar entre Sha'ik y los malazanos. El caos ha reclamado todo lo demás…

—Así que no sabes responderme.

—Temo que la batalla ya esté perdida.

—¿Sha'ik?

—Tengo el libro conmigo. He jurado protegerlo.

Leoman frunció el ceño.

Corabb se giró en la silla y miró con gesto airado el noroeste. Una oscuridad sobrenatural envolvía el oasis y parecía pulular como si estuviera repleta de criaturas vivas, sombras aladas, demonios espectrales. Y en el suelo, debajo, creyó ver el movimiento de masas de soldados. Corabb se estremeció.

—¿A Y'Ghatan? —preguntó Leoman.

Mathok asintió.

—Con mi propia tribu como escolta. Dejando casi nueve mil guerreros del desierto a tu disposición… para que te pongas al mando.

Pero Leoman sacudió la cabeza.

—Esta batalla pertenecerá a los Mataperros, Mathok. No me queda elección. No tengo tiempo para modificar demasiado nuestras tácticas. Las posiciones están determinadas, la señora ha esperado demasiado tiempo. No me has contestado, Mathok. ¿Qué hay de Sha'ik?

—La diosa todavía es su dueña —respondió el caudillo—. Ni siquiera los asesinos de Korbolo Dom pueden llegar a ella.

—El napaniano debía de saber que ocurriría —murmuró Leoman—. Así que ha planeado… otra cosa.

Mathok sacudió la cabeza.

—Esta noche se me ha roto el corazón, amigo mío.

Leoman estudió al viejo guerrero por un tiempo, después asintió.

—Hasta Y'Ghatan, entonces, Mathok.

—¿Vas a ver a Sha'ik?

—Debo hacerlo.

—Dile…

—Se lo diré.

Mathok asintió sin importarle las lágrimas que brillaban por sus arrugadas mejillas. Se irguió de repente en la silla.

—Dryjhna antaño nos pertenecía, Leoman. A las tribus de este desierto. Las profecías del libro estaban cosidas a una piel mucho más antigua. El libro no era en realidad más que una historia, una narración de acontecimientos apocalípticos que habían sobrevivido, no de los que han de ocurrir…

—Lo sé, amigo mío. Protege bien el libro y ve en paz.

Mathok hizo girar su caballo hacia el camino del oeste. Un gesto colérico y sus jinetes lo siguieron cuando se adentró en negrura.

Leoman se quedó mirándolos un largo instante.

Unos aullidos hicieron pedazos la noche.

Corabb vio que su comandante de repente enseñaba los dientes y se quedaba mirando, furioso, la oscuridad que tenía delante. *Como dos bestias a punto de enfrentarse. Por los espíritus del inframundo, ¿qué nos aguarda?*

—¡A las armas! —gruñó Leoman.

La compañía se adelantó con un trueno por el camino que Corabb había atravesado lo que le parecía un sinfín de veces.

Cuanto más se acercaban al oasis, más apagado era el sonido de su paso, como si la oscuridad estuviera devorando todo ruido. Los aullidos no se habían repetido y Corabb estaba empezando a preguntarse si habían sido reales siquiera. *Quizá no era una garganta mortal, después de todo. Una ilusión, un grito para detenerlo todo en seco*…

La vanguardia entró en un desfiladero y de repente brotaron cuadrillos de jinetes y caballos. Gritos, guerreros que caían, caballos que tropezaban. Más atrás, en la columna, el choque de espadas y escudos.

¡Mataperros!

De algún modo, Corabb y su caballo se encontraron abalanzándose sobre un espacio despejado. Una figura se acercó disparada por su izquierda y Corabb chilló y levantó el arma.

—¡Soy yo, maldito seas!

—¡Leoman!

Al caballo de su comandante lo habían matado bajo él y el jinete descabalgado levantó los brazos.

Corabb sujetó a Leoman por el brazo y lo aupó a lomos de su caballo.

—¡Cabalga, Bhilan! ¡Cabalga!

Guerreros montados con armaduras negras atravesaron como rayos el muro bajo; unas hachas inmensas giraban en sus guanteletes.

Ben el Rápido lanzó un gañido y se puso a cubierto.

Kalam lo siguió con una maldición, con el cuerpo atado de Korbolo Dom rebotando sobre sus hombros. Se lanzó al suelo junto al mago mientras que los cascos destellaban por encima de ellos, haciendo llover arena y trozos de argamasa. Y después la caballería pesada los dejó atrás.

Kalam se quitó al napaniano de la espalda y se giró de lado para mirar furioso a Ben el Rápido.

—En el nombre del Embozado, ¿quiénes eran esos cabrones?

—Será mejor que nos escondamos un tiempo —murmuró el mago con una mueca mientras se quitaba la tierra de los ojos—. Raraku ha desatado sus fantasmas…

—¿Y son ellos los que están cantando? Tengo esas voces metidas en la cabeza…

—Yo también, amigo mío. Dime, ¿has tenido alguna conversación con un caminante espiritual tanno en los

últimos tiempos?

—¿Un qué? No. ¿Por qué?

—Porque eso es lo que estás oyendo. Si fuera una canción tejida alrededor de esos antiguos fantasmas que estamos viendo, bueno, no la estaríamos oyendo. De hecho, no estaríamos oyendo casi nada. Y a estas alturas ya nos habrían hecho pedacitos. Kalam, esa canción tanno pertenece a los Abrasapuentes.

—¿Qué?

—Empiezas a preguntarte por eso de la causa y el efecto, ¿a que sí? Un tanno nos robó nuestra historia y creó una canción, pero para que esa canción tuviera efecto, los Abrasapuentes tenían que morir. Como compañía. Y ya lo ha hecho. Salvo tú y yo…

—Y Violín. ¡Espera! Viol mencionó algo sobre un caminante espiritual en Ehrlitan.

—Tendría que haber tenido un contacto directo. Un apretón de manos, un abrazo, o un beso…

—Ese cabrón de zapador… Recuerdo que el muy maldito andaba escondiendo algo. ¿Un beso? Recuérdame que le dé a Violín un beso la próxima vez que lo vea, un beso que no olvidará jamás…

—Quienquiera que fuera y cómo ocurriera —dijo Ben el Rápido—, los Abrasapuentes han ascendido… —¿Ascendido? ¿Pero qué significa eso, en el nombre de la Reina?

—Que me aspen si lo sé, Kalam. Jamás he oído nada parecido. Una compañía entera… No hay precedente alguno, ninguno en absoluto.

—Salvo, quizá, los t’lan imass.

Los ojos oscuros del mago se entrecerraron al mirar a su amigo.

—Una idea interesante —murmuró. Después suspiró—. En cualquier caso, los fantasmas de Raraku se han alzado en

esa canción. Se han alzado… para luchar. Pero hay más, juro que vi un estandarte wickano ahí atrás, cerca de las trincheras de los Mataperros justo cuando salíamos pitando de allí.

—Bueno, quizá Tavore ha aprovechado la situación…

—Tavore no sabe nada, Kalam. Al fin y al cabo, lleva consigo una espada de otataralita. Quizá los magos que tiene con ella perciben algo, pero la oscuridad que ha descendido sobre este oasis lo está oscureciendo todo.

Kalam lanzó un gruñido.

—¿Alguna otra buena noticia que darme, Ben?

—La oscuridad es producto de la hechicería. ¿Te acuerdas de cuando llegaba Anomander Rake a un sitio con su senda al descubierto? ¿Ese peso, el temblor del suelo, la presión abrumadora?

—No me digas que se acerca el hijo de Oscuridad…

—Espero que no. Es decir, no creo. Está muy ocupado, te lo explicaré después. No, esto es más, eh, primitivo, creo.

—Esos aullidos —dijo Kalam entre dientes—. Dos mastines, Ben el Rápido. Yo mismo tuve un encuentro con ellos. Son como los mastines de Sombra, solo que peores de algún modo…

El mago se lo había quedado mirando fijamente.

—Déjalo ya, Ben. No me gusta esa expresión. Me escapé porque les solté un puñado de demonios azalan. No detuvo a esos mastines, pero fue suficiente para que yo pudiera huir.

Las cejas de Ben el Rápido se arquearon poco a poco.

—¿«Un puñado de demonios azalan», Kalam? ¿Y dónde has estado tú en los últimos tiempos?

—No eres el único con unas cuantas historias que contar.

El mago se levantó con cautela, pero se quedó agachado y examinó la zona al otro lado del muro en ruinas.

—Dos mastines de Oscuridad, has dicho. Los deragoth, entonces. Bueno, me pregunto quién rompió sus cadenas.

—¡Típico! —soltó de repente Kalam—. ¿Se puede saber qué es lo que no sabes tú?

—Unas cuantas cosas —respondió el mago por lo bajo—. Por ejemplo, ¿qué están haciendo aquí esos mastines?

—Siempre que no nos interpongamos en su camino, no podría importarme menos…

—No, me has entendido mal. —Ben el Rápido señaló hacia el punto donde había clavado la mirada, en el claro que había detrás—. ¿Qué están haciendo justo aquí?

Kalam gimió.

El pelo erizado del lomo se alzaba sobre los hombros inmensos y extrañamente encorvados. Cuellos largos y gruesos y cabezas amplias y planas en las que sobresalían los músculos de la mandíbula. La piel negra, llena de cicatrices y unos ojos que ardían puros y desprovistos de luz.

Grandes como un caballo de las estepas, pero mucho más fornidos, avanzaban sin ruido con las cabezas gachas por la plaza de losas. Había algo en ellos que recordaba a una hiena, y también a un oso de las llanuras. Una cierta avidez taimada mezclada con una brutalidad arrogante.

Ralentizaron el paso, después se detuvieron y levantaron los morros brillantes en el aire.

Habían ido a destruir. A arrancar la vida de toda carne, a burlarse de todos los que clamaban ser dueños y señores, a hacer pedazos todo lo que se interponía en su camino. Aquel era un nuevo mundo para ellos. Nuevo, pero una vez había sido antiguo. Se habían producido cambios. Un mundo de silencios inmensos en el que antaño parientes y enemigos por igual habían abierto gargantas en un desafío fiero.

Nada era como había sido y los deragoth se habían inquietado.

Habían ido a destruir.

Pero en ese momento dudaban.

Con los ojos clavados en el que había llegado, en el que en ese instante se encontraba ante ellos, al otro extremo de la plaza. *Dudar. Sí*. Karsa Orlong se adelantó. Se dirigió a ellos, la voz baja y retumbante.

—El señor de Urugal tenía… ambiciones —dijo—. Soñaba con el dominio. Pero ahora entiende mejor las cosas, y no quiere tener nada que ver con vosotros. —Entonces el teblor sonrió—. Yo tampoco. Los dos mastines se echaron atrás y después se movieron para abrir más espacio entre ellos.

Karsa sonrió. *Este no es vuestro sitio*.

—¿Queréis dejarme pasar? —Continuó andando. *Y ya me he hartado de desconocidos*—. ¿Recordáis a los toblakai, bestias? Pero los han amansado. La civilización. Los jaeces suaves de la paz necia. Tan debilitados que no podían enfrentarse a los t’lan imass, no podían enfrentarse a los forkrul assail y los jaghut. Y ahora no pueden enfrentarse a los mercaderes de esclavos nathii. Era necesario un despertar, amigos míos. Recordad a los toblakai si os consuela.

Pasó directamente entre los dos mastines como si su intención fuera aceptar la invitación para pasar.

Los mastines atacaron.

Como él sabía que harían.

Karsa se agachó de repente con un movimiento que se inclinó a la derecha al tiempo que levantaba la inmensa espada de piedra sobre su cabeza con la punta deslizándose a la izquierda… justo en el camino del mastín que llegaba cargando por ese lado.

Y lo golpeó en el pecho.

El pesado esternón se agrietó, pero no se hizo pedazos y el filo de la hoja ondulada abrió un camino ensangrentado por las costillas.

El movimiento agazapado de Karsa explotó entonces tras su arma, las piernas empujaron el hombro hacia delante y lo levantó para golpear a la bestia al nivel de las clavículas.

Las mandíbulas chasquearon sobre la nuca del toblakai y después el impacto lanzó una sacudida que atravesó a guerrero y mastín a la vez.

Y las costillas de este último, atravesadas por la espada, se astillaron.

Unas mandíbulas se cerraron alrededor de la pierna derecha de Karsa, justo por debajo de la rodilla.

Y lo levantaron del suelo. Después lo tiraron a un lado, aunque las mandíbulas no lo soltaron. El tirón le arrancó la espada de las manos.

Los molares aplastaron el hueso, los incisivos desgarraron el músculo. El segundo mastín se abalanzó sobre Karsa y sacudió con furia la pierna que tenía entre las mandíbulas.

El primer mastín se apartó tambaleándose unos cuantos pasos, arrastraba la pata delantera izquierda e iba dejando un rastro de sangre.

Karsa no hizo ningún esfuerzo por apartarse de la bestia que intentaba arrancarle a mordiscos la parte inferior de la pierna. En su lugar, se apoyó en la pierna libre y se lanzó sobre el mastín. Rodeó con los brazos, por detrás de los hombros, el cuerpo que se estremecía.

El teblor levantó al mastín con un bramido. Las patas traseras pateaban, aterradas, pero el hombre ya le estaba dando la vuelta a la bestia entera.

Las mandíbulas soltaron su presa cuando Karsa tiró a la criatura de espaldas al suelo.

Las losas se agrietaron con una explosión de polvo.

El teblor se hincó de rodillas entonces, se puso a horcajadas sobre el mastín que se retorcía bajo él y le rodeó la garganta con las dos manos.

Un frenesí de gruñidos le respondió.

Los caninos le desgarraron los antebrazos, las mandíbulas mordisquearon con rabia, arrancando trozos de piel y carne.

Karsa soltó una mano y la apoyó con fuerza en la mandíbula inferior del mastín.

Los músculos se contrajeron cuando chocaron dos fuerzas sobrehumanas.

Las patas golpeaban el cuerpo de Karsa, las garras atravesaban cuero y se clavaban en la carne, pero el teblor continuó empujando. Cada vez con más fuerza, iba subiendo la otra mano poco a poco para unirse al esfuerzo.

Las patadas se hicieron salvajes. Aterradas.

Karsa sintió y oyó a la vez un estallido seco y un chirrido; después, la cabeza plana del mastín cayó con un crujido sobre las losas.

Un extraño lamento agudo salió crispado de la garganta.

El guerrero echó la mano derecha hacia atrás, cerró el puño y lo hundió en la garganta del animal. Aplastó la tráquea.

Las patas sufrieron un espasmo y se quedaron sin fuerzas.

Karsa se alzó con un rugido salvaje, levantó al mastín por el cuello y luego lo golpeó contra el suelo una vez más con todas sus fuerzas. Un fuerte crujido, un chorro de sangre y saliva.

El guerrero se irguió, se sacudió, de su melena se desprendió sangre y sudor, y después volvió la mirada hacia donde había estado el otro mastín.

Solo quedaba un rastro de sangre. Karsa se acercó tambaleándose a su espada, la recogió y partió en pos de

ese camino resplandeciente.

Kalam y Ben el Rápido se levantaron poco a poco detrás del muro y se quedaron mirando, sin decir nada, al guerrero gigante que se alejaba.

Las sombras habían empezado a enjambrarse en la oscuridad. Se reunían como poliñeras sobre el cadáver del deragoth, después se alejaban a toda velocidad como si les hubiera entrado un ataque de pánico.

Kalam hizo rodar los hombros y después, con los largos cuchillos en las manos, se acercó al mastín.

Ben el Rápido lo siguió.

Estudiaron el cadáver mutilado.

—Mago…

—¿Sí?

—Vamos a soltar por ahí al napaniano y salir de aquí.

—Un plan brillante.

—Se me acaba de ocurrir.

—Me gusta mucho. Bien pensado, Kalam.

—Como siempre te he dicho, Ben, no soy solo una cara bonita.

Los dos se dieron la vuelta, hicieron caso omiso de las sombras que salían a borbotones de la senda destrozada de Kurald Emurlahn, que empezaba a florecer, y regresaron allí donde habían dejado a Korbolo Dom.

—*¿Amigo?* —Heboric se quedó mirando al demonio achaparrado de cuatro ojos que se había plantado de un salto en el camino justo delante de él.

—Si nos hubiéramos visto alguna vez, demonio, estoy convencido de que lo recordaría.

—*Explicación útil. Hermano de L'oric. Yace en claro a doce pasos a tu izquierda. Corrección vacilante. Quince*

pasos. Tus piernas son casi tan cortas como las mías.

—Llévame con él.

El demonio no se movió.

—*¿Amigo?*

—Más o menos. Compartimos ciertos defectos.

La criatura se encogió de hombros.

—*Con reservas. Sígueme*.

Heboric se metió en el bosque petrificado tras el andar arrastrado del demonio, su sonrisa se iba ensanchando a medida que la criatura parloteaba.

—*Un sacerdote con manos de tigre. A veces. Otras veces, manos humanas que resplandecen de un color verde insondable. Impresionado. Esos tatuajes, magníficos, desde luego. Cavilación. Me costaría arrancarte la garganta, creo. Incluso impulsado por el hambre que sufro siempre. Pensativo. Una noche feroz, esta*.

Fantasmas, asesinos, sendas, batallas silenciosas. ¿Es que en este mundo nadie duerme?

Se tropezaron de repente con un pequeño claro.

La armadura de L'oric estaba manchada de sangre seca, pero tenía un aspecto bastante saludable, sentado con las piernas cruzadas, los ojos cerrados, la respiración regular. En el suelo polvoriento, delante de él, se encontraba una baraja de los Dragones extendida.

Heboric se sentó con un gruñido enfrente del mago supremo.

—No sabía que jugabas con esas cosas.

—Nunca lo hago —respondió L'oric con un murmullo—. Me refiero a jugar. Ha llegado un nuevo señor a la baraja y ese señor acaba de aprobar la Casa de Cadenas.

Heboric abrió mucho los ojos. Después los entrecerró y asintió poco a poco.

—Que los dioses despotriquen lo que quieran, era lo que tenía que hacer esa persona.

—Lo sé. El dios Tullido está ahora tan atado como todos los demás dioses.

—En el juego, sí, después de pasar tanto tiempo fuera de él. Me pregunto si algún día llegará a lamentar la maniobra.

—Busca este fragmento de Kurald Emurlahn y está listo para atacar, aunque sus posibilidades ahora son menores que las que tenía al atardecer.

—¿Y eso?

—Bidithal está muerto.

—Bien. ¿Quién fue?

—Toblakai.

—Ah. No tan bien.

—Pero el toblakai se ha convertido, creo, en el caballero de la Casa de Cadenas.

—Eso es de lamentar, maldita sea… para el dios Tullido. El toblakai no se arrodillará ante nadie. No puede permitírselo. Desafiará toda predicción…

—Una inclinación que ya ha mostrado esta noche, Manos Fantasmales, lo que podría ser la ruina de todos nosotros. Con todo, al mismo tiempo, he terminado por sospechar que es nuestra única esperanza. —L'oric abrió los ojos y se quedó mirando a Heboric—. Dos mastines de Oscuridad llegaron hace solo un rato, percibí su presencia, aunque de manera irregular, pero no pude acercarme más. Otataralita y la misma oscuridad que los cubre.

—¿Y por qué iba a interponerse el toblakai en su camino? No importa. A eso puedo responder yo. Porque es el toblakai.

—Sí. Y creo que ya lo ha hecho.

—¿Y?

—Y ahora, creo que solo un deragoth queda vivo.

—Los dioses nos libren —dijo Heboric sin aliento.

—El toblakai continúa persiguiéndolo en estos momentos.

—Dime, ¿qué trajo a los mastines aquí? ¿Qué o a quién acaba de frustrar el toblakai?

—Las cartas se muestran ambivalentes sobre ese tema, destriant. Quizá la respuesta todavía esté por decidir.

—Es un alivio oír que algunas cosas siguen por decidir, a decir verdad.

—Manos Fantasmales, saca a Felisin de aquí. Ranagrís te acompañará.

—¿Y tú?

—Yo debo ir con Sha'ik. No, no digas nada hasta que termine. Sé que tú y ella estuvisteis unidos una vez, quizá no de un modo muy agradable, pero unidos de todos modos. Pero esa niña mortal pronto dejará de serlo. La diosa está a punto de devorar su alma, y una vez lo haya hecho, ya no habrá vuelta atrás. La joven muchachita malazana que conociste habrá dejado de existir. Así pues, cuando acuda junto a Sha'ik, voy a reunirme no con la niña, sino con la diosa.

—Pero ¿por qué? ¿Eres de veras leal a la noción del Apocalipsis, del caos y la destrucción?

—No. Tengo otra cosa en mente. Debo hablar con la diosa, antes de que se lleve el alma de Sha'ik.

Heboric se quedó mirando al mago supremo durante un buen rato, intentando discernir qué buscaba L'oric en aquella diosa vengativa y perturbada.

—Hay dos Felisin —murmuró entonces L'oric con los ojos medio velados—. Salva a la que puedes salvar, Heboric Toque de Luz.

—Algún día, L'oric —rezongó Heboric—, descubriré quién eres en realidad.

El mago supremo sonrió.

—Y hallarás esta sencilla verdad: soy un hijo que vive sin esperanza de llegar jamás a estar a la altura de mi padre. Eso solo, con el tiempo, explicará todo lo que necesitas saber de mí. Ve, destriant. Protégela bien.

Los fantasmas giraron, de la armadura se derramó polvo rojo, y le hicieron a Karsa Orlong un saludo militar cuando pasó cojeando. Al menos esos, reflexionó él con aire confuso, no estaban encadenados.

El rastro de sangre lo había llevado a un laberinto de ruinas, una sección no utilizada de la ciudad, famosa por sus sótanos, escollos y muros inclinados y precarios. Podía oler a la bestia. Estaba cerca y el guerrero sospechaba que acorralada.

O, lo que era más probable, había decidido plantarse en un lugar perfecto para una emboscada.

Si el tamborileo constante y lento de la hemorragia no hubiera traicionado su escondite.

Karsa mantuvo la mirada apartada de ese callejón de sombras negras que tenía cinco pasos por delante y a la derecha. Hizo de sus pasos un avance incierto, irregular por el dolor y la vacilación, no todo ello fingido. La sangre que tenía entre las manos y la empuñadura de la espada se había quedado pegajosa, pero todavía amenazaba con traicionar el control que tenía del arma.

Las sombras estaban rasgando la oscuridad, como si esas dos fuerzas elementales estuvieran en guerra y la última estuviera perdiendo. El amanecer, comprendió Karsa, se estaba acercando.

Llegó frente al callejón.

Y el mastín cargó.

Karsa dio un salto adelante y giró en pleno vuelo para apuñalar con la espada con las dos manos y partir un arco a su paso.

La punta abrió la piel, pero el ataque de la bestia ya lo había llevado fuera de su alcance. El animal cayó sobre una pata delantera, que resbaló y cedió bajo él. El mastín se desplomó sobre un hombro y después rodó sobre él.

Karsa se levantó como pudo para enfrentarse a la bestia.

La bestia se agazapó, preparada para cargar una vez más.

El caballo que salió en tromba de un callejón cogió por sorpresa tanto al mastín como al toblakai. Que el aterrado animal había estado galopando a ciegas quedó patente cuando chocó con el mastín.

A lomos del caballo, dos jinetes, y a ambos los arrojó su montura de la silla, justo por encima del mastín.

El impacto había derribado al mastín bajo los cascos que pateaban el suelo como locos. El caballo había conseguido mantenerse erguido de algún modo y se tambaleaba con pesados bufidos, como si intentara meter aire en unos pulmones aturdidos. Tras él, las zarpas del mastín abrían canales en los adoquines al luchar por enderezarse.

Karsa hizo una mueca de furia, se abalanzó y hundió la punta de la espada en el cuello de la bestia.

El animal chilló y se lanzó hacia el toblakai.

Karsa se apartó de un salto y arrastró la espada tras él.

La sangre le salía a borbotones de la herida de la garganta, pero el mastín se levantó sobre tres patas, zigzagueando, balanceando la cabeza y tosiendo espuma roja sobre las piedras.

Una figura salió disparada de entre las sombras. La bola con púas del extremo de un mayal siseó por el aire y cayó como un trueno sobre la cabeza del mastín. Le siguió una

segunda, que se desplomó como un martillo desde arriba para partir de forma audible el grueso cráneo de la bestia.

Karsa se adelantó un paso. Blandió la espada con las dos manos en alto, lanzó la cuchillada y al fin derribó al mastín, que ya no se sostenía.

Codo con codo, Leoman y Karsa se acercaron para acabar con la bestia. Una docena de golpes más tarde, el mastín estaba muerto.

Corabb Bhilan Thenu’alas apareció entonces tambaleándose y con una espada rota en la mano.

Karsa limpió las tripas de su hoja y después miró furioso a Leoman.

—No necesitaba tu ayuda —rezongó.

Leoman sonrió.

—Pero yo necesito la tuya.

Perla salió tambaleándose de la trinchera y trepó por los cadáveres tirados allí. Desde el asesinato, bastante elegante por cierto, de Henaras, las cosas habían ido decididamente cuesta abajo, *más escarpadas que la trinchera que tengo detrás*. Un sinfín de guardias, después el ejército de fantasmas cuyas armas eran cualquier cosa salvo ilusorias. Todavía le dolía la cabeza del beso de Lostara… *Maldita mujer, justo cuando pensaba que había empezado a entenderla*…

Había atravesado ese asqueroso campamento y le habían hecho cortes y tajos todo el camino, y en ese momento andaba a tropezones, medio ciego, rumbo a las ruinas.

La oscuridad se estaba rasgando por todas partes. Kurald Emurlahn se estaba abriendo como la mismísima flor de la muerte, con el oasis en su oscuro corazón. Bajo la presión

hechicera de esa manifestación, casi lo único que podía hacer era lanzarse de cabeza por el camino.

Siempre que Lostara se quedara donde estaba, quizá hasta pudieran salvar algo de todo aquello.

Llegó al borde, se detuvo y estudió el pozo donde la había dejado. No había movimiento. O bien estaba intentando pasar desapercibida o se había ido. La garra se adelantó sin ruido.

Detesto las noches como esta. Nada va según lo planeado…

Algo lo golpeó en la sien. Atontado, cayó y yació inmóvil, con la cara contra el suelo frío y arenoso.

Una voz bramó, profunda, sobre él.

—Eso fue por Ciudad Malaz. Aun así, todavía me debes una.

—¿Después de Henaras? —murmuró Perla, sus palabras levantaban diminutas nubes de polvo—. Deberías deberme una tú a mí.

—¿Esa? No merece la pena ni contarla.

Algo cayó con un golpe seco y pesado en el suelo, junto a Perla. Una forma que gimió.

—De acuerdo —suspiró la garra, *más polvo, un torbellino en miniatura*—, te debo una, entonces.

—Me alegra que estemos de acuerdo. Ahora haz unos cuantos ruidos más. Tu muchacha, que anda por allí, tendrá que venir a echar un vistazo… en algún momento.

Perla escuchó las pisadas que se alejaban sin apenas ruido. Dos juegos. *El mago no estaba de humor para hablar, supongo. Para hablar conmigo, claro. Creo que me han dado una buena cura de humildad*.

A su lado, la forma atada gimió de nuevo. A pesar de sí mismo, Perla sonrió.

Al este, el cielo comenzaba a palidecer.

La noche había terminado.

Capítulo 26



En este día, Raraku se alza.

XXXIV.II.I.81 «Palabras de la profecía»
El libro de Dryjhna del Apocalipsis

La diosa del Torbellino había sido en otro tiempo una tormenta furiosa de viento y arena. Un muro que rodeaba a la joven que había sido Felisin, de la Casa Paran, y que se había convertido en Sha'ik, la elegida y soberana suprema del Ejército de Apocalipsis.

Felisin había sido el nombre de su madre. Después lo había convertido en el nombre de su hija adoptiva. Pero ella lo había perdido. De vez en cuando, sin embargo, en las horas más profundas de la noche, en el corazón del silencio impenetrable que ella misma había creado, podía vislumbrar una imagen de aquella niña. Como había sido una vez, el reflejo manchado de un espejo pulido. Mejillas redondas y ruborizadas, una gran sonrisa y los ojos brillantes. Una niña con un hermano que la adoraba, que la zarandeaba sobre una rodilla como si fuera un caballo que corcoveaba y los chillidos de miedo y placer de la pequeña llenaban el aposento.

Su madre había tenido el don de las visiones. Era de sobra conocido por todos. Una verdad respetada. Y la hija

pequeña de esa madre había soñado que un día ella también hallaría ese talento en su interior.

Pero ese don solo llegaba con la diosa, con esa criatura malintencionada y horrenda cuya alma estaba mucho más agostada y marchita que cualquier desierto. Y las visiones que asaltaban a Sha’ik eran imágenes tenebrosas, repletas de peligros. No nacían, había terminado por comprender, de ningún talento o don. Sino que eran conjuradas por el miedo.

El miedo de una diosa.

Y en ese momento, el muro del Torbellino se había cerrado, retraído, se había apartado del mundo exterior para bramar bajo la piel bronceada por el sol de Sha’ik, por sus venas y arterias, con giros salvajes y ensordecedores en su mente.

Oh, allí había poder. Amargado por la edad, impregnado por la bilis de la malicia. Y lo que fuera que lo alimentaba soportaba el sabor amargo de la traición. Una traición desgarradora y muy personal. Algo que debería haber sanado, que debería haberse amortiguado bajo tejido cicatrizal duro y grueso. Un placer rencoroso había mantenido la herida abierta, había alimentado su putrefacto corazón hasta que odio fue todo lo que quedó. Odio por… alguien, un odio tan antiguo que ya no poseía cara.

En los momentos en que podía razonar con frialdad, Sha’ik lo veía por lo que era. Perturbada, llevaba todo a tal extremo que comprendía que fuera cual fuera el crimen que se había cometido contra la diosa, fuera cual fuera la fuente de la traición, no se había ganado una reacción tan brutal. Las proporciones ya habían empezado mal. Desde el comienzo. Lo que le llevaba a sospechar que la tendencia a la locura ya existía, defectos oscuros que manchaban el alma que un día se abriría camino a zarpazos a la ascensión.

Paso a paso recorremos los caminos más horrendos. Nos bamboleamos por el borde de un abismo que no sospechamos. Los compañeros no ven nada raro. El mundo parece un sitio normal. Paso a paso, no muy diferente de nadie más, no en apariencia. Ni siquiera por dentro. Aparte de esa tensión, ese susurro de pánico. La vaga confusión que amenaza tu equilibrio.

Felisin, que era Sha'ik, había terminado por comprenderlo.

Pues ella había recorrido el mismo sendero.

Odio, tan dulce como el néctar.

He caminado por el abismo.

Estoy tan loca como esa diosa. Y por eso me eligió, porque somos almas gemelas.

Entonces, ¿qué es este saliente al que todavía me aferro con tanta desesperación? ¿Por qué persisto en mi creencia de que puedo salvarme, de que puedo regresar… encontrar una vez más el lugar en el que la locura no tiene cabida, en el que no existe la confusión?

El lugar… de la infancia.

Se hallaba en el aposento principal, el sillón que podría ser un trono tras ella, los cojines fríos, los brazos secos. Se encontraba allí, de pie, aprisionada por la armadura de una desconocida. Casi podía sentir a la diosa que le tendía los brazos para envolverla, no era el abrazo de una madre, no, nada parecido. Ese abrazo la asfixiaría por completo, ahogaría toda la luz, hasta el último resplandor de conciencia de sí misma.

Su ego luce la armadura del odio. No puede ver en su interior y apenas vislumbrar el exterior. Sus pasos se arrastran, incómodos y rígidos, una canción de complementos oxidados y correas que crujen. Los dientes le brillan en las sombras, pero no es más que un rictus.

Felisin Paran, levanta este espejo por tu cuenta y riesgo.

Fuera, comenzaban a colarse las primeras luces del alba.

Y Sha'ik estiró la mano para coger el yelmo.

L'oric apenas distinguía las posiciones de los Mataperros en las cimas de las rampas de adoquines. No percibía ningún movimiento bajo la luz gris del amanecer. Era raro pero no sorprendente. La noche que acababa de finalizar haría que hasta el soldado más curtido dudara antes de levantar la mirada al cielo, antes de salir de su escondite para dar inicio a las tareas mundanas que marcaban el comienzo de un nuevo día.

Con todo, había algo desviado en aquellas trincheras.

Recorrió sin prisa el risco hacia la cima de la colina donde Sha'ik había establecido el puesto avanzado para observar la batalla inminente. Al mago supremo le dolían todos los huesos. Los músculos se quejaban con cada paso que daba.

Rezó para que estuviera allí.

Rezó para que la diosa se dignase a oír sus palabras, su advertencia y, al fin, su ofrecimiento.

Todo planeaba sobre la cúspide. La oscuridad había sido derrotada… de algún modo. Le extrañó, pero no por mucho tiempo, no había tiempo para ociosas meditaciones. Ese torturado fragmento de Kurald Emurlahn estaba despertando y la diosa a punto de llegar para reclamarlo. Para crear un trono. *Para devorar Raraku*.

Los fantasmas todavía giraban en las sombras, guerreros y soldados de decenas de civilizaciones muertas mucho tiempo atrás. Soldados que empuñaban armas extrañas, los cuerpos ocultos bajo singulares armaduras, los rostros (por suerte) cubiertos por ornamentadas celadas. Estaban cantando, aunque la canción tanno se había hecho

meditabunda, lúgubre, un suspiro suave como el viento. Había empezado a alzarse y caer, un susurro que helaba la sangre de L'oric.

¿Por quién lucharán? ¿Por qué están aquí en realidad? ¿Qué quieren?

La canción pertenecía a los Abrasapuentes. Pero parecía que el sagrado desierto la había reclamado, se había apoderado de esa multitud de voces etéreas. Y cada alma que había caído en batalla durante la inmensa historia del desierto se había reunido en ese lugar.

La cúspide.

Llegó a la base del camino que subía a la colina de Sha'ik. Había guerreros del desierto acurrucados aquí y allá, envueltos en sus telabas de color ocre, las lanzas levantadas, las puntas de hierro reluciendo con el rocío a medida que el fuego del sol irrumpía por el horizonte oriental. Se estaban formando las compañías de la caballería ligera de Mathok en las llanuras que tenía L'oric a la derecha. Los caballos estaban nerviosos, las filas cambiaban de postura, irregulares e inquietas. El mago supremo no veía a Mathok por ninguna parte entre ellos, ni tampoco, comprendió con un escalofrío, veía los estandartes de la tribu del caudillo.

Oyó los caballos que se acercaban por detrás y se volvió para ver a Leoman, uno de sus oficiales y al toblakai cabalgando hacia él.

El caballo del toblakai era un jhag, apreció L'oric, enorme y magnífico en su saña primitiva, el paso largo medido y perfectamente proporcionado al gigante que cabalgaba a horcajadas sobre su lomo.

Y ese gigante estaba destrozado. La sanación sobrenatural todavía tenía que reparar del todo las terribles heridas que sufría. Las manos eran una ruina carmesí. Unas

mandíbulas despiadadas y gigantescas le habían mordido una pierna.

El toblakai y su caballo arrastraban un par de objetos que rebotaban y rodaban en los extremos de unas cadenas. L'oric abrió mucho los ojos al ver lo que eran.

Ha matado a los deragoth. Ha cogido sus cabezas.

—¡L'oric! —jadeó Leoman cuando de detuvo junto a él—. ¿Está arriba?

—No lo sé, Leoman de los Mayales.

Desmontaron los tres y L'oric vio que el toblakai trataba con cuidado la pierna mutilada. *Se lo hicieron las mandíbulas de un mastín*. Y entonces vio la espada de piedra atada a la espalda del gigante. *Ah, así que es él, entonces. Creo que el dios Tullido ha cometido un terrible error*.

Dioses, ha matado a los deragoth.

—¿Dónde se oculta Febryl? —preguntó Leoman cuando los cuatro empezaron a subir. Respondió el toblakai.

—Muerto. Se me olvidó contaros algunas cosas. Lo maté yo. Y maté a Bidithal. Habría matado a Manos Fantasmales y a Korbolo Dom, pero no los encontré.

L'oric se pasó una mano por la frente y la bajó mojada y grasienta. Pero todavía podía verse el aliento. El toblakai continuó, inexorable.

—Y cuando entré en la tienda de Korbolo, encontré a Kamist Reloe. Lo habían asesinado. Al igual que a Henaras.

L'oric se sacudió y se dirigió a Leoman.

—¿Recibiste las últimas órdenes de Sha'ik? ¿No deberías estar con los Mataperros?

El guerrero lanzó un gruñido.

—Es probable. Acabamos de venir de allí.

—Están todos muertos —dijo el toblakai—. Masacrados durante la noche. Los fantasmas de Raraku han estado muy

ocupados… aunque ninguno se atrevió a desafiarme a mí. —Lanzó una carcajada seca—. Como podría deciros Manos Fantasmales, yo tengo mis propios fantasmas.

L'oric tropezó en el camino. Levantó los brazos y se agarró al brazo de Leoman.

—¿Masacrados? ¿Todos ellos?

—Sí, mago supremo. Me sorprende que no lo supieras. Todavía tenemos a los guerreros del desierto. Todavía podemos ganar, no solo aquí y no solo ahora. Así pues, debemos convencer a Sha'ik para irnos…

—Eso es imposible —lo interrumpió L'oric—. Se acerca la diosa, ya casi está aquí. Ya es demasiado tarde, Leoman. En unos momentos será muy tarde para todo…

Treparon hasta la cima.

Y allí estaba Sha'ik.

Con el yelmo y la armadura, dándoles la espalda y con la mirada clavada en el sur.

A L'oric le apeteció gritar. Porque vio lo que sus compañeros no podían ver. *No llego a tiempo. Oh, por los dioses del inframundo*. Y entonces dio un salto hacia delante, el portal de su senda llameó a su alrededor… y desapareció.

La diosa no había perdido sus recuerdos. De hecho, la rabia había grabado sus retratos, cada detalle, tan burlón, sólido y real como los árboles tallados del bosque de piedra. Y podía acariciarlos, canturrearle su odio como la canción de un amante, detenerse en una caricia que prometía la muerte, aunque la persona que le había hecho daño estaba, si no muerta, en un lugar que ya no importaba.

El odio era lo único que importaba ya. Su furia ante la debilidad de aquel hombre. Oh, había otros en la tribu que

jugaban a eso con bastante frecuencia. Cuerpos que se deslizaban entre las pieles de choza en choza cuando las estrellas adoptaban su alineación estival; ella misma había abierto las piernas más de una vez para el marido de otra mujer, o para un jovencito torpe e impaciente.

Pero el corazón se lo había entregado al único hombre con el que vivía. Esa ley era sacrosanta.

Oh, pero él había sido tan sensible. Sus manos seguían el mismo camino que sus ojos cuando creaban las imágenes prohibidas de esa otra mujer, allí, en lugares ocultos. Había usado esas manos para encerrar con ellas su corazón y entregárselo a otra, sin pensar por un momento en quien lo había considerado propio una vez.

Otra, que ni siquiera le daría a él su corazón a cambio, ella se había ocupado de eso, con palabras despiadadas y acusaciones desafiantes. Suficientes para animar a los demás a desterrarla para siempre.

Pero no antes de que esa zorra matara a todos sus parientes, salvo a uno.

Hombre necio, estúpido, que le había dado su amor a esa mujer.

Su rabia no había muerto con el ritual, no había muerto cuando ella misma (demasiado destrozada para caminar) había sido separada del voto y abandonada en un lugar de oscuridad eterna. Y cada espíritu curioso que había oído su llanto, que se había acercado para ofrecer su simpatía, bueno, había alimentado sus ansias y ella se había apoderado de sus poderes. Capa tras capa. Pues ellos también habían sido necios y estúpidos, díscolos y tendentes a malgastar esos poderes en cosas sin sentido. Pero ella tenía un propósito.

Los niños atestaban la superficie del mundo. ¿Y quién era su madre? Nada menos que la zorra que había sido

desterrada. ¿Y su padre?

Oh, sí, esa mujer fue a verlo. Esa última noche. Fue allí. Él hedía a ella cuando lo arrastraron hasta la luz a la mañana siguiente. Apestaba a ella. La verdad estaba allí, en sus ojos.

Una mirada que ella nunca olvidaría, nunca podría olvidar.

La venganza era una bestia que llevaba mucho tiempo tirando de sus cadenas. La venganza era lo único que ella había querido jamás.

La venganza estaba a punto de desatarse.

Y ni siquiera Raraku podría detenerla. Los niños morirían.

Los niños morirán. Purificaré el mundo de todos los que han engendrado, las alimañas de ojos orgullosos que nacieron, todas y cada una, de esa única madre. Por supuesto que ella no podía unirse al ritual. Un mundo nuevo aguardaba en su interior.

Y ahora, al fin, me alzaré otra vez. Revestida en la carne de uno de esos niños, mataré ese mundo.

Podía ver el sendero que se abría, el camino despejado e invitador. Un túnel rodeado de sombras que giraban y se retorcían.

Sería un placer caminar otra vez.

Sentir la carne cálida y el calor de la sangre.

Saborear el agua. La comida.

Respirar.

Matar.

Sin ser consciente ni oír nada, Sha'ik fue bajando por la ladera. La cuenca la aguardaba, ese campo de batalla. Vio a los exploradores malazanos en el risco de enfrente, uno regresaba a caballo al campamento, los otros se limitaban a mirar.

Lo entendían, entonces. Como ella había sabido que lo entenderían.

Gritos vagos, distantes, tras ella. Sonrió. *Por supuesto, al final son los dos guerreros que me encontraron. Fui una tonta al dudar de ellos. Y sé que cualquiera de ellos se pondría en mi lugar*.

Pero no pueden.

Esta lucha me pertenece a mí. Y a la diosa.

—Adelante.

El capitán Keneb se detuvo un instante para recuperar la compostura, después entró con zancadas firmes en la tienda de mando.

La mujer se estaba poniendo la armadura. Una tarea mundana que habría sido más fácil con un sirviente a mano, pero, por supuesto, no era así como hacía las cosas Tavore.

Aunque, quizás, esa no era toda la verdad.

—Consejera.

—¿Qué ocurre, capitán?

—Vengo de la tienda del puño. Se avisó a un físico y a un sanador de inmediato, pero ya era demasiado tarde. Consejera Tavore, Gamet falleció anoche. Un vaso sanguíneo estalló en su cerebro, el físico cree que fue un coágulo, y que se produjo la noche que lo tiró el caballo. Yo… lo siento.

Una pronunciada palidez había comenzado a cubrir el rostro corriente y demacrado de la mujer. Keneb vio que la consejera estiraba la mano para apoyarse en el borde de la mesa.

—¿Muerto?

—Mientras dormía.

Tavore le dio la espalda y se quedó mirando el equipo que había esparcido por la mesa.

—Gracias, capitán. Déjeme ahora y que T’amber…

Se oyó una conmoción en el exterior y después se abrió paso un joven wickano.

—¡Consejera! ¡Sha'ik ha bajado andando a la cuenca! ¡Te desafía!

Tras un largo instante, Tavore asintió.

—Muy bien. Haga caso omiso de la última orden, capitán. Pueden irse los dos. —Se volvió para continuar abrochándose la armadura.

Keneb le hizo un gesto al joven para que pasara por delante y salieron los dos de la tienda.

Una vez fuera, el capitán dudó.

Es lo que Gamet haría… ¿verdad?

—¿Luchará contra ella? —preguntó el wickano.

Keneb lo miró.

—Así es. Vuelve con Temul, muchacho. En cualquier caso, tenemos una batalla por delante. —El capitán observó al joven guerrero escabullirse a toda prisa.

Después se volvió para mirar la modesta tienda situada a veinte pasos a su izquierda. No había guardias apostados delante de la solapa. Keneb se detuvo ante la entrada.

—La dama T'amber, ¿está dentro?

Salió una figura. Vestida con cueros duros, una armadura ligera, comprendió Keneb con un sobresalto, y una espada larga atada a la cadera.

—¿Desea la consejera dar comienzo a sus prácticas matinales?

Keneb se encontró con aquellos ojos serenos, cuyo color daba a la mujer su nombre. Parecían insondables. El hombre se sacudió mentalmente.

—Gamet falleció anoche. Acabo de informar a la consejera.

La mirada de la mujer se volvió hacia la tienda de mando.

—Entiendo.

—Y en la cuenca, entre los dos ejércitos, se encuentra ahora Sha'ik… esperando. Se me ha ocurrido, señora, que la consejera quizás agradezca un poco de ayuda con la armadura.

Pero para sorpresa del capitán, la mujer regresó a su tienda.

—No esta mañana, capitán. Comprendo sus motivos, señor, pero no. Esta mañana no. Que tenga buen día, señor.

Y después se metió en la tienda.

Keneb se quedó allí, paralizado por la sorpresa. *De acuerdo, entonces, así que no entiendo a las mujeres*.

Miró a la tienda de mando una vez más, justo para ver salir a la consejera apretándose las correas de los guanteletes. Llevaba el casco puesto, el barbote trabado en su sitio. No había celada que le cubriera los ojos (a muchos guerreros les parecía que las ranuras dificultaban demasiado su visión) y mientras observaba, la mujer hizo una pausa y levantó los ojos hacia el cielo de la mañana por un momento, antes de ponerse en marcha a grandes zancadas.

Keneb le dio un poco de margen y después la siguió.

L'oric se abrió camino como pudo entre el remolino de sombras, arañado por ramas esqueléticas y tropezando con raíces nudosas. No se lo esperaba. Tenía que haber un sendero, un camino que atravesara ese bosque de granadillos.

Esa maldita diosa estaba allí. Cerca. Tenía que estarlo, si solo pudiera encontrar el rastro.

El aire era húmedo y frío, los troncos de los árboles se inclinaban hacia un sitio y otro, como si un terremoto acabara de sacudir el suelo. La madera crujía sobre él bajo un viento fuerte. Y por todas partes revoloteaban espectros,

sombras perdidas que cercaban al mago supremo y después volvían a salir disparadas. Se elevaban sobre el humus como fantasmas, siseaban sobre su cabeza mientras él avanzaba tambaleándose.

Y entonces, a través de los árboles, el destello del fuego.

L'oric corrió hacia él con un jadeo.

Era ella. Y las llamas confirmaban su sospecha. *Una imass que sigue la estela de las cadenas de Tellann, el ritual hecho pedazos… Oh, el sitio de esa mujer no es este, en absoluto*.

Espíritus ctónicos se enjambraban alrededor del cuerpo ardiente de la diosa, los aditivos de poder que había reunido sobre sí a lo largo de cientos de miles de años. El odio y el rencor los habían retorcido y convertido en criaturas malignas y despiadadas.

El agua estancada y el moho habían ennegrecido los miembros de la imass. El musgo cubría el torso como pieles anudadas y colgantes. Mechones de pelo gris y enmarañado le colgaban sobre la cara, enredados con erizos. De las cuencas abrasadas de los ojos surgían llamas vivas. Tenía los huesos de los pómulos blancos, recubiertos de grietas por el calor.

La pesada mandíbula inferior colgaba sin dientes, apenas sostenida por tiras podridas de tendones y músculos encogidos.

La diosa se lamentaba, un grito indeciso y espeluznante que no se detenía a respirar, y a L'oric le parecía que estaba luchando.

Se acercó más.

La diosa se había caído en una telaraña de enredaderas, las cuerdas retorcidas le enmarañaban los brazos y las piernas, le envolvían el torso y el cuello como serpientes. El mago se preguntó por qué no las había visto antes y después comprendió que estaban parpadeando, en un

momento dado estaban allí y al siguiente habían desaparecido (aunque no eran un impedimento menor, a pesar de su rítmica desaparición), y estaban cambiando…

Convirtiéndose en cadenas.

De repente, una se partió. Y la diosa aulló y redobló sus esfuerzos.

Otra se rompió y azotó un árbol con un crujido.

L’oric se adelantó poco a poco.

—¡Diosa! ¡Escúchame! ¡Sha’ik… no es lo bastante fuerte para ti!

—¡Mi… mi… mi hija! ¡Mía! ¡Yo se la robé a esa zorra! ¡Es mía!

El mago supremo frunció el ceño.

¿Quién? ¿Qué zorra?

—¡Diosa, escúchame, por favor! ¡Yo me ofrezco en su lugar! ¿Comprendes?

Se rompió otra cadena.

Y una voz habló en un susurro detrás de L’oric.

—Cabrón metomentodo.

Se dio la vuelta, pero fue demasiado tarde, un cuchillo de hoja ancha se hundió entre sus costillas y abrió un camino salvaje hasta su corazón.

O hasta donde debería haber estado su corazón, si L’oric hubiera sido humano.

La punta serrada se lo saltó y se deslizó por delante del órgano asentado en lo más profundo hasta que chocó contra un lado del esternón.

L’oric gimió y se encorvó.

El asesino sacó el cuchillo, se agachó y echó la cabeza de L’oric hacia atrás cogiéndolo por la mandíbula. Y después bajó la hoja.

—¡Eso da igual, idiota! —siseó otra voz—. ¡Ella está rompiendo las cadenas!

L’oric observó dudar al hombre, después gruñir y apartarse.

El mago supremo podía sentir la sangre que le llenaba el pecho. Se puso de lado poco a poco y pudo sentir el flujo cálido que se filtraba de la herida. El cambio de posición le permitió tener una visión casi despejada de la diosa… y los asesinos que la cercaban.

La hechicería brotaba de sus cuchillos, una madeja de magia mortal.

La diosa chilló cuando el primer cuchillo se hundió en su espalda.

El mago vio cómo la mataban. Una masacre prolongada y brutal. Los espolones de Korbolo, sus asesinos elegidos, habían montado una emboscada, guiados hasta allí por Febryl (nadie más podría haber abierto ese sendero) y con la complicidad de los poderes hechiceros de Kamist Reloe, Henaras y Fayelle. La diosa se defendió con una ferocidad difícil de igualar y pronto tres de los cuatro asesinos estaban muertos, despedazados. Pero eran más las cadenas que habían atrapado a la diosa y la habían derribado, y L’oric pudo ver los fuegos que morían en las cuencas de sus ojos, pudo ver los espíritus alejarse retorciéndose, libres de repente e impacientes por huir. Y el último asesino se abalanzó a toda velocidad y la golpeó con saña con el cuchillo. Le atravesó el cráneo. Un destello oscuro como la noche, la detonación tiró al asesino hacia atrás. Cráneo y hoja se habían hecho pedazos y habían lacerado la cara y el pecho del espolón. Cegado y chillando, el hombre se tambaleó hacia atrás, tropezó con una raíz y cayó con un golpe seco al suelo.

L’oric escuchó los gemidos del hombre.

Las cadenas serpentearon sobre el cuerpo caído de la diosa hasta ocultarla por completo, los eslabones de hierro

negro amontonados y relucientes.

Fuera cual fuera el viento fuerte que azotaba las copas de los árboles, amainó y quedó solo el silencio.

Todos querían esta senda hecha pedazos. Este premio repleto de amenazas. Pero el toblakai mató a Febryl. Mató a los dos deragoth.

Mató a Bidithal.

Y en cuanto a Korbolo Dom, algo me dice que la emperatriz no tardará en hablar con él en persona. Pobre cabrón.

Bajo el mago supremo, su líquido vital empapaba el musgo.

Se le ocurrió entonces, se estaba muriendo.

Unas ramitas se partieron cerca.

—No es que me extrañe. Mandaste irse a tu familiar, ¿verdad? Otra vez.

L'oric giró la cabeza, miró hacia arriba y consiguió esbozar una débil sonrisa.

—Padre.

—No creo que hayan cambiado muchas cosas en tu habitación, hijo, desde que la dejaste.

—Llena de polvo, creo yo.

Osric gruñó.

—La fortaleza entera está así, me atrevería a decir. Hace siglos que no paso por allí.

—¿No hay sirvientes?

—Los despedí… hace unos mil años.

L'oric suspiró.

—Me sorprendería que el sitio siguiera en pie.

Osric se agachó con lentitud junto a su hijo, el fulgor hechicero de Denul lo rodeaba.

—Oh, sigue en pie, hijo. Yo siempre mantengo mis opciones abiertas. Tienes un corte muy feo ahí. Será mejor

curarlo poco a poco.

L'oric cerró los ojos.

—¿Mi antigua cama?

—Sí.

—Es demasiado corta. Lo era cuando me fui, por lo menos.

—Una pena que no te cortara los pies entonces, L'oric.

Unos brazos fuertes se metieron bajo él y lo levantaron sin esfuerzo.

Por absurdo que fuera (*un hombre de mi edad*), se sentía en paz. En los brazos de su padre.

—Bueno —dijo Osric—, en el nombre del Embozado, ¿cómo salimos de aquí?

El momento pasó.

Avanzaba a trompicones, apenas capaz de mantenerse erguida. Tras la malla de hierro, parpadeaba para defenderse del aire caliente y cargado. De repente, la armadura parecía inconmensurablemente pesada. Una oleada de pánico, el sol la estaba asando viva bajo esas placas de metal.

Sha'ik se detuvo. Luchó por recobrar el control de sí misma.

De mí misma. Por los dioses del inframundo… ¡se ha ido!

Se alzaba sola en la cuenca. Por el risco de enfrente bajaba la ladera una figura solitaria. Alta, pausada, la forma de andar tan conocida que casi dolía.

El risco que había tras Tavore y todos los de cada maltratada isla de coral antiguo estaban cubiertos de soldados.

El ejército del Apocalipsis también estaba mirando, sospechaba Sha'ik, aunque no se dio la vuelta.

Se ha ido. Me ha… abandonado.

Yo era Sha'ik, antes. Ahora soy Felisin, otra vez. Y aquí, caminando hacia mí, está la persona que me traicionó. Mi hermana.

Recordó cuando veía a Tavore y Ganoes jugando con espadas de madera. Emprendiendo ese camino de familiaridad letal, ese camino en el que se empuña sin pensar el peso del arma. Si el mundo detrás de los muros no hubiera cambiado (si todo se hubiera quedado quieto, como los niños creían que ocurría), ella habría tenido su turno. El crujido de la madera, las risas de Ganoes y la forma suave de instruirla, había alegría y consuelo en su hermano, el modo que tenía de someter las enseñanzas a los placeres naturales del juego. Pero ella nunca había tenido esa oportunidad.

Ninguna oportunidad, de hecho, para muchas de las cosas que de nuevo regresaban a ella, recuerdos cálidos, de confianza y seguridad.

En su lugar, Tavore había desmembrado a su familia. Y para Felisin, los horrores de la esclavitud y las minas.

Pero la sangre es la cadena que nunca puede romperse.

Tavore estaba a veinte zancadas de distancia. Estaba sacando su espada de otataralita.

Y aunque dejemos la casa donde nacimos, la casa nunca nos abandona.

Sha'ik podía sentir el peso de su propia arma, que pesaba lo suficiente para hacer que le doliera la muñeca. No recordaba haberla desenvainado.

Tras la malla y entre las ranuras de la celada, Tavore se acercaba cada vez más, ni aceleraba ni ralentizaba el paso.

No hay que alcanzar nada. Ni retroceder. ¿Por qué habría que hacerlo? La diferencia de años no cambia. La cadena nunca se tensa. Nunca se afloja. La longitud ya está prescrita. Pero el peso, oh, el peso siempre varía.

Ella era ágil, ligera, dolorosamente frugal. Era, para ese momento, perfecta.

En cuanto a mí, la sangre pesa. Pesa mucho.

Y Felisin luchó contra eso, contra ese peso repentino y abrumador. Luchó por levantar los brazos, sin pensar cómo se recibiría ese movimiento.

Tavore, no pasa nada…

Un estruendo metálico, una reverberación que le sacudió el brazo derecho y el peso enervante de la espada desapareció de repente de su mano.

Y después algo la golpeó en el pecho, un brote aplastante de fuego frío que le atravesó carne, hueso… y entonces sintió un tirón por detrás, como si algo hubiera levantado el brazo, la hubiera cogido por el camisote y hubiera tirado de él, pero solo era la punta, comprendió. La punta de la espada de Tavore, al atravesar el lado inferior de la armadura que le protegía la espalda.

Felisin bajó la cabeza y vio la hoja de tono oxidado que la empalaba.

Las piernas le cedieron y la espada de repente se inclinó bajo su peso.

Pero ella no se desprendió de ese trozo de hierro manchado.

Su cuerpo se aferró a él y lo fue soltando solo poco a poco, en incrementos estremecidos a medida que Felisin caía hacia atrás, al suelo.

A través de la ranura de la celada se quedó mirando a su hermana, una figura de pie detrás de una red de alambre de hierro retorcido y negro que en ese momento se posaba fresca sobre sus ojos y le hacía cosquillas en las pestañas.

Una figura que dio un paso más hacia ella. Para apoyar una bota con fuerza en su pecho (un peso que, una vez que había llegado, parecía eterno) y arrancar la espada.

Sangre.

Por supuesto. Así es como se rompe una cadena irrompible.

Con la muerte.

Solo quería saber, Tavore, por qué lo hiciste. Y por qué no me querías, cuando yo te quería a ti. Creo… creo que eso era lo que quería saber.

La bota se levantó del pecho. Pero ella todavía podía sentir su peso.

Pesada. Tan pesada…

Oh, madre, míranos ahora.

La mano de Karsa Orlong salió disparada y cogió a Leoman antes de que el hombre cayera, después lo arrastró hacia sí.

—Escúchame, amigo. Está muerta. Coge a tus tribus y sal de aquí.

Leoman levantó una mano y se la pasó por los ojos. Después se irguió.

—Muerta, sí. Lo siento, toblakai. No era eso. Ella… —la cara se le crispó—, ¡no sabía luchar!

—Cierto, no sabía. Y ahora está muerta, y la diosa del Torbellino con ella. Se acabó, amigo mío. Hemos perdido.

—Más de lo que crees —gimió Leoman, y se apartó.

Abajo, en la cuenca, la consejera se había quedado mirando el cadáver de Sha'ik. En los dos ejércitos que cubrían los riscos, silencio. Karsa frunció el ceño.

—Los malazanos no vitorean.

—No —gruñó Leoman mientras se volvía hacia donde Corabb esperaba con los caballos—. Seguramente odian a la muy zorra. Partimos hacia Y'Ghatan, toblakai…

—Yo no —rezongó Karsa.

Su amigo se detuvo un instante, asintió sin volverse y montó de un salto. Después cogió las riendas de manos de Corabb y miró al toblakai.

—Que tengas suerte, amigo mío.

—Y tú también, Leoman de los Mayales.

—Si L'oric regresa de dondequiera que fuera, dile… —Se le fue la voz, después se encogió de hombros—. Cuídalo si necesita ayuda.

—Lo haré, pero no creo que lo volvamos a ver.

Leoman asintió. Después se dirigió a Corabb.

—Diles a los caudillos que se dispersen con sus tribus. Que salgan de Raraku tan rápido como puedan…

—¿Que salgan del sagrado desierto, Leoman? —preguntó Corabb.

—¿Es que no lo oyes? Da igual. Sí. Que salgan. Que se reúnan conmigo en el camino al oeste… el antiguo, que nunca se desvía.

Corabb hizo un saludo militar, después le dio la vuelta al caballo y se alejó.

—Tú también, toblakai. Sal de Raraku…

—Lo haré —respondió Karsa—, cuando haya terminado aquí, Leoman. Ahora… los oficiales van a reunirse con la consejera. Procederán a atacar…

—Entonces es que son tontos —escupió de repente Leoman.

Karsa observó alejarse a su amigo. Después se dirigió sin prisas a su propia montura. Estaba cansado. Le dolían las heridas. Pero algunos temas permanecían sin resolver y tenía que ocuparse de ellos.

El teblor se subió de un salto a lomos de Estragos.

Lostara bajó la ladera, el suelo agrietado crujía bajo sus pies. A su lado marchaba Perla, al que le costaba respirar bajo el peso de la forma atada y sin fuerzas de Korbolo Dom.

Tavore seguía sola en la llanura, a unos pasos del cuerpo de Sha'ik. La atención de la consejera se había clavado en las trincheras de los Mataperros y en el único estandarte andrajoso que se alzaba en el terreno más alto, en la cima de la rampa central.

Un estandarte que no tenía derecho a estar allí. No tenía ningún derecho a existir siquiera.

El estandarte de Coltaine, las alas del clan Cuervo.

Lostara se preguntó quién lo habría izado, de dónde había salido y después decidió que no quería saberlo. Pero había una verdad que no podía ignorarse, sin embargo. *Están todos muertos. Los Mataperros. Todos. Y la consejera no tuvo que levantar ni una mano*.

La joven fue consciente de su propia cobardía y frunció el ceño. Intentaba esquivar, una y otra vez, pensamientos de una ironía demasiado amarga como para planteársela. El viaje hasta la cuenca había sido una pesadilla, Kurald Emurlahn había invadido el oasis entero, las sombras se enfrentaban a los fantasmas y el incesante ascenso y caída de aquella canción se hacía lo bastante audible como para que Lostara lo percibiera, cuando no llegaba a oírla. Una canción que todavía iba elevándose *in crescendo*.

Pero a los pies de… de todo, en realidad. Un hecho tan sencillo como brutal.

Habían llegado demasiado tarde.

Habían llegado hasta allí y solo para ver a Tavore arrancándole de un golpe a Sha'ik el arma de las manos y después había atravesado con esa espada a su… *dilo,*

Lostara Yil, maldita cobarde. ¡Dilo! A su hermana. Había atravesado a su hermana. Ya está. Hecho, sacado a rastras ante todos.

No quería mirar a Perla, era incapaz de decir nada. Y él tampoco habló.

Estamos unidos, este hombre y yo. Yo no lo pedí. No lo quiero. Nunca podré dejarlo atrás. Oh, Reina, perdóname…

Lo bastante cerca ya para ver la cara de Tavore bajo el yelmo, una expresión firme, casi colérica, cuando se volvió para observar cómo se acercaban.

Había oficiales bajando, aunque sin prisas.

Ya habría tiempo, comprendió Lostara, para una conversación privada.

Perla y ella se detuvieron a seis pasos de la consejera.

La garra dejó caer a Korbolo Dom en el suelo, entre ellos.

—Aún tardará en despertarse —dijo al tiempo que respiraba hondo, después suspiró y apartó la mirada.

—¿Qué hacen ustedes dos aquí? —preguntó la consejera —. ¿Han perdido el rastro?

Perla no miró a Lostara, solo se limitó a sacudir la cabeza para responder a la pregunta de Tavore. Una pausa.

—La encontramos, consejera. Lamentándolo mucho… Felisin está muerta.

—¿Está seguro?

—Sí, consejera. —El hombre dudó y después añadió—: Puedo decir una cosa con certeza, Tavore. Murió rápido.

El corazón de Lostara estuvo punto de estallar al oír las sencillas palabras de Perla. Apretó las mandíbulas, miró a la consejera a los ojos y asintió poco a poco.

Tavore se los quedó mirando a los dos durante un largo instante, después bajó la cabeza.

—Bueno, demos gracias por eso, supongo.

Después envainó la espada, se dio la vuelta y echó a andar hacia los oficiales que se aproximaban.

Por lo bajo, en voz tan queda que solo Perla pudo oírla, Lostara le dijo:

—Sí, supongo que sí…

Perla se volvió hacia ella de repente.

—Aquí viene Tene Baralta. Entretenlo, muchacha. —Se acercó al cuerpo de Sha’ik—. Las sendas están lo bastante despejadas… espero. —Se agachó y la levantó con suavidad, después miró a Lostara una vez más—. Sí, es una carga más pesada de lo que podrías pensar.

—No, Perla, no pienso eso. ¿Adónde?

La sonrisa de la garra le atravesó el corazón.

—La cima de una colina… ya sabes cuál.

Lostara asintió.

—Muy bien. ¿Y después?

—Convéncelos para que se vayan de Raraku, muchacha. Tan rápido como puedan. Cuando haya terminado… —El hombre dudó.

—Ven a buscarme, Perla —gruñó ella—. O bien iré a buscarte yo a ti.

Un destello de vida en los cansados ojos masculinos.

—Vendré. Lo prometo.

Lostara vio que la mirada de Perla revoloteaba por encima de su hombro y se volvió. Tavore seguía a veinte pasos de los jinetes, que se habían detenido, salvo Baralta.

—¿Qué pasa, Perla?

—Solo la observaba… alejarse —respondió él—. Parece tan…

—¿Sola?

—Sí. Esa es la palabra, ¿verdad? Hasta luego, muchacha.

Lostara sintió la ráfaga de la senda contra la espalda, después regresó el calor del día. Se metió los pulgares en el

cinturón y esperó a Tene Baralta.

Su antiguo comandante habría querido disponer del cuerpo de Sha'ik. El trofeo del día. Se pondría furioso.

—Bueno —murmuró—, pues que se fastidie, demonios.

Keneb la observó acercarse. No había en su porte el triunfo que él creía que vería. De hecho, parecía exhausta, como si la caída de ánimos que seguía a cada batalla ya se hubiera apoderado de ella, la quietud letal de la mente que incitaba a duras contemplaciones, que planteaba la multitud de preguntas que nunca se podrían responder.

Había envainado la espada sin limpiarla y la sangre de Sha'ik había abierto surcos torcidos por la sencilla vaina de la espada.

Tene Baralta pasó a caballo junto a Tavore, de camino, sospechaba Keneb, al cuerpo de Sha'ik. Si le dijo algo a la consejera al pasar, la mujer no respondió.

—Puño Blistig —anunció la consejera al llegar—, envíe exploradores a las rampas de los Mataperros. Y también un destacamento de guardias. La Garra nos ha traído a Korbolo Dom.

Ah, así que eso era lo que llevaba el hombre. Keneb volvió la cabeza hacia donde había tenido lugar el duelo. Solo permanecía allí la mujer, sobre la forma tirada que era el renegado napaniano, la cabeza levantada hacia Tene Baralta, que continuaba sobre el caballo y parecía estar riñéndola. Incluso desde aquella distancia, algo le decía a Keneb que la reprimenda de Baralta no daría mucho resultado.

—Consejera —dijo Nada—, no es necesario ir a explorar las posiciones de los Mataperros. Están todos muertos.

Tavore frunció el ceño.

—Explícate.

—Los fantasmas de Raraku, consejera.

Menos habló entonces.

—Y los espíritus de nuestros propios asesinados. Nada y yo… éramos incapaces de verlo. Habíamos olvidado los modos de… de ver. El perro pastor, consejera. Torcido. Debería haber muerto a los pies de Coltaine. En la Ladera. Pero unos soldados lo salvaron, se ocuparon de que sanaran sus heridas.

—¿Un perro pastor? ¿De qué estáis hablando? —preguntó Tavore, y reveló, por primera vez, un matiz de exasperación en su voz.

—Torcido y Cucaracha —dijo Nada—. Las únicas criaturas todavía vivas que habían hecho con la cadena de Coltaine todo el camino. Dos perros.

—No es cierto —dijo Temul por detrás de los dos chamanes wickanos—. Esta yegua. Pertenecía a Duiker.

Nada se giró a medias para agradecer la corrección, después se volvió hacia Tavore una vez más.

—Volvieron con nosotros, consejera…

—Los perros.

El muchacho asintió.

—Y los espíritus de los asesinados. Nuestros propios fantasmas, consejera, han marchado con nosotros. Los que cayeron alrededor de Coltaine justo al final. Los que murieron en los árboles del camino de Aren. Y, paso a paso, llegaron más de allí donde los derribaron. Paso a paso, consejera, nuestro ejército vengativo fue creciendo.

—¿Y, sin embargo, no percibisteis nada?

—El dolor nos cegó —respondió Menos.

—Anoche —dijo Nada— nos despertó el niño, Larva. Nos llevó al risco para que pudiéramos presenciar el despertar. Había legiones, consejera, que habían marchado por esta

tierra hace cien mil años. Y el ejército crucificado de Pormqual y las legiones del Séptimo en un flanco. Los tres clanes masacrados de los wickanos en el otro. Y todavía más. Muchos más. En la oscuridad de la noche pasada, Tavore, se libró una guerra.

—Así pues —dijo Menos con una sonrisa—, tenías razón, consejera. En los sueños que te acosaron desde la primera noche de esta marcha, tú viste lo que nosotros no podíamos ver.

—Nunca fue la carga que creías que era —añadió Nada—. No arrastrabas la cadena de perros contigo, consejera Tavore.

—¿Ah, no, Nada? —Una sonrisita escalofriante crispaba la boca de labios finos, después apartó la mirada—. Todos esos fantasmas… ¿solo para asesinar a los Mataperros?

—No, consejera —respondió Menos—. Había otros… enemigos.

—El fantasma del puño Gamet se unió a ellos —dijo Nada.

Tavore entrecerró los ojos de golpe.

—¿Lo visteis?

Los dos wickanos asintieron.

—Larva habló con él —añadió Menos.

La consejera le lanzó a Keneb una mirada inquisitiva.

—Puede ser muy difícil encontrarlo, puñeta —murmuró el capitán con un encogimiento de hombros—. En cuanto a hablar con fantasmas… bueno, el muchacho es, en fin, lo bastante raro hasta para eso.

El suspiro de la consejera fue pesado.

La mirada de Keneb captó un movimiento y al girar la cabeza vio a Tene Baralta de regreso, en compañía de dos soldados que vestían poco más que andrajos. Los dos iban sin afeitar, con el cabello largo y apelmazado. Los caballos no tenían sillas.

El puño se detuvo con sus dos pupilos. El rostro oscurecido de cólera.

—Consejera. ¡Esa garra se ha llevado el cuerpo de Sha'ik!

Keneb vio que la mujer se acercaba a pie, todavía a veinte pasos de distancia. Parecía… pagada de sí misma.

Tavore hizo caso omiso de lo que decía Tene Baralta mientras examinaba a los dos recién llegados.

—¿Y ustedes dos son…? —preguntó.

El mayor de los dos hizo un saludo militar.

—Capitán Tierno, consejera, del regimiento Ashok. Éramos prisioneros en el campamento de los Mataperros. Es decir, el teniente Poros y yo.

Keneb se sobresaltó, después se inclinó en la silla. Sí, observó, entre toda esa suciedad…

—Capitán —dijo a modo de tosco saludo.

Tierno guiñó los ojos y luego hizo una mueca.

—Keneb.

Tavore carraspeó antes de preguntar.

—¿Son ustedes dos todo lo que queda de su regimiento, capitán?

—No, consejera. Al menos creemos que no…

—Cuéntenmelo más tarde. Vayan a asearse.

—Sí, consejera.

—Una pregunta más antes —dijo ella—. El campamento de los Mataperros…

Tierno hizo sin querer un gesto supersticioso.

—No fue una noche agradable, consejera.

—Tienen cicatrices de grilletes.

Tierno asintió.

—Justo antes del amanecer aparecieron un par de abrasapuentes y quemaron los cerrojos.

—¿Qué?

El capitán le hizo un gesto a su teniente para que lo siguiera y dijo por encima del hombro.

—No se preocupe, ya estaban muertos.

Después se metieron en el campamento a caballo.

Tavore pareció despejarse con una sacudida y después miró a Keneb.

—¿Ustedes dos se conocen? ¿Será eso un problema, capitán?

—No.

—Bien. Entonces a él no le parecerá mal su ascenso a puño, Keneb. Ahora vuelva con su legión. Seguiremos a las tribus que huyen. Aunque tengamos que cruzar este continente entero, las veré arrinconadas, y después las destruiré. Esta rebelión se convertirá en simples cenizas al viento cuando hayamos terminado. Vaya, puño Keneb.

—Sí, consejera. —Y el hombre recogió las riendas.

—¡Saquen… armas! —gritó de repente Temul.

Y todos se volvieron de golpe para ver a un jinete que bajaba a medio galope de la colina por donde había aparecido Sha’ik.

Los ojos de Keneb se estrecharon y sacó la espada. Había algo raro… una desviación de la escala…

Habían destacado a un pequeño pelotón de la legión de Blistig para proteger a la consejera, un pelotón que en ese momento se estaba adelantando. A la cabeza iba uno de los oficiales de Blistig; nada menos, vio Keneb, que Bizco. El asesino de Coltaine, que se había quedado inmóvil, paralizado, y estudiaba al guerrero montado que se acercaba.

—¡Eso —rezongó—, es un thelomen toblakai! ¡A lomos de un puñetero caballo jhag!

Los guerreros apuntaron las ballestas.

—¿Qué es lo que arrastra el caballo? —preguntó la mujer que acababa de llegar a pie, y a quien Keneb reconoció al fin, aunque con retraso, como una de las oficiales de Tene Baralta.

Menos siseó de repente y ella y su hermano retrocedieron a la vez.

Cabezas. De unas bestias demoníacas…

Todos prepararon las armas.

La consejera levantó una mano.

—Esperad. No ha sacado el arma…

—Es una espada de piedra —dijo con voz ronca Bizco—. T'lan imass.

—Solo que más grande —escupió uno de los soldados.

Nadie habló cuando se acercó la enorme figura salpicada de sangre.

Se detuvo a diez pasos de distancia.

Tene Baralta se inclinó hacia delante y escupió en el suelo.

—Te conozco —murmuró con voz profunda—. Guardaespaldas de Sha'ik…

—Calla —lo interrumpió el toblakai—. Tengo algo que decir a la consejera.

—Habla, entonces —dijo Tavore.

El gigante enseñó los dientes.

—Una vez, hace mucho tiempo, afirmé que los malazanos eran mis enemigos. Era joven. Me complacía hacer votos y promesas. Cuantos más enemigos, mejor. Así era, antaño. Pero ya no. Malazanos, ya no sois mis enemigos. Así pues, no os mataré.

—Es un alivio —dijo Tavore con tono seco.

El gigante la estudió por un largo instante.

Durante el cual el corazón de Keneb empezó a dispararse en su pecho.

Después, el toblakai sonrió.

—Debería serlo.

Con eso le dio la vuelta al caballo jhag y emprendió la marcha por la cuenca, hacia el oeste. Las enormes cabezas de mastín rebotaban y golpeaban el suelo tras él.

El suspiro de Keneb le salió tembloroso.

—Disculpe que diga algo —dijo Bizco con voz ronca—, pero algo me dice que ese cabrón tenía razón.

Tavore se volvió y estudió al viejo veterano.

—Una observación —dijo— que yo no voy a discutir.

Una vez más, Keneb recogió las riendas.

Al coronar el risco, el teniente Ranal tiró con fuerza de las riendas y el caballo se encabritó contra el horizonte.

—Que los dioses me lleven, que alguien le dispare.

Violín no se molestó en darse la vuelta para averiguar quién había hablado. Estaba demasiado ocupado luchando con su propio caballo para que le importara demasiado. El animal tenía sangre wickana y quería la suya. El odio mutuo estaba desarrollándose como era de esperar.

—¿Qué trama ese cabrón? —preguntó Sepia cuando se acercó al sargento—. Estamos dejando atrás hasta al pelotón de Gesler y el Embozado sabrá dónde ha ido Borduke.

El pelotón se reunió con su teniente sobre la antigua calzada alzada. Al norte se extendían las amplias dunas de Raraku, que rielaban con el calor.

Ranal le dio la vuelta a su montura para mirar a sus soldados. Después señaló al oeste.

—¿Los veis? ¿Tiene alguno ojos que sirvan para algo?

Violín se inclinó a un lado y escupió tierra. Después guiñó los ojos para mirar hacia donde señalaba Ranal. Una veintena de jinetes. Guerreros del desierto, con toda probabilidad una retaguardia. Avanzaban a medio galope, con una zancada larga.

—Teniente —dijo—, hay una araña que vive en estas arenas. Se mueve por debajo de la superficie, pero arrastra una extraña cola, como la de un caracol, que no pueden evitar ver todos los depredadores. Se va retorciendo por la superficie. Es una araña muy grande. El halcón baja para atrapar esa serpiente y termina disolviéndose en un torrente por la garganta de esa araña…

—Ya está bien de tanta mierda y tanta tontería, sargento —soltó de repente Ranal—. Están aquí porque tardaron en salir del oasis. Seguro que se encontraban demasiado ocupados desvalijando el palacio para notar que alguien había ensartado a Sha'ik, que los Mataperros estaban muertos y que todos los demás se largaban de allí tan rápido como sus rocines descarnados les permitían. —Miró furioso a Violín—. Quiero sus cabezas, maldito fósil canoso.

—Los alcanzaremos antes o después —dijo Violín—. Mejor con toda la compañía…

—¡Entonces bájese de esa silla y siente el culo en el camino, sargento! ¡Déjenos el combate a nosotros! ¡Seguidme!

Ranal azuzó al caballo cubierto de espuma y lo puso al galope.

Con un gesto cansado de la mano, Violín indicó a los infantes de marina que continuaran y después los siguió con su yegua, que no dejaba de corcovear.

—Tiene un nervio pinzado —exclamó Koryk al pasar junto a él a medio galope.

—¿Quién, mi caballo o el teniente?

El seti le devolvió la sonrisa.

—Tu caballo… claro. No le gusta tanto peso, Viol.

Violín echó una mano atrás y le colocó bien el pesado fardo y la ballesta para voladores, ya montada.

—Yo sí que le voy a pinzar el maldito nervio —murmuró—. Espera y verás.

Era más de mediodía. Casi siete campanadas desde que la consejera había acabado con Sha'ik. Violín se encontró mirando una y otra vez al norte, a Raraku, donde la canción todavía se abalanzaba a cubrirlo, solo para retroceder y luego adelantarse rodando una vez más. El horizonte que se avecinaba tras la inmensa cuenca de arena, vio entonces, contenía un banco de nubes blancas.

Vaya, eso no tiene buena pinta…

Una ráfaga de viento llena de arena lo golpeó de repente en la cara.

—¡Han dejado el camino! —gritó de repente Ranal.

Violín entrecerró los ojos y miró al oeste. Era cierto, los jinetes se precipitaban por el terraplén del sur y atajaban en diagonal… directamente hacia una tormenta de arena que se acercaba a toda velocidad. *Dioses, otra tormenta de arena no*…

Sabía que esa era natural. De las que plagaban ese desierto y surgían como un demonio caprichoso para propagarse y abrir un camino salvaje y lleno de brincos durante una campanada o dos, antes de desvanecerse tan rápido como había aparecido.

Se levantó en la silla.

—¡Teniente! ¡Van a meterse en ella! ¡Usarla como refugio! Sería mejor que no…

—¡Saque a pasear la lengua una vez más, sargento, y se la arranco! ¿Me oye?

Violín se aplacó.

—Sí, señor.

—¡En su persecución, soldados! —ladró Ranal—. ¡Esa tormenta los frenará!

Oh, vaya si los frenará, claro que sí…

Gesler se quedó mirando furioso el cegador desierto.

—Pero bueno —se preguntó por lo bajo—, ¿se puede saber quiénes son?

Se detuvieron cuando fue obvio que los cuatro jinetes desconocidos se estaban acercando a toda prisa a un rumbo que se cruzaba con el suyo. Unas espadas blancas de hoja larga destellaban sobre sus cabezas. Armaduras extrañas, blancas y relucientes. Caballos blancos. Todo blanco.

—No están demasiado complacidos con nosotros —dijo Tormenta con voz profunda mientras se pasaba los dedos por la barba.

—Pues muy bien —rezongó Gesler—, pero no son renegados, ¿verdad?

—¿De Sha'ik? ¿Quién sabe? No creo, pero, pese a todo…

El sargento asintió.

—Arenas, sube aquí.

—Ya estoy —soltó de repente el zapador.

—¿Qué alcance tienes, muchacho, con ese maldito trasto?

—No estoy seguro. No hubo oportunidad de probarlo. El de Viol es de entre treinta a cuarenta pasos con un maldito, que es muy cerca, joder…

—De acuerdo. El resto, desmontad y bajad con los caballos por el otro lado. Verdad, sujetad bien las riendas ahí abajo, si salen disparados, podemos darnos por muertos.

—He visto a Borduke y su pelotón al sur de aquí —aventuró Pella.

—Sí, tan perdidos como nosotros, y ahora, ¿a que ya no los ves?

—No, sargento.

—Maldito sea ese Ranal. Recordadme que lo mate la próxima vez que lo veamos.

—Sí, sargento.

Los cuatro atacantes eran todos cabrones muy altos. Lanzaban espeluznantes gritos de guerra al cargar hacia la base de la colina.

—Carga, muchacho —murmuró Gesler—, y no la cagues.

El volador era una copia de los de Violín. Tenía buena pinta, al menos para lo que son los voladores, *que tampoco es mucho. Treinta pasos con un maldito. Que el Embozado nos ase a todos*…

Y ahí venían. En la base de la ladera, los caballos cogiendo impulso para subir la colina.

Un golpe pesado y seco y algo torpe y gris salió por los aires y bajó.

Un maldito, la hostia…

—¡Abajo! ¡Abajo! ¡Abajo!

La colina pareció alzarse bajo ellos. Gesler cayó sobre el polvo, tosiendo en medio de las espirales blancas de polvo y después, con una maldición, enterró la cabeza bajo los brazos cuando empezaron a llover las piedras.

Un rato después, el sargento se puso en pie como pudo.

Al otro lado de la colina, Verdad estaba intentando correr en todas direcciones a la vez, los caballos habían salido disparados con un ataque de pánico y arrastraban las riendas sueltas.

—¡Por los huevos del Embozado en un espetón! —Gesler plantó las manos en las caderas y miró a su alrededor. Los otros soldados se estaban levantando, conmocionados y cubiertos de polvo. Tormenta se abalanzó sobre Arenas y lo cogió por la garganta.

—No aprietes mucho, cabo —dijo Gesler cuando Tormenta empezó a sacudir al zapador—. Lo quiero vivo cuando me

toque a mí. Y, maldita sea, asegúrate de que no tiene ningún fullero encima.

Eso detuvo a Tormenta en seco.

Gesler se acercó a lo que en ese momento era el borde lleno de hoyos de la colina y miró abajo.

—Bueno —dijo—, estos no nos van a perseguir más, diría yo.

—Me pregunto quiénes eran —comentó Pella.

—La armadura parece haber capeado la explosión, podrías bajar ahí y raspar lo que quede dentro, pero, pensándolo bien, da igual. Tenemos que reunir a los caballos. —Miró a los demás—. Ya está bien de tonterías, chicos. Hay que moverse.

Tirado en el borde humeante del cráter, salpicado de carne de caballo y ensordecido por la explosión, Jorrude gimió. Era una masa de magulladuras, le dolía la cabeza y tenía ganas de vomitar, pero no hasta que se arrancase el casco de la cabeza.

Cerca, entre los cascotes, el hermano Enias tosió.

—¿Hermano Jorrude? —dijo después.

—¿Sí?

—Quiero irme a casa.

Jorrude no dijo nada. No estaría bien, después de todo, expresar en voz alta hasta qué punto estaba de acuerdo, de todo corazón, con ese deseo, a pesar de las actuales circunstancias.

—Comprueba el estado de los otros, hermano Enias.

—¿Eran esos de verdad los que atravesaron con ese barco nuestro reino?

—Lo eran —respondió Jorrude, que se manoseaba las correas del casco—. Y he estado pensando. Sospecho que

ignoraban las leyes liosanas cuando atravesaron nuestro reino. Es cierto, la ignorancia no es defensa suficiente. Pero hay que tener en cuenta la noción del impulso inocente.

En uno de los lados se oyó rezongar a Malachar.

—¿Impulso inocente?

—Así es. ¿A esos intrusos no los arrastraban, independientemente de su voluntad, siguiendo el rastro del invocahuesos t'lan imass draconiano? Si hay un enemigo al que debemos dar caza, ¿no debería ser entonces ese dragón?

—Sabias palabras —comentó Malachar.

—Una breve estancia en nuestro reino —continuó Jorrude— para reabastecernos, conseguir nuevos caballos, junto con las reparaciones necesarias y demás, parece lo más razonable en este momento.

—Juzgado con criterio, hermano.

Al otro lado del cráter resonó otra tos.

Al menos, reflexionó Jorrude con gesto arisco, seguían todos vivos.

En realidad, es todo culpa del dragón. ¿Quién lo negará?

Se metieron en la tormenta de arena en pos de los guerreros montados que huían a menos de cincuenta zancadas, y se encontraron debatiéndose ciegos entre un caos de vientos que aullaban y gravilla que los azotaba.

Violín oyó gritar a un caballo.

Tiró con fuerza de sus riendas, el viento lo golpeaba sin descanso por todos lados. Ya había perdido de vista a sus compañeros. *Esto es una auténtica estupidez*.

Bueno, si yo fuera el comandante de esos cabrones, lo que haría...

Y de repente aparecieron unas figuras, como un destello, cimitarras y escudos redondos, caras vendadas y gritos de guerra ululantes. Violín se aplastó contra la cruz del caballo, una pesada hoja lanzó una cuchillada y rebanó el aire repleto de arena en el mismo sitio donde había tenido él la cabeza un momento antes.

La yegua wickana se abalanzó hacia delante y a un lado, y escogió ese preciso momento para tirar a su odiado jinete de la silla.

Con un éxito abrumador.

Violín se encontró volando por los aires, con la bolsa de municiones rodándole por la espalda y después saliéndole por la cabeza.

Todavía en pleno aire, pero apuntando ya al suelo, Violín se hizo una bola, aunque en ese instante sabía de sobra que no había esperanzas de sobrevivir. Ningún tipo de esperanza. Entonces se derrumbó en la arena y rodó… y vio, cabeza abajo, una enorme espada de hoja curva que daba vueltas y vueltas tras él. Y un caballo que caía. Y su jinete, un guerrero tirado casi de espaldas en la silla, envolviendo con los brazos la bolsa de municiones.

Una mirada sorprendida bajo el yelmo ornamentado, y después, jinete, caballo y municiones se desvanecieron en el remolino de arena.

Violín se puso en pie como pudo y echó a correr. Salió disparado en lo que esperaba (y rezaba) que fuera la dirección contraria.

Una mano lo cogió por detrás, por el arnés.

—¡Por ahí no, idiota! —Y lo empujaron de un tirón a un lado, lo lanzaron al suelo y un cuerpo aterrizó encima de él.

Metieron la cabeza del sargento en la arena y la sostuvieron allí.

Corabb lanzó un bramido. El voluminoso y pesado saco siseaba en sus brazos. Como si estuviera lleno de serpientes. Le había caído con un estrépito contra el pecho, había llegado como un peñasco arrojado por una tormenta y él solo había tenido tiempo de tirar la espada y levantar los dos brazos.

El impacto lo empujó sobre las ancas del caballo, pero los pies continuaron en los estribos.

El impulso de la bolsa la lanzó hasta la cara del jinete y el siseo le llenó los oídos.

¡Serpientes!

Se deslizó de espaldas por un lado de las fornidas ancas traseras de la montura y dejó que el peso de la bolsa le arrastrara los brazos con ella. *¡Tranquilo!* Chilló.

¡Serpientes!

La bolsa le tiró de las manos al rozar el suelo.

Contuvo el aliento y después la soltó.

Un traqueteo al caer, un estallido de siseos frenéticos y después la carga del caballo se lo llevó de allí como una bendición.

Luchó por enderezarse, forzó al máximo los músculos de las piernas y el estómago, y al fin fue capaz de sujetarse al pomo de la silla e incorporarse.

«Una pasada», había dicho Leoman. Después dar la vuelta y meterse en el corazón de la tormenta.

Eso ya lo había hecho. Una pasada. Suficiente.

Hora de huir.

Corabb Bhilan Thenu’alas se inclinó hacia delante y enseñó los dientes llenos de barro.

¡Por los espíritus del inframundo, qué gusto estar vivo!

La detonación debería haber matado a Violín. Había fuego. Muros inmensos de arena. El aire le produjo una conmoción y sintió que le arrancaban el aliento de los pulmones y que empezaba a sangrar por la nariz y los oídos.

Y el cuerpo que yacía sobre él parecía retorcerse en pedazos.

Había reconocido la voz. Era imposible. Era… exasperante.

Un humo caliente rodó sobre ellos.

Y esa maldita voz que le susurraba:

—¿Es que no te puedo dejar solo durante un minuto, por el Embozado? Saluda a Kalam de mi parte, ¿quieres? Ya te veré, antes o después. Y ya me verás tú también. Nos verás a todos. —Una carcajada—. Solo que hoy no. Pero es una pena, coño, lo de tu violín.

El peso se desvaneció.

Violín se dio la vuelta. La tormenta se iba alejando a trompicones y dejaba una calima blanca a su paso. Se tanteó con las manos.

Un gemido terrible, entrecortado, se escapó de su garganta, se levantó un poco y quedó de rodillas.

—¡Seto! —chilló—. ¡Maldito seas! ¡Seto!

Apareció alguien a la carrera y se sentó a su lado.

—¡Por todos los portazos, Viol, estás vivo, maldito sea el Embozado!

Se quedó mirando la cara magullada del hombre y entonces la reconoció.

—¿Sepia? Estaba aquí. Él… ¡Estás cubierto de sangre!

—Sí. No’staba tan cerca como tú. Por suerte. Me temo que no puedo decir lo mismo de Ranal. Alguien ha derribao su caballo. Andaba por ahí tropezando.

—Esa sangre…

—Sí —dijo Sepia otra vez, y después lanzó una sonrisa dura—. Llevo puesto a Ranal.

Gritos y otras figuras que se acercaban. Todos y cada uno a pie.

—Mataron a los caballos. Los muy cabrones fueron y…

—¡Sargento! ¿Estás bien? Botella, ven aquí…

—Mataron a los…

—Cállate, Sonrisas, me estás poniendo enfermo. ¿Oísteis esa explosión? Por los dioses del inframundo…

Sepia le dio a Violín una palmada en un hombro y después lo levantó de un tirón.

—¿Dónde está el teniente? —preguntó Koryk.

—Justo aquí —respondió Sepia, pero no dio más explicaciones.

Lleva puesto a Ranal.

—¿Qué acaba de ocurrir? —preguntó Koryk.

Violín estudió a su pelotón.

Todos aquí. Es una maravilla.

Sepia escupió.

—¿Que qué pasó, muchacho? Nos han dao una paliza. Eso es lo que pasó. Nos han dao una buena paliza.

Violín se quedó mirando la tormenta que se retiraba.

Ah, mierda. Seto.

—¡Aquí viene el pelotón de Borduke!

—Venga, todos, a buscar los caballos —dijo el cabo Chapapote—. El sargento se ha llevado un buen golpe. Recoger lo que podáis salvar, tenemos que esperar al resto de la compañía, supongo.

Buen chico.

—Mira ese cráter —dijo Sonrisas—. Dioses, sargento, no podrías haber estado mucho más cerca de la puerta del Embozado y haber sobrevivido, ¿verdad?

Violín se la quedó mirando.

—No tienes ni idea de la razón que tienes, muchacha.

Y la canción se alzó y cayó y pudo sentir su corazón ajustándose a su cadencia. Flujo y reflujo. *Raraku ha tragado más lágrimas de las que se pueden imaginar. Ahora llega el momento de que el sagrado desierto llore*. Flujo y reflujo, la canción de su sangre, y continuaba viviendo.

Continúa viviendo.

Habían huido en dirección contraria. Fatal pero no sorprendente. La noche había sido un desastre. Última superviviente del cuadro de magos de Korbolo Dom, Fayelle montaba un caballo cubierto de sudor en compañía de otros trece mataperros, bajaban por el canal de un largo río seco, con peñascos y terraplenes altos a ambos lados.

Ella y trece soldados magullados y cubiertos de sangre. Todo lo que quedaba.

El choque con Leoman había empezado bastante bien, una emboscada tendida a la perfección. Y habría terminado también a la perfección.

Si no hubiera sido por esos malditos fantasmas.

Una emboscada en la que se habían vuelto las tornas, como una tortuga caída de espaldas. Habían tenido suerte de salir vivos, los pocos que habían salido. Los últimos.

Fayelle era consciente de lo que le había pasado al resto del ejército de Korbolo Dom. Había sentido la muerte de Henaras. Y la de Kamist Reloe.

Y Raraku no había terminado con ellos. Oh, no. No había terminado para nada.

Llegaron a una ladera que salía del desfiladero.

La maga lamentaba unas cuantas cosas…

Unos cuadrillos de ballesta bajaron silbando. Caballos y soldados chillaron. Los cuerpos cayeron al suelo con un ruido sordo. El caballo de Fayelle tropezó y después rodó de

lado. La mujer no tuvo tiempo de librarse de los estribos y cuando la bestia moribunda le atrapó la pierna, el peso del animal le arrancó la articulación de la cadera y la atravesó una punzada abrasadora de dolor. El brazo izquierdo le quedó atrapado con torpeza bajo su propio cuerpo cuando su considerable masa cayó al suelo… y los huesos se partieron.

Y después se golpeó la sien contra una roca.

Fayelle luchó por centrarse. El dolor se amortiguó y se convirtió en algo lejano. Oyó lamentos desdibujados pidiendo socorro, los gritos de los soldados heridos a los que estaban dando el golpe de gracia.

Y entonces una sombra se posó sobre ella.

—Te he estado buscando.

Fayelle frunció el ceño. La cara que se cernía sobre ella pertenecía al pasado. El desierto la había envejecido, pero seguía siendo la cara de una niña. *Oh, por los espíritus del inframundo. La niña. Peccado. Mi antigua… estudiante*…

Observó a la chica levantar un cuchillo entre las dos, ladear la punta y después apoyársela en el cuello.

Fayelle se echó a reír.

—Adelante, pequeño horror. Te esperaré a la puerta del Embozado… Y la espera no será larga.

El cuchillo perforó piel y cartílago.

Fayelle murió.

Peccado se irguió y se giró hacia sus compañeros. Estaban, todos y cada uno, muy ocupados reuniendo a los caballos supervivientes.

Quedaban dieciséis. Eran malos tiempos para el regimiento Ashok. La sed y el hambre. Asaltantes. El maldito desierto.

La joven los observó durante un rato y después fue otra cosa la que atrajo su atención.

Al norte.

Se irguió poco a poco.

—Cordón.

El sargento se volvió.

—Qué… ¡Oh, Beru nos proteja!

El horizonte occidental había sufrido una transformación. Estaba recubierto de blanco y se estaba alzando.

—¡Dos en cada caballo! —bramó Cordón—. ¡Ahora!

Una mano se cerró sobre el hombro de Peccado. Casco se inclinó sobre ella.

—Tú te vienes conmigo.

—¡Ebron!

—Lo sé —respondió el mago al bramido de Cordón—. Y haré lo que pueda con estas monturas reventadas, pero no garantizo…

—¡Ponte a ello de una vez! Campana, ayuda a Cojo a subir a ese caballo, ¡se ha vuelto a cargar la rodilla!

Peccado lanzó una última mirada al cadáver de Fayelle. Lo había sabido ya entonces. Lo que iba a pasar.

Debería estar bailando. El cuchillo ensangrentado se le cayó de las manos.

Entonces alguien la cogió con gesto brusco y la subió a la silla detrás de Casco.

La bestia agitó la cabeza, que se sacudió bajo ellos.

—Que la Reina nos lleve —siseó Casco—. Ebron ha llenado a estas bestias de fuego.

Lo necesitaremos…

Y ya podían oír el ruido, un rugido que dejaba pequeño hasta al muro del Torbellino en toda su rabia.

Raraku se había alzado.

Para reclamar una senda hecha pedazos.

Los caudillos wickanos sabían lo que iba a pasar. La huida era imposible, pero las islas de coral se alzaban a gran altura (más altas que cualquier otro rasgo a ese lado de la escarpa) y fue allí donde se reunieron los ejércitos.

Para aguardar lo que podría ser su aniquilación.

El cielo del norte era un muro inmenso de nubes blancas y ondeantes. Un viento fresco y creciente que agitaba con fuerza las palmeras que rodeaban el oasis.

Entonces oyeron el ruido.

Un rugido incesante, progresivo, de agua que caía en cascadas, de espuma que atravesaba como un torrente el inmenso desierto.

El sagrado desierto, al parecer, contenía mucho más que huesos y recuerdos. Más que fantasmas y ciudades muertas. Lostara Yil se encontraba cerca de la consejera sin hacer caso de las miradas torvas que Tene Baralta continuaba echándole. Se preguntaba… si Perla estaba en aquel terreno elevado, de pie sobre la tumba de Sha'ik… si ese terreno era, en realidad, lo bastante alto.

Se preguntaba, también, por lo que había visto en los últimos meses. Visiones que le quemaban en el alma, plagadas de amenazas y misterios, visiones que todavía podían helarle la sangre si permitía que se alzaran en su mente una vez más. Dragones crucificados. Dioses asesinados. Sendas de fuego y sendas de cenizas.

Era extraño, reflexionó, estar pensando en esas cosas al tiempo que un mar rugiente nacía de lo que parecía la nada y se precipitaba hacia ellos, ahogándolo todo a su paso.

Más extraño todavía era que estaba pensando en Perla. Era muy dura con él, despiadada incluso, a veces. No porque

le importara, sino porque le divertía. No, eso era demasiado fácil, ¿verdad? Desde luego que le importaba.

Qué estupidez dejar que pasara.

Un suspiro cansado justo a su lado. Lostara frunció el ceño sin girarse.

—Has vuelto.

—Como se solicitó —murmuró Perla.

Oh, lo hubiera golpeado solo por eso.

—Entonces, ¿está… hecho?

—Sí. Consignada a las profundidades y todo eso. Si Tene Baralta todavía la quiere, va a tener que aguantar la respiración.

Fue entonces cuando lo miró.

—¿En serio? ¿El mar ya es tan profundo?

Entonces estamos…

—No. Alto y seco, en realidad. El otro modo parecía más… poético.

—No sabes cómo te odio.

Él asintió.

—Y tendrás tiempo de sobra para disfrutar de ello.

—¿Crees que sobreviviremos a esto?

—Sí. Oh, nos mojaremos los pies, pero todo esto eran islas hasta por aquel entonces. Ese mar inundará el oasis. Chocará con la calzada elevada que hay al oeste de aquí, dado que era el camino costero por aquel entonces. Y llegará casi hasta la escarpa, quizás incluso la alcance.

—Todo eso está muy bien —soltó ella de repente—. ¿Y qué haremos nosotros aquí metidos, en estas islas en medio de un mar sin salida?

Era exasperante, pero Perla se limitó a encogerse de hombros.

—¿Una idea? Construimos una flotilla de balsas y las atamos para formar un puente, directamente hasta el

camino del oeste. El mar, de todos modos, será muy poco profundo por allí, incluso si eso no funciona tan bien como debería; pero yo tengo plena confianza en la consejera.

El muro de agua golpeó entonces el otro lado del oasis con el sonido de un trueno. Las palmeras se mecieron como locas y después empezaron a caer.

—Bueno, ya sabemos lo que convirtió ese otro bosque en piedra —dijo Perla en voz muy alta, por encima del rugido agitado del agua.

Agua que en ese momento cruzaba las ruinas y llenaba las trincheras de los Mataperros para caer después en la cuenca.

Y Lostara comprobó que Perla tenía razón. La furia del mar ya casi estaba agotada y la cuenca parecía tragarse el agua con una sed prodigiosa.

Giró la cabeza para estudiar a la consejera.

Impasible, observando subir los mares, una mano en la empuñadura de la espada.

Oh, ¿por qué mirarte me rompe el corazón?

Las arenas se estaban posando sobre los cadáveres de los caballos. Los tres pelotones esperaban sentados o de pie al resto de la legión. Botella se había acercado al camino para ver la fuente del rugido y había vuelto tambaleándose con la noticia.

Un mar.

Un maldito mar.

Y su canción estaba en el alma de Violín. Extrañamente cálida, casi reconfortante.

Todos y cada uno se volvieron entonces para mirar al gigantesco jinete y su caballo gigante que bajaban como un

trueno por ese camino, rumbo al oeste. Arrastraban algo que levantaba una gran cantidad de polvo.

La imagen se quedó grabada en la cabeza de Violín durante mucho tiempo, mucho después de que las nubes de polvo hubieran desaparecido del camino y bajaran por ese lado de la ladera.

Podría haber sido un fantasma.

Pero sabía que no lo era.

Podría haber sido su peor enemigo.

Pero si lo era, no importaba. No en ese momento.

Un rato después, Sonrisas lanzó un grito sorprendido y Violín se giró, justo a tiempo de avistar dos figuras que salían a grandes zancadas de una senda.

A pesar de todo se encontró esbozando una gran sonrisa.

Comprendió que cada vez era más difícil encontrar a viejos amigos.

Con todo, él los conocía y eran sus hermanos.

Almas mortales de Raraku. Raraku, la tierra que los había unido. Los unía a todos, como empezaba a quedar claro, incluso más allá de la muerte.

A Violín le dio igual la impresión que pudiera dar, o lo que pensaran los demás cuando vieran a los tres hombres fundirse en un estrecho abrazo.

Los caballos subieron por la cuesta hasta el risco, donde los jinetes los detuvieron y todos y cada uno se volvieron para mirar los mares amarillos de espuma que se agitaban más abajo. Un momento después, un demonio achaparrado con cuatro ojos trepó a la cima y se reunió con ellos.

El señor del Verano había dado alas a sus caballos, Heboric no podía admitir ninguna otra posibilidad, tan rápido habían cubierto las últimas leguas desde la noche

anterior. Y las bestias parecían descansadas incluso en ese momento. Tan descansadas como Ranagrís.

Aunque él no podía decir lo mismo.

—¿Qué ha pasado? —se preguntó Scillara en voz alta.

Heboric solo pudo sacudir la cabeza.

—Y lo que es más importante —dijo Felisin—, ¿adónde vamos ahora? No creo que pueda seguir sobre esta silla mucho tiempo más.

—Sé cómo te sientes, muchacha. Deberíamos encontrar algún sitio para acampar…

El chillido de una mula hizo girarse a los tres.

Un anciano flaco de piel negra subía cabalgando hacia ellos, sentado con las piernas cruzadas sobre la mula.

—Bienvenidos —chilló (un chillido porque mientras hablaba se cayó por un lado y se dio un buen golpe sobre la pista de piedra)—. ¡Ayudadme, idiotas!

Heboric les lanzó una mirada a las dos mujeres, pero fue Ranagrís el que se movió primero.

—¡Comida!

El anciano volvió a chillar.

—¡No te acerques a mí! ¡Tengo noticias para vosotros! ¡Para todos! ¿L'oric está muerto? ¡No! ¡Mis sombras lo contemplaron todo! ¡Sois mis invitados! ¡Venga, acudid a soltarme las piernas! Tú, muchacha. ¡No, tú, la otra muchacha! ¡Las dos! ¡Bellas mujeres que me ponen las manos en las piernas, en los muslos! ¡Lo estoy deseando! ¿Ven la ávida lujuria en mis ojos? Por supuesto que no, no soy más que una indefensa criatura arrugada, una figura paterna en potencia…

Navaja se encontraba en el aposento más alto de la torre, mirando por la única ventana. Los bhok'arala se escabullían

de un lado a otro tras él y de vez en cuando se detenían para emitir un canturreo melancólico.

Había despertado solo.

Y había sabido, al instante, que se había ido. Y que no encontraría rastro alguno de ella.

Iskaral Pust había sacado una mula de alguna parte y se había ido esa mañana. De Mogora no había, por suerte, señal alguna.

Solo del todo, entonces, durante buena parte de ese día.

Hasta ese momento.

—Hay un sinfín de senderos que te aguardan.

Navaja suspiró.

—Hola, Cotillion. Me preguntaba si aparecerías… otra vez.

—¿Otra vez?

—Hablaste con Apsalar. Aquí, en este mismo aposento. La ayudaste a decidir.

—¿Te lo dijo?

El joven negó con la cabeza.

—No exactamente.

—La decisión la tomó ella, Navaja. Ella sola.

—No importa. Da igual. Pero es extraño. Tú ves un sinfín de senderos. Mientras que yo veo… no veo ninguno que merezca la pena recorrer.

—¿Buscas, entonces, algo que merezca la pena?

Navaja cerró poco a poco los ojos y después suspiró.

—¿Qué querías que hiciera?

—Hubo un hombre, en un tiempo, cuya tarea era proteger la vida de una jovencita. El hombre lo hizo lo mejor que pudo, con tal honor que atrajo, cuando acaeció su triste muerte, la atención del propio Embozado. Oh, el señor de la Muerte está dispuesto a mirar en el alma de un mortal si las circunstancias son propicias. Si el, bueno, el incentivo es el

adecuado. Así pues, ese hombre es ahora el caballero de Muerte…

—Yo no quiero ser caballero de nada, ni por nadie, Cotillion.

—Te equivocas de camino, muchacho. Déjame terminar la historia. Ese hombre hizo todo lo que pudo, pero fracasó. Y ahora la chica está muerta. Se llamaba Felisin. De la Casa Paran.

Navaja volvió la cabeza. Estudió el rostro en sombras del dios.

—¿El capitán Paran? Su…

—Su hermana. Mira ese camino, ahí, por la ventana, muchacho. Dentro de un rato regresará Iskaral Pust. Con unos invitados. Entre ellos una jovencita llamada Felisin…

—Pero has dicho…

—Antes de que la hermana de Paran… muriera, adoptó a una niña abandonada. Una huerfanita a la que habían maltratado de forma despiadada. Intentaba, creo (jamás lo sabremos con certeza, por supuesto), conseguir algo… algo que ella no tuvo posibilidad, no tuvo oportunidad, de lograr. Así pues, llamó a la niña como ella.

—¿Y qué es esa niña para mí, Cotillion?

—Te estás mostrando obstinado, creo. Esa no es la pregunta.

—Ah, entonces dime cuál es la pregunta.

—¿Qué eres tú para ella?

Navaja hizo una mueca.

—La niña se acerca en compañía de otra mujer, una mujer extraordinaria, como tú (y ella) llegaréis a comprender. Y con un sacerdote, que ahora ha jurado lealtad a Treach. De él aprenderás… muchas cosas dignas de saberse. Por último, viaja un demonio con estos tres humanos. De momento…

—¿Adónde van? ¿Por qué se detienen aquí, como invitados de Iskaral?

—Bueno, pues para recogerte, Navaja.

—No lo entiendo.

—La simetría, muchacho, es un poder en sí mismo. Es la expresión, si quieres, del esfuerzo de la naturaleza por mantener el equilibrio. Te encargo proteger la vida de Felisin. Que los acompañes en su largo y peligroso viaje.

—Qué épico por tu parte.

—No creo —soltó Cotillion de golpe.

Cayó un silencio, durante un rato, un silencio en el que Navaja lamentó el comentario que había hecho.

Al fin, el daru suspiró.

—Oigo caballos. Y a Pust… en una de sus repugnantes diatribas.

Cotillion no dijo nada.

—Muy bien —dijo Navaja—. Esa tal Felisin… han abusado de ella, has dicho. A esas es difícil llegar. Me refiero a entablar amistad con ellas. Sus cicatrices permanecen frescas y embargadas de dolor…

—Su madre adoptiva lo hizo bien, dadas sus propias cicatrices. Alégrate, muchacho, de encontrarte con la hija y no con la madre. Y, en tus peores momentos, piensa en cómo se sintió Baudin.

—Baudin. ¿El guardián de la Felisin mayor?

—Sí.

—De acuerdo —dijo Navaja—. Servirá.

—¿Qué servirá?

—Este sendero. Servirá. —Dudó un momento antes de añadir—: Cotillion. Esa noción de… equilibrio. Me ha ocurrido algo…

Los ojos de Cotillion lo hicieron callar, una conmoción al descubrir un velo de dolor… de pesar. El patrón de los

Asesinos asintió.

—De ella… a ti. Sí.

—¿Crees que ella lo vio?

—Con demasiada claridad, me temo.

Navaja se quedó mirando por la ventana.

—La quería, ¿sabes? Todavía la quiero.

—Así que ya no te preguntas por qué se ha ido.

El joven sacudió la cabeza, incapaz de seguir conteniendo las lágrimas.

—No, Cotillion —susurró—. Ya no.

Tras haber dejado atrás el antiguo camino de la costa, Karsa Orlong guio a Estragos hacia el norte por la orilla del nuevo mar interior. Las nubes de lluvia se cernían sobre el agua turbia del este, pero el viento las estaba alejando.

Estudió el cielo por un momento, después tiró de las riendas en una elevación partida tachonada de peñascos y se bajó del caballo. El teblor se acercó a una gran roca plana, se descolgó la espada y la apoyó con la punta hacia abajo contra una roca cercana, después se sentó. Sacó la alforja y revolvió en un bolsillo exterior en busca de un poco de bhederin salado, fruta seca y queso de cabra.

Comió mientras contemplaba el agua. Cuando terminó, aflojó las correas de la alforja y sacó los restos rotos de la t'lan imass. La sostuvo de modo que la cara marchita de 'Siballe pudiera contemplar las olas que agitaban el agua.

—Dime —dijo Karsa—, ¿qué ves?

—Mi pasado. —Un momento de silencio—. Todo lo que he perdido…

El teblor la soltó y el cadáver parcial se derrumbó entre una nube de polvo. Karsa encontró la bota de agua y tomó un buen trago. Después se quedó mirando a 'Siballe.

—Una vez dijiste que si te tiraran al mar, tu alma quedaría libre. Que la nada y el olvido te embargarían. ¿Es eso cierto?

—Sí.

Con una mano la levantó del suelo, después se puso de pie y se acercó al borde del mar.

—¡Espera! ¡Teblor, espera! ¡No lo entiendo!

La expresión de Karsa se hizo amarga.

—Cuando comencé este viaje, era joven. Creía en una cosa. Creía en la gloria. Ahora sé, ‘Siballe, que la gloria no es nada. Nada. Eso es lo que ahora entiendo.

—¿Qué más entiendes ahora, Karsa Orlong?

—No mucho, solo otra cosa más. No se puede decir lo mismo de la misericordia. —La levantó más y después lanzó el cuerpo al agua.

El cadáver chocó contra los bajíos. Y se disolvió en una flor turbia que las olas no tardaron en llevarse.

Karsa se dio la vuelta. Miró su espada de piedra. Y entonces sonrió.

—Sí. Soy Karsa Orlong, de los uryd, un teblor. Sed testigos de mis actos, hermanos míos. Un día seré digno de liderar a hombres como vosotros. Sed testigos.

Con la espada una vez más colgada a la espalda y Estragos una vez más sólido bajo él, el toblakai se apartó cabalgando de la orilla. Rumbo al oeste, hacia los eriales.

Epílogo



Y ahora aquí me siento,
en mi frente un círculo de fuego,
y este reino que gobierno
no es más que la multitud
de los recuerdos de mi vida,
súbditos rebeldes,
tan impacientes por insubordinarse,
por derrocar al anciano
de su carbonizado trono
y criar versiones más jóvenes,
una por una.

La corona de años
Pescador Kel'Tath

Se mirara como se mirara, era una mujer adusta.

Onrack el Fracturado la observó allí de pie, en el centro del aposento, y la vio lanzar una mirada dura y apreciativa a la disposición de sus jóvenes asesinos. La mueca que crispaba sus atractivos rasgos sugería que no encontraba nada mal hecho. Su mirada recayó al fin sobre el tiste edur, Trull Sengar, y la mueca se transformó en un ceño.

—¿Debemos protegernos las espaldas también, contigo aquí?

Sentado en el suelo mal labrado, con la espalda apoyada en una pared igual de tosca, Trull Sengar se encogió de hombros.

—No veo forma fácil de convencerte de que soy digno de tu confianza, Minala. Aparte de relatarte mi larga y no demasiado agradable historia.

—Ahórramela —rezongó la mujer, después salió con grandes zancadas de la habitación.

Trull Sengar miró a Onrack y sonrió.

—Nadie quiere oírla. Bueno, no me sorprende. Ni siquiera me ofende. Es un relato bastante miserable…

—Yo escucharé tu historia —respondió Onrack.

Cerca de la entrada, el cuello de Ibra Gholan crujió cuando el t'lan imass volvió la cabeza por encima de un hombro para mirar a Onrack por un momento, antes de retornar a su posición, a seguir vigilando el acceso.

Trull Sengar lanzó una carcajada.

—Esto es ideal para un narrador de historias sin cualificar. Mi público se compone de una veintena de niños que no comprenden mi lengua nativa y tres no muertos inexpresivos e indiferentes. Para cuando termine el cuento, solo yo estaré llorando… y seguramente por las razones que no son.

Monok Ochem, que estaba de pie a tres pasos de Ibra Gholan, fue girando poco a poco hasta que se quedó mirando a Onrack.

—Lo has sentido entonces, Fracturado. Así que buscas una distracción.

Onrack no dijo nada.

—¿Sentido qué? —preguntó Trull Sengar.

—Ha sido destruida. La mujer que le dio a Onrack su corazón en la época anterior al ritual. La mujer a la que él juró entregarle su corazón también… solo para quitárselo de nuevo. En muchos sentidos, ya estaba destruida entonces, ya había emprendido su largo viaje a la nada. ¿Lo niegas, Onrack?

—Invocahuesos, no lo niego.

—Locura de tal ferocidad que pudo derrotar al propio voto. Como un perro del campamento que despierta un día con fiebre en los sesos. Que gruñe y mata, enloquecido. Por supuesto, no tuvimos más alternativa que rastrearla y arrinconarla. Y hacerla pedazos, encarcelarla en una oscuridad eterna. O eso pensamos. Locura, entonces, para desafiarnos incluso a nosotros. Pero ahora, la nada ha reclamado su alma al fin. Un fin violento y doloroso, no obstante… —Monok Ochem hizo una pausa y después ladeó la cabeza—. Trull Sengar, no… no has comenzado tu relato, pero ya lloras.

El tiste edur estudió al invocahuesos durante un rato mientras las lágrimas le corrían por las demacradas mejillas.

—Lloro, Monok Ochem, porque él no puede.

El invocahuesos miró a Onrack una vez más.

—Fracturado, hay muchas cosas que mereces…, pero este hombre no está entre ellas. —Luego le dio la espalda.

Onrack habló entonces.

—Monok Ochem, has recorrido un largo camino y te has apartado del mortal que fuiste una vez, te has apartado tanto que has olvidado una multitud de verdades, tanto agradables como desagradables. El corazón no se da ni se roba. El corazón se rinde.

El invocahuesos no se volvió.

—Esa es una palabra sin poder para los t'lan imass, Onrack el Fracturado.

—Te equivocas, Monok Ochem. Nos limitamos a cambiar la palabra para hacerla más aceptable, pero también para darle poder. Le dimos tanto prestigio que devoró nuestras almas.

—No hicimos tal cosa —respondió el invocahuesos.

—Onrack tiene razón —suspiró Trull Sengar—. Lo hicisteis. Lo llamasteis el ritual de Tellann.

Ni Monok Ochem ni Ibra Gholan dijeron nada.

El tiste edur bufó.

—Y tenéis la poca vergüenza de llamar a Onrack «el fracturado».

Después, y durante un rato, reinó el silencio en la cámara.

Pero la mirada de Onrack permanecía clavada en Trull Sengar. Y era, si no otra cosa, sí una criatura capaz de tener una paciencia suprema. *La congoja es un don que es mejor compartir. Igual que se comparte una canción*.

En lo más profundo de las cuevas suenan los tambores. Un eco glorioso de los rebaños cuyas pezuñas truenan para celebrar lo que es estar vivo, correr como uno solo, rodar al ritmo de la vida. Así es como, en la cadencia de nuestra voz, cumplimos la mayor necesidad de la naturaleza.

Al enfrentarnos a la naturaleza, somos el equilibrio.

El equilibrio eterno que da respuesta al caos.

Al final, su paciencia se vio recompensada.

Como él sabía que ocurriría.

Así termina el cuarto relato
del libro malazano de los
caídos

Glosario

Ascendientes

Abrasapuentes
Anomander Rake: Hijo de Oscuridad
Apsalar: Señora de los Ladrones
Ascua: La diosa Dormida
Beru: Señor de las Tormentas
Cotillion: La Cuerda, patrón de los Asesinos, Gran Casa de Sombra
D’rek: El Gusano del Otoño
Dessembrae: Señor de las Lágrimas
Draconus: Dios ancestral, el que forjó la espada Dragnipur
El dios Tullido: El Encadenado, Señor de la Gran Casa de Cadenas
Embozado: Rey de la Gran Casa de Muerte
Fener: El Despojado
Gedderone: Señora de la Primavera y el Renacimiento
Hermana de las Noches Frías: Diosa ancestral
Jhess: Reina de los Telares
K’rul: Dios ancestral de las sendas
La diosa del Torbellino
Las Azath: Las Casas
Los Deragoth: Del Primer Imperio de Dessimbelackis
Los siete mastines de Oscuridad
Mael: Dios ancestral de los Mares

Mowri: Señora de los Mendigos, Esclavos y Siervos
Nerruse: Señora de los Mares Calmos y el Viento Propicio
Oponn: Los dos Bufones del Azar
Osserc / Osseric / Osric: Señor del Firmamento
Poliel: Señora de la Pestilencia y la Enfermedad
Reina los Sueños: Reina de la Gran Casa de Vida
Soliel: Señora de la Curación
Togg y Fanderay: Los Lobos del Invierno
Treach / Trake: El Tigre del Verano y señor de la Guerra
Tronosombrío: Ammanas, rey de la Gran Casa de Sombra

Los Dioses de los teblor (Las siete caras en la roca)

Urugal el Entretejido
´Siballe la No Hallada
Beroke Voz Suave
Kalb el Cazador Silencioso
Thenik el Quebrado
Halad el Gigante
Imroth el Cruel

Pueblos ancestrales

Tiste andii: Hijos de Oscuridad
Tiste edur: Hijos de Sombra
Tiste liosan: Hijos de Luz
T’lan imass
Eres / Eres’al
Trell

Jaghut
Forkrul assail
K’chain chemalle
Los eleint
Los barghastianos
Los thelomen toblakai
Los teblor

El Mundo de la Hechicería

Las sendas

Kurald Galain: La senda ancestral de Oscuridad
Kurald Emurlahn: La senda ancestral de Sombra, la senda Hecha Pedazos
Kurald Thyrllan: La senda ancestral de Luz
Omtose Phellack: La senda ancestral jaghut de Hielo
Tellann: La senda ancestral imass de Fuego
Starvald Demelain: La senda eleint
Thyr: La senda de la Luz
Denul: La senda de la Curación
Sendero del Embozado: La senda de la Muerte
Serc: La senda del Firmamento
Meanas: La senda de Sombra e Ilusión
D’riss: La senda de la Tierra
Ruse: La senda del Mar
Rashan: La senda de Oscuridad
Mockra: La senda de la Mente
Telas: La senda de Fuego

La Baraja de los Dragones

Gran Casa de Vida

El Rey
La Reina (reina de los Sueños)
El Campeón
El Sacerdote
El Heraldo
El Soldado
La Tejedora

Gran Casa de Muerte

El Rey (el Embozado)
La Reina
El Caballero (antaño Dassem Ultor, ahora Baudin)
Los Magos
El Heraldo
El Soldado
La Hilandera
El Cantero
La Virgen

Gran Casa de Luz

El Rey
La Reina
El Campeón (Osseric)
El Sacerdote
El Capitán
El Soldado
La Costurera
El Constructor
La Doncella

Gran Casa de Oscuridad

El Rey

La Reina
El Caballero (Anomander Rake)
Los Magos
El Capitán
El Soldado
La Tejedora
El Cantero
La Esposa

Gran Casa de Sombra
El Rey (Tronosombrío / Ammanas)
La Reina
El Asesino (la Cuerda / Cotillion)
Los Magos
Los mastines

Gran Casa de Cadenas
El Rey Encadenado
La Consorte (Poliel)
El Saqueador (Kallor)
El Caballero (el toblakai)
Los Siete de los Fuegos Muertos (los Desencadenados)
El Tullido
El Leproso
El Tonto

Neutrales
Oponn
El Obelisco (Ascua)
La Corona
El Cetro
El Orbe
El Trono

La Cadena
Señor de la Baraja (Ganoes Paran)

Lugares en la Casa de Cadenas

Siete Ciudades

Aren: Ciudad sagrada
Balahn: Pequeña aldea al norte de Aren
Ehrlitan: Ciudad sagrada al norte de Raraku
Erougimon: Asentamiento al norte de Aren
G'danisban: Ciudad al este de Raraku
Jhag Odhan: Yermos al oeste de Siete Ciudades
Lato Revae: Ciudad al oeste de Raraku
Sarpachiya: Ciudad al oeste de Raraku
Río Thalas: Al oeste de Raraku
El Oasis: Sagrado desierto Raraku
La senda del Torbellino
Paso de Vathar: Lugar de una batalla de la cadena de perros
Y'Ghatan: Supuesta primera ciudad sagrada

Genabackis

Culvern: Pueblo grande
Genabaris: Ciudad
Altiplano de Laederon
Puente Maly: Pueblo grande
Mar de Malyn
Malyntaeas: Ciudad
Foso Ninsano: Pueblo grande

Lago Plata

Tanys: Pueblo grande

Deriva Avalii: Isla al sudoeste del continente de Quon Tali

El Naciente: Mundo inundado



STEVEN ERIKSON nació en Toronto, Canadá, en 1959. Estudió Antropología y Arqueología antes de matricularse en una escuela de escritura.

Desde que empezara a escribir en 1993, ha firmado algunas novelas con su nombre, **Steven Lundin**, pero ha conocido el éxito bajo su seudónimo, gracias a la saga de fantasía 'Malaz: El libro de los caídos', calificada como la obra de fantasía más importante desde 'Canción de hielo y fuego' de **George R. R. Martin**.

El mundo de Malaz surgió de las mentes de Steven Erikson y del también escritor **Ian Cameron Esslemont**. En un principio, lo idearon para que fuera el escenario de un juego de rol. En 1991, Erikson plasmó su primera historia de 'Malaz: El libro de los caídos’ en un guión, pero no cuajó, y derivó finalmente en *Los jardines de la Luna*, ya que el libro era el soporte más adecuado para el extenso universo de fantasía que había creado.

Cuando, a finales de los años noventa, el libro salió al mercado británico, generó tal expectativa entre los editores que Transworld, una de las ramas de Random House, llegó a dar el mayor adelanto pagado hasta el momento por una serie de fantasía.

Erikson no es un autor convencional, y lo demuestra rompiendo los estereotipos del género: sus personajes no se ajustan a los tópicos asociados a sus roles, la trama no sigue una estructura lineal, sino que empieza en el medio de la acción, y ha sido alabado por tener el valor de matar a algunos de sus personajes principales, rompiendo con el tópico de que el «bueno» siempre debe salir airoso aun de las situaciones más inverosímiles.

BIBLIOGRAFÍA

Como Steven Erikson

Malaz: El libro de los caídos

1999 — Gardens of the Moon. *Los jardines de la Luna*, La Factoría de Ideas, Fantasía nº74, 2009

2000 — Deadhouse Gates. *Las puertas de las Casa de la Muerte*, La Factoría de Ideas, Fantasía nº78, 2010

2001 — Memories of Ice. *Memorias del hielo*, La Factoría de Ideas, Fantasía nº82, 2010

2002 — House of Chains. *La Casa de Cadenas*, La Factoría de Ideas, Fantasía nº87, 2011

2004 — Midnight Tides. Próximamente en La Factoría de Ideas

2005 — The Bonehunters

2007 — Reaper's Gale

2008 — Toll the Hounds

2009 — Dust of Dreams

2010 — The Crippled God.

Bauchelain and Korbal Broach

2002 — Blood Follows

2004 — The Healthy Dead.

2007 — Bauchelain and Korbal Broach: The Collected Stories Volume One.

2007 — The Lees of Laughter's End

Novelas cortas

2002 — Blood Follows
2007 — The Lees of Laughter's End
2004 — The Healthy Dead.

Estas novelas cortas están listadas en el orden en el que el autor ha pensado que deben ser leídas, no en el orden en el que fueron publicadas.

Como Steven Lundin

Novelas

1993 — Stolen Voices
1998 — This River Awakens
2004 — Fishin' with Grandma Matchie
2004 — When She's gone

Relatos y novelas cortas

1991 — A Ruin of Feathers
1998 — Revolvo and Other Canadian Tales